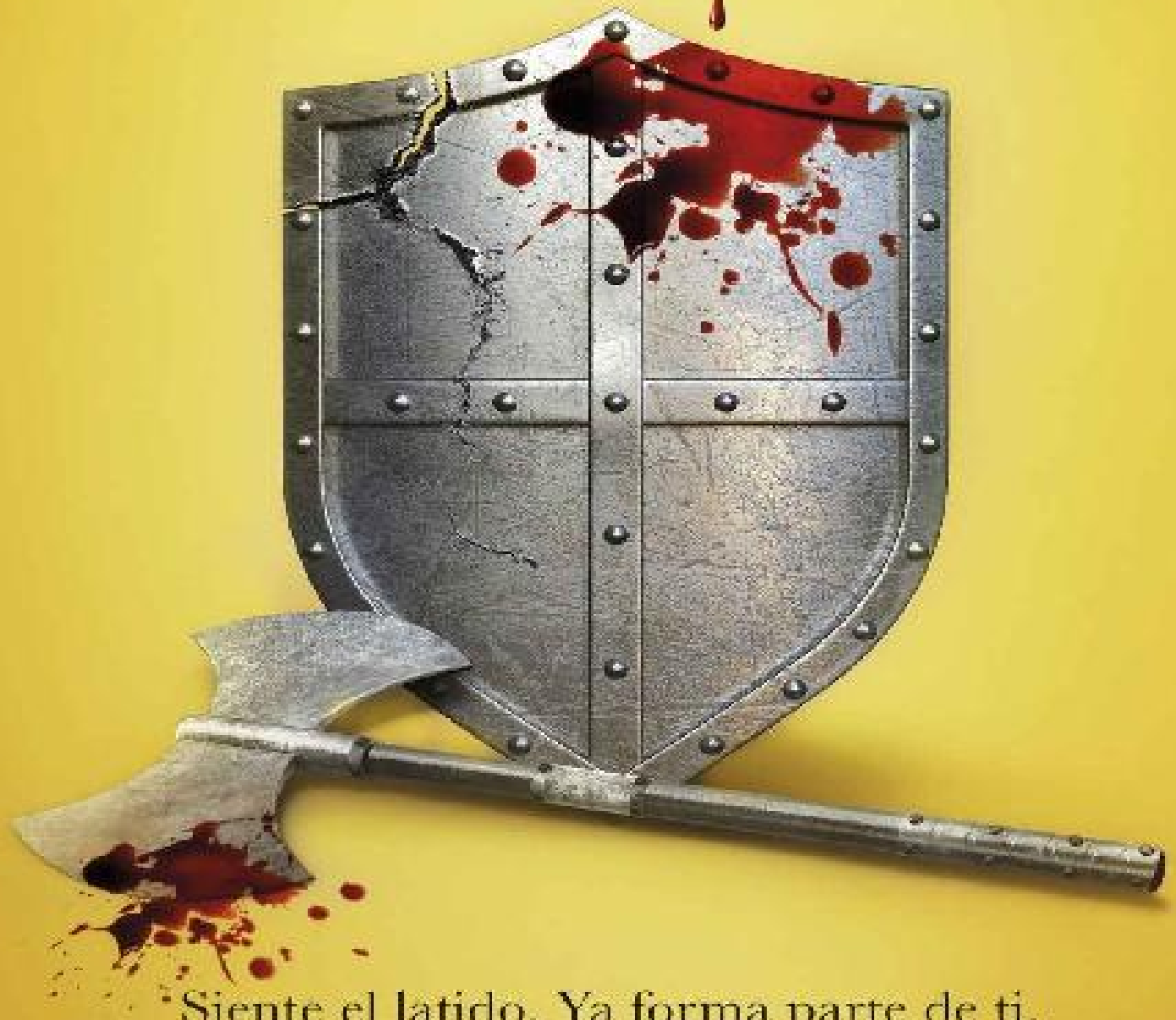
SERIE CRAVE

fulgor



Siente el latido. Ya forma parte de ti.

TRACY WOLFF

Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Nota de la autora
0. Sentirlo hasta que te rompa (Hudson)
1. A veces a la tercera no va la vencida
2. Un momento de calma y una decisión
3. Una manera sangrienta de tratar a los pacientes
4. A punto de pasar página
5. Se me da de miedo soñar
6. Chasquidos, crujidos y Pop-Tarts
7. Perdona, ¿qué?
8. Un problema real
9. ¿El traductor de Google hablará gárgola?
10. Mi mundo se desmorona
11. Tan ligera como una pluma, tan pesada como una roca
12. Un montón de rock y un poquito de roll
13. El tiempo no es lo único que se ha distorsionado
14. Tenemos que dejar de sangrar así
15. «Et tu, Marise?»
16. A cada lobe le llega su san martín

17. No todos los perros van al cielo
18. Necesitamos un empujoncito
19. Hasta el arcoíris y más allá
20. Hasta que no quede nada en pie
21. No muerdas al vampiro que te da de comer
22. Perro ladrador, muy mordedor
23. Muchas nueces, poco ruido
24. No es un trato si no lo deseas
25. No hay GPS para los no-tan-malvados
26. Una larga partida de llora-llora
27. ¿Que los caminos me llevan adónde?
28. Que la suerte irlandesa nos acompañe
29. Más vale dragón volando...
30. El castillo de mis sueños
31. A la luz del faro...
32. Solo quiero que se acabe
33. A veces el café te muele
34. La teoría del hilo (esmeralda)
35. Abrochaos los cinturones, monadas
36. Sacas la bomba que hay en mí
37. Se va a liar una buena
38. Divide y te vencerán
39. Una pena no poder volver a chuparte la sangre
40. Abuelita, qué colmillos tan grandes tienes
41. ¿No querrás decir Darth Madar?
42. No creo que sea cosa de familia
43. Mami no tan querida
44. La sorpresa más grande de todas
45. Puedes elegir a tus amigos, pero no tu veneno

46. La lista de invitados de Acción de Gracias se nos va de las manos
47. Estamos sembrados
48. Todo atado y bien hilado
49. Un lugar jamás visitado por un carámbano
50. ¿La vida es una gozada o una putada?
51. Una puntada a tiempo ahorra sufrimiento
52. Mi Big Bang particular
53. Comprar hasta reventar
54. El caramelo se me atraganta
55. Toc, toc, ¿quién es?
56. Las pruebas de la muerte
57. Muertos hagamos lo que hagamos
58. El puto camino a los infiernos
59. El típico tira y afloja
60. No juzgues un libro...
61. ¿Por qué tan crípt-ico?
62. Encant-hacha de conocerte
63. Dagas y mazmorras
64. Padre no sabe más
65. Tú dices patata, yo digo ladrón asesino
66. Esto sí es apostarlo todo al rollo medieval
67. Las mentiras arden en el pecho
68. Hay cosas que no puedes conseguir por internet
69. En el que podríamos morir
70. Agita, menea y echa a correr
71. La Corte congelada a mí nunca me molestó
72. Tómatelo con muchísimas pinzas
73. Muerte por tafetán
74. Los orinales no molan

75. Come, bebe, desconfía
76. «Why you wanna give me the runaround?»
77. Un mandoble de doble filo
78. Cruza la pasarela
79. Quien se lo encuentra se lo queda (y quien no, que se arrastre)
80. No me digas cosas tan bonitas
81. Bienvenido a la zona esquelética
82. No es el chico de los recados
83. Compañero del destino
84. El tirachinas que dio la vuelta al mundo
85. ¿Quién necesita químicacuando tienes física?
86. Piedra, colmillos, tijeras
87. Acuchilla primero, piensa después
88. Nada expresa más el amor que siente una persona que un puñal en el corazón
89. Atrás queda el pasado, ten la pista en el presente
90. Hay abismos que no tienen final y finales que te arrojan al abismo
91.Menor de la edad de descenso
92. La tumba de los horrores
93. «Drink me, baby, one more time»
94. Buscando el estado de Grace
95. A fuego lento
96. El arte de fingir
97. Peluquería al límite
98. El tiempo pasa inexorablemente... ¿O no?
99. La cara blanda de la piedra
100. No dejes para mañana lo que puedas hacer no-hoy
101. Embrujada y deslumbrada

102. De anillos y plegarias
103. Un helado muy desagradable
104. Guerras y gilipollas
105. Un susto furtivo
106. Directo a la casilla de la cárcel
107. Medidas (muy) desesperadas
108. No hay mayor peligro que el de una vampira despechada
109. Las semidiosas lo llevan en la sangre
110. La crisis existencial más cercana podría estar detrás de ti
111. Odio secuestrar y darme a la fuga
112. Nunca más podrás volver a casa
113. El baúl de los recuerdos está en el infierno
114. Escoge tus escarnios
115. Batalla épica de chicas: alas contra colmillos
116. Son como la noche y el puñal
117. Pelo para hoy, hambre para mañana
118. Maldiciones y abrazos
119. Nadie es de piedra, ni siquiera una gárgola
120. La runa donde sucedió
121. Muere en la línea discontinua
122. Seguro que te crees que se pelean por ti
123. Por intentarlo, que no quede
124. Favor con favor (y favor y favor y favor) se paga
125. «We’re gonna rock around the block tonight»
126. Si me haces adivinar una vez, la culpa es tuya
127. La caída de las murallas
128. Cuenta, cuenta
129. Sé lo que hicisteis en las sombras

130. Más vale cuervo en mano que muerte segura
131. Patinaje sobre vísceras
132. A veces hay que exprimirse el cerebro
133. Mejor nos ahorramos el brindis
134. Cierra los ojos y piensa en cosas bonitas (y rosas)
135. Ee I ee I, oh no
136. Miquiquiriquí Jackson estaría orgulloso
137. Una de cal...
138. Una pesadilla para recordar
139. Esto va a llevarme a la runa
140. Una runa propia
141. Dejarse la piel
142. Por la boca muere la gárgola
143. Las vueltas que da la vida
144. Ensártame en pedazos
145. Muerte y desorden
146. Cuando se cierra una ventana, se abre un portal
147. En alas de la verdad
148. No tenemos tiempo que matar
149. Grandes sufrimientos, lágrimas y lamentos
150. El problema de no dar la talla
151. Bajo la sangre de la luna
152. Plan A, plan B, plan Cementerio-allá-vamos
153. Si los deseos fueran montañas rusas, las gárgolas se montarían
154. Imagine Dragons
155. Hay cosas que no salen a la fuerza
156. El retorno de los forúnculos
157. Arriba, arriba, sin parar
158. Venga, a tu caja (torácica)

159. La lealtad siempre me ha favorecido
160. La separación es tan dulce pena...
161. ¡Chas! y aparezco a tu lado
162. Perdiéndolo todo, menos el hilo
163. Rebelaos ante el dios máquina
164. Lo que no nos (m)atanos hace más fuertes
165. Dioses falsos y monstruos muy reales
166. Solo se reina una vez
167. No te enrolles
168. A veces, un rayo cae dos veces en el mismo lugar
169. A mi manera
170. La jefa del lugar
171. Sin agallas no hay gloria
172. ¿Y la corona pa’ cuándo?
173. Jaque mate al rey
174. Más grandes y más regios
175. El fin del juego
Epílogo. Un golpe de Grace (Hudson)
Pero ¡espera! ¡Aún hay más!
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Nadie sobrevivió ileso a la última batalla. Flint está enfadado con el mundo, Jaxon se está convirtiendo en algo que no reconozco, y Hudson ha levantado un muro que no estoy segura de poder romper.

Ahora se acerca una guerra y no estamos listos. Necesitaríamos un ejército para tener alguna esperanza de ganar. Pero antes de eso necesito encontrar respuestas a las incógnitas sobre mis antepasados. Respuestas que podrían revelar quién es el verdadero monstruo entre nosotros... en un mundo lleno de vampiros sedientos de sangre, gárgolas inmortales y una antigua batalla entre dos dioses.

No hay garantía de que nadie se quede en pie cuando el polvo se asiente, pero si queremos salvar este mundo, no tengo otra opción. Tendré que abrazar cada parte de mí ... incluso las partes que más temo.

FULGOR

(Serie Crave 4)

Tracy Wolff

Traducción de Pura Lisart e Isabella Monello



Para Stephanie, gracias por haber aceptado

Nota de la autora: En este libro se describen ataques de pánico, muertes, violencia, tortura psicológica, momentos tensos relacionados con insectos, situaciones de vida o muerte, amputaciones y contenido sexual. Estos temas se han tratado con sensibilidad, pero he querido advertirte con antelación por si pudieran afectarte de alguna manera.

0

Sentirlo hasta que te rompa (Hudson)

Estamos jodidísimos.

Y si la expresión de terror de Grace indica algo, es que ella también lo sabe.

Me gustaría decirle que todo va a salir bien, pero la verdad es que yo también estoy aterrorizado. Solo que no por las mismas razones que ella, aunque todavía no estoy preparado para tocar ese tema.

Ahora mismo está sentada en mi sofá, enfrente de la chimenea, con el pelo aún húmedo de la ducha y los rizos relucientes bajo la luz parpadeante. Lleva una de mis camisetas y un par de mis pantalones de chándal arremangados.

Jamás ha estado más preciosa.

O más indefensa.

Ante la idea, el miedo amenaza con abrumarme, aun cuando me digo a mí mismo que no está tan indefensa como me creo, ni de lejos. Aunque me asegure a mí mismo

que puede superar cualquier cosa que nuestro puto mundo le ponga por delante.

Cualquier cosa excepto a Cyrus.

Si algo he aprendido de mi padre es que jamás se detendrá. No hasta que consiga lo que quiera, y que les den a las consecuencias.

La idea hace que se me hiele la sangre.

En toda mi amarga existencia, jamás le he temido a nada: no me da miedo vivir, y mucho menos morir. Fue aparecer Grace y ahora vivo en un terror constante.

Terror a perderla y terror a que, si lo hago, se lleve la luz consigo. Sé lo que es estar en las sombras..., he vivido toda mi puta vida en la oscuridad.

Y no pienso volver.

—¿Quieres...? —Me aclaro la garganta y vuelvo a empezar —. ¿Quieres algo de beber? —pregunto, pero Grace no me contesta.

Ni siquiera estoy seguro de que me haya oído, pues continúa con la mirada fija en el móvil, no quiere perderse nada de lo que concierne a Flint. El especialista ha llegado hace diez minutos para examinarlo, y la espera para saber si podrá salvar la pierna está siendo interminable. Sé que le gustaría estar en la enfermería con él, a todos nos gustaría, pero cuando nos ha pedido privacidad no hemos podido negarnos.

—Vale, bien. Tardo solo unos minutos —le aseguro, porque ella no es la única que necesitaba darse una ducha desesperadamente.

Sigue sin contestar y no puedo evitar preguntarme qué estará pensando. Qué estará sintiendo. Apenas ha

pronunciado unas cuantas palabras desde que regresamos al instituto y nos dimos cuenta de que Cyrus nos había engañado para secuestrar a todos los alumnos mientras luchábamos en la isla. Solo me gustaría saber qué puedo hacer para ayudarla. Para llegar hasta ella antes de que todo vuelva a irse a la mierda.

Porque ocurrirá. Las nuevas y terroríficas alianzas que ha forjado Cyrus son prueba de ello. Al igual que el atrevido secuestro de los hijos de los seres paranormales más poderosos del mundo. Ya no puede ir más allá, lo único que le queda por hacer es destruirlo todo.

Como no quiero dejar a Grace sentada sola y en silencio, me dirijo a mi colección de vinilos y rebusco entre los álbumes hasta que mis dedos se paran en el de Nina Simone. Saco el vinilo de su funda y lo coloco en el tocadiscos, toco un botón y espero a que la aguja se desdoble y baje con una crepitante dentellada de estática antes de que la voz ronca de Nina llene la silenciosa estancia. Ajusto el volumen para que suene de fondo y, después de mirar por última vez el cuerpo inmóvil de Grace, me doy la vuelta y me encamino al baño.

Me doy la ducha más rápida que jamás se haya visto, teniendo en cuenta la cantidad de sangre, vísceras y muerte que tengo que quitarme de encima. Me visto casi igual de rápido.

No sé por qué voy así de acelerado, no sé qué temo encontrarme cuando...

Mi pulso se ralentiza cuando veo a Grace justo donde la he dejado. Y por fin admito la realidad: la razón por la que

no he querido apartar la vista de ella es que me da miedo que se percate de que se ha equivocado al elegirme.

¿Es un miedo irracional, aun teniendo en cuenta que me ha dicho que me quiere? ¿Que me elige a mí a pesar de todo lo que está pasando, a pesar de saber la carga que suponen mis poderes? Por supuesto que lo es.

¿Consigue eso que desaparezca? Ni de coña.

Ese es el poder que ejerce ella sobre mí, el poder que ejercerá siempre.

—¿Sabemos algo de Flint? —le pregunto a la par que saco una botella de agua de la nevera que hay en la esquina de la habitación y se la llevo.

—Aún no han dicho nada por el grupo.

Trato de pasarle el agua, pero, cuando a pesar de ver mi brazo extendido no la coge, me dirijo a la otra esquina del sofá, me siento a su lado y coloco la botella en la mesa que hay delante de nosotros.

Entonces ella le da la espalda al fuego y me atraviesa con una mirada dolida mientras susurra:

—Te quiero.

Y mi corazón vuelve a acelerarse.

Está muy seria, demasiado seria, suena incluso algo desesperada. Así que hago lo que siempre he hecho para sacarla de su ensimismamiento: le tomo el pelo, esta vez emulando nuestra cita favorita de una película.

—Lo sé.

Cuando una sonrisa perezosa asoma a las lindes de las sombras que hay en sus ojos, sé que he tomado la decisión correcta. Tiro de ella para que se siente sobre mi regazo y disfruto de la sensación de tener todo su cuerpo pegado al

mío. Bajo la mirada y paso el dedo por el anillo de compromiso que le regalé; recuerdo la promesa que le hice ese día, la temblorosa convicción de mi voz mientras pronunciaba esas palabras trascendentales, y se me encoge el pecho.

—¿Sabes? —pregunta mientras busca mi mirada para que se encuentre con la suya—. Dijiste que si adivinaba la promesa que habías hecho me la contarías. Creo que lo he averiguado.

Levanto una ceja.

—¿La sabes?

Asiente.

—Prometiste traerme el desayuno a la cama durante el resto de mi vida.

Me río con un resoplido.

—Lo dudo. Eres insoportable por las mañanas.

Su cara se ilumina con la primera sonrisa auténtica que le he visto desde lo que se me antoja una eternidad.

—¡Oye!... No sé de qué me estás hablando.

Entonces se ríe de su propio chiste y no puedo evitar unirme a ella. Es una pasada verla sonreír de nuevo.

—Ya lo sé... —continúa mientras finge rumiar alternativas —. ¿Has prometido dejarme ganar todas las discusiones?

Me río con todas mis ganas ante la ridícula sugerencia. Le encanta discutir conmigo. Lo último que querría sería que yo me achantara y dejara que se saliera con la suya.

—Ni hablar.

Entonces Grace se queda quieta y parpadea.

—¿Es que no me lo vas a contar nunca?

No está preparada para escuchar lo que prometí antes de saber que alguna vez correspondería a mis sentimientos. Así que, en vez de eso, bromeo.

—¿Y qué gracia tendría?

Ella hace como que me da un puñetazo en el hombro.

—Algún día te lo voy a sonsacar. —Pasa la mano delicada por mi incipiente barba y vuelve a mirarme con seriedad—. Tengo todo el tiempo del mundo para seguir adivinando, compañero.

Y así, sin más, combustiono.

—Te quiero —susurro y me inclino para rozar sus labios con los míos. Una vez, dos veces. Pero Grace no piensa consentirlo. Levanta los brazos y sujeta mi cabeza entre la palma de las manos; sus pestañas aletean sobre las mejillas justo antes de que me exija que le entregue todo de mí. Mi aliento. Mi corazón. Mi alma entera.

Ambos nos quedamos sin respiración y me inclino hacia atrás para capturar su mirada. Podría perderme en las profundidades de sus cálidos ojos castaños durante toda la eternidad.

—Te quiero —le vuelvo a decir.

—Lo sé. —Me toma el pelo al repetir las palabras que he pronunciado antes.

—Esa boca de sabelotodo va a acabar matándome —murmuro, y comienzo a besarla una vez más mientras en mi cabeza danza la idea de cogerla en volandas y llevarla hasta la cama. Pero ella se pone rígida y sé que el comentario irreflexivo sobre mi muerte le ha recordado, nos ha recordado a ambos, todo lo que hemos perdido y lo que todavía podríamos perder.

Casi se me detiene el corazón cuando veo que se le llenan los ojos de lágrimas.

—Lo siento —musito.

Ella niega con la cabeza con rapidez, como para asegurarme que no debería castigarme por el desliz, pero, bueno, eso no va a pasar. Entonces se muerde el labio; la barbilla le tiembla, ya que intenta retener todo el dolor que siente dentro, y por millonésima vez quiero darme una bofetada por hablar siempre primero y pensar después cuando está cerca de mí.

—Nena, todo va a salir bien —afirmo aun cuando todo mi interior se convierte en líquido. Los huesos, las arterias, los músculos... Todo se disuelve en el intervalo que va de una respiración a otra, y todo lo que me queda es lo que seré una vez que no esté Grace. Una cáscara vacía y sangrante —. ¿Qué puedo hacer? ¿Qué necesitas...?

Me interrumpe al colocarme los finos dedos fríos sobre la boca.

—Luca ha muerto en vano. La pierna de Flint, el corazón de Jaxon, todo... Todo ha sido en vano, Hudson —farfulla.

Vuelvo a estrecharla entre los brazos, la abrazo mientras la angustia de lo que hemos sobrevivido se abre paso por su sistema; su temblor se convierte en el mío porque sé que ya no me quedan excusas.

En este instante, mientras abrazo a la chica a la que amo, la chica por la que haría cualquier cosa con tal de salvarla, sé que mi tiempo se ha agotado. La fría y dura realidad que llevo evitando con todas mis fuerzas durante la última hora me golpea de pleno y me deja sin respiración.

Es todo culpa mía.

Todo. Cada agonía, cada muerte, cada momento de dolor que Grace y los demás han sufrido en esa isla... Todo es por mi culpa.

Porque he sido un egoísta. Porque todavía no quería renunciar a ella. Porque he sido débil. Me he pasado toda la vida huyendo del destino que mi padre siempre quiso para mí, pero ahora me he dado cuenta de que no me queda alternativa. Viene a por mí lo quiera o no, y no puedo hacer una mierda para evitarlo. No por segunda vez. No si la felicidad de Grace está en juego.

Y cuando me rinda ante mi destino, me temo que nos destruirá a todos.

1

A veces a la tercera no va la vencida

Quiero estar donde sea menos aquí.

Donde sea menos aquí de pie, en medio de esta sala excesivamente fría que hiede a dolor, a sufrimiento y a una gran cantidad de antisépticos. Le dirijo una sonrisa fugaz a Hudson antes de encararme al resto del grupo.

—¿Qué es lo primero que vamos a hacer? —inquiere Macy en voz baja, pero la pregunta de mi prima hace eco por la enfermería en ruinas, y rebota por las paredes vacías y las camas rotas como un disparo.

Es la pregunta del millón, o más bien del billón. Y ahora mismo, delante de Macy y nuestros amigos, no tengo ni idea de cómo contestar.

A decir verdad, llevo en estado de shock desde que aparecimos en el Katmere y nos lo encontramos arrasado, con las paredes manchadas de sangre, las aulas hechas un desastre y todos los alumnos y los profesores desaparecidos. Y ahora nos enteramos de que no ha habido forma de salvarle la pierna a Flint. Estoy destrozada, y el

hecho de que él intente con tanto ahínco mostrarse fuerte lo empeora mil veces más.

Una hora después, y tras haberme dado una ducha, puede que me sienta más limpia, pero todavía no me he recuperado de tanta devastación.

Peor aún, mientras paso la vista del rostro de uno de mis amigos al otro —Jaxon, Flint, Rafael, Liam, Byron, Mekhi, Eden, Macy, Hudson—, es evidente que están tan alterados como yo. Y ninguno parece tener mucha más idea sobre qué va a ser lo siguiente.

Pero, bueno, ¿qué se supone que debemos hacer en un momento así? Un momento en el que el mundo tal y como lo conoces está llegando a su fin y tú estás en medio viendo cómo se desmorona ladrillo a ladrillo. Un momento en el que cada muro que has reforzado tan solo ha creado una grieta en todo lo que te rodea que lo hará derrumbarse.

No es la primera vez que hemos sufrido una pérdida en los últimos meses, pero sí es la primera desde que mis padres murieron que parece que no hay esperanza para nosotros.

Incluso cuando estaba sola en el campo del Ludares, supe que las cosas saldrían bien: si no para mí, sí para el resto de las personas que me importan. O cuando me enfrenté a los gigantes con Hudson, siempre supe que él sobreviviría. Lo mismo cuando estábamos en la isla de la Bestia Imbatible para enfrentarnos al rey vampiro y a sus tropas, aún sentía que teníamos una oportunidad. Aún sentía que, de alguna forma, encontraríamos la manera de derrotar a Cyrus y sus impías alianzas.

Y al final, cuando huyó, pensamos que lo habíamos conseguido.

Que al menos, si no habíamos ganado la guerra, habíamos ganado esa batalla.

Que los sacrificios, los inconmensurables sacrificios que habíamos hecho, habían valido la pena.

Hasta que regresamos aquí, al Katmere, y nos dimos cuenta de que no habíamos librado una guerra, ni siquiera una batalla. No, lo que para nosotros había sido una cuestión de vida o muerte, lo que nos había hecho caer de rodillas y nos había abocado a un abismo de desesperación, ni siquiera había llegado a ser una batalla. En lugar de eso, había consistido más bien en un juego; uno que trataba de mantener a los niños ocupados mientras los adultos se encargaban de ganar la verdadera guerra.

Me siento como una idiota..., como una fracasada. Porque, a pesar de que sabía que no se puede confiar en Cyrus, a pesar de que sabía que se guarda una infinidad de ases bajo la manga, nos lo tragamos. Peor aún, algunos de los nuestros incluso murieron.

Luca murió y ahora Flint ha perdido una pierna.

A juzgar por la cara de cada una de las personas que hay en la enfermería, no soy la única que se siente así. Una mezcla amarga de agonía e ira se cierne sobre nosotros. Es tan pesada que apenas sobra espacio para sentir cualquier otra cosa; apenas sobra espacio incluso para pensar en cualquier otra cosa.

Marise, la enfermera del instituto y la única superviviente que queda en el Katmere, descansa en una de las camas de hospital. En sus brazos y en una mejilla siguen apreciándose

las magulladuras y los cortes; son el testimonio de que peleó con uñas y dientes, pues su metabolismo vampírico todavía no la ha curado. Macy le lleva una botella de sangre de una nevera cercana y Marise asiente como agradecimiento antes de beber. Es evidente que haber ayudado al especialista con Flint ha agotado las pocas fuerzas que le quedaban.

Le echo un vistazo a Flint, que descansa en una cama del rincón con lo que le queda de pierna en alto; observo el dolor que marca un rostro que normalmente esboza una amplia sonrisa bobalicona y se me cae el alma a los pies. Parece tan pequeño, con los hombros hundidos por el dolor y la pena, que tengo que tragarme la bilis que me sube por la garganta. Lo único que me mantiene en pie en estos momentos es la pura fuerza de voluntad; bueno, eso y Hudson, que me envuelve la cintura con un brazo, como si supiera que me caería al suelo sin su apoyo. Su abrazo, su evidente intento de consolarme, debería tranquilizarme. Y quizá lo haría si ahora mismo no estuviera temblando tanto como yo.

El silencio se extiende entre nosotros como una cuerda en tensión, hasta que Jaxon se aclara la garganta y dice con una voz tan áspera como nuestros sentimientos:

—Tenemos que hablar de Luca. No queda mucho tiempo.

—¿Luca? —pregunta Marise, su congoja es evidente en la afonía de su voz—. ¿No ha sobrevivido?

—No. —La respuesta de Flint es tan vacía como sus ojos —. No lo ha hecho.

—Hemos traído su cuerpo de vuelta al Katmere —añade Mekhi.

—Bien. No debería quedarse en esa isla del demonio. —Marise intenta articular algo más, pero su voz se quiebra a la mitad. Se aclara la garganta y vuelve a intentarlo—: Pero tenéis razón. No queda mucho tiempo.

—¿Tiempo para qué? —indago a la par que miro a Byron, quien se saca un móvil del bolsillo de delante.

—Hay que avisar a los padres de Luca —contesta mientras pasa el dedo por la pantalla—. Tienen que enterrarlo antes de que pasen veinticuatro horas.

—¿Veinticuatro horas? —repito—. Me parece muy poco tiempo.

—Es que lo es —afirma Mekhi—. Pero si no está sellado dentro de una cripta para entonces, se desintegrará.

La dureza de esa respuesta, de este mundo en general, hace que me falte el aire.

Por supuesto, todos nos convertimos en polvo al final, pero qué horrible que ocurra así de rápido. Puede que antes incluso de que los padres de Luca puedan verlo. Sin duda, antes de que cualquiera de nosotros pueda hacerse a la idea de que nos ha dejado de verdad.

Antes de que podamos despedirnos.

—Byron tiene razón —confirma Macy entre susurros—. Los padres de Luca merecen la oportunidad de despedirse.

—Por supuesto que sí —coincide Hudson con una voz que convierte el repentino silencio en una herida punzante—. Pero no podemos permitirnos concedérsela.

Parece que nadie sabe qué contestar a eso y, en vez de hablar, todos lo miramos fijamente, desconcertados. No puedo evitar preguntarme si lo he oído mal y, a juzgar por la cara de los demás, sienten lo mismo que yo.

—Tenemos que decírselo —anuncia Jaxon, y está claro que no tiene ganas de discutir sobre el tema.

—¿A qué te refieres? —pregunta Macy a la vez. Aunque no suena enfadada. Solo preocupada.

—Necesitan tiempo para trasladar el cuerpo a la cripta familiar —informa Byron, pero ha dejado de toquetear el móvil; quizá porque por fin ha encontrado el número de los padres de Luca o porque no se puede creer lo que está oyendo—. Si no los llamamos ahora, no quedará ni rastro de él.

Hudson aparta el brazo con el que me rodea la cintura y se aleja, no puedo evitar temblar ante la ausencia de su calidez.

—Ya lo sé —contesta a la par que se cruza de brazos—. Pero son vampiros, de la Corte Vampírica. ¿Cómo sabemos que podemos fiarnos de ellos?

—Su hijo está muerto. —A Flint se le quiebra la voz por la indignación mientras forcejea para ponerse de pie. No me puedo creer que ya se haya levantado y esté moviéndose, pero los metamorfos se curan rápido, incluso bajo las circunstancias más funestas. Jaxon se vuelve para ayudarlo, pero Flint levanta la mano en un silencioso «ni te me acerques», aunque no aparta la mirada de Hudson ni un segundo—. ¿De veras crees que se pondrán del lado de Cyrus?

—¿Tanto te sorprende la idea? —El rostro de Hudson no muestra emoción alguna cuando se vuelve hacia Jaxon—. Tú apenas has sobrevivido al último encuentro con tu propio padre.

—Eso es distinto —espeta Jaxon.

—¿Por qué? ¿Porque se trata de Cyrus? ¿En serio crees que es el único que piensa de esa forma? —Levanta una ceja—. Si lo fuera, no nos las habríamos tenido que ver con tanta gente en esa maldita isla.

El silencio se alarga hasta que Eden habla.

—Me duele, pero creo que Hudson tiene razón. —Niega con la cabeza—. No sabemos si podemos fiarnos de los padres de Luca. No sabemos si podemos fiarnos de nadie.

—Su hijo está muerto —repite Flint con empatía y entrecierra los ojos para mirar a Eden—. Tienen que saberlo mientras todavía quede tiempo para enterrarlo. Si sois unos putos cagones y no queréis hacerlo, pues lo haré yo. —Le clava una mirada llena de ira a Hudson—. ¿No se te ha ocurrido que no tendríamos que darles esta noticia si tú hubieras hecho tu trabajo?

Yo jadeo cuando las palabras reverberan por mi cuerpo como si me hubieran golpeado. Está claro que se refiere a la habilidad de Hudson de desintegrar a nuestros enemigos con solo pensarlo. Quiero cantarle las cuarenta a Flint por haber sugerido siquiera semejante cosa o, peor aún, por esperar que lo hiciera; pero sé que está dolido y que ahora no es el momento.

Hudson busca mi mirada enseguida, pero yo intento asegurarle con los ojos que no es culpa suya. Aun así, a la velocidad del rayo vuelve a centrarse en Flint y abre los brazos en un gesto de incredulidad.

—Yo estaba ahí luchando, igual que tú.

—Pero no es lo mismo, ¿no crees? —Flint enarca una ceja —. Actúas como si lo hubieras dado todo de ti en esa pelea, pero todos sabemos que no es verdad. ¿Por qué no te haces

esta pregunta?: Si hubiera sido Grace la que hubiera estado a punto de morir, ¿estaríamos teniendo esta conversación o seguiría con vida?

Hudson aprieta la mandíbula.

—No sabes de qué coño estás hablando.

—Sí, sigue engañándote.

Y con eso, Flint usa el borde de la cama para saltar hasta un par de muletas que hay en la esquina. Se las coloca debajo de las axilas y se esfuma sin pronunciar palabra.

Hudson no dice nada. Nadie dice nada.

Se me encoge el corazón al pensar en las decisiones que tiene que tomar, las expectativas que carga a la espalda. Expectativas demasiado pesadas para que nadie pueda con ellas. Y aun así, él lo hace. Siempre.

Pero eso no significa que tenga que hacerlo solo.

Lo atraigo otra vez hacia mis brazos y apoyo la cabeza contra su pecho, cierro los ojos y escucho el estable latido de su corazón hasta que comienza a relajar los hombros, hasta que apoya los labios en mi pelo y me da un suave beso. Solo entonces suspiro. Va a estar bien. Todos vamos a estar bien.

Pero entonces abro los ojos, mi mirada se posa en nuestros amigos y me quedo sin aliento.

Arrepentimiento. Ira. Acusación. Está todo ahí... dirigido hacia Hudson y hacia mí.

Es entonces cuando reconozco la verdadera victoria de Cyrus.

Estamos divididos.

Lo cual es otra forma de decir que estamos bien jodidos. Otra vez.

2

Un momento de calma y una decisión

Con los rostros ensombrecidos por toda esta maraña de sentimientos encontrados, la Orden se mueve para ponerse justo detrás de Jaxon, quien se encara con Hudson. Noto un repentino y desagradable cosquilleo en el estómago. La situación posee todos los ingredientes para convertirse en un enfrentamiento típico del lejano Oeste, y no me apetece acabar en medio del fuego cruzado. Ni tampoco ver cómo otra persona acaba en él.

Por eso mismo doy un paso adelante y me interpongo entre Jaxon y mi compañero. Hudson emite un sonido gutural de disgusto, pero no intenta detenerme. Me planteo la posibilidad de defender las decisiones que ha tomado Hudson durante el enfrentamiento, pero al final decido que lo más importante ahora es centrarnos en Luca. Ya ha empezado la cuenta atrás para que su cuerpo acabe reducido a cenizas.

Me prometo a mí misma que en el futuro tendremos una conversación sobre lo que todo el mundo espera que

Hudson haga en una batalla, pero hoy no será el día. Bastantes problemas tenemos ya como para sumar más.

—Vale, Jaxon, lo entiendo —digo, y con la mano hago un gesto apaciguador para tranquilizar al chico que hasta no hace mucho lo era todo para mí—. Esto es una mierda. Sí, una puta mierda. Pero debes comprender lo peligroso que es meter aquí a los padres de Luca.

—¿Peligroso? —Me lanza una mirada de incredulidad mientras abre los brazos, en un gesto muy similar al del propio Hudson de hace un momento. Nadie podría negar que son hermanos—. ¿Qué más podrían hacerle a este lugar? Por si no te has dado cuenta, está casi en ruinas.

—Sin olvidarnos del hecho de que, si quieren atacarnos, no van a esperar a que les enviemos una invitación escrita a mano —añade Byron—. No es que contemos con una superdefensa ahora mismo.

—Ya, pero es que no saben que estamos aquí —interviene Eden al tiempo que se coloca justo al lado de Hudson—. Hasta donde ellos saben, hemos venido, hemos visto lo que queda del castillo y nos hemos ido vaya usted a saber adónde. Cosa que, debo admitir, creo que es lo que deberíamos hacer, chicos.

—Yo puedo informar a los padres de Luca. —Marise se incorpora en la cama de hospital y, aunque sigue un poco pálida, sus heridas por fin están empezando a sanar—. Vosotros, mientras, buscad un lugar seguro, alguna zona fuera del campus.

—No vamos a dejarte aquí, Marise —afirma Macy decidida mientras se coloca junto a la vampira, cerca de la Orden—. Si nos marchamos, te vienes con nosotros.

—No tengo fuerzas para irme por ahí con nadie —contesta la vampira sanadora.

—Y por eso mismo no vamos a ir a ningún lado hasta que no estés recuperada —explica Macy—. Además, te han dado por muerta, así que es más que evidente que saben que estás en nuestro bando. Seguro que, en cuanto se enteren de que sigues viva, irán a por ti igual que irán a por nosotros.

—A mí no me harían daño —replica Marise, aunque no suena muy convencida.

—No vamos a dejarte aquí —insisto yo; voy a la nevera y saco otra botella de sangre para ella. Marise la acepta y bebe buena parte del líquido antes de dejarla en la mesilla que tiene junto a la cama.

—Los padres de Luca tienen derecho a saber lo que ha pasado —repite Jaxon, pero la hostilidad implícita de su actitud se desvanece poco a poco con cada palabra—. Sean traidores o no, merecen la oportunidad de enterrar a su hijo. Pase lo que pase si los invitamos, cualquier problema que pueda surgir, podremos con todo. Porque negarles esto... —Jaxon cierra los ojos y niega con la cabeza—. Negarles esto...

—... no nos hace mejores que Cyrus —acaba Hudson por su hermano con el mismo tono de resignación.

—Hay cosas por las que vale la pena correr el riesgo —dice Mekhi—, y hacer lo correcto es una de ellas.

Eden se muerde el labio y parece que está a punto de discutírselo, pero al final se pasa una mano por el pelo en un gesto de frustración y asiente.

Jaxon espera por si alguien más quiere intervenir en la conversación, mirándonos uno a uno. Por suerte, la conformidad de Hudson parece haber convencido al resto. Al ver que nadie va a decir nada, Jaxon se vuelve hacia Marise.

—Yo los llamaré.

Entonces Jaxon saca el móvil del bolsillo y se desvanece por la puerta hacia el pasillo.

—Y ahora ¿qué hacemos? —pregunta Macy, y por su voz temblorosa parece tan débil como yo.

—Ahora, esperar —contesta Hudson con la mirada clavada en la puerta por la que acaba de desvanecerse su hermano—. Y rezar para que no estemos cometiendo un gran error.

3

Una manera sangrienta de tratar a los pacientes

Veinte minutos más tarde, Flint vuelve a estar en su cama de la enfermería con un cabreo de la hostia mientras Marise se prepara para curarle la herida tal como le ha indicado el especialista.

—No te muevas de ahí —le ordena—. Tengo que ir a por más vendas.

—Y yo que pensaba salir a escalar el Denali —contesta con un intento forzado de sarcasmo.

Ella se limita a negar con la cabeza y se dirige con paso vacilante a un armarito en el rincón opuesto de la enfermería; una señal inequívoca de que todavía no se encuentra ni la mitad de bien de lo que quiere hacernos creer.

Jaxon y la Orden se han marchado para ocuparse de lo de Luca, y ella ha insistido en que vuelva a llevar a Flint allí para que le eche un vistazo a su pierna. Me imaginaba que Hudson también se iría cuando Flint le ha lanzado una mirada asesina en cuanto ha puesto un pie en la

enfermería. Pero he de decir a su favor que se ha quedado. Por supuesto, en estos momentos está apoyado contra una pared y finge estar usando el móvil; sin embargo, está aquí para respaldar a Flint tanto como este se lo permita.

Al ver a Flint intentando ser valiente después de todo lo que ha perdido, un pánico que me resulta muy familiar me retuerce el estómago. Inspiro de forma lenta y profunda. Espiro. Y vuelvo a inspirar.

Marise abre el armarito de cristal y rebusca entre varios botes de pastillas hasta que encuentra el que busca.

—Toma, te tocan más analgésicos —le dice cuando vuelve a su lado y le tiende dos pastillas azules.

Después de que Marise haya limpiado la herida y comience el tedioso proceso de volver a vendarla, Macy y Eden le preguntan acerca del ataque.

—Lo siento, chicas —se disculpa tras no poder ofrecer ninguna información nueva a otra ronda de preguntas más —. Me encantaría tener más respuestas para vosotras.

Macy y Eden intercambian una mirada antes de que Macy conteste:

—No, no. No pasa nada. Estabas jugándote la vida, lo entendemos. No es el mejor momento para hacer preguntas. Es solo que ojalá supieras algo que pudiera ayudarnos a decidir cuál será nuestro siguiente paso.

—Bueno, creo que deberíais quedaros en el Katmere, donde estaréis a salvo —contesta Marise mientras recoge las vendas usadas—. No tiene sentido dejar que os capturen y darle a Cyrus la oportunidad de quitaros también vuestros poderes.

—Espera; Cyrus ha secuestrado a los alumnos para chantajear a sus padres y forzarlos a actuar según su voluntad —comenta Eden con las cejas enarcadas—, ¿no es así?

Me inclino hacia delante. ¿Nos estábamos equivocando?

Marise se encoge de hombros y devuelve la mirada a la pierna de Flint.

—Yo no sé nada de eso, pero escuché por encima a un lobo que decía que necesitaban magia joven para activar algo.

Lanzo un grito ahogado y niego con la cabeza sin dirigirme a nadie en especial. «No, no, no. Eso no puede ser cierto.»

—¿Los ha secuestrado para robarles la magia? —A Macy se le quiebra la voz en la última palabra y abre los ojos como platos por el terror—. Pero la magia está ligada a nuestras almas. Si Cyrus trata de extraerla, ¡acabará matándolos!

Miro a Hudson para ver si él también está oyendo esto y no me sorprende descubrirlo contemplando fijamente a la vampira con los ojos entrecerrados, perdido en sus pensamientos.

—Lo siento —se disculpa Marise mientras se vuelve para tirar las vendas de Flint a un contenedor médico cercano—. Es todo lo que sé.

Macy le hace otra pregunta, pero ya no puedo oír nada porque lo camufla el pitido de mis oídos. Cuando llegamos al instituto y nos dimos cuenta de que Cyrus había secuestrado a todo el mundo, nos dejó horrorizados. Pero, aun así, muy en el fondo creo que todos esperábamos que

no fuera a matarlos. A ver, no va a poder usarlos para chantajear a sus padres si están muertos, ¿no?

Pero ahora, al darme cuenta de que puede que solo los quiera por su magia, que no tiene por qué mantenerlos con vida una vez que les haya arrebatado lo que necesita de ellos, no me puedo creer que me haya tomado el tiempo para darme una ducha. O, madre mía, que encima me haya liado con Hudson mientras los alumnos podrían estar muriendo.

Levanto la mirada hacia mi compañero y después deseo no haberlo hecho, pues sé que llevo escrito lo que pienso en la cara. El remordimiento. La vergüenza. El terror.

Se le tensa la mandíbula antes de poder evitarlo, pero entonces, cuando se da cuenta de lo disgustada que estoy, desdibuja cualquier emoción de su rostro. El remordimiento se aloja en mi estómago y me lo revuelve. Porque, sin importar lo devastadora que haya sido esta noticia para mí, nada se compara a lo que sin duda está sintiendo Hudson. No después de las acusaciones de Flint.

Sí, ha intentado fingir que no era para tanto, que las palabras de Flint le han entrado por un oído y le han salido por el otro. Lo cual no me habría molestado tanto si tan solo estuviera fingiendo con los demás. Pero también lo está haciendo conmigo, y eso, más que cualquier otra cosa, me indica lo destrozado que está.

Hudson y yo no fingimos el uno con el otro, nunca lo hemos hecho. No cuando nos descongelé, cuando estaba atrapado en mi cabeza y era imposible escondernos nada. Y tampoco ahora que está fuera, porque ese no es el tipo de pareja que somos. Nos decimos la verdad, incluso cuando

duele. Así que, si ha llegado tan lejos como para ocultarme algo, las cosas están mal. Muy pero que muy mal.

El miedo me hiela la sangre y empiezo a cruzar la habitación para llegar hasta él. Tiene que saber que no es culpa suya, tiene que entender que no se puede echar nada de esto a la espalda. Pero, antes de que lo consiga, Marise comienza a darle a Flint una letanía de instrucciones sobre la pierna.

Entretanto, nos agolpamos alrededor de la cama ya que queremos saber lo que podemos hacer para ayudar, si es que podemos hacer algo. Incluso Hudson deja el móvil, aunque no hace ademán de acercarse a la cama ni a Flint.

Sin embargo, al final ya no hay más preguntas que hacer. Simplemente sabemos que, por mucho que deseemos que esto no estuviera ocurriendo, no nos queda otra que apoyar a Flint.

Porque la verdad es que, sin importar cuánto poder poseas, a veces aquello que se ha roto debe permanecer así, por mucho que desees lo contrario.

—Siento mucho que te haya pasado esto —le comunica Macy mientras le acaricia el brazo con el fin de tranquilizarlo —. Pero vamos a hacer lo que esté en nuestra mano. Podemos llevarte a la Corte Bruja, los curanderos pueden hacerte una pierna prostética y...

—¿Hablamos de las mismas brujas que intentaron matarnos? —contesta de forma mordaz.

—Perdona —susurra y los ojos se le llenan de lágrimas—. No quería...

Flint habla entre dientes mientras niega con la cabeza.

—No me hagas caso. Estoy de mal humor.

—Ya, si alguien tiene derecho a estarlo... —Macy parpadea para aguantar las lágrimas—. Ese eres tú.

Me siento un poco cotilla ahí de pie contemplando el sufrimiento de Flint, así que le doy la espalda a la vez que Marise le comenta:

—La parte buena es que estás curándote muy bien, incluso más rápido que los metamorfos normales. La herida ya está totalmente cerrada y espero que la piel termine de sanar por completo en las próximas veinticuatro horas. Mientras, necesitarás antibióticos y algunas vendas más.

Eden se acerca a él y choca el hombro con el suyo.

—Vas a estar bien —dice con fiereza—. Nos encargaremos de ello.

—Sí, exacto —corrobora Macy.

—No me puedo creer que esto esté pasando —murmuro para nadie en especial, y un instante después Hudson está a mi lado y me pone las manos en los hombros para que lo mire.

—Flint se pondrá bien —asegura—. Todo va a ir bien.

Levanto una ceja.

—Me consolaría si de verdad pensara que te lo crees.

Antes de que pueda ocurrírseme algo más que decir, Jaxon vuelve a entrar en la sala y se detiene al otro lado de la cama de Flint.

—Los padres de Luca acaban de salir. —Su expresión es sombría; sus ojos, un mar infinito de tristeza—. Llegarán por la mañana.

4

A punto de pasar página

—Tu padre está despojando a esos chicos de su magia y hasta podría estar matándolos —espeto. Quizá no sea la mejor forma de darle la noticia a Jaxon, pero, en fin, así consigo que la tristeza que he visto en sus ojos desaparezca al instante. Ahora en ellos arde un fuego iracundo que me hace estremecer.

—Voy a matarlo con mis propias manos —suelta Jaxon, y por su semblante parece que vaya a cumplir su palabra en este mismo momento.

—Venga, mañana jugamos a «quién mata a papi primero» —dice Hudson arrastrando las palabras—. Creo que todos necesitamos descansar y dormir un poco, o los únicos que moriremos seremos nosotros.

Todos refunfuñamos, pero sabemos que tiene razón. Tengo la sensación de que me voy a desmayar en cualquier momento de lo cansada que estoy. Marise intenta varias veces que le prometamos que no vamos a cometer ninguna imprudencia, pero Jaxon solo está dispuesto a no partir

antes del amanecer, y ya es mucho. Se queda hasta que Flint se levanta de la cama usando las muletas y, después, se marcha con la Orden hacia sus respectivas habitaciones.

Mientras seguimos sus pasos y atravesamos la puerta, Hudson me rodea la cintura con el brazo, con firmeza, y en un segundo nos desvanecemos hasta las escaleras que llevan a su cuarto. Debo admitir que a veces todo eso de desvanecerse es una pasada; sobre todo porque, al movernos tan rápido, nos ha sido imposible hacer una lista de todo el daño que ha sufrido el instituto Katmere durante el ataque. Sé que tendré que enfrentarme a ello antes o después, pero ahora mismo no me apetece nada ver lo mucho que los secuaces de Cyrus han destrozado el lugar que considero mi hogar.

Hudson me deja con mucho cuidado junto a la cama, y pasea la mirada por toda la habitación, observándolo todo menos a mí.

—Debes descansar, yo me iré al sofá para no molestarte.

—¿Molestarme? Venga ya, eso es imposible. —Puede que esté justo delante de mí, pero no puedo evitar sentir que hay un gran muro entre nosotros—. Hudson, deberíamos hablar de lo que ha pasado en la enfermería.

—No hay nada de qué hablar —responde con seriedad—. Las cosas son como son.

Con una mano lo cojo del brazo, con suavidad.

—Lo siento muchí…

—Grace, para. —Suena firme pero no enfadado. Ni tampoco tan destrozado como me siento yo, ni por asomo.

—¿Por qué te comportas así? —pregunto, y me da rabia lo necesitada que sueno al decirlo. Pero más rabia me da

todavía lo necesitada e insegura que me siento—. ¿Qué pasa?

Me mira como diciendo: «¿Lo preguntas en serio?». Vale, lo pillo: todo se va a la mierda. Nada nuevo bajo el sol, la verdad. Pero nosotros no. Todo se va a la mierda, menos nosotros. Pero es que...

Pero es que, cuando actúa de esa forma, me da la sensación de que podría ser que nosotros también nos fuésemos a la mierda.

Por ahí no paso, no después de todo lo que hemos vivido para estar donde estamos. Y lo que ni de coña pienso permitir es que se aleje y vaya a lamerse las heridas, en vez de compartir sus preocupaciones conmigo.

—Hudson, venga, por favor —digo en un intento desesperado de acercarme a él—. No hagas esto.

—¿Que no haga el qué? —pregunta.

Ahora soy yo quien lo mira con incredulidad. Y debo de haberle tocado la fibra sensible, porque aprieta la mandíbula y, de pronto, le interesa un montón la pared que tengo justo detrás.

—Vamos a hablarlo —susurro acercándome poco a poco hasta que nuestros cuerpos están a milímetros de tocarse y respiramos el mismo aire.

Se queda donde está un segundo, dos, y después da un paso atrás, con prudencia. Y duele como una cuchillada.

—No tengo nada que decir.

—Supongo que es verdad eso de que siempre hay una primera vez para todo. —Intento picarlo con la esperanza de hacer que reaccione. Con la esperanza de recuperar al

Hudson que está demasiado seguro de sí mismo, al Hudson que se pasa de arrogante.

Por fin me mira y, al encontrarme con sus ojos, siento que me ahogo en la interminable infinidad de su mirada oceánica; la interminable infinidad de su persona.

Pero, cuanto más lo miro, más consciente soy de que él también se está ahogando. Y de poco servirá cuánto lo intente, no va a dejar que le lance un salvavidas.

—Deja que te ayude —murmuro.

Entonces suelta una especie de risilla triste.

—No necesito tu ayuda, Grace.

—¿Y qué necesitas, entonces? —Me aferro a él, y lo analizo a fondo—. Dime qué necesitas, y encontraré la forma de dártelo.

Hudson no contesta, ni me rodea con los brazos; apenas se mueve. Y así, sin más, el miedo se convierte en una bestia que ruge en mi interior, que me clava las garras en las entrañas, desesperada por salir.

Porque este no es mi Hudson. No conozco a este chico, y no sé cómo recuperarlo. Ni siquiera sé cómo buscarlo bajo esa gran capa de hielo. Pero sé que debo intentarlo.

Por eso mismo, cuando veo que trata de retroceder otra vez, me aferro a él con fuerza. Lo cojo de la camisa con ambas manos, presiono mi cuerpo contra el suyo y lo miro fijamente a los ojos. Y me niego a dejarlo marchar.

Porque Hudson Vega es mío, y no voy a perderlo contra los demonios que tiene enterrados en su interior. Ni ahora, ni nunca.

No sé cuánto tiempo pasamos así, juntos, pero el suficiente para notar que se me cierra la garganta. El

suficiente para sentir humedad en las manos. El tiempo más que suficiente para que un sollozo se abra paso por mi pecho.

Pero, a pesar de todo, no desvío la mirada. A pesar de todo, no lo dejo marchar.

Y es entonces cuando ocurre.

Con la mandíbula apretada y un carraspeo de garganta, me desliza los dedos por la nuca y cierra la mano cogiéndome del pelo. Entonces me inclina la cabeza hacia atrás con delicadeza, sin apartar los ojos de los míos, y me llama: «Grace», con un tono tan crudo y angustiado que todo mi cuerpo se tensa ante la expectativa y la desesperación.

—Lo siento —me dice—. No puedo…, yo no…

—No pasa nada —respondo al tiempo que le acuno la mejilla con la mano y acerco su cara a la mía.

Por un momento tengo la sensación de que va a volver a alejarse de mí, que en realidad no quiere besarme. Pero entonces un sonido gutural emerge de su interior y así, en un instante, todo el miedo y la frustración se esfuman con el choque desesperado y frenético de sus labios y los míos.

Primero intento que se abra conmigo y, después, me zambullo en el aroma a sándalo y a ámbar, y en la fuerte esencia masculina que desprende.

Y nunca me he sentido tan bien. Porque este es Hudson, mi Hudson, mío. Mi compañero. Y nuestra conexión es maravillosa incluso cuando todo se va a la mierda.

Como si quisiera demostrarlo, Hudson me mordisquea el labio inferior, y me pasa los colmillos por la comisura de la

boca. No puedo evitar perderme en el calor de su oscuro y desesperado corazón.

—No pasa nada —murmuro mientras él apoya los dedos en mi espalda y pega su cuerpo tembloroso contra el mío—. Hudson, tranquilo.

No parece estar escuchándome (o quizá es que no me cree), pues profundiza el beso y nos destroza, al mundo y a mí.

Caen relámpagos, retumban truenos, pero juro que lo único que puedo oír es a él. Lo único que puedo ver, sentir u oler es a él, antes incluso de que deslice la lengua por la mía.

Sabe a miel: dulce, cálido, peligroso. Es adictivo, Hudson es adictivo, y empiezo a gemir; le doy todo lo que puedo darle. Le doy todo lo que desea y le suplico que tome más de mí. Muchísimo más.

Cuando rompe el beso, los dos acabamos jadeando. Intento que ese momento dure un poquito más, trato de evitar que la conexión que tenemos desaparezca. Porque, mientras Hudson esté absorto en mí, en nosotros, no estará encerrado en sus pensamientos, destrozándose por algo que no puede ni debe cambiar.

Unos segundos después se aleja de mí, pero no me siento preparada para dejarlo ir. Lo sujeto por la cintura, que tengo rodeada con los brazos, y pego el cuerpo contra el suyo. «Un ratito más —suplico en mi mente—. Solo un par de minutos más juntos tú y yo, y la forma en la que me evado de la realidad cuando nos tocamos.»

Hudson debe de estar notando mi desesperación (así como la fragilidad que tanto me esfuerzo por esconder),

porque no se mueve.

Espero que suelte un comentario ingenioso o irónico, o tan tonto como solo él sabe soltar, pero no dice ni una sola palabra. En cambio, me abraza y deja que lo abrace.

Y, por ahora, con eso basta.

Hemos vivido muchísimas cosas en tan solo veinticuatro horas. Hemos luchado contra gigantes, escapado de la cárcel, librado una batalla terrible; hemos perdido a Luca y estado a punto de perder a Jaxon y a Flint. Y nos hemos encontrado el Katmere casi en ruinas. Una parte de mí cree que es increíble que sigamos en pie después de todo eso. El resto se siente agradecido de que lo estemos.

—Lo siento —susurra Hudson de nuevo, y noto su aliento cálido contra la cara—. Lo siento muchísimo.

Una fuerte sacudida le recorre todo el cuerpo, largo y delgado, y Hudson se estremece.

—¿Por qué lo sientes? —pregunto apartándome un poco para poder mirarlo a la cara.

—Debería haberlo salvado —dice y, cuando nuestras miradas se encuentran, se le rompe la voz—. Debería haberlos salvado a todos.

Noto que la culpa se lo está comiendo vivo, y no pienso permitirlo. No puedo.

—No te equivocaste en absoluto, Hudson —digo con firmeza.

—Flint tiene razón. Tendría que haberlos detenido.

—¿Por detenerlos te refieres a que deberías haber desintegrado a cientos de personas allí mismo? —pregunto con las cejas levantadas.

Intenta darme la espalda avergonzado, pero lo sujeto con firmeza. Llevo cargando con esa clase de culpa y de dolor desde la muerte de mis padres, y digamos que no es una experiencia divertida. No pienso quedarme de brazos cruzados y dejar que Hudson sufra lo mismo que yo. No, si puedo evitarlo.

—¿Qué se suponía que debías hacer? —quiero saber—. ¿Que Cyrus y todo aquel que estuviera en nuestra contra...? —Niego con la cabeza buscando las palabras adecuadas—. ¿Desapareciera en el aire?

—Si lo hubiese hecho, Luca no habría muerto. Flint conservaría la pierna. Y Jaxon y Nuri...

—¿Lo habrías hecho? —pregunto, porque noté lo desorientado que estaba al comienzo de la batalla; noté lo mucho que le costaba controlarse a sí mismo y la situación mientras se desataba el caos a nuestro alrededor—. Al principio, en la vorágine de la batalla, ¿podrías haberlo hecho?

—Claro que podría haber... —Deja la frase sin acabar y se pasa una mano por el pelo—. No lo sé. Todo pasaba muy rápido y la situación era caótica. Y cuando Jaxon se metió de lleno en la pelea...

—Tú lo seguiste sin pensarlo. Porque no podías correr el riesgo de equivocarte y hacerle daño a él, o a los demás. Y preferías morir tú antes que dejar que le pasara algo a Jaxon.

—Bueno, es que ya lo viste —dice Hudson arrastrando las palabras. Y por un segundo parece que esté hablando el antiguo Hudson—. Es evidente que el chaval necesita que lo

protejan. En cuanto me despisto, va y deja que le arranquen el corazón del pecho.

—Creo que la cosa no fue así —contesto con un resoplido —, pero sé que harías lo que hiciera falta para protegernos, a él y a mí. Y también sé que harías lo que fuera para proteger a los demás. No desintegraste a todo aquel que estaba allí al principio de la batalla porque no estabas seguro de poder conseguirlo sin hacernos daño a alguno de nosotros. Y, cuando estuviste seguro, cuando trazaste el plan al detalle, amenazaste con hacerlo, y estoy segura de que habrías cumplido tu amenaza.

De nuevo Hudson centra la atención en la pared que tengo a mi espalda.

—No lo comprendes. Nadie me comprende. No es tan sencillo. —Suspira—. Odio esto que tengo dentro de mí.

—Ya sé que lo odias —respondo. Despego las manos de su cintura y le acuno el rostro, mientras espero pacientemente a que vuelva a mirarme a la cara—. Pero también sé que si Cyrus y sus aliados no se hubiesen marchado con tu amenaza, habrías acabado con la existencia de todos y cada uno de ellos, y lo habrías hecho por nosotros. Estoy segurísima de que lo habrías hecho si así nos hubieses podido mantener a salvo.

—Habría hecho lo que fuera para que tú estuvieras a salvo —admite mirándome a los ojos.

Pero no me lo trago. Hudson me quiere, eso lo sé, aunque creo que ni siquiera él se da cuenta de cuánto estaría dispuesto a sacrificar por todos, no solo por mí.

—Para que todos nosotros estuviéramos a salvo, todos.

Hudson se encoge de hombros, pero me percato de que se ha relajado un poquito. Así que vuelvo a rodearle la cintura con los brazos y lo abrazo con fuerza; me esfuerzo por demostrarle que yo confío en él incluso cuando ni él confía en sí mismo.

—En fin... —Hudson carraspea y dice—: Antes de que volvamos a enfrentarnos a Cyrus, tengo que hablar con Macy para ver cómo contrarrestar un hechizo sensorial.

—¿Un hechizo sensorial?

—Es lo que habrá usado mi padre en la batalla —explica —. Estoy casi seguro de que Cyrus les ordenó a las brujas que hicieran algo a toda su tropa. Por eso, cuando intenté persuadir a sus hombres de que se retiraran, apenas se percataron de mi presencia. Era como si...

—¿Como si ni siquiera pudieran oírte? —Termino la frase por él.

—Exacto. —Niega con la cabeza en un gesto de indignación; no tengo claro si por su padre o por él mismo—. Tendría que haberme imaginado que haría algo así.

—Ah, ¿por eso de que eres omnisciente? —pregunto con sarcasmo. Sé por qué se está echando la culpa de todo: es Hudson, siempre se echará el peso del mundo a la espalda, le corresponda o no hacerlo. Pero ya está bien—. ¿O porque eres un dios?

Entrecierra sus turbulentos ojos azules un poco, algo irritado.

—Porque conozco a mi padre. Sé cómo piensa. Y sé que no se detendrá ante nada ni nadie para conseguir lo que ansía.

—Tienes razón —digo—. Él no se detendrá ante nada ni nadie. Por eso mismo todo lo que ha pasado en esa isla es culpa suya, no tuya.

Hudson empieza a replicarme, pero cierra el pico ante la mirada de superioridad que le lanzo. Esta vez sabe que tengo razón, aunque no quiera admitirlo.

Nos quedamos así un rato que parece una eternidad, mirándonos fijamente a los ojos, con los cuerpos pegados, mientras todo lo que hemos visto y hecho se asienta entre nosotros como si fuese cemento húmedo. Pero ojalá pudiera saber si nos está uniendo y no levantando un muro entre nosotros.

Porque todavía queda mucha guerra por delante. Tenemos que enfrentarnos a un camino muy largo si queremos salvar a nuestros compañeros antes de que Cyrus los mate, y nada nos garantiza que la cosa vaya a acabar como nosotros queremos.

Nada nos asegura que vayamos a estar bien.

Por eso respiro hondo y le confieso el temor que me atormenta desde que regresamos al Katmere.

—No creo que la Corona sea lo que pensábamos.

5

Se me da de miedo soñar

Hudson me mira la palma de la mano y puedo ver cómo le pasan por la mente miles de ideas y casos hipotéticos mientras intenta averiguar cómo responder. Al final solo dice:

—Que no hayas descubierto aún su poder no significa que no exista.

—Puede que no —corroboro con ciertas dudas—. Pero estoy bastante segura de que algo sentiría si tuviera un poder nuevo.

—¿Igual que supiste que eras una gárgola en cuanto llegaste al Katmere? —inquiere con una ceja levantada.

La pregunta hace que me duela el estómago, así que la entierro (junto con todas las respuestas posibles) tan hondo como puedo. No es ni de lejos la mejor solución, pero hasta que la Bestia Imbatible decida despertar y contestarme a algunas preguntas, estaré estancada. Si puedo evitarlo, no me sirve de nada entrar en pánico durante las horas siguientes. Sobre todo cuando tengo la imperiosa necesidad de dormir.

—Ya nos preocuparemos de la Corona después —anuncia Hudson. Deshace el abrazo con el que me agarraba por la cintura y me vuelve hacia su enorme cama, que bajo mi mirada cansada parece el paraíso. Me da un beso en la cabeza—. ¿Por qué no te tumbas?

Estoy demasiado agotada, así que me limito a hacer caso a su sugerencia y trepo hasta la cama para taparme con la sábana y el edredón mientras él se va al baño. Se me cierran los ojos casi de inmediato a pesar de mi resolución de esperarlo. En cuestión de un minuto me he sumido en una especie de niebla; las imágenes de la batalla que hemos vivido centellean por mi mente en lo que parece una presentación interminable compuesta mitad por sueños, mitad por recuerdos.

Me revuelvo mientras las imágenes de Luca muriendo se mezclan con los recuerdos de estar encerrada en la prisión. La sangre de la pierna de Flint cubriéndome las manos, el remolino en los ojos verde grisáceo de Remy cuando me asegura que volverá a verme pronto. Doy vueltas, intento descifrar dónde me encuentro. Me va el corazón a mil. ¿Sigo en la cárcel? ¿He soñado que salimos de allí, salvamos a la Bestia Imbatible...? «No, una gárgola», me recuerda mi mente adormecida.

«Preocupado, Grace. Muy preocupado.»

La voz de la anciana gárgola se desliza por mi mente, se cuela entre las imágenes que siguen centelleando sin piedad por mi cerebro. Forcejeo para recuperar la consciencia, pero cada segundo que transcurre me hundo más y más, como si estuviera en unas arenas movedizas.

«No tiempo, no tiempo.»

Su voz suena más desesperada que nunca y atraviesa la niebla. Después, con la voz más clara con la que me ha hablado jamás, como si se estuviera concentrando en cada palabra, escucho:

«¡Despierta, Grace! ¡Nos estamos quedando sin tiempo!».

6

Chasquidos, crujidos y Pop-Tarts

La autoridad en su voz hace que me levante de la cama de un sobresalto.

El corazón me late a mil por hora, noto cómo la sangre me retumba en los oídos, y es casi la misma sensación que tengo cuando me despierto en mitad de un gran ataque de pánico. Salvo porque tengo la mente despejada, y la adrenalina que me recorre el cuerpo nace de la urgencia y no del miedo.

Miro a Hudson con el rabillo del ojo, pero por una vez está dormido de verdad. Respira de forma pausada, y los moratones casi imperceptibles que tiene en la mejilla son un duro recuerdo de todo lo que ha vivido durante los últimos días. Gran parte de las marcas que tenía de los combates que libró en la cárcel ya casi han desaparecido, pero va a necesitar algo más que un poco de sangre para borrar el cansancio que se le acumula bajo los ojos. Estiro el brazo, y le paso un dedo tembloroso por la mejilla, con delicadeza. Por un momento un ligero movimiento se adueña de sus

ojos, y temo haberle despertado. Pero se da la vuelta suspirando y cae de nuevo en brazos de Morfeo.

Una lástima que yo no vaya a poder hacer lo mismo.

Echo un vistazo al móvil y veo que he dormido poco más de siete horas; y eso significa que todavía me queda un montón de tiempo por delante hasta que se despierten los demás. Mientras me levanto de la cama, el sol empieza a asomarse por la cima del Denali. Es poco más de medianoche, pero cuando llega la primavera a Alaska, el sol sale a las cuatro de la mañana.

Varias tonalidades de rojo y morado oscuro pintan el cielo y las montañas que puedo ver desde las ventanas del cuarto de Hudson. Es precioso, desde luego, pero el atisbo de lo que parece una tormenta inminente resulta la hostia de inquietante. Es como si el cielo se estuviese desangrando sobre las montañas y bañara el mundo entero de sangre, remordimientos y miedo.

Pero bueno, es posible que solo esté proyectando mis propias emociones. No me extrañaría, pues siento que ahora mismo todo mi mundo está bañado en sangre.

Me planteo volver a la cama e intentar dormir un poco más. Pero ese barco ya ha zarpado. Y como lo último que me apetece es ponerme otra vez la ropa sucia que llevaba, tengo que regresar a mi cuarto y coger un par de mudas más antes de que nos marchemos.

Se me revuelve el estómago mientras subo las escaleras y llego a los pasillos principales del Katmere, que están en ruinas, y recuerdo la primera vez que puse un pie en este instituto. Recorrí de noche estos mismos pasillos porque mi

vida había dado un giro de ciento ochenta grados en un abrir y cerrar de ojos, y era incapaz de dormir.

Tengo la sensación de que estoy al borde de otro precipicio, uno que se desmorona cada vez más con cada paso que doy. Desde aquella primera noche han cambiado un montón de cosas: mi gárgola, Hudson, Jaxon, hasta el mismísimo Katmere... Pero aun así otras parecen no haber cambiado un ápice.

Como, por ejemplo, que las probabilidades de que un par de lobos asesinos aparezcan y quieran arrojarme a la nieve no hayan bajado tanto.

Me digo a mí misma que no son más que tonterías; es improbable que Cyrus envíe a los lobos a por nosotros después de haber secuestrado a los estudiantes. Sin embargo, subo los escalones de dos en dos mientras me dirijo a mi cuarto. Si el enemigo va a invadirnos, al menos me gustaría llevar pantalones cuando tenga que enfrentarme a él.

Macy está profundamente dormida cuando llego al cuarto, así que entro a hurtadillas con todo el sigilo que puedo. Uso la linterna del móvil para ver, mientras vuelvo a echar pestes por la boca porque, por muy gárgola que sea, no tengo una visión como la de los vampiros o los lobos, y no puedo ver en la oscuridad.

Apunto el haz de luz hacia el suelo e ilumino lo mínimo indispensable para no tropezar y caerme sobre el cuerpo dormido de Macy sin querer, y voy directa a mi armario.

Cojo la mochila negra del Katmere y la lleno con algunas cosas que voy a necesitar si me quedo en la habitación de Hudson: un par de vaqueros y una camiseta de repuesto,

algo de ropa interior, mi neceser, un puñado de gomas del pelo y (sorpresa, sorpresa) una caja de Pop-Tarts de cereza. Si algo he aprendido durante estos últimos siete meses de pasar mi tiempo con vampiros a horas inciertas es que, si no quiero morir de inanición, siempre tengo que llevar encima algo para picar.

Lo meto todo en la mochila, me visto con una sudadera y me dejo caer al suelo para ponerme los calcetines y mis botas favoritas.

Me levanto y echo un último vistazo a la habitación para cerciorarme de que no me dejo nada importante, y se me vienen a la mente dos cosas sin las que nunca querría marcharme. Con cuidado busco mi joyero, que está en el tocador, lo abro y saco el diamante que Hudson me regaló, y el collar que me dio Jaxon. Meto ambos tesoros en el bolsillo delantero de la sudadera, que tiene cremallera, así como un tubo rosa de cacao que Macy me había dado. Me echo la mochila a la espalda y voy de puntillas hasta la puerta.

Justo cuando estoy saliendo de la habitación, Macy se mueve un poco y gime en sueños. Me quedo quieta, esperando a ver si me necesita, pero suelta otro ruido de angustia y retoma la salva de sonoros ronquidos a los que me he acostumbrado durante los últimos siete meses.

Sus ronquidos hacen que anhele los momentos de mi llegada al Katmere, antes de que el mundo se volviera loco, y cuando mi mayor preocupación era lo fuerte que podía llegar a roncar mi prima (muy muy fuerte, de hecho). Esa sensación me hace pasar la mirada de Macy a mi cama, y me pregunto si podría aprovechar un par de horas más de

sueño... Al fin y al cabo, puede que sea nuestra última oportunidad de poder dormir de verdad durante vaya a saber una cuánto tiempo.

No me molesto ni en sacarme las botas: me acurruco sobre el edredón, apoyo la cara en la almohada y dejo que los rítmicos ronquidos de Macy me arrullen hasta que me duermo.

«¡No tiempo!»

La voz de mi cabeza me despierta de un susto. Miro el móvil, y veo que he dormido un par de horas más. Macy sigue roncando, pero sé que yo ya no voy a poder dormirme.

Quizá, si la suerte me acompaña, pueda colarme en el cuarto de Hudson sin despertarle a él tampoco.

Apenas he llegado a lo alto de las escaleras cuando la voz de la Bestia vuelve a resonar en mi mente.

«No tiempo. No tiempo. No tiempo.»

«No hay tiempo ¿para qué? —pregunto en las profundidades de mi mente—. ¿Estás bi...?»

Me callo al doblar el descansillo y encontrarme a la gárgola en su forma humana sentada junto a la mesa de ajedrez que hay al final de las escaleras, con una de las pocas piezas que han sobrevivido al ataque en la mano.

Vivo un insoportable momento de *déjà vu* al darme cuenta de que la pieza que sostiene no es otra que la mismísima reina vampiro.

7

Perdona, ¿qué?

Expongo lo evidente.

—Vuelves a ser humano.

Asiente mientras yo me tomo mi tiempo para descender el último par de escalones que nos separa. Intento comprender lo que está pasando, pero estoy perdida. No tengo ni idea de qué decirle a la Bestia Imbatible, ni idea de cómo comportarme con él. Es una gárgola, la única gárgola viva que existe aparte de mí, lo cual quiere decir que deberíamos tener algunas cosas en común.

Pero lo cierto es que jamás me he sentido más ajena a otra persona..., cosa que es rarísima, y más si tenemos en cuenta que puedo oírla dentro de mi cabeza.

—¿Estás bien? —pregunto cuando me siento en la silla al otro lado de la mesa de ajedrez.

—Preocupado. Muy preocupado —confiesa en voz alta y me sobresalto al oírlo. A ver, ya me habló en la isla, pero estoy tan acostumbrada a que lo haga en mi cabeza que me lleva un instante adaptarme.

Asiento.

—Sí, lo sé. Te he oído mientras dormía. Y cuando me he despertado.

—Lo siento. —Parece avergonzado—. Darnos prisa.

—No te disculpes —declaro mientras niego con la cabeza —. Pero ¿por qué hay que darse prisa? ¿Qué está pasando?

—Sin tiempo.

No consigo distinguir si está hablando de nosotros, de sí mismo o de otra persona. Espero con toda mi alma que se esté refiriendo a que a Cyrus se le acaba el tiempo, pero dudo que tenga tanta suerte.

—¿Quién se queda sin tiempo?

No contesta, solo se inclina hacia delante para enfatizar la urgencia de su mensaje.

—Sin tiempo.

Lo cual no me revela nada que no supiera antes. No para de repetir eso de «sin tiempo» y me está empezando a dar mal rollo: sobre todo cuando pienso en todo lo que está ocurriendo y en que podríamos estar quedándonos sin tiempo. ¿Se nos acaba el tiempo para salvar a los alumnos? ¿Viene Cyrus a por nosotros? ¿Está la Corona a punto de autodestruirse en mi mano?

—¿Qué se queda sin tiempo? —inquiero, y la frustración de mi voz es evidente—. ¿Qué va a pasar?

Pero no contesta. Por supuesto que no lo hace... Siempre se le ha dado muy bien ponerme histérica con alguna advertencia para después no darme ni un solo detalle que la respalde. Desde lo de los túneles cuando acababa de llegar aquí, a ese árbol de aspecto extravagante en los terrenos del instituto, o a la celda de la cárcel en la que estábamos encerrados Hudson, Flint y yo con Remy y Calder; me ha

dado muchísimos consejos. Es solo que nunca me cuenta para qué sirven o qué debería hacer para enfrentarme a lo que sea que haga que salten sus alarmas.

Lo cual me resulta útil en cierta forma, supongo, pero sin duda no en otras.

Como ahora, cuando me entrega la pieza de ajedrez de la reina vampiro.

—¿Quieres jugar al ajedrez? —pregunto y hago caso omiso a la pieza, que además me acabo de dar cuenta de que tiene un notable parecido con Delilah. Gracias, pero voy a pasar. Ya he tenido suficiente de eso, así que no me interesa que se repita la función. Sobre todo porque jugar con las piezas vampiro que quedan significaría tener que escoger también al rey vampiro. Y ni de coña me voy a acercar a Cyrus de forma voluntaria, ni aunque se trate de su clon de mármol—. Si jugamos, me pido los dragones.

La Bestia niega con la cabeza.

—¿No quieres jugar al ajedrez?

—Sin tiempo. —Apuñala el aire con la pieza de la reina vampiro.

—¿La reina vampiro se queda sin tiempo? Eso no hace que me sienta mal, ¿sabes?

En esta ocasión la gárgola suspira con decepción porque no entiendo lo que quiere de mí. Y me siento fatal, de verdad que sí. Pero no es que su forma de hablar inconexa me ponga las cosas fáciles. Por supuesto, ¿quién soy yo para hablar? Si me hubiera pasado un millar de años encadenada a una cueva mientras las criaturas paranormales de todo el mundo intentaran matarme de

forma constante, lo más probable es que mi dominio del lenguaje (y de la realidad) también fuera escaso.

Pero saberlo no me facilita la tarea de comprender sus consejos, sino que me la complica. Porque si un millar de años apartado del mundo han hecho que se le vaya la cabeza, ¿cómo puedo fiarme de lo que me está diciendo?

Ahora me toca a mí suspirar. Todo este desastre no hace más que volverse una pesadilla cada vez mayor.

—Grace.

Pronuncia mi nombre con tal urgencia y autoridad que vuelvo a la realidad de forma automática.

—¿Sí?

—Cuidado. Ten cuidado.

«Dime algo que no sepa.»

—Lo sé. Estoy teniendo cuidado. Créeme, todos estamos teniendo un cuidado de la hostia con la Corte Vampírica. Cyrus...

—¡No!

Me mira con los ojos entrecerrados y después golpea a la reina vampiro contra la mesa con tanta fuerza que espero que se haya hecho añicos. Pero no. De hecho, solo se le pica un borde.

Como si eso no fuera aún más ominoso. Lo único que me faltaba es que Delilah sea tan indestructible como lo está resultando ser Cyrus.

—¿La reina? —pregunto a la par que intento coger la pieza—. ¿Me estás advirtiendo acerca de Delilah?

Espero que la suelte ahora que ya ha dejado clara la cuestión, pero sostiene la pieza de mármol fría incluso cuando la rodeo con la mano. Es ahí cuando se tocan

nuestros dedos y me recorre una extraña electricidad que hace que agarre rápidamente mi hilo platino de gárgola de forma instintiva. Aunque, antes de que pueda cogerlo, una descarga de poder me sacude con tal intensidad que me deja sin aliento.

Al principio creo que es solo un calambre, que no es más que electricidad estática entre dos personas que se tocan. Pero no me ha dado ningún calambre desde que me convertí en gárgola por accidente.

Me dispongo a apartar la mano con una risilla nerviosa, lista para intentar hacer una broma, pero es demasiado tarde. Se está convirtiendo en piedra y, con una rápida mirada a mi cuerpo, veo que yo también y que nuestras manos, ahora de piedra, siguen agarrando con fuerza a la reina vampiro.

8

Un problema real

Conozco esta sensación.

Es casi la misma que tengo al convertirme en piedra, pero sin serlo. Cuando me transformo en gárgola, siempre siento una especie de cosquilleo que empieza por los pies. En poco tiempo, tan poco que apenas me doy cuenta de que ocurre, ese cosquilleo me sube por las piernas y los brazos. Se adueña de todo mi cuerpo y noto que me recorren unos pinchacitos de electricidad que mejoran mis sentidos en vez de embotarlos. Intensifica la sensación del latido de mi corazón, de la respiración de mis pulmones, y la forma en que la sangre me corre por las venas. También agudiza mi mente para que pueda verlo todo, percibirlo todo, mientras el tiempo se ralentiza y mis reflejos se aceleran.

Pero estoy segura de que esto no es lo mismo.

Es igual de rápido, pero noto cada célula al tiempo que la electricidad se mueve por mi cuerpo, y recorre cada una de mis terminaciones nerviosas como si me clavaran agujas en la piel; no son unos simples pinchacitos. Los pies, las piernas, las manos, el pecho, los hombros..., el dolor es casi

insoportable. Cuando me llega a la cabeza, abro la boca para lanzar un grito de agonía, pero ya es demasiado tarde. Ahora todo mi cuerpo está hecho de roca sólida, que ahoga mi grito en mi pecho bajo su peso.

Mis sentidos están tan abrumados (yo estoy tan abrumada) que tardo un poco en recuperar el aliento, y un poco más todavía en orientarme. Bueno, si es que puedo usar ese verbo, pues no tengo ni idea de qué acaba de pasar y si todavía estoy donde estaba hace un instante. Miro a mi alrededor, intentando obtener la respuesta a alguna de esas dos preguntas, y me doy cuenta de que apenas puedo ver un metro por delante de mí.

La neblina envuelve todo lo que tengo a mi alrededor.

Al principio creo que estoy sola, y el pánico se adueña de mí al tiempo que un millón de escenarios diferentes se me vienen a la mente. Como que quizá he caído en una horrible trampa que Cyrus me ha tendido con la ayuda de este hombre. O como que quizá quería que liberáramos a la Bestia Imbatible desde un principio... para conseguir justo esto.

Pero, cuando me vuelvo y veo a la vieja gárgola en su forma humana a un par de centímetros de distancia, recupero la razón. La Bestia detesta a Cyrus, lo odia al menos tanto como Hudson. El rey vampiro la tuvo encerrada en una cueva durante mil años. Es imposible que se haya aliado con él ahora que por fin disfruta de su libertad. No me lo creo.

Es más, no me lo creeré nunca.

Ese pensamiento es el que me lleva a dar un par de pasos hacia la gárgola, que se ha puesto de cuclillas en el suelo.

A medida que me acerco, veo que está tan sorprendido como yo, o puede que incluso un poco más. Tiene los ojos abiertos como platos, y abre un poco la boca al bajar la mano y tocar el brillante suelo de piedra que estamos pisando.

—¿Esto es real? —susurra mientras se mueve de izquierda a derecha, sin dejar de tocar el suelo que lo rodea.

—Estaba a punto de hacerte la misma pregunta —le confieso, mientras observo cómo una sonrisa ocupa el lugar de la preocupación en su rostro, y estoy segura de que es la primera vez que le pasa desde que lo conozco.

Tiene una sonrisa increíble, y todo su semblante cambia por completo con ella. Parece más joven, más apuesto, más fuerte y más imponente.

Una imagen que se refuerza cuando por fin se levanta. Ya no es la Bestia Imbatible cansada, rota y confundida que conocimos la primera vez que pisamos su isla. No, este hombre es totalmente diferente.

Es regio.

Es poderoso.

Medirá casi dos metros; es más alto que Hudson y Jaxon, y también es más ancho de hombros. Una camisa negra entallada le cubre los músculos marcados de ambos brazos, y sobre esta lleva una larga casaca gris y negra que le llega a la mitad del muslo. Viste unas calzas negras, unas botas del mismo color, y cuando se pasa una mano por el elegante terciopelo comprendo a quién tengo delante.

Es la gárgola en su mejor momento, antes de que Cyrus lo engañara para que entrara en esa cueva y lo convirtiera en la Bestia Imbatible.

Y siento una punzada en el pecho al ver de quién se trata. Quién debe de ser. Este apuesto hombre con aire de nobleza y que viste unos ropajes elegantes de hace mil años no puede ser otro que el rey gárgola.

El verdadero soberano de la Corte Gargólica que reclamé durante el Ludares.

El verdadero dueño de la Corona que llevo tatuada en la palma de la mano.

Y de pronto no sé qué decirle. O si debería hacer una reverencia o no.

Por suerte, él no parece tener el mismo problema que yo. Después de comprobar su estado, y de alisarse un poquito la casaca, vuelve a echar otro vistazo a su alrededor.

—Buen trabajo, Grace —me felicita—. Buen trabajo.

Tiene un acento muy marcado, pero no estoy segura de saber de dónde es. Me suena a un acento inglés... No es británico como el de Hudson, ni australiano como el de mis actores favoritos, y desde luego no es americano, pero me resulta familiar al mismo tiempo.

—Creo que no puedo llevarme el mérito por esto —le digo con sinceridad—. Porque no tengo ni idea de dónde estamos ni de cómo hemos llegado aquí.

Aunque me parezca imposible, su sonrisa se ensancha.

—¿De verdad no sabes dónde estamos?

Miro a mi alrededor e intento ver más allá de la neblina que todo lo cubre, pero un halo de misterio envuelve casi todo aquello que está a más de un metro de distancia.

—No tengo ni la más remota idea.

—Es una pena que esté en este estado. —Niega con la cabeza con aire triste. Después mueve un brazo, la niebla

desaparece y por fin puedo ver qué se esconde tras ella—. Querida Grace, bienvenida a la Corte Gargólica.

9

¿El traductor de Google hablará gárgola?

Joder.

Quiero decir, ¡joder!

Tiene que estar de coña, ¿no? No podemos estar en la Corte Gargólica de verdad.

Excepto por que, cuando echo un vistazo al opulento patio, no puedo evitar pensar que dice la verdad. El suelo es de mármol, al igual que los pilares que se encuentran a ambos lados de una valla alta hecha de oro macizo y piedras preciosas con un intrincado patrón. Y el patio es la entrada delantera a lo que parece un inmenso castillo medieval muy ornamentado.

Lo cual tiene sentido si tenemos en cuenta que el rey gárgola lleva encadenado más de mil años. Según Flint, la Corte Dragontina ha ido cambiando y adaptándose con el paso del tiempo; en la actualidad se encuentra en uno de los rascacielos más caros de Nueva York. Con el rey apresado y el resto de las gárgolas muertas, la Corte Gargólica no ha tenido oportunidad alguna de evolucionar.

De alguna forma, debemos de haber accedido a un sueño dentro de su mente en el que revivimos la majestuosidad de la Corte que recuerda. Pensar en lo que la Corte Gargólica podría haber sido, lo que debería ser ahora mismo si no fuera por Cyrus, me parte el corazón.

—Es precioso —le confieso mientras observo el castillo.

Puede ser sin ningún problema por lo menos dos veces más grande que el instituto Katmere, y su majestuosidad es tal que me hacen cosquillas en los dedos las ganas de pintarlo.

Estamos de pie en el patio, delante de la estructura principal, pero cuando me vuelvo para contemplarlo todo bien, me doy cuenta de que detrás de mí también hay mucho más, al igual que enfrente. El castillo está rodeado por un enorme foso de los de verdad, con un puente levadizo de madera gigante. Y una muralla de piedra que medirá sus veintidós metros circunda la propiedad; supongo que para combatir el hecho de que casi todas las criaturas paranormales pueden saltar la leche de alto.

El castillo en sí es increíblemente intimidatorio: está construido entero en piedra, dispone de enormes almenas sobre la estructura principal y de cuatro altas torres colosales y redondas que se sitúan una en cada esquina.

Según mi muy limitado conocimiento acerca de los castillos medievales, no esperaba que hubiera tal cantidad de ventanas de todas las formas y tamaños. Sin embargo, las vidrieras de las ventanas presentan un patrón mucho más rudimentario de lo que me imaginaba. Por supuesto, no es que yo tenga ni idea de cuándo se pusieron de moda las

vidrieras. Puede que esto fuese lo más sofisticado que podías encontrar hace mil años.

El resto del castillo sin duda parece ser de primerísima calidad.

—¿Esta es tu Corte? —indago, todavía dando vueltas lentamente para tratar de no dejarme ningún detalle—. ¿Eres el rey gárgola y la construiste tú?

—El mismo, y sí, lo hice. Por cierto, me llamo Alistair —se presenta con esa voz melosa y refinada que no tiene nada que ver con lo que he oído de él hasta la fecha—. Pero no has acertado en quién es el dueño de esta Corte. —Me sonríe a la vez que sostiene la mano en la que llevo el tatuaje de la Corona—. Esta es tu Corte, mi querida Grace, no la mía. Ya no.

Me fallan las rodillas solo de pensarlo. Cuando me imaginé construyendo la Corte Gargólica con el dinero que conseguí en el Wyvernhoard, pensaba en algo más pequeño, menos intimidatorio. Más... playero. Un lugar en el que una chica de San Diego de los pies a la cabeza pudiera sentirse cómoda.

Miro hacia arriba, arriba y arriba, hasta la parte superior del castillo. Este sitio no tiene nada de cómodo. Todo lo que veo exuda opulencia e intimidación pura.

—Pero tú eres el rey —señalo mientras me esfuerzo por ignorar que la Corona me arde en la palma de la mano—. Todo esto te pertenece.

—Yo era el rey. —Su sonrisa muestra más arrepentimiento que tristeza—. Ahora tú eres la soberana de la Corte Gargólica; es decir, tanto este castillo como la Corte son tuyos para hacer lo que consideres oportuno.

De solo pensarlo el estómago, que ya me dolía de por sí, se me revuelve todavía más. Todo esto de gobernar se está volviendo muy real, demasiado real, aunque seamos las dos únicas gárgolas que quedan. De repente me aterra pensar que, si de verdad conseguimos derrotar a Cyrus, voy a tener que ocupar mi lugar en el Círculo.

—¿Es por eso por lo que me has traído hasta aquí? —consulto mientras intento asimilar la magnitud de la situación—. ¿Para mostrarme qué es lo que reino?

Alistair se ríe.

—Siento decepcionarte, Grace, pero yo no te he traído aquí. Tú me has traído a mí. Y me alegro mucho de que lo hayas hecho. Es... —Se detiene para mirar a su alrededor mientras vuelve a pasarse la mano por el elegante terciopelo de su casaca—. Es maravilloso volver a estar aquí, aunque sea durante unos instantes robados.

—No lo comprendo. ¿Qué quieres decir con que te he traído yo? Ni siquiera sabía que este lugar existía...

—Y, a pesar de todo, nos has traído. Es digno de admirar, querida mía. Muy pero que muy impresionante. Sobre todo si tenemos en consideración lo joven que eres. —Niega con la cabeza con una expresión de admiración en el rostro—. Eres mucho más poderosa de lo que imaginaba, y mira que imaginaba mucho.

Debo de parecer tan confundida como me siento, porque al notar que mi silencio se prolonga, Alistair señala con la mano al enorme espacio que se encuentra delante de nosotros.

—Demos un paseo, ¿quieres? E intentaré contestar a todas tus preguntas.

—Tengo un montón —le advierto mientras comenzamos a caminar despacito a través del interminable y antiguo patio, como si estuviéramos celebrando una fiesta del té por la tarde en vez de estar esperando a primera hora de la mañana a que Cyrus y su ejército intenten destruir todas las cosas y a todas las personas a las que queremos—. Para empezar, ¿cómo es que aquí puedes hablar con tanta fluidez? Normalmente cuando hablas conmigo es evidente que tienes que esforzarte. —Levanta una regia ceja ante mi comentario, y me apresuro a alzar las manos como disculpa —. No pretendía ofenderte.

—Y no me he ofendido —contesta, pero su expresión sigue siendo seria y tiene los ojos entrecerrados.

¿Y podemos hablar de lo tremendamente peculiares que son las diferencias que veo en él? A ver, entiendo que estuvo encadenado durante mil años y que eso afectó de forma negativa a todas las partes de su ser. Y no quiero decir que no diera un miedo de la hostia como la Bestia Imbatible. Porque lo daba. Pero hay algo acerca del rey gárgola, algo en este Alistair, que intimida un millón de veces más.

Recorremos varios metros más en silencio, los tacones de las botas de Alistair traquetean contra el mármol pulido a cada paso que damos. Empiezo a pensar que no va a contestar a mi pregunta a pesar de haberlo prometido, cuando por fin habla.

—Gobernar a nuestro pueblo no es tarea fácil. Conlleva muchas responsabilidades... para con el mundo y para con los nuestros. Una de las responsabilidades es estar siempre disponibles para ellos. —Suspira e inspira larga y

lentamente antes de continuar—. Las gárgolas se crearon para ser las protectoras de la paz perfectas, para devolver el equilibrio al mundo de los humanos y los paranormales. Uno de esos dones que nos ayudan, sin duda lo habrás descubierto ya, es que podemos hablarnos por telepatía los unos a los otros. Así es como coordinamos los ataques y patrullamos las zonas de forma más eficiente.

Lo que me cuenta tiene todo el sentido del mundo según la historia que nos explicó la Anciana; pero aun así no puedo evitar que se me acelere el corazón, porque por fin estoy aprendiendo más sobre lo que significa ser una gárgola... de una gárgola.

Él continúa:

—Todo el mundo puede comunicarse telepáticamente a corta distancia. Una unidad puede coordinarse con facilidad de esta forma. Hay unos cuantos tenientes que pueden comunicarse desde distancias más largas, eso es evidente. Y luego está la realeza... —Se da la vuelta para mirarme a los ojos mientras me lo explica—. Los de linaje real pueden hablar con todo el mundo, sin importar las distancias. Son nuestra gente y siempre podemos oírlos cuando nos necesitan. Es tanto un regalo como una carga.

Vale, en teoría suena estupendo. Un rey conectado con sus súbditos de forma que pueden ponerse en contacto con él siempre que quieran y captar su atención en un instante. Sin embargo, en la práctica no puedo más que imaginarme la faena que será poder oír miles y miles de voces cada minuto del día, si el rey así lo decide.

—¿Puedes silenciar las voces? —pregunto.

Asiente.

—Podemos filtrarlas según veamos conveniente. Pero, al haber vivido atrapado en mi forma de gárgola durante un milenio, poco a poco he perdido esa fuerza y control en el mundo real. Poco a poco he perdido la habilidad de silenciar las voces y más todavía de contestarlas. Miles y miles de voces resuenan de forma simultánea en mi cabeza todos los días a todas horas, me piden ayuda, me piden que las salve, que las libere. Gritan de dolor y se preguntan por qué nunca más he vuelto, por qué no he contestado a sus plegarias. —Se le quiebra la voz—. Demasiadas voces...

Suena terrible; más que terrible, la verdad.

Y entonces me asalta otro pensamiento. Uno tan abrumador, tan tentador, que hace que se me vaya a salir el corazón del pecho.

Porque no habría miles de personas impidiendo que piense con claridad si somos las dos únicas gárgolas vivas...

Estoy a punto de preguntarle al respecto, pero entonces levanta una ceja y revela algo que hace que se me caiga el alma a los pies y que a la vez me dé vueltas la cabeza en un millón de direcciones diferentes.

—Sin duda sabrás cómo es, nieta mía. Tú también debes de oír un aluvión de voces del Ejército Gargólico, ¿verdad?

10

Mi mundo se desmorona

Ha dicho tantas cosas en una sola frase que ni siquiera sé por dónde empezar a analizarla.

¿Nieta? ¿Ejército Gargólico? ¿Tendría que estar oyendo voces? ¿De seres a los que todo el mundo da por muertos? Solo de pensarlo me entran unas ganas tremendas de vomitar.

A ver, es que ¿qué se supone que debo responder? ¿Y cómo se supone que debo recomponerme cuando el estómago no deja de darme vueltas desde que ha usado la palabra *nieta*?

Una palabra que me dice justo por dónde debo empezar. Hombre, tener un Ejército Gargólico que me hable a todas horas (e incluso el simple hecho de tener uno) es algo demasiado gordo como para que te lo suelten así como así. Pero para mí, la verdad, no es tan gordo como el bombazo de veinte mil kilos que el rey gárgola (¿mi abuelo?) acaba de soltar.

—¿Nieta? —pregunto, y casi me atraganto al pronunciar la palabra, por un millón de razones diferentes. La primera, que nunca he conocido a mis abuelos; mis padres me dijeron que los míos habían fallecido antes de que yo naciera.

Y, la segunda, ¿cómo es posible que el rey gárgola (sí, el rey gárgola) sea mi abuelo? Lleva mil años encadenado en una cueva, solo, y mis padres acababan de cumplir los cuarenta cuando murieron. Las fechas no cuadran.

Aunque, bueno, la verdad es que ahora nada cuadra, incluida la insistencia de Alistair de que he sido yo quien nos ha llevado a la Corte Gargólica.

—No es que seas mi nieta directa, claro. Pero sí que eres de mi linaje. Han pasado varias generaciones, si los cálculos no me fallan, pero tu poder es inconfundible.

Vale, que él sea mi tataratataratatarabuelo (o algo así) tiene más sentido. Pero ¿cómo sabe que estamos emparentados? No es que tenga la misma nariz aguileña que él, o el gris de sus ojos. Cuanto más pienso en lo imponente y lo regio que es, y lo comparo con la habitual sensación de ignorancia que siento, noto un gusanillo que me recorre la piel bajo la sudadera toda arrugada, y cómo la adrenalina me corre por las venas.

Ahora estamos paseando por el borde del patio, donde hay charcos de barro y rosales cada pocos metros. Parece que los arbustos están dormidos, pero, cuando pasamos por delante del primero, este florece en el instante en que mi tatarapormilabuelo lo deja atrás. Es alucinante, y no puedo evitar preguntarme si es una extensión de los poderes de la magia de la tierra que estoy empezando a comprender.

Y eso me recuerda algo...

—¿Qué quieres decir? —pregunto justo cuando otro rosal cobra vida; este es de un coral fuerte y vivo que me provoca una sonrisa a pesar de la seriedad de toda esta situación—. Con eso de que mi poder es inconfundible.

—Tu abuela es mi compañera desde hace casi dos milenios. Reconocería su poder en cualquier lugar; y tú, querida, lo tienes dentro, estoy seguro. —Me guiña un ojo y añade—: Además, eres una luchadora. Has heredado mi valor.

Yo no estoy tan segura de eso como él, teniendo en cuenta que no soy yo quien elige mis batallas, sino ellas a mí. No huyo de ellas, pero no es que las busque precisamente. Solo resulta que en este nuevo mundo hay un montón de gente que parece querer verme muerta. Y como yo no quiero morir..., luchar es casi la única opción que me queda.

Pero no creo que sea el momento oportuno de debatir sobre mis instintos de lucha, no cuando mi abuelo acaba de soltarme otra bomba.

—¿También tengo abuela?

—¡Por supuesto que tienes abuela! Y es un pedazo de mujer... Es la mujer más valiente y cabezona que he conocido. —Entonces me mira—. Hasta ahora, claro.

Por cómo actúa parece que quiera decirme algo más, pero en cambio se calla y se queda mirando al vacío, como si estuviera hurgando en su interior en busca de algo. El silencio se alarga, y solo puedo pensar en lo que me dijo cuando me dio la Corona y en la mujer en la que insistió tanto. ¿Se refería a mi abuela? Y, si así es, ¿cómo es posible

que siga viva si Alistair y yo somos las últimas gárgolas que existen?

Estoy a punto de preguntarle, pero el rey gárgola elige este momento para soltar un suspiro de alivio y vuelve a centrar la mirada.

—Sigue viva. Estaba convencido de que así sería, pero como no tenías ni idea de que existía, tenía miedo de que... —Niega con la cabeza, como si quisiera deshacerse de unos pensamientos de los que no le apetece hablar—. Pero está bien, y sigue dando guerra. Deberías conocerla, en serio. Quizá podamos ir juntos. Lleva mil años enfadada conmigo, pero sé que también me ha echado de menos. Y yo la he añorado mucho, muchísimo.

—¿Está viva? —pregunto, y la emoción se adueña de mí, aunque todavía tengo el estómago revuelto—. ¿Hay otra gárgola en el mundo? Pensaba que tú y yo éramos los únicos que quedábamos con vida.

Ahora es Alistair quien me mira con incredulidad.

—Primero, tu abuela te mordería, o te convertiría en algo muy viscoso, si llegara a imaginarse que has pensado que es una gárgola. Me ama, pero tiene un poquito de complejo de superioridad por todo el tema de ser de piedra y eso.

Pone los ojos en blanco y se ríe; por un momento se lo ve tan jovial (no se parece a la pobre Bestia torturada que luchamos por liberar) que no puedo evitar unirme a su risa.

Pero entonces se pone serio.

—Tu abuela es mi compañera, el amor de mi vida.

Se me rompe el corazón ante lo que no me dice: que lleva mil años separado de su compañera. Pienso en Hudson, en lo segura, feliz y a gusto que me siento entre sus brazos, y

después me imagino cómo me sentiría lejos de él. No un día o dos, sino lo que me parece una eternidad.

Duele, duele más de lo que jamás me habría imaginado. Sufro por Alistair y por su compañera, sea quien sea.

Y eso antes de que el rey gárgola intente hacer desaparecer las lágrimas de sus ojos, y parece que espera que no las haya visto.

—¿Crees que podrías traerla aquí, con nosotros? ¿Un ratito? La añoro muchísimo.

—Yo... —Se me quiebra la voz, y carraspeo mientras intento pensar en qué voy a decirle. Me encantaría traerla hasta aquí, si supiese dónde estamos. O dónde está ella. O cómo nos he traído a nosotros dos a este lugar que no había visto nunca, que ni siquiera me había imaginado que existía —. De verdad, me encantaría hacerlo —afirmo, porque es la verdad—. ¿Sabes dónde está tu compañera?

—No, supuse que ella te habría encontrado... —No acaba la frase y suelta un gran suspiro—. Bueno, es una lástima. De verdad esperaba verla más pronto que tarde. Ella acallaba las voces de mi cabeza cuando nadie más podía hacerlo. Confiaba en que pudiera ayudarme ahora, para así poder echarte una mano con la estrategia para la batalla que se aproxima.

Las palabras me dan en el estómago revuelto como un puñetazo certero.

—¿Ella es la única que puede acallar las voces de tu cabeza? —pregunto.

—Por ahora sí —responde con solemnidad.

—¿Aunque estén muertos? ¿Siguen hablándote?

—¿Muertos? —Me mira medio confundido, medio ofendido.

—Bueno, que se han ido —me corrijo al instante, pues lo último que quiero es ofenderlo—. ¿Aunque se hayan ido?

Esta vez parece desconcertado.

—Las gárgolas no se han ido, querida. Están a nuestro alrededor, y no callan jamás.

Ahora soy yo quien está confundida.

—¿Cómo que están a nuestro alrededor?

Puede que tantos años aislado del resto del mundo le hayan afectado a la cabeza más de lo que yo pensaba.

—Están a nuestro alrededor —repite, y extiende un brazo hacia un costado, como si fuese el maestro de ceremonias de un circo paranormal.

Y, con ese gesto, se aferra a las gigantescas puertas de madera de la entrada principal del castillo hacia el que hemos estado caminando y las abre de par en par. Entonces veo un jardín incluso más grande que el patio. Y, dispersas por el césped, hay decenas de gárgolas, y cada una lleva una espada enorme en una mano y un escudo incluso más grande en la otra.

11

Tan ligera como una pluma, tan pesada como una roca

En esta ocasión es mi turno de quedarme con la mandíbula desencajada por la estupefacción, pero no creo que nadie pueda culparme. Llevo meses pensando que era la única gárgola que quedaba y, ahora mismo, justo delante de mí, hay tantas que llenan hasta los topes un jardín de tamaño similar al de un campo de fútbol.

—¿Son... son reales? —pregunto, y apenas puedo pronunciar las palabras ya que se me ha cerrado la garganta de repente.

Es abrumador, en el muy buen sentido de la palabra, darme cuenta de que no estoy sola en el mundo. Que hay más gente ahí fuera que es igual que yo.

Quiero a Hudson, Jaxon, Macy y Flint, y por supuesto al resto de mis amigos. De verdad que sí, y sé que siempre tendré un lugar entre ellos. Que siempre encajaré. Pero eso no significa que no haya deseado que pudiera ser como ellos a veces, tan seguros de quiénes y qué son en un mundo que no para de ponerme del revés. Sí, todos tienen

sus propias preocupaciones y problemas, pero al menos no tienen que devanarse los sesos con su identidad y con lo que son. Hudson es un vampiro de la cabeza a los pies. No cabe duda de que Flint es un dragón. Y Macy es una bruja total.

Pero lo más importante es que saben lo que conlleva. Lo que pueden hacer, lo que pueden soportar..., aquello a lo que pueden sobrevivir.

En cuanto a mí..., hasta hace unos meses habría dicho que estoy segura de lo que soy. Y en mayor medida, lo estoy. Soy Grace. Me gustan el arte y las películas antiguas, la historia y Harry Styles, el Dr Pepper y bailar durante horas. Antes de que mis padres murieran, planeaba ir a la Universidad de California en Santa Cruz para estudiar Conservación del Medio Marino. Y ahora vivo en Alaska, o por lo menos lo haré durante un tiempo más. No sé qué va a pasar dentro de diez minutos y mucho menos dentro de cuatro años. Y soy una gárgola.

Lo cual mola. En serio, por muchas, muchísimas razones. Me encanta. Pero aquí de pie, mientras miro un jardín lleno de paranormales que son iguales que yo a un nivel fundamental, me doy cuenta de que hay una parte de mí que se ha sentido sola en todo este proceso. Una parte de mí que quiere a alguien con quien comparar vivencias, alguien con quien hablar de todas las locuras que me pasan por dentro, alguien que comprenda qué se siente al ser una gárgola.

Y ahora, justo delante de mí, hay un montonazo de gente que sí que me entiende. Que sí que conoce nuestra historia y nuestros poderes. Todavía no los conozco. Puede que

nunca llegue a hacerlo, pero darme cuenta de que existen ya me hace sentir un poco menos sola.

—Son reales, mi querida niña. —Alistair me dirige una sonrisa indulgente—. Y este grupo es solo una gota en el océano de gárgolas que hay en el mundo; un ejército entero que espera su oportunidad para reclamar su honor. Para reclamar su lugar en el mundo bajo las órdenes de su reina. Su general.

El estómago me da volteretas hacia atrás de lo más elaboradas ante sus palabras. Me estoy acostumbrando a ser una gárgola, puede que incluso me esté acostumbrando a ser la cabeza de la Corte Gargólica, a tener un asiento en el Círculo. Pero eso era cuando pensaba que no quedaban más gárgolas. Enterarme de que hay muchas más de mi especie por el mundo y que se supone que debo ser su reina, e incluso más asombroso todavía, su general, es más de lo que mi mente puede abarcar. Al menos ninguno nos ha visto todavía. Necesito tiempo para procesarlo todo.

—¿Te gustaría conocer a algunos? —me pregunta Alistair.

—¿Puedo conocerlos? —El ritmo de mi corazón sube unos cuantos niveles—. Quiero decir, ¿puedo hablar con ellos?

—Por supuesto. Después de todo, eres la reina gárgola.

—Pero, si soy la reina —comento mientras le permito que me guíe a través de las puertas ornamentadas—, ¿en qué te convierte a ti eso?

Mis palabras hacen que se detenga y, al principio, creo que no va a contestar. Pero entonces me mira con el rabillo del ojo y dice:

—En un consejero de tu confianza, espero.

Las enormes puertas se cierran a nuestro paso con un siniestro golpe, y no puedo sino pensar en que Alistair no es el único que añora a su compañera. Sería bastante guay tener a Hudson aquí conmigo, cuidándome las espaldas mientras me adentro en una situación que jamás habría imaginado, y sobre todo para la que no me había preparado.

Alistair da unos cuantos pasos más para adentrarse en el lugar y yo lo sigo, mis ojos saltan de un grupo de gárgolas al siguiente.

Aunque van todos armados y están en su forma de piedra, ninguno tiene las armas preparadas. En vez de eso, están pululando por el jardín en grupos de dos, a veces de tres o cuatro. Todos son altos y musculados, mucho más grandes que yo, pero ninguno de ellos consigue superar a Alistair. Por supuesto, incluso en su antigua forma de gárgola, en la forma que no es la de la Bestia Imbatible, les saca una cabeza a casi todos los allí presentes.

Solo hay una persona entre todos ellos que sigue en su forma humana, un hombre alto y corpulento que se sitúa al frente del grupo. Va vestido como Alistair, con calzas y una casaca; aunque sus prendas son en tonos verde esmeralda y dorado en vez del gris y negro que luce el rey. También es el único en el grupo que no carga con un arma.

Aun así, cuando grita «¡listos!», todos los allí presentes se ponen en acción de golpe. Se agachan de forma defensiva con los escudos bien arriba o adoptan una actitud ofensiva, con las espadas enormes preparadas para atacar.

Espero al sonido del acero chocando contra el acero, pero pasan varios segundos interminables antes de que el hombre grite:

—Ionsaí!

No tengo ni idea de qué significa esa palabra, pero está claro que es la orden que esperaba el resto de las gárgolas. Su grito todavía reverbera a nuestro alrededor cuando las espadas empiezan a formar arcos por el aire.

Miro impresionada cómo las gárgolas combaten; las espadas se encuentran con otras espadas o escudos mientras saltan, dan vueltas e incluso volteretas por los aires. Estas gárgolas son enormes, pesadas y, aun así, se mueven como si estuvieran hechas de plumas en vez de piedra.

Una chica alta y robusta grita algo en un idioma que no entiendo y blande la espada contra su oponente con todas sus fuerzas. El arma se encuentra con el borde de su escudo, pero ella ya está girando cuando las armas conectan, utiliza una combinación de salto seguido de una vuelta que termina cuando hace girar la espada en un arco amplio y la parte ancha golpea a su oponente entre los omóplatos.

Él tropieza con la delicadeza de un elefante y acaba despatarrado en el suelo, con el escudo levantado a la defensiva mientras ella vuelve a esgrimir su espada una vez más.

En el último momento sonríe y se mete la espada en la funda que lleva en la cintura antes de tenderle una mano para ayudarlo a levantarse. Él pone los ojos en blanco y dice algo en ese idioma que no entiendo que hace que ella eche para atrás la cabeza y se ría. Segundos después ambos vuelven a su forma humana.

Ella es negra, con mechones de hermosas trenzas en su cabello oscuro y corto; su piel es de un tono marrón dorado.

—¿Sigues pensando que peleo como una niña? —provoca al otro.

—Ya te digo —contesta él con lo que suena a acento indio —. Ojalá yo también lo hiciera. —Mueve la espada en un patrón complicado y después se interrumpe a medio girar—. Oye, enséñame cómo has hecho eso con la muñeca.

—Pues claro.

Cuando se mueve para mostrárselo, yo contemplo a otro grupo. Este está formado por gárgolas macho y no exagero cuando digo que son enormes (rollo dos jugadores de fútbol americano cada uno) con espadas y escudos hechos a medida.

Ahora mismo luchan dos contra uno, y el más grande de los tres se defiende de los otros. Aun así, les está dando una paliza.

Alistair y yo nos quedamos a un lado y contemplamos cómo se desarrolla el entrenamiento. El hombre de verde, que ha estado en su forma humana desde el principio, va de equipo en equipo para ofrecer consejo y críticas: «cuidado con la espalda», «gira la muñeca cuando hagas ese movimiento», «no bajes el hombro», «levanta el pie y gira sobre la planta». Los comentarios no cesan y no parece que nada escape a su ojo de halcón.

Todas las gárgolas con las que habla hacen caso de cada una de sus palabras y puedo apreciar cómo intentan poner en práctica sus sugerencias en cuanto se marcha. Es fascinante.

—¿Quién es ese? —pregunto por fin a Alistair en cuanto el tipo vestido de verde esmeralda comienza su tercera ronda por el jardín.

—Es Chastain. Ha sido mi teniente general desde que tengo memoria. —Alistair se detiene con una expresión contemplativa en el rostro mientras observa a su viejo amigo—. Y supongo que ahora es el tuyo. ¿Te gustaría conocerlo?

Hala. Esto se está poniendo serio y rapidito. Dejo escapar un suspiro largo y digo lo único que puedo:

—Sí, por supuesto. Me encantaría.

Después de todo, una reina necesita saber en quién confiar. ¿Verdad?

12

Un montón de *rock* y un poquito de *roll*

—¡Chastain! —grita Alistair, al tiempo que levanta la mano para llamar al otro hombre.

El teniente le da un par de instrucciones más al grupo, esta vez en el idioma que no conozco, se vuelve hacia Alistair... y abre los ojos como platos sorprendido.

—¿En qué idioma están hablando? —pregunto mientras esperamos a que Chastain llegue hasta nosotros.

Alistair enarca las cejas.

—¿El nuestro?

—Ya, ya sé que están hablando nuestro idioma —digo riéndome—. Pero están hablando otro idioma diferente también. ¿Cuál es?

—Ah, es gaélico, niña. ¿No lo reconoces?

—¿Gaélico? —Miro a mi alrededor asombrada. Cuando repito la palabra, ese acento tan familiar que tiene Alistair encaja en mi mente. Ahora entiendo por qué me parecía que hablaba igual que Niall Horan. Es irlandés—. ¿Estamos en Irlanda, Irlanda?

—Sí —contesta Alistair con la mirada fija en la de Chastain mientras este avanza a largas zancadas hasta llegar a nosotros—. En el condado de Cork, para ser más preciso.

—¿Cork? —Intento recordar mis más que rudimentarios conocimientos de la geografía irlandesa—. Eso está cerca del mar, ¿no?

—¿No lo oyes? —pregunta el rey gárgola—. Estamos a la orilla.

Al principio no entiendo qué me está diciendo; no puedo oír nada. Pero antes de que pueda contestarle, un par de gárgolas nuevas entran en el jardín. Y, en cuanto abren las grandes puertas de madera, por fin comprendo sus palabras. Ahora lo oigo: el sonido de las olas chocando una y otra vez contra las rocas.

¡Estamos en el océano! Bueno, no en el océano, pero a la orilla del mar. Es lo más cerca que he estado de la playa en meses, y debo hacer acopio de todas mis fuerzas para no salir corriendo del castillo y meterme en el agua. Ha pasado muchísimo tiempo, y ahora que estoy aquí, tan cerca que puedo estar junto a ella e incluso tocarla, el agua es lo único en lo que soy capaz de pensar.

Pero, justo entonces, Chastain llega hasta nosotros. Observo que los dos hombres se dan una especie de abrazo muy masculino, con sendas palmadas en la espalda, y entonces Chastain dice:

—Mi señor, pensaba... pensábamos que habías sufrido el peor de los destinos. Ha pasado mucho tiempo, pero jamás perdimos la esperanza.

Entonces abro los ojos como platos al darme cuenta de que nadie sabía qué le había pasado a Alistair, que lo habían perseguido durante mil años y que vivía encadenado en una isla desierta, incapaz de volver con su gente. No puedo ni imaginarme qué deben de sentir al verlo ahora, al descubrir que está vivo y que ha vuelto a casa, preguntándose por qué estuvo fuera tanto tiempo.

La sonrisa se apaga en los ojos de Alistair.

—Disculpadme por haber estado fuera tantísimo tiempo. Sobre todo después de lo que os hizo mi compañera. Pero debéis saber que no había otra alternativa, ahora lo comprendo. Todo lo que ha pasado ha ocurrido por un motivo. Y ahora tenemos muchísimo que hacer para prepararnos para lo que se avecina, amigo mío.

—Estamos listos, mi señor. No nos hemos saltado ni un solo día de entrenamiento desde que...

Los hombres intercambian una significativa mirada.

—Ya, vale, debemos estarle agradecidos a esta señorita por haberme rescatado y haberme traído de regreso a casa. —Alistair se vuelve hacia mí—. Chastain, te presento a mi bisbisbisbis... —Entonces se echa a reír—. Bueno, vamos a olvidarnos de las muchas generaciones que hay entre nosotros y diremos que es mi nieta. Te presento a Grace, mi nieta, y ahora reina de la Corte Gargólica. Grace, él es Chastain, mi más antiguo y querido amigo. Lleva siglos siendo el teniente general del mejor ejército que ha habido en toda la faz de la tierra. No dudes en llamarlo siempre que tengas alguna duda sobre tu ejército.

Chastain va abriendo los ojos a medida que Alistair habla, aunque no sé si es porque le ha sorprendido que sea la

nieta de Alistair o porque se ha quedado tan anonadado al descubrir que hay una nueva soberana de la Corte Gargólica como yo al enterarme de que todavía tengo gárgolas sobre las que reinar.

Sea como fuere, oculta la sorpresa inclinando la cabeza y haciendo una gran reverencia.

Al unísono, todas las gárgolas que hay en el jardín interrumpen su entrenamiento y se vuelven hacia Alistair y hacia mí... y apoyan una rodilla en el suelo, en una reverencia idéntica.

Y eso no se me hace nada raro, qué va.

13

El tiempo no es lo único que se ha distorsionado

—Es un honor conocerla, mi reina.

—¿Lo mismo digo? —Me sale como si fuera una pregunta, pero tiene más que ver con el hecho de que me siento incómoda cuando me llama «reina», que con el hecho de que no sea un honor conocerlo.

Me tiende una mano mientras sigue haciendo una reverencia. Perpleja, me dispongo a tomarle la mano, pero Alistair me detiene negando con la cabeza.

Le lanzo una mirada de «¿qué hago?» y sonríe mientras alza su propia mano para que lo vea.

Por primera vez me doy cuenta de que lleva un anillo de oro ornamentado con una esmeralda tallada en cuadrado del tamaño de un dado grande incrustada. Es precioso (de un color verde intenso y limpio que parece valer un riñón), y contemplo con horror cómo lo desliza para quitárselo del dedo y me lo ofrece.

—¿Qué...? —Se me quiebra la voz por segunda vez en la última hora mientras hago una pregunta de la que temo

saber de sobra la respuesta—. ¿Qué estás haciendo con eso?

Me lanza una mirada de reprobación que me dice que estoy en lo cierto al tener miedo, justo antes de tomarme la mano y deslizarme el anillo por el dedo.

Espero que me quede demasiado grande, ya que las manos de Alistair superan en talla a la mía y, por instinto, cierro los dedos en un puño para evitar que se caiga. Pero resulta que, no sé cómo, me queda perfecto. Pesa un quintal y es lo bastante grande como para sacarme un ojo, pero sin duda me cabe.

Lo cual hace que mi estómago ya revuelto de por sí suba y baje como las olas que rompen contra los acantilados que hay debajo de nosotros. Puede que no haya tenido una coronación formal todavía, pero algo me dice que esto es más que algo simbólico… y que ya no hay vuelta atrás.

«Esto no puede estar pasando. No estoy lista para que pase esto. No puede estar pasando.» Las frases dan saltos por mi cabeza mientras Chastain toma mi mano recién decorada con el anillo y lo besa. Mi anillo.

No creo que nada en toda mi vida me haya aterrorizado más que este momento. Ni estar en el campo del Ludares sola, ni estar encerrada en esa terrible prisión, ni siquiera la batalla en la isla de la Bestia Imbatible. Porque todo este rollo de ser reina… es demasiado.

Ya era demasiado cuando solo estaba yo. Ahora que he descubierto que se supone que debo estar a cargo de todas estas gárgolas, que soy responsable de mantenerlas a salvo cuando apenas soy capaz de mantenerme a salvo a mí misma, es casi inconcebible.

Y aun así, el anillo está en mi dedo, lo cual significa que ya puedo ir concibiéndolo.

Por fin (¡por fin!) Chastain me suelta la mano y se deja de reverencias.

Parece estar esperando a que diga algo, pero no tengo ni idea de qué dicta la costumbre. Me decido por un «¿gracias?», que hace que Alistair se eche a reír y Chastain me dirija una mirada un tanto perpleja.

Le doy vueltas a qué decir, pero antes de que me venga algo a la mente Chastain se vuelve hacia Alistair y dice:

—Oye, viejales. ¿Le enseñamos cómo funcionan las cosas por aquí?

Al principio parece que Alistair va a rechazar la oferta, sea lo que sea, pero entonces su sonrisa se ensancha y contesta:

—Por supuesto, vejestorio.

En un abrir y cerrar de ojos aparecen espadas y escudos en sus manos. Apenas tengo tiempo de procesar lo que está ocurriendo, y mucho menos de agazaparme antes de que Chastain aseste el primer golpe con todas sus fuerzas.

Alistair levanta su escudo para bloquear el ataque, después da una voltereta (una de verdad) por los aires y cambia en un instante a su forma de gárgola para aterrizar sobre los pies detrás de Chastain. Esta vez es su espada la que dibuja un arco en el aire.

Chastain la esquiva en el último momento y se mueve igual de rápido, pega una patada con su pie de piedra izquierdo al tiempo que gira. Y ahí se pone interesante la cosa, pues ambos asestan estocadas de acero contra acero una y otra vez. Ambos decididos a ganar, ambos excelentes

espadachines; lo cual significa que ninguno de los dos consigue nunca el salto para acabar con el otro. Y cuando digo salto no exagero, pues ruedan, se agazapan, brincan, vuelan..., todo con la esperanza de pillar al otro desprevenido.

No tarda mucho en reunirse una multitud de gárgolas a nuestro alrededor, con las espadas en la cadera mientras animan a Chastain y a Alistair. Estoy rodeada de gárgolas del doble de mi tamaño, todas riéndose, silbando y apostando por un ganador.

Al final acabo al lado de la chica peleona a la que he visto ganar el combate antes; sonríe de oreja a oreja y me dice:

—Son fantásticos, ¿a que sí?

Me lleva un instante percatarme de que habla conmigo.

—Sí, lo son.

No puedo abrir más los ojos cuando Alistair propina un golpe con su espada que lanza a Chastain despedido hacia atrás y se sale del círculo de práctica espontáneo que se ha formado a su alrededor. Se mueve a tal velocidad que estoy segura de que va a aplastar a dos o tres gárgolas, y me preparo para el choque inminente.

Consiguen apartarse de su camino en el último segundo y acaba aterrizando varios metros más atrás, en la base de la valla de oro. Durante un instante parece confuso y luego otra emoción se dibuja en su rostro, pero no consigo descifrar si se trata de irritación o de vergüenza. Sin embargo, vuelve a ponerse manos a la obra y se lanza al aire en un pestañeo, con la fuerza de una bala de rifle, justo antes de aterrizar con un gran impacto encima de Alistair.

Espero que Alistair gire para esquivarlo, pero se prepara y, en lugar de eso, absorbe el impacto, justo antes de usar el impulso de Chastain en su contra para lanzarlo volando en la dirección contraria. Esta vez el hombre choca contra la valla con la fuerza suficiente para dejar una abolladura en ella y quedarse sin aire en los pulmones, lo cual hace que toda la multitud coree el nombre de su antiguo rey.

Parece ser que ese último golpe lo ha convertido en el ganador.

Chastain tiene pinta de querer objetar, levantarse y meterle un buen viaje a Alistair. Sin embargo, a medida que los coros se vuelven más fuertes, este comienza a agradecer los aplausos. El resto de las gárgolas corre hasta él y una le agarra del brazo y lo levanta en el aire en el signo internacional de ganador.

Mientras tanto, Chastain se levanta despacio, se limpia y espera a que la multitud que rodea a su oponente se disipe para acercarse a darle la enhorabuena.

Luce una amplia sonrisa en el rostro, pero hay algo en sus ojos que me pone de los nervios incluso antes de que se vuelva hacia mí con una ceja arqueada y pregunte:

—¿Quiere probar?

—Probar ¿qué? —contesto perpleja.

Otra gárgola se apresura a llegar hasta nosotros con espada y escudo en mano.

—Aquí tiene. —Y me los entrega—. ¿Por qué no prueba este tamaño?

En mi cuerpo todo rechaza el pensamiento de coger esa espada y ese escudo. Porque, si lo hago, significa que

planeo usarlos para hacer daño (o puede que incluso matar) a alguien. O para que me maten.

—Yo no... —comienzo mientras intento descifrar cómo explicar mis recelos a un general que, sin duda, ha sido testigo de muchas batallas.

Está claro que Chastain exige una explicación, porque pregunta:

—No, ¿qué?

—Yo no... —Me interrumpo por segunda vez, sigo sin estar segura de qué quiero decir. No sé cómo excusarme, excepto diciendo—: No soy ese tipo de reina.

—¿Y qué tipo de reina es exactamente? —inquiere Chastain. Su voz es afable, pero no parece impresionado. De hecho, por un segundo juraría que parece asqueado por completo.

Aun así, su expresión desaparece tan rápido como ha venido, al igual que el escudo y la espada que me entregaban, pues el joven escudero los aparta y se aleja con disimulo.

Como si la pregunta fuera retórica, Chastain se da la vuelta y se une a la multitud de gárgolas que rodea a Alistair. Espero con paciencia a que se extinga su entusiasmo, pues no estoy segura de qué debería decir o hacer más allá de quedarme al margen.

Chastain soporta el caos de enhorabuenas durante unos cuantos minutos antes de ordenar al resto de las gárgolas que vuelvan al entrenamiento. Veo a hombres y mujeres hacer lo que se les pide, sacar las espadas y los escudos, y sumirse en otra serie de entrenamientos de combate.

La chica alta de las trenzas vuelve a la acción y hace que su compañero aterrice de culo en menos de treinta segundos.

—Sigue así y no podré andar esta noche, conque olvídate de que te cubra en la guardia —la avisa mientras vuelve a ponerse de pie.

—Oye, no es culpa mía que me muestres qué vas a hacer tres segundos antes de que lo hagas —contesta ella encogiéndose de hombros.

—Yo no hago eso —grazna ofendido.

—¿Ah, no? —Vuelve a poner la espada en posición—. Entonces ¿por qué no paro de derribarte?

Dice algo más, pero no lo pillo porque de repente Alistair medio grita a Chastain:

—¡Esto no es lo que habíamos acordado!

Chastain intenta replicar, pero el antiguo rey se aleja de él a mitad de la explicación.

El rey gárgola parece malhumorado y más que un poco descontento a medida que se acerca a mí.

—Vamos, Grace. Tenemos que marcharnos.

—¿Va todo bien? —pregunto, aunque lo sigo fuera del jardín.

—Irá bien en cuanto... —Se detiene con un suspiro—. No pasa nada.

—¿Estás seguro? —inquiero mientras salimos por la puerta del castillo hacia la tierra que está más allá.

Por primera vez puedo ver el mar que hay debajo. Es salvaje, mecido por el viento, y cuando rompe contra la parte baja del acantilado siento añoranza en mi interior: una

nostalgia por California, por la playa y por mis padres, que hace mucho que no me había permitido sentir. Muchísimo.

Es tan intensa que hace que me tiemblen las manos y me duela la tripa. Me esfuerzo por respirar a través del dolor... y por aplacar con parpadeos las lágrimas que aparecen de la nada. Durante los últimos meses he aprendido que la pena es algo peculiar y terrible. Nunca sabes cuándo va a alcanzarte o lo fuerte que será el golpe. Solo que golpeará.

—¿Puedes oírlos ya? —pregunta Alistair.

Al principio me siento confusa porque pienso que habla de mis padres.

—¿Oír a quién?

—A las gárgolas. Esperaba que estar aquí, en la Corte, te ayudaría a encontrarlas.

—Ah. —Escondo la pena a conciencia y me esfuerzo por escuchar las profundidades de mi mente, pero no oigo nada más que mis propios pensamientos—. Lo siento, pero no.

Parece tan decepcionado que no puedo evitar sentirme culpable, lo que suma una emoción más que no estoy segura de saber cómo lidiar con toda esta agitación en mi interior.

Pero, antes de que pueda ocurrírseme una forma de disculparme por lo que sin duda cree que es un fracaso por mi parte, Alistair continúa:

—No importa, mi querida niña. Estoy seguro de que encontrarás la respuesta en cuanto vayas a ver a tu abuela. —Me toma de la mano y mira en la profundidad de mis ojos —. Tenemos muchos preparativos que hacer en muy poco tiempo. Debes permitir que tu abuela te ayude. Cyrus no se

detendrá ante nada hasta que te mate, Grace. Eres la llave para todo. Prométeme que irás a verla.

Me suelta la mano antes de que pueda decirle que no tengo ni idea de quién es mi abuela. Y entonces siento que caemos, caemos y caemos aunque mis pies nunca se levantan del suelo.

Instantes después vuelvo a estar en el Katmere, con la pieza de ajedrez en la mano y Alistair sentado frente a mí. Pero ya no está como el rey gárgola, sino que en su lugar se encuentra la muy confusa y disgustada Bestia Imbatible.

—No tiempo —pronuncia con dificultad mientras se vuelve a poner en pie—. Debo encontrar compañera.

Y después se va corriendo hasta la entrada, abre la puerta del instituto de par en par y se va volando.

Balbuceo detrás de él. Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Ni que se fuera volando ni, desde luego, nada de lo que ha ocurrido antes. Puede que siga dormida. O puede que esto fuera una especie de alucinación extraña por mi parte. A ver, tiene mucho más sentido que la idea de que de alguna forma haya transportado a la Bestia Imbatible (olvidad eso, es Alistair, el antiguo rey gárgola) y a mí misma a la Corte Gargólica nada más despertarme por la mañana.

Al menos hasta que bajo la mirada y me doy cuenta de que todavía llevo el anillo verde y dorado.

Escudriño el asiento vacío que hay delante de mí, las piezas de ajedrez abandonadas, y se me revuelve el estómago. Hay más como yo, más gárgolas. Pero ¿y ahora?

Ahora me siento igual que cuando me dijeron que era la última gárgola: completamente sola.

14

Tenemos que dejar de sangrar así

Puede que esté sola, pero todavía tenemos un montón por hacer, así que cojo la mochila del suelo y me dirijo a la habitación de Hudson. Si se ha despertado mientras estaba fuera, se habrá puesto histérico al no encontrarme por ningún lado. Y lo más seguro es que haya puesto histéricos a los demás.

Aunque lo entiendo a la perfección. Si él (o cualquiera de mis amigos) desapareciera ahora mismo, con todo el lío que tenemos encima, sería la primera en remover cielo y tierra hasta encontrarlo. El peligro nos acecha tras cada esquina, y me siento fatal por haberme pasado tanto tiempo en la Corte Gargólica sin avisar.

Decidida a tranquilizar a Hudson en caso de que esté registrando el Katmere de arriba abajo para encontrarme, saco el móvil para enviarle un mensaje y decirle que estoy bien..., pero entonces me doy cuenta de que Alistair y yo apenas hemos estado fuera unos cinco minutos. Aunque eso no tiene sentido si pienso en todo lo que he visto en la Corte

Gargólica. A ver, ya solo con la pelea entre Alistair y Chastain han sido más de cinco minutos. Pero, aun así, según la pantalla de inicio del móvil, solo han pasado ocho minutos desde que he salido a hurtadillas del cuarto que comparto con Macy.

Qué raro.

Vuelvo a bajar la mirada y me fijo en el dedo. Y, otra vez, la esmeralda gigante centellea bajo la luz que emiten los candelabros de pared negros con forma de dragón que hay en las paredes del pasillo.

La. Hostia. De. Raro.

Estoy a punto de escribirle a Hudson (más vale prevenir que curar), pero de pronto me llegan varios mensajes al móvil. Me imagino que será mi compañero preguntándome si estoy bien, pero me sorprende ver que es Jaxon quien ha escrito en el grupo que tenemos. Nos cuenta que los padres de Luca han llegado varias horas antes de lo previsto, y yo me quedo sin aliento.

De nuevo, me percato de que todo está pasando de verdad, que estamos viviendo una pesadilla de la que no podemos despertarnos por mucho que queramos.

Puede que no sepa a ciencia cierta cómo se sienten los padres de Luca ahora mismo, pero sí sé algo sobre el tema, y se me revuelve todo por dentro. Sufro al pensar que, a pesar de todo lo que ha pasado durante estos últimos siete meses, he vuelto a la casilla de salida. Donde todo empezó.

Aun así, lo importante no soy yo. Lo que de verdad importa son ellos, es Luca. Y quedarme aquí, a punto de sufrir un ataque de pánico, no ayudará a nadie. Joder, tengo

que recomponerme y ayudarlos: por Luca, por Jaxon y por Flint.

Con ese pensamiento en la cabeza me dirijo a la entrada principal del Katmere y llego justo en el mismo instante en que un hombre y una mujer atraviesan las puertas, con el rostro inexpresivo de forma intencionada, pero los ojos brillantes por el dolor y la incredulidad.

Jaxon ya está en el vestíbulo, con Mekhi, Byron, Rafael y Liam. No es algo que me sorprenda: la Orden siempre ha tenido una especie de capacidad sobrenatural para saber dónde están los demás en todo momento, y para saber si los necesitan.

Pero hay algo que sí me sorprende, y es lo templado que parece Jaxon cuando da un paso hacia delante para saludar a los padres de Luca. Para ser un tío que casi la palma hace menos de doce horas, parece tremendamente sereno; incluso teniendo en cuenta la capacidad que poseen casi todos los paranormales de curarse rápido.

Las ojeras que lucía bajo los ojos y que parecían cada vez más profundas con el paso de las semanas han desaparecido de repente. La piel ha pasado del tono gris enfermizo que tenía cuando estaba perdiendo el alma, a un color cálido que le proporciona un aspecto más vivaracho. Incluso su cuerpo, que había dejado de ser esbelto para ser cadavérico, ha empezado a recuperar la forma en las últimas veinticuatro horas.

Cuando les tiende la mano, primero al padre de Luca y luego a la madre del chico, un rayito de esperanza se abre paso entre la tristeza y el malestar que siento en mi interior, pues por primera vez en lo que me parece una eternidad

tengo la sensación de que Jaxon podría estar bien. Y eso significa mucho para mí.

—Lo siento muchísimo —les dice Jaxon—. No he podido protegerlo...

—Ninguno hemos podido —interviene Mekhi, y veo la pena reflejada en sus ojos marrón oscuro—. Era nuestro hermano y no hemos podido salvarlo. Les pido disculpas desde lo más profundo de mi ser.

Todos los miembros de la Orden dan un paso hacia delante y, uno a uno, expresan su pésame. Los padres de Luca responden a cada disculpa con un movimiento de cabeza y, a pesar de que dos regueros de lágrimas recorren las mejillas de la madre de nuestro amigo, la mujer no demuestra ninguna otra emoción, ni tampoco su marido. No sé si es algo propio de los vampiros, o es que ellos son así y ya, pero el control absoluto que tienen de sus emociones hace que todo esto sea un poco más fácil... y un poco más complicado al mismo tiempo.

No dicen nada más tras aceptar las disculpas de la Orden, pero tampoco les gritan. En cambio, se quedan mirando a los cinco vampiros con ojos tristes pero calculadores. No sé qué buscan, ni tampoco sé si lo han encontrado. Lo único que sé es que su silencio me pone muy muy nerviosa, y hace que se me vengan a la cabeza todas las preocupaciones que tenía Hudson sobre su visita.

Hudson llega justo cuando Liam está terminando de disculparse, y noto su presencia antes incluso de verlo. La atmósfera de la sala cambia, y me vuelvo hacia él un segundo antes de que me rodee la cintura con el brazo.

—¿Estás bien? —murmura mientras analiza con la mirada la ropa nueva que llevo y la mochila que me cuelga del hombro.

—Todo lo bien que puedo estar —respondo; me apoyo en él y centro de nuevo la atención en los padres de Luca.

—¿Dónde está? —pregunta por fin el padre de nuestro amigo, y me percato de que es la primera vez que habla desde que han llegado. Es un hombre alto y delgado, como lo era su hijo. Cualquiera sabría ver que Luca era hijo suyo, aunque su padre parece agotado: tiene los ojos hundidos y la piel de los pómulos le tira demasiado.

—Lo hemos dejado en una de las salas de estudio —contesta Jaxon, y se vuelve para indicarles el camino por el pasillo.

—¿En una sala de estudio? —repite la madre de Luca en un tono bajo, horrorizada.

Y la entiendo, de verdad. Si nos lo tomamos al pie de la letra, una sala de estudio no parece el lugar más deferente para dejar el cuerpo de Luca.

Pero ¿dónde, si no? El Katmere está en ruinas, y Jaxon contaba con muy pocas opciones. Además, es un instituto, no un edificio gubernamental. No es que hubiésemos tenido muchas posibilidades entre las que elegir aunque el Katmere siguiese en pie en todo su esplendor. Sobre todo teniendo en cuenta que todo el cuerpo docente, salvo Marise, ha sido secuestrado. O puede que algo peor.

Jaxon es consciente de todo esto, pero no defiende su elección, e incluso hunde los hombros ante las palabras de los adultos. Para mí esto demuestra una vez más que Jaxon es una persona increíble.

Al final los padres de Luca avanzan tras Jaxon, y eso nos permite al resto hacerlo también. Primero va la Orden, después Hudson y luego yo. Caminamos sumidos en un silencio solemne hasta que, a mitad de pasillo, se unen Eden y Macy a la comitiva.

—¿Dónde está Flint? —susurra Eden a nuestras espaldas.

—No lo sé. ¿Crees que estará durmiendo? —pregunta Macy.

—No creo que el problema sea que se haya quedado dormido —responde Hudson en tono grave—. Lo más probable es que no pueda bajar hasta aquí. Voy a ver si puedo...

Pero no logra acabar la frase porque Flint, en su forma de dragón, baja volando por el pasillo. Lleva las muletas cogidas por los talones y las alas plegadas para no chocar contra las paredes del instituto. Todos estamos tan sorprendidos por su llegada que nos quedamos petrificados.

Salvo la madre de Luca, que lanza un grito de espanto al tiempo que Flint sobrevuela nuestras cabezas; después el dragón hace un rápido giro en U y aterriza justo detrás de nosotros.

15

Et tu, Marise?

Flint brilla durante un instante antes de que su forma de dragón desaparezca en un aluvión de centellas de hermosos colores. Segundos después está de pie ante nosotros con forma humana.

Aunque de pie puede que sea algo exagerado, ya que se tambalea un poco mientras se equilibra sobre su pie bueno y, a la vez, intenta agacharse para coger sus muletas. Farfulla una serie de palabrotas entre dientes y yo me acerco a mi amigo, decidida a evitar que se caiga de bruces en medio de lo que ya es un momento terrible para él.

Sin embargo, Jaxon me gana la carrera y recoge las muletas de Flint con una mano mientras lo equilibra con la otra.

Flint agacha la cabeza cuando acepta las muletas, pero no consigue ser lo bastante rápido para ocultar que tiene las mejillas ardiendo por la vergüenza. Quiero ir hasta él, decirle que todo está bien, pero cada parte de su cuerpo parece gritarnos que lo dejemos en paz. Así que eso hago, igual que los demás.

Al final se apaña con las muletas y camina hacia delante, hacia los padres de Luca. Nos apartamos de su camino, lo que sea para facilitarle las cosas; pero, en cuanto intercambia miradas con la madre de Luca, creo que ya no se da ni cuenta de que estamos allí.

Ella parece sentir lo mismo, pues le devuelve la mirada con la misma intensidad. Pero no la posa sobre los ojos de Flint, sino en su pierna mutilada.

La expresión que esboza el dragón en el rostro es horrible y desgarradora cuando avanza con dificultad por el pasillo para detenerse ante ella. Una vez allí, agacha la cabeza, igual que ha hecho Jaxon.

—Lo siento —susurra—. Siento que no pudiéramos salvarlo.

Al principio no creo que vaya a contestarle nada, pero más tarde coloca una mano sobre su cabeza gacha y susurra:

—Lo mismo digo.

Un mundo de intención (y de acusación) pende de esas palabras y veo cómo golpean a Flint, a Jaxon y a los demás como un alud de pena y dolor que ni siquiera intentan esquivar. Lo cual no es justo para ellos..., nada justo. Lo dieron todo en la lucha contra Cyrus, arriesgaron su vida y sus extremidades para evitar que se hiciera con la Corona.

Sí, Luca murió, y sí, fue horrible, trágico y un sinsentido. Pero eso no hace que sea culpa de Flint. No hace que sea culpa de ninguno de nosotros, no cuando estábamos ahí con él, esforzándonos por mantenernos a salvo los unos a los otros. Después de todo, ¿dónde narices estaban los padres de Luca durante aquella batalla en la que murió su hijo?

Una mirada a Hudson me indica que él está pensando lo mismo que yo. Que es probable que lleve desde entonces pensándolo. Sea como fuere, ahora mismo está totalmente a la defensiva: con las manos abiertas a los costados, el peso apoyado en la parte delantera de los pies, ojos cómo láseres fijos en los padres de Luca, esperando a que hagan un movimiento en falso.

Espero de verdad que no lo hagan.

Jaxon se aclara la garganta y los padres de Luca apartan su atención de Flint de mala gana para centrarla en él. Aunque no dice nada. Solo se da la vuelta y continúa guiándolos por el pasillo hasta la única sala de estudios que hay en el primer piso.

Cuando por fin llegamos se toma un momento, como si se preparara a sí mismo para lo que hay dentro... o para lo que sea que vaya a ocurrir después. Entonces, empuja la puerta para abrirla y da un paso atrás de modo que los padres de Luca puedan ser los primeros en entrar.

La madre de Luca gimotea cuando mira por la puerta abierta y, durante un segundo, creo que está a punto de desplomarse. Pero el padre de Luca la sostiene y la envuelve con el brazo para darle apoyo. A continuación atraviesan los dos juntos el umbral para acceder a la sala en la que se encuentran los restos de Luca mientras los demás los seguimos en silencio.

Me preparo, pues supongo que será como cuando tuve que identificar los cuerpos de mis padres.

Pero resulta que no hay nada frío ni estéril en la sala de estudio. En algún momento, mientras estaba con Hudson (o

Alistair), la Orden la ha transformado en un lugar de luto apropiado.

Luca está tendido sobre una mesa en el centro de la estancia, le han colocado una manta por encima de forma que solo su rostro quede al descubierto. A su alrededor arden cientos de velas negras, deben de haber saqueado la torre de las brujas para conseguir tantas, y más allá de las velas se aprecian jarrones y jarrones de flores silvestres de Alaska.

En esta ocasión es el padre de Luca quien gimotea al intentar disimular un sollozo. La madre de Luca se limita a desplomarse de rodillas junto al cuerpo de su hijo.

—Os concederemos unos minutos —indica Jaxon interrumpiendo el agónico silencio, mientras que el resto de nosotros asentimos como marionetas y nos dirigimos de nuevo hacia la puerta.

—Gracias —dice la madre con voz entrecortada.

—Sí —corrobora el padre—. Gracias por cuidar de nuestro hijo.

—Luca era nuestro hermano —anuncia Byron con una voz que rezuma dolor—. Habríamos hecho lo que fuera por él.

—Ya lo vemos. —El padre de Luca se aclara la garganta—. Él siempre juró...

Se detiene en cuanto Marise se desliza en la habitación vestida con ropa formal. Sigue un poco pálida, pero, aparte de eso, tiene mucho mejor aspecto que antes.

—Vivian, Miles. Siento mucho que nos encontremos en semejantes circunstancias. Aquí en el Katmere todos apreciábamos a Luca y su muerte ha supuesto un gran golpe para nosotros.

Los padres de Luca no apartan la vista de su hijo, así que Marise se vuelve hacia nosotros; su rostro imponente está lleno de compasión cuando susurra:

—He preparado unas dosis de medicina para todos. Están en la sala común principal, junto con varias botellas de sangre. Bebéoslas ya, luego haré más. No sabemos qué está por venir y tenéis que recuperar las fuerzas.

Sin duda necesitamos toda la ayuda que puedan proporcionarnos, así que asiento mientras Flint murmura:

—Sí, Marise.

Después nos damos la vuelta para abandonar la sala.

Pero justo entonces el padre de Luca se da la vuelta y su voz reverbera por la estancia cuando ordena:

—¡No!

Marise se dirige hacia él.

—¿Qué ocurre, Mi…?

No consigue acabar la frase, porque en ese momento Vivian decide levantarse del suelo de un salto… y le abre la garganta con los dientes.

Macy grita cuando la madre de Luca tira al suelo a Marise, de cuyo cuello brota la sangre sin parar y jadea intentando coger aire con solo media garganta. Entonces da un paso atrás para que su esposo pueda clavarle una daga justo en el corazón.

—¡Tenéis que marcharos! —nos advierte Miles mientras Vivian se aferra a la mano inerte de Luca—. Marise ha avisado a Cyrus de que habéis vuelto y viene a por vosotros. Se suponía que nuestra tarea era distraeros.

Nos lleva un segundo asimilar sus palabras. Yo, por lo menos, estoy demasiado ocupada contemplando el cuerpo

sin vida de Marise, demasiado ocupada intentando digerir lo que acaba de ocurrir como para interiorizar su advertencia.

A ver, Marise me ha ayudado en muchísimas ocasiones desde que llegué al Katmere. Me salvó la vida cuando una ventana rota estuvo a punto de matarme. Me ayudó a aceptar el hecho de que soy una gárgola, me cuidó después de la pelea con Lia.

¿Cómo iba a estar del lado de Cyrus? No tiene sentido.

Parece ser que no soy la única que duda, porque Eden les echa en cara lo siguiente:

—¿Creéis que vamos a creeros así, sin más? ¡La habéis matado!

—Que nos creáis o no da igual —espeta Vivian—. Pero es evidente que habéis cuidado de mi hijo lo mejor que habéis podido. Me parece que lo correcto es que nosotros cuidemos de aquellos a los que llamaba «amigos», tal y como haría él si aún pudiera.

—¿Matando a Marise? —pregunta Macy con las mejillas brillantes por las lágrimas.

—Sí, y advirtiéndoos que os marchéis antes de que sea demasiado tarde —contesta Miles.

—¡Marise no es amiga vuestra! —ruge Vivian—. ¿No os habéis preguntado por qué ha sido la única a la que han dejado aquí con vida? Porque siempre le ha sido leal a Cyrus. —Baja la mirada hasta Luca—. Como nosotros, hasta ahora.

—Tenéis que iros —repite Miles con urgencia—. Cyrus quiere a Grace, y no parará hasta que la encuentre.

Tras eso, se inclina hacia delante para abrazar a su mujer con un brazo y a su hijo con el otro. Segundos después los

tres se desvanecen, se esfuman en un abrir y cerrar de ojos de la sala hasta llegar al portal de fuera, por donde han llegado, y nos dejan a los demás junto al cadáver de Marise.

Mientras su sangre forma un charco alrededor de su cuerpo inerte, no puedo evitar que un escalofrío me recorra la columna al pensar en lo violento y despiadado que es este mundo..., y que yo soy la siguiente.

16

A cada lobe le llega su sanmartín

—Y ahora ¿qué hacemos? —pregunta Mekhi, y rompe el silencio ensordecedor que se crea tras la marcha de los padres de Luca.

Hudson ya está junto a la ventana, observando el horizonte de las primeras horas del día.

—No veo nada, pero eso no significa que no estén cerca.

—Sí que están cerca, sí —comenta una voz con un ligero acento desde la puerta que tenemos detrás de nosotros—. Y llegarán al instituto enseguida.

Me doy la vuelta tan rápido que casi tropiezo con Jaxon, que se ha colocado justo delante de mí al tiempo que Hudson se desvanece hasta la puerta.

—¿Quién eres tú? —dice este a un chico joven, de unos quince o dieciséis años, con los ojos y la piel de color marrón intenso. Tiene el pelo negro, y lo lleva a la altura justa para que las puntas le rocen los hombros. Es apenas un par de milímetros más alto que yo, y es raro, pero me alegra que no sea otro paranormal gigante con el que

tendría que estirar el cuello para hablar. También está superdelgado, una característica que la camiseta científica extremadamente grande que lleva no hace más que acentuar. Si no estuviese teniendo un día de mierda, me haría gracia la frase que reza la camiseta.

«¿Por qué un fotón no puede hacer una pizza? Porque no tiene masa.»

Además, estoy segurísima de que es un lobo.

Y por eso mismo atravieso la habitación a toda velocidad, para poder cubrirle las espaldas a Hudson, como hacen todos los demás.

El chaval ni siquiera pestañea. Nos analiza a cada uno de nosotros como si intentara dilucidar quién es la mayor amenaza para él. Habrá pensado que es Hudson, porque al final es a quien mira cuando responde a su pregunta.

—Me llamo Dawud, y vengo del Cubil del Sol del Desierto, de Siria.

Así que tenía razón, es un lobo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto, con la advertencia de los padres de Luca todavía en mente.

—He venido porque no pensaba que los vampiros tuviesen valor para traicionar a Cyrus —responde—. Y para advertiros, como han hecho ellos. Un montón de lobos vienen hacia aquí desde todas partes del mundo para apresaros; entre ellos los mejores soldados de mi manada. Me he adelantado para avisaros, pero no tardarán en llegar, y lo harán en masa.

—¿Te has adelantado, dices? —pregunta Eden en un tono escéptico.

—Corro rápido, y tenía una motivación. —Dawud recoge algo de la mesa y lo analiza, para después metérselo en el bolsillo—. Y vosotros también deberíais correr rápido, a menos que queráis morir... o que os capturen. De verdad, llegarán enseguida. Calculo que en unos cinco minutos, diez si tenéis suerte.

Por cómo lo dice, que nos capturen es la peor de las posibilidades y, la verdad sea dicha, tampoco me extraña. La idea de estar a merced de Cyrus..., de que Hudson y Jaxon estén a merced de su padre..., hace que se me acelere el corazón.

—¿Y por qué deberíamos confiar en él si su alfa está aliado con Cyrus? —quiere saber Flint—. Quizá sea un señuelo.

—«En elle», gracias —aclara Dawud—. Y el vampiro ya ha admitido que su esposa y él eran la distracción. Yo estoy aquí por la más evidente de las razones: os necesito.

Me cuesta un montón creerme sus palabras.

—Nos necesitas ¿para qué? —pregunto al tiempo que me planteo tirar de mi hilo platino. Tengo los nervios en estado de alerta máxima y, si he de luchar, quiero hacerlo en mi forma de gárgola.

—Mi hermano pequeño se llama Amir. Era su primer año aquí en el Katmere, y se lo han llevado junto con el resto de los estudiantes. Debo salvarlo.

—¡Conozco a Amir! —exclama Macy—. Es hincha del San Diego Padres, el equipo de béisbol, y nos hicimos amigos por una camiseta *vintage* de Tony Gwynn. —Hunde los hombros—. Mi padre tiene una igualita.

—Sí, ese es Amir. —A Dawud le tiembla la voz de forma compulsiva—. Nuestros padres murieron asesinados hace dos años y, desde entonces, cuido de él. Decidí enviarlo al instituto porque pensaba que era donde más seguro estaría, pero... Sois mi única oportunidad para salvarlo, y eso no ocurrirá si dejo que Cyrus os mate, u os capture.

Por el tono de su voz parece que diga la verdad, y yo creo en sus palabras. Y al echar una ojeada a mis amigos, veo que ellos también le creen. Que Dios nos asista.

—¿Tenemos unos diez minutos entonces? —dice Jaxon, y casi puedo ver los engranajes girando en su mente.

—Como mucho.

—Y ¿qué hacemos? —pregunta Eden.

—¿Tú qué crees? —gruñe Byron—. Salir cagando hostias de aquí.

Hudson me rodea con el brazo.

—Venga, vamos a desvanecernos a tu habitación, así coges lo que necesites.

—Ya he recogido lo que necesitaba para llevármelo a tu cuarto. Lo tengo todo.

—Genial. El resto, recoged vuestras cosas —ordena Hudson mientras volvemos al vestíbulo principal—. Grace y yo montaremos guardia hasta que estéis todes listes para irnos. Pero daos prisa, ¿vale? Tengo la sensación de que Cyrus no esperará mucho más tiempo.

—Cinco minutos... —empieza a decir Flint, pero no termina la frase porque se oye un gruñido que proviene de las escaleras de la planta superior.

Se me congela la sangre al oírlo, y levanto la mirada justo a tiempo para ver a una manada de unos cincuenta lobos

(mostrando los dientes y las garras) que superan de un salto el pasamanos de las escaleras, todos a la vez. Pero la cosa empeora, pues al parecer la gran mayoría vienen directos hacia mí.

Hudson y Jaxon se colocan delante de mí al mismo tiempo. Pero se oyen más gruñidos provenientes de la puerta principal que tenemos detrás; estamos rodeados. Es imposible que podamos enfrentarnos a todos ellos, nos atacan por todos lados.

Estaban a unos diez metros de distancia, pero los tengo delante en apenas un segundo. Estoy tan conmocionada que no soy capaz de moverme y no he podido tirar de mi hilo platino.

Me recompongo enseguida, pero, antes de que pueda transformarme, se han ido. Hace un instante clamaban mi sangre entre rugidos, pero ahora no son más que polvo.

Me da un vuelco el estómago y esta vez los nervios no tienen la culpa. Porque sé lo que acaba de pasar y, peor aún, sé lo mucho que le ha costado hacerlo.

17

No todos los perros van al cielo

Hudson trastabilla hacia atrás, está a punto de caerse de culo, pero recobra el equilibrio al poner una mano en la pared y doblar el cuerpo.

—Tío, ¿qué cojones acaba de pasar? —exige saber Liam mientras dibuja un círculo, como si esperase que los lobos se nos lanzaran al cuello en cualquier momento.

—Ni idea —contesta Eden al tiempo que se vuelve hacia Dawud—. ¿Has sido...?

—Yo no he hecho nada —responde con las manos levantadas—. No pensaba que llegarían aquí tan rápido.

Hudson se dobla todavía más, como si hasta apoyarse en la pared le costara demasiado esfuerzo, y en vez de eso coloca las manos sobre las rodillas mientras respira hondo un par de veces. Entonces, sonando más derrotado de lo que jamás lo he oído, admite:

—He sido yo.

El corazón me aletea en el pecho mientras corro a su lado.

Parece ser que Rafael no se ha puesto al día, porque tiene un aspecto muy confuso cuando pregunta:

—¿El qué?

Aun así, le debe de llevar solo un par de segundos comprender la verdad de a quién se dirige (y de lo que es capaz Hudson), porque de repente abre mucho los ojos.

—Un momento. ¿Me estás diciendo que tú...? —La voz de Rafael se va apagando mientras busca la palabra correcta para describir los poderes de Hudson.

—Puf —termina Mekhi con la palabra que no encontraba —. ¿Has hecho que los lobos hagan puf? —Esta vez, cuando lo dice usa la mano para imitar algo que explota.

—¿Tanto te sorprende? —pregunta Hudson sin aliento—. Hice papilla todo un estadio.

—Sí, pero eso tampoco es tan complicado —interviene Liam—. Incluso Jaxon podría haberlo hecho...

—Gracias por el voto de confianza —replica Jaxon con voz inexpresiva a la vez que Hudson cita:

—«Maldito por débiles elogios».

Pero Liam está tan pasmado que no puede disculparse con mi excompañero... o mi actual compañero, en realidad. En su lugar, sigue mirando por todas partes y examinando la sala cuando dice:

—Ha hecho que los lobos hagan puf, Jaxon. Tan solo... —En esta ocasión es él quien hace el gesto de explotar—. Han hecho puf.

Como Hudson no se incorpora, me pongo de rodillas delante de él, le alzo la cabeza para mirarlo a los ojos y lo que veo está a punto de romperme el corazón en mil pedazos. No es el dolor que revela su mandíbula apretada,

ni la angustia que distingo en las profundidades de sus ojos oceánicos lo que me destroza, sino el hecho de que un segundo después parpadea... y la agonía desaparece como si nunca hubiera existido. En su lugar hay un muro frío y oscuro que sé que no solo es Hudson intentando esconderme su dolor. También se lo está escondiendo a sí mismo.

—Iban a por Grace —murmura como si eso lo explicara todo.

Desde que lo conozco jamás ha intentado usar su poder contra nadie. ¿Para destruir un edificio? Claro. ¿Para desintegrar un bosque? Por supuesto. ¿Para hacer trizas una isla? Sí, si no le queda más remedio.

Pero hoy ha asesinado a esos lobos con solo pestañear. No a uno, sino a docenas y docenas, puede que incluso más. Y no ha dudado... para salvarme.

Al caer en la cuenta, se me retuerce el corazón hasta quedarme sin aire. Me siento fatal. Fatal porque haya muerto tanta gente en esta horrible guerra de Cyrus, y aún peor porque Hudson haya sido el que haya tenido que hacer esto... y que lo haya hecho para protegerme.

Y yo he fallado estrepitosamente en protegerlo a él. Lo cual es en sí mi trabajo más importante como compañera.

Matar a todos esos lobos lo ha destrozado y, por tanto, a mí también.

El resto continúa debatiendo a nuestro alrededor, como si nadie se percatara de que Hudson y yo estamos luchando por volver a juntar las piezas de nuestra alma.

—Está claro que iban a por ella —corrobora Flint con los ojos entrecerrados—. Pero la cuestión es... ¿por qué a por

ella específicamente?

—El padre de Luca dijo que Cyrus la quería muerta —le recuerda Eden.

—Por supuesto que mi padre la quiere muerta —espeta Jaxon—. ¿Desde cuándo le ha parecido bien que alguien disponga de un poder que no puede controlar? ¿Y ahora que tiene la Corona? Irá a por ella con el doble de ganas, con todo lo que tenga.

—Tampoco es que sea nada nuevo —les digo con la esperanza de calmar a todo el mundo un poco para poder centrarme en Hudson—. Siempre la ha tenido tomada conmigo.

—Una cosa es tenerla tomada contigo y otra querer aplastarte con el único propósito de beber hasta la última gota de tu poder de tu cuerpo sin vida —replica Jaxon—. Lo primero es normal. Lo segundo es digno de un sociópata y significa que tienes una diana enorme en la cabeza.

—Lo que hace que me cuestione por qué narices seguimos aquí como pasmarotes —comenta Mekhi con las cejas levantadas de forma irónica—. Y más si tenemos en cuenta que lo más seguro es que Cyrus haya enviado una segunda oleada.

—Sin duda tiene una segunda oleada de camino. —Dawud mira las escaleras donde hace menos de un minuto se encontraban los lobos.

—¿Eran de tu manada? —le pregunto en voz baja.

—No —susurra.

Saber eso no hace que me sienta mejor, y desde luego a Hudson tampoco, a juzgar por la expresión de su rostro.

—Que le den a hacer las maletas —espeta Flint a la vez que escudriña el horizonte para ver si hay señales de más paranormales—. Tenemos que salir de aquí cagando leches.

—Lo que necesitemos podremos comprarlo en algún sitio seguro —concuerda Eden mientras se encamina a una de las ventanas del sur del castillo y comienza a vigilar la zona para ver si hay signos de un ataque inminente.

—¿Acaso hay un lugar seguro al que podamos ir en estos momentos? —pregunta Byron en voz queda—. Si Cyrus ha conseguido poner a Marise en nuestra contra, ¿en quién más podemos confiar?

Es una pregunta terrorífica, en la que no podemos soportar pensar. No cuando no tenemos ningún sitio al que llamar «hogar». Decidimos usar nuestros últimos minutos para discutir adónde podemos ir ahora. Yo decido que el resto se encargue de contestar a esa pregunta para poder centrarme en Hudson. Levanto la mano y le acuno la mejilla.

—Estoy bien. —Hudson intenta que me quede tranquila y vuelve a erguirse cuan alto es para mirar por la ventana. Pero le tiembla la mano que se pasa por el pelo.

—No, no lo estás. Pero lo estarás —susurro mientras contemplamos el cielo gris de Alaska. Está tan falto de actividad como los pasillos del Katmere esta mañana; pero eso no significa mucho, pues cualquier bruja que haya estado aquí en alguna ocasión puede abrir un portal en medio de la sala común, o donde sea. Sin obviar el hecho de que una manada entera de lobos ha llegado hasta aquí de alguna forma y ni siquiera nos lo esperábamos.

Cómo ha ocurrido es una pregunta para después, porque ahora mismo solo me importa mi compañero.

—Estoy bien —repite Hudson y esta vez, más que a mí, intenta convencerse a sí mismo.

—Estás hecho mierda —digo sin rodeos—. Y sé que eso que acabas de hacer no ha sido fácil.

Se cierra en banda.

—Ahí es donde te equivocas. Ha sido extremadamente fácil. —Suelta una risa cortante—. ¿No es ese el problema?

—Sé muy bien cuál es el problema, Hudson.

Cuando aparta la mirada con la mandíbula apretada, sé que le he dado donde duele.

Lo que más me preocupa es que de verdad parece enfermo. Sé que acaba de gastar un huevo de energía y estoy segura de que tiene que ver con eso, pero no es la razón principal. Lo he visto usar su poder antes, lo he visto usar incluso más poder del que ha necesitado aquí en la isla de la Bestia Imbatible sin inmutarse.

Por lo tanto, la forma en la que tiene ahora las manos metidas en los bolsillos para que no vea que está temblando no es normal. Ni tampoco la forma en la que bloquea las rodillas para asegurarse de que no se cae. A Hudson le pasa algo horrible y me apuesto el desayuno a que tiene más que ver con el hecho de que haya matado a un montón de gente que con el hecho de que haya usado demasiado poder.

—Oye... —Le rodeo la cintura con el brazo para que se apoye en mí—. ¿Te puedo ayudar?

Espero que se aparte, puede que incluso suelte una de esas bromas tan ridículas y bordes de las suyas, como siempre. En vez de eso, se deja caer sobre mí y siento que sus manos no son lo único que está temblando. Todo su cuerpo se sacude como si estuviera en shock.

Y es posible que lo esté. Ha peleado contra su poder durante mucho tiempo, y que haya tenido que ocurrir así, tan rápido y casi fuera de su control, lo habrá dejado tocado.

Me acurruco un poco más y susurro:

—Te quiero, pase lo que pase.

Le recorre un estremecimiento en cuanto pronuncio esas palabras y cierra los ojos varios segundos. Cuando los abre están llenos de la misma resolución que siempre veo en ellos. Lo cual es todo lo que puedo pedir llegados a este punto.

Pero tengo que hacer algo. Lo que sea para conseguir que pase página. Así que inclino la cabeza hacia arriba y digo:

—Creo que por fin sé lo que prometiste con el anillo.

Al principio no responde. Ni siquiera hace caso a lo que he dicho. Pero después, muy poco a poco, su mirada se encuentra con la mía y levanta una ceja.

—¿Ah, sí?

Estoy tan aliviada de que vaya a seguirme el juego que le doy un apretón en la cintura antes de contestar:

—Prometiste que siempre lavarías los platos por mí.

No puede evitar que se le escape una risilla.

—¿Por qué iba a prometer que lavaría los platos si yo no uso platos?

Entonces su mirada se desliza hasta mi cuello y un rubor me enciende las mejillas. Ay, madre, me lo he buscado yo solita. No obstante, cuando el calor derrite el hielo de sus ojos, suspiro. Ahí está. Mi Hudson está regresando conmigo. El alivio me inunda, me debilita las rodillas y me apoyo contra su fortaleza.

Me da un beso suave en la frente antes de susurrarme en el oído:

—Gracias.

Y suena muchísimo a «te quiero».

Pero antes de que pueda responder, oímos el móvil de alguien y el momento se corta porque ambos nos volvemos para ver qué pasa.

—Mi tía acaba de mandarme un mensaje para decirme que podemos escondernos en la Corte Bruja con ella —anuncia Macy desde el otro lado de la sala común principal, donde ella y Eden se han posicionado para vigilar las ventanas de la parte trasera del instituto—. Solo me llevará cinco minutos crear un portal.

—No tenemos cinco minutos —replica Hudson de forma sombría—. Están aquí.

18

Necesitamos un empujoncito

—¿Dónde? —Jaxon está junto a la ventana antes de que pueda volverme para mirar—. ¡Mierda!

—Yo no veo nada... —Me callo cuando por fin mis ojos de humana/gárgola ven lo que sus ojos de vampiro han atisbado segundos antes.

Cientos y cientos de lobos recorren la ladera de la montaña y el claro a toda velocidad para llegar al Katmere. Para llegar adonde estamos.

—¡Corred! —grita Hudson, y no nos lo tiene que repetir—. ¡Vamos a la parte de atrás del instituto!

Lo cojo de la mano y nos desvanecemos por los estrechos pasillos del instituto, con Jaxon y el resto pisándonos los talones. Como mientras atravesamos el Katmere Flint y Eden no tienen espacio para transformarse en dragones, les está costando un poco mantener el ritmo del resto, así que Jaxon coge a Flint y aumenta la velocidad.

Byron hace lo mismo con Eden y, aunque ambos dragones se ofenden ante el insulto que supone para ellos

que un par de vampiros los lleven en brazos, ninguno se niega. Ahora mismo cada segundo cuenta, y lo sabemos.

Para nuestra sorpresa, Dawud no tiene problemas en seguir el ritmo de los vampiros; al parecer, corre tan rápido como nos había dicho.

Llegamos a las gigantescas puertas traseras del instituto en menos de un minuto; lo cual es una proeza, la verdad, pues en un día normal yo tardaría varios minutos en llegar hasta aquí.

Mehki se encarga de la puerta, preparado para destrozar a cualquier intruso que intente entrar.

—Todo despejado por aquí —dice tras echar una ojeada al exterior.

—Que todo el mundo vaya al estudio de Arte que hay al otro lado de los jardines —ordena Jaxon—. Allí Macy podrá crear un portal. Yo me quedaré aquí y los entretendré.

La Orden empieza a protestar, pero Hudson los acalla.

—Yo me quedo con él.

—¡No! —exclamo mientras el pánico me recorre el cuerpo ante la posibilidad de que pueda pasarles algo a cualquiera de los dos—. O nos quedamos todes, o nos vamos todes.

—Grace, debes confiar en mí —me dice Hudson, y me coge las manos—. Jaxon y yo podemos lidiar con esos gilipollas. Estaremos contigo en cuanto se abra el portal.

—La Orden también se queda —se ofrece Mekhi, pero Jaxon niega con la cabeza.

—Tenéis que proteger a Grace. Si Marise decía la verdad y Cyrus está robando magia para activar algo, y la única persona que puede detenerlo es Grace, hemos de cuidar de ella.

—Yo puedo cuidarme solita...

—Los miembros de la Orden daremos la vida por ella —me interrumpe Jaxon, y se golpea el pecho con un puño mientras los demás miembros de la Orden lo imitan, como si con eso se acabara la conversación.

La irritación se apodera de mí, y estoy a punto de protestar ante todo ese numerito de «tú no tienes ni voz ni voto», pero entonces oímos un gran estruendo que proviene de la cafetería. Tras él, resuenan los gruñidos de los lobos; están tan cerca que un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

—Grace, Jaxon tiene razón. Cyrus se presentó en la isla para intentar evitar que consiguieras la Corona. Todavía no sabemos cómo funciona, pero opino igual que mi hermano: si tanto teme que la tengas, por algo será. —Hudson habla a toda velocidad—. Debes salir de aquí de una puta vez. Nosotros iremos enseguida, te lo prometo.

—No puedo... —empiezo, pero Hudson me corta.

—Grace... —Habla con más firmeza esta vez—. Luché contra todos los presos de una cárcel. Un par de lobos sarnosos no me hará nada. Pero, si no te vas ya, no me quedará más remedio que desintegrarlos en vez de mutilar solo a los capullos.

Siento que el pecho se me va a partir en dos. Haría lo que fuera para que Hudson no tuviera que volver a usar su don, pero abandonarlos, a él y a Jaxon, y dejar que se enfrenten a un ejército de lobos solos... Se me revuelve el estómago de pensarlo. Porque cuantos más seamos, mejor. Siempre hemos dado lo mejor como equipo... ¿Por qué Hudson no es capaz de verlo?

Pero, bueno, igual sí lo ve. Hudson jamás me dejaría fuera de una pelea por miedo a que no pudiera valerme por mí misma. Lo que significa que de verdad cree que lo tiene todo controlado, y que necesita que me vaya para no volver a usar su don y asesinar a alguien en cuanto un lobo se acerque a mí.

La preocupación aumenta cuando caigo en ese detalle... Si tanto miedo tiene a perder el control, debe de estar peor de lo que me imaginaba.

Por eso mismo asiento y doy un paso atrás, a pesar de que es lo último que quiero hacer.

Veo reflejado el alivio en su rostro cuando me lanza una media sonrisa que no le llega a los ojos.

—Grace, te juro que lo tengo todo controlado.

Es verdad. Sé que es verdad. Pero saberlo no hace que sea más fácil dejarlo atrás para que luche contra un ejército de lobos que quiere despedazarlo.

Se me encoge el corazón, y levanto la vista para mirarlo a los ojos.

Me tomo un momento para memorizar los pómulos altos que le enmarcan la mirada azul, la mandíbula bien marcada, y el cabello, de un marrón intenso, que sigue bien peinado en un perfecto tupé.

—Más te vale —susurro entonces, antes de darle un último beso, rápido y con fuerza. Me prometo a mí misma que no será la última vez que vea a mi compañero, mientras me vuelvo y grito al resto—: ¡Vámonos!

Echan a correr al instante y tiro del hilo platino justo cuando Flint abre las puertas de una patada. Subo a lo alto

del cielo y recorro con mis enormes alas el corto camino que hay hasta el estudio de Arte en apenas unos segundos.

Macy se pone enseguida manos a la obra para abrir el portal, mientras Flint no deja de insistir en que él debería volver a la batalla y chamuscar al ejército de Cyrus.

—De eso se encargan Jaxon y Hudson —recuerda Mekhi negando con la cabeza—. Podrán con ellos.

—Eso tú no lo sabes —replico disgustada porque se piensen que Jaxon y Hudson son invencibles. Pero es que no lo son. Los he visto a ambos en problemas, y también los he visto sangrar. Pueden acabar heridos (o muertos, incluso) igual que el resto. Se me revuelve el estómago, y de pronto temo que hayamos cometido un error.

—No tendríamos que habernos ido sin ellos —dice Flint, y por su voz parece tan acojonado como lo estoy yo.

Rafael ha sido el último en llegar y su mirada busca la mía.

—Como te ha dicho Hudson, lo tienen controlado —me asegura—. No te preocupes.

—¿Cuántos son? —quiere saber Flint.

—Estarán bien —repite Rafael negando con la cabeza.

Quizá sonaría más creíble si no se lo viese tan alterado; y si no oyésemos una nueva salva de gruñidos provenientes del instituto. Un instante después oímos una gran cantidad de ruidos sordos, un fuerte estrépito y, al final, los gemidos lastimeros propios de un animal.

—¿Qué podemos hacer? —le pregunta Eden a Macy, quien está haciendo girar una bola de fuego con las manos mientras se empieza a entrever el principio de un portal.

—Debéis prestar atención para atravesar el portal en cuanto lo abra —informa Macy al tiempo que crea el intrincado portal mágico, y mueve las manos tan rápido que se desdibujan en el aire.

—Coincido —dice Dawud. Es su primera intervención desde que ha llegado a la casita—. No me he jugado la vida al avisaros para que ahora os muráis.

Mekhi opina igual, aunque cuando habla parece tan desesperado como me siento yo.

—En cuanto Macy abra el portal, debemos atravesarlo.

—Vendrán enseguida, tranquila —añade Byron, con la mirada clavada en mis ojos—. Te lo prometo, Grace. No me marcharía si pensara que no pueden conseguirlo ellos solos.

—Lo harías si Jaxon Vega te ordenase que nos sacaras de aquí ya —contesto fulminándolo con la mirada.

Byron mira hacia otro lado con la mandíbula apretada. Mi comentario le ha escocido más de lo que pensaba.

Pero antes de que pueda empezar a procesar su reacción la tierra comienza a temblar y todo el edificio retumba. Cuando caigo en la cuenta de qué está pasando, se me olvida hasta respirar.

Jaxon está utilizando el Katmere para derrotar a los lobos; es decir, habrá muchísimos más de los que nos pensábamos.

—Casi no queda tiempo —le digo a Macy volviéndome hacia ella.

Mi prima asiente, y con las manos elabora una figura compleja que hace que el portal que tiene ante ella cambie de forma y color. Tras un último movimiento, exclama:

—¡Ya está!

—¡Venga, vamos! —grita Byron—. No hay tiempo que perder.

Siento que me voy a partir en dos. No puede ser verdad que se piensen que me voy a ir sin Hudson y Jaxon. Ni hablar. No puedo dejar aquí a mi compañero y esperar que sobreviva. ¿Cómo se les ha llegado a ocurrir que voy a hacer algo así?

No me da tiempo a compartir mis pensamientos con Byron, pues el Katmere empieza a sacudirse justo delante de nuestras narices. Literalmente, toda la estructura está temblando, y unas grietas enormes se abren paso por las paredes; provocan que las piedras de la parte superior caigan contra el suelo con un sonoro estruendo.

—La hostia, joder —murmura Flint con los ojos abiertos como platos y con el mismo horror que siento yo—. Lo van a hacer de verdad. Van a echar el edificio abajo.

Solo de pensarlo siento que un cuchillo me atraviesa el estómago. Aunque, bueno, la idea de perder a Hudson, o a Jaxon, es una bala directa al corazón.

—Id tirando —les digo a Dawud y los demás—. Yo voy a esperar a que...

No acabo la frase porque suelto un grito ahogado cuando Eden me empuja para que caiga justo dentro del portal.

19

Hasta el arcoíris y más allá

Tropiezo y, en un intento desesperado por mantener el equilibrio, muevo los brazos en círculo hasta que me siento como un molinillo de viento en un día de tormenta.

Pero ya es tarde. El empujón de Eden ha sido demasiado certero, ha apuntado demasiado bien. Me caigo de espaldas justo en el portal, lo que resulta ser incluso peor que mi método habitual de tirarme de cabeza, porque tengo todavía menos control sobre mi cuerpo si está del revés.

Me paso lo que parece una eternidad, pero probablemente sean solo unos segundos, dando tumbos por los arcoíris psicodélicos de Macy. Los portales de cada bruja son distintos y producen sensaciones diferentes, de ahí las variantes en los portales del campo del Ludares; los de mi prima siempre están hechos con arcoíris gigantes y llenos de brillos, lo cual no es que me sorprenda mucho y tampoco suele importarme. Pero, al dar volteretas hacia atrás por uno de ellos en contra de mi voluntad, me siento como si

me hubiera dado un subidón de azúcar y la cosa se me hubiera ido de las manos.

Me doy la vuelta cuando el portal por fin me escupe en un suelo frío y duro de mármol blanco, y aterrizo de cara.

Nota mental: no volveré a quejarme de aterrizar de culo nunca más, porque que la cara sea lo primero que toque el suelo y que después el resto del cuerpo se dé una panzada impresionante no mola nada.

Me lleva unos segundos recuperar el aliento; después me vuelvo con un bufido, solo para encontrarme mirando fijamente a un techo blanco con grabados llenos de remolinos de flores silvestres y florituras ornamentadas.

Solo dispongo de unos segundos para preguntarme dónde narices estoy antes de que Eden aterrice a mi lado; de pie, por supuesto. Tengo que morderme la lengua para no gruñir.

Otra nota mental: jamás confíes en una dragona chulita con un sentido del equilibrio increíble.

—¿Por qué coño has hecho eso? —suelto mientras aparto la mano que me ofrece para levantarme—. No tenías derecho a...

—Tenía todo el derecho —me responde de forma mordaz —. No ibas a pasar por el portal y tenías que hacerlo.

—Hudson y Jaxon...

—Hudson y Jaxon son dos de los vampiros más poderosos que existen. Pueden con esto, siempre y cuando no se distraigan preocupándose por ti. —Se aparta cuando Mekhi sale por el portal—. Sacarte de ahí les ha puesto más fácil lo que quiera que tengan que hacer.

—Tiene razón —corrobora Mekhi, y él también me ofrece la mano para levantarme. Esta vez la acepto e ignoro a

Eden cuando pone los ojos en blanco mientras él me ayuda a ponerme en pie; entretanto, el resto va cruzando el portal.

—Pueden hacerlo, Grace —continúa—. Solo tenemos que...

Se interrumpe en cuanto el sonido de los muros derrumbándose reverbera por toda la sala. Nos damos la vuelta justo a tiempo de ver a Macy atravesar volando la apertura del portal. Aterriza de rodillas, pero se levanta enseguida, con los brazos arriba y bien abiertos.

Sus ojos son feroces y tiene la cara manchada de mugre, pero no aparta la atención del portal, que se vuelve cada vez más grande mientras estamos ahí pasmados.

Normalmente Macy es la última en cruzar y el portal se cierra en cuanto sale. Pero esta vez no. Esta vez está usando cada ápice de poder que tiene para mantenerlo abierto desde este lado, algo que ni siquiera sabía que fuera posible.

A juzgar por las caras de estupefacción del resto, tampoco pensaban que se pudiera hacer. Pero si hemos aprendido algo en los últimos meses es que mi feliz y dicharachera prima guarda una magia inmensa en su interior. En serio, estoy convencida de que puede hacer cualquier cosa que se le antoje, incluido esto.

«Por favor, Señor, que sea capaz de hacerlo.»

—Vaya tela —jadea Dawud, y le entiendo. De verdad que sí.

Jamás había mirado a la parte trasera de un portal abierto antes y, cuando lo hago, me doy cuenta de que, más allá del remolino arcoíris, todavía puedo ver el campo lleno de césped que se abre desde la casita al Katmere. Excepto

que, incluso en el corto lapso que nos ha llevado cruzar el pasaje, todo ha cambiado.

Los muros y la torre del lado oeste han desaparecido por completo, ahora son una pila de escombros y polvo. Jadeo, me cubro la boca con la mano para detener el grito que tengo en la punta de la lengua. Porque el resto del instituto no se queda corto, si nos dejamos guiar por el ensordecedor rugido de la piedra, la madera y todo aquello que solía llamar «hogar».

Me alegra tanto como me aterra ese temblor, y lo mismo pasa con la forma en la que los muros se están haciendo trizas, literalmente. Me alegra, porque significa que Jaxon y Hudson siguen vivos. Me aterra, porque ¿y si no salen a tiempo? ¿Y si se quedan atrapados dentro de los muros en destrucción del Katmere junto con todos los demás?

—No puedo aguantar mucho más... —Macy se interrumpe con un gritito; su cara muestra el dolor mientras se esfuerza por mantener el portal abierto.

«Por favor, por favor, por favor.»

Esta expresión es como un mantra en mi cabeza mientras me coloco al lado de Macy con una mano en su hombro. Ruego al universo que salve a Hudson y a Jaxon, aparentemente contra todo pronóstico. No tengo magia de la misma manera que mi prima, pero puedo canalizarla. Ya lo he hecho antes, con Macy y con Remy.

Extiendo el brazo en una línea recta delante mí y cierro los ojos. Respiro hondo. Y me abro al poder que me rodea. La tierra, los árboles, la roca. Hay poder, pero no el suficiente.

—¡Necesito más poder! —grito.

Flint posa una mano en mi hombro y dice:

—Toma el mío.

Y lo entiendo de inmediato; le lanzo una sonrisa de agradecimiento mientras busco su hilo y canalizo la magia hacia el portal.

La Orden y Eden son los siguientes en dar un paso adelante, hay muchas manos en mis brazos y mis hombros. Muchos hilos de diferentes colores con los que hacer malabares; muchos miedos, esperanzas y habilidades por los que navegar, y muy poco tiempo para hacerlo.

Al final dejo de intentar distinguir un poder (o persona) del otro. En vez de eso, extiendo la mano izquierda y agarro todos los hilos que puedo.

La energía (enorme, inimaginable e incontrolable) me atraviesa tan rápido y con tanta fuerza que está a punto de tirarme al suelo. Bloqueo las rodillas, me equilibro, y de alguna forma consigo mantenerme en pie aunque siento como si unos rayos de electricidad tremendos me recorrieran el cuerpo.

No hay tiempo para absorberla, no hay tiempo para aprender a refinarla. El Katmere se está desmoronando ante mis ojos y los únicos chicos a los que he querido están ahí, en medio de todo. Así que, sin pensármelo dos veces, tomo toda la energía que tengo y la lanzo directa al portal, junto con la de todos los demás. Quizá, y solo quizá, podamos ganar el tiempo que necesitan Hudson y Jaxon.

20

Hasta que no quede nada en pie

Macy jadea cuando la energía que estoy canalizando se une a su magia, pero no se rinde y consigue (conseguimos) verter todo lo que podemos en el portal; mantenerlo abierto solo un poquito más.

Y funciona, porque, si bien empezamos a temblar las dos, el portal se abre un poco más. Y otro poco más.

Se abre tanto que ahora podemos verlo todo. Todo el instituto. Los jardines que lo bordean a cada lado. Las casitas. Hasta las amenazadoras nubes de tormenta que recubren el cielo.

Pero no es eso lo que llama mi atención, no es eso lo que hace que cada bocanada de aire que me entra en los doloridos pulmones sea tan desgarradora. En realidad no puedo desviar la mirada de la única zona del Katmere que sigue en pie, esa única porción pequeña del edificio..., el lugar en el que sé que Hudson y Jaxon continúan luchando.

—Vamos, por favor —murmura Mekhi, tan concentrado en el portal como nosotras.

Y entonces los vemos. Los hermanos Vega se desvanecen hasta el lado exterior de las puertas que dan a los jardines traseros, y a su alrededor se alzan las paredes del instituto que todavía no han caído.

—Dejad de vacilar y meteos en el puto portal —gruñe Flint mientras Jaxon levanta una mano y la baja en un rápido movimiento, y una porción enorme de la pared se derrumba al instante. Hudson gira sobre sí mismo y queda frente a otra parte de la pared, y la mitad de esta se convierte en polvo al instante, por lo que los ladrillos de la zona superior se desploman a su alrededor.

Y de entre los escombros y el polvo... salen cientos de lobos, que los rodean. Ni por un segundo me pregunto por qué Hudson no ha desintegrado a los lobos que quedan con vida. Ya sé por qué. Antes he visto cómo se ha quedado después de usar su don y solo lo volverá a usar como último recurso... o si está demasiado débil.

El terror se me clava por dentro, pero lo aplasto con fuerza, decidida a no dejar que se apodere de mí. Decidida a no dejar que el miedo interfiera con la energía que estoy canalizando, con la energía que sigue creciendo en mis venas y que hace que me tiemblen los músculos.

Jaxon levanta una mano, y otra pared se parte en dos y se derrumba justo encima de los lobos que tiene más cerca.

Pero su movimiento provoca que un montón de escombros les caigan encima a su hermano y a él, y presenciarlo es realmente aterrador.

Vale que son vampiros.

Vale que son poderosos.

Y sí, vale que no es nada fácil matarlos.

Pero todos los seres que están luchando ahora mismo son paranormales, y haría falta un montón de poder para detener a cualquiera de ellos. Quizá incluso más del que Hudson y Jaxon puedan emplear de forma segura.

Y, con ese pensamiento en mente, me empiezan a temblar las manos y se me juntan las rodillas.

Hasta la Orden observa el portal con los ojos entrecerrados y los puños apretados.

—¡Entrad en el puto portal de una vez! —chilla Eden.

Pero no pueden oírla, como tampoco pueden oír los gritos ahogados que resuenan en mi interior. Aunque de poco serviría. Los conozco muy bien a ambos como para saber que no harían ni caso, aunque pudiesen oírlos. Darían su vida por protegernos, y si para eso tienen que tirar abajo el Katmere con ellos dentro, no tengo dudas de que lo harán.

Es ese temor el que me impulsa a buscar en mi interior, a buscar energía como si fuera el aire que respiro, y cogerlo, dejar que me consuma, que alimente mis células, el corazón y los pulmones; reúno hasta la última gota de energía que puedo encontrar y la utilizo para ayudar a Macy a mantener abierto el portal, que empieza a flaquear y a hacerse más pequeño.

Pero entonces un fuerte crujido resuena en el aire. Y todo colapsa.

Lo último que veo es cómo miles de kilos de escombros caen sobre la cabeza de Hudson y Jaxon.

21

No muerdas al vampiro que te da de comer

—¡No está! —grita Macy mientras mira dentro del portal.

—¡¿Qué no está?! —vocifera Liam. Pero la expresión de su rostro revela que, como el resto, ya lo sabe.

Es el Katmere.

El Katmere ya no existe. Y con él, ¿ni Jaxon ni Hudson?

Tan solo pensarlo hace que me flaqueen las rodillas y estoy a punto de caer al suelo; seguramente lo habría hecho si no estuvieran agarrándome.

—¡Macy! —chillo cuando los cielos por fin desencadenan su furia: empapan los escombros con una lluvia torrencial y hacen que tiemblen los cimientos descargando terroríficos rayos y truenos. Es como si el universo estuviera tan disgustado como yo porque mi instituto, el último símbolo de mi niñez, haya desaparecido para siempre.

De repente pierdo un poco el control y la magia que estoy canalizando hace que el portal se tambalee.

Antes de que Macy tenga siquiera la oportunidad de contestar, el portal empieza a emitir una luz muy brillante

de un color azul eléctrico durante un segundo, dos... y después explota cuando Jaxon y Hudson lo cruzan de golpe.

En cuanto los veo me inunda el alivio, pero la sensación no dura mucho tiempo porque, en cuanto el portal se cierra de golpe, la enorme cantidad de energía que he canalizado para mantenerlo abierto rebota y me golpea tan fuerte que salgo volando por encima de Mekhi y de las cabezas del resto.

Me preparo para el impacto: ha sido tan rápido que no tengo tiempo siquiera de buscar mi hilo platino y mucho menos de agarrarlo. Pero cuando estoy a punto de tocar el suelo, Hudson me agarra por los aires y me sostiene entre sus brazos.

Está sucio, cubierto de roca, de mugre y sabe Dios qué más... Su corazón late con tanta fuerza y tan deprisa bajo mi mejilla que casi parece que me estén dando bofetadas en la cara una y otra vez. Pero no me importa, porque ahora mismo no querría estar en ninguna otra parte.

—¡Joder! —exclama Rafael—. Os juro que pensaba que esta vez no lo conseguíais.

—No eres el único —contesta Jaxon. Está de pie en el centro de la sala, con las manos sobre las rodillas mientras se dedica a respirar hondo unas cuantas veces.

—No es para tanto —afirma Hudson menospreciando su experiencia cercana a la muerte como solo él podría hacerlo. De verdad, podría estar desangrándose ahora mismo y aun así seguiría con esa actitud pasota—. Solo nos estábamos tomando nuestro tiempo, esperábamos a que os acomodarais. Ya sabéis lo mucho que le gustan a mi hermanito las entradas triunfales.

Jaxon ni se molesta en levantar la vista de donde sigue intentando recuperar el aliento..., pero sí se toma un momento para sacarle el dedo a Hudson y resoplar.

—Dice el tío que piensa que el mundo es su escenario.

—Vaya tela, está dispuesto a decir lo que sea con tal de que le haga un bis —replica Hudson mientras me coloca en el suelo y me aparta los rizos rebeldes de la cara con una caricia.

—¿Por qué me preocupo siquiera? —pregunto harta.

Tiene una sonrisa de pillo, pero sus ojos están llenos de ternura cuando baja la mirada hacia mí.

—No tengo ni idea.

—Ya, yo tampoco.

Aun así, entierro la cara en su pecho y me tomo unos cuantos segundos para respirar hondo y envolverme en su olor. Para alejar el terror y permitirme hacerme a la idea de que mi compañero está bien. De que ambos lo están. Han conseguido salir contra todo pronóstico, y eso es lo que importa.

Sin embargo, al final la realidad se entromete en mi momento de paz cuando Macy pregunta:

—¿Y el Katmere?

Duele escuchar la esperanza que se aprecia en su voz, sobre todo cuando Hudson se tensa contra mi cuerpo.

—Lo siento —enuncia con la voz llena de dolor—. Hemos tenido que tirarlo abajo.

—Eran demasiados —añade Jaxon—. Estaban por todas partes. No había otra manera.

Macy asiente, pero aun así parece que alguien le ha dado un puñetazo en el estómago. Tampoco es que pueda

culparla. Han secuestrado a su padre, puede que lo hayan asesinado y ahora el único hogar que ha conocido ha desaparecido. Sé lo que se siente, no se lo desearía a nadie, y mucho menos a mi dulce, amable y maravillosa prima.

—Todo va a salir bien —le asegura Eden mientras le acaricia la espalda de arriba abajo para consolarla.

—Encontraremos la forma de arreglarlo —corroboro, y me aparto de Hudson para ir hasta Macy y abrazarla—. No sé cómo, pero lo haremos.

—Después de liberar a mi hermano —interviene Dawud, su voz como el acero.

—No eres le únique con familia allí, ¿sabes? —espeta Macy—. Cyrus tiene a mi padre. Créeme, nadie quiere llegar a la Corte Vampírica y liberarlos más que nosotros.

—Pero no podemos plantarnos allí sin más —añade Byron —. O matará a todos y cada uno de ellos, empezando por la gente que más nos importa.

Un escalofrío helado me recorre la columna al pensar en perder al tío Finn, a Gwen o a cualquiera de los demás.

—Si os soy sincera, no entiendo por qué no está poniendo patas arriba la Corte Vampírica todo aquel que tenga un hijo en el Katmere —declaro mientras niego con la cabeza—. ¿Por qué no le exigen a Cyrus que libere a sus hijos?

—Los dragones no pueden —revela de forma sombría Flint—. Hablé con mi padre después de marcharme de la enfermería y dice que las cosas están muy feas en la Corte. Hemos perdido a muchos dragones en la batalla de la isla y aquellos que quedan se están cuestionando el liderazgo de mi madre, ya que... —Se interrumpe porque se le cierra la garganta.

—Ya que renunció a su dragón para salvarme —termina Jaxon con voz monótona.

Flint no contesta. De hecho, ni siquiera se digna a mirar en dirección a Jaxon cuando la tensión, tirante, resbaladiza, peligrosa, hace hervir el aire que los separa.

—Les lobes no se van a enfrentar a él —contribuye Dawud —. Cyrus les ha engañado, les ha dado su palabra de que no les hará ningún daño a sus retoños.

—¿Y por qué demonios creen que los ha secuestrado? —pregunta Mekhi, su tono rezuma escepticismo—. En fin, hasta donde yo sé, retener a alguien en contra de su voluntad es, en resumen, lo que define a alguien con malas intenciones.

—No es que no esté de acuerdo —contesta Dawud encogiéndose de hombros—. Pero siguen tragándose sus mentiras. No pueden ver la verdad... o quizá es que no quieren verla. Sea como fuere, no hay forma de convencerles de que es distinto a lo que él dice ser.

—Y ¿se puede saber qué es? —inquiere Jaxon; su voz es muy distante, como si estuviera hablando de algún desconocido y no de su padre.

—¿Te refieres a aparte de un monstruo? —responde Hudson con burla.

—Es el rey que les salvará de la oscuridad, por supuesto. El único que les llevará hasta la luz y conseguirá que no tengan que esconder más quiénes son. —Dawud niega con la cabeza—. A ver, cualquiera con cerebro sabe que es una gilipollez. Pero se lo están tragando. No hay forma de convencerles de lo contrario.

—Y ¿qué es la muerte? ¿Un efecto secundario desafortunado? —La voz de Hudson rezuma sarcasmo, pero hay algo en sus ojos, una mezcla de arrepentimiento y resolución, que hace que busque el hilo azul que hay en mi interior.

Paso la mano por nuestro vínculo, pongo todo el amor y consuelo que puedo en mi caricia. Sé que no quiere que nadie más sepa lo atormentado que se siente por lo que ha ocurrido antes con los lobos, así que esto es lo único que se me ocurre de momento.

Si es que funciona.

Segundos después siento la satisfacción de ver a mi compañero abrir mucho los ojos. Su mirada se encuentra con la mía desde el otro lado de la sala y la repentina calidez que percibo en ella hace que esboce una sonrisa. Al igual que el alivio que lo atraviesa, que prende en llamas el dolor y el arrepentimiento. Al menos por ahora.

—Sobre todo entonces —contesta en voz baja Liam—. No hay nada como morir por algo en lo que crees.

El horror de su respuesta retumba por la estancia, junto al entendimiento de que tiene razón. Y también la tiene Dawud. ¿Cuántas veces hemos estado dispuestos a jugarnos la vida para detener a Cyrus a lo largo de los últimos meses? ¿Cuántas veces hemos estado a punto de sacrificarlo todo porque sabemos que detenerlo es lo correcto…, lo único que se debe hacer?

Pero ¿y si estuviéramos en el otro bando? ¿Y si creyéramos en él con tanta ferocidad como los odiamos a él y todo por lo que aboga? ¿Y si de verdad pensáramos que está haciendo lo correcto y que cualquiera que se opusiera

a él estaría intentando hacernos daño a nosotros, a nuestros retoños y al mundo que tanto nos hemos esforzado por construir?

Ese pensamiento hace que me estremezca: por una parte, porque es horrible pensar que tantos lobos y vampiros se están tragando los fines oscuros de Cyrus; y por otra, porque empiezo a entender de verdad a qué nos enfrentamos. Y es abrumador.

—¿Qué hacemos? —susurro; el terror de mi descubrimiento se palpa en mi voz.

—¿Primer paso? —pregunta Rafael desde donde está, apoyado contra la pared con una rodilla doblada y la cara inexpresiva—. Yo os propongo que averigüemos exactamente dónde nos encontramos y si estamos a salvo o no.

—Ah, eso es fácil —contesta Macy—. Estamos en la Corte Bruja. Y por supuesto que estamos a salvo...

Una puerta se abre de golpe interrumpiéndola y lo que, según sus uniformes, parece ser la mitad de los miembros de la Guardia Bruja aparece en la sala, con las varitas preparadas para atacar.

22

Perro ladrador,
muy mordedor

—Debéis iros —dice la bruja que encabeza la Guardia. Es alta, de aspecto amenazador, y además, a juzgar por las insignias que lleva en el uniforme morado, es uno de los miembros de mayor rango de este ejército—. Ahora.

—¿Irnos? —pregunta Macy desconcertada—. Pero si acabamos de llegar, Valentina.

—Y ahora ya podéis marcharos a otro lugar. —Valentina nos lanza una mirada glacial al tiempo que nos apunta con la varita a Hudson, Jaxon y a mí—. En la Guardia Bruja no hay lugar para la gente de vuestra calaña.

—¿La gente de nuestra calaña? —Mi prima empieza a parecerse a un loro cabreado, pues la ira que se adueña de ella le da a su voz un tono similar al graznido de un pájaro cuando repite las últimas palabras de Valentina—. Soy bruja, y vengo con mis amigos. Hemos venido en busca de asilo.

Mientras habla, se coloca entre la varita de Valentina y Jaxon, Hudson y yo. No me gusta que Macy se interponga entre nosotros como si fuese un escudo, y es evidente que a

los hermanos Vega tampoco, pero cuando intentamos movernos para no quedarnos detrás de ella, mi prima nos lanza una mirada de advertencia que hace que nos quedemos quietos donde estábamos.

¿Quién iba a imaginarse que Macy podía intimidar tanto cuando se lo propone? Una parte de mí está la mar de impresionada; o lo estará, cuando las dos brujas que tengo delante bajen las varitas, joder.

—Aquí no se os ofrecerá asilo, ni a ti ni a quienes te acompañan —espeta Valentina.

—Ya, bueno, no es que la Guardia Bruja pueda tomar esa decisión. El rey y la reina son las únicas personas que pueden negarle asilo a alguien —replica Macy.

—Eso es lo que intento que entiendas. —Valentina curva los labios en una sonrisa de suficiencia—. Ya lo han hecho.

Jaxon se tensa ante dicha revelación, pero cuando me vuelvo hacia Hudson veo que no le sorprende en absoluto la decisión de los reyes. Y, la verdad sea dicha, a mí tampoco. Si lo que Dawud nos ha contado es cierto, es casi imposible saber quién está del lado de Cyrus y quién no. Si la Corte Bruja lo apoya, entonces tenemos suerte de que solo nos estén negando asilo y nos exijan que nos marchemos.

La cosa podría haberse puesto mucho peor.

Pero, al parecer, Macy no se ha enterado de la movida, porque da un par de pasos hacia delante hasta que queda a escasos milímetros de Valentina, nariz con nariz.

—No te creo.

Valentina levanta una ceja, pero no se amedrenta ni un instante cuando responde:

—Me importa bastante poco si me crees o no, chiquilla. Lo único que me importa es que tú y tu grupete os marchéis de la Corte Bruja. Ahora.

—¿O qué? —cuestiona Macy, y me estremezco ante la pregunta de mi prima; ahora no es ni de coña el momento de lanzar ultimátums o de ir de farol.

No cuando la Guardia está tan enfadada. Y mucho menos cuando las tropas que aguardan detrás de su líder se sienten cada vez más inquietas. A ver, que nuestro bando está igual: la mezcla de ansiedad y agotamiento nos está poniendo un poquito inestables. Pero, eh, no somos quienes portamos armas letales. Bueno, claro, si no contamos los seis pares de colmillos, y los dos dragones que escupen fuego y hielo..., que seguro que para la Guardia cuentan.

—¿De verdad quieres averiguarlo? —pregunta Valentina.

—Ni por asomo —contesta Macy, y mete la mano en la riñonera para sacar la varita—. Pero por lo visto tendré que hacerlo, porque, de una forma u otra, quiero una audiencia con el rey y la reina.

Y ahí lo tenemos, el ultimátum que me temía. Hudson y Jaxon también deben de haberse dado cuenta, pues se remueven a mi lado, con los puños apretados y los ojos entrecerrados y clavados en sus objetivos. Su actitud hace que rebusque en mi interior y me aferre a mi hilo platino. No sé por qué Macy se ha puesto tan cabezota para ver a los reyes, pero voy con ella a muerte. Aunque para eso tenga que enfrentarme a toda la Corte Bruja.

Tiro de mi hilo platino y me transformo en gárgola en un abrir y cerrar de ojos. Al mismo tiempo Jaxon suelta un temblor que sacude toda la sala.

Ahora es Valentina quien entrecierra los ojos ante nuestras amenazas. Tras ella multitud de varitas se elevan en el aire, y nos preparamos para un ataque inminente. Pero en cuanto las varitas empiezan a descender, una mujer ataviada con un elaborado traje de diseño morado aparece por la puerta.

—¡Basta! —grita, y la Guardia se detiene al instante—. No voy a consentir ningún acto de violencia contra una compañera bruja. —Sus ojos, de un inusual color morado, pasan de la Guardia a Macy al añadir—: Una joven que solicita asilo, además.

—Me han dado órdenes claras de...

—Ya, bueno, pues yo cambio las órdenes. Llévatelos al vestíbulo principal. Si mi hermana decide negarle asilo a esta chica, le debe a ella, y a toda la Corte, una explicación. Así que vamos a buscarla.

La hermana de la reina da media vuelta y desaparece por la puerta con la misma rapidez con la que ha aparecido.

Por un segundo nadie se mueve. Pero las varitas descienden y Valentina se distancia de mi prima a regañadientes. Como respuesta, Macy le brinda una alegre sonrisa que nos sorprende al resto. Es evidente que el gesto de mi prima termina por sacar de quicio a la bruja, porque esta vez es ella la que se encara con Macy.

—Como alguien se atreva siquiera a mirar mal al rey o a la reina, le arrancaré los órganos y los usaré para el hechizo más cruel que pueda encontrar.

Como amenaza es bastante buena; sobre todo porque nadie quiere que le arranquen los órganos. Pero también porque lo dice con un tono de franqueza total. Y, como no

me apetece nada provocarlas, a ella y a su feliz varita de tortura, recupero mi forma humana. Visto lo nervioso que está todo el mundo en la Corte Bruja ahora mismo, lo mejor será que parezca lo menos peligrosa posible.

Me gustaría pedirle a Hudson que hiciera lo mismo, pero ¿a quién quiero engañar? Incluso de pie con un par de vaqueros desgastados y una camisa negra bien abrochada, Hudson irradia fuerza, confianza, poder. Todo lo que teme Cyrus... y todo lo que codicia.

—Seguidme —nos ordena Valentina—. Y que ni se os ocurra desviaros ni un solo paso del vestíbulo principal.

Entonces da media vuelta y sale a paso firme de la estancia a toda pastilla. Como no obedecemos al instante y vamos tras ella, toda la Guardia Bruja nos rodea y nos azuza hacia la puerta de forma inexorable.

—Lo siento —susurra Macy mientras atravesamos un pasillo largo y ancho—. No sabía adónde ir, y de verdad pensaba que aquí estaríamos a salvo.

—Que Valentina se haya levantado del caldero con el pie izquierdo esta mañana no significa que no estemos a salvo —contesto, y le rodeo los hombros con el brazo en una especie de achuchón rápido—. ¿Qué es lo peor que podrían hacernos?

—¿Te has quedado sorda o qué? —pregunta Dawud, con los ojos muy abiertos en un gesto que bien podría traducirse como «eres tonta»—. Arrancarnos el corazón y usarlo para un hechizo de amor.

—Perro ladrador... —dice Macy.

—Ya, bueno —interviene Mekhi con un bufido—. Si la expresión que conoces acaba en «muy mordedor»,

entonces sí. Esa mujer es capaz de hacernos picadillo para que nos devore su familiar favorito y, después, de quemar vivo a ese familiar solo para dejar clara su postura.

—¿Y qué postura es esa exactamente? —dice Rafael enarcando la ceja.

—Que no sois tan especiales como os pensáis que sois —espeta Valentina sin volverse—. Y mi familiar favorito es un pulpo. A ver qué tal os va.

Valentina no vuelve a abrir la boca mientras recorremos el pasillo, ni tampoco lo hacemos el resto. No es que haya mucho que decir, la verdad.

Salvo...

«¿Un pulpo?», dice Eden moviendo los labios.

—Mejor eso que un emú —contesta mi prima encogiéndose de hombros.

—¿De verdad conoces a alguien que tenga un emú como familiar? —pregunta Jaxon con una incredulidad evidente.

—Conozco a alguien que tiene un vampiro como familiar —le replica Macy.

—Y todo el mundo sabe que los emús son más listos que los vampiros —bromea Flint.

Se nota mucho que solo quiere chinchar a Jaxon. No funciona, claro está, pero el resto de la Orden empieza a protestar mientras Hudson se echa a reír.

Por primera vez desde que salimos de aquella isla y regresamos al Katmere, siento que puedo respirar. Es como si tal vez, y solo tal vez, el mundo no fuera a venirse abajo justo encima de nuestras cabezas en este instante. Ya veremos si sigue así dentro de diez minutos, claro, pero por ahora me voy a tomar esta cortísima tregua y voy a

aprovechar la oportunidad de echarme unas risas con mis amigues antes de que todo se vaya otra vez a la mierda.

Como no estoy muerta de miedo en estos momentos, por primera vez me atrevo a observar todo lo que me rodea. Y con la primera ojeada que echo me doy cuenta de que la Corte Bruja no se parece en nada a la Corte Dragontina o a la Corte Gargólica, que son las únicas que he visitado.

Mientras que la Corte Dragontina es puro refinamiento y sofisticación al estilo Manhattan, y la Corte Gargólica parece haberse quedado atrapada en la época medieval, la Corte Bruja posee una elegancia majestuosa con especial énfasis en un arte muy recargado y una arquitectura con muchísima ornamentación. Las paredes del pasillo están llenas de grabados que ponen en relieve los elementos, así como el sol, la luna y las estrellas. Entre las tallas hay gigantescos marcos de oro macizo con cuadros de brujas vestidas de azul cielo colocadas en círculos mágicos, así como varios paisajes de arboladas. Además, hay velas por todas partes. Rojas, moradas, negras, blancas, doradas... Puedo verlas en los candelabros de pared que hay cada pocos metros.

La mitad están encendidas, y la otra mitad no, y me doy cuenta de este detalle cuando veo a dos brujas (una a cada lado del pasillo) que van un poco por delante de la comitiva. Ambas llevan un mechero largo, con aspecto ceremonial, y lo usan para encender las velas.

—¿No usan sus poderes? —le susurro a Macy, quien niega con la cabeza de forma rotunda.

—Desde que nacemos nos enseñan que no debemos malgastar nuestra magia. La magia tiene un precio (para los

seres paranormales, para el mundo natural, para todo el universo en el que vivimos), así que no se usa para algo tan mundano como encender unas velas que no se emplean en una ceremonia o un ritual. Sobre todo cuando deben encenderse todos los días a esta hora. La reina insiste en que se haga así, a pesar de que tenemos luces de verdad que funcionan a la perfección.

Empieza a contarme algo más, pero se calla de repente cuando nos acercamos a dos cristaleras enormes. Como gran parte de este castillo, las cristaleras están elaboradas con oro auténtico, decoradas con grabados de guirnaldas de flores. Pero cada una de estas flores tiene incrustadas piedras preciosas y semipreciosas de colores diferentes: rubíes, esmeraldas, zafiros, lapislázulis, cuarzos, turquesas, y un montón de piedras más que reconozco, pero cuyos nombres no me sé.

No hace falta ser un genio para percatarse de que estamos a punto de entrar en la sala en la que los reyes reciben a sus invitados. Aunque esas cristaleras, que deben de haber costado una cantidad absurda de dinero, no lo gritaran a los cuatro vientos, me habría hecho una idea al ver, por primera vez en mi vida, cómo mi prima se pone firme. Cada uno de los miembros de la Guardia Bruja adopta la misma postura, y Valentina la que más.

—Tratadlos con el debido respeto que se merecen —nos advierte mientras se alisa la capa—. O haré que deseéis no haber nacido. —Entonces, antes siquiera de que podamos procesar su amenaza, da un paso adelante y las enormes puertas de oro macizo se abren—. Os doy la bienvenida —

dice con la mandíbula apretada— al Gran Salón de la Corte Bruja.

23

Muchas nueces, poco ruido

Pasan varios segundos hasta que las puertas se abren por completo y no puedo evitar echarle un buen vistazo al Gran Salón mientras esperamos. Y ¿se me permite decir que «Gran Salón» es el nombre perfecto para este sitio? También valdría «sala del trono» o «exhibición ostentosa de riqueza».

Es raro, porque según lo que sé de Macy y del tío Finn, jamás habría esperado que la Corte Bruja tuviera este aspecto. ¿La Corte Vampírica? Ya te digo. Por supuesto que sí. Pero las brujas que conozco del Katmere son más humildes. Les pierde menos la necesidad de presumir de su poder y dinero.

Pero, bueno, es la Corte. Según lo que sé de los antiguos reyes y reinas, presumir de tu poder es con diferencia la única razón para ostentarla.

Aun así, cuando entramos en el Gran Salón, me doy cuenta de que pensaba que el pasillo era elaborado. Pero la verdad es que no es nada del otro mundo al compararlo con

esta sala llena de enormes frescos en el techo, candelabros inmensos y cuadros que van del techo al suelo y cubren cada resquicio de pared que no tiene gigantescas ventanas engalanadas con seda.

El suelo en sí está hecho de mármol con vetas de oro, a juego con todo el dorado que se aprecia por la sala; incluso los muebles son extravagantes y demasiado grandes. En especial los tronos, de oro macizo con gemas del tamaño de mi puño incrustadas, y con cojines de satén morado en el asiento y el respaldo. Supongo que eso indica que sentarse en oro macizo no mola mucho.

Por otro lado, lo más probable es que a quien quiera un trono de oro macizo no le importe lo incómodo que sea mientras parezca poderoso e importante.

Me sorprende un poco que el rey y la reina no estén sentados en los tronos. No los pude conocer cuando vinieron al Katmere, pero sin duda parecen la clase de personas que se pondrían en modo monarca ante una sala llena de sus súbditos. Sin embargo, esta estancia está a rebosar de gente riéndose, hablando y comiendo del bufé de lujo que se extiende a lo largo de una pared entera, y nadie parece particularmente sumiso.

Al menos, no hasta que la puerta se cierra a nuestras espaldas y el ruido sordo y vacío de los pestillos volviendo a su sitio retumba por la sala. Parece que todo el mundo se vuelve a la vez para mirarnos, incluso antes de que los guardias nos rodeen y nos obliguen a acompañarlos a la parte delantera de la estancia mientras marchan en una formación sumamente complicada.

Un hombre vestido con chaqueta militar sobre pantalones negros da un paso adelante y anuncia a los presentes:

—El rey Linden Choi y la reina Imogen Choi.

Hasta que no estamos delante de los tronos, no aparecen el rey y la reina, que salen de entre la multitud con unas túnicas de terciopelo morado oscuro revoloteando a su alrededor. El rey lleva el pelo oscuro rapado y su jubón es un poco más estrecho que la última vez que lo vi en el Katmere. El chaleco oscuro se extiende sin arruga alguna bajo la capa violeta. La reina es más alta que su compañero; su cabello rubio cobrizo cae en ondas sobre su vestido color lavanda adornado con diamantes, que brillan con cada uno de sus movimientos.

Cada uno de ellos lleva también una corona y, cuando se colocan en sus tronos, el rey a la izquierda, la reina a la derecha, toda la Guardia hace una reverencia tan exagerada que un poco más y besan el suelo.

Aunque lo que más me sorprende es que mis amigues hagan lo mismo. Macy, Eden, Dawud, Jaxon, Hudson y los miembros de la Orden se inclinan ante los reyes brujos. Segundos después el resto de la sala hace lo propio y la única que queda erguida… soy yo.

Me dispongo a hacer una reverencia yo también, pero Jaxon y Hudson extienden la mano al mismo tiempo, cada uno me agarra de uno de los codos para instarme a permanecer recta. Entonces es cuando lo comprendo. Pues claro que están haciendo reverencias. Ambos son príncipes por derecho propio, pero siguen estando por debajo del rey o la reina. Ahora caigo en por qué parecían tan empecinados en no dejar que me inclinara. Cierro el puño y

aprieto el anillo que llevo en el dedo para recordarme que yo también soy reina.

El tatuaje de la Corona en la mano me pica un poco ante el recordatorio, y me remuevo incómoda.

Aun así, permanezco derecha. Es mejor conocer a los reyes brujos como a mis iguales que como una subordinada que viene a suplicar por... yo qué sé. ¿Ayuda? ¿Información? ¿Asilo, como ha dicho Macy antes?

Analizan mi falta de sumisión ante ellos con los ojos entrecerrados y los labios retorcidos en muecas de desagrado. No sé si les molesta que me niegue a reverenciarlos o si están irritados porque hayamos tenido la cara de presentarnos aquí. Sea como fuere, supongo que no importa. No cuando el resultado final consiste en los reyes mirándonos como si se hubieran pasado la última hora chupando un montón de limones ácidos.

—Alzaos. —La voz de la reina, dulce y melodiosa, reverbera por el Gran Salón y por fin termina la reverencia.

Espera hasta que todos los presentes hayan hecho caso a su orden antes de centrar la atención en Macy, quien se mueve incómoda bajo su escrutinio a pesar de mantenerle la mirada.

—¿Por qué has venido? —pregunta la reina, aunque parece más una acusación que una pregunta.

—No sabía adónde ir —contesta Macy, y su voz no se quiebra ni un instante. Está temblando como una hoja, y no quiero más que acercarme hasta ella y ofrecerle mi apoyo. Pero algo me dice que eso sería el movimiento equivocado en estos momentos, así que me quedo quieta e intento no asesinar a la reina con la mirada—. El Katmere está...

—Sabemos de sobra lo que le ha pasado al instituto Katmere —espeta la reina—. Como sabemos también que sois los responsables de ello.

Macy traga con dificultad.

—No tuvimos elección, hemos tenido que derribar el instituto. Los aliados de Cyrus...

—No estoy hablando de esa ridícula pataleta de la que acaban de hacer gala los príncipes vampiro —interrumpe—. Hablo del secuestro de nuestros hijos. Jamás habría ocurrido si...

—¿Si qué? —exige saber Flint con un gruñido—. ¿Si hubiéramos dejado que Cyrus nos asesinara?

—Más bien, si hubiéramos dejado que se saliera con la suya y se adueñara de nosotros —interviene Hudson—, al igual que está haciendo la Corte Bruja.

Ante su acusación, el rey entrecierra los ojos hasta que no son más que dos líneas.

—¿De veras crees que insultándonos es la forma de conseguir nuestra ayuda?

—No —contesta Hudson a la par que se encoge de hombros con negligencia—. Pero ya han decidido que no van a ayudarnos. Todo lo demás solo forma parte del espectáculo.

—No hay nada que podamos hacer aquí por vosotros. —Las palabras de la reina cortan el ambiente ya tenso de por sí—. Valentina os acompañará a la salida.

—Querrán decir que no hay nada que quieran hacer —contraataca Macy—. Es solo que no entiendo la razón, estamos pidiendo asilo.

—No estáis pidiendo nada —espeta el rey—. Lo exigís, y no estáis en posición de hacerlo.

—Lo siento. —Macy agacha la cabeza en una evidente súplica—. Esa no era para nada nuestra intención...

—Es precisamente vuestra intención —anuncia el rey—. Pero tu arrogancia, y la de tus amigos, no es la causa por la que estamos rechazando vuestra petición.

—Ya hemos hecho todo lo que podíamos hacer por vosotros —explica la reina—. Deberíamos haber avisado a Cyrus en el momento que hiciste saltar las alarmas al abrir un portal hasta aquí con tus amigos no-brujos.

—¿Cyrus? —pregunto tan asombrada por su defensa que la palabra se me escapa de la boca antes de que pueda asimilar que la he pronunciado—. ¿Ahora trabajáis con Cyrus?

—¡No trabajamos con él! —La voz del rey retumba por el Gran Salón y su mirada se encuentra con la de Hudson—. Pero sabéis mejor que nadie lo que ha hecho.

—Va a tener que especificar un poco —objeta mi compañero con voz cansada mientras se quita una imaginaria mota de polvo del hombro—. Últimamente mi padre ha sido un chico muy malo.

—Es una forma de decirlo —murmura Flint entre dientes.

—¿Creéis que sois los únicos a los que les preocupa lo que le ha ocurrido al Katmere? —El rey mastica cada palabra como si supiera mal—. ¿Creéis que sois los únicos enfurecidos por la gente a la que se ha llevado? Tiene a más de un centenar de hijos de brujos de nuestra corte y de nuestros aquelarres más poderosos. Debemos mantenerlos a salvo hasta que podamos negociar para recuperarlos.

—¿Y cree que la forma de mantenerlos a salvo es echándonos? —pregunta Macy con los ojos bien abiertos y un hilo de voz.

—No podemos daros asilo, ni tampoco concederos ayuda. Mientras no hagamos ninguna de esas cosas, el rey vampiro ha asegurado que mantendrá a nuestros niños a salvo. —La reina traga saliva—. Mi hija estará a salvo.

Y entonces me acuerdo: la hija de los reyes estaba en primer curso este año en el Katmere. Creo que se llamaba Emma. Macy la señaló en los pasillos una vez, pero nunca llegué a conocerla.

Ahora una parte de mí entiende por qué no nos prestan su ayuda. Por supuesto, la otra, una parte todavía mayor, piensa que son unos ingenuos. A estas alturas ya deberían saber que confiar en Cyrus sobre cualquier cosa es un error garrafal. Si quiere hacerle daño a Emma, se lo hará, y nada cambiará su voluntad.

Parece ser que no soy la única que lo piensa, porque Hudson les regala una risa incrédula e insultante.

—No me digan que se lo han creído —espeta cuando se vuelven para mirarlo—. Sus hijos no están a salvo. Conozco a mi padre y jamás ha cumplido un trato en toda su vida. Creo que no sabe ni cómo hacerlo.

Macy levanta la barbilla.

—Les está haciendo daño. Está hiriendo a los alumnos.

La reina se inclina hacia delante.

—¿Cómo lo sabéis?

—Marise nos contó que oyó a los lobos comentar que necesitaban a los alumnos por su magia joven, no como rehenes.

Macy no menciona que Marise terminó traicionándonos, lo cual hace que me pregunte si duda de lo que nos dijo.

Ante esto los reyes intercambian una larga mirada, y casi pienso que van a dar su brazo a torcer, que podrían ver que no se puede confiar en Cyrus y que necesitan nuestra ayuda. Pero entonces el rey nos da la espalda y niega con la cabeza.

—Aunque es cierto que la magia joven es más fácil de robar y de consumir, Cyrus nos ha asegurado que no hará daño alguno a nuestros hijos, y no vemos que haya razón para dudar de él.

—¿Que no hay razón? —Hudson pone los ojos en blanco —. ¿Es que no han estado prestando atención? Ha secuestrado a sus hijos. ¿Qué parte de esa acción implica sinceridad?

—¿Y quién es esa tal Marise? —pregunta la reina ignorando el comentario de Hudson, con una ceja altanera tan enarcada que casi le toca el nacimiento del pelo—. ¿Cómo vamos a saber que podemos confiar en ella?

Macy comienza a explicarse.

—Era nuestra...

Pero apenas consigue pronunciar las primeras palabras antes de que el rey golpee con el puño el reposabrazos de su trono.

—¡Suficiente! No vamos a escuchar más vuestras mentiras. Os marcharéis de inmediato o bien os enfrentaréis a las consecuencias. —Su mirada se centra en Hudson y Jaxon—. Y no creáis que no podemos detener una de vuestras pataletas si decidís echar abajo la Corte.

Hudson resopla.

—Ya, eso sí que me gustaría verlo.

—Al echarnos —añade Jaxon—, lo único que están consiguiendo es abandonar al grupo de gente que de verdad podría ayudarlos a salvar a su hija.

Esta vez es la reina la que suelta una risa insultante.

—¿De verdad creéis que tenéis alguna posibilidad de ganar a Cyrus y la coalición que se ha labrado? ¿Vosotros once contra su ejército compuesto por miles?

—Si el mismísimo Cyrus no nos considerase una amenaza, ¿por qué iba a llegar tan lejos para cazarnos, para impedir que alguien nos ayude?

Hudson da un buen argumento. ¿Por qué se esforzaría tanto Cyrus por nosotros once? ¿Por mí?

Bajo la mirada a la Corona que tengo en la palma de la mano y creo que sé la respuesta.

24

No es un trato si no lo deseas

—Tengo la Corona —anuncio, y el silencio se hace en toda la sala cuando levanto la mano derecha y les enseño al rey y a la reina el tatuaje de mi palma. Ambos se echan hacia atrás, y me lanzan una mirada llena de miedo y terror; después, se alejan tanto de mi mano como pueden, sin levantarse de los tronos. En serio, su reacción sería desternillante si pudiese verle la gracia a la situación.

Sin embargo, parece que el rey se recompone, se endereza en su trono, coge a su esposa de la mano y le da un par de palmaditas para tranquilizarla.

—No te preocupes, querida. La Corona no sirve de nada sin el Ejército Gargólico.

Ahora me toca a mí echarme hacia atrás como si me hubieran dado una bofetada. Aquel día en la Corte Gargólica, mi abuelo no encontró el momento de contarme qué era la Corona exactamente o cómo usarla, pero lo que tampoco me mencionó es que la Corona es inútil sin el Ejército.

«Gracias, abu.»

Aun así, no puedo evitar preguntarme qué puede hacer la Corona para que los reyes brujos se hayan asustado tantísimo. A ver, todos nos hemos imaginado que posee muchísimo poder, dado que el rey vampiro se presentó en persona en la lucha de la isla para evitar que la consiguiéramos. Empezaba a pensar que era culpa mía, que no era lo bastante fuerte para manejarla o que no era digna de portarla, y que por eso no había notado ningún cambio desde que el rey gárgola me había hecho el tatuaje.

Suspiro. Tengo que dejar de subestimarme tanto. Y voy a empezar ahora.

Con un rápido movimiento giro la mano. Ahora el recargado anillo que me dio mi abuelo queda a la vista del rey y de la reina, y cualquiera que esté en la sala puede ver la esmeralda gigante que posee.

—Entonces, supongo que es bueno que tenga el Ejército, ¿no?

Contengo el aire esperando su reacción. Y la obtengo enseguida, pues toda persona presente en el Gran Salón suelta un grito ahogado, incluida Macy.

Todavía no he tenido tiempo de contarle a Hudson, a nadie en realidad, lo de mi viajecito a la Corte Gargólica, y menos lo del anillo, el Ejército Gargólico o que en realidad estoy emparentada con la Bestia Imbatible. Pero ya se lo comentaré después. Tengo la sensación de que esta es nuestra única oportunidad para convencer a los reyes brujos de que nos ayuden. Es evidente que temen lo que puede llegar a hacer la Corona (con el Ejército, claro), y esa es

toda la prueba que necesito para confirmar que esto es lo que debo hacer.

Hudson se remueve a mi lado, así que lo miro y articulo con los labios: «Luego te cuento»; después me vuelvo hacia los reyes. Vamos a necesitar la ayuda de la Corte Bruja, quieran prestárnosla o no, y para eso tengo que convencerlos de que poseo el poder para utilizar la Corona, haga esta lo que haga.

—Es imposible —susurra la reina—. El Ejército Gargólico desapareció hace más de mil años.

—¿Quién te ha dado ese anillo, jovencita? —pregunta el rey, y sus súbditos nos rodean para echar un vistazo a qué es lo que tiene a todo el mundo de los nervios—. Lo has robado —afirma.

Siento la furia en mi interior.

—Claro que no he robado este anillo. Mi abuelo me lo ha dado. —Hago una pausa y, por primera vez, me percato del inquietante silencio que reina en la sala mientras los presentes aguardan mis próximas palabras. Y decido que los dos podemos darles un espectáculo a nuestro público, así que entrecierro los ojos y añado—: Ya sabes, el rey gárgola.

El caos se desata en la sala al tiempo que todo el mundo empieza a hablar entre susurros y gritos. «¿El rey gárgola está vivo?», «¿El Ejército no ha desaparecido?», «¿Ella está a cargo de todo?». Y mi pregunta favorita: «¿Se supone que esta chica debe liderar un ejército contra Cyrus?».

El rey brujo observa la multitud, y escucha cómo se cuestionan su futuro, mi futuro. Entonces empieza a juzgarme.

—¿Crees que puedes liderar el Ejército en una lucha contra Cyrus? ¿Que puedes salvar a nuestros hijos?

No. Ni de coña. Pero si eso es lo que hay que hacer, entonces claro que voy a intentarlo.

Inspiro hondo y contesto:

—Por supuesto. —Echo un vistazo a Hudson, quien asiente y me anima a continuar—. Pero necesitaré vuestra ayuda.

La reina niega con la cabeza.

—Las reglas no han cambiado. Da igual quién te haya dado ese anillo. No podemos ayudarte mientras el rey vampiro tenga a nuestros hijos secuestrados.

Y, ante su comentario, hundo los hombros, y dejo caer la mano en la que llevo la esmeralda.

Pero Hudson no se rinde tan fácilmente.

—Entonces ¿nos está diciendo que, si rescatamos a sus hijos de las garras de Cyrus, la Corte Bruja aceptará ayudarnos a derrotarlo?

—No, no he... —empieza el rey, pero su esposa lo interrumpe.

—Sí —declara con un tono inapelable—. Si nuestros hijos están a salvo, la Corte Bruja se compromete a luchar por vuestra causa.

—Trato hecho —contesto al instante, antes de que la reina cambie de idea.

Los cientos de velas que cubren las paredes del Gran Salón se iluminan con un fuego azul brillante que dura un par de segundos, y toda la sala adquiere una tonalidad añil, hasta que el color vacila y las llamas de las velas recuperan su resplandor habitual, entre naranja y amarillo.

—Hemos llegado a un acuerdo —afirma la reina—. Ahora, marchaos.

De pronto los guardias se arremolinan a nuestro alrededor y nos hacen salir por la entrada del Gran Salón; nos empujan a una enorme antesala que hay a la izquierda de las puertas principales. De todas las formas que tenían de echarnos, supongo que no es la peor. A ver, al menos seguimos de una pieza y albergamos una pequeña esperanza de que la Corte Bruja nos ayude y apoye en nuestra guerra contra Cyrus.

O eso pienso yo hasta que Valentina mueve la mano y Dawud, Macy y mis amigos desaparecen de golpe.

25

No hay GPS para los no-tan-malvados

—¿Qué has hecho? —exijo saber a medida que varias ideas terribles se me agolpan en el cerebro—. ¿Dónde están? ¿Qué les has hecho?

—Se me olvidaba que las gárgolas son inmunes a la magia. —Suspira con gravedad y entonces hace un gesto con la mano a uno de los guardias—. Ocúpate de ella, ¿me haces el favor?

—Será un placer.

Los ojos del guardia relucen con desdén cuando se dispone a agarrarme.

Me planteo esquivarlo, pienso en coger el hilo platino de mi interior para enfrentarme a él, pero al final no hago nada. No quiero estar aquí sin mis amigos y sin Dawud, y las brujas tampoco me quieren aquí. Además, si tengo suerte, me llevarán adonde estén y podremos decidir cuál será nuestro siguiente paso. Y adónde nos vamos.

Tenemos que encontrar la forma de rescatar a los alumnos, pero necesitamos un plan antes de intentar atacar

a Cyrus en su propia Corte. Si no, acabaremos como el resto... o peor.

Esta es la razón por la que no ofrezco resistencia al guardia cuando me agarra del brazo o cuando comienza a guiarme hacia la puerta que hay frente a él. Valentina se burla un poco de mi docilidad, pero la ignoro. Lo último que quiero es que decida encerrarme en una mazmorra por ahí solo por diversión.

Al final le da permiso al guardia para que me lleve de vuelta por el pasillo de las paredes con relieve y los cuadros, y después bajamos un piso por las escaleras. No dejamos de caminar hasta que llegamos a una puerta lateral de la Corte Bruja, que se abre de golpe con un movimiento de la varita de Valentina.

—Buena suerte ahí fuera —me desea, y por primera vez no suena borde ni sarcástica.

De hecho, no puedo evitar pensar que suena sincera; incluso aunque me inste a atravesar la puerta de oro macizo hacia el patio bordeado de velas negras y me obligue a salir por la puerta de hierro forjado hasta una calle de adoquines irregulares que hay al otro lado.

Solo que, cuando miro a mi alrededor, me percato de que no estoy en una calle como tal. Está cayendo la noche, por lo que es más complicado ver que por el día, pero aun así está lo bastante iluminado para que me haga una idea aproximada de dónde me encuentro.

Está claro que es una zona urbana, porque mire donde mire me encuentro en una especie de plaza y las señales de tráfico no están en mi idioma. Además, era por la mañana cuando me he marchado del Katmere, así que es evidente

que estoy en un país extranjero, como poco al otro lado del mundo.

Saco el móvil de la mochila y grabo un vídeo cortito de la zona dando una vuelta de trescientos sesenta grados. Después se lo envío a mis amigues por el chat de grupo con un mensaje que dice:

¿Dónde estoy?

Y otro que dice:

¿Dónde estáis?

Me quedo quieta, quiero estar en el mismo sitio que he grabado por si vienen a buscarme. Mientras espero, ojeo la zona para intentar hacerme una idea de en qué ciudad, o por lo menos en qué país me encuentro. Comienzo por tomar una foto del cartel más cercano y después lo amplío a tope hasta que puedo leer lo que pone.

PIAZZA CASTELLO

Ah. Conque la Corte Bruja está en Italia. No es lo que me esperaba y, la verdad, me hace sentir un poco tonta. En fin, ¿cómo es posible que compartiera habitación con Macy todos estos meses sin haberle preguntado dónde está la Corte Bruja? ¿Y cómo es posible que ella no lo mencionara nunca?

Les envío otro mensaje rápido a mis amigos para informarles de dónde estoy, después evalúo la zona. *Piazza* significa «plaza» en italiano, si no me equivoco, y al echar un vistazo por este lugar entiendo por qué en inglés se llaman *«square»*. Tiene forma de rectángulo con callejones

de piedra sin salida que forman una especie de barrera alrededor de un trocito de césped rectangular.

Las calles están flanqueadas por bonitos edificios blancos al inconfundible estilo italiano, y la gran cantidad de carteles que hay indica que es una zona muy ajetreada. Aunque a estas horas de la noche está completamente vacía. Pero tan vacía que hasta donde yo sé soy la única persona en toda la *piazza*; lo que, si soy sincera, da un cague de la hostia.

Es pensar en que no quiero estar sola en esta calle y Hudson se desvanece hasta aparecer justo delante de mí para abrazarme.

—Hola —dice mientras me acaricia los brazos con las manos—. ¿Estás bien?

Le obsequio con una media sonrisa.

—Lo siento. Valentina se ha olvidado de que la magia no funciona con las gárgolas. —Miro por encima de su hombro a la *piazza*, todavía vacía—. ¿Dónde está el resto?

—Nos hemos separado. Soy el primero en llegar. —Se encoge de hombros como si fuera evidente. Y supongo que lo es, porque él siempre me encuentra—. Menuda bomba has soltado ahí dentro. —Cuando me lo dice está sonriendo —. He disfrutado de cada segundo. Sobre todo cuando la reina bruja casi se ha caído del trono al intentar alejarse de la Corona.

Niego con la cabeza con una risilla.

—Sí, eso ha sido raro. Y claro, tampoco es que me ayude a descubrir qué es lo que hace la Corona en realidad.

—Cierto. Pero sabemos que aterroriza a las criaturas poderosas. Cosa por la que es probable que Cyrus te esté

dando caza. Quiere la Corona.

Me estremezco y vuelve a estrecharme entre los brazos. Deslizar los míos alrededor de su cintura me resulta tan natural como respirar; lo mismo pasa con apoyar mi cabeza en su pecho, dejar que los latidos de su corazón se sincronicen con los míos. No sé cuánto tiempo pasamos así, pero agradezco que Hudson no haga ninguna pregunta, aunque sé que debe de tener docenas de ellas. O millones. Sin duda, por lo que sentirá más curiosidad será por saber cómo es posible que, a pesar de haber pasado juntos casi todo el tiempo en el que hemos estado despiertos (y dormidos), yo haya conseguido enterarme de que el rey gárgola es mi abuelo, con algunas generaciones de por medio, y de que el Ejército Gargólico sigue en activo; además de cómo he conseguido hacerme con un anillo que significa que ahora yo soy su soberana.

Pero no me pregunta nada, se limita a abrazarme, a escuchar mi respiración y a asegurarme con su calidez que, sin importar lo que pase, no estoy sola.

Pasado un tiempo, me echo hacia atrás para mirarlo y él no hace más que arquear una ceja y decir:

—Conque la Bestia Imbatible es el rey gárgola, ¿eh?

Estaba claro que Hudson iba a averiguarlo. Asiento.

—Y tú eres su descendiente directa, en algún punto del árbol genealógico.

Esto último es una afirmación, no una pregunta.

Vuelvo a asentir.

—Y te ha dado el anillo para que lideres a tu pueblo.

Esta vez, cuando asiento, aguanto la respiración esperando su reacción.

Él me dirige una sonrisa y me coloca unos cuantos mechones detrás de la oreja.

—Pues ha hecho bien. No está en condición ni de conducir a nadie al baño, imagínate a una guerra.

Y no puedo evitarlo. Me parto de la risa.

—¿Qué te hace tanta gracia? —pregunta Jaxon cuando la Orden y el resto de mis amigues se detienen de sopetón a nuestro alrededor.

Deben de habernos alcanzado cuando estaba nerviosa y con toda la atención centrada en la reacción de mi compañero al enterarse de que ahora lideraba un ejército mitológico. Pero que se lo haya contado a Hudson no significa que quiera revelárselo al resto del grupo todavía.

En vez de eso, intento evitar la pregunta tomándole el pelo a Hudson.

—Ah, es que he descubierto que la promesa que me hizo Hudson con el anillo de compromiso es que me pintará las uñas de los pies todas las noches del resto de nuestra vida.

Se echan a reír y Hudson me sigue el juego mientras sonríe y pone los ojos en blanco.

—Ya te gustaría.

—A todes, colega. —Mekhi le da una palmada en el hombro—. Pagaría una fortuna para verlo. Y subirlo. A todas las redes.

—Oye, que yo no soy de masculinidad frágil. Pintaría los dedos de los pies de cualquiera con mucho gusto, incluidos los míos. —Se vuelve para mirar a Flint—. Bueno, excepto tus garras. —Se vuelve hacia Jaxon—. Y tus dedos de los pies. —Se dirige a toda la Orden—. Bueno, vale, ninguno de

los vuestros, excepto puede que los de Byron. Tiene pinta de que le dedica su tiempo a mimar las cutículas.

Y entonces todo el mundo se parte de risa, y yo quiero tanto a este chico que el corazón casi se me sale del pecho. Sé lo que está haciendo, y lo significa todo para mí. Sabe que todes tienen preguntas, pero me está concediendo la oportunidad de contarles lo que pasa, lo que ocurrió con el rey gárgola, cuando a mí me apetezca. Que no es ahora.

Porque, ahora mismo, una bruja a la que conocemos muy bien viene directa hacia aquí.

26

Una larga partida de llora-llora

—¡Viola! —Todes nos giramos a la vez y a Macy le tiembla la voz al ver a la bruja vestida de morado que nos ha conseguido la audiencia, por llamarlo así, con la reina—. ¿Qué haces aquí?

—He oído todo este alboroto y he salido a investigar. Imagínate lo sorprendida y consternada que me he quedado cuando he visto que mi querida hermana ha dejado a una niña sola en mitad de la *piazza* Castello sin un rayo de luz o una sola indicación. —Hace un gesto con la mano, y toda la plaza se ilumina con una luz brillante y propia de otro mundo.

—A algunos nos gustaba estar en la oscuridad —dice Liam con voz mecánica, y se nota que está hasta las narices de tanta bruja.

Antes de intervenir, Macy lo mira nerviosa.

—Bueno, a mí no me va mucho la oscuridad, así que gracias, Viola.

—No hay de qué —contesta Viola—. Pero, querida, hay brujas a las que se les da muy bien disipar las sombras, y resulta que tú eres una de ellas.

—Y eso ¿qué quiere decir? —pregunto al tiempo que mi prima exclama: «¿De verdad?».

Viola inclina la cabeza hacia un lado y analiza a Macy. La contempla como si quisiera determinar qué información darnos, o hasta dónde puede hablar. Pero eso no tiene sentido, puesto que ha sido ella quien se ha acercado a nuestro grupo. ¿No debería tener claro ya lo que nos quiere decir?

Seguro que el resto está deseando que hable tanto como yo, porque nadie dice una sola palabra hasta que por fin Viola decide continuar:

—Solo conozco a una bruja capaz de aterrorizar a un morador de las sombras y hacer que salga huyendo por patas, y creo que quizá la necesitéis antes de llegar al final de vuestro viaje.

—Y eso ¿por qué? —pregunta Byron—.Y ¿cómo la encontramos?

—No se ha perdido, así que no tenéis que encontrarla. Está en la Corte Vampírica. Y en cuanto a su identidad... —Se vuelve hacia mi prima y continúa—: Pensaba que a estas alturas de la película ya lo habrías descifrado.

—¿A qué te refieres? —pregunta Macy confusa—. No conozco a nadie que practique la magia de las sombras.

—Claro que sí, querida. Tu madre es una bruja de las sombras.

Sus palabras se quedan flotando en el aire como si fuese una bengala a punto de estallar: con potencia, incendiaria e

irrevocable.

—¿Mi madre? —susurra Macy, y pierde todo el color de las mejillas—. Mi madre se fue. Llevo años sin verla. Nadie sabe dónde está.

—Eso no es exactamente así. —Viola suspira—. No quería ser yo quien te lo contara, pero... lleva ocho años en el mismo lugar. En la Corte Vampírica, sirviendo a Cyrus.

Macy palidece todavía más, si cabe.

—Mentira. —Habla con voz apagada, y la desesperación se le refleja en los ojos—. Mi madre jamás haría eso. No podría, de verdad. No serviría a Cyrus. Puede que nos abandonara, que desapareciera de la faz de la tierra, pero tanto mi padre como ella detestan a Cyrus de toda la vida. Nunca trabajaría para él.

Viola se encoge de hombros en un gesto que parece decir: «Ya veremos quién tiene razón de las dos».

—Recuerda, querida, en el mundo de Cyrus, pocas veces las cosas son como él dice que son. Y nunca son lo que parecen ser.

—¿Lo estás defendiendo? —dice Macy, y se le quiebra la voz por la indignación.

—Jamás defendería a una bestia como él —espeta Viola, y su rostro refleja una ira real—. Y no te equivoques: si llega a ponerles un solo dedo encima a nuestros hijos, sufrirá tanto que las puertas del infierno parecerán un juego de niños en comparación.

—Entonces ¿por qué...?

—Estoy defendiendo a tu madre. Vivimos en un mundo peligroso y, si queremos sobrevivir, a veces tenemos que

aceptar la más desagradable de las alianzas. Y, a veces, no queda más remedio que tomar ciertas decisiones.

—Siempre se tiene otra opción —afirma Dawud, y se mete las manos, los puños apretados, en los bolsillos del vaquero.

—Quizá. —Viola baja la cabeza y mira a le lobe con indiferencia—. Pero a veces no hay opciones buenas; solo te queda la opción que evitará la muerte de aquellas personas a las que más quieres. Cualquiera que discrepe ante esta afirmación, debe madurar.

Tras las palabras de Viola, Macy se calla; no como cuando no tiene nada que decir, sino como cuando no sabe qué decir. O qué sentir. Va a necesitar más de cinco minutos para asimilar la noticia de que su madre está viva y que reside en la Corte Vampírica, por no hablar de toda la información que Viola nos ha dado.

Entonces un pensamiento se me viene a la mente. En la Corte Bruja me ha quedado más que claro que los reyes sabían qué puede llegar a hacer la Corona.

—Viola, ¿puedo hacerte una pregunta?

La mujer me atraviesa con sus ojos morados, y enarca una ceja.

—Claro, puedes hacérmela, aunque no te aseguro que vaya a contestar.

—Está bien. —Asiento, respiro muy hondo y apoyo las manos, que no dejan de temblarme, en la cintura. No sé por qué me da tanto miedo preguntar, pero al final levanto la barbilla—. ¿Sabes qué puede hacer la Corona? ¿Por qué el rey y la reina, y Cyrus, la temen tanto?

Viola abre los ojos como platos, como si se hubiese imaginado cualquier pregunta menos la que le he planteado.

—¿No te lo han contado cuando te la han dado? —Niego con la cabeza y, ante mi respuesta negativa, continúa—: Vaya, eso es... raro. —Hace una pausa, como si estuviese sopesando si resolver mi duda o no. Al final parece decidir que debo saberlo, porque se inclina hacia mí como si me estuviese revelando un secreto—. Las gárgolas mantuvieron el orden público del mundo paranormal durante mil años. El Ejército Gargólico rodeaba a quien hubiese cometido un crimen atroz contra otro paranormal, y el rey gárgola posaba la Corona sobre el pecho del acusado y decidía su castigo.

Ahora me toca a mí sorprenderme cuando una persona dice justo lo contrario de lo que esperaba oír.

—Vaya, pues no me parece un poder muy útil durante una guerra. —No puedo ocultar la amargura y la decepción que destilan mis palabras—. Creía que la Corona le daba un poder infinito a quien la llevara. ¿No es por eso por lo que Cyrus la ansía tanto?

Viola suelta un sonido de desaprobación.

—No has entendido nada, chiquilla. La persona que lleve la Corona puede quitarle los poderes a un ser paranormal; algunos, o todos, según desee. Durante un día. Una semana. Para siempre. El tiempo que sea acorde con el crimen por el que el Ejército Gargólico haya declarado culpable a esa persona. Con solo un roce de la mano. ¿De verdad no crees que la capacidad de dejar a tu enemigo sin poderes no es «un poder infinito»?

—¡La hostia puta! —exclama Flint, y luego suelta un silbido larguísimo. Y se aleja dos pasos de mí. Bueno, él y todes. Salvo Hudson.

Se me revuelve el estómago ante la idea de quitarle sus poderes a una persona. Entonces, con la respiración entrecortada, susurro:

—Cuando estuve en prisión me quitaron mi gárgola y sé lo que se siente, y no le deseo esa experiencia a nadie. Yo no... —Se me quiebra la voz, y tengo que repetir la frase—. Yo no quiero esta Corona. ¿Cómo me deshago de ella?

Pero Viola se me queda mirando y, entonces, le brillan los ojos con lo que parece un gesto de admiración. Baja la vista hasta posarla en mis pies, y después la levanta de nuevo antes de decirme:

—Me imagino que muchísima gente te subestima, ¿verdad, Grace? Eso es bueno. Jamás verán de lo que eres capaz.

Vale, bueno, ¿se supone que eso es un cumplido?

—Para eso no necesito la Corona. ¿Sabes cómo puedo deshacerme de ella?

—La única forma de pasar la Corona de manos es abdicar como soberana de las gárgolas a favor de otra gárgola del linaje real —explica, y siento cada palabra como si me golpeasen el alma destrozada con un martillo. Me gusta creer que comprendo por lo que pasa Hudson, las decisiones que debe tomar en cuanto al destino de los demás y cómo le atormenta la posibilidad de tomar la decisión incorrecta; pero parece que hasta este instante no lo había entendido de verdad. Hasta que tengo en la palma de la mano el poder de, literalmente, quitarle a alguien el

derecho básico de ser quien debe ser. De seguir viviendo como quiera. ¿Podría pasarle esa carga a alguien sin pensármelo dos veces?

Pero es que todavía no he usado este poder y ya no lo quiero, deseo arrancarme el tatuaje de la mano ahora mismo. Estoy reprimiendo las ganas de clavarme las uñas en la palma cuando, de pronto, Hudson estira la mano, me coge la mía y tira de mí hacia él.

—Todo saldrá bien —me susurra contra el pelo, e intento creerle.

Viola sigue hablando:

—¿Me estás diciendo que si tuvieses la oportunidad de quitarle todos sus poderes a Cyrus por los crímenes que ha cometido, no lo harías?

Niego con la cabeza. Porque no, no lo haría. O, al menos, no creo que lo hiciese.

—Tendría que saber, sin un ápice de duda, que nunca dejaría de hacer daño al resto del mundo, que no dejaría de matar. Y, aun así, creo que me resultaría muy duro hacerlo.

—Y por eso mismo eres tú quien lleva la Corona, Grace. Nunca debería ser fácil tomar una decisión como esa. Pero a veces no queda más remedio que hacerlo.

Al pensar en todo de lo que es capaz el rey vampiro, es difícil no creer las palabras de Viola; es difícil no comprender que no tengo otra opción que aguantarme por ahora, en vez de renunciar a la que podría ser nuestra única baza para detenerlo antes de que haga daño a más gente. Estoy a punto de darle la razón cuando, con un gesto de tristeza, la hermana de la reina bruja admite:

—Aunque, claro, mi pregunta resulta irrelevante dado que, como ha dicho el rey, la Corona no funciona sin el Ejército Gargólico. Un problema que parece que Cyrus ya ha logrado solucionar, si es verdad lo que has dicho de que ansía la Corona.

—Entonces ¿qué hacemos ahora? —pregunta Byron.

Nos lo está preguntando al resto (a Jaxon en especial), pero es Viola quien contesta.

—¿Ahora? —Levanta una ceja, y continúa—: Ahora debéis marcharos lo más lejos que podáis de la Corte Bruja.

—Sí, estoy segurísima de que ese es nuestro plan —coincide Macy—, pero no sabemos adónde ir si no podemos...

—¿Por qué? —pregunta Hudson, con la voz cargada de urgencia—. ¿Hay algo de lo que no nos hemos dado cuenta?

Viola lo analiza, y lo observa como si estuviese buscando algo, pero no se me ocurre qué puede llegar a ser. Aunque parece que encuentra lo que buscaba, porque responde:

—Si conozco bien a mi hermana, tenéis unos diez minutos antes de que se desate el infierno.

—¿Crees que nos va a entregar? —Ahora es Jaxon quien habla con urgencia en la voz, y recorre la *piazza* con la mirada mientras espera la respuesta de la bruja.

—Creo que Imogen piensa que no le queda más remedio que hacerlo —afirma Viola de forma anodina, mientras repite las palabras (o, al menos, el sentimiento) por las que Dawud y ella han diferido hace nada—. De hecho, creo que somos muchos quienes pensamos igual que ella ahora mismo. Y os incluyo.

—Pero eso no significa que no debamos buscar una opción mejor —replica Flint—. Aceptar las cosas solo por miedo a lo que puede llegar a pasar no es la respuesta. O, al menos, no la correcta.

Esta vez, cuando Viola enarca una ceja, veo respeto en sus ojos. Y algo más. Mi instinto me dice que es ese algo lo que hace que se incline de pronto y pose la mano sobre la pierna herida de Flint.

—Pero ¿qué narices...? —Un grito de sorpresa interrumpe la frase cuando otro rayo de luz emerge de la palma de la mano de la bruja.

—Silencio —sisea Viola, pero es una exigencia imposible de cumplir cuando, apenas un par de segundos después, una prótesis elegante y perfecta aparece justo donde estaba la mitad inferior de la pierna de Flint.

—Madre mía —dice Eden con un suspiro—. ¿Cómo lo has hecho?

Viola levanta las dos cejas, y mira a la dragona (y al resto) con cierto aire de superioridad.

—Magia, cómo si no.

La bruja se vuelve hacia Flint, quien mira asombrado a la par que abrumado la prótesis nueva.

—Pero yo... No puedo... Graci...

—Tendría que moverse hacia delante y atrás cuando tú te muevas —lo interrumpe a propósito antes de que pueda darle las gracias—. Claro está, no será tan eficaz como tu pierna de verdad, pero debería bastarte para deshacerte de esas cosas —dice, y mira las muletas con desdén.

—¿Por qué nos has seguido? —pregunto, porque ni de coña esta mujer ha venido hasta aquí solo para ver a qué

venía tanto «alboroto».

Antes de contestar, me observa como si estuviese sopesando su respuesta.

—Pase lo que pase, Grace, no dejes que Cyrus te capture. La muerte será un destino mejor que lo que ha planeado para ti.

Ante sus palabras, lanzo un jadeo.

—Y ¿qué tiene planeado exactamente? —pregunta Hudson en tono cortante.

—Va a... —empieza a hablar, pero de pronto se sobresalta ante un ruido que suena a lo lejos. Abre los ojos como platos y, entonces, grita—: ¡Corred, vamos!

La luz que emitía se apaga y la *piazza* se sume en la más profunda oscuridad.

27

¿Que los caminos me llevan adónde?

Durante un instante estoy desorientada. Pero entonces Hudson tira de mí y nos desvanecemos de la plaza. No sé por qué nos ha advertido Viola que corramos, si es porque nos persigue la Corte Bruja o porque las tropas de Cyrus han aparecido para capturarnos. Puede que ambas.

Supongo que ambas.

Sea como fuere, estoy totalmente a favor de largarme de esta *piazza* oscura y retorcida y llevarme conmigo a todo el grupo. Echo la mirada atrás para ver si nos siguen, y ahí están. La Orden va en grupo; Byron lleva a Macy agarrada como una lapa mientras se desvanecen por las calles. Dawud va detrás de ellos y, un poco más rezagados, Eden y Flint, cuya nueva prótesis funciona casi tan bien como su antigua pierna. Vacila un poco cada ciertos pasos, pero eso no lo ralentiza.

Es bastante evidente que tanto él como Eden quieren cambiar a su forma de dragón, pero es más evidente todavía que están esperando a que lleguemos a un lugar en

el que dos dragones que sobrevuelen la zona no se granjeen millones de visitas en YouTube. Una pena que no tengamos ni idea de dónde se encuentra ese lugar menos transitado.

Por tanto, seguimos corriendo; ponemos tanta distancia de por medio entre la Corte Bruja y nosotres como nos es posible. Al final, las calles superpobladas de la ciudad, abarrotadas con edificios, fuentes y coches aparcados, dan paso a un paisaje más verde, menos urbanizado. Sin embargo, hasta que no parece que al fin hemos dejado atrás la ciudad y nos metemos de lleno en los Alpes, que se ciernen sobre el pueblo como centinelas cubiertos de nieve, no nos detenemos para recuperar por fin el aliento.

—¡Menos mal! —exclama Eden, quien se tira de cara en plancha a la hierba en cuanto paramos. Está empapada por el sudor, la ropa se le pega al cuerpo e inhala larga y trabajosamente.

Flint, cuya prótesis ha aguantado como una campeona, la imita; al igual que Dawud, aunque elle cae de espaldas en vez de pegarse un planchazo. Parece que les tres hayan llegado a su límite y estén heches polvo.

Al contrario que los vampiros, a quienes no se los ve desmejorados. Vale, sí, parece que a la Orden le cuesta un poco coger aire, pero eso es todo. Por otro lado, Jaxon y Hudson tienen pinta de haber salido a dar un paseíllo nocturno. Que sorpresón. Yo estoy bien, al igual que Macy, pero solo porque Hudson y Byron nos han llevado a cuestas todo el camino. Si no llega a ser así, estoy segura de que aún iríamos varios kilómetros por detrás.

—Bueno —dice Flint cuando por fin recupera el aliento—. Y ¿ahora qué hacemos?

—Nos tumbamos y esperamos a la muerte —contesta Eden con un gruñido. Las palabras suenan amortiguadas, ya que todavía tiene la cara enterrada con todas sus ganas en el suelo que hay debajo de ella.

Dawud se incorpora y pone los ojos en blanco.

—Por muy apetecible que suene, yo voto por atacar la Corte Vampírica.

—No es seguro —responde Rafael.

—Nunca va a ser seguro —espeta—. Y cuanto más esperemos, más tiempo le concedemos para atrincherarse dentro de esa puta fortaleza.

—Ya se ha atrincherado —explica Hudson—. Siempre ha estado en alerta máxima en lo que a seguridad se refiere, y no es que esta situación vaya a cambiarlo. Correr hasta allí como corderos al matadero no va a salvar a tu hermano. Ni a nadie.

—Ni tampoco recorrernos el mundo suplicando ayuda a gente que no nos la va a prestar —contraataca Eden.

—En eso tienes razón —corrobora Jaxon—. Pero no significa que vayamos a por Cyrus a lo loco, sin importar las consecuencias.

—Nos jugamos mucho al entrar en la Corte Vampírica, no podemos apresurarnos y presentarnos allí sin un plan —le explico a Dawud—. Necesitamos unos cuantos días para decidir cuál será la mejor forma de infiltrarnos sin que nos pillen y, cuando tengamos eso solucionado, yo seré la primera en ayudarte a tirar abajo ese sitio de mierda ladrillo a ladrillo.

—Puede que a mi hermano no le queden días —objeta.

—Estoy de acuerdo. Nuestra familia y amigos están ahí dentro, y a saber cuánto tiempo les queda. —La voz de Macy suena ronca, crispada.

Mekhi niega con la cabeza.

—Yo estoy con Grace. Necesitamos un plan infalible o acabaremos entre rejas, igual que los otros, y ya no quedará nadie que pueda rescatarnos.

—Vale. ¿Y qué hacemos? —pregunta Byron mientras se deja caer en el suelo, al lado de Flint—. En fin, ¿adónde narices vamos para urdir ese plan? El Katmere ya no existe. La Corte Bruja no nos da asilo...

Flint rueda hasta ponerse de lado y apoya la cabeza sobre la mano.

—Los dragones están sumidos en el caos.

—Seguramente estén vigilando a nuestras familias. —Liam se coloca en el suelo, entre Byron y Dawud.

—Por supuesto que las están vigilando —asegura Hudson —. E incluso si no lo estuvieran...

—Lo están —interrumpe Macy.

—Lo están —corrobora Jaxon—. Pero, si no fuera así, ¿de verdad queremos arriesgarnos a involucrarlos? A Cyrus no se lo conoce precisamente por su templanza con las personas que se meten entre él y lo que ansía.

—¿Así es como llaman a ser un psicópata hoy en día? —La voz de Hudson suena jocosa, aunque sus ojos distan de mostrar diversión alguna—. ¿A una falta de templanza?

—Le dijo la sartén al cazo —acusa Flint. Hudson se tensa y mira a la distancia mientras aprieta la mandíbula.

—¿Estás de coña? —le escupo a Flint aguantándome las ganas de pegarle un puñetazo en toda la bocaza. Entiendo

que esté cabreado con Hudson (que quizá vaya a estarlo para siempre) y le fastidie que estuviera dispuesto a usar sus poderes para salvarme pero, según él, no para salvar a Luca. Aun así, ahora no es el momento para lanzarnos acusaciones les unes a les otres. Y sobre todo no a mi compañero, que, para empezar, es quien nos ha brindado la oportunidad de escapar del Katmere... y quien lleva atormentándose desde entonces.

—No pasa nada... —comienza Hudson.

—No, ¡sí que pasa! —le corto—. No nos queda nadie más. Este grupo está conformado por las únicas personas del mundo en las que de verdad podemos confiar, y lo último que necesitamos es pelearnos.

—Tiene razón. Tú no eres así —afirma Jaxon y le sostiene la mirada a Flint durante tanto tiempo que hace que me sienta incómoda.

Flint suelta un suspiro lleno de sufrimiento y dice:

—Intentaré no ser un capullo. Aunque no prometo nada.

—Lo que significa que va a seguir siendo un capullo sí o sí —comenta Liam con una sonrisa.

—Pues mira quién fue a hablar —contraataca Rafael con un toquecito de hombros amistoso, ante lo cual Liam inclina un poco la cabeza como para decir *touché* y nos echamos a reír.

Esto hace que se disipe la tensión, lo justo para que esté a punto de hacer a un lado mi furia. Pero saber que Flint todavía no ha perdonado a Hudson impide que me relaje del todo.

—¿Qué hay de la Sangradora? —sugiere Eden en cuanto los chicos vuelven a bajar decibelios—. Tiene una cueva de

hielo para ella solita. Estoy segura de que allí podríamos tomarnos un descanso y decidir cuál será nuestro siguiente paso.

—No. —La respuesta me sale del alma, ya que todo mi ser rehúye la mera idea de volverla a ver—. No podemos volver allí.

—¿Por qué no? —pregunta Jaxon—. La verdad es que no es una mala idea.

—Es una idea horrible. Esa mujer...

Me detengo cuando me recuerdo a mí misma que jamás le conté a Jaxon lo que le hizo. Lo que nos hizo. Y está claro que ahora, delante del grupo, no es el momento para que se descubra el pastel.

Al final opto por decir:

—No me fío de ella. No nos ha contado todo lo que necesitábamos saber ni una sola vez. No creo que sea momento de iniciar una búsqueda inútil ni de verdades a medias.

—No hace falta que lo jures —afirma Macy.

Parece más triste y perdida de lo que la he visto en la vida..., incluso después de la muerte de Xavier. Y tampoco es que pueda culparla. Enterarse de que su madre la abandonó para marcharse a la Corte Vampírica para servir a Cyrus... No tengo palabras. Sobre todo si tenemos en cuenta el hecho de que, en estos momentos, su padre está retenido en contra de su voluntad en esa misma Corte.

Le doy un abrazo y, al principio, se resiste. Yo insisto de todas formas, pues, si alguien en este planeta necesita consuelo ahora mismo, esa es mi prima. Al final me devuelve el abrazo.

Les otres hablan entre elles en voz baja y van proponiendo ideas de adónde podríamos ir. Eden no deja de echarnos miradas, está claro que le disgusta ver a Macy triste; pero, a espaldas de mi prima, levanto el pulgar para indicarle que todo va bien y que yo me encargo. Ella asiente y vuelve a dirigir la atención al grupo para sugerir otro lugar en el que podríamos refugiarnos.

Aunque nadie parece dar con un sitio que pueda cuadrarnos y una idea comienza a desarrollarse en algún lugar de mi mente. Es absurda, descabellada y fantasiosa, y es por eso mismo por lo que podría funcionar.

Al cabo de un rato Macy se separa.

—Perdón —murmura mientras rebusca en su mochila algo con lo que secarse la cara.

Saco un paquetito de pañuelos del bolsillo delantero de mi mochila y le doy un par.

—No te disculpes. En las últimas veinticuatro horas has tenido que lidiar con un montón de cosas.

—Como todes —detalla.

—Sí, pero no es una competición. Y, la verdad, si lo fuera estoy segura de que ganarías. Al menos, les demás sabemos dónde están nuestros padres.

—Así es —asegura Hudson, quien aparece detrás de nosotras—. Por desgracia.

Macy se ríe un poquito, entre lágrimas, pero al menos se ríe.

—Entiendo por qué es una mierda saber dónde está Cyrus.

—No es tan mierda como no saber dónde está —replica Hudson.

—Cierto. —Flint mete baza cuando se acerca para pasarle un brazo por los hombros a Macy y darle un buen apretón.

En nada, el resto se ha dispersado por la hierba a nuestro alrededor. Parecen tan exhaustes como yo me siento. Aunque también es cierto que este último par de días ha sido un caos. Cualquiera de las cosas que nos han ocurrido suena inimaginable. Si las juntas todas, parece que se esté acabando el mundo.

O puede que ya se haya acabado y no lo sepamos todavía.

Da demasiado que pensar ahora que estamos en medio de la campiña italiana sin un lugar al que ir. Abro mi mochila, saco la caja de Pop-Tarts y se la paso a les no-vampires del grupo; después, hago lo propio con las dos botellas de agua que metí a presión en el último momento.

Dan un par de sorbos y de alguna forma eso, junto con las Pop-Tarts de cereza, hace que todo parezca mucho menos imposible. Que quizá tengamos una oportunidad.

Una oportunidad es todo lo que hemos tenido hasta ahora, y de alguna forma hemos conseguido que funcionara. Quizá, y solo quizá, en esta ocasión no será diferente.

Es esa esperanza la que me empuja a compartir el plan que llevo sopesando desde lo de la Corte Bruja.

—Tengo una idea.

28

Que la suerte irlandesa nos acompañe

Pasan un par de segundos hasta que mis palabras calan en el resto, y espero paciente hasta que dejen de hablar y se vuelvan hacia mí.

—¿Qué idea? —pregunta Jaxon cuando se hace el silencio.

Inspiro hondo mientras intento decidir cuál es la mejor forma de explicarles lo que pasó con Alistair y la Corte Gargólica. Al final empiezo enseñándoles lo mismo que me convenció a mí: el anillo de esmeralda que todavía llevo en el dedo anular de la mano derecha.

—Me dieron esto en la Corte Gargólica —explico, al tiempo que enciendo la linterna del móvil para que puedan ver el brillo de la piedra preciosa en la oscuridad mientras les cuento todo lo que pasó. Y acabo diciendo—: He llegado a pensar que no había sido más que un sueño, pero todavía tengo esto, el anillo que me dio Alistair y que Chastain besó... Así que tuvo que pasar de verdad, ¿no?

—Por supuesto que pasó. —Hudson me coge la mano y me besa tanto en el dorso como en el anillo. Su gesto hace

que me derrita un poquito, por lo fácil que acepta algo que parece imposible solo porque yo digo que es verdad y, también, por lo fácil que acepta algo que hasta a mí me está costando aceptar: que soy la reina gárgola.

A ver, es que una cosa es ser reina sin súbditos. Pero que deba reinar a los miles de gárgolas que hay por todo el mundo es otro asunto. Una gran parte de mí quiere salir huyendo de la responsabilidad lo más rápido que pueda, sin mirar atrás.

Me resulta curioso cómo Cyrus está dispuesto a hacer lo que sea por conseguir más poder mientras que yo lo único que quiero es deshacerme del que ya tengo. A ver, que tengo dieciocho años y hasta hace apenas siete meses no sabía ni que este mundo existía. ¿Cómo narices esperan que ahora sea reina en dicho mundo?

Me pica un poco la palma de la mano donde tengo la Corona, en un recuerdo de que renunciar al poder o a todo lo demás no es una opción, no para mí. No cuando Cyrus está empecinado en destrozar a todo ser que no se postre ante él.

—¿Dónde está la Corte Gargólica? —pregunta Rafael.

—Irlanda —respondemos Dawud y yo al unísono.

Me vuelvo a elle con las cejas levantadas, y Dawud se encoge de hombros.

—O, al menos, eso es lo que dicen las leyendas que nos cuentan en la manada, aunque no sé en qué parte de Irlanda en concreto.

—¿Tu manada tiene historias sobre las gárgolas? —quiero saber.

—Todo el mundo tiene historias sobre las gárgolas —contesta Eden—. Pero no sabíamos que eran ciertas hasta que llegaste tú.

—¿Así que crees que deberíamos ir a Irlanda? —pregunta Byron, y me observa con atención.

—Creo que, a estas alturas, es nuestra mejor baza. La Corte Gargólica está en Cork, en un enorme castillo sobre un acantilado que da al océano. Aislado y bien protegido. Allí tendremos un lugar en el que descansar y pensar qué vamos a hacer. —Hago una pausa y dejo escapar un largo suspiro antes de contarles la parte que odio de mi plan—. Y así podremos reunir al Ejército Gargólico. O, al menos, la parte que está en la Corte. No es que fueran muchísimos, pero si se unen a nuestro bando unas cuantas personas más que pueden hacer lo que yo puedo hacer... Mal no nos irá, ¿no?

—Claro que no, para nada —dice Macy sonriendo—. ¿Crees que pueden crecer tanto como tú cuando lo del Ludares o como hizo la Bestia Imbatible en la isla?

—Sería una pasada —afirma Liam—. Podríais reducir la Corte Vampírica a polvo y cenizas.

—Y al capullo de mi padre también —añade Jaxon con voz de indignación.

—A mí me parece de lujo —asegura Dawud—. Siempre y cuando salvemos antes a mi hermano, por mí podemos borrar del mapa ese lugar.

—No sé si las gárgolas pueden hacer eso —señalo—. A ver, si yo puedo, supongo que ellas también, ¿no? —Me vuelvo hacia Hudson para que reafirme mi teoría, pero me mira con aire meditabundo—. ¿Qué pasa? —le pregunto en

voz baja, mientras el resto del grupo sigue hablando de lo guay que sería que las gárgolas pudiesen destrozar la Corte Vampírica como si fuesen unos gigantes en pleno fiestón.

—No pasa nada —responde—. Es que no creo que lo que ocurrió en el Ludares, cuando te hiciste más grande, tuviera que ver con tus poderes de gárgola.

La sorpresa se adueña de mí.

—¿Qué quieres decir? La Bestia Imbatible... Alistair, él también era gigante.

—Era gigante porque llevaba siglos utilizando la piedra para curarse. Tu poder es otra cosa, algo muy diferente. No te olvides de que he estado en tu mente durante, bueno, muchísimo tiempo —dice, y me guiña un ojo—. Y conozco muy muy bien qué es lo que te provoca.

Por lo general, un comentario como ese bastaría para sonrojarme y hacerme perder la cabeza, pero, la verdad, esta vez no funciona. Le he dado muchas vueltas a lo que Alistair me contó sobre mi abuela... y su inclinación por los mordiscos. ¿Y si soy medio monstruo? ¿Algo terrible, espeluznante y gigante? La inquietud me recorre el cuerpo, pero me tranquilizo diciéndome que no será nada. Si Hudson estuviese preocupado, ya me lo habría comentado hace tiempo. Mi compañero es muy proactivo, incluso cuando no quiero que lo sea.

—Y ¿por qué crees que pude hacerlo? —me atrevo a preguntar por fin.

Entonces, en ese momento Eden dice:

—Yo no sé qué pensáis el resto, pero para mí ya es hora de irnos de aquí.

—Para mí también —coincide Dawud, y pasa los dedos por la hierba. ¿Se le ha caído algo? Parece que lo ha encontrado, fuera lo que fuese, porque se mete algo en el bolsillo y después mira a Macy—. ¿Vas a ponerte a hacer eso que haces? —pregunta, y se pone a mover un brazo en espiral.

—No puedo. —Macy suspira—. No he estado nunca en Cork.

Al parecer Dawud no se esperaba esa respuesta.

—¿Les brujes no pueden abrir portales a lugares a los que no han ido nunca?

Macy tampoco se esperaba esa pregunta.

—Eh... no. Tenemos magia, pero no somos deidades, por favor. ¿Qué os enseñan en esa manada de lobes tuya, a ver?

—Pues parece que no lo suficiente —afirma Dawud y mira a su alrededor—. Entonces ¿cómo vamos a llegar hasta Irlanda?

—Va a ser verdad que no os enseñan una mierda —bromea Eden al tiempo que abre la aplicación de Google Maps en el móvil y extiende la mano para que podamos ver el mapa—. Parece que la mejor opción es ir hacia el noroeste. En algún momento llegaremos al océano Atlántico, pero podemos ir bajito.

—¿Ir bajito? —pregunta Dawud, y abre los ojos como platos.

—Solo hay una forma de llegar allí desde aquí —dice Flint con una sonrisa que casi le llega a los ojos—. Vamos a volar, lobite.

Una luz trémula lo envuelve y, un segundo después, Flint aparece en su forma dragontina: con una prótesis con forma de pata y garras de dragón.

—¡Joder, ha funcionado! —exclama Byron al tiempo que se inclina para inspeccionar la pata mágica de Flint.

Menos mal. No sé qué ha hecho Viola, ni por qué nos ha ayudado, pero le estaré agradecida toda la eternidad.

Mientras el resto no deja de maravillarse con la prótesis nueva de Flint, me vuelvo hacia Hudson:

—¿Qué ibas a decirme? ¿Algo de mis poderes?

Parece que va a contestarme, pero en el último momento niega con la cabeza.

—No era gran cosa —dice, y sonríe con satisfacción—. Y no va con segundas.

—Pues a mí sí que me parece gran cosa —replico, y hago el gesto de las comillas al pronunciar la palabra *gran*. Una parte de mí quiere insistirle para que me responda, pero, siendo sincera, ya tengo bastante con preocuparme por lo que les voy a decir a las gárgolas de la Corte Gargólica. Preocuparme por un vago poder que pueda llegar a tener (si Hudson no se equivoca) tendrá que esperar. Al menos por esta noche voy a reabrir mi carpeta de «Mierdas para las que no tengo tiempo hoy» y voy a meter esa pregunta bien dentro.

—¿Quieres que volemos? —Dawud tiene los ojos como platos y se aleja un par de pasos de Flint—. O sea, ¿sobre tu lomo?

—Es una pasada, en serio —dice Macy mientras Byron la sube de un empujón al lomo de Flint. Le ofrece la mano a Dawud—. Venga, Byron y yo te ayudaremos a subir.

Dawud no parece tenerlas todas consigo.

—Ahora mismo es la única opción que te queda, así que hazlo y no le des más vueltas —le aconseja Liam—. A no ser que puedas correr sobre el agua.

Dawud lo mira con el ceño fruncido, pero al final deja que Byron le ayude a subir. Macy le coge de las manos y tira de elle hasta que se monta sobre Flint, y Dawud se acomoda con una mirada de agradecimiento hacia mi prima. Al menos hasta que Flint se remueve bajo elle. Entonces Dawud deja escapar un grito tan alto que resuena por toda la campiña italiana.

Solo se calla porque se lleva una mano a la boca, con el terror en los ojos, mientras el resto nos descojonamos.

Flint se echa a reír en su forma de dragón y, después (porque Flint es así), se menea un poquito más para asustar algo más a le lobe. Flint ansía que vuelva a gritar, pero al parecer Dawud tiene la boca bien cerrada, porque esta vez no emite ningún sonido. Cierra los ojos e inspira y espira varias veces, pero ni tan mal. Recuerdo que hice lo mismo la primera vez que Flint me invitó a volar con él.

—¿Vas a volar? —me pregunta Hudson sin soltarme de la mano aunque se acerca a Eden, quien acaba de transformarse.

—Pues claro —contesto con una sonrisa—. Pero, tranqui, que yo te cojo si te caes.

Espero que se eche a reír; en cambio, me lanza una mirada seria cuando me responde:

—Lo mismo digo.

Me da la espalda antes de que pueda preguntarle a qué se refiere con eso, y le pide permiso a Eden para subirse a

su lomo. La dragona asiente, y Hudson se sube de un salto; tras él lo hacen Rafael y Liam, y ambos parecen tan asustados como Dawud. De la Orden, el único que parece estar a gusto montando a dragón es Byron.

Me sabe un poco mal por ellos y por las estúpidas reglas no escritas que había en el Katmere de que los distintos grupos de paranormales no se mezclaban entre sí. Hudson, Jaxon, Macy, Flint, Eden, Mehki, Xavier, Gwen, Luca... Para mí son y han sido lo mejor de este mundo, incluso mejor que descubrir que soy una gárgola. No me imagino cómo habría sido mi vida si hubiésemos seguido esas estúpidas normas y nos hubiésemos limitado a relacionarnos con la gente de nuestro grupo.

Como me pongo triste solo de pensarlo, le lanzo un beso a Hudson. Después miro a Jaxon (quien va a utilizar el rollo ese de la telequinesis) y digo:

—El último que llegue a Irlanda tiene que hacer el baile de la gallina.

—Conque esas tenemos, ¿eh? —me contesta.

—Sí, esas tenemos —digo, y me transformo.

En cuanto tengo las alas listas, me lanzo al aire y despego, y dejo que un sorprendido Jaxon, junto con Eden y Flint, muerda el polvo que dejo.

Y me esfuerzo de verdad para no pasarme todo el viaje preocupándome por la bienvenida que nos darán cuando nuestro variopinto grupo de paranormales llegue a la Corte Gargólica.

29

Más vale dragón volando...

A pesar de la forma en la que ha empezado el vuelo, termina siendo un viaje muy distinto a lo que estoy acostumbrada. Nada de volteretas, nada de hacer pirueta tras pirueta, ni competiciones de velocidad entre Eden y Flint o entre Jaxon y yo. Nos limitamos a reflexionar en silencio mientras sobrevolamos Europa y después el canal de la Mancha para dirigirnos al mar Céltico.

A medida que nos acercamos a la lejana isla, puedo sentir la Corte de forma tan nítida como el latido de mi propio corazón. Es como si hubiera un hilo que nos uniera, que poco a poco se va enrollando y me atrae hacia ella con cada vuelta que da la rueca.

—¡Ya casi hemos llegado! —les grito justo antes de empezar a descender cada vez más.

Planeo sobre la costa del mar Céltico; el amanecer pinta el agua de forma sutil con un color naranja precioso cuando el sol saluda por el horizonte y me recuerda a cuando salía a correr por la playa a primera hora de la mañana en San

Diego. Por primera vez me pregunto si mis padres decidieron huir a California porque allí también hay costa. Está en el Pacífico, no en el Atlántico, pero sigue siendo el océano. Sigue cerca del agua, una parte fundamental de mis poderes.

Una mirada rápida me indica que el cansancio está haciendo mella en el resto. Flint va un poco rezagado, tiene las alas abiertas a ambos lados del cuerpo mientras intenta planear las corrientes de viento todo lo posible. Eden continúa aleteando, pero cada subida y bajada parece tomarle cada vez más tiempo. Incluso Hudson parece alicaído, como si la mera fuerza de voluntad fuera lo que lo mantuviera en pie.

Más adelante atisbo los acantilados rocosos de Cork en la distancia. A pesar de mi propio cansancio, la emoción me arde en las venas; una especie de voluntad primitiva que hace que vaya más rápido hasta que por fin puedo verla en el horizonte.

La elegante valla de hierro que rodea la Corte Gargólica y el castillo de piedra que se sitúa en los terrenos que circundan dicha valla.

Los nervios se unen a la emoción cuando me pregunto cómo nos recibirán. ¿Seguirá Chastain mis órdenes o su lealtad aún será para con Alistair a pesar de que el rey gárgola me pasara claramente el testigo? ¿Me aceptará el resto de las gárgolas o me ignorarán? Y ¿qué haré si no me prestan atención? ¿Cómo lo soluciono? Y lo que es más importante, ¿acaso podría solucionarlo?

Las preguntas no paran de sucederse en mi mente, se complican cada vez más y son más amedrentadoras a

medida que me aproximo a la Corte Gargólica. Hasta que, de repente, estoy encima de ella. O de lo que debería ser.

Aterrizo lentamente, me pregunto si me habré equivocado. Me cuestiono si el faro que me ha guiado hasta aquí era defectuoso. Dudo de si, en cierto modo, en realidad me he imaginado las horas que he pasado aquí con Alistair.

Porque el lugar donde me encuentro no tiene nada que ver con el que visité ayer.

¿El patio por el que caminé? No existe.

¿El castillo donde vi entrenar a las gárgolas? No es más que montones de roca y hierbajos.

¿Las otras gárgolas? Desaparecidas, como si nunca hubieran existido.

La Corte Gargólica... ¿Mi Corte Gargólica? Un sueño que acaba de convertirse en pesadilla.

30

El castillo de mis sueños

En cuanto Eden aterriza, tengo a Hudson a mi lado.

De primeras no dice nada, y yo tampoco. Ambos clavamos la vista ante la destrucción que tenemos delante.

No hay patio.

Ni foso, ni entrada elegante.

Ni colosales torres redondas que se elevan hacia los cielos.

No queda nada, salvo un montón de escombros y otro montón más grande de sueños rotos. Lo cual no me extraña, pues siento que mis ideas, mis esperanzas, se hacen añicos sobre el tortuoso terreno en el que estamos.

—He de decir que no soy muy fan de la estética. —Usa la ironía, pero el tono de Hudson es suave, como lo es también la mirada que me lanza cuando se acerca a mí y me choca el hombro con el suyo en un gesto amistoso.

—¿Te parece un poco demasiado «el apocalipsis está aquí»? —pregunto, y me apoyo en él.

—Un poco demasiado «los muros están pasados de moda» —dice poniendo los ojos en blanco.

—Sí que me gusta un buen muro —añado, y no sé cómo estoy sonriendo, pues hasta hace dos minutos sentía que no iba a poder sonreír nunca más en la vida.

—Y me parecía que aquí la mejor opción era poner cuatro. —Tira de mí para que me pegue más a su pecho, me rodea la cintura con los brazos con fuerza y apoya la barbilla sobre mi coronilla.

—Siempre tuviste buen gusto.

Me siento bien con él, muy bien, incluso con el caos y la destrucción que tenemos delante. Así que me apoyo más en él y me tomo un minuto para respirar. Solo para respirar.

—¿Estás bien? —me pregunta segundos después.

—Si me lo preguntas así, no —contesto.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras esperando a que me rompiera en pedazos en cualquier momento. O como si ya estuviera destrozada —explico, y me alejo un poco de él—. Nunca me imaginé que había una Corte Gargólica. Estaba justo aquí.

—Y no tengo la más mínima duda de que así era —indica Hudson para tranquilizarme, y me lo dice de tal forma que estoy convencida de que me cree de verdad.

Aun así, les doy la espalda a los escombros mientras me pregunto si es posible que Cyrus haya hecho esto. ¿Podría haber llegado antes y destrozado todo el castillo solo para asegurarse de que no teníamos un lugar seguro al que acudir? Pero, si así ha sido, ¿qué les ha pasado a las gárgolas que vi entrenar aquí mismo? ¿Están enterradas bajo las piedras, atrapadas, esperando que las encuentre?

Ese pensamiento me hace reaccionar, y hace que atraviese la desmoronada valla llena de óxido y que entre en la zona en la que había un glorioso patio que daba al océano. Pero en apenas un par de segundos la lógica se adueña de mi mente; bueno, eso y mis habilidades de observación, que al parecer no son gran cosa.

El castillo no acaba de desmoronarse. Lleva así décadas, puede que siglos. En todas las zonas donde hay piedra han crecido a sus anchas la maleza y las enredaderas. La valla de hierro está superoxidada. Y desperdigados por todas partes hay vestigios de los huesos de los animales que se acercaron a investigar y que acabaron atrapados entre los montones de escombros.

No, esto no es obra de Cyrus. O al menos no lo ha hecho en el último siglo. Antes, vaya una a saber.

—No lo entiendo —susurro mientras el resto del grupo se une a nosotros—. No era un sueño. Lo sé. —Paso el dedo por la esmeralda engastada en mi anillo. Sigue tan corpórea y real como siempre—. No me lo he inventado, os prometo que lo vi todo con mis propios ojos. —Camino hacia el lado izquierdo del patio, hasta una pila de piedras enormes que están cubiertas de hiedra—. Esto era una torre…, una de las cuatro que había. Tenía vidrieras y almenas, y estaba aquí. Justo aquí, de verdad.

—Nadie duda de ti, Grace —afirma Macy para consolarme.

—Bueno, pues yo sí —replico—. ¿Cómo no iba a dudar?

—No te ofendas, pero yo también dudo —me confía Dawud encogiéndose de hombros—. A ver, es que me da la

sensación de que, bueno... —Hace el gesto de que he estado fumándome algo.

Tengo la sensación de que es lo peor que podría haberme dicho cuando yo misma dudo de mis experiencias, y me doy cuenta de que mis amigos están a punto de echársele encima por haber mostrado tan poca consideración conmigo. Pero, al mismo tiempo, creo que es lo mejor que podría haberme dicho, la verdad, porque me ha hecho gracia y me he reído, incluso a pesar de todo lo que estoy viviendo.

—No sé qué me está pasando —les digo a Dawud y al resto de mis amigos—. Me pareció superreal cuando Alistair me trajo aquí.

—Seguramente fuese real —comenta Jaxon. Esboza una suave sonrisita cuando añade—: «Hay más cosas en el cielo y en el infierno, Horacio, de las que contempla tu filosofía».

—¿No querrás decir «en el cielo y en la tierra»? —pregunto, y ahora le estoy devolviendo la sonrisa porque, ¿cómo no iba a hacerlo? Esas son casi las primeras palabras que me dirigió: una advertencia y una promesa, aunque en aquel momento yo no lo supiese.

—¿Después de todo lo que hemos vivido estos días? —dice, y levanta una ceja—. Me inclino por cielo e infierno. Estoy muy seguro de que ni Shakespeare ni Hamlet tuvieron unas semanitas como las nuestras.

—Algo de razón tienes —digo y hago una mueca, aliviada de vivir este momento a pesar de la mierda que tenemos encima.

Nos han pasado una barbaridad de putadas, pero el hecho de que Jaxon esté tan bien ahora mismo me hace

más feliz de lo que podría expresar con palabras. Al verlo, nadie se imaginaría que se murió hace apenas unas cuarenta y ocho horas.

Tiene buen aspecto, muy buen aspecto. Además, me siento a gusto a su lado por primera vez en muchísimo tiempo. La incómoda tensión que se había instalado entre nosotros ya casi ha desaparecido por completo, y en su lugar hay otra cosa... Algo similar al respeto, el aprecio y el cariño.

Algo que se parece más a una amistad que a un romance.

Algo muy similar a lo que se siente por la familia.

Tiene razón, hemos vivido un montón de situaciones terribles, pero el hecho de que la relación entre Jaxon y yo haya acabado así, como tendría que haber sido desde el principio, hace que el resto no sea tan malo. Eso sumado al hecho de que por fin Hudson y yo también hemos solucionado nuestros problemas, o eso me parece al menos. Y no puedo evitar sentir un optimismo moderado y creer que todo va a salir bien. A pesar de que el resto de nuestra vida (de nuestro mundo) esté hecho un desastre.

—Y ahora ¿qué hacemos? —pregunta Eden. Se sienta en lo alto de un enorme montón de piedras, y parece derrotada, como si ya no pudiese mantener los ojos abiertos.

—Creo que debemos buscar un hotel —digo—. Un lugar apartado en el que Cyrus y sus aliados no se imaginen que podamos estar. Tenemos que dormir un poco, para así tener una oportunidad de luchar. O al menos podremos autoconvencernos de que la tenemos.

—Estoy en ello —afirma Hudson mientras pasa los pulgares por la pantalla de su móvil—. He encontrado una casa que no está muy lejos de aquí en una aplicación. He alquilado varias casitas durante un mes, por si acaso necesitamos una base de operaciones a largo plazo, y como anoche no hubo ningún inquilino, el propietario ha accedido a dejarnos registrarnos por un módico precio.

—¿En una aplicación? ¿Como si fuera un Airbnb? —pregunto asombrada.

—Sí, algo así —responde con una sonrisa.

—Creía que esas cosas se tenían que hacer con más antelación y, no sé, que había que tener veinticinco años por lo menos para poder alquilar una casa así.

—Tengo doscientos años y estoy forradísimo, Grace. —De su voz destila cierto humor mientras saca un par de gafas de sol del bolsillo de la chaqueta y se las pone justo cuando empiezan a asomar los primeros rayos de sol matinal—. A veces tiene sus ventajas.

Creo que es la frase más propia de Hudson Vega que ha dicho en su vida (bueno, aparte de la comparación entre Jaxon y un zepelín), y me troncho de la risa, no puedo evitarlo.

—Eres un caso. Lo sabes, ¿verdad?

La sonrisita de satisfacción que esboza lo dice todo.

—Os he enviado a todos, menos a Dawud, la dirección. Perdona, pero es que no tengo tu número. Luego os veo allí, pero ahora he de irme.

—Espera, ¿por qué? —Lo cojo del brazo mientras se da la vuelta, y la sonrisa de satisfacción es cada vez más pronunciada.

Y entonces lo pillo, incluso antes de ver que sus ojos se detienen en el hueco de mi garganta. Hace cuarenta y ocho horas que bebió mi sangre en la cárcel. Desconozco durante cuánto tiempo son hipersensibles a la luz solar los vampiros después de haber bebido sangre humana, pero es evidente que dura más de dos días.

—¡Vete! —exclamo, le suelto el brazo y le doy un empujoncito hacia la valla.

—Es lo que intento hacer —replica él, con una mirada que me hace sentir toda clase de cosas para las que tendría que estar demasiado cansada.

—Bueno, creo que es el momento de marcharme también —dice Jaxon, y acto seguido se desvanece. Cosa que, no voy a mentir, me sorprende bastante.

Sobre todo cuando me vuelvo para comentarlo con Flint y me lo encuentro mirando a todas partes menos a mí. La Orden al completo se ha desvanecido tras Jaxon. Abro la boca para decirle algo a Flint (solo para ver cómo reacciona), pero, antes de poder comentar nada, Eden levanta el móvil.

—Ya lo he buscado en el mapa. ¿Queréis que nos vayamos ahora?

—Quiero irme desde hace diez minutos —responde Dawud, y sonríe mientras el aire que le rodea empieza a brillar.

Un par de segundos después nos elevamos en el cielo y, aunque he perdido la oportunidad de preguntarle a Flint qué pasa, no se me olvida la mirada que tenía en su rostro cuando Jaxon se ha desvanecido. Una mirada de intensidad, enfado… y terror.

Quizá me equivoco, pero algo me dice que los próximos días van a ser más interesantes de lo que había pensado.

31

A la luz del faro...

No es que Hudson nos haya alquilado solo una casa. Es que nos ha alquilado un puto recinto. En serio, tiene hasta un faro en funcionamiento y todo.

—¡Un faro!

Hudson sonríe.

—Sí.

—¡Nos has alquilado un faro!

—Y las dos casas de más adelante que forman parte del recinto. —Señala mientras apoya los hombros (y un pie revestido con unos mocasines Dior Explorer) contra la pared.

Está guapo, guapísimo, pero ni de broma se lo voy a decir. En parte porque ya tiene el ego bastante subidito, y en parte porque:

—Nos has alquilado un faro.

—Pues sí. —Arquea una ceja de lo más sexy—. ¿Vas a seguir repitiéndolo?

—Puede ser. Y probablemente lanzaré corazoncitos con los ojos mientras lo haga.

—Vale. —Pasan varios segundos antes de que pregunte—: ¿Por alguna razón en especial?

—¡Porque nos has alquilado un faro! —Abro los brazos y doy vueltas; durante un rato me permito olvidar la razón por la que necesitamos alquilar un sitio donde quedarnos—. ¡No sé, es una pasada enorme!

—Me alegro de que te guste.

—Es un faro. En el océano. Para ti y para mí solos. ¿Por qué no me iba a encantar?

No contesta, pero cuando pillo un atisbo de él mientras sigo girando, me doy cuenta de que no hace falta. Su cara lo dice todo y eso solo hace que dé vueltas más rápido.

Me detengo de un trompicón porque la verdad es que he llegado a marearme de tanto girar. Por supuesto, Hudson aprovecha la oportunidad, alarga un brazo y me engancha la mano antes de atraerme hacia él.

—¿Tienes pensado aprovecharte de mí solo porque estoy mareada? —pregunto en broma y le doy una palmadita juguetona en el pecho.

—La verdad es que tenía pensado estabilizarte porque estabas mareada, pero si insistes...

En un abrir y cerrar de ojos me estrecha entre los brazos y se desvanece hacia la parte de arriba de las interminables escaleras de caracol hasta llegar a la habitación, donde me lanza sobre una cama con una pinta de lo más cómoda.

Es emocionante a la par que divertido, aterrizo entre risas y reboto suavemente. Extiendo los brazos hacia él con la esperanza de que venga a tumbarse junto a mí. En vez de eso, Hudson deja mi mochila a los pies de la cama, después

se sienta a mi lado y me acaricia la melena de rizos enmarañados para apartármelos de los ojos.

—Eres preciosa —murmura y sus dedos se demoran en la curva de mi mejilla.

—Tú eres precioso —le respondo y muevo la cabeza para poder besarle la palma de la mano.

—Pues claro —asegura él ladeando la cabeza con semblante serio—. Tienes razón. Pero una cosa no quita la otra.

—Vaya tela. —Cojo un almohadón y le pego con él—. Eres de lo que no hay, ¿sabes?

—Me parece que lo has mencionado una o trescientas veces —contesta justo antes de robarme el almohadón de las manos sin que yo sospechara nada. Me preparo para que me ataque con él sin emplear mucha fuerza, pero lo lanza al suelo antes de tumbarse a mi lado en la cama, por fin.

»¿Tienes hambre? —pregunta.

—La tengo, pero no tanta como para bajarme de la cama a pedir comida. —Cojo mi mochila—. Creo que me quedan un par de Pop-Tarts por aquí, así que no pasa nada.

Pone los ojos en blanco.

—No se puede vivir solo de Pop-Tarts, Grace.

—Puede que no, pero estoy más que dispuesta a intentarlo.

Abro el ruidoso paquete plateado y rompo un trocito de la galleta con sabor a cereza antes de metérmelo en la boca.

Hudson niega con la cabeza, pero me contempla con una mirada de indulgencia.

—Y ¿tú qué? —pregunto después de dar un par de mordiscos más—. ¿Tienes hambre?

Mis palabras eran de lo más inocentes, pero en cuanto abandonan mi boca cobran vida propia. Los ojos de Hudson refulgen, a mí me da un vuelco el estómago y de repente parece que toda la habitación se calienta con una tensión que hace que el corazón me vaya a mil por hora.

—¿A ti qué te parece? —inquiere después de varios segundos electrizantes.

—Creo que te mueres de hambre —le contesto antes de levantar la barbilla para invitarlo—. Por lo menos, yo sí.

—Pues cómete otra Pop-Tart de cereza.

Pero su mirada está prendida en llamas mientras me recorre de arriba abajo hasta detenerse en mis labios... y mi garganta.

Echo la cabeza un poco más para atrás y me paso los dedos por la sensible piel cerca de la base del cuello.

—Esa no es la clase de hambre a la que me refería.

Hudson emite un sonido desde lo más profundo de su pecho (mitad placer, mitad sufrimiento); suelta un suspiro largo y entrecortado que hace que me tiemblen las manos y que se me tense el estómago por las ganas incluso antes de que baje la boca hasta mi cuello.

—Grace.

Mi nombre es poco más que un susurro y poco menos que una súplica cuando deja un rastro de besitos por mi clavícula y el hueco de mi garganta. Sus labios son cálidos y suaves, y la sensación es tan increíble (él es tan increíble) que coloco la mano sobre el edredón para asegurarme de que no estoy flotando.

Aunque Hudson me sostiene, como siempre hace, desliza las manos para agarrarme de las caderas y presionarme con

más firmeza contra su cuerpo.

Mis dedos se aferran de forma convulsiva a la seda castaña que es su cabello mientras él vuelve a recorrerme el cuello a besos hacia arriba. El placer me atraviesa, hace que sea imposible no dejarme llevar y soltar los gemidos que brotan en mi interior.

El gruñido con el que me contesta Hudson (un poco oscuro, un tanto desesperado y muy peligroso) hace que suba la intensidad un nivel... o doce. Cierro la mano alrededor de su pelo; mi cuerpo se arquea contra el suyo mientras gimo su nombre.

Estoy desesperada por que se deje de jueguecitos.

Desesperada por que haga eso que mi cuerpo le pide a gritos.

Desesperada por que haga lo que suplica cada una de mis células, cada una de mis moléculas.

Hudson lo sabe, por supuesto que lo sabe. Su risilla maliciosa demuestra que se está conteniendo a propósito, que me está torturando a propósito. Quizá debería molestarme por su moderación, por la forma en que atiza la necesidad que hierve en mi interior hasta que se convierte en algo mordaz, salvaje y desenfrenado. Hasta que se convierte en algo que apenas reconozco.

Y puede que me molestara si se tratara de otra persona, de cualquiera. Pero es Hudson. Mi compañero. Y la forma en la que se estremece contra mi cuerpo es prueba suficiente de que se siente igual de abrumado que yo, igual de perdido que yo en lo nuevo y valioso que es todo esto, y de que no quiere precipitarse. Lo cual es suficiente por ahora, más que suficiente.

Al menos hasta que me besa de forma infinita y persistente en la delicada piel que hay detrás de la oreja.

Y no hace falta más para que mi cuerpo se ponga en alerta roja. Se derriten mis miramientos, al igual que mi orgullo.

—Por favor —suplico mientras arqueo el cuello hasta que casi me duele en un intento de concederle todo acceso—. Hudson, por favor.

—Por favor, ¿qué? —gruñe con una voz tan ronca que casi no la reconozco.

Quiero contestarle, de verdad que sí, pero me he quedado sin voz, se ha ahogado en la salvaje cacofonía de sensaciones que me recorren a toda velocidad.

Y cuando por fin hace descender su boca sobre mi lugar favorito, el pulso que late a un costado de mi garganta, mi alma entera grita su nombre.

Me besa una vez, dos, y eso basta para que mi sangre se convierta en gasolina; la punta de su colmillo al recorrerme la piel es la cerilla que hace que entre en combustión. La que me enciende, incluso antes de que gruña y de que por fin, ¡por fin!, ataque.

Agarra mis caderas con más fuerza cuando me clava los colmillos bien hondo y, durante un instante fugaz, noto el dolor agudo que me causa, cómo atraviesa con violencia la piel y el tejido, la sangre y las venas. Pero el dolor desaparece tan rápido como ha llegado y su estela no deja más que placer y calor. Un calor que me acaricia la piel, que bucea por mis venas y que chisporrotea en mis terminaciones nerviosas. Un calor que me inunda, que me abruma, que hace que arda, arda y arda.

Estoy temblando, la electricidad me recorre el cuerpo con estruendo, me enciende como la aurora boreal que danza por los cielos nocturnos de Alaska.

Y cuando Hudson se desliza aún más hondo, cuando entierra los colmillos en mí (a través de mí), no puedo más que pensar que el folklore se equivoca de pleno. Que las historias dicen que debes temer a las mordeduras de vampiro, pero no hay nada espeluznante acerca de la mordedura de Hudson, a no ser que se tenga en cuenta la forma en la que me hace sentir.

La forma en la que me hace ansiar.

La forma en la que Hudson hace que lo anhele, hasta que nada ni nadie existe, solo nosotros.

Hasta que no exista Cyrus.

Ni la guerra.

Ni la muerte.

Hasta que no exista nada más que Hudson y estas chispas que saltan entre nosotros.

Un gruñido se aloja en la parte baja de su garganta, me clava los dedos en las caderas incluso cuando me arqueo y me estremezco contra su cuerpo. Incluso cuando le suplico que tome más de mí. Más, más y más, hasta que no haya un yo ni un él. Hasta que solo existamos nosotros, ahogándonos el uno en el otro. Incandescentes por el placer.

Tiemblo con cada segundo que transcurre y me apoyo más contra Hudson, dejo que tome todo de mí, hasta que se aparta con un gruñido.

Gimoteo, intento asirme a él, intento que se quede en lo más profundo de mí. Pero él no está por la labor.

Levanta la cabeza y suelta improperios mientras pone varios centímetros de por medio entre los dos.

No es mucho, apenas es nada, la verdad, pero siento la distancia en mis entrañas mientras intento aferrarme a él. Mientras intento volver a acercarlo a mi garganta, a mi vena.

Pero Hudson se resiste, sus ojos azul claro me contemplan con una preocupación que apaga las llamas que hay en mi interior como el agua helada.

—Estoy bien —le aseguro adelantándome a la pregunta que me va a hacer—. No has bebido mucho.

—He bebido demasiado. —Vuelve a hablar con ese acento británico tan estirado que me pone a mil y me irrita a partes iguales—. Estás temblando.

Pongo los ojos en blanco mientras me inclino hacia él, es mi turno de dejar un rastro de besos por la fuerte y esbelta columna que es su garganta.

—Estoy segura de que mis temblores no tienen nada que ver con la pérdida de sangre.

—¿Ah, sí? —Alza una ceja—. Entonces ¿con qué tienen que ver?

—Bésame y te lo enseño —le susurro contra la piel.

—Enséñamelo y te beso —contraataca.

—Esperaba que dijeras eso.

Arrastro los dientes por su marcadísima mandíbula y es su turno de derretirse conmigo.

—Te quiero —susurra entre mi pelo, y las palabras me provocan una sacudida en el sistema. Una sacudida en plan bien, pero una sacudida al fin y al cabo.

Puede que algún día me resulten familiares. Cómodas. Una manta calentita con la que envolver mi corazón y mi alma. Pero hoy son fuegos artificiales. Una explosión en lo más profundo de mi ser que me hace temblar hasta la médula.

—Yo te quiero más —le susurro como respuesta a medida que desciendo por su garganta a besos.

Escondo el rostro en su clavícula mientras mis dedos danzan con los botones de su camisa. Necesita una ducha, al igual que yo, pero por ahora su calor sin refinar me hace sentir bien.

Estar tan cerca de él solo hace que la urgencia se intensifique.

Le abro a tirones la camisa y luego hago lo mismo con la mía; enredo los dedos en la tela, desesperada por notarlo contra mí. Tengo que abrazarlo, tocarlo, saber que sin importar qué pase después, esto siempre estará aquí.

Hudson siempre estará aquí.

Pero, antes de que pueda encontrar la forma de confesárselo, Hudson se aparta de mí; el pecho le sube y baja, los ojos le brillan, una gotita de mi sangre reluce en su labio inferior. Su pelo, normalmente peinado en un perfecto tupé, está desaliñado y está sexy de la hostia. No hay nada que me apetezca más que pasarle las manos por las ondas sedosas una vez más, hacer que se tienda sobre mí y que el calor nos evada de este desastre durante un rato.

Pero toma mis manos con las suyas, y es evidente que tiene algo que decir por el modo en la que cierra los ojos y suspira de forma estremecedora.

—¿Qué pasa? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—Solo es que te quiero, nada más.

—Yo también te quiero.

—Y que lo siento...

—¿Por quererme? —Un escalofrío repentino apaga el calor que se alojaba en mi interior.

—¡No! —Sus ojos, sus hermosos ojos azul cielo, se abren como platos—. Jamás podría lamentarme por eso. Te querré durante el resto de mi vida.

—¿Quieres decir la eternidad? —comento con una risa—. Me sirve.

—Justo de eso quería hablarte.

—¿De la eternidad? —Le tomo el pelo, me esfuerzo por ignorar las alarmas que se han disparado en mi cabeza. Porque es Hudson, jamás haría nada que pudiera hacerme daño.

Traga saliva, se le tensa la mandíbula con furia.

—Necesito que hagas algo por mí.

—Lo que sea. —La respuesta proviene de lo más profundo de mi ser.

Esta vez, cuando cierra los ojos, hunde la barbilla de forma que su pelo cae hacia delante. Se lo aparto de la cara para poder verle los ojos cuando los abra, me centro en la forma en la que los mechones fríos y suaves se enredan entre mis dedos en vez de preocuparme por lo que quiera que vaya a decirme. En fin, no hay que ser muy lista para descifrar que, sea lo que sea, no me va a gustar.

Me levanta la mano y esta vez es él quien me besa la palma. Es él quien la sostiene con fuerza durante un segundo, dos. Entonces abre los ojos, y ahí está la

resolución que le faltaba hacía unos instantes. Noto mariposas en el estómago, y no en el buen sentido, incluso antes de que se coloque mi otra mano, la del tatuaje de la Corona, sobre el pecho.

—Quiero que la uses conmigo.

—¿A qué te refieres? —pregunto confusa.

—Quiero que uses la Corona para despojarme de mis poderes.

32

Solo quiero que se acabe

Me descojono. No puedo evitarlo. La idea en sí me parece tan absurda que es lo único que me nace hacer.

—Ya, claro —añado al final, y ruedo hasta mi lado de la cama—. Pensaba que ibas a pedirme algo de verdad.

—Lo digo en serio. —Él se acomoda en su lado de la cama, y se apoya sobre un codo—. Lo digo muy en serio. Grace, necesito que...

—No, no lo dices en serio —niego mientras intento hacer caso omiso de las ganas de vomitar que se me están formando en la tripa solo de imaginarme lo que acaba de pedirme—. Es imposible que puedas querer de verdad que te quite los poderes; y es imposible que lo haga, aunque me lo supliques.

—Pero si me has dicho que harías lo que fuera por mí —replica calmado.

—Y es verdad —contesto—. Haría lo que fuera por ti y lo haría en un santiamén siempre que fuera algo con un

mínimo de lógica. Hudson, moriría por ti. Pero ¿eso? —Niego con la cabeza—. Eso no está bien. No puedes pedirme que...

—¿Lo hagas para que así no pueda herir nunca más a nadie sin querer? —pregunta enarcando una ceja.

—Jamás en tu vida has hecho daño a alguien sin querer. —Inspiro hondo, y después suelto el aire poco a poco mientras el miedo me revuelve el estómago—. Además, no estamos hablando solo de que dejes de hacer daño a los demás. Me estás pidiendo que yo te haga daño a ti, Hudson. No finjas que no sabes lo que estás diciendo.

—Te estoy pidiendo que me ayudes, Grace. Eres la única en todo el mundo que puede hacerlo. —La aflicción que noto en su voz hace que se me acumulen las lágrimas en los ojos.

Pero no puedo hacer lo que quiere. No puedo. Aunque hallara la forma de encontrar al Ejército Gargólico perdido y consiguiera que la Corona funcionara antes de enfrentarnos a Cyrus (que a saber si podremos hacerlo), no podría utilizarla con mi compañero. No puedo despojarlo de una de las cosas que lo hacen ser quien es, aunque él insista en que eso es lo que quiere.

Inspiro hondo y, de nuevo, dejo escapar el aire poco a poco en un intento por aliviar el pánico que me abrasa el pecho.

—Hudson, creo que en el fondo no quieres que te quite los poderes.

—¿Aunque te esté diciendo literalmente que es lo que quiero? —pregunta con una confianza que es tan suya como los ojos azules y el aroma a sándalo.

Tan suya como sus poderes.

—Han sido unos días de puta mierda. Todos estamos bastante desconcertados todavía. Hace un par de días estábamos encerrados en una cárcel, después hubo lo de la batalla de la isla y, luego, lo del Katmere. ¿Cómo puedes plantearte tomar una decisión como esa cuando ni siquiera hemos tenido la oportunidad de procesar todo lo que ha pasado?

—Pues porque yo sí he procesado todo lo que ha pasado, por esto te lo estoy pidiendo. —Hudson se pasa una mano por el pelo, en un gesto de frustración—. ¿Te imaginas cómo me siento al saber que Luca ha muerto porque no usé mis poderes antes de que lo mataran? ¿O que mi hermano pequeño necesita un corazón de dragón para sobrevivir porque me acojoné y no usé mi don? —Se le quiebra la voz —. ¿O lo mucho que me aterra lo que pasará si llego a usarlo? —Se levanta de la cama y empieza a pasearse por la habitación, pero con cuidado de no acercarse a los rayos de sol que se cuelan por la ventana—. No tienes ni idea de la carga tan pesada que supone este poder, y lo que es peor, cuando hablamos de tu seguridad ya hemos comprobado que no pienso antes de actuar.

—¡Habían venido al instituto a matarnos, Hudson! —Ahora soy yo la que se frustra y la que se tira del pelo—. No es que aniquilaras a un puñado de lobos inocentes. Si hubiesen tenido la oportunidad de lanzarse a nuestros cuellos, lo habrían hecho.

—¿Y si había más como Dawud en la manada? ¿Alguien que no corría tan rápido como elle? ¿O que no era tan valiente como elle? ¿Y si también lo maté?

—No sabes si había otro lobo como Dawud entre la manada...

—¡Y tú no sabes si no lo había! —espeta—. Además, nunca lo sabrás. A eso voy.

—¿Así que tu solución es renunciar a tus poderes para siempre? ¿Aunque es posible que hicieras lo correcto? ¿Aunque es posible que esos lobos nos hubiesen matado a todes y cada une de nosotres? —Niego con la cabeza—. Eso no tiene sentido. Estamos en plena guerra por el mundo, una guerra que determinará cómo van a vivir durante siglos los humanos y los paranormales..., que determinará si vamos a vivir o no, mejor dicho. Eres el arma más poderosa que tenemos ¿y quieres que te arrebate tus poderes solo porque exista la posibilidad de que cometas un error?

—Nada de posibilidad. Cometí un error. De hecho, he cometido varios. —Suelta un largo suspiro, y niega con la cabeza—. Y no te estaba pidiendo que me los quitaras ahora mismo. Me refería a después de la lucha contra Cyrus. Pero no te lo pido porque quiero que salves al resto del mundo. Te lo pido porque quiero que me salves a mí, ¡a mí!

Es imposible no notar el dolor que destila su voz, y se me parte el corazón. Además, el tono de su voz me grita sin palabras que no he manejado bien la situación. Pero ¿quién podría reprochármelo? De todas las cosas que se me podrían llegar a ocurrir que Hudson me pediría, esta ni se me había pasado por la cabeza.

Bueno, igual tendría que habérmelo imaginado. Sé desde siempre que Hudson no se siente cómodo con sus poderes. Primero, por cómo Cyrus lo utilizó cuando era un niño; y, después, por lo que hizo con ellos cuando llegó al Katmere.

Y a eso súmale lo que ha pasado hace poco. ¿De qué me sorprende que se le haya ocurrido semejante idea? ¿De qué me sorprende que piense que es su única opción?

Pero no lo es. Es imposible que lo sea. El poder de Hudson es una parte fundamental de él; es una parte tan intrínseca de su persona como el escudo de ironía que esgrime para mantener al resto a raya, y la enorme amabilidad que tanto se esfuerza por ocultar al mundo.

Estoy frustrada, asustada, molesta... y no poco. ¿Cómo me pide que sea yo quien le provoque tanto dolor? Lo que más me apetece ahora mismo es taparme la cabeza con la manta de la cama y fingir que nunca hemos tenido esta conversación. Pero, aunque ahora estemos en silencio en una especie de tregua, no puedo terminar así la discusión. No cuando el sufrimiento de Hudson es tan evidente.

No sé qué hacer para solucionarlo, pero quedarme sentada discutiendo con él no hará más que empeorar las cosas. Así que me levanto de la cama con un suspiro y cruzo la habitación hacia él, que está de pie en un rincón. O bueno, recostado sobre la pared, mejor dicho, pues ha adoptado esa pose tan sexy de «apoyo un hombro sobre la pared», con los brazos cruzados a la altura del pecho. Por lo general adopta esa pose en particular cuando quiere hacerles creer a los demás que le importa una mierda lo que está pasando, y el hecho de que sienta la necesidad de usarla ahora conmigo, me hace sentir que soy una compañera de mierda, lo peor.

—Hudson... —lo llamo cuando estamos frente a frente—. ¿Podemos hablar del tema un poco más?

—Es difícil dialogar con alguien que ya ha tomado una decisión —dice levantando una ceja.

—Ya, bueno, yo podría decir lo mismo de ti. —Es un error, y me doy cuenta en cuanto las palabras salen de mi boca. Mierda—. No quería decir que...

—Grace, ¿sabes lo que es ser yo? ¿Sabes lo que es pasar toda tu infancia encerrado para convertirte en el arma más poderosa que haya habido? ¿Lo que es tener que esforzarte cada segundo para asegurarte de que no hieres a nadie o le arrebatas su voluntad?

La tristeza me embarga. Odio lo mucho que sufre, y odio más todavía el hecho de que piense que la única forma de acabar con esa agonía sea que yo le haga daño de la peor forma posible.

—Hudson, no puedo ni imaginarme...

—No, no puedes. A eso me refiero. Y no sabes ni la mitad de cómo funcionan mis poderes..., lo que me cuestan. —Levanta los brazos en un gesto de frustración y se vuelve para alejarse de mí. Pero en el último segundo se da la vuelta y en voz bajita dice—: Cada vez que los uso, en mi interior se desvanece un poquito de la luz que tengo, Grace. Y me da miedo que, un día de estos, quizá no pueda volver a ti. Quizá no pueda volver a mí.

—¡Pues no los uses! —le suplico. Si no usa sus poderes, entonces todo irá bien. No sufrirá, y yo no tendré que ser la encargada de arrebatarle una parte de lo que le hace ser quien es.

Pero Hudson niega con la cabeza y se vuelve para observar el océano por la ventana.

—Me has perdonado por la muerte de Luca, pero llegará un día en el que alguien morirá, y tú no podrás perdonarme por no haberlo salvado. Salgo perdiendo igual, Grace.

—Jamás te echaría en cara que no mataras a alguien para salvarnos —explico cogiéndolo por la camisa y haciéndolo girar para que me mire a la cara, para que vea la convicción en mi rostro.

—¿Y si Macy fuese la próxima en morir, y yo estuviese allí? Lo único que tendría que hacer sería desintegrar a un par de lobos para salvarla. Entonces ¿qué?

Quiero decirle que se equivoca, que lo entendería. Por un segundo abro la boca para decirle que estoy segura de que mataría a esos lobos para salvar a Macy. Y justo entonces entiendo que tiene razón. Todos damos por hecho que es Hudson quien decide cuándo usar su don para salvarnos, pero ¿es así de verdad? Sé que siempre lo querré. Siempre estaré a su lado y apoyaré sus decisiones. Pero, si soy sincera, hay una parte de mí que se quedaría destrozada si él no hiciera todo lo posible por salvar a la poca familia que me queda, a una chica que haría lo que fuera para salvarnos al resto.

Y Hudson también lo ve en mis ojos porque, con la respiración entrecortada, susurra:

—Grace, te lo suplico, por favor. No me dejes así. No sé cuánto tiempo más podré aguantar sin perderme para siempre, sin perderte a ti.

Y, con esa frase, se me parte el corazón. Porque haría lo que fuera por Hudson; lo que fuera. Excepto esto. Por mucho que sepa lo dolorosos que son sus poderes para él, en el fondo sé algo que él ni se ha planteado. Nada nos

asegura que, un día, usar sus poderes lo destroce de forma tal que nunca pueda llegar a recuperarse. Y, con su compañera a su lado, sé que existe la oportunidad de traerlo de vuelta, de ayudarlo a reencontrarse. Sin embargo, si le arrebato sus poderes y alguien intenta hacerme daño a mí (y lo consigue porque él no tiene su don para salvarme), en fin, ese sería un dolor al que su alma no podría sobreponerse, fuera quien fuese el que recogiera las piezas de su corazón. Estoy tan segura de eso como del aire que respiro, porque me pasaría lo mismo si nos intercambiáramos los papeles y algo le ocurriera a él.

Ser compañeros implica protegerse el uno al otro. Siempre. Y llevaría la Corona durante una eternidad si con eso le salvara la vida al mío.

Sea como fuere, ahora no es el momento de convencer a Hudson de que tengo razón. Estamos agotados. Aunque sé que está esperando que le dé la razón para acabar con su sufrimiento, estoy segura de que, por primera vez desde que lo conozco, voy a tener que decepcionarlo.

Y no tengo ni la más remota idea de cómo vamos a salir adelante.

33

A veces el café te muele

Debe de percibir la negativa en mi semblante, pues hunde los hombros durante un segundo, puede que dos.

Después se yergue y vuelve su expresión inescrutable, la que le muestra al mundo. Incluso sus ojos, que últimamente siempre me miran con ternura, parecen inexpresivos.

—Hudson...

—No pasa nada —me dice y la sonrisa que esboza mientras me coloca el pelo detrás de la oreja es una de las cosas más tristes que he visto en mi vida—. ¿Por qué no intentamos dormir un poco?

Quiero discutir con él, quiero que nos quedemos despiertos hasta que resolvamos este problema. Pero la verdad es que estoy tan cansada que tengo la mente nublada, e intentar lidiar con esto me parece el fin del mundo. Puede que dormir un poco sea exactamente lo que ambos necesitamos para volver a enfrentarnos a este dilema.

A saber... Desde luego, tener la cabeza más despejada no hará daño a nadie.

—Vale.

Me levanto para ir al baño a darme una ducha, pero me temo que podría quedarme dormida de pie bajo el chorro de agua. Al final me desnudo hasta estar en ropa interior y me meto en la cama. Hudson viene unos segundos más tarde y me duermo incluso antes de que pueda taparnos con la manta.

Duermo como un pedrusco (sí, quería hacer la broma) durante horas y solo me despierto porque Hudson está sentado a los pies de la cama sosteniendo una taza de café que ha pedido a domicilio.

La parte cobarde de mí quiere centrarse solo en el café, cualquier cosa antes que ver de nuevo la derrota que mostraban sus ojos cuando nos fuimos a la cama, pero él se merece algo mejor. Nuestra relación se merece algo mejor.

Así que, despacito y con cuidado, levanto la mirada hasta la suya y me estremezco de alivio cuando me percato de que los ojos que me la devuelven son tiernos e indulgentes, como siempre. Aun así, no puedo evitar hacer la pregunta.

—¿Estás bien?

Porque yo no estoy segura de estarlo.

—Como una rosa. Es increíble lo mucho que te cambian unas pocas horas de sueño.

Ahora estoy preocupada y con razón, porque Hudson habla con ese acento británico que solo usa cuando está cabreado que te cagas y gritando palabrotas a los cuatro vientos. ¿Y eso qué querrá decir? ¿Que está fingiendo estar

bien cuando en realidad no lo está? ¿O que ha aceptado mi decisión y trata de vivir con ello?

Cualquiera de esas dos opciones me sienta como una patada (lo último que quiero hacer es herirlo), pero también contribuye el hecho de que no sé qué hacer, qué decir, para mejorar las cosas.

Al final es él quien las mejora al sostener la taza de café donde no puedo alcanzarla.

—Tienes quince segundos para levantarte y cogerla —bromea— o la vacío por el desagüe.

—¡No te atreverás! —exclamo y me aferro al salvavidas que me ha ofrecido. Que nos ha ofrecido.

—¿Eso crees?

Comienza a levantarse, pero me agarro a él y vuelvo a hacer que se siente; después intento coger la taza con manos codiciosas.

—Dame, dame, dame —suplico.

Me la ofrece con una sonrisa.

—He probado en cuatro sitios distintos, pero parece ser que en Irlanda no se lleva mucho el Dr Pepper. Ni las Pop-Tarts. —Me entrega una bolsa de papel blanco—. Aquí dentro hay una ración de macedonia, un yogur, una magdalena y un sándwich de la panadería que hay un poco más abajo, en esta misma calle.

—¿Qué panadería? —pregunto mientras miro por la ventana hacia los acantilados y el océano picado, que se extienden hasta donde me alcanza la vista. Las únicas dos estructuras que alcanzo a ver son las casas que forman parte de esta propiedad, donde están alojados los demás—. Y ¿qué calle?

Se encoge de hombros.

—Vale, bien, puede que esté un poquito más lejos de lo que he dicho. Pero les he dado una buena propina, así que estamos en paz.

—Pues claro que sí.

Pongo los ojos en blanco mientras coloco en la mesilla de noche el café sorprendentemente delicioso que nos han entregado y agarro la bolsa. Mi estómago está tan eufórico ante la perspectiva de alimentarse con comida de verdad, que está casi bailando. Es entonces cuando me doy cuenta de que hace tiempo que no como nada que no sean Pop-Tarts. Quizá Hudson tenga razón. Una no puede vivir solo de Pop-Tarts, por mucho que lo intente.

—¿Qué hay de Macy y del resto? —pregunto mientras pincho una uva con el tenedor.

—También les he pedido comida —contesta dando un sorbo largo a la botella de agua del aparador.

—Eres el mejor —lo piropeo con una sonrisa, y por fin comienzo a relajarme de verdad.

«Las cosas van bien entre nosotros —me aseguro a mí misma—. Hudson está bien. Quizá tenía razón y solo necesitábamos dormir un poco.»

Ladea la cabeza de la forma en que lo hace cuando quiere decir «pues claro».

—Lo intento.

Hablamos de temas triviales mientras como (de Irlanda, de nuestros amigos, de Cyrus), pero en cuanto me tomo el último bocado del sándwich, Hudson me da la mano y anuncia:

—Tenemos que hablar.

Y a la mierda mi optimismo. Y mi capacidad de respirar. Porque, con varias horas de sueño o ninguna, no he cambiado de opinión acerca de sus poderes.

—Lo siento, Hudson. Lo siento mucho...

—No te preocupes —interviene mientras alza una mano para interrumpirme—. No es sobre eso.

—Entonces ¿sobre qué? —indago con cautela—. Porque no hay ninguna conversación buena que empiece con esas palabras.

—Puede que no —responde con esa mirada compungida —. Pero digamos que hay distintos niveles de malo, y este tampoco es para tanto.

—Vale. —Me tomo un último sorbo de café para prepararme mientras el pánico me aletea en el interior del estómago: hace que note una sensación de vacío, que dé vuelcos y me arrepienta de haber comido tanto—. Y ¿de qué clase de malo estamos hablando?

—No es para tanto, si lo miras con perspectiva.

—Fantástico. En fin, ¿a quién no le gusta jugar con la perspectiva? —Suspiro de forma afectada mientras me preparo para lo que sea que vaya a decirme—. Muy bien. ¿Qué pasa?

Empieza a hablar, pero luego se interrumpe con una risa nerviosa.

—¿Por qué no nos tranquilizamos un poco antes?

Levanto una ceja.

—Creo que ese barco ya ha zarpado.

—Ya. —Suspira—. Tienes razón.

Y después no dice nada más durante lo que parece una eternidad.

Ahora estoy supernerviosa, la ansiedad se desliza por mis entrañas y las convierte en papilla. Intento convencerme a mí misma de que aquello que Hudson tenga que decirme no es para tanto, pero no es típico de él hacer una montaña de un grano de arena; lo de anoche sería un ejemplo perfecto. Conque, sea lo que sea, es importante, y últimamente *importante* casi siempre quiere decir «malo».

—He estado pensando en la Corte Gargólica —anuncia por fin, justo antes de que empiece a tirarme de los pelos.

No es el rumbo que me esperaba que tomara la conversación, y parpadeo en su dirección un par de segundos antes de hablar.

—¿Qué pasa con ella? —Antes de que pueda pronunciar palabra, continúo—: Sé que todo el mundo piensa que estoy delirando, pero te juro...

—Nadie piensa que estés delirando. —Me tranquiliza—. Lo cual es la razón por la que me he pasado las últimas horas repasando lo que viste. E intentando elaborar una respuesta.

—¿La has encontrado? —pregunto, a pesar de que ya lo sé. Hudson no estaría intentando ser tan delicado conmigo si no se le hubiera ocurrido algo. Y si ese algo no fuera a disgustarme con casi toda probabilidad.

—Puede. —Entrecierra los ojos meditabundo—. ¿Recuerdas aquella noche en la lavandería? ¿Cuando bailaste conmigo?

—¿Te refieres a la noche en la que me dijiste que me callara y bailara contigo? —inquiero con una sonrisilla, porque está claro que me acuerdo.

—Me parece que fue la canción la que te lo dijo.

—Y ¿quién controlaba la música?

Se encoge de hombros.

—No es culpa mía que tenga buen gusto y sea tremendamente oportuno.

—Y eso sin mencionar tu ego, que no es nada cargante.

Pongo los ojos en blanco.

—Ser humilde está muy sobrevalorado. —Se desvanece su sonrisa—. Bueno, fue entonces cuando viste todos los hilos por primera vez, ¿verdad?

—Pues sí —corroboro. No puedo descifrar adónde quiere llegar con esto, pero intuyo que es importante. Puedo apreciarlo en sus ojos, percibirlo en su voz.

—Es la primera vez que vi tu vínculo con Jaxon en primera persona. —Hace una mueca—. Estuvo guay.

—Seguro. —Le aprieto la mano—. ¿Adónde quieres llegar, Hudson? Porque he de decirte que esto que te traes entre manos de ir por partes me está poniendo de los nervios.

—Lo siento. Solo intentaba ponerte en situación. —Se inclina hacia mí y me da un beso con ternura—. Y de verdad que no hay nada por lo que ponerse de los nervios. Te lo prometo.

—Vale.

No me lo creo, pero supongo que no es el momento para meternos en eso. No si me queda alguna esperanza de que vaya directo al grano...

—También había un hilo verde esmeralda. ¿Te acuerdas?

—¿Que si me acuerdo? Lo veo cada vez que me dispongo a tocar uno de mis hilos, es decir, a todas horas, si tenemos en cuenta que uso el hilo platino para convertirme en gárgola.

—Ya. —Se aclara la garganta—. Bien, ¿sabes a qué te conecta ese hilo esmeralda?

Y así sin más, las mariposas de mi estómago se convierten en polillas carnívoras gigantes.

—Creo que la pregunta correcta sería, ¿sabes tú cuál es la conexión?

Su mirada se clava en la mía cuando contesta:

—Puede.

34

La teoría del hilo (esmeralda)

—«Puede» no es una respuesta, ¿sabes? —digo, y lo observo con atención; quizá haya algo en él que me deje ver lo que está pensando.

—Lo es cuando no estoy seguro de si tengo razón. —Hace una pausa—. Había pensado hablar contigo del tema cuando llegáramos al Katmere, pero, la verdad, no hemos tenido un momento de paz, y tampoco estaba seguro de que estuviera en lo cierto. Pero los recuerdos que tienes de haber visitado la Corte Gargólica... Bueno, vaya por delante que ya te he dicho que no sé si tengo razón...

—Ya, bueno, y tampoco sabes si no la tienes, así que suéltalo de una vez antes de que termine de perder la cabeza. ¿A quién me conecta mi hilo esmeralda?

—¿Recuerdas haberlo tocado alguna vez? —pregunta—. Puede que lo hayas rozado.

Estoy a punto de contestarle que no, pero miro en mi interior y me fijo en todos mis hilos; entonces me percato de lo cerca que está el hilo esmeralda del platino. Y si tenemos

en cuenta la de veces que estiro la mano para aferrarme al hilo platino (y las situaciones en las que estoy cuando lo hago), todo es posible.

—No lo sé. Igual sí, podría ser... ¿Por...?

—¿Puedes pensarlo bien, por favor? ¿Lo tocaste ese día en la biblioteca, cuando discutimos y te convertiste en piedra?

—Creo que no... —empiezo, pero la mirada que veo en su rostro me dice que es importante (muy importante, de hecho), así que cierro los ojos e intento imaginarme lo que pasó—. Estaba cabreadísima ese día. Estabas siendo un completo gilipollas, así que estiré la mano y cogí el hilo platino y... —Me detengo al ver cómo rodeo con la mano mi hilo de gárgola y, al hacerlo, rozo con los nudillos el hilo esmeralda—. ¿Por eso te pusiste como un loco? —pregunto —. ¿Porque sabías que estaba tocando ese hilo?

—Me puse como un loco porque te estabas convirtiendo en piedra..., en piedra de verdad, como te pasó esos cuatro meses que estuvimos atrapados juntos.

—¿Me estás queriendo decir que era lo mismo? —pregunto con incredulidad.

—Lo que estoy diciendo es que a mí me pareció que era lo mismo, las dos veces.

—Pero eso no tiene sentido. —Niego con la cabeza mientras intento ordenar las ideas y asimilar lo que me está diciendo—. La primera vez que me convertí en piedra ni siquiera sabía que los hilos existían, así que, ¿cómo iba a tocar el hilo esmeralda en aquel momento?

—¿Por instinto? —propone—. ¿Por accidente? Si pasó, ¿de verdad importa tanto cómo pasó?

—Ni siquiera sé por qué importa que haya podido pasar —contesto.

—Porque quieres saber cómo llegaste a la Corte Gargólica. Y estoy casi seguro de que el hilo esmeralda es la respuesta.

—Pero no toqué el hilo esmeralda antes de aparecer en la Corte Gargólica.

—¿Estás segura?

—Pues claro que estoy segura. Alistair me rozó y entonces...

Me callo porque me doy cuenta de que puede que Hudson tenga razón. Cuando pasó, me precipité a coger el hilo platino, y no es que tuviera mucho cuidado al hacerlo. Así que es factible que rozara el hilo esmeralda con los dedos.

—No lo entiendo —le confío un segundo después—. Jamás había estado en la Corte Gargólica. Y ni siquiera me había imaginado que un lugar así podía llegar a existir. ¿Cómo es posible que fuera yo quien nos llevara hasta allí solo por rozar mi hilo esmeralda?

—No lo sé, pero estoy casi seguro de que fuiste tú.

—Todos mis hilos me conectan con alguien. Contigo, con mis amigos, con mi gárgola. Entonces ¿por qué este hilo tiene el poder de...? —No termino la frase, pues busco la mejor manera de expresar y entender lo que hace mi hilo esmeralda, y comprendo que ni siquiera lo sé.

—¿Congelar el tiempo? —termina Hudson la frase por mí.

Se me cae el alma (y todos los órganos internos) a los pies.

—¿Hace eso? —susurro—. ¿Detengo el tiempo?

—Es lo que haces tú. Es lo que nos hiciste esos cuatro meses que estuvimos juntos. Y es lo que hiciste (o bueno, mejor dicho, lo contrario a lo que hiciste) cuando volvimos y, bueno, el tiempo había cambiado.

—Y ¿qué tiene que ver ser capaz de congelar y descongelar...? —pregunto, pero Hudson me interrumpe al instante.

—Grace, ¿a quién más conocemos que pueda hacer eso?

—¿Quién más...? —Pero no acabo la pregunta, pues el terror se apodera de mí—. No quiero seguir hablando del tema.

—Pero tenemos que hablarlo, Grace —contesta Hudson con seriedad—. Porque esa mujer es, aparte de ti, la única persona en el mundo que conozco que hace lo que tú puedes hacer.

—Y ¿qué significa eso? —pregunto, aunque la sensación de malestar en el estómago me avisa de que ya sé lo que significa.

—No lo tengo claro. Pero creo que lo mejor será descubrirlo. —Entonces aprieta los dientes antes de añadir —: Quizá la Sangradora sea la única que pueda ayudarnos a encontrar al Ejército Gargólico, Grace.

35

Abrochaos los cinturones, monadas

—Sabía que ibas a decir eso —gruño y me doy la vuelta para enterrar la cara en el almohadón más cercano. No quiero volver a ver a esa mujer. En serio, me niego.

Joder. Joder. Joder. Apenas puedo contener las ganas que tengo de gritar contra la almohada hasta quedarme sin aire en los pulmones. Lo único que me lo impide es que siento la mirada de Hudson pegada a mí, y sé que está bastante preocupado. Solo me falta perder la cabeza delante de él.

Pero, venga ya. Esa mujer es odiosa. Odiosa. Sé que me ha ayudado (a cambio de un alto precio) siempre que le he pedido algo, pero ¿acaso ayudar a deshacer su propio desastre contrarresta el hecho de que fuera ella quien lo causara en un principio? ¿Acaso contrarresta el hecho de que ella fue la que puso todos estos engranajes en movimiento cuando fabricó un vínculo de compañeros entre Jaxon y yo?

La muerte de mis padres, la muerte de Xavier y la de Luca, la pierna de Flint, el alma de Jaxon... Todo esto tuvo

lugar porque la Sangradora se entrometió en mi vida.

Y esa idea es la que hace que me dé la vuelta, la que hace que busque la mano de Hudson y me la lleve al pecho, donde puedo acunarla mientras lo miro a los ojos. Me está sonriendo con indulgencia, pero las comisuras de esa sonrisa que vale millones están marchitas y parecen algo forzadas. Tiene los pómulos un tanto más prominentes que de costumbre, y sus preciosos ojos casi albergan una tormenta, como un ciclón que se arremolina oculto en su cabeza.

—¿Estás bien? —pregunto, aunque sé que está de todo menos bien.

La sonrisa se intensifica.

—Pues claro.

—No lo parece. —Levanto la mano libre para acariciarle la mejilla.

Hace como que está ofendido.

—Hala. Así que ya se ha perdido el encanto, ¿no?

Pongo los ojos en blanco.

—Ya sabes a qué me refiero.

—¿Ah, sí?

Con cuidado, aparta las sobras de la comida que hay encima de la cama. Y después me hace un placaje, me obliga a rodar sin parar hasta que nos mantenemos en equilibrio en el lado contrario de la cama. Está encima de mí, con su absurdo rostro a centímetros del mío.

—¿Sigues pensando que tengo mal aspecto? —pregunta mientras hace danzar los dedos por mis costillas para hacerme cosquillas.

Estoy demasiado ocupada partiéndome de risa para contestar.

—¿Eso es un no? —inquiere mientras las cosquillas se intensifican y van cada vez más rápido.

—¡Para! —jadeo, me estoy riendo tanto que estoy al borde de las lágrimas—. ¡Por favor, para!

Ralentiza los dedos.

—¿Quiere decir eso que vas a dejar de insultarme?

—No sé yo —confieso mientras le agarro ambas manos—. ¿Quiere decir eso que vas a dejar de enervarte?

—¿Enervarme? —Alza las cejas—. Madre mía, ¿sabes que eso no significa lo que crees? Aunque técnicamente sí, porque no estaba teniendo un berrinche, para que lo sepas...

Ay, sí, me he equivocado de expresión. Mierda. He estado intentando sonar más formal y británica para impresionarlo.

—Ya, bueno, es que una tiene un compañero británico, así que ha pensado que debería ser capaz de entenderlo la próxima vez que pierda los estribos y empiece a escupir palabrejas.

Asoma un brillo malicioso en sus ojos.

—Creía que nos entendíamos superbién.

—Así es —corroboro—. Por eso mismo estoy preocupada por ti, Hudson.

—No hay nada de qué preocuparse —contesta, y durante un segundo creo que va a volver a hacerme cosquillas. Al final se limita a dirigirme una sonrisa con unos ojos llenos de ternura.

Sé que debería insistir, sé que debería obligarlo a hablar sobre aquello que lo tiene preocupado. Pero cuando me está

mirando así y solo disponemos de unos instantes para existir sin más, sin toda la mierda que se nos viene encima, no quiero presionarlo. No quiero más que mantenerlo cerca de mi corazón (y el resto de mí) tanto tiempo como me sea posible.

Así que eso hago, envuelvo su cuerpo con brazos y piernas, y me apretujo tanto como puedo contra él.

—Te quiero —susurro contra la fría piel de su garganta. Siento que se le acelera el pulso, la respiración se le entrecorta en el pecho mientras pelea contra los demonios que no quiere compartir conmigo.

—Yo también te quiero —me contesta entre susurros mientras me devuelve el abrazo.

Sin embargo, al final la realidad se entromete camuflada en una retahíla de mensajes que llegan a nuestros móviles a la vez. El resto ya se ha despertado y preparado para urdir planes.

Hudson se aleja rodando para coger el móvil y yo agarro un almohadón y me lo coloco encima de la cara. Igual si hago como que soy un avestruz podré librarme de participar en este debate. Y, en consecuencia, de hacer lo que sé que hay que hacer.

—Sabes que cuanto más te escondas ahí abajo, más decisiones se tomarán sin tenerte en cuenta, ¿no? —pregunta, y la diversión se entrelaza con su acento.

—Lo dices como si fuera algo malo —espeto... y acabo con la boca llena de almohada por tonta.

Hudson se ríe mientras me quita la almohada de la cara.

—Oye, devuélveme eso. —Intento agarrarla, pero la mantiene fuera de mi alcance—. No piensas ser razonable,

¿verdad?

Su sonrisa se ensancha.

—Ya, claro, el que no está siendo razonable soy yo.

—De acuerdo. —Vuelvo a desplomarme sobre la cama y contemplo el techo de azulejos blancos—. Podríamos ir a ver a la Sangradora.

—¿Y tendrás la mente abierta cuando hables con ella?

—¿Vas en serio? —exijo saber con incredulidad—. Eres tú quien no deja de pelearse con ella, ¿por qué me estás dando la charlita sobre ser abierta de miras?

—A mí se me permite pelearme con ella porque me odia. Pero está claro que siente debilidad por ti. Lo cual significa que, si queremos sacarle algo, tienes que portarte bien con esa vieja arpía.

—¿Qué dice de mi persona que una anciana homicida con intenciones oscuras sienta debilidad por mí? —me pregunto.

Hudson sonríe y por fin deja la almohada en la cama, a mi lado.

—¿Que eres tan increíble que hasta una psicópata tiene que quererte?

—Serás pelota.

Y entonces, para que no se crea que se ha librado, cojo el almohadón y se lo lanzo.

Lo captura sin pestañear (qué sorpresa) y luego pregunta:

—¿Está funcionando?

—¿Qué te parece?

Salgo de la cama y alcanzo la mochila de camino al baño. Puede que me sienta mejor sobre toda esta odisea después de cambiarme de ropa.

Con eso en mente, me lavo los dientes, abro el agua de la ducha e intento con todas mis fuerzas hacer caso omiso al hecho de que Hudson está escuchando *One Step Closer* de Linkin Park muy bajito en la habitación de al lado. Sé que piensa que no puedo oírlo con el ruido de la ducha, pero es una de esas canciones imposibles de ignorar, sobre todo después de lo que hablamos antes de quedarnos fritos.

¿Es una selección aleatoria dentro de una lista de reproducción? ¿O ha escogido esa canción de forma inconsciente porque refleja sus sentimientos? ¿Cómo de cerca está de romperse?

Es una idea de mierda en medio de una situación de mierda, y me paso media hora dándole vueltas a este desastre mientras me ducho y me visto. Son las diez de la mañana pasadas, lo que significa que en Alaska todavía es de noche. Quizá no es el mejor momento para presentarnos en la cueva de la Sangradora, pero como quedan unas tres horas para que amanezca es el momento perfecto para que Hudson llegue allí, pues ahora mismo no puede exponerse a la luz del sol. Lo cual quiere decir que apenas tengo tiempo para prepararme. No me queda otra que hacerlo.

Aun así, antes de que nos plantemos allí pidiendo respuestas (me cabreo solo de pensarlo), supongo que al menos tendré que asegurarme de que Hudson tenga razón. Conque después de ponerme la sudadera, me reclino contra el lavabo y cierro los ojos. Entonces respiro hondo y me permito mirar (más bien escudriñar) todos los hilos que hay en lo más profundo de mi ser. Lo cual, aunque suene raro, no significa mirarlos con los ojos.

Usar el término *mirar* para la forma en la que veo mis hilos es la forma sencilla de explicarlo, pero en realidad no uso los ojos para hacerlo. Pienso en ellos y entonces aparecen en mi mente, igual que puedo ver a mi osito de peluche de la infancia, Granuja, o la sonrisa de mi madre cuando me apetece. Así que miro en mi interior para buscar los hilos y ahí están todos, como siempre.

El vínculo de compañeros de color azul brillante que me une a Hudson. El hilo completamente negro que me conecta a Jaxon. El hilo platino de mi gárgola. El rosa eléctrico de Macy. El finísimo hilo turquesa de mi madre y el de color marrón rojizo que es mi padre... Me estremezco al ver el estado precario en el que se encuentran. Aunque supongo que tiene sentido, ya que hace meses que fallecieron. Pero aun así, ver cómo van desapareciendo poco a poco duele mucho más de lo que estoy dispuesta a admitir.

Examino los hilos uno a uno, me guardo el verde esmeralda para el final porque no quiero lidiar con él. Y, para qué mentir, también porque me da un poco de miedo. Sobre todo porque brilla con más intensidad que cualquiera de los otros, excepto el de mi vínculo con Hudson. No sé qué significa eso, y no estoy segura de querer saberlo. Lo último que quiero o necesito es descubrir que también tengo un vínculo con una anciana vengativa que vive en una cueva.

Una madrastra paranormal es demasiado para mí, gracias.

Aun así, he aprendido que esconderme de mis problemas no hace que desaparezcan. Así que respiro hondo y, sin

permitirme pensar más en ello, agarro el hilo esmeralda de forma intencionada por primera vez en mi vida.

Y no estoy nada preparada para lo que ocurre a continuación. Pensaba que me convertiría en piedra o que quizá el reloj de mi móvil se ralentizaría. Joder, incluso que quizá me convertiría en una gárgola de seis metros.

Y cualquiera de esas cosas habría sido mejor que esto, que esta anarquía.

36

Sacas la bomba que hay en mí

La velocidad a la que la electricidad me recorre todo el cuerpo me corta el aliento. Y, después, lo siento enroscándose en mi interior, como una serpiente preparándose para atacar. Más y más poder girando, retorciéndose, llenando cada una de las células de mi cuerpo, hasta que ya no tiene más lugares a los que ir. El tatuaje que llevo en el brazo, y que puede absorber magia, se llena al instante, y aun así todavía queda poder corriéndome por las venas, gritándome para que lo deje salir. Para que le permita hacer lo que se supone que debe hacer: destrozar todo lo que se interponga en su camino.

Y jamás he tenido tanto miedo en mi vida. Miedo a lo que tengo dentro, a esta abrasadora necesidad por prender el mundo en llamas y verlo todo arder, arder, arder.

Suelto el hilo por instinto, pero el poder que se me enrosca en los músculos con fuerza todavía grita para que lo libere, y soy consciente de que apenas dispongo de unos segundos antes de perder el control. Paseo la mirada por el

baño buscando una salida, pero, en cuanto comprendo que la única forma de salir es por la puerta, oigo que Hudson habla con alguien al otro lado y le dice: «Pasa, Grace está saliendo de la ducha, pero...».

Me muevo por puro instinto: me meto en la bañera y me hago un ovillo... El momento exacto en que todo mi cuerpo explota, o esa es la sensación que tengo. Oigo un trueno ensordecedor al tiempo que la electricidad de mi interior se libera en un segundo. La onda expansiva hace temblar las paredes, el espejo se hace añicos, y el techo se derrumba a mi alrededor; los restos de escayola levantan una densa nube de polvo que hace que me sea imposible ver nada.

Hudson abre la puerta de par en par justo cuando mi respiración se vuelve superficial; me pitan los oídos y tengo la vista borrosa. Un ataque de pánico me sobreviene. ¿Qué acabo de hacer? ¿Y cómo?

Apenas he sujetado el hilo esmeralda un par de segundos, y casi me traga entera y me convierte en alguien que apenas reconozco: un monstruo que quería comerse el mundo.

Me llevo las rodillas al pecho y me balanceo hacia delante y hacia atrás en la bañera, mientras las lágrimas me ruedan por las mejillas. Por un segundo me preocupa que Hudson se asuste al verlas, pero debo de haber abierto la alcachofa de la ducha sin querer al meterme en la bañera, porque siento cómo el agua me rocía ambos lados de la cara, y se lleva mis lágrimas con ella.

—Tranquila, Grace, estoy contigo —me susurra Hudson contra el pelo, pero no sé cómo va a estarlo, si yo estoy en la bañera y él junto a la puerta...

La tierra no para de moverse, y yo pestañeo.

—Acabo de... ¿Acabo de romper la tierra? —Mi voz suena aflautada y temblorosa, pero Hudson me ha oído, porque suelta una risilla; aunque parece más una risa nerviosa que una auténtica porque le haya hecho gracia lo que he dicho.

—No, cariño, no has roto la tierra. Pero estoy segurísimo de que no me van a devolver la fianza. De hecho, puede que ahora sea el dueño de un faro.

Noto algo blandito bajo las piernas y entonces me doy cuenta de que Hudson debe de haberme llevado en brazos del baño a la cama. Me pasa las manos por la ropa húmeda, comprobando que no estoy herida, pero estoy demasiado conmocionada para hacer algo más que recomponerme en silencio. Me resulta casi imposible llenar mis pulmones de aire, y estoy empezando a marearme por las respiraciones superficiales; me tiemblan las manos y me abrazo las rodillas, haciéndome una bola.

—¿Está bien? —pregunta Macy desde el umbral de la puerta, y después suelta un grito ahogado—. ¿Qué ha pasado?

—Grace, ¿sabes cuánto es dos más dos? —me pregunta Hudson.

¿Por qué me hace un examen de mates cuando apenas puedo respirar? Madre mía, me habré dado un golpe en la cabeza, y teme que tenga una conmoción. Me castañetean los dientes con tanta fuerza que la mandíbula me duele una barbaridad, y siento que se van a romper en cualquier momento, pero al final logro responderle:

—Cu-cuatro.

—Eso es, nena. ¿Y cuatro más cuatro?

Otra respiración corta y, después, tartamudeo:

—O-ocho.

—¿Y ocho más ocho?

Esta vez puedo inspirar un poco más hondo, y abro los ojos para hacerle ver que estoy bien. Debe de estar histérico si se le ve tan preocupado por si me he hecho daño en la cabeza. Tras respirar una vez más, consigo decir:

—Die-dieciséis.

Hudson suelta un largo suspiro, se recuesta a mi lado y después tira de mí contra su regazo. Yo me aferro a su calidez y, cuando me rodea con el cuerpo, se relaja el castañeteo de dientes.

—Inspira una vez más, Grace. Eso es. Vas a estar bien.

Me acaricia los brazos con las manos, arriba y abajo, y aleja la estela de frío que me ha dejado en los huesos tocar ese maldito hilo esmeralda.

Miro a mi prima, que mueve la varita hacia el baño antes de acercarse a la cama, pasando el peso de un pie al otro, sin saber bien qué hacer, cómo ayudar. Estiro la mano y le cojo la suya.

—E-estoy bien.

Un segundo después veo a Jaxon y a Mekhi en el umbral de la puerta, ambos con la mirada clavada en el baño del que me acaba de sacar Hudson, con la boca completamente abierta. Entonces me vuelvo para ver lo que están mirando. Y me quedo helada.

La pared que separaba el dormitorio del baño ya no está. Como tampoco está la pared que había al otro lado de la bañera, lo que le da a la habitación unas vistas preciosas, y enormes, del océano. El lavabo está en el suelo, partido en

dos trozos de porcelana que yacen junto a las tuberías rotas, y tengo la ligera sensación de que Macy debe de haber lanzado un hechizo para parar el chorro de agua que inundaba el dormitorio. La bañera ha sobrevivido a la explosión, pero poco más. Una parte del techo descansa sobre el borde de la bañera, justo donde yo tenía las piernas. Me estremezco al darme cuenta de que, si hubiese caído un par de centímetros más adelante, me habría dado de lleno en la cabeza.

—¿Qué cojones ha pasado aquí? —pregunta Jaxon, y nos mira a Hudson y a mí—. Grace, ¿estás bien?

—E-estoy bien —repito, un poco más templada, pero es lo único que logro decir.

Hudson levanta una ceja, y dice:

—Me parece que Grace ha decidido coger su hilo esmeralda... y me ha quitado unos cien años de vida.

37

Se va a liar una buena

—El hilo esmeralda es... —Me detengo, repaso mi vocabulario para encontrar la forma de describirlo, y me doy cuenta de que no existe la palabra exacta. Al final me inclino por la mejor respuesta que se me ocurre—. Peligroso.

Hudson me regala una sonrisa.

—Vaya, pues suena alucinante.

—Ya, claro. —Niego con la cabeza. Mi compañero tiene que estar mal de la cabeza si piensa que eso ha sido divertido.

Sigo débil cuando me vuelvo hacia mi prima, pero es mirarla y hago a un lado mis propios problemas. Porque mi dulce prima tiene el aspecto de una mujer con una misión. Y no una misión cualquiera, sino una en la que no planea tomar rehenes.

Su apariencia es verdaderamente feroz; se ha teñido el pelo en distintas tonalidades de rojo, naranja y amarillo, de forma que parece que tenga llamas en la cabeza. En sus

párpados se aprecia un delineado grueso y sus prendas son de color negro carbón.

—Tu pelo es una pasada —señalo, y es cierto.

Ella se limita a contestar:

—He pensado que ya era hora de un cambio.

—Bueno, pues me encanta —aseguro, y extiendo la mano para tocar los mechones de colores intensos—. Estás increíble.

—Fingirlo hasta sentirlo, ¿no es así? —declara torciendo los labios en una mueca de tristeza que hace que se me encoja el corazón.

—Sí, algo así —corroboro mientras le pido con un gesto que se siente en el borde de la cama—. ¿Qué ocurre?

Pone los ojos en blanco.

—Quería quejarme de mi madre, pero eso puede esperar. —Apunta a la pared desaparecida y luego mueve la mano en mi dirección para secarme la ropa al instante antes de meterse la varita en la riñonera—. ¿Te apetecía hacer unas reformillas de buena mañana?

Empiezo a restarle importancia, pero la mirada que me dirige me advierte que no lo haga. Suelto un suspiro lastimero, porque de verdad que no me gusta nada pensar en qué significa esto, e informo:

—Hudson cree que mi hilo verde esmeralda me conecta con la Sangradora, aunque aún no sabemos bien cómo.

—¿La Sangradora? —Macy abre los ojos como platos y habla casi a chillidos cuando pregunta—: En plan, ¿la Sangradora que vive en una cueva y es el ser paranormal más peligroso del planeta?

—¿Acaso existe otra? —pregunta Hudson tajante.

—Pues espero que no. —Finge un escalofrío—. Y ¿cómo te hace sentir eso?

Mi mirada se dirige a la espalda de Jaxon mientras él y Mekhi se dedican a levantar el techo caído y a ocuparse de arreglar el baño. Hace como que no está escuchando todas y cada una de las palabras que estamos pronunciando, pero vacila ante la pregunta de Macy y sé que está esperando mi respuesta. Lo que me resulta más curioso es que no parece nada sorprendido al escuchar que estoy conectada con la Sangradora de alguna forma. Anoto mentalmente que tengo que preguntarle al respecto más tarde y vuelvo a dirigir mi atención hacia Macy.

—¿Cómo crees que me hace sentir? Me dan ganas de vomitar. Es horrible y juro por Dios que como descubra que también tengo un vínculo con ella, cuelgo las alas, la corona y todo lo que se me ocurra.

Hudson se ríe.

—Los vínculos entre compañeros no funcionan así. No puedes tener varios si el otro compañero no está interesado en...

—Ya, eso ya lo he oído antes —interrumpo con un resoplido—. Y mira cómo he acabado.

—Pues has acabado siendo mi compañera, gracias.

Intenta que su indignación suene veraz, pero se está tronchando de risa.

—Bueno, ¿y qué quieres hacer? —inquiere Macy después de un rato.

—¿Que qué quiero hacer? —espeto—. ¿O qué pienso que deberíamos hacer?

Ella se ríe.

—Un día de estos esas dos opciones serán la misma.

—Ya, bueno, pues sin duda hoy no es ese día.

—Eso pensaba. —Se detiene, juguetea con un mechón de color rojo fuego enrollándolo en el dedo mientras mira a todas partes menos a mí—. ¿Crees que sabrá algo sobre mi madre?

—¿Te soy sincera? Creo que sabe un poco de todo. Deberías preguntarle cuando vayamos, sin duda.

—Entonces ¿vamos? —indaga Hudson.

—Te lo repito, hay diferencia entre «querer» y «deber». Pues claro que vamos. ¿Quiero? Ni un poquito. Pero tengo preguntas y también las tiene Macy, y ambas nos merecemos respuestas.

—Sé que llevas razón. Pero lo cierto es que ni siquiera sé lo que se supone que debo preguntar. —Macy alza las manos mientras su mirada va de Hudson a mí.

—¿Qué te parece «por qué me abandonó mi madre para huir con el rey vampiro»? —sugiere Hudson—. O ¿«por qué trabajaría una bruja para el vampiro más vil de la historia»?

—Todo buenas preguntas —afirma Macy con un susurro tembloroso—. ¿El único problema? Que no sé si podré soportar conocer las respuestas.

—Ay, Mace. —Le aprieto la mano y ella me devuelve el apretón durante un segundo antes de apartarla.

—Y no solo eso: ¿por qué no me lo habrá contado mi padre? Me ha dejado pensar que nos abandonó y que no tenía ni idea de dónde estaba.

—Puede que no lo... —comienzo, pero me interrumpe antes de que pueda añadir nada más.

—No me lo creo. ¿Sabes cuántas veces habla con Cyrus al año? ¿O cuántas veces ha estado en la Corte Vampírica durante los últimos ocho años? —Niega con la cabeza—. Es imposible que no lo supiera. Y eso significa que no me lo contó a propósito. Lo que es peor, me miró a la cara y me mintió cuando le pregunté.

Tiene razón. Sé que tiene razón, al igual que me hago una idea bastante clara de cómo se está sintiendo. Porque cada vez que descubro que mis padres me mentían sobre algo más, me siento de la misma forma. Traicionada. Dolida. Enfadada. Ingenua.

Es que ¿cómo pude no saberlo? ¿Cómo pude no ver las diminutas contradicciones que había? Nadie esconde tantas mentiras (mentiras que tienen que ver con todo lo que son y en lo que creen) sin cometer algún desliz. ¿Cómo es posible que no los pillara?

El hecho de que seguramente Macy se esté haciendo las mismas preguntas y esté sintiendo el mismo dolor, hace que me cabree con el tío Finn. ¿Por qué se lo ocultaría? Y ¿pensaba contárselo en algún momento? ¿O iba a dejar que viviera toda la vida pensando que su madre había desaparecido de la faz de la tierra?

—Tenemos que visitar a la Sangradora sí o sí —decido, y las palabras se me atragantan. Porque, si me saliera con la mía, jamás volvería a ver a esa cabrona—. Si vamos a rescatar a los alumnos y a volver a ver a vuestros padres, necesitamos más respuestas. Y Hudson y yo creemos que podrá revelarnos dónde se esconde el Ejército Gargólico.

—Bueno, no nos vendría nada mal un ejército que nos guarde las espaldas —asegura Macy con un suspiro—.

¿Cuándo?

Quiero aplazarlo, pero cuando mi mirada se encuentra con los ojos azul eléctrico de Hudson, sé que esa no es una opción. Incluso antes de que enarque una ceja y diga:

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

38

Divide y te vencerán

—Sabía que ibas a decir eso. —Mi prima vuelve a suspirar—. Puedo abrir un portal que nos lleve a Alaska, pero no uno dentro de la cueva de la Sangradora; nunca he estado allí, así que no te olvides de coger la chaqueta.

Es evidente que me lo está diciendo a mí, no a Hudson. Mi sudadera es la prenda más calentita que he traído conmigo, y ya la llevo puesta. Pero me levanto y rebusco en la mochila para ver si tengo algo que pueda ponerme en capas; entonces me percato de que solo me queda una muda limpia y de que deberé hacer la colada en cuanto regresemos al faro. Bueno, yo y todo el grupo, teniendo en cuenta que ni siquiera han cogido ropa limpia.

Jaxon y Mekhi han ido a buscar al resto, así que dispongo de un par de minutos para mejorar mi modelito para el viaje que me espera.

—¿Se me permite decir que tener que preocuparme por llevar ropa interior limpia y por detener el apocalipsis al mismo tiempo es una puta mierda? —refunfuño mientras

me paso un jersey por la cabeza, que me pongo encima de otra camiseta.

—Ya ves —coincide Macy.

—Iré a comprar cuando anochezca —dice Hudson después de colgar lo que ha sido una llamada muy interesante con el dueño del faro.

Por lo que he oído, ahora es el orgulloso dueño de un histórico faro en Irlanda. Cosa que, debo admitir, me avergüenza un poquito, ya que lo es porque yo he reventado un baño. Bueno, cuando toda esta pesadilla haya acabado, más me vale volver aquí y demostrarle a mi compañero lo mucho que me gustan los faros.

—El antiguo dueño enviará a un contratista para que ponga un poco de pladur y tapar así nuestra nueva... ventana. —Hudson me guiña un ojo y añade—: A ver si puedo recoger un par de cosas para el resto cuando vaya más tarde.

—No tienes por qué —empiezo, pero Macy me lanza una mirada que bien podría decir: «Cierra el pico ahora mismo», y después bate las pestañas y le lanza una sonrisa superdulce.

—Hudson, eres el mejor.

—Eso dice Grace —bromea, y esboza una sonrisa traviesa para mí.

—Ya te gustaría —contesto poniendo los ojos en blanco. Pero, cuando me tiende la mano, la cojo. Porque es Hudson, y es mío, con sus ridículas peticiones (y su ridículo ego) y todo.

—Por lo general me gusta abrir los portales en el exterior porque tengo más sitio, pero, como eso aquí es imposible,

con los vecinos tan cerca —explica—, creo que podré abrir uno en el piso de abajo.

—Teniendo en cuenta lo que hiciste para llevarnos a la Corte Bruja, estoy convencido de que puedes abrir un portal donde te dé la gana —dice Hudson.

—¿Verdad? —Asiento con la cabeza, todavía impresionada por cómo mi prima mantuvo abierto el portal incluso después de haberlo atravesado—. Fue una auténtica pasada. Es que, a ver, ni siquiera sabía que eso podía hacerse.

—Porque son muy pocas las brujas que pueden hacerlo —me cuenta Hudson antes de volverse hacia mi prima—. La Corte Bruja debería besarte los pies, y no echarte de malas formas.

—Ya, ya, la Corte Vampírica debería hacer lo mismo contigo —responde ella—. Cyrus es un... No se me ocurre una palabra lo bastante fuerte.

—Un psicópata —propone Hudson sin emoción.

—Me vale —dice Macy, y nos volvemos para bajar las escaleras.

Jaxon debe de haberle dicho a todo el mundo que vengan rápido, porque el resto del grupo está apelotonado en el estrecho salón del piso de abajo. Mekhi está tumbado en el sofá de cuero marrón, con las piernas apoyadas en la mesita del centro. Byron se ha sentado a su lado y el resto de la Orden se ha acomodado en los taburetes de la encimera de la cocina. Dawud ocupa la única silla que hay, y Flint y Eden están apoyados contra la pared más alejada. Jaxon, de pie en el centro de la habitación, parece el amo y señor del lugar.

El salón está atestado de gente, y no queda ni medio metro cuadrado libre, así que me pregunto si Macy se plantea abrir el portal en el armario.

—Vamos a ver a la Sangradora —anuncio—. Pero no todes tenéis que venir si no queréis. Yo misma sé que no quiero.

—¿En serio? —pregunta Dawud con los ojos como platos —. ¿Os vais a pasar por su casa y ya? —Por su voz, parece que es lo más raro que ha oído en su vida. Aunque, bueno, quizá lo sea. Esa mujer es casi una salvaje, al fin y al cabo.

—¡Me apunto! —dice Mekhi, y golpea el suelo con las botas—. Siempre he querido conocerla.

—Yo también —afirma Liam.

—No —dice Jaxon—, es primordial que toda la Orden, excepto Mekhi, vaya a la Corte Vampírica. —Entonces el silencio se adueña de la habitación mientras lo miramos con la boca abierta—. Es el único remedio —continúa—. Necesitamos información. Dónde tiene Cyrus encerrados a los alumnos, si corren peligro o si disponemos de más tiempo para trazar una estrategia, lo que sea que nos sirva de utilidad.

Hudson carraspea.

—Así que envías a tus amigos a una muerte segura, ¿no? No sabía que fueras así, Jaxon.

Su comentario le granjea una mirada llena de odio.

—Los padres de Luca eran leales a Cyrus... No debemos dar por hecho que la Orden no será bien recibida. Y si se muestran recelosos, les decís que os habéis cansado de ir con el bando perdedor. —Entonces me señala con la mano.

—Joder, gracias —refunfuño.

Liam niega con la cabeza.

—Dudo que vayan a tragarse esa excusa. Creo que lo mejor es que nos mantengamos unides. Es posible que necesitéis nuestra ayuda con la Sangradora.

—Pues haced que se la traguen —replica Jaxon—. No vamos a llegar a ningún lado sin uno o varios topos. Y será más seguro si va toda la Orden. Además, me crie con la Sangradora. Estaremos bien. Os necesitamos para que espiéis a la Corte por nosotres.

Parece que Liam va a oponerse de nuevo, pero Dawud levanta la mano y él se calla.

—Voy yo. Nadie sabe que estoy aquí, y Cyrus confía en mi familia.

Enarco una ceja. Eso último que ha dicho no es moco de pavo, pero me guardo las preguntas para cuando el tiempo no corra en nuestra contra.

—Eden y Flint se vienen con nosotros —digo.

El dragón se frota las manos.

—Vaya, esto será divertido.

—¿Hay algo que debamos hacer para prepararnos? —pregunta Eden, y parece un poco alterada.

—Nada, no saquéis las manos de los bolsillos —murmuro mientras cojo los zapatos del rincón junto a la puerta y me agacho para ponérmelos—. Muerde.

Jaxon me lanza una mirada de desaprobación.

—Solo cuando tiene hambre.

—O cuando alguien la provoca —añade Hudson.

—Ya, claro, bien lo sabes.

Mi compañero se encoge de hombros.

—No es culpa mía que no sepa apreciar mi sentido del humor.

—No como el resto del mundo, es verdad —lo acusa Flint.

Vale, es cierto que ha perdido a su novio y una pierna por la causa (sin olvidarnos de que también perdió a su hermano). Y vale, su madre sacrificó su corazón de dragón para salvarle la vida a Jaxon, un acto que podría costarle a él su legado. Sí, tiene todo el derecho del mundo a estar cabreado. Pero eso no significa que tenga derecho a pagarlo con Hudson, que lucha a su lado, cuando le venga en gana.

No lo regaño por sus palabras, no delante del resto. Pero tengo claro que más tarde voy a buscar un momento para hablar con él del tema.

Macy se vuelve hacia Jaxon.

—¿Dónde está la cueva? No necesito las coordenadas exactas; una idea general me bastaría para saber cuál es la zona de Alaska más cercana que he visitado.

—Si has ido a Copper Center, ábrelo ahí —contesta Jaxon —. Ya os llevo yo desde allí.

—Pues resulta que he ido a Copper Center más de una vez —informa Macy con una sonrisa—. Y eso debería hacer que sea mucho más fácil de lo que me temía. Pero, primero, voy a abrir un portal cerca de la Corte Vampírica.

Mi prima levanta los brazos y empieza a abrir el portal. Detrás de nosotros, la Orden y Dawud reciben unas últimas instrucciones de Jaxon, y Mekhi les hace un par de propuestas sobre dónde puede tener Cyrus encerrados a los alumnos. Flint lo observa todo con un gesto de rabia contenida. Al otro lado de la habitación Hudson y Eden bromean sobre algo de lo que ojalá pudiera enterarme. Quizá así me tranquilizaría un poco.

Porque, en este mismo momento, no puedo evitar que el miedo me revuelva el estómago. Sé que no me va a gustar lo que la Sangradora vaya a contarme sobre mi hilo esmeralda y sobre la maldita tormenta que he creado en el baño.

39

Una pena no poder volver a chuparte la sangre

Tras un viaje rapidito a través del portal arcoíris de mi prima, Jaxon, Flint, Mekhi, Eden, Macy, Hudson y yo nos encontramos en medio de Copper Center, en Alaska, a la una de la madrugada. O, al menos, supongo que nos encontramos justo en el centro del pueblo, pues estamos rodeados de edificios, y me he percatado de que eso no ocurre con frecuencia en este estado.

—Bien hecho, Macy —la felicita Jaxon dándole una palmadita de ánimos en el hombro. Es tan poco típico de él que ella se vuelve para mirarlo con la boca abierta, al igual que yo. Me estoy empezando a preguntar si han poseído su cuerpo en el portal cuando continúa—: Venga, andando.

El hecho de que se desvanezca directamente hacia el norte sin ni siquiera pensar en pedirnos opinión a los demás me tranquiliza. Sigue siendo el Jaxon de siempre, incluso si parece más cercano de lo que nunca lo he visto.

Hudson me mira y pone los ojos en blanco; yo me río. Al menos hasta que me coge en brazos y se desvanece

siguiendo a Jaxon por campo abierto.

—Iba a volar —anuncio, aunque me acomodo contra su cuerpo.

—Me lo imaginaba. Pero cuando vuelas no puedo hacer esto —contesta y se inclina hacia delante para deslizar los labios por mi mejilla—. O esto —continúa justo antes de darme un beso fugaz.

—Tienes toda la razón —aseguro.

Me falta el aliento y a él también, aunque estoy bastante segura de que no tiene nada que ver con lo rápido que está corriendo. Para probar mi teoría, vuelvo a besarlo y no puedo evitar echarme a reír cuando tropieza con una roca por lo que parece ser la primera vez en su vida.

—¡Joder! —farfulla incluso aunque haya conseguido mantener el equilibrio (y no me haya soltado)—. Eres peligrosa, mujer.

—Me alegro de que por fin te des cuenta —afirmo tomándole el pelo mientras recorremos la distancia a toda velocidad.

Por supuesto, está oscuro, pero la luna brilla lo suficiente como para que pueda ver las flores, los lechos del arroyo y el agua que corre por ellos.

Jamás he estado aquí sin que todo el terreno estuviera cubierto por nieve, y me sorprende que mi sudadera sea defensa suficiente para que no me convierta en un cubito de hielo.

Unos treinta minutos después Hudson deja de desvanecerse y se detiene de golpe junto a Jaxon.

—¿Es aquí? —pregunta Mekhi cuando nos alcanza con los ojos bien abiertos y un poco emocionado.

—Es aquí —responde Jaxon mientras avanza con cautela por el suelo rocoso hacia la entrada de la cueva, que sigue parcialmente camuflada.

Decidimos que es un buen momento para tomarnos un breve descanso antes de entrar en la guarida de la vampira. Nunca sabes qué esperar de ella, si necesitarás todas tus fuerzas para pelear... o no.

—Oye, ¿podemos hablar un momento? —le pregunto a Jaxon mientras hago un gesto con la cabeza para que me acompañe a la entrada a la cueva. Macy y los dragones van de un lado a otro, beben o comen algo tras el esfuerzo del viaje, y se mentalizan para enfrentarse a una mujer que a menudo cuelga a gente boca abajo sobre un cubo en su casa.

—Claro, ¿qué pasa? —Me sigue detrás de un árbol y me sonríe, y hay algo en él en estos momentos, algo más cálido de lo habitual, que hace que parezca más abierto.

Sigue teniendo esa actitud mandona (no creo que nada pueda cambiarlo), pero parece menos aislado... Más feliz, supongo que esa es la palabra que estoy buscando. Lo cual hace que me plantee si debemos mantener esta charla o no. El otro día decidí que merecía saber la verdad acerca de la Sangradora, sobre lo que hizo con nuestro vínculo, pero lo último que me apetece es hacerle más daño del que ya le han hecho.

Aunque, cuando levanta las cejas, no se me ocurre nada más que contarle en lugar de esto. Además, no tengo derecho a ocultarle esta información. Pensaba que lo tenía, que podía justificarlo con que no era necesario explicarle la verdad si solo iba a causarle dolor, pero odio que otros me

escondan cosas. No puedo dejarlo correr y hacerle lo mismo a él.

Por eso mismo, señalo con la cabeza una zona un poco más apartada del resto del grupo y sus habilidades sobrenaturales de escucha, y comienzo a caminar hacia allí. Jaxon me sigue, pero, cuando echo un vistazo a los demás, me percato de que Hudson nos está observando. No parece celoso y, si soy sincera, no parece ni que sienta curiosidad. Tan solo parece resignado, y me doy cuenta tarde de que seguramente debería haberle avisado de que planeaba contárselo todo a Jaxon. Ni siquiera estoy segura de por qué no lo he hecho. Quizá porque pensaba que intentaría convencerme de lo contrario.

—¿Grace? —pregunta Jaxon cuando mantengo la mirada fija en lo que hay a mis espaldas—. ¿Va todo bien?

—Sí, claro. —Vuelvo a centrar la atención en él. Al fin y al cabo, soy yo la que ha empezado esto—. Quería charlar contigo un par de minutos. Sobre la... —Los nervios me juegan una mala pasada y se me entrecorta la voz, así que me aclaro la garganta y vuelvo a intentarlo—. Sobre la Sangradora. Hay algo que deberías saber.

Su cara muestra comprensión y me coge la mano para después darme un buen apretón.

—No tienes que decirlo.

—Sí, sí que tengo. Me niego a no contarte algo que...

—Ya lo sé —me interrumpe—. Me lo contó la última vez que vine. Tranquila, Grace.

De todas las cosas que esperaba que me dijera el maldito Jaxon Vega en esta situación, lo del «tranquila, Grace» no se había clasificado ni en el top cien mil. Durante un instante

creo que me va a estallar la cabeza cuando la ansiedad que se me había alojado en el estómago pega un salto hacia arriba y se me coloca al fondo de la garganta.

De hecho, me lleva un rato volver a formar palabras, pero al final lo consigo.

—Un momento. ¿Te contó lo que hizo? ¿Con el vínculo?

—Pues sí —contesta—. Sé que es una faena...

—¡¿Que sabes que es una faena?! —Chillo tan alto que una de las águilas calvas que vuelan sobre nosotros lo habría podido confundir con un grito de apareamiento—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir de lo que nos ha hecho? ¿Que es una faena?

Su sonrisa titubea y, durante un breve instante, su habitual mirada triste que me rompe el corazón reaparece en sus ojos.

—No sé qué más decir, Grace. Odio que te hiciera daño, odio todo por lo que has tenido que pasar por una decisión equivocada...

—¿Equivocada? —Me pregunto si debería estar buscando las cámaras en este mismo instante. Porque, sin duda, sin duda alguna, tiene que ser una cámara oculta. No existe otra explicación para que Jaxon se lo tome con tanta calma —. ¿Cómo puedes ser tan comprensivo? ¿Cómo puedes perdonarla después de casi destrozarnos la vida? Estuviste a punto de perder el alma, Jaxon. Casi... —Me detengo, soy incapaz de mencionar siquiera lo que estuvo a punto de ocurrir hace unos días.

—Pero me dio algo, a ti —replica sin más—. Sin importar lo que haya pasado, sin importar lo que vaya a pasar en el futuro, me concedió el regalo de que me quisieras. De

quererte. ¿Sabes lo que significa eso para alguien como yo? No había sentido nada en toda mi vida, no hasta que tú entraste en ella, y ahora puedo sentirlo... todo.

Las lágrimas asoman a sus ojos de obsidiana. Parpadea para esconderlas en cuanto aparecen, pero no importa. Porque las he visto y vuelven a abrirme el corazón en canal una vez más.

—Ay, Jaxon...

—De verdad que no pasa nada, Grace. —Estira la mano y hace rebotar uno de mis rizos, tal y como hacía antes—. Haber podido quererte significa que algún día podré querer a otra persona, tal vez incluso encuentre aquel vínculo que se supone que está hecho para mí. Antes de ti jamás podría haber imaginado tal cosa. Y ahora... —Se encoge de hombros—. Ahora no me suena nada mal.

Me sobreviene una punzada en el corazón al escuchar sus palabras. No porque todavía lo quiera de esa forma (Hudson es mi todo), sino porque todavía lo quiero. Es mi familia, y no deseo nada más en este mundo que su felicidad; no algún día, sino ahora mismo.

—Eres el mejor. Lo sabes, ¿verdad? —pregunto.

Se encoge de hombros.

—Quizá.

Pongo los ojos en blanco y choco mi hombro contra el suyo, pero él se limita a reírse y a preguntar:

—¿Cómo se llama un *boomerang* que no vuelve?

—¿Un *boome-ganga*? —pregunto sin mucha esperanza.

—¿Un qué? —Niega con la cabeza con fingido desdén—. Eso ha sido malísimo. Lo peor que he oído en la vida.

—¿Ah, sí? Y ¿cuál es la respuesta, listillo?

—Un palo, por supuesto.

Ahora me toca a mí reírme.

—Es tan malo que es bueno.

Parece pagadísimo de sí mismo.

—Exacto.

Nos damos la vuelta para volver a la cueva y mis ojos enseguida se dirigen a Hudson. Ya no nos está observando. De hecho, no está mirando a nadie. En vez de eso, está apoyado contra un árbol alejado, pasando el dedo por la pantalla del móvil como si estuviera concentrado en el perfil más fascinante del mundo.

Parece normal, tan normal que estoy segura de que los demás ni se han percatado. Pero lo conozco lo bastante bien para ver que su dedo índice está dando toquecitos en la parte de atrás de la funda de su móvil, cosa que suele hacer cuando se siente incómodo. Puedo apreciar la mandíbula apretada y los hombros en tensión, como si estuviera preparado para un golpe, asegurándose de que parece que le resbala.

El dolor que me causa verlo así es mucho peor que una punzada en el corazón. Es un puñetazo en el estómago, un tormento que me recorre entera.

Quizá por eso me vuelvo hacia Jaxon y pregunto:

—Oye, ¿puedes hacerme un favor?

—Pues claro. Lo que sea. —Alza las cejas.

—No seas tan duro con Hudson. Él…

—No es tan sencillo, Grace.

—Sé que no lo es. Pero piensa en la conversación que acabamos de tener. Has perdonado a la Sangradora en un

suspiro y estuvo a punto de destruirte. Estuvo a punto de acabar con tu alma.

—Ya, pero él dejó que Luca…

—¿Crees que es fácil para él? —inquiero, y la irritación hace que mi voz suene cortante.

Cruza los brazos por encima del pecho.

—No me parece complicado.

—¿Matar a gente? —pregunto sin dar crédito—. ¿No crees que le pese? ¿No crees que cada vez que usa su poder de esa forma se hace daño? Puede que no deje que lo veas, pero lo está pasando mal. Lo pasa mal por no haber tomado cartas en el asunto antes de que muriera Luca. Y lo pasa todavía peor por el hecho de que al final entró al trapo y mató a todos esos lobos de forma indiscriminada.

Niego con la cabeza, me doy cuenta que por primera vez estoy decepcionada con Jaxon. Decepcionada con Flint, Mekhi y Macy también. Hudson está sufriendo, ha llegado al punto de pedirme que le quite sus poderes, y ellos no pueden ver más allá de sus propias emociones.

—Poseer tal poder es terrible, Jaxon. Tomar la decisión de quién vive o quién muere con un chasquido de los dedos… incluso menos, en realidad. Con un pensamiento. Un pensamiento fugaz. Con solo ese breve instante, el hermano de alguien jamás volverá a casa, un hijo, una madre. Y sabes tan bien como yo que la mayoría de los seguidores de Cyrus no son malvados como él. Solo quieren salir de las sombras. —La voz se me atraganta cuando las lágrimas me cierran la garganta—. Y Hudson los mató con un pestañeo para salvarnos en el Katmere. Si no eres consciente de lo que le ha costado, de lo que sigue costándole, entonces

eres el peor hermano de la historia y él se merece algo mejor.

Jaxon tensa el músculo de la mandíbula, pero no dice nada, no abre los brazos. Sin embargo, me está escuchando, lo noto, así que me aprovecho de ello.

—La Sangradora elaboró un detallado plan que te arrebató la oportunidad de elegir a un compañero, un plan que estuvo a punto de costarte el alma. Y la perdonas como si nada. Pero tu hermano no quiere usar su poder para matar a gente, no quiere parecerse en lo más mínimo a tu padre, ¿y él es el capullo?

Jaxon no contesta, pero asiente antes de que nos demos la vuelta y sigamos caminando hacia los demás. Y, cuando llegamos, mira a Hudson y le pregunta:

—¿Me echas una mano con el resto de las salvaguardas?

No es mucho, pero es un comienzo. Y me sirve.

40

Abuelita, qué colmillos tan grandes tienes

No reconozco nada de lo que me rodea, pero todo está oscuro, y las consabidas capas de nieve ya no están, así que no me sorprende. Ahora que lo pienso, me costó un montón encontrar la cueva incluso de día.

Pero es evidente que Jaxon no tiene ese problema, porque se dirige sin vacilar hacia una pequeña abertura que hay en las rocas, traspasando las salvaguardas. Hudson se coloca al otro lado, y también anula más a su paso. Los dos lo hacen superrápido y, en apenas un par de minutos, todos atravesamos el estrecho túnel de hielo que nos lleva a las profundidades de la cueva.

No hay luz, así que saco el móvil para iluminar el camino y evitar resbalar por el hielo. Macy me imita, e intercambiamos una mirada de consuelo mientras caminamos por el resbaladizo túnel.

Lanzo una mirada furtiva a Flint y descubro que su nueva prótesis aguanta bien el paseo, a pesar de lo escurridizo del camino. Pero no puedo evitar darme cuenta de que no soy

la única que tiene vigilado al dragón. Jaxon (quien se ha quedado al final de la comitiva) va justo detrás de Flint, con la mirada fija en él y listo para cogerlo ante el primer indicio de problemas.

Pero Flint, por su parte, no nos está prestando ni el más mínimo deje de atención; tampoco está concentrado en el hielo. Está encerrado en sus pensamientos, con la mandíbula tensa y la mirada perdida.

—Este lugar es horrible —comenta Eden y, cuando la apunto con la linterna, veo que mira a todos lados con los ojos como platos, asombrada.

—Ni te lo imaginas —le digo.

—¿Qué quieres decir...? —empieza, pero se calla al doblar la esquina. Y resulta más que evidente qué quería decir.

Porque, justo delante de nosotros, a la izquierda, está la parte que menos me gusta de la cueva de la Sangradora; sin contar a la propia mujer, claro.

La sala de desangramiento.

Y está hasta los topes: lo que parece ser un grupo de excursionistas al completo cuelga de las cadenas que hay incrustadas en el techo. Tienen la garganta abierta y se están desangrando en varios cubos; una visión a la que, por desgracia, ya me he acostumbrado tras mis últimas visitas a la cueva.

Sin embargo, hay algo diferente esta vez: la Sangradora está junto a ellos, limpiándose la sangre de la comisura de la boca con una elegante servilleta de tela. Sangre que, estoy segura, todavía está caliente.

Acaba de matar a esa gente, a esas seis personas. Y, a juzgar por la ausencia de las heridas que tendrían que

haberse hecho al defenderse, sé que no tuvieron la oportunidad de luchar por sobrevivir, ni siquiera siendo atacados en grupo.

Y lo entiendo. O, al menos, eso me digo a mí misma. Esto forma parte de su mundo. Los humanos son la fuente de nutrientes de los vampiros. Y, si bien algunos, como mis amigos, beben una mezcla de sangre animal y sangre de humanos voluntarios a los que no han matado (hola, Hudson), hay otros que están más chapados a la antigua. Como la Sangradora. Y Cyrus. Y a saber cuántos más.

Pero me resulta terrible pensarlo. Y todavía más terrible verlo; por eso me esfuerzo por no mirar demasiado. Ni a los cuerpos que se están desangrando, ni a las gotas de sangre que le caen a la mujer por la barbilla.

Al ver a los excursionistas por primera vez, mi prima trastabilla. Suelta un chillido y se cae, y la verdad, no sé si se ha quedado helada por la caída o por los cadáveres de los excursionistas. Supongo que por ambas cosas.

Eden se precipita hacia delante y atrapa a Macy.

—¿Acaba de...? —empieza a preguntar, pero cierra la boca cuando la Sangradora se vuelve para mirarla con unos turbulentos ojos verdes.

—Jaxon, querido, has traído a todo tu grupito de visita —dice con un tono de voz tan edulcorado que corta el ambiente como un bisturí—. Y no me has avisado. ¿A qué debo semejante honor?

Jaxon inclina la cabeza, y no es la primera vez que me quedo anonadada ante el gran respeto que le tiene a la mujer. El respeto, la amabilidad y el temor que la Sangradora suscita en él.

Después de todo lo que ha pasado (de todo lo que ahora sé de ella), es más de lo que puedo soportar.

Quizá por eso doy un paso adelante y le contesto:

—Ha sido idea mía venir aquí.

Y, cómo no, Hudson elige ese mismo momento para añadir:

—La soledad está muy sobrevalorada. Pero qué te vamos a contar a ti, si eres toda una experta en ese tema. —El hecho de que se haya recostado sobre la pared de hielo, y que esté haciendo sudokus en el móvil mientras habla con ella, como si el juego fuese mil veces más importante e interesante que estar delante de la vampira más poderosa que ha existido, no hace más que enfatizar el «que te den, zorra» que en realidad quiere decir.

Y todos los presentes lo sabemos.

Jaxon emite un sonido gutural como si se estuviese ahogando, y estoy casi segura de que lo que ha soltado Macy es un gemido. Flint y Eden no emiten ningún sonido, pero no hace falta. La expresión de su cara lo dice todo; están esperando a que la Sangradora lo pulverice por sus palabras y su actitud.

Yo, en cambio, por una parte espero que lo congele como ya hizo la última vez, pero la mujer no se mueve hacia él. Sin embargo, sí que le lanza una mirada fría y dura como los carámbanos que cuelgan del techo del túnel.

—Y, aun así, aquí estáis. Y puedo suponer que eso significa que mi ayuda no está sobrevalorada, aunque yo lo esté.

—Yo de eso no entiendo —responde él encogiéndose de hombros—. Hasta el burro toca la flauta.

Esta vez no es Macy la única que gime. Flint se olvida de su enfado el tiempo suficiente para mirar a Hudson como si a este se le hubiera ido la pinza..., y también para analizar el túnel de hielo en busca de una vía de escape. Y no le culpo. Si Hudson sigue contrariándola, vamos a necesitar una. O dos.

Por eso mismo me interpongo entre ellos. Amo a Hudson, pero si la Sangradora pierde los papeles y lo convierte en una cucaracha por su actitud, voy a tener que replantearme de verdad todo el tema de ser compañeros.

—Yo soy quien necesita ayuda —digo, y con delicadeza apoyo la mano en el brazo de Hudson para evitar que haga otro comentario más. La Sangradora y Hudson sintieron una aversión inmediata en cuanto se conocieron; motivada más que nada porque en aquella época la mujer intentaba convencerme de que él era un asesino a sangre fría que no conocía el arrepentimiento. Y si a eso le sumamos que creó un vínculo falso entre Jaxon y yo, esa mujer es la persona que peor le cae a Hudson en todo el mundo. Y ya es decir, teniendo en cuenta que Cyrus vive en el mismo mundo.

Pero no puedo culparlo. Yo siento lo mismo por ella. Aunque tampoco quiero volver aquí, así que prefiero hacer de tripas corazón y conseguir la información que necesitamos. Si de alguna manera me ha unido a ella de la misma forma que me unió a Jaxon, quiero saberlo. Y después quiero descubrir la forma de deshacerlo.

De primeras, la Sangradora ni siquiera se molesta en mirarme. En cambio, mantiene la mirada fija en Hudson: entrecierra los ojos, tensa la mandíbula y aprieta los puños. Él, por su parte, apenas se digna a mirarla. Lo conozco

desde hace meses y nunca lo he visto tan interesado en su móvil. O en los sudokus.

Doy un paso adelante con la esperanza de que deje de mirar a mi compañero como si quisiera verlo colgado sobre uno de los cubos.

—Resulta que soy capaz de ver en mi cabeza las conexiones que me unen a toda persona con la que tengo un vínculo emocional, incluida mi gárgola. Veo hilos de colores, por decirlo de alguna manera. Y uno de esos hilos..., creo que uno de esos hilos me une a ti. Y es poderoso.

La Sangradora se toma su tiempo para volverse hacia mí, pero, cuando lo hace, su gesto se ha suavizado bastante.

—Ven —dice, y me tiende una mano—. Se ve que últimamente el frío me afecta más. Vamos al salón, allí hace más calor.

Y, entonces, sin pararse a ver si alguno de nosotros la sigue, la Sangradora se vuelve y echa a andar por el camino helado, y cualquiera pensaría que ha envejecido cien años desde la última vez que la visitamos, varios meses atrás.

41

¿No querrás decir Darth Madar?

—Jaxon, ¿puedes acercarme una manta, por favor? —pregunta y la voz le tiembla un poquito cuando se hunde en el sofá de terciopelo blanco.

Me percato de que el salón ha vuelto a cambiar cuando Jaxon saca una manta del cofre que hay junto a sus pies. Ahora las paredes son de color lavanda, al igual que los sillones que se encuentran frente a nosotros. Tanto el sofá como los sillones tienen almohadones con violetas y motivos florales, y la chimenea al otro lado de la habitación proyecta un brillo rosado sobre todos nosotros.

—¿Tiene chimenea? —me susurra Macy cuando Jaxon coloca la manta sobre el regazo de la Sangradora—. ¿En una cueva de hielo?

—¿Cómo evita que se derrita el hielo? —inquiere Eden.

—Es una ilusión —contesto—. Al igual que el resto de la estancia.

¿Y su fragilidad? Me pregunto si se toma un instante para arreglarse. ¿También es eso una ilusión? Y si lo fuera, ¿qué

pretende la vampira más poderosa del mundo al fingir ser débil?

—¿A alguien le apetece un té? —ofrece la Sangradora y, con un movimiento de su mano, aparecen una tetera y varias tazas en la mesita de café.

—¿Hay té de verdad? —pregunta Macy en un inciso—. ¿O eso también es una ilusión?

Me encojo de hombros y niego con la cabeza. A pesar de que hay un extraño hilo esmeralda que nos conecta, soy lo menos parecido a una experta en la Sangradora que se pueda encontrar.

Cuando nadie contesta, mi prima habla:

—Gracias, me encantaría tomar un poco de té —anuncia rompiendo el silencio. La mirada que me lanza indica que solo hay una forma de descubrirlo.

Los ojos de la Sangradora relucen con un brillo de salvaje diversión cuando se dirige a ella.

—Por supuesto, querida.

Macy se inclina sobre la mesita, ladea la tetera y vierte el líquido ámbar caliente en una taza. Agarra un par de pincitas y echa dos azucarillos dentro del líquido. Aunque eso lleva a otra pregunta…

—¿De dónde saca los azucarillos si prefiere la comida… sangrienta? —inquiere en voz baja Eden.

Exacto. Esa es la pregunta.

A Macy le tiembla la mano cuando se acerca a la taza y sopla con delicadeza para enfriar el té antes de dar un sorbo. A ver, es ella la que ha dicho que estaría encantada de tomar una taza. Ahora no puede echarse atrás solo porque de repente nadie está seguro de dónde viene el

azúcar (o el té, ya que estamos). Sin embargo, la expresión de agradable sorpresa que esboza en su rostro indica que en realidad está bueno, lo cual es otra pregunta para otro día. Porque cuando la Sangradora me clava una mirada superdirecta e intimidatoria, me doy cuenta de que se nos ha acabado el tiempo.

Incluso antes de que hable.

—Grace, querida. ¿Por qué no vienes a sentarte en el sofá conmigo? Podemos hablar de esa pregunta que tienes.

No quiero sentarme en el sofá. De hecho, no quiero ir a ningún sitio que esté cerca de su persona. Pero la forma en la que me observa revela que no aceptará un no por respuesta. Como necesitamos (necesito) su ayuda, es la misma historia de siempre, solo que un día diferente. O sigues sus reglas o ya te estás largando.

Por eso mismo me encamino hacia ella bajo el cauteloso escrutinio de Hudson y de todos mis amigos. Sin embargo, no me siento en el sofá. En vez de eso, decido hundirme sobre uno de los bonitos sillones lavanda. Una cosa es ser complaciente, y otra muy distinta ser una pusilánime.

Y estoy más que harta de ser una pusilánime en lo que se refiere a la mujer que tanto dolor le ha causado a la gente que más me importa. La mujer cuyas maquinaciones ponen en movimiento miles de cosas terribles.

La Sangradora levanta las cejas al ver el asiento por el que me decido y, cuando eso no hace que cambie de opinión, me contempla fijamente durante varios segundos mientras mis amigos se remueven incómodos. Le devuelvo la mirada; me niego a que me haga sentir intimidada ni un segundo más. ¿Es capaz de matarme? Por supuesto. ¿Lo

hará aquí mismo, en este instante, delante de su queridísimo Jaxon? No, no lo creo. No cuando se está tomando tantas molestias para montar este teatro en su presencia.

—¿Por qué no vienes a sentarte en el sofá, Grace? —repite por fin con una voz de acero—. Últimamente mi oído ya no es lo que era.

—Aquí estoy cómoda, gracias —contesto y alzo el volumen de mi voz a propósito para que la pobre ancianita pueda oírme. Apenas consigo resistirme a poner los ojos en blanco ante la idea.

Entrecierra los ojos y me preparo para su siguiente ataque. Que resulta ser congelar a todos los demás con un chasquido de los dedos. En cuanto están congelados, de alguna forma su rostro cambia de la dulce vulnerabilidad que ha estado proyectando desde que hemos llegado, a la mujer dura y violenta que conozco y que sin duda no adoro. La mujer que es más que capaz de acabar con una partida de caza entera sin pestañear siquiera.

—¿A qué estás jugando, Grace? —espeta en una voz que no tolera más desobediencias.

Pero estoy harta de satisfacerla. Si quiere arrancarme la garganta, pues supongo que eso es lo que va a tener que intentar. Porque no pienso bailarle el agua. No en esta ocasión. Ni en ninguna más.

—Estoy bastante segura de que yo tendría que hacerte la misma pregunta —le escupo.

—No soy yo la que ha ido a buscarte —contesta, y no le falta razón. Lo cual escuece un poquito más de lo que me gustaría.

Entrecierro los ojos al mirarla.

—No, pero tú eres la que hace que sea necesario que venga a verte una y otra vez.

Entonces respiro hondo en un intento de mantener la preocupación a raya, y paso la mano por el hilo esmeralda de mi interior y los hilos de mis amigos y mi compañero. Fue así como descongelé a Hudson la última vez, puede que funcione...

Una mirada por encima del hombro me revela que ha funcionado. Todos mis amigos están descongelados, aunque ninguno parece haberse percatado de lo ocurrido. Excepto quizá Hudson, que nos contempla a ambas con ojos llenos de cautela y atención.

La Sangradora tiene la mano levantada, como si estuviera preparada para congelar a mis amigos una vez más. Yo me inclino hacia delante y digo entre dientes:

—Para. Deja de intentar jugar a ser Dios con mis amigos y conmigo.

Ella se detiene al oír mis palabras y tuerce la boca en algo que se parece mucho a una sonrisa jocosa.

—Me estás pidiendo más de lo que crees, Grace.

—¿Ah, sí? Y eso ¿por qué?

Porque, en serio, ¿cómo de egoísta tiene que ser una persona para replicar de esa manera?

—Me resulta complicado no jugar a ser Dios —anuncia al final—. Teniendo en cuenta quién soy.

—¿La vampira más anciana que existe? —Me aseguro de que mi tono indique que no es para tanto.

—La diosa del caos —contesta; sus ojos verdes dibujan ese remolino extraño que hace que todo mi interior se

revuelva—. ¿Y ese hilo que no dejas de toquetear? Sí que nos conecta... porque eres mi nieta.

42

No creo que sea cosa de familia

Sus palabras flotan en el aire como una granada a la que acaban de quitarle la anilla. Y, al igual que con la granada, apenas pasan un par de segundos de silencio hasta que la bomba estalla y reina el caos.

Los gritos resuenan en el salón.

Macy suelta un grito ahogado.

Mekhi se inclina hacia atrás.

Eden murmura: «¡Hostia puta!».

Y hasta el habitual gesto de tormento de Flint desaparece con un sorprendido: «Perdona, ¿qué?».

Los únicos que no reaccionan al bombazo que acaba de soltar son Hudson y Jaxon; y, mientras siento que se me hiela la sangre, me vuelvo hacia ellos para mirarlos. Para ver si se lo creen. Para ver si yo debería creérmelo.

Hudson no se ha movido ni un centímetro de la pared en la que está apoyado, pero ahora noto una tensión en su postura de la que antes carecía. Una especie de estado de vigilancia que me dice que, por mucho que quiera

aparentar, está prestando una enorme atención a la conversación y que tal vez, y solo tal vez, puede que no le sorprenda lo que está diciendo la Sangradora. Y eso hace que me pregunte qué más ha discernido mi compañero con esa mente tan aguda que tiene, y por qué no le ha parecido conveniente compartir sus descubrimientos conmigo.

Cuando se encuentran nuestras miradas, esboza una ligera sonrisa. Un gesto de ánimo, de ánimo y de apoyo, y destila una confianza en mí que me da fuerzas, que me hace confiar en que puedo hacer cualquier cosa; aunque eso implique enfrentarme a la Sangradora en su propio terreno.

En cambio, Jaxon parece tan conmocionado como yo, por no hablar de que, cuando se acerca y se sitúa a mi lado, está cabreado de cojones.

—¿Qué dices? —pregunta—. Tú eres vampira…

—Yo elijo ser vampira —contesta la mujer—. Como mi hermana elige ser humana. Y Grace es una gárgola. Pero eso no significa que no haya nada más.

—¿Puedes elegir ser otra cosa? —No logro reprimir la pregunta que se me escapa de entre los labios. Es un concepto totalmente contradictorio a lo que siento, que ser una gárgola es una parte de quien soy a nivel celular. ¿Elegiría ser otra criatura diferente si tuviera la posibilidad?

La Sangradora levanta una ceja con aire regio.

—Por supuesto. He creado a los seres paranormales con mi poder, así que todos son una parte de mí, y yo de ellos. Todas mis criaturas son preciosas y perfectas. Bueno, todas salvo… —desvía la mirada hacia Flint, y continúa—: los dragones. Todavía no me creo que con toda la fuerza y el

poder que os di, prefiráis alabar una fruslería o un poco de oro. Sois unas criaturas tan débiles...

Flint gruñe, da un salto hacia delante y aterriza justo frente a Jaxon.

—Serás hija de...

Pero Flint no termina la frase porque la Sangradora lo lanza volando contra el muro más cercano. Jaxon corre a socorrerlo, si bien Flint rechaza su ayuda y él mismo se levanta del suelo. Incapaz de pasar por alto el insulto de la Sangradora contra los suyos, el dragón se abalanza hacia ella (quien parece estar pasándoselo en grande con la situación), pero Mekhi y Eden se colocan delante de él y le bloquean el paso.

—¡Pero ¿qué le pasa?! —grita Flint, y la ira le mana de cada poro de su piel—. ¿Quién coño se cree que es?

—Alguien que puede hacer y decir lo que le plazca —contesta la Sangradora con tranquilidad.

Una diosa, parece insinuar.

—Ya, bueno, diosa o no, sigues siendo una capulla —gruñe él.

Esta vez la mujer ni se molesta en lanzarlo contra la pared. En cambio, chasquea los dedos y Flint acaba colgado boca abajo, a un par de centímetros del techo.

—Alguien debería enseñarte a moderar tu lenguaje —espeta la Sangradora.

La única respuesta de Flint es hacerle la peineta desde el techo. Y eso solo la cabrea más. La Sangradora levanta una mano para aniquilarlo (o lo que sea que hagan los dioses), pero Jaxon se coloca delante de Flint.

—No lo hagas —advierte, y por un segundo parece que la mujer vaya a pulverizarlo a él también. Pero al final se limita a negar con la cabeza y baja la mano con un suspiro.

Flint baja del techo al mismo tiempo, y lo hace tan rápido que no le da tiempo a transformarse, ni siquiera a prepararse para la caída. Se me escapa un grito y empiezo a correr hacia él, pero Jaxon ya está listo para atraparlo, con las botas negras bien plantadas en el resbaladizo hielo.

Flint aterriza sobre sus brazos con un ligero «puf» y durante un segundo parece que el tiempo se para. Pero entonces Flint empieza a gruñir: «Apártate de mí, joder», y se separa del pecho de Jaxon.

El vampiro se aleja en cuanto deja a Flint sano y salvo en el suelo, pero no aparta una mano firme del codo del dragón; al menos, no hasta que Flint se remueve para que lo suelte.

El silencio reina en la cueva mientras todos asimilamos el hecho de que la Sangradora es incluso más poderosa de lo que ya creíamos. Que es (a pesar de su teatrillo de fragilidad de antes) más que capaz de darnos una paliza a cualquiera de nosotros.

No es algo fácil de asimilar, teniendo en cuenta lo que nos ha contado.

Pero ahora que la sorpresa inicial por la revelación se ha pasado (o empieza a pasarse, al menos), quiero hablar con ella, decirle que es imposible que estemos emparentadas.

Entonces la Sangradora se vuelve hacia mí y veo algo nuevo en sus turbulentos ojos verdes.

Algo que se parece un montón a la vulnerabilidad.

O, al menos, eso es lo que me parece a mí, sobre todo cuando recuerdo que me ha llamado nieta.

Me palpita el corazón. Se me revuelve el estómago. Me tiemblan las rodillas.

La diosa del caos. ¿Ella, la Sangradora, es la diosa del caos? Ni siquiera sabía que existía de verdad. No sabía que todo esto era real.

A ver, sí, la Anciana nos contó la historia de cómo la diosa del caos creó a las criaturas paranormales, pero pensaba que solo era eso: una historia. Y sé que este mundo está lleno a rebosar de criaturas y experiencias que jamás habría dado por verdaderas antes de poner un pie en el instituto Katmere, pero... ¿dioses y diosas de verdad? ¿Del caos, y a saber de qué más? Eso dista mucho de tener que asimilar que mi novio es un vampiro.

¿Y ella se piensa que es mi abuela?

Entonces las piezas empiezan a encajar, y el comentario que me hizo Alistair de que su compañera iba a morderme si la insultaba cobra todo el sentido del mundo. La Sangradora es la compañera del rey gárgola. Y, por desgracia, no es la noticia más extraña que me han dado hoy.

Pero, entonces, el estómago se me pone de piedra cuando me sobreviene un pensamiento terrible. Le prometí a la Bestia Imbatible que le daría la Corona a su compañera.

43

Mami
no tan querida

—Puedes llamarme *«grand-mère»* —continúa—. Aunque tu poder equivale al de una hija, no al de una nieta.

—No sé qué quiere decir eso —admito y me muerdo el labio. Hay una parte de mí (la mayor parte, si soy sincera) que espera que esté siendo metafórica.

Parece que está a punto de añadir algo más, pero entonces les echa una mirada a los demás y les ordena que se sienten. Cuando lo hace, aparecen sillas de sobra alrededor de la estancia.

Aunque hay un asiento justo a su lado, Hudson se acerca a mí y se sienta en el otro sillón lavanda, mientras que Eden y Mekhi también se relajan. Flint y Jaxon no se mueven para sentarse.

La Sangradora esboza una leve sonrisa al volverse para mirarme e ignora mi comentario cuando pregunta:

—¿Qué es lo que de verdad te trae hasta aquí, Grace?

—Ya te lo he dicho. El hilo esmeralda.

Alza las manos por delante de la barbilla y me contempla a través de ellas.

—Pero hace meses que te percataste de la existencia de ese hilo. ¿Qué ha hecho que de repente hoy vengas a preguntarme?

—Hudson se ha dado cuenta de que, cuando lo toco, puedo hacer algunas de las cosas que tú haces. Y si a eso le añadimos el hecho de que Alistair me pidió que viniera...

—¿Lo has visto? —La Sangradora entrecierra los ojos cuando se inclina hacia delante y me coge las manos con tanta fuerza que me hace daño—. ¿Está bien? ¿Dónde está?

Me aparto un poco, pero bajo esa apariencia de psicópata está temblando y se me ablanda el corazón un poquito.

—Sí, lo he visto, pero ya se ha marchado —confieso, y pienso en nuestro último encuentro en el pasillo—. Dijo que tenía que ir a encontrar a su compañera. Y acerca de si está bien... —Mi voz se apaga, no estoy segura de cómo describirlo cuando «bien» me parece una exageración.

—Está confundido —interviene Hudson y me salva de seguir trastabillando—. Estuvo encadenado en una cueva durante mil años y recibía ataques constantes de personas que querían matarlo. Me parece que eso afectaría a cualquiera.

—Son las voces —le explico—. Oye todas las voces de las gárgolas a la vez en su mente, le suplican que vuelva, que las salve. No puede acallarlas y no puede sobreponerse a ellas. Son demasiadas.

—¿Demasiadas? —Flint habla por primera vez—. ¿Cuántas gárgolas hay?

—Miles —contestamos la Sangradora y yo al mismo tiempo.

—Miles y miles —continúa ella cuando yo me quedo en silencio—. Y Alistair lleva atrapado con ellas más de un milenio. Podía filtrarlas cuando estaba al mando. Pero al estar atrapado en esa cueva... —Echa un vistazo a su propia vivienda—. Comprendo por qué le costaba más bloquearlas cuando se fueron desesperando. Hay muchísimas.

Me golpea otra ola de compasión por ella. Intento pisotearla, lo cual no debería ser complicado si recuerdo todas las cosas horribles que ha llevado a cabo. Pero entonces pienso en el hecho de que la Bestia Imbatible es su compañero y me pregunto si estar atrapada durante mil años sin Hudson también erosionaría mi humanidad.

Lo cual hace que me plantee qué haría para liberar a Hudson si estuviera atrapado durante mil años. No me gusta pensar que pondría la vida o la felicidad de alguien en peligro para garantizar la suya, pero no puedo poner la mano en el fuego. No hay mucho que no esté dispuesta a hacer para asegurarme de que está sano y salvo. Y eso incluye pelearme con él por lo de arrebatarle sus poderes cuando en realidad pienso que se arrepentirá más adelante.

—No lo entiendo —dice Macy—. Creía que Grace era la única gárgola que había nacido en los últimos mil años. Cuando se convirtió en piedra en el Katmere, causó un gran revuelo. Vinieron expertos de todas partes para verla porque...

—Porque piensan que es un imposible —termina por ella la Sangradora—. Y así sería si no descendiera de un extenso

linaje de gárgolas. Su madre era una; al igual que lo fue su madre, y su madre antes de ella.

Se me cierra la garganta cuando la traición agota el oxígeno de la estancia. Sabía que mi madre tenía que ser una gárgola cuando Alistair me reveló que era descendiente suya; pero escuchar cómo la Sangradora lo admite, darme cuenta de que mi madre jamás me contó algo tan esencial acerca de mí misma, me parte el corazón. Hudson debe de sentir mi angustia, pues estira el brazo y me coloca la mano sobre su regazo, entrelaza sus dedos fuertes con los míos y me da un apretón.

—¿Mi madre sabía que era una gárgola? —Consigo pronunciar la pregunta como un susurro ronco, a pesar de que se me haya cerrado la garganta—. ¿Y nunca me lo contó?

Los ojos de la Sangradora se abren cuando estudia mi reacción.

—No mucho más de lo que tú lo sabías.

Parpadeo para ocultar las lágrimas, intento asimilar la información que ha compartido con nosotros hasta ahora. Su método de solo explicarnos lo que piensa que debemos saber me frustra sobremanera.

—¿Por qué nunca nos cuentas la historia completa? —Niego con la cabeza—. En fin, podríamos haber matado a tu compañero cuando nos enviaste a por la piedra corazón sin decirnos quién era en realidad.

La Sangradora sonríe.

—No, no habríais podido. Por alguna razón lo llaman la Bestia Imbatible. —Cuando mis cejas enarcadas dejan claro

que sigo sin entenderla, se encoge de hombros—. Su compañera es una deidad, Grace.

Le lanzo una mirada fugaz a Hudson y trago saliva. Entonces le pregunto:

—¿Eso quiere decir que Hudson es inmortal, inmortal de verdad, como yo, porque es mi compañero?

Pero ella niega con la cabeza.

—Yo nací siendo una diosa. Siempre seré una diosa a pesar de que mi poder se haya visto mermado al de una semidiosa debido a que mi hermana me envenenara. —Se reclina contra los almohadones del sofá—. Eres la descendiente de una diosa y una gárgola, por lo tanto nunca llegarás a ser más que una semidiosa. Bueno, a no ser que llegaras a trascender, pero eso ya es una conversación para otro día.

Hundo los hombros. Durante un instante me he permitido imaginarme un mundo en el que no tuviera que temer que algo o alguien me arrebatara a mi compañero. En el que jamás perdería a la persona a la que más quiero, como perdí a mis padres.

Me rechinan los dientes.

—No obstante, ¿no crees que todo sería más fácil si pusieras todas las cartas sobre la mesa? ¿Si por una vez nos lo contaras todo?

—Sí, y quizá así no tendríamos que ver morir a ninguno más de nuestros amigos —espeta Flint, y yo me sobresalto. Por su dolor, pero también un poco por el temor a la reacción de la Sangradora. No hace mucho que lo ha colgado del techo como si fuera carne fresca en un mercado agrícola.

Pero no se digna ni a mirar en su dirección, sus ojos siguen fijos en los míos.

—Voy a hacer algo que no suelo ofrecerle a nadie, Grace —anuncia al final la Sangradora—. Voy a concederte la oportunidad de elegir. Puedo decirte cómo encontrar al Ejército Gargólico, la verdadera razón por la que has venido a verme hoy. —Macy suelta un jadeo, pero la Sangradora ni se inmuta—. Aunque eso requerirá que te lo revele todo acerca de tu procedencia y sobre quién eres de verdad. Y no puedo prometerte que te vaya a gustar lo que oigas. O... puedo decirte cómo huir de Cyrus para siempre. Y también cómo esconder a tus amigos. Ambas opciones detendrán a Cyrus por el momento, pero si escoges huir no podrás salvar a esos chiquillos. Ni tampoco evitar que continúe con su búsqueda del poder definitivo, aunque sí podrás tener una vida plena. Alejada de la muerte y la destrucción. Tan alejada del dolor como una persona puede desear. La decisión es tuya, Grace.

Y ahí está, mi debilidad puesta al descubierto delante de todos. Porque deseo asirme a la vía de escape que me ofrece con todas mis fuerzas, y sé que ella también lo sabe. No quiero aprender nada sobre mi hilo esmeralda ni sobre cómo estamos relacionadas. No quiero saber nada de cómo mis padres podrían haber estado mintiéndome toda la vida hasta extremos que ni me imagino, o de cómo podría ser un peón en una partida de ajedrez gigante que están jugando los dioses; que se espere de mí que viva o muera por capricho de otros, que exponga el poco control que tengo en realidad sobre mi vida. Solo quiero volver al faro de

Hudson, estar con el chico al que amo y olvidarme de que ahí fuera existe un mundo enorme y terrorífico.

El corazón me late con tanta fuerza contra las costillas que es toda una hazaña que no se rompan, y me seco la palma húmeda en los vaqueros. Estoy segura de que mi otra mano está igual de sudada, pero no parece que Hudson esté interesado en soltarla nunca. En soltarme.

Me vuelvo hacia mi compañero y me muerdo el labio. Sé lo que debo hacer. Pero la Sangradora me ha dado a elegir. La pastilla azul o la roja, citando una de mis películas favoritas, y quiero escoger la azul con tanta ansia que me tiemblan las manos por el esfuerzo de no salir corriendo. Se me cierran los pulmones.

Mi mirada conecta con la de Hudson y me quedo sin aliento.

Con un parpadeo, sus ojos oceánicos descubren todo lo que he estado intentando esconder. Lo sabe. Sabe que estoy peleando contra un ataque de pánico, que siempre he tenido problemas con eso. Sabe que quiero aceptar la oferta y esconderme de Cyrus, que haría lo que fuera por evitar la sensación de quedarme sin aire, de no poder controlar mi propio cuerpo. Y sabe que, si lo hacemos, seguramente signifique que acabaremos viviendo en una cueva en el culo de Alaska, con salvaguardas en las paredes para evitar que Cyrus entre, igual que lo hace la Sangradora. O aún peor, tendremos que darnos a la fuga y usar sus poderes, ir minando su alma semana tras semana para mantenernos a salvo. Pero no le importa. Me guarda las espaldas.

Sus ojos se arrugan un poco en las esquinas, me dice sin palabras que si eso es lo que quiero, si es lo que necesito,

me apoya al mil por ciento. Esto no es cuestión de darme por vencida, como con la batalla de los gigantes, y necesitar que mi compañero me dé un empujón para que continúe escarbando, para que siga adelante, para que crea en mí misma tanto como él lo hace. No, se trata de que Hudson me apoya en cualquier decisión que deba tomar para mi salud mental. Respiro hondo, me lleno los pulmones de un oxígeno que no sabía que me estaba negando y relajo los hombros.

Como si todavía quedara alguna duda, me dice un «te quiero» sin palabras. Y me derrito. No puedo hacer más.

Le respondo con un «lo sé» y me aprieta la mano, levanta una comisura de la boca en una sonrisa a medias.

Mi vista se dirige hacia Jaxon, que está de pie junto a un sillón ancho de color rojo, con la mandíbula apretada y las cejas alzadas como preguntando: «¿Por qué no le exiges que te lo cuente todo?». Y Flint, un poco más adelante, con los puños en las caderas, el peso apoyado en la parte delantera de los pies, preparado para volver a enfrentarse a la Sangradora con sus propias manos. Macy, con sus llamas hechas pelo, suplicándome con la mirada que descubra qué ha ocurrido con su madre cueste lo que cueste. Incluso Mekhi y Eden ya han dado por hecho que, por supuesto, quiero saber cómo derrotar a Cyrus, cómo rescatar a los alumnos. Ambos se inclinan hacia delante, con los brazos apoyados en las rodillas, los ojos fijos en la Sangradora, preparados para escuchar cualquier historia que esté dispuesta a contarnos.

De hecho, las dos únicas personas que han adivinado que quiero huir han sido Hudson y la Sangradora. Mi mirada se

encuentra con sus ojos verdes arremolinados, y tiene una ceja levantada mientras me escudriña. Me ha dado a elegir, pero está claro que ya sabe qué opción voy a escoger y está harta de que le haga perder el tiempo.

Y está en lo cierto.

Sin importar lo mucho que quiero huir ahora mismo, no lo voy a hacer. Puede que me dé un ataque de pánico mientras hable, puede que necesite llorar a moco tendido después; pero eso no quiere decir que no vaya a hacer todo lo posible por salvar a los míos, por salvar a este mundo de Cyrus, por prevenir que otros sufran.

—¿Y bien, niña? ¿Qué va a ser? —pregunta la Sangradora.

Vuelvo a respirar hondo, ladeo la barbilla mientras le aguanto la mirada sin apartarla.

—Me gustaría saber con exactitud cómo mandar a Cyrus de una patada a la roca de la que ha salido reptando. Cuéntamelo todo.

Y me parece solo un poquito perturbador que la Sangradora y mi compañero contesten al mismo tiempo:

—Esa es mi chica.

44

La sorpresa más grande de todas

—Como con todas las historias, lo mejor será que empiece por el principio. —Nos mira de uno en uno mientras se dirige al grupo en general—. Hace mucho tiempo dos deidades tuvieron dos niñas, hermanas gemelas. Una era la diosa del caos y la otra era la diosa del orden...

—Espera —interrumpo—. Esa historia ya nos la sabemos. ¿Cómo se llamaban las niñas...? —Busco en mi mente la historia que nos contó la Anciana antes de que Hudson y yo entráramos en la cárcel, pero no recuerdo los nombres exactos.

—¿Ya te han contado la historia de Cassia y Adria? —pregunta la Sangradora enarcando una ceja—. ¿Un cuento para ir a dormir?

—No —respondo y niego con la cabeza—. Hace poco nos la contó una bruja, la Anciana. Nos habían dicho que ella había construido la cárcel a la que nos enviaban a Hudson y a mí, así que fuimos a verla para intentar que nos revelara la forma de salir de allí.

La Sangradora frunce el ceño y me dice:

—¿Fuisteis a pedirle ayuda a mi hermana? ¿Y os la brindó, de verdad?

—¿La Anciana es la diosa del orden? —pregunta Macy con voz de pito—. Pero... por lo que nos contó, la diosa del orden era una auténtica arpía.

—Adria es astuta, querida —le explica la Sangradora a Macy—. Si os contó la historia, es que quería algo. Y, la verdad, dudo muchísimo que fuera beneficiarme a mí... o a ti. El odio que siente por todas las criaturas paranormales es brutal, por eso construyó las cárceles, para mantenerlas encerradas.

Vale, eso tiene mucho más sentido. Miro a Hudson, y este se encoge de hombros. No me puedo creer que no nos hayamos dado cuenta antes. Entonces se me ocurre otra cosa.

—Pero la Anciana es una bruja. ¿Cómo puede odiar a los seres paranormales si ella es uno de ellos?

La Sangradora suelta una risa carente de humor.

—Adria no es bruja. Es una diosa, igual que yo. Estoy segura de que le hace muchísima gracia que las criaturas paranormales acudan a ella en busca de ayuda pensando que es una de ellas.

—Pero nos ayudó, en serio —insisto—. Sin sus flores, Hudson y yo seguiríamos en esa cárcel.

—Y no os pidió nada a cambio, ¿no? —pregunta la Sangradora.

—Bueno, claro, algo quiso. En este mundo nada es gratis. Sobre todo, nada que sea de valor —contesto parafraseando

las palabras de la Anciana—. A cambio me pidió que le debiera un favor, que se cobrará cuando ella quiera.

La Sangradora se inclina hacia delante, y me atraviesa el cuerpo con los ojos verdes.

—Escúchame con atención, Grace. No puedes hacerle ese favor a mi hermana, sea lo que sea. Desde que éramos pequeñas, Adria solo ha querido una cosa: ver muertos a todos los seres paranormales que habitan este mundo, y se acostaría con el mismísimo diablo si así pudiera conseguirlo. Y lo hizo.

Se me acelera el corazón ante lo que acaba de decir, pero recuerdo las condiciones que impuse al favor que me pediría la Anciana.

—Insistí en poner una condición antes de aceptar. Me pida lo que me pida, no puede ser nada con lo que pueda herir a nadie en el planeta, ni directa ni indirectamente.

Estoy convencida de que con eso me aseguré de que el favor que deba hacerle no haga daño a nadie.

La Sangradora niega con la cabeza, y la lástima tira hacia abajo la comisura de sus labios.

—Siempre hay un vacío legal con la magia, querida. Siempre. —Entonces alisa la manta que le ha traído Jaxon y que luce en el regazo—. Pero, bueno, primero debería terminar de contar mi historia.

Asiento, ansiosa por ver en qué difiere la historia de las dos diosas de la Sangradora de la de su hermana, la Anciana. Hudson da voz a mi pensamiento, pero con muchísima menos diplomacia.

—Por supuesto. Creo que la historia de una pelea de gatas entre dos hermanas que pone en peligro el destino de

todos los seres paranormales es algo que nos interesa saber a todos, la verdad.

La Sangradora suspira.

—Eres un mocoso insolente tú, ¿eh? —Entonces se vuelve hacia mí—. ¿Estás segura de que deseas este compañero para toda la vida? Si quieres, podría aniquilarlo, así te buscarías a otro.

Hudson se pone tieso a mi lado, pero la Sangradora no lo dice en serio. De hecho, si no me equivoco, noto un brillo de aprobación en sus ojos por mi elección.

—Me vale por ahora, gracias —respondo, y le guiño un ojo a mi compañero.

Un gesto que provoca que Hudson ponga los ojos en blanco y diga entre dientes:

—Sí, son familia; de tal palo...

La Sangradora continúa con su historia:

—Estoy segura de que mi hermana os contó que la diosa del orden se enfadó muchísimo con mi creación, que envenenó el Cáliz de la Vida, lo cual redujo mis poderes de diosa a la mitad de lo que eran, y me quedé atrapada en la tierra como semidiosa. Y que al hacerlo, ella también se quedó atrapada, claro, pues lo que le pasa a una le pasa a la otra. —Todos asentimos, y la Sangradora prosigue—: Su enfado fue mayor al darse cuenta de que estaba atrapada en un mundo lleno de seres paranormales y tenía que ver cómo sus humanos morían ante sus ojos, así que se fijó el objetivo de hacer desaparecer a todos los paranormales de la faz de la tierra. Construyó cárceles para la gente como vosotros, cárceles con maldiciones inquebrantables de las que nunca sale nadie. Entrenó a cazadores y les brindó

todas las herramientas que necesitaban para matar a cada una de las especies de paranormales. —Entonces se vuelve hacia Flint—. Y los cazadores hicieron bien su trabajo. Muy bien, de hecho, pues ayudaron a los humanos a cazar a los dragones hasta casi llevarlos a la extinción, si no recuerdo mal. Por eso ayudé a construir el Cementerio de Dragones, para que pudierais honrar a vuestros muertos.

Flint abre los ojos como platos, y las cejas casi le tocan el nacimiento del pelo.

—¿Tú creaste el cementerio sagrado? Yo pensaba que habían sido las brujas, que había sido un pacto. O, al menos, eso es lo que nos enseñaron en el cole.

La Sangradora niega con la cabeza.

—He hecho cosas excepcionales para proteger a tu gente, por eso se me llevan los demonios al ver que veneráis a un montón de oro, y no a mí. —Entonces desvía la mirada hacia Jaxon, y su expresión se relaja un poco—. Pero supongo que tendré que superarlo pronto, ahora que tengo un dragón en la familia.

¿Un dragón en la familia? Seguro que se refiere al corazón de dragón que tiene Jaxon, pero yo no diría que eso lo convierte en dragón.

Entonces la mujer se vuelve hacia mí y prosigue con su historia:

—Fue una época terrible: vivir entre vosotros, ver cómo mi hermana y sus cazadores os perseguían y os obligaban a vivir en las sombras... Así empezó la guerra contra los humanos. Si no os dejaban salir a la luz, los arrastraríamos hasta las sombras con nosotros. Enseñé a los vampiros a ser más fuertes —explica, y le sostiene la mirada a Hudson—, y

a desarrollar sus dones. Me encargué de nuestros ejércitos... y les enseñé a no tener piedad.

Con un movimiento de la mano, de pronto nos vemos rodeados por cientos y cientos de criaturas y humanos luchando entre sí en un campo de batalla enorme. Oímos los feroces gritos de guerra, el choque del metal contra el metal, los gritos de los moribundos..., hasta los gemidos lastimeros de los heridos atrapados bajo los pesados cadáveres de quienes no han sobrevivido a la batalla. Todo resuena al unísono y crea una sinfonía bélica que me congela la sangre. Y en el centro del tumulto vemos a una versión más joven de la Sangradora, vestida de negro de la cabeza a los pies, con dos terroríficos cuchillos de tres hojas y doble cara en las manos, atravesar a sus enemigos como si fuesen mantequilla. Decenas de humanos cargan contra ella, espadas en alto, y ella se desvanece, se agacha, salta, gira... y, con cada finta, llena de elegancia, los cuchillos atraviesan el aire con una precisión letal y arrasan con músculos y tendones. Uno a uno, todos caen. Montones y montones de cadáveres yacen a sus pies. Y la mujer tiene la cara y la ropa empapadas en sangre.

—Sangradora —susurro.

—Sí, me pusieron ese terrible apodo por mi insaciable sed de sangre humana. —Menea la mano, y la horripilante escena desaparece—. Pero no todo el mundo pudo soportar la muerte, ese derramamiento de sangre, y nuestras propias facciones empezaron a desintegrarse y a tomar partido por el bando humano. Acabamos perdiendo la Primera Gran Guerra hace dos mil años.

»Los que sobrevivimos intentamos volver a casa, reagruparnos; tratamos de recuperar nuestra vida. Pero mi hermana vio que su sueño estaba muy cerca de cumplirse: se negó a darnos un respiro y no detuvo a sus cazadores. Los seres paranormales estaban a punto de extinguirse, y supe que tenía que hacer algo.

»Así que me encerré aquí, me sacrifiqué... porque eso significa que mi hermana también está atrapada. Era la única forma de detenerla o, al menos, de frenarla. —La Sangradora hace una pausa, y entonces veo que algo reemplaza el vacío que hay en sus ojos, algo similar al orgullo—. Entonces supe que debía daros algo que os ayudara a sobrevivir. Un regalo tan preciado que ni siquiera yo fui consciente de su valor cuando lo creé. —Otra pausa y luego continúa—: Hice acopio de toda la deidad que me quedaba, y creé el mágico vínculo de los compañeros. Pensé que, si al menos contabais con un compañero, tendríais más probabilidades de sobrevivir; no estaríais solos si un cazador iba a por vosotros.

Doy un grito ahogado, y pregunto:

—¿Por eso supiste cómo crear un vínculo falso entre Jaxon y yo?

Todo el mundo, salvo Hudson y Jaxon, coge aire de golpe ante lo que he dicho, y se me cae el alma a los pies. He soltado un asunto privado de Jaxon sin siquiera darme cuenta, un asunto del que no sé si quiere hablar en público o no, y me siento como una mierda. Me revuelvo en mi asiento para mirarlo a los ojos y articulo un «lo siento». Esboza una media sonrisa, y sé que me perdona, pero querría decirle algo más o, al menos, ofrecerle un abrazo

como disculpa. Y lo haría si no fuese porque Flint está mirando a Jaxon como si fuese la primera vez que lo ve; y Jaxon se vuelve para devolverle la mirada. Y, ahora, lo único que quiero es clavar la vista en la pared que tengo delante y no presenciar lo que sea que esté pasando entre esos dos.

—Claro, querida —confirma la Sangradora—. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos. —Desvía la mirada hacia el fuego, y en los ojos, atrapados por las llamas, se le crean remolinos—. La magia tiene una forma curiosa de encontrar su lugar en el universo, de buscar su propósito. Y cuando se desata, es difícil controlarla.

Un silencio sobrecogedor se adueña del salón, y el crepitar del fuego y el siseo de las llamas es lo único que se oye, pues nadie quiere volver a interrumpir a la Sangradora. Es como si notásemos que lo próximo que nos va a contar lo cambiará todo.

—Y mi plan funcionó. Los seres paranormales empezaron a prosperar, comenzaron a salir a la luz otra vez, y eso no hizo más que aumentar el odio y la furia de mi hermana. Y su venganza no tiene límites. —La Sangradora me mira, y un escalofrío me recorre la espalda—. Así que nuestro padre creó a las gárgolas, y ese fue el principio del fin.

45

Puedes elegir a tus amigos, pero no tu veneno

Pestañeo.

—Pero pensaba que las gárgolas se crearon para traer el equilibrio. Pensaba que éramos buenas.

—Lo erais. O, al menos, esa era la esperanza que tenía vuestro rey cuando iba de facción en facción para asegurar la paz con tratados y alianzas. La última facción con la que solicitó audiencia, la que pensó que sería la más complicada de convencer fue, por supuesto, la Corte Vampírica.

Hudson se mofa.

—Ya, no me imagino a mi querido y anciano padre accediendo a quedarse en casa para tejer un jersey cuando podría estar asesinando a alguien.

La Sangradora le sostiene la mirada a Hudson.

—Supongo que tienes razón. Pero debes saber que no fue a él a quien buscaba el rey gárgola. Tu padre no era el soberano por aquel entonces. Lo era yo.

Mis cejas están a punto de confundirse con el nacimiento del pelo.

—¿Tú eras la reina vampiro?

—Así es —corrobora—. Hasta que el rey gárgola y yo nos dimos la mano en aquel primer encuentro.

El entendimiento florece en mi pecho.

—Os hicisteis compañeros.

Entonces el comportamiento de la Sangradora cambia. Atrás queda la vampira despiadada que tiene cuerpos colgando en la esquina. En su lugar, una sonrisa curva los extremos de su boca.

—Imagina mi sorpresa al descubrir que tenía un compañero, que mi propia magia volvería a encontrarme. O que llegaría a sentirme como una colegiala prendada, embelesada y enamorada. —La Sangradora suspira—. Parece que fue ayer cuando Alistair y yo bailábamos por los pasillos de mármol de la Corte Gargólica. Entonces estaba repleta de risas. De tal alegría, poder y gracia…

Hace una pausa cuando pronuncia la palabra *gracia*, y me sonríe. Entonces, con un gesto de la mano, la cueva que nos rodea se transforma en una enorme sala de banquetes, llena de mujeres con vestidos de colores brillantes y hombres ataviados con casacas de matices intensos.

La estancia en sí es prístina, está construida casi por completo con piedra clara: suelos de mármol blanco, columnas de alabastro con rostros de gárgolas grabados en la lisa superficie, paredes de piedra blanca recubiertas con tapices que evocan la naturaleza bordados con hilos de tonos crema, blanco y dorado. Mi favorito muestra una cascada blanca cubierta de flores doradas mientras se derrama por una montaña rocosa.

Justo en el centro de la estancia, una mesa de banquete ocupa casi toda la longitud de la sala, y está repleta de platos con un aspecto de lo más delicioso. Pollos asados. Pescado a la brasa. Bandejas de panes y quesos. Enormes platos de fruta: melocotones, uvas, manzanas, granadas, higos y otras que no he visto antes.

La gente se agolpa alrededor de la mesa; comen, beben y ríen. Al final del salón, se encuentra una zona reducida en la que los músicos tocan y los invitados bailan. Justo en el centro de la pista se aprecia a la Sangradora ataviada con un elaborado vestido de color carmesí, cuya cola se extiende por el suelo a su espalda como un río de terciopelo. Le cuelgan rubíes de las orejas y la garganta, así como de la tiara que porta en la cabeza mientras dirige una risa a Alistair, que la hace girar por la diminuta pista de baile. Va vestido con una casaca blanca con bordados de oro, y sobre su cabeza descansa una corona que se asemeja a la que yo llevo tatuada en la mano.

—La Corte Gargólica es preciosa —dice entre suspiros Macy mientras todos vemos cómo se desarrolla la magnífica fiesta ante nuestros ojos fascinados.

—Esta fue nuestra ceremonia de vinculación —anuncia la Sangradora, y hay algo en su voz (en sus ojos) que hace que la contemple a ella en vez de la escena que está teniendo lugar ante mí—. Fue un día increíble. Todos vinieron a celebrarlo con nosotros y se quedaron tres días. Fue la primera vez en mi vida que vi a tantas gárgolas de cerca..., la primera vez que alguien que no pertenecía a la Corte Gargólica las veía, me parece.

»Vuestro padre incluido. —Se vuelve para contemplar a Jaxon y a Hudson—. Aquella noche marcó el inicio de su confabulación. Solo que todavía no lo sabíamos.

Aprieta el puño y la escena desaparece. Mientras se va oscureciendo, una violenta tormenta eléctrica invade la estancia. Los rayos la iluminan, los truenos retumban, la lluvia nos aporrea hasta que estamos completamente empapados. Pero se desvanece tan pronto como ha aparecido, y pronto el fuego vuelve a arder en el hogar y nos seca con la misma rapidez. La Sangradora está de pie en el centro de la estancia, luce el mismo impresionante vestido rojo con el que celebró su vinculación mientras los copos de nieve caen sobre ella flotando con gentileza desde el techo.

—Creo que durante nuestra ceremonia de vinculación fue la primera vez que Cyrus sintió celos. Él era mi teniente y estaba obsesionado con la idea de que los paranormales algún día gobernarían el mundo de los humanos. Se lo podría considerar un fanático, lo cual por supuesto suponía un incentivo para mí cuando también estaba centrada en la guerra. Pero en cuanto me vinculé con el rey gárgola, mis planes cambiaron por completo. Quería lo que Alistair ansiaba: la paz. Y Cyrus se sintió traicionado.

»Convenció al Círculo de que yo ya no le era fiel a la Corte Vampírica, que mi lealtad recaía para con la Corte Gargólica, y la verdad es que no se equivocaba del todo. Así que abdiqué, lo nombré mi sucesor y me mudé a la Corte Gargólica. Para entonces estaba embarazada de nuestro primer bebé y quería pasar cada momento del día con mi amado compañero.

Puedo comprenderlo perfectamente. Aprieto con todas mis fuerzas la mano de Hudson. Yo tampoco querría separarme de mi compañero jamás, por nada en el mundo.

La Sangradora continúa:

—Pero hablamos de Cyrus: no descansaría hasta descubrir cómo romper el tratado y continuar matando a humanos. Y eso significaba que antes tendría que destruir al Ejército Gargólico.

El viento recoge sus palabras, envía ráfagas de nieve a nuestro alrededor. «No es más que otra ilusión», me digo a mí misma. Su brisa me enmaraña el pelo, que me da latigazos contra la mejilla tan fuerte que duele. Le echo un vistazo a Hudson con cierta expresión de «¿qué cojones...?» en el rostro, pero cuando lo hago me doy cuenta de que el viento es tan potente que ha conseguido despeinar hasta su indestructible tupé, así que hay mechones de pelo que le bloquean la vista y le azotan las mejillas.

Es la primera vez que lo veo así, con la excepción de cuando sale de la ducha antes de meterse en la cama, pero nuestra relación es tan reciente que incluso esas ocasiones son inusuales. De alguna manera lo hace parecer más joven, más vulnerable y, por primera vez, me pregunto si su tupé de chico británico es una decisión premeditada. Si es su armadura de la misma forma en la que Flint solía utilizar su sonrisa. De la misma forma en la que la pose «siempre al mando» de Jaxon esconde sus vulnerabilidades.

Sé que es raro que me haya parado a pensar en eso ahora mismo, pero aun así me impacta. A ver, sé que Hudson tiene debilidades. Como todo el mundo. Pero,

incluso cuando muestra su yo más tierno conmigo, parece muy poderoso. Muy controlado. Muy fuerte.

Me aparto los rizos de los ojos (y la boca) y alzo la voz sobre el fiero rugido del viento para preguntar:

—¿Qué hizo Cyrus para destruir al Ejército Gargólico?

Quizá no sea la pregunta que toca hacer, la verdad es que tampoco sé cuáles son las correctas, pero parece una apuesta segura en lo que se refiere a descubrir información lo antes posible.

—Lo envenenó.

—¿Lo envenenó? —Es lo último que esperaba escuchar, y suena mucho más que un poco descabellado—. Pero había miles de gárgolas. ¿Cómo es posible que las envenenara a todas?

—Con magia, por supuesto —contesta a la par que el viento empieza a disiparse—. Por aquel entonces Cyrus tenía la habilidad de controlar la energía. Podía mover las corrientes en cualquier dirección, corrientes de energía e incluso de magia. Mi hermana, que también ansiaba que las gárgolas desaparecieran para acabar de extinguir a los paranormales, me traicionó por última vez. Le reveló a Cyrus que las gárgolas se podían comunicar telepáticamente, lo cual significa que hay un hilo mágico que las une a todas, y le dio el veneno que había usado conmigo en el Cáliz de la Vida. Un veneno que puede matar a dioses. No tenían oportunidad alguna.

La Sangradora hace una pausa, sus ojos brillan con lágrimas no derramadas y a mí se me forma un nudo en el estómago. Lo que sea que esté a punto de decir va a ser atroz, mucho peor que atroz, si puede hacerla llorar.

—Adria obsequió a Cyrus con el veneno, le permitió beberlo sin sufrir daño alguno. Entonces él mordió a una gárgola demasiado joven para poder defenderse como Dios manda, y usó su don vampírico para empujar el veneno por aquel hilo mágico...

—Y envenenó a todo el Ejército de una vez —termino por ella mientras el horror me serpentea por el cuerpo.

—A todas y cada una de las gárgolas, envenenó incluso a los niños. —Sus ojos son una mezcla de poder arremolinado y desesperanza profunda e insondable.

—¿Y es por eso por lo que ya no quedan gárgolas? —pregunta Macy mientras se levanta y se une a mí junto a la Sangradora, alcanza mi mano libre y me da un apretón—. ¿Porque Cyrus las ha matado a todas?

—No las mató —anuncia la Sangradora—. Ah, intentarlo lo intentó..., pero hubo algo que pasó por alto.

Mientras contemplo la firmeza de la mandíbula tensa de la Sangradora, su mirada penetrante captura la mía y sé exactamente qué fue lo que pasó por alto Cyrus.

—Te subestimó.

Ella me devuelve la sonrisa, una sonrisa de pura ira.

—Olvidó que yo no soy una mera vampira. Soy la diosa del caos.

46

La lista de invitados de Acción de Gracias se nos va de las manos

—Pero pensaba que él las había matado de verdad —interviene Eden por primera vez en todo este rato—. Por eso nos sorprendió tanto la llegada de Grace. Porque es la primera gárgola que nace en mil años.

—Pero eso no implica que aquellas que existieron antes que Grace estén muertas —replica la Sangradora.

—Fuimos a la Corte —objeta Jaxon—. Allí no había nadie. Está en ruinas.

—Que se hayan ido no significa que estén muertas. —La Sangradora clava la mirada en Hudson—. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

—¿El don de Cyrus no es la mordedura eterna? —pregunta Hudson levantando una ceja.

—La mordedura eterna —repite la Sangradora poniendo los ojos en blanco—. Tu padre siempre ha sido el rey de los dramas. No, ese no es su don, ni de lejos. Esa mordedura es en realidad el veneno, que sigue en su cuerpo.

Hay algo en toda esta historia que no termina de encajarme.

—¿Cómo consiguió Cyrus envenenar a las gárgolas, o canalizar el veneno, si la magia no funciona en ellas?

—Las gárgolas estáis destinadas a canalizar la energía. Sois conductos naturales. Cyrus no hizo más que utilizar ese don en vuestra contra. Y, como ya he dicho, el veneno sirve para matar a una deidad, así que no supone ningún esfuerzo utilizarlo para matar a una simple gárgola. —Pero ya no me mira a mí, sino que está perdida en sus pensamientos.

Flint decide romper su silencio y dice:

—Pero la mordedura no mató a Grace. Ella está bien.

Entonces la Sangradora desvía la mirada hacia mí.

—¿El rey vampiro te ha mordido? ¿Cuándo? —Jamás había notado una urgencia como la que percibo en su voz.

—Hace un par de meses. —Sin pensarlo, me llevo la mano a la pequeña cicatriz que tengo en el cuello y en la que, por lo general, me esfuerzo mucho en no pensar—. Después de que me convirtiese en la reina gárgola.

Sus ojos empiezan a emitir un resplandor del mismo color esmeralda del hilo que nos une.

—Entonces ahora debe de saber quién eres, habrá probado tu magia.

No voy a mentir, me repugna la imagen visual de Cyrus «probándome». En serio, puto asco.

—¿Es por eso por lo que...? —Mi intención es preguntarle si era por eso por lo que el rey vampiro envió a Hudson a la cárcel. Seguro que albergaba esperanzas de que me fuera con mi compañero para así borrarme del mapa, pero no

consigo terminar la pregunta porque la Sangradora se desvanece de pronto hasta acabar frente a mí, se acerca y hace que me levante de mi asiento. No es la primera vez que me toca desde que nos conocemos, pero es la primera vez que puedo sentir, sentir de verdad, el poder que alberga en su interior.

Está justo debajo de la superficie: se agita, borbotea, busca una vía de escape. Noto cómo busca mi propio poder, cómo me rodea mientras trata de encontrar una entrada...

Entonces levanto un muro mental entre nosotras tan rápido y tan fuerte que la Sangradora se tambalea hacia atrás.

—Esperaba que tu deidad no se hubiese desarrollado tanto como para que la notara —susurra segundos después —. Pero, por desgracia, ha pasado. El tiempo es oro.

»Grace, Cyrus no se detendrá ante nada para llegar a ti. Ante nada. Eres la clave para su destrucción y, al mismo tiempo, para su ardiente deseo de conseguir más poder. — Como si con esas palabras no me hubiese acojonado ya bastante, la Sangradora se acerca un poco más y añade—: Lo único que puede salvarte ahora es el Ejército Gargólico. Si es que tienes alguna salvación.

47

Estamos sembrados

—¿Dónde está el Ejército Gargólico? —pregunto con un susurro tembloroso, haciendo caso omiso a la siniestra amenaza sobre Cyrus. Anda, no me digas, resulta que quiere capturarme por alguna razón que no me va a gustar. El Katmere se ha visto reducido a polvo por eso mismo. En su lugar, me centro en la otra parte de su advertencia, la que implica que podemos salvar al Ejército. Casi temo demasiado la respuesta. Quiero creer que siguen vivos, que hay más como yo en el mundo, que Cyrus no aniquiló a toda una especie, pero parece poco probable que la Sangradora consiguiera esconderlos durante mil años.

—Pues los congelé en el tiempo, claro está —contesta, y debo admitir que no me esperaba esa respuesta.

Me vuelvo hacia Hudson, se me acelera la respiración cuando me viene otra idea a la cabeza. Y también se le debe de ocurrir a él, porque abre los ojos como platos.

—Alistair te llevó a la Corte Gargólica congelada.

Una sonrisa se adueña de mi rostro.

—Están vivos, Hudson. Están vivos de verdad.

Y de repente todo parece posible.

Si el Ejército Gargólico sigue con vida, mis amigos y yo solo necesitamos encontrar un vacío legal en la magia para salvarlos. Y si conseguimos salvarlos, podremos rescatar a los alumnos. Podremos derrotar a Cyrus de una vez por todas. Y puede que Hudson y yo no tengamos que escondernos en una cueva en el culo de Alaska durante el resto de nuestra vida.

—¿Puedes descongelarlos ahora? —pregunto ansiosa por mostrarles a los demás lo alucinante que es la Corte, la intensidad con la que entrenaban para la batalla las gárgolas.

Pero la Sangradora niega con la cabeza.

—No hasta que podamos curarlos. Le di al teniente de Alistair una piedra divina; esta previene que el veneno se extienda, siempre y cuando permanezcan congelados en el tiempo. Si les quitas la piedra divina, el veneno acabará por matarlos en la Corte congelada, solo que más despacio. Pero si los descongelas por completo, les quedarán unas pocas horas de vida, a no ser que se conviertan en piedra y se pasen así toda la eternidad.

La tristeza me derriba, me revuelve el estómago y busco a Hudson para que me ayude a mantenerme en pie, pero él ya va diez pasos por delante; desliza los brazos por mi cintura, los une delante de mí y tira para que mi espalda esté bien apoyada contra su pecho.

—No pasa nada —me susurra en la oreja para tranquilizarme—. Encontraremos la forma de salvarlos.

Cierro los ojos y dejo que su calidez, su fuerza, se filtren en mi cuerpo tembloroso. Tengo que centrarme, pensar.

Siempre hay algún vacío legal con la magia. Es lo que nos ha dicho antes la Sangradora. Solo tenemos que encontrarlo.

Entonces añade:

—Podría haber una forma de salvarlos sin un antídoto. Aunque no estoy segura de que vaya a funcionar, ya que la magia de Grace todavía está madurando.

Hudson pone los ojos en blanco.

—Porque así es como empiezan todas las buenas ideas, señalando lo descabelladas que son.

Todo el mundo ignora su sarcasmo.

Yo por lo menos. Está alterado, furioso. La idea de que se ponga en peligro a sí mismo me hace sentir de la misma manera. Pero no puedo dejar al Ejército Gargólico atrapado para siempre.

Hudson gruñe desde la parte baja de su pecho.

—Tengo una sugerencia. ¿No podemos matar al gilipollas y ya? ¿No es su don lo que envía veneno a los cuerpos de las gárgolas?

—Me gusta el plan de matar a Cyrus —admite Jaxon—. Si tenemos la oportunidad de acabar con ese capullo, creo que hay que aprovecharla.

—No hasta que liberéis al Ejército Gargólico —sisea la Sangradora—. Los congelé para salvarlos y eso ha obstaculizado el poder de Cyrus de canalizar su energía, pero sigue ligado a ellos..., lo cual significa que es tan inmortal como el Ejército congelado. ¿Nunca os habéis preguntado por qué no lo ha matado nadie aún? ¿Por qué no lo he matado yo misma en vez de esconderme en una maldita cueva de hielo?

Escudriño la fría e inclemente estancia y estoy de acuerdo. Nadie viviría aquí por gusto jamás, sobre todo sin su compañero.

—Vale, ¿cuál es esa idea tan horrible? —pregunto mientras me preparo para que Hudson la descarte. Normalmente siempre es el primero en decirme que puedo hacer cualquier cosa que necesite, pero, en lo que a su padre se refiere, tiende a comportarse de forma más sobreprotectora que nadie. Tampoco es que lo culpe. Cyrus es un monstruo, de eso no cabe duda. Pero esa solo es una razón más por la que tengo que salvar la Corte Gargólica. Sin importar lo valientes y poderosos que considere a mis amigos, solos no le llegamos ni a la suela del zapato al rey vampiro.

Ahora mismo el resto de la Orden y Dawud deben de estar en la Corte Vampírica. ¿Y si descubren que Cyrus sí que está despojando de su magia a los alumnos? ¿Y si ya ha matado a algunos? Si tenemos alguna posibilidad de pararle los pies, vamos a necesitar al Ejército. Ah, y eso sin mencionar que hemos de liberarlos porque son mi pueblo y punto.

Bajo la mirada al anillo que me entregó Alistair. Me nombró su sucesora por una única razón: soy su nieta. La vergüenza me colorea las mejillas cuando me doy cuenta de que no me he ganado el derecho a ser su reina. Ni siquiera estoy segura de poder hacerlo, pero al menos puedo empezar por intentar liberarlos.

—Una mala idea es mejor que dejar a mi pueblo congelado en el tiempo un solo día más —opino.

—Grace. —Hudson me da la vuelta para que lo mire y, puede que por primera vez, atisbo el miedo en sus ojos azules. No teme por él, sino por mí. Y lo pillo. Pero no nos queda más opción.

—Estaré bien —le aseguro, y después vuelvo a encararme a la Sangradora—. Vale. ¿Qué tengo que hacer?

La Sangradora chasquea los dedos, y los muebles, la chimenea y todo en general desaparece. En cierta forma, la falta de esos adornos hogareños me recuerda lo sola y aislada que ha vivido durante mil años. La cueva de hielo es fría. Estéril. Sin alma. Y mi compasión por la anciana vampira se incrementa un milímetro más. No es suficiente para que se gane una felicitación navideña, claro está, pero ya es un poco más que antes.

—Sígueme. —Camina hasta el centro de la estancia y no puedo evitar el escalofrío que me recorre la columna—. Has mencionado que has visto un hilo que te conecta a mí, ¿no?

Asiento.

—Uno de color verde esmeralda.

—El hilo de tu semidiosa. —Y cuando lo anuncia de esa forma, es tanto una respuesta como una amenaza—. Cuando mi bebé nació, Cyrus vino a por ella. Supe que tenía que protegerla, así que construí esta prisión en el hielo para detenerlo. —Señala los muros helados que nos rodean—. Pero ya había atrapado a tu abuelo y envenenado a las demás gárgolas, por lo que supe que no podía permitirme creer que quizá a mí no me derrotaría. Por eso mismo tomé medidas para protegerla del rey.

Hace un gesto a los demás para que retrocedan hasta las paredes y nos den espacio para, bueno, para hacer lo que

sea que haya planeado hacer. Hudson vacila, me agarra la mano con fuerza.

—Juntos —especifica cuando lo contemplo con una mirada inquisitiva—. Puede que debas hacer esto, pero eso no significa que tengas que hacerlo sola. Yo voy a estar ahí siempre, aferrado a ti. Y si algo se pone feo, tú limítate a hacer lo mismo. ¿Trato hecho?

Se me derrite el corazón porque, sin importar lo que pase, sin importar cuántos problemas o reyes vampiro rabiosos intenten separarnos, Hudson es mi compañero.

Y eso lo es todo.

—Trato hecho —le contesto y le doy un apretón más en la mano antes de volverme de nuevo hacia la diosa que nos ha metido en este lío—. ¿Qué le pasó a tu hija?

—La oculté. De Cyrus, del mundo; incluso de mí misma —responde. Sus ojos se llenan de tristeza mientras hace una serie de complicados movimientos con las manos: a veces unas líneas marcadas y cortantes, otras unas curvas por el aire con enormes caídas y giros. Una vez que termina una serie de gestos bastante gráciles, un símbolo resplandeciente aparece delante de ella, y todos lanzamos un grito ahogado. Ella se vuelve levemente y sigue describiendo movimientos similares, aunque distintos.

Aparece otro símbolo, la luz refulgente danza por las paredes de la cueva de hielo como llamitas blancas y parpadeantes. Hay algo en ese símbolo, dos uves colocadas de lado, que me resulta familiar, pero no consigo identificar por qué.

La Sangradora se da la vuelta y comienza a dibujar otro símbolo mientras continúa con su historia.

—Le arrebaté la divinidad a mi bebé, al igual que su gárgola (sus hilos), y los prensé en una semillita congelada. La vinculé a mi magia y escondí su poder bien hondo, donde no pudiera ni encontrarlo para que pasara de madre a hija durante generaciones si así se necesitaba. La magia llama a la magia, así que supe que algún día regresaría a mí. Podría ser mi hija, mi nieta, o mi tataratataranieta. Pero algún día mi magia volvería a mí de la misma forma que me encontró el vínculo de compañeros.

—Joder. —Hudson estira la palabra—. ¿Quiere decir eso que tus hijas jamás supieron quiénes eran en realidad ni de lo que eran capaces? ¿Durante toda su vida?

Sé que yo me he pasado la mayor parte de la mía sin saber que era una gárgola, pero ahora ya no puedo imaginarme sin esa parte de mí. Quizá si nunca me hubiera enterado, no habría aprendido a echarla de menos. Sin embargo, no puedo evitar sentir pena por mi madre y mi abuela, y por todas las mujeres de mi familia materna; son demasiadas generaciones de mujeres que jamás supieron la cantidad de poder que en realidad albergaban en su interior.

—No hasta que la magia me encontró —corrobora—. Es la única forma en la que podía asegurarme de que Cyrus no encontrara a mi hija antes de que estuviera preparada. Cuando tu madre y el aquelarre acudieron a mí para pedirme ayuda y crear una gárgola, la reconocí de inmediato. Accedí a ayudar, pero no los obsequié con una gárgola como ellos pensaron. Tu madre ya estaba embarazada de ti a la antigua usanza y ser gárgola estaba en su linaje.

»Pero yo liberé la magia... y por primera vez en mil años, Grace, la magia pudo crecer a sus anchas. En ti. —Entrecierra los ojos un segundo al mirarme—. Y por lo que parece, todavía tiene que pegar el estirón. —Niega con la cabeza y sigue moviendo las manos en el aire—. Siempre supe que mi hija sería la clave para liberarlos a todos. Al Ejército. A Alistair. Al mundo. Solo otra gárgola sería capaz de escuchar a Alistair y liberarlo. Solo una gárgola que también fuera semidiosa podría viajar a la Corte congelada. Yo puedo congelar la Corte, pero no puedo viajar allí. Y solo una semidiosa que también esté conectada al hilo mágico gargólico podría ser capaz de usar su magia para salvarlos a todos.

A medida que relata la historia, me percato de que ahora hay más de una docena de símbolos flotando en el aire, casi formando un círculo completo alrededor de nosotros tres. Mientras tanto nuestros amigos siguen pegados a las paredes de hielo, fuera del círculo.

—¿Cómo puede mi hilo de semidiosa salvar al Ejército? —pregunto, y una parte de mí espera con toda su alma que eso no incluya tener que tocarlo. La última vez que intenté agarrarlo, en fin, Hudson se convirtió en el orgulloso dueño de un faro con algún que otro estropicio.

—Bueno, si tuviéramos un antídoto sería más sencillo. —La Sangradora desliza la mano en el aire por última vez, y el símbolo que queda cobra vida entre luces hasta completar el círculo. Entonces se vuelve hacia mí, sus ojos iluminados con diabólica alegría, y dice—: Pero quizá podamos utilizar tu fuerza semidivina para expulsar el veneno.

Junta el índice y el pulgar de ambas manos para después separarlos, y un hilo fino y brillante aparece estirado entre sus manos.

—Imagina que tuvieras un hilo que te conecta al Ejército. —Hace un nudo en medio del hilo—. Y al otro lado de este hilo se encuentra Cyrus, que utiliza su don de controlar las corrientes mágicas para enviar por aquí un veneno que alberga dentro del cuerpo.

Cuando dice esto, el extremo del hilo que sostiene en la mano derecha comienza a brillar con un color rojo; la luz carmesí lo recorre, da vueltas y vueltas en el nudo hasta llegar al otro extremo.

—Si utilizaras la habilidad innata que tienes como gárgola de canalizar la magia, podrías ser capaz de emplear tu fuerza semidivina para empujar el veneno hacia el otro extremo. —El brillo carmesí empieza a retroceder por el hilo, recorre el nudo y vuelve a la mano donde se ha originado—. Si fueras lo bastante fuerte, podrías ser capaz de expulsar el veneno de todas las gárgolas y metérselo a Cyrus por la garganta a la fuerza.

48

Todo atado y bien hilado

La Sangradora continúa hablando:

—Si rompemos el vínculo entre el Ejército congelado y el don de Cyrus, entonces el rey vampiro perderá su inmortalidad. Y, por fin, ¡por fin!, podré salir de esta cueva y enseñarle a ese hombre de una vez por todas lo que ocurre cuando te pasas un milenio tocándole las narices a una diosa.

—Pero cuando Grace toque el hilo que la conecta a todas las gárgolas que hay, ¿el veneno no lo recorrerá hasta llegar a ella, gracias a la capacidad de Cyrus? —pregunta Hudson furibundo.

—Ya está pasando —contesta la Sangradora negando con la cabeza.

«¿Cómo?»

Me palpo el estómago y los brazos; quiero comprobar si me encuentro mal, o enferma, aunque sé que es una tontería. Pero, eh, me acaban de decir que estoy infectada

con un veneno mágico. Lo hago para asegurarme de que estoy bien.

Hudson tiene que estar pensando lo mismo que yo, porque en ese momento me pasa las manos por los brazos, de arriba abajo, y tira de mí hacia él.

—Me encuentro bien —le aseguro a la Sangradora.

—No me digas —replica, como si mi comentario hubiese sido la mayor tontería que le han dicho en todo el año—. Me envenenaron antes de que tú nacieras, y eres mi descendencia. Por lo tanto, has heredado un poco de mi inmunidad. Por eso mismo la mordedura de Cyrus tampoco te mató.

Bueno, vale, solo le veo el sentido a esa explicación después de que me la haya dado. Me vale.

—Ahora bien, si tu compañero puede quitarte las manos de encima durante al menos cinco minutos, ven aquí y vamos a empezar. —La mujer se mueve hacia el centro del círculo.

—Ni de coña —responde Hudson; vuelve a cogerme de la mano y me acompaña hasta el centro—. Yo voy adonde vaya ella.

Me imagino que la Sangradora hará un comentario desagradable al respecto, pero nos sorprende con su respuesta:

—Ay, sí, recuerdo esa época. —Y durante un minuto mira fijamente a algo que hay tras mi espalda. Después niega con la cabeza.

Me vuelvo hacia nuestros amigos, que aguardan fuera del círculo mágico, pero noto algo raro en ellos. Jaxon está de pie junto a Mekhi y Flint, pero tiene la mano en el aire, como

si estuviese a punto de hacer una observación. Eden está al lado de Macy, y están la una inclinada hacia la otra, como si estuviesen cuchicheando sobre algo, pero ninguna de las dos está hablando.

Estoy a punto de preguntarle a la Sangradora qué está pasando cuando la mujer dice:

—Todo aquello y todo aquel que esté fuera del círculo está congelado en el tiempo. Pero no podré hacer que siga así mucho más, por lo que será mejor que nos demos prisa.

Hudson, sorprendido, eleva las cejas y suelta:

—¿Todo aquel que está fuera del círculo está congelado? En plan, ¿todo el mundo?

—Más bien, el tiempo está congelado, no las personas. No podemos correr el riesgo de que Grace descongele sin querer al Ejército Gargólico. Por eso, le hago sitio para que trabaje aquí, en el espacio entre momentos. —Me mira a mí levantando una ceja—. Pero ese momento se acorta con cada segundo que desperdiciamos. Así que... venid aquí.

Me acerco corriendo al centro del círculo, y me da un par de instrucciones sencillas sobre lo que tengo que hacer ahora, pero al final todo parece resumirse en «lo que te parezca mejor».

Me entran ganas de echarme a reír, porque ahora mismo lo que me parece que debo hacer es recoger a mis amigos y salir de aquí echando leches. Pero, como esa no es una opción (¿por qué nunca es una opción?), aprieto los dientes y le hago caso. Cierro los ojos y repaso mentalmente todas las instrucciones que me ha dado.

Se supone que debo coger el vínculo con todas las gárgolas dentro de mí con una mano y, con la otra, coger el

hilo esmeralda; después, aguantar todo lo que pueda y empujar. La Sangradora dice que no debería costarme nada ver hacia dónde debo empujar el veneno, pues será más fuerte hacia una sola dirección, la que se acerque a la fuente original: es decir, Cyrus.

Sé cómo me siento cuando Alistair me habla en mi mente, pero no tengo ni idea de cómo crear un vínculo con cualquier otra gárgola; teniendo en cuenta, sobre todo, que Alistair fue quien creó el nuestro. Aun así, inspiro hondo, cierro los ojos y me abro ante lo que sea que hay ahí fuera mientras intento desesperadamente imaginarme cómo pueden verse miles de gárgolas.

Miles de puntitos de luz.

Esa es la respuesta que me sobreviene entre la oscuridad y el miedo que me crece en la boca del estómago. En contraste con la oscuridad que percibo con los ojos cerrados, empiezan a aparecer miles de puntitos de luz. Como si fuesen estrellas sobre el océano en mitad de la noche, los puntos de luz se extienden hasta donde alcanza la vista; y hasta donde mi conciencia puede llegar.

La simple magnitud de la cantidad de luces que hay es abrumadora, y una parte de mí no quiere ni siquiera intentarlo. Son demasiadas estrellas, demasiadas almas, las que debo alcanzar. Es imposible que llegue a todas ellas.

Pero, bueno, Cyrus cuenta justo con eso. Es en lo que siempre confía en esta clase de situaciones insostenibles. Que me asuste y me rinda antes siquiera de intentarlo. Pero eso es algo que no he hecho nunca, y no es para nada mi intención empezar ahora, por muy ardua y absurda que sea

la tarea que tengo delante; me siento un poco como Sísifo ahora mismo.

Así que, sin saber bien qué debo hacer, estiro la mano e intento recoger un puñado de esas estrellas.

No funciona; qué sorpresa.

Aun así, lo intento una y otra vez, pero cuanto más trato de acercarme a ellas, más se alejan, como si lo último que quisieran fuese sentir mi tacto. O, peor, como si lo último que quisieran fuese que las salvaran.

Ese pensamiento me acojona un poco. Después de todo voy a ciegas, creyendo en lo que me ha contado la Sangradora a pesar de que en el pasado se ha mostrado de todo menos comunicativa... o sincera. ¿Es otra de sus mentiras? ¿Intenta que haga algo porque a ella le viene bien para sus planes?

Ese pensamiento tira de mí hacia fuera, o hacia donde sea, y las estrellas empiezan a desvanecerse. Al principio las dejo; ¿por qué voy a creer que soy capaz de hacer esto?

Pero entonces la voz de mi cabeza..., no, no la voz, Alistair. Alistair me dice: «Coge, Grace. Coge, coge, coge».

No sé qué se supone que debo coger, teniendo en cuenta que las estrellas se me escapan de entre los dedos como si fuesen un montón de polvo. Pero insiste tanto («coge, Grace, coge») que no puedo rendirme. Y tampoco puedo alejarme. No si quiero volver a verlo a él, o a mí misma.

Así que hago lo único que soy capaz de hacer. Me sujeto con un poco más de fuerza a Hudson y me inclino hacia delante en mi mente, y con ambas manos cojo un buen puñado de estrellas y las acerco hacia mí.

Esta vez funciona… Bueno, algo así. Las estrellas no se alejan como antes, pero a medida que se me escapan de entre los dedos y se esparcen por la profunda oscuridad se vuelven cada vez más grandes. Se estiran hasta que ya no se parecen en nada a unas estrellas. En cambio, parecen miles y miles de hilos de telarañas de luz, que se alargan justo delante de mí. Y, tras respirar hondo, extiendo una mano y rodeo toda una cortina de luz con los brazos.

Pero de pronto los finos hilos empiezan a vibrar. Al principio es una vibración leve, que se va intensificando hasta que me suben por el brazo unas descargas eléctricas y tengo la sensación de que me van a arrancar el hombro de cuajo.

A mí me parece otra señal de que no quieren que las toque, de que no quieren que las ayude, así que empiezo a soltar los hilos. Pero, en cuanto cedo, oigo la voz de Alistair en mi cabeza, bien alta y clara: «Grace, debes aguantar».

Esta vez, cuando me habla, suena como el rey gárgola, no como la Bestia Imbatible, y lo escucho por mero instinto. Me llevo los hilos al pecho y me aferro a todos y cada uno de ellos a pesar de las descargas que me recorren el cuerpo.

El dolor es intensísimo, casi me avasalla, y sé que no seré capaz de aguantar para siempre… o mucho más tiempo. Así que inspiro hondo, intento respirar a pesar del dolor, y uso la otra mano para alcanzar el hilo esmeralda que me conecta a la Sangradora. El hilo esmeralda que antes he sentido que me conecta a todo el universo.

Hudson grita cuando le suelto la mano, pero ahora mismo no tengo fuerzas para tranquilizarlo. No cuando estoy

haciendo acopio de cada gota de la poca energía que me queda para aguantar los hilos de luz, cada gota de fuerza de voluntad para no soltarlos y acabar de una vez por todas con esta agonía.

Rozo el hilo esmeralda con los nudillos, y me tiembla todo por dentro. El dolor no desaparece, y el tiempo tampoco se detiene como suele pasar siempre que lo rozo. Oigo a Hudson llamarme por mi nombre, noto que intenta llegar hasta mí a pesar de la vorágine de sensaciones que me recorren, pero su voz suena muy lejana, como si estuviese al otro lado de un enorme y vacío campo dentro de mi mente, y no puedo concentrarme en él.

Ignoro la necesidad de contestarle, lo ignoro a él mismo, solo por el momento, y me concentro en el hilo esmeralda que tengo en las yemas de los dedos. A una parte de mí le preocupa tener que cogerlo, y a otra parte le preocupa descongelar sin querer al Ejército Gargólico, como ha comentado antes la Sangradora que podía pasar. ¿Y si su círculo no lo evita?

Pero me fijo con más atención en los brillantes hilos de las gárgolas y comprendo que no tengo que preocuparme por descongelar al Ejército envenenado. Reconozco la magia de la Sangradora al instante. Envuelve cada uno de los hilos, y es inmensa. No creo que nunca pueda llegar a atravesar tal cantidad de poder. Jamás.

Es ese pensamiento el que me anima a dejar de rozar el hilo esmeralda, a dejar de asirlo con cuidado. Si voy a hacer esto, debo darlo todo. Tengo que hacerlo, y ya.

Conque cojo mi hilo de semidiosa con la mano y me aferro a él todo lo que puedo; incluso cuando se desata el

caos.

Veo fogonazos de relámpagos, y un fuerte chasquido resuena en la sala. El viento que he notado antes regresa como un huracán y me azota con tanta fuerza que casi me vengo abajo. Hudson me salva: noto cómo sus manos me rodean la cintura a pesar de la tormenta, así como el viento y los hilos platino y el hilo esmeralda, y me mantiene donde estoy mientras el mundo brama a mi alrededor.

Veo otro fogonazo, y otro chasquido. Y, durante un segundo, la cara de Remy aparece ante mis ojos.

Me brinda una sonrisa que bien podría traducirse como «en menudo lío te has metido ahora, chica», y parece tan real que no puedo evitar pensar que lo tengo ahí, delante de mi cara.

—¡Remy! —lo llamo, e intento llegar hasta él, pero entonces desaparece en un abrir y cerrar de ojos, justo en el momento exacto en el que los finos hilos platino se me escapan de las manos.

Intento cogerlos de nuevo, pero ya están demasiado lejos para que pueda alcanzarlos; el viento sopla y se los lleva con él, los transporta hacia la oscuridad que me rodea.

—¡Grace! —grita Hudson desde el exterior del mundo interno en el que estoy, y me vuelvo hacia él sin pensármelo.

—¿Hudson? —jadeo mientras el viento sigue azotándome.

—¡Grace, por fin! —Me coge y tira de mí hacia su pecho —. Temía que te hubiésemos perdi…

Se calla justo cuando se oye otro chasquido sobre nosotros.

—¡Suelta! —me grita para hacerse oír por encima del alboroto.

—¿Que suelte? —repito—. ¿El qué?

—El hilo esmeralda. —La voz de Hudson se mezcla con la de Alistair, hasta que ambos resuenan en mi interior—. Suelta el hilo esmeralda —repiten ambos al unísono.

Les hago caso, más que sorprendida por no haber soltado ya ese hilo. Y entonces reina el caos de verdad.

49

Un lugar jamás visitado por un carámbano

La Sangradora, Hudson y yo seguimos dentro del círculo que crean los símbolos y, aunque el viento es feroz, parece no existir fuera de él. Pero entonces un crujido ominoso reverbera por la estancia.

—¡¿Qué cojones ha sido eso?! —ruge Hudson.

Estoy a punto de contestarle que no tengo ni idea, cuando medio techo se desploma ante mis ojos horrorizados. La primera roca en caer destroza una de las runas flotantes, y nuestro círculo parpadea al instante.

El viento con el que llevo peleándome desde que he intentado agarrar los hilos de las gárgolas avanza a toda velocidad por la estancia y los manda a todos por los aires.

Macy sale disparada y Mekhi trata de agarrarla, pero el viento hace que salgan despedidos y no se detienen hasta que se estrellan con todas sus fuerzas contra la pared donde solía haber una chimenea.

A Flint le hace la zancadilla desde abajo y acaba cayéndose de culo.

Jaxon hace uso de su telequinesis para intentar evitar que Eden se estampe contra otra de las paredes, aunque apenas consigue mantener el equilibrio.

Los carámbanos afilados y las rocas pesadas nos llueven sobre la cabeza y estoy convencida de que vamos a morir todos. Que mi falta de control nos ha conducido a un derrumbamiento de proporciones tan épicas que incluso un montón de paranormales sería incapaz de sobrevivir.

Esa idea hace que la culpa y el terror me corroan, que sienta debilidad en las rodillas y que el pánico se me meta bajo la piel. Me esfuerzo por dominarlo porque ahora mismo es el peor momento para tener un ataque, pero no es fácil. Sobre todo cuando sé que soy yo quien lo ha provocado: mi puto hilo esmeralda y yo. Juro que no voy a volver a tocarlo si puedo evitarlo.

—Todo va a salir bien —susurra Hudson contra mi mejilla mientras el mundo se viene abajo a nuestro alrededor—. No es culpa tuya.

—Pues claro que es culpa mía —le contesto incluso cuando me dejo caer contra su pecho firme y absorbo su fuerza para impregnar con ella mis débiles rodillas y mi garganta constreñida.

—No lo es —insiste—. Nadie sabe cómo montar en bicicleta la primera vez que se sube a una.

Una parte de mí quiere decirle que se equivoca, que aferrarme al hilo esmeralda no difiere de hacerlo a cualquier otro hilo que hay en mi interior. Pero ambos sabemos que no es cierto. Este hilo esmeralda (este hilo de semidiosa) no se parece a nada que haya tocado antes. No se parece a nada que haya sentido antes.

Cuando lo comprendo, mis nervios agitados y mi corazón sobresaltado se tranquilizan por fin; cuando lo comprendo, me permito confiar en que mis rodillas van a soportar mi peso al tiempo que respiro hondo y lentamente varias veces. La tempestad que me rodea empieza a calmarse a medida que yo lo hago. El techo deja de agrietarse, el hielo deja de caer y los escombros voladores se posan en el suelo.

Una vez que el polvo (o en este caso, las lascas de hielo) se disipa, Hudson se aparta de mí. Debe de haber desintegrado todas las rocas de hielo que haya visto caer, pues no hay ningún pedrusco a nuestro alrededor; tan solo una cantidad infinita de copos de nieve que flotan con delicadeza hasta llegar al suelo. Salgo de detrás de él para encontrarme con la cueva de la Sangradora en ruinas. Y a Flint detrás de Hudson, rodeado de varios carámbanos gigantescos y de aspecto terrorífico.

—¡Madre mía! —grito mientras corro hacia él—. Lo siento mucho. ¿Estás bien?

—He de decir, Grace, que tienes una puntería estupenda. Y menos mal. —Agarra uno de los dos carámbanos más grandes que hay clavados en el suelo que lo rodea y lo hace trizas como si nada; después hace lo mismo con los que quedan—. Un poco más y tendría carámbanos clavados en dos cositas donde nunca jamás deberían clavarse unos carámbanos.

Lo último lo dice para hacerme reír, pero yo estoy demasiado ocupada contemplando la última daga de hielo que no le ha atravesado el muslo de milagro. Me pone enferma pensar con qué facilidad podría haberlo ensartado

cualquiera de estas cosas, y habría sido culpa mía. Culpa mía por no saber controlar el poder que contiene el hilo esmeralda y culpa mía por intentarlo cuando no estaba preparada.

Se me debe de leer lo que pienso en la cara, porque Flint choca mi hombro con el suyo con dulzura.

—Oye, no pasa nada —me asegura—. Soy más duro de lo que parece..., viene integrado con lo de ser un dragón y todo eso.

—Lo sé, pero aun así podrías...

—Pero no ha pasado. —Me sonríe—. Además, ¿no te has enterado? Los dragones somos prácticamente indestructibles.

—*Prácticamente*, he ahí la palabra clave —replico.

—No le des más vueltas, Grace. Estoy de lujo. —Sé que todavía parezco desconfiada, porque se pone una mano en el corazón y dice—: Lo juro.

—¿A quién? —reprocho—. ¿A la diosa del caos?

Se ríe.

—Sí, bueno, ella ya sabe que antes prefiero adorar a una pulsera de diamantes.

Casi me ahogo de la risa mientras recorro con la mirada la cueva para ver si la Sangradora ha escuchado su comentario.

—Y ahora ¿qué hacemos? —pregunta Macy mientras Mekhi la ayuda a levantarse. Tiene los ojos completamente abiertos y su pelo del color de las llamas está tan despeinado por la tormenta que parece que tenga llamas de verdad saliéndole de la cabeza.

—¿Huir? —sugiero medio en broma. No me imagino a la Sangradora muy contenta con el desastre que acabo de armar en su cueva.

Para mi sorpresa, esta se acerca y dice:

—Hay cosas de las que no puedes huir, Grace. Y tu poder es una de ellas.

Entonces agita una mano y el salón vuelve a estar como antes, en perfectas condiciones.

—¿Y ya está? —Eden mira a su alrededor—. ¿Mueves un poco la mano y todo vuelve a estar bien?

—Ya está —corrobora la Sangradora mientras analiza la estancia con satisfacción—. Aunque creo que lo de «bien» es quedarse cortas, ¿no?

—Y yo que pensaba que se había pasado cinco pueblos. —Las palabras, pronunciadas por una voz masculina muy irritada que no reconozco en absoluto, retumban por la cueva—. Por otra parte, tú y yo casi nunca nos ponemos de acuerdo, ¿no es así, Cassia?

50

¿La vida es una gozada o una putada?

Les lanzo una mirada a Hudson y a Jaxon y les pregunto, moviendo los labios: «¿Cassia?». Ambos parecen tan sorprendidos como yo: Jaxon niega con la cabeza y Hudson se encoge de hombros; después todos nos volvemos para observar al propietario de la voz que todavía resuena por la cueva de la Sangradora.

Al hacerlo, me llevo la tercera sorpresa en apenas unos minutos. Porque el dueño de la voz es un hombre mayor, alto, desaliñado, que lleva un bañador de surfista verde agua, unas aletas de esnórquel azul marino y un par de gafas de sol con los cristales azules. Tiene el pelo igualito al de Einstein: largo, gris, y apartado de la cara al estilo de «todo me importa una mierda». Lleva pendientes en las orejas, en los pezones, y también un tatuaje que le cubre todo el brazo y que representa unas escaleras sobre el agua que llevan a un reloj con muchos adornos y que parece que se esté rompiendo.

Vale, como si eso no fuera poco, además el hombre parece tener un cabreo de la hostia.

—No es culpa mía, Jikan —dice con hastío la Sangradora (¿Cassia?)—. Es difícil tomarte en serio cuando insistes en enseñar los *piercings* de los pezones allá adonde vas.

—Estaba en la playa, ¿sabes? —contesta el hombre, y levanta unas gafas de buceo y un tubo de esnórquel para demostrarlo. Ya sabes, por si acaso nadie se hubiera fijado en el bañador de surfista y en las aletas—. En Hawái. Por primera vez en quinientos años.

—Bueno, no hagas que te entretengamos —pide la Sangradora y pone los ojos en blanco—. Seguro que tienes algo increíblemente emocionante que hacer, como por ejemplo contar los granos de arena que hay en la playa.

El hombre entrecierra los ojos.

—Estaba haciendo esnórquel. Había corales y todo. Y unos peces preciosos. Y hasta un delfín, maldita sea.

—Ah, vale, ya entiendo por qué estás molesto. —La Sangradora esboza la sonrisa de burla más descarada que he visto nunca—. Eso no se ve todos los días en mitad del Sáhara.

—Pues no —dice él con voz cansada—, a eso me refiero, la verdad.

—Pues deberías cogerte más vacaciones —responde ella con serenidad—. Así seguro que estarías de mejor humor.

—Ya, bueno, no todos podemos pasarnos el día entero en nuestra cueva helada personal, pensando en mil formas de fastidiar el universo, ¿no? Algunos tenemos que trabajar y esas cosas. —El hombre le habla con desprecio a medida que se acerca a ella—. Gracias a otros, claro.

—Nadie ha pedido tu ayuda. —La mujer se encamina hacia él, y su disputa me recuerda a la típica escena de dos pistoleros en el lejano Oeste preparándose para un enfrentamiento. No me sorprendería lo más mínimo que de pronto se sacaran una pistola del bolsillo y se apuntaran con ella.

—Puede que no la hayas pedido —dice él mirando con el ceño fruncido la sala, que ahora está inmaculada—. Pero es evidente que la necesitas.

Y, entonces, mete la mano en el bolsillo de su bañador verde azulado. Me preparo para verle sacar un arma, la que sea; y, por cómo Hudson se coloca delante de mí, sé que estamos pensando lo mismo. Pero entonces Jikan saca un antiguo reloj de bolsillo de oro. En serio, un reloj de bolsillo de verdad, con una cadena y la tapa que se abre y todo.

—Ah, ya lo pillo —indica Hudson—. En japonés, *jikan* significa «tiempo». Mola.

—Basta de cháchara —ordena Jikan, y levanta el reloj—. A ver qué os parece mi idea: ¿por qué no matamos dos preguntas de un tiro?

—Será dos pájaros —corrige Flint.

Jikan se vuelve hacia él y, por el borde superior de las gafas de sol, sobresalen las cejas del hombre.

—¿Perdona?

—El dicho es así —explica el dragón, y hay que reconocerle que no recula ni un solo milímetro a pesar de ser el centro de atención del ceño fruncido de Jikan, que, por cierto, es la hostia de intimidante—. Se dice «matar dos pájaros de un tiro», no dos preguntas.

—Claro que sí, el dragón cree que debemos matar dos pájaros. Esa es vuestra solución para todo. Aunque no sé qué tenéis en contra de esas pobres criaturas. Si lo piensas bien, son bastante majestuosas.

Flint abre mucho los ojos sorprendido.

—Pero yo..., no quería decir que...

—Cállate ya, me das dolor de cabeza. —Jikan desvía la mirada y se dirige a mí—. ¿Ya has acabado?

¿Acabado? Pero si ni siquiera he empezado.

—¿Por qué eres tan maleducado con todo el...?

—Y tú ¿por qué haces tantas preguntas, niñita de roca? —replica—. Para ser un trozo de piedra, eres muy entrometida.

—¿Un trozo de piedra? —repite Jaxon, y parece que se ha indignado por mí—. Pero ¿qué...?

—Tú a callar, gótico. Nadie quiere oír lo que tienes que decir, y no tenemos tiempo para una de tus rabietas.

No sé si Jaxon se atraganta con la indignación o con su propia saliva, pero, sea como fuere, el sonido que emite es una mezcla entre un rinoceronte moribundo y un hipopótamo en celo.

—¿Perdona? ¿Qué acabas de decir?

—Primero: no. Segundo...

—¿No, qué? —pregunta Jaxon.

—No, no te perdono, claro está. Segundo: nunca repito lo que digo. —Jikan niega con la cabeza y baja la mirada hacia el reloj de bolsillo, mientras murmura una amenaza velada —. De verdad, qué delicados son los vampiros.

A estas alturas estoy convencida de que si a los vampiros les pudiese dar un infarto, Jaxon ya habría tenido uno. En

cambio, a Hudson parece que le divierten y le fascinan a partes iguales los más que evidentes problemas de actitud de Jikan. Pensándolo bien, puede que admire sus jueguecitos. Una nunca sabe qué pasa por la mente de Hudson.

—¿Quién es este tío? —pregunta Jaxon.

—Ni idea, pero creo que ahora es mi nuevo ídolo —dice Hudson—. Gótico mío.

Jaxon se vuelve hacia él con un gesto en el rostro que viene a decir «pero ¿qué cojones...?». Sin embargo, antes de que pueda contestarle a su hermano, Jikan continúa:

—Bueno, niños y niñas, ¿se ha acabado la ronda de preguntas? Porque, por muy fascinante que me resulte vuestra ignorancia, tengo un *luau* al que quiero ir en una hora, y el *poi* es mi plato favorito. Así que vamos a ponernos manos a la obra, ¿os parece?

—¿A qué obra te refieres exactamente? —quiero saber.

Se baja las gafas de sol lo justo para que pueda ver unos centelleantes ojos color caoba.

—La obra en la que arreglo el desaguisado que hayáis montado Cassia y tú. Cassia, no sé por qué sientes esa extraña necesidad de meter las piernas donde no debes.

—¿Pi...? —Flint se sorprende.

—Pues 3,14159 y así hasta que llegue el fin de los, bueno, mi fin, vaya —lo interrumpe Jikan sin prestarle atención en realidad—. ¿Por qué lo preguntas?

—No, que has dicho «piernas», y lo que se mete son las narices...

Jikan lo mira totalmente ofendido.

—Puedo asegurarte, dragoncete, que no tengo deseo alguno de meterte la nariz, ni ninguna parte de mi cuerpo, en ningún lado.

Ahora es Flint quien se atraganta.

—Es una expresión...

—Ya, eso es lo que dicen todos. —Jikan carraspea y continúa—: Ahora vamos a tratar el asunto que nos concierne: arreglar el último desastre de Grace.

—¿El último? —repito, y decido ignorar el hecho de que se me pone voz de pito al hablar—. A ver, dime, ¿cuántos desastres ha habido?

—¿Quitando el superdesastre de finales de noviembre? —me pregunta con malicia.

—¿Qué pasó en noviem...? —Pero no termino la frase porque de pronto sé a qué se refiere—. Un segundo. ¿Tú quién eres?

—El dios del tiempo —contesta Hudson, y consigue sonar hastiado—. Y me imagino que está tan cabreado porque nuestra amiga Cassia...

—No me llames así —dice la Sangradora entre dientes.

Hudson pasa de ella y de su interrupción. En cambio, continúa como si nada:

—... ha parado el tiempo para ti y, después, ha metido la pata.

—Sí, la ha metido pero con ganas, hasta el fondo —afirma Jikan negando con la cabeza—. Pero habéis tenido suerte, porque estoy aquí para arreglarlo. Toda clase de cosas horripilantes podrían atravesar una fisura en el tiempo de esta magnitud.

Lo que ha dicho es demasiado para asimilarlo de inmediato, y no sé ni por dónde empezar. Decido pasar por alto el comentario de que la ha metido hasta el fondo (Mekhi ya se está descojonando en nombre de todo el grupo), y me centro en la parte importante. Es decir, la fisura en el tiempo. Que, no sé bien cómo, he provocado yo.

Genial.

Mientras se me hace un nudo enorme en el estómago, me obligo a respirar. Solo a respirar. Porque Jikan dice que puede arreglar lo que he destrozado, y voy a tener que creerle o, si no, me volveré majara. Jamás me perdonaría si, por error, descongelo al Ejército Gargólico y todos mueren.

Pero, claro, si voy a creerle, me vendría muy bien saber si es quien Hudson dice que es. Ojalá tenga razón. De verdad, ojalá, en serio, porque no sé en quién más podría confiar para que solucionara la cagada que nos hemos marcado la Sangradora y yo.

Es curioso que el año pasado me habría desternillado de la risa ante la idea de la existencia del dios del tiempo, y ahora estoy rezando no solo para que exista, sino también para tenerlo delante de mis narices ahora mismo. Aunque claro, en aquella época pensaba que los vampiros y los hombres lobo solo eran personajes de ficción…

—¿De verdad eres el dios del tiempo? —Macy se me adelanta con su pregunta, y habla por primera vez desde la llegada de Jikan.

—Prefiero «Historiador», pero sí, ese es mi título oficial —responde el hombre suspirando.

—Lo dices como si fuera un trabajo —comenta Flint entre risas.

—¿Qué parte de «son mis primeras vacaciones en medio milenio» no has entendido? —pregunta el hombre levantando otra vez las gafas de buceo—. Si trabajar junto al reloj de sol desde los albores de la vida no te parece un empleo, ¿entonces? Y ya que hablamos del tema... —Jikan deja las gafas de buceo sobre la mesita de la Sangradora y señala el sofá—. Sentaos, hacedme el favor, y no os entrometáis. Puede ser un trabajo delicado.

—¿Qué vas a hacer exactamente? —pregunto registrando la habitación, en un intento por averiguar a qué se refiere. Para mí todo está normal, pero es evidente que no lo está si el dios del tiempo..., perdón, el Historiador, ha decidido dejar el esnórquel en Hawái para presentarse en una cueva de Alaska.

Por un momento estoy convencida de que me va a contestar con un comentario mordaz, pero al final suspira y nos pide por señas que nos acerquemos.

Jaxon estira el brazo para evitar que el resto avancemos, y camina él primero; un gesto que me resulta audaz y temerario a partes iguales. Pero apenas ha tenido tiempo de dar un par de pasos cuando el Historiador pone los ojos en blanco y le dice:

—Tú no. Ella.

Una parte de mí espera que se refiera a la Sangradora. Pero incluso antes de que vuelva a levantarse las gafas de sol y clave sus ojos caoba en los míos, sé perfectamente que está hablando de mí. Al fin y al cabo, resulta ser que soy yo la que puede añadir a su repertorio de capacidades la de «romper el tiempo».

Me acerco a él a regañadientes y no me sorprende lo más mínimo ver que Hudson me sigue de cerca.

—He dicho que...

—Ya sé lo que has dicho —responde Hudson con tranquilidad—. Pero, si te la llevas a ella, me llevas a mí. Somos como un pack, vamos juntos.

Esta vez el Historiador se quita las gafas y utiliza cada gramo de ferocidad que tiene (y es mucha) para intimidar a Hudson con la mirada. Cómo no, Hudson se la devuelve y se quedan así lo que parece una eternidad. Entonces de pronto le pregunta:

—¿Hueles a quemado?

—¿A quemado? —repite el Historiador sin creerse lo que le acaba de decir.

Mi compañero se encoge de hombros, como siempre.

—No tengo claro si te está dando un ictus o si estás en trance, así que he pensado que era mejor salir de dudas.

La sorpresa brilla en los ojos del Historiador, pero la irritación ocupa su lugar un instante después. A continuación chasquea los dedos.

Y Hudson desaparece.

51

Una puntada a tiempo ahorra sufrimiento

Me quedo inmóvil de la impresión (como todos). Y entonces la Sangradora anuncia:

—¿Por qué no se me había ocurrido a mí?

—¿Qué has hecho? —exijo saber—. ¿Adónde ha ido?

—¿Dónde cojones está mi hermano? —Jaxon carga contra el Historiador—. ¿Qué le has hecho?

—Nada comparado con lo que le hiciste tú —contesta este de forma comedida—. ¿O se supone que tenemos que hacer la vista gorda?

—¡Eres un verdadero capullo, ¿lo sabías?! —ruge Jaxon.

Como toda respuesta, el Historiador alza la mano con el pulgar pegado al dedo corazón, como si estuviera a punto de volver a chasquear.

Jaxon se queda helado, con la mandíbula apretada y las manos cerradas en puños.

—¡Ya basta! —les advierto; y no solo a ellos dos, sino también al resto de mis amigos, que se están aproximando. Como no me extrañaría, viniendo de ellos, que se lanzaran

al cuello del Historiador, me pongo justo delante de él. Y pregunto—: ¿Puedes hacer que vuelva, por favor?

Él ladea la cabeza como si se lo pensara un segundo y después contesta:

—No sé. Se está bastante bien sin él.

Está jugando conmigo, como un gato con un ratón, y me cabrea. Aunque, bueno, en este viaje todo me está tocando la moral. Me muerdo la parte interior de la mejilla y digo con tanta amabilidad como me es posible sin que deje de sonar como una orden:

—Libéralo, por favor.

Enarca una ceja.

—No creerás de verdad que voy a dejar que me mangonee una semidiosa en pañales como tú, ¿verdad?

—Supongo que depende.

—¿De qué?

Me cuadro de hombros y escondo el miedo y el pánico en lo más profundo de mi ser. Después de lanzarle una fugaz plegaria al universo para estar haciendo lo correcto, le contesto:

—De si de verdad quieres llegar a ese *luau* o no.

Entonces respiro hondo y agarro el hilo esmeralda con todas mis fuerzas.

Un crujido atraviesa la estancia.

—¡Joder! —murmura Flint a mi espalda.

—¡Grace, para! —me urge Macy, también detrás de mí—. ¡No!

Pero aguanto, miro fijamente al Historiador mientras rezo para que no se entere de que agarrar mi hilo esmeralda me está acojonando, que me está llenando de una energía que

no conozco del todo y que no tengo ni idea de cómo controlar. Este poder me da pavor. Cuando otro ominoso crujido reverbera por el salón, empiezo a curvar hacia arriba las comisuras de la boca y me doy cuenta de que este poder no me asusta por la destrucción que causa, sino porque me gusta. Lo que, si soy sincera, en conjunto me tiene muchísimo más acojonada.

Por suerte, entrecierra los ojos al ver que mi sonrisa se ensancha cada vez más; después da un chasquido y así, sin más, Hudson vuelve a existir en un parpadeo.

—Madre mía.

Suelto el hilo de inmediato y, en cuanto lo hago, la caverna se sume en el silencio; jamás me he sentido más agradecida por un *luau* en toda mi vida.

Hudson me rodea con un brazo y, aunque ha habido ocasiones en que lo han congelado y no era consciente de lo que le había ocurrido, esta vez parece saber exactamente lo que ha hecho el Historiador. Lo raro es que no se lo ve disgustado. Al contrario, su rostro muestra una amplia sonrisa.

—¿Dónde...? —empiezo a preguntar, pero él me acalla negando con la cabeza y depositándome un fugaz besito en la frente.

Entonces me da la mano y se dirige al Historiador.

—Eso ha sido una pasada, tío. Gracias por el paseo.

—Se suponía que no era... —Jikan se interrumpe mientras niega a su vez con la cabeza—. Déjalo. Pongámonos manos a la obra antes de que tu novia abra un agujero espacio-temporal.

—¿Puedo hacer eso? —pregunto horrorizada.

—¿Puede hacer eso? —pregunta Hudson a la vez, solo que él parece intrigado.

Su duda no me sienta nada bien. No sé de qué va este dios del tiempo, pero me parece que Hudson está demasiado interesado en lo que puede hacer en vez de preocuparse por lo que nos podría hacer a nosotros.

—Solo era una bromita, cosas del tiempo —nos informa el Historiador. Lo cual no es para nada una respuesta—. Y no, no puede, sin lugar a dudas.

—Bueno, y ¿qué he roto? —indago para cambiar de tema, y me acerco a él a pesar de que la voz alojada en alguna parte de mi cabeza (y que no es la de Alistair) me está gritando que ponga tanta tierra de por medio como pueda —. Y ¿cómo vas a arreglarlo?

Jikan recorre la estancia y contempla el techo, que vuelve a estar en perfectas condiciones (o, al menos, tan perfecto como puede estar el interior de una cueva de hielo); llego a la conclusión de que no va a contestarme. Sin embargo, después de regresar al mismo rincón cuatro veces distintas, me pide que vaya.

Esta vez voy sola, y le lanzo a Hudson una mirada de advertencia cuando intenta acompañarme. Ahora mismo no estoy de humor para otra competición para ver quién la tiene más grande.

—¿Ves eso? —pregunta el Historiador mientras señala la parte más alta de la cueva.

Entrecierro los ojos, pero no distingo más que hielo y rocas.

—No.

Suelta un suspiro de decepción.

—Bueno, puede que a la próxima. —Hace una pausa para mirarme con desagrado—. Aunque tampoco espero que haya una próxima vez. —Entonces saca de nuevo el reloj de bolsillo.

—¡Espera! —exclamo y escudriño el techo con más intensidad—. ¿Qué se supone que tengo que ver?

Necesito que me lo cuente para que, si algún día vuelve a pasar algo así, sepa si he causado un daño permanente al futuro o al presente.

—O lo ves o no —me indica encogiéndose de hombros—. Y si no lo ves, es imposible que te enseñe a hacerlo.

Una vez ha terminado de decir eso, abre la tapa de su reloj de bolsillo y lo sostiene en el aire a la altura de sus ojos. Es más alto que yo (lo cual tampoco es complicado), así que no alcanzo a ver la esfera. De hecho, no consigo ver nada salvo una extraña luz azul que parece emanar de ella. Dicha luz forma un círculo a su alrededor y después otro que nos envuelve a nosotros y que va aumentando de tamaño con cada minuto que él mantiene abierta la tapa.

Y entonces, cuando el círculo es lo bastante amplio (cuando abarca todo el salón y a todos nosotros), el Historiador mete la mano y agarra lo que parece ser un puñado de luz. Después lo lanza directo hacia el techo, al lugar que me ha señalado antes.

Me preparo, espero alguna especie de estallido, pues últimamente siempre parece haber algo volando por los aires; pero lo único que ocurre es que la luz azul recubre toda esa porción del techo antes de expandirse cada vez más por la cueva.

—Y ¿ya está? —susurra Macy—. ¿Así se arregla una fisura temporal? ¿Con un poco de luz?

—Es algo más complejo —contesta el Historiador.

Chasquea los dedos y el par de agujas de tejer más grande que he visto en mi vida le aparece en la mano. Vuelve a chasquear y *What a time*, de Julia Michaels y Niall Horan, empieza a resonar por toda la cueva de hielo.

Hudson y Macy me flanquean ahora cada uno por un lado. Paseo la mirada de uno a otro para ver si ellos saben qué está pasando (desde luego, el Historiador no parece la clase de persona que escuche música pop), pero ambos dan la impresión de estar tan perplejos como yo. Sobre todo cuando el estribillo se repite a mitad de la canción y el dios del tiempo empieza a menear la cabeza al ritmo de la música y a cantar con los ojos cerrados; todo esto mientras teje el aire que hay frente a él a toda velocidad.

—¿Vosotros también lo estáis viendo? —sisea Flint—. ¿O acaso el paracetamol que me he tomado está haciendo que tenga alucinaciones?

—El paracetamol no causa alucinaciones —resopla Eden.

—Entonces ¿esto es real? —Flint parece atónito.

—No sé qué decirte —interviene Mekhi.

El Historiador escoge ese momento para abrir los ojos y se topa con todas nuestras miradas.

—¿Qué? —pregunta mientras la canción repite el estribillo en un bucle infinito—. Es un temazo.

Para demostrarlo, vuelve a cerrar los ojos y a mover la cabeza adelante y atrás al ritmo del ahora infinito estribillo. Y aunque me encanta la canción (One Direction para siempre, queridos), después de escuchar el estribillo unas

trescientas once veces seguidas, incluso Macy y yo estamos listas para rendirnos.

Sin embargo, el Historiador sigue moviendo la cabeza con alegría mientras teje, teje y teje. No hay lana ni ningún otro material enredado en las agujas, pero sigue moviendo las puntas de atrás adelante al ritmo de la música hasta que, por fin (justo a mitad de la repetición trescientos doce del estribillo), se detiene.

La música también para, gracias a Dios, cuando levanta las agujas y proclama:

—*Voilà!*

Al principio pienso que se ha olvidado por completo de nosotros, ya que ha estado tejiendo la nada durante más de cinco minutos como si ni siquiera estuviéramos aquí; pero entonces los veo: hilos diminutos, finos como una telaraña, que flotan alrededor de la luz que lo rodea.

—¿Qué es eso? —pregunto mientras extiendo la mano para poder tocar uno con la punta de los dedos.

Pero un golpe rápido de las agujas de tejer en los nudillos hace que aparte la mano como un rayo.

—Son las hebras del tiempo —informa—, que no han tocado las manos de una semidiosa en pañales. —Me lanza una mirada asesina—. Y así tienen que seguir.

—¿Qué hebras? —pregunta Eden mientras se inclina hacia delante para ver mejor—. No veo nada.

—Yo tampoco —añade Macy.

—Si están justo ahí —les indico mientras señalo varias hebras que hay cerca de nosotras y contengo las ganas de tocarlas. Todavía me duelen los nudillos del golpe.

Pero mis amigos parecen estar flipando. Incluso Hudson niega con la cabeza y dice:

—Para nosotros no hay nada, Grace.

—Pero hay algo.

Me froto los ojos y después vuelvo a mirar para asegurarme de que el Historiador no me está tomando el pelo. Y no. Los hilos de telaraña están justo delante.

—Presta atención —dice el Historiador y hace girar las agujas de tejer entre los dedos como si fueran baquetas.

—Cómo te gusta presumir —le espeta la Sangradora poniendo los ojos en blanco.

Él resopla.

—Mira quién fue a hablar.

Entonces esgrime una de las agujas de tejer hacia delante, engancha uno de los parches de hilo de araña con la punta y lo levanta para darle vueltas sobre la cabeza. Hace girar el parche una y otra vez hasta que de repente lo suelta.

En cuanto lo hace, los hilos salen disparados por todas partes. Por el salón, hasta el techo, contra las paredes, y directos hacia mis amigos y hacia mí (lo que me parece terrorífico). Espero que se nos enreden, incluso puede que nos aten, pero al final lo que ocurre es mucho más chocante: los hilos nos traspasan de pleno.

Los siento debajo de la piel, atravesando músculo y sangre, venas y huesos. No duele, pero es una sensación increíblemente extraña, como si un millón de libélulas pasaran zumbando por todo mi ser. Aun así, cuando me vuelvo hacia Hudson para comprobar si está bien o si los

hilos lo están malhiriendo, lo veo ahí plantado, como si no se enterara de nada de lo que está ocurriendo.

Macy tiene el mismo aspecto indiferente que él. Al igual que Jaxon, Flint y los demás. Ninguno parece haberse dado cuenta de que el Historiador acaba de provocar que estas cosas, sean lo que sean, nos atraviesen la piel.

Instantes después el extraño zumbido se apaga en mi interior. Miro a mi alrededor de forma frenética, intento averiguar qué ha ocurrido y entonces me doy cuenta de que las hebras nos han pasado de largo. Ahora puedo verlas flotando detrás de Macy y de Hudson, tan delicadas como siempre mientras continúan su recorrido por el salón, siguiendo lo que parece ser su camino.

—Estoy impresionado —me dice el Historiador—. No sabía si serías capaz de verlas. Pero parece ser que lo tuyo no era un farol.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunto—. Y ¿por qué no pueden ver las hebras los demás?

—¿Qué hebras? —inquiere Flint, y vuelve a sonar cabreado; vamos, lo que es la norma hoy en día.

El Historiador pone los ojos en blanco.

—Cosas de dioses —me indica, como si eso me lo explicara.

Antes de que pueda hacer más preguntas, vuelve a girar las agujas de tejer como si fueran baquetas. Desaparecen a mitad de giro, como no podía ser de otra forma. Dejemos aparte lo de vagabundo surfero y viejales que hace crochet. Empiezo a pensar que el Historiador es una estrella de *rock* frustrada.

—Y ¿ahora qué? —quiero saber, porque todavía no he visto que ocurra nada en el rincón superior derecho de la cueva que miraba antes.

—¿Ahora? —Levanta ambas cejas—. Ahora esperamos.

—¿Esperamos? —pregunta Jaxon—. ¿A qué?

El Historiador sonríe y, de alguna forma, eso da mucho más cague que su ceño fruncido.

—Ya verás.

52

Mi Big Bang particular

No tengo ni idea de a qué se refiere con ese «ya verás», pero no tiene buena pinta. Sobre todo cuando después añade:

—Hasta entonces, Grace, tenemos que hablar.

—¿Hablar? —pregunto mientras los nervios se arremolinan en mi ya revuelto estómago—. ¿De qué?

—De tu nuevo poder. No puedes ir por ahí usándolo cuando te venga en gracia solo porque puedes...

—¿Cuando me venga en gracia? —repito con la sensación de que me he perdido algo importante—. ¿Cómo me va a hacer gracia usarlo?

—Creo que se refiere a cuando te dé la gana —me explica Hudson en voz baja.

—Vale, pero sigo sin verle el sentido —contesto negando con la cabeza—. No he sido yo quien ha congelado el tiempo y, por ende, el mundo —digo, y señalo a la Sangradora—. Ha sido ella.

—Ya, bueno, te estoy dando un buen consejo, ¿no te parece? —pregunta el Historiador con malicia—. Pero es que

has sido tú quien ha arrasado con su magia como una niña en una tienda de chuches y ha abierto un agujero en el tiempo.

—No quiero que eso vuelva a pasar. Es que ni siquiera sé cómo ha pasado, la verdad —afirmo retorciéndome las manos.

—Ha pasado porque no tienes los conocimientos básicos para controlar tu poder, es evidente —me acusa Jikan.

—Deja de machacar a la chica, Jikan —le regaña la Sangradora; después se vuelve hacia mí y me explica—: Lo que ocurre es que no quiere admitir que podamos controlar el tiempo, por eso de que se cree mejor que el resto de nosotros por ser el «dios del tiempo». —Esto último lo dice como si Jikan se hubiese inventado el título y le estuviese siguiendo el rollo.

—Lo que tú haces no es controlar el tiempo, Cassia —replica Jikan enfadado, y se enzarzan en otra competición de miradas a lo lejano Oeste; un duelo que al parecer gana la Sangradora, pues al final el Historiador hunde los hombros y admite—: El caos controla la flecha del tiempo. Nada más.

—Espera, espera. ¿Puedo viajar en el tiempo? —pregunto mientras siento en el estómago el primer atisbo de emoción ante mi posible condición de semidiosa. Me encantaría viajar al pasado y conocer a Kafka. Preguntarle por qué narices tuvo que elegir una cucaracha. Me pasé semanas enteras con pesadillas.

Jikan se endereza y se estira cuan largo es. Entonces aclara:

—El dios del tiempo es el único que puede surfear esas olas.

La frase me parece tan ridícula que no puedo contener la risa.

—Nosotras podemos controlar el flujo del tiempo, Grace —me explica la Sangradora.

—El tiempo fluye del orden hacia la entropía, así que en ese sentido, como semidiosa del caos que eres, puedes iniciarlo y detenerlo hasta cierto punto, pero nada más. Sin embargo, si fueses una chica lista jamás harías ninguna de las dos cosas porque, la próxima vez que tenga que venir a arreglar uno de tus desastres, no seré tan majo como ahora.

¿Estaba siendo majo?

—Pero si «lo único que puede hacer» es iniciar o detener el tiempo —dice Hudson, y me guiña el ojo mientras hace el gesto de las comillas—, cosa que para mí es una puta pasada, entonces ¿cómo ha podido hacer un agujero en el tiempo?

Jikan se vuelve hacia la Sangradora, y parece que mantienen una especie de conversación muda con la mirada porque, instantes después, el hombre deja escapar un profundo suspiro.

—Pues lo ha hecho, y ya está. Ya os lo he dicho antes: cuando creas grietas en el tiempo, dejas la puerta abierta a toda clase de cosas indeseables.

—¿Cómo de indeseables? —pregunto mientras un escalofrío me recorre la espalda—. ¿De qué tipo de magia malvada estamos hablando?

—No es que sea malvada —me dice Jikan—, es que causa problemas... A mí, a Cassia y, al final, también a ti. —Echa

una ojeada por el salón de la Sangradora y niega con la cabeza—. Bueno, una ola que lleva mi nombre me está esperando. Pero, antes... —añade, y me clava una mirada seria— una advertencia. No se debe juguetear con el tiempo, y menos si eres una semidiosa en pañales. Si vuelves a hacerlo, me olvidaré de la tregua que tengo con tu abuela y descongelaré a tu gente.

Suelto un grito ahogado. Joder, todos soltamos un grito ahogado. Bueno, todos menos Hudson, que mira al Historiador con el ceño fruncido. En pocas palabras, me está amenazando con matar a toda mi especie si no me porto bien, y eso es de ser un borde que te cagas.

—¡No puedo prometerte eso! Ni siquiera sé cómo he hecho lo que sea que te ha obligado a venir hasta aquí. —Hudson se acerca para rodearme los hombros con el brazo, pero ahora no necesito consuelo. Estoy cabreadísima. Pongo los brazos en jarra y alzo la barbilla—. Si no quieres que juguetee con tus queridísimas hebras del tiempo, ayúdame a salvar a mi gente. Porque, si no lo haces, si estás dispuesto a ver morir a miles de personas solo para demostrar que tienes razón, me pasaré los días que me queden de vida dando por culo con el tiempo, vas a dejarte la piel y los ojos tejiendo y arreglando todas las mierdas que pienso romper.

Doy un par de rápidas bocanadas de aire, y me tiemblan las manos porque acabo de lanzarle un órdago a un dios y estoy convencida de que voy a acabar freída. O frita. ¿Ambas? La verdad, me da igual, ya está bien.

—Grace... —La Sangradora intenta calmarme, pero estoy demasiado furiosa para escucharla.

—¡No! —grito—. Voy en serio. Por una vez, ¿por qué los adorados dioses no vais con la verdad por delante? Por una vez, ¿por qué no probáis a contarnos lo que necesitamos saber en vez de tenernos a todos dando palos de ciego en la oscuridad hasta que muera alguien? A mí no me molesta hacer lo que haya que hacer, pero estoy hasta los mismísimos de ver cómo muere gente a la que quiero, o cómo acaban heridos, porque nunca sabemos toda la verdad de la historia. Así que, si quieres volver a ver un delfín en tu vida, ¡dinos qué tenemos que hacer para salvar a mi pueblo!

Me callo para respirar un poco más hondo, y Hudson aprovecha y añade:

—Tiene razón. —Entonces se acerca más hacia mí, porque es Hudson y siempre me apoya—. Puedes rebotarte y enviarnos a otro plano con un chasquido, pero eso no borrará el hecho de que Grace tiene razón. La Sangradora dice que lo único que debe hacer es usar el hilo esmeralda, pero ya hemos visto lo que se desata cuando lo toca. El caos.

—Bueno, eso es porque es una pequeña semidiosa del caos. No toques el hilo hasta que seas mayor —dice Jikan como si fuese algo evidente.

—Que. No. Soy. Un. Bebé. —Ahora estoy furibunda.

Pero Jikan pone los ojos en blanco y responde:

—No estoy diciendo que seas un bebé. Pero como semidiosa todavía vas en pañales, aunque no sé muy bien por qué. —Se vuelve hacia la Sangradora, y pregunta—: ¿Has sido tú? ¿Has frenado el crecimiento de su divinidad?

La pregunta hace que se me congele la ira, y me vuelvo hacia ella despacio.

—¿Me has hecho algo otra vez?

La Sangradora niega con la cabeza.

—No he sido yo, niña. Yo liberé tu magia cuando tu madre vino a verme, contigo en su vientre. Otra persona ha evitado que la semilla de tu magia creciera hasta ahora. La magia sigue ahí, pero es indómita, joven y hambrienta. Es puro caos, sin rumbo, sin objetivo y sin control. —Niega con la cabeza en señal de decepción—. Si le das tiempo, crecerá, pero por desgracia ha quedado claro que todavía no eres lo bastante poderosa para usarlo y eliminar el veneno del Ejército.

Las ganas de gresca se esfuman en mi interior con la misma velocidad con la que han llegado. Estaba tan concentrada en el miedo de lo que podría pasar si tocara el hilo esmeralda que ni siquiera me había parado a pensar en nada.

Pero Hudson ya se ha hartado.

—¿Crees que lo que acaba de hacerle Grace a esta cueva es propio de alguien débil? Joder, Jikan ha dicho que ha abierto un agujero en el mismísimo tiempo. ¿Y tú piensas que aún debe ser más fuerte?

—Esto no ha sido ni una décima parte de lo que Grace podrá hacer algún día —contesta la Sangradora, y se nota mucho el orgullo que impregna su voz—. Pero antes de correr, debe aprender a caminar.

—Bueno, hay otra forma de... —empieza el Historiador, pero la Sangradora lo interrumpe.

—No.

De nuevo se da una conversación muda entre ellos, que acaba con la Sangradora moviendo la cabeza de lado a lado, con vigor, mientras el Historiador se encoge de hombros. Eso hace renacer mi ira, y le espeto a la Sangradora:

—¿No vas a dejar que me diga cómo salvar a mi pueblo? ¿Al pueblo de tu compañero?

—Grace, no puedes. Así no. Todavía no tienes el poder necesario para conseguirlo. —Al hablar, cualquiera pensaría que de verdad le importa lo que podría llegar a pasarme, pero a mí me da igual.

Hay miles de gárgolas congeladas en el tiempo; gárgolas que jamás envejecerán, que jamás tendrán hijos, y que jamás tendrán una vida de verdad hasta que alguien las salve. Quizá no esté preparada para ser la reina de este Ejército, pero soy lo único que tienen, y ni de coña voy a dejar pasar la oportunidad de intentarlo.

—Gracias por subestimarme, *grand-mère.* —Pronuncio la frase con una sonrisita de superioridad, en alusión a cómo Cyrus cometió el mismo error con ella hace tantos años.

Y debo de haber despertado algo en la Sangradora, porque me sostiene la mirada durante un segundo, con la vergüenza reflejada en sus brillantes ojos verdes, y después se vuelve hacia Jikan.

—Cuéntaselo —le dice.

El Historiador se cruza de brazos.

—Hay algo que sí puede acabar con esa arma matadiosas, un antídoto que sirve para cualquier veneno: las Lágrimas de Eleos. —Niega con la cabeza y continúa—:

Pero Cassia tiene razón. El único antídoto que conozco en este tiempo es imposible de conseguir.

—¿Qué hace? —quiere saber Eden—. ¿Cómo podemos usarlo?

—Y ¿dónde podemos encontrarlo? —añade Flint.

—Cuando lo bebes, devuelve la vida —responde el Historiador—. Si quieres usarlo para salvar al Ejército, lo único que has de hacer es empapar tus hilos de gárgola. Y a lo de dónde podéis encontrarlo..., en San Agustín, Florida, claro.

—¿Florida? —pregunto con incredulidad—. ¿Me estás diciendo que la clave para eliminar el veneno más poderoso del mundo está en Florida?

—¿Dónde creías que iba a estar? —suelta Jikan—. ¿En el monte Olimpo?

Bueno, visto así, Florida es un lugar tan válido como otro cualquiera.

El Historiador se levanta e inspecciona el techo de la cueva con satisfacción.

—Está todo arreglado, y todavía faltan diez minutos para que empiece el *luau*. Justo a tiempo. Como siempre.

—¿Cómo? ¿Ya está? —pregunta Macy sin poder creérselo —. ¿Eso es todo lo que nos vas a contar? ¿Que tenemos que ir a San Agustín, en Florida?

—Bueno, eso y que vayáis con cuidado. Lo que necesitáis no está pensado para manos humanas o semidiosas en pañal... jóvenes. Lo guarda una criatura arcaica, poderosa, que no conoce más que la muerte. Pues ¿qué mejor forma de proteger la vida que con su antítesis? Es imposible razonar con ella..., es imposible derrotarla.

—Parece fácil —responde Hudson irónico.

—Si fuese fácil, todo el mundo lo haría —contesta el Historiador. Y claro, no le falta razón—. Ahora, si me perdonáis, tengo un cerdo que trinchar.

Antes de que se me ocurra algo que contestarle, mete la mano en la hendidura que ha creado en mitad del aire y tira de una hebra muy fina.

Y así, sin más, nos envuelve la oscuridad.

53

Comprar hasta reventar

—¿Dónde estamos? —pregunta Macy cuando la oscuridad se disipa tan rápido como nos ha rodeado para revelar que nos han trasladado a otro sitio.

—Ni idea —contesta Eden echando un vistazo a la fila de pequeños edificios y la calle adoquinada—. Pero está bastante guay.

—¿Qué tienen de guay un montón de edificios viejos? —comenta Flint con desprecio. Pero está mirando a todas partes como el resto de nosotros, intentando asimilarlo.

Por suerte, está oscuro (o casi oscuro), el sol solo se adivina en el horizonte. Eso significa que no pasa nada porque Hudson esté en el exterior al menos durante un rato más, lo cual es bueno, pues no tengo ni idea de adónde hemos ido a parar. Lo único que sé es que Flint tiene razón: estamos rodeados por un montón de edificios viejos.

El cielo todavía se tiñe de un púrpura oscuro con reflejos del inminente amanecer, pero la zona que nos rodea está iluminada por peculiares farolas de gas. Estamos en un camino estrecho de adoquines entre dos edificios antiguos

con balconcitos de madera en los cuales han hilado lucecitas. Enfrente de cada piso de los edificios cuelga un cartel, y ahí es cuando me doy cuenta de que nos encontramos en un mercado antiguo.

A ambos lados se distinguen una chocolatería, una tienda de antigüedades, una sombrerería y una librería excepcional por la que no puedo evitar que se me caiga la baba. Un poco más allá de los adoquines se aprecia un restaurante, un adorable pub a la antigua usanza y una juguetería. Ahora mismo todos los negocios están cerrados ya que es muy temprano, pero, en otra ocasión, cuando las vidas de cientos de alumnos del Katmere y de toda mi especie no estén pendiendo de un hilo, me encantaría volver y patearme el mercado entero.

De momento me conformo con averiguar dónde estamos.

Cuando se lo comento a mis amigos, Macy contesta a la par que señala un cartel cercano.

—Estamos en San Agustín, Florida.

—¿Es esto lo que te ha hecho? —le pregunto a Hudson cuando encontramos un mapa al final del camino—. ¿Te ha enviado de un chasquido a un lugar diferente, como ahora?

—Un lugar diferente en una época diferente. La verdad es que ha sido impresionante.

—Por eso no estabas enfadado cuando has vuelto. —Niego con la cabeza—. Parecías impresionado, pero no conseguía descifrar por qué si te había borrado de la faz de la tierra con un chasquido.

—No de la faz de la tierra. Solo me ha enviado a una islita perdida justo cuando el sol se estaba preparando para salir.

—Cuando abro los ojos como platos, se ríe—. Sí, era una amenaza implícita, pero sin duda estaba ahí.

—Bueno, ahora que sabemos que estamos en San Agustín —interviene Macy señalando el mapa en el que se puede leer: «Tiendas antiguas del centro histórico de San Agustín»—, ¿cuál se supone que va a ser nuestro siguiente paso?

—¿Averiguar dónde está la tienda de «magia arcaica y poderosa»? —sugiere Flint.

—Y eso sin mencionar que dentro de poco ya habrá luz —añado cuando echo un vistazo al cielo—. Hudson tiene que salir de aquí antes de que salga el sol.

—Lo que Hudson tiene que hacer es dejar de chuparte la sangre para que hagamos algo de una vez —murmura Eden.

Agacho la cabeza, me arden las mejillas. A ver, seguramente tenga razón, pero que me lo eche en cara delante de todos me da una vergüenza de morirse. Que los vampiros que se alimentan de sangre humana sean los únicos que no pueden exponerse a la luz del sol durante un par de días resulta ser el chupetón más inconveniente del mundo. A la mierda los jerséis de cuello alto, Hudson necesita un traje de riesgos biológicos que lo cubra entero..., y yo un agujero bien profundo en el que esconderme.

Hudson me rodea la cintura con un brazo y me atrae hacia él.

—Lo que necesitamos —replica con su acento británico más correcto— es que los dioses dejen de manipularnos para su propio entretenimiento.

—Ya, pero como eso no va a pasar en un futuro próximo, estoy con Eden —contesta Jaxon—. Deja en paz a tu donante de sangre personal. Al menos durante un tiempo.

—No falla que seas tú el que lo diga —se mofa Flint—. Lo dices sin segundas intenciones, ¿no, Jax?

Se me ponen más rojas aún las mejillas si acaso es posible. Lo único que quiero es averiguar qué se supone que debemos hacer en San Agustín y conseguirlo antes de que salga el sol y deje a mi compañero más tieso que un palo. Y sinceramente, después de eso, quiero sentarme con Flint y darle un abrazo de oso para después advertirle que tiene que dejar estar ya lo de esta ira dirigida hacia todos. Cada vez que arremete contra alguien, me recuerda el dolor que lo invade y me da miedo que algún día cometa alguna imprudencia que haga que lo maten.

—¿En serio? —espeta Mekhi—. ¿Nuestros compañeros están en manos de un psicópata y vosotros estáis aquí discutiendo por esta chorrada? ¿Podemos centrarnos en el objetivo durante más de tres segundos seguidos, por favor?

—Y ¿se puede saber cuál es el objetivo? —pregunta Macy —. Bueno, aparte de rescatar a los alumnos del Katmere. ¿Qué objetivo tenemos? Porque no he visto a nadie preguntar cómo encontrar a mi madre en esa cueva.

Sus palabras me caen como un puñetazo en el estómago, pero uno de un campeón de pesos pesados, y jadeo. Ella también tiene razón. Le prometí a Macy que, si íbamos, le preguntaría a la Sangradora por su madre y no he cumplido mi palabra. La vergüenza me carcome las mejillas porque nos hemos pasado todo el viaje preguntando acerca de mí y de cómo salvar a mi pueblo.

—Si encontramos una cura para el Ejército, entonces nos ayudarán a liberar a todos los demás —contesta Hudson—. No podemos derrotar a mi padre solos, sobre todo no ahora que hemos descubierto que, mientras el Ejército siga congelado, él también es inmortal.

Levanto la mano para ofrecer apoyo visual.

—Esta Corona solo funciona con el Ejército, y sabemos que a Cyrus le da un cague de la hostia, así que...

—Entonces averigüemos cómo conseguir las Lágrimas de Eleos para salvar a todos, incluidos los padres de Macy —interviene Jaxon, y me envía una mirada de disculpa—. Seguramente se trate de algún colgante de zafiro mágico o algo parecido.

—Que lucirá en el cuello una máquina de matar sin conciencia propia —añade Mekhi con una sonrisa, como si enfrentarse a una bestia enjoyada sonara divertido.

—Ah, pues entonces..., adelante, busquemos su adorable madriguera y metámonos de cabeza —dice Flint con una media sonrisa en el rostro, lo cual me recuerda a mi viejo amigo durante apenas un segundo.

—Bueno, no creo que Jikan se haya tomado la molestia de enviarnos hasta aquí solo para hacernos viajar más lejos —musita Hudson mientras contempla el escaparate de la tienda que tenemos delante y en la que nos ha dejado el dios del tiempo.

—¿Y eso qué narices quiere decir? —pregunta Eden. Luego se vuelve para ver qué está mirando Hudson y dice —: Tienes que estar de coña.

Y cuando veo lo que está mirando, he de admitir que yo también apoyo a Eden en esto.

—¿Una tienda de caramelos? —inquiero—. ¿Es ahí donde se esconde la magia de uno de los dioses más antiguos y poderosos del mundo? ¿En una tienda de caramelos salados?

54

El caramelo se me atraganta

Pero, al salir de detrás de Jaxon para ver mejor la tienda de dulces, no puedo evitar pensar que igual Hudson tiene razón. Las vidrieras de las ventanas están cubiertas de carteles con varias ilustraciones de monstruos; además, hay un letrero de madera sobre la ventana que, con orgullo, reza el nombre de la tienda: CARAMELOS MONSTRUOSOS.

—Al propietario de la tienda le va mucho la publicidad.

—O coger criaturas para hacer caramelos.

—Que lo sepáis, si me topo con una tina para caramelos del tamaño de un dragón, me piro —afirma Flint.

—Ahora en serio: si ahí dentro hay algo del tamaño de un dragón, todos deberíamos largarnos —añade Macy—. Ya sé que en este grupo no nos va mucho, pero la supervivencia del que es lo bastante espabilado para echar a correr como alma que lleva el diablo existe.

—¿Entramos o qué? —pregunta Jaxon mientras avanza hacia la puerta rosa del color del algodón de azúcar.

Aprieto la mano de Hudson y me muevo para seguir a Jaxon, y veo que Hudson está resuelto a hacer justo lo mismo.

Jaxon nos mira sorprendido, pero Hudson se encoge de hombros.

—Alguien tiene que ser el valiente y ser la distracción para que pueda darse la supervivencia del grupo que echa a correr como alma que lleva el diablo.

Todos mis amigos se ríen ante la ocurrencia de mi compañero, hasta Flint, justo la reacción que buscaba Hudson, y la tensión del momento anterior se desvanece de nuestros hombros. Otra razón más por la que amo tantísimo a este chico.

Al final soy yo quien empuja la puerta para abrirla. Y soy la primera en poner un pie en lo que se parece un montonazo a un lugar digno de las historias de los hermanos Grimm.

Las cuatro paredes de la tienda representan un mural gigante de un cielo estrellado que brilla sobre decenas de árboles blancos sin hojas. Sé que es imposible que un árbol tenga aspecto de estar sufriendo, es imposible que un árbol sufra, sobre todo si es un dibujo, pero hay algo en esos árboles que me transmite agonía a gritos. Están torcidos y retorcidos, llenos de nudos, y su mera existencia es testimonio del lado más tenebroso de los cuentos de hadas.

Y la temática arbórea no acaba aquí. Hay estatuas de árboles a tamaño natural desperdigadas por toda la tienda: retorcidos, combados y de aspecto triste. De las ramas cuelgan esferas de plástico transparentes llenas de caramelos de todos los colores posibles.

No creo que sea cosa de mi imaginación que, al ver los caramelos, me parezcan manzanas envenenadas; tanto que siento la necesidad de mirar a todas partes hasta dar con el espejo mágico de la pared. Resulta que tampoco tengo que buscar mucho. Hay un espejo enorme, con muchos ornamentos, en la pared al fondo de la tienda, y justo delante de él hay un cáliz dorado a juego con diamantes, colocado en un pedestal de piedra justo al lado de la caja. Una caja tras la que se encuentra una de las mujeres más despampanantes que he visto en mi vida.

Es alta (varios centímetros más alta que Hudson, de hecho), tiene la piel muy blanca, unos brillantes ojos morados, y el pelo, liso y negro, casi toca el suelo. Posee una figura curvilínea enfundada en unos pantalones negros y un arnés a juego, y lleva unas botas de caña alta de cuero negro con cadenas y dijes de plata alrededor. Además, también luce media docena de cadenas en el cuello y el doble de anillos le adornan los dedos; en todos parece haber una especie de símbolo mágico. Lleva las uñas largas y en punta, pintadas del mismo tono rojo oscuro del pintalabios.

En otras palabras, es la bruja malvada más sexy que ha pisado el planeta. Su aspecto no pasa desapercibido para mis amigos (ni para mi compañero), pues Jaxon, Hudson, Macy y Eden la miran como si fuese un sueño hecho realidad, y Mekhi y Flint tienen pinta de estar completamente aterrorizados.

En mi caso, ni lo uno ni lo otro; tengo miedo, pero estoy intrigada. Así que, cuando siento una fuerza inexorable que me lleva hacia el mostrador, ni siquiera me molesto en

resistirme a ella. A ver, si es que hemos venido para hablar con ella...

Pero apenas he dado un par de pasos hacia la caja cuando Macy estira el brazo y me retiene por el codo.

—Quieta —me ordena con una brusquedad que jamás había oído en su voz.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras intento comprender por qué está tan nerviosa.

—Tienes que esperar a que te dé paso para hablar con ella.

Enarco las cejas de golpe.

—¿Es que hay un código de etiqueta entre brujas que desconozco?

—No es una bruja —susurra Macy.

—Tienes razón, no es una bruja —coincide Eden—. No es humana..., puedo oler la magia que posee... Pero no logro distinguir qué clase de ser paranormal es.

—Entonces ¿cómo sabes que no podemos empezar nosotros la conversación? —quiero saber—. Estamos en una tienda, ¿no?

—¿Por sentido común? —pregunta Hudson en voz baja—. No hay que ser un genio para darse cuenta de que esa mujer es capaz de comernos a todos a la hora de la merienda y todavía tener hueco para la cena. Creo que ya sé por qué la tienda se llama «Caramelos monstruosos».

Vaya. Puede que no se haya quedado tan prendado de la mujer como había pensado.

Macy carraspea, en un gesto de impaciencia, y me vuelvo hacia ella.

—¿Porque lo dice el cartel, quizá?

Macy señala un cartel negro con la palabra «normas» escrito en él, que cuelga justo al lado del espejo. Y resulta que al final la primera norma sí que es «Espere a ser atendido antes de acercarse al mostrador. Sin excepciones».

—Bueno, vale. Supongo que tendremos que esperar, aunque no haya nadie más en la tienda.

Doy un paso hacia atrás para reunirme con mis amigos en la X negra que hay junto a la puerta principal, y allí esperamos. Y esperamos. Y esperamos.

Transcurren unos minutos valiosísimos, unos minutos en los que los primeros rayos del sol empiezan a brillar en el cielo, con sus tonos naranja, rojos y amarillos. Una parte de mí está empezando a perder los papeles: Hudson no puede estar bajo la luz del sol hasta que no haya eliminado toda mi sangre de su sistema. La única opción que nos queda es que Macy nos pueda transportar a otra parte con un portal en cuanto hayamos acabado aquí.

Pasan varios minutos más, mientras esperamos a que levante la mirada del crucigrama que está haciendo. Pero no ha vuelto a separar los ojos del papel desde esa primera mirada que nos ha echado al entrar en la tienda.

«¿Qué coño...?», le pregunto a Macy moviendo los labios, mientras Hudson se revuelve inquieto a mi lado.

Mi prima se encoge de hombros, pero no tiene pinta de que vaya a darse prisa por ir a molestar a la mujer. Ni ella ni ninguno de los demás, bueno, con la posible excepción de Jaxon y Flint, que parecen impacientes. Pero me acojona demasiado enviar a cualquiera de los dos a hablar con ella; la verdad sea dicha, ambos son más de exigir respuestas

que de hacer preguntas. Y con esa actitud, lo más probable es que acaben devorados.

Supongo que entonces todo depende de mí. Genial, fabuloso.

Al ver que mirarla fijamente durante un par de segundos para obligarla a levantar los ojos del crucigrama no funciona, al final hago de tripas corazón y me aclaro la garganta.

La mujer apenas pestañea.

Me vuelvo a aclarar la garganta, pero esta vez hago un poco más de ruido.

Nada.

—Grace... —empieza Macy, pero la corto. Ya está bien, hombre.

—Perdone...

—Fuera. —Pronuncia la palabra de forma monótona.

—Lo siento, no entiendo por qué...

La mujer ni siquiera se molesta en desviar la mirada del crucigrama y responde:

—Todavía no lo sientes, pero lo harás. Ahora, largo.

—Pero necesitamos...

Me callo cuando de pronto la mujer levanta una mano y la estampa en el letrero de las normas. Una de las uñas rojas señala justo a la segunda norma de la tienda: «Nos reservamos el derecho de negarle nuestros servicios a cualquier persona por el motivo que sea». El hecho de que lo señale mientras rellena otra respuesta del crucigrama justo al mismo tiempo hace que el movimiento sea un poco más impresionante. Bueno, es posible que lo haya repetido

tantas veces que solo haya sido cosa de la memoria muscular.

Poco me importa, porque no pienso irme a ninguna parte hasta que, al menos, consiga que alguien hable conmigo. Me aclaro la garganta una tercera vez.

—Lo siento mucho, pero...

—Te repites. —Y entonces lanza un bostezo y no se molesta ni en taparse la boca.

Es un gesto que conozco muy bien, y fulmino a Hudson con la mirada; mi compañero intenta fingir que no tiene ni idea de por qué estoy tan molesta. Pero el minúsculo atisbo de sonrisilla que percibo en la comisura de su boca lo dice todo.

Al parecer, debe de haber un manual titulado *Cómo ser un capullo paranormal*, y tanto la mujer que tengo delante como mi compañero se lo han leído. Aunque, en realidad, bajo toda esa fachada de imbécil, Hudson es una persona increíble. Puede que ella también lo sea.

Ese pensamiento me da aliento (eso, y los meses que me tiré lidiando con Hudson y sus gilipolleces), y me dispongo a acercarme. Además, hoy ya he sufrido una amenaza por parte de un dios que pensaba que aniquilarme era una opción razonable. No creo que, después de eso, una amenaza más me intimide.

Respiro hondo, dibujo mi sonrisa más dulce e inocente, recorro el oscuro suelo de hormigón lleno de manchas y no me detengo hasta estar justo delante de la caja. Intento no dejar que me amedrente el hecho de que no ha desviado la imperturbable mirada morada de mi cuerpo en todo el proceso.

—¿Tienes los oídos llenos de piedras, gárgola? —me pregunta tras intentar intimidarme con la mirada (y fallar)—. ¿O es que ardes en deseos de morir?

—Ni lo uno ni lo otro —contesto—. Estoy desesperada.

—En este lugar no hay cabida para la desesperación —me dice—. Así solo conseguirás acabar bajo tierra.

—Es una tienda de caramelos. No creo que a los dulces les importe si estoy desesperada o no. —Joder, yo creo que hay un par de árboles que parecen bastante desesperados.

—Vale, bien. —Abre los brazos, y añade—: ¿Qué clase de caramelo quieres?

—Eh..., ¿caramelo? —No es la pregunta que estaba esperando.

—Estamos en una tienda de caramelos —explica levantando una ceja—. Y como supongo que los vampiros y los dragones del fondo no van a comer, entonces, repito: ¿qué-clase-de-caramelo-quieres?

Me pregunto si se trata de una especie de prueba, y miro los árboles y las esferas de plástico llenas de caramelos de colores que penden de las ramas.

—¿Puedo llevarme uno de cada, por favor?

—Novata —responde con un bufido.

Entonces se estira para meter la mano en una cesta que tiene detrás y saca una esfera enorme de plástico llena de lo que parecen ser todos los caramelos que ofrecen en la tienda. La deja en el mostrador que nos separa, y dice:

—Treinta y cinco con veintiséis, por favor.

—Claro, sí. —Rebusco en el bolsillo delantero de mi mochila, donde siempre llevo la cartera, pero Hudson se me adelanta.

Deja un billete de cien en el mostrador, y dice:

—Quédese con el cambio.

—¡La hostia! —exclama la mujer riéndose.

Entonces recoge el dinero, el boli, su libro de crucigramas y se dirige a la puerta que hay al fondo de la tienda.

—Que paséis un buen día —nos desea por encima del hombro con una risa que me hiela la sangre.

55

Toc, toc, ¿quién es?

—Pues ha ido bien —comenta Macy desde su sitio al lado de la puerta.

—Tampoco es que haya visto a nadie más dar el paso, conque... —Dejo la frase en puntos suspensivos mientras recojo la esfera llena de caramelos salados y le doy vueltas entre las manos—. Y ahora ¿qué se supone que tenemos que hacer? ¿Ir probándolos todos uno detrás de otro hasta que pase algo?

—Y ¿qué demonios piensas que va a pasar? —exige saber Flint—. ¿Que por arte de magia serás un pozo de sabiduría acerca de los dioses antiguos y sus armas mágicas y arcaicas?

—Oye, no seas antipático —lo riñe Macy. Parece ser que no soy la única que se ha percatado de su reciente actitud, que dista de ser ejemplar.

—Estaba siendo simpático —contesta.

No voy a mentir, su condescendiente respuesta me saca de mis casillas. Y quizá, si no estuviéramos en medio de una situación de tal envergadura, no lo dejaría pasar y le diría

cuatro cosas. Pero ahora mismo tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos que del mal humor de Flint, y lo último que quiero es descarrilar cuando por fin me he hecho con el caramelo.

Una mirada de reojo a Hudson me revela que me está observando, que intenta reconocer lo que pienso y lo que siento. Aunque tiene que haberlo descubierto, porque al contrario de lo normal en él, no dice nada. En vez de intervenir se limita a alternar la mirada de mí a Flint y viceversa. No me cabe duda de que le ha lanzado una firme advertencia con los ojos cuando lo ha mirado a él, pero agradezco que me esté dejando solucionarlo a mi manera. Lo último que necesita en este momento cualquiera de nosotros es una pelea entre ellos dos.

Eden está de acuerdo, porque se inmiscuye antes de que Flint tenga oportunidad de soltar alguna bordería más.

—Puedes tirar esos caramelos. No van a hacer nada.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta Mekhi—. Ni siquiera los hemos probado.

—Porque no nos los habría dado tan fácilmente si tuvieran algún valor —contesta Macy como si fuese evidente.

—Genial. —Bajo la mirada a los caramelos con aversión—. ¿Qué se supone que tengo que hacer con todo esto?

—Pues déjalo en el mostrador y ya —me sugiere Jaxon.

—¿Cuál es el plan B? ¿O nos toca ya pasar al G? —inquiere Eden, mientras contempla su móvil y coloca una bota negra en el borde de una estantería baja—. Son casi las siete de la mañana.

—Lo sé —le digo—. Créeme, lo sé. Pero necesitamos este antídoto para liberar al Ejército Gargólico...

—Que le den al Ejército Gargólico —escupe Flint—. Lo siento, pero llevan atrapados hechos piedra mil años. Tampoco pasa nada si siguen así un par de días más.

—No, pero si vamos a por Cyrus sin nadie que nos respalde sí que pasará. —Niego con la cabeza—. Sé que esto es un asco. Sé que quieres llegar a la Corte Vampírica. Como todos. Pero nos hemos enfrentado a Cyrus antes y no ha ido bien, que digamos. Necesitamos apoyo si queremos tener una oportunidad.

—Podemos colarnos allí y liberar a los alumnos y a los profesores del Katmere antes de que él se dé cuenta, tendremos apoyo de sobra para que nos ayuden a salir de la Corte. La Corte Bruja ha accedido a ayudarnos si liberamos a sus hijos —alega Macy—. Solo tenemos que entrar sin que nos detecten. ¿A quién le importa el ruido que hagamos al salir?

—¿Y si nos pillan? —pregunta Jaxon—. ¿Quién va a rescatarlos? ¿A rescatarnos?

Macy emite un sonido gutural.

—No puedes seguir escudándote tras ese argumento sin importar lo que digamos.

—Pues claro que podemos —espeta Hudson. Tiene un hombro apoyado contra una de las espeluznantes paredes negras, pero la intensidad de su mirada contradice lo despreocupado de su pose—. Nunca has vivido con Cyrus. Nunca lo has visto en acción de verdad. Y, sin duda, nunca te has enfrentado a él. Así que sí, por supuesto que podemos seguir rebatiéndote diciendo que, si lo intentamos nosotros solos, vamos a morder el polvo. Tenemos experiencia.

—De sobra —dice Jaxon metiendo baza.

—Nos han dado por todas partes —finaliza Hudson.

—Ya, bueno, habéis vivido para contarlo —contesta Macy —. Eso es suficiente para...

—Algunos de nosotros hemos vivido —espeta Flint—. Lo que parecéis haber olvidado es que ciertas personas no lo hicieron. Y estoy listo para que Cyrus lo pague con creces.

Macy asiente.

—Y tú te olvidas de que mi madre está ahí dentro. —Le tiembla la voz—. Nos ayudará...

—¿Te refieres a la madre que te abandonó hace años y que ha estado escondiéndose con Cyrus desde entonces? —Las palabras de Jaxon son tajantes, pero no anda desencaminado. Por mucho que quiera ayudar a encontrar a mi tía, todo mi ser me grita que hemos de salvar al Ejército si queremos tener una oportunidad.

—No hay por qué atacarla —le escupe Eden a Jaxon, pero después se vuelve hacia Macy y le dice con ternura—: Lo siento, Macy. Puede que haya sido un borde, pero tiene razón. La verdad es que no sabemos de qué parte está tu madre ni por qué. Y yo por lo menos estoy harta de ir a funerales. Necesitamos ayuda.

—No puedes hablar en serio... —comienza Macy.

—Ya basta. —Jaxon pone fin a la discusión con un movimiento cortante de la mano, y durante un instante vuelve a ser la personificación del príncipe vampiro que conocí por primera vez—. Ahora estamos aquí y vamos a acabar con esto.

—Bien. —Macy parece cabreada porque se cruza de brazos y se reclina sobre los talones—. Pues dime cómo vas

a conseguirlo y dejaré de dar la lata con lo de ir directos a la Corte Vampírica.

—Voy a preguntarle y ya —revelo—. A ver, ¿qué es lo peor que puede hacernos?

—Comerse tu corazón mientras sigue latiendo, directo del cuerpo todavía caliente —sugiere Mekhi.

—Destriparte y darse un festín con tus entrañas —añade Flint.

—Decapitarte y usar tu cabeza como adorno para uno de esos horrendos árboles —termina Macy. Todos nos volvemos para mirarla perplejos, la tortura no es el típico *modus operandi* de mi alegre prima, pero ella se limita a encogerse de hombros—. Ah, venga ya. Habéis visto a esa mujer. ¿En serio creéis que no es capaz de hacer todo eso o algo aún peor?

He de admitir que ha dado en el clavo. Pero quedarnos aquí discutiendo no va a llevarnos a ninguna parte, y Eden tiene razón en una cosa: el tiempo no perdona. Cuanto más tiempo dejemos a los alumnos y a los profesores del Katmere en la Corte Vampírica, más probabilidades habrá de que les ocurra algo terrible.

Así que, en vez de demorarnos e intentar llegar a un consenso, me juego todo a una sola carta. Me cuelo detrás de la caja y toco en la puerta por la que la mujer ha desaparecido hace unos minutos. Hudson está detrás de mí en menos que canta un gallo, seguido de Jaxon y Macy, que son casi igual de rápidos. La verdad, no esperaba menos. Puede que nos peleemos, pero no me queda otra que creer que al final siempre nos guardamos las espaldas.

Pasan varios segundos y nadie acude a la puerta, así que vuelvo a tocar, un poco más fuerte y con más insistencia esta vez.

Sigue sin haber respuesta.

—A tomar por culo —murmuro y agarro el pomo de la puerta. Voy a conseguir respuestas de uno u otro modo.

Suponía que la puerta estaría cerrada con llave, pero para sorpresa de todos, no lo está. El pomo gira como la seda bajo mis manos y la puerta se abre de par en par.

No sé qué espero al abrirla: un almacén o un altar para sacrificar humanos son solo dos de las opciones que se me vienen a la cabeza. La mujer que me ha vendido los caramelos es capaz de ambas, y cualquier otra cosa que se encuentre dentro de ese espectro.

Sin embargo, lo que hallamos al entrar sobrepasa todo lo que jamás podría haber imaginado. La tienda de caramelos da paso a una salita estrecha con dos puertas a cada lado, las cuales llevan a un estadio enorme y redondo al estilo del Coliseo de la antigua Roma. El suelo está hecho con tierra y hierba, y si bien todavía no hay nadie en el campo, las tribunas apiladas están repletas de espectadores paranormales de todos los tipos.

No tiene sentido, hemos visto esta zona desde fuera al buscar la tienda de caramelos y aquí no había nada más que tiendas. ¿Cómo narices podía haber un coliseo gigante que no ha visto ninguno de nosotros?

—¿Es un campo del Ludares? —pregunto.

—No lo creo —contesta Hudson—. No tiene la forma indicada. Los campos del Ludares son rectangulares y este es circular.

—Entonces ¿qué ocurre aquí...?

—Estoy impresionada, gárgola. —La mujer ha vuelto, solo que esta vez luce una camiseta deportiva ajustada con el nombre «Tess» escrito al frente con letras cuadradas y gigantes, junto a un 3695 en números mucho más pequeños. El mismo arnés negro completa el look—. Pensaba que no tenías lo que hay que tener para abrir la puerta.

—No estaba echada la llave —le digo—. Vamos, que no me ha costado nada.

—En realidad, ahí es donde te equivocas. —Emite un chasquido de la lengua por una comisura de la boca—. Para alguien que no sea inmune a la magia, es tremendamente complicado abrirla. Imposible de narices, la verdad. —Da un paso atrás y con un movimiento de su brazo abarca el estadio—. Bueno, ¿qué te parece?

—Que no sé qué es lo que estoy viendo —confieso.

—Estás viendo aquello que has venido a buscar —puntualiza—. Por supuesto.

—En realidad, creo que ha habido un malentendido. Estamos buscando...

—Lo que todo el mundo busca cuando viene a San Agustín, Florida. La Fuente de la Juventud. Este estadio es la forma en la que intentarás ganártela.

56

Las pruebas de la muerte

—Espera, espera. —Jaxon interviene; parece tan desconcertado como lo estoy yo—. ¿Nos estás diciendo que las Lágrimas de Eleos de las que nos habló Jikan son en realidad la Fuente de la Juventud?

—Y viceversa, sí —dice Tess levantando una ceja.

Pero Jaxon no se altera ante su respuesta, y continúa:

—Y ¿tenemos que participar en un juego para conseguir esta... cosa?

Tess ríe y se echa hacia atrás la larga melena negra.

—Más bien tenéis que prepararos para el mayor sufrimiento de vuestra vida. Pero, vale, sí, podemos decir que es un juego para ganar el elixir, si así te sientes mejor.

—No lo entiendo —intervengo.

Ahora es Tess la que parece confundida.

—¿En serio me estás diciendo que Jikan no te contó nada de las Pruebas Imposibles? Vaya, qué gracia.

Qué buena pinta tiene todo. A ver, ya hemos derrotado a la Bestia Imbatible y hemos roto una maldición

inquebrantable. ¿Qué suponen para nuestro grupito unas Pruebas Imposibles? Con suerte, algo posible.

—No, no nos contó nada —respondo—. Pero, por el nombre de las Pruebas, deduzco que buscar las Lágrimas nos puede llevar hasta una muerte segura en cualquier momento, ¿verdad? Chachi.

Pero no tiene nada de chachi.

Ni tampoco es chachi que un dios haya optado por omitir varios detalles importantes al enviarnos a otra misión. En serio, debo comprarme una camiseta con una frase que ponga: «Me mola trabajar a ciegas». Para combinarla con el tatuaje que llevo en la frente, claro.

Pongo los ojos en blanco y miro a mis amigos, con la esperanza de que ellos sepan algo del tema, pero la verdad es que me sorprende un poquito ver en su rostro la misma expresión de asombro que debo de tener yo en la cara.

Me vuelvo hacia la fabricante de caramelos y le digo:

—Lo único que nos ha dicho es que en San Agustín, Florida, hay un antídoto muy poderoso que nos podría ayudar a contrarrestar un veneno matadiosas. —Cuando lo comento en voz alta con alguien ajeno a mi grupo de amigos, la verdad es que parece una historia muy enrevesada, pero por la expresión que percibo en su cara sé que el Historiador ha dado en el clavo, aunque fuese un capullo y no nos proporcionase muchos detalles—. También mencionó que lo protege una criatura arcaica, así que hemos venido a matar a un monstruo, coger el elixir y salvar a un ejército.

Cosa que, la verdad, suena incluso más enrevesada que mi explicación anterior. Pero aun así alzo la barbilla.

Tess no hace más que negar con la cabeza.

—Y eso que empezabais a caerme bien.

—Y ¿por qué cambia eso el hecho de que no sepamos nada sobre las Pruebas? —pregunta Flint.

—Bueno, que no sepáis nada aumenta vuestras probabilidades de morir de un noventa y nueve coma noventa y nueve a un ciento por ciento, así que... —Suspira, y añade—: Verás, no tiene sentido que me encariñe con vosotros.

—Menudos cálculos te has marcado, la verdad —comenta Eden.

—Los cálculos basados en la experiencia real son los más precisos que hay —replica Tess—. Y tengo mucha experiencia en ver a gente competir y sufrir.

—¿Por qué a los paranormales os gusta tanto ver morir a vuestros semejantes en pruebas estúpidas? —murmuro.

Estoy hasta el gorro de todo esto. El Ludares, tener que luchar contra gigantes para salir de la cárcel... Ya se me está haciendo pesado. Y cruel.

—Bueno, este estadio y las tribunas no llevan aquí toda la vida, gárgola. —Tess responde a lo que para mí era una pregunta retórica—. La gente lleva buscando las Lágrimas (la Fuente de la Juventud) en este lugar más de mil años. Con el tiempo los humanos empezaron a ampliar su territorio en la zona, así que las escondimos todavía más. Resulta que además se gana muchísima pasta al ofrecer un espectáculo en el que se ve cómo los más tontos de los nuestros intentan ganar.

—Morir, querrás decir —espeta Flint—. Te gusta ver morir a la gente.

Tess fulmina a mi amigo el dragón con la mirada.

—Nunca digo nada que no piense. Todas las personas que vienen a presenciar las pruebas apoyan a alguien para que triunfe, para que se enfrente al funesto destino, y sobreviva. Es lo único que siempre he querido.

—Bueno, de ser así, no te importará complacernos —comenta Hudson—. ¿Qué son exactamente las Pruebas Imposibles, y por qué son tan altas las probabilidades de perecer en ellas?

Tess parece plantearse si quiere contestar la pregunta de mi compañero o no, pero al final se encoge de hombros y dice:

—Al superar las pruebas consigues la Fuente de la Juventud, claro. Son una serie de pruebas preparadas para que el buscador deba demostrar que tiene la habilidad, el poder y el corazón para romper la maldición y liberar su magia arcaica.

Me estremezco ante la palabra *maldición*, y mi mirada se encuentra con la de Hudson. Entrelaza mi mano con la suya y me da un suave apretón; entonces se inclina hacia mí y me susurra:

—Nosotros nos comemos las maldiciones inquebrantables para desayunar.

Y lo deslumbro con una breve sonrisa.

—Si el noventa y nueve por ciento de los participantes muere, doy por hecho que las pruebas son peligrosas —comenta Macy.

—El ciento por ciento muere —la corrige Tess—. Lo que yo he dicho es que teníais un noventa y nueve por ciento de probabilidades de morir. Y, si os soy sincera, lo digo por

querer ser optimista, porque estoy convencida de que alguien lo conseguirá algún día.

—¿Mueren todos los que lo intentan? —pregunto al tiempo que el miedo se adueña de la boca de mi estómago —. ¿Estás diciendo que nadie ha sobrevivido a las Pruebas?

—Exacto. Si así fuera, ¿por qué seguirían aquí las Lágrimas? Es un elixir único en el mundo, no hay más. Si alguien pasara las Pruebas, yo por fin podría volver a centrarme en mis aparatos para fabricar caramelos.

No se me ocurre ninguna respuesta a lo que acaba de decirnos, y es evidente que al resto tampoco. Impera el silencio, pero, justo cuando parece que Tess va a despedirse de nosotros, Hudson hace una pregunta:

—Bueno, entonces, si decidimos que queremos competir en las Pruebas, ¿qué es lo que debemos hacer exactamente?

—No deberíais competir. —Tess no vacila ni un instante en responder.

—Ya, creo que eso ya nos ha quedado bastante claro — contesta Hudson—. Pero ¿y si tenemos que competir?

—Bueno, si tenéis que competir, entonces competís, supongo. —Y otra vez empieza a volverse para darnos la espalda.

—No, se refiere a que cómo va el tema de las Pruebas — explico—. ¿Debemos apuntarnos? ¿Podemos competir todos juntos? ¿Cuándo empezaría la competición? ¿Cómo sabremos si hemos superado o no una de las Pruebas?

—A ver, la competición empieza cuando vosotros decidáis aceptar el reto. En cualquier momento, de día o de noche. Sabréis que habéis ganado si seguís con vida al final, y

sabréis que habéis perdido porque estaréis muertos —explica Tess. Y el hecho de que lo diga con el rostro impávido y con toda la seriedad del mundo aumenta mi preocupación, además de mi confusión—. Y en cuanto a las otras preguntas: no puede haber más de doce competidores a la vez; con entrar en el campo ya basta para apuntaros a las Pruebas y... —Mira el reloj—. La competición puede empezar en cuanto estéis listos.

Esta vez, cuando se aleja de nosotros no impedimos que se marche. No porque hayamos renunciado a la idea de competir para conseguir el antídoto y salvar a mi pueblo, sino porque necesitamos al menos hablar de lo que vamos a hacer. Siento que todos debemos estar implicados al cien por cien en esta aventura antes de arriesgar nuestras vidas en lo que parece una posibilidad mínima, casi inexistente, de sobrevivir.

Pero, para sorpresa de todos, Tess apenas se aleja un par de pasos antes de volverse y dirigirse a mí:

—Buscad otra alternativa, Grace.

Me inquieta que sepa cómo me llamo.

—No creo que haya otra alternativa. Ese es el problema.

—Cuando un camino te lleva a una muerte segura, siempre hay otra alternativa —me dice—. Tu poder es fuerte, pero es nuevo y está cambiando, y eso te perjudica a ti. Ahora mismo, te falta la confianza necesaria para manejarlo, y eso hará que tú y tus amigos muráis.

—Mis amigos también tienen sus poderes. Los tienen desde hace tiempo, y saben cómo controlarlos mejor que yo. —No sé por qué estoy discutiendo con ella, salvo que estoy buscando un motivo para quedarme aquí. Estoy

buscando un motivo para llevar a cabo un plan que parece más y más temerario a cada segundo que pasa.

—Tienes razón. Todos ellos poseen talento, es verdad. Pero su poder no puede compararse con el que siento creciendo en tu interior, y tú eres la inestable del grupo.

—Eso...

—Vuelve otro día, Grace. No estás preparada para esto. —Se golpea suavemente el número que lleva en la camiseta —. Han competido 3.695 personas. No ha habido supervivientes. No hagas que sean 3.701.

De pronto se me forma un gran nudo en la garganta, y tengo que toser varias veces antes de poder hablar.

—¿Y si, a pesar de todo esto, decidimos competir?

—Todo el mundo cree que va a ganar, niña —contesta—. Si no, no nos levantaríamos de la cama.

Esta vez, cuando se marcha, ninguno de nosotros intenta detenerla.

57

Muertos hagamos lo que hagamos

—Bueno, ¿listos para ir a la Corte Vampírica? —pregunta Macy, y no es poco el sarcasmo que se aprecia en su voz.

—¡Todavía no hemos tomado la decisión! —ruge Jaxon.

—Ah, ¿no me digas? Porque yo estoy muy pero que muy de acuerdo con no ser la persona número 3.696 en morir —espeta Macy—. Y tú también deberías estarlo.

—Ahí le ha dado —anuncia Mekhi—. Me parece una mierda malgastar nuestra vida en las Pruebas sin ni siquiera saber si necesitamos llevarlas a cabo para liberar a los alumnos y detener a Cyrus. —Se vuelve hacia mí antes de que pueda intervenir y añade—: Sí, todos queremos liberar al Ejército. Yo sería el primero en apoyar el plan si tuviéramos una posibilidad de hacerlo, pero parece que lo único a lo que optamos es a que nos maten.

Lo cual nos lleva a otra cuestión. ¿Por qué nos ha enviado aquí Jikan? Sabe que no estoy en posición de controlar mi poder ni de competir. Pero no puedo quitarme la sensación de que tenía una razón. Por supuesto, como todos los dioses

que he conocido, simplemente no se ha molestado en ponerme en contexto.

—Pero... —comienzo a decir antes de que Macy me interrumpa.

—No, Grace. —Me da la mano—. Mi madre está en la Corte Vampírica y me niego a creer que es por voluntad propia, que me abandonó porque así lo quiso.—Los ojos se le inundan de lágrimas—. Te he apoyado a ti y tu decisión de liberar al Ejército, pero ahora no es el momento. Hoy tenemos que centrarnos en aquellos que están en peligro. Los alumnos. Mi padre. Mi madre.

Se me parte el corazón y se me saltan las lágrimas al instante. ¿Cómo he podido olvidarme del tío Finn? ¿De que Macy se juega perder a sus padres, a ambos, si no los rescatamos? Sé de sobra lo que es perder a tus padres a la vez y no puedo permitir que eso le ocurra a mi alegre e inocente prima. Se merece todos los sueños rosa y los arcoíris que el mundo pueda ofrecerle.

Por eso mismo estoy todavía más segura de que liberar al Ejército es nuestra única baza para salvarlos.

—Si tu madre ha estado allí durante años, no nos queda otra que creer que no está en peligro inmediato, Macy. Y Cyrus está robando magia «joven», por lo que es muy probable que el tío Finn siga vivo y pueda tranquilizar a los alumnos.

—¡No lo sabes! —grita Macy.

—No, no puedo saberlo seguro, pero es lo que más sentido tiene. —Le doy un apretón en la mano.

—Estoy de acuerdo con Grace —dice Hudson a la par que le aguanta la mirada a mi alterada prima—. Tus padres

están bien, Macy, te lo prometo. Los rescataremos.

Respiro hondo y me limpio con el brazo las lágrimas que me humedecen las mejillas.

—Volvamos al faro y elaboremos un plan —sugiero—. Quizá si conseguimos que vuelva la Orden, Tess dirá que tenemos más posibilidades de ganar.

Jaxon comienza a hablar, pero se detiene cuando su teléfono suena con un tono de mensaje muy específico, y levanta una mano pidiendo silencio y atención cuando saca el móvil.

—Es Byron —anuncia, y después pasa el dedo por la pantalla para leer la serie de mensajes que le van llegando.

—¿Qué está pasando? —pregunta Eden y, por primera vez desde que la conozco, se aprecia verdadero miedo en su voz—. ¿Están todos bien?

Es lo que todos queremos saber, y esperamos con agonía a que Jaxon termine de leer los mensajes.

—Saben dónde están los alumnos —informa después del minuto más largo que se ha registrado nunca.

—Eso es bueno, ¿no? —inquiere Eden.

—Sí —contesta, pero suena totalmente distraído.

—¿Qué ocurre? —pregunto, y extiendo una mano para colocársela en el brazo como apoyo—. ¿Qué es lo que no nos estás contando?

Él procede a mirarme, después a Hudson y Macy, y luego a mí otra vez.

—Que Cyrus no los tiene solo como rehenes. Marise no nos estaba mintiendo. Está… —Niega con la cabeza, y esta vez es él quien se tiene que aclarar la garganta—. Está robándoles la magia. Los está vaciando por completo. Y se

lo está haciendo a cualquier alumno cuyos padres no sean leales a la causa.

Todo el grupo retrocede por el terror.

—¿Puede...? ¿Puede hacerlo sin...? —Me quedo sin voz; al igual que Jaxon, yo tampoco quiero decirlo en voz alta.

—Es posible hacerlo sin matarlos —explica Macy, sus palabras pesan por la pena—. Aunque no es fácil. Tendría que... —Se le quiebra la voz.

—Tendría que torturarlos. —Hudson pronuncia las palabras que ninguno de nosotros quiere. Habla de forma monótona, pero sus ojos están vivos, llenos de tantas emociones que no puedo ni empezar a desentrañarlas todas —. Tendría que romperlos.

Macy suelta un grito y debe de quedarse sin fuerza en las rodillas porque empieza a desplomarse. Eden la caza al vuelo y la sostiene con una mano en el codo. Ella agacha la cabeza, respira hondo y con dificultad, y entonces declara:

—Tenemos que ir. Tenemos que ir.

—Lo sé —afirma Jaxon—. Dame solo unos minutos para averiguar...

—¡No disponen de unos minutos! —escupe Macy con furia y se aparta de Eden—. Si tú no vas a ir, lo haré yo. Yo...

—Morirás antes de estar cerca siquiera de encontrar a tu madre —le espeta sin compasión Hudson.

Le lanzo una mirada que quiere decir «¿qué cojones...?», pero él me contesta con otra que significa «sabes que tengo razón». Después se vuelve hacia Jaxon.

—Has dicho que la Orden sabe dónde Cyrus los mantiene cautivos.

—Así es. Están en las mazmorras. Cerca de... —Jaxon se interrumpe con la mirada fija en la de Hudson.

Aquello que no ha llegado a pronunciar golpea a Hudson como un placaje. Ni se inmuta, pero yo lo observo con atención y veo cómo el impacto lo hunde. Sus ojos pierden el brillo, su respiración se acelera y cierra las manos en puños.

—¿Cerca de dónde? —pregunta Macy con la voz temblorosa—. Venga, decidme dónde tengo que construir un portal, yo nos trasladaré hasta allí.

—Las Criptas —contesta Hudson—. Es donde lleva a cabo esta clase de trabajos.

—¿Lo ha hecho antes? —Flint habla por primera vez, y en esta ocasión no suena cabreado, sino aterrorizado.

—Lo ha intentado. —Hudson se pasa una mano por el pelo y me pregunto si acaso se ha dado cuenta de que está temblando un poco—. Nunca antes ha funcionado, pero igual ha descubierto algo que nosotros desconocemos.

—Pero ¿por qué? —quiere saber Flint—. ¿Por qué robaría magia a unos niños? Y no solo de otros tipos de paranormales, sino también de vampiros.

—No lo sé. La Sangradora ha dicho que su verdadero poder está atrapado con el Ejército Gargólico. Quizá esté intentando reemplazarlo o necesite más para liberarlo. Sin importar cuál sea la razón, os aseguro que lo único que quieren aquellos que poseen el poder es más poder si cabe —continúa Hudson—. Y solo puedo imaginarme lo que hará cuando consiga el suficiente.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunto, aunque me temo que ya sé la respuesta.

—Emprender una guerra contra la humanidad que por fin sea capaz de ganar —me explica Hudson—. Aquello en lo que ha estado trabajando toda mi vida.

Me vuelvo hacia Hudson y Jaxon.

—¿Podéis infiltrarnos en la Corte Vampírica sin que Cyrus se entere?

—No —contesta Hudson sin pensárselo.

—Bueno, pues estamos jodidos —interrumpe Eden—. Porque no podemos meternos ahí a tiro limpio. Al menos, no sin que la Corte Dragontina y la Corte Bruja nos guarden las espaldas.

—Y sabemos que ambas cortes ni quieren ni pueden ayudar —añade Flint—. Así que en ese aspecto estamos solos. Pero yo sigo apoyando que vayamos.

—Y ¿a tomar por saco lo que ocurra después? —pregunta Jaxon; está claro que estamos en un punto muerto.

Flint, Macy y Mekhi se plantan ante el resto de nosotros, y jamás he tenido más claro que, independientemente de lo que acabemos haciendo, estaremos todos condenados si lo hacemos divididos como estamos ahora.

—¿Por qué no volvemos a Irlanda, comemos un poco y descansamos para decidir cuál será nuestro siguiente paso cuando tengamos la mente más despejada? —sugiero en un intento de insuflar algo de calma a la situación—. Si nos precipitamos, solo conseguiremos que nos maten. Y, además, tenemos que esperar a que se haga de noche para actuar, ¿no?

—Están torturando a los alumnos, Grace —me acusa Macy; y ya no percibo ni rastro de mi dulce y sonriente prima, quien me seguiría a todas partes. En su lugar hay un

desierto de decepción que nos separa y ni siquiera sé cómo cruzarlo para poder llegar a ella de nuevo. Pero sé que debo intentarlo.

Le doy un apretón en el brazo.

—Y los salvaremos. Y a tu familia también. Solo os estoy sugiriendo que nos tomemos un descanso y decidamos qué hacer en vez de precipitarnos hacia la muerte. Si no lo hacemos, al final no salvaremos a nadie.

Le suplico con la mirada y al final relaja los hombros y asiente brevemente.

—Construiré un portal hasta el faro.

Y cuando saca la varita y comienza con los pasos necesarios para abrir un portal, no puedo evitar darme cuenta de que en ningún momento ha dicho que esté de acuerdo conmigo.

58

El puto camino a los infiernos

—Buenos días, bella durmiente —murmura Hudson, y abro los ojos poco a poco mientras él se tumba en la cama, a mi lado.

Tardo un segundo en recordar dónde estamos. El faro.

—¿Qué hora es? —pregunto mientras me froto los ojos para espabilarme.

—Te has quedado dormida en cuanto hemos llegado. Serán las seis de la tarde pasadas.

—¡No tendrías que haberme dejado dormir hasta tan tarde! —exclamo, y me incorporo al instante.

Hudson sonríe, me aparta un rizo de la frente y me lo coloca detrás de la oreja.

—Oye, hace tiempo aprendí que nunca debía interponerme entre una cama y tú cuando te entra el sueño. Tenías un montón de novedades que procesar. Tu cuerpo sabe lo que necesita. Además, ya lo has dicho tú, no podemos hacer nada hasta que no sea de noche, y solo

habíamos dormido cuatro horas antes de ir a la cueva de la Sangradora.

¿De verdad habíamos dormido tan poco? Qué raro es lo mucho que me estoy acostumbrando al frenético agotamiento que siento, a esta pesadez en la sangre, como si mi cuerpo ya hubiera aceptado lo que mi mente no: que esta es mi nueva normalidad y no puedo hacer nada por cambiarla.

Y si yo me siento así, no sé cómo estarán lidiando los demás con el estrés y la falta de sueño. Quizá por eso no encontramos la forma de salir del embrollo en el que estamos metidos. Estamos demasiado cerrados en el modo supervivencia personal como para conectar como solemos hacer. Con razón parece que todo se desmorona bajo nuestros pies. Estamos al borde del abismo, y no hay nada que evite que nos caigamos en él.

—Hudson, estoy preocupada. Nunca vamos a derrotar a Cyrus si no trabajamos en equipo.

—Hemos quedado con los demás a las siete para trazar una estrategia, así que no te estreses, ¿vale? —asiente él.

Por primera vez desde que nos fuimos de la Corte Bruja, empiezo a notar que se afloja el nudo que tengo en el estómago, y me tumbo sobre las almohadas otra vez. Suspiro y cierro los ojos, rezando para que Macy esté dispuesta a escucharme ahora. Que Flint pueda dejar atrás la ira y la sed de venganza. Que Jaxon pueda convencer a la Orden para que nos ayuden a superar las pruebas.

—Nena, puedes dormir un poco más si quieres. Te queda todavía una hora hasta que llegue el resto —dice Hudson, y

abro los ojos de nuevo. Clavo la mirada en sus cálidos ojos azules, una media sonrisa nace en la comisura de su boca.

Tiene un brazo apoyado en el colchón, aprisionándome, y yo me quedo donde estoy disfrutando de las vistas. Lleva la camisa de vestir azul desabotonada y abierta, por lo que puedo apreciar sus abdominales bien marcados por encima de unos vaqueros de cintura baja. Tiene el pelo mojado y le cae por la frente en unas ondas descuidadas, huele mucho al gel de ducha de ámbar y sándalo que me encanta.

—No, ahora ya estoy despierta —contesto mientras apoyo la cabeza en la parte externa de su muslo y paso la mano por su vientre plano y cálido.

—¿Ah, sí? —pregunta. Sin duda, hay una nota de interés en su voz que antes no estaba. Se le marca más el acento de lo habitual cuando me pregunta—: Y ¿qué debo hacer al respecto?

—¿Interponerte entre una cama y yo? —digo con tono socarrón, mientras siento el calor que me sube por las mejillas. Ruedo para levantarme de la cama antes de que él se percate.

—¡Oye! —exclama a la vez que me coge la mano—. ¿Adónde vas?

Le lanzo lo que para mí es la mirada más sensual de mi repertorio; me encanta ver que se le corta la respiración.

—A lavarme los dientes —respondo, justo antes de correr al baño y cerrar la puerta de golpe; me alegra que nos hayamos cambiado a una habitación diferente a la anterior, en la que falta una pared en el baño desde la debacle que ayer creó mi hilo esmeralda.

Salgo unos cinco minutos después, tras lavarme los dientes y la cara, y me encuentro con Hudson tendido en su lado de la cama, más sexy de lo que nadie debería estar jamás.

Por primera vez desde, bueno, por primera vez desde que nos conocemos no se ha molestado en peinarse con su habitual tupé, así que los mechones le caen suaves y despeinados por la frente, y las puntas se le rizan un poco a medida que se secan. Tampoco se ha afeitado y una ligera barba de tres días le cubre la mandíbula que, de pronto, me muero por besar; ha cruzado los tobillos, enfundados en unos vaqueros, y va descalzo. Al tener uno de los brazos detrás de la cabeza, la camisa desabrochada se le abre más todavía, y disfruto de unas vistas con las que se me hace la boca agua y que me muero por tocar con los dedos.

La puntita de los colmillos le asoma por encima del carnoso labio inferior al seguir cada uno de mis movimientos con la mirada (una mirada azul, oscura y abrasadora) mientras me acerco a la cama.

No hace falta ser un genio para ver que Hudson sabe perfectamente por qué tenía tanta prisa por lavarme los dientes, y vacilo, preguntándome cuál es el siguiente paso que debo dar.

Por lo general me meto debajo de las sábanas y dejo que sea Hudson quien lleve la voz cantante, pero hay un tinte de vulnerabilidad en su postura, así tumbado, esperando, observando, y dejándome decidir hacia dónde nos lleva este momento, que hace que quiera conservar el control de la situación un ratito más.

Por lo tanto, en vez de tumbarme en mi lado de la cama, la rodeo para llegar hasta el suyo, consciente de que mientras lo hago Hudson no despega los ojos de mi cuerpo ni por un instante, como el depredador que es. Qué pena para él que yo hoy no tenga ni el más mínimo interés en ser la presa.

Me tomo mi tiempo para llegar hasta él, y disfruto de la promesa de lo que está por venir. Y disfruto incluso más del hecho de que, por una vez, es él el que se remueve por la expectación, el que contiene el aliento mientras espera mi próximo movimiento.

Al final me detengo a su lado con la mirada clavada en la suya. Pero, como no hago ademán alguno de tumbarme con él en la cama, Hudson estira la mano que tiene tras la cabeza para intentar cogerme; aun así esquivo su agarre con facilidad.

Mi reacción hace que mi compañero levante una ceja, que cierto rubor se adueñe de su piel y que le pesen los párpados. Pero no vuelve a intentar tocarme.

Como recompensa, me inclino sobre él, y sonrío en mi mente al verlo fruncir los labios en busca de un beso. Pero no es su boca lo que quiero probar, así que me inclino un poco más abajo, para dejar cálidos besos con la boca abierta sobre el pulso que noto en su cuello; le doy un mordisquito en el lugar exacto en el que él bebe de mí. Después me abro paso hasta el centro de su cuerpo.

—Grace. —Tiene la voz áspera, y retuerce las sábanas con las manos incluso antes de que deje atrás el principio de sus abdominales.

—Hudson —lo imito, al tiempo que la energía vibra por mis terminaciones nerviosas y, poco a poco, muy poco a poco, trazo a besos el camino de vuelta hasta su clavícula, su mandíbula y los labios perfectos que tiene.

Hudson gruñe en cuanto nuestras bocas se tocan, y aprovecho la oportunidad: le mordisqueo el labio inferior antes de profundizar el beso. Lamo, pruebo y devoro el calor que hay entre nosotros. Es como si saboreara una agradable lluvia de verano, y me permito perderme en este momento. Perderme en él.

Al menos hasta que se vuelve y tira de mí. Entonces me alejó de él, y sacudo un poco la cabeza mientras ambos respiramos de forma entrecortada.

—Ah, conque la cosa va así, ¿no? —pregunta con una sonrisa traviesa.

—Sí, así va la cosa —respondo.

Y, entonces, como yo tampoco puedo esperar más, me arrodillo sobre la cama y me siento encima de él. Coloco las rodillas a ambos lados de sus caderas y me muevo contra su cuerpo mientras, con las manos, acaricio la espectacular piel de su figura y me inclino para atrapar sus labios con los míos.

Hudson gime, con un sonido más gutural y más sensual esta vez, y con las manos me acuna las caderas y el culo.

—Todavía no —le digo, y le aparto los dedos de mi cuerpo, aunque una parte de mí solo ansía dejarle hacer lo que quiera conmigo.

Pero hoy es mi momento para explorar a Hudson, mi momento para descubrir todo lo que le gusta. Así que entrelazo sus dedos con los míos, y me inclino hacia delante

hasta que presiono sus manos contra el colchón, a cada lado de su cabeza, y dejo caer todo mi peso para inmovilizarlo mientras devoro su boca con ansia.

El fuego, la electricidad y el deseo rugen por mi cuerpo cuando beso, toco y exploro todas las partes del dulce y sexy cuerpo de mi compañero. De Hudson. Mi Hudson.

Y él me lo permite, se queda completamente a mi merced incluso cuando su respiración se vuelve más violenta, y sus ojos se turban y ensombrecen.

Incluso cuando el pecho se le llena de gotitas de sudor, y el cuerpo se le arquea y tiembla contra el mío.

Incluso cuando empieza a desmoronarse, cuando me suplica con la boca, con los graves gemidos que se le forman en el fondo de la garganta, con el hambre implacable que noto al chocar su lengua con la mía, que coja todo lo que necesito.

Por todo eso le doy un par de besos más antes de separarme lo justo para contemplar sus atormentados ojos. Y lo que veo me estruja el pecho con fuerza.

Tengo a Hudson completamente al descubierto debajo de mí. Abierto, vulnerable de una forma que hace que se me corte la respiración.

Porque este es Hudson, el pícaro, salvaje y maravilloso Hudson, pero en todo el tiempo que llevamos juntos (en todo el tiempo que llevamos riéndonos, peleándonos y queriéndonos), nunca se ha mostrado así de frágil.

Hasta hoy. Hoy parece que se rompería en mil pedazos con un solo movimiento equivocado por mi parte.

Me asusta a la par que me hace querer estrecharlo entre los brazos y decirle que todo saldrá bien. Que nunca le haré

daño. Que siempre siempre lo cogeré cuando tropiece. Pero es evidente que está demasiado lejos para oírme.

Así que al final hago lo único que puedo: cedo mi recién estrenado control y le ofrezco todo lo que soy (todo lo que llevo dentro); uso mi cuerpo, en vez de las palabras, para decirle que sé qué es lo que necesita ahora mismo para volver a sentirse seguro.

Le suelto las manos y lo libero.

Se hace cargo de la situación al instante. Por un momento desenfrenado coge mi camiseta entre los dedos y la rompe en dos; después, la tira por encima de su cabeza y se deshace de su propia ropa. Y luego está por todas partes. Sus labios, sus manos, su cuerpo..., sobre mí, debajo de mí, junto a mí, dentro de mí. Todo su cuerpo está tocando, cogiendo, haciéndose con cada parte del mío, hasta que me ahogo en un mar de sensaciones. Hasta que me ahogo en él.

Y jamás me he sentido tan bien.

Quizá por eso me arqueo contra este chico al que quiero más que a mí misma; por eso deslizo las manos alrededor de su cuello y las apoyo en su nuca; por eso inclino la cabeza hacia un lado y espero para que tome lo que le ofrezco.

Porque ninguno sabemos cuándo tendremos otra oportunidad como esta, si es que la volvemos a tener algún día.

La desesperación que siento debe de ser evidente, porque me coloca debajo de su cuerpo y se hunde más. La euforia me recorre entera antes incluso de que roce la parte alta de mis pechos con los dientes. Se entretiene en ellos un

buen par de segundos (provocándome, saboreándome), y después se cuela por mi piel hasta mis venas como si ese fuera su lugar en el mundo. Como si estuviese hecho para quedarse allí para siempre.

La satisfacción me atraviesa. Una vez, dos, y otra y otra más, mientras Hudson se mueve contra mi cuerpo.

Me abruma, me hunde, me vuelve del derecho y del revés, hasta que es imposible saber dónde acaba él y dónde empiezo yo.

Hasta que él es lo único que conozco y lo único que necesito.

Hasta que no queda nada salvo el amor, el calor y la agonía de siempre desear más.

Explotamos como el sol, ardemos como una supernova, y mientras me toma otra vez, lo único en lo que puedo pensar es en que la física tiene razón.

De verdad estamos hechos de polvo de estrellas.

Por eso, cuando al final Hudson se tumba en la cama y tira de mí hacia él, nos tapa el cuerpo con las sábanas fresquitas mientras se estabiliza nuestra respiración, no puedo evitar sentir el terror que se está formando en mi estómago de que este era nuestro último momento perfecto antes de que se desate el caos.

Así que cuando la puerta del dormitorio se abre de pronto y Jaxon se desvanece hasta los pies de la cama, a una parte de mí no la pilla por sorpresa.

—Tenemos un problema —espeta—. ¡Se han ido!

59

El típico tira y afloja

Que tu ex irrumpa en la habitación después de que hayas echado el que posiblemente haya sido el mejor polvo del mundo (con su hermano) es de lo peor. Tiro de las sábanas con más fuerza bajo mi barbilla y rezo para que la tierra me trague.

—Tío —dice Hudson con voz cansina y Jaxon se vuelve tan rápido que casi parece de chiste.

—Mmm, sí, como he dicho, se han ido —repite este.

Hudson desliza el brazo de debajo de mi cabeza y saca las piernas por el borde de la cama. Se inclina para agarrar la ropa que tiene por el suelo, mete una pierna por el pantalón y luego la otra antes de levantarse y contestar:

—¿Quién se ha ido?

Echo un vistazo a mi ropa, que está tirada por la habitación. Mis vaqueros están hechos un bulto al lado de la cama y mi camiseta está... Mi mirada vuela del suelo a la cómoda y después al ventilador. Por lo visto está colgando del ventilador. Bueno, lo que queda de ella. La verdad es que ahora parece más un trapo; las dos partes están hechas

jirones debido al entusiasmo que ha mostrado Hudson antes. Le dedico una ceja enarcada y él se encoge de hombros mientras se sube la cremallera de los pantalones, aunque se deja el botón sin abrochar.

Y sé que Jaxon está ahí de pie. Sé que está intentando contarnos algo importante. Sé que hay cuestiones de vida o muerte sobre las que tendríamos que estar pensando. Pero, aun así... Mi compañero con sus pantalones de cintura baja, ese rastro de vello que asoma justo por encima del botón sin abrochar, los abdominales que son como una tabla para lavar, la camisa de vestir de color azul claro que se pone pero deja sin abrochar para que mis ojos puedan comérselo. Hasta que mi mirada encendida se topa con su sonrisa traviesa. Debería darme vergüenza que sepa el efecto que tiene sobre mí, pero me lamo los labios y, de repente, su respiración va al compás de mis jadeos entrecortados. Y así, sin más, la cerilla que siempre se encuentra entre nosotros vuelve a encenderse.

El corazón se me va a salir del pecho, la sangre me hierve en las venas. Por Hudson. Siempre por Hudson. Y si su respiración indica algo es que el corazón le late igual de fuerte por mí.

Mi mente juguetea con la idea de echar a Jaxon de la habitación y volver a llevar a mi compañero por el mal camino, pero siempre se me olvida que estoy tratando con vampiros. Y que tienen un sentido del oído excelente.

—Ya os vale a los dos. Suena a que os va a dar un ataque al corazón. —Jaxon niega con la cabeza y se dirige a la puerta—. Os doy sesenta segundos para que os vistáis y nos

encontremos en el piso de abajo. Se ha torcido mucho la cosa.

Y, con eso, se desvanece de la habitación y la puerta se cierra un segundo después con un clic amortiguado.

Hudson se pasa una mano temblorosa por el pelo, que descansa seco y despeinado sobre su frente; su escudo ha caído.

—Por el amor de Dios. Vas a matarme.

Me encanta que, cuando está abrumado, se le marque aún más el acento. Aún mejor, su voz se llena de asombro. Me hace sentir poderosa y no puedo evitar que por una vez sea yo quien le lance una sonrisa traviesa. La pilla al vuelo y se desvanece hasta mí en un pestañeo, me enjaula entre sus brazos cuando se inclina hacia delante y me besa, rápido y salvaje.

—Ni de coña voy a dejar que mi hermano se piense que con sesenta segundos basta para... —Abarca la cama con un gesto—. Nosotros. Así que levántate y vístete.

Entonces me planta otro beso fugaz en los labios antes de desaparecer por las escaleras.

Suelto una risita entre dientes, me bajo de un salto de la cama y me apresuro a coger una muda limpia, pero entonces miro mis rizos indómitos en el espejo. No hay tiempo para ducharse y si me los cepillo solo será peor, así que agarro un coletero y recojo la mata de pelo en una coleta rapidita. Satisfecha, porque es lo máximo que puedo apañar en sesenta segundos, me dirijo al piso de abajo para enterarme de qué es eso tan urgente que ha hecho que Jaxon irrumpa en nuestra habitación. No me puedo ni

imaginar a quiénes se estaba refiriendo con eso de que se han ido.

Cuando desciendo el último escalón, oigo a Hudson farfullar:

—Me cago en todo.

—¿Qué? —pregunto mientras me uno a él frente a Jaxon y Eden—. ¿Qué ha pasado?

—Macy, Flint y Mekhi han abierto un portal hasta la Corte Vampírica mientras vosotros... os «duchabais». —Eden añade comillas con los dedos a la última palabra y yo me sonrojo. Pero entonces empiezo a asimilar sus palabras...

Y estoy tan perpleja que las cejas casi me llegan al nacimiento del pelo.

—¿Macy se ha ido?

—He intentado detenerla —esclarece Eden—. Pero estaba convencida de que sin importar lo que pasara, tú querrías salvar al Ejército antes que a sus padres. No estaba enfadada. Ha dicho que lo entendía perfectamente... y que tú entenderías que no podía arriesgarse a perder a su padre y a su madre.

Me da un vuelco el estómago.

—No me puedo creer que Macy piense de verdad que no aprovecharía cualquier oportunidad de salvar al tío Finn y a la tía Rowena. ¡Son la única familia que me queda! —Abro los brazos—. Pero solo porque quieras salvar a alguien no significa que se pueda. Al menos, no solos. Necesitamos ayuda. Necesitamos al Ejército.

Eden entrecierra los ojos al mirarme.

—¿Puedes afirmar con toda sinceridad que solo quieres salvar al Ejército para tener un apoyo a la hora de salvar a

los alumnos? ¿O quieres salvarlos porque eres su reina? —Comienzo a protestar, pero Eden alza una mano para detenerme—. Como reina gárgola, tienes todo el derecho a poner a tu pueblo primero, Grace —continúa—. Y quizá no es lo que estás haciendo. Pero entiendo por qué Macy puede pensar de otra forma. ¿Tú no?

—Si es lo que piensas, ¿por qué no te has ido con ellos?

Eden se encoge de hombros.

—Tan solo porque cuestione cuál es tu verdadera motivación para salvar al Ejército, no quiere decir que no esté de acuerdo con que alguien tiene que guardarnos las espaldas. La Corte Dragontina está disuelta, la Corte Bruja se niega a ayudarnos, la Corte Lobuna y la Vampírica están aliadas con Cyrus, no hay ninguna otra rebelión aparte de nosotros once, la verdad. Y ahora nos hemos enterado de que, al parecer, ni siquiera los dioses están interesados en ayudarnos. Estoy de acuerdo contigo. Nuestra mejor baza era el Ejército.

—¿Era? —le pregunto.

Pero Hudson contesta:

—No sobreviviremos a las Pruebas si somos solo nosotros cuatro, Grace.

Y sé que tiene razón. Ya era bastante dudoso que tuviéramos una oportunidad estando todo el grupo. ¿Ahora? Ahora solo hay una cosa que podamos hacer.

—Tenemos que seguirlos. No importa qué fuéramos a decidir como siguiente paso, sabía que tenía que ser todos juntos —indico y, por las caras que ponen los demás, están de acuerdo.

Una parte de mí está cabreadísima con nuestros amigos por habernos abandonado, por no haber dialogado las cosas, pero la verdad es que no sé si me podrían haber convencido de no salvar primero al Ejército. Tampoco sé si Eden está en lo cierto, si solo quiero salvarlos porque me siento responsable de su vida o si en realidad pienso que los necesitamos para derrotar a Cyrus. Pero soy lo bastante sincera para admitir que estaba convencida de que era lo correcto.

Hago girar el anillo que llevo en el dedo, casi no puedo soportar ese peso, pero, sin importar lo que me diga la cabeza, me resulta imposible centrarme en mi pueblo ahora mismo. Tengo que salvar a mi otra familia.

Dejo escapar un largo suspiro.

—Bueno, ¿alguna idea de cómo colarnos en la Corte Vampírica y no morir entre terribles sufrimientos?

Hudson asiente.

—La parte de la Corte que Cyrus nunca visita, la parte con la que no está familiarizado, son las dependencias de los sirvientes. Y mi guarida está justo encima de la zona sur de esas dependencias.

—Si nos pillan, le estarás entregando la llave de tu guarida a Cyrus —le advierte Jaxon.

Los hermanos intercambian una mirada larga y devastadora que yo no comprendo. Entonces Hudson se encoge de hombros y mete las manos en los bolsillos.

—Si es la única forma de entrar, la única forma de mantener con vida a nuestros amigos, a Dawud, a su hermano y a todo el mundo... Estoy dispuesto a arriesgarme. —Traga saliva con la mandíbula tensa.

Entonces dice en voz baja—: Y que pase lo que tenga que pasar.

»Por descontado —continúa Hudson con timidez—, tendremos que esperar a que oscurezca para viajar. Supongo que nuestro único medio de transporte es Eden y no creo que quiera cargar con un vampiro frito a la espalda.

—¿Qué te hace pensar que quiera a ningún tío a mi espalda? —espeta Eden, y le da un toquecito con el hombro, con una media sonrisa juguetona en el rostro.

Hudson resopla entre risas.

—Ahí me has pillado.

No escucho el siguiente comentario de Eden porque se me está empezando a ocurrir una idea. Me doy la vuelta hacia Hudson.

—¿Crees que podrías hacerme un croquis de los planos de la Corte Vampírica? Si los alumnos están cerca de las Criptas y tenemos que entrar por las dependencias de los sirvientes, me encantaría saber lo lejos que está nuestro destino. O, lo que es más importante, la cantidad de guardias que tenemos que evitar.

Hudson alza una ceja.

—¿Se te ha ocurrido una idea?

—Sí —asiento—. Pero me parece que es muy mala.

Jaxon suelta una risita.

—Bueno, ya sabemos lo mucho que le gustan a Hudson ese tipo de ocurrencias —interviene, y se refiere a cuando mi compañero le comentó a la Sangradora que quería probar su mala idea.

—Oye, si termina con un carámbano de hielo cerca de las partes bajas de cierto dragón, no pienso volver a oponerme

—dice Hudson burlándose.

Jaxon se tensa y cambia de tema.

—Bueno, ¿y cuál es la mala idea, Grace?

—A ver —empiezo—, podría congelar a los guardias si rozo el hilo esmeralda, nada de agarrarlo, lo cual nos permitiría colarnos delante de sus narices.

Bueno, al menos creo que podría. Vamos, en teoría. Trago saliva con fuerza cuando admito que nada parece ir como esperábamos «en teoría».

Los ojos de Eden se abren con respeto.

—Joder, tía, ¡esa idea es fantástica! ¡Me encanta, no le veo ninguna pega!

—¿Te refieres a ninguna otra que no sea conseguir por accidente que la Corte Vampírica se desplome sobre nuestras cabezas? —replico mientras me retuerzo las manos —. Además, Jikan dijo que descongelaría al Ejército si volvía a manipular el tiempo.

Todos nos quedamos en silencio al pensar en esta posibilidad, pero al final Hudson dice:

—No creo que nos tengamos que preocupar por él solo por congelar a un par de guardias, Grace. Ya nos has congelado y descongelado antes, aunque fuera sin querer, y lo mismo digo de la Sangradora; él nunca ha dicho ni pío en esas ocasiones. Mientras no agarres el hilo de semidiosa y abras un agujero en el tiempo, no creo que pase nada.

Asiento. Eso es justo lo que estaba pensando yo, aunque no significa que no me asuste el mero hecho de considerarlo. Pero luego me acuerdo de mi prima, desesperada por salvar a sus padres. De Flint, dolido por la pérdida de Luca y de su pierna. De Mekhi, que siempre me

ha guardado las espaldas desde el primer día que llegué al Katmere, quien seguramente también esté harto de que su Corte haya participado en la muerte de sus amigos. Y sé que es la decisión correcta. He decepcionado a mis amigos al no mostrarles lo importantes que son sus necesidades para mí, tan importantes como las mías propias, y no tengo intención de volverlos a decepcionar.

Si Cyrus les pone las manos encima, no me cabe duda de que los torturará primero para después robarles sus poderes por haber formado parte de la masacre de la isla. Y estoy dispuesta a arriesgar cualquier cosa para evitarlo.

—Bueno, ¿qué pasa con ese croquis? —pregunto.

Eden saca una libreta de su mochila y se la entrega a Hudson junto con un boli, y todos nos sentamos a la mesa de la cocina para familiarizarnos con los planos de la Corte Vampírica.

Echo una mirada a mis otros tres amigos, el miedo hace que se me formen nudos en el estómago. Debido a mis decisiones, nuestro grupo se ha dividido y ahora no tengo ni idea de cómo volver a juntarlo. Es más, me da un miedo atronador que, al habernos separado, le hayamos concedido a Cyrus justo lo que quiere. Y si ese fuera el caso, no tengo ni idea de cómo se supone que vamos a salir con vida de esta.

60

No juzgues un libro...

Cuando se pone el sol, Eden nos lleva volando de Irlanda a Inglaterra y aterriza lo más cerca de la Corte Vampírica que nos atrevemos a ir, es decir, en un hotel cercano. Nos bajamos en un callejón, Eden adopta su forma humana y Hudson nos guía calle abajo hasta doblar la esquina. Tras un par de manzanas acelera un poco el paso, y sé que debemos de estar cerca de su guarida.

—Ahora que ya casi hemos llegado, ¿vas a contarnos cómo ir de tu guarida a la Corte Vampírica? —pregunto.

—Usaremos un método milenario —responde Hudson al tiempo que giramos a la izquierda con brusquedad y entramos en un nuevo callejón.

—Joder... —exclama Eden—. Dime que no vamos a tener que entrar en las cloacas de Londres.

Hudson parece ofendido por sus palabras.

—Pero ¿qué clase de compañero te crees que soy? —suelta—. Jamás haría que Grace tuviera que atravesar desechos humanos.

—Anda, gracias —dice Eden tomándole el pelo.

—Al menos ya sabemos a qué debemos atenernos los demás —añade Jaxon.

Se da un paréntesis en la conversación, mientras Jaxon y Eden esperan a que Hudson niegue la afirmación de su hermano, pero mi compañero les lanza una mirada deliberada de aburrimiento. Sé que los está chinchando, pero veo que ellos no lo tienen tan claro. Cosa que al parecer a Hudson le parece bien, pues no aclara la situación.

Doblamos una esquina más y nos adentramos en un callejón todavía más lóbrego y angosto. Después avanzamos hasta la mitad más o menos y nos topamos con una casa estrecha y oscura. Se encuentra a un par de centímetros de la acera, y una verja de hierro forjado oxidada precede a tres escaloncitos que dan a una sombría puerta gris.

Las ventanas tapiadas tienen asimismo rejas de hierro forjado, y en varios sitios la pintura está desconchada y descascarada.

—¿Esta es tu guarida, en serio? —pregunta Eden observando la casa con la repulsión reflejada en la cara—. Hasta las cloacas tienen mejor aspecto.

—No juzgues un libro por la cubierta —le dice Hudson.

—Eh... no he entendido ni una sola palabra de lo que has dicho —contesta confundida la dragona.

—Quiere decir que... —Hudson pone los ojos en blanco—. Nada, no importa. Pásame esa planta, por favor, Grace.

Señala el helecho con el aspecto más triste y enfermo que he visto en mi vida. Se ha marchitado tanto que apenas se reconoce que es una planta. Da lástima hasta ver la

maceta en la que vive: antaño fue blanca, pero ahora está rajada, agrietada y con varias manchas marrones.

—¿En qué nos va a ayudar esta pobre plantita? —pregunto cogiéndola del suelo.

—¿Qué acabo de decir de los libros y las cubiertas? —señala. Mete la mano en la maceta y saca una llave—. Id con cuidado. Hay un par de tablones podridos —nos indica dándonos la espalda mientras sube los escalones dando saltitos hasta llegar al decrépito porche, que está en muy mal estado.

—¿Solo un par? —comenta Jaxon, y esquiva un tablón astillado.

Hudson está demasiado ocupado con los cuatro candados de la puerta principal para responderle. Cuando cede el último, abre la puerta y se adentra en su guarida.

Nos lanzamos tras sus pasos, con los ojos abiertos como platos cuando enciende la luz y nos invita a un salón con peor pinta aún que el exterior de la casa, si acaso eso era posible.

Espero que nos diga que nos está tomando el pelo; en cambio, se acerca a una librería que hay al fondo de la sala. Es el primer indicio que me confirma que esta casa podría ser suya de verdad (el salón está hasta los topes de libros antiguos), pero sigue costándome imaginarme a Hudson eligiendo vivir aquí, en estas condiciones.

Jaxon y Eden deben de pensar lo mismo, pues ninguno se ha movido desde que mi compañero ha encendido la luz. Se han quedado quietos en el centro de la estancia, asimilando la atrocidad que nos rodea.

Y tenemos mucho que asimilar.

Para empezar, los muebles están tan gastados que estoy segurísima de que lo único que los mantiene en pie son las manchas. La moqueta está llena de agujeros en algunas zonas, y de manchas en otras. El espantoso papel pintado de terciopelo amarillo de las paredes (es feo con ganas) se está destiñendo y despegándose en algunos puntos, y por el estado de las cortinas cualquiera creería que una enfurecida manada de gatos monteses las ha destrozado.

Cuando me acerco para observar mejor el papel de pared, no puedo evitar pensar en que una historia que leí en el instituto escrita por Charlotte Perkins Gilman cobra más sentido que nunca. Si tuviese que vivir encerrada en un sitio como este durante una temporada, da igual corta que larga, estoy convencida de que yo también perdería la cabeza.

—¿Esta es tu casa? —pregunta Jaxon. Yo también creo que necesito que me lo confirme.

—Sí —responde Hudson sin titubear. Un par de segundos después se oye un estridente chirrido al tiempo que estira la mano para empujar la estantería llena de libros un par de centímetros hacia nosotros.

—¿Por qué? —El gesto de Eden refleja que está horrorizada y fascinada a partes iguales, y la entiendo a la perfección. Esto no le pega nada a Hudson, pero nada de nada.

Pero mi compañero se limita a encogerse de hombros, y decir:

—Ya veréis.

Me acerco a él con curiosidad por lo que está haciendo. Y con más curiosidad si cabe por la lógica de esta casa, porque, si he aprendido algo durante estos meses del chico

Armani que tengo a mi lado, es que es escrupuloso hasta decir basta. Cada pelo en su sitio, cada posible arruga planchada. Y, aunque no tuviera en cuenta todo eso, incluso su dormitorio en el instituto Katmere no puede parecerse menos a esta casa.

A Hudson le gustan las comodidades y nunca lo ha negado.

—¿Qué haces aquí al fondo? —pregunto mientras esquivo por poco un enorme rasgón que hay en la moqueta verde vómito.

Inclina la cabeza hacia la pared y me dice:

—Mira y aprende.

Y así, sin más, todo empieza a cobrar sentido. Porque detrás de la librería hay una enorme puerta de acero blindada, protegida con un código de seguridad y un escáner de huellas.

Hudson me lanza una sonrisita traviesa e introduce el código antes de apoyar la mano en el escáner. Un par de segundos después, la puerta se abre y revela una brillante escalera de madera que baja hacia algún lado.

—¿Vamos?

—Vamos —respondo. Al fin y al cabo, es su plan. Y, además, me puede la curiosidad de ver qué hay ahí abajo.

Los tres lo seguimos escaleras abajo y llegamos a un sótano enorme y espacioso; nos quedamos quietos, observando. Igual que en su dormitorio del Katmere, hay librerías gigantescas por todas partes, a rebosar de libros. Miles y miles y miles de estanterías con libros que cubren la mitad de la habitación, del suelo hasta el alto techo. Pero no es eso lo que nos deja congelados.

Ni aunque las paredes estuviesen pintadas de rosa eléctrico y la sala estuviese llena de pufs nos habríamos quedado tan boquiabiertos como ahora.

—Pero... es como si...

Me he quedado sin palabras. Por suerte, Eden no tiene tantos problemas de verbalización como yo.

—Tío, es como si una tienda de muebles de lujo hubiese dejado aquí su catálogo. Pero enterito.

Sí. Exacto.

Toda la habitación es, al menos, del tamaño de un campo de fútbol americano y las paredes que no están cubiertas de estanterías están pintadas de un blanco nacarado. Hay varias lámparas, candelabros de pared y lámparas de araña que bañan toda la estancia con una luz suave. Y allí hasta donde alcanza la vista puede apreciarse una mezcla de muebles modernos y rústicos hecha con muy buen gusto; casi todos son blancos, color café claro, o negros. La estancia, con aspecto de *loft*, está dividida en lo que parecen ocho «secciones» diferentes, según veo por la colocación estratégica de alfombras y mobiliario. Pero todos los ambientes desprenden la misma estética.

Es más que evidente que la primera zona a nuestra derecha es donde Hudson pasa el tiempo escuchando música. Tiene dos estanterías de metal negras llenas de discos que descuellan sobre varias otomanas y enormes sillones de color café que parecen muy cómodos, una gigantesca alfombra blanca y peluda en la que me muero por hundir los pies, y una cómoda bajita donde descansa el equipo de música.

Como si ninguno quisiera pasar por alto ni un solo rincón de la estancia, empezamos a recorrer la guarida fijándonos en los detalles.

Un poco más al fondo está la zona de ejercicio: más hachas, cómo no, pero también varios arcos y aljabas de diferentes clases, así como varias dianas que cuelgan de las paredes. Junto a esta zona vemos dos sofás modulares blancos con mucho relleno sobre los que descansan cojines de un color crudo; ambos dan a un televisor enorme montado en la pared con media docena de mandos de consolas tirados por doquier y un equipo de realidad virtual con pinta de costar una pasta. Por último, también observamos un par de mesitas auxiliares de madera con lámparas y mesitas de centro sobre las que descansan un par de revistas.

Al otro lado de la sala hay una cama de latón descomunal pero, a diferencia de la de su habitación del Katmere, esta es toda blanca. Sábanas blancas, mantas blancas, almohadas blancas, el edredón blanco... A ambos lados de la cama, unas pesadas mesillas de noche antiguas, y sobre ellas descansan unas lámparas de plata con minuciosos grabados.

Sin embargo, por una vez no estoy mirando a la cama. Porque la sección que se halla a su izquierda cuenta con una pared que difiere del resto, pintada de un tono de negro que reconocería en cualquier parte. Un sofá y varias estanterías ponen el broche final a la acogedora zona de lectura que me ha acelerado el corazón.

—Esta es la habitación que pinté cuando todavía estabas en mi cabeza —susurro.

—Así es —afirma en un tono de voz tan bajo que tengo que esforzarme por oírlo.

—Por eso insistías tanto en el color de las paredes.

—Negro Armani —contesta poniendo los ojos en blanco—. Yo también me las vi y me las deseé para dar con el color perfecto la primera vez.

Pero noto algo en el tono burlón y sardónico que me dice que le he tocado una fibra sensible. Que este asunto le provoca una inestabilidad emocional mucho mayor de lo que me imaginaría.

Un pensamiento que se reafirma cuando Hudson no se entretiene un rato más para seguir con la conversación. En cambio, se acerca a otra puerta de acero blindada que tiene incluso más elementos de seguridad que la anterior.

Estoy demasiado ensimismada mirando a todas partes como para seguirle; me quedo echándole otra ojeada a la cama blanca, a las paredes blancas, a los sofás blancos, a las lámparas, a los candelabros. Todo lo que hay en la sala transmite a gritos luz y alegría, y me resulta tan familiar que me duele el pecho. No sé bien cómo, pero en el fondo de mi corazón sé que ya he estado aquí antes. Que he amado aquí antes. Y que lo dejé escapar entre los dedos como si fuese agua.

Hudson ve la preocupación que me embarga y se me acerca por detrás, apoyando las manos sobre mis hombros. Se inclina y me pregunta:

—¿Estás bien?

Su aliento me hace cosquillas en la oreja, y me permito hundirme en él durante apenas un par de segundos.

—Estuvimos aquí. Este fue... —Y se me quiebra la voz.

—Este fue nuestro hogar, sí. Durante un tiempo, al menos.

Suspiro, parpadeo varias veces para librarme de las lágrimas para las que no tengo tiempo ahora mismo y que, además, no quiero dejar escapar delante de Hudson. Es una tontería que me ponga así de mal ahora que ya somos compañeros.

O es una tontería si no me paro a pensar en lo duro que debió de ser para Hudson nuestro regreso al Katmere. Lo que tuvo que ser para él ver que mi vínculo con Jaxon resurgía. Si me paro a pensar en eso, si me paro a mortificarme por lo mucho que tuvo que dolerle todo aquello, me destroza por dentro de forma tal que no sé si voy a llegar a recuperarme del todo algún día.

Una forma de la que no puedo esperar que él se recupere, no tengo derecho.

Recuerdo la expresión que tenía en el rostro antes, en la cama, la desesperación de su mirada, que me hacía saber que él no era más que un vaso de cristal entre mis manos, y se me estruja de nuevo el pecho. Qué duro debe de ser para él abrirse y volver a confiar, para alguien que se crio sin una pizca de amor en su vida (algo que todos olvidamos demasiado a menudo), dado que la primera vez que lo hizo... ¿me olvidé de él como si no me importara lo más mínimo?

—Grace —me llama, como si pudiera leerme la mente—. Volvería a pasar por todo eso para acabar aquí contigo.

—No entiendo por qué —susurro—. Después de lo que te hice...

—Tú no me hiciste nada —replica mientras desliza la mano hacia mi nuca y tira de mí hacia él, para que entierre la cara en su pecho de nuevo—. El destino es un caprichoso de mierda, y Cassia también. —Pronuncia su nombre con un tono tan burlón que sé que aprovecharlo y meterse con ella por su nombre le proporcionará una fuente inagotable de diversión en los años venideros—. Pero tú no tienes la culpa de nada, Grace. Lo único que has hecho ha sido quererme, incluso cuando no lo recordabas.

—Eso no es verdad —digo y me atraganto mientras me esfuerzo por tragarme el nudo de lágrimas que tengo en la garganta.

—Es mi verdad —señala él—. Y es lo que siempre elegiré recordar de ti. De nosotros.

Se me escapa un sollozo, y lo amortiguo pegándome a su camisa mientras él me acaricia los rizos con la mano. Hay más sollozos esperando salir, pero los meto bien al fondo de mi ser. Ahora no es el momento, no cuando nuestros amigos (uno de ellos, Jaxon) están en la misma habitación que nosotros. Y menos cuando nuestres otres amigues cuentan con nosotros para irrumpir en la Corte Vampírica y ayudarles a salvar a los alumnos y a sus familias de los horrores que Cyrus les tenga reservados.

—Grace... —suspira, y me estrecha durante un segundo, dos.

—Tranquilo —digo, y me seco las lágrimas en su inmaculada camisa (un acto que después me agradecerá, seguro)—. Estoy bien.

—Estás mejor que bien —me dice con una sonrisa burlona.

Me seco la cara una vez más, de la forma más disimulada que puedo. Después me separo de Hudson y veo que Jaxon y Eden han decidido centrarse en cualquier cosa menos en nosotros. Lo cual les agradezco, aunque me haga sentir la mar de cohibida.

Como supongo que la mejor manera de dejar todo esto atrás es volviendo a lo que importa ahora mismo, pregunto:

—¿Cómo llegamos a la Corte Vampírica desde aquí?

Hudson no contesta. Sin embargo, regresa a la puerta de seguridad que tanto miedo da al otro extremo de la sala y, después de poner la mano y el ojo en los escáneres, y de introducir el código de seguridad, la puerta se abre.

—¿Quién va primero?

—¿A un túnel oscuro y tenebroso? —bromea Eden—. Pues obviamente...

Jaxon va primero (menudo sorpresón), y Eden va detrás de él; Hudson y yo los seguimos después de que mi compañero coja una bolsita de un cofre que hay al lado de la puerta.

Hudson nos explica que el túnel que recorremos conecta su guarida con las dependencias del servicio, las cuales a su vez llevan a las mazmorras. Mientras atravesamos el estrecho pasillo, debo confesar que no me da tanto miedo como pensaba. La verdad, ni siquiera da tanto miedo como los túneles que recorría en el Katmere para llegar al estudio de Arte.

No es más que un túnel normal, con vigas de madera en el techo y con un montón de piedras cubriendo las paredes. El suelo está hecho de adoquines y arena, y no hay ni un solo colmillo de vampiro tirado en el suelo, ni tampoco

arañas. No termino de entender cómo es posible que no haya ni siquiera una sola telaraña, teniendo en cuenta que el túnel tendrá cientos de años de antigüedad, pero no pienso quejarme.

Aunque sí siento curiosidad. Por el túnel y, además, por saber por qué a Cyrus le parece bien tener una entrada como esta a su corte; o si conoce su existencia.

Giramos hacia la derecha y Hudson comenta:

—Ya casi hemos llegado, faltarán unos cien metros o así.

—Y ¿no va a pasar nada? —pregunto—. ¿Cyrus no tendrá vigilancia en la entrada?

Para un hombre que casi siempre tiene en cuenta hasta el más mínimo detalle (muy a nuestro pesar), me resulta extraño que sea tan descuidado con la seguridad. Muy muy extraño.

—Yo me pregunto lo mismo, la verdad —confiesa Jaxon—. Si están encerrados en la mazmorra, ¿no tendrá bien vigiladas todas las entradas?

—Seguro que sí. Pero no sabe que existe esta entrada, así que...

—¿Cómo es que no lo sabe? —Jaxon se muestra escéptico —. No lo conozco tanto como tú, pero da la sensación de que tiene controlados todos los rincones de su Corte, incluso aquellas zonas por las que casi nunca pasa.

—Seguro que sí. Pero este túnel es mío. Tardé unos cien años en construirlo, centímetro a centímetro, y jamás lo descubrió.

Bueno, eso explica que esté todo tan limpio. Ni las telarañas se atreverían a ensuciar el techo de un túnel construido para uso exclusivo de Hudson Vega.

—¿Estás seguro? —pregunta Eden—. Llevas tiempo sin venir por aquí, y la verdad es que no me molaría nada caer en una trampa.

—Estoy seguro de que antes o después caeremos en una trampa, o en diez —comenta Hudson—. Pero no será en este túnel.

Veo que mis amigos no están tan convencidos como mi compañero, pero la seguridad de Hudson emite tal energía que me templa los nervios. Además, si algo tengo claro es que mi compañero jamás me llevaría directa a una emboscada.

Encima, no es que tengamos otra alternativa aquí abajo. Nosotros no, al menos.

Pasados unos cincuenta metros nos topamos con otra puerta de acero blindada con su propio sistema de seguridad. Hay medidas biométricas, como en el resto de las puertas, y también, como las anteriores, parece que Hudson es el único que puede desconectarlas.

Después de pasar por el escáner unas doce partes de su cuerpo, un fuerte chasquido retumba por el túnel. Un par de segundos después se abren las puertas. Y así, sin más, nos encontramos cara a cara con dos miembros muy grandes, y muy armados, de la Guardia personal de Cyrus.

61

¿Por qué tan crípt-ico?

—Mierda —murmura Jaxon poniéndose en cabeza del grupo. Ya puedo sentir cómo un ligero temblor sacude el suelo bajo nuestros pies—. Te había dicho...

—Y yo te he dicho —contesta Hudson mientras lo aparta con el hombro— que lo tengo controlado. ¿Cómo estás, Darius?

Extiende la mano para darle un apretón a la del otro vampiro y, cuando sus palmas conectan, no puedo evitar atisbar el centelleo de una moneda de oro que pasa de una mano a otra.

—Estoy bien, su alteza. ¿Y usted?

—Hemos estado mejor —responde Hudson al tiempo que se adelanta para darle la mano al segundo guardia. Una vez más, veo relucir oro entre ellos—. Me alegro de verte, Vicenzo.

Este inclina la cabeza de forma que su media melena negra le cae sobre el rostro.

—Igualmente, su alteza. Pero he de advertirle de que ha escogido el peor momento para venir de visita.

—Eso he oído. —Hudson se inclina y esta vez, cuando habla, su voz es apenas perceptible incluso para mí, que solo estoy a poco más de medio metro de distancia—. ¿Dónde los tiene?

El alivio atraviesa el rostro del guardia más grandote, creo que Hudson lo ha llamado Darius.

—Están en un par de sitios. La mayoría están en el sótano esperando a... —Se detiene negando con la cabeza. Por primera vez me doy cuenta de que el sudor le perla de gotitas la frente.

—Los otros están en los pozos —le cuenta Vicenzo.

—¿Los pozos? —pregunta Hudson sin dar crédito a lo que acaba de escuchar—. ¿Por qué iba a...?

—Los mete allí una vez que ha acabado con ellos. Están aislados, así que nadie puede oírlos gritar.

Un escalofrío me recorre la espalda como si fueran garras. Conque Cyrus primero los tortura, los hace polvo y ¿después los abandona para que griten donde nadie pueda oírlos?

—Eso es lo más horrible que he escuchado en mi vida.

Jaxon y Hudson intercambian una mirada fugaz, y hay algo en sus ojos que hace que contenga la respiración cuando todo mi ser se convierte en hielo. No tengo pensado pedirles una explicación delante de todos, pero sin duda preguntaré más tarde. Porque si esto es tan malo como pienso...

Aprieto los puños. Jamás había querido hacerle daño a nadie en toda mi vida, pero ya estoy harta de Cyrus. Estoy harta de sus planes de mierda que hieren o matan a las personas a las que quiero, y estoy hasta los mismísimos ovarios de que les haga daño a Hudson y a Jaxon. Mis seres

queridos se merecen mucho más que pasarse la vida temiéndole. Da igual lo que tenga que hacer, esta vez se ha acabado y voy a ser yo la que le ponga punto final, incluso aunque me destruya.

Joder, tengo un hilo de semidiosa en pañales y puede que me dé miedo utilizarlo, pero darle una paliza a Cyrus podría ser la motivación que necesito para volver a intentarlo.

—Al menos están vivos —enuncia Hudson y luego pregunta—: ¿Quién los está vigilando?

—El Herrero construyó las mazmorras cercanas a las Criptas. —Darius se encoge de hombros—. Sin magia o poderes no van a ir a ninguna parte, así que solo hay un par de guardias en ese piso, uno cerca de los pozos.

—¿Y dónde están los demás? —exige saber Jaxon.

—Vigilando las entradas para asegurarse de que no puedan colarse. —Vicenzo sonríe—. Se supone que yo mismo debería apostarme en la entrada del sótano con otros quince guardias más o menos.

—Y yo tendría que estar en el piso principal —añade Darius—. Pero he tenido una emergencia familiar justo cuando me han llegado sus mensajes.

—Te lo agradezco. —La sonrisa de Hudson es sombría, pero muestra determinación—. ¿Las escaleras están despejadas?

—La última vez que he pasado lo estaban, sí. Hemos hecho una ronda corta de reconocimiento mientras lo esperábamos. La mayor concentración de guardias se encuentra en el piso de arriba, cerca del rey.

—Mi querido y anciano padre siempre es el primero en cubrirse las espaldas —comenta Hudson mientas

empezamos a recorrer el pasillo con los guardias, los ojos atentos a cualquier actividad o movimiento—. ¿Mi madre está con él?

—La reina está visitando a su hermana —contesta Vicenzo—. Según tengo entendido, los gritos... le dan problemas de digestión.

—Vaya, y nadie quiere que pase eso —dice Jaxon con desdén.

Hudson hace una pausa.

—¿Y qué hay del resto? ¿Les has visto ya?

Vicenzo le lanza una mirada rápida a Darius antes de decirle:

—Lo siento, su alteza. Se han defendido, pero los han capturado antes de que pudiéramos llegar hasta ellos.

Jadeo, sé de inmediato que se refieren a Flint, Macy y Mekhi.

—¿Están...? —Apenas puedo pronunciar la pregunta—. ¿Están en los pozos?

Se me hace un nudo en el estómago, el ácido me trepa por la garganta cuando me imagino a mi prima, a mi grupo, en el fondo de un pozo, sin sus poderes y gritando de dolor. Me siento un poco mareada y coloco una mano sobre el brazo de Hudson. Este extiende la otra mano y cubre la mía con ella.

—No, siguen en las mazmorras, señorita...

—Ah, sí —dice Hudson—, disculpad mis modales. Dejad que os presente a mi compañera, Grace: la reina gárgola.

Los dos guardias dan un toque al juntar las botas y de inmediato hacen una reverencia marcada mientras susurran:

—Su majestad.

Pero, en cuanto se yerguen, Darius mira al pasillo y luego a mí otra vez.

—No debería haber venido, su majestad. —Me está mirando directamente y un estremecimiento helado me hace cosquillas en el cuello—. Si la captura, me temo que se habrá perdido toda esperanza. Planea...

Vicenzo lo interrumpe y se dirige a Hudson.

—Ya hemos hablado demasiado. Tenemos familias de las que preocuparnos, su alteza. Pero le advierto que las cosas han cambiado mucho desde que estuvo aquí por última vez. Cyrus ha conseguido poderosos aliados. Bueno, continuemos.

Y con eso Vicenzo comienza a recorrer el pasillo de nuevo con el resto de nosotros a la zaga.

Tengo muchísimas preguntas, no sé ni por dónde empezar, pero un vistazo rápido a Hudson me indica que ahora no es el momento para hacerlo. En su lugar me concentro en nuestro camino, ojo avizor por si tengo que congelar en un santiamén a cualquiera de los otros guardias.

Hay curvas y esquinas cada tres metros o así, y casi espero que alguien nos asalte desde alguna puerta escondida o una hornacina en la pared. El resto debe de pensar lo mismo, porque nadie dice ni pío hasta que por fin atravesamos unos arcos de piedra gigantes y accedemos a una cámara inmensa.

Aquí abajo la luz escasea, y estoy tan ocupada buscando amenazas de la Guardia Vampírica que me cuesta percatarme de dónde nos encontramos. Y, lo que es más

importante, de lo que nos rodea. Se trata de docenas de tumbas de cemento, la mayoría con elaborados grabados y joyas incrustadas a los lados y en la parte superior.

—¿Es esto lo que creo que es? —susurra Eden justo en el momento en el que me doy cuenta de dónde estamos.

—Es el mausoleo real —le cuenta Jaxon—. Aquí se entierra a los miembros de las familias reales cuando mueren. Y cuando llega la hora de nuestro descenso.

—¿Descenso? —indaga Eden—. ¿Qué quiere decir eso?

Jaxon vacila.

—Todos los vampiros nacen con velocidad, fuerza y muchas otras ventajas. Pero la familia real, y nada más que la familia real, desarrolla un poder adicional durante la primera parte de su vida.

—Poder o poderes —elabora Hudson—. Depende de... —Se calla y de repente parece estar muy interesado en la tumba más cercana a nosotros.

—¿Depende de qué? —pregunto. Antes de que pueda contestarme, me encaro a Jaxon—. Por eso tú tienes telequinesis. Y tú... —Me vuelvo hacia Hudson—. ¿Puedes vaporizar cosas con solo pensarlo?

—Y no te olvides de todo el rollo ese de la persuasión —añade Eden.

—Créeme, no lo hago —declaro—. Pero ¿cómo ha llegado a pasar algo así? ¿Por qué Jaxon tiene un don y Hudson tiene dos?

Por primera vez desde que lo conozco, Hudson no me contesta. En vez de eso, se da la vuelta y comienza a caminar hacia el final del mausoleo tan rápido como le es posible sin llegar a desvanecerse.

Jaxon lo contempla durante un momento antes de volverse hacia mí con un suspiro. Ahora mismo todos mis instintos están en alerta máxima. En esta historia se cuece algo más que «los vampiros de la realeza consiguen un don por arte de magia».

Algo oscuro.

Y algo de lo que Hudson no quiere hablar.

Por supuesto, eso solo hace que esté más empecinada en descubrirlo. Si algo llega a disgustar tanto a mi compañero, supongo que tendré que saber lo que es.

Cuando se da la vuelta y se percata de que no entra en mis planes seguirlo hasta que se explique, se pasa una mano por la espesa melena, lo cual le despeina dos mechones; después suspira y vuelve a caminar hasta mí.

—No es para tanto, Grace —dice Hudson por fin—. Desde que éramos pequeños nos alimentaban con sangre mezclada con un elixir especial, mitad poción somnífera, mitad otra cosa que no tiene nada que ver, que ahora sabemos que era obra de la Sangradora. Después nos encerraban en nuestra tumba aquí abajo por intervalos que iban de cincuenta a cien años...

—Para el carro. —Eden intercambia miradas del uno al otro con los ojos como platos—. ¿Os encierran en una tumba de cemento durante cien años?

—Básicamente. De ahí viene todo el folklore de los vampiros en el ataúd y eso —expone Jaxon, pero no suena contento.

—Eso tiene sentido, por muy raro que suene —razono demasiado horrorizada ante la imagen de Hudson o Jaxon encerrados en un ataúd de cemento para pasar allí cien

años—. Pero no lo entiendo. ¿Os entierran durante cien años y no os despertáis?

—No, te despiertan una vez al mes —explica Hudson—. Te sacan durante un día o dos, te hacen una prueba para ver si tu poder está evolucionando, después te dan otra dosis y te vuelven a meter en la tumba.

—No —discute Jaxon con la voz llena de terror—. No es así como funciona. Te meten ahí durante un año y te despiertan durante una semana.

—¿Y eso es mejor porque...? —pregunta Eden.

—Es mejor porque, cuanto más uses el elixir, más eficacia pierde. —Jaxon parece perplejo mientras mira fijamente a Hudson—. Por eso los periodos de tiempo varían tanto de un vampiro a otro. Algunos están enterrados durante cincuenta años. Otros durante cien. Se detiene cuando la poción somnífera deja de hacer efecto.

»O al menos se supone que deben hacerlo —añade mientras escudriña la cara de Hudson.

Este se encoge de hombros.

—Tampoco es para tanto.

—Sí que es para tanto si te despiertan doce putas veces al año —replica Jaxon—. Los efectos tendrían que haberse pasado en algún punto entre el cuarto y el décimo año.

Hudson no dice nada, y de alguna forma eso es un millón de veces peor. El corazón me late demasiado deprisa mientras espero su respuesta; entretanto, mi estómago vacío amenaza con salírseme por la garganta. Si lo que Jaxon está diciendo es cierto...

—¿Hudson? —pregunto cuando por fin puedo confiar en que mi voz (y mi estómago) se comporten—. ¿Es eso cierto?

¿La poción somnífera dejó de tener efecto antes de que te sacaran para siempre?

—No pasa nada. —Intenta tranquilizarme—. Siempre he tenido una imaginación muy vívida y me mantenía ocupado.

—Sí que pasa —espeta Jaxon—. Todo el mundo sabe que te enterraron durante ciento veinte años. Eso... —Se detiene negando con la cabeza, como si no pudiera soportar pronunciar esas palabras.

Pero no hace falta que lo haga. Puedo hacer números yo misma sin problemas, y es más terrorífico de lo que pensaba en un principio.

A Hudson lo obligaron a pasar más de cien años encerrado en una caja de cemento oscura, y estuvo despierto en todo momento.

Me rodeo la cintura con los brazos cuando se me ocurre algo todavía más terrible. Seguramente lo único peor que estar encerrado en una tumba durante cien años es que lo despertaran una vez al mes, le enseñaran la luz que se estaba perdiendo, el mundo que le estaban negando y después lo volvieran a meter en ese infierno frío y oscuro.

Mi estómago pasa de trepar hasta mi garganta a dar volteretas extremas cuando me doy cuenta de hasta qué punto lo torturó Cyrus, y requiero cada gramo de concentración que consigo reunir para no sufrir un ataque de pánico ahí mismo, en medio del sagrado cementerio de la familia de Hudson y Jaxon.

Y eso es antes de que Hudson se encoja de hombros y diga:

—Cuesta quejarse cuando he sacado dos poderes cojonudos de todo el asunto.

«Ya, claro —pienso sin poder evitarlo cuando nos dirigimos hacia la puerta que hay al otro lado de la tumba—. Dos poderes cojonudos que se muere por perder de vista.» Esa idea amenaza con abrir en canal mi ya magullado y maltrecho corazón. Mi mente viaja hasta su guarida, llena de las dos cosas que se le negaron durante cien años (espacio y luz), y levanto una mano temblorosa para taparme la boca antes de que se me escape un grito.

—Oye. —Hudson me envuelve entre sus brazos, su calidez expulsa el frío que hay en mis huesos—. Las buenas personas viven vidas de mierda en todas partes del mundo, Grace. Yo por lo menos te tengo a ti.

Le devuelvo el abrazo a este chico que se niega a permitir que nadie le rompa y me impresiona con su fortaleza.

—Tenemos que irnos, su alteza —incita Darius, y nos volvemos para seguirlo una vez más, pero se detiene de golpe a unos pasos de la salida, echando las manos a la garganta para sostenerla.

—¿Darius? —Vicenzo va corriendo hacia él—. ¿Qué ha pas...?

No puede terminar, pues un cuchillo vuela directo al centro de su pecho. Tiene un segundo para soltar un «ah» de sorpresa antes de que la muerte lo reclame y se caiga de bruces contra el suelo.

62

Encant-hacha de conocerte

—Es una pena, ciertamente —comenta una maliciosa voz femenina desde las sombras—. Esperaba que opusieran algo de resistencia. Aunque, bueno, bien pensado, supongo que es verdad lo que dicen. Lo barato sale caro. —El seco acento británico se nota en cada sílaba que pronuncia.

Me doy la vuelta, buscando entre las sombras mientras intento descifrar quién está con nosotros. Hudson y los demás hacen lo mismo, pero creo que ninguno ha conseguido dar con ella. Lo cual es preocupante, puesto que mis amigos pueden ver en la oscuridad.

—¿Quién anda ahí? —pregunta Eden, mientras apoya todo su peso sobre los pulpejos de los pies, enfundados en unas Doc Martens.

Me estremezco. Que te aceche alguien a quien no puedes ver se pasa de escalofriante. Sobre todo cuando esa desconocida acaba de matar a otras dos personas justo delante de ti. Dos personas que resulta que formaban parte

de una de las guardias de vampiros más exclusivas del mundo.

No quiero esperar a que ocurra nada más, así que busco en mi interior y cojo el hilo platino. Si voy a luchar contra una voz incorpórea en la oscuridad, prefiero hacerlo como gárgola.

Pero no ocurre nada, ni siquiera cuando lo aprieto un poco más fuerte.

Lo intento una vez más, pero todo sigue igual. Antes de poder probar una tercera vez, la voz regresa. Y en esta ocasión lo hace desde una esquina diferente de la sala.

—¿De verdad te creías que un par de monedas de oro iba a garantizar vuestra seguridad, Hudson? —Entonces suelta un sonido de desaprobación—. En serio, ya tendrías que haber aprendido a estas alturas.

Un cuchillo atraviesa el aire muy cerca de mí, tan cerca que puedo sentir el soplo de aire que levanta al pasarme junto a la mejilla.

—Pero ¿qué coño haces? —gruñe Hudson.

Un par de segundos después, otro cuchillo viene directo a nosotros. No obstante, esta vez roza ligeramente el bíceps de Eden.

La dragona suelta un grito ahogado, pero es lo único que dice al llevarse la mano al corte, mientras el resto nos dispersamos en un intento por descubrir qué está pasando. Los cuchillos provienen todos de la misma dirección, así que nos reunimos en esa esquina de la sala, y nos pegamos los unos a los otros.

Hudson debe de haberse percatado de que no puedo transformarme en gárgola, porque se coloca justo delante

de mí. Así me protege de cualquier otra arma con la amplitud de su espalda.

Al mismo tiempo Jaxon y Eden arremeten contra las sombras, pero vuelven con las manos vacías.

—¡Si tanto sabes tú, ¿por qué no vienes aquí y nos lo explicas todo?! —grita Jaxon girando sobre sí mismo, buscando a quien sea que nos esté atacando.

—Bueno, esa es mi intención.

Y así, sin más, la tenemos delante de nosotros. Ha saltado de lo alto de uno de los ataúdes que hay al fondo del mausoleo. Todos observamos ojipláticos cómo se pasea tranquila hasta la luz.

—¿Quién eres? —pregunta Hudson moviéndose un poco hacia la izquierda para confirmar que está entre la chica y cualquiera de nosotros, justo cuando Jaxon hace lo mismo.

—Y dale con las preguntas —dice ella con burla mientras da los últimos pasos hasta la luz, y por fin puedo observarla bien.

Me quedo atónita, bueno, todos nos quedamos atónitos, porque esta chica es la última persona a la que nadie asociaría a la voz que hemos oído (y a sus habilidades para lanzar cuchillos).

Para empezar, debe de ser más joven que yo; o al menos parece más joven. Dieciséis, diecisiete como mucho. Tiene el pelo rojo rubí recogido en un moño a la altura de la nuca de su elegante y esbelto cuello. Posee unos ojos grandes y oscuros, que contrastan muchísimo con su piel de alabastro, y cuando le da la luz de lleno veo que su mirada es mucho más maliciosa que su voz.

Es alta (así a ojo diría que ronda el metro ochenta), pero está demasiado delgada, como si hubiese pasado mucho tiempo desde la última vez que ingirió algún alimento. Va vestida de negro de la cabeza a los pies, un atuendo que no hace más que acentuar la palidez de su piel y de sus largas y finas extremidades.

Una estrecha camisa negra de manga larga rodeada por un cinturón negro semejante a un arnés.

Unos pantalones de cuero negro apretados.

Unas botas negras de tacón bajo.

Hasta la fina cuerda de cuero que le envuelve la muñeca derecha (con tres vueltas) es negra.

¿Y los quinientos cuchillos que lleva sujetos al cuerpo con correas? No gritan «¡te pasas de homicida!», para nada... Es más la cantidad justa de homicidios, o al menos estoy convencida de que eso es lo que piensa ella. ¿Cómo, si no, iba a aterrorizar a un grupo de personas cuando le apetezca?

Y si bien «quinientos cuchillos» podría ser un poco exagerado, estoy segura de que con doscientos no me pasaría. Quizá hasta con doscientos cincuenta. Está claro que fue a que le hicieran el traje a medida, y la chica no dejaba de pedirle a la modista: «Más cuchillos, más cuchillos».

Aun así, intento pasar por alto el tema de los cuchillos (cosa que es más complicado de hacer que de decir), para apreciar bien a la chica que hay debajo de ellos. Porque, a pesar de las armas que porta, parece un poquito delicada. Como una bailarina que se ha caído demasiadas veces.

Pero eso no hace más que acentuar su belleza. Al menos hasta que abre la boca y vuelve a ser la hostia de escalofriante.

—Aunque, bueno, tú siempre fuiste el idealista, ¿no, Hudson? —Se burla. El hecho de que sepa quién es, o crea que lo sepa, es muy raro, teniendo en cuenta que al parecer Hudson no tiene ni puñetera idea de quién es ella. Entonces la chica continúa—: El pobre niñito perdido que nunca comprendió los tres fundamentos más básicos que hay.

Su voz me congela la sangre que me corre por las venas.

Porque solo hay un par de personas en este mundo que conozcan lo suficiente a Hudson para ver lo perdido que está bajo toda esa fachada que muestra al mundo, y esta desconocida que tenemos delante no debería ser una de ellas. A ver, sí, igual lo ha supuesto y ha dado en el clavo, pero hay algo en la forma en la que lo mira que me dice que es algo más que una mera especulación.

—Y ¿cuáles son exactamente esos tres fundamentos que tan grabados a fuego tienes en la mente? —pregunta Hudson.

Por su voz parece aburrido, como si apenas le estuviera prestando atención, pero al mirarlo a la cara veo que está atento a todos y cada uno de los movimientos de la desconocida. Y que él también se pregunta si está dando palos de ciego o si sabe algo que no debería saber.

—¿No es evidente? —Levanta una mano para poder contar con los dedos—. Uno: la codicia siempre gana. Dos: la lealtad no existe.

Hace una pausa de un segundo para que sus palabras calen en nosotros, pero Hudson solo enarca una ceja y

pregunta:

—¿Te has olvidado del tercero o es que no sabes contar hasta tres?

El tono burlón y sarcástico que emplea me sobresalta, y me da que pensar. No lo había oído en meses (desde que dejó de intentar ocultarme sus sentimientos) y hace que me fije mucho más en esta chica. No tengo ni idea de quién es, pero su presencia hace que Hudson se tense al máximo y ponga en marcha todos sus mecanismos de defensa.

Echo un vistazo rápido a Jaxon, y veo que él también se da cuenta de esto; y que él está tan desconcertado como yo. Incluso antes de que la chica conteste:

—Sé contar perfectamente, gracias. Supongo que me has confundido con tu hermanito querido.

Jaxon pasa de estar desconcertado a parecer ofendido. Bueno, normal, ¿quién no lo estaría? Pero, antes de que pueda contestarle, la chica continúa:

—El tercer fundamento es el más evidente y es lo primero que el cabrón de nuestro padre me enseñó. Cuando más llama la sangre es cuando está cayendo por el sumidero.

63

Dagas y mazmorras

La chica sonríe con brusquedad, sus colmillos relucen incluso bajo la tenue luz del mausoleo y nosotros ahogamos un grito a la vez. ¿Hudson y Jaxon tienen una hermana? Un vistazo rápido hacia ellos me revela que, desde luego, ellos no lo sabían.

Entonces, antes de que ninguno de nosotros pueda reaccionar, hace un gesto de desdén con la mano y ordena:

—Prendedlos.

Momentos después lo que parece un batallón al completo de la Guardia Vampírica inunda la habitación.

Los guardias vienen hacia nosotros y nos colocamos en forma de círculo, con las espaldas pegadas. Vuelvo a agarrar mi hilo platino y una vez más me topo con la nada.

—¿Qué está pasando? —pregunta Eden y jamás la había oído así de aterrada—. No puedo encontrar mi dragón.

—Yo tampoco puedo encontrar mi telequinesis —farfulla Jaxon, quien se agacha justo a tiempo de evitar un enorme puño que va directo hacia él.

—Deben de haber usado algún tipo de conjuro para anular nuestra magia, como hicieron en la Aethereum —explica Hudson mientras esquiva un par de manazas y después le asesta una patada en el plexo solar a uno de los guardias, que hace que trastabille hacia atrás.

Pero, cuando se da la vuelta para ver cómo estoy, acaba con un puño incrustado en la nariz. La sangre sale disparada, y la chica (quienquiera que sea) se ríe desde el umbral de la puerta.

—Diría que lo siento por el dolor que están a punto de infligiros, pero es mi parte favorita. Divertíos —les ordena a los guardias, y juro que puedo oírla reírse incluso por el pasillo.

Yo también empiezo a pelear, le doy una patada a un guardia que intenta agarrarme y un cabezazo en la barbilla a otro. Pero hay docenas de ellos y nosotros solo somos cuatro. Incluso con nuestros poderes nos superarían por mucho. Sin ellos, la batalla está perdida incluso antes de comenzar.

En cuanto nos apresan con cadenas irrompibles, nos arrastran hasta una estancia gigante con barras anchas que supongo que serán del mismo material que los grilletes. Dentro veo a alumnos del Katmere (algunos siguen llevando sus inconfundibles sudaderas moradas), y a varios profesores a los que también reconozco.

Quizá me alegraría más de verlos si no estuviera a punto de quedarme atrapada con ellos. Los guardias abren la puerta con un ruido sordo y nos empujan al interior sin molestarse en quitarnos los grilletes.

—Daos la vuelta —ordena un guardia de forma brusca cuando estamos todos encerrados en la celda. Solo entonces, cuando les damos la espalda y no existe posibilidad de que nos escapemos, nos despojan de las cadenas que nos rodean las muñecas.

Las de Eden caen las primeras y, en cuanto la liberan, se apresura al otro lado de la estancia, donde llora y ríe a la par que envuelve entre sus brazos a otra chica, una dragona un año menor que nosotros. Yo estoy casi al final, entre Jaxon y Hudson, y mientras espero mi turno, no puedo evitar pasar la mirada de un estudiante a otro. Me pregunto a quiénes nos encontraremos. Me pregunto sobre todo a quién se han llevado ya a los pozos.

Encuentro al ex de Macy, Cam, y a Amka, la bibliotecaria que tan amable ha sido conmigo. También veo a la loba que se sentaba a mi lado en clase de Arte durante la mayor parte del segundo semestre y a varios dragones que venían conmigo a clase de Física del Vuelo. Pero, sin importar lo mucho que busque, no veo al tío Finn por ninguna parte.

Espero que eso solo signifique que está al fondo (es una celda grande, pero hay mucha gente dentro y está abarrotada), no que Cyrus se haya puesto ya manos a la obra con su tortura.

—Y ahora ¿qué hacemos? —pregunta Jaxon, aunque Hudson no está prestando atención. Ya se ha dado la vuelta y escudriña los rostros de los guardias como si buscara algo... o a alguien. Pero no me centro en eso, porque ya he visto las caras que tanto ansiaba ver.

Otro grupo de guardias se ha acercado a las celdas con más personas a las que han apresado y les desencadenan

para empujarles al interior junto a nosotros de une en une: Flint, Mekhi, Dawud, Rafael, Byron, Liam y Macy.

Dawud corre a toda prisa hasta un chico que se parece muchísimo a elle: Amir. Mi prima viene corriendo hacia mí, me rodea la cintura con los brazos y grita:

—¡Habéis venido a buscarnos!

—Pues claro que sí. Somos familia. —Le devuelvo el apretón y nos limitamos a abrazarnos durante un minuto; es evidente que Macy se alegra de verme y está aliviadísima por no encontrarse en el fondo del pozo.

Al final nos separamos y, con lágrimas que le humedecen las puntas de las pestañas, Macy se disculpa:

—Siento que nos escabulléramos sin avisar.

Niego con la cabeza.

—No, lo comprendo. Yo siento no haberte escuchado.

Se enjuga las lágrimas que se han derramado por sus mejillas y sorbe por la nariz.

—Tenía que encontrar a mis padres.

—Chis —la tranquilizo y vuelvo a abrazarla con fuerza—. No pasa nada.

Alguien tose a nuestra izquierda, así que volvemos a separarnos.

—Foster está al fondo, Mace —indica Cam, y por primera vez desde que lo conozco no suena como un capullo—. Está hecho polvo, pero está bien.

—¡Papá! —grita Macy y empieza a correr hasta el fondo de la mazmorra—. Papá, ¿dónde...?

—¿Macy? —El tío Finn aparece entre una de las agrupaciones de alumnos y envuelve a Macy en un abrazo

—. Gracias a Dios que estás bien. Pensaba... —Se le quiebra la voz.

—Yo pensaba lo mismo de ti —dice ella mientras lo abraza con todas sus fuerzas.

—¿Qué hay de Grace? ¿Está...?

—Estoy aquí, tío Finn. —Yo también me acerco para darle un breve abrazo, pero en cuanto le rozo el hombro derecho da un respingo.

—¿Dónde te duele? —pregunta Macy, pero la verdad es que sería más rápido preguntar dónde no. Es evidente que peleó con uñas y dientes cuando fueron a hacerse con el Katmere, cosa que, si soy sincera, no me sorprende nada. El tío Finn siempre ha protegido con todo su empeño a sus alumnos.

Tiene la cara magullada, los ojos morados, y el lado izquierdo de la mandíbula se le ha hinchado casi el doble de lo normal. Su ropa está hecha jirones y ensangrentada, y los nudillos de ambas manos, hechos polvo. Además, ahora que se está disipando la adrenalina por haber visto a Macy, camina con una cojera bastante pronunciada.

—No me duele —asegura él y le da un beso en la coronilla —. Ahora que sé que estáis vivas, el resto no me preocupa lo más mínimo.

Admiro su espíritu combativo, pero en este momento se está yendo de lado de forma tan exagerada que cuesta creer lo que dice.

—No te preocupes, papá. Te sacaremos de aquí —anuncia Macy.

Intercambio una mirada con Hudson, quien ha acudido a mi lado. Yo también estoy a favor de salir de aquí, pero no

me va mucho eso de hacer promesas que no podemos cumplir. Y ahora mismo no tenemos poderes y estamos encerrados en una mazmorra. Escapar parece un sueño imposible, sobre todo cuando solo deseo que mis seres queridos sobrevivan.

Eso ya parece improbable de por sí. Si Cyrus de verdad ha secuestrado a esta gente porque quiere arrebatarles sus poderes, parece que su primera opción a estas alturas serían sus hijos. Después de todo, son los paranormales más poderosos que hay aquí dentro (unos de los paranormales más poderosos del mundo) y ya ha hecho lo indecible para convertirlos en lo que son. ¿Por qué no iba a intentar drenarlos los primeros? O una pregunta aún más acertada: ¿por qué no ha intentado drenarlos antes?

—¿Va todo bien? —me pregunta Hudson, sus ojos azules escudriñan los míos.

Le lanzo una mirada que quiere decir «¿Estás de coña?».

Aunque antes de que pueda pronunciar palabra, Macy habla:

—Mamá está aquí, papá. Fuimos a la Corte Bruja y me dijeron que ha estado aquí todo este tiempo. En cuanto salgamos de este lugar, tenemos que encontrarla. Tenemos...

—Macy. —El tío Finn levanta una mano para detenerla—. Ya sé dónde está tu madre.

—¿Cómo que lo sabes? ¿Cómo es eso posible?

Mi tío no contesta. Se limita a analizar el rostro de su hija con las manos temblorosas. Al final revela con tono áspero:

—Solo intentaba protegerte.

Macy se aparta.

—¿A qué te refieres? ¿Protegerme de qué? —Por primera vez desde que la conozco, su semblante rebosa sospecha y, lo que es peor, traición.

—No quería que te enteraras de esta forma —le explica, y puedo apreciar cómo las palabras la golpean como un puñetazo. Tampoco es que la culpe. En mi opinión, esas son básicamente las ocho peores palabras que existen, porque cualquier cosa que vaya a continuación va a ser siempre siempre siempre mala.

—Enterarme ¿de qué? —pregunta, y entorna los ojos y apoya las manos cerradas en puños en las caderas—. ¿Qué es lo que no me has contado, papá?

El tío Finn le da la mano y entonces pasa cojeando entre otro grupo de estudiantes. Me vuelvo para mirar a Hudson.

—Tengo que...

—Ve —me dice—. Quiero hablar con Jaxon de la hermana malvada hasta la médula que nunca supimos que teníamos. Ven a buscarnos cuando acabes.

Asiento, y después salgo detrás de Macy y el tío Finn.

Serpentean entre dos grupos más de alumnos antes de llegar a la esquina del fondo de la mazmorra. Y allí, hecha un ovillo en el suelo y envuelta en las sombras se encuentra una mujer que apenas reconozco como mi tía Rowena.

Su cabello rubio natural es del mismo color que recuerdo, el mismo color que hay debajo de todo el tinte de Macy, y la marquita de nacimiento con forma de corazón que luce en la mejilla también sigue ahí. Pero eso es todo el parecido que puedo encontrar entre mi tía alegre y animada y la pobre mujer rota que se acurruca en estos momentos bajo la chaqueta de cuadros favorita del tío Finn.

Tiene la piel cetrina, los ojos castaños hundidos y rodeados por unas ojeras marcadas. Sus prendas, que es evidente que han visto días mejores, cuelgan de su cuerpo enjuto como un sudario.

Macy grita cuando la ve y se desploma sobre sus rodillas.

—Mamá, ay, Dios, mamá.

Las lágrimas le corren por las mejillas cuando la envuelve en un abrazo.

Mi tía emite un llanto grave y lastimero mientras le acaricia el pelo. Las lágrimas también manan de sus ojos al tiempo que se esfuerza por abrazar a su hija.

—Mi pequeña, mi pequeña —repite con la voz rota y atormentada.

—¿Qué te ha pasado? —musita Macy.

Su madre no contesta, está tan destrozada que no estoy segura de que pueda formular una respuesta a una pregunta que es más que evidente que resulta muy compleja, y Macy no la presiona. En vez de eso, se queda ahí sentada y deja que su madre le acaricie las mejillas y el pelo una y otra vez.

—Qué guapa —susurra mi tía—. Qué guapa.

Al final mi tía Rowena se queda dormida y Macy se enjuga las lágrimas del rostro. Entonces, después de romper su abrazo con delicadeza y de que la mujer no se revuelva, Macy se levanta y se encara a su padre con una furia que jamás había visto en mi feliz y amable prima.

—¿Qué le has hecho? —exige saber mientras avanza hacia el tío Finn.

—Yo no he tenido nada que ver con esto, Macy. —Levanta las manos de forma suplicante—. No he podido controlar

nada de su castigo y no podía liberarla sin importar cuánto me esforzara o cuántas alternativas explorara. Y lo he intentado. Créeme que llevo una década intentándolo.

—¿Hace diez años que sabes que estaba encerrada en este lugar? —espeta Macy—. ¿Y nunca me lo has dicho?

Su voz es lo bastante alta para atraer la atención de otros alumnos, lo cual alerta a nuestros amigos. Se acercan a nosotros mientras Macy continúa tratando de sacarle respuestas al tío Finn.

—¿Qué bien te iba a hacer que te dijera que estaba aquí? —pregunta—. Tan solo te habría hecho daño.

—Porque pensar que mi madre había decidido abandonarme no iba a hacerme daño, ¿verdad? —le escupe—. Pensar que estaba ahí fuera, en alguna parte, viviendo su vida y despreciándome no iba a hacerme daño, ¿no? ¿Qué clase de padre haría algo así?

Sus palabras golpean al tío Finn como puños y puedo ver cómo da un pequeño respingo con cada frase. Me preocupa, porque es evidente que está malherido y ya está hecho polvo por haberse encontrado a su mujer en ese estado. Que Macy también se vuelva en su contra debe de ser insoportable.

Lo que hizo estuvo mal (rematadamente mal), pero en estos momentos no está en buen estado, y reprochárselo solo empeorará las cosas.

Es ese pensamiento el que me impulsa a dar un paso adelante y apoyar una mano en el hombro de mi prima.

—Macy, quizá deberíamos...

Ella se vuelve como un torbellino hacia mí.

—¡Ni Macy ni hostias! Me ha estado mintiendo durante una década. Dejó a mi madre en este agujero infernal para que Cyrus la torturara durante diez años. ¡Y ahora me pone excusas!

—Eso no es cierto —le dice él—. Tienes todo el derecho a estar enfadada conmigo...

—Pues tú no tienes ningún derecho a decirme qué derechos tengo —le suelta con furia—. Ni siquiera tienes derecho a hablarme.

Baja la mirada a su madre, que está hecha un ovillo como si estuviera intentando protegerse del dolor incluso en sueños.

—¿Cómo has podido hacerlo? —vuelve a preguntar—. ¿Cómo has podido...?

Se le quiebra la voz y Mekhi tira de ella para envolverla en un abrazo. Ella entierra el rostro en su hombro, pero se pasa las manos por la cara antes de susurrarle a su padre:

—Cuéntamelo todo.

64

Padre no sabe más

—No hay mucho más que contar —dice mi tío.

Macy mira a su madre, quien duerme entre escalofríos, y contesta:

—Yo creo que sí hay más.

—Ella no quería que lo supieras —explica mi tío con un suspiro—. Ni ella ni yo. Queríamos mantenerte alejada del peligro.

—¿Que no supiera qué, exactamente? —pregunta mi prima con sarcasmo mientras se aleja de Mekhi para enfrentarse al tío Finn justo cuando Hudson se une a nosotros—. ¿Que lleva diez años encerrada en una jaula por orden de Cyrus? ¿Que ese hombre lleva una década torturándola?

—Por mucho que me encantaría que toda la responsabilidad del estado de tu madre recayera en Cyrus, la verdad es que el asunto es mucho más complejo.

—¿Qué tiene de complejo? Ese hombre es un monstruo que se ha pasado la vida perfeccionando el arte de herir a la gente. —Señala a su madre, y continúa—: Mírala.

—Ya, pero no es él quien ha estado torturando a tu madre. —La mirada del tío Finn y la mía se encuentran—. Ha sido la Anciana.

—¿La Anciana? —Las palabras se me escapan de entre los labios antes siquiera de haberme planteado pronunciarlas. Noto que un calor se adueña de mi cuerpo, seguido por un sentimiento de culpa que amenaza con robarme el aliento.

Yo, fui yo quien nos llevó a esa casa. Fui yo quien quiso ir a ver a la Anciana. Yo llevé a Macy allí, al hogar de la mujer que..., todo este tiempo... Será cabrona. Será cabrona muy asquerosa. Estuvimos allí. Macy estuvo allí, en su casa, y no nos dijo ni una sola palabra, joder.

Hudson posa una mano en la parte baja de mi espalda en un gesto de apoyo, como si supiese que me estoy fustigando por lo que he hecho. No dice nada, pero sé que con ese gesto está intentando decirme que no es culpa mía. Que no podría haberlo sabido.

Pero eso no es verdad. Quizá no podría haber sabido lo que la Anciana le estaba haciendo a la madre de Macy, pero Hudson me advirtió que no debíamos ir a verla. No lo escuché, y ahora... Ahora le debo un favor a la mujer que se ha pasado los últimos diez años torturando a mi tía. Diría que ahora mismo las cosas no podrían ir a peor, si bien en este mundo todo puede suceder.

—Pero ¿por qué? —pregunta Macy—. ¿Por qué la Anciana querría hacerle daño a mamá? Se ha pasado la vida ayudando a las personas. Nunca le ha hecho daño a nadie, así que ¿por qué esa mujer...?

—La Anciana le hizo un favor —responde el tío Finn—. Y, a cambio, tu madre debía hacerle un favor a ella.

—¿Y...? —añade Macy.

—Y no lo cumplió.

—¿Y eso le da a la Anciana el derecho de torturarla durante el resto de su vida? —señala Macy—. No digas chorradas. Grace también le debe un favor a la Anciana. ¿Significa eso que, si algo sale mal, esa mujer va a pasarse la eternidad torturando a Grace? Por supuesto que n... —Se calla, y abre los ojos como platos al tiempo que se vuelve para mirarme.

Pero no importa, porque seguro que yo también tengo los ojos como platos. Y Hudson, que está a mi lado, casi se ha convertido en piedra.

—En ningún momento se mencionó la tortura eterna como el precio que tenía que pagarse por no hacerle el favor que se le debe —dice Flint sin dirigirse a nadie en particular—. Estoy seguro de que, de ser así, nos acordaríamos.

—¿Grace le debe un favor a la Anciana? —pregunta el tío Finn, y parece aterrorizado.

—Bueno, ahora no nos preocupemos por eso —contesto, porque mi flipado cerebro tiene un límite antes de sufrir un ataque de pánico de la hostia. Y ahora mismo estoy rozando el límite—. ¿Qué favor le debe la tía Rowena a la Anciana? Y, si lo llevamos a cabo, ¿podemos liberarla de esta mazmorra?

—A ver, seamos realistas —interviene Eden—, no es que ahora mismo estemos en posición de poder liberar a nadie de una mazmorra, o de cualquier otro lugar.

Mi tío la ignora y, en cambio, contesta mi pregunta.

—Cyrus no la tiene aquí encerrada por no haberle hecho el favor a la Anciana. La tiene aquí acusada de espiar a la Corte Vampírica. Por lo general ese crimen se paga con la muerte. Pero es la prima de la reina bruja, y matarla sería una pésima decisión política.

—Y ¿por qué no ha hecho algo la reina? —pregunta Macy —. Si Cyrus no mató a mamá porque temía las represalias de la Corte Bruja, ¿por qué Imogen no se aprovechó de ese miedo para conseguir que indultaran a mamá?

—Sí que hizo algo —explica el tío Finn—. Consiguió que le conmutaran la pena de muerte por cadena perpetua.

Macy se ríe con aspereza, y me duele mucho oírla así.

—¿Y piensa que eso es justo?

El tío Finn mira a Macy y después a mí.

—Las cosas son mucho más complejas de lo que crees, cielo.

Trago saliva y desvío la mirada hacia el cuerpo dormido de la tía Rowena. O lo que queda de mi tía. La persona que está acurrucada en el suelo, sin fuerzas siquiera para despertarse a pesar de los gritos de la gente que tiene a su lado, y con los huesos bien marcados bajo la manta en unos ángulos imposibles, no es más que el armazón de la mujer que yo conocía. Un fantasma que se olvidó de morir por el camino.

Casi me ceden las rodillas al sentir una presión tan fuerte en el pecho que solo puedo dar pequeñas bocanadas de aire. Hudson me rodea la cintura con el brazo como si fuese una serpiente, haciéndome de apoyo, pero apenas lo noto. Estoy utilizando cada gota de energía que me queda para no ceder ante las ganas de vomitar la bilis que me sube por

la garganta mientras la vocecita de mi cabeza no deja de repetir que yo también le debo un favor a la Anciana.

Pero Macy no se da cuenta. Está demasiado ocupada gritándole al tío Finn.

—¡Tendrías que habérmelo contado, no soy una cría! —Entonces lo mira directamente a los ojos y dice—: Has tenido diez años para salvar a mi madre. Ahora me toca a mí, y yo no pienso fallar.

El tío Finn parece afectado, pero no se defiende. De hecho, no dice nada de nada. Ni él ni nadie, hasta que un aplauso irónico resuena por la mazmorra. Y, tras él, una voz que nos resulta demasiado familiar.

—Y yo que pensaba que iba a necesitar un chute de insulina para poder digerir esta adorable reunión familiar. Pero al final va y resulta que me habría venido mejor una mordaza.

65

Tú dices patata, yo digo ladrón asesino

La multitud que nos rodea se ríe con nerviosismo y me doy la vuelta esperando lo peor. Por supuesto, la pelirroja de antes está justo detrás de nosotros, apoyada contra una de las pesadas columnas de piedra de la mazmorra que hay al otro lado de las barras mientras se limpia las uñas con la punta de una navaja de color negro metálico. Porque, por lo visto, una lima no es lo suficiente guay para ella.

—¿Quién cojones es esa? —pregunta Flint con el ceño fruncido.

—Un problemón —contesta Eden, y sin duda no se equivoca. La actitud de «que os jodan» de la otra chica lo dice a gritos.

Estoy lista para ponerle un nombre o tres si nadie más se atreve. Para empezar, Belcebú. ¿O quizá sería mejor optar directamente por Lucifer? Tiene pinta de Lucifer, la verdad.

—Se llama Isadora Vega —anuncia el tío Finn.

—No, ni de coña —murmura Mekhi—. Dime que no es otra hija de los Vega.

Hudson le lanza una mirada calmada.

—Me ofenderías si no estuviera del todo de acuerdo contigo.

—Espera, ¿significa eso que ella también tiene un poder adicional? —pregunta Eden, y he de admitir que llevo preguntándome lo mismo desde que ha anunciado como si nada que era la hermana de mi compañero.

—No lo sé —responde Isadora con una sonrisa malévola y coloreada de carmesí—. ¿Por qué no te acercas un poco a ver si lo averiguas?

—Preferiría saltar a un tanque lleno de pirañas carnívoras —susurra entre dientes Flint.

Ella se ríe y después vuelve a emitir ese chasquido con la lengua.

—Como si fuera a compartir comida con las pirañas. Los dragones son mi merienda favorita. Creo que es por las alas.

—¿Qué quieres, Isadora? —Mi tío suena más firme (y también exhausto) de lo que lo he oído nunca.

—Lo mismo de siempre, Finn. Pero como lo de dominar el mundo lleva unos meses de retraso, creo que tendré que conformarme contigo.

Hace señas con el dedo para que se acerque.

—No es tu hermana de verdad, ¿no? —le siseo a Hudson —. En fin, si Cyrus tuviera otra hija, lo sabrías, ¿no es así?

—Eso creo —contesta, pero hay algo en sus ojos que me dice que podría serlo.

Y lo pillo. A ver, no sé si él también se ha dado cuenta, pero hay algo en esa agudeza cortante como una cuchilla que me resulta muy familiar, sobre todo si lo combinamos

con esa forma negligente de apoyarse en la columna. Y eso sin mencionar todo ese rollo a lo «hago lo que quiero porque me da la gana» que es Jaxon en toda su esencia.

—No voy a irme contigo a ninguna parte —espeta el tío Finn sin emoción alguna.

—¿Significa eso que te vas a resistir? —Abre los ojos como platos y da palmaditas—. ¿Porfi?

—No juegues con la comida, hija. —La voz de Cyrus reverbera por la mazmorra—. Es un hábito de lo más desagradable.

Isadora no le contesta. En su lugar, lanza la navaja por los aires, a una altura increíble. Esta da vueltas durante lo que parece una eternidad, pero seguramente no sean más que unos segundos; después la caza al vuelo y la cierra antes de pestañear siquiera.

Entonces Cyrus ya está detrás de ella, y no parece impresionado cuando nos escudriña a mí y a mi grupo. Aunque, bueno, el sentimiento es mutuo.

Puede que vaya de punta en blanco, ataviado con el traje gris a cuadros más flipante de Tom Ford que existe en el mercado y con una corbata de color lavanda, con cada diente de esa sonrisa socialmente aceptable de un blanco cegador y con cada cabello de su hermosa cabeza peinado a la perfección; pero para mí sigue pareciendo el monstruo que es en realidad. Se aprecia en sus ojos cobalto, en su postura, en la expresión burlona y retorcida que se le escapa en el instante en que cree que nadie lo ve.

Le hace una señal a un guardia que se encuentra a unos tres metros de nosotros para que abra la puerta de la celda y los alumnos se arremolinan en ese lado de la mazmorra.

—Venid conmigo —ordena a nuestro grupo, después se da la vuelta y se marcha como si esperara que lo siguiéramos sin cuestionarnos nada. Lo cual no va a pasar ni de coña.

—¿Y si no lo hacemos? —pregunta Jaxon con los ojos entrecerrados y las manos abiertas a los lados, como si se preparara para una pelea.

Cyrus se detiene a varios metros de distancia con un suspiro largo y lastimero. Y cuando mira por encima del hombro, la expresión de su rostro dice: «¿De verdad quieres desafiarme?».

Ya que la respuesta a esa pregunta es algo así como «Pues claro, siempre queremos desafiarte», nadie mueve ni un músculo.

Cyrus vuelve a suspirar, y esta vez es incluso más teatral. Entonces, rápido como la víbora que es, extiende la mano y agarra a la persona que tiene más cerca, una alumna de primer año con un corte *pixie* de color rosa eléctrico como el que solía lucir Macy.

Antes de que asimile lo que va a hacer, coloca a la chica frente a él de un tirón y después ataca, atraviesa con los colmillos la piel de la base del cuello y los hunde en su arteria carótida.

—¡Para! —grita Hudson y se lanza hacia su padre, pero dos guardias se interponen y lo bloquean.

De todas formas ya es demasiado tarde y todos lo sabemos. Está muerta antes de que Hudson pueda llegar hasta ella, muerta antes incluso de tocar el suelo. Es una de las cosas más horripilantes de las que he sido testigo y me tiemblan hasta los huesos.

—Que alguien limpie este desastre —les ordena Cyrus a los guardias con un gesto indiferente hacia la muchacha que yace desplomada en el suelo. Saca un pañuelo de seda roja del bolsillo del traje y se limpia con unos toquecitos las gotas de sangre que tiene en las comisuras de los labios.

Aparto la vista, se me revuelve el estómago, y mi mirada acaba encontrándose con la de Isadora. No sé qué espero ver en sus ojos (avaricia, regocijo e incluso hambre), pero en su lugar encuentro un vacío deliberado, como alguien a quien le han forzado a presenciar algo así un millón de veces y a saber si tendrá que verlo un millón más. Si eso supone un problema para ella o no, no consigo diferenciarlo.

Cyrus da un paso al lado con delicadeza para apartarse de la sangre que encharca el suelo de la mazmorra cuando dos guardias vienen a llevarse a la chica.

—Sigo hambriento, así que estoy más que dispuesto a hacerlo unas cuantas veces más —le indica a Hudson, quien lo mira con los ojos entrecerrados—. O tú y tus amigos podéis acompañarme.

—¿Vamos a acabar siendo un aperitivo? —comenta Flint con sarcasmo.

Pero Cyrus enarca una ceja.

—¿Acaso prefieres ser el plato principal?

Parece que Flint quiere añadir algo, pero al final debe de pensárselo mejor, porque se limita a encogerse de hombros. Y se pone en la fila con el resto cuando seguimos a Cyrus al frente de la mazmorra y al piso de arriba, donde me temo que se lleva a cabo la verdadera tortura.

66

Esto sí es apostarlo todo al rollo medieval

No he llegado a hacerme una idea de adónde nos estaban llevando los guardias, pero no me siento nada decepcionada al entrar en la torre. Porque, sí, se parece muchísimo a todas y cada una de las torres de tortura que he visto en las pelis o en las series; es decir, no hay nada preocupante en absoluto.

Ni siquiera los grilletes para brazos y piernas que hay incrustados cada metro y medio en la pared combada. Ni las enormes estanterías industriales llenas de objetos que solo se pueden describir como «instrumentos de tortura». Siento especial repulsión por uno que se parece a una trampa para osos descomunal con unos monstruosos dientes de metal en forma de triángulos que garantizan la amputación de un brazo, una pierna o cualquier extremidad o parte del cuerpo que acabe atrapado entre ellos.

Pues eso, nada preocupante; al menos, nada preocupante si te estás preparando para ser un psicópata. Aunque, bueno, en el diccionario debería aparecer una foto de Cyrus

junto a la definición de esa palabra, así que no es que la sorpresa sea mayúscula, la verdad.

Y, a juzgar por la mirada que veo en el rostro del resto del grupo, tampoco les sorprende. Veo preocupación, nervios y, en el caso de Macy, un miedo que te cagas. Eso sí. Pero sorpresa no.

Yo estoy intentando no exteriorizar nada, pero también estoy flipando en colores. No solo por la trampa gigante y el resto de los instrumentos de tortura que hay en la sala, sino también porque siento cierto malestar en el estómago ahora mismo que me dice que ya está, se acabó. No hay forma posible de que Cyrus vaya a dejarnos marchar sin quitarnos nuestros poderes. No cuando por fin nos tiene a su merced, pensando en si tendrá clemencia o no.

Aunque no es que Cyrus esté familiarizado con la palabra *clemencia*. No, se va a recrear con cada segundo de lo que nos haga aquí dentro; cuanto más nos duela, mejor. No es la primera vez que lo pienso desde que hemos llegado a esta puñetera Corte, pero no puedo evitar preguntarme qué será mejor: ¿acaso la muerte, o acabar en uno de esos putos pozos?

Que tenga más que claro que la respuesta es la muerte no hace más que ponerme más nerviosa.

Me planteo mostrar resistencia, y al ver las miradas de mis amigues, elles también. Aunque, sin poderes, no es que podamos hacer mucho; no cuando Cyrus nos considera una amenaza tan grande que nos ha puesto cuatro guardias por persona.

De todos modos Jaxon le pone la zancadilla al guardia que le está colocando un grillete en el brazo izquierdo y este

trastabilla. Jaxon acaba ganándose una hostia en la cara con la porra por su acto, y no puedo reprimir un grito ante el sonido que produce su nariz al romperse contra la madera.

Hudson se pone tenso a mi lado, pero cuando lo miro parece aburrido; como si para él acabar encerrado en una sala de tortura fuese el pan de cada día. Aun así, observa todo con atención, y sus ojos, poco a poco, analizan hasta el último centímetro de la habitación. «¿Estará buscando una vía de escape? —me pregunto—. ¿O estará intentando averiguar cómo hacerse con un arma?»

Ahora delante de las armas hay más guardias en fila, hombro con hombro, así que eso parece imposible. Aunque, bueno, ya hemos estado en situaciones imposibles antes y hemos sobrevivido.

Me aferro a ese pensamiento cuando dos guardias me cogen y me lanzan contra una pared, mientras otro me pone los grilletes alrededor de las muñecas y, después, de los tobillos.

No puedo evitar volver la mirada hacia Hudson cuando me cierran las esposas, bien apretadas. Al mirarlo pienso en todo el tiempo que hemos perdido y en el futuro que deberíamos tener para poder recuperarlo. Y joder, encadenada o no, no voy a caer sin luchar. Le debo a Hudson, y al resto, luchar con todas mis fuerzas. Ahora no sé cómo sería esa lucha, pero voy a tener que averiguarlo bien rápido. O si no...

—¿Sabes, Grace?... —dice Cyrus cuando atraviesa a zancadas la puerta de su inmaculada habitación. Hasta en este lugar tan horrendo el rey vampiro luce como si se hubiese preparado para una cena elegante, y no para

torturar a once chavales. Aunque, claro, quizá él no vea la diferencia entre un plan y otro—. Debo reconocértelo —continúa, y se detiene a pocos centímetros de mi cara—. Te has desvivido para ponerme las cosas fáciles. Si no tuviese una agenda tan apretada, me consternaría un poco no tener la oportunidad de usar mis habilidades.

Usa un tono divertido y zalamero, pero también noto un dejo conciliador que hace que me ponga tensa. Porque, si hay algo que odio más que un hombre que recalque mis errores, es que ese hombre se recree haciéndolo como un ególatra. El hecho de que puede que tenga razón (y que ya me sienta superculpable por no mantener alejades a mis amigues de todo este lío) hace que me siente todavía peor.

Y eso antes de que él siga hablando:

—Estaba dispuesto a perder legiones enteras para capturarte tras el Ludares, cuando te mordí y me di cuenta de que eras la descendiente perdida de Cassia. —Niega con la cabeza, y sigue—: Pero es que te presentaste voluntaria para ir a la cárcel con el inútil de mi hijo, y me pusiste las cosas facilísimas.

Sus palabras convierten la ira y la ansiedad de mi interior en una rabia que se cuece a fuego lento, pero no respondo. Me está chinchando, intenta picarme, irritarme, y me niego a darle esa satisfacción.

Al ver que no contesto, monta el numerito de quitarse la chaqueta y dejarla sobre una de las pocas sillas que hay en la sala. Después se desabrocha los gemelos (de amatista y plata) y se los mete en el bolsillo de sus pantalones a medida para, a continuación, remangarse la camisa.

—He de admitir que jamás se me ocurrió que, cuando Adria te estafara con las flores, de verdad podrías abrirte paso por la Aethereum y lograr salir de allí. Menudo logro, en serio; y supuse que aprovecharías la segunda oportunidad que te daba la vida y huirías a toda velocidad, pero en cambio has venido a mí, ¿verdad? Y me has brindado la oportunidad no solo de atraparte a ti, sino también a tu grupito.

Niega con la cabeza como si estuviese perplejo, pero no soy tan inocente para tragármelo. Es un discurso escrito a la perfección, pronunciado a la perfección, con el objetivo de socavar mi confianza en mí misma. Aunque, claro, que sepa lo que está haciendo no implica que no funcione. Sobre todo cuando me resulta tan complicado rebatir su lógica.

He entrado en su juego muchas veces, es verdad. Y he hecho caso omiso a todas las señales de advertencia, sí, y he puesto a mis amigues en peligro una y otra vez, hasta cuando no era mi intención, o cuando solo quería salvarles. No es la primera vez que pienso en el favor que le debo a la Anciana; cuesta no hacerlo cuando Cyrus la llama Adria, como si fuesen mejores amigos o algo así, y él lo supiese todo de nuestra visita.

¿Acaso ese comentario significa que ha estado trabajando con ella desde el principio? Solo de pensarlo me entran ganas de darme una hostia en toda la cara; sobre todo cuando pienso en que la Anciana puede exigirme cobrarme su favor cuando quiera. O, me pregunto con creciente terror, ¿cuando Cyrus quiera? ¿Puede ser que, sin querer, me haya atado al rey vampiro cuando mi intención era justo la contraria?

Cyrus hace una pausa en su discurso solo para llamar la atención; o, mejor dicho, para ver si voy a explotar y a ponerme a gritar a pleno pulmón. Pero ni de coña voy a venirme abajo y darle esa satisfacción. No cuando ya me ha quitado tantísimas cosas.

En cambio, mantengo la cabeza gacha y la mandíbula bien cerrada mientras sus palabras me empapan como si fuese ácido. «No lo mires —me repito una y otra vez—. No lo mires. No mires. No, no, no.»

Tras un par de segundos que se me hacen eternos, Cyrus exhala un profundo suspiro.

—Y ahora tenemos el último apuro en el que te has metido a ti y al resto. Estaba convencido de que iba a tener que enviar varias partidas de búsqueda y traerte a rastras y entre gritos a la Corte. Pero aquí estás. Y, al llegar, ni te has molestado en intentar negociar un pacto. No, tú no, Grace. Tú te has metido en mi mazmorra como si no pudieras resistirte. —Chasquea la lengua y niega con la cabeza—. Llevo mil años planeando lo que haría cuando por fin encontrara a uno de los descendientes de Cassia. He reunido a legiones enteras de soldados solo para capturarte, para conseguir lo que durante tantos años se me ha negado. —Suelta otra risilla condescendiente, y vuelve a negar con la cabeza—. Pero ni en un millón de años se me habría ocurrido que una descendiente de Cassia sería tan tonta, tan sumamente descerebrada, como para servirme todo lo que siempre he querido en bandeja de plata. Así que muchas gracias, en serio. Me has dado más de lo que podría haber pedido.

Y a pesar de que sé lo que Cyrus está haciendo, de que sé que está intentando socavar la poca confianza que me queda en mí misma, aun así me siento la mayor fracasada del mundo. Porque tiene razón. No ha dicho ni una sola mentira. Todo ha ocurrido tal y como lo ha contado.

Desde el primer día que puse un pie en este mundo, me he sentido como una pieza de ajedrez en la partida de alguien. Y, aun así, nunca he elaborado una estrategia, nunca he intentado volver las tornas a mi favor. Al revés, solo he pensado en cuál sería el siguiente paso que debía dar, incluso cuando era con la mejor de las intenciones; y ahora estoy aquí, en esta cámara de tortura. Y mis amigues también.

Con mis errores, con mi falta de previsión, no solo me he entregado a mí, sino también a mis seres queridos. ¿Cómo podré compensárselo? Y ¿cómo podremos recuperarnos de los errores que he cometido?

Cyrus se acerca a las estanterías llenas de objetos aterradores. Se queda allí de pie un momento, como si se estuviese planteando qué arma abominable quiere usar con nosotres. Al final coge dos varas largas de metal con unas puntas extremadamente afiladas y se me cae el alma a los pies.

No sé para qué sirven, pero todo mi ser me advierte de que no auguran nada bueno. Que se acabó. Me he precipitado en cada oportunidad que tenía, y ahora el mundo va a sufrir por mi culpa.

Ojalá supiese cómo evitarlo.

67

Las mentiras arden en el pecho

Cyrus se da la vuelta para mirarnos a la cara asiendo con fuerza las varas de metal. Al hacerlo, su mirada se encuentra con la de Hudson y, por un segundo, atisbo deleite en ella. Auténtico regocijo ante la idea de, por fin (¡por fin!), ser capaz de devolverle a su hijo lo que le hizo en el campo del Ludares.

Incluso levanta una ceja cuando se encamina directamente hacia mi compañero, como si lo retara a rogar por su vida. Hudson jamás haría algo parecido, pero yo sí. Si no estuviera encadenada con grilletes, me interpondría en su camino y haría que Cyrus me matara en vez de a él, en una tentativa de concederle a Hudson unos momentos inestimables para descubrir cómo pararle los pies.

Pero estoy encadenada, y no puedo hacer nada más que mirar cómo Cyrus se detiene justo delante de él.

«Por favor —le suplico al universo—. Por favor, no permitas que le haga daño a Hudson. No permitas que le haga daño a nadie. No se merecen que los despojen de sus

poderes, no se merecen morir por los errores que yo he cometido. Por favor, por favor, por favor.»

—¿Por quién debería empezar? —pregunta Cyrus, y su mirada sigue fija en la de Hudson.

—Por mí —contesto intentando mantener la voz estable a pesar del terror que está creciendo como una ola en mi interior. «Por favor, por favor, por favor, haz que los deje en paz»—. Acabas de soltarnos todo ese maravilloso discurso acerca de lo dispuesto que estabas a esforzarte al máximo para cazarme. Si tan especial soy, ¿por qué no empiezas conmigo?

—¿Cómo es ese dicho que tanto os gusta a los humanos? Quizá me esté «guardando lo mejor para el final».

—Ambos sabemos que no soy lo mejor —le espeto—. Solo soy la persona que has decidido que te resulta más útil.

—Mira que eres lista. —Su sonrisa fría muestra más que un atisbo de colmillos.

—Lo intento —respondo decidida a hacer que siga hablando tanto como me sea posible. Mi grupo (y mi compañero) son extremadamente inteligentes, gente de recursos, lo que significa que, cuanto más tiempo haga que Cyrus centre la atención en mí, más tiempo les concedo para pensar en una forma de salir de esta—. Por cierto, ¿a qué se debe?

»¿Qué es lo que tengo yo que hace que me necesites con semejante desesperación? —Ladea la cabeza como si estuviera dándole vueltas a la pregunta o, por hablar con más precisión, pensando si quiere contestarla o no. Como no puedo permitirme que pierda interés en nuestra disputa, le escupo lo primero que se me ocurre—. Si es por la

Corona, tenerla no te hará ningún bien. Necesitas al Ejército Gargólico para activarla y sabes muy bien que ha desaparecido.

—No me digas... —Hace girar las varas de metal en la mano, como si de verdad estuviera pensando en lo que le he dicho. Pero el brillo calculador de sus ojos me dice lo contrario cuando continúa hablando—: Que hayan «desaparecido» no significa que estén «muertos», ¿o me equivoco, Grace?

Se me hiela la sangre cuando repite casi palabra por palabra lo que me dijo la Sangradora. ¿Cómo puede citarla de esa forma, con palabras exactas? A no ser que... alguien le haya informado de nuestra visita.

Pero ¿quién?

«Por favor, no. No puede ser. Es imposible.»

Pero una mirada rápida a Hudson me revela que está pensando justo lo mismo que yo, lo cual hace que me sienta peor, aunque creyera que eso no sería posible. Aun así, hago una lista mental rápida de todo aquel que estuvo en la cueva con nosotros cuando la Sangradora habló sobre el Ejército.

Hudson, Jaxon, Eden, Macy, Flint, Mekhi y yo. Me niego a creer que fuera ninguno de ellos: les confiaría mi vida (y lo he hecho), y jamás me han decepcionado. Incluso ahora, cuando estamos divididos, no me creo que ninguno de ellos pudiera venderme. Ni mi compañero, ni mi excompañero, ni mi prima, ni ninguno de mis tres mejores amigos. Ninguno haría algo así.

Conque ¿quién más puede ser? Las únicas personas a las que les he comentado la conversación han sido Dawud,

Liam, Rafael y Byron. Pero eso tampoco tiene ningún sentido. Dawud está desesperade por salvar a su hermano sin importar lo que tenga que hacer. Liam, Rafael y Byron son leales a Jaxon y siempre lo han sido. Es imposible que nos hayan traicionado.

¿O me equivoco?

La mera idea hace que me entren ganas de vomitar. Hemos pasado por tanto..., cosas buenas y malas, ¿cómo iban a hacer algo así?

No es posible, me digo a mí misma. Solo se trata de Cyrus intentando confundirnos. Intentando dividirnos porque somos demasiado fuertes cuando trabajamos en equipo.

No voy a tragarme sus trucos. Esta vez no.

Aun así, incluso cuando le lanzo una mirada asesina, una diminuta duda me carcome en alguna parte de mi mente, una que antes no estaba allí. La idea de una traición que nunca antes me había imaginado.

Intento ocultarlo, intento mantener los ojos y el rostro tan inexpresivos como lo hace Hudson en momentos así. Pero no debo de tener lo que hace falta, pues el deleite regresa al rostro de Cyrus, como si supiera que me tiene contra las cuerdas y no pudiera estar más contento.

—Casi puedo ver los engranajes de tu cabeza echando humo desde aquí, Grace. —Me sonríe con suficiencia—. Ya lo vas entendiendo. Me alegro, significa que por fin estás aprendiendo.

Se aleja de Hudson (y de mí) y comienza a seguir la curva de la pared hasta que se detiene justo delante de Liam. El hielo me atraviesa las venas a la vez que se me revuelve el estómago.

—Y una mierda —murmura Jaxon desde su sitio, al lado de Hudson—. Menuda gilipollez.

—Todavía no he dicho nada —manifiesta su padre—. Pero, bueno, tampoco es que haga falta, ¿no? Ya has descubierto que aquí Liam ha estado más que dispuesto a mantenerme al día de vuestros movimientos.

—¡Eso no es cierto! —grita Liam—. Yo nunca...

Cyrus lo interrumpe a mitad de la oración, pues le clava las varas de metal en lo más profundo del pecho.

Macy grita.

Jaxon hace resonar los grilletes cuando intenta liberarse.

Y el resto contemplamos sin palabras la forma en la que Liam se detiene a medio replicar.

Al principio pienso que está muerto, pero atisbo lágrimas manando de los lagrimales de sus ojos. Y después de un interminable momento de silencio, escucho cómo la muerte le borbotea en el pecho cuando intenta llenar de aire los pulmones perforados a pesar de las varas que le paralizan el cuerpo.

—¿Qué está pasando? —le susurro a Hudson, pero no contesta. Se limita a contemplar el desarrollo de la escena con el rostro inexpresivo y los ojos entrecerrados.

Y así, sin más, el pánico rompe como una ola en mi interior, me aprieta el pecho y me tumba.

Estoy decidida a no darme por vencida (no aquí, y desde luego no en este momento), así que aparto la mirada del rostro grisáceo de Liam y su cuerpo tembloroso. Aun ahora me niego a creer que nos haya estado traicionando todo este tiempo, aunque una vocecilla en mi mente me susurra que eso explicaría por qué sabía Cyrus con toda certeza

cuándo íbamos a ir a la isla a liberar a la Bestia. Y, madre mía, si lo que ha dicho acerca de trabajar con la Anciana es cierto..., entonces sabía que íbamos a ir a verla desde el principio.

Justo cuando empieza a tomar forma ese pensamiento, otro incluso más aterrador hace que contenga el miedo que me golpea el pecho. Si Liam le contó a Cyrus que íbamos a ver a la Anciana para pedirle una forma de escapar de la Aethereum, entonces ¿acaso planeó desde el principio obligarla a que yo le debiera un favor? ¿Qué quiere de mí, en realidad, si no es la piedra divina? ¿Me he arriesgado a una vida de dolor y sufrimiento para ponerle la mano de cartas ganadora en bandeja?

La imagen del cuerpo demacrado y torturado con magia de mi tía me viene a la mente, pero la entierro. Entierro el miedo y las dudas e incluso el sentimiento de devastación que me causa la traición de Liam. Esto es justo lo que quiere Cyrus. Asustarnos y que actuemos por miedo, lo cual nos conducirá derechitos a cualquier plan que haya tramado.

Recorro la estancia con la mirada, busco cualquier cosa en la que centrarme que no sean mi grupo con grilletes y el cuerpo del pobre Liam. Cualquier cosa excepto las herramientas de tortura y ese cabrón vil y presumido que hay en el medio de la sala.

Es entonces cuando me fijo en Isadora por primera vez. Está apoyada en una pared mientras se limpia las uñas con la navaja como si lo que está teniendo lugar fuera lo más normal del mundo.

No levanta la vista ni una sola vez, ni siquiera cuando Jaxon ruge:

—¡Te mataré con mis propias manos, hijo de puta!

Por primera vez desde que ha entrado en la sala, Cyrus parece sorprendido.

—¿Por qué?

—¡¿Cómo que por qué?! —vocifera Byron—. Acabas de ensartar a nuestro amigo.

—Era un cobarde —contesta Cyrus, quien todavía parece desconcertado—. Y lo que es peor, era un traidor. Vendió a sus amigos por un asiento a la mesa. No es nadie por cuya muerte debáis llorar... y nadie a quien permitiría sentarse a mi mesa una vez que dejara de serme útil. No conocía la lealtad, y la lealtad lo es todo. —Mira a Hudson con astucia —. ¿No crees, hijo?

Hudson no contesta. De hecho, al igual que Isadora, quien ahora está pasando los dedos con delicadeza por el filo de la navaja, ni siquiera se digna a mirar a su padre.

Al menos no hasta que Cyrus se dirige a su hija y pregunta:

—Isadora, ¿te importa?

Parece que tensa los hombros durante un segundo, pero la verdad es que ocurre tan rápido que no sé si me lo he imaginado. Solo le lleva un instante limpiar la navaja en la pernera de su pantalón para volverla a cerrar antes de encaminarse hacia su padre.

—Pues claro, papi —dice como lo haría una niña pequeña, toda dulce y zalamera, cosa que me da bastante grima.

Aunque, bueno, todo cuanto tenga que ver con estos dos me la da. Y eso es antes de que Isadora agarre las dos varas de metal que salen del pecho de Liam como un diapasón.

Cuando cierra las manos alrededor de ellas, respira hondo y aprieta hasta juntarlas.

Liam suelta un grito silencioso cuando las varas comienzan a brillar de un color rojo incandescente. Isadora echa la cabeza hacia atrás y todo su cuerpo se tensa en el momento en que las manos también empiezan a tintarse del mismo color. Están brillando, las venas se iluminan desde el interior, refulgen cada vez con más intensidad hasta que me pregunto si va a prender en llamas como si fuera un ave fénix.

Pero entonces cambia de posición para poder abarcar ambas varas de metal (las cuales ha juntado) con una sola mano. Con la otra, busca a Cyrus, la palma brillante hacia arriba.

Él no duda en agarrarla y así, sin más, comprendo lo que está haciendo. Y sé lo que va a ocurrir después.

Aunque todo mi interior me grita que aparte la mirada, no puedo. Es demasiado terrorífico.

Porque Isadora es el arma secreta de Cyrus para robar la magia y, ahora mismo, está chupando hasta la última gota de la de Liam.

68

Hay cosas que no puedes conseguir por internet

Liam es consciente de lo que está pasando; puedo verlo en sus ojos, en su rostro, y en el grito silencioso que no puede soltar.

No emite ningún sonido, pero no hace falta. Las lágrimas le caen descontroladas por las mejillas, y puedo percibir en sus ojos el gran temor que siente, y esto me paraliza. Nos paraliza a todes, si el silencio y la inacción de mis amigues así lo indica.

Puedo ver cómo el poder deja su cuerpo, poco a poco. Pero no es que vea cómo la magia fluye de su interior gota a gota, es que puedo notar lo que su ausencia está dejando detrás.

Es como si Isadora se estuviese llevando su alma al tiempo que se hace con su poder, y es lo más horripilante a lo que he asistido en mi vida.

—Es una arrebataalmas —susurra Mekhi impactado, y sé que tiene razón al instante. Liam encoge ante nuestros ojos y, con cada segundo que pasa, se le atrofian más los

músculos y la carne. Pero no solo está perdiendo masa muscular. Él también está desapareciendo. Su piel adquiere una tonalidad enfermiza de amarillo, y se le hunden los ojos en el cráneo, como si no fuera más que piel y huesos.

Liam se encorva hacia delante, y está tan débil que ni siquiera los grilletes lo mantienen erguido. Isadora se mueve, empieza a alejarse, pero Cyrus la detiene con un gruñido.

—Acaba con él —le ordena.

—Encantada —contesta ella, pero no suena ni tan entusiasmada (ni tan pelota) como antes.

Segundos después Liam deja de llorar, y se le cierran los ojos con un suspiro entrecortado que me hiela la sangre. Está muerto. Madre mía, está muerto, e Isadora lo ha matado sin siquiera pensárselo dos veces.

Ruego que esté equivocada, ruego que se haya desmayado por el dolor. Pero Isadora suelta la mano de su padre y arranca las varas de metal del pecho de Liam, y entonces sé que no me equivoco. La Orden acaba de perder a otro miembro.

Macy está llorando también, débil y triste, como si el mundo se acabara. Y la entiendo. La entiendo, de verdad, porque no sabemos a por quién irán ahora Cyrus y la zorra implacable de su hija.

Observo horrorizada cómo las muñecas consumidas de Liam se escurren de los grilletes, y su cuerpo sin vida se desploma contra el suelo a los pies de Isadora con un espeluznante golpe sordo. Pero Isadora ni siquiera se fija en él; se acerca a la estantería de instrumentos y deja las varas en un jarro de cristal lleno de un líquido transparente.

Un segundo después el líquido se tiñe de un tono rojizo a medida que la sangre de Liam se separa de las varas y empieza a girar en el agua.

Una parte de mí sigue sin creerse lo que está pasando, sigue sin creerse que Liam esté muerto. Hace sesenta segundos estaba vivo y rebatiendo las acusaciones de Cyrus. Ahora yace muerto en el suelo, la cáscara vacía de la persona que era.

Se me cae el alma a los pies cuando los recuerdos de lo que acaba de ocurrir me vienen a la mente y se reproducen una y otra vez. Puede que Isadora solo haya tardado un minuto en quitarle los poderes a Liam y matarlo, pero tengo claro que recordaré las imágenes de su ataque para siempre.

Espero que Jaxon pierda los estribos ahora mismo, pero me sorprende al permanecer callado. Pero, bueno, todo el mundo está igual. La habitación está sumida en un silencio inquietante tras la muerte de Liam, y sé que es porque mis amigues están tan horrorizades y devastades como yo.

Cyrus, en cambio, parece incluso más satisfecho consigo mismo; echa los hombros hacia atrás y sacude los brazos, como si hubiese terminado un entrenamiento agotador.

—Vale, Isadora, por ahora ya es suficiente —dice sin dejar de sacudir los brazos, y entonces comprendo qué está pasando. Está absorbiendo todo el poder, toda la magia que acaba de robarle a Liam. Pedazo de cabrón.

Cuando ha completado los estiramientos posasesinato, se dirige hacia mí con una mirada inquisitiva en la cara, como si quisiera asegurarse de que tiene toda mi atención.

Y la tiene, toda ella. Ver morir a Liam de esa forma ha despertado algo en mí. Ha despertado la convicción de que haré lo que haga falta, sin importar lo que sea, para que ninguno de mis seres queridos pase por lo mismo.

—¿Qué quieres? —pregunto con la voz constreñida por las lágrimas que no he derramado.

—La piedra divina —contesta—. Y eres la única que puede conseguírmela.

—¿Y eso por qué, a ver? —exijo saber, decidida a no recular, a pesar de que tengo tantas náuseas que siento que voy a vomitar en cualquier momento.

—Porque la piedra divina está en la Corte Gargólica congelada, y eres la única que puede llegar hasta allí, claro. Liam no pudo resistirse a contármelo, así que ni te molestes en negarlo.

—Si está donde dices que está, ¿qué te hace pensar que la recuperaré para ti? —pregunto.

Cyrus sonríe, como si lo que he dicho tuviera gracia. Aunque su respuesta es de todo menos graciosa.

—Porque, si no lo haces, te conseguiré un asiento en primera fila para ver morir a todas y cada una de las personas que amas justo como acaba de morir Liam. Y la próxima vez no tendré piedad.

69

En el que podríamos morir

Las palabras de Cyrus impactan en mí como una bomba.

Todavía sigo asimilando la muerte de Liam y ahora me suelta que matará a todo mi grupo de la misma forma. ¿Incluso a sus propios hijos?

No me puedo imaginar lo perverso que hay que llegar a ser para hacer eso. Aunque la verdad es que no tengo que imaginármelo cuando el mismísimo rey vampiro está justo delante de mí. Y eso sin mencionar a su cruel y despiadada hija.

—¿Por qué lanzar amenazas vacías? —pregunta Hudson, y es lo primero que ha pronunciado desde que ha susurrado mi nombre hace ya unos cuantos minutos—. ¿Por qué no empiezas a matarnos? Me ofrezco voluntario para ser el primero.

—¡No lo dice en serio! —grito mientras le lanzo una mirada a Hudson que dice «¿Qué coño?»—. ¿Qué estás haciendo? —le siseo.

Ya ha sido bastante horrible ver a Liam morir de esa forma; puede que fuera un traidor, puede que no, pero

seguía siendo una persona. No se merecía morir en absoluto, pero, si iba a hacerlo, al menos debería haberlo hecho con algo de dignidad, joder.

La idea de ver a mi compañero, el chico al que quiero más que a mi vida, morir de esa forma... Ni de coña. Ni de puta coña.

La bilis me revuelve el estómago, empieza a treparme por la garganta solo de pensar en que Hudson puede acabar como Liam.

O Jaxon, ya que estamos. O Macy, Flint, Eden o cualquiera. No dejaré que eso pase. No puedo.

Pero está claro que Hudson tiene otra cosa en mente, pues se encoge de hombros y declara:

—Preferiría morir como a ese cabronazo le venga en gana que ser la razón por la que hayas tenido que hacer algo para herir a tu gente, Grace.

—¿No es adorable? —Cyrus se burla—. El amor de juventud es conmovedor. Una pena que Grace tenga otros planes. ¿No es así, Grace?

Tiene razón. Sí que tengo otros planes, por mucho que me cueste concederle esa satisfacción. Pero me ha puesto entre la espada y la pared, me ha obligado a tomar una decisión terrible, horrorosa, atroz.

Aun así lo haré, y será para salvar a Hudson. Siempre tomaría esa decisión, sin importar lo terrible de la situación. Sin importar lo diabólico que pueda llegar a ser Cyrus. Tal vez no sea la decisión que deba tomar la reina gárgola, pero es la que debe tomar la compañera de Hudson. Ahora mismo, con el sonido de los jadeos de Liam todavía

resonando en el aire que me rodea, es la única decisión que puedo tomar.

Y si eso quiere decir que no soy una buena reina o que no soy digna de serlo, pues entonces que así sea. Tampoco es que no lo haya pensado yo ya un millón de veces.

Aun así, la angustia me recorre el estómago y hundo los hombros. Me aterra ser reina, pero más aterrador es saber que he fracasado incluso antes de tener la oportunidad de intentarlo.

—No, Grace. —La voz de Hudson suena ronca, su mirada me revela que sabe que ya no voy a cambiar de parecer—. No puedes hacerlo. No vale la pena que destruyas lo que queda de tu pueblo por nosotros. Por nada.

—Habla por ti, vampiro —señala Flint de repente, pero sus palabras no son mordaces—. A ver, que estoy de acuerdo contigo. Pero que hables por ti, joder.

—También es verdad —contesta Hudson con una risa ronca que hace que tenga ganas de gritar. Es como si estuvieran hablando de quedar a una hora para tomar el té, no de cuándo morir entre los peores sufrimientos imaginables.

—Qué conmovedor —interviene Cyrus antes de aplaudir de la forma más lenta y aborrecible que he visto (u oído) en mi vida—. Pero no creo que tengamos que ponernos en modo tragedia griega tan pronto, ¿verdad, Grace?

Estoy bastante segura de que no puedo decirle nada a Cyrus que no empiece y termine con lo capullo de mierda que es, así que no contesto. Aunque tampoco es que eso lo frene; empiezo a pensar que nada puede pararlo.

—Encuentra la piedra divina y entrégamela —me ordena —. Y tienes mi palabra de que te liberaré a ti, a todos tus amigos y a los alumnos y profesores del instituto Katmere.

—¿Cómo sé que dices la verdad? —le espeto—. No has demostrado que tu palabra valga mucho en el pasado.

Él inclina la cabeza para indicar que estoy en lo cierto antes de añadir:

—Porque una vez que tenga la piedra, ya no necesitaré a nadie, y tampoco a tu grupito.

—Esa es una petición bastante grande para una piedra así de pequeña, ¿no? ¿Estás seguro acaso de que valga tanto? —comenta Macy, pero está claro que no espera respuesta. Puede que Cyrus sea un gilipollas arrogante, pero no es el tipo de villano que se retuerce el bigote mientras revela su malvado plan cuando alguien pregunta, no estamos en Scooby-Doo.

Aun así nos sorprende al emitir una risa con todas sus ganas antes de contestar:

—Tu ignorancia es ciertamente sorprendente.

Es una afirmación la mar de grosera (lo cual le pega que no veas), pero tampoco se podría decir que sea una respuesta. Aunque, al fin y al cabo, tampoco esperábamos una.

Isadora no parece haberse enterado, pues pone los ojos en blanco y contesta:

—Se llama piedra «divina».

Cuando sus palabras me calan, el corazón se me para en el pecho. Intento rememorar la última conversación que tuvimos con la Sangradora porque de repente parece muy relevante. Mencionó que había una forma de convertirse en

dios. Lo que no se me había ocurrido es que fuera con la misma piedra que en estos momentos mantiene al Ejército Gargólico congelado en el tiempo y con vida.

—Crees que puedes convertirte en dios —susurro cuando el terror me embarga.

—Bravo, querida. —Cyrus vuelve a aplaudir, pero esta vez suena más sincero y teatral que la última—. Aun así, ya hemos malgastado bastante tiempo por hoy. Tienes que llegar a la Corte Gargólica y recuperar la piedra. Y por si acaso decidieras cambiar de parecer cuando llegues allí, añadiré un pequeño incentivo. Mataré a otro alumno. Quizá empiece con el resto de la Orden de mi adorado hijo... —Su mirada se encuentra con los ojos abiertos como platos de Macy—. O puede que empiece por tu queridísimo tío Finn.

Macy no le da la satisfacción de rogarle que no le haga daño a su padre, pero no puede esconder las lágrimas que le asoman por los ojos, o el temblor que le recorre todo el cuerpo.

Odio lo engreído que es, y odio aún más que me haya acorralado en un rincón del que no puedo escapar.

Mi mente busca de forma frenética otra opción, tiene que haber otra manera, aunque no se me haya ocurrido todavía. Tiene que haberla.

—Pero ni siquiera sé cómo llegar a la Corte Gargólica. Solo he estado allí una vez y fue por accidente. ¿Y si no puedo encontrarla?

—No soy quién para aconsejarte, pero solo te diré que ahora mismo tengo motivación de sobra encadenada a esta pared. —Cyrus se encoge de hombros antes de señalar con un gesto que abarca a todo mi grupo—. Eres una chica

resolutiva, Grace. Sugiero que encuentres esa actitud lanzada que tanto suele irritarme.

Ah, y una mierda. ¿Piensa que voy a partir hacia la Corte Gargólica y dejar a todo mi grupo (y a mi compañero) encadenado a una pared a su completa merced? Ni de coña. Ni de puta coña.

—No puedo hacerlo —le aseguro cuando el principio de un plan empieza a venirme a la cabeza—. El teniente Chastain guarda la piedra. Lo he conocido y, si hay algo de lo que estoy segura, es de que no puedo derrotarlo yo sola.

»Necesito que me acompañe el resto si quiero tener una oportunidad de conseguir la piedra divina, y ya ni hablemos de traértela. —Aguanto la respiración mientras Cyrus me analiza con los ojos entrecerrados. Ahora me vienen más que fracciones del plan y, si juego bien mis cartas, podría salvar a todo el mundo: a mis amigos, a Dawud, a los alumnos del instituto Katmere y a todo el Ejército Gargólico. Pero todo depende de si Cyrus decide tragarse mi farol en este preciso instante o no—. Tú mismo has dicho hace unos minutos que soy una descerebrada —continúo—. ¿De verdad esperas que derrote al teniente gárgola más poderoso que existe yo sola? Eso quiere decir que o se viene todo el mundo conmigo o ya puedes empezar a matarnos porque no puedo conseguirlo yo sola. De verdad que no.

El silencio se extiende entre nosotros, tan tenso como la cuerda por la que caminan los equilibristas de un circo, y entonces comienzo a pensar que me he pasado. Pero una de las mayores debilidades de Cyrus es que cree que es más fuerte e inteligente que quienes aquí nos encontramos

y, cuando asiente lentamente, me doy cuenta de que esa debilidad ha elegido este momento para volver a asomar su repulsiva cabeza.

Lo cual a mí me viene de perlas. Cyrus se ha pasado toda la vida subestimando a las mujeres de mi familia. Es hora de que le enseñe de qué madera estamos hechas. Al fin y al cabo, soy la semidiosa del caos. Y tengo un plan.

70

Agita, menea
y echa a correr

Es ese pensamiento lo que ha<ce que me enderece y me obliga a intimidar con la mirada a Cyrus, a pesar de que sigo encadenada a la pared. Tiene que hacer todo esto con la esperanza de llegar a convertirse en un dios algún día. Yo ya lo soy..., o al menos soy una semidiosa. Él no es más que un vampiro con delirios de grandeza.

Me muero de ganas de poder demostrarle lo insignificante que es en realidad; un plan que pondré en marcha en cuanto el rey vampiro acceda a dejar que mis amigues vengan conmigo.

Debe hacerlo. No hay otra opción. Es la única forma de que mi plan funcione.

Levanta una ceja mientras continúa nuestro duelo de miradas, y casi me echo a reír ante su gesto. Si se cree que con una sonrisita intimidadora va a hacerme recular, está claro que no conoce a sus hijos lo más mínimo. Me he enfrentado a miradas similares de Jaxon y Hudson casi

desde el primer día que llegué al Katmere, y he ganado más veces de las que he perdido.

Al parecer, la práctica hace al maestro, porque Cyrus aguanta un par de segundos más y después cede con un gesto de hastío.

—Vale, como quieras. Puedes llevarte a los inútiles de mis hijos y a un par más de los tuyos, pero lo que queda de la Orden no se mueve de aquí. Por cada día que deba seguir esperando, echaré a uno de ellos a los lobos. —Otra sonrisa de suficiencia, y añade—: Se lo pasarán en grande royendo los huesos, ¿no crees?

Lo que creo es que es un puto monstruo; y no lo digo por los colmillos y por su aversión a la luz solar. No, este hombre es un monstruo porque cada pensamiento que le viene a la mente, cada cosa que hace, es en su propio beneficio. Le importa bien poco a quién hace daño, a quién utiliza, incluso a quién destruye, si de esa forma consigue lo que quiere. No dudará en machacar a una persona solo para demostrar que tiene razón.

Es repugnante, y yo estoy decidida a pararle los pies. Puede que no sea hoy, pero pronto. Muy muy pronto.

—Además —añade con astucia, sin apenas abrir la boca —, Isadora irá contigo.

Debe de estar de coña. Al pequeño demonio en persona no.

Consigo controlar mi gesto lo justo para no mostrar lo mucho que detesto la idea, pero el resto pierde los estribos. Jaxon gruñe, Macy gimotea y Flint susurra: «Sí, y una mierda».

Hudson y Eden son los únicos que logran ocultar su descontento. Eso no significa que no pueda sentirlo, pero al menos no ondean la bandera blanca como el resto.

Pero a Cyrus le encantan sus reacciones. Se ríe entre dientes como el cabrón de mierda que es.

Sin embargo, Isadora no parece ni la mitad de contenta. Su cara de póquer es tan buena como la de Hudson, pero se ha pasado los últimos minutos tallando sin parar lo que, estoy convencida, será una talla demoniaca en la mesa de la esquina. Sin embargo el incesante sonido del cuchillo contra la superficie de madera vacila ante las palabras de Cyrus durante el más corto de los segundos.

Su turbación no dura mucho, pero sí lo suficiente para hacerme saber que Isadora no contaba con que Cyrus la mandara con nosotros. Quizá eso debería preocuparme. Es una fuerza con la que tendremos que lidiar, después de todo. Una fuerza que siente cierta horripilante predilección por los cuchillos de todos los tamaños.

Pero, si soy sincera, eso me anima. Si Isadora no tenía ni idea de que esto pasaría, eso significa que Cyrus está improvisando. Está actuando por impulso. Y si, al menos en esta ocasión, no va cinco pasos por delante, entonces tengo la oportunidad de ganar un poco de terreno; sobre todo ahora que por primera vez puedo ver el tablero con claridad.

Aunque eso no implica que me apetezca pasar el rato con Isadora en la Corte Gargólica; o en cualquier lado, para el caso. La chica da un miedo que te cagas, y a cada minuto que paso con ella siento que disminuyen nuestras

probabilidades de conservar todos los dedos de las manos y de los pies... o cualquier otra parte de nuestro cuerpo.

Pero no voy a compartir mis dudas con Cyrus. Voy a aprovechar toda ventaja que se me presente, por pequeña que sea. Por eso mismo finjo la actitud más despreocupada que puedo al encogerme de hombros y respondo:

—Por mí vale. Cuantos más, mejor, siempre lo digo.

—No lo has dicho en tu vida —susurra Macy.

—Puede que no, pero lo pienso muchísimo —le contesto antes de volverme hacia Cyrus—. Pero voy a necesitar una cosa más.

Esta vez enarca ambas cejas.

—Desde luego, tienes muchísimas exigencias para estar encadenada a la pared.

—¿Qué puedo decir? Soy muy delicada. —Me echo el pelo hacia atrás con aires de ganadora, canalizando a la diva que desde luego no llevo dentro—. Pero es una buena forma de darme pie para comentarte lo que quería decirte.

Meneo la muñeca, y hago resonar las cadenas a las que estoy sujeta.

—Vas a tener que soltarme. No puedo usar mis poderes con estos grilletes que cancelan mi magia, y sin ella es imposible que nos transporte a la Corte congelada. Además, estar encadenada a esta pared me ha resultado insoportable.

Le estoy dando coba (quizá me haya pasado), pero Cyrus se lo cree. Qué sorpresa. Está tan predispuesto a creer que soy una niñita débil y tonta que aprovechará cada oportunidad para demostrarse a sí mismo que tiene razón.

Por lo general una muestra de misoginia como esta me pondría de muy mala hostia, pero ¿ahora mismo? Aprovecharé cualquier oportunidad que se me presente. Algunas de las mujeres más poderosas del mundo lo fueron porque un hombre (o varios) las subestimaron. Ardo en deseos de dejar que Cyrus cometa el mismo error.

Al parecer funciona, porque le hace un gesto de afirmación a uno de los guardias y este se apresura a soltarme los grilletes. Menos mal. En cuanto noto de nuevo mi gárgola, me siento como un pájaro que por fin puede extender las alas.

Cómo no, un rápido vistazo a Hudson y Jaxon (quienes niegan ligeramente con la cabeza) me advierte que no debo extenderlas demasiado. Bueno, ni que tuviera pensado usar mis poderes aquí y ahora. No cuando todo mi plan se basa en la premisa de que Cyrus me subestime.

Además, para que mi plan funcione tengo que conseguir esa piedra divina para el cabronazo que tengo delante y rezar para no estar sobrestimando mis poderes y los de mis amigues cuando trabajamos en grupo. Porque, mientras Cyrus esté jugando con su piedrecita y planeando su ascensión al olimpo de los dioses, yo sé cuál va a ser el próximo movimiento de nuestra ficha. Es hora de que la reina tome los mandos del tablero; y tengo un plan que jamás se imaginará.

Le daremos la puñetera piedra, y después iremos a por las Lágrimas de Eleos. Y vamos a superar esas malditas Pruebas.

Al conseguirlo, liberaré a mi Ejército y usaré la Corona para asegurarme de que Cyrus no vuelve a hacerle daño a

nadie en su vida.

Es pan comido, joder.

Le tiendo la mano a Cyrus para sellar el trato. La observa durante unos segundos eternos, como si de repente se hubiese convertido en una serpiente lista para atacar. Pero al final estrecha mi mano con la suya.

Al unirse nuestras manos, repito los términos del trato antes de que lo haga él.

—Así que este es el trato: yo te traigo la piedra divina y tú liberas a todo el Katmere, incluidos los profesores y el tío Finn. No les harás daño, a ninguno de ellos, ni a nadie más; y, cuando nos marchemos, nos llevamos a todos con nosotres, incluida la tía Rowena. ¿Estás de acuerdo?

—Te garantizo que no tendré prisionero a nadie si me traes la piedra en un plazo de veinticuatro horas. Pero, por cada día que tenga que esperar, mataré a uno de los prisioneros, y empezaré por la queridísima Orden de Jaxon. ¿Hecho?

Trago saliva en un intento por deshacerme del miedo que noto en el estómago. Tengo que confiar en mí misma para hacer esto; es la única forma que se me ocurre de salir de este embrollo. Es más, es la única manera de derrotar a Cyrus para siempre, que, claro está, es lo que quiero hacer.

—Hecho —afirmo, y me enorgullece que no me haya temblado la voz.

En cuanto acepto, siento un chispazo de electricidad entre nosotros que me recorre el brazo y me roba el aliento, y el pequeño tatuaje de una daga sangrienta aparece ardiendo en mi antebrazo.

Es una de las cosas más hermosas, y malvadas, que he visto en mi vida.

—¿Qué coño has hecho? —susurra Jaxon.

—Lo que debía hacer —contesto evitando mirar a Hudson.

Pero él aprieta nuestro hilo azul, y nuestras miradas se encuentran; se le arrugan las comisuras de los ojos cuando el calor mana de nuestro vínculo y se vierte dentro de mí. Tengo su apoyo, por supuesto; no debería haberlo dudado ni un segundo. Y desvío la mirada de Macy a Mekhi, a Jaxon, a Dawud, a Eden y a Flint, y comprendo que no importa lo que haya pasado, todo el grupo me apoya. Como yo a elles, da igual lo que pase en el futuro.

Pero, cuando las llamas del tatuaje por fin se apagan, no puedo evitar preguntarme si Sartre tenía razón después de todo. Si te ves obligado a hacer un pacto con el diablo, ¿no has perdido ya?

71

La Corte congelada
a mí nunca me molestó

Observo a mis amigues, todavía encadenades a la pared que me rodea, y después me vuelvo hacia Cyrus.

—No creo que pueda llevarles conmigo si siguen así. ¿Puedes abrir los grilletes?

—No —niega él y está claro que no admitirá réplicas.

Yo lo intento de todas formas.

—Pero...

—A mí me da igual si te acompañan o no, es a ti a quien le importa —me recuerda Cyrus—. Así que o lo aceptas o no. A mí me es indiferente.

Me muerdo el labio y repaso en mi mente lo que hice, aunque fuera por accidente, para llevarnos a Alistair y a mí hasta la Corte Gargólica la última vez. No estaba pensando en la Corte. Ni siquiera sabía que existiera. ¿Podría haber estado pensando en ella Alistair? ¿Es así como funciona?

No sé adónde fuimos Hudson y yo durante nuestra estancia juntos, pero sé que pasamos algo de ese tiempo en

su guarida. ¿También acabamos allí porque él había estado pensando en ese lugar cuando nos tocamos por accidente?

—Tic, tac, Grace —pronuncia Cyrus mientras baja la mirada a su reloj—. Al pobre Rafael le quedan solo veintitrés horas y cuarenta y cinco minutos, y bajando.

—Creo que sé lo que tengo que hacer. —Me esfuerzo por ignorar la pulla de Cyrus. En vez de eso, me vuelvo hacia Isadora y señalo el espacio que hay frente a Flint, el cual está flanqueado por Dawud y Macy—. Tienes que ponerte ahí.

Me aseguro de tener la mochila bien agarrada, mis provisiones se vienen conmigo cueste lo que cueste.

Isadora contempla el lugar que estoy apuntando, después a Flint; está claro que está tratando de descifrar si mi intención es hacerle alguna jugarreta.

Suspiro con ímpetu.

—Mira, tengo que tocaros para poder llevaros conmigo. Como Cyrus se niega a desencadenar al resto, voy a necesitar que te pongas delante de Flint, Dawud y Macy para que puedan tocarte. Yo me pondré delante de Hudson, Jaxon y Eden. Entonces nosotras nos daremos la mano y con eso podré llevar al grupo entero. O eso creo.

—Hazlo —ordena Cyrus, e Isadora enfunda el cuchillo que ha estado usando para tallar el mobiliario y camina con parsimonia hasta donde nos encontramos, como si no tuviera ni una preocupación en la cabeza.

Se detiene justo en el sitio que le he señalado, pero mira por encima del hombro a Flint, Dawud y Macy, y murmura:

—Como me toquéis con algo más que la yema de un dedo, ese será el único dedo que os dejaré conservar.

En lo que se refiere a amenazas, ha estado bastante bien, así que no me sorprende cuando mis tres amigues colocan con cautela un único dedo en los hombros de Isadora.

Me sitúo a su lado y señalo con la cabeza mi hombro para el resto del grupo.

—Venga, agarraos a mí.

Reconozco al instante la mano cálida de Hudson deslizándose por mi codo. La mano de Jaxon, más pesada, me aterriza en el hombro y me da un apretón. Eden se decide por mi otro hombro.

Me doy la vuelta hacia Isadora y enarco una ceja.

—¿Puedo cogerte de la mano sin que amenaces con arrancarme los dedos? ¿O quieres descubrir de primera mano quién ganaría en un enfrentamiento vampira contra gárgola?

No es una pregunta. Es un desafío, y cuando me contesta levantando una de sus propias cejas, sé que lo entiende. Solo estoy dispuesta a tolerar sus amenazas hasta cierto punto, entonces empezaré a usar las mías. Y ya que no estoy encadenada con grilletes mágicos, estoy más que dispuesta a cumplir con mi palabra si hace falta.

—Guapa, no existe nadie como yo, así que igual tienes que andarte con ojo.

Le escupo otra amenaza:

—Lo mismo digo. —Después bajo la mano para agarrar la suya—. Muy bien —explico—. Necesito que os imaginéis la Corte Gargólica. Ahí es adonde queréis ir. No la Corte decrépita y en ruinas, sino la Corte en todo su esplendor. Cerrad los ojos e imaginad el aspecto que tenía hace mil años. Imaginad que estáis ahí ahora mismo.

Hago una pausa y recuerdo la belleza de la Corte como la vi por primera vez con Alistair, la desesperación con la que deseé pintarla y el aspecto que tendría esa obra de arte; intento recrear las imágenes para mis amigos.

—Podéis escuchar el mar Céltico rompiendo contra los acantilados que hay al otro lado de una valla de metal ornamentada —narro—. Y un poco más allá hay unos muros de unos veintidós metros de alto que rodean un castillo gigantesco, más grande que cualquier castillo que hayáis visto, con cuatro torres que se alzan hacia los cielos azules como centinelas. Estáis de pie en el espectacular vestíbulo del castillo, os rodean los prístinos suelos de mármol blanco y las esculturas de alabastro. Más allá de dos puertas gigantes abiertas se encuentra el campo de entrenamiento, donde podéis distinguir a cientos de gárgolas practicando combate cuerpo a cuerpo, riéndose cuando alguien recibe un golpe ofensivo; las espadas resuenan al chocar con escudos de metal, las alas colosales revolotean cuando varias gárgolas despegan hacia los cielos para llevar a cabo su entrenamiento de combate aéreo. El sitio está vivo, rebosa actividad. ¿Podéis verlo? Fijadlo en vuestra mente...

Respiro hondo y busco mi hilo esmeralda. Despacio, despacio, despacio, mis dedos rozan mi hilo de semidiosa a la par que agarro con fuerza mi hilo platino. Y me convierto en piedra.

Cuando abro los ojos de nuevo estamos en el centro de la Corte Gargólica. Pero no es la Corte en ruinas que mi grupo ha visto al comienzo de este día tan largo. No, se trata de la Corte Gargólica congelada en pleno apogeo. Los suelos de mármol, los elaborados tapices en las paredes, las velas

anchas de color blanco que arden en candelabros y las lámparas de araña de oro por todo el Gran Salón, donde nos encontramos en estos momentos.

¡Ha funcionado!

Aunque hay una diferencia abismal entre la última vez que estuve aquí y esta. Según veo, ahora mismo es de noche, así que puede que todos estén en la cama.

—¿Es esta la Corte Gargólica? —pregunta Macy, que suena encantada mientras mira a todos lados—. ¡No se parece en nada a lo que tenía en mente!

—¿Qué te esperabas? —inquiero mientras nos adentramos en la sala y el resto se dispersa para admirar las estatuas y los tapices.

—No sé —confiesa, y es evidente que de verdad se lo está pensando—. Supongo que esperaba que la arquitectura fuera más oscura, más gótica. Y que hubiera un montón de estatuas de gárgolas por todas partes.

—Pero sabes que las estatuas de gárgolas seguramente serían gente real, ¿no? —observo con las cejas levantadas.

—Lo sé, lo sé. Es solo... —Se interrumpe con una media sonrisa, lo cual es probable que sea lo máximo que cualquiera pueda permitirse en estos momentos después de lo que le ha ocurrido a Liam—. Este sitio mola muchísimo, ya está.

—Bueno, ¿y qué plan has maquinado con esa mente brillante tuya, Grace? —pregunta Hudson, y de repente todo el mundo, que estaba disfrutando de la decoración de la Corte, se vuelve a la vez para escuchar mi respuesta..., incluida Isadora.

—Bueno —empiezo a la par que me muerdo el labio—, nos hacemos con la piedra divina, se la damos a Cyrus y liberamos a todo el mundo.

Mi mirada vuela hacia Isadora y el resto pilla la indirecta.

—Pues claro. Es evidente —dice Eden—, un plan sin fisuras.

—Sí, de roca maciza. —Le guiño un ojo.

—Él se refería a cómo planeas hacerte con la piedra, Grace. —Isadora pronuncia marcadamente cada palabra.

Ni me molesto en replicar que eso no es a lo que se refería en absoluto. En vez de eso, le digo:

—Cuando vine aquí antes, estuve al menos media hora, pero cuando regresé al Katmere solo habían transcurrido cinco minutos. Creo que cada día que pasa en nuestro tiempo equivale a seis en la Corte congelada. Eso nos proporciona un poco menos de seis días para encontrar la piedra y descubrir cómo conseguirla, espero que sin que se den cuenta. Me gustaría no tener que abrirme paso a golpes para salir, sobre todo contra mi propio pueblo.

—Espera... —Eden cuenta con los dedos—. ¿Significa eso que la gente lleva atrapada aquí seis mil años?

Se me abre la boca con un grito ahogado cuando lo pienso, pero Dawud habla.

—No, no creo que sea así como funcionen las cosas por aquí. Es como cuando vas en coche, ves cómo avanza el suelo a toda prisa, pero dentro del coche en el que estás nada se mueve. Sin embargo, cuando el coche en sí deja de moverse y pones un pie fuera, estarás en un lugar distinto.

—¿Y eso qué narices quiere decir? —pregunta Flint.

—Que estamos en una burbuja temporal. —Dawud arrastra los pies y me doy cuenta de que le cuesta encontrar las palabras para explicárselo a un montón de gente que no prestó atención alguna a las clases de ciencias, cosa que sí hizo elle—. Pero no es la misma burbuja temporal que la de aquelles a quienes congelaron originalmente. Es una burbuja dentro de una burbuja temporal. Para quienes están congelades, el tiempo no transcurre dentro de su burbuja. Según tengo entendido por lo que nos contó Mekhi cuando nos puso al día de lo ocurrido en la cueva de la Sangradora…

Y de repente deja de hablar. Todo el mundo mira a cualquier otra parte con tal de no intercambiar la mirada con nadie, de hecho. Liam estuvo en esa reunión. Si Cyrus está en lo cierto, escuchó con avidez las palabras de Mekhi… para después contárselo todo a Cyrus.

—Me niego a creer que Liam fuera un traidor —dice Jaxon en voz baja; su mirada busca la de cada persona del grupo, una a una—. Pero, aun si lo fuera, sigue siendo mi amigo.

Y eso lo dice todo, ¿no?

—Liam no se define por las malas decisiones que ha tomado. Al igual que nadie aquí presente —anuncio con convicción, y observo mientras nos atragantamos con los recuerdos de nuestro amigo.

—Joder, venga ya. —Isadora abre mucho los brazos—. La gente hace putadas y a veces les ocurren putadas. Aceptadlo de una vez.

Jaxon tensa los hombros, pero Hudson tose y cambia de tema como si estuviera al timón del *Titanic*.

—Bueno, da igual cómo pase el tiempo para las gárgolas, supongamos que los cálculos de Grace son ciertos. Eso significa que tenemos cinco días para hacernos con la piedra divina. —Se apoya contra la pared y cruza los brazos por encima del pecho—. Es probable que tengamos que abrirnos paso a golpes para salir, Grace, pero estoy de acuerdo. Intentemos robar la piedra primero. Eso significa que necesitamos una razón para nuestra visita que haga que nos acepten; haremos que bajen la guardia y así podremos buscarla.

Le sonrío, sé exactamente adónde quiere llegar.

—Alistair ya me ha presentado como su reina. Por supuesto, quiero visitar a mis súbditos y ver qué tal les va en esta Corte congelada, ¿entendéis?

—Eso explica tu presencia, pero creo que un séquito de vampiros y dragones, además de una bruja y une lobe, levantará algunas sospechas —indica Jaxon.

Proponemos ideas para explicar su presencia, y acabamos rechazando cada una de ellas. Todas, incluso fingir ser embajadores de un grupo de artistas ambulantes de circo, aunque nadie cree que Flint fuera en serio.

—¿Te pareció que tenían algún interés cuando los visitaste por primera vez, Grace? ¿Algo que destaque? ¿Algo con lo que dijeran que necesitaban ayuda? —pregunta Hudson.

Niego con la cabeza.

—No estuve mucho tiempo. Lo siento. —Me dirijo a una silla grande y ornamentada y me desplomo sobre ella—. Lo único que tengo claro del Ejército Gargólico es que se han tomado el entrenamiento muy en serio.

—Bueno, pues ya está, ¿no? —anuncia Hudson. Cuando nadie parece entender lo que quiere decir, se explaya—: Nos has traído para ayudarlos a entrenar.

—Ya te he dicho que se pasan todo el rato entrenando, Hudson —intento explicar, pero él niega con la cabeza.

—Pero ¿entrenan la forma de derrotar a un vampiro... con un vampiro de verdad?

—Eso es una pas... —comienzo a decir, pero Jaxon levanta una mano para que me calle.

—Viene alguien —informa con la cabeza ladeada mientras percibe algún sonido en la distancia.

No me lleva mucho tiempo oír unas botas pesadas que se aproximan. Justo antes de que las puertas que dan a la estancia se abran de par en par y Chastain acceda a ella flanqueado por unos guardias de aspecto brutal. Que cargan con espadas aún más brutales.

72

Tómatelo
con muchísimas pinzas

—Hostia puta —gruñe Flint, y se yergue cuan alto e intimidante es. Trastabilla un poco con su nueva prótesis, pero se recompone rápido antes de que nadie más pueda darse cuenta.

En circunstancias normales Jaxon se habría percatado. Pero ahora mismo está demasiado ocupado abriéndose paso hacia el frente del grupo para interponerse entre los guardias brutalmente armados y el resto de nosotres como para prestarle atención a una pierna inestable.

Sin embargo, Hudson levanta una mano para detenerle antes de que se ponga justo delante de nosotros dos.

—Es la Corte de Grace, ella manda —indica en voz baja, y mentiría si dijera que no me sienta bien; sobre todo cuando Jaxon se detiene en pleno movimiento.

Casi siempre tengo la impresión de ser una impostora en todo este tema de la reina gárgola y demás, así que, que mi compañero siempre lo recuerde y lo reconozca, me hace sentir mejor. Más aún, hace que sienta que es real, y eso

importa mucho más de lo que puedo expresar. Así como el hecho de que se quede a mi lado para apoyarme, con el peso sobre los dedos de los pies, y las manos relajadas a ambos lados del cuerpo, para poder reaccionar más rápido.

Inspiro hondo, doy un paso al frente de todo el grupo (y lo tapo con mi cuerpo), y doy la orden: «¡Quietos!», con toda la autoridad que puedo reunir.

Pero con eso debe de bastar, porque las gárgolas hacen justo lo que les he dicho. Hasta Chastain.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con un tono de voz que indica que soy de todo menos bienvenida aquí. A eso le sumamos que no me ha llamado ni Grace, ni mi reina, ni su majestad, una omisión que resulta bastante evidente en vista del tono tan poco acogedor que ha empleado.

Desde luego no es el tono que cualquiera debería usar, ni la actitud que debería adoptar con su reina, pero esto no es una dictadura. La gente puede ser como es conmigo. Sabe Dios que jamás gobernaré mi Corte con ayuda del miedo, como Cyrus, ni seré tan ceremoniosa e intensa como las brujas.

Además, en realidad no soy su reina. Al menos aquí no, en el siglo XI, época en la que estamos y en la que él lleva atrapado unos mil años. Quizá se comporte así conmigo porque piensa que soy una impostora, o una usurpadora, o cualquier otro término malo que acabe en *-ora*.

Para más inri, hemos llegado bien entrada la noche sin aviso alguno. La verdad es que no es propio de una visita amistosa. Sobre todo en los tiempos que corren.

—Perdona por presentarnos así, sin avisar —digo usando un tono de voz apaciguador sin llegar a sonar sumisa—.

Alistair nos ha dicho que necesitamos al Ejército si queremos intentar derrotar al rey vampiro.

Detrás de mí siento que mis amigues se revuelven ante mi mentira, y rezo para que no digan nada que pueda delatarme o descubrir el pastel. Odio mentir, y se me da de pena, así que ahora mismo valoraré muchísimo cualquier muestra de apoyo que puedan ofrecerme.

—Y ¿crees que se acerca el momento de la batalla? —pregunta Chastain. Suena escéptico pero deseoso de creerme. Veo que parece más cansado que cuando lo conocí, cuando vine con Alistair a la Corte. Hoy deben de haberse quedado entrenando hasta tarde.

—Así es —respondo—. Y sé que has estado entrenando a nuestros soldados para este momento. De hecho, me quedé tan impresionada con el entrenamiento que presencié que he pensado que quizá querríais practicar con más personas que no fueran gárgolas.

Chastain enarca ambas cejas mientras observa a mis acompañantes; está midiendo su valía y les desestima une por une.

—No creo que un vampirito pueda enseñarnos nada.

—Para empezar, podría enseñarte modales —dice Hudson —. Y a mostrar respeto por tu reina. Así, por ejemplo, dos cosas que se me ocurren a bote pronto y de las que careces por completo.

Chastain aprieta la mandíbula, pero me apresuro a intervenir.

—Chastain, la guerra se acerca. Habéis esperado mil años, y puedo asegurarte con total certeza que el último movimiento de Cyrus tendrá lugar en unos días. —Hablo con

sinceridad—. De hecho, solo tenemos cinco días para enseñaros todo lo que podamos. ¿Qué clase de líder no se vale de todas y cada una de las herramientas que tiene en su arsenal, no aprovecha toda oportunidad para analizar al enemigo de cerca, antes de enviar a sus tropas a la guerra?

—Eso es imposible —replica Chastain—. Cyrus no tiene lo que necesita.

Y eso significa que Chastain sabe lo que necesita el rey vampiro y dónde encontrarlo. La piedra divina.

Se ve que Isadora percibe lo cerca que estamos de descubrir la ubicación de la piedra, porque deja de lanzar uno de sus cuchillos al aire el tiempo suficiente para mirar a Chastain directamente a los ojos y decir:

—Mientras para ti el tiempo ha sido una cárcel, Cyrus ha aprovechado el suyo para encontrar una forma de conseguir lo que siempre ha querido. Ya habéis perdido, pero todavía no puedes verlo.

—¿Cómo te atreves...? —empieza Chastain. Pero de pronto no puedo más. Ya he tenido suficiente.

Sí, le estamos mintiendo y hemos venido aquí a robar la piedra divina, aun así tengo un plan. Por una vez voy dos pasos por delante, y voy a liberar a mi Ejército. Y, cuando lo haga, van a necesitar toda la ventaja que puedan conseguir si albergamos alguna esperanza de derrotar al rey vampiro.

—¡Basta! —grito tajante—. Soy la reina gárgola, e insisto en que entrenes a mi Ejército y lo prepares para la guerra, Chastain. Y la mejor forma de hacerlo es enseñándolos a derrotar a cada una de las otras cuatro facciones: brujas, lobos, dragones y vampiros. Mis amigues se han ofrecido a compartir su conocimiento, y tú vas a valerte de ello. Hasta

una sola hora luchando contra cualquiera de mis amigues podría salvaros la vida.

Me tiemblan tantísimo las manos que las entrelazo a mi espalda, y separo un poco las piernas con la esperanza de que mi postura adopte una actitud militar, o se asemeje al menos; aunque, siendo sincera, solo he visto cómo lo hacen en la tele. No tengo ni idea de si va a escuchar mi petición. Joder, si pensara que acataría mis órdenes, le pediría que me diese la piedra divina. Evidentemente. Pero aun así le sostengo la mirada y rezo para que vea la lógica de mi exigencia.

Al final Chastain asiente.

—Como desees, majestad. —Pero, antes de poder celebrar la victoria, entrecierra los ojos con una mirada pícara y pregunta—: ¿Entrenarás con nosotros también?

Mierda. Ya sé que opina que soy débil y que no valgo para ser su reina, y si acepto a participar en el entrenamiento entonces va a ver lo débil que soy de verdad. Miro a Hudson, pero la sonrisa de su rostro me hace pensar que cree que voy a darles una paliza en el campo. Pongo los ojos en blanco. El amor lo tiene cegado al pobre.

Aun así, sé que no me queda otra opción. No si quiero que Chastain baje la guardia y confíe en mí lo suficientemente como para decirme dónde está escondida la piedra divina. Me trago el enorme nudo que se me ha formado en la garganta y levanto la barbilla.

—Lo estoy deseando.

73

Muerte por tafetán

Chastain hace una reverencia bien marcada, pero la sonrisilla de su rostro contradice por completo lo respetuoso de su gesto.

—Mi reina, acepto con toda humildad tu solicitud de entrenar con nuestros soldados. Estamos deseando aprender de ti —hace un gesto con la mano que abarca toda la sala— y de tus amigos. —Volviéndose a levantar, anuncia —: El entrenamiento da comienzo a las cinco en punto de la mañana. Os sugiero que descanséis un poco. Lo necesitaréis.

Entonces nos indica que lo sigamos al vestíbulo, supongo que para llevarnos a unos aposentos libres.

En vez de eso, accedemos a una sala llena de preciosas esculturas. Me detengo ante una que representa a una mujer con un vestido vaporoso, cuya cabeza reposa sobre el hombro de un hombre alto y esbelto con ropas formales. Es una pose tan dulce que le doy un codazo a Hudson para que no se la pierda, y una sonrisa asoma por las comisuras de

sus labios mientras contemplamos la exquisita y detallada obra de arte.

Pero entonces me doy cuenta de que la piedra se mueve; las figuras abren los ojos pestañeando y cuadran los hombros a medida que ambos cambian de su forma de piedra a la humana.

—¿Es esa la pinta que tengo cuando cambio? —le pregunto a Hudson en cuanto los cuernos de la mujer se retractan lentamente al interior de su cabeza y dejan dos bultos donde antes descansaban entre su larga melena castaña.

Con disimulo, me paso una mano por mi propio pelo con la sola intención de asegurarme de que está plano; o al menos tan plano como puede estar con ocho millones de rizos tras un día dentro de una mazmorra húmeda y sin productos para el cabello.

Hudson se limita a reírse y a quitarme la mano de la cabeza; entrelaza mis dedos con los suyos en su lugar.

—Estás preciosa cuando cambias —me asegura con esa sonrisa traviesa que tanto me gusta—. Y tus cuernos son casi mi parte favorita.

Decido que puedo esperar a un momento más íntimo para preguntarle qué parte es en realidad su favorita, así que me doy la vuelta hacia Chastain justo cuando dice:

—Es un honor presentarte a nuestro servicio, majestad.

Estoy escuchando con atención, por lo que distingo el tonito de burla que se aprecia en su voz cuando se dirige a mí. Aun así no le pido explicaciones, pues el personal que hay delante de mí hace una reverencia cortés como si

fueran uno solo. Ahora mismo conocerlos es más importante que lidiar con la actitud hosca de Chastain.

—Soy Grace —me presento, y doy un paso adelante para extender la mano a la mujer que va ataviada con un sencillo vestido de lino blanco—. Y este es mi compañero, Hudson.

Hudson parece perplejo durante un instante, como si no esperara que lo incluyera en la presentación, así que le lanzo una mirada que dice «estamos juntos en esto». Para empezar, fue él quien me metió en este lío de «pertenecer al Círculo/ser la reina gárgola». Ni de coña voy a dejar que pase desapercibido ahora mismo.

—Es un placer conocerlos —entona con un marcado acento irlandés—. Yo soy Siobhan.

—Y yo soy su compañero, Colin —interviene también con acento irlandés el hombre de cabello oscuro que está a su lado.

Sonrío y después me vuelvo para presentarles a mi grupo.

—Siobhan y Colin os acompañarán a las habitaciones de invitados —anuncia Chastain de forma desdeñosa después de que hayamos llevado a cabo todas las presentaciones. Suena a que le ha irritado bastante que hayamos tardado tanto, pero no me importa. Si estos son mis súbditos, quiero saber más de ellos. Se lo debo, y me lo debo a mí misma—. Hasta mañana —espeta con una inclinación informal de la cabeza antes de darse la vuelta y marcharse.

—Puedo llevarles algo de comida antes de que se vayan a dormir —indica Siobhan—. La necesitarán si van a unirse al entrenamiento. —Sus ojos vuelan de Hudson a Jaxon y después a Isadora, quien ha estado en silencio absoluto

desde el comentario mordaz que le ha hecho a Chastain—. Lo siento, pero no tenemos sa- sangre...

—Pues claro que tienes —comenta Isadora—. Cero positivo, si no me equivoco.

—¿Disculpe? —pregunta Siobhan con voz débil.

—Disculpada —contesta Isadora mientras alarga los colmillos y sus ojos refulgen—. Es mi favorita...

—¡Basta ya! —le ordeno con firmeza, y me coloco entre ella y Siobhan a la par que me vuelvo hacia la otra mujer—. Por favor, perdona a mi «querida amiga» —pido y la vampira suelta un grave gruñido. La ignoro—. Es la graciosa del grupo. No para de hacer chistes. —Ahora su gruñido se convierte en balbuceos, pues casi se atraganta por la ofensa; pero a su favor tengo que decir que no me corrige.

Siobhan sonríe.

—Uy, sí, me encantan los chistes —afirma, y después añade—: pero mañana ya habrá tiempo de sobra para las bromas. Ahora tienen que descansar. Nuestro teniente se toma el entrenamiento muy en serio. —Hace una pausa antes de continuar—. Por supuesto, estaríamos perdidos sin él.

Entonces, sin pronunciar otra palabra más, se da la vuelta y nos conduce por un pasillo estrecho para subir un tramo de escaleras y recorrer un pasillo más amplio.

Al final se detiene delante de una puerta.

—Esta alcoba está decorada con los tonos de azul y morado más hermosos. Es mi favorita en todo el castillo, perfecta para una reina, *milady*.

Es evidente que me está hablando a mí, pero Isadora se interpone entre Siobhan y yo.

—Genial. Pues me la quedo —anuncia para después agarrar los pomos de ambas puertas y abrirlas con una floritura, supongo que para mostrarme lo que me estoy perdiendo, pero se detiene en seco. Sin duda la habitación está decorada en preciosos tonos azules y morados... de tafetán.

Una cama enorme con cuatro postes domina la estancia, capas y capas de tafetán caen en cascada desde el techo para crear un romántico nido de tela. Las ventanas están también recubiertas de capas de tafetán drapeado, al igual que un pequeño tocador y una silla ornamentada. Mucho, muchísimo tafetán.

—Oye, Isadora, han llamado los años ochenta. Dicen que quieren que les devuelvas su vestido para el baile —bromea Eden y todo el mundo se ríe—. Creo que es perfecta para una «princesa» vampiro.

Flint se ríe con ganas mientras mira por encima de mi cabeza para ver mejor la habitación y confiesa:

—Esto casi hace que el viaje valga la pena.

—¿Le pasa algo malo a la alcoba? —pregunta Siobhan, quien pestañea antes de mirarnos une a une.

—Es preciosa, Siobhan —le digo y le doy un apretón en la mano, me aseguro de que no piense que nos estamos burlando de sus gustos—. Le encanta. ¿A que sí, Isadora?

A su favor, tengo que decir que Isadora se vuelve para mirarnos y afirma:

—Pues claro, es maravillosa. Hay miles de formas distintas de esconder un cuerpo aquí dentro.

Y con eso nos cierra ambas puertas en las narices. Lo cual solo consigue que nos riamos con más ganas.

Siobhan nos conduce a la siguiente habitación y yo echo una mirada a mi móvil, después lo levanto para que el resto pueda verlo.

—Son casi las once. Lo que significa que nos quedan seis horas para empezar el entrenamiento de mañana.

«Y otras cosas», intento transmitir con la mirada, aunque no quiero decirlo en voz alta con Siobhan presente.

El resto se queja; no creo que les haga mucha gracia la parte del plan en la que hay que entrenar, pero aun así no se me ocurre otra coartada que explique por qué estamos aquí. Además, puede que Chastain sea un capullo, pero Alistair juró que era un teniente de la hostia. Y sé que es un guerrero de la hostia, lo he visto con mis propios ojos. No me parece tan mala idea que un tipo así nos dé un cursillo de actualización contra los trucos sucios de Cyrus, y más si tenemos en cuenta cómo va a acabar todo esto.

Hudson y yo somos los últimos a los que Siobhan muestra su habitación y, cuando entramos, me siento casi tan exhausta como el resto. Lo último que veo cuando Siobhan cierra la puerta (mientras nos asegura que nos enviará la comida de inmediato) es a Dawud, quien vuelve a estar en el pasillo, arranca una roca suelta de la pared y se la guarda en el bolsillo.

74

Los orinales no molan

—Vale, voy a hacerte una pregunta seria —le digo a Hudson mientras me tumbo en la cama sin siquiera molestarme en echar un vistazo a la habitación. Ahora mismo estoy tan exhausta que me basta con que haya una cama en el dormitorio—. ¿Creemos que Dawud sufre de cleptomanía, o es que se está construyendo un cohete espacial a base de recoger objetos cotidianos?

Hudson se echa a reír, pero ni siquiera abre los ojos al contestarme.

—Estoy convencido de que la realidad estará en un término medio, Grace.

—No sé, es inteligente. No me extrañaría que estuviese construyendo un cohete.

—¿Con piedras? —pregunta Hudson, y enarca una ceja en un gesto escéptico.

—Guarda más cosas en esa mochila aparte de piedras, y sé que lo sabes. Me juego lo que quieras a que te diste cuenta de su pequeña manía antes que yo.

Hudson no contesta, y me vuelvo hacia él para ver si se ha quedado dormido. Todavía no, pero tiene pinta de que está a puntito de caer. Pobrecito mío.

Me levanto para coger una manta que hay encima del sillón. Aunque es primavera, hace un poco de frío y, como no quiero molestarlo tirando del edredón, la manta me parece la segunda mejor de las opciones.

Pero apenas he llegado a dar un paso cuando la mano de Hudson aparece de pronto y tira de mí hacia la cama; y esta vez acabo tumbada encima de él.

—Quédate —susurra, y me rodea la cintura con las manos al tiempo que entierra el rostro en mi cuello.

Estoy tan bien, y él está tan bien, que le hago caso, y me permito un momento de relajación por primera vez en lo que me parecen semanas.

Sintiendo el latido de su corazón contra el mío.

Sintiendo cómo su pecho sube y baja debajo del mío.

Una parte de mí teme que esto solo esté pasando porque está a punto de quedarse dormido y tiene las defensas bajas, y eso me asusta. Hace que me aferre a él con más fuerza. Es mi compañero, y sé que no hay nada en el universo que pueda cambiar eso. No es la misma situación que viví con Jaxon, en la que un hechizo de mierda puede arrebatármelo todo; arrebatárnoslo a los dos. Hudson es mío. Nació para ser mío, y yo nací para ser suya.

Y, aun así, a veces me parece tan vago, tan frágil…, como si todo lo que tenemos se me pudiera escurrir entre los dedos si no lo sujeto con fuerza. Si no lucho lo suficiente. Y lo que ha pasado con Liam hace menos de una hora lo recalca todavía más.

Al recordar la muerte de Liam, siento cómo el terror se adueña de mi estómago. Hemos perdido tantísimo que no dejo de pensar que voy a perder algo más. No dejo de pensar que no hay dos sin tres, y que otra desgracia caerá sobre Hudson, sobre mí, o sobre ambos, y nos hará añicos.

No voy a dejar que ocurra. Esta vez no. Ya he sufrido suficientes pérdidas. No quiero perderlo a él también.

—Oye, Grace —susurra, y nos hace rodar abrazados hasta que quedo debajo de él, y hasta ahora no me doy cuenta de que estoy llorando—. ¿Estás bien?

No sé qué decir, no sé cómo explicarle que tengo miedo. Que lo quiero tantísimo que me aterra que este mundo, este duro, peligroso y hermoso mundo, me lo arrebate.

Así que no se lo digo. No digo nada. En cambio, asiento con la cabeza. Y esta vez soy yo quien entierra el rostro en su cuello. Soy yo quien le rodea la cintura con las manos.

Soy yo quien se aferra a él todo lo que puede.

Y al hacerlo me prometo a mí misma que no voy a perderlo. Esta vez no. Nunca más.

Pero Hudson no se traga mi mentira, ni de lejos. En cambio, se aleja para poder observarme mejor.

—¿Grace? —murmura mientras me acuna el rostro con las manos y me pasa los pulgares por las mejillas húmedas—. ¿Qué puedo hacer?

Niego con la cabeza, y me esfuerzo al máximo por ahogar el llanto que se está formando en mi interior. Justo cuando temo que voy a perder la batalla, la puerta de nuestro cuarto se abre de par en par y Macy entra dando saltitos.

—Qué suerte tienes de que te quiera tanto —afirma, y no veo un atisbo de turbación en su rostro ante el hecho de

que Hudson esté encima de mí, en una cama. Estamos vestidos de pies a cabeza, vale, sí, pero aun así...

Hudson no parece tan contento con la recién llegada.

—¿Qué quieres? —se queja.

—He venido a salvaros el culo —dice, y suelta una risilla tonta—. Literal.

—No entiendo a qué te refieres —contesto confundida al ver que mi prima se dirige a la puerta cerrada que, supongo, da a nuestro baño.

Macy no responde, solo se empieza a descojonar viva.

—¿Estás colocada? —pregunta Hudson mientras se aleja de mí para observar mejor a mi prima.

—No —responde Macy, y pone los ojos en blanco—. Y en unos cinco segundos vas a agradecer que no lo esté, en serio.

—Y ¿por qué? —quiero saber mientras Hudson y yo nos acercamos al baño.

Macy se ríe una vez más, aunque esta vez no con tanta emoción. En cambio, señala el baño con la mano, en un gesto muy similar al que hacen los presentadores de programas de la tele cuando presentan al próximo concursante en participar.

—¿Qué? —pregunto pasando por delante de ella para ver qué es eso tan importante y... Ay. Ay. Ay—. ¿Eso es...?

—¿Un orinal? —añade con sonsonete—. Pues sí, Grace. Es un orinal.

—Yo no... a ver, es que... No puedo... Es en serio...

—Ya —indica mi prima con un gesto de afirmación—. Lo que yo decía.

Hasta Hudson parece traumatizado, y eso que lleva vivo unos doscientos años. Es verdad que, al parecer, ha pasado gran parte de esos años bajo tierra en una especie de raro coma vampírico intermitente, pero aun así estaba vivo. Y si hasta él está flipando, entonces esto es tan malo como pensaba yo. O puede que sea incluso peor... No obstante, a decir verdad, no se me ocurre cómo podría llegar a empeorar la situación ahora mismo.

—Dime que has venido a arreglarlo, por favor. Dime que la razón por la que tengo la enorme suerte de que me quieras tanto es que has venido a arreglarlo —digo, y ni me molesto en ocultar el tono de súplica de mi voz.

—Pues sí —responde—. Y como eres mi prima y mi mejor amiga, serás la segunda en disfrutar de mi magia.

—¿La segunda? —pregunto.

Entonces Macy me mira.

—Si de verdad crees que no he arreglado mi baño antes de venir aquí, entonces sobrestimas el aprecio que te tengo.

—Vale, tienes razón —convengo riéndome—. Por favor, arréglalo.

—Ahora mismo. El tuyo y el del resto... menos el de Isadora —añade con una sonrisita malvada.

—Me vale —dice Hudson, y echa un vistazo al baño, y está igualito que un niño pequeño que ha perdido su juguete favorito—. ¿Me estoy pasando si te pido también una ducha?

—Sí te estás pasando, estos cinco días te conformarás con la bañera —le advierto—. Porque aquí la prioridad máxima es tener un váter que funcione.

—Lo sé, nena. No voy a interferir en eso.

—Creo que puedo conseguirte una ducha también —responde Macy entre risas—. Pero no te esperes un rociador ni una ducha de cuatro chorros, ¿vale?

—A estas alturas me conformo con un grifo y un desagüe —dice Hudson con ironía.

—Y tanto —coincido. A ver, ¿cómo es posible que nunca se me pasara por la cabeza que, cuando la Corte Gargólica se quedó congelada en el tiempo hace mil años, todo lo demás se congeló también con ella..., incluidas las cañerías? ¿O debería decir la total inexistencia de un sistema de cañerías?

Sé que no teníamos más remedio que hacer esto (por lo menos, no si queríamos salir de esa puñetera mazmorra), pero juro que me habría replanteado mi estancia en la Corte Gargólica de haber sabido todo esto.

Aunque, bueno, no es que Cyrus hubiese instalado duchas en la mazmorra... pero sí tenía váteres, y eso es mucho mejor que un orinal.

Mejor voy a pasar de los orinales, muchas gracias.

Macy mueve la mano: el orinal desaparece... y en su lugar hay un váter. Un váter normal y corriente, de color blanco. Pero no voy a mentir: nunca me he alegrado tanto de ver uno en mi vida.

Con otro movimiento de mano Macy hace aparecer una pequeña ducha en el rincón del vestidor. No es sofisticada, pero coincido con Hudson esta vez. Me conformo con un grifo y un desagüe.

—¿Funcionan? —pregunto, y me acerco para encender el grifo de la ducha y confirmarlo.

—Sí —contesta Macy.

—¿A qué están conectados? —quiere saber Hudson—. Quiero decir, no hay sistema de alcantarillado, así que...

—En realidad he estado husmeando por ahí mientras intentaba decidir cómo iba a solucionar este problema, y sí que lo hay —lo corrige Macy—. Es mucho más rudimentario que el sistema al que estamos acostumbrados, pero las gárgolas son listas. Para construir su sistema de drenaje se han inspirado en el del Antiguo Egipto, así que se han conectado a uno de los ríos (no tengo claro a cuál), y han colocado ladrillos como si fueran tuberías para dirigirlo todo hacia el mar. He usado la magia para redirigir las cosas un pelín, y *voilà!* Ya tenemos, oficialmente, tuberías.

—Eres la persona a la que más quiero en este mundo —le digo a Macy.

—Como debe ser —responde ella con una sonrisa. Después le guiña un ojo a Hudson.

—Ahora mismo me parece estupendo que seas la persona a la que más quiere —contesta mi compañero.

—Sí, porque en tu caso esa es la ducha —señalo riéndome.

Hudson se encoge de hombros, pero la expresión de su rostro me deja claro que tengo razón.

—Ve a disfrutar de la ducha. —Macy lo empuja hacia el baño—. Voy a ir a salvar a Eden antes de ir con el resto.

—Eres una diosa —la halago mientras la acompaño a la puerta.

—Creo que me confundes contigo misma —observa entre risas—. Pero por esta vez voy a aceptar el cumplido. Ahora ve a la ducha antes de que Hudson se te adelante.

En el dormitorio resuena el chirrido del grifo antes de que termine la frase.

—Demasiado tarde —digo.

—Bueno, mira el lado bueno. Al menos no tienes que preocuparte por quedarte sin agua caliente.

—¿Por la magia? —pregunto esperanzada.

—Porque no hay agua caliente —contesta—. Hasta la magia tiene sus límites.

—Bueno, eso no es muy... —Me callo al oír el grito de sorpresa de Hudson. Ahora me toca a mí reírme—. Eso hace que me merezca la pena no tener agua caliente. Bueno, casi.

—Hago lo que puedo —dice Macy, y me guiña un ojo antes de salir por la puerta.

Dos minutos después me pongo el salto de cama que me ha dejado Siobhan, me meto bajo las mantas, y me quedo dormida antes de que Hudson se acueste en la cama conmigo.

Todo mi cuerpo insiste en que descanse lo máximo que pueda... antes de que mañana, en el entrenamiento, Chastain me utilice como ejemplo de lo que no hay que hacer en plena batalla.

75

Come, bebe, desconfía

Siobhan llama a mi puerta a las cuatro de la madrugada; lleva en las manos una bandeja que rebosa comida. Intento explicarle que es solo para mí, que Hudson es un vampiro y no come, pero ella se limita a negar con la cabeza e insiste en que me lo coma. Necesitaré todas las calorías.

Si tengo en cuenta que la bandeja tiene comida suficiente para alimentar a un nadador olímpico durante el entrenamiento más agotador de su vida, me preocupa un poco lo que me espera hoy. Lo que nos espera.

Después de colocar la bandeja en la mesa que hay junto a la ventana, vuelvo a meterme en la cama con Hudson. Sé que tengo que levantarme, pero hay algo en la sensación de sus brazos envolviéndome (de su corazón latiendo contra el mío) que hace que enfrentarse a lo que sea que venga después parezca más fácil.

Me tumbo sobre él y él me envuelve la cintura con un brazo para acercarme más a su cuerpo. Hunde la cara en mi pelo, inhala mi olor y, durante un minuto, todo está bien.

Durante un minuto somos solo él y yo, y el futuro que se abre ante nosotros.

Se me saltan las lágrimas de pensarlo, pero las escondo con un pestañeo antes de que puedan rodar por las mejillas y Hudson me haga un montón de preguntas que no quiero contestar. Pero aquí, entre sus brazos, en los instantes previos a que el amanecer rompa en los cielos, cuesta no acordarse. Cuesta no pensar en esos cuatro meses que olvidé durante tanto tiempo. Esos cuatro meses que lo cambiaron... todo.

Solo espero que lo que está ocurriendo ahora mismo (entre nosotros y a nuestro alrededor) no lo cambie todo de nuevo. Sobre todo no para peor.

Esa idea me inquieta, hace que me cueste estar aquí tumbada junto a Hudson y soñar que todo va bien al otro lado, cuando todo es tan incierto ahora mismo.

Así que hago lo único que se me ocurre en estos momentos. Ruedo para darle un beso a mi compañero y empiezo a salir de la cama.

Él desliza la mano hasta coger la mía.

—Todavía nos quedan unos cincuenta minutos antes de que tengamos que bajar.

—Lo sé. Solo me apetece levantarme temprano. —Extiendo la mano también y se la paso por el pelo revuelto por el sueño.

—Me levanto conti...

—Tranquilo —le digo—. Quédate en la cama. La verdad es que me vendría bien un ratito para pensar.

—¿Estás bien? —Su mirada adormilada pasa a estar alerta.

—Sí —contesto, aunque estoy demasiado abrumada por mis sentimientos ahora mismo para que sea cierto. Pero ¿qué se supone que debo hacer? ¿Lloriquearle porque lo siento demasiado lejos cuando el peso del mundo recae en nuestros hombros? ¿Contarle el miedo que me da que vayamos a morir todos?

Él ya sabe cómo me siento, porque se siente de la misma forma. Aislada. Frustrada. Un poco desesperada. Decidida a poner punto y final al terror de Cyrus.

No hace falta hablar de eso ahora mismo. No hace falta hacer nada que no sea entrenar como bestias para asegurarnos de que sigamos en pie cuando lleguemos al otro lado de esta pesadilla.

—Voy a dar un paseo para despejarme —le digo mientras le doy otro beso en la boca—. No tienes por qué perder horas de sueño.

Durante un instante creo que va a discutírmelo, pero debo de llevar escrito en la cara todo lo que siento, porque se limita a contestar:

—Vale.

Y después se incorpora y tira de mí para darme un beso que me recuerda todo aquello que tenemos y las razones por las que hay que luchar.

Paso un par de minutos lavándome los dientes y recogiéndome el pelo en un moño lo más tirante que puedo; lo cual no es mucho, pero una tiene que apañarse con lo que hay.

Siobhan nos ha traído a Hudson y a mí unas prendas de entrenamiento junto con la bandeja del desayuno y yo me pongo las mías. Mallas, camiseta y túnica del mismo color

gris. No es lo que se dice una vestimenta que me entusiasme, pero un uniforme es un uniforme, aunque tenga mil años.

Cuando estoy vestida (prefiero ponerme mis Converse que los zapatos de cuero hechos a mano que me ha traído Siobhan), cojo la bandeja de comida y me dirijo al pasillo. Todavía me quedan cuarenta minutos antes de que comience el entrenamiento y planeo encontrar un sitio bonito en las almenas para desayunar allí.

Pero apenas he dado un par de pasos cuando me topo con Flint en el pasillo. Viste la misma ropa que yo (sin duda es el uniforme de entrenamiento) y va unos cuantos pasos por delante de mí, así que todavía no me ha visto. Empiezo a llamarlo, pero me detengo en el último momento. Porque cuando contemplo cómo avanza por el pasillo, es más que evidente que está teniendo problemas.

Problemas para andar.

Problemas para respirar.

Problemas para existir.

Hace que quiera retirar todas las veces que me he sentido exasperada por su actitud estos últimos días. Porque por supuesto que está enfadado.

Por supuesto que está triste.

Por supuesto que le duele.

Los dragones tienen habilidades curativas increíbles, pero solo han pasado unos días desde que perdió la pierna. Un par de días desde que tuvo que aprender a caminar con una prótesis. Cuando está con nosotros hace que parezca sencillo. Pero al andar detrás de él, al ver cómo se frota la

pierna y toquetea las zonas en las que se ancla la prótesis, me doy cuenta de que no lo es. Ni de lejos.

Además, está lo de Luca. Me da tantísimo miedo pensar que puede ocurrirle algo a Hudson (o a nuestra relación) que no he podido ni quedarme en la cama porque mi cabeza no para de darle vueltas. A Flint ya le ha ocurrido lo peor, y en vez de disponer de unos cuantos días, semanas o meses para procesar esa pérdida, tuvo unas cuatro horas, y después ya estaba de vuelta en la superficie.

Vale, ha sido un capullo. Pero merece tiempo. Y yo he sido una gilipollas (y una amiga horrible) por pensar, aunque fuera por un segundo, que no tenía derecho a estar enfadado o a ser tan borde como le viniera en gana.

Así que lo sigo con tanto sigilo como me es posible, espero la oportunidad para revelar mi presencia sin avergonzarlo o hacerlo sentir débil. Y por fin se presenta cuando alcanza el final del pasillo y se apoya en la pared para tomarse un descanso.

Yo también me detengo, le concedo un par de minutos para que recupere el aliento. Entonces me esfuerzo por caminar tan rápido y haciendo tanto ruido como puedo.

Se da la vuelta para mirarme cuando me oye recorrer a toda prisa la segunda mitad del pasillo fingiendo que acabo de salir de mi habitación. Tengo la esperanza de que me hable, pero si en lugar de eso decide guardar silencio estoy preparada para dirigirle una breve sonrisa y seguir con mi camino.

Aun así, debajo de toda esa ira sigue estando el mismo chico que se ofreció a llevarme a caballito por las escaleras cuando sufrí de mal de altura mi primer día en el Katmere. Y

cuando me ve pasar a toda prisa con la pesada bandeja, me llama.

—Oye, Grace, ¿necesitas ayuda con eso?

Está un poco rígido cuando se separa de la pared, pero al caminar hacia mí su cojera desaparece. Y lo mismo ocurre con los ojos caídos y la cabeza gacha. Y lo odio. Odio con todas mis fuerzas que sienta que debe ocultármelo, que debe fingir conmigo cuando todo lo que quiero es ser su amiga y ayudarlo de todas las maneras en que él me lo permita. Y odio con todas mis fuerzas esta división entre nosotros que hace que parezca necesario.

Lo cual es la razón por la que hago justo lo contrario de lo que quiero hacer (que es no pedirle nada cuando sé que está sufriendo), y en vez de eso le contesto:

—La verdad es que sí. Esta bandeja pesa más de lo que pensaba. ¿Me podrías ayudar a llevarla?

—Pues claro. —Me la arrebata de las manos como si nada, pero abre los ojos como platos al ver tal cantidad de comida —. Madre mía, ¿es que planeas dejar sin provisiones a todo un regimiento?

—Por lo visto, Siobhan piensa que es justamente lo que debo hacer —contesto con una risa—. Pero me encantaría compartirlo contigo si te apetece.

Parece pensárselo un instante, sus ojos ambarinos se turban mientras se pasa una mano por el pelo afro. Pero al final me regala esa sonrisa que vale millones y que no había visto desde hace demasiado tiempo y responde:

—Sí, claro. ¿Adónde ibas?

Cambio de planes al instante, pues lo último que necesita ahora mismo con la pierna es subir hasta las almenas.

—Hay un par de bancos en el patio. Había pensado ir allí y ver el amanecer mientras desayuno.

—Buena idea —anuncia mientras caminamos hacia la parte delantera del castillo—. Así llegarás pronto al entrenamiento y ese capullo de Chastain no podrá decir ni pío.

—Puede que esa sea la lógica que se esconde tras mi locura —le comento mientras atravesamos el Gran Salón y salimos por la puerta delantera—. Estaría guay que Chastain me mirara como si no fuera un despilfarro de espacio, aunque solo fuera por una vez.

—Pensaba que esa era la forma en la que tienen que mirarte los entrenadores. ¿No es lo mismo que hacían los profesores cuando éramos pequeños? Te hunden, te hacen sentir como una mierda y después vuelven a levantarte.

—¿Mis profesores? Mmm, no.

Cuando lo miro con el horror en los ojos, se encoge de hombros.

—Quizá sea un rollo de dragones.

—Quizá —corroboro ligeramente aterrorizada por la descripción.

Estamos fuera, y lo guío hacia los bancos que recuerdo de mi primera visita con Alistair. Nos sentamos de forma que ambos miramos al mar, con la bandeja de comida entre los dos.

Y no es nada incómodo… si no fuera por el momento en el que ambos intentamos hablar a la vez. Y cuando ambos tratamos de coger la misma manzana. Y cuando ambos nos callamos al mismo tiempo y miramos a todas partes menos al otro.

Vaya tela. Esto es peor que mi primera cita. Mucho peor, si tenemos en cuenta que la tensión que hay entre nosotros es la tensión real que existe entre dos personas en bandos distintos de una separación imposible y no solo nervios y el miedo a quedar mal.

Acabamos sentándonos sin más durante un rato; el único sonido es el rugido del mar cuando rompe en la costa. Al final agarro un grueso trozo de pan y me lo como con un poco de mantequilla y un par de lonchas finas de carne que me recuerdan al beicon. El silencio me pone tan nerviosa que apenas puedo tragar, pero fuerzo la comida hacia abajo. Algo me dice que, cuando llevemos una hora entrenando, mataré por las calorías.

Cuando la tensión se vuelve tan densa que podría cortarse con un cuchillo, respiro hondo y hablo:

—Flint...

—No —contesta antes de que pueda decir nada más.

Es lo último que esperaba que dijera, sobre todo si tengo en cuenta que, si apenas yo sé lo que voy a contarle, ¿cómo es posible que él lo sepa?

—Pero yo...

—Que no —vuelve a interrumpirme—. Por favor. Ahora mismo no puedo lidiar con esto, y menos si quieres que sea útil durante el entrenamiento.

No es lo que quiero que diga (nada de esto es lo que quería cuando lo he engañado para que me acompañara en este pícnic incómodo), pero no puedo reprochárselo cuando lo dice de esa forma. Así que, en vez de intentar meterle la fuerza por la garganta mis motivos aún dispersos, agarro la bandeja que hay entre nosotros y la coloco en el suelo.

Después me acerco a él y lo envuelvo en el abrazo más grande y fuerte que puedo dar.

Al principio creo que va a apartarse y me mentalizo para ello.

Pero no lo hace.

Tampoco me devuelve el abrazo, ni se relaja contra mi cuerpo. Durante un buen rato se queda ahí sentado sin más, con la cabeza alzada, la espalda tiesa como un palo y los ojos fijos en el lejano horizonte.

La voz de mi cabeza me insta a soltarlo, me grita que es un error garrafal. Pero yo siempre he tenido la teoría de que hay que abrazar hasta que la otra persona se aparta (nunca se sabe si necesita el consuelo), así que tampoco lo suelto esta vez. Me limito a quedarme sentada mientras lo estrujo entre los brazos y me convenzo a mí misma de que, si no lo quisiera, ya se habría apartado.

Pasa el tiempo, los segundos se convierten en minutos y Flint sigue sin moverse. Y justo cuando estoy a punto de rendirme, justo cuando estoy a punto de pensar que mi filosofía me ha fallado, él se da la vuelta y me devuelve el abrazo. Me atrae hacia él y me aprieta con tanta fuerza que durante un momento creo que de verdad me ha roto dos o tres huesos.

Aun así no me aparto, un par de costillas rotas son un precio pequeño que pagar por este momento que dista de ser perfecto. Porque es real y eso es lo que importa, nosotros importamos.

Y me concede algo que hace días que no tengo.

Esperanza.

Esperanza de que encontraremos el camino para volver a unirnos, no solo Flint y yo, sino todo el mundo.

Esperanza de que, de alguna forma, todo va a salir tal como tiene que hacerlo.

Y, sobre todo, esperanza de que cuando por fin salgamos de esta pesadilla retorcida, horrible y en apariencia interminable, seguiremos en pie, hombro con hombro, al otro lado.

Son muchas esperanzas cuando Flint y yo ni siquiera podemos dirigirnos dos frases seguidas. Pero ahora mismo, en este mismo lugar, mientras el sol sale sobre el mar Céltico y me duelen las costillas por la fuerza del amor y la pérdida, la rabia y la desesperación de Flint, parece más que una esperanza.

Parece una promesa.

76

Why you wanna give me the runaround?

Una hora y media más tarde, la promesa que sentía ha desaparecido y en su lugar lo único que queda es dolor.

Es que, en serio, ¿cuántas vueltas alrededor de un castillo se supone que puede dar corriendo una persona?

—Más brío, Grace —me exige Chastain. Lo hace en un tono tan petulante que me entran ganas de tirarle algo a la cabeza..., una gárgola, por ejemplo, o uno de los enormes y resplandecientes cuchillos de Isadora.

Ahora mismo tengo a Chastain rondando un par de metros por encima de mí, en su forma de gárgola: «Es para criticarte mejor», pienso poniendo mi mejor tono de «lobo malvado que no solo se ha comido a la abuelita, sino a la familia al completo».

—Como sigas a este ritmo, ¡te vas a quedar aquí fuera una hora más que el resto! —me grita desde arriba—. Pero supongo que te da igual, ¿no?

Dado que el resto de las personas que están dando vueltas alrededor del castillo conmigo son dragones,

vampiros, une lobe, una bruja y un montón de gárgolas que lo único que han hecho durante los últimos mil años ha sido correr, la verdad es que sí, me da igual.

Y así se lo pienso explicar, pero, antes de que pueda abrir la boca siquiera, Chastain chasquea la lengua en señal de desaprobación y se aleja volando; casi seguro que va a pensar una nueva forma de torturarme, pues al parecer atormentarme le ha devuelto las ganas de vivir.

Juro que aparenta diez años menos de los que parecía tener la primera vez que vine a la Corte con Alistair. Es como si, cada vez que me gritase, rejuveneciera un mes. Y eso implica que, si nos quedamos aquí los cinco días que teníamos previstos, para cuando nos marchemos Chastain usará pañales y chupete.

—¡Vamos, Grace, tú puedes! —me anima Macy al alcanzarme. Y por alcanzarme quiero decir: «al doblarme»—. Ya falta poco.

Le pongo una mueca mientras me adelanta corriendo, pero ella solo se ríe… y acelera.

Unos treinta segundos después Jaxon me adelanta por octava vez, si no me equivoco; pero eso no cuenta, porque los vampiros se han desvanecido y han corrido alrededor del castillo a partes iguales. Y nadie puede seguirles el ritmo, salvo otro vampiro o un caza de combate. Cómo no, Isadora se ha desvanecido hasta terminar y ahora está en la entrada del castillo, con Hudson, quien ha podido saltarse el ejercicio porque todavía no puede exponerse a la luz del sol. Jaxon ya se ha librado de esa preocupación, y me muero de ganas por hablar del tema con él.

Dawud ha adoptado su forma lobuna, y ha establecido un récord. Qué suerte. Yo he intentado transformarme y hacer todo el recorrido volando, pero Chastain se ha deleitado explicando que el ejercicio debía completarse corriendo. Estaba en todo mi derecho de transformarme si me venía en gana, pero solo me serviría para tener que arrastrar mi cuerpo de piedra por la pista, y creo que está bastante claro que eso no iba a pasar ni de coña.

Quizá la culpa sea de mi instinto competitivo; quizá es que puedo ver a Chastain venir hacia mí y no quiero ser el blanco de sus gritos de nuevo. Pero, no sé cómo, encuentro las fuerzas para aumentar la velocidad. Alcanzo a Jaxon, y mi amigo me sonríe y, después, se pone a mi altura.

En cualquier momento podría desvanecerse y hacerme morder el polvo, pero no lo hace y se queda conmigo; ambos aumentamos poco a poco la velocidad, hasta que alcanzamos a Macy y la adelantamos. Los pulmones y las piernas me queman por dentro, pero mantengo el ritmo las últimas tres vueltas que me faltan; y Jaxon también, a pesar de que ya ha cumplido con sus vueltas hace un buen rato. Se queda conmigo hasta el final y, cuando por fin completo el ejercicio, me hace compañía y se echa al suelo, a mi lado.

Hace fresquito al aire libre (unos quince grados centígrados), pero estoy empapada en sudor. Aunque, claro, creo que no he corrido tan rápido en mi vida. Ni tanto tiempo.

Si estuviera en mi casa, me iría a darme una ducha y a cambiarme de ropa, pero solo llevamos una hora de entrenamiento. Además, echo un vistazo a las puertas abiertas del castillo, y veo a Hudson de pie junto a una

alucinante colección de armas medievales que me imagino que voy a tener que aprender a usar.

—¿Estás lista para volver al castillo? —pregunta Jaxon.

Miro a Hudson, quien está ensimismado analizando un palo largo con un círculo en la punta, como si el arma fuese lo más fascinante que hubiese visto en la vida. A mí no me parece tan interesante..., hasta que la coge y le da la vuelta, y me doy cuenta de que el círculo tiene unos ocho pinchos que sobresalen del borde interior, y todos apuntan hacia el centro del círculo; es como si los pinchos estuviesen aguardando a capturar a su pobre víctima para arrancarle la piel a tiras.

Bueno, sigue sin resultarme interesante. Horripilante, sí. Traumatizante, desde luego. ¿Interesante? Ni un poquito.

Y, si se me permite la pregunta, ¿qué coño se les pasa por la cabeza a los fabricantes de armas que, desde siempre, se han empeñado en crear algo que provoca el mayor dolor y sufrimiento posibles? A ver, que eso de poder defenderse es una cosa. Clavarle varios palos de casi ocho centímetros a alguien en el diámetro de la cintura es otra, y muy diferente.

—Ni de lejos —le respondo al final a Jaxon, cuando por fin soy capaz de desviar la mirada de la puñetera arma que está inspeccionando Hudson—. Gracias —añado sacudiéndome el polvo y las hojas que se me han pegado al culo—. No creo que hubiese podido dar esas últimas vueltas sin tu ayuda.

—Claro que sí —contesta Jaxon con una sonrisa en la cara —. Igual las habrías completado arrastrándote por la pista, pero sé que lo habrías logrado.

Me río, porque no le falta razón. No me va nada lo de correr por correr, sin un objetivo real, pero abandonar me va menos todavía; sobre todo delante de un puñado de gárgolas que se supone que son mis súbditos.

—Oye, ¿estás bien? —quiere saber, y me observa de arriba abajo con esos ojos oscuros que tiene, como si buscara una lesión provocada por el ejercicio físico.

—De puta madre —afirmo, y me obligo a esbozar una sonrisa que no siento.

—¿En serio? —Me observa con la duda reflejada en la mirada, pero yo me limito a poner los ojos en blanco y a fingir que, en el fondo, a una gran parte de mí no le está dando un ataque con toda esta situación. Jaxon echa un vistazo a Isadora, que le está mostrando a Hudson un arma con un aspecto particularmente brutal, con unos pinchos larguísimos. Después se centra en mí otra vez—. Está muy lejos, no nos oye. ¿Cuál es el plan de verdad, Grace?

Lo miro asombrada ante su pregunta. Y también con miedo a que, si lo digo en voz alta, el plan sonará incluso más ridículo de lo que ya suena de por sí en mi cabeza. En ese mismo instante Macy se acerca a nosotros y se despatarra en el suelo.

—¿Grace te está contando los detalles de su gran plan? —pregunta.

—Estaba a punto de hacerlo —responde Jaxon, a posta, y sé que ya no puedo seguir ocultándoselo por más tiempo.

Empiezo a mover los labios para contarles todo cuando la sombra de dos dragones descomunales me cubre las piernas. Tras un estallido de magia, Flint y Eden se acercan

a nosotros en su forma humana y toman asiento a nuestro lado.

—Oye, ¿hora del plan? —pregunta Eden, y me río por lo bien que nos conocemos todos.

De hecho, solo en este instante me siento como si todo fuera igual que antes, o casi. Y de pronto ya no me da miedo confesarles cuál es mi plan. Sé que me apoyarán.

Miro a Hudson, y mi compañero me regala una rápida sonrisa antes de guiar a Isadora hacia las profundidades de la armería para descubrir nuevas formas espeluznantes de matar a alguien. La está distrayendo para que podamos hablar, y por ello me anoto mentalmente que se merece una copa de sangre esta noche. Sobre todo cuando aprovecha que Isadora no está mirando y le hace señas con la mano a Dawud, quien las capta y se acerca a nosotros.

Cuando estamos todes, respiro hondo y procedo a explicarlo todo.

—Si no le damos a Cyrus la piedra divina, matará a todo el mundo. Sin prisas y haciéndonos sufrir. Pensáis lo mismo, ¿no? —pregunto, y el resto asiente—. Es lo que hay.

»No hay otra solución posible a esa sencilla ecuación: o le damos la piedra o morimos, porque las mazmorras anulan todos nuestros poderes. —Respiro hondo otra vez y entonces lo suelto sin más dilación—. Así que vamos a darle la piedra divina. Y, mientras esté entretenido convirtiéndose en un ser todopoderoso, vamos a competir en las Pruebas y vamos a superarlas, vamos a ganar. Vamos a coger las Lágrimas de Eleos y a curar al Ejército Gargólico, lo cual hará que Cyrus vuelva a ser vulnerable. Entonces voy a coger esta Corona... —levanto la mano del tatuaje para que

puedan verla bien—, voy a coger esta Corona, que tanto sufrimiento ha provocado conseguirla, y voy a hacer que las muertes que hubo no fueran en vano. Reuniré a mi Ejército, nos enfrentaremos a Cyrus de la mano, lo pondremos contra las cuerdas y usaremos la Corona para arrebatarle todo lo que la piedra divina le haya otorgado. Y luego le haremos pagar por todas las personas a las que ha hecho daño. Acabaremos con el sufrimiento.

Se me ha acelerado la respiración, y el corazón me va a mil por hora mientras les explico mi plan, acongojada por si en algún momento algune de elles me interrumpe y me dice que todo eso es en vano. Pero, en vez de hacer eso, mis amigues se quedan en silencio, procesando todo lo que les he contado y, seguramente, también procesando las posibilidades que tenemos.

—Vale, a ver, solo un detallito de nada —dice Flint carraspeando—. ¿Qué te hace pensar, así de repente, que podemos superar las Pruebas? Esa mujer, la tal Tess, parecía convencida de que íbamos a perder, y a perder a lo grande.

No hay indignación en sus palabras, y siento una presión en el pecho al comprender que ha vuelto a aceptar mi idea, a pesar de que lo estoy llevando a una muerte segura. Y justo por eso sé que vamos a superar las Pruebas.

—Por eso mismo, Flint. Ya sabemos lo que es perder, y perder a lo grande también. Y Cyrus se cree que eso nos hace débiles —explico, y niego con la cabeza—. Pero perder no nos hace débiles. Cada vez que debemos reponernos, nos hacemos más fuertes. Cada vez que debemos encontrar el valor para volver a intentarlo, para volver a tener

esperanzas, para volver a confiar... —Les miro, consciente de que todo el grupo está pensando en Liam, incluida yo, y continúo—. Cada vez que nos recuperamos nos hace más fuertes. Y somos más fuertes, de verdad. Podemos con esto, en equipo. Estoy segura.

—Entooonces —dice Eden estirando la palabra—. ¿Nos estás diciendo que somos un grupo de perdedores y que por eso mismo vamos a ganar?

—A ver, creo que yo lo he dicho de forma más elocuente —bromeo—. Pero sí, en resumen, sí.

—Guay —contesta la dragona.

—Además —añado—, huelga decir que, si no lo hacemos, Cyrus se convertirá en un dios, y empezará (y acabará) la guerra más cruenta que este mundo haya visto jamás. Y comenzará con toda persona que haya estado en su contra.

—Entooonces —repite Eden estirando de nuevo la palabra —. ¿Tu discursito va de que, como de todas formas vamos a sufrir una muerte sangrienta, cojamos nuestra racha de mala suerte y la aprovechemos en una estrategia para ganar la Fuente de la Juventud?

Vale, es verdad que esta vez sonaba mejor con mis palabras.

—Me apunto —dice Jaxon. Sin añadir nada más. Pero mira a Flint, le sostiene la mirada un par de segundos y el dragón asiente.

—Yo también —se une Flint.

—Hombre, yo me apunto a cualquier plan que suponga que ese fantasma reciba todo lo que se le viene encima —asegura Eden.

—Y yo —añade Macy con una sonrisa traviesa.

Nos volvemos hacia Dawud al unísono.

Le lobe levanta las manos y dice:

—Oye, que yo no he participado en esa supuesta racha de mala suerte que al parecer os ha hecho más fuertes, así que yo ahí no gano nada. Pero, aunque eso sea una pena, odio a los matones. Y Cyrus ya es mayorcito para ser un matón. Así que contad conmigo.

Mis amigos y yo lo celebramos y le alborotamos el pelo a Dawud.

—Joder, me has preocupado durante un instante —le chincha Flint.

—¿Preocupado por qué? —pregunta Isadora, y todes nos volvemos de repente como si nos hubiese dado una descarga eléctrica. ¿Cuánto tiempo lleva ahí detrás?

—Dawud nos estaba contando que creía que estaba empezando a sentir algo por ti, Isadora —la pica Flint, y tanto a Dawud como a Isadora se les ponen las orejas de un rojo incandescente—. Pero le he explicado que le habrá sentado mal el desayuno, nada más.

Isadora pone los ojos en blanco.

—De verdad, qué infantiles sois —murmura, y se aleja.

Dawud se vuelve hacia Flint y sisea:

—No-mola-nada. Podría haberme matado y haber usado mi pierna para hacerse un par de brochetas a la barbacoa.

Y todos nos descojonamos con su comentario.

Para cuando conseguimos recomponernos del ataque de risa, nos levantamos y caminamos desganados hacia el castillo, donde nos reunimos con Hudson.

—A ver, entonces vamos a darle la piedra divina a Cyrus, a petarlo en las Pruebas y, después, vamos a hacer que ese

cabrón pretencioso se trague la Corona, ¿no? —pregunta Hudson como si nada.

Me sorprendo tanto que las cejas casi me tocan el nacimiento del pelo.

—¿Cómo has adivinado que ese era mi plan?

—Era la única decisión inteligente. —Hudson tira de mí hasta que me rodea con los brazos—. Y mi compañera es la hostia de inteligente.

Flint hace como que le dan arcadas, pero Hudson lo ignora y se inclina para darme un besito fugaz, que le devuelvo sin pensármelo.

—¡Se acabó el recreo, chicos! —brama Chastain desde nuestra izquierda, y todes nos quejamos—. Venga, que todo el mundo, menos Hudson, coja un arma y vaya al campo de entrenamiento.

Entonces señala con la cabeza a mi compañero y se vuelve para gritarles a los soldados gárgolas que tiene detrás:

—Ese de ahí parece estar más interesado en las carantoñas que en la lucha.

Todas las gárgolas sueltan una risilla, pero miro a Chastain con los ojos entrecerrados y le espeto:

—Más te vale rezar para no ver cómo lucha mi compañero, Chastain. No durarías ni cinco minutos.

Porque sí, ya está bien de tanta bromita con el tema de la sangre y el sexo. Estoy harta, la verdad. Por eso mismo me vuelvo hacia mi compañero, lo cojo por la camisa le obligo a inclinar la cabeza y le doy un buen morreo delante de todo el mundo. Varias gárgolas vitorean y silban lo que dura el beso. Hasta Macy grita: «¡Grande, Grace!», pero apenas los

oigo, pues todo se apaga a lo lejos, todo salvo el tacto de Hudson.

Este chico lo es todo para mí, y se merece que todo el mundo vea lo orgullosísima que estoy de que la suerte quisiera que fuese mi compañero. Con un último roce de labios, me alejo y aliso las inexistentes arrugas de mi túnica antes de dar media vuelta sobre los talones y caminar hacia el campo de entrenamiento. Pero no antes de apreciar la deslumbrante sonrisa que adorna el rostro de Hudson. O cómo Chastain aprieta los dientes al ver que lo he dejado en evidencia delante del resto.

Tengo claro que dentro de un rato voy a sufrir las consecuencias de mis actos, pero ha valido la pena, con creces.

77

Un mandoble de doble filo

Chastain está de pie en la zona de entrenamiento observándome, como no podía ser de otra manera. Estoy decidida a no ponerlo en mi contra más de lo que ya lo está, así que me apresuro a su encuentro. Y me paro en seco cuando me pone un mandoble en la mano con brusquedad.

O al menos me parece que es un mandoble. Tampoco es que esté muy puesta en armamento del medievo, pero así creo que debería llamarse lo que llevo en la mano. Tiene una empuñadura decorativa con hermosas piedras semipreciosas incrustadas, además de una hoja gruesa y de doble filo que casi mide un metro y parece peligrosa de la hostia.

Además, el trasto pesará casi unos cuatro kilos. Bueno, vale, puede que esté más bien entre dos y tres, pero la idea de blandirlo me da mucho reparo (y más si es sobre mi cabeza). Así que supongo que si no es un mandoble, debería serlo. Y además, tampoco quiero usar uno si va a ser más grande que esto.

Aun así, no pienso pedirle a Chastain que me dé más información sobre el arma, ni a expresar mis dudas de que de verdad pueda luchar con esto. Le he dicho que estábamos aquí para ayudar en el entrenamiento al Ejército Gargólico. Debo actuar como si supiera lo que me hago.

En serio, uno de estos días se dará alguna situación en este mundo donde no creeré que tenga que fingirlo hasta sentirlo. Pero, sin duda, hoy no es ese día, ni de lejos.

Me apoyo la pesada espada sobre el hombro y me dirijo lentamente hacia la zona de sombra donde está sentado Hudson con las piernas estiradas y una copia de *Medea* en las manos. Debería haberme imaginado que ya habría encontrado la biblioteca de la Corte..., además de una tragedia que leer.

—Me gusta mucho cómo te queda —admite Hudson; el calor de nuestro beso de antes todavía le arde en la mirada —. Es muy sexy.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Qué tiene una mujer armada que os pone tan cachondos a los tíos?

—Muchas, pero que muchas cosas —contesta con un destello perverso en los ojos—. Me encantaría mostrarte algunas cuando acabes con el entrenamiento.

—Lo tendré en mente —aseguro mientras niego divertida con la cabeza. Empiezo a retroceder para dirigirme a los círculos de entrenamiento e intentar descifrar lo que se supone que debo hacer con este bicho, cuando Hudson me agarra del codo con una mano.

—Oye. —La risa desaparece de sus ojos y se inclina hacia delante para que pueda oírlo cuando baja la voz hasta que

es poco más que un susurro—. Este es tu sitio.

Las palabras me golpean con más fuerza de la esperada, seguramente porque van directas al epicentro de todo lo que he estado sintiendo hoy, y me aparto.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunto mientras suelto el codo de su suave agarre.

—He pensado que igual necesitabas escucharlo, nada más. —Ahora se inclina hacia abajo, de forma que casi me roza la oreja con los labios cuando añade—: Sé que ahora mismo no te lo parece, pero no tienes que ser la más fuerte, ni la más rápida, ni la tía más dura para ser una buena soberana, Grace. Solo tienes que preocuparte por su felicidad más que por la tuya propia.

Contemplo el suelo mientras jugueteo con los pies, la vergüenza me revuelve el estómago.

—Ya, y por eso los sacrificaría a todos para salvarte a ti, ¿no?

—No lo harías —contesta, y suena tan seguro que levanto la mirada para encontrarme con la suya.

—¿Cómo lo sabes? —musito.

Se encoge de hombros, se recuesta hacia atrás y vuelve a abrir el libro antes de responder.

—Porque jamás serías tan egoísta como yo.

Sé que no pretendía que sus palabras se me clavaran en el corazón como un cuchillo, pero se me cae el alma a los pies igualmente. ¿De verdad se piensa que no sacrificaría el mundo entero para salvarlo?

—Lo haría —murmuro; él vuelve a levantar la mirada y no se aprecia más que amor y ternura en ella.

—No, no lo harías, Grace. Y es una de las razones por las que te quiero tantísimo. —Sonríe—. Eres increíblemente fuerte. Siempre sacrificarías tu propia felicidad en beneficio de los demás y es justo eso lo que te va a convertir en una soberana alucinante. —Señala con la mano el campo de entrenamiento—. Venga, sal ahí y muéstrales lo que sabes hacer.

Sigo sus indicaciones y me dirijo al campo, porque no puedo llegar tarde, no cuando Chastain me la tiene jurada. Pero eso no significa que haya dado por terminada esta conversación, porque no ha acabado. Ni por asomo.

¿Cómo va a dudar Hudson ni por un segundo de que no sacrificaría lo que fuera, de que lo sacrificaría todo para salvarlo? Es mi compañero y mi mejor amigo, todo en uno, y no me puedo imaginar ni un día sin él, mucho menos una vida entera. Renunciaría a la Corona sin dudarlo por salvarlo; renunciaría a mi vida para salvar la suya, ¿y se cree que lo dejaría morir sin más?

No, esta conversación no se ha acabado. Necesito saber qué he hecho para que crea semejante cosa. Y qué puedo hacer para que entienda lo mucho que lo quiero y lo necesito.

En cuanto llego a la zona de entrenamiento, Chastain ordena a una gárgola joven que se coloque en el campo enfrente de mí y le comenta sardónico que no le dé mucha guerra a su reina. La burla hace que todas las gárgolas que se han arremolinado a nuestro alrededor para observar se rían, y sé que debería importarme. Que debería importarme que se niegue a mostrarme ni una pizca de respeto. Que

debería importarme que parezca mostrar el mismo desdén por mí que por Cyrus.

Pero me da igual.

No puedo más que pensar en que Hudson tenía razón. Que gobernar no tiene nada que ver con lo fuerte o lo rápida que eres.

Gobernar tiene que ver, en última instancia, con la pérdida.

Porque, sin importar lo que ocurra o las decisiones que tome, al final alguien va a perder siempre. Y lo que es peor, la decisión de quien sufrirá más pérdidas será mía y solo mía.

78

Cruza la pasarela

—¡Otra vez! —me grita Chastain; a pesar de que lo dice sin alterar la voz, noto que oleadas de ira le recorren el cuerpo —. La espada arriba, coge la empuñadura con ambas manos, y ahora muévela de un lado a otro.

Me duelen un montón los hombros de levantar el peso del mandoble por encima de mi cabeza una y otra vez. Llevamos con este ejercicio más de dos horas, y creo que por fin estoy pillando los movimientos: levantar, oscilar, girar, bloquear e intentar no acabar en el suelo. No aclarar. Repetir.

Hablando de no aclarar..., las gotitas de sudor me caen por la espalda, pero levanto el mandoble de nuevo mientras otra gárgola (Moira, una preciosa mujer alta con la piel morena y las orejas llenas de pendientes) oscila su espada para entrechocarla con la mía. Me obligo a no dar un paso atrás cuando las hojas de las armas se encuentran, y mantengo el bloqueo el tiempo suficiente para que dejen de temblarme los brazos.

Moira da media vuelta hacia atrás, y esta vez baja la espada; mi instinto me dice que despliegue las alas y salte todo lo alto que pueda para evitar la estocada. Al bajar, giro la espada y la dejo justo sobre su nuca.

—¡Eso es! —me anima Macy, quien se ha tomado un descanso para observarme desde donde sea que esté—. ¡A por ella, Grace!

Niego con la cabeza, un poco avergonzada por el entusiasmo de mi prima, pero también más que complacida de ver que alguien se ha percatado de mi movimiento y piensa que lo he hecho bien, dado que Chastain me mira como si se hubiese tragado el limón más ácido de todos los tiempos. Aunque, bueno, lleva toda la mañana con la misma expresión, al menos cuando nos observa a mí o a algune de mis amigues... con una clara excepción.

Adora a Isadora.

No bromea ni se ríe con ella como sí hace con muchos de los miembros del Ejército Gargólico, aunque estoy convencida de que no lo hace porque Isadora no sabe bromear. Pero Chastain se pasa el tiempo alabándola por su forma física, su habilidad con los cuchillos (la cual, debo admitir, es realmente impresionante), su velocidad...

Y vale, lo entiendo. Es una puta pasada verla utilizar sus armas, pero ¿tan buena es que se merece unos cincuenta cumplidos por hora? ¿Sobre todo teniendo en cuenta que apoya a Cyrus? Ya sé que dicen eso de que hay que tener a tus enemigos cerca, pero yo creo que lamerles el culo ya es pasarse de cercano para cualquiera, hasta para Chastain. «Él no sabe que Isadora está en el bando de Cyrus», me susurra una vocecita desde el fondo de mi mente, pero

hago a un lado mi sentido del juego limpio de una patada. Los brazos me duelen un huevo.

—Foster, ven aquí —me llama Chastain, y estoy tan sorprendida que casi se me cae el mandoble. Pero como eso no haría otra cosa que provocar más gritos contra mi persona, lo agarro con fuerza con las yemas de los dedos mientras me dirijo hacia él.

—¿Qué quieres? —pregunto cuando llego hasta él. Reconozco que la mayor parte del Ejército no se dirige a él con estas formas. Pero no dejo de pensar en Nuri, y en su comportamiento. Sé que ni de lejos soy tan chunga como la reina dragona, pero estoy intentando trabajarme la imagen de una reina, y no la que ve Chastain, la de una niña de dieciocho años.

Al principio el teniente no me contesta. En cambio, me mira como si no se creyera que no me muestre solícita con él. Y una parte de mí tampoco se lo cree. Pero mis amigues y yo nos estamos dejando la piel para entrenar al Ejército Gargólico por turnos. Sé que al principio no fue más que una treta para justificar nuestra presencia en la Corte pero, a medida que empezamos a entrenar con los soldados, a aprendernos sus nombres y a forjar amistades, poco a poco ha ido adquiriendo otro significado.

No sé bien cómo, me olvidé de una cosa mientras ideaba todos los detalles de mi plan para machacar a Cyrus. Me he centrado en cómo puedo utilizar al Ejército Gargólico para ayudarme a activar la Corona y derrotar al rey vampiro, pero no pensé en ellas, en las gárgolas, como en algo más que un ejército. Se me olvidó que también son personas.

Era diferente cuando no las conocía, cuando no había luchado con ellas, ni había cenado con ellas, ni había hablado con ellas. Eran entidades sin nombre, sin cara... Unas piezas de ajedrez que movía a mi antojo, y no me importaba si perdíamos un par de ellas en la batalla, si así conseguíamos detener a Cyrus.

Pero ahora, con cada persona que conozco, con cada persona que tengo bajo mi mando, las preguntas y la preocupación me abruman. ¿Conseguirá Trent sobrevivir a la guerra? ¿Y Moira? ¿Alguien?

Observo los cientos de soldados que se desperdigan por el campo, entrenando, hablando, bebiendo un poco de agua, y no puedo luchar contra el filo de las palabras de Hudson, que se deslizan por mi piel.

—Quiero que muevas el aire. —Las palabras de Chastain me sacan de mi ensimismamiento.

—¿Que mueva el aire? —pregunto sorprendida, sin tener claro qué es lo que me está pidiendo—. ¿Con qué?

—Con tu poder —me responde, y parece tan sorprendido de que haya tenido que preguntarle que se le ha olvidado el cabreo.

—Perdona —digo después de mirarnos el uno al otro desconcertados durante un par de segundos—. No sé a qué te refieres.

Me mira como si pensara que estoy de coña. Luego levanta una mano y, joder, mueve el maldito aire. La ráfaga me da de lleno justo en medio del esternón.

El golpe me corta el aliento y casi me tira al suelo, pero reúno hasta la última gota de energía que me queda para

aguantar la arremetida. Ni de coña pienso darle la satisfacción de hacerme caer. Hoy no.

Ni tampoco voy a darle la satisfacción de oírme decir lo guay que me parece lo que acaba de hacer. No después de cómo me ha tratado desde que estoy en la Corte.

Chastain me mira con la ceja enarcada mientras intento mantener los pies bien pegados al suelo de piedra. Pero lo único que dice es:

—Mueve el aire.

Como si fuera tan fácil.

Aunque, bueno, pensándolo bien, igual sí es tan fácil. Pienso en el agua que atraje en el Ludares, y la tierra que utilicé para curarme tras la mordedura de Cyrus. Hudson me ayudó a aprender a encender una vela, y un montón de gente me ha ayudado a aprender a volar. Pero nadie me enseñó a manipular la tierra y el agua. Lo descubrí yo sola al ver que era posible. Ahora que sé que mover el aire también es posible, puedo descifrarlo yo sola también.

O, al menos, espero hacerlo.

Quiero pedirle a Chastain que me enseñe lo que ha hecho un poco más despacio, pero la verdad es que tampoco ha hecho mucho. Ha dado un suave puñetazo al aire y he sentido cómo este me daba de lleno en todo el pecho.

Con ese pensamiento en mente, respiro hondo. Intento concentrarme en la energía de mi cuerpo. Y entonces doy un puñetazo al aire, rápido y fuerte.

No ocurre nada, salvo que Chastain me mira con cara de engreído otra vez. Y eso me cabrea mucho, puesto que estoy tratando de hacer algo que hasta hace dos minutos no sabía ni que fuera posible. En fin, me esfuerzo al máximo

en pasar de él y de esa mirada asquerosa que tiene en la cara, aunque es más difícil de lo que parece.

Inspiro un par de veces más e intento encontrar la energía del elemento. Es más complicado de lo que lo fue con el agua, pero la encuentro. Puedo sentirla aquí mismo, cerca de mi alcance.

Esta vez cierro los ojos cuando procuro cogerla, y visualizo el aire rozándome la piel. Moviéndose entre mis dedos separados. Acumulándose en la palma de la mano mientras cierro los dedos a su alrededor.

Y, esta vez, cuando lanzo un puñetazo, siento que el aire se mueve. Noto la explosión de moléculas alrededor de mi puño. Observo la brisa que he creado revolviéndose contra el pelo y el cuello de la túnica de Chastain.

Lo he conseguido. Lo he conseguido de verdad. Ni de lejos ha sido tan potente como el de Chastain, pero lo he hecho. Y si tenemos en cuenta que solo era la segunda vez que lo intentaba, a mí me vale.

—Hazlo otra vez —me ordena Chastain.

Y le hago caso; lo hago otras tres veces, para ser más exacta, y cada intento es más poderoso que el anterior. Ni uno se acerca al puñetazo de aire que he sentido contra el esternón, pero cuando el aire levanta el pelo del teniente, empiezo a pensar que quizá pueda conseguirlo.

Espero que me pida que lo repita, pero esa petición no llega. En cambio, se vuelve hacia Isadora, quien, vaya sorpresón, está lanzando cuchillos a un blanco en movimiento, y la llama con un gesto para que se una a nosotros. Una fantasía, pues estoy segurísima de que voy a reemplazar al blanco en movimiento.

Chastain confirma mi teoría cuando se aleja varios pasos de mí. Entonces ambos observamos cómo Isadora desfila hacia mí como si la Corte Gargólica fuese una pasarela gigante y ella fuese la atracción principal.

—¿A quién quieres que mate? —pregunta cuando por fin se detiene ante Chastain.

—Ahora mismo, a nadie —responde como si fuese la pregunta más normal del mundo—. Pero en cualquier momento puedo cambiar de opinión.

—Avísame cuando eso pase. —La chica da media vuelta para volver por donde ha venido, una decisión que me parece estupenda, pero Chastain se interpone en su camino.

Isadora le lanza una mirada que expresa que, o se mueve, o le va a dar igual convertirlo en su próxima diana, pero Chastain ni se inmuta. Se acerca a ella para hacerla girar y le dice:

—Creo que es hora de hacer el entrenamiento de hoy un poco más entretenido para nuestros huéspedes.

Mis músculos, que podrían gritar de dolor, no opinan lo mismo, pero tampoco es que sean capaces de decir nada al respecto.

Nos guía hasta una zona del campo de entrenamiento en la que ya me había fijado antes, con forma de círculo enorme. Cuando entramos en el lugar, no puedo evitar sentir que nos estamos adentrando en una especie de pista de combate, y me pregunto si algune de mis amigues se ha dado cuenta de que me están llevando a mi posible ejecución.

Y, por supuesto, se han percatado, pues no tardo en ver a Jaxon y el resto congregades a mi derecha, y a Hudson

desvanecerse hasta un árbol cercano y recostarse sobre él, como si no le preocupara nada en este mundo. Pero lo tengo muy calado porque... ¿Hola? Seguro que ha escuchado todo lo que ha pasado en el campo de entrenamiento y se ha dado cuenta de que me han obligado a entrenar con el mismísimo demonio, y se ha arriesgado a desvanecerse a través de los rayos del sol para estar un poco más cerca. Le lanzo una mirada fugaz, que expresa: «Gracias por la confianza», y me río cuando él se encoge de hombros y me sonríe, porque es evidente que me está diciendo: «Eh, que yo solo he venido a llevarme el cadáver». Mi cadáver, seguramente, pero no hace falta hilar tan fino.

—*Bailigh!* —grita Chastain una vez se coloca en el centro del círculo, y todas las gárgolas que están en el campo de entrenamiento interrumpen lo que estaban haciendo al instante y, a empujones, vienen hacia nosotros y se dispersan alrededor del círculo—. Ha llegado el momento de elegir al guardia vigilante —dice, y todo el mundo vitorea.

Bueno, no suena tan mal. Se me da de maravilla vigilar. No tengo muy claro qué tendré que vigilar, pero, vale, puedo hacerlo. Empiezo a sentirme más segura de mí misma hasta que Chastain me mira fijamente a los ojos y por la comisura de la boca entreveo el nacimiento de una sonrisa de satisfacción, como si supiera algo que yo desconozco y se muriera de ganas por conocer mi reacción cuando lo descubra.

—Las reglas son simples, Grace. Cada día nombro a un guardia vigilante, y esa persona entra en el círculo. —Con las manos abarca el círculo de casi nueve metros de ancho en el que estamos—. Cualquiera puede oponerse a mi

decisión y entrar en el círculo para enfrentarse a ti. Esa persona tendrá cuatro minutos para vencer al guardia vigilante. Cuando pasen esos cuatro minutos, el ganador será proclamado el nuevo guardia vigilante.

—Y después ¿qué pasa? —pregunta Macy.

—Otro oponente puede entrar en el círculo.

—No, me refiero a qué pasa si nadie más quiere desafiar al último guardia vigilante.

—El mayor de los honores —contesta Chastain como si así lo explicara todo.

La mujer que conocí durante mi primera visita a la Corte congelada da un paso hacia delante, y le rebotan las trenzas cuando se vuelve para dirigirse a Macy.

—El guardia vigilante es el cargo más venerado en nuestro ejército. Por las noches, todas las gárgolas que vivimos aquí depositamos nuestra confianza en el guardia vigilante, conscientes de que podemos dormir en paz, de que podemos recuperar fuerzas para luchar un día más, gracias a su sacrificio. Hacerles ese regalo a tus compañeros es un honor inconmensurable, de verdad.

No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que todo este rollo del guardia vigilante es como ser elegido empleado del mes, pero con esteroides. Tal vez haya sido así como Chastain ha logrado que tantísima gente siguiera entrenando durante mil años, día sí día también, sin tener ni idea de cuándo acabaría este purgatorio y daría comienzo la auténtica batalla. Que sí, que vale, que buena idea, pero no me importa que mi retrato no acabe hoy colgando de la pared de la sala de personal.

—Ser proclamado guardia vigilante es ser merecedor de gobernar a nuestro pueblo, de liderar un ejército. —Chastain me sostiene la mirada tras decir lo que quería decir. Entonces se vuelve hacia su ejército y anuncia, con un ademán ostentoso—: Por eso mismo, hoy nombro a nuestra reina guardia vigilante.

La multitud prorrumpe en ovaciones, y yo sé que piensan que su teniente me está otorgando un gran honor. Pero eso no es, ni de lejos, lo que está haciendo Chastain. Quiere demostrarle a todo el mundo justo lo contrario: lo poco que merezco ser su reina. Y, como si eso no fuera lo peor que me podía pasar, el hombre se vuelve hacia Isadora y le dice:

—Bueno, Izzy, esperaba que me hicieras el honor de ser la primera oponente de nuestra reina.

«¿Izzy?», le digo moviendo los labios a Macy, pero mi prima se limita a encogerse de hombros. Entonces miro a Isadora y espero encontrármela pensando qué cuchillo usará para cortarle la lengua a Chastain por las confianzas. Pero la chica hace como que no ha oído el apodo que ha usado la gárgola. Y con eso ya sé todo lo que tengo que saber. Isadora está encantada. ¿Qué les pasa a los Vega que se piensan que la mejor forma de ocultar sus emociones es haciéndose los aburridos?

Y en ese instante se me enciende la bombilla. Isadora debe de tener unos traumas paternos tan horribles como los de Hudson y Jaxon (tan grandes que hasta podrían conducir solos), y por eso en el fondo la aprobación de Chastain lo es todo para ella. Suspiro; eso significa que va a esforzarse el doble, y más, para darme una paliza delante de él.

—Será todo un placer —dice la chica, que cambia de postura y apoya todo su peso sobre los talones.

Ni siquiera me da tiempo a pensar cómo defenderme cuando Chastain grita:

—¡Luchad!

Izzy me ataca antes de que pueda coger mi hilo platino.

79

Quien se lo encuentra se lo queda (y quien no, que se arrastre)

—Vaya, eso no ha sido humillante, qué va —señalo para nadie en especial mientras me ajusto la bolsa de hielo que me cubre lo que parece un tercer cuerno incipiente entre ceja y ceja.

El colchón se hunde a mi lado y Flint dice:

—Eh, ha sido un golpe a traición. No le des más vueltas.

—Pero ¿te haces una idea de la precisión que ha puesto en su lanzamiento? Lo ha calculado perfectamente para que fuera la empuñadura del cuchillo lo que le diera a Grace en la cabeza, y no la hoja —comenta Dawud, y es imposible no darse cuenta del asombro que desprende su voz.

—¿Verdad? —responde Eden con entusiasmo—. Joder, ha sido una pasada brutal.

Gruño.

—Y para mí una vergüenza. No te olvides de esa parte. —Abro un ojo para contemplar la cara de Flint—. Tengo que haber batido el récord de la derrota más rápida de una guardia vigilante. No me sorprendería que hubiera un

tablero de clasificación (o de desclasificación) con mi nombre en alguna parte.

—Venga, exagerada, si no ha sido para tanto. —Jaxon se sienta a mi otro lado y me sonríe con ternura.

—Tiene razón —asegura Macy con una sonrisilla—. Lo que va a estar en boca de todos esta noche es que tu novio echaba humo al ir corriendo hasta ti en el campo. Tendríamos un vampiro asado y bien crujiente entre manos si Jaxon y Flint no lo hubieran arrastrado hasta las sombras en cuanto se ha asegurado de que ibas a sobrevivir.

Gruño más alto. Genial. Justo lo que necesito. No es solo que no pueda durar ni cinco segundos en el círculo, sino que, además, mi novio ha tenido que venir corriendo para ver si me encontraba bien de lo noqueada que estaba. De verdad que espero que mi cama se convierta en un enorme agujero y se me trague sin dejar rastro.

—Por favor, decidme que alguien le ha arrebatado el puesto de guardia vigilante —suplico; rezo a todos los dioses para no tener que pasarme otra cena escuchando cómo habla de su «glorioso propósito» como si le hubieran dado cuerda (y sí, estoy escuchando la voz de Loki en mi cabeza en estos momentos).

—Uy, Artelya la ha hecho morder el polvo. —Macy me sonríe y me explica que es el nombre de la soldado que nos había explicado todo sobre el guardia vigilante—. He grabado la pelea con el móvil, por si quieres ver el vídeo.

Y por eso mismo quiero a mi prima.

—Dame, dame —pido y Flint se hace a un lado para que Macy pueda subir a la cama y colocarse junto a mí. Me incorporo hasta estar sentada sobre los almohadones con

cuidado de que no se me caiga la bolsa de hielo de la cabeza, y veo el que tiene que ser el mejor vídeo de cuatro minutos de toda mi vida. Artelya no ha dejado noqueada a Izzy, pero está claro que la superaba, y termina con un movimiento superguay en el que agarra a la vampira, que está medio desvanecida, la levanta por los aires con un aleteo y después la estampa contra la tierra con un ¡pam! que retumba.

—Eso le va a dejar marca —comento y Macy y yo soltamos una risilla—. Vamos a verlo otra vez.

—Tenemos que hablar del rollo este de la guardia vigilante —interviene Jaxon—. Habíamos planeado hacer turnos para pasar las noches buscando la piedra divina, pero si hay un guardia apostado todas las noches, vamos a tener que idear una forma de no levantar sospechas.

Razón por la cual acabamos diciéndole a Siobhan que tenemos demasiadas agujetas para asistir a la cena de esa noche y, en vez de eso, nos pasamos el rato intentando elaborar una estrategia para dar con la piedra divina. Al final decidimos dividir la Corte en cuadrantes; nos turnaremos cada noche para peinar un cuadrante en grupos de dos y le diremos a cualquiera que nos pregunte que estamos llevando a cabo una inspección de la Corte para la reina, quien quiere reconstruirla en el presente, pues hace mucho que está en ruinas. Todo el mundo está de acuerdo en que esa es la razón más simple que puede justificar que husmeemos cada esquina del castillo y de sus terrenos. Dawud y Flint se ofrecen a comenzar con el primer turno esta noche.

De todas formas, no sabemos qué estamos buscando exactamente, si bien Hudson está bastante seguro de que emitirá un poder tremendo, por lo que deberíamos sentirla si nos acercamos lo suficiente. Jaxon está de acuerdo. Macy le apuesta a todo el mundo cinco pavos a que estará escondida en el globo ocular de la estatua de un animal o en un cuadro, con lo que nos deja claro que ha visto demasiadas películas malas de acción. Aceptamos la apuesta.

Izzy no nos molesta mientras tramamos el plan, seguramente estará con el resto de las gárgolas, presumiendo de cómo ha derrotado a su reina con destreza mientras le hace la pelota a Chastain para que la elogie. Y lo sé, sueno resentida y celosa, pero es probable que lo esté. A ver, es que ya estoy pasándolo mal con esta responsabilidad, no necesito que una vampira rabiosa vaya por ahí pavoneándose y grite a los cuatro vientos lo que yo ya sé para que todos se enteren.

Que no me he ganado mi título de reina. Me lo autoimpuse cuando pensaba que era la única gárgola que quedaba con vida, cuando no significaba ni la mitad que ahora.

Hago girar el anillo que luzco en el dedo con aire ausente. Ni siquiera me he ganado esto. Alistair me lo concedió con el nepotismo como única razón.

Eso no significa que quiera que ella me lo restriegue por la cara. Y tampoco significa que me esté haciendo a un lado.

Soy su reina, incluso aunque solo sea por derecho de nacimiento, y no los voy a decepcionar. Y tampoco podemos permitirnos perder el mando del Ejército. Los necesitamos

para que funcione mi plan, de lo contrario no podremos arriesgarnos a entregarle a Cyrus la piedra divina sin importar a cuántos seres queridos míos amenace con matar.

Así que entrenaré, aprenderé y los convenceré de que soy merecedora de este honor. Bueno, en cuanto deje de sentir que se me va a partir la cabeza en dos como una manzana recién rebanada.

Al final todo el mundo abandona nuestro cuarto y me pido ducharme primero. Si la ducha no fuera diminuta o si yo estuviera menos dolorida, invitaría a Hudson a ducharse conmigo. A ver si eso hace que se derrita un poco su actitud de hielo. No se me ha pasado por alto que ha estado la mayor parte de la sesión estratégica al otro lado de la habitación, haciendo sudokus en el móvil. Estaba disgustado por algo, y voy a suponer que se trata de los diez años de vida que le he restado cuando me he desplomado sobre el suelo del círculo como un saco de patatas.

Me ducho tan rápido como puedo, no quiero dejarlo comiéndose la cabeza durante demasiado tiempo. Una vez más, doy gracias por haber metido algunos productos de higiene personal en la mochila antes de salir del Katmere hace ya lo que parece una eternidad. Estoy intentando apurar al máximo las botellitas de champú y acondicionador que me he traído. La Corte Gargólica tiene jabones que huelen de maravilla, sé que Hudson los está utilizando para lavarse el pelo, al igual que el resto..., pero no tienen el mismo desastre rizado que yo sobre la cabeza. Si no quiero parecer un caniche que ha pasado por uno de esos secadores industriales del túnel de lavado de coches, tengo que seguir con mi rutina todo el tiempo que pueda.

Cuando salgo, Hudson está dormido. Con los ojos cerrados y un rizo rebelde que se ha escapado del habitual tupé que se alza sobre su frente, parece mucho más joven (mucho más indefenso) que durante el día.

Me hace suspirar verlo de esta forma, tumbado en nuestra cama como si fuera lo más normal del mundo, y no puedo resistirme. Me meto en la cama a su lado y me acurruco bien pegada a él.

Incluso en sueños me busca y me atrae hacia su cuerpo.

Es agradable (muy pero que muy agradable) y estoy tan cansada que ni siquiera me opongo cuando comienzo a quedarme dormida junto a él.

No tengo ni idea de cuánto tiempo hemos dormido, pero no me despierto por mí misma, ni tampoco lo hace Hudson. De hecho, ni siquiera abrimos los ojos hasta que un fuerte sonido quejumbroso comienza a atravesar las ventanas todavía oscuras.

—¿Oyes eso? —pregunto mientras sacudo a Hudson para que se despierte.

—¿El qué? —se queja, pero sé que está prestando atención, porque se queda quieto un segundo después de que le pregunte, con la cabeza ladeada como si estuviera intentando descifrar lo que está pasando.

Antes de que ninguno de los dos pueda identificar quién o qué está haciendo ese ruido, se oyen unos golpes fuertes en la puerta. Seguidos de la voz de Dawud, que nos grita que abramos.

80

No me digas cosas tan bonitas

—¿Qué pasa? —exclamo, y abro las puertas de par en par.

—Corred a la ventana. —Noto cierta insistencia en su voz, al igual que en la expresión de su rostro, justo cuando Macy y Flint se apiñan en nuestra habitación. Mientras, en el pasillo, Eden aporrea unas puertas, al tiempo que le grita a Jaxon que se dé prisa en venir.

—¿Qué está pasando? —Miro a Hudson, quien ya está de pie junto a la ventana y ha descorrido las cortinas.

—Parece que nos están atacando —me contesta, con un ligero tono de sorpresa y muchísima frialdad en la voz, mientras el repique de una campana resuena por el castillo. Una alarma.

—Estamos congelados en el tiempo —digo mientras me acerco a la ventana—. Vamos en un coche dentro de una burbuja, y todo eso, ¿te acuerdas? ¿Cómo es posible que alguien nos esté atacando si estamos en un coche en marcha? —Tengo que elevar la voz para hacerme oír por

encima de los gritos que provienen de la planta inferior; y también del extraño repiqueteo que resuena en el aire.

—No tengo ni idea —responde Macy—. A no ser que estos enemigos estuviesen congelados en el tiempo con la Corte Gargólica durante todos estos años, aunque a saber cómo.

—Bueno, aunque fuera así, ¿no debería haberlos matado ya el Ejército Gargólico? —pregunto—. Mil años es muchísimo tiempo para atacar un lugar sin perder la batalla.

El estruendo de la campana cada vez resuena con más fuerza, y ahora oímos a alguien gritar:

—¡El muro norte! ¡El muro norte!

Nos miramos entre nosotres antes de que todo el grupo, menos Hudson y yo, salga corriendo de nuestro dormitorio para vestirse. Él ya lleva el uniforme de entrenamiento, y se está poniendo los zapatos al tiempo que yo cojo mi sudadera. Mi compañero espera paciente mientras me pongo el resto del uniforme y me hago una coleta.

—¿Quién crees que será? —pregunto, y el corazón me palpita contra el pecho.

—No lo sé —responde aguantándome la mirada—, pero estoy empezando a creer que tiene algo que ver con su sagrado puesto de guardia vigilante.

Y la presión que siento en el pecho me arrebata el aire de los pulmones. No, no, no. No me puedo permitir sufrir un ataque de pánico justo ahora. No cuando mi gente me necesita.

Mientras consigo inspirar pequeñas bocanadas de aire, rezo a todos los dioses que se me ocurren para que, por favor, detengan lo que sea que esté pasando, pero el ataque no hace más que empeorar. No es solo el hecho de

que haya alguien ahí fuera dispuesto a matarnos lo que me revuelve el estómago por el miedo; es que no seré lo bastante fuerte para luchar junto a los míos como esperan que haga.

—Grace... —Hudson se desvanece hasta mí, se arrodilla frente al sillón en el que estaba sentado poniéndose los zapatos y me coge la cara con delicadeza—. Es de los fuertes, ¿no?

No hay crítica en su voz. Ni tampoco frustración porque nos estoy retrasando e impidiendo que salgamos al exterior a ayudar en la batalla. Los insondables ojos azules de mi compañero están llenos de amor.

—¿Puedes decirme cuánto es dos más dos? —pregunta, y lo miro sorprendida.

¿Se cree que tengo una conmoción, como en el faro?

—No es una con-con-conmoción —tartamudeo. Tengo la sensación de que mis venas están congeladas, me empiezan a castañetear los dientes y noto todo mi cuerpo estremecerse. Pero, cuanto más me esfuerzo por luchar contra el ataque de pánico, más me tiembla todo.

Hudson levanta el brazo, me aparta un rizo suelto de la frente y me lo coloca detrás de la oreja.

—Ya lo sé, nena. Pero contéstame igual, ¿vale? ¿Cuánto es dos más dos?

No tengo fuerzas para discutir, y él no parece que vaya a dar su brazo a torcer, así que suelto la palabra sin más.

—Cu-cuatro.

—Bien —dice sonriendo—. ¿Y cuatro más cuatro?

—O-cho.

—¿Y ocho más ocho?

¿Qué coño importa una simple suma cuando todo mi ejército está a punto de luchar contra alguien tan terrible que han tenido que crear la figura del guardia vigilante para tener controlada a esa persona o cosa? Pero, como el castañeteo de los dientes me lo impide, no digo nada; en cambio, aprieto bien los dientes y contesto:

—D-dieci-dieciséis.

—Vas muy bien, Grace —replica Hudson—. ¿Sabrías decirme cuánto es dieciséis más dieciséis?

—Tr-treinta y d-dos —respondo sorprendida.

—¿Y treinta y dos más treinta y dos?

Cuando llego a doscientos cincuenta y seis, el temblor ha parado y por fin puedo inspirar una buena bocanada de aire para mis hambrientos pulmones. Al notar que el ataque de pánico cesa, suspiro y apoyo la cabeza en el hombro de Hudson. Él me acerca hacia él y me da un beso en el cuello.

—Ya está, Grace. —Me tranquiliza—. Ya ha pasado todo.

Y tiene razón. Ha sido uno de los peores ataques de pánico que he tenido en meses, y se ha pasado en apenas un par de minutos. Ni siquiera estoy temblando tanto como suele ser normal.

Me echo hacia atrás y le aguanto la mirada.

—¿Por qué me estabas haciendo un examen de mates?

Un interesante tono de rosa se adueña de la parte alta de sus mejillas, y Hudson se encoge de hombros.

—Eres mi compañera, y quiero ayudarte siempre en todo lo que necesites, así que busqué formas de calmar los ataques de pánico. Al parecer, algunos investigadores han descubierto que las matemáticas activan una zona del cerebro diferente a la que provoca los ataques de pánico.

Así que, bueno, hacer sumas y restas consigue que te concentres en otra cosa y no en el ataque, y, con suerte, este se detendrá.

Me trago el nudo gigante que se me había formado en la garganta.

—¿Has buscado cómo ayudarme con los ataques de pánico?

—Sí. —Se encoge de hombros como si fuera una tontería, pero para mí significa muchísimo.

—Te quiero —le digo, y nunca he dicho nada tan en serio.

—Lo sé —indica con una media sonrisa—. Venga, vamos a ver si tus súbditos necesitan ayuda. Eh, quizá podamos lanzar a Izzy a quien sea que esté a punto de atacar el castillo. Por lo menos conseguiríamos otro vídeo divertido para que lo vieses una y otra vez.

Me guiña un ojo y yo me río, tal como él esperaba que hiciera. Los últimos temblores se desvanecen en cuanto le doy un breve aunque profundo beso; una promesa de cómo voy a demostrarle lo mucho que lo quiero más tarde. Cuando me aparto, veo que el deseo arde en su mirada.

—Vale, venga —dice, y se le marca el acento más de lo habitual—. Vamos a dar algunas hostias para poder acabar ese beso.

Está tan adorable, así de nervioso y cachondo, que me inclino de nuevo para darle otro besito.

—¡Me cago en...! —Jaxon grita desde el umbral de la puerta, y me aparto de un saltito, con aire de culpabilidad—. ¿Es que vosotros dos nunca paráis o qué? Por si acaso no os habéis enterado del desenfrenado repiqueteo de la campana, ¡están atacando el castillo!

Hudson pone los ojos en blanco, me ayuda a levantarme y, después, se mete con Jaxon.

—Eh, hermanito, no me cojas manía solo porque tú hoy puedas caminar bajo la luz del sol.

Me cubro la boca con la mano para contener una carcajada, pero el rostro de Jaxon adquiere una interesante tonalidad roja. Murmura «capullo», y se desvanece. Entonces, ya no puedo aguantarme más las ganas de reír.

—Te has pasado —riño a Hudson.

Está a punto de contestarme, pero se calla de golpe cuando oímos un grito repentino que proviene de la almena que da a nuestra ventana. Y, entonces, todo pasa de repente.

Hudson me levanta en brazos y nos desvanece hasta el resto del grupo, que está de pie junto al muro de piedra.

Las gárgolas sobrevuelan nuestras cabezas y lanzan flechas en llamas a los atacantes, que han conseguido trepar por esta parte del muro. Entonces observo por primera vez a las criaturas, por llamarlas así, que están atacando el castillo.

Y me pongo a gritar.

81

Bienvenido a la zona esquelética

—¿Son esqueletos? —musita Macy horrorizada.

No lo sé. No sé cómo llamar a esas criaturas, pero «esqueleto» no parece lo más apropiado. Para empezar, ninguno de sus huesos tiene la forma correcta. Algunas piernas están torcidas en ángulos imposibles, los pies posicionados hacia atrás, los cráneos colocados en posturas inusuales, les faltan costillas... Y eso sin mencionar siquiera que algunos de los huesos están tan astillados que casi parecen pelaje.

Los huesos en general tienen forma humana, eso si no se tienen en cuenta los ángulos y las curvas extrañas. Además, es evidente que tratan de caminar erguidos, pero quizá eso sea la única característica humana que atisbo en este ejército inhumano que intenta entrar en el castillo como zombis.

Mientras trepan corriendo los laterales de la muralla, sus huesos emiten un ¡pam, pam, pam! cuando chocan los unos con los otros, pues utilizan los cuerpos esqueléticos que

tienen a sus pies como escalones para que la siguiente ola pueda trepar más alto. Sus uñas repiquetean contra las paredes; un sonido que bastará para provocarme pesadillas durante años. Pero entonces una de las gárgolas que disparan flechas en llamas a la escalera de huesos debe de dar en el blanco, porque uno de los esqueletos suelta un aullido como el viento que silba entre dos huesos: agudo y aterrador.

Los chillidos por fin se disipan; hasta que otra flecha en llamas da en el blanco, y entonces otro esqueleto lanza ese grito agónico que me pone la piel de gallina.

De repente se oye un crujido nauseabundo cuando los huesos de los cuerpos que hay en la base se parten y se astillan bajo el peso de aquellos que se encuentran por encima, y yo me trago el nudo que se me estaba formando en la parte baja de la garganta. Ahora sé de sobra de qué manera han llegado a estar así de desfigurados los esqueletos, y tengo que emplear todas mis fuerzas para no vomitar la bilis que me revuelve el estómago.

Ni siquiera hace falta que pregunte cuántas veces han intentado escalar la muralla para que casi todas las criaturas muestren un aspecto tan deteriorado que apenas se sigue apreciando el humano que había en ellos. Chastain ya me lo ha contado. Escogen a un nuevo guardia vigilante TODOS los días.

Cuanto más se aproxima el traqueteo de los huesos, más gárgolas se lanzan a los cielos armadas con flechas en llamas. Quiero unirme a ellas en la batalla, pero se mueven de forma tan coordinada que es evidente que han practicado hasta la saciedad cómo volar en escuadrones

herméticos sin que sus gigantescas alas de piedra choquen las unas con las otras. Me preocupa estorbarlas, poder ser la razón por la que no detengan la ola ofensiva en esta ocasión y algún esqueleto asedie el castillo.

Si antes se me ocurre pensarlo, antes aparece una mano huesuda por el lateral de un muro a menos de diez metros de mí. Moira es la gárgola que más cerca está de la criatura y cambia de inmediato a su forma de piedra. Con el escudo alzado esgrime la espada contra la mano firme que agarra la parte superior del muro, de forma que los dedos amputados caen como guijarros sobre el suelo de piedra.

Después estampa la empuñadura de su espada contra el cráneo de una de las criaturas, pero esta gira la cabeza tan rápido como un rayo y le hunde los dientes en la carnosa muñeca. Moira grita y suelta la espada, se centra en golpear el cráneo de forma frenética contra el muro sin parar de gritar:

—¡Quitádmelo! ¡Quitádmelo! ¡Quitádmelo!

Sin embargo, nadie acude en su ayuda. De hecho, el resto de las gárgolas se aleja de la zona donde se encuentran ella y la espantosa criatura esquelética. Echo una mirada a mi alrededor para localizar a Chastain, pero está en el otro extremo de esta sección de la muralla dirigiendo a su escuadrón volador para que concentren el ataque con flechas cerca de la base de la muralla. Todavía no ha visto que están atacando a Moira.

—¡Tenemos que ayudarla! —grito y voy corriendo hasta ella, pero Hudson tira de mí para atrás.

—¡No! —espeta.

—¡Tenemos que ayudarla! —vuelvo a gritar y me esfuerzo por soltarme de su agarre, le araño los brazos para liberarme, pero él no afloja la mano.

—No podemos —susurra, y no lo comprendo. Hudson no ha huido de una pelea en toda su vida.

—¡Aún tenemos tiempo! —suplico—. ¡Podemos salvarla!

—No, no podemos.

No dice nada más y abro mucho los ojos cuando por fin me percato de qué es lo que ha distinguido con su visión nocturna mejorada.

La carne de la muñeca se le está desintegrando. Se descompone en cuestión de segundos, se convierte en escamas que el viento recoge y se lleva como si fueran polvo.

Y no es solo en la zona en la que todavía le muerde el esqueleto. La infección se le propaga por el brazo a toda prisa, y si la mirada enloquecida que muestran sus ojos indica algo es que lo sabe. Sabe que se está muriendo y que no hay nada que nadie pueda hacer para salvarla.

Bueno, que pueda hacer ninguna gárgola.

Me vuelvo para mirar a Hudson, las lágrimas me corren por las mejillas y ni siquiera tengo que ponerlo en palabras. Hunde los hombros y sé que ya ha adivinado lo que le voy a pedir. No, lo que estaría dispuesta a suplicarle.

Esto no son personas, son solo esqueletos. Ya están muertos. No va a matar a una persona viva; simplemente estaría acabando con el sufrimiento de estas criaturas sin conciencia propia. Busco cualquier cosa que pueda justificar lo que le voy a pedir a Hudson, pero cuando los gritos de Moira se intensifican, sé que no tengo elección.

—Lo siento —murmullo y las lágrimas saladas me recorren los labios y me cubren la lengua.

—Ya te lo he dicho, Grace —expresa mientras me enjuga algunas lágrimas con el pulgar—. Jamás me pidas perdón por querer salvar a tu gente.

Niego con la cabeza de forma frenética, desesperada por explicarle que esto no es lo mismo. Que no estoy eligiendo a mi pueblo por encima de mi compañero. Jamás haría tal cosa. Pero estos esqueletos ya están muertos. ¡Sin duda no será diferente a desintegrar un estadio!

Sin embargo, no lo expreso con palabras, pues Hudson estira una mano hacia el aire y cierra los ojos, y soy consciente de que está concentrándose para separar a las criaturas de hueso de todos los demás, así que no quiero distraerlo.

De repente, empieza a temblarle la mano y después el brazo entero, pero sigue manteniéndolo en alto, intenta alcanzar hasta el último esqueleto con la mente. Y entonces, justo en el preciso momento en el que alguien grita que otra criatura ha llegado a la parte superior de la muralla, Hudson cierra el puño.

Y al instante, cada uno de los esqueletos que ya estaban muertos se convierten en polvo.

El Ejército Gargólico deja de gritar y de disparar flechas, el ruido de los huesos al chocar y el traqueteo contra la muralla también desaparece. El único sonido que se distingue es una suave brisa que porta el polvo del Ejército Esquelético hacia el mar.

Voy corriendo hasta Moira, el cráneo ya no le muerde la muñeca, por lo que espero que hayamos matado la criatura

a tiempo para salvarla. Dos gárgolas llegan antes a ella y de inmediato empiezan a canalizar magia de la tierra para detener la infección.

—¿Va a estar bien? —pregunto con voz temblorosa y ronca.

—Eso creo —contesta una gárgola—. Aunque no sé cómo.

Chastain aterriza a mi lado y pliega las alas al instante en cuanto cambia a su forma humana.

—¿Qué has hecho?

Me vuelvo para indicarle a Hudson que se acerque para que Chastain pueda darle las gracias como debe, pero lo que veo hace que el corazón se me pare en seco.

Mi compañero orgulloso y fuerte está en el suelo, con las mejillas empapadas de lágrimas y rodeándose las rodillas con los brazos mientras repite sin parar:

—Eran gárgolas. Eran gárgolas. Eran gárgolas.

82

No es el chico de los recados

Hudson está durmiendo en nuestro cuarto.

Y yo quiero respuestas.

Nos ha costado más de una hora tranquilizarlo lo suficiente para que se quedara dormido. No dejaba de balbucear que los esqueletos eran gárgolas, una tontería sin sentido.

Lo último que me ha dicho antes de que por fin se le cerraran los ojos era que volverían.

Y eso tiene menos sentido todavía. Los ha desintegrado. Lo he visto con mis propios ojos. Pero si Hudson lo dice, por algo será.

Así que les he suplicado a Macy y Eden que se quedaran con él mientras yo iba a buscar a Chastain.

Tardo unos diez minutos en encontrarlo, en la biblioteca, mirando por las vidrieras llenas de porquería.

—Necesito respuestas —espeto con los brazos en jarra.

Chastain se vuelve hacia mí despacio, pero doy un paso hacia atrás al ver su mirada.

Parece que esté a punto de matar a alguien.

—¿Que tú necesitas respuestas? —pregunta con desprecio—. Esta noche he perdido a dos de mis mejores soldados, y tu compañero podría haber parado todo esto al instante.

Me da un vuelco el corazón con lo que me dice. ¿Dos? Deben de haber estado al otro lado de la almena.

Pero eso no justifica la actitud que está mostrando Chastain ahora mismo.

—¡Ni se te ocurra culpar a Hudson por no tener ni puñetera idea de que un ejército de esqueletos iba a atacar el castillo esta noche! ¿Qué eran esas criaturas? —exijo saber.

Chastain no tiene derecho a mostrar esa superioridad moral cuando ni se ha molestado en prepararnos para lo que iba a pasar.

—Estamos en una Corte congelada, Grace. —Hace un gesto con la mano y continúa—: Aquí el tiempo no existe para nosotros. No envejecemos y... tampoco morimos.

Sus palabras me destrozan como si una bala me diera de lleno en el pecho.

—O sea, que sí eran gárgolas, como decía Hudson —murmuro. Madre mía. ¿Qué le he pedido que hiciera?

—Sí —confirma Chastain, y parece haber perdido las ganas de pelear, pues deja caer los hombros al seguir hablando—: La primera vez que murió una persona en la Corte fue durante un entrenamiento, en un accidente. Lo enterramos, nos despedimos de él, y pensamos que con eso acababa todo. —Nunca antes había visto en sus ojos la

angustia que veo ahora—. Pero, un par de días después, el primer esqueleto nos atacó.

»No sabíamos qué era esa criatura, pero para derrotarla tuvimos que luchar con todo un batallón de gárgolas. Perdimos a tres personas esa noche, todos en perfecto estado de salud. —Suspira, y continúa con su relato—: Y la noche siguiente ese primer esqueleto regresó... con otros tres más. —Se frota los ojos con el dorso de la mano—. Desde entonces, siempre regresan. Todas las noches. Y, todas las noches, la cantidad de esqueletos aumenta con los hermanos y hermanas que perdemos durante la batalla de la noche anterior.

Me atraganto con un sollozo, y susurro:

—Pero ¿por qué? ¿Por qué siguen volviendo?

Chastain se vuelve hacia mí y me sostiene la mirada, unos ojos insondables por la desesperanza.

—Este es su hogar, Grace. Intentan volver a su hogar.

Al recordar la gran cantidad de esqueletos que se amontonaban unos encima de otros para poder escalar la muralla de casi veintitrés metros de altura, suelto un grito ahogado.

—En total, ¿cuántas gárgolas habéis perdido?

—Más de cinco mil —dice con la respiración entrecortada —. Y, como no pueden morir... Nada puede morir aquí, da igual a cuántos esqueletos derrotemos durante la noche; se reconstruyen al día siguiente y vuelven a atacarnos. Durante los últimos años cada vez hemos perdido más soldados frente al Ejército Esquelético, puesto que ahora nos superan con creces en número, y había empezado a perder la esperanza, había empezado a pensar que todos

acabaríamos transformados en esas criaturas sin conciencia.

—Madre mía, ni siquiera puedo imaginarme por lo que habéis pasado —digo, y me enjugo un par de lágrimas de los ojos.

—Todo va a salir bien, Grace —asegura Chastain, y las comisuras de su boca se elevan hasta formar una sonrisa—. Todo va a salir bien ahora que tenemos ayuda.

Me muero por creer que se refiere a mí, a que me acepta como su reina. Pero no es el caso. Sé con seguridad quién cree que puede salvarlos.

—No puede —digo, y niego con la cabeza—. Él no puede volver a hacerlo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Chastain—. ¿Necesita más tiempo para recuperarse? Todos recobraríamos la esperanza si nos ahorrara un par de noches a la semana de lucha. Nos daría la oportunidad de luchar por sobrevivir.

Y nunca he ansiado nada en toda mi vida como poder darle a Chastain lo que quiere. Pero no puedo. No sé bien por qué, pues Hudson jamás me ha explicado de verdad cómo funciona su don, pero sé que es mucho más complicado de lo que cualquiera de nosotros cree. Y que usarlo le cuesta muchísimo más de lo que cualquier persona debería pagar.

Porque si solo hubiese desintegrado un montón de huesos, Hudson no podría saber que en realidad esos esqueletos eran gárgolas.

—No puede —repito—. Tendremos que buscar otra alternativa.

—Grace, no hay otra alternativa —dice Chastain—. Ahora mismo apenas llegamos a los cuatro mil efectivos. Tres mil en la Corte congelada, y otro millar de gárgolas desperdigadas por el mundo, esperando la señal que les indique que ha llegado el momento de luchar.

—Pero creía que estabais congeladas en el tiempo para evitar que el veneno se extendiera. ¿Cómo es posible que haya gárgolas fuera de este lugar que no hayan muerto a causa del veneno?

—¿Tan poquito sabes de la criatura que eres? —Chastain consigue que la pregunta tenga un dejo de repulsa—. Cuando una gárgola está en su forma sólida, está en estasis. Nuestra sangre no fluye y, por lo tanto, el veneno no puede hacernos daño a no ser que nos transformemos. Hay cientos de gárgolas por todo el mundo, centinelas de piedra que aguardan pacientemente a que los llamemos para luchar, que esperan el antídoto para poder hacerle pagar a Cyrus los crímenes que ha cometido.

Pienso en las gárgolas que he visto en fotos, descansando en lo alto de varios edificios, y me pregunto si no son más que tallas o si, por el contrario, son criaturas como yo, en estasis.

—Por eso Hudson debe ayudarnos a sobrevivir al Ejército Esquelético —continúa Chastain—. Se lo debemos a todas las gárgolas que están ahí fuera, que no han perdido la esperanza de que el Ejército Gargólico vaya a salvarlas algún día.

—Esta no es su lucha —replico negando con la cabeza—. Debería pagar un precio demasiado alto, y no voy a pedirle que lo haga otra vez.

Y, dicho esto, me vuelvo para marcharme.
Pero la voz de Chastain resuena a mi espalda.
—¿Elegirías a tu compañero antes que a tu gente?
Y, sin vacilar un solo instante, me vuelvo hacia él y digo:
—Siempre.

83

Compañero del destino

Hudson ni se inmutó cuando me tumbé con él en la cama esa mañana, ni tampoco cuando acerqué su cuerpo tembloroso al mío. Además, cuando me desperté ya se había ido.

Pero no me sorprende verlo en la misma silla a la sombra en la que se acomodó ayer con *Medea* abierto sobre su regazo.

Flint y Dawud han informado en el desayuno que anoche no encontraron la piedra divina en su cuadrante. Por tanto, si no hay piedra divina, eso quiere decir que toca otro día de entrenamiento (y otra noche con monstruos esqueleto) hasta que podamos volver a ponernos con la búsqueda.

Camino hacia donde está Hudson y me siento a su lado.

—Buenos días —murmullo.

Él levanta la mirada de la página que estaba leyendo.

—Buenos días, Grace —contesta y me ofrece una sonrisa que no le llega a los ojos.

—¿Cómo supiste que los esqueletos eran gárgolas? —Escupo la pregunta que lleva carcomiéndome toda la

mañana.

Mi intención era esperar hasta que estuviésemos solos, pero ahora me doy cuenta de que necesito conocer la magnitud de mis pecados. No seré capaz de concentrarme en nada hasta que descubra exactamente el daño que le he causado a mi compañero... y cómo arreglarlo.

Se encoge de hombros y dice:

—Lo he supuesto.

Pero no me mira a los ojos.

—Hudson —lo llamo mientras me inclino lo bastante cerca como para cubrir su mano con la mía—. Nunca antes me has mentido. Por favor, no empieces ahora.

Él da un respingo, por lo que sé que he dado en el clavo.

Al final hunde los hombros y suspira.

—Para destruir un estadio, solo tengo que dar con los límites en los que el aire se encuentra con la madera o con el cemento y después separar las moléculas. Sin embargo, con una persona o criatura hay muchas partes en movimiento. Cuesta encontrar todos los límites, a no ser que me cuele en su mente para sentir lo que siente. —Se pasa una mano por el pelo y suelta una risilla que no tiene ni una pizca de humor en ella—. La verdad es que nunca he intentado explicarlo antes. Pero es algo parecido a la forma en la que a veces sabes dónde está tu mano sin poder verla, ¿entiendes? Hago lo mismo. Me cuelo en sus mentes y encuentro su identidad, el conocimiento que tienen sobre sí mismos..., y después los desintegro.

Jadeo. Ay, madre, es mucho peor de lo que me podría haber imaginado.

—Estás con ellos cuando mueren, ¿no es así?

Y entonces contengo la respiración mientras espero a que el chico al que quiero me confirme que anoche le pedí que muriera cinco mil veces.

—Sí —susurra.

Y no puedo detener las lágrimas que me caen por las mejillas.

—Joder —profiere Flint, y cuando levanto la vista veo a todo el grupo de pie a unos tres metros por detrás de Hudson. Por la sorpresa que se aprecia en su cara, han oído todo lo que ha confesado mi compañero.

En un abrir y cerrar de ojos, una amplia sonrisa aparece en el rostro de Hudson.

—Eh, que no es para tanto. Tampoco es que las criaturas de esta madrugada estuvieran pensando mucho. —Cuando nadie parece tener nada que añadir a ese comentario, Hudson musita—: En realidad, les he hecho un favor.

—Chastain me ha contado que nadie puede morir en este espacio. El tiempo está congelado y la muerte requiere de tiempo para tener lugar —explico—. Aquellas criaturas eran gárgolas que no pueden morir, así que creo que tienes razón y que al menos les has concedido una pizca de paz, sin importar cuán breve haya sido, Hudson.

Vuelvo a apretarle la mano, pero la aparta para cerrar el libro e incorporarse.

—Ya veo que Chastain está listo para otro día de entrenamiento —comenta y zanja el tema de forma eficaz. Por ahora. Tengo toda la intención de hablar con él más tarde, hacerle saber lo mucho que lo siento y que nunca volveré a pedirle algo semejante. Todos tomamos decisiones y tenemos nuestro propio destino. No es tarea de Hudson

arreglar tantos desbarajustes, sobre todo cuando él no ha tenido nada que ver con ninguno.

Y planeo dejárselo bien claro a todo el mundo esta noche durante la cena, justo después de que me vuelva a pasar el día recibiendo tortas por todas partes en el entrenamiento.

Cuando me alejo, me doy la vuelta para dirigirle a Hudson una sonrisa fugaz por encima del hombro, pero no está mirando en mi dirección. Está contemplando la sección de la muralla en la que se encontraba Moira con una expresión de dolor tan insoportable pintada en el rostro que hace que tropiece. Pero entonces pestañea y desaparece, la reemplaza un helor que me congela hasta los huesos.

Hudson siempre ha utilizado una máscara de indiferencia para esconder sus emociones, pero esto es distinto. Incluso cuando se apoya en la pared para hacer sudokus, todavía puedo verlo a él en la forma perezosa que tiene de pasar los dedos por el móvil, en el humor que asoma por sus ojos caídos. Pero este... este no es Hudson.

Este es alguien que está sufriendo tanto que la única manera que tiene de soportarlo es convenciéndose a sí mismo de que no siente nada.

Y lo entiendo. Cuando mis padres murieron, yo habría hecho lo que fuera por dejar de sentir ese dolor. Pero la cuestión es que, sin ese sufrimiento, es casi imposible sanar. Porque la única forma de superarlo es viviéndolo.

La complicación reside en descubrir cómo sanar cuando lo que se ha roto eres tú. O peor aún, tu compañero.

84

El tirachinas que dio la vuelta al mundo

Llevamos calentando en el campo de entrenamiento unas dos horas, y por «calentar» me refiero a que Chastain nos ha obligado a correr hasta que siento que me arden los pulmones y me tiemblan las piernas como si fuesen gelatina; entonces, se vuelve hacia el Ejército y grita:

—*Bailigh!*

Todo el mundo deja lo que estaba haciendo ante la orden del teniente, y forman filas alrededor del mismo círculo en el que luchamos ayer por el puesto de guardia vigilante.

—¿No es demasiado pronto para enfrentarnos otra vez por el puesto? —le susurro a Macy, pero mi prima solo se encoge de hombros.

—Después de ver a las criaturas que nos atacaron anoche, yo creo que nunca es demasiado pronto para ver quién será el guardia vigilante de hoy —me contesta entre susurros.

Cuando Chastain se adentra en el círculo, una parte de mí espera que me nombre la primera guardia vigilante. Al

menos, si Izzy me machaca otra vez, podré pasar el resto del día en la cama con Hudson, apoyando a mi compañero y ayudándolo a lidiar con lo que pasó anoche.

—Hermanos, hermanas, en la batalla de anoche perdimos a dos de nuestros soldados más valientes. —Todo el Ejército al unísono choca las espadas contra los escudos para expresar cuán de acuerdo están con las palabras de su teniente, y este prosigue con su discurso—: Y si no nos hubiesen acompañado y ayudado la reina y sus invitados, habríamos perdido a más compañeros de batalla. —Las espadas vuelven a chocar con el metal con un fuerte ¡clan! —. Y, por eso, he reconsiderado su oferta de entrenar con nosotros, de probar si estamos listos para enfrentarnos a nuestros enemigos en el campo de batalla, y he aceptado. —¡Clan!—. Hoy vamos a enseñarles que las gárgolas no solo estamos hechas de piedra. —¡Clan!—. Que somos las justas protectoras de los débiles. —¡Clan!—. Que, cuando otros huyen, nosotras aguantamos y luchamos. —¡Clan!—. Y que nada nos podrá detener hasta que nuestros enemigos se hayan enfrentado a nuestro coraje. —¡Clan!—. A punta de espada.

El Ejército aporrea las espadas contra los escudos sin parar, en una salva de aplausos ensordecedora, hasta que Chastain levanta una mano y todos sus soldados cesan el estruendo de nuevo para escuchar las últimas palabras de su líder.

—Hermanos, hermanas... —Da una vuelta sobre sí mismo, con los brazos todavía en el aire e intercambiando la mirada con tantas gárgolas como le es posible—. ¡Ha llegado el

momento de demostrarle a nuestra reina qué puede llegar a hacer una gárgola en combate!

Cuando la multitud estalla en otra cacofonía de espadas contra escudos, debo reconocerle el mérito a Chastain. Ha conseguido fortalecer el espíritu de sus tropas al tiempo que me lanzaba una pulla en relación con mi derecho a ejercer como líder del Ejército Gargólico. Maravilloso.

El teniente se vuelve hacia mi grupo y nos dice:

—¿Quién queremos que sea el primero en morder el polvo? ¿Les enseñamos a los dragones quién domina el aire? —¡Clan!—. ¿O quizá les enseñamos a los vampiros lo que es la fuerza de verdad? —¡Clan! ¡Clan!—. ¿O dejamos claro lo débiles que son las brujas sin su magia? —¡Clan! ¡Clan! ¡Clan! ¡Clan!—. ¡Bueno, ya sé, quizá debamos enseñarles que las fauces de un lobo no son rival para nuestra poderosa piedra!

Cuando la muchedumbre irrumpe en un nuevo estruendo de espadas contra escudos, no puedo evitar inclinarme para acercarme a Macy y susurrar:

—Las bravatas de Cyrus no son nada comparadas con las de este tío.

Basta ya de fantasmas en nuestra vida, de verdad. En serio.

No debo de ser la única que está hasta los mismísimos de la actitud de Chastain, porque Dawud da un paso hacia el círculo, y el cuerpo desgarbado y joven de le lobe parece incluso más menudo e insignificante al lado de la ancha figura de Chastain, protegida por la armadura. No logro contener un grito ahogado que se me escapa entre los labios, pero Dawud me sonríe y dice:

—Lo tengo controlado, Grace.

Es un comentario tan propio de Hudson que no puedo reprimir la sonrisa que me adorna el rostro. Le joven lobe debe de admirar mucho a mi compañero, y desvío la mirada hacia la zona sombreada para ver si ha oído las palabras de Dawud. Pero Hudson ya no está por aquí. Miro a mi alrededor, a los lugares cubiertos de sombra que hay cerca de la zona de entrenamiento, pero no lo veo por ninguna parte.

—¿Hudson se ha ido? —le pregunto a Jaxon.

El vampiro se inclina hacia delante y me susurra al oído:

—Se ha ido a buscar la piedra divina.

Asiento, y la presión que siento en el pecho se alivia.

Si está buscando la piedra, entonces estamos un paso más cerca de salir de esta pesadilla congelada. Y también un paso más cerca de ganar las Pruebas y acabar con el sufrimiento de las gárgolas.

—Quizá no guardemos tantos secretos como los dragones, pero tenemos más de un par de ases en la manga —dice Dawud.

—¿Qué hay que saber de los lobos? —Una de las gárgolas con las que todavía no he tratado se ríe—. Hay que evitar los dientes, las garras y llevar un poco de plata encima. Echarán a correr con el rabo entre las patas en cuestión de segundos. Al fin y al cabo, no son más que una panda de perros estúpidos.

Me quedo tan horrorizada ante el descarado desprecio y los prejuicios que destila ese comentario que empiezo a dar un paso hacia delante para confrontarlos. A ver, que la gran

mayoría de los lobos que he conocido eran unas pésimas personas, pero Xavier no, Xavier era de las mejores.

Sin embargo, antes de que pueda decir palabra, Dawud se aclara la garganta un par de veces y responde:

—La realidad es un poco más compleja, la verdad.

—¿Ah sí? —pregunta una gárgola que se llama Rodrigo. O al menos creo que ese es su nombre; me lo presentaron el primer día de entrenamiento, pero cuando acabamos estaba tan agotada que ya no sé ni si es así o me lo estoy inventando—. ¿Quieres hacernos una pequeña demostración?

—A mí me van más las discusiones intelectuales —responde Dawud, con un suspiro de cansancio—. Pero, claro, por qué no. Podemos probar si quieres.

—Claro que quiero —contesta Rodrigo riéndose—. Dame un minutito.

Todos observamos cómo Rodrigo se acerca a una mujer gárgola (Bridget, creo que se llama), y esta le tiende lo que parece un anillo de plata.

Rodrigo lo coge entre risas y se lo coloca en el dedo, y yo lo observo todo con incredulidad.

—Espera un segundo —digo, y me coloco en el centro del círculo—. No puedes usar un arma como esa contra Dawud...

—No pasa nada, Grace —interviene Dawud.

—No, sí que pasa. —Jaxon da un paso al frente—. Una cosa es que os contemos detalles que podáis utilizar en la guerra o que participemos en un entrenamiento amistoso. Pero ni de coña está bien que uséis algo que sabéis que va a hacerle daño a alguien, puede que hasta matarle...

—No pasa nada —repite Dawud, y su voz suena más firme esta vez—. Si quiere jugar así, pues jugaremos así.

Estoy cabreadísima ahora mismo. Sé que Rodrigo se está metiendo con Dawud porque cree que es el eslabón débil de nuestro grupo. Que solo porque sea enclenque y un poco cerebrito va a ser una presa fácil. Y puede que tenga razón... No es que la lucha sea su punto fuerte, la verdad. Pero eso no significa que cualquiera pueda hacerle daño a propósito.

No en mi Corte, y no a una persona que solo está intentando ayudar.

—Dawud, no... —empiezo a decir, pero me corta.

—Sí, Grace. —La mirada que me lanza esta vez me deja más que claro que no quiere mi ayuda y que no debería meterme donde no me llaman.

Hacer lo que me pide va contra todo en lo que creo justo y correcto, pero no me queda otra opción, la verdad. Por eso suspiro hondo y no hago más objeciones al respecto, ni siquiera cuando Rodrigo (con el anillo de plata todavía en el dedo) empieza a cercar a Dawud, quien adopta una postura relajada con las manos a los costados.

Le lobe se vuelve hacia Rodrigo, y se esfuerza por no darle nunca la espalda a la gárgola. Pero apenas ha pasado un minuto o dos de vueltas entre oponentes cuando Rodrigo ataca. Se abalanza e intenta agarrar a Dawud.

Sin embargo, Dawud salta hacia un lado y, al hacerlo, se transforma a medias, por lo que cuando arremete contra el hombro de Rodrigo con la mano, unas garras afiladas hacen trizas la ropa de la gárgola.

—Pero ¿qué cojones...? —gruñe Rodrigo mientras gira sobre sí mismo.

Pero Dawud no hace más que observarlo, con la misma expresión de serenidad y curiosidad que muestra normalmente.

—Punto número uno. Les lobes pueden transformar una parte del cuerpo y las otras no.

—¿De verdad? —se mofa Rodrigo—. Pues a ver qué tal les va a esas garras contra la piedra maciza.

Entonces se transforma en gárgola.

—No muy bien —le concede Dawud, y se agacha justo cuando Rodrigo dirige uno de los gigantescos puños de piedra contra su cabeza.

La gárgola suelta un rugido de rabia al ver que ha fallado y gira para volver a atacar. Esta vez, cuando Rodrigo lanza un nuevo puñetazo, Dawud se agacha y le pega una patada al pie de la gárgola, con una rapidez pasmosa.

Veo cómo Rodrigo se cae de bruces contra el suelo de piedra y, por un momento, no puedo creerme lo que ven mis ojos. Diría que ninguno de nosotros había visto a Dawud de esta forma, pero no es que eso sea del todo cierto. Le lobe no está dándolo todo en la pelea contra Rodrigo. Más bien está usando la cabeza, la estrategia, y aprovecha la fuerza de la gárgola en contra de esta.

Rodrigo rueda sobre sí mismo con un bramido y se levanta de un salto. Ahora veo un brillo asesino en su mirada, y me empiezo a poner nerviosa. Muy nerviosa. A Dawud se le dan bien los juegos psicológicos (de fábula, por lo que estoy viendo), pero no será rival para un Rodrigo cabreado cuando le ponga las manos encima.

—Punto número dos —sigue Dawud, elevando la voz lo suficiente para hacerse oír por encima de los gruñidos de Rodrigo—. Si pueden, les lobes siempre te atacarán a los pies. Siempre.

—¡¿Por qué?! —grita Artelya desde el público. El interés que sienten ella y un par de gárgolas más en lo que está explicando Dawud ha aumentado en los últimos dos minutos.

—Es mucho más fácil aferrarse a la yugular de tu oponente si está en el suelo —expone mi amigue encogiéndose de hombros.

Lo afirma con tal naturalidad que me llevo la mano al cuello. No me extraña que los vampiros y los lobos se hayan aliado. Tienen más cosas en común de las que pensaba.

Con una fugaz mirada a los demás, veo que Macy, Flint y Eden están reaccionando igual que yo; están algo impresionados y también un poco nerviosos ahora que por fin pueden ver qué se esconde debajo de la tranquilidad y la ligera timidez que exterioriza Dawud. Sin embargo, Jaxon e Izzy parecen impresionados, sí, pero nada sorprendidos. ¿Será porque conocen mejor a los lobos que nosotros? ¿O porque ya habían calado a Dawud antes que los demás?

Me hago una nota mental para preguntarle sobre el tema a Jaxon después, pero cuando Rodrigo se abalanza sobre le lobe, dispuesto para el ataque, me preparo para lo peor. Sin embargo, Dawud se agacha y vuelve a ponerle la zancadilla. No obstante, esta vez Rodrigo parece preparado para ese movimiento y, cuando cae al suelo, se vuelve y le arrea un fuerte puñetazo con la mano en la que lleva el anillo de plata.

Le da justo en la mandíbula a Dawud, y la cabeza de le lobe sale volando hacia atrás. Todos los presentes soltamos un grito ahogado, no por el puñetazo (por muy fuerte que haya sido), sino por el anillo.

—¿Qué cojones...? —Jaxon se encara a Chastain mientras Macy y Mekhi corren para ver si Dawud está bien—. Pensaba que estábamos entrenando, no intentando matar a alguien.

Chastain no dice nada, pero hasta él observa a Dawud con preocupación en la mirada. Ahora mismo le lobe tiene la cabeza gacha, y se cubre el lugar del impacto con la mano, pero ya puedo ver cómo la sangre cae al suelo.

Estoy a punto de ponerle fin a todo esto y a salir del borde exterior del delimitado círculo de entrenamiento para llegar junto a Dawud, pero entonces elle levanta la cabeza. Tiene la cara morada y un poco hinchada por el puñetazo, y le sangra la comisura de la boca, pero aparte de eso parece estar bastante bien.

—Punto número tres —dice con la misma voz tranquila de siempre—. Lo de que la plata nos hace daño es una patraña.

Y entonces me percato de que ha dejado que Rodrigo le pegue el puñetazo solo para demostrar lo que acaba de decir.

Rodrigo también debe de haberse dado cuenta de esto, porque está echando espuma por la boca y rabiando por atacar a Dawud. Me pone de los nervios; con tanto odio alguien va a acabar mal parado. Y si bien Dawud debe de tener un par de ases en la manga, estoy convencida de que Rodrigo podría machacarle si consiguiera ponerle las enormes manos de gárgola encima.

Por suerte, Chastain interviene antes de que Rodrigo pueda arremeter una cuarta vez. Este gruñe ante la interrupción, pero el teniente levanta una mano que lo acalla al instante.

—Nos has dado tres consejos defensivos y te lo agradecemos muchísimo. —Tuerce un poco la boca al mirar a Rodrigo—. Algunos más que otros, es evidente. Pero ¿y los consejos ofensivos? ¿Qué harías si tuvieras que luchar contra una gárgola?

—¿Que qué haría yo? —pregunta Dawud, mientras se limpia la sangre de la comisura de la boca con un pañuelo raído que alguien le ha dado. Se lo piensa durante un segundo y, entonces, se lleva la mano al bolsillo y saca la roca que le vi coger del pasillo la primera noche que pasamos aquí. Después, mira alrededor de la enorme zona de entrenamiento como si estuviese buscando algo, o a alguien. Debe de haber encontrado lo que buscaba, porque vuelve a meter la mano en el bolsillo, y dice—: Esto.

85

¿Quién necesita química cuando tienes física?

Una mirada rápida a las caras de mis amigos me indica que están sintiendo lo mismo que yo: furia contra Chastain, miedo por Dawud e indecisión sobre si intervenir o dejar que las cosas fluyan como están previstas.

De hecho, le únique de nuestro grupo que no parece estar perdiendo los papeles es Dawud. Está tan calmade y serene como suele estar, incluso cuando busca en el bolsillo y saca un tirachinas.

Es pequeño, tamaño bolsillo, y al verlo, Chastain niega con la cabeza exasperado. Rodrigo no se corta ni un poco. La enorme gárgola comienza a partirse el culo. Incluso llega a inclinarse y aporrearse la rodilla como si el tirachinas de Dawud fuera lo más desternillante que ha visto en la vida.

—¿Se supone que debe asustarme esa ramita? —exclama mientras se encamina al lugar donde Chastain se encuentra, cerca del borde del círculo, e intercambian una mirada como si dijeran «tiene que estar de coña».

La irritación me revuelve el estómago y ahora tengo incluso más ganas de irrumpir en el círculo solo para darle un puñetazo en la narizota a ese capullo gigante. Pero Dawud ni se inmuta mientras, despacio y con cautela, pone la piedra en el tirachinas, y por primera vez me pregunto si su costumbre en apariencia aleatoria de recoger cosas tenía un propósito en realidad.

—¿Eso es todo? —pregunta Rodrigo cuando ve la piedra —. ¿Es todo lo que tienes?

—Es suficiente —contesta Dawud sin mojarse más.

Entonces estudia la distancia que se abre entre elle y Rodrigo, y camina en forma de semicírculo hasta que se encuentra a nueve metros de la gárgola. Parece que todo el campo de entrenamiento se inclina hacia delante, intentando descifrar qué va a pasar. La lógica no augura nada bueno para Dawud, pero parece tan impertérrite que me da que pensar.

Al menos hasta que apunta con el tirachinas a unos cuarenta y cinco centímetros a la derecha de Rodrigo.

Las gárgolas que nos rodean empiezan a reírse y a abuchear. Esto da paso a un montón de silbidos e insultos, y si yo fuera Dawud estoy bastante segura de que me escabulliría del campo. Pero elle se limita a tomarse su tiempo y se vuelve un poco más hacia la izquierda mientras alinea el tirachinas con no sé qué.

—¿Vas a hacer algo? —inquiere Rodrigo—. ¿O debería ponerme manos a la obra y estamparte contra el suelo ya?

El miedo me revuelve el estómago cuando pienso en la figura menuda de Dawud y los pectorales y los brazos de Rodrigo, que están hinchados por los músculos que lleva

varias vidas entrenando. Estoy con Chastain: ¿qué planea hacer con una piedrecita y un tirachinas para derrotar a este enorme guerrero de piedra? Sobre todo si apunta a algo que se encuentra a la derecha de su objetivo.

Pero no tengo que darle muchas vueltas más pues, tan deprisa que apenas puedo verle, Dawud se lanza a los aires de un brinco, alcanza como poco la impresionante altura de casi dos metros, y da una vuelta entre medias. Hace girar el tirachinas con elle, apunta rápidamente, tira de la banda de goma hasta tensarla y entonces dispara la piedra, directa a la rótula de Rodrigo.

Cuando la roca da en el blanco, se oye un crujido tan fuerte y ominoso que puedo oírlo incluso a varios metros de distancia. No suena bien y me inclino todavía más hacia delante para ver qué...

La pierna de Rodrigo cede al instante y se desploma con un bramido de dolor; apoya el peso sobre los brazos en el último momento para que su rótula no choque contra el duro suelo bajo sus pies. Ahora mismo se encuentra en una posición insólita: tiene el peso equilibrado en los brazos y la rodilla buena, mientras que la lesionada pende a unos tres centímetros del suelo.

—¡Te voy a matar, joder! —le ruge a Dawud, quien no parece disgustade en lo más mínimo. Y eso en sí me deja anonadada, sobre todo si tenemos en cuenta que acaba de destrozarle la rodilla a alguien en el entrenamiento. A ver, que sí, que las gárgolas se curan rápido, pero aun así. Le ha destrozado la rodilla a Rodrigo.

Espero que Dawud lo deje ahora que le ha enseñado al teniente lo que es capaz de hacer. Sin embargo, vuelve a

lanzarse a los aires y esta vez suelta el tirachinas en el lugar donde se encontraba.

Cuando salta, cambia a su forma de lobe y aterriza a bastante distancia. Antes de que pueda pestañear siquiera, se dirige hacia Rodrigo corriendo lo más rápido que he visto en mi vida. Me aterra que vaya a pasar totalmente por alto las reglas y le ataque a la yugular, el entrenamiento no va de esto.

Retuerzo las manos, un grito me araña la garganta incluso mientras murmuro una plegaria rápida para que no asesine a la gárgola ahí mismo, en medio del círculo de entrenamiento. Pero un metro antes de que llegue hasta Rodrigo, le lobe salta por los aires y se da la vuelta justo cuando cambia a su forma humana de nuevo, hace un arco en el aire con el puño y lo estampa con todas sus fuerzas contra la mandíbula de la gárgola.

Durante un instante no ocurre nada, pero juro que puedo ver pajaritos dando vueltas en la cabeza de Rodrigo, igual que en los dibujos animados. Entonces, sin previo aviso, la gárgola se desploma hacia delante y cae de bruces sobre la tierra. Está fuera de combate, y no puedo decir que lo sienta lo más mínimo.

Chastain corre hasta el campo para encontrarse con Dawud, la sorpresa que le causa su victoria es evidente en su rostro.

—¿Cómo lo has hecho? —exige saber.

—Punto número cuatro —contesta Dawud a la par que se encoge de hombros—. La masa multiplicada por la aceleración es igual a la fuerza. Eso quiere decir que hasta

el objeto más pequeño puede pegarte un buen golpetazo si se mueve con suficiente velocidad. La física es un mundo.

—Pero ¿por qué has girado en el aire antes de cada ataque? —pregunta Artelya, quien sin duda está fascinada por esta lección, y Dawud se pavonea ante su atención.

—Al girar de esa forma en el aire se genera torsión... y la torsión incrementa la aceleración —explica como si fuera lo más evidente del mundo, aunque quizá lo sea, porque Artelya asiente.

—Aaah, claro, he reparado en que siempre que arremeto con mi espada después de un salto con giro, mi oponente parece retroceder más. Es solo que nunca me lo habían explicado de esta forma —confiesa ella.

Dawud no se da ni cuenta de que Chastain tensa la mandíbula cuando le dirige una sonrisa a Artelya.

—Era le enclenque de mi camada, pero nunca fui le omega.

—Me encantaría saber más —admite ella y comienzan a alejarse.

Escucho de pasada a Dawud contándole su sueño de llegar a ser le alfa de su propia manada algún día, una manada que aprecie la inteligencia por encima de la fuerza, hasta que se detiene y le espeta por encima del hombro el último consejo a Chastain y a las otras gárgolas que todavía siguen rondando por el círculo de entrenamiento.

—Ah, y punto número cinco, les lobes pueden saltar muy alto cuando están en su forma humana.

Y después se dan la vuelta y se alejan, pero no antes de captar mi mirada y guiñarme un ojo, pero un guiño de verdad.

No puedo evitar devolverle la sonrisa. Porque solo a Dawud se le ocurriría usar la física para ganar una batalla.

86

Piedra, colmillos, tijeras

Varias gárgolas corren hacia Rodrigo y apoyan una de las palmas de la mano en la tierra y la otra en la espalda de su compañero, para canalizar la magia de sanación en el cuerpo postrado de este. Sé tan bien como cualquiera de las gárgolas que tengo alrededor que el proceso de sanación con la magia de la tierra es lento, y los presentes esperamos con paciencia mientras atienden a su hermano caído.

Sobre su cabeza se acercan unas nubes oscuras de tormenta, que bloquean los rayos del sol y tintan el aire que nos rodea de un espeluznante tono gris plomizo que rezo para que no sea un mal presagio, en serio.

A Rodrigo empiezan a darle espasmos, y mi atención vuelve a centrarse en el campo de entrenamiento. Chastain se acerca a él.

—No lo curéis del todo —les ordena al resto de las gárgolas—. Que le duela un poco la rodilla hoy, que le recuerde que no debe volver a subestimar así a un oponente.

Es duro, pero debo admitir que me gusta. Aborrezco a los matones.

Chastain se vuelve hacia Flint y Eden.

—¿Os apetece a los dragones probar suerte y derrotar a uno de mis soldados?

—Creo que mejor pasamos —responde Flint.

Chastain no parece muy convencido, pero no dice nada más.

Me inclino hacia Flint y, en voz baja, le digo:

—Oye, no dejaría que hicieran nada que pudiera dañaros.

—Grace, no te ofendas, pero no creo que fueras capaz de detenerlos.

La respuesta me irrita sobremanera; y puede que sea porque muy en el fondo sé que tiene razón. Pero aun así...

—Tengo la Corona. Controlo al Ejército.

Flint me mira con la duda en su mirada.

—Es posible, pero no me fío ni un pelo de ese tal Chastain y no quiero tenerlo cerca. Me da a mí que lo que quiere es aprender cómo derrotarnos.

Me alegra saber que no soy la única a la que le chirría la actitud de Chastain, pero no creo que fuera a traicionarnos. Quitándose del medio a Cyrus ganaría tanto como nosotres. Aun así, no quiero seguir discutiendo con Flint, así que le devuelvo la pullita.

—Pues mira que tienes fuerza para mandarlo bien lejos; estás cachas, dragoncito.

—Ya ves. —Se ríe, y flexiona un poco el bíceps—. De hecho...

Pero se calla a mitad de frase, y en un abrir y cerrar de ojos desaparece la sonrisa de su rostro, y un ceño fruncido

ocupa su lugar.

Miro a mi espalda, para ver qué lo ha cabreado tantísimo en tan poco tiempo. Pero lo único que veo es cómo Jaxon va directo al centro del círculo de entrenamiento dando zancadas, como si fuera el amo y señor del lugar.

Me vuelvo de nuevo para hablar con Flint y preguntarle qué pasa, pero el dragón se aleja de mí con los puños a los lados de la cadera.

Al ver cómo se marcha siento presión en el pecho. Ahora mismo estamos en la mierda y, por mucho que lo intente, no sé cómo solucionarlo. Sé que las cosas se han ido al traste, y sé que no hay nada que yo pueda hacer que vaya a compensar todo lo que ha perdido Flint. Pero en este momento la amenaza que se cierne sobre nosotros es enorme, y necesitamos mantenernos unidos, no separarnos.

—Oye. —Noto la mano de Hudson sobre el hombro y, cuando me vuelvo para mirarlo, me fijo en que hacía tiempo que su mirada no era tan cálida como ahora. Verlo no hace que desaparezca el dolor en mi interior, pero sí que hace que me sienta un poco mejor, y eso es más de lo que me esperaba—. Se me ha ocurrido que podía aprovechar la repentina sombra y ver cómo te iba.

—Pues te acabas de perder cómo Dawud derrotaba a una gárgola que le duplicaba en tamaño —le cuenta Macy con alegría—. Ha sido una pasada.

Me inclino sobre él, suspiro y me hundo en la sólida corpulencia de su figura mientras Macy le explica el épico combate de Dawud. Dejo que su calor se me meta dentro, dejo que ahuyente un poquito el miedo que ha ido creciendo en mí desde que vi cómo perdíamos el Katmere.

Desde que me di cuenta de que en este mundo de alianzas cambiantes y promesas rotas nada es indestructible. Más aún, no hay nada a salvo. No sé cómo luchar contra eso, y tampoco tengo ni idea de cómo alzarme con la victoria.

En el interior del círculo de entrenamiento, Jaxon sale despedido por los aires y acaba patinando de morros por el suelo de piedra.

—Eso le va a doler —comenta Hudson con una mueca de dolor.

—¿Debería parar todo esto? —pregunto mientras Jaxon se levanta de un salto y se abalanza contra una de las cinco gárgolas que comparten el círculo con él ahora mismo.

La gárgola está a punto de atraparlo en el aire, pero Jaxon ya está en el suelo, dándole una patada en las piernas desde allí abajo, y cuando esta cae se coloca sobre él. Le hace una llave con los brazos alrededor del cuello y, aunque no se lo rompe, se entrevé que podría hacerlo.

Un oponente menos, quedan cuatro. Se vuelve para enfrentarse a dos más, pero en vez de aceptar el hecho de que debería salir ya del círculo, la gárgola a la que acaba de derribar se levanta y agarra a Jaxon, quien no se espera el ataque. Unos segundos después este sale volando otra vez por los aires; pero esta vez se estrella tan fuerte contra un muro que la lámpara de araña del interior del castillo empieza a temblar.

—No puedo seguir viendo esto —dice Hudson, y lo primero que pienso es que se va a marchar, como ha hecho Flint.

En cambio, se desvanece hasta el lugar donde Jaxon está sacudiendo la cabeza para espabilarse. Observo que le ofrece la mano a su hermano pequeño y le dedica un comentario que hace que él ponga los ojos en blanco y se ría al mismo tiempo.

Cuando regresan al círculo, Jaxon hace un gesto con el brazo en plan: «Todo tuyo».

—Venga, tú primero, hermano mío. —Se burla—. Enséñame cómo se hace.

—Vale, pero no te vengas muy arriba —le responde Hudson—. No sé si podrás soportarlo.

—No tientes a la suerte —replica Jaxon con los ojos entrecerrados.

—¿Ves?, en eso somos diferentes. —Hudson sonríe—. Para ti es suerte. Para mí, es simple destreza.

Por una milésima de segundo creo que Jaxon va a mandar a la mierda a las gárgolas y va a ir a por Hudson. Pero solo se ríe y levanta la mano haciendo la señal de la paz pero con la palma hacia delante, y estoy segura de que le está haciendo la peineta al estilo británico. Después se marcha al borde del círculo.

Observo a Isadora, que está sentada sola en uno de los bancos de piedra que hay a un lado. Lleva allí desde que ha empezado el entrenamiento, con aire aburrido, y al principio doy por hecho que es porque no pensaba ayudar al Ejército a descubrir cómo derrotar a su padre. Pero se anima un poco cuando Hudson se coloca justo enfrente de las que ahora son siete gárgolas con aspecto de tener malas pulgas.

—Lo primero que debéis aprender al luchar contra vampiros —dice mi compañero, y retrocede de un salto para

esquivar una fuerte estocada que iba directa a su estómago —, es que son mucho más rápidos que vosotros, y tienen mejores reflejos.

Para demostrarlo, lanza un puñetazo y envía a una gárgola por los aires antes siquiera de que esta pudiera darse cuenta de que Hudson iba a atacarla.

—En un combate de uno contra uno no podréis seguir nuestro ritmo. —Se vuelve y le da una patada en el estómago a otra gárgola; el golpe es tan fuerte que el oponente cae de culo a varios metros de distancia—. Ni siquiera en un combate de dos contra uno —dice Hudson con una sonrisa de superioridad—. Pero eso quiere decir que no debéis luchar para ganar nada más empezar, sino que debéis luchar para agotar al oponente.

Hudson se inclina hacia delante, levanta a una gárgola que iba a atacarlo y se la echa a la espalda; después la coge de un brazo y una pierna, y gira sobre sí mismo antes de lanzar a la gárgola por los aires como si fuese un disco, como hacen en las Olimpiadas. El agresor aterriza justo encima de la gárgola a la que le ha dado una patada en el estómago hace apenas unos minutos; pobre, el hombre acababa de ponerse en pie y otra vez está en el suelo, sepultado bajo la gárgola más grande que hay en el campo.

—¿A qué te refieres? —pregunta Chastain mientras da vueltas alrededor de la lucha. Observa con gran interés cada uno de los movimientos de Hudson, y una sensación de incomodidad se adueña de mí cuando recuerdo las palabras de Flint. ¿De verdad está interesado en aprender a derrotar al ejército de Cyrus o lo que intenta es buscar el punto débil de mi compañero en particular?

Más pronto que tarde tendré que lidiar con el hecho de no saber la respuesta a esa pregunta. A ver, que el plan es ganar las Pruebas y eliminar el veneno de su sistema, para que así pueda usar la Corona y nos ayuden a derrotar al rey vampiro. Siempre he supuesto que es lo que el Ejército querría: castigar al vampiro que los envenenó y los obligó a vivir encerrados en este lugar durante mil años. Pero ¿y si me equivoco? ¿Y si lo que ansían es la libertad para recuperar sus vidas, para empezar a vivir de verdad?

Quizá Chastain sueña con encontrar a una persona con la que formar su vínculo de compañeros, jubilarse e irse a vivir a un pueblecito irlandés. Intento imaginarme a este imponente teniente con la única preocupación en la cabeza de cuidar de un huertecito y de proteger su hogar de las esporádicas tormentas.

—¡Thomas, no dejes caer el hombro, joder! —ordena Chastain cuando Hudson levanta del suelo a otra de las gárgolas y la lanza por los aires; esta atraviesa toda la zona de entrenamiento y aterriza en el suelo con un doloroso golpe seco.

Niego con la cabeza. Chastain ha nacido para ser un líder. Y visto lo mucho que se le tensa la mandíbula cada vez que mi compañero le da una paliza a uno de sus oponentes, se nota que el teniente no tolera ver sufrir a cualquiera de sus soldados. Sin duda querrá impedir que Cyrus vuelva a hacerles daño.

—No vais a poder superar en velocidad a los vampiros. Ni tampoco vais a poder superarlos en capacidades ofensivas. Tenemos unos reflejos muy buenos. Así que vuestra mejor baza es agotar al ejército de Cyrus.

Entonces, para demostrar lo que acaba de decir, se agacha en el último segundo para evitar un ataque por la espalda; después se vuelve y le pega tres puñetazos seguidos a una gárgola que apenas había movido el cuerpo para colocarse en posición.

—Y ¿cómo deberíamos hacer eso? —pregunta Chastain.

—Obligándolos a desvanecerse. Una y otra vez. Nuestra capacidad para desvanecernos tiene un límite; para usarla necesitamos muchísima energía y, al final, eso nos acaba cansando. Tenéis alas. Usadlas. Obligadlos a desvanecerse para alcanzaros, obligadlos a saltar. Al final quedarán agotados y, entonces, debéis atacar.

Se vuelve con una velocidad sobrenatural y, con un fuerte movimiento del brazo, hace que tres gárgolas se estrellen contra el suelo.

En ese momento el combate empieza de verdad, pues ocho gárgolas se abalanzan contra Hudson en un movimiento coordinado. Hudson logra liberarse de ellas y atraviesa corriendo el círculo de entrenamiento. Las gárgolas lo persiguen (por aire y por tierra), pero justo cuando parece que lo tienen acorralado, Jaxon se suma a la pelea.

Utiliza su telequinesis y se levanta varios metros del suelo, con lo cual puede coger a las gárgolas que han elegido volar, de una en una, y se las lanza a Hudson. Su hermano las agarra en el aire y las estampa contra el suelo.

Sé que es mi ejército el que tengo delante, y que el comportamiento de los Vega debería indignarme en su nombre, pero la verdad es que mi compañero y su hermano nos están dando un buen espectáculo. Para ser dos tíos que

casi siempre han estado a la gresca entre ellos, hacen un equipo de la hostia, la verdad.

Vuelvo a mirar a Isadora, quien se ha echado hacia delante con los codos pegados a las rodillas mientras observa el combate con un interés que nunca había percibido en ella. Incluso hace un gesto de dolor cuando una gárgola le da una buena leche a Jaxon.

—¿Sabes?, no tienes por qué quedarte en el otro bando. —Mientras pronuncio esas palabras, me pregunto si no me estaré equivocando. Pero veo algo en sus ojos (algo que se esconde bajo todo ese hielo y esa apariencia) que me lleva a pensar que las cosas no son tan sencillas. Que quizá Isadora se parece muchísimo a Hudson.

—No sé de qué me estás hablando. —Ahí está de nuevo el hielo, y por duplicado.

—Nada, solo que vivir bajo la opresión de Cyrus no es la única vida que hay. Hudson ha encontrado otra, y tú también puedes hacerlo.

—Qué mona eres —responde con sarcasmo.

—Solo digo que...

—Ya sé lo que me estás diciendo —espeta—. Y ¿quién coño te crees que eres para pensar que sabes lo que quiero?

—No lo sé —respondo—. Solo sé que las personas nos sentimos mejor acompañadas que solas.

Isadora no me contesta y por un segundo, solo un segundo, parece vulnerable.

Decido aprovechar ese momento de ventaja, aunque sé que lo más probable es que esté cometiendo una estupidez.

—Tienes dos hermanos que son increíbles, de verdad. Soy la primera en admitir que son la hostia de irritantes, pero son buenos chicos, los dos, y harían lo que fuera por la gente a la que quieren.

—Por ti, querrás decir —gruñe, y todo indicio de vulnerabilidad que he podido ver en ella desaparece sepultado bajo un montón de mala actitud.

—Por mí, sí. Desde luego. Pero también por Macy, Mekhi, Flint, Eden y el resto. Cuando te aceptan como miembro de su grupo, nunca se echan atrás. —Hago una pausa y observo las nubes oscuras que siguen tapando el sol. Por un momento me pregunto si es un mal augurio por lo que nos espera o si, quizá, es la esperanza de que todo este dolor vaya a desaparecer muy pronto. Sea como fuere, se avecinan cambios. Me vuelvo hacia Isadora y me arriesgo una última vez—. Ya sois familia. Si lo quieres, tendrás ese amor y esa protección por su parte.

Isadora se muerde el labio inferior y desvía la mirada hacia el círculo de entrenamiento, donde Jaxon y Hudson han acabado de machacar a sus oponentes. Están de pie en el centro del círculo, con los brazos en jarra y sonriéndose el uno al otro, con ocho gárgolas tiradas en el suelo a su alrededor, gimiendo de dolor.

Me derrito un poco al verlos, pero al parecer la situación que presenciamos tiene el efecto contrario en Isadora. La chica desvía la mirada, poniendo los ojos en blanco.

—Igual a ti te van todas estas pasteladas, pero si algo he aprendido de Cyrus es que nada es gratis. Y, la verdad, prefiero quedarme con el plan de pago que ya tengo.

87

Acuchilla primero, piensa después

Espero que se vaya, sin embargo, se detiene al otro lado del círculo y contempla cómo otra ronda de soldados reta a Hudson y a Jaxon. Esta vez son diez, y a juzgar por las insignias que portan son miembros de alguna especie de guardia de élite. Y parece que quieren hacerlos trizas.

Se me encoge el estómago y, no voy a mentir, me asusto un poco. No porque no tenga fe en Hudson y Jaxon, sino porque estos son diez de los mejores luchadores del Ejército Gargólico. Sin mencionar el hecho de que solo están usando sus habilidades vampíricas para pelear, no pueden usar sus dones especiales.

Eso es mucho pedir para cualquiera.

Aunque parece que me he preocupado por nada, porque entre los dos derrotan a los guardias en un abrir y cerrar de ojos. La guardia con el moño rubio tirante es la que más problemas le da a Jaxon, pero incluso ella acaba cayendo de culo después de diez minutos.

Hudson le tiende la mano para ayudarla a levantarse mientras Jaxon se dirige a hablar con otro de los soldados.

Sin embargo, cuando Hudson se da la vuelta para unirse a su hermano fuera del círculo de entrenamiento, Isadora comenta:

—Parece que necesitáis un desafío de verdad.

Su mirada vuela hasta Chastain, quien le grita:

—¡Izzy. Enséñanos algo que no hayamos visto todavía!

—Ah, te aseguro que esto no lo habrás visto nunca —anuncia—. Bueno, siempre que Hudson no esté demasiado cansado, claro.

Hudson enarca una ceja y se da la vuelta para contemplar a su hermana, quien lo observa con uno de los pies enfundados en botas apoyado en un banco y con un cuchillo en la mano.

—Adelante. Enseñémosles lo que es una pelea de verdad, ¿te parece?

—Adelante —lo imita cuando se aparta del banco y camina de forma arrogante hacia mi compañero—. Aunque, si te soy sincera, tampoco sé si se va a poder llamar «pelea».

Hudson entrecierra los ojos ante el desafío y, mientras todo el mundo alrededor del círculo silba y vitorea, yo lo conozco lo bastante bien para saber lo dividido que se siente. No quiere pelearse con su hermana, pero tampoco quiere rechazar la primera muestra de interés que tiene hacia su persona.

—Solo hay una forma de averiguarlo —contesta al final—. Pero tendrás que cerrar el pico para que ocurra.

Esta vez es Isadora la que entrecierra los ojos. Comienza a contestar (aunque se lo piensa mejor por el último comentario de Hudson) y se decide por andar pavoneándose hasta el centro del círculo de entrenamiento.

Y qué queréis que os diga... Vampiros. Es imposible no quererlos, pero sin duda tienen una forma muy peculiar de demostrarte que ellos también te quieren. Sobre todo lo hacen al no matarte, lo que es mejor que la alternativa. Pero la verdad es que visto desde fuera es de risa.

—Tú dirás cuándo empezamos, «hermanita» —indica Hudson mientras se colocan el uno frente a la otra en el círculo.

—Anda, pues pensaba que ya —contesta Isadora y lanza un cuchillo volador.

Lo pilla por sorpresa (y a la audiencia también), y yo jadeo cuando le rebana el exterior del bíceps izquierdo.

Aunque parece que a él no le perturba. Se limita a levantar una ceja y preguntar:

—Conque esas tenemos, ¿mmm?

—Las que hemos tenido siempre —responde ella y se desvanece al otro lado del círculo para arrebatarle un mandoble de las manos a un guardia gargólico. En cuanto cierra los dedos alrededor de la empuñadura, arremete contra la espalda de Hudson.

Parece ser que todo ese rollo de no matarse es más bien una elección que un requisito real, lo cual no resulta muy tranquilizador.

—¡Hudson! —grito con el corazón saliéndoseme del pecho.

Pero ya se ha puesto en movimiento incluso antes de que salga la primera sílaba de mi boca: se lanza al suelo y le pone una zancadilla tan deprisa que Isadora se queda suspendida en el aire durante un segundo antes de que el resto de su cuerpo repare en que no hay nada que soporte su peso.

Se pega un buen batacazo, pero se levanta casi igual de rápido. Y ahora parece estar cabreadísima, lo cual, si soy sincera, creo que es un poco ridículo si tenemos en cuenta que es ella la que ha empezado este combate de entrenamiento convertido en duelo a muerte.

En esta ocasión, cuando vuelve a arremeter con la espada tiene como objetivo partirlo en dos de forma limpia y, si Hudson se hubiera movido un milisegundo más despacio, es posible que lo hubiera conseguido. En realidad desliza la punta por su estómago, lo cual deja un agujero en su camisa y una fina línea de sangre en su torso.

—¡Oye, Hudson! —grita Eden, y Hudson se vuelve justo a tiempo para agarrar la espada que la dragona le ha lanzado de la nada.

Él hace girar la espada a la par que completa la vuelta y el repicar del acero contra el acero resuena por la entrada. Isadora parece todavía más furiosa, si es que eso es posible, aunque no sé con quién está más cabreada. Si con Hudson por bloquearle el golpe o con Eden por haberle lanzado la espada para que lo hiciera.

Aunque la pregunta se contesta sola cuando suelta un grito primitivo la siguiente vez que esgrime la espada, y está claro que su objetivo es la cabeza de su hermano o,

para ser más específicos, su objetivo es decapitar a su hermano.

Conque, sin duda, está más cabreada con Hudson, sobre todo cuando él responde levantando su espada para que choque con la de ella con tanta fuerza que lanza la de la chica dando vueltas por los aires. Eden da un salto adelante y la caza, y durante un segundo pienso que se la va a devolver a Isadora. Sin embargo, la mirada de absoluto desprecio que atisba en los ojos de la vampira debe de hacer que cambie de idea, porque la agarra con firmeza.

Isadora se da la vuelta hacia Hudson con una expresión desdeñosa.

—¿Cómo te sientes al saber que eres tan patético que tus amiguitos tienen que hacer trampas para ayudarte a ganar?

—Bastante bien —contesta—, sobre todo porque eso significa que tengo amigos.

Ella se saca un cuchillo del cinturón que luce en la cintura y se lo lanza por los aires. Él se desvanece unos pocos centímetros a la izquierda, el cuchillo pasa silbando a su lado y se habría clavado en una gárgola del público si no hubiera cambiado de forma en el último instante. Por suerte, la hoja rebota contra su cuerpo de piedra y cae al suelo.

Pero Hudson ya se había vuelto para ver dónde iba a aterrizar el cuchillo, seguramente para decidir si tenía que desvanecerse hasta colocarse delante de cualquier espectador que se cruzara en su camino, y esa es toda la oportunidad que necesita Isadora. En un pestañeo se desvanece hacia su hermano, lo agarra del brazo sin dejar de desvanecerse del todo y utiliza ese impulso para lanzarlo

campo a través. Se me corta la respiración en la garganta cuando se detiene deslizándose como si fuera un muñeco de trapo justo al atravesar las puertas del Gran Salón.

En cuanto ella se desvanece para recorrer el campo y acudir a su encuentro en el Gran Salón, él ya se ha puesto en pie y el resto la imitamos corriendo para ver qué pasa después. Sin embargo, Isadora salta hacia arriba justo antes de llegar a Hudson y hace *parkour* desde el centro de una pared cercana para así poder volar hasta la enorme lámpara de araña de hierro que cuelga a quince metros del suelo del gran salón de baile.

Una vez que la alcanza, se agarra al borde inferior de la lámpara y se queda ahí dando vueltas durante uno o dos segundos. Eso me concede el tiempo justo para preguntarme qué podría estar haciendo antes de que levante el pie para apoyarlo en la barra lateral de la lámpara, casi volcándola en el proceso. Después, usando el pie como palanca, arranca toda la barra inferior de la lámpara de araña.

La multitud ahoga un grito cuando la barra se descuelga y ella comienza a caer, pero Isadora apenas parece darse cuenta. En vez de eso, rota a medio salto de forma que aterriza de pie con la pesada barra de hierro levantada por encima de la cabeza.

Nunca he visto nada parecido, y me da la sensación de que Hudson tampoco, pues abre un poco los ojos al verlo. Incluso yo debo admitir que parece poderosa de la hostia, algo que admiraría si no estuviera intentando matar a mi compañero en estos instantes.

Pero en ello está, así que estoy mucho más preocupada que impresionada de lo que estaría en otras circunstancias. Sobre todo cuando ruge (sí, ruge) al dejar caer la barra de hierro con todas sus fuerzas sobre la coronilla de Hudson.

Él la recibe con su espada, pero ella da la vuelta y vuelve a arremeter. Esta vez le asesta un golpe en el hombro y ella le lanza una pulla:

—Quizá estarías menos distraído si dejaras que nuestro padre te entrenara como toca.

Esta vez es él quien blande la espada y ella apenas consigue bajar la barra de hierro a tiempo para evitar que le ampute la pierna de cuajo.

—Ya, bueno, quizá si tú te pasaras menos tiempo lamiéndole el culo habrías aprendido a pensar por ti misma de verdad.

Su única respuesta es un siseo y otra estocada de la barra de hierro. Esta vez apunta bajo y él salta por encima de su arma.

Vuelve a blandirla y él la bloquea con la espada.

—¿Crees que tuve opción? —espeta ella—. Después de que te largaras no me quedó otra.

Esta vez es él quien ataca y ella hace una voltereta hacia atrás por encima de la hoja de la espada.

—Siempre hay opción —le escupe Hudson—. Es solo que tú no fuiste lo bastante valiente para aprovecharla.

—¡Hice lo que tuve que hacer! —ruge Isadora mientras vuelve a subir corriendo por la pared más cercana. Esta vez baja de inmediato y golpea la espada de Hudson con su barra de hierro con tanta fuerza como le es posible.

Él trastabilla un poco y se la devuelve con una estocada potente. Todo pasa muy rápido, ella apenas consigue levantar la barra a tiempo y acaba cayéndose de rodillas bajo la fuerza del impacto.

—¡Estás haciendo lo que te da la gana! —vocifera Hudson como réplica—. Y te importa una mierda quién salga herido.

Ella se aparta rodando cuando él vuelve a bajar la espada y se pone de pie de un salto. Entonces empieza la pelea de verdad. Nada de cháchara, nada de espectáculo, no hay más que impacto poderoso tras impacto poderoso mientras la batalla se propaga con furia.

Los dos respiran con dificultad, ambos se están cansando, ya no blanden sus armas con tanta velocidad y los bloqueos no tienen tanta fuerza. Ninguno de los dos está dispuesto a rendirse, pero tampoco es capaz de superar al otro. Acabo de decidir que voy a tener que meterme en medio y terminar con todo esto antes de que cierta persona acabe muerta de verdad cuando Hudson por fin vea un punto débil en su estilo de lucha.

Arremete contra ella repetidas veces mientras grita «¡Ya basta!» y le asesta una patada fuerte en el plexo solar.

Izzy sale disparada. Sobrevuela casi cinco metros antes de estamparse contra el suelo en el borde del círculo de entrenamiento. Cuando choca contra las rocas duras e implacables, su agarre sobre la barra de hierro se relaja y esta aterriza varios metros más allá.

88

Nada expresa más el amor que siente una persona que un puñal en el corazón

Toda la multitud suelta un grito de sorpresa, y hasta Hudson parece preocupado, pues deja la espada y sale corriendo hacia ella.

Pero no ha dado más que un par de pasos cuando Isadora se pone en pie y, esta vez, está que trina.

—¡¿Te piensas que me conoces?! —le grita.

Unos segundos después un puñal atraviesa el aire y le roza la mejilla; todas las personas que estaban en ese lado se dispersan para evitar salir malparadas por el puñal que ha lanzado Isadora, y por cualquier otra cosa que tenga pensado lanzar.

—¡No tienes ni puta idea de cómo es mi vida! —Otro puñal vuela directo hacia Hudson, y esta vez mi compañero debe saltar hacia un lado para evitar el impacto—. ¿Te crees que es la vida que he elegido? —pregunta.

Otros dos puñales más salen volando, con el corazón de mi compañero como objetivo, y se me para el mío hasta que

veo que Hudson da un buen salto de casi dos metros para esquivarlos.

—¿Te crees que quería ser la hija bastarda de Cyrus?

Otro puñal surca el aire. Este es largo, siniestro, y Hudson no se mueve lo bastante rápido para esquivarlo y la hoja le hace un corte en el hombro. La sangre le cae por la manga rasgada de la túnica.

—¿Ser otra arma arrojadiza más para usar contra su compañera? —continúa.

Esta vez le lanza un puñal negro directo a los ojos. Toda la multitud suelta un «¡OOOOH!» horrorizado, y yo contengo la respiración hasta que veo a Hudson esquivar el afilado cuchillo.

A estas alturas tengo las palmas de las manos empapadas por el sudor, y el corazón me va a mil por hora. El terror de mi interior se ha convertido en un pájaro salvaje, que agita las alas contra mis costillas mientras pienso qué debería hacer. Quiero intervenir, pero el instinto me dice que Hudson no me lo va a agradecer. Que, sea lo que sea esto, es entre su hermana y él.

Pero ser consciente de ello no hace que me sea más fácil quedarme al margen. Ni tampoco hace que me sea más fácil ver todo lo que está pasando, ni de coña.

—Puedes pensar que tenía otra opción, pero eso no es verdad, no en mi caso. —Le lanza otro puñal directo al corazón, pero Hudson lo esquiva—. Solo me dieron una opción. Una —dice con los dientes apretados.

Esta vez el puñal que va directo hacia Hudson es corto, y tiene un enorme rubí engastado en el mango. Mi compañero lo evita en el último momento.

—Ser útil...

Otro puñal, otra finta.

—O no valer para nada.

Otro puñal, otra finta.

—Ser una hija obediente...

Otros dos puñales que vuelan a una velocidad trepidante.

Hudson se ha dado por vencido y ya no esquiva los puñales; vuelan demasiado rápido y a él ya le falta el aire, así que los desintegra antes de que puedan dar en la diana, o sea, en su cuerpo.

Pero al parecer eso no hace más que aumentar la rabia y la ira de Isadora, cosa que me parecía imposible, hasta que la chica estalla con una lluvia de puñales y una furia que no había visto antes en mi vida. Un puñal tras otro, tras otro, tras otro. Cada vez más y más y más rápido.

Hudson los desintegra todos, y eso provoca que su hermana los lance con movimientos más rápidos cada vez.

—O acabar encerrada...

Otros tres puñales, uno por cada palabra.

Isadora debería replantearse lo que está haciendo al ver que Hudson está deteniendo todos sus ataques. Pero la ira aumenta la velocidad a la que lanza los cuchillos, hasta que los puñales y las palabras salen volando al mismo ritmo.

—Después de...

Otro puñal.

—Mil...

Otro puñal.

—Años...

Otro puñal.

—Haría...

Otro puñal.

—Lo que fuera...

Otro puñal.

—Y mataría...

Otros dos puñales, uno por cada palabra.

—A quien fuera...

Otro puñal.

—Para no volver allí nunca más.

Una lluvia de puñales, uno tras otro; tantos y tan rápidos que Hudson apenas tiene tiempo de desintegrarlos antes de que lo alcancen.

—No pienso volver allí.

Otro puñal, y este va directo a la garganta de mi compañero.

Hudson lo desintegra con un movimiento de la mano, pero por la expresión que veo en su rostro sé que da igual si uno de los puñales le acierta o no. Las palabras de su hermana le duelen tanto como un corte profundo. Puede que incluso más.

—Isadora, yo...

—No te atrevas a decir nada —sisea la chica. Y, entonces, como si estuviésemos en una peli de miedo, le lanza un último puñal, que vuela directo hacia su corazón. Pero cuando Hudson mueve la mano para desintegrarlo... la daga se reconstruye como si siguiera la trayectoria y ahora está a menos de un centímetro de su pecho; va tan rápido y está tan cerca que a Hudson le resulta imposible desvanecerse para esquivarlo.

—¡Hudson, muévete! —grito—. ¡Ahora!

Mi advertencia llega demasiado tarde. El puñal se clava en el hombro de mi compañero.

Pero Hudson, como el vampiro que es, apenas parece darse cuenta de que tiene un cuchillo clavado en el cuerpo. En cambio, solo se centra en Isadora... y en lo que acaba de hacer.

—¿Cómo es posible? —pregunta con la mirada azul clavada en su hermana.

—Ya os he dicho que no existe nadie como yo —responde la chica, con la barbilla levantada en actitud desafiante—. No es culpa mía si no me habéis creído.

Y así, sin más, da media vuelta y se aleja.

Y la multitud se separa para dejarla pasar, todos al mismo tiempo.

89

Atrás queda el pasado,
ten la pista en el presente

En cuanto Isadora abandona el círculo, voy corriendo hacia Hudson.

—¿Estás bien? —pregunto, y palpo el hombro alrededor del cuchillo—. ¿Qué hago?

—Estoy bien —contesta, pero sigue observando cómo se aleja su hermana.

—Mmm, sin ofender, pero tienes un cuchillo clavado en el hombro —le anuncio—. La verdad es que eso no significa estar bien en ningún mundo, ni siquiera en este.

—Ha sido una pelea impresionante —declara Chastain a mi espalda—. Por ambas partes.

—¿Tenemos clínica? —espeto.

—¿Clínica? —Parece confuso y por millonésima vez me acuerdo de que estamos congelados en medio del puto siglo XI.

—Un lugar donde pueda ir para descansar un rato mientras lo ayudo a curarse.

—Las gárgolas no solemos necesitar clínicas. —Chastain me mira con desdén—. Y tampoco debería tu vampiro por una nimiedad como esta.

—¿Nimiedad? —Me vuelvo otra vez hacia Hudson y me pregunto si quizá me he imaginado a Isadora rematerializando el cuchillo y hundiéndoselo en el cuerpo a mi compañero. Pero, ¡nop!, el cuchillo sigue ahí, sin duda alguna. Y también la sangre que empapa la zona—. ¡Está sangrando! ¡Está incrustado!

—No por mucho tiempo —indica Hudson; después levanta la mano y se arranca el cuchillo del hombro sin inmutarse siquiera.

—Deja que lo vea. —Me acerco y comienzo a palpar la herida mientras me preparo para reunir energía curativa, hasta que contemplo (con los ojos como platos) cómo empieza a sanar delante de mis narices—. ¿Así sin más? —pregunto, aunque estoy viendo con mis propios ojos cómo se cierra la piel desgarrada.

Hudson me sonríe.

—Así sin más.

Niego con la cabeza a la par que dejo escapar un largo suspiro. Porque está claro que sé que los vampiros se curan muy rápido, sobre todo si se trata de una herida pequeña. Es solo que no suelo ver muchas heridas abiertas, en especial en mi compañero. Todos los vampiros a los que he visto mal de verdad tenían heridas mortales de las que eran incapaces de curarse.

Aunque, si lo pienso, ahí está la clave. Los vampiros se curan a sí mismos muy deprisa siempre que pueden. Y si no pueden es porque ya es demasiado tarde para ellos.

En cuestión de segundos el hombro de Hudson está curado por completo a excepción de un moratón con mal aspecto. También han desaparecido los diferentes cortes de los cuchillos que le ha lanzado la pequeña sociópata de Cyrus.

—¿Qué cojones ha sido eso? —pregunta Eden cuando se coloca a la espalda de Hudson, con aspecto de sentirse tan perpleja como yo.

Flint se une a nosotros.

—Esa chica tiene problemitas.

—Esa chica es una guerrera —espeta Chastain.

—¿Disculpa? —digo cuando la indignación suple al poco miedo que me quedaba dentro—. ¿Crees que lanzarle cuchillos a mi compañero desarmado la convierte en una guerrera?

—Creo que es su corazón lo que la convierte en una guerrera —replica mientras analiza los cuchillos incrustados en las paredes y los tapices que hay detrás de nosotros, además de los que están tirados por el suelo de piedra—. Mira todos los cuchillos que le ha lanzado. Cuánta entrega.

—Yo no lo llamaría así —farfulla entre dientes Flint.

—Ha sido una pataleta —le reprocho a la gárgola, pues no entiendo en absoluto qué ha hecho Isadora que encuentra tan impresionante—. Ha tenido una pataleta temeraria y peligrosa, y crees que eso la convierte en una guerrera.

—Yo creo que se ha comprometido a seguir un camino y está dispuesta a morir por ello. Eso es lo que hacen los guerreros.

Es lo más ridículo y absurdo que he escuchado en mi vida. Y eso teniendo en cuenta que Cyrus Vega ha intentado

hacerme luz de gas en varias ocasiones durante estos últimos meses, así que sé de lo que me hablo.

Pero ¡venga ya! Es absurdo poner a alguien en un pedestal solo porque se le vaya la olla y monte un espectáculo. A ver, que sí, que ninguno de nosotros podía apartar la vista de lo que estaba sucediendo. Pero eso es como lo que pasa con los accidentes, no porque se mereciera nuestra admiración.

Y lo pillo. Lo que ha confesado Isadora es terrible. Lo que sufrió a manos de Cyrus es terrible. Nadie lo pone en duda. Pero eso no le da derecho a pagar toda esa furia y rabia con Hudson, que nunca le ha hecho nada de nada. Ni siquiera sabía que existía hasta hace un par de días, y ella ha estado totalmente de parte de su padre todo este tiempo.

Conque, ¿qué es lo que quiere de él si se puede saber? ¿Y qué narices es lo que Chastain ve en su berrinche como para que lo haya impresionado tanto?

Me digo a mí misma que no importa. Me digo a mí misma que tengo que centrarme en Hudson y cerrar el pico. Pero la verdad es que sí que importa. Me he estado partiendo el lomo para impresionarlo y no he intentado asesinar a alguien ni una sola vez. Sin duda eso tendría que darme un punto o dos.

Vamos, como dijo cierta famosa cantante en los sesenta, solo pido un poquito de respeto.

Sin embargo, incluso mientras me hago esta reflexión, me doy cuenta de que nunca vamos a estar de acuerdo en esto. No solo en lo de si Isadora es una guerrera o no, sino también en todo el rollo ese de mi forma de gobernar. Y quizá sea hora de dejar de intentarlo.

Quizá sea hora de que deje de intentar satisfacerlo.

Quizá sea hora de que deje de intentar encajar en un molde que nunca he visto.

Quizá sea hora de que deje de intentar ser la reina que él piensa que debo ser y ser la reina que yo deseo ser.

En fin, tampoco es que pueda pensar peor de mí de lo que ya lo hace.

Por esa misma razón por fin dejo de intentar ganarme su respeto y digo lo que estoy pensando, sin más.

—En mi opinión, un buen guerrero es alguien que está dispuesto a morir por aquello en lo que cree, por la gente a la que ama, la gente que ha jurado proteger. Isadora no moriría protegiendo a nadie que no fuera ella misma. —Niego con la cabeza—. Pero, oye, supongo que tenemos una idea muy distinta de aquello por lo que vale la pena luchar.

Espero a que Chastain diga algo más, pero no tiene nada que decir, al menos no a mí. Pues menuda sorpresa. En vez de eso, se dirige al alféizar de madera donde siguen incrustados algunos de los cuchillos de Isadora. Se queda ahí de pie contemplándolos, después extiende la mano y arranca uno de la pared.

Cuando lo hace, la enorme piedra anaranjada que está incrustada en su anillo reluce bajo la luz.

Y todo mi cuerpo se queda helado. Porque después de tanto buscar durante estos días, por fin he encontrado la piedra divina. Ha estado a plena vista todo este tiempo.

No tengo ni idea de cómo sé que se trata de la piedra divina, pero lo sé. Es como si me pidiera que fuera a casa. Mis sentidos se ven abrumados por la sensación de estar envuelta entre los brazos de mi madre, emergen mis

recuerdos de su abrazo cariñoso y casi se me doblan las rodillas bajo mi peso. Trastabillo hacia un lado, busco con la mano una mesa a la que agarrarme cuando rompe ola tras ola de poder en mi interior.

Le echo un vistazo a Hudson con los ojos muy abiertos y me doy cuenta de que él también se ha percatado. Quizá pueda sentir lo mismo que yo. O quizá sea lo bastante inteligente para adivinar que, sin duda, Chastain jamás consideraría que hubiera otra persona que no fuera él lo bastante fuerte como para guardar la piedra divina.

Antes de que pueda pensármelo mejor, comento:

—Tu anillo es precioso. Es de un ámbar increíble, creo que nunca antes he visto una gema de semejante color.

Hudson me lanza una mirada que quiere decir «¿No podías disimular un poquito?», pero Chastain sigue de cara a la ventana, así que por suerte no la capta. Sin embargo, le echa un vistazo a su anillo, y cuando se da la vuelta para estar cara a cara conmigo otra vez, se aprecia una fiera satisfacción en sus ojos.

—Este anillo lo porta aquella persona que ha demostrado ser la más poderosa del Ejército Gargólico. Casi todos en esta Corte me han desafiado para conseguirlo a lo largo de estos años. Solo una se lo ha ganado. —Le sonríe a Artelya, quien se yergue orgullosa cuan alta es muy cerca de nosotros.

—Solo durante un día —contesta, pero eso no suaviza el orgullo que se aprecia en sus ojos ni la fuerza de sus hombros—. Solo lo porté durante un día antes de que me desafiaras... y lo volvieras a ganar.

Este inclina la cabeza.

—Llegará el día en que la alumna supere al maestro. Pero hoy no es ese día, por muy cansado que esté el maestro. —Contempla el pasillo por el que Isadora ha salido de forma teatral. Y musita—: Quizá la *bean ghaiscíoch ceann dearg* sea la que por fin demuestre ser digna.

No tengo que saber gaélico para darme cuenta de que ha vuelto a decir algo sobre que Isadora es una guerrera, y mentiría si dijera que no me hace perder las casillas.

—¿Y la reina gárgola no? —La pregunta escapa de mis labios antes de que pueda detenerla.

Chastain se limita a contestar:

—Cargar con semejante responsabilidad corresponde solamente a los corazones más valientes.

Hala. Eso no me ha afectado en lo más mínimo, qué va, a tomar por saco la charla motivadora que me he echado a mí misma.

—¿Cómo sabes que jamás portaré el anillo? —pregunto cuando me viene una idea a la mente—. ¿Y si quiero desafiarte?

Sé que me estoy arriesgando demasiado, no ha llegado a ser el líder de la Corte Gargólica porque no sepa lo que se hace, pero por probar... Y ahora que me ha concedido el mapa con el camino correcto para conseguir el anillo, me parece imposible no intentarlo.

—Jamás me desafiarás —espeta como si fuera un hecho. O una verdad absoluta, lo cual me cabrea porque seré muchas cosas, pero no una cobarde.

Por eso mismo me cuadro de hombros, alzo la barbilla y digo:

—Sí que te estoy desafiando.

—No, no lo estás haciendo —me contesta mientras se inclina hacia delante para que no me pierda ni una palabra de lo que está a punto de decir—. Porque solo acepto desafíos dignos de mí.

Cuando Chastain se da la vuelta y se aleja, Hudson me da la mano y susurra:

—No tiene ni idea de quién eres ni de lo que eres capaz. Es culpa suya, Grace. No tuya.

Tiene razón. Chastain no lo sabe, se niega a intentarlo. Pero va a saberlo antes de que me marche de este lugar. Porque, de una forma u otra, voy a quitarle ese anillo del dedo.

90

Hay abismos que no tienen final y finales que te arrojan al abismo

Pasan dos días más y seguimos sin conseguir el anillo.

Nos hemos reunido cerca de los acantilados que dan al mar para discutir cómo vamos a conseguirlo, pero apenas estoy prestando atención a lo que dice el resto.

No puedo despegar los ojos de mi compañero, que está sentado un poco alejado del círculo que hemos formado todes, con una rodilla levantada mientras dibuja círculos en la hierba con aire perezoso. El tupé que suele lucir ha desaparecido, y unas ondas de un marrón cálido le caen desordenadas por la frente. Una barba de varios días le cubre la mandíbula, y me da la sensación de que la ropa le queda más ancha que antes en los hombros.

Se ha negado a alimentarse de mí, por mucho que se lo haya suplicado.

Ojalá me creyese que no se alimenta de mí por un acto de galantería, para quedarse tranquilo pensando que guardo todas mis fuerzas para el entrenamiento. Pero sé que no es eso.

Es porque nos hemos pasado dos días más en esta puñetera Corte.

Es porque cada noche, cuando ha sonado la alarma, mi compañero se ha encaminado hacia las almenas como si lo llevasen a la horca. Y, sin que nadie se lo pidiera, ha levantado la mano, ha conectado su mente a la de cinco mil gárgolas que viven en una agonía absurda, y las ha matado.

Su reacción ha sido cada vez peor, y anoche tanto Jaxon como Flint tuvieron que sostenerlo mientras él se pasaba más de una hora revolviéndose y gritando hasta que por fin se desmayó.

Todo nuestro grupo le ha suplicado a Hudson que no vuelva a hacerlo. Joder, hasta parecía que el propio Chastain ya no podía soportarlo más cuando Hudson se derrumbó en el suelo, con las lágrimas cayéndole a raudales por las mejillas al tiempo que soltaba un grito muy agudo, como si le estuviesen rompiendo el alma en dos.

Por eso soy consciente de cuál es la verdadera razón por la que no se ha alimentado de mí. No puede obligarse a sentir nada, ni siquiera alegría.

Me aterra pensar que con una noche más, con un sacrificio más, pueda perderlo para siempre en la oscuridad.

Y no pienso permitir que eso ocurra.

Así que hoy he convocado una reunión de emergencia en los acantilados, y no voy a marcharme hasta que tracemos un plan para conseguir la piedra. Hoy.

—Podríamos cortarle la mano —sugiere Hudson, y al echar una breve ojeada al resto veo que les está costando decidir si la propuesta de mi compañero va en serio o no.

—No —contesta Isadora desde su rincón, sentada con las piernas cruzadas en lo alto de una roca enorme, con el océano a la espalda—, nunca va a bajar tanto la guardia como para que podamos conseguirlo.

—Hoy durante el almuerzo le he quemado la mano «sin querer», porque se me había ocurrido que tendría que quitarse el anillo para curarse las heridas —nos cuenta Flint, y suelta un suspiro—. Pero se ha transformado en piedra y me ha hecho correr diez vueltas más por mi «falta de cuidado» —dice, y añade unas comillas con los dedos a las últimas tres palabras.

—Ese hombre tiene la personalidad de un jabalí —murmura Eden.

—Mi padre os va a destripar como a un jabalí si no le conseguís la piedra esa —comenta Isadora con indiferencia.

Porque ¿quién no hace esa clase de comentarios sobre los demás? En serio, juro que esa chica es un peligro público; y no solo porque no ceje en su empeño de matar a mi compañero. Aunque eso ya me está empezando a tocar la moral también, la verdad.

—Chastain no es tan malo. —Macy lo defiende—. Solo es un hombre que se enfrenta a una situación de mierda.

—Nosotres también nos hemos enfrentado a situaciones de mierda —replico, porque, por mucho que quiera a mi prima, a veces las gafas de color rosa eléctrico con las que ve el mundo me cansan un poco. Aunque, bueno, pensándolo bien, no es que Chastain disfrute metiéndose con ella día sí, día también—. Y eso no implica que seamos unes imbéciles integrales.

—Ya, pero nuestras situaciones de mierda no duran más de un par de días —me responde Macy—. A ver, que lo solucionamos de una forma u otra. La suya ha durado un milenio.

Razón no le falta, es cierto. Si me pasara diez siglos congelada en el tiempo yo también estaría amargada. Quiero pensar que no lo pagaría con la chica que intenta ayudarme (quien también resulta que es mi reina), pero para gustos, colores, como diría mi padre.

—Mirad —dice Isadora, y no la he oído tan comprometida desde aquel día que estuvimos en la cripta, cuando ordenó que nos capturaran—, me importa un rábano cómo consigamos el anillo, pero nos estamos quedando sin tiempo, y yo no pienso volver sin él.

—Tendría que haberlo cogido cuando se ha convertido en piedra —se lamenta Flint—. Pero el fuego ha llamado mucho la atención, y había mucha gente mirando y...

—Eso no tiene sentido —interviene Jaxon—. El anillo tendría que convertirse en piedra cuando se transforme, lo he visto mil veces cuando Grace adopta su forma de gárgola.

—Ya, bueno, igual Grace es especial, o igual el especial es Chastain. Pero lo he visto con estos dos ojitos que tengo: el anillo no se ha transformado en piedra. Seguía allí, en su sitio. Por eso se me ha ocurrido cogerlo. Porque destacaba un huevo sobre su mano de piedra.

—Será por lo que es —observo yo—. Las gárgolas son inmunes a todo menos a la magia arcaica. Quizá la piedra divina sea inmune a todo tipo de magia, hasta a la capacidad de transformarse.

—Vale, guay, pues repitámoslo —propone Jaxon—. Que Flint le lance una llamarada, y el resto podéis montar una buena para distraer a las demás gárgolas, mientras Hudson y yo aprovechamos y nos desvanecemos para quitarle el anillo. Podemos ir y volver en menos de un segundo, y Chastain no tarda tan poco en transformarse.

—Gran plan —dice Flint con cara de póquer—. Pero tengo clarísimo que Chastain no va a dejar que me acerque a menos de cien metros de él. Sabe que tramo algo.

El grupo continúa proponiendo más ideas, pero la semilla de mi plan se está desarrollando en mi mente. Un plan que es tan malo que podría llegar a funcionar.

—Chastain no es el único que puede transformarse en piedra —comento, y todo el mundo se calla. Hasta Isadora.

Hudson se vuelve hacia mí, y no me sorprende lo más mínimo ver que ya se ha imaginado cuál es mi plan.

—¿Crees que puedes hacerlo?

—Tendré que acercarme mucho —digo mordiéndome el labio—, y solo se me ocurre una forma de hacer eso...

Me sostiene la mirada durante un segundo, y al comprender lo que estoy intentando no decir delante de Isadora las cejas se le suben casi hasta el nacimiento del pelo. Es una faena que la chica insista en formar parte de cada reunión que hagamos para plantear cómo conseguir la piedra divina, pero eso no implica que tenga la menor intención de contarle cuál es el plan principal, claro está.

En cambio, miro cómo Hudson se vuelve y clava la mirada en el mar que se abre a lo lejos, con todas las posibilidades desplegándose en su aguda mente. Está sopesando cada

punto fuerte (y débil) de mi plan, justo como necesito que haga.

—Y ¿qué pasa si cabreas a cierto dios del tiempo?

Trago saliva.

—Mi pueblo sobrevivirá haga lo que haga ese hombre —digo de forma críptica, pues no quiero decir nada más delante de Isadora—. Creo que siente debilidad por la Sangradora, así que también la sentirá por mí. O eso espero, al menos.

Cuando nuestras miradas conectan de nuevo, solo dice:

—Grace Foster, eres la puta ama.

El caos se desata cuando el resto empieza a preguntarme por mi plan, pero ni Hudson ni yo contestamos sus preguntas. En el caso de Hudson, porque quiere que me lleve todo el mérito; lo conozco bien. Pero, en mi caso, no quiero llevarme el crédito por estar dispuesta a arriesgar la vida de todas las gárgolas que habitan este mundo.

Solo espero que el Ejército me perdone algún día.

91

Menor de la edad de descenso

Hudson y yo decidimos regresar a nuestra habitación para recoger mientras el resto se dirige a comer. He mencionado por encima que igual me apetecía echarme una siesta breve, y Hudson, siendo como es, se ha querido asegurar de que duerma. Pero nos quedan unas dos horas antes de que empiece la sesión de entrenamiento de la tarde, así que pretendo utilizar ese tiempo para intentar conectar con mi compañero, pues hay algo que no va bien.

Mientras intento descubrir una forma de conseguir que hable conmigo, él recorre la habitación, coge una camisa de repuesto y la mete en su morral.

Por sus movimientos bruscos, la forma en que evita mi mirada y la mandíbula tensa, sé que desea tanto estar a mi lado como no estarlo. Está librando alguna batalla interna y me temo que sé de qué se trata.

Hudson es mi compañero. Necesita tenerme cerca, quiere tenerme cerca, al igual que yo anhelo tenerlo siempre conmigo. Pero, al mismo tiempo, sabe que no puede

esconderse de mí y ahora mismo detesta que vaya a intentar que se abra. Tiene miedo de que vaya a tirar abajo sus muros antes de que la argamasa con la que con tanto mimo los ha erigido se seque, lo cual lo dejaría vulnerable ante el Ejército Esquelético esta noche.

Así que no lo hago.

Después de todo, hay más de una forma de llegar al otro lado de una muralla. Incluso de una tan alta y robusta como la que Hudson está construyendo en estos momentos.

Me agacho para coger una camiseta de tirantes yo también, ni siquiera lo miro cuando pregunto:

—¿Crees que Izzy tiene mil años de verdad?

Hudson se detiene de golpe y cuando lo miro con el rabillo del ojo, lo encuentro quieto como una estatua, con la mano parada en el aire en el acto de agarrar un par de calcetines tendidos.

Bien. Lo he pillado por sorpresa.

Solo dura un segundo antes de que agarre los calcetines, pero es suficiente para revelarme que voy por buen camino.

—No tiene razones para mentir —contesta después de un rato.

—Aun así, ¿de verdad envejecen tan despacio los vampiros? —Me desplomo en la esquina de la cama y finjo estar absorta en la tarea de plegar la camiseta—. ¿Tú también parecerás igual de joven dentro de mil años? —No es algo que me haya planteado, pero tampoco es que haya tenido que hacerlo antes. Ahora no puedo pensar en nada más que en que va a aparentar diecinueve para siempre—. Ay, madre, ¿y si dentro de cien años estoy más arrugada que una pasa y tú sigues estando buenísimo? —gruño, y ni

siquiera tengo que fingir mi alarma. Es un pensamiento de lo más terrible.

Hudson me lanza una mirada en plan «¿vas en serio?».

—Primero, si te salen arrugas, me parecerán tan preciosas como tus rizos. —Niega con la cabeza y se sienta en la cama, justo a mi lado—. Y segundo, los vampiros de nacimiento son tan susceptibles a los signos del envejecimiento como cualquier otra especie, si bien aparecen a un ritmo mucho más lento.

Es una buena respuesta y debería dejarme un poquito embelesada. Pero me distrae demasiado el calor que desprende su muslo. Está sentado muy cerca de mí y aun así no nos estamos tocando: otra señal de que le preocupa que vaya a echar abajo sus defensas. Me apetece muchísimo tocarlo, aunque me estoy haciendo la dura. Así que en vez de sucumbir a las ganas que tengo de acariciarlo con los dedos, empujo el trasero hacia atrás hasta que puedo apoyar la cabeza sobre la almohada.

—Y ¿cómo puede ser que tenga mil años y siga aparentando dieciséis? —indago.

Hudson se pasa una mano por la barba incipiente de la mandíbula antes de contestar.

—Me imagino que el asqueroso de nuestro padre la dejó encerrada en una cripta la mayor parte de su vida.

Ahogo un grito, me horroriza la idea de que hayan encerrado a una pobre niña en una cripta durante lo que parece una eternidad, incluso si esa niña es Isadora.

—Pero... pero dijiste que el elixir deja de funcionar con el tiempo, ¿verdad?

Se desliza hacia arriba en la cama hasta estar tumbado a mi lado. Empiezo a pensar que estamos progresando cuando cruza los brazos por encima del pecho al tiempo que se esfuerza por poner al menos treinta centímetros de distancia entre nosotros incluso ahora.

—Se cuentan historias de vampiros a los que se ha enterrado durante más de mil años, la verdad. —Su voz suena pensativa, sus ojos están perdidos en la distancia—. Es cierto que el elixir pierde efectividad cuanto más se use, pero, si no la despertó para nada, supongo que en teoría habrá permanecido en estasis. No envejecemos en ese estado.

Sigue sonándome horrible, pero he ahí la cuestión, ¿no? Mi pobre compañero ha sufrido torturas durante la mayor parte de su vida.

—¿Cómo decías que se llamaba el proceso? —Le insto a continuar—. ¿Descendencia?

—Descenso —corrige—. Cuando cumplimos cinco años se celebra por todo lo alto. Ahí es cuando alcanzamos la edad de descenso. Todavía recuerdo el festival que organizó mi padre en mi honor. Por aquel entonces no me podía imaginar que hubiera una celebración mayor en ninguna parte, jamás.

Ahora mismo su respiración es tranquila, regular. Tengo un millón de preguntas, pero no las hago. Sé que hay una historia detrás de esto y creo que Hudson quiere contármela. Solo tengo que ser paciente, dejar que busque la forma él solo.

—Padre ordenó a los cocineros que mataran a cincuenta cerdos para el festival y que hornearan unos mil pasteles

diferentes. El castillo estaba abarrotado de tantísima gente que ni siquiera cabían, todos iban ataviados con sus mejores vestidos de gala y chalecos. Hubo un momento en el que subí hasta la torre más alta para poder contar la cantidad de carruajes que llegaban. —Suelta una risilla—. Por supuesto, lo que estaba contando en realidad era el número de regalos que iba a recibir aquel día, pues cada invitado traía uno.

Sonrío, e intento imaginarme a Hudson de pequeño, inocente y puede que hasta feliz.

—¿Llevabas tupé incluso entonces? —Le tomo el pelo.

Se ríe con un resoplido.

—Sí, bueno. Sé que cuesta creerlo, pero fui un niño difícil durante mi infancia.

—Sí, me cuesta muchísimo —digo de forma irónica.

Levanta la mano y tira de forma distraída de algunos de los mechones que le descansan sobre la frente.

—Por aquel entonces siempre llevaba el pelo un poco largo y hecho una maraña.

—¿En serio? —Me coloco de lado y apoyo la cabeza en la mano mientras le dedico una sonrisa—. Como me hayas estado ocultando un retrato tuyo en el que parezcas un mini Jason Momoa no te lo voy a perdonar en la vida.

Sonríe cuando se vuelve para imitar mi postura.

—¿Es ahora cuando me pides que me disfrace para hacer guarradas? Te advierto que no valgo para Aquaman.

Me imagino su cuerpo esbelto y alargado en el traje de Aquaman, lo cual hace que quiera replicar.

—Luego. De esta no te escaparás. —Me burlo—. Y ¿cuándo tuviste cinco años? ¿Durante el siglo XIX? —Sé que

tanto él como Jaxon han mencionado varias veces que tienen cientos de años, pero nunca he pensado en ellos como si fueran mayores de dieciocho o diecinueve. Al menos no hasta que empiezo a hacer cálculos en mi cabeza —. Vaya tela; entonces ¿soy tu novia número siete mil o qué?

—Más bien la ocho mil —dice de forma inexpresiva, y pone los ojos en blanco cuando lanzo un graznido—. En serio, mujer, eso significaría que cambiaba de novia cada diez días. ¿Quién tiene tiempo para eso?

—Ah, no me cabe duda de que tú sacarías tiempo —le chincho.

Se limita a negar con la cabeza, luego extiende la mano para pasarme un dedo por la mejilla. La sensación de su piel contra la mía hace que me recorran pequeños escalofríos de emoción por toda la columna; en parte, porque me encanta sentirlo, y en parte, porque ha atravesado la distancia que se había autoimpuesto entre nosotros.

—Además —añade—, te olvidas de que me pasé la mayor parte de mi vida en estasis. Aunque he de admitir que noté el paso de todo ese tiempo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, porque algo me dice que debo saberlo.

Pero entonces baja la mano y se vuelve para contemplar el techo, y quiero darme una bofetada por haberlo presionado demasiado.

El silencio hace que el aire que nos rodea se detenga y se enfríe antes de que se anime a contestar.

—¿Cómo marcas el paso del tiempo en tu vida? Recuerdas la primera vez que sacaron algo al mercado, esa

película que tanto triunfó o las épocas en las que se llevaba una ropa u otra, ¿verdad? —Asiento—. Bueno, pues para mí es lo mismo. Puede que solo experimentara esas ocasiones una vez al mes y durante un solo día, pero recuerdo subir en carruaje para ir al mercado. Recuerdo la primera vez que vi un coche, la primera vez que vi un ordenador. Recuerdo toda clase de inventos y modas.

Lo dice de forma casual, como si haber vivido todo aquello no hubiera significado nada. O peor, como si levantarse una vez al mes para darse cuenta de que todo el mundo continuaba con su vida mientras él estaba estancado fuera lo más normal del mundo. Como si estuviera bien que él no fuera más que el chico al que metían dentro de una caja oscura hasta que llegara el momento de mostrarle lo siguiente que se iba a perder.

Se me parte el corazón en mil pedacitos al pensarlo, y el dolor que debe de haber sufrido me estruja los pulmones hasta dejarme sin aliento. Quiero extender las manos y envolverlo entre los brazos, quiero abrazarlo con fuerza y prometerle que no va a volverle a pasar nada malo.

Pero no puedo, sobre todo no ahora. Y de todas formas él tampoco me dejaría, sobre todo si tenemos en cuenta que ahora mismo no me permite ni tocarlo. Si lo presiono demasiado, sé que dejará de hablar.

Así que en lugar de eso, cambio de tema.

—Sigo intentando pillarle el truco a Isadora... o ¿debería decir Izzy? Parece que le encanta cuando Chastain la llama así.

—Tú también te has dado cuenta, ¿eh?

—Cuesta pasarlo por alto cuando se acicala las plumas a la mínima que le presta atención —anuncio, pero tampoco la juzgo. Si me hubiera criado Cyrus, no quiero ni imaginarme los traumas paternos que sufriría—. Entonces ¿Cyrus la mantuvo en estasis todo el tiempo?

Hudson vuelve a ponerse de espaldas.

—No. —Hace una pausa—. Dice que no dejaba de despertarla, pero también...

—¿Sí? —pregunto al tiempo que contengo la respiración. Hay algo que Hudson no quiere contarme, pero estoy dispuesta a esperar lo que haga falta hasta que lo haga..., aunque me mate. Después de un minuto suelta un largo suspiro.

—Tiene dos habilidades —indica, como si eso lo explicara todo—. Dos habilidades la mar de fuertes. Es una arrebataalmas y además puede rematerializar cualquier cosa que yo desintegre.

—¿Y qué tiene que ver que tenga dos habilidades con que Cyrus la despertara? —pregunto.

En voz baja, tan baja que no estoy segura de haberlo oído, susurra:

—Porque es lo que me hizo a mí.

92

La tumba de los horrores

No puedo moverme. No puedo pensar. Ni siquiera estoy segura de poder respirar. Gracias a la conversación en aquella cripta sabía que Cyrus había despertado a Hudson más veces que a Jaxon, pero no sabía que lo había hecho a propósito para que Hudson tuviera más dones. Me parece que es una cabronada hacerle eso a tu propio hijo, pero no es que Cyrus sea precisamente un padre amoroso. Aun así, hay algo que no me cuadra...

—Si el elixir deja de funcionar al cabo del tiempo, ¿cómo es posible que despertarte más veces te dé más dones? —pregunto.

—No todo el elixir deja de funcionar —contesta él—. Solo la mitad que induce el sueño.

Es verdad. Ahora me acuerdo de que ya lo había dicho antes, aunque hasta este momento no le había encontrado la terrible y espantosa lógica que encierra.

—Y ¿la otra mitad del elixir es la que te proporciona tus habilidades?

—Exacto. —Habla de forma entrecortada, y eso me dice que da igual lo terrible que me imagine que era su vida antes, la realidad es muchísimo peor.

Me muero de ganas de darle un abrazo, pero, si lo hago, nunca llegaré al fondo de la cuestión. Seré una tirita, no el remedio, y ahora mismo es lo último que quiero. Así que me trago la ira y el dolor, y pregunto:

—Si Izzy tiene dos habilidades, entonces es que le han dado más elixir que a Jaxon. En algún momento la parte del sueño de la poción dejó de funcionar, pero tiene mil años... —El cerebro me va a tope mientras intento descifrar qué significa eso—. Y no aparenta más de dieciséis, por lo cual ha estado en estasis gran parte de ese tiempo...

Mi voz se va apagando cuando me invade el horror al ver que la cosa más terrible, espantosa y horrible del mundo por la que Hudson tuvo que pasar... también tuvo que pasarla Isadora, pero durante más tiempo. No me extraña que esté tan mal de la cabeza.

Eso no significa que vaya a perdonarla algún día por el asesinato de Liam, o por arrebatarles la magia al resto de los alumnos, pero, bueno, supongo que siento algo de compasión por el demonio que es.

Durante un rato me quedo callada, sin decir nada, y él también. En vez de hablar, estamos tumbados, escuchando la respiración del otro, procesando todo lo que eso implica.

—¿Crees que es posible que Izzy tenga más de dos habilidades? —pregunto un rato después—. A ver, si a más elixir, más dones, y se pasó mil años en el descenso...

—Es probable. Desde luego, eso explicaría su habilidad para arrebatar almas —contesta.

—¿Por qué? —quiero saber, pues no me queda claro por qué estar más tiempo en estasis está relacionado con su habilidad para robar almas. Pero entonces Hudson traga saliva, y sé que, sea lo que sea eso, sea cual sea la conexión que haya hecho... no me va a gustar.

—Empecé a perder la cabeza allí abajo. —Susurra las palabras como si fuesen la mayor de las vergüenzas, y se me rompe el corazón otra vez.

—¿A quién no le pasaría? —susurro yo también con miedo de romper este frágil momento—. Que consiguieras sobrevivir a ello y aun así ser tan fuerte, amable e inteligente es lo raro, Hudson, no el hecho de que casi se te fuera la pinza.

Mi compañero niega con la cabeza, como si no quisiera, o no pudiera, creerme.

—No es eso.

—Es justo eso —replico, e intento sacarme de la cabeza la imagen de Hudson atrapado bajo casi quinientos kilos de piedra. Pero no lo consigo.

La imagen de mi compañero sufriendo en la oscuridad me acompañará cada día, cada segundo, hasta el día de mi muerte.

—Bueno, en fin... —dice encogiéndose de hombros—. Lo hice yo.

—¿El qué?

—Me otorgué un segundo poder. —Carraspea y suelta un largo suspiro—. No lo hice de forma intencionada. No buscaba tener más poder. Yo solo... —Se le rompe la voz, así que vuelve a carraspear para aclararse la garganta. Se pasa la mano por el pelo. Y clava la mirada en el techo, sin

pestañear—. Solo quería dejar de estar ahí para siempre. Quería estar en cualquier otra parte, o ser cualquier otra cosa, pero no podía seguir atrapado en esa tumba, donde cada hora que pasaba se me hacía eterna. —Entonces se ríe con desgana—. Así que eso hice. Un día me desintegré. Ser polvo, no ser nada, era muchísimo mejor que ser un animal encerrado en la jaula de mi padre.

Madre mía. Noto las lágrimas en los ojos, pero las reprimo. Ahora no es el momento, aunque en las profundidades de mi alma estoy llorando.

—Tú...

—Desaparecí —me dice chasqueando los dedos. Al instante el libro que hay en la mesilla de noche se convierte en polvo—. Durante un par de minutos; después, durante un par de horas que se convirtieron en un par de días. Dejé de existir. Nunca he sentido tanta paz. Pero, no sé por qué, siempre acababa regresando. La primera vez que me pasó, me tiré horas llorando.

Aprieto los dientes y los puños, y sello los labios tanto como puedo. Aun así, un sollozo escapa al férreo control que intento mantener. Pero ¿cómo no iba a sollozar? El pequeño Hudson lloró porque no podía seguir siendo polvo.

—Grace, no es par... —asegura Hudson apartándose sobresaltado.

—Ni se te ocurra decirme que no es para tanto —susurro, y las lágrimas me caen rápidas y furiosas—. Torturar a un niño sí es para tanto. Dejar que te volvieras loco sí es para tanto. Hacer que desearas morir... —Se me quiebra la voz—. Sí es para tanto. Siempre será para tanto. Siempre será...

Me callo cuando un millón de pensamientos diferentes se me vienen a la mente, y todos ellos giran en torno a destrozar a Cyrus, a hacerlo desaparecer de la faz de la tierra. Pero la muerte no sería castigo para él. Nada será castigo para él, salvo, quizá, encerrarlo en la oscuridad durante mil años.

Es lo que le hizo a su hijo, a su propio hijo, porque quería usarlo como arma. No, no solo a su hijo. Es lo que le hizo también a su hija, a su propia hija, y durante mucho más tiempo. Por primera vez comprendo por qué Delilah envió a Jaxon con la Sangradora.

—No llores, por favor. —Hudson parece aterrorizado, y se pone de lado para mirarme a la cara—. No quería hacerte daño...

—¿Hacerme daño? No me estás haciendo daño, Hudson —respondo—. Me estás dando la motivación que necesito para hacer cualquier cosa con tal de que ese cabronazo pague por lo que ha hecho.

Por un segundo me mira sorprendido, como si no terminase de entender lo que estoy diciendo. Se ha disociado tanto de lo que le pasó que no puede comprender por qué alguien que lo quiere se pondría tan furioso por él. Aunque, bueno, pensándolo mejor, es la primera vez que alguien se pone así por él.

—No quiero que llores por algo que pasó hace mucho tiempo.

—Trece años —digo, mientras me limpio las lágrimas de las mejillas con el antebrazo.

—¿Cómo?

—Que se acabó hace trece años, ¿no? Te enterraron y te despertaron de forma intermitente desde los cinco años hasta hace trece años. Y eso es toda mi vida, toda mi existencia, así que no me vengas con esa gilipollez de que pasó hace mucho tiempo.

Hudson se queda estupefacto y, por primera vez desde que nos topamos con el Ejército Esquelético, se echa a reír, y el peso que llevo sobre los hombros se aligera un poquitín o, al menos, lo suficiente para recuperar el control de mis lágrimas.

—Esa es mi Grace, echándome la bronca hasta cuando está llorando por mí.

—Qué gracioso. —Pongo los ojos en blanco y me centro en lo que todavía no me ha contado—. Entonces ¿pasaste de desintegrarte a ti mismo a desintegrar otras cosas?

—Sí. Y descubrí que, cuando desintegro otras cosas, no ocurre lo mismo que cuando me desintegro a mí. Las cosas nunca vuelven.

—¿Como la tumba? Por favor, dime que desintegraste esa maldita tumba para que no pudieran encerrarte nunca más.

—Lo intenté mil veces. —Sonríe, y esta vez la sonrisa casi le llega a los ojos—. Pero esa mierda no se desintegró. Podía con el resto de las cosas. Pero con la tumba no. Todavía no sé por qué.

—Porque tu padre es un monstruo y seguramente la hechizó en cuanto se dio cuenta de lo que podías hacer —digo—. Pedazo de cabrón...

—¿Dónde estabas hace doscientos años? —me chincha.

—Créeme, me estoy haciendo esa misma pregunta —respondo, pero yo no estoy de cachondeo. ¿Cómo pudo

permitir Delilah que su marido le hiciese eso a su hijo? ¿Cómo es posible que en la Corte le permitieran hacerle algo así a un niño? Me estalla la cabeza.

Hudson se ríe, pero, cuando no lo acompaño, su rostro se vuelve serio.

—Sabes que estoy bien, ¿no?

—Eh, primero, estás mejor que bien —lo corrijo—. Segundo, has salido mucho mejor de lo que cabría esperar. Y, tercero, ni lo primero ni lo segundo hacen que disminuyan mis ganas de destruir a tu padre.

—Bueno, siendo sinceros, ya llevas un tiempo con ganas de destruirlo.

—Ya, bueno, eso no es nada comparado con lo que siento ahora por ese gilipollas. —El simple pensamiento de verlo ahí, con la piedra divina en la mano y con la posibilidad de seguir adelante con su repugnante plan inmoral hace que me ponga de todas las tonalidades de rojo que existen.

—¿Alguna vez has pensado en cómo sería tu vida si no hubieses acabado metida en toda esta situación de mierda? —me pregunta Hudson de repente.

—¿A qué te refieres?

—Si no hubiesen asesinado a tus padres. Si te hubieses podido graduar en el instituto en San Diego. Si en agosto te hubieses marchado a la uni en vez de estar intentando descubrir cómo liberar a tu pueblo para poder ascender al trono de las gárgolas. Ya sabes, toda la normalidad que dejaste atrás cuando llegaste al Katmere.

—La verdad es que no —respondo mientras me levanto para ir al baño a echarme un poco de agua en la cara y limpiarme los restos de las lágrimas.

—¿En serio? —me pregunta, y también se ha levantado. Ahora está apoyado en el marco de la puerta del baño—. ¿Nunca?

—No me lo permito. —Cojo el trozo de lino que usamos como toalla y me seco la cara.

—¿Porque te duele? —quiere saber, y me observa con atención.

Una parte de mí desea pedirle que deje el tema, porque es más que evidente que no quiero hablar de esto ahora mismo. Pero, teniendo en cuenta por lo que le he hecho pasar, me parece que es justo que yo conteste también un par de preguntas.

—Porque me enfada, y me estoy esforzando un huevo por no enfadarme.

—¿Conmigo? —pregunta.

—¿Por qué iba a enfadarme contigo? —Soy incapaz de decirlo sin un tono de sorpresa.

—Porque si Lia no me hubiese resucitado... —dice encogiéndose de hombros.

¿Qué? ¿De verdad se piensa que me he imaginado que el mundo era mejor sin Hudson Vega en él? Y eso hace que piense en otra cosa.

—¿De verdad te moriste? —Me mira sorprendido ante la pregunta que le he hecho, pero puedo ver la verdad que esconden sus ojos—. No, ¿no? Te desintegraste y ya.

—Era eso o matar a Jaxon, y ni de coña iba a matarlo. Es mi hermanito. Los recuerdos más felices que guardo de mi infancia son de los ratos que le dejaban jugar conmigo cuando me despertaban una vez al mes. Bueno, claro, hasta que tuvo edad para su propio descenso.

Antes de preguntar, proceso lo que me acaba de decir.

—Y ¿adónde te fuiste esa vez? ¿Qué hiciste?

—La verdad, fue lo mismo que esos momentos en la tumba. Tranquilidad. Sin dolor. Sin preocupaciones. Solo la nada durante el más breve de los instantes.

—¿Breve? —pregunto—. Estuviste muerto un año, trescientos sesenta y cinco días.

—No me lo pareció. En otras dimensiones el tiempo transcurre de forma diferente. —Cuando lo miro confusa, desvía la mirada hacia el exterior—. Aquí ocurre lo mismo. La primera vez que viniste a la Corte, nos dijiste que estuviste aquí unos treinta minutos, pero que en el Katmere solo habían pasado un par. Llevamos aquí tres días, pero lo más seguro es que en la Corte Vampírica no hayan pasado esos tres días. Así que a saber cuánto tiempo pasé en ese estado. Solo sé que no me pareció mucho.

Se le relaja la voz cuando habla de la diferente naturaleza del tiempo, pero veo algo en lo más profundo de sus ojos que me hace pensar que hay más que contar de esta historia de lo que él me quiere decir.

Y, entonces, una idea espantosa se me forma en la cabeza; tan espantosa, de hecho, que al principio no consigo entenderla. Pero ahora que se me ha ocurrido, tengo que saberlo. Tengo que hacerle la pregunta.

—Hudson... —Me mira con las cejas levantadas e intento tragar saliva, pero en cuestión de segundos mi boca se ha transformado en el Sáhara—. Esos cuatro meses que pasamos juntos congelados..., ¿de verdad fueron cuatro meses? ¿O fue más tiempo?

No me contesta, y su silencio se me hace eterno. Se limita a sostenerme la mirada y de pronto puedo ver miles de días, de vivencias, en sus ojos. Madre mía.

—Hudson...

—Da igual —contesta, se vuelve y se aleja... y se lleva una parte de mi corazón con él.

93

Drink me, baby, one more time

—Estoy bien —me asegura cuando lo sigo, aunque sé que no es cierto.

—No lo estás —replico y le obligo a volverse para verle la cara—. Estás cansado y hambriento. —Ladeo la cabeza para darle acceso total a mi vena—. Tienes que comer.

Su respuesta es instantánea: un gruñido grave y profundo emitido desde la parte baja de la garganta, así que me preparo para la sensación de sus colmillos al clavárseme en la piel. Y espero. Y espero. Y espero.

—¿Qué pasa? —pregunto por fin—. ¿Por qué no bebes de mí?

—No puedo —revela, con la voz grave y ronca, como si le arrancaran las palabras.

En un pestañeo se desvanece al otro lado de la habitación, tan lejos de mí como le es posible, con las manos bien metidas en los bolsillos.

—¿Que no puedes qué? —indago—. ¿Alimentarte de tu compañera?

Comprendo que esté intentando tapiar sus emociones, que crea que debe hacerlo para sobrevivir a lo que podrían pedirle que volviera a hacer esta noche, pero también sé que va a necesitar sus fuerzas para la batalla venidera. No estoy dispuesta a dejar que ponga en riesgo su seguridad porque sea demasiado cabezota para alimentarse.

—Necesitas alimentarte, Hudson —repito presionándolo.

—Sé lo que necesito —me reprocha—. Y no es eso. No eres tú.

Sus palabras caen como una cerilla en la gasolina y hacen que prenda en llamas. La furia me invade, y un poco más y atravesaré la estancia de un salto para encararme a él.

—¿Qué narices quiere decir eso? —exijo saber—. ¿No me necesitas?

—Sabes lo que quiero decir, Grace.

Se pasa una mano temblorosa por el pelo, como si mi pataleta estuviera absorbiéndole demasiada energía. Lo cual, en cierto modo, me cabrea todavía más. Por una parte, porque este no es Hudson; al menos, no mi Hudson, el chico que ha sido mi pareja, mi compañero, durante más tiempo del que estoy dispuesta a admitir. Y por otra parte, porque a mí no me engaña.

Está dolido y quiere que lo deje solo. Como no pienso hacerlo, se pone gallito para protegerse a sí mismo y, de alguna forma manipuladora y retorcida, para protegerme a mí.

Pero no nos está protegiendo a ninguno si se niega a alimentarse, si se niega a dejar que me acerque. Solo nos está separando y eso no pienso aceptarlo. Hemos luchado mucho y durante mucho tiempo para estar juntos. Ni de

broma voy a dejar que nos haga añicos solo porque es demasiado machito para decirme qué es eso que le hace daño.

A la mierda.

—¿No me necesitas? —repito. Solo que esta vez no lo digo pegada a su rostro. Me aparto lo suficiente para que pueda verme; para que me vea entera. Y entonces me quito la camiseta.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta con la voz ronca.

—No sé, ¿qué te parece? —Me apoyo la mano en la clavícula y me paso un dedo perezoso una y otra vez por el lugar donde me late el pulso—. Me estoy poniendo cómoda.

—¿Que te estás...? —Se detiene, aprieta la mandíbula con furia. Pero sus ojos, esos ojos insondables y tan preciosos que tiene, no se apartan de mi garganta. Están justo donde yo quería—. Para ya, Grace.

—¿Que pare qué? —pregunto con las cejas enarcadas. Y sí, lo estoy provocando. Pero se lo merece. No puede tratarse como un trapo y esperar que yo me siente a mirar sin hacer nada. Eso no va a ocurrir. Ni ahora, ni nunca. Y desde luego, no le pienso permitir que se le vaya la pinza y me hable mal mientras está así.

Para demostrárselo (y a mí misma), echo la cabeza un poco hacia atrás y expongo la yugular mientras sigo acariciándome la garganta de arriba abajo con los dedos.

—Mierda... —Deja escapar un gruñido de frustración, pero sus ojos no se apartan de mi garganta—. No sabes lo que me estás pidiendo.

—Sé exactamente lo que te estoy pidiendo —le gruño como respuesta mientras me acerco más a él—. Sé

exactamente lo que quiero.

Se aparta con los ojos abiertos como platos y ahí es cuando sé que lo he pillado. Porque soy pequeñita pero matona, y he hecho que el grandullón malvado de Hudson Vega quiera salir corriendo.

Mentiría si dijera que no me gusta.

—Por favor, Grace, no quiero hacerte daño.

Levanto la mano y me suelto el pelo, dejo que los rizos me reboten por los hombros y me caigan por la espalda. El aroma de mi melena (mi aroma) inunda el espacio que nos separa.

Hudson sube y baja la garganta incluso cuando esos colmillos tan sexis que tiene descienden y le rozan el labio inferior con la punta.

Se me acelera el corazón y sé que puede oírlo. Es más, sé que puede verlo en el pulso que me late bajo el dedo. Está tan cerca de bajar la guardia que puedo sentirlo, sentirlo a él. Así que me acerco, más y más, lo obligo a retroceder hasta que está atrapado entre la pared y yo.

Entonces me aparto el pelo de los hombros, ladeo la cabeza y espero a que estalle.

Le lleva un segundo, puede que dos. Y de repente lo tengo encima, enreda las manos en mi pelo cuando me atrae hasta su cuerpo.

Estampa la boca contra la mía, me toma, me devora y me destruye al rozar uno de sus colmillos por mi labio inferior, lamiendo fugazmente mi lengua con la suya solo una vez.

Entonces me tira la cabeza hacia atrás con un gruñido para exponerme la garganta ante sus ojos hambrientos.

—Hazlo —le insto; mi cuerpo erupciona con deseo, con anhelo, con un antojo que sé que no dejaré de sentir nunca —. Hazlo, hazlo, hazlo.

Él ruge, un sonido tan profundo y fiero que debería helarme la sangre. En vez de eso, solo aviva las llamas de mi interior y levanto los brazos para deslizarle las manos por el pelo.

—Hazlo —le vuelvo a repetir con un susurro.

Durante un instante me mira con unos ojos tan llenos de ardor, de furia y de dolor como los que yo siento. Pero entonces ataca, veloz como un rayo.

Jadeo cuando sus colmillos dan en el blanco, me atraviesan la piel y la vena que se encuentra debajo.

Por un segundo siento dolor, incandescente y crepitante, pero en cuanto Hudson comienza a beber se desvanece como si fuera niebla. En su lugar, se aloja un remolino de sensaciones tan poderosas que me parten por la mitad.

Éxtasis, dolor, alegría, ira, frenesí, hielo. Y anhelo. Tanto anhelo que estoy a punto de ahogarme en él cuando rompe como una ola y me pasa por encima, me rodea, me atraviesa.

Anhelo por mi compañero.

Anhelo por Hudson.

Anhelo por todo el poder y el amor que se propaga con furia entre nosotros incluso en los tiempos difíciles.

Hudson suelta un gruñido, se hunde todavía más y me invade otra ola de sensaciones.

Esta no rompe a mi alrededor. Me traga, me arrastra cada vez más hondo y más, y más, hasta que todo lo que soy,

todo lo que siempre desearé, está atado a Hudson. Mi Hudson.

Es entonces cuando lo busco, me aferro a su camisa con las manos, arqueo el cuerpo para pegarlo al suyo. Todavía puedo saborear su furia, todavía puedo sentir la rigidez en el cuerpo que se pega al mío sin dejar espacio de por medio.

Pero no me enfrento a ello. En vez de eso, me entrego a ello... y a él.

Me entrego a Hudson, a su luz y a su oscuridad. Al dolor que mora en su interior y las emociones que lo hacen añicos desde dentro. Me entrego a todo ello y, cuando comienzo a hundirme, rezo para que sea suficiente para recuperarlo. Que sea suficiente para recuperarnos.

94

Buscando el estado de *Grace*

Me envuelve la oscuridad cuando Hudson por fin se aleja.

—¿Estás bien? —me pregunta con los ojos brillando de rabia y de la sed de sangre que todavía no ha desaparecido.

—Claro que sí. —Estiro el brazo para atraerlo hacia mí, pero él se aleja. Su rechazo me corta como un cuchillo, me hiere y despierta un enfado nuevo al mismo tiempo.

—No debería haber tomado tanta, perdona. No quería hacerte daño.

—¿Por qué siempre haces lo mismo? —pregunto—. ¿Por qué siempre das por sentado que me haces daño? ¿Te crees que no te lo diría si así fuera? ¿Qué dice eso de tu confianza en mí?

—No es que no confíe en ti, Grace.

—¡Cualquiera lo diría! —espeto—. Pero creo que necesitas dejar de tener tanto miedo y de pensar que vas a hacerme daño.

Se le congela la mirada y levanta una pared mental: para impedirme entrar o quizá para no salir él, no creo ni que él

mismo lo sepa.

—Grace, tú no sabes lo que necesito.

Abro los brazos.

—¡Será porque no me lo dices! —Pongo los brazos en jarra y lo miro con los ojos entrecerrados mientras busco la camiseta de tirantes y me la pongo—. ¿Te has parado a pensar en que si dejaras de repudiar el dolor que sientes, que si lo compartieras, podríamos superarlo? ¿Juntos?

Hudson se ríe, pero su risa carece de humor.

—Nosotros no vamos a superarlo. Te conté lo que produce en mí usar mi don. Te supliqué que me lo quitaras, pero te negaste. Así que no, no se puede superar, ni tampoco sortearlo.

—¿Sortear el qué? —exijo saber, y la ira se adueña de mí otra vez—. Siempre dices cosas así, joder, y luego nunca te explicas. O me lo cuentas o no, pero deja de comportarte como un imbécil porque no sepa lo que no me vas a contar.

—Intento protegerte... —empieza, pero lo interrumpo fulminándolo con la mirada.

—¿Cuándo te he pedido yo que me protegieras? Soy tu compañera, joder, que somos compañeros de vida. Los compañeros de vida comparten sus cosas, hasta las malas. Así que suéltalo, ¿vale?

No lo suelta, o al principio no, al menos. En cambio se queda ahí, con la mirada clavada en la mía, y respira. Solo respira. Es algo tan atípico en Hudson que me quedo anonadada, hasta que comprendo que nunca lo he visto tan cerca de sufrir un ataque de pánico.

Antes de que pueda recomponerme ante lo que estoy viendo, mi compañero respira una vez más y, después, me

mata con sus siguientes palabras.

—Cada vez que desintegro a alguien, se llevan un trozo de mi alma, Grace.

Es lo último que esperaba oír, pero, la verdad, no me sorprende demasiado. No cuando el comentario que hizo sobre Izzy convirtiéndose en una arrebataalmas me ronda la mente, y se junta con la información que me acaba de dar. Madre mía. Sus mayores dones, aquellos que solo se consiguen con una tortura implacable, provienen de la rotura de sus almas.

Hudson sabe cómo llegar al interior de las personas para desintegrarlas porque es una reacción instintiva, buscar su propia alma y desintegrarla. ¿E Izzy? ¿Acaso perdió el alma en esa cripta tras mil años encerrada? ¿Tuvo que aprender a robarles las almas a los demás por instinto para intentar encontrar la suya? Es un pensamiento terrible, pero toda la situación lo es.

Aun así, por trágico que sea, me queda claro que me he equivocado al no presionar un poco más a Hudson antes. Después de lo que ha vivido, no va a derribar ese muro por voluntad propia. Para conseguirlo, será necesario un mazo. Es decir, que no caerá sin luchar. No quiero hacerle daño, pero no puedo dejarlo así. No cuando sé que él seguirá haciéndose daño a sí mismo.

—Hudson, nadie te está robando el alma. Tú eres quien está dejando que se la lleven.

Las cejas de mi compañero quedan a milímetros de tocar el nacimiento de su pelo antes de que este estalle enfurecido.

—Hostia, ¿te piensas que quiero sentirme así? ¿Te crees que no daría lo que fuera por no volver a perderte, joder?

—¿Por qué crees que vas a perderme? —pregunto, y todo empieza a esclarecerse un poco.

—¿Cómo no iba a creerlo? —replica—. Mírame. Mira lo que soy. Mira lo que he hecho.

—Te estoy mirando. Y entiendo que sientas... —empiezo, pero en un abrir y cerrar de ojos tengo a Hudson justo delante de mí.

—No. No puedes decirme lo que siento. —Habla con un tono quedo—. Cómo me siento. —Ahora se le acelera la respiración—. No tienes ni puta idea de lo mucho que sufro. No puedes coger la muerte de tus padres y pensar que me entiendes, aunque sea un poco. Ni aunque lo multiplicaras por cinco mil te acercarías.

—Solo porque mi sufrimiento no provenga del peor horror posible que uno pueda imaginar no significa que sienta menos que tú, Hudson —replico—. Sufrir no es una competición.

—¿Sabes cuál es tu problema, Grace? —me dice con desprecio—. Que te crees que no soy más que un pajarillo herido y que vas a cuidarme hasta que me recupere; ¿me equivoco? Te crees que con solo apoyarme, mecerme y quererme, todas las piezas rotas de mi ser acabarán sanando. Pero ¿qué pasa si estoy demasiado roto? ¿Te lo has planteado alguna vez? Porque al final van a llevarse tanto de mi alma que no quedará nada que curar.

Sus palabras me caen encima como un yunque, pero no dejo que lo vea. No puedo permitirlo. En cambio, lo miro con

una ceja enarcada y me obligo a derribar otro ladrillo de su muro.

—Eso es una tontería.

—¿Qué has dicho? —pregunta tambaleándose hacia atrás, como si le hubiese dado una hostia.

Empiezo a gritarle y hago hincapié en cada palabra que digo golpeándole el pecho con un dedo.

—Que. Eso. Es. Una. Tontería. —Le sostengo la mirada, y añado—: Nunca estarás demasiado roto para no quererte.

—Y ¿cómo sabes eso? —pregunta gruñendo.

—Porque —digo, y me acerco más a él— te olvidas de que puedo ver nuestro hilo de compañeros. Mi alma —explico, y me doy un golpecito en el pecho con el dedo para después hacer lo mismo en el suyo—, conectada con tu alma. Y nunca ha sido tan fuerte, Hudson.

—Eso no lo sabes. Es imposible que lo sepas. —Niega con la cabeza, y veo tal desesperación en sus ojos que me rompe el corazón. Quiere creerme, pero duele demasiado. Lo entiendo mejor que nadie. Pero yo creo en él, y creo en nosotros. Ya es hora de que él también lo haga.

—Ojalá pudieras verlo —susurro—. Es el azul más bonito que he visto en mi vida, tan intenso y puro como el de tus ojos. Y brilla, Hudson, brilla robusto, con poder, con la fuerza de todo lo que somos y de todo lo que podemos ser. Solo tienes que confiar en él. Solo tienes que confiar en mí.

Y entonces cae el primer ladrillo. Lo veo en su mirada, y lo siento en la forma en la que su cuerpo anhela el mío.

Aprieto el hilo de nuestro vínculo para demostrarle que tengo razón, que no es que solo esté ahí, es que nunca ha estado tan fuerte.

—Y sí, puedo decirte lo que estás sintiendo. Y no tienes miedo de perder el alma. —Otro ladrillo que cae al suelo—. Es culpa —digo, y estiro la mano para acunarle la mejilla—. Les das una pieza de tu alma para no sentirte culpable por matarlos. —Otros dos ladrillos más se vienen abajo—. Quieres que te destruyan porque crees que es lo que te mereces. —Cae otro ladrillo más—. Porque tienes el alma más generosa y buena que he conocido. —Acerco la otra mano a su cara y le acuno la otra mejilla—. Y, si no fuera así, no te torturarías por sus muertes. —Un buen trozo de muro se derrumba sobre el suelo con un sonoro estruendo —. Pero debes darte un poco de cancha, Hudson. Esto es la guerra, y siempre habrá víctimas. —Las lágrimas me inundan los ojos mientras sostengo su turbulenta mirada azul—. No dejes que nosotros seamos unas de esas víctimas.

95

A fuego lento

Hudson emite un sonido gutural.

—No —susurra—. No me hagas esto.

—Lo único que hago es quererte —le contesto también con un susurro. Y esta vez, cuando lo envuelvo entre los brazos, no se aparta.

Pero tampoco me devuelve el abrazo. Está roto, destrozado.

—Te quiero, Hudson —musito otra vez mientras le doy besitos llenos de ternura en la palma, en los dedos y en el dorso de la mano.

Vuelve a emitir un sonido atormentado que también me rompe a mí un poquito. Para sanarnos a ambos me pongo de puntillas y presiono su boca con la mía. Con delicadeza. Con dulzura. Como si fuéramos dos personas corrientes que viven vidas corrientes y disponen de todo el tiempo del mundo.

Le lleva un momento, pero al final sus labios empiezan a moverse contra los míos. El calor se atiza en mi interior, pero no es el mismo de siempre. No es la chispa que hace

que mi sangre se prenda en llamas y que mi mente se turbe con una neblina roja.

No, este calor es más delicado, más dulce, más tierno, y después de todo lo que hemos pasado es una sensación maravillosa. Como si también recubriera mis piezas rotas y lijara los bordes dentados.

—Grace. —Pronuncia mi nombre como poco más que un susurro, poco menos que una súplica, cuando por fin se rinde y me envuelve entre los brazos.

Me apoyo en su cuerpo, le doy besitos por la clavícula y me deleito con su aroma cálido y ambarino. Su lujoso sabor.

Suelta un gruñido grave, ahora le toca a él besarme.

El alivio me inunda cuando me acaricia los labios con los suyos: tan cálido, tan dulce, tan conocido. Este es Hudson, mi Hudson, y tenerlo aquí conmigo, conmigo de verdad por primera vez en demasiado tiempo, produce un sentimiento más profundo de lo que había imaginado. Y cuando se abre paso por mis labios con la lengua y yo le concedo acceso, es como volver a casa.

Jadeo y lo agarro con fuerza, desesperada por tenerlo tan cerca como me sea posible. Desesperada por sentir todo su cuerpo de todas las maneras que me sean posibles.

Le deslizo las manos por la espalda, le tiro hacia arriba de la camisa para poder notar la calidez de su piel bajo mis palmas. Se estremece un poco cuando hago danzar las yemas de mis dedos por su columna, pero eso solo hace que este momento sea más tierno. Porque ya no se está escondiendo de mí. Está conmigo en esto y eso es lo que importa. El resto se arreglará solo.

—Te quiero —susurro contra sus labios y él suspira, todo su cuerpo tiembla contra el mío.

Profundiza el beso, nuestras lenguas se deslizan hasta unirse y, así sin más, mi cuerpo arde como el infierno; me recorre la piel con la punta del colmillo y es la cerilla que necesitaba para combustionar.

Entonces Hudson se mueve, me quita la camiseta de tirantes antes de llevarnos a la cama con un giro que hace que se me salte un poco el corazón. Después se despoja de su propia camisa, me coloca con cuidado sobre el colchón y se sube encima de mí.

—Te quiero —le repito cuando se vuelven a encontrar nuestras miradas.

Y sonríe. Es una sonrisa escueta, un simple tirón a la comisura de sus labios, pero es real y sincera, y ser testigo de ella es una maravilla. Porque, aunque puedo atisbar el dolor que sigue morando en las profundidades de sus ojos, ahora también distingo el amor. Y la felicidad.

La misma felicidad que despega en mi interior cuando ruedo por encima de él y me coloco a horcajadas sobre sus caderas.

Él levanta una ceja, y esa sonrisita se convierte en la sonrisa traviesa que tan bien conozco.

Hace que nuestra pelea haya valido la pena, que todo haya valido la pena; porque aquí y ahora su muro no es más que escombros a nuestros pies.

Es ese pensamiento el que hace que deslice una mano por su pecho.

Ese pensamiento el que hace que lo bese en el cuello, los hombros, el pecho.

Y ese pensamiento el que hace que sienta por primera vez en lo que parece una eternidad que todo va a acabar saliendo bien. Incluso antes de que Hudson nos vuelva a hacer rodar y me muestre aquí y ahora que siente lo mismo.

96

El arte de fingir

Llegamos un par de minutos tarde al campo de entrenamiento; Hudson se queda debajo de un árbol a la sombra, porque por fin se ha alimentado de mí, y yo me coloco cerca de uno de los bancos mientras intento fingir que no noto la atenta (y desdeñosa) mirada de Chastain en mí todo el rato. En cambio, inspiro hondo y me concentro en repasar el plan. Esto tiene que funcionar y, para eso, yo no debo cagarla.

Por eso no dejo que pase el tiempo ni me caliento la cabeza. En cuanto las otras gárgolas vuelven al círculo, junto con el resto de mis amigues, me acerco a Chastain, que está de pie en el centro del mismo.

—Te desafío por el anillo —le digo en voz baja, pero con firmeza. Mi plan no se basa en derrotar a Chastain y ganar el anillo. No soy tan ilusa. Pero necesito que acepte el desafío, lo necesito de verdad.

No se molesta ni en mirarme; vaya, qué sorpresa. Tuerce la boca en una especie de sonrisa que solo le hacer parecer más gilipollas, si cabe. Entonces responde:

—Ya te he dicho lo que opino de los desafíos de gente como tú.

El desdén que emplea al hablar se supone que tiene la intención de herirme, pero solo me cabrea.

—Ya, bueno, no he tenido la oportunidad de decirte lo que opino de la insolencia de la gente como tú —replico.

Chastain no dice nada, pero levanta los ojos de golpe y los abre como platos por un segundo, antes de entrecerrarlos hasta que parecen dos rendijas. Yo no desvío la mirada, pero noto que toda persona que tenemos a nuestro alrededor se acerca a nosotros, con los oídos bien abiertos y los cuerpos en posición para lo que sea que vaya a pasar.

—Ha llegado el momento de que veas lo que alguien digno —le infundo a la palabra más desdén incluso del que él empleó ayer— es capaz de hacer.

Espero que se niegue, me dispongo a obligarlo a aceptar el desafío si tengo que hacerlo, pero antes de que ninguno de los dos pueda decir algo, Artelya coge una espada y un escudo y se adentra en el círculo de entrenamiento.

—Estoy lista para aceptar el desafío.

No le hago caso porque no es con ella con quien quiero luchar. No es la persona con la que tengo que luchar para que nuestro plan salga adelante.

—Te lo agradezco, Artelya —dice Chastain con más corrección y respeto del que me ha mostrado a mí desde que nos conocemos—. Pero si nuestra reina está preparada para demostrarnos su valía, que así sea. Vamos a dejar que me la muestre.

Eso último lo dice con un movimiento despectivo de la mano que eleva a mil mi irritación.

Pero ¿este tío quién se cree que es? No le he hecho nada. Me he presentado todos los días en el entrenamiento y lo he dado todo de mí. No he huido de ningún desafío que me ha puesto; luego ¿qué coño le pasa? A ver, a no ser que sepa que he venido a quitarle el anillo, no tiene ningún motivo para que le caiga tan mal.

Prefiero no decir nada porque Chastain ya tiene su mandoble preparado, y la rabia le brilla en los ojos. Sé con seguridad que esto me va a doler un montón, pero me la pela. Por fin tengo la oportunidad de luchar con él y, da igual lo que pase, voy a darle un par de hostias.

Empiezo a volverme para coger una espada, pero haber estado tanto tiempo en esta Corte me ha enseñado a no darle nunca la espalda al enemigo. Así que miro a mi alrededor, intentando decidir qué hacer, teniendo en cuenta que no puedo recorrer todo el camino hasta el muro donde están las armas caminando de espaldas.

Al final resulta que no tengo que preocuparme por eso porque Hudson coge una espada y se desvanece para dármela.

—Gracias —susurro, pero ya se ha ido; ha dejado una estela de humo a su paso, y me hace reír. Qué fantasma es.

Entonces me vuelvo y levanto la espada, justo a tiempo para bloquear una poderosa estocada que me llega desde arriba. Pedazo de imbécil.

Separo mi espada de la suya, me preparo para atacar, y él se abalanza otra vez sobre mí. Y esta vez la estocada casi me derriba.

97

Peluquería al límite

De alguna forma consigo mantenerme en pie, y lo cuento como una victoria pues me han dado un martillazo con un puto mandoble: algo que no pensé que diría en mi vida. En serio, tenemos que descongelar la Corte Gargólica para salir de esta época en la que todo se solucionaba con una puñetera espada antes de que me quede sin brazos de verdad.

Me aparto de un giro, aunque mis piernas de repente parecen de gelatina, y consigo mover conmigo la espada y estamparla contra la parte trasera de sus rodillas. Se tambalea, pero no se cae, y viene a por mí con la espada alzada, preparada para asestarme un poderoso golpe.

Me agacho, giro en dirección opuesta y el golpe con intención de decapitarme pasa de largo. Normalmente daría un salto hacia atrás, me apartaría de la espada y lo forzaría a acercarse a mí. Pero no estoy intentando ganar a este hombre en una pelea a espada: primero, porque es casi imposible, y más si tenemos en cuenta que lleva entrenando y luchando con una espada durante más de un

milenio, mientras que yo llevo usando una... cinco días. Y segundo, porque no tengo ninguna razón para enfrentarme a él. Solo he de acercarme lo bastante como para lograr tocarlo.

Al principio pensé que tendría más sentido plantarme sin más a su espalda y rozarle el brazo con la mano o algo así, pero siempre está alerta cuando estoy cerca, así que creo que no habría dejado que me acercara. Además, tengo que congelarlo en una situación en la que al resto de las gárgolas no les nazca ayudarlo antes de que pueda hacerme con el anillo. Nadie se dignaría a intervenir en un combate de desafío, o espero que al menos no antes de que coja lo que necesito.

Sin embargo, Chastain es un oponente astuto; gira, atraviesa el aire con la espada y, cuando me aparto de un salto, acaba cortándome unos cinco centímetros de pelo del lado derecho, lo cual no era parte del plan, ni de lejos. Podría haber sido peor y que me hubiera cortado más, pero estoy demasiado cabreada para pensarlo.

Está jugando conmigo, lo sé, él también, y sinceramente también lo sabe todo el público. Este hombre se ha pasado toda la vida entrenando con una espada. No estoy a su altura. Podría haber acabado con esto hace rato si hubiera querido. Es solo que prefiere ir humillándome poquito a poco.

Vuelve a blandir la espada, estoy casi segura de que anda buscando más pelo, y eso no va a pasar ni de coña. Así que me lanzo al suelo y hago la croqueta, lo cual hace que todas las gárgolas del público se rían porque piensan que me he rendido.

Pero no podrían estar más equivocadas porque, cuando paso rodando a su lado, lo obligo a volverse en vez de saltar para apartarse. Es entonces cuando extiendo la mano y le rozo la pierna, al mismo tiempo que rozo el hilo esmeralda que hay en lo más profundo de mi ser.

Sé que es una locura, estoy intentando congelar a alguien que ya está congelado en el tiempo, así que sigo rodando por si acaso no funcionara. Pero cuando lo paso de largo y me pongo en pie de un salto, me percato de que sí que lo ha hecho. Se ha convertido en piedra maciza: tiene una pierna cruzada delante de la otra, la espada a medio arremeter, la cara tensa por la concentración. El anillo, que claramente no es de piedra, en la mano.

El corazón se me va a salir del pecho cuando me doy cuenta de que ha salido bien, de que podemos coger el anillo y largarnos de la Corte. Voy corriendo hasta Chastain, pero Eden grita a mi izquierda y me vuelvo de golpe.

Se me cae el alma a los pies, pues he menospreciado lo que las otras gárgolas están dispuestas a hacer por su líder. Todas corren hacia mí, y debo decir que ver a mil soldados precipitándose a través de un campo para atacarte da un miedo de infarto.

Tan rápido como puedo, rozo el hilo esmeralda y toco a Chastain a la vez.

Él termina la arremetida a medida que se descongela, pero entonces se percata de que ya no estoy donde antes, y la espada silba por el aire, bien lejos de mí. Se da la vuelta con los ojos salvajes y bien abiertos a la par que me analiza.

—¿Cómo has hecho eso? —espeta.

Un rápido vistazo a la izquierda me indica que el resto de las gárgolas están retrocediendo hasta volver a salir del círculo, así que me centro de nuevo en Chastain.

—Te dije que tenía otros dones. Tú nunca te has molestado en preguntar.

—Te estoy preguntando ahora. ¿Puedes congelar a la gente?

—Puedo hacer muchas cosas —contesto con evasivas mientras escudriño el lugar en busca de...

—¡Entonces luchemos! —ruge—. Y veamos quién gana este desafío.

Sé que está furioso porque lo he superado, furioso porque una chiquilla a la que no le guarda ningún respeto ha podido ponerle fin a una pelea con él en un abrir y cerrar de ojos. Pero, cuando alza la espada en el aire y me ataca, la verdad es que me asusto un poquito.

Porque pensaba que esto ya habría acabado. Estaba segura de que, si lo congelaba, tendría tiempo de sobra para hacerme con el anillo...

Chastain asesta una estocada y yo me agacho, me aparto a trompicones. Pienso en volver a lanzarme en la dirección opuesta a la que está arremetiendo. Si lo congelo de nuevo, quizá el Ejército no volverá a irrumpir en el campo porque ya saben que está bien.

En esta ocasión, cuando pone en marcha una complicada maniobra de salto con giro, ni siquiera intento esquivarlo. Me convierto en piedra maciza, absorbo la potente estocada de la espada y después vuelvo a cambiar, extiendo la mano para agarrarle de la muñeca y rozar el hilo de semidiosa a la vez.

Él se congela, busco su mano y todo el Ejército vuelve a abalanzarse por el campo para llegar hasta mí.

Ahí me doy cuenta de que incluso si consiguiera hacerme con el anillo, no voy a salir de este círculo de entrenamiento con vida.

Me apresuro a colocarme a un lado de Chastain mientras vuelvo a rozar el hilo esmeralda, cosa que lo descongela al instante.

—¿Cómo es que cada vez que te congelo, todo el Ejército se abalanza sobre el círculo? —pregunto para provocarlo. Quizá si le ataco al orgullo, les ordenará que dejen de reaccionar—. ¿Tanto miedo les da que una chica vaya a derrotar a su teniente?

—El Ejército Gargólico ha jurado proteger a aquellos que estén indefensos, mi «reina» —anuncia mientras me cerca con la espada levantada una vez más—. Cuando actúas como una cobarde, cuando me congelas, el honor de todo el Ejército los impele a protegerme. Ordenarles que no lo hagan sería cambiar la esencia misma de nuestros ideales.

Sus palabras hacen más daño que cualquier espada.

Quiero gritarle que esto es la guerra, que no todo es blanco o negro, y que no soy una persona sin honor. Pero sé que no me beneficiará. Chastain ya ha tomado una decisión acerca de mi persona; de hecho, lo hizo minutos después de que nos presentaran. Me ha tomado la medida y he resultado no estar a la altura.

Y si soy sincera, ya estoy muy harta.

No me ha dejado otra que tener la esperanza de poder actuar a la desesperada y no enfadar a un dios.

Rezo en silencio para que Jikan no repare en lo que estoy a punto de hacer. No pareció molestarle que nos congelara dentro de la Corte Vampírica para llegar hasta aquí. Sin duda, que congele a unas pocas personas más durante un minuto (puede que menos si soy rápida en hacerme con el anillo) no hará que salten sus alarmas. A ver, lo más probable es que esté por ahí surfeando, ¿no?

Así que vuelvo a tirarme al suelo para rodar, y me alejo todo lo que puedo de él.

Y cuando lo hago, busco en el interior de mi mente todos los hilos relucientes que encuentro. Son finos y plateados y, aunque no los he tocado desde lo de la cueva de la Sangradora, paso un brazo alrededor de todos y los estrujo contra el pecho tanto como puedo al mismo tiempo que rozo mi hilo esmeralda.

Momentos después cada gárgola que está en el campo de entrenamiento se congela.

Ahora solo nos queda quitarle el anillo de la mano a Chastain y descongelarlos a todos antes de abandonar la Corte. Corro hasta Chastain a la par que les grito a mis amigues por encima del hombro:

—¡Preparaos! ¡Nos vamos enseguida, en cuanto me haga con el anillo!

Llego a Chastain en un pestañeo, la mano ya extendida para coger el anillo, y de repente un trueno bestial hace que me dé la vuelta.

Y así, sin más, aparece el dios del tiempo.

Y no parece contento.

98

El tiempo pasa inexorablemente... ¿O no?

Las vacaciones en Hawái deben de haberse acabado, porque el bañador y las aletas han desaparecido.

En su lugar, Jikan va vestido de punta en blanco con un esmoquin la mar de elegante; y no es un esmoquin cualquiera. No, es un traje que solo el dios del tiempo podría ponerse y lucir, aunque no tengo ni idea de cómo lo hace.

El traje está hecho de un intenso terciopelo granate, cubierto por un diseño de oro brocado, y debería gritar: «¡Una noche en Las Vegas con mil cabareteras!». Pero no. No sé cómo, pero le sienta de maravilla; es más, Jikan no ha estado nunca tan guapo.

Tal vez sea por lo bien cortado y entallado que está el traje.

Tal vez sea por los complementos perfectos que lleva, como los gemelos redondos de oro, un reloj Patek Philippe, y unos elegantes mocasines de vestir negros de piel de cocodrilo con apliques de oro.

O tal vez sea por el hecho de que da igual lo estrafalaria que sea su ropa, le queda bien al dios del tiempo porque él es incluso más estrafalario. Este hombre rezuma estilo y poder, y ahora mismo ira, desde las puntas del pelo entrecano hasta las puntas de los elegantes mocasines. Está tan enfadado que apenas puede pronunciar palabra.

—¿Qué has hecho? —pregunta, después de analizar el campo, y la situación, con una mirada glacial—. ¿Qué-has-hecho?

Aunque sabía que podía pasar que Jikan se cabrease tantísimo, siento que los nervios me tintinean en la boca del estómago.

—Yo estaba...

—No ha sido esa mi pregunta —me interrumpe.

Trago saliva antes de intentarlo de nuevo.

—Ya, pero quiero explicarte que...

Jikan levanta una mano y pega los dedos con el pulgar en un movimiento brusco: el gesto universal para que la otra persona se calle la boca.

—Tendrás que quedarte muy muy calladita ahora mismo, o no te va a gustar lo que te voy a hacer.

Se aleja un poco de mí y empieza a pasearse por el círculo de entrenamiento a un ritmo lento y deliberado, mirando una por una a las gárgolas congeladas.

—Pensé que te lo había dejado muy clarito en nuestra última conversación —continúa mientras rodea a Chastain, quien se ha quedado congelado con la espada en el aire.

—Lo dejaste, sí —le digo en un intento por encontrar el equilibrio entre el arrepentimiento y la frustración. A lo mejor podría encontrarlo si no fuese por los nervios que me

están descolocando. Enfrentarme a él cuando causé un problema sin querer es una cosa, pero enfrentarme a él ahora que lo he hecho a propósito... es más difícil de lo que había pensado.

—Pues parece que no —responde él analizando otra vez el campo—. Visto que no has podido seguir la más simple de las instrucciones.

Lo dice de tal manera que cada sílaba suena, y la siento, como si fuese un disparo, incluso cuando se aleja recorriendo el campo.

Esta vez se detiene ante Artelya, que se ha quedado congelada en una postura de defensa perfecta. La rodea en círculo, estudiándola con muchísima atención, aunque no sé qué está buscando.

De pronto vuelve a fijar su mirada oscura en la mía.

—Te advertí que no debías hacer esto.

—Lo sé. —Me obligo a que las palabras salgan de mi garganta seca—. Pero no me ha quedado otra alternativa que hacerlo. Si me dejas que coja el anillo de Chastain, lo dejaré todo como estaba y me marcharé en cuanto lo haga, te lo prometo.

—¡Me prometiste que no juguetearías con el tiempo, y mira lo bien que hemos acabado con esa promesa! —me grita con fuerza—. No, te lo advertí, y has hecho lo que te ha dado la gana a pesar de la advertencia. Un comportamiento muy egoísta, te crees que lo sabes todo. Y, por eso, tendrás que atenerte a las consecuencias. Ya no voy a respetar la tregua que firmé con tu abuela. La Corte Gargólica se descongelará en el tiempo.

—¡No, por favor! —grito sin avergonzarme por suplicarle. Sabía que era posible que Jikan reaccionara así, pero ver que se hace realidad, comprender que el Ejército Gargólico (mi familia y algunes de mis amigues) podría pasar de despertarse por la mañana y hablar durante el desayuno, a estar congelados en estasis, posiblemente para toda la eternidad, me llena los ojos de lágrimas, y estas me caen por las mejillas—. No es culpa suya. Estoy intentando salvar a mi gente. Te juro que solo intento salvar a todo el mundo. Necesito el anillo —digo sollozando—. Solo necesito el anillo.

La cabeza me echa humo mientras pienso qué puedo decirle para que no cumpla su amenaza y descongele al Ejército. Chastain me contó que había gárgolas vivas fuera de la Corte congelada, en su forma de gárgola maciza, inmunes a los efectos del veneno en su sistema. Pero aun así no seguirán viviendo, no de verdad. Y les he hecho esto sin pensármelo dos veces.

—Castígame a mí, por favor, no a ellas. Dales el anillo a mis amigues, deja la Corte Gargólica congelada, y haz lo que quieras conmigo —suplico. Hudson gruñe, pero no tengo más alternativa. Jikan tiene razón. Yo he hecho esto, yo tengo que arreglarlo. Tengo que explicarme—. Solo necesito un poco de tiempo de mi parte. Solo un poquito. Nada más. Iba a descongelarlas, Jikan, te lo juro.

—Pero el tiempo no es cosa tuya —me espeta—. ¿Verdad que no?

—Yo…

—¿Eres la diosa del tiempo? —pregunta—. No, desde luego que no. Yo soy el dios del tiempo. ¿Sabes por qué lo sé? —De uno de los bolsillos saca el reloj de bolsillo que

llevaba en la cueva de la Sangradora—. Porque tengo esto. Y esto pertenece al dios del tiempo. Es el reloj universal, y cuando digo «universal», lo digo de verdad, y registra el tiempo desde sus albores.

»He impedido el paso del tiempo en esta Corte congelada porque Cassia me lo suplicó. Y es digno de ver cómo esa mujer suplica lo que sea. Pero ¿esto? —Casi gruñe al señalar a todo el mundo congelado que está a nuestro alrededor—. ¿Congelar a gente en el tiempo que ya está congelada en el tiempo? ¿Sabes qué pasa cuando haces algo así? ¿Lo sabes? —pregunta.

—Pues...

—Rompes el tiempo.

—Lo siento —le digo—. No lo sabía.

—Pues claro que no lo sabías. No tienes ni idea de estas cosas y, aun así, sigues haciendo el tonto con ellas como si fuese tu patio de recreo personal. Pero eso se acaba aquí, esta noche.

Todo mi cuerpo se pone alerta porque, o bien el dios del tiempo va a matarme aquí y ahora (y a juzgar por cómo me está mirando, es una clara posibilidad), o bien va a hacer justo eso para lo que le he hecho venir. Lo que necesito desesperadamente que haga.

—Vas a aprender cuál es el lugar que te corresponde, pequeña semidiosa. —Estas dos últimas palabras las pronuncia como si fuesen el peor insulto que se le puede ocurrir—. Recuerda, esto te lo has buscado tú sola.

Pasea la mirada por la Corte congelada, por cada una de las gárgolas que hay desperdigadas por el campo de entrenamiento y, por último, me mira a mí.

—Pero no soy tan cruel. Moveré tu «donde» al nuevo «cuando» para que puedas despedirte.

No tengo ni la más mínima idea de a qué se refiere con eso, pero de verdad espero que con «despedirte» no quiera decir que alguien va a morir hoy. Ya sea como castigo o por el veneno.

Levanta la mano en la que lleva el reloj de bolsillo y retrocede las manillas tres veces. Entonces chasquea los dedos y desaparece.

99

La cara blanda de la piedra

En cuanto Jikan desaparece, me doy la vuelta y reparo en que ha funcionado. La Corte Gargólica es un desastre. Tiene el mismo aspecto que cuando aterrizamos aquí después de que cayera el Katmere. Derrumbada, destruida, nada más que ruinas cubiertas por hierbajos que parecen incluso más mustios bajo la luz de la luna. Mi grupo y yo estamos aquí, de una pieza, e incluso volvemos a tener las mochilas. Además, esta vez las gárgolas también nos acompañan y ya no están congeladas.

Chastain está en el centro del círculo de entrenamiento, con la espada todavía preparada para luchar. Pero entonces se pasa un brazo por la cintura a la par que da la vuelta para asimilar tanto que el castillo está en ruinas como el dolor que siente en el estómago, hasta que de repente está en mi cabeza gritando: «¡Fortificad!».

A mi alrededor las gárgolas se convierten en piedra, tal y como esperaba, y es entonces cuando me doy cuenta de que la orden que he escuchado en mi cabeza estaba

dirigida a todas ellas. Igual que cuando Alistair solía aconsejarme, solo que esta vez abarca a todas las gárgolas.

Me vuelvo hacia Chastain, espero ver que también se ha convertido en piedra. Pero sigue vivo, aunque se agarra del estómago como si sufriera con agonía.

—Tienes que convertirte en piedra —le insto—. Es lo único que puede salvarte en estos momentos.

Veo en sus ojos que por fin ha comprendido lo que ha pasado.

—¿Has sido tú quien ha hecho esto? —susurra cuando se cae de rodillas por el veneno que le corre desatado por todo el cuerpo—. ¿Qué has hecho?

Me desplomo en el suelo, a su lado.

—¡Ten cuidado, Grace! —grita Hudson, pero lo ignoro.

—Por favor, no os acerquéis —suplico, me tiembla la voz —. Dejad que me encargue yo. —Contemplo la expresión dolorida de Chastain—. Tienes que convertirte en piedra. Es la única forma de salvarte. La única forma de salvar al Ejército.

Mira a su alrededor, a todas las gárgolas convertidas en piedra.

—El Ejército está a salvo de momento.

—Pero ¡tú no! Morirás si no te conviertes.

—Y el Ejército morirá si lo hago —reprocha—. Si me convierto en piedra, el anillo será vulnerable. Cualquiera podrá cogerlo. Por tanto, montaré guardia todo el tiempo que pueda.

—Y ¿qué tal si no lo haces? Morirás.

—Pues entonces que así sea. Mi deber es proteger este anillo y eso haré hasta que exhale mi último suspiro.

Preferiría morir y perder el anillo que perderlo porque fui un cobarde y decidí anteponer mi vida a ello.

El pánico me atraviesa con furia, me convierte los pulmones en cemento y el estómago en lava. Chastain tiene que convertirse en piedra. Tiene que...

Jadeo, se me saltan las lágrimas cuando tomo conciencia de que este hombre tan empecinado va a obligarme a quitarle el anillo de su mano inerte. La prueba definitiva de mi cobardía.

—Sé que nunca te he caído bien, Chastain. Siempre has pensado que no soy digna —le comento—. Pero necesito que confíes en mí. He hecho todo esto con una razón en mente, una que no puedo explicar en estos momentos. —Lanzo una mirada fugaz a Izzy y me sorprende ver lo que parecen lágrimas en sus ojos.

—¿Confiar en ti? —espeta—. ¿En alguien que mataría a su pueblo para hacerse con un anillo poderoso para su beneficio?

Sus palabras me golpean con tanta fuerza como él pretende, pero me obligo a ignorarlo y me centro en lo que de verdad importa.

—¡No lo he hecho en mi propio beneficio! —grito, las lágrimas me corren por las mejillas—. Y no lo he hecho para exterminar al Ejército. Pero tienes que confiar en mí. Conviértete en piedra y dame el anillo. Te prometo que protegeré a mi pueblo.

—¿Protegerlos? —Hace un gesto con la mano mientras tose—. Míralos. Son de piedra... y así se quedarán para siempre. La única forma que teníamos de sobrevivir al veneno sin entrar en estasis era en la Corte congelada.

—Pero aquello tampoco era vida. No del todo. No de la forma en la que ellos ansiaban, no de la forma en que debería ser. Y con el tiempo todos se habrían unido a las filas del Ejército Esquelético y ambos lo sabemos. De esta forma sus almas por fin son libres; por fin hemos acabado con la eterna agonía del Ejército Esquelético. Y las gárgolas supervivientes vivirán un día sin el veneno. Solo necesito el anillo. —Se me ha acelerado la respiración al pronunciar mi plegaria a toda prisa.

—Y ¿crees que debería entregártelo sin más? —escupe—. Solo una cobarde esperaría tal cosa. Pero, bueno, siempre he sabido que lo eras. No has demostrado lo que vales en el entrenamiento, no has conseguido hacerte con el anillo al desafiarme y ahora estás matando a miles de personas, a tu pueblo, solo para hacerte con un anillo que no te pertenece. ¿Se te ocurre algo que denote más cobardía que esto?

—Y tú eres tan cerril y de costumbres tan arraigadas que te niegas a ver lo que tienes justo delante. Por el amor de Dios, escúchame antes de que sea demasiado tarde...

—No eres digna de mis oídos. Es más, no eres digna de ser una gárgola. Y sin duda, no eres digna de ser la reina gárgola. Así que no, no pienso escucharte. Y preferiría darles este anillo a los vampiros antes que dejar que te lo quedes tú.

Sus palabras me hieren, pero también me enfurecen. Porque se está negando a darme aunque sea una oportunidad. Como han hecho todos en este maldito mundo.

Desde el momento en el que aparecí en el Katmere he tenido que demostrar mi valía.

Demostrarles a los alumnos del Katmere que era lo bastante digna para vivir cuando tanta gente me quería muerta.

Demostrarles a Cyrus y al resto de los líderes de las facciones que era lo bastante poderosa para disponer de un sitio en el Círculo... y reclamar un puesto que debería haber sido mío por derecho de nacimiento.

Demostrarle a Jaxon que soy lo bastante fuerte y que no tiene que llevarme entre algodones.

Demostrarle a Nuri que me merezco su confianza y que puede contar conmigo para salvar a los suyos.

Joder, si incluso he tenido que demostrarme a mí misma que soy lo bastante fuerte, lo bastante dura y digna para ser la compañera del vampiro más poderoso que existe.

Pero se acabó. Estoy harta de tener que justificarme delante de todos. Sí, he cometido errores. Sí, cometeré muchos más. Pero también he acertado en muchísimas ocasiones. Y ya me he cansado de pedir perdón por haber llegado tarde a la fiesta. Soy la reina gárgola y voy a salvar a mi pueblo.

De alguna forma u otra, Chastain me va a dar ese anillo, ya sea por encima de su cadáver o no.

Por esto mismo me inclino hacia delante y lo miro directamente a los ojos llenos de dolor y de soberbia.

—Pues te voy a conceder ese deseo —le revelo—. Si no le doy el anillo a Cyrus, piensa matar a cientos de niños, además del profesorado y los empleados del instituto Katmere. No puedo permitir que pase..., es más, no pienso hacerlo. No estuve allí cuando los secuestraron, pero te juro por mi vida que voy a estar allí cuando los liberen.

Entrecierra los ojos como si intentara descubrir si le estoy mintiendo o no, pero no le hago caso.

—El Ejército Gargólico no morirá sin el anillo, Chastain. No viviréis, lo sé, no del todo. Pero tampoco moriréis —trato de explicarle—. Pero esos niños... Los torturarán si no le doy el anillo a Cyrus. Así que, sí, me inclino por el mal menor. O permito que el Ejército Gargólico siga viviendo (más o menos) en la Corte congelada o salvo a los alumnos, y elijo salvar a los alumnos. Pero eso no quiere decir que deje a mi gente de lado. Encontraré la forma de curar al Ejército y os liberaré. Y me da igual si me crees o no. ¿Quieres saber por qué? Porque soy tu puta reina y harás lo que yo te ordene. ¡Fortifica!

Chastain tose, entonces cierra los ojos cuando el dolor le sacude el cuerpo. Cuesta verlo, y más sabiendo que es culpa mía. Sabiendo que puede detenerlo, pero es demasiado cabezota para hacerlo.

—Lo único que tendrías que haber hecho desde el principio es contarme la verdad. El propósito de una gárgola es proteger a aquellos que no se pueden proteger a sí mismos y, de entre esas personas, las más importantes son los niños. Te habría dado el anillo el primer día, incluso aunque hubiera supuesto la muerte del Ejército. Una gárgola siempre sacrificará su vida por los indefensos, Grace.

Al oír sus palabras la vergüenza me inunda, porque siempre lo he visto como un obstáculo, como algo que debía superar. Jamás se me ocurrió que pudiera ser un aliado, que pudiera estar dispuesto a ayudarme a salvar a todo el

mundo. Que ni siquiera lo hubiera imaginado me hace sentir mala persona ... Es más, me hace sentir mala gárgola.

Sabía que crearon a las gárgolas con el fin de proteger. Es solo que no me había dado cuenta de qué parte de lo que son, de sus creencias, está hilada con esa única misión.

Pero no soy la única culpable.

—Bueno, pues la próxima a ver si me concedes una oportunidad, ¿me oyes?

Él asiente y después extiende los dedos para facilitarme la tarea de quitarle el anillo. Y dice:

—Ha sido un honor para mí guiar a nuestra gente y protegerla durante un milenio. Ahora te toca a ti.

Respiro hondo y comienzo a decirle que no lo decepcionaré. Pero es demasiado tarde. Ya se ha convertido en piedra.

100

No dejes para mañana
lo que puedas hacer no-hoy

Las lágrimas me abrasan el fondo de la garganta. Me pilla por sorpresa, puesto que Chastain y yo no hemos hecho más que discutir desde que nos conocimos. Nunca ha sido majo conmigo salvo en los instantes previos a su transformación en piedra.

Aun así, observándolo de rodillas desde el suelo, lo único que siento es tristeza. Mi plan ha sido siempre llevarme el anillo, y sabía que al hacerlo el veneno volvería a afectar a la Corte congelada, pero tendría el tiempo de mi parte. Tardaría años en hacerles daño, y solo necesitaría un día para superar las Pruebas y salvarlas. Y, si no consigo superarlas... estoy convencida de que una de las primeras cosas que hará Cyrus cuando se convierta en dios será aniquilar al Ejército de una vez por todas. Pasara lo que pasase, estaban jodidos, lo supiesen o no.

Y, a pesar de todo esto, al ver cómo Chastain se convertía en piedra, al ver cómo todos se transformaban, siento un pesar en el corazón que no me esperaba.

Porque depende de mí que no se queden así para siempre. Soy yo la que debe asegurarse de no haberles arrebatado la única oportunidad que tenían de vivir, por muy breve que fuera. No era la vida que se merecían, pero era una vida. Y ahora estamos aquí, en una situación en la que las palabras *congelados en el tiempo* no suenan tan mal.

A las gárgolas les resulta natural transformarse en piedra. Pero estar atrapadas en su forma gargólica para toda la eternidad… no tanto. Y, si fracasamos en las Pruebas, eso es justo lo que pasará. Y, lo que es peor, además habré enviado a mis amigues a su propia tumba.

Al pensarlo, el pánico me invade. El corazón empieza a irme demasiado rápido, me tiemblan las manos y me olvido de cómo respirar. Obligo a mis pulmones a recordar cómo se hace e inspiro despacio, entre temblores. Mantengo el aire en mi interior, y lo suelto igual de despacio. Inspiro, espiro. Inspiro, espiro. Inspiro, espiro.

Y entonces empiezo a sumar en mi cabeza. Cuatro más cuatro, ocho…

Para cuando llego a 256, el estruendo que resuena en mis orejas se desvanece, también los trepidantes latidos de mi corazón. El pánico disminuye, pero no desaparece del todo, y no tengo claro que vaya a hacerlo hasta que encuentre una forma de liberar al Ejército, pero por lo menos puedo dejarlo atrás y centrarme en otras cosas.

Y, mientras tanto, estiro unas temblorosas manos y deslizo el anillo de la piedra divina del dedo de Chastain.

En cuanto la toco, me inunda una sensación de poder que no había tenido en mi vida. Cuando Alistair me pasó la

Corona, no noté nada. Un ligero escozor en la palma de la mano y nada más. Pero ese calor, esa descarga eléctrica, no se compara con lo que siento al tocar el anillo. No hay nada que pueda compararse con el calor arrollador y la intensidad y las sensaciones que noto al sujetarlo. Es como sostener el sol en la palma de la mano.

Le doy la vuelta, y hundo la mirada en el centro de la piedra, de un naranja intenso. Y me pregunto cómo narices voy a darle esto a Cyrus. Ese hombre está obsesionado con el poder: con tenerlo, usarlo, cogerlo. ¿Cómo puedo llegar a darle algo así a una persona como él? ¿Algo que seguro que le otorga más poder del que jamás ha podido soñar?

No puedo.

Pero debo hacerlo.

Estoy en un callejón sin salida, aunque crea que el rey vampiro va a cumplir con su parte del trato. Porque... ¿qué pasa si le entrego la piedra y él no libera a todos los alumnos y profesores del Katmere? ¿Y si encuentra un tecnicismo en nuestro acuerdo mágico que no he previsto? ¿Cómo vamos a detenerlo?

¿Acaso tendríamos alguna posibilidad de hacerlo?

No lo sé. No hay solución fácil... salvo una.

Si no le llevamos la piedra, si traicionamos a Cyrus, matará a todas y cada una de las personas que se ha llevado del instituto Katmere. O, lo que es peor, las torturará, las exprimirá hasta dejarlas sin una gota de magia, y después las abandonará a su suerte hasta que mueran atormentadas y solas.

Cuando pienso en el tío Finn y en la tía Rowena, cuando pienso en Gwen y en Amir, el hermano de Dawud, y en

todos los alumnos con los que he compartido aula en el Katmere, sé que solo tenemos una solución.

¿Es complicada? Sí. ¿Es peligrosa? Y tanto. ¿Va a funcionar seguro? Ni por asomo. Pero es la única solución que se me ocurre con la que podré vivir con mi conciencia, con la que podré mirarme al espejo.

Tenemos que darle el anillo a Cyrus. Nadie sabe lo que pasará, pero ni de coña voy a dejar que mis amigues, mi familia y mis compañeros de instituto sufran la clase de muerte que el rey vampiro les ha preparado. No si hay una posibilidad de que yo pueda evitarlo.

Y todo eso no es más que otra razón por la que no podemos meter la pata en las Pruebas. Tenemos que superarlas, tenemos que conseguir el colgante, la fuente o lo que sea, y tenemos que liberar al Ejército Gargólico y derrotar a Cyrus. Es la única manera de detenerlo y de proteger a todas las personas que debemos proteger.

No hay otra opción.

—¿Los dejamos así, sin más? —pregunta Macy con un hilo de voz. Está de pie junto a Artelya, quien tiene el mismo aspecto majestuoso en su forma de piedra que en la vida real. La barbilla elevada, la mirada despejada y el cuerpo en la postura perfecta para pelear.

—Creo que es lo que debemos hacer —contesto. No tenemos otro lugar donde ponerlas, no hay castillo en el que encerrarlas para mantenerlas a salvo. A nuestros pies solo tenemos las ruinas de la Corte Gargólica.

—No me parece bien —dice Flint, y por una vez no parece enfadado, solo triste.

—Nada de esto está bien —responde Jaxon—. Lleva mucho tiempo sin estar bien.

Flint lo mira a los ojos, largo y tendido, y por primera vez en varios días noto que hay algo más entre ellos que no es ira.

No sé lo que es, pero parece adecuado que, sea lo que sea que esté pasando aquí, rodeados por estos hombres y mujeres que son más valientes de lo que jamás me podría haber imaginado, sea mucho más que la ira, la culpa y el miedo que sentíamos antes.

La única manera de salir de esta mierda es confiando les unes en les otres. Es lo único que Cyrus no tiene. El rey vampiro gobierna con el miedo, con la fuerza, y jamás comprenderá lo que de verdad significa estar unido a alguien o a algo, salvo a su propia ambición.

Pero nosotres sí. Puede que ahora no lo parezca, con todo el grupo dividido, pero eso se acaba aquí. Ya está bien.

Mi mirada se encuentra con los ojos azules de Hudson, que está al otro lado del campo de entrenamiento, y veo algo en su mirada que no había visto durante estos últimos días. Resolución. Determinación. Esperanza.

La esperanza de que lo superaremos.

La esperanza de que podemos conseguirlo.

La esperanza de que, cuando lo hagamos, la vida será mucho mejor que ahora. Y nosotros también.

Le sonrío justo para ver cómo se le iluminan los ojos y se le curvan los labios en una sonrisa con la que corresponde la mía. Tenemos un largo camino por delante todavía para solucionar las cosas, para el mundo y para nosotres, pero tal vez, solo tal vez, podamos conseguirlo en equipo, pero con

un equipo de verdad y no con el grupo fracturado que intenta aguantar entre toda la mierda y el dolor.

Tal vez, solo tal vez, podamos estar bien al final de todo esto.

—Bueno. —Eden carraspea y posa la mirada sobre Izzy—. Y ¿ahora qué? ¿Nos descongelas a nosotros también y nos transportas por arte de magia a la Corte Vampírica? A ver, ¿no seguimos allí como estatuas congeladas?

Es una pregunta buenísima, la verdad. Al recorrer con la mirada la Corte en ruinas, que está en nuestra línea temporal, comprendo lo que Jikan ha querido decir con eso de cambiar nuestro «donde» en el «cuando». No sé cómo lo ha hecho, pero debe de haber movido nuestros cuerpos congelados de las mazmorras de Cyrus hasta aquí. Como diría él, es el dios del tiempo. No creo que haya muchas cosas que no pueda hacer.

—Por desgracia, ya no estamos en la Corte Vampírica. Jikan nos ha sacado de allí. —Suspiro.

Eden asiente y pregunta:

—Entonces ¿volvemos volando? Si es así, ¿puedo pedirte que conviertas a Isadora en una estatua para el viaje? Creo que quedaría muy bien como el adorno que llevan los coches en el capó.

—Bueno, creo que podemos encontrar una forma más rápida de llegar a la Corte. —Una voz incorpórea, tan intensa y densa como un praliné de Nueva Orleans, emerge de pronto—. Aunque me gustan bastante los adornos esos que mencionas.

Pego un chillido, emocionadísima, cuando el aire que nos rodea empieza a brillar y a echar chispas. Porque

reconocería esa voz en cualquier lado.

—¡Remy! —grito cuando mi compañero de celda y brujo favorito aparece en el centro de lo que queda del círculo de entrenamiento, con una enorme sonrisa dibujada en su bella cara.

Un par de segundos después Calder aparece justo a su lado.

—A mí me encanta montar a un dragón o dos —dice poniéndole ojitos a Flint—, pero prefiero hacerlo en privado. Además —añade, y se encoge de hombros en un movimiento despreocupado que llama toda la atención de Eden—, acabo de salir de la pelu, y las ráfagas de viento van a echar a perder mi alisado brasileño.

101

Embrujada y deslumbrada

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto.

Le doy a Remy un abrazo de oso, apenas puedo rodear su enorme figura con los brazos, y levanto la vista hacia su oscuro pelo desaliñado y sus ojos verde bosque. Parece que no lo haya visto desde hace un año, aunque sé que solo ha pasado una semana como mucho.

Él me devuelve el abrazo con la misma fuerza y después se separa para guiñarme un ojo.

—Te dije que volverías a verme, *cher*.

Hudson pone los ojos en blanco y después se coloca a mi lado, lo que me haría reír si no acabara de obligar a todo mi ejército a convertirse en piedra. Sin embargo, sí que le estrecha la mano a Remy.

—Me alegro de verte, aunque no tengo muy claro a qué has venido.

Le piso el pie a Hudson y le siseo un «serás borde» entre dientes.

Pero Remy se limita a reírse.

—Me alegra ver que algunas cosas no han cambiado... Aunque otras sí, ¿eh? —Se vuelve hacia Flint con una mueca —. Siento lo de tu novio. Y lo de tu pierna.

Flint se queda mirándolo sin más, como si no supiera qué responder a eso. Y puede que no lo sepa. Nadie ha hecho ningún comentario sobre su pierna en la Corte Gargólica, y la verdad es que la mayoría del grupo se esfuerza por no tocar el tema. Al final solo dice «gracias» y agacha la cabeza.

—Me gusta tu pierna nueva —anuncia Calder cuando lo envuelve en un abrazo con aroma a jazmín y vainilla—. Además, podemos enjoyarla antes de nuestra cita.

—¿Cita? —pregunta Flint.

—¿Enjoyarla? —repite Eden, y parece que tiene que emplear todas sus fuerzas para no soltar una carcajada.

—Compré una pistola de silicona y un cubo repleto de piedras semipreciosas en cuanto Remy vio lo que pasó — explica Calder a la vez que aplaude varias veces seguidas con esa actitud de niña pequeña que tiene—. ¡Qué ganas!

—Pues, entonces, ¡adelante! —dice Jaxon con ironía—. ¡Que empiece el enjoyamiento!

—Va a quedar precioso. No tan precioso como yo, pero... —Se encoge de hombros como si quisiera decir «es lo que hay». Lo cual da en el clavo, porque es posible que la mantícora sea la persona más guapa que he visto en mi vida. Y ya es mucho decir si tenemos en cuenta quién es mi compañero.

—¿Por qué no le cuentas la cita que has planeado? —insta Remy con la voz más inocente que le he oído poner al

brujo..., lo cual solo hace que me prepare para cuando Flint estalle.

—Nos he conseguido entradas para cuando venga la nueva gira de BTS a Nueva York. ¡Nos lo vamos a pasar de miedo! Incluso he comprado camisetas de *Butter* a juego para los dos.

—¿Están enjoyadas? —pregunta Eden en voz baja, cosa que hace que Macy se ría.

Sin embargo, Calder la oye.

—Pues claro que no. Eso opacaría la pierna de Flint.

—Y sin duda no queremos que pase eso —consigue añadir Jaxon con cara seria.

Solo que esta vez Calder debe de pillar el sarcasmo, porque se vuelve hacia él con los ojos entrecerrados. Que enseguida se abren como platos en cuanto lo mira mejor.

—Vaya, hola —saluda mientras juguetea con un mechón de pelo—. ¿Cómo estás?

Está usando todo su *sex appeal* (todo) y Jaxon parece un poco embelesado y también un poco incómodo.

Dawud, por el contrario, parece que esté a un pasito de ponerse a aullar a la luna. Eden y Macy están tan prendadas como la primera vez que la vieron. Aunque, bueno, no hay quien las culpe. Rezuma poderío.

—Pues con prisas, la verdad —le contesta Jaxon a Calder, y me mira como si quisiera que nos pusiéramos en marcha.

—Seguro —farfulla Flint entre dientes.

La cara de Jaxon, que últimamente está bronceada, se enrojece y por un instante creo que ya ha tenido suficiente con las pullitas de Flint. Pero al final rechina los dientes y mira fijamente a la distancia. Por supuesto, Flint hace justo

lo mismo, solo que en dirección contraria, cosa que no me parece nada ridícula, qué va.

Me vuelvo otra vez hacia Remy, quien está contemplando los fuegos artificiales que se acaban de montar con la sonrisa de un hombre ajeno al drama..., uno que resulta que puede ver el futuro.

Le hago una mueca, pero él se limita a guiñarme un ojo. Esto hace que Hudson ponga los ojos en blanco de forma tan exagerada que me sorprendería que no se haya hecho daño.

—No has contestado a mi pregunta —indico mientras Flint y Jaxon siguen con su riña detrás de nosotros—. ¿Por qué has venido?

—Me vas a necesitar para lo que viene ahora. Y Calder ha insistido en apuntarse —explica con un gesto de la cabeza hacia la mantícora.

—¿Y habéis venido sin más? —pregunto, por una parte anonadada pero por otra no—. Sabes que va a ser peligroso, ¿verdad?

—¿Y con eso qué me quieres decir? ¿Que me marche y deje que os apañéis solos? —pregunta enarcando un instante las cejas—. La amistad no funciona así. Estoy bastante seguro de que una castaña muy mona me enseñó algo parecido hace tiempo.

—Ya, bueno, pues el compañero de esa castaña tan mona te va a poner la cara como un cromo si no te dejas de chorradas —comenta Hudson con suavidad.

Remy intenta esbozar una expresión dolida, pero en sus ojos se aprecia un brillo travieso que indica que está disfrutando de la batalla de pullitas con Hudson. Por

supuesto, la diversión que se aprecia en los ojos de mi compañero revela que el sentimiento es mutuo. Lo que me hace negar con la cabeza. Aunque llegue a vivir mil años, seguiré sin comprender todo este rollito de amenazas amistosas que tanto parece gustarle a la mayoría de los hombres.

Izzy hace una mueca de asco.

—¿Necesitáis nata montada y una guinda para toda esta dulzura o habéis acabado ya?

Remy le echa un vistazo; después vuelve a clavar la mirada en ella y se queda completamente inmóvil.

Yo contemplo a Hudson desconcertada y él se limita a encogerse de hombros mientras los otros dos siguen observándose fijamente durante varios segundos.

Al final Izzy gruñe y aparta la mirada, pero Remy sigue observándola con los ojos entrecerrados. Eso la cabrea tanto que saca un puñal y empieza a acicalarse las uñas con él, como si hacerlo con una hoja afiladísima fuera lo más natural del mundo.

—¿Qué creéis que va a pasar cuando le demos la piedra a Cyrus? —pregunta Flint al grupo en general—. Tiene que ser algo chungo si Remy ha sentido la necesidad de venir a ayudar.

—Todavía no lo he visto —contesta—. Tuve el presentimiento de que tenía que estar aquí, así que aquí estoy.

Izzy resopla y niega con la cabeza antes de cambiar el puñal de mano.

—Supongo que eso quiere decir que Cyrus nos va a tender una trampa, ¿no? —inquiero y paso la mirada de

Jaxon a Hudson. Junto con Izzy, quien sin duda no se siente muy por la labor de colaborar en estos momentos, ellos dos son quienes mejor conocen a su padre.

—Creo que nunca está de más suponer que nuestro padre vaya a tendernos una trampa —comenta Jaxon.

—Y te estarías quedando corto. —Hudson se ríe sin un atisbo de humor.

—Me lo he imaginado desde el principio —admito—. Por eso mismo creo que tengo un plan básico.

—Pues habla —me insta Macy.

—Creo que deberíamos intentar congelarlo y después... —comienzo, aunque olvidaba por completo que Izzy está de parte del diablo.

—¿Esa es tu solución para todo? —El sarcasmo de la voz de Izzy cae sobre mí—. ¿Congelar? ¿Y qué pasa si alguien no se congela?

—Todavía no ha ocurrido —le recuerda Macy.

—Ya, bueno, pues las cosas se tuercen cuando peor te viene.

—Y a veces son las personas las que hacen que se tuerzan las cosas. —Remy entrecierra los ojos—. ¿Estás planeando liarla?

—Supongo que eso depende de si sigues haciendo preguntas estúpidas o no —le escupe con una mirada ceñuda.

Él no contesta, se limita a sostenerle la mirada hasta que ella se da la vuelta con un resoplido.

—¿Qué vamos a hacer si nos pone las cosas difíciles? —pregunta Jaxon en voz baja—. Es demasiado peligroso tenerla de parte de Cyrus si este planea jodernos.

—No te preocupes por eso —contesta Remy después de un instante—. Yo me encargo de ella.

—¡Inténtalo si te atreves! —ruge Izzy.

Remy sonríe con aire pícaro cuando contesta:

—Bueno, entonces ¿por qué no vienes hasta aquí, *cher*? Veré qué puedo hacer por ti.

La única respuesta de la vampira es un puñal pasándole a milímetros de la mejilla.

102

De anillos y plegarias

Remy ni se inmuta. En cambio, mueve un poco la mano y gira el puñal en medio del aire; este se eleva y vuela hasta Calder, quien lo pilla en pleno vuelo.

—Oh, qué bonito —dice, antes de guardárselo en su enorme bolso de diseño—. Gracias.

—Es mío —reclama Izzy; se desvanece hasta ella e intenta arrebatarle el bolso.

Calder se transforma en un instante, y un grave gruñido emana de su garganta, además de sacar unas garras curvadas semejantes a las de un felino. Isadora retrocede un par de pasos sorprendida antes incluso de que Calder pueda intentar darle un puñetazo.

En cuestión de segundos las garras desaparecen, y Calder recupera su risueño aspecto de siempre.

—La próxima vez no tires cosas de las que no te quieras deshacer —aconseja a Izzy, quien pasea la mirada entre Calder y Remy. Parece que no tiene claro a quién tiene más ganas de mutilar, si al brujo o a la mantícora.

Remy se limita a guiñarle un ojo. Entonces se vuelve hacia mí y señala con la cabeza el anillo que llevo en el dedo.

—¿Eso es la piedra divina?

—Correcto —respondo, y le tiendo la mano para que la vea.

—Me la esperaba más grande.

—Eso dijo ella, sí —bromea Eden.

—Buena esa —afirma Remy con una risilla.

Después el brujo me levanta la mano para examinar el anillo más de cerca, pero desvía la mirada hacia Izzy. Al principio creo que es porque está preocupado por si el próximo puñal que lance la chica da en el clavo (y no lo culpo por pensarlo). Sin embargo, creo que hay algo más en el ambiente y, a la cuarta vez que pasa, se me enciende la bombillita.

—Vaya, qué interesante —le digo cuando me recobro de la sorpresa.

—No tan interesante como el pedazo de lío en el que te has metido solita —contesta Remy.

—¿En serio has sido tan poco sutil para cambiar de tema? —pregunto en respuesta.

—Hostia... ¿Miss criticona por aquí?

—Y tanto —responde Jaxon.

—¡Oye! —exclamo, y lo fulmino con la mirada—. ¿Y eso a qué ha venido?

—Bueno, solo digo lo que veo —me chincha.

—Ya, pues igual necesitas gafas.

A estas alturas de la discusión Hudson se está riendo con disimulo, al igual que Macy y Eden. Hasta veo un esbozo de

sonrisa en el rostro de Flint, y me pone tan contenta que me estrujo el cerebro para pegarle otro zasca a Jaxon. Si lo que Flint necesita para sentirse más él mismo son un par de bromas, aunque sea por unos segundos, estoy más que dispuesta a dárselas.

Pero, al parecer, a Izzy el tema le da lo que viene siendo bastante igual. Porque nos corta el rollo con un gruñido y dice:

—Por muy emotivo que sea este reencuentro, mi padre está esperando su anillo; a no ser, claro está, que queráis retrasaros un poco y ver lo que pasa. Aunque yo que vosotros no lo haría.

—Para eso están los portales —le indica Remy—. Podemos estar en la Corte Vampírica en menos de un minuto, *cher*.

—No, no es verdad —le replica ella, y resulta fascinante ver cómo se entremezclan el perfecto acento británico de ella con la lenta y sensual pronunciación cajún de él—. No vamos a abrir un portal. Vamos a ir volando.

—Creía que querías llegar rápido —contesta Remy enarcando una ceja.

—Me gusta el trabajo rápido y bien hecho —le dice Isadora.

—¿Ah sí? —Esta vez, el brujo levanta ambas cejas y una sonrisa traviesa se dibuja en su rostro—. Lo tendré en cuenta.

Isadora pone los ojos en blanco, y suelta un sonido de asco desde el fondo de la garganta.

—A ver, que ni de coña voy a confiar en que abras un portal a la Corte Vampírica. No te conozco de nada. Igual te da por dejarme vagando toda la noche en el desierto en vez

de durmiendo en la comodidad de mi cama, y no me interesa, gracias.

—Por mucho que me guste la idea de verte vivir como los beduinos —responde Remy—, te puedo asegurar que el portal irá adonde tenemos que ir. Y, bueno, en cuanto a tus problemas de confianza... tendrías que trabajártelos, la verdad. No todo el mundo quiere matarte o darte una paliza, ¿sabes?

Acaba su discursito torciendo un poco la boca en una sonrisa picarona, con la que la desafía a seguir provocándolo. Y entonces, a juzgar por su cara, me da la sensación de que a Izzy podría explotarle el cerebro. Pero explotarle en serio.

Por lo general nos hace saber que se ha enfadado entornando los ojos o apretando los labios, pero ahora mismo tiene la cara encendida, los ojos tan entrecerrados que parecen dos rendijas, y estoy casi segura de que le sale humo de las orejas. La chica está furibunda, y temo por la vida de Remy.

Hudson debe de pensar lo mismo, porque mientras yo avanzo un par de pasos para ponerme delante de Remy, él se coloca delante de mí. Ahora Izzy al menos tendrá que pasar por encima de nosotros dos para llegar hasta él...

No es que no piense que podría llegar a hacerlo, pero al menos tenemos una posibilidad de retrasar el asesinato y el caos que desataría.

Sin embargo, al final se contenta con cruzarse de brazos y lanzarle una mirada de superioridad.

—Nada de portales.

—¿Y tú te crees que puedes detenerme, *cher*? —la desafía él.

—Tío, que es una arrebataalmas —le explica Flint, y añade para el cuello de su camisa—: Yo que tú no me metería con ella.

Remy se descojona. En serio, se descojona vivo. Y entonces dice:

—Que te vaya bien robándome mi magia, si es necesario.

Se vuelve, pasando olímpicamente de Isadora, describe una espiral con la mano en el aire, un girillo rápido, y al instante empieza a formarse un portal ante nosotros. Izzy se desvanece hasta el brujo en menos de lo que tardo en parpadear, y jadeo al ver cómo estira el brazo en el aire y luego cierra la mano en un puño, tal y como hizo Hudson para destruir al Ejército Esquelético; lo más probable es que haya intentado arrebatarle el alma a Remy.

Pero mi amigo suelta una risilla.

—Bueno, esto va a ser divertido.

Izzy mira boquiabierta a Remy (como el resto), pero el brujo está demasiado ocupado echándole una mirada de «¿Y eso es todo?» como para decirnos algo al grupo.

—¡Qué pasada! —exclama Macy—. Yo suelo tardar un par de minutos para que empiece a formarse el portal, y tú has movido la mano y ¡hala! ¡Tenemos portal!

Mi prima lo mira entre ilusionada y estupefacta, y lo entiendo. Yo me sentía igual durante nuestros primeros días de convivencia en la cárcel. Como si no terminara de creerme que fuera real.

—¿Cómo has...? ¿Cómo puedes tú...? —pregunta Izzy entre tartamudeos, y debo admitir que mola ver cómo se

queda sin palabras por una vez.

—Yo desayunaba a trescientos metros de cuatro mil presidiarios adiestrados para matarme, así que no creas ni por un segundo que puedes venir aquí, mostrar el puño y ponerme nervioso. —Nunca antes lo había visto tan serio como ahora, con la mirada perdida, y entonces recuerdo lo impotente que me sentía en aquella celda que compartíamos. Lo impotentes que nos sentíamos ambos. No me extraña que no tenga tiempo para las amenazas de Izzy.

—Espera... —dice Flint—. ¿Acabas de citar la peli *Algunos hombres buenos*?

El gesto adusto de Remy se transforma al instante en una expresión de pura alegría.

—¿La has visto? ¿A que es una pasada de peli?

—Ya la has liado. Le flipa esa película —dice Calder poniendo los ojos en blanco.

—¡Esa película es la hostia! —Flint sonríe—. Aaron Sorkin. El mejor guion de la historia.

—«¡Me quieres en ese muro! ¡Me necesitas en ese muro!» —Remy hace una imitación bastante buena de Jack Nicholson gritándole a Tom Cruise, y choca el puño con Flint —. Te lo juro, tú y yo vamos a echar una noche de pelis en cuanto arreglemos todo este asuntillo de Cyrus. ¿Te apuntas?

—De cabeza —contesta Flint, y no se me escapa cómo Jaxon mira la enorme sonrisa bobalicona que tiene nuestro amigo en el rostro; una sonrisa que no veíamos desde la muerte de Luca.

—¿Quién es Aaron Sorkin? —pregunta Izzy, y el resto nos volvemos a la vez y la miramos como si le hubiese salido

una segunda cabeza—. Da igual, total, si se interpone en mi camino me lo cargaré también.

Y nos echamos a reír.

Bueno, todo el grupo menos Remy, quien se la queda mirando con una expresión amable, y Calder, que ha dejado de acicalarse la larga melena el tiempo suficiente para observarla con estupefacción, como si estuviese delante de un experimento científico.

Pero, cuando las risas cesan, Calder afirma:

—Me caes bien. Vamos a ser superamigas.

Y con ese comentario las risas se reanudan. Hasta Remy se ríe entre dientes esta vez.

Unos minutos después las carcajadas disminuyen, y este se vuelve hacia Izzy.

—Tranquila, *cher*. Estás invitada a nuestra noche de pelis.

—Oye —dice Flint—, si tú llevas acompañante, yo también.

—Cuantos más, mejor: es mi lema —contesta Remy encogiéndose de hombros.

—Espero que no sea un chiste malo de prisión —comenta Hudson, y Flint refunfuña.

—Tío, para —dice, pero una enorme sonrisa le cruza el rostro. Y, de nuevo, Jaxon no puede quitarle los ojos de encima. En serio, vamos a hablar del tema más tarde, pero primero...

—Oye, tengo curiosidad. ¿Por qué eres inmune al poder de Izzy? —le pregunto a mi amigo.

Remy le sostiene la mirada a Isadora, y veo que ella quiere desviar la suya, fingir que se la sopla, pero se está muriendo por saberlo también. Seguramente para así poder

acabar con lo que sea que le está impidiendo chuparle el alma para siempre, por eso de que está supersedienta de sangre y tal.

Pasan unos segundos al final de los cuales Remy le guiña un ojo a la vampira y dice:

—Es poderosa, eso no puedo negarlo. Pero ya me arrebataron la magia una vez. Va a hacer falta algo más que una semidiosa para volver a quitármela.

—¿Una semidiosa? —repite Jaxon, y el resto damos un paso atrás, más que sorprendides. Jaxon desvía la mirada hacia su hermana, como si esperara que tuviera un cartel luminoso en la frente con una flecha señalándola—. ¿Cómo va a ser eso verdad?

Izzy se encoge de hombros y, después, saca otro puñal y empieza a limpiarse las uñas.

Es un ademán defensivo, sin más, y mientras yo intento procesar lo que acaba de contarnos Remy, Dawud interviene por primera vez.

—Espera. ¿Que Isadora es una semidiosa?

—¿No lo sabíais? —A Remy le brillan los ojos de arrepentimiento, y se vuelve hacia la vampira—. Perdona, no diré nada más. Eres tú quien debe contarlo.

—Pero ¿a qué te refieres? —quiere saber Jaxon, pasando la mirada de uno al otro—. ¿Quién es tu…?

—¡A ti qué coño te importa! —grita Izzy furiosa—. ¡Déjame en paz antes de que te arranque la lengua!

Casi me echo a reír al ver el gesto en el rostro de Jaxon. Izzy es horrible, pero una parte de mí siente admiración por ella. A ver, que yo tengo problemas con el tema de los

límites y tal, pero ella establece los suyos con alambre de espino y minas terrestres. Respeto esa cualidad de la chica.

—¿Algo más que tengamos que hacer antes de ponernos en marcha? —me pregunta Remy.

Me observa con atención, como si ya supiese la respuesta, y debo decir que resulta reconfortante, y al mismo tiempo la hostia de molesto, tener un amigo que siempre sabe justo lo que vas a hacer antes siquiera de que tú misma tengas claro que vas a hacerlo.

—Sí —contesto en voz baja.

Me quito el anillo del dedo, me acerco a Izzy y, bajo la atónita mirada de mis amigues, se lo tiendo.

Pero mis amigues no son les úniques que se han quedado a cuadros.

—Pero ¿qué haces? —pregunta la chica mientras se aleja de la piedra divina—. ¿Por qué me lo das?

Parece tan aterrorizada que casi me echo a reír. Pero al final consigo contenerme.

—Eres consciente de que este anillo tiene el poder suficiente para liberarte de Cyrus para siempre, ¿no?

—Para —espeta Izzy con aspereza.

—¿Por qué le cuentas eso? —quiere saber Flint, y parece furioso. Aunque, bueno, pensándolo bien, es la tónica habitual estos días... Menos cuando queda con Remy para ver una peli, claro.

—Porque merece saber que no la juzgaré si al final decide entregarle el anillo a Cyrus —contesto con la mirada clavada en los oscuros ojos azules de Izzy.

—Y ¿por qué crees que me importa lo que pienses? —gruñe ella mientras se coloca el anillo en el dedo y un

escalofrío le recorre el cuerpo—. No me conoces.

—Porque le darás el anillo a tu padre para que libere a los alumnos del Katmere... y te arrepentirás, pensarás en los «y si...» y te culparás.

Izzy suelta una risa gélida.

—Estás loca si te crees que me importa una mierda liberar a esos críos.

—Tranqui, sé que te importan más bien poco. Pero tampoco lo usarás para liberarte tú —afirmo. Y sé que me estoy pasando, sé que me estoy lanzando de cabeza a uno de esos límites que marca con alambre de espino, pero me da igual. Creo que tiene que oír esto. Y creo que el resto tiene que oírlo también, la verdad.

Sobre todo Remy, si mis sospechas son ciertas. Pero, cuando lo veo, no parece ni que me esté escuchando.

Aun así, no me queda otra que intentarlo, y continúo:

—Le darás el anillo a tu padre porque lleva, diría, toda tu vida haciéndote luz de gas y castigándote por no demostrar tu valía. Todavía no estás preparada para lidiar con la esperanza.

Por un segundo, por una milésima de segundo, veo un fogonazo de terror en los ojos de Izzy. Pero desaparece tan rápido como ha llegado.

—No tienes ni idea de cómo es mi vida.

—Es verdad, igual no —le concedo—. Pero verás... Si se lo doy yo, se pensará que ha conseguido doblegarme a sus caprichos. Es un sinsentido. Pero, si se lo llevas tú, te ganarás su respeto y entonces, tal vez, y solo tal vez, te darás cuenta de que ni siquiera lo necesitabas. Eres una persona a la que hay que tener en cuenta, Izzy; y si Remy

tiene razón, eres muchísimo más poderosa que Cyrus sin ese anillo. Si quieres, puedes tener otra vida.

Le tiemblan las manos, y estoy convencida de que está a punto de coger uno de los cuchillos y acallarme la boca para siempre, pero tengo que acabar de explicarme, tiene que oír lo que voy a decirle. Si lo que Hudson me confió el otro día sobre su hermana es verdad, se merece saber que alguien la entiende.

—Pero quiero que sepas que comprendo por qué no te marcharás de su lado, por qué le darás el anillo a ese monstruo y te quedarás con él. No es culpa tuya. Cualquiera lo haría en tu lugar. —Suspiro, miro a Hudson y a Jaxon, y luego vuelvo a mirarla a ella—. Pero creo que algún día estarás lista para marcharte. Y, cuando llegue ese día, quiero que sepas que yo estaré ahí para ayudarte. Y tus hermanos también.

Jaxon se queja, pero tanto Calder como Macy lo mandan callar con un «chis».

—¿Por qué me haces esto? —pregunta Izzy, y noto cierto temblor en su voz que no había percibido jamás.

—Porque alguien debe reconocer que estás tan atrapada en la red de Cyrus como el resto —contesto. Entonces, ya consciente de que me he excedido lo suficiente, doy un paso hacia atrás y entrelazo el brazo de Remy con el mío—. Venga, ¿estás listo para conocer al mayor narcisista del mundo?

—Quién iba a decirme que había alguien ahí fuera que podía hacerle frente a Calder —contesta Remy riéndose.

Pero Calder pone los ojos en blanco y se atusa el pelo.

—Qué mal os sienta la envidia, y todo porque soy más guapa y tengo más luces que vosotros.

—También puede sentar mal tener demasiadas luces —gruñe Izzy.

—No si hablamos de un tocador —replica Calder con sonsonete. Entonces se calla y abre los ojos como platos—. Remy, me vendría bien un tocador. Uno con un montón de luces.

—Vale, te conseguiré uno en cuanto acabemos con esto, ¿te parece bien? —le promete entre risas.

—Mejor que bien. ¡De lujo! —Entonces se cruje los nudillos—. Venga, ¿dónde está el vampiro ese al que hay que arrancarle las pelotas? En casa tengo un horno de la leche que me muero por probar.

Todo el mundo se troncha de risa, porque ¿cómo no hacerlo cuando Calder está que se sale?

Mientras avanzamos hacia el portal que Remy ha mantenido abierto todo este tiempo sin esfuerzo alguno, me doy cuenta de que por fin Dawud ha salido del trance en el que había entrado justo cuando Calder ha hecho su aparición.

Le diligente y tranquile lobe se ha convertido en el emoji de la cara con estrellitas en vez de ojos, y es algo digno de ver.

—¿Lista? —pregunta Hudson, y se coloca en el lado que tengo libre.

—Más que lista —contesto cogiéndolo de la mano.

—Venga, pues —sonríe Remy—, nos piramos de aquí.

Y así, sin más, los tres somos los primeros en cruzar el portal.

103

Un helado muy desagradable

Y yo que pensaba que los portales de Macy molaban.

Pero si los suyos son el BMW de los portales, los de Remy son el Maserati. Rápidos, elegantes y toda una preciosidad; un desenfreno de colores dando vueltas a nuestro alrededor que nos deja justo en el interior de la Corte Vampírica. No hay caídas, no me estiro, no noto dolor ni presión. Con solo un par de pasos rápidos ya estamos justo donde tenemos que estar; aunque preferiría haber llegado al exterior de la celda de las mazmorras, no al interior.

Por lo que veo, todos los estudiantes siguen aquí y dejo escapar un suspiro de alivio porque Cyrus ha cumplido con su parte del trato y todavía no les ha hecho daño. Mekhi, Rafael y Byron salen corriendo al instante y se funden en un abrazo de grupo con Jaxon.

—Tío, qué alegría verte —dice Mekhi mientras le da unas palmaditas a su amigo en la espalda.

—Dadme un segundo y abriré un portal para salir de aquí en un santiamén —anuncia Remy.

—¿Cómo puedes usar la magia dentro de las celdas? —pregunta Izzy, y por primera vez se aprecia un poquitito de admiración en su voz.

Él se vuelve hacia ella y le guiña un ojo.

—Supongo que yo también tengo mis secretos, *cher*.

De repente unos pasos retumban por las escaleras de la mazmorra y me pierdo la contestación de Izzy cuando Cyrus aparece ante la puerta de la celda.

—¿La habéis conseguido? —pregunta, y en su voz no hay ni rastro de compostura. Ni control. Solo avaricia pura y sin refinar.

—¿Estaría aquí si no? —le rebate Izzy.

—¡Enseñádmela! —exige enfatizando de forma rabiosa cada sílaba mientras le hace un gesto a un guardia para que le abra la puerta de la celda.

Izzy se pasea hacia el exterior levantando el anillo con la poderosa piedra anaranjada, y él se carcajea (en serio, se carcajea) antes de arrebatárselo de la mano y contemplarlo como si fuera Gollum en *El Señor de los Anillos*. De verdad, a estas alturas no me sorprendería que lo llamara «mi tesoro» y empezara a acariciarlo como Gollum. Se me revuelve el estómago al verlo sostener el único objeto que puede convertirlo en un enemigo incluso más poderoso, pero aprieto la mandíbula y me vuelvo a decir a mí misma que no nos quedaba otra.

—Cuando vuestras estatuas desaparecieron, no me preocupé en lo más mínimo —nos cuenta sin levantar la vista del anillo ni una sola vez—. Sabía que volverías con lo que buscaba, Isadora. —Contempla el anillo con semejante codicia que ni siquiera se percata de cómo cuadra los

hombros la chica, de cómo alza la barbilla ante sus halagos. Entonces hace un gesto con la mano y añade—: Por supuesto que lo ibas a traer. Ya sabes lo que pasaría si no lo hubieras hecho. —A nadie le sorprende que el cumplido fuera en realidad una puñalada.

A nadie excepto a Izzy, quien oculta cómo se le hunden los hombros al apoyarse en una pared cercana y sacar uno de sus cuchillos para acicalarse las uñas.

—Mi objetivo es complacerte, padre.

Ahora que las puertas están abiertas, salimos a toda prisa: Jaxon, Hudson, Macy, Eden, Dawud y también Remy y Calder. Pero cuando el resto de la Orden se dispone a seguirnos, Cyrus vuelve a hacer otro gesto con la mano y los guardias cierran la puerta de golpe.

—¿No te olvidas de algo? —inquiere Hudson con las cejas enarcadas.

Cyrus no contesta, lo cual me aterra de una forma totalmente nueva. Lo he visto de diferente humor a lo largo de estos meses: enfadado, sarcástico, empecinado, fanfarrón, frustrado... pero jamás así.

Jamás lo he visto tan absorto y obsesionado con alguien o algo. Ni siquiera conmigo, y eso que me odia con todas sus fuerzas.

Cuando pasan casi treinta segundos y seguimos sin recibir respuesta, intervengo:

—Te has olvidado de los alumnos y del profesorado. Nos prometiste que los liberarías y no nos vamos a marchar sin ellos.

Eso hace que levante la cabeza como un resorte y entrecierre los ojos al mirarme a la cara.

—Esta es mi Corte —declara con una voz que no deja lugar a reproches—. Y es mi casa. Os iréis cuando yo os diga que podéis iros y olvidaréis lo que yo os diga que debéis olvidar. Y ahora mismo os aconsejo que os olvidéis de los alumnos y os larguéis de aquí. Antes de que cambie de idea sobre dejaros marchar.

—Pero teníamos un contrato —replico y me señalo el tatuaje del antebrazo.

—Sí, y no has cumplido con tu parte del trato —explica Cyrus—. Izzy me ha dado el anillo, no tú.

Se me cae el alma a los pies y mi mirada recorre las caras de mis amigues. Anoto mentalmente que después tengo que pedirle a Hudson que me explique todas las clases de acuerdos mágicos que existen. Por ahora, solo quiero estampar la cabeza contra la pared. ¿Cómo es posible que no advirtiera el vacío legal?

—Bueno, pues tenemos un problema, «papá». —Hudson da un paso adelante—. Porque no vamos a marcharnos sin ellos.

La irritación se refleja en el rostro del rey vampiro.

—Pues muy bien, entonces podéis volver a hacerles compañía a la celda. Vosotros decidís.

Levanta la mano y los guardias vampiro que se encuentran en el muro negro comienzan a caminar hacia nosotros.

No se ha tragado el farol de Hudson, lo que quiere decir que se nos acaban el tiempo y las opciones. Voy a tener que acercarme a él lo suficiente como para tocarlo, y espero que el resto pueda descubrir la forma de utilizar mi estrategia para su beneficio. Solo de pensarlo se me pone la carne de

gallina, pero tampoco es que Cyrus me dé muchas más opciones.

Les echo un vistazo a Hudson y a Remy, y es evidente que ambos saben lo que estoy pensando. Hudson asiente y Remy enarca las cejas como si quisiera decir «adelante».

—¿No te estás olvidando de algo? —pregunto mientras me acerco más a él con cada palabra que pronuncio.

—Mi querida Grace —dice él, aunque su tono revela que no siente ningún aprecio por mí—. Ya me has dado todo lo que necesito. —Se desliza el anillo en el dedo y puedo ver el momento en el que siente el poder de la piedra divina. Le tiembla todo el cuerpo y se le ilumina la cara con un regocijo impío. Pero también se distrae.

Es lo que estaba esperando, que baje la guardia para poder tocarlo. Le echo una mirada a Hudson para asegurarme de que esté preparado para derrotar a los guardias; entonces apoyo la mano en Cyrus justo cuando mi compañero agarra al guardia que más cerca tiene. Busco en mi interior y rozo el hilo esmeralda con el dorso de la mano.

Y así, sin más, Cyrus se congela. Pero me percato con repentino terror de que también debo de haber pasado la mano por el hilo platino (para mi desgracia, ambos hilos están demasiado cerca) y he acabado congelándonos a los dos.

104

Guerras y gilipollas

En serio, este hilo esmeralda tendría que venir con un manual de instrucciones, porque lo último que quería era estar congelada en el tiempo con Cyrus como compañía. A ver, ¿quién coño quiere estar con ese hombre? Y, mucho menos, atrapada en su mente. Voy a tener que bañarme en lejía un millón de veces cuando logre escapar de aquí para quitarme esta sensación viscosa de encima.

Siendo sincera, me sorprende que no esté gritándome y exigiéndome que salga de su cabeza mientras recorre el pasillo de mármol negro con una ropa que estaría de moda hace unos mil doscientos años, supongo. Unas calzas negras con una especie de calcetín largo, hasta la rodilla, con un estampado gris por encima; una casaca larga y negra con un bordado plateado en las mangas y alrededor del dobladillo; un cinturón de cuero negro y unos zapatos a juego; y una capa plateada que lleva atada al hombro izquierdo...

Cada milímetro de tela de su ropa, y de las botas que lleva a los pies, es perfecto, pero no esperaba menos de

Cyrus. Nunca lo he visto lucir un aspecto que diste de una gran perfección sartorial, ni siquiera en mitad de una batalla.

No tengo ni idea de adónde va, aunque sé que se está dirigiendo a algún lugar de la Corte Vampírica; pero tiene prisa por llegar, pues camina tan rápido que tengo que correr para seguirle el ritmo. Al final llega a unas pesadas puertas de madera al otro lado del pasillo. Las abre de par en par y entra a zancadas.

Es una habitación amplia, y parece un despacho o una sala de conferencias, pero cuando se acerca a la mesa que hay en el centro de la estancia, comprendo que es una sala de guerra. Hay una mesa enorme con forma de círculo que domina todo el centro de la habitación. Justo encima de ella hay un mapa desplegado y, desperdigados sobre este, veo varios montones de marcadores de diferentes colores. Además, hay un hombre mayor sentado a la mesa, observándolo todo, con un reducido número de criados bien firmes tras él.

Cuando me acerco un poco más, me doy cuenta de que tiene la cantidad que hay de cada tipo de ser paranormal apuntados por región, así como sus debilidades y la mejor forma de convertirlos o de matarlos. Porque, al parecer, la cruzada de Cyrus por dominar el mundo viene de lejos.

Cuando la puerta de la sala de guerra se cierra tras él, Cyrus se quita la capa y la deja en el sofá más cercano. Después se arremanga y se acerca a la mesa que hay en el centro de la habitación.

Desde donde estoy, casi oculta por un enorme tapiz y una escultura, la situación parece una partida muy minuciosa de

Risk... Nada preocupante, vaya. A ver, no es que dos mil años sean tiempo suficiente para pulir todos los fallos que puedan tener tus planes para dominar el mundo.

—¿Has avanzado algo? —le pregunta Cyrus al hombre mientras toma asiento al otro lado de la mesa.

—Pues la verdad es que creo que sí. Si se fija aquí... —Pero se calla a mitad de frase y levanta la mirada hacia Cyrus—. Todavía se ve con esa bruja, ¿verdad? —añade en un tono que deja claro que es una insinuación sexual.

—¿Cómo te has dado cuenta? —espeta Cyrus.

—Tiene un poquito de... —Y veo qué está señalando: Cyrus tiene restos de carmín rojo en el cuello del jubón.

—Ya, vale, es la última vez que he de preocuparme por ella. Ya tengo lo que quería. En fin, se está poniendo muy pesada.

—¿No pasa siempre lo mismo con todas, su majestad? —La sonrisa del vampiro mayor es tan fría y mezquina como cualquiera de las expresiones de Cyrus.

—A mí me lo vas a decir —contesta este antes de volverse para ordenarle algo a uno de los criados que aguardan en la habitación—. Dile a mi ayuda de cámara que disponga mi casaca azul. Y también que saque un jubón limpio. Esta noche la reina y yo tenemos una cena formal. —Entonces se vuelve hacia el mapa y dice—: Miles, lo he estado pensando. Si concentramos nuestras fuerzas aquí, podemos eliminar el baluarte defensivo de una vez por todas.

Casi doy un paso hacia delante para ver mejor lo que está señalando, pero empiezo a pensar que no puede verme. Quizá nos he traído a uno de sus recuerdos, y no a un lugar,

y no puede verme porque yo no formo parte del recuerdo, ¿no?

Miles parece sorprendido.

—Pero ¿ese no es el pueblo de su esposa? ¿Cómo va a reaccionar ella?

—Sé cómo manejar a la reina —espeta Cyrus.

—¿Seguro? —pregunta Miles, y entonces me percato de lo importante que debe de ser ese hombre. No me imagino a Cyrus permitiendo que uno de sus subordinados lo cuestione—. Porque ya sabe cómo se pone cuando se molesta.

Cyrus se vuelve y se sirve una copa de sangre de la licorera que hay sobre el mueble tapizado en cuero que se extiende por todo el lateral de la sala.

—Delilah no hará nada.

—Esa mujer es una perra rabiosa que no ha mantenido la calma ni un solo día de su vida —bufa Miles—. Nunca podré entender por qué la desposó y mezcló su linaje puro con el de ella.

—Hasta los perros rabiosos sirven para algo —contesta Cyrus antes de dar un buen sorbo de sangre.

—¿Sabe que dejó secos a todo un grupo de aldeanos en ese pueblecito en el que vivía? Justo antes de que su padre se la vendiera a usted. Se volvió loca y mató a todo un grupo de hombres en una sola noche. —Miles niega con la cabeza—. El ejemplo de una mujer que no sabe cuál es el lugar que le corresponde.

—¿Que si lo sabía? —Cyrus esboza la sonrisa más fría que le he visto dibujar, y eso ya es decir—. Fue lo que me atrajo de ella.

Ahora Miles lo mira confuso, y se sirve él también una copa de sangre.

—Pero ¿no le preocupa que se vuelva contra usted? Nadie puede controlarla.

—Claro que sí. ¿Y de verdad te crees que voy a tener miedo de una mujer? O de cualquier otra persona, para el caso. —Se inclina hacia delante y cambia un par de piezas de lugar en el mapa antes de volverse de nuevo hacia Miles —. Amigo mío, sabes que a los perros se los cría con diferentes objetivos, ¿verdad?

—Claro. Algunos son para cazar, otros sirven para hacer compañía...

—Y hay perros que nacen solo para ser despiadados. —Cyrus termina la frase por él—. Nadie quiere un perro así en su casa: provocan demasiados problemas con los niños y el servicio. Pero, si te preocupa que te ataquen, si lo que quieres es defenderte, lo que prefieres es tener un perro cruel y despiadado en el jardín, ¿verdad?

Se me revuelve el estómago ante la crueldad que destilan sus palabras. ¿Qué coño le pasa a este hombre en la cabeza para comparar a su esposa con un perro rabioso? Vale, Delilah no es santo de mi devoción; lo que le hizo a Jaxon, lo que permitió que su esposo les hiciera a Hudson y a Izzy, todo eso la convierte en una persona de una crueldad atroz.

Pero la forma en la que Cyrus habla de ella... Nadie se merece que su esposo o pareja diga esas cosas sobre su persona, ni siquiera hace mil años cuando a las mujeres se las trataba de una forma bastante diferente. Es deshumanizador e irrespetuoso. Y terrible en cualquier sentido. ¿Es un perro despiadado al que guarda en el jardín?

Por un momento creo que voy a echar la pota.

Pero, si lo hago, podría perderme algo importante. Algo que necesito saber de Cyrus y Delilah, o que necesito saber para arreglar este desaguisado y liberar a todos los alumnos y profesores del Katmere para siempre.

Así que me trago la bilis que me sube por la garganta y, en cambio, me concentro en intentar memorizar todo lo que puedo de esta conversación. Porque, si hemos venido hasta aquí en cuanto he rozado mi hilo de semidiosa, entonces Cyrus recordaba este momento mientras miraba la piedra divina. Es importante para él, para usar la piedra, y eso hace que sea importante para mí también.

—Desde luego —coincide Miles asintiendo con la cabeza.

—Gracias. —Cyrus se lleva la copa a la boca y esta vez no la baja hasta que no se la bebe entera. Cuando por fin se separa del cristal, tiene los labios manchados de un rojo poco favorecedor que lo hace parecer casi tan inestable como él mismo ha acusado a Delilah de ser.

Al menos hasta que coge una servilleta de tela del aparador y se limpia la boca. Se toma su tiempo, como si estuviese ordenando sus pensamientos. O cobrando fuerzas para una batalla que está por llegar.

Aunque, al final, se vuelve y le lanza a Miles una mirada tan descaradamente inocente que es evidente que no lo es en absoluto.

—Y también opinas como yo que no puedo gobernar a mi pueblo si me ven como una persona cruel, incontrolable o... rabiosa, ¿verdad? Ya han estado bajo el poder de una persona con esas cualidades y la temían tantísimo que se aliaron con los humanos. No puedo esperar poder liderar a

mi gente hacia la luz si me tienen miedo. Debo parecer tranquilo, razonable y fuerte, cueste lo que cueste. Soy el líder respetable, mientras que Delilah (mi cruel y rabiosa reina) es el perro que hace lo que yo necesito mientras tiro de la correa.

105

Un susto furtivo

Vaya tela. Una cosa es ser malo y otra muy distinta es ser un asqueroso. Esto es asqueroso, tanto que me siento sucia solo de escucharlo. Y eso es antes de que Miles pregunte:

—¿Y si algún día se escapa de la correa, mi viejo amigo?

Cyrus se ríe, pero no hay ni pizca de humor en el sonido.

—¿Tan débil me consideras? ¿Crees que no puedo controlar a mi propio monstruo?

—No tiene nada que ver con controlarla. —Miles se inclina sobre la mesa y mueve algunos de los marcadores de madera a otra sección completamente distinta del mapa—. Es que incluso el hombre más fuerte puede perder de vista la recompensa a veces.

—Yo no soy un hombre cualquiera —contesta Cyrus mientras estudia el mapa con los ojos entrecerrados. Le lleva un par de minutos, pero entonces alcanza los marcadores de color azul y los vuelve a colocar donde se encontraban en un principio. Luego escoge varios de los morados y los pone donde estaban los otros—. Creo que tendremos más posibilidades de mantener el control en el

norte si utilizamos a los lobos en vez de a los brujos en el frente norte.

»Además, dentro de poco todo esto carecerá de importancia. Por fin tengo lo que necesito para poner a los humanos en su sitio y volver a guiar hasta la luz a nuestra gente de una vez por todas. La bruja está enamorada de mí y ahora está encinta.

—Conque ¿el amor verdadero lo conquista todo? —Miles parece escéptico.

—El amor es una farsa. El poder lo es todo. Y ella tiene de sobra, aunque está dispuesta a renunciar a él para estar conmigo, la muy estúpida.

—Ya veo. —El rostro de Miles se ilumina con impío regocijo—. Y por supuesto usted planea estar allí para arrebatárselo.

—Algo parecido. —Cyrus tamborilea la mesa con los dedos mientras continúa analizando cada faceta del mapa —. Es una semidiosa que tiene entre manos la carta ganadora: el pasaje para convertirse en diosa. Y está pensando en renunciar a todo por mí.

—Y ¿en qué le beneficia eso? —Miles menea la cabeza—. ¿No sería mejor tener a una diosa de su parte?

—Por eso mismo tú eres mi consejero de confianza, viejo amigo, mientras que yo soy el rey. Nunca piensas a lo grande. —Levanta un marcador que se parece muchísimo a una corona y lo mueve a una sección distinta del mapa, un lugar que parece ser parte de Irlanda o Escocia, según mi limitado conocimiento geográfico (lo admito), pero no estoy lo bastante cerca para verlo bien—. Porque si hay una forma de que ella se convierta en diosa...

—Entonces también la hay para usted.

—Exacto. —Cyrus lo apunta con un dedo con perfecta manicura—. Y solo necesito una cosa más para conseguir mis objetivos. Algo que tendré en mayo, dentro de solo ocho meses. —Empuja algunos de los marcadores morados a Italia—. Dejemos que los brujos despisten a todo aquel que se sienta angustiado por las muertes recientes. Si no nos deshacemos de ellos, es por algo.

—En eso no le falta razón. —Miles se aleja de la mesa y toma su casaca, la cual descansa sobre una de las sillas rojo sangre que hay frente a las estanterías—. Sí que tengo una última pregunta, majestad, si es que se me permite el atrevimiento.

—Siempre te he considerado una persona atrevida —responde Cyrus—. Por eso mismo te escogí como consejero.

—Un honor por el que no podría estar más agradecido —indica Miles—. Pero ¿qué tiene pensado hacer si sus planes llegan a oídos de Delilah o si se entera de lo de la bruja? No le hará ninguna gracia.

—Tienes razón, no se la hará. Pero ya sabes que a veces no queda otra que sacrificar a un perro rabioso.

—Y ¿podría hacerlo si se presenta la necesidad?

—¿Hacerlo? —Cyrus enarca una ceja—. Lo disfrutaría. De hecho...

Continúa hablando, pero ya no oigo nada más porque de repente una voz surge de entre las sombras.

—Vaya, mira qué tenemos por aquí. ¿Te diviertes espiándome, Grace?

El corazón se me sale del pecho, empieza a latir como si no hubiera un mañana. Porque conozco esa voz, aparece en

muchas de mis pesadillas actuales.

Significa que Cyrus (el real, no el del recuerdo) me ha encontrado.

Mierda, mierda, mierda.

No creo que haya pasado tiempo suficiente. ¿Ha pasado tiempo suficiente?

A ver, ¿cuánto tiempo lleva Cyrus hablando con Miles? ¿Veinte minutos? ¿Treinta? ¿Más? Y eso en el mundo congelado. ¿Qué hay del mundo real?

¿Cómo narices era el equivalente? ¿En el mundo congelado transcurre el tiempo seis veces más rápido que en el real? ¿O era que en el mundo congelado el tiempo pasa tres veces más rápido que en el real? Ahora no me acuerdo.

¿Por qué no consigo acordarme?

—¿Vas a contestarme, Grace? —La voz de Cyrus es grave y sibilante, cada sílaba es una advertencia y cada sonido una amenaza que hace que el pánico me palpite en los oídos y que el miedo me recorra la sangre.

¿Qué hago? ¿Qué hago?

—No pretendía espiar —esclarezco—. Es solo que te he visto. Nada más.

«Piensa, Grace. Piensa. ¿Cuánto tiempo ha pasado?»

«Como poco treinta minutos», decido. Ha sido una conversación larga, además han caminado, han bebido, han conspirado, han vuelto a beber... Sí, treinta minutos suena factible. Y ¿a cuánto equivale eso en el mundo real?

—Soy muy cuidadoso, Grace —susurra Cyrus, y pronuncia mi nombre como un siseo—. La gente no suele verme a no ser que estén prestando mucha pero que mucha atención.

¿Sabes lo que les hacemos a los espías en la Corte Vampírica?

Me viene a la mente una imagen de la madre de Macy, la forma en la que la vi la última vez. La pobre tía Rowena, hecha un ovillo en el suelo de la mazmorra. Magullada, demacrada, con la cabeza en otra parte después de años y años de tortura. Tan solo pensarlo hace que mi miedo suba a otro nivel, incluso aunque la furia me arda en el estómago.

Y esa amenaza, combinada con la sensación de algo afilado y parecido a un cuchillo presionándome en el estómago, me revela que se me ha acabado el tiempo. Rozo el hilo esmeralda y nos devuelvo al mundo real.

¿El único problema? Que en el intervalo que he desaparecido, el mundo real se ha puesto patas arriba.

106

Directo a la casilla de la cárcel

Cuando Cyrus y yo nos descongelamos en la mazmorra, se oye un gran alboroto de chillidos y gritos. Seguimos fuera de la celda, justo delante de la puerta de hierro, pero el resto se ha movido... y no para bien.

Izzy está a solo un par de metros de distancia, justo delante de Jaxon y Hudson, que se encuentran cenicientos y semiinconscientes en el suelo, a sus pies. Los sujeta a cada uno con una mano, y observo horrorizada cómo se esfuerza al máximo por chuparles hasta la última gota de poder que tienen.

Empiezo a correr hacia ellos, pero la verdad es que toda la mazmorra está sumida en el caos, y allá donde pongo la mirada, une de mis amigues necesita ayuda. Remy y Calder están luchando contra lo que parece todo un escuadrón de guardias vampiros; mientras, Macy y Dawud (en su forma humana) se encargan de un grupo de carceleros.

La mismísima reina vampira, quien no pensaba que estuviera en la Corte ahora mismo, está en el medio de todo

el alboroto, dando una paliza y machacando a la Orden y a Flint como si fuesen muñecas de trapo, o trapos, y Eden está luchando encarnizadamente en una pelea a muerte con un vampiro que no reconozco. Me decido por ella, pues parece ser la que más problemas tiene, así que me vuelvo hacia la dragona; sin embargo, antes de poder dar un paso más, Delilah lanza a Mekhi por los aires y este choca contra las barras de hierro que hay a la entrada de las mazmorras.

Se da un tremendo golpetazo y entonces cae de bruces. Al ver cómo se golpea la cabeza contra el suelo de piedra lanzo un chillido y corro hacia él, pero tengo a Cyrus justo delante de mí. Me levanta de un tirón y me sostiene en el aire, pataleando, a casi un metro de altura.

Me coge por la melena de rizos, y me echa la cabeza hacia un lado; el lateral del cuello me queda bien a la vista. Entonces suelta el grito más ensordecedor y fuerte que le he oído lanzar a él (o a cualquier otra persona) y ordena:

—¡Parad ahora mismo!

Grita tan fuerte que su voz retumba contra las paredes, el suelo y el techo de piedra, y su rabia resuena por toda la mazmorra. Por lo menos todo el mundo en la mazmorra nos mira a nosotros y, entonces, mis amigues se quedan estupefactes al comprender lo mismo que estoy empezando a comprender yo. Tengo mi tan vulnerable cuello totalmente al descubierto ante los colmillos del rey vampiro.

En este momento de iluminación siento cómo una ola de terror me embarga al recordar lo que me pasó la última vez que me mordió. Y no soy a la única a la que le pasa, al parecer. En los breves instantes que han transcurrido, he

visto también el terror reflejado tanto en el rostro de Hudson como en el de Jaxon.

No puede volver a ocurrir. No, de verdad que no. Empiezo a transformarme en gárgola (no puede morderme si soy de piedra), pero se me había olvidado que estoy en una celda que ha construido Vander Bracka, el Herrero. Tal y como me sucedió en la Aethereum, mi gárgola se ha ido. Ningune de nosotres puede usar sus habilidades; bueno, yo sí puedo usar mi hilo de semidiosa, pues resulta que es inmune a lo que sea que esté cancelando nuestra magia. No tengo tiempo ni de plantearme que quizá fue por eso que en la cárcel no podía pasar por las pesadillas, porque la celda que construyó Vander no afecta a mi hilo de semidiosa, antes de recordar que los colmillos del rey sí funcionan y que su veneno está listo para atacar en cualquier momento.

Todo el mundo cesa la lucha al comprender que nos han ganado... otra vez.

—Metedla en la celda junto al resto —les ordena Cyrus; abre la mano y me deja caer contra el suelo como si no fuese más que una mota de polvo para él. Lo que soy, al fin y al cabo.

Me estrello con fuerza, y casi me derrumbo.

—Venga, moveos, y haced lo que os digo —gruñe Cyrus—. No sé cómo es posible que se hayan enfrentado a vosotros, la verdad, pero no volverá a pasar jamás.

Ya no nos rebelamos, pero los guardias nos cogen y nos lanzan dentro de la celda con cero delicadeza. Me estoy devanando los sesos, intentando buscar una forma de sacarnos de este embrollo, antes incluso de que la verja de la celda se cierre tras nosotres.

—Menudo *déjà vu*, ¿eh, Grace? —pregunta Remy al tiempo que se busca un sitio cerca de la pared. Se recuesta en ella y se deja caer hasta que acaba sentado en el suelo. Como era de esperar, la celda le impide crear un nuevo portal.

—Y que lo digas —contesto pensando en la semana que pasamos encerrados en la cárcel los cinco juntos—. Si nunca... —Me callo al ver cómo Cyrus le escupe un par de órdenes a Delilah.

—Vigílalos mientras me reúno con los guardias. Y, por lo que más quieras, no la cagues otra vez. —Entonces se vuelve hacia Isadora y añade—: Sube a mi despacho. Antes de hablar con ellos tú tienes que explicarme un par de cositas.

Empiezo a darles la espalda, pero es difícil no ver cómo el precioso rostro de Delilah se endurece. No tengo claro si es porque Cyrus la ha mangoneado delante de nosotros o si es porque la deja aquí abajo, en las mazmorras, y se lleva a Isadora (la evidente hija ilegítima que tuvo con una amante cuando ya estaba casado con Delilah) y a todos sus guardias arriba.

Supongo que será un poco de ambas cosas, pues ninguna de las dos opciones sería plato de buen gusto para nadie, y menos para la reina vampiro. Y por eso mismo me juego la vida en cuanto Cyrus sale por la puerta y le pregunto a Delilah:

—¿De verdad te gusta que tu marido te dé órdenes de esa forma delante de la gente? Solo pregunto porque él parece un imbécil y tú, el felpudo que pisotea.

Entonces me pongo cómoda y espero el estallido.

No tarda mucho en llegar.

107

Medidas (muy) desesperadas

—¡¿Has perdido la cabeza o qué?! —grita Jaxon cuando Delilah se vuelve hacia mí con un rugido—. Te va a destripar.

—Esa pregunta tiene mucho sentido —le contesta Calder mientras se examina el pintaúñas de purpurina para ver si se le ha picado durante la pelea—. Los felpudos viven de pena, todo el mundo se limpia los pies en ellos. ¿Quién querría ser uno de esos trastos?

Hudson intenta colocarse delante de mí, lo cual me indica lo cabreadísima que cree que está Delilah, porque lo habitual es que se quede al margen para ver si necesito su ayuda antes de meterse. Sin embargo, yo no se lo permito. Este es un plan desesperado, pero es el único que tengo en estos momentos, así que voy a esforzarme al máximo para asegurarme de que funcione. No lo he arriesgado todo al darle a Cyrus la piedra divina de forma que podamos seguir con nuestra estrategia para perder ante un vacío legal mágico en un contrato chungo.

—¡No sabes nada acerca de mi relación con mi compañero! —brama mientras se acerca unos cuantos pasos a las barreras—. Y visto que tú has armado un buen desastre con tus vínculos, creo que no eres nadie para soltar calumnias sobre el nuestro.

No se equivoca, pero, aun así ahora no es el momento de darle vueltas al pasado. No cuando el futuro de tantos depende de que nos larguemos de aquí.

—Más de lo que te crees, la verdad —rebato—. Pero una perra rabiosa no piensa mucho, ¿no?

—¿Qué le has dicho? —pregunta Jaxon horrorizado.

—¿Qué me has dicho? —repite ella con los ojos entrecerrados y enseñando los dientes.

No obstante, hay algo en su rostro, en su expresión, que me revela que no es la primera vez que ha escuchado a alguien referirse a ella de esa forma. Lo cual es justo lo que esperaba, pues le infunde autenticidad a todo lo que estoy a punto de contarle.

Si tengo suerte, podré abrir una brecha entre ella y Cyrus; una tan profunda que Delilah decida ponerle fin a lo que quiera que él nos tenga planeado.

—Cuando he estado congelada, me he quedado encerrada en un recuerdo con Cyrus. Fue hace más de mil años, ya que acababa de dejar preñada a una bruja, supongo que de Isadora, y le estaba contando a un hombre llamado Miles que eras su perro de presa. Que te tenía bien agarrada por la correa, pero que era más que capaz de sacrificarte si era necesario.

La conversación aún tenía más miga, dijo más cosas igual de terribles acerca de ella, pero creo que esto es suficiente

para provocarla.

Como era de esperar, Delilah llega a las barras en un pestañeo, toda ella hirviendo de rabia. Hirviendo por el ansia de destrucción; lo cual me hace pensar que tenía razón. Que sin duda he metido el dedo en la llaga, justo como quería.

Aun así, si tenemos en cuenta que ahora mismo yo parezco ser su presa (de hecho, si no nos separaran las barras, no me cabe duda de que ya estaría muerta), tengo que dar un último empujón. A ver, sí, lo de matar a la mensajera es una cosa. Pero aún mejor es matar al hijo de puta que tanto daño le ha hecho..., o al menos darle una puñalada por la espalda.

—¡No sabes de qué estás hablando! —chilla.

—Uy, me juego lo que quieras a que ambas sabemos que eso no es cierto —contesto.

Y después ignoro el hecho de que Hudson y Jaxon estén tan tensos que temo que vayan a partirse por la mitad. Respiro hondo y pongo todas mis esperanzas en lo que confío en que termine por cavar la tumba de Cyrus.

—Antes de que conocieras a Cyrus, causaste una masacre en tu pueblo, mataste a muchas personas y les chupaste hasta la última gota de sangre. Tu padre tuvo que encubrirlo antes de que la histeria se apoderara de los humanos de pueblos vecinos, pero se corrió la voz entre los vampiros.

Ahora me observa con atención, analiza cada uno de mis movimientos. No sé si es porque se está imaginando haciéndome lo mismo que a esos aldeanos o porque está empezando a creerme. Sea como fuere, ahora ya no me queda otra que acabar lo que he empezado. Y eso hago,

mientras rezo por haber tomado la decisión correcta, rezo para no haber condenado a Hudson a tener que evitar que su madre mate a su compañera.

—¿Sabías que esa fue la razón por la que Cyrus se casó contigo? Se puso en contacto con tu padre justo después del incidente, ¿verdad?

Delilah no dice nada y tampoco se aparta de las barras. Pero hunde los hombros apenas un milímetro, y sé que me cree.

Sigo presionando aunque me sabe fatal estar haciéndole daño a alguien de manera deliberada, pero de esto dependen demasiadas vidas.

—¿No estás cansada de ser su perrito faldero y que eche mano de ti siempre que necesite que mates a alguien? ¿De estar siempre a su entera disposición? Piensa que eres de su propiedad y que puede utilizarte como le venga en gana. ¿No quieres acabar con eso? ¿No quieres ser libre?

108

No hay mayor peligro que el de una vampira despechada

—No tienes ni idea de lo que quiero —me espeta Delilah, pero se ha puesto blanca como la cal, y el único rastro de color que queda en su rostro son las dos manchas rojas que le arden en los pómulos—. ¿Te piensas que ser mujer hace mil años era fácil? ¿Te crees que someterte a un hombre es fácil? En aquel entonces no teníamos otra alternativa, ni siquiera las vampiras. El juego se basaba en dar con el hombre más fuerte que encontraras para que te protegiera a ti y a tu descendencia. —Niega con la cabeza y después la levanta—. Fue lo que hice yo. Superé lo que me hicieron en ese pueblucho y encontré la forma de escapar... Del brazo de un hombre que me protegería. Puede que no lo haga por amor, puede que solo lo haga porque le pertenezco y nadie toca lo que es de Cyrus Vega, pero qué más da eso, si el resultado es el mismo. Sobreviví.

Odio, detesto, aborrezco que la semillita de la empatía esté creciendo en mi interior por Delilah. Esta es la mujer que le provocó una cicatriz terrible a Jaxon en la cara

después de haberlo abandonado para que otra persona lo criara.

Esta es la mujer que permitió que Hudson sufriera una vida de torturas durante casi dos siglos, todo para que así su esposo tuviera otra poderosa arma en su arsenal.

Esta es la mujer que consintió que su marido convirtiera a su hija ilegítima en una criada que limpia todo desastre que él le ordena montar.

Y todo para sobrevivir. Todo para disfrutar de la vida de una reina.

Recuerdo todo esto, y también cómo se comportaba Jaxon cuando llegué al Katmere (siempre con la cabeza gacha y tapándose con el pelo la cicatriz que ella le hizo), y borro todo rastro de empatía de mi cuerpo. Después sigo adelante con mi plan, decidida a darle donde más le duele hasta que reaccione.

—Pero ¿de verdad esto es vida para ti? —pregunto tras un momento de pausa—. ¿Qué te han dado todos estos años a la sombra de Cyrus y haciendo lo que él te ordenaba? ¿Una corona que puedes lucir porque él te permite hacerlo? ¿Unos hijos a los que el hombre que amas casi ha destrozado? ¿Unos hijos a los que tú casi has destrozado?

—Nunca les he hecho daño...

—Perdona, pero discrepo —espeto. Sé que tendría que controlarme, sé que tendría que guiarla hacia donde quiero que vaya. Pero me es muy complicado cuando la tengo delante diciendo que nunca les ha hecho daño a Hudson o a Jaxon. Menuda gilipollez—. A uno de tus hijos le has provocado una cicatriz en el cuerpo que jamás se borrará, algo supercomplicado de hacerle a un vampiro. Te lo

sacaste de encima cuando no era más que un crío para que lo criara otra persona. Y, a tu otro hijo... Consentiste que Cyrus lo maltratara, torturara y usara hasta que no le quedó más remedio que crear una coraza alrededor de su persona y de sus emociones, una coraza tan dura y gruesa que casi se pierde en ella. Casi muere en ella, porque estaba desesperado por escapar de aquel tormento.

Delilah me mira sorprendida y pestañea... Nada más, solo pestañea, pero con eso me basta para saber que le estoy haciendo abrir los ojos. O al menos le estoy tocando la fibra sensible, y eso no es poco. Hudson me contó que él de verdad cree que su madre tiene corazón, y tal vez tuviera razón. Tal vez no es una persona tan fría como Cyrus, ni está muerta por dentro.

Si así fuera, entonces tengo que aprovecharlo a mi favor, y debo insistir una vez más. A ver, a saber cuánto tiempo tenemos hasta que Cyrus e Isadora vuelvan a las mazmorras. Porque si algo me ha quedado bien claro es que, en cuanto pongan un pie aquí abajo, mi plan quedará en agua de borrajas.

Y si avivo las llamas a un plan desesperado, sé que todo este sitio arderá con nosotres dentro.

Y me niego a permitir que eso ocurra.

—Aunque Hudson todavía te defiende —le digo—. Dice que solo intentabas protegerlo, aunque Jaxon piense todo lo contrario. Pero, en el caso de que Hudson tenga razón, en el caso de que en tu interior haya encerrada una madre con un corazón de verdad, una mujer cansada de ver cómo su compañero sacrifica a sus hijos solo por su propia ambición, entonces haz algo al respecto.

Delilah vuelve a pestañear, y desvía la mirada a Hudson y a Jaxon, a quienes tengo ahora junto a mí, uno a cada lado.

—Déjanos marchar —le pido, y mi mirada se encuentra con esos despiadados ojos negros—. Déjanos marchar y te prometo que encontraré la forma de darte aquello que más deseas en este mundo.

—Y a ti ¿qué te hace suponer que sabes lo que quiero, chiquilla? —Ella se burla—. ¿Te crees que es amor? ¿De verdad te piensas que quiero quedarme aquí a ver pelis con mis hijos y a hacer un par de manualidades? ¿Preparar unas ricas galletas de sangre?

Delilah da un paso hacia atrás y se aleja de las barras de metal; después se endereza y recupera el aspecto regio propio de una reina vestida con un traje color rojo sangre de Prada y sus tacones de doce centímetros—. Soy la reina vampiro, y no pienso atarme a esos dos solo para deshacerme de su padre.

Noto que Jaxon se tensa a mi lado, mientras que Hudson no ofrece ni una sola muestra de reacción; y por eso mismo sé que a ambos hermanos les ha dolido el último comentario de su madre. Una parte de mí se muere por darle una buena bofetada por lo que les ha hecho a estos dos chicos a los que quiero de forma tan diferente. Delilah casi ha conseguido destrozar tanto a mi compañero como a mi mejor amigo, y debe pagar por lo que ha hecho.

Pero ya me ocuparé de eso más tarde. Ahora mismo... Ahora mismo tengo que mantener la vista en mi objetivo un poquito más o no habrá un «más tarde».

—No, no creo que lo que deseas sea acabar atada a tus hijos. Pero, si estuviera casada con una persona que me ha

obligado a abandonar a mis hijos a su suerte y a cumplir sus órdenes durante mil años, tengo claro qué es lo que yo querría, y estoy convencida de que tú quieres lo mismo. Venganza.

Ante mis palabras Delilah abre los ojos como platos, y sé que la tengo en el bote. Necesita la venganza casi tanto como el respirar (o puede que más), y no la culpo.

—Puedo darte lo que quieres, y no será una venganza de poca monta, no. Podrás vengarte de verdad del hombre que te ha engañado, se ha burlado de ti, te ha utilizado y os ha tenido a ti y a tus hijos encadenados durante demasiado tiempo.

Jaxon suelta un sonido ahogado y Hudson me mira como diciéndome: «Relaja un poco», pero ellos no son mujeres, así que no lo van a entender. Voy a por todas, y Delilah ha mordido el anzuelo. Solo tengo que recoger el sedal.

—Podrás vengarte de verdad del compañero que se ha esforzado al máximo por destruirte a ti y todo aquello que te importa, y yo te daré esa venganza. Lo único que tienes que hacer es echarnos una mano ahora mismo.

Es el último as que me queda en la manga, el último movimiento que puedo hacer a menos que nos deje salir de aquí de verdad, así que contengo el aliento y aguardo a ver si mi plan ha funcionado.

A mi alrededor todes hacen lo mismo. Tengo a Hudson y Jaxon a mi lado, y el resto, mientras, finge estar ocupado con otra cosa (lo que sea), como si no nos escucharan. Pero están a apenas unos metros de distancia, y noto sus cuerpos, noto que están listes y esperando lo que sea que vaya a pasar ahora.

Delilah quiere aceptar el trato; siento cómo la rabia y el odio borbotean en su interior. Pero si la reina vampiro fuese una persona tonta no habría sobrevivido tantísimo tiempo. Sabe tan bien como el resto cuál es el precio que hay que pagar por oponerse a Cyrus... y también sabe cuántos guardias hay aquí abajo, escuchando nuestra conversación, aguardando la oportunidad para salir pitando a contarle las novedades a su señor y así ascender en sus carreras.

Por eso, siento la ironía que destila cada una de las palabras que pronuncia al preguntar:

—¿En serio esperas que me crea que una chiquilla como tú va a ser quien acabe con Cyrus y me dé la venganza que quiero? Porque sí, tienes razón, quiero que pague por lo que ha hecho: y no solo por haberme arrebatado a mis hijos.

»Pero, por favor, mírate, estás encerrada en una mazmorra con un puñado de críos. —Me mira a mí, después a sus hijos y, por último, al resto del grupo, y continúa—: No estás en posición de ofrecerme tal cosa, y no voy a arriesgarme a sufrir las consecuencias de enfrentarme a mi compañero por los caprichos de una niña que se cree que tiene más poder del que de verdad tiene.

Ahora me toca a mí entrecerrar los ojos; me toca a mí erguirme como la reina que estoy decidida a ser. Y entonces la miro directa a los ojos y contesto:

—Creo que las dos estamos hastiadas de que nos subestimen, ¿no, Delilah? —Debo de haber dado en el clavo, porque la reina vampiro se estremece. Se estremece de verdad, y eso me dice todo lo que necesito saber—. Mira si estoy segura de que puedo darte la venganza que ansías, que estoy dispuesta a firmar en la línea de puntos.

Hudson suelta un grito ahogado y Jaxon grita: «¡No!».

Y los entiendo, de verdad. Pero no es que tengamos una gran variedad de posibilidades ahora mismo. O bien nos pasamos la eternidad en esta mazmorra, o Izzy nos arrebata el alma y sufrimos una muerte rápida, con suerte. O salimos de aquí y competimos en las Pruebas, supuesto en el que o bien morimos también, con suerte sufriendo una muerte rápida, o bien obtenemos lo único que me permitirá cumplir mi promesa con la reina vampiro. Así que, sí, tengo que elegir entre la muerte, en cuyo caso el contrato mágico carecería de valor, o el éxito, y entonces podría cumplir con el trato.

Por un momento Delilah parece sorprendida, pero entonces empiezan a brillarle los ojos con un resplandor pecaminoso, como si por fin empezara a creer que voy en serio.

Entretanto Jaxon suelta una retahíla de palabrotas.

—¿Estás de coña? No puedes hacer un trato con ella, joder. Es un monstruo sin corazón. Mira lo que pasó cuando hiciste el trato con Cyrus...

—Jaxon, Grace lo tiene controlado —interviene Hudson, y me mira directamente a los ojos al añadir—: No sé cómo lo has conseguido, y no sé qué tienes en mente hacer para poder cumplir con tu palabra, pero si crees que lo tienes controlado, entonces lo tienes controlado.

Jaxon se desespera y niega con la cabeza.

—En serio, tío, estás tan tonto como ella.

Pero apenas lo escucho. Estoy demasiado ocupada pensando en lo mucho que quiero a Hudson y en cómo mis sentimientos nunca cambiarán. Últimamente hemos tenido

nuestros problemas, pero eso no significa que él no crea en mí. Jamás ha dudado de mí, ni una sola vez, y ni de coña voy a empezar a decepcionarlo ahora.

Así que enarco una ceja, me vuelvo hacia Delilah y pregunto:

—Bueno, ¿estás lista para la venganza?

Delilah se toma varios minutos antes de contestar. Se limita a mirarme como si intentara leerme la mente. Pero al final lanza un suspiro dramático y dice:

—Hoy te ayudaré a salir de la Corte Vampírica. Y tú me concederás la venganza que ansío contra mi compañero.

—Si nos ayudas a salir hoy de la Corte Vampírica, pero a todos, al alumnado y profesorado del Katmere, y a Rowena, vivos y sanos y salvos, y nos permites viajar sin peligro a la Corte Bruja... —Gracias, Cyrus, por haberme enseñado a no dejar ningún vacío legal en los tratos—, entonces te prometo que volveré y te concederé la venganza que tanto ansías contra tu compañero.

Mi idea era dejarlo ahí, pero no sé qué entiende Delilah por venganza, aunque sí sé que será cruel y oscura, seguramente más cruel de lo que a mí me gustaría. Así que al final añado:

—Una venganza que no acarree la muerte de Cyrus.

La risa de Delilah es grave y está cargada de buen humor... y honestidad.

—Ay, querida, no tienes de qué preocuparte. Lo último que quiero es que ese hombre escape a mi ira con algo tan sencillo e indoloro como la muerte.

Intento tragar saliva, pero se me ha secado tanto la boca que parece un desierto sin un solo oasis a la vista.

«Por favor, por favor, por favor —le rezo al universo en mi cabeza—. Que nunca tenga que enfrentarme a esta mujer..., en mi vida, por nada del mundo. No es de las que se doblegan sin luchar.»

—¿Hemos llegado a un acuerdo? —pregunto un segundo después.

—Sí —contesta Delilah, y de pronto se intensifica el calor que siento en el brazo del que me ha cogido. Sé que la reina vampiro también lo ha notado, porque jadea cuando el calor se enardece.

Sin embargo, Delilah no me suelta; es un asunto demasiado importante para que un par de quemaduras de primer grado nos hagan apartarnos. Unos momentos después el calor se atenúa y Delilah me suelta un poco. Bajo la mirada para observar el nuevo tatuaje que tengo en la cara interna de la muñeca. Es pequeño, así que he de acercarme bien para ver qué es: resulta que es una cerradura muy recargada, y Delilah tiene el tatuaje de la llave, igual de recargada.

Parece que esta cosa nos une de verdad a ambas, me guste o no.

—Bueno, y ¿ahora qué? —pregunto.

—Ahora... —La reina vampiro se mueve rapidísimo; en serio, se desvanece y regresa en un abrir y cerrar de ojos. Tarda cinco segundos como mucho, y vuelve a estar de pie delante de nuestra celda, lamiéndose la sangre de los dedos, antes de que los cuerpos de los cinco guardias caigan estrepitosamente contra el suelo, junto a sus corazones. Entonces hace un ademán y así, sin más, las

puertas de la celda se abren de par en par—. Pues ahora os marcháis.

109

Las semidiosas lo llevan en la sangre

—¿Cómo has hecho eso? —pregunta Jaxon con sospecha.

Delilah pone los ojos en blanco al tiempo que suspira.

—¿De dónde te crees que has sacado todos tus poderes, Jaxon? ¿De tu padre? —Se ríe sin un ápice de humor—. Jamás comprenderé por qué todo el mundo se empeña en creerse a ese hombre tan pagado de sí mismo. Después de todo, no es más que un vampiro.

Es una buena observación y la verdad es que me lleva a pensar en toda clase de cosas que ahora no tengo tiempo de reflexionar. Especialmente cuando la reina vampiro levanta las manos y dice:

—¿Y bien? ¿Vamos o qué?

—¿Así sin más? —digo con desconfianza. Parece demasiado sencillo, como si quizá solo nos dejara marchar para que Cyrus y sus guardias vuelvan a apresarnos.

—Ese era el trato —contesta con impaciencia—. Aunque si queréis echaros atrás...

—No nos estamos echando atrás —declara Macy enseguida—. Vamos, saquemos a todo el mundo de aquí antes de que vuelvan Cyrus e Isadora.

Delilah se da la vuelta para guiar a todo el mundo hacia fuera, después se detiene y se vuelve de nuevo hacia mí.

—Cyrus tiene que usar la piedra divina a medianoche en el Katmere. Es el único eclipse lunar que va a tener lugar este año, la superluna de sangre.

—¿El Katmere? —pregunto. Me duele el corazón ante el recuerdo de todos aquellos escombros—. El Katmere ha caído.

Delilah enarca una ceja en mi dirección.

—Hay un altar si recorres el camino al oeste del instituto, pasado un árbol gigante. Es todo lo que sé, pero os sugiero que hagáis todo lo que tengáis planeado antes de que llegue allí.

Calculo mentalmente las zonas horarias entre este lugar, Florida y Alaska, y el tiempo que es probable que nos lleve completar las Pruebas. Y no voy a mentir. Lo veo un poco justo. Pero también intento recordarme que dará igual si es un dios o no si hemos liberado al Ejército y conseguimos que funcione la Corona.

Le sostengo la mirada a la mujer.

—Gracias, Delilah.

Me doy cuenta de que se siente incómoda aceptando mi gratitud, sobre todo cuando comenta con desdén:

—Estoy ansiosa por que cumpláis con mi venganza, nada más.

Niego con la cabeza y después me vuelvo otra vez hacia mi grupo para pedirles que se den prisa.

Jaxon y la Orden se ponen en cabeza con los vampiros, y siguen de cerca a Delilah cuando empieza a recorrer el pasillo largo y oscuro que se extiende ante las celdas. Eden y Flint guían a los dragones a su estela, uno va delante y el otro se encarga de la retaguardia y de aquellos rezagados junto a otros profesores que se ofrecen a ayudar. Mientras tanto, Dawud y Calder hacen lo propio con los lobos.

—Hudson y Remy pueden ocuparse de los brujos —le digo a Macy cuando nos dirigimos al fondo de la mazmorra—. Tú y yo nos encargaremos de tus padres.

—Gracias. —Me dedica una sonrisa de agradecimiento cuando me agacho para ayudar al tío Finn a ponerse en pie.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Ahora sí —me contesta, aunque pronuncia las palabras de forma tensa y le falta un poco el aliento. A pesar del evidente dolor, se vuelve hacia mi tía y le tiende una mano —. Vamos, Rowena. Gracias a nuestra hija y nuestra sobrina, por fin vamos a sacarte de aquí.

Rowena suelta un sollozo de incredulidad y les permite a Macy y al tío Finn ayudarla a levantarse para ponerse en marcha, aunque camina muy lento y se estremece casi con cada paso que da.

—¿Ayudaría en algo que te llevara? —pregunta Hudson desde su sitio en la parte trasera del grupo de brujos—. No quiero arriesgarme a que te pongas peor.

Al principio parece que el tío Finn va a negarse (está claro que quiere ser quien lleve a su mujer hasta un lugar seguro), pero él también se encuentra hecho polvo.

Debe de darse cuenta, porque asiente y dice:

—Gracias, Hudson. —Después mira a la tía Rowena—. Este es el compañero de Grace, Rowena. Se llama Hudson. No te va a hacer daño, puede ayudarnos a salir de aquí si tú se lo permites.

Durante un instante parece que mi tía va a decir que no y, para ser sinceros, no la culparía. Lleva años aquí atrapada siendo el saco de boxeo de Cyrus, y con toda seguridad de muchos guardias vampíricos. Si no permite que un vampiro desconocido cargue con ella, lo entendería perfectamente. Y encontraría la forma de llevarla yo misma.

Pero la tía Rowena es lo bastante coherente para entender lo que nos jugamos, así que, aunque estudia con nerviosismo a Hudson, asiente y solo da un pequeño respingo cuando se inclina para levantarla.

—Me voy a esforzar para no moverme mucho ni hacerte daño —le asegura mientras corremos hacia la parte delantera de la celda—. Pero, por favor, si lo hago, avísame.

Ella vuelve a asentir, pero sigue sin hablar. De hecho, no emite sonido alguno hasta que llegamos a las puertas de hierro de la celda. En cuanto Hudson intenta atravesarlas, empieza a gritar como si la estuvieran asesinando.

Él se detiene al instante, su mirada vuela hasta la mía en una petición de ayuda que sería imposible no reconocer.

—¿Qué te pasa, mamá? —pregunta Macy corriendo a su lado—. ¿Qué te duele?

Macy mira a Hudson, pero este niega con la cabeza.

—No he cambiado de posición en ningún momento. No sé qué puede pasar.

—No creo que pueda marcharme —explica mi tía un instante después, se le quiebra la voz con el reflejo de todo

lo que ha sufrido.

—¿Por qué no? —indaga Macy, y las lágrimas le inundan los preciosos ojos azules—. ¿Mamá? Es seguro. Cyrus no te va a hacer daño, pero tenemos que irnos ya.

—No es eso. Cyrus es el que me mantiene aquí cautiva, pero... —Se queda callada y vuelve a hundirse contra el pecho de Hudson, como si hablar fuera demasiado esfuerzo para ella. Lo cual es posible, y más teniendo en cuenta todo lo que ha pasado..., más lo que quiera que haya sufrido ahora mismo y que le ha hecho gritar como si la quemaran viva.

—¿Qué ocurre, mamá? —suplica Macy—. Dinos lo que necesitas y lo haremos. Lo juro.

—Le debo un favor a la Anciana —contesta por fin la tía Rowena—. No creo que pueda marcharme hasta que se lo devuelva.

—¿Cuál es el favor? —pregunto—. Lo resolveremos por ti.

Esa promesa es una desfachatez, lo sé, pero el tiempo corre. Cuanto más tiempo pasemos aquí, más probabilidades tiene Cyrus de encontrarnos. Y ya no me guardo más ases en la manga, no me queda ninguna jugada que pueda darnos otra oportunidad para salir de este lugar.

La tía Rowena mira al tío Finn y este asiente.

—Ya no son niños, Ro. Nuestra hija y sus amigos... —Se le quiebra la voz y se aclara la garganta antes de volver a intentar hablar—. Han hecho cosas impresionantes.

Mi tía debe de creerlo, o quizá es que no le queda más perseverancia, porque asiente. Entonces susurra:

—Tengo que llevarle a su hija.

—¿A su hija? —espeta Hudson perplejo—. ¿La Anciana tiene una hija en la Corte Vampírica?

Y de repente todo tiene sentido. Todo.

Cyrus no estaba teniendo una aventura con una bruja. Tenía una aventura con la Anciana. Y la hija de la Anciana sería una semidiosa, como yo. Una semidiosa como Izzy.

—Izzy es su hija —expongo—. Y parece ser que mi tía segunda.

Hudson abre los ojos como platos y sé que de repente está juntando las piezas que tenemos del puzle de la misma forma que he hecho yo.

—¿Por qué pareces tan disgustada? —inquiere el tío Finn —. Al menos ahora que sabemos quién es, podemos idear un plan para conseguir que venga con nosotros.

Macy se ríe, pero no en el buen sentido.

—Dice un hombre que jamás ha intentado que Isadora Vega haga algo que no quiere hacer.

Y es la cosa más realista que he escuchado en mucho tiempo. Porque no solo tenemos que convencer a Izzy de que venga con nosotres, sino que tenemos que hacerlo antes de que se chive a su padre de que estamos en medio de una fuga.

110

La crisis existencial más cercana podría estar detrás de ti

—Necesitamos al resto —dice Macy, al tiempo que procesamos las implicaciones de lo que yo acabo de comprender—. Es imposible que podamos secuestrar solos a Isadora.

—¿Secuestrar? —repite el tío Finn sobresaltado.

—No creo que haya otra forma de sacarla de aquí —le explico y, después, me vuelvo hacia Macy—. Y tienes razón. Tú quédate con tu madre, y Hudson y yo iremos a por el resto.

—Bueno, yo tengo otra cosa que hacer —señala Hudson mientras apoya la espalda de la madre de Macy sobre el frío suelo de la mazmorra con suma delicadeza.

—¿Y eso? —pregunto.

Hudson me mira como diciéndome: «Ahora te lo cuento»; después se dirige al tío Finn y afirma:

—El alumnado te necesita. Y antes yo tengo que hablar contigo.

Parece que el tío Finn quiera negarse, y lo entiendo. Su esposa y su hija están sentadas en el suelo de una mazmorra de la que su mujer no puede salir. Es mucho pedir que se marche y las deje solas. Pero también es verdad que es el director del Katmere, y nos estamos yendo de la Corte Vampírica con cientos de alumnos del instituto.

Es su obligación hacerlos llegar sanos y salvos a casa, y mi tío es consciente de ello.

Por eso mismo el tío Finn asiente y, después, se agacha y les da varios besos y abrazos a Macy y a la tía Rowena. Mientras su padre se despide de su madre, mi prima me mira con los ojos llenos de lágrimas y una expresión de determinación en el rostro.

—Todo saldrá bien —le digo al tío Finn después de ver cuánto le cuesta despedirse de Macy y la tía Ro—. La tía Rowena volverá contigo enseguida, y te prometo que cuidaremos de Macy.

—Lo sé. —Me envuelve en un gran abrazo y después me da un beso en la coronilla—. Pero , y esto es muy importante, necesito que también cuides de ti, Grace. Necesito que mi sobrina favorita vuelva a casa con Macy, ¿vale?

Yo le devuelvo el abrazo con fuerza.

—Soy tu única sobrina, tío Finn.

—Única y favorita. Una cosa no quita la otra. —Se aparta de mí y me mira directamente a los ojos—. Además, esa es otra razón para que tengas mucho cuidado. Necesito una sobrina.

—Vale —contesto riéndome—. Buen argumento.

Mientras reanudamos la marcha, mi tío se dirige a Hudson:

—¿De qué querías hablar conmigo?

—Tengo que ir a los pozos a por los demás —dice Hudson en voz baja, y a mí se me cae el alma a los pies.

Los demás son Gwen y todos los alumnos a los que Cyrus ha hecho daño. A los que les ha arrebatado la magia. Casi me había olvidado de ellos; me habría olvidado de ellos, mejor dicho, si Hudson no me lo hubiese recordado.

Al darme cuenta me quedo devastada, me entran unas ganas irrefrenables de llorar, porque... ¿qué sentido tiene hacer todo lo que estamos haciendo si por el camino me olvido de la gente que más me necesita? ¿De la gente que tanto nos estamos empeñando en salvar?

Se me debe de reflejar en el rostro la vergüenza que siento ahora mismo, porque Hudson me coge de la mano y me dice en voz muy muy baja:

—Te habrías acordado.

—Me da que no. Estaba tan concentrada en todo lo demás que...

—Te habrías acordado —me repite con más convicción—. Así que no te fustigues con el tema. Yo me ocupo.

—Y ¿qué vas a hacer? —pregunta mi tío.

—Cuando dejemos atrás la cripta, yo me iré solo hasta los pozos y me llevaré a todo aquel que... —Hudson se calla, porque sé que no quiere decirlo. Va a llevarse a todo aquel que siga con vida.

Se me parte el corazón al pensar en Gwen, en la amable, inteligente y talentosa Gwen, que puede estar muriéndose allí abajo.

Hudson carraspea, y continúa:

—Por lo que tengo entendido, el plan es que el profesorado brujo del Katmere abra varios portales que nos lleven a la Corte Bruja en cuanto Jaxon y el resto los saquen del alcance del efecto amortiguador de la mazmorra. Quería pedirte que supervisaras todo y, según lo que se tarde, que mantengas un portal abierto para las personas que consiga salvar de los pozos. Estoy seguro de que un par de miembros de la Orden se quedarán contigo y te echarán una mano.

—Entretanto —tomo yo la palabra—, el resto de nosotros pensará en una forma de conseguir llevar a Izzy hasta la Anciana. En cuanto secuestremos a Isadora, Macy abrirá un portal hasta la casa de la Anciana. Entonces llega lo difícil de verdad. Tenemos que volver a San Agustín, Florida, y superar las...

—¿Las Pruebas Imposibles? —pregunta el tío Finn sin dar crédito—. ¿Queréis conseguir las Lágrimas de Eleos?

—Tenemos que intentarlo —contesto—. No hay otra forma de liberar al Ejército Gargólico. Debemos hacerlo, porque lo prometí (no se merecen quedarse congeladas para siempre), y porque es imprescindible que contemos con el Ejército si queremos derrotar a Cyrus de una vez por todas.

Cuando termino de explicarle los pasos de nuestro plan, veo que mi tío parece un poco abrumado, pero también impresionado.

—¿Estás segura, Grace? —Pasea la mirada entre Hudson y yo—. Sabes que las probabilidades de lograrlo son ínfimas, ¿no? Nadie ha superado nunca las Pruebas. Y si lo intentáis y fracasáis... —Ahora es él quien deja la frase inconclusa.

—Sí, lo sabemos, tío Finn. Pero créeme, es la única manera de conseguir lo que necesitamos. Así que estamos dispuestes a hacerlo, y las vamos a superar. —Y lo digo con más confianza de la que siento, pero, a estas alturas, ¿qué otra cosa puedo hacer?—. Bueno, la verdad es que tengo que pedirte otro favor.

—Lo que quieras —me responde.

—Cuando llegues a la Corte Bruja, necesito que los convenzas para que nos ayuden. Antes ni se lo plantearon, pero fue porque temían lo que Cyrus podía llegar a hacerles a sus hijos. Sin embargo hicimos un trato: si liberábamos a sus niños, ellos nos ayudarían.

—Me aseguraré de que cumplan su palabra —afirma—. ¿Qué necesitas que hagan?

Estoy a punto de contestarle, pero entonces veo a Remy acercarse a nosotros corriendo por el pasillo.

—¡Aquí estáis! Nos estábamos preguntando qué estaba pasando —nos dice.

—Perdona, nos hemos entretenido. —No me molesto en contarle en qué nos hemos entretenido, no hay tiempo para explicaciones, así que me vuelvo hacia mi tío—. Necesito que brujas y brujos viajen por el mundo allí donde haya grandes concentraciones de estatuas de gárgolas en lo alto de los edificios. París, Chicago, Quito, Pekín... Vamos a necesitar que estén por todas partes. —Nombro los lugares que me sé tras los últimos meses de investigación sobre gárgolas—. Cuando mañana utilicemos las Lágrimas de Eleos para curarlas, vamos a necesitar que las brujas abran portales.

—¿Portales adónde? —pregunta el tío Finn.

—Al Katmere.

Me mira con cara rara y, en serio, lo entiendo perfectamente. De todos los lugares del mundo en el que podía acabar la lucha contra Cyrus, el montón de polvo y escombros que antaño era el instituto Katmere tampoco entraba en mi top 100. Pero Delilah nos ha dicho que Cyrus estará allí a medianoche, y que usará la piedra divina, así que allí es adonde iremos... acompañados del Ejército Gargólico, espero.

—Tú confía en mí, tío Finn. El Katmere. Mañana.

—Grace, ya sabes que confío plenamente en ti. —Entonces se vuelve hacia mi compañero y añade—: Y en ti también, Hudson.

—No sé yo si esa es una buena decisión —contesta Hudson.

Pero el tío Finn solo se ríe ante la respuesta del vampiro.

—Pues yo creo que es la mejor que he podido tomar, os lo digo muy en serio. —Empieza a volverse para seguir a Remy por el pasillo, pero se detiene en el último momento—. Perdonad, pero no me puedo ir sin preguntároslo una última vez. ¿Las Pruebas Imposibles? Grace, ¿estás completamente segura?

—Las superará —afirma Remy.

El tío Finn lo mira como diciendo: «¿Y tú quién coño eres?», pero Hudson y yo estamos demasiado ocupados mirándonos con los ojos muy abiertos para hacer las debidas presentaciones.

Con la capacidad de Remy de ver el futuro tenemos un problemilla, porque, cuando afirma algo como lo que acaba de decir, nunca se sabe si es por decirlo, con más esperanza

que convicción, o si lo dice porque sabe de verdad que lo conseguiré. Y, además, yo tengo una pregunta... ¿Por qué ha dicho «superará», en singular? ¿Ha sido porque mi tío se estaba dirigiendo a mí en particular? ¿O porque él ya sabe que el resto no las superará?

Eso último es un pensamiento demasiado horrible para planteármelo ahora mismo, sobre todo si mi idea es llevar a mis amigues otra vez a la tienda de caramelos, y no es algo que debería tener en mente en estos instantes. En este momento lo único que importa es encontrar a Izzy y salir cagando hostias de aquí antes de que Cyrus se dé cuenta de nuestra ausencia. Con suerte, estará demasiado ocupado echándoles la bronca a sus hombres durante un rato y nadie se percatará de que ya no estamos en la Corte Vampírica. En serio, Gollum ya tiene lo que quería, así que espero que no considere necesario rebajarse a volver a las mazmorras, si bien eso no significa que podamos dedicarnos a perder el tiempo.

Aunque, bueno, pensándolo bien, ¿cuándo tenemos tiempo que perder? De todo lo que supone derrotar a Cyrus de una vez por todas, de lo que más ganas tengo es de poder echarme la siesta de vez en cuando, o incluso dormir toda una noche entera.

Estoy cansada, y tengo la sensación de que llevo cansada muchísimo tiempo. No mola, más teniendo en cuenta que apenas han pasado un par de meses desde que cumplí los dieciocho. Y aún mola menos al pensar en lo que todavía tengo que hacer antes de poder echarme una de esas siestas.

Nos demoramos un par de minutos en contarle a Remy cuál es el plan y después nos separamos: Remy se va para acompañar al tío Finn y a por el resto del grupo; Hudson se marcha a los pozos; y yo me voy directa con Macy y la tía Ro.

111

Odio secuestrar y darme a la fuga

Regreso con Macy y la tía Rowena unos minutos antes de que Remy vuelva a aparecer con el resto, y todes y cada une de elles parecen sentir lo mismo que yo: que deberíamos ponernos manos a la obra en este maldito instante.

Incluso sabemos lo que hay que hacer. El único problema es que no sabemos cómo hacerlo. La Corte Vampírica es enorme; ¿cómo narices vamos a encontrar a Izzy antes de que alguien dé con nosotres? O lo que es peor, de que alguien descubra que la mazmorra está vacía.

—Ni siquiera sé dónde podrían estar sus dependencias —explica Jaxon mientras va de un lado a otro con insistencia —. A ver, supongo que podríamos empezar por el despacho de mi padre, pero, teniendo en cuenta la cantidad de guardias que tiene, parece una mala idea.

—A no ser que seas un adicto a la adrenalina, claro —añade Mekhi.

—¿Y por dónde empezamos les no adictes a la adrenalina? —pregunta Dawud.

—Yo habría dicho que por marcharos. —La voz descarada y sonora de Delilah resuena por la celda. Está de pie junto a la entrada mientras nos contempla con incredulidad—. ¿Acaso no os he dicho que os largarais? ¿Por qué volvéis a estar en la jaula?

—Porque Rowena no puede marcharse —indico con un gesto hacia mi tía, quien está tumbada en el suelo, con aspecto de enfermar más con cada minuto que pasa.

—¿Y tenéis que quedaros diez personas con ella? —Suena todavía más perpleja, si es que es posible—. ¿Sabéis qué? Yo me desentiendo. —Levanta una mano y empieza a alejarse—. He cumplido con mi parte del trato. No me hago responsable si os negáis a marcharos. Buena suerte con cumplir con vuestra parte del trato desde aquí.

Empieza a subir por las escaleras hacia los pisos principales de la Corte Vampírica cuando la respuesta que hemos estado buscando me viene de pronto.

—Espera. —Me abro paso entre Hudson y Calder, y atravieso la puerta de la celda para alcanzarla—. Por favor.

Suspira con evidente irritación, pero se detiene. Sin embargo, no se da la vuelta.

—¿Qué? —escupe.

—Has cumplido con tu parte del trato con creces, y no me debes nada más...

—Entonces ¿por qué diantres me estás hablando? —contesta de forma sucinta.

—Porque esperaba que nos ayudaras de todas formas. Porque no tenemos a nadie más a quien pedírselo.

Vuelve a suspirar.

—¿Y...?

—Si vamos a derrotar a Cyrus, necesitamos a Izzy de nuestra parte. Tenemos que encontrarla.

—Ni que fuera complicado. Parece que esa zorra tiene que estar siempre en medio —responde Delilah con acidez.

Y qué puedo decir... ¿Ay? A ver, comprendo por qué Delilah tiene problemas con ella, es un recordatorio constante de la infidelidad de Cyrus. Y es mucho peor que un grano en el culo. Pero no es culpa suya que Cyrus le pusiera los cuernos a Delilah, aunque no puedo evitar preguntarme si la reina la ha tratado de esa forma siempre que pasa tiempo fuera de la cripta.

De ser así, ¿a alguien le extraña que tenga... problemillas de actitud?

Tampoco es que piense soltarle eso a Delilah cuando necesito su ayuda. En vez de eso me inclino por decirle:

—Seguro que sí. Pero como no podemos subir a buscarla, me preguntaba si tú podrías ayudarme a... —Hago una pausa, intento encontrar una excusa que no suene a que estoy planeando secuestrar a la hija del rey vampiro.

—¿A tenderle una trampa para que baje? —pregunta de forma cortante.

—Algo por el estilo, sí.

—Si eso consigue que la bastarda de Cyrus salga de mi casa de una vez por todas, será un placer —manifiesta—. ¿Qué quieres que haga exactamente?

—Dale una razón para que venga a las mazmorras de inmediato. Una que no le haga sospechar que nos hemos liberado y que la estamos esperando.

Delilah me pone una cara que dice «no me digas» y sube por las escaleras, sus tacones de aguja repiquetean en cada escalón. Contemplo cómo se marcha mientras me pregunto cómo puede dormir Cyrus por las noches. Si yo le hubiera jodido la vida a la reina vampiro la mitad de lo que lo ha hecho él, dormiría con un ojo abierto por miedo a que me atravesara el corazón con unos Christian Louboutin.

Aunque, claro, seguramente él sea demasiado arrogante para pensar que su perro se daría la vuelta para morderle la mano. No me cabe duda de que está a punto de aprender la lección por las malas.

—¿Crees que lo va a hacer de verdad? —pregunta Macy cuando por fin vuelvo a entrar en la celda.

—Sí —contesto—. Pero puede que tenga demasiadas esperanzas.

Hudson se coloca a mi espalda y pregunta en voz baja:

—¿Cuál es el plan, si se puede saber? Solo para prepararme.

—Qué gracia que me lo preguntes —le digo imitando lo mejor que puedo un aleteo de pestañas. Supongo que si estás a punto de pedirle a tu compañero y a tu grupo que carguen con casi una tonelada de piedra maciza, al menos tienes que currártelo—. Implica que presumáis de todos esos músculos increíbles de los que tanto alardeáis.

—No me digas. —Levanta una ceja y, como no se ha peinado el tupé desde hace días, el pelo le cae sobre los ojos con un aspecto tan adorable que no puedo ponerlo en palabras. Si no hubiera tanta gente por aquí ahora mismo…

Parece ser que parte de mi interés se refleja en mi cara, pues la mirada de Hudson pasa de cálida a hirviente en

cuestión de un pestañeo. A pesar de todo lo que está ocurriendo y del lugar donde nos encontramos, se me corta la respiración. Durante un segundo solo estamos nosotros dos en la estancia.

—¿Músculos? —pregunta Calder con tanto jolgorio que nuestro momento se desvanece, y le echo un vistazo para verla relamiéndose los labios mientras juguetea con un mechón de pelo entre los dedos—. Me encantan los hombres fuertotes.

Y cuando aletea las pestañas, por fin veo en directo cómo se tiene que hacer. Porque de repente Dawud ha crecido casi cuatro centímetros y está a punto de preguntar qué hay que mover.

Lo cual hace que Eden y Macy suelten una risita y se pongan los ojos en blanco la una a la otra, al menos hasta que oyen a Delilah hablando lo bastante fuerte para que sus palabras resuenen por las escaleras.

—No sé qué quiere contarte esa zorra de piedra, Isadora. Solo sé que insiste en que es importante.

Es el único aviso que nos van a dar, así que nos preparamos para la acción.

112

Nunca más podrás volver a casa

Macy y su madre se quedan en la celda por razones evidentes, pero el contrato mágico debería permitir que se unieran a nosotres en el portal en cuanto hayamos secuestrado a Izzy. El resto del grupo atraviesa las puertas de la celda a toda prisa y se dispersa: Eden, Flint y Dawud corren a esconderse a la izquierda de las escaleras, por si acaso necesitamos que alguien pille a Isadora por sorpresa.

Jaxon y Mekhi ocupan los mismos puestos, pero en el lado derecho, mientras que Hudson, Remy y Calder están a un par de metros de la escalera y serán la distracción. Será las primeras personas a las que Izzy vea cuando baje por los peldaños, y en cuestión de segundos para la chica será más que evidente que algo va mal.

Yo me coloco justo detrás de las escaleras. Es el mejor sitio para atrapar a alguien sin que se dé cuenta, y es justo lo que tengo pensado hacer. Podríamos echar abajo toda la Corte gracias a la variedad de poderes que tenemos, pero es lo último que quiero. Por lo tanto, si lo que pretendemos

es que Cyrus no descubra lo que está pasando en su querida Corte, pillar a Izzy por sorpresa es la mejor de las opciones. Además, después de todo lo que ha pasado, pienso aprovechar cada oportunidad que se me presente.

—Delilah, ¿no podías averiguar qué narices quiere en vez de consentir que me arrastre otra vez a este asqueroso y apestoso agujero? Ya sabes que detesto...

No termina la frase porque ve justo lo que queremos que vea: a Hudson, Remy y Calder delante de la escalera, con aspecto de estar encantados de comérsela con patatas.

No me da tiempo ni a respirar e Isadora ya tiene un puñal en cada mano, pero da igual, porque no pienso darle ni medio segundo para que se los lance a uno de ellos. Estiro la mano y la congelo.

Nuestros cuerpos se transforman en piedra al instante. Yo estoy más que preparada para tener esa sensación, pero Izzy está totalmente desorientada.

Estira los brazos, e intenta aferrarse a una de las paredes de piedra de la mazmorra, pero ya no está. En su lugar está la única pared verde oliva del salón de la casa en la que me crie.

Me sorprende mucho verla, y haber acabado en este lugar; desde luego, no es el sitio en el que estaba pensando cuando nos he congelado. De hecho, creía que acabaríamos en un lugar que tuviera Izzy en mente, o en sus recuerdos, no en los míos. Por millonésima vez me pregunto cómo funciona de verdad este poder que poseo. A ver, puedo congelar a la gente sin más, y evitar que la flecha del tiempo siga hacia delante, como dijo Jikan. Puedo hacer eso

con solo rozar mi hilo de semidiosa. Creo que eso lo tengo claro.

Pero, si toco el hilo esmeralda y, al mismo tiempo, el platino, bueno, ahí es donde la cosa se complica. Puedo congelar a la gente y llevarlos a otra época en un plano diferente, como la Corte congelada, o a un recuerdo, como lo de Cyrus y su sala de guerra. Entonces... ¿adónde exactamente llevé a Hudson durante esos cuatro meses, quizá más, que estuvimos atrapados juntos? ¿Y por qué no me acuerdo de nada de lo que pasó?

Niego con la cabeza. Ahora mismo no tengo tiempo para perderme en esos pensamientos. No cuando tengo a una vampira cabreadísima en la casa donde crecí.

No puedo evitar observar todo aquello que me rodea: han pasado ocho meses desde la última vez que estuve en esta habitación, y casi me echo a llorar cuando me doy cuenta de que nos he transportado al día de la muerte de mis padres.

Joder. Es que... Joder. Las rodillas están a punto de fallarme, pero las mantengo rectas porque no estoy sola. Estoy con Izzy, y si algo he aprendido de la hija de Cyrus es que resulta una pésima idea mostrar debilidad delante de ella.

Todavía no sé por qué hemos aterrizado aquí, y me arrepiento por un millón de motivos. Pero ni de coña pienso demostrárselo a ella.

Pero... Me doy la vuelta y comprendo que Izzy ya lo sabe. Me está observando con cara de desprecio y con una mirada llena de desdén.

—¿De verdad te crees que eres más lista que yo? —pregunta mientras giramos en un círculo la una frente a la otra, alrededor del enorme sofá gris en el que me tumbaba y donde hacía los deberes por las tardes después del cole—. Me he estado preparando para este día desde que nos conocimos. Mientras tú estabas haciendo el gilipollas en el círculo de entrenamiento, intentando impresionar al teniente ese, yo te observaba y aprendía el funcionamiento de tu don. Ah, y por cierto, te voy a dar un consejo gratis, aunque sé que no me lo has pedido. Eres la reina, estúpida. Es él quien debería impresionarte.

—Yo no... —Empiezo a hablar, pero me callo cuando mi madre abre la nevera de la cocina, donde está preparando la cena.

Lleva su jersey rojo favorito, y una falda nueva que compramos cuando nos fuimos de compras un fin de semana antes de que murieran. Por eso sé en qué día estamos, y sé lo que va a pasar. Fue la única vez que se puso esa falda.

Está preciosa, animada y viva, y por un segundo la añoro tantísimo que casi me caigo de rodillas al suelo. Han pasado ocho meses de su muerte. Ocho meses desde la última vez que me envolvió en un abrazo con olor a vainilla y té chai, y me dijo lo mucho que me quería. Ocho meses desde que me dio una paliza al Scrabble. Y en todo este tiempo no la he echado tanto de menos.

Mientras veo cómo saca un par de hortalizas para hacer una ensalada, el intenso pesar que por fin se había calmado y convertido en un dolor sordo con fuertes punzadas aisladas ha regresado en todo su apogeo. Veo que tiene la

tetera en el fuego y que va a preparar la taza de té saludable que siempre insistía que me tomara durante la cena, y tiene algo en el horno que huele que alimenta. Enchiladas de pollo, si no recuerdo mal.

Sus enchiladas eran las mejores del mundo.

Otra ola de tristeza me arrolla al recordar todas las veces que la ayudé a preparar la salsa. Cuántas veces la ayudé a cerrar las tortillas de maíz. Se me agolpan las lágrimas y me escuecen los ojos al ver cómo empieza a cortar el pepino para la ensalada, y entonces me doy cuenta de que hay algo diferente. Mejor dicho, algo no encaja.

Cuando me congelo y visito un recuerdo, jamás noto los aromas, y nunca siento una conexión tan estrecha con ellos. Sí, este día fue una mierda, pero aun así... No me parece un recuerdo normal.

Y eso significa que...

—Me preguntaba si ya te habrías dado cuenta —dice Isadora con desprecio—. Has tardado bastante, la verdad.

113

El baúl de los recuerdos está en el infierno

—¿Qué estás haciendo? —espeto en cuanto empiezo a juntar las piezas del puzle—. ¿Cómo estás controlando lo que sucede en mi memoria? Yo soy la que nos ha congelado. Yo soy la que...

—¿Debería estar al mando? —Isadora se ríe con aspereza —. Grace, no tienes las agallas para estar al mando. Quieres ser la niña buena, quieres seguir las normas, pero, por si no te habías dado cuenta, lo único que consiguen las niñas buenas en este mundo es que las destruyan.

Quiere que muerda el anzuelo y lo sé. Aunque eso no significa que no haya verdad en sus palabras. Cuesta hacer lo correcto cuando estás enfrentándote a gente a la que lo correcto le trae sin cuidado. A la que no le importa nada excepto conseguir lo que quiere. Pero si no hago lo que toca, si me rindo y me comporto como ellos (Cyrus, Lia, Isadora, Delilah), entonces ¿qué narices me estoy esforzando por salvar?

Esta charla conmigo misma me ayuda y me permite centrarme en lo que de verdad importa.

—No has contestado a mi pregunta.

—Tienes razón. No lo he hecho. —Entrecierra los ojos al mirarme—. No creerás de verdad que eres la única que es especial por aquí, ¿no? Solo porque puedes congelar el tiempo y espiar a gente que no puede hacer nada por evitarlo. Quizá yo no sea capaz de congelar el tiempo y hacer desaparecer a las personas del mundo durante un rato, pero puedo hacer esto.

Chasquea los dedos y de repente mi padre está en la cocina con mi madre y están furiosos el uno con el otro. Me doy cuenta nada más entrar por la puerta al volver de clase, y la culpa y el dolor empiezan a arañarme el estómago. Sé lo que va a pasar y no quiero vivirlo ahora mismo. Aunque la verdad es que no quiero revivirlo nunca más. Pero no me queda elección.

Lo que sea que Izzy esté haciendo, como sea que lo esté manipulando, no estoy viendo un simple recuerdo: lo estoy viviendo. Soy una versión más joven de mí misma. Y como una marioneta movida por cuerdas, me veo obligada a hacerlo todo tal y como ocurrió en mis recuerdos.

—¡No podemos! —le grita mi madre a mi padre, lo cual ocurre tan pocas veces que dejo la mochila en el sofá, avanzo a hurtadillas y me sitúo en una posición estratégica para enterarme de lo que pasa en la cocina. Mis padres no son perfectos, se pelean como todo el mundo, pero normalmente se trata más bien de una discusión que de una pelea, más charla y menos gritos.

Conque si mi madre está así de alterada, aquello por lo que se están peleando tiene que ser fuerte.

—No creo que nos quede otra opción, Aria —le explica mi padre—. Grace tiene que aprender...

—Lo hará. Podrá. Podemos enseñárselo.

—No lo creo. —Camina de un lado a otro de la isla, otro signo que denota alteración—. Lo que tiene que aprender nos supera.

—¿Y qué, Cillian? ¿La lanzamos a los lobos? —Parece que mi madre va a echarse a llorar y se me hace un nudo en el estómago, el miedo se me desliza por la columna y la tristeza da tumbos en mi interior como una bola de bolos que se ha salido de la pista. Siento cómo hace añicos cada parte de mí con la que choca.

—Eso no es lo que quería decir y lo sabes. —Mi padre suspira—. Pero no podemos retenerla aquí para siempre. Al final dejará de ser un modo de protegerla y terminará siendo una maldición. Tiene diecisiete años. Nosotros éramos más jóvenes todavía cuando nuestros padres nos enviaron al instituto.

—Ya, pero el año está a punto de acabar. —Las lágrimas le turban la voz—. De todas formas, tiene planeado marcharse a la universidad...

—El año que viene será demasiado tarde. Ya has leído el correo electrónico. Sabes que la cosa se está poniendo fea. Sabes que solo es cuestión de tiempo que... —Se calla para respirar hondo—. Tiene que saber protegerse a sí misma.

—¿Por qué? —espeta mi madre—. La hemos protegido hasta ahora. Y el té... El té la mantiene a salvo, Cillian. Podemos dejarlo estar durante un tiempo más.

Jadeo. No recordaba que el té que me daba mi madre todas las noches tuviera nada que ver con su pelea.

—¿Eso crees?

—Pues sí. Todos estos años...

—Porque nadie ha venido a buscarla. Eso no significa que la situación no vaya a cambiar. —Suspira—. Sabes que el té que mantiene a su gárgola oculta está a punto de acabarse, y mi cuñada ya no está, por lo que no puede conseguirnos más.

Casi me fallan las rodillas. Madre mía. La razón por la que la tía Rowena le debe un favor a la Anciana... es todo culpa mía. Fue a conseguir el té para que mis padres pudieran ocultar mis poderes. Para mantenerme a salvo. Se me escapa un sollozo y me tapo la boca con el puño, intento empujar hacia abajo el dolor que está comenzando a engullirme. La culpa me roba hasta el último aliento.

«Macy cree que su madre la abandonó por culpa mía. Es culpa mía.»

Mi madre se levanta de la mesa de la cocina, donde estaba sentada con una taza de té entre las manos.

—¡Lo sé! Pero tampoco significa que sea seguro que vaya a venir nadie.

—¡Claro que sí! —Ahora le toca a mi padre gritar—. Siempre hemos sabido que no podríamos ocultarla aquí para siempre. Finn dice que las cosas han alcanzado un punto crítico. Si eso es cierto...

La respiración no me pasa de la garganta y siento como si los pulmones me fueran a explotar. Porque me había olvidado de que mencionaran al tío Finn y no me había dado cuenta de que él o quizá el Katmere tuvieran algo que ver

con esta pelea. Al principio supuse que no tenían ni idea de lo de mi gárgola, pero está claro que sí. ¿Y si estaban peleándose por eso el día del accidente? Se me escapa un sollozo. ¿Y si tuvieron el accidente porque estaban discutiendo sobre qué hacer conmigo?

La culpa me embarga, hace que las lágrimas sin derramar me ardan en los ojos y casi consigue que me desplome de rodillas. Es cosa mía. Yo hice que sucediera. Estaban intentando protegerme cuando murieron y yo solo lo he empeorado todo. Porque...

—Si eso es cierto, ¿qué va a hacer Grace al respecto? —insiste mi madre.

—Más de lo que pensamos. —Entonces mi padre atraviesa la cocina hasta ella y la coge de las manos—. ¿De veras crees que yo quiero esto más que tú? Pero es para lo que nació. Nació...

—¡Para ser nuestra hija! —escupe mi madre.

—Sí —asiente mi padre—. Pero no es lo único que es. Marcharse la ayudará. Si te paras a pensarlo, verás que estoy en lo cierto.

Mi madre suspira, parece derrotada.

—Lo sé. —Apoya la cabeza en su pecho—. Es solo que no quiero que se vaya a...

—¿Adónde? —exijo saber irrumpiendo en la cocina, llena de una indignación completamente justificada—. ¡Es mi último curso!

—Grace. —Mi madre parece destrozada—. Queríamos tomar algunas decisiones antes de hablarlo contigo...

—¿Decisiones? ¿Qué decisiones hay que tomar? No me voy a ninguna parte hasta que me gradúe. —Intercambian

una larga mirada y la furia se expande por mi interior—. ¡No podéis hacerme esto! No podéis enviarme fuera sin más solo porque penséis... ¿Qué? Es que ni lo sé. ¿Y adónde narices iba a ir?

—Tu tío es el director de un instituto...

—¿El tío Finn? Hace años que no lo veo. Y vive en Alaska. —Me río con incredulidad—. No me puedo creer que de verdad vayáis a enviarme a Alaska. ¡Qué fuerte!

—No es tan sencillo, Grace —explica mi madre.

—Ya, pues yo creo que sí. Y no pienso ir. No podéis obligarme.

—No vamos a discutir sobre esto ahora, Grace —me corta mi padre—. Tienes que terminar los deberes y nosotros tenemos que pensar. De hecho...

Hace una pausa cuando Heather pita desde delante de la entrada, es la forma que tiene de avisarme de que me he dejado algo en su coche.

—No pienso ir —repito mientras me dirijo a la puerta delantera—. Podéis hablar todo lo que os venga en gana. No vais a enviarme a Alaska. ¡Ni de coña!

Camino hasta la puerta delantera, lo más furiosa que jamás recuerdo haber estado.

—¿Por qué no te tomas un tiempo para calmarte? —pide mi madre—. Lo hablaremos durante la cena, y quizá cambies de opinión en cuanto oigas lo que tenemos que contarte...

—No voy a venir a cenar. Me voy a casa de Heather —replico—. En fin, tampoco es que quiera molestaros con mi presencia cuando está claro que no me queréis por aquí.

Cierro de un portazo a mi espalda y recorro a zancadas el camino de la entrada hasta el coche de Heather. Solo que el coche desaparece y de repente estoy en la morgue; oigo que el forense auxiliar me comenta que lo siente, pero que soy la única que puede identificar los cuerpos. Antes de que pueda entender lo que acaba de decir, me conduce a una sala helada donde unas sábanas cubren una figura inmóvil en el centro de la estancia.

—¡No! No, no, no, no, no. —La palabra se convierte en un mantra, en una plegaria, cuando la habitación se encoge a mi alrededor. Cuando desaparece el aire.

Me fallan las piernas y me desplomo en el suelo cuando el forense empieza a retirar la sábana. Y ahí está. Mi preciosa y alegre madre.

El dolor y el pánico estallan en mi interior y no puedo sino respirar. Una parte muy chiquitina de mi cerebro me dice que piense, que comprenda, pero es imposible cuando la culpa, el remordimiento y el terror me corroen.

—Es ella —consigo pronunciar a duras penas, la nariz me arde con el olor a antiséptico del laboratorio.

El forense asiente, pasa a la segunda sábana y yo tengo que reunir todas mis fuerzas para no gritar. Porque mi padre está debajo de esa sábana y...

De repente se incorpora y la sábana se desliza de su rostro demacrado y ensangrentado. Y me agarra.

—Es culpa tuya, Grace —declara a pesar de la mandíbula rota y deforme—. Tú nos has hecho esto...

El dolor es abrumador. Devastador. Aplastante, tan aplastante que no consigo encontrar la forma de respirar. De existir sin más.

Y entonces es cuando me doy cuenta de lo mucho que se parece esto a lo que Hudson y Flint tuvieron que vivir en la prisión hace tan solo unos días. Lo que significa que no es real. Es artificial. Y si no lo estoy haciendo yo…

—¡Serás zorra! —Me vuelvo hacia Isadora—. Es culpa tuya. Tú me estás haciendo esto.

No puedo creerme que haya tardado tanto en darme cuenta: la Anciana diseñó aquella abominable cárcel, así que está claro que su hija tendría habilidades similares.

—Tienes razón, es cosa mía —confiesa con una sonrisa tan afilada como un bisturí—. Y voy a seguir repitiéndolo hasta que hagas lo único que puede detenerlo.

114

Escoge tus escarnios

Izzy se encoge de hombros.

—Vale, no puedo congelar el tiempo como tú, pero en la Corte Gargólica descubrí que puedo hacer algo mucho mejor. Puedo crear ilusiones que te hacen creer que el tiempo está congelado, como que estés atrapada en el peor momento de tu vida y no puedas salir de él, por mucho que lo intentes.

—Solo tú podrías pensar que algo así es bueno —gruño.

La vampira se limita a sonreír y chasquea los dedos. Un instante después me veo a mí misma entrando por la puerta tras un día de instituto mientras mi madre saca las hortalizas de la nevera.

No, otra vez no. Por favor, otra vez no. Pero no soy tan tonta como para pedirle que pare. Lo que menos necesita Izzy es tener más artillería pesada en mi contra.

Aun así, a la chica no le hace falta que me ponga de rodillas a suplicarle para saber que su última arma ha surtido efecto. Cómo iba a pensar lo contrario cuando lo único que puedo hacer es ver a mis padres discutir otra vez

sobre mi futuro. Pero esta vez hay más detalles: mi padre insiste en que sabe lo que más me conviene y mi madre se enfrenta a él con uñas y dientes mientras me prepara una taza de ese estúpido té.

Y después, cuando llegamos al final, cuando mi padre se incorpora en la mesa de la morgue y me dice que es culpa mía que estén allí, todo vuelve a empezar. Cada repetición contiene más detalles; con cada repetición recuerdo un poco más de cómo era mi vida en esa casa antes de la muerte de mis padres.

Es evidente que los planes estaban en marcha: las maquinaciones de la Sangradora, de Cyrus, de la Anciana, y vaya a saber una de quién más, aunque yo era sumamente feliz en la ignorancia. O, al menos, creo que las cosas estaban llegando al punto crítico. No puedo asegurar que todo lo que están diciendo sea parte de un recuerdo, o no sea más que otra ilusión creada por Izzy para hacerme daño.

O debería decir otra de las más que eficaces ilusiones de Izzy, porque la chica sabe bien dónde hincar el puñal para hacer sangre, y no va con segundas. Cada vez que empieza la escena me muero un poquito más por dentro, aunque me esfuerzo mucho por no demostrárselo a ella.

A ver, la tía Rowena lleva años sufriendo por mi culpa, viviendo tortura tras tortura en la mierda de cárcel de Cyrus, sin posibilidad de escapar porque debía un favor que había aceptado por mí. Y ahora que por fin tengo la oportunidad de ayudarla a saldar ese favor y liberarla para siempre, lo menos que puedo hacer es revivir uno de los peores días de mi vida un par de veces más.

Da igual que cada vez me duela más. Y también da igual que el pánico que tengo dentro se haya convertido en un animal salvaje: atrapado, cruel y decidido a destrozar todo lo que encuentre a su paso. Respiro con violencia, el corazón me va a mil por hora, y me tiembla tantísimo el cuerpo que hasta me castañetean los dientes.

Aun así, lo soporto hasta que Izzy reinicia el recuerdo por sexta vez. Pero, en esta ocasión, en lugar de lucir su jersey favorito y la falda nueva, mi madre está cubierta de sangre. Tiene el costado de la cara desfigurado por los cortes, el pelo enmarañado y en el pecho... En el centro del pecho puede verse una herida enorme, tan grande que hasta puedo apreciar cómo le cuesta latir a su corazón.

—Grace, ¿por qué no aceptas y ya está? —pregunta mirándome directamente a los ojos mientras sirve un poco de agua hirviendo en una taza—. ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué me haces tanto daño...?

—Para. —La palabra se me escapa de entre los labios con un gemido y, aunque sé que no es verdad, aunque sé que Izzy está manipulándolo todo, no puedo volver a verlo. Así no, no con mi hermosa, amable y despreocupada madre destrozada—. Para, por favor —susurro.

Las lágrimas me caen por las mejillas mientras intento controlar el pánico que me inunda el cuerpo. No funciona, y siento la amenaza de mi ya revuelto estómago a punto de rebelarse.

—No tienes que hacer esto —le digo a Isadora cuando logro hablar sin miedo a vomitar—. No tienes que ser tan cruel como tu padre.

—¿Te crees que esto es ser cruel? —replica Izzy, y me mira sorprendida—. Grace, solo estoy intentando liberarte de la culpa. ¿Por qué te torturas por algo que no podías controlar? ¿Por algo que no puedes cambiar?

La curiosidad que destila su voz parece sincera, y eso me horroriza casi tanto como lo que me está haciendo. Tanto que no puedo controlarme y le respondo:

—Son mis padres, y están muertos.

—¿Y qué? —pregunta encogiéndose de hombros—. Mi madre también está muerta y es lo mejor que me ha pasado en la vida. Mírate, llorando en el suelo como un bebé por dos personas que se suponía que iban a morir antes que tú desde el día en el que naciste. Al menos mi madre se murió pronto, y no me dejó con traumitas maternos.

Me embarga la sorpresa. ¿Isadora cree que su madre está muerta? ¿Y eso? El resto sabemos quién es su madre... y que está viva, y que es una mierda de persona. ¿Cómo es posible que Isadora no lo sepa?

La respuesta se me viene a la mente casi tan rápido como la pregunta. Cyrus. Que prefiere mentirle a su única hija sobre quién es su madre en vez de lidiar con lo que la verdad podría desencadenar.

—Eso no es... —empiezo, porque voy a contarle la verdad, pues nadie debería pensar que sus padres están muertos si en realidad no lo están, pero entonces me doy cuenta de que no va a creerme hasta que lo vea con sus propios ojos. Y si me está haciendo todo esto ahora no me quiero imaginar lo que se le ocurrirá si se piensa que le miento con el tema de su madre.

Mejor será que ahora me quede calladita para sobrevivir y demostrarle la verdad.

Por desgracia, al decidirlo me veo obligada a observar cómo el recuerdo se repite sin parar y cómo cada vez empeora y se aleja más de la realidad. Es horrible ver así a mis padres, caminando por la cocina con las heridas que sufrieron en el accidente de coche a simple vista. Casi cedo y nos descongelo para dejar de verlo, pero al final aguanto. En vez de rendirme, me digo a mí misma que puedo soportarlo un par de minutos más si así pongo a salvo a la tía Rowena. Un par de minutos más si así no tenemos que volver nunca más a la maldita Corte Vampírica.

Pero en algún punto mientras revivo todo el dolor y la desolación emocional de aquella última noche que compartí con mis padres, sucede algo. Me doy cuenta de que Izzy tiene razón: da igual lo que me haya estado diciendo todo este tiempo, su muerte no fue culpa mía.

La chica que está en la cocina gritándoles que no piensa irse a un internado en Alaska no es más que eso. Una chica. Una niña enfadada que se desquita con sus padres porque sabe que van a quererla pase lo que pase. Y es verdad, aunque les habla como si fuese una niñata caprichosa.

Pero la cosa no acaba ahí. Porque, incluso en mitad de esa discusión acalorada, nunca le cuentan... Nunca me cuentan a mí, a su hija, la verdad. Nunca me dan la oportunidad de entender lo que está pasando, y no me dan la oportunidad de elegir de verdad sobre Alaska o sobre mi vida.

Y eso no es justo. Fui injusta al no escuchar su idea de enviarme al Katmere, pero ellos fueron injustos al no

contarme todo lo demás; incluido el hecho de que le suplicaron a la Sangradora que los ayudase a concebirme y, después, acabaran escondiéndome de todo el mundo, hasta de mí misma, durante toda mi vida.

¿Se equivocaron? Sí.

¿Lo hicieron por amor? Sí.

¿Estuvo bien? Ni de lejos.

Pero supongo que así es el pasado. No puedes cambiarlo. No puedes arreglarlo. Solo puedes entenderlo. Y, con suerte, esforzarte por no cometer los mismos errores.

—Mírate —señala Izzy burlándose, y me doy cuenta de que el pánico ha disminuido, y el dolor también.

A ver, todavía me duele pensar en ese día, y tengo claro que siempre me dolerá recordar el día de la muerte de mis padres, pero está volviendo a ser ese dolor sordo al que me he acostumbrado. Es crónico, pero puedo soportarlo casi todos los días.

—Supongo que no estarás tan destrozada por la muerte de tus padres como todo el mundo piensa.

—De eso va la cosa, ¿no? —respondo a medida que la verdad me inunda—. Cuando te centras en las cosas malas que pasan, solo te permites sentir dolor. Pero si recuerdas lo bueno de lo malo, tienes la posibilidad de recordar los momentos felices. Y la felicidad te cura de una forma que la culpa jamás podrá hacerlo. Mis padres me querían. Y yo los quería a ellos. Así que decido centrarme en eso, en recordar eso.

—Vaya, qué sabia has resultado ser —contesta Izzy gruñendo.

—Lamento que nunca sintieras el amor de un padre o una madre... —empiezo a decir, con la idea de demostrarle que hay otra forma de ver la vida, pero me callo en cuanto caigo en que no debería haberle dicho eso a Izzy. Es una asesina de verdad, y sé que me he pasado muchísimo. El miedo me recorre la columna vertebral cuando me enseña los colmillos, y sé que tengo que salir cagando hostias de aquí si deseo mantener la yugular dentro de mi cuerpo.

Digo yo que mis amigues habrán tenido tiempo suficiente para llevarnos a un lugar seguro. Y si no, bueno, ya encontraré la forma de lidiar con una cabreadísima Izzy allí, en el mundo real, donde sé que puedo apartarme de su trayectoria.

Así que nos descongelo.

115

Batalla épica de chicas: alas contra colmillos

Izzy sale del estado de piedra entre arremetidas y gritos.

Estamos fuera de la mansión de jengibre de la Anciana; la luz de la luna baña el cielo oscuro, por lo que podemos ver claramente el momento en el que el puño de Izzy conecta con la mandíbula de Hudson y le tira la cabeza para atrás como un resorte. Después da una vuelta y empieza a darle patadas a Remy; le acierta en el muslo, tan alto y con tanta fuerza que hace que suelte una ristra de improperios entre dientes.

—¡Déjalo ya! —aúlla Remy cuando se recupera, pero ella se limita a sisear y mostrarle los colmillos mientras vuelve a dar patadas.

Sin embargo, esta vez su pie no llega a tocarle. En vez de eso, él lo esquiva y gira a su alrededor tan deprisa que ella ni siquiera sabe dónde mirar, y mucho menos dónde golpear. Cuando intenta girar con él, la agarra de los brazos por la espalda y tira de ellos hacia atrás para después rodearle las muñecas con las manos y refrenarla.

Como respuesta, a ella se le va la pinza de forma absoluta, completa y total. Grita, ruge, dice palabrotas; desesperada, intenta darle una coz mientras el resto del grupo miramos la escena con los ojos abiertos como platos.

Hudson me dirige una mirada que dice «¿Debería ayudarlo?», y por primera vez me doy cuenta de que no soy la única que ha pillado el trasfondo cuando Remy se ha presentado en la Corte Gargólica.

No sé qué decirle, yo también me he estado preguntando lo mismo, así que me encojo de hombros. Pero eso es antes de que Izzy consiga liberar una de las manos y aprovechar para arañarle la mejilla derecha a Remy con sus uñas afiladas como cuchillas.

—Uy, eso sí que no —gruñe Calder mientras se une de un salto a la refriega.

Le arrebata a Izzy de las manos al brujo y después agarra el moño de la vampira para hacerla girar cogida por los pelos.

—¿Suficiente? —pregunta cuando Izzy chilla del dolor—. ¿O quieres más?

—¡Calder! ¡Para! —grita Remy mientras intenta meterse en medio de las dos.

Pero Izzy no agradece la ayuda. De hecho, lo ataca a pesar de que sigue combatiendo contra Calder y, esta vez, su pie alcanza a Remy lo bastante alto para que todos los tíos aquí presentes esbocen una mueca de dolor.

—¡¿Qué coño haces?! —brama mientras se dobla sobre sí mismo.

—¡No necesito tu ayuda, pedazo de gilipollas! —le chilla ella al tiempo que echa las manos hacia atrás y agarra un

par de mechones de la preciosa melena de Calder.

No puedo evitar lanzarle una mirada fugaz a Hudson cuando oigo su marcado acento y él me dirige una sonrisa avergonzada que sin duda quiere decir «de tal palo, tal astilla».

A estas alturas Remy está prácticamente en el suelo, mientras que Izzy y Calder están intentando asesinarse la una a la otra, sin exagerar, y todo sin que ninguna le suelte el pelo a su oponente. La larga melena pelirroja de Isadora se le ha salido del moño, lo que le proporciona a Calder más material en el que hundir las garras. Esto significa que en estos momentos ambas arañan y rugen dando vueltas en círculo, todo mientras tiran del pelo de su enemiga.

Además, todos los chicos presentes (incluido Remy, desde donde está en el suelo) las contemplan con total y absoluta fascinación. Incluso Flint parece embelesado por la pelea de gatas extrema que está teniendo lugar delante de él.

Y no. Es que me niego.

Un vistazo rápido a Eden me indica que ha adoptado la misma postura que yo ante toda esta situación, así que nos abrimos paso juntas entre los chicos boquiabiertos y embobados, y nos metemos en la refriega.

Yo agarro a Isadora y estoy a punto de ganarme un colmillazo en la muñeca a cambio. Eden se hace con Calder y, aunque resulta difícil de imaginar, estoy bastante segura de que yo me he quedado con la mejor parte, ya que la mantícora casi le arranca la cabeza.

—¡Ya basta! —grito, pero apenas se dan cuenta de que existo, así que lo repito una segunda vez, esta vez más alto. Nada, me vuelven a ignorar. Solo que en esta ocasión me

llevo un zarpazo en el cuello cuando Calder arremete contra Isadora y me da a mí en vez de a ella.

—¿En serio, Eden? —le reprocho.

—Lo siento. —Suena tan irritada como yo, pero también es que se ha llevado un codazo de lentejuelas rosa en todo el ojo.

Estoy sopesando la idea de congelar otra vez a Izzy para conseguir que se calme un poco, pero entonces volveríamos a las mismas en un par de minutos, así que no nos hará ningún bien. En vez de eso, intento agarrarla de las manos y termino recibiendo un puñetazo tan fuerte en el hombro que se me duerme el brazo durante unos segundos.

—¡Hudson! —Le envío una mirada que quiere decir «¡qué cojones!»—. ¿Vas a ayudarme o qué?

Hudson parece aterrorizado.

—Eh…

Les echa un vistazo a los otros chicos, y todos ellos se alejan de él dando dos pasos enormes y se niegan a mirarme a los ojos.

—¿En serio? —espeto a la par que Calder se libra de Eden y salta hacia Izzy—. ¿No me vais a ayudar ni un poco?

Todos los chicos (incluido Hudson) niegan con la cabeza y yo acabo con un arañazo de mantícora en la mejilla cuando trato de que Eden vuelva a tener a Calder bajo control, aunque sea un poco.

—¡Joder! —grito y se acabó, ya he tenido suficiente.

Cambio de forma y después (mientras agarro a Isadora tan fuerte como puedo), salgo volando hacia el cielo, como poco a unos tres metros del suelo.

Calder deja escapar un grito cuando salta e intenta agarrar a su presa, pero ahora estoy cabreada, así que le pego una patada en la cara con mi pie de piedra, con tanta fuerza que ella se agarra la mejilla y aterriza enfurruñada.

Izzy cacarea triunfante y empieza a ponerla verde, así que abro los brazos sin avisar y dejo que se estampe contra el suelo... De hecho, hasta le doy un empujón de regalo mientras cae para que aterrice de culo y no de pie.

Y cuando vuelvo al suelo me aseguro de aterrizar entre las dos.

—¡Ya basta! —repito y, aunque ambas me bufan, ninguna intenta ir a por la otra, así que lo considero una victoria.

En cuanto me aseguro de que se han calmado, me doy la vuelta hacia Hudson, quien lógicamente parece avergonzado ahora que ha terminado la pelea, como debería estarlo.

—¿Qué narices estabas haciendo? —le pregunto, y también va dirigido al resto.

—¿Estás de coña? —contesta Mekhi—. Ningún hombre que aprecie cualquier parte de su cuerpo se metería ahí en medio.

—Las mujeres pueden ser despiadadas —afirma Flint—. Muchas gracias, pero yo ya he perdido una pierna este mes. No pensaba arriesgar otra más.

—Sois unos cobardes de mierda. —Miro con furia a mi compañero—. Sobre todo tú.

Él asiente junto al resto de los chicos, y le dirijo una mirada que promete que esto no ha terminado.

Después me vuelvo hacia Izzy justo a tiempo de escuchar cómo se queja.

—¿Dónde estoy? Sabes que es ilegal secuestrar a gente, ¿verdad?

—Y eso lo dice la chica que ha capturado a los aquí presentes a punta de cuchillo y nos ha lanzado dentro de una mazmorra en contra de nuestra voluntad —le reprocho —. Con cientos de alumnos a quienes también habían capturado y estaban en el proceso de ser torturados. Estoy bastante segura de que esto no me va a quitar el sueño.

—Siempre supe que no eras tan santurrona como hacías ver —comenta con desdén.

—¿En serio? —pregunto, y mis cejas casi me tocan el nacimiento del pelo—. ¿Eso es lo que has sacado en claro de todo lo que acabo de decir?

—La verdad —contesta— es que eres tan aburrida que intento no prestar mucha atención a lo que sale de tu boca.

Entrecierro los ojos a la par que me planteo decir «a tomar por culo la paz» y pegarle un puñetazo en todos los morros yo misma. Pero Remy debe de percatarse de lo cerca que estoy de perder los papeles, porque esta vez se coloca entre ambas antes de que se desate la violencia.

—Danos cinco minutos —le pide—. Te prometo que no te arrepentirás.

—Ya me arrepiento —indica ella. Pero cuando intercambian miradas, levanta una mano y dice—: Da igual. Haced lo que os dé la gana..., pensabais hacerlo de todas formas.

En eso no le falta razón. No tengo intención de marcharme de aquí (ni tampoco nadie del grupo) hasta que la Anciana vea a Izzy y libere a la tía Rowena. Pero esto va más allá. Hay una parte de mí que piensa que, al ver que su

madre no ha muerto, que su madre lleva atrapada en esta isla toda la vida, Izzy será capaz de calmar un poco sus problemas de ira. Todavía tendrá problemas del tipo «el cabrón malvado de Cyrus es mi padre», pero saber que tu madre no ha muerto en realidad (miro a Macy) o que no te ha abandonado... tiene que ayudar, ¿no?

Con eso en mente, me encamino hacia la puerta de la perfecta casita de jengibre de la Anciana. El viento sopla fuerte esta noche y azota al océano de forma frenética alrededor de la isla, pero me digo a mí misma que no es un mal augurio. Aunque, ¿por qué no lo iba a ser? Tampoco es que tenga mucha fe en que nada nos vaya a ir especialmente bien a estas alturas, sobre todo teniendo en cuenta todo lo que ha ocurrido para que lleguemos a este punto.

Aun así, vivimos de tiempo prestado y no puedo malgastar más. Por eso mismo respiro hondo, llamo a la puerta y después rezo para que salga todo lo mejor posible... o, al menos, no lo peor posible.

116

Son como la noche y el puñal

El resto tarda un poquito en llegar a la puerta, pero, cuando ya estamos todes, estoy más que preparada para deshacerme del espeluznante servicio de seguridad de la Anciana. No obstante, o la mujer se ha dado cuenta de que estaba pasando algo gordo o el servicio tiene el día libre, porque cuando se abre la puerta de la mansión descubrimos que es la Anciana quien está detrás de ella.

Viste un largo vestido floral, como en nuestra visita. Y también tiene el mismo aspecto que la Madre Tierra, como aquella primera vez. Pero ahora lleva el pelo castaño claro, que en realidad muestra todos los colores del universo, recogido en un moño similar al que suele lucir Isadora.

—¡Grace! —Parece sorprendida de verme, pero también bastante curiosa por mi presencia en su casa—. No esperaba veros tan pronto.

—Lo sé. —Me planteo contarle las novedades con tacto y despacio, pero la verdad es que no tenemos tiempo. Izzy nos dará un minuto, como mucho dos, antes de intentar

matar a alguien. Y, además, todavía tenemos que ir a un montón de sitios. Así pues, se lo suelto tal cual, sin paños calientes—. Hemos venido para cumplir el favor que le pediste a Rowena, por fin. Pero que sepas que solo tendrás un par de minutos con ella; no vamos a obligarla a quedarse más tiempo.

Por un momento el gesto de la Anciana permanece inmutable. Mantiene ese aire socarrón y astuto. Pero, en cuanto empieza a procesar mis palabras, y se vuelve para ver primero a mi tía Rowena y después a la mismísima Izzy, la cara parece estar a punto de estallarle.

Primero llega la incredulidad, después la sorpresa, a la que sigue algo similar a la euforia mezclada con dolor, pesar y alivio. Entonces brotan las lágrimas, que se deslizan por el rostro de la Anciana en silencio, mientras la mujer camina a paso lento, vacilante, hacia su hija.

Entretanto, Izzy solo parece confundida. Y furibunda. Y, bueno, quizá (y solo quizá) haya un poco de preocupación debajo de todo eso. Y eso me hace dudar de, si en el fondo, no sabe de qué va esto.

La Anciana por fin llega hasta Izzy, pero no para de llorar mientras estira la mano para acunar la mejilla de su hija. Sin embargo, justo antes de que la palma de la mujer roce su cara, Isadora vuelve a perder los estribos.

Se aleja de la Anciana y grita mientras coge un par de cuchillos:

—¡Se acabó! ¡Tenéis treinta segundos para sacarme de aquí, joder! —Como nadie responde, se vuelve hacia mí—. Hostia, Grace, que lo digo en serio. Quiero volver a Londres. Ya.

Tiene en la mano el mango de un puñal, y a mí se me ha subido el corazón a la garganta mientras alcanzo mis hilos esmeralda y platino de forma instintiva. Estoy entre la diosa del orden y la sanguinaria de su hija, a la que perdió hace muchísimo tiempo, y solo puedo pensar en que somos parientes. Son la familia que no sabía que tenía. La Anciana es mi tía abuela, aunque mi abuela diga que no se puede confiar en ella. Izzy es mi tía segunda, y todo el mundo sabe que en ella sí que no se puede confiar. Pero lo único que quiero ahora mismo es que todo el mundo se calme de una vez y que Izzy deje de lanzar cuchillos para que escuche lo que tenemos que contarle.

Sin embargo, cuando hunde la mano en un bolsillo invisible y saca una hoja de metal afilada, resulta más que evidente que todo este tema no le interesa lo más mínimo. Suelto un grito ahogado, asustada por lo que pueda hacer con ella, pero de pronto la hoja se transforma en una margarita. La vampira lanza un gruñido de frustración y busca otra, pero esta se convierte en una flor de un color rosa palo.

Esta vez Isadora suelta un grito atronador, con los colmillos a la vista y todo, que hace que un escalofrío me recorra la espalda y que cada vez esté más cerca de tocar mis hilos platino y esmeralda.

—¡Como vuelvas a hacerlo te mato! —le grita a Remy.

Pero ni siquiera tiene que molestarse en coger un cuchillo porque, esta vez, todos se convierten en flores: dalias, peonías, lirios, rosas, margaritas... Todas brotan de la ropa de Isadora y del suelo bajo la atenta mirada de Remy. La habitual sonrisa socarrona del brujo ha desaparecido y, en

su lugar, veo una intensidad que es imposible pasar por alto.

—Llévame a casa —me exige—. O me llevas a casa o te prometo que...

Y solo puedo imaginarme lo asustada que debe de estar en este momento, todas las emociones que debe de estar sintiendo y todas las preguntas que deben de estar agolpándose en su mente.

Me muerdo el labio mientras pienso cuál es el próximo paso. Ya hemos hecho lo que habíamos venido a hacer: hemos cumplido el trato de la tía Rowena. Podríamos irnos, como quiere Izzy, y llevárnosla lo más lejos posible de aquí. Pero ¿de verdad es lo que quiere la chica? ¿Es lo que necesita? El resto todavía no conoce su historia, pero yo sí, y no me apetece acabar siendo otra persona más que ni se molesta en, al menos, intentar ayudar. Vale, sí, al final es posible que Isadora sea la malvada máquina de matar que Cyrus crio, pero todavía albergo esperanzas de que, como le pasó a Hudson, Izzy solo necesite que alguien crea que vale la pena luchar por ella. Que ella quiere una vida diferente.

—¿Podrías callarte y escuchar a alguien por un segundo? —pregunto, y creo que nunca he estado tan exasperada en mi vida—. Isadora, te juro por Dios que un día de estos vas a tener que dejarte de tanto lanzamiento de cuchillo y permitir que alguien hable contigo de verdad.

—O ese alguien tardará mucho y le cortaré la lengua —replica ella.

—¿Y para eso vas a usar una peonía? —pregunta Hudson desde el rincón en el que está, apoyado sobre una de las

columnas del enorme porche que rodea toda la casa—. ¿O te vale una margarita?

—Mira... —Izzy empieza a ir a por él, con las garras metafóricas a la vista esta vez, pero me interpongo con firmeza en su camino. Después de todo, Hudson no es el único en esta relación que tiene un instinto protector.

—Izzy, tu madre no está muerta —digo cuando sé que tengo toda su atención—. Cyrus te mintió. Esta mujer, la Anciana, es tu madre.

Isadora estaba lista para gritarme otra vez; o, mejor dicho, estaba lista para echárseme encima. Pero cuando procesa lo que acabo de decir, da un paso hacia atrás. Deja de resistirse y me mira a mí, después a la Anciana y de nuevo otra vez a mí. Pasan unos segundos eternos, y supongo que está intentando comprender lo que le acabo de contar. Y lo entiendo.

Macy todavía está lidiando con el hecho de que su madre llevase todos estos años encerrada, que no la abandonó. No me puedo ni imaginar lo que se debe de sentir al pensar que tu madre está muerta y descubrir que en realidad sigue viva.

Al final, justo cuando estoy a punto de decirle algo más, Izzy se vuelve hacia la Anciana y pregunta:

—¿Es eso verdad?

—Sí —asiente la Anciana—, soy tu madre. —Y vuelve a echarse a llorar—. Lo siento, lo siento muchísimo, Isadora.

Pero a Isadora le da igual. Se aleja de la Anciana como si temiera que la mujer fuese a prender su cuerpo en llamas.

—Tengo que irme de aquí. —Me fulmina con la mirada y añade—: Tienes que dejarme marchar.

—Espera —dice la Anciana, y le tiende una mano a su hija, pero es en vano—. Por favor, deja que...

—¿Qué, a ver? —pregunta Isadora en un tono mordaz—. ¿Que te expliques? ¿Qué hay que explicar salvo el hecho de que me entregaste a Cyrus para que él me criara?

—Eso no es verdad. Cyrus me dijo que habías muerto, que mi hermana había matado a su propia hija, lo cual te mataría a ti también, y lo creí, porque... —Niega con la cabeza—. Porque fui una ingenua, y estaba triste, y necesitaba a alguien a quien echarle la culpa de no tenerte entre mis brazos.

—Qué historia tan bonita —suelta Izzy alzando la barbilla —, pero si de verdad pensabas que estaba muerta, ¿por qué enviaste a esa bruja a la Corte Vampírica a buscarme?

—Porque cuando Rowena se presentó en esta casa, buscando un té especial con el que esconder los poderes de una gárgola, supe que entonces la hija de Alistair y de mi hermana había sobrevivido. Que ese bebé tenía que ser su nieto, o algo así.

»Y si así era, si la hija de mi hermana había sobrevivido, entonces la mía también. —Se calla un momento, con la mirada desenfocada mientras las lágrimas todavía le recorren las mejillas. Pero, al final, logra continuar—: Lo que le pasa a una, le pasa a la otra, y eso es aplicable a todos los aspectos de nuestra vida. A todos los aspectos del caos y el orden. Y por eso le di el té. Y le exigí un favor a cambio: que te encontrara. Sabía que si me presentaba en la Corte Vampírica solo te pondría en peligro. Y era lo que menos quería.

—¿Y se supone que eso tiene que impresionarme? —dice Izzy bostezando—. Porque ni de lejos.

Espero que la Anciana se ofenda ante las palabras de la chica; la última vez que estuvimos aquí descubrí que no es difícil ofenderla, pero solo parece más triste, si acaso eso es posible.

Noto que me estoy ablandando con la mujer, pero entonces recuerdo algo sumamente importante: mi pueblo se está muriendo porque ella ayudó a Cyrus a envenenarlos.

—Sabes que la Sangradora nunca secuestró a tu hija, ¿verdad? —Pronuncio las palabras con una dureza mayor de la que pretendía, pero, al hacerlo, me niego a retirar lo dicho.

La Anciana no contesta, por supuesto. No hay defensa posible ante la verdad.

—Cyrus fue quien te robó a tu hija. La necesita para convertirse en un dios, y no puedo impedírselo sin el Ejército Gargólico.

La mujer sigue sin decir nada; ni una sola palabra sobre lo que hizo o por qué lo hizo, pero no espero que hable. No es que le vaya mucho el tema de la responsabilidad individual y tal.

Aun así, no me ha mandado callar, y eso no es poco. Por eso aprovecho la única ventajita que tengo, y digo:

—Y no puedo conseguir la ayuda del Ejército a menos que los descongele, cosa que no conseguiré hacer hasta tener el antídoto para el veneno. El veneno que tú le diste a Cyrus. —Espero que me ofrezca su ayuda, pero eso no ocurre. Me observa con una mirada que es más vieja que el mundo que habitamos—. Por favor —le pido cuando su silencio continúa

—. Danos el antídoto. No puedo permitir que mi gente muera. No puedo.

—Nunca fue mi intención —susurra la mujer, y por un segundo parece que hay honestidad en sus palabras. Se deja caer sobre los peldaños del porche, y se ve pequeña y frágil en comparación con los anchos escalones—. Confié en él. Le creí cuando me dijo que ella había preferido matar a mi hija en vez de consentir que Cyrus tuviera el poder de un semidiós para gobernar. Y quise que pagara por lo que había hecho.

Se queda observando a lo lejos con la mirada perdida, pero se vuelve hacia la tía Rowena, quien está apoyada sobre Flint; o, mejor dicho, el fuerte dragón la está ayudando a mantenerse en pie.

—Perdóname. Sé lo que se siente al pasar tantos años sin tu hija, y mi intención no era que sufrieras la misma maldición que yo.

Las lágrimas se agolpan en los ojos de Macy y de la tía Rowena, pero ninguna dice nada. Solo desvían la mirada, y quién podría culparlas. Lo que les hizo la Anciana fue vil y cruel.

La Anciana se vuelve para hablar conmigo.

—Te pareces muchísimo a tu abuela.

Hostia. Vale. No esperaba que me dijera algo así. Ni siquiera tengo claro que sea un cumplido, dado que la Sangradora ha sido quien la ha mantenido encerrada en esta isla durante mil años.

Pero entonces la mujer sonríe y continúa:

—Veo que por fin se están desarrollando todos tus poderes divinos, si bien todavía te queda un largo camino

por delante. —Entonces señala a Izzy—. Aunque lo de las flores ha estado muy bien.

Las cejas me salen disparadas.

—No he sido yo —niego, y señalo a mi izquierda—. Ha sido Remy.

—Eh, *cher...* —dice el brujo arrastrando las palabras—. Odio tener que decírtelo yo, pero preferiría que me clavase un puñal en el corazón a arriesgarme a cabrearla con ese truquito y que me pegue otra patada en las gónadas.

Entonces, como si recordasen el dolor de lo ocurrido, todos los tíos del grupo se estremecen.

—Pero... ¿cómo? —pregunto. Vale, sí, me he acercado al hilo esmeralda en aquel momento, pero no lo he tocado.

La Anciana me mira con astucia.

—¿Cassia no te ha contado que la magia del caos trajo al mundo a la Madre Naturaleza? Y, claro está, tú formas parte de esa magia, como ella.

—¿La Madre Naturaleza? —repito con incredulidad; es que..., venga ya. A ver, en serio. Miro a Hudson para ver qué opina él de todo esto, pero parece haberse quedado tan atónito como yo.

—Tenemos que irnos —indica Jaxon, y da un paso al frente —. ¿Vas a darle a Grace el antídoto para salvar a su Ejército o no? Mañana mi padre pasará a la acción y me gustaría darle una paliza a ese cabrón antes de que se convierta en un dios.

—Eso, eso —afirma Hudson.

—No lo hará —dice Remy mientras los ojos se le arremolinan de forma siniestra.

—¿No puedes o no lo harás? —le pregunto a ella.

—¿Acaso importa? —Es su respuesta y, al instante, una mujer de acero reemplaza a la frágil mujer que estaba sentada en las escaleras del porche. Alza la barbilla al tiempo que se yergue cuan alta es—. No tengo el antídoto, pero, si lo tuviera, no te lo daría. Quiero que Cyrus se convierta en un falso dios. Es la única forma de asegurarme la mayor de las venganzas por haberme arrebatado a mi hija, y sabrá lo que es la ira de una verdadera diosa cuando haya acabado.

Vaya..., esa es la mayor gilipollez que he oído en mi vida.

—¿Sabes cuántas mujeres poderosas quieren vengarse de Cyrus? Joder, ya solo Delilah te ayudaría a arrancarle los huevos con una cuchara oxidada hoy mismo. —Niego con la cabeza—. Si todas las personas que odiamos a ese capullo aunáramos fuerzas, podríamos acabar con...

La Anciana me mira con desprecio.

—Jamás me aliaría con esa mujer. No necesito que nadie trate de vengarse por mí. Soy la diosa del orden, y haré que ese vampirucho se arrepienta de haberme traicionado hasta que el sol se apague.

Aumenta el tono de voz con cada palabra que pronuncia, y ahora tiene el pelo flotando alrededor de la cara; los mechones de diferentes colores reflejan la luz de la luna y crean miles de prismas de luz, que refulgen de tal forma que toda la isla acaba bañada por su brillo. Sus ojos resplandecen con un siniestro centelleo azul y, cuando levanta las manos, todas las plantas y árboles que hay en la isla empiezan a marchitarse y descomponerse. Las cortezas y las hojas se convierten en cenizas y se alejan flotando en cuestión de segundos, y cada piedra se derrite hasta

convertirse de nuevo en arena, hasta que lo único que queda es una blanca playa prístina que se extiende a más de un kilómetro y medio sin una sola mácula.

Tras esa pequeña demostración la Anciana baja las manos y recupera el color normal de sus ojos; el pelo le cae sobre los hombros como si la brisa que se acababa de levantar hace apenas un minuto no fuese más que un espectro.

Izzy tiene los ojos abiertos como platos mientras observa a su madre y lo que esta acaba de hacer con un simple pensamiento. A su vez, Remy tiene la mirada clavada en Izzy, y Calder lo observa a él. El resto también parece haberse quedado sin palabras.

Bueno, no todes. Hudson se muestra indiferente, se encoge de hombros y dice:

—Estupendo. En fin, que disfrutes de las sombras de la isla. —Un comentario que provoca la risa de Flint porque, sí, acaba de reducir todos los árboles a ceniza—. Grace y yo tenemos un Ejército al que salvar y un capullo al que derrotar. —Se vuelve hacia Remy y hace un ademán justo delante de él—. Remy, si no te importa…

—Claro —contesta el brujo con una enorme sonrisa en el rostro. Entonces mueve la mano y crea dos óvalos diferentes en el aire… y, con un destello, se abren dos portales.

—¿Cuál me llevará a la Corte Vampírica? —quiere saber Izzy.

—El de la derecha. —El brujo enarca una ceja—. ¿Es que tienes prisa?

Isadora no se molesta en contestar, solo nos hace la peineta (a él y al resto) mientras se acerca a dicho portal.

Mis amigues y yo también tenemos prisa; muchísima, además. Pero aun así me incomoda dejar que Izzy se vaya de esta forma, sobre todo cuando hace un momento me he sentido tan unida a todo y a todo el mundo. Y creo que nunca he visto a alguien más aislado del resto del mundo que Izzy; bueno, salvo quizá los otros dos hermanos Vega.

Es posible que ese sea el motivo por el que me coloco justo delante del portal antes de que lo atraviese, aunque sé por experiencia que no le va a sentar bien.

—Apártate —me gruñe.

—No tiene por qué ser así —respondo—. No tienes que volver con él y con toda la mierda que espera que hagas.

—No tienes ni idea de cómo es mi vida —espeta mientras intenta apartarme de un empujón, pero yo me mantengo firme.

A veces no viene mal ser capaz de transformarte en una estatua de miles de kilos cuando te apetece; y, desde luego, no viene nada mal la capacidad de transformarte a medias, para que así sea más que evidente que nadie me va a mover hasta que yo quiera.

—Tienes razón, no lo sé. Pero en la Corte no tienes más que un padre solo de boquilla. Aquí, si quieres, en nosotros tienes una familia. Dos hermanos, una madre, una so- sobrina segunda... —Vacilo un poco con las últimas palabras, pero eso no quita que no sea verdad—. Y no somos los únicos —continúo mientras miro a Macy, Flint, Remy, Dawud, Mekhi, Calder y Eden—. La familia no la decide la sangre. Aquí todes sabemos todo el daño que os ha hecho Cyrus. ¿No crees que ya va siendo hora de que los

Vega recuperéis el poder? ¿De que reivindiquéis una nueva familia?

Hudson da un paso adelante, y espero que haga un comentario burlón como tiene por costumbre. En cambio, y por primera vez en mucho tiempo, se arranca la tirita de un tirón y nos deja ver lo que hay debajo. Incluyendo los ligeros trocitos rotos que tanto duelen.

—No tienes por qué dejar que se lleve otra parte de ti —le dice a su hermana—. De hecho, no tienes por qué darle nada de nada.

—Nadie me quita nada que yo no quiera que tengan —replica ella.

—Nadie sabe mejor que yo lo mucho que te quitará —continúa mi compañero, haciendo caso omiso de las palabras de su hermana—. Pero lo único que tienes que hacer es no cruzar ese portal. Quedarte aquí con tu madre o... —señala el otro portal, aunque no le dice adónde nos llevará— venir conmigo y el resto. Tú decides.

Por un momento creo que lo va a hacer. Creo que va a decir: «A tomar por culo Cyrus y el gran montón de mierda por el que nos está haciendo pasar».

Pero al final eso no pasa. En su lugar, mira a Hudson con desprecio y dice:

—Te crees muy listo. De verdad piensas que vais a ganar, ¿no? —Entonces me fulmina con la mirada—. Sea cual sea el plan que no queríais que escuchara en la Corte congelada, quiero que sepáis una cosa. Él ya ha ganado. Pero no habéis prestado la suficiente atención para verlo.

Con esa afirmación, que me hiela la sangre, se vuelve hacia Hudson y Jaxon, y espeta:

—Gracias, pero creo que prefiero quedarme en el bando ganador.

Y en ese momento atraviesa el portal.

117

Pelo para hoy,
hambre para mañana

—Y esa era la señal para que os marchéis —dice Remy alargando la «y». Hace un gesto hacia el otro portal mientras se pone delante del que lleva a la Corte Vampírica —. Nos vemos enseguida. —Y lo atraviesa.

Jaxon y Hudson se mueven para seguirlo, pero se les cierra en las narices.

—¿Deberíamos preocuparnos? —pregunta Jaxon.

Hudson levanta una ceja.

—¿Por Remy o por Isadora?

El resto nos reímos porque ha dado en el clavo. A ver, yo confío totalmente en que Remy puede apañárselas con lo que sea, pero Izzy es muy intensa, incluso con flores en lugar de cuchillos.

—Se va a poner hecha una furia —dice Macy al tiempo que migramos en grupo hacia el portal que conduce a la Corte Bruja.

—Hablas como si fuéramos a notar algún cambio —refunfuña Flint poniendo los ojos en blanco—. No es por ser

borde, pero esa chica está siempre cabreada.

—Y por «cabreada» quiere decir «rabiosa» —añade Dawud y después alza las manos como si quisiera disculparse al estilo «oye, no disparéis a le mensajere» cuando Jaxon se vuelve para mirarle.

—Tío, tiene razón —interviene Mekhi—. Estuvimos en la Corte varios días antes de que llegarais vosotros, y os juro que lo único que hacía era amenazar con matar a gente. Pero, ahora que lo pienso, lo de matar a gente iba en serio.

—Un momento. —Jaxon se detiene justo antes de entrar en el portal—. ¿Sabíais lo de mi hermana, pero no me lo contasteis?

—Sí que sabíamos de la existencia de Isadora —explica Byron—. Sabíamos que era la mascota de Cyrus, desde luego. Pero ¿que fuera tu hermana? Ni de broma. Tampoco es que os parezcáis.

—Y ¿cómo explicó Cyrus su presencia? —pregunta Hudson—. ¿Dijo que era otra sirvienta vampiro?

—Pues no sé si lo hizo, la verdad —contesta Rafael—. Cuando llegamos a la Corte ya sabían todos de ella.

—Supusimos que se trataba de una de sus nuevas mascotas y punto. Ya sabéis que cada año escoge a un par de los vampiros más despiadados para ver si vale la pena molestarse en entrenarlos como guardias.

La respuesta parece apaciguar a Hudson, aunque a Jaxon se lo ve molesto. Por supuesto, a él no lo criaron en la Corte, por lo que no sabe cómo funcionan las cosas allí. No como Hudson.

Cuando empezamos a desfilar por el portal de Remy (y no, no se me pasa por alto que su magia sea tan poderosa

que pueda mantener el portal abierto cuando ni siquiera está aquí), intento captar la atención de mi compañero. Quiero saber su opinión acerca de lo que habrá querido decir Izzy con su despedida.

Pero Hudson está contemplando con atención a Jaxon y a Flint, quienes discuten sobre cuál de los dos debería cruzar antes el portal.

—No necesito que nadie vaya detrás de mí como si fuera a tropezar en cualquier momento —escupe Flint.

—Y yo no me fío de que la Anciana no vaya a lanzarnos un rayo como despedida. Así que pasaré cuando ya no quede nadie más —anuncia el vampiro como si eso fuera decisivo.

Flint entrecierra los ojos y se cruza de brazos, y me temo que nos van a dar las uvas si no encontramos la forma de poner a estos dos en marcha.

Sobre todo cuando el dragón se cuadra de hombros y echa hacia atrás la barbilla en la pose universal de cabreo; lo cual hace que Jaxon copie su gesto mientras lo recorren olas de indignación.

Me estoy devanando los sesos mientras intento averiguar cómo solucionarlo cuando Calder ronronea:

—Y ¿qué os parece que vaya yo detrás de vosotros, potentorros? La testosterona galopante le sienta de maravilla a mi cutis.

No sé si lo dice en serio o no, pero consigue que ambos se muevan tan deprisa que chocan entre ellos cuando intentan cruzar el portal a la vez.

—¡¿Acaso he dicho algo malo?! —les grita Calder justo antes de atusarse la melena de una forma totalmente

espectacular y guiñarle el ojo a Eden, quien se está partiendo tanto de risa que apenas puede respirar.

Una vez que queda resuelto ese problema, el resto atravesamos el portal hasta el corazón de la Corte Bruja, es decir, el Gran Salón. Un día de estos juro que Remy me contará su secreto, porque nunca ha estado aquí; de momento me limitaré a agradecer que no haya rastro de los reyes. Pero sí del tío Finn, razón por la que estoy segura de que Remy ha escogido este lugar en un principio.

El tío Finn sostiene una taza de café y va de lado a lado delante del portal cuando lo cruzamos en masa. Deja escapar un gritito cuando ve a la tía Rowena en brazos de Hudson y se apresura a cogerla.

—La habéis liberado —dice mientras mira al grupo—. La habéis liberado de verdad.

—Te dijimos que lo haríamos —dice Jaxon. Suena un tanto arrogante, pero lo conozco lo suficiente para atisbar el brillo de emoción en sus ojos. Está casi tan contento como yo de que hayamos conseguido rescatar a la tía Rowena.

—Es cierto —contesta el tío Finn y también hay emoción en su rostro a medida que nos contempla a todes—. Sé que las últimas semanas desde la graduación han sido terribles, pero ¿puedo deciros lo tremendamente orgulloso que estoy de todos y cada uno de vosotros? Y lo orgulloso que estoy de haber podido ser vuestro director. Los hombres y mujeres en los que os habéis convertido... —Niega con la cabeza e incluso acaba disimulando un par de sollozos—. No podría haber pedido más para ninguno de vosotros. Sois fenomenales, de verdad.

—Tienes razón, lo son. —La tía Rowena descansa la cabeza en su pecho cuando ella también nos mira une a une a los ojos. Se detiene al llegar a mí, con una amplia sonrisa en su rostro demasiado delgado y extiende una mano para darme un apretón en el brazo—. Gracias, Grace. Por todo.

—Creo que soy yo la que tendría que darte las gracias —le respondo, y canalizo un poco de magia de la tierra a través de su mano. No es mucho, pero percibo cómo le vuelve un poco de color a las mejillas y me sonríe para agradecérmelo. Lo cual solo consigue que me dé una punzada de dolor en el pecho y que la culpa me revuelva el estómago. No estaría así de enferma si no hubiera ayudado a mis padres a esconder a mi gárgola.

—No tienes por qué, cariño —indica y después mira al tío Finn—. ¿Tienes habitaciones preparadas? Estoy segura de que querrán ducharse y comer algo.

Estoy bastante segura de que oigo cinco de nuestros estómagos rugir en el momento justo en el que menciona la comida, y el tío Finn se ríe.

—Creo que podemos solucionarlo. —Mira a los vampiros —. Y habrá para todos. ¿Qué os parece?

Asiento. La Corte no fue lo que se dice cordial la última vez que estuvimos de visita, pero les acabamos de devolver a sus hijos. Eso debería comprarnos al menos unos *nuggets* de pollo y una cama cómoda.

—Suena genial —asegura Mekhi, y comienza a seguirlo hacia el recargado pasillo que lleva a las habitaciones de invitados.

Cuando Mekhi y Jaxon se dirigen a sus cuartos, escucho en silencio su debate acerca de las ventajas de la sangre 0

positivo contra la 0 negativo. Eden, Rafael y Dawud juegan con un trozo de papel doblado en triángulo mientras esperan la comida. Flint le toma el pelo a Byron y le cuenta que su nueva prótesis mágica puede hacerlo correr más deprisa de lo que se desvanece él; es una broma amistosa ante la cual Byron se ríe y le dice que eso son palabras mayores. A su lado, Macy intenta lanzar M&M's a la boca de Calder, pero tiene tan mala puntería que esta acaba devolviéndoselos hasta que ambas acaban partiéndose de risa.

Es un momento agradable, un momento de cotidianidad en medio de toda esta destrucción; y mientras observo a mi grupo, no puedo evitar preguntarme quién faltará la próxima vez que nos juntemos. Y le pido a Dios que no permita que falte nadie.

Aquí sentades están mis amigues, mi familia, que se ríen, se toman el pelo y se quieren. No puedo perderles. No puedo perder a ningune.

Y aun así les estoy pidiendo lo imposible, que hagan algo que Tess ha dicho sin rodeos que nadie ha conseguido antes. Y han dicho que sí.

Se me cae el alma a los pies al pensarlo y al darme cuenta de que van a competir mañana en las Pruebas solo porque yo se lo he pedido. Porque confían en mí y me quieren tanto como yo les quiero y confío en elles. Y porque siempre han creído en mí cuando les he dicho que podíamos ganar.

Pero ¿y si no podemos?

¿Y si me equivoco?

¿Y si estoy haciendo que vayamos a una muerte segura porque soy demasiado orgullosa para admitir que Cyrus ya ha ganado y que todo esto es culpa mía? ¿Tan desesperada estoy por salvar a mi pueblo y subsanar mi error que me he convencido a mí misma, a mi grupo, de que somos lo bastante fuertes para ganar?

¿Y qué pasa si no lo somos?

118

Maldiciones y abrazos

El alumnado del Katmere se ha apropiado de casi todas las habitaciones de invitados mientras esperan a que sus padres los recojan, así que el tío Finn nos ha hecho compartir habitación por parejas. Y, como es el tío Finn quien elige, eso significa que compartiré cuarto con Macy y no con Hudson, lo cual echa al traste mis planes de acorralarlo para mantener una conversación.

Pero está guay volver a pasar el rato con mi prima, aunque me percato de que Macy ha cambiado desde que se ha enterado de que sus padres llevan toda su vida mintiéndole. La jovial inocencia de mi prima siempre ha sido contagiosa desde el primer día que puse un pie en el Katmere. Ha sido el faro que me guiaba en las aguas tormentosas, siempre indicándome cómo volver a la costa a salvo.

No obstante, al ver cómo abre los cajones de golpe y rebusca en su mochila, me doy cuenta de que se ha apagado un poco de esa luz que tenía. Por primera vez desde que la conozco, parece la representación de una cita

de F. Scott Fitzgerald con la que me obsesioné en el penúltimo año de instituto: «Las puertas se habían cerrado, el sol se había puesto, y la única belleza que quedaba era la belleza gris del acero que resiste al tiempo. Incluso el dolor que podía haber sentido había quedado atrás, en el país de la juventud».

No dejo de centrarme en lo mucho que he perdido. En lo mucho que Hudson, Jaxon y Flint han perdido, y me olvido de Macy. La alegre e irrefrenable Macy, cuya burbuja ha hecho estallar esta guerra de mierda.

Se me parte el alma.

Cuando su madre llama a la puerta, me ofrezco a entrar primero en la ducha para que puedan pasar unos minutos a solas. Por lo que parece, la tía Rowena no quiere separarse de Macy ni un instante, y es evidente que el sentimiento es mutuo. Aun así, me alegra que se haya ausentado un rato para ver a los sanadores de la Corte. Ya tiene muchísimo mejor aspecto que cuando nos la encontramos en la mazmorra. Y ahora que mi tía puede hablar, Macy y su madre tienen muchas conversaciones pendientes. Por eso decido que me colaré en el cuarto de Jaxon y Hudson en cuanto me haya guardado todo lo que pueda para las Pruebas.

Me paso en el baño media hora tras disfrutar de la mejor ducha que ha habido (le agradezco muchísimo a Macy lo que hizo en mi habitación de la Corte congelada, pero no tiene ni punto de comparación con la fontanería moderna), y al salir veo a la madre de Macy sentada en la cama con una gran maleta de cuero junto a ella.

Macy está al otro lado de la cama, con una preciosa caja de terciopelo y una bolsita roja.

—¿Qué estáis tramando? —pregunto, y me acerco para ver mejor.

—Estamos guardando un par de runas que creo que nos podrían venir bien en las Pruebas —contesta mi prima. Bajo la mirada y observo cómo organizan sobre el edredón una gran variedad de piedras con símbolos grabados en la superficie lisa.

Me duele el pecho al recordar la bolsita de runas similares que mi padre me dejó antes de morir. El tío Finn las guardó a salvo en su cuarto para dármelas más tarde, pero ahora seguramente estarán enterradas bajo el peso de los escombros que antes eran el Katmere, y jamás volveré a verlas.

—¿Qué es eso? —pregunto, y señalo una runa en particular; me he llenado de curiosidad al observar las preciosas líneas que la recorren.

—Malaquita —responde la tía Rowena con una sonrisa—. Es de mis favoritas.

—Fortalece a su dueño —explica Macy— y ayuda a manifestar el cambio, así que he pensado que nos podría ser útil en las Pruebas.

—El ojo de tigre también sería una buena elección —aconseja mi tía, mientras señala una piedra marrón con varias vetas de color dorado.

—Esa protege. —Recuerdo esa piedra, pues estaba junto a la que le di a Jaxon cuando se le estaba muriendo el alma. Nunca hemos hablado del tema, pero siempre he esperado

que la hubiese guardado incluso después de que Nuri le diese su corazón.

—Eso es, Grace. —Mi tía sonríe—. Además de poder individual, algo que nunca os sobrará.

Macy y yo asentimos con energía, de acuerdo con sus palabras.

Nos pasamos un ratito más eligiendo piedras antes de que la madre de Macy abra la maleta que tiene en su lado de la cama. Macy echa un vistazo para ver qué guarda en su interior y, después, pega un chillido de alegría.

—¡Mamá! ¿Eso son…?

—¿Las pociones de Viola? —termina la tía Rowena—. Pues sí, son sus pociones, queridísima hija.

—¿Y nos deja llevárnoslas? —Macy parece tener dudas al respecto.

—Ha dicho que podéis elegir tres que creáis que vayáis a necesitar y que, después, yo puedo elegir una más.

—¿Así que nos llevamos cuatro? —Macy tiene los ojos abiertos como platos—. Es la primera vez que deja que alguien se lleve tantas pociones.

—Creo que es porque se ha puesto contentísima con mi vuelta —le dice mi tía—. Y también está algo preocupada por protegeros de…

Entonces, la sonrisa que lleva toda la noche en el rostro de mi tía flaquea, pero la recupera en apenas unos segundos.

Aun así, Macy rodea la cama para abrazarla.

—Todo va a salir bien, mamá, te lo prometo.

—Lo sé —responde la tía Rowena, aunque no destila tanta seguridad como pretende. Pero quién puede culparla. No

puedo evitar pensar que me estaba creando falsas esperanzas al creer que íbamos a superar las Pruebas y liberar al Ejército Gargólico, como si fuese una tarea más que debemos completar. Porque, cuanto más se acerca la hora de las Pruebas Imposibles, más ganas me entran de salir corriendo por patas y huir bien lejos.

No voy a hacerlo, pero es lo que querría. Bueno, siendo más específica, es lo que querría decirle al resto que haga. Yo soy la reina gárgola, y es mi obligación presentarme a las Pruebas y hacer todo lo que pueda para ganar las Lágrimas de Eleos y salvar a mi Ejército, aunque crean que los he traicionado. Pero eso no implica que la gente a la que quiero tenga que acompañarme. En serio, me pondría supercontenta si me dejaran hacerlo sola si así me aseguro de que estarán a salvo.

—Bueno, ¿qué pociones debo elegir? —pregunta Macy con un toque extra de intensidad; estoy convencida de que intenta deshacerse de todo rastro de preocupación que pueda haber en el ambiente.

Tengo la sensación de que la tía Rowena quiere añadir algo más, pero al final se limita a suspirar. Y dice:

—A ver, si vais a luchar contra un adversario desconocido, la poción que toda bruja debería llevar encima es... —Rebusca en la maleta, saca varias opciones de diferentes colores y las recoloca todas antes de encontrar la que buscaba, de un tono verde amarillento, y la sostiene en el aire—. Esta.

—¿Qué hace? —pregunta Macy cogiendo la poción con sumo cuidado.

—Lo que más necesitéis —contesta la tía Rowena mientras cubre la mano de Macy con la suya y le da un achuchón.

—Ay, mamá. —A Macy se le llenan los ojos de lágrimas y creo que se va a apartar. Pero entonces se acerca a su madre y entierra el rostro en el hombro de ella, mientras la abraza como si con este abrazo pudieran recuperar todos los que se han perdido durante estos años.

—Lo siento muchísimo —susurro, porque desde que vi a mi tía en el suelo de la mazmorra siento la necesidad de disculparme con ellas—. Nada de esto habría pasado si no hubieses tenido que ir a por ese té para mí...

119

Nadie es de piedra,
ni siquiera una gárgola

—No te disculpes —me pide la tía Rowena—. Todos hemos aportado nuestro granito de arena para llegar a este punto. Yo estaba allí cuando tu madre, tu padre y nuestro aquelarre acudieron a la Sangradora para pedirle que nos ayudara a crear una gárgola. Aunque pensamos que habíamos fracasado, todos nos sentimos entusiasmados cuando tus padres descubrieron (años después) que había funcionado. En ti. Soy tu tía y era la mejor amiga de tu madre. Fue un honor ayudar a protegerte.

Sus palabras hacen que las lágrimas sin derramar me ardan en los ojos y empiezo a darme la vuelta. Quizá debería estar enfadada porque ayudó a mis padres a ocultarme una parte esencial de lo que soy durante toda mi vida. Pero no puedo. No cuando veo a mi tía con los hombros todavía encorvados tras años de tortura mágica por haber intentado hacer lo que ella y mis padres consideraron mejor para mí: tratar de esconderme de Cyrus tanto tiempo como pudieron. Ha sufrido suficiente.

La tía Rowena extiende los brazos y me dice:

—Ven aquí, Grace.

Me lanzo sin dudarlo.

Cuando me envuelve a mí con un brazo y a Macy con el otro, tengo que luchar con todas mis fuerzas para no venirme abajo. Porque es una sensación realmente maravillosa volver a estar entre los brazos de una madre después de tanto tiempo. No creo que supiese lo mucho que lo necesitaba (o que lo añoraba) hasta que el abrazo de mi tía me ha hecho sentir segura de una forma en la que no me he sentido en muchísimo tiempo.

Cuando me aparto, la tía Rowena me sonríe y me acaricia con cariño la mejilla antes de hacerle lo mismo a Macy.

—Os habéis convertido en unas jovencitas fuertes, poderosas y hermosas mientras yo estaba fuera —dice en voz baja—. Estoy muy orgullosa de vosotras.

—Ni se te ocurra llorar, mamá —le advierte Macy—. O acabaré llorando a mares y no tenemos tiempo para eso.

—Tienes razón —contesta la tía Rowena antes de volverse hacia mí—. De todas formas, tengo que hablar con Grace.

—Vaya, eso no suena inquietante, qué va —le digo con una sonrisa.

—Supongo que lo inquietante pasó hace ya mucho —responde ella—. Esto solo consiste en rellenar los huecos en blanco con información que Finn no te habrá contado por cauteloso. —Niega con la cabeza—. Os lo juro, ese hombre no quiere más que protegeros de todo a cada una de vosotras.

Como eso suena a algo típico del tío Finn, a quien llevo intentando sacarle información con sacacorchos desde que

llegué al Katmere, no me esfuerzo por defenderlo. En vez de eso, pregunto:

—¿Qué es lo que no me ha contado?

—Bueno, supongo que no sabías que le pedí a la Anciana el té que mantenía a tu gárgola oculta, ¿verdad? —Asiento —. Tienes que comprender que la magia no está hecha para quedarse encerrada en una caja durante mucho tiempo. Siempre fue nuestra intención que asistieras al Katmere, que empezaras allí tu entrenamiento bajo la protección de Finn y los demás, cosa que te proporcionaría el apoyo y la protección necesarios para explorar lo que significa ser la primera gárgola en mil años. Aunque creo que, a raíz de mi desaparición, todo el mundo se volvió más cauto y decidieron mantenerte oculta durante más tiempo.

Dejo escapar un suspiro. Que mis padres no hubieran tenido la intención de esconderme algo tan fundamental sobre mí misma durante toda mi vida (cosa que admito que he sopesado como posibilidad) me quita un peso de encima con el que no sabía que estaba cargando.

—Pero ahora que me he enterado por la Anciana de que eres la nieta de la diosa del caos, bueno... Eso cambia las cosas, Grace. —Me mira fijamente a los ojos—. El té también habría guardado bajo llave esa parte de tu naturaleza. Y la magia del caos es... antigua. Poderosa. Y sin duda alguna estará enfadada porque no la hayan liberado. Un día será más fuerte que tu lado de gárgola y tu lado humano, y eso podría resultarte aterrador.

Sus palabras hacen que se me cierre el estómago. Estoy acostumbrada a mi gárgola, de hecho me gusta, pero ¿todo este rollo de la semidiosa? La verdad es que no me acaba

de convencer. Quizá sea porque estuve a punto de matar a todo el mundo con el hilo esmeralda en la cueva de la Sangradora; quizá sea porque ni la Anciana ni la Sangradora son el tipo de persona que quiero ser. O quizá sea porque me da miedo y ya.

Me da miedo el poder. Me da miedo la responsabilidad. Me da miedo volver a convertirme en otra criatura una vez más. Algo diferente. Algo que no creo que llegue a comprender jamás.

—¿Qué hago? —me obligo a mí misma a preguntar aunque no quiero saber la respuesta, y sé que Hudson estaría muy orgulloso de mí ahora mismo.

—Esa clase de magia antigua pasada de madre a hija no se mantendrá al margen para siempre... y eso es bueno. No la retengas, Grace. Acéptala. Abrázala. Aprende a manejarla de la forma en la que se debe manejar.

El estómago se me revuelve todavía más, intensifica la ansiedad que tanto me estoy esforzando por controlar. Respiro hondo, hago todo lo que puedo por ignorar los nervios que me recorren la columna a saltos.

«Solo es una conversación», me digo a mí misma mientras la tía Rowena continúa hablando. Solo una conversación. No hay nada inamovible. Ni siquiera yo, gárgola o no.

—No sé si voy a ser capaz —le confío con toda sinceridad —. Es difícil de controlar y no quiero armar ningún lío. Y desde luego no quiero hacerle daño a nadie.

—Rendirte ante el poder que mora en tu interior puede ser aterrador, cariño, pero solo entonces somos capaces de ver en quiénes podemos convertirnos en realidad. Y tú, mi

querida sobrina, eres capaz de mucho más de lo que sabes. Abraza toda tu magia y deja que ella te devuelva el abrazo —me dice—. Además, a veces sembrar un poco el caos es justo lo que necesitas.

—Yo no... —Me callo cuando el miedo me aprieta la garganta y me impide respirar.

—No pasa nada —me asegura la tía Rowena cuando extiende la mano para darme palmaditas en la mía—. No pretendía disgustarte.

—No lo has hecho —contesto, aunque no es del todo cierto. Pero no es culpa suya que no pueda controlar mis habilidades, y desde luego no es culpa suya que no pueda asimilar todas las diferentes facetas de mí misma.

No parece creerme, pero no dice nada más. Me da la mano y admira el tatuaje que me sube hasta el codo. Comienzo a hablarle de él, sobre lo que puede hacer y por qué lo tengo, pero debe de saberlo.

Porque, en vez de preguntarme al respecto, me pone una mano sobre él y cierra los ojos. Segundos después noto una amable calidez que me recorre la piel y, cuando bajo la mirada, el tatuaje vuelve a brillar. No de la forma en la que lo hace cuando canalizo magia de alguien, pero algo está ocurriendo, eso está claro.

Mi tía debe de percibir la duda en mis ojos, pero se limita a sonreír.

—Un empujoncito mágico nunca viene mal —me dice y me da un apretón en la mano—. Nunca sabes cuándo vas a necesitarlo.

Y de repente vuelvo a estar pestañeando para contener las lágrimas. Mi tía se parece muchísimo a Macy; es tan

generosa, amable y dispone de tal inteligencia emocional para comprender qué mueve a los demás que eso me hace sentir incluso peor porque haya pasado todos esos años encerrada en la mazmorra de Cyrus. Todos esos años separada de una familia que la quiere y del mundo que, incluso ahora, se esfuerza tantísimo por convertir en un lugar mejor.

—Gracias —susurro cuando consigo que las palabras pasen entre las lágrimas que me atascan la garganta—. Por todo lo que has hecho por mí.

—Ay, Grace. —Me envuelve con ambos brazos y me sostiene en un largo abrazo—. Ardo en deseos de ver cómo despiertan todas las partes de tu ser. La humana, la gárgola, la semidiosa..., y por supuesto, la bruja.

—¿La qué? —pregunto con confusión en la voz.

—La bruja. No olvides qué era tu padre. —Ella señala con la cabeza las runas que todavía no he metido en la mochila —. La magia te corre por las venas.

—No creo que eso sea cierto. No puedo hacer magia, no en la forma en la que puede Macy. No en la forma en la que tú y el tío Finn podéis. Solo hago lo que mi gárgola me permite...

—Encendiste una vela una vez, ¿te acuerdas? —informa Macy.

—Sí, pero no fui yo en realidad. Fue Hudson. Yo solo canalicé lo que me dio sin más...

—Hudson es un vampiro, boba. —La sonrisa de Macy le ocupa todo el rostro—. Puede que te diera un poquito de poder adicional, pero no puede hacer fuego. La vela... ¿La magia? Fue todo cosa tuya.

Y así, sin más, las lágrimas que tanto me he esforzado por contener se derraman. Porque me gusta pensar que tengo algo de mi padre en mí, algo más allá de la sonrisa y el pelo rizado que heredé de él.

Algo a lo que poder aferrarme, aunque no haya sido capaz de hacer ningún otro hechizo desde entonces.

Le pregunto a mi tía por qué no he sido capaz, pero solo se encoge de hombros.

—No lo sé, Grace. Lo único que se me ocurre es que tu gárgola anula la magia que hay en tu interior porque es inmune a ella.

—Ya, pero no anula la magia de semidiosa. —Por desgracia.

—Mamá ha dicho que la magia de la semidiosa es antigua. —Macy da una palmada—. Y la primera vez que visitamos a la Anciana nos dijo que las gárgolas no son inmunes a la magia antigua. Y eso significa...

Se calla cuando alguien llama a la puerta.

120

La runa donde sucedió

—Adelante —dice Macy.

—¡Lo has conseguido! —exclamo con una sonrisa al ver a Remy asomar la cabeza por la puerta.

—Es verdad —contesta, y finge un poco de asombro—. Aunque esa Isadora es una chica apasionada, ¿no, *cher*?

—Bueno, es una forma de decirlo —indico, y niego con la cabeza—. A ver, yo habría dicho «psicópata», pero qué más da.

—Bah, no es tan mala. Pero me mantiene en estado de alerta, la verdad.

—Y lo hará durante muchos años, ¿verdad? —Le lanzo una sonrisa traviesa, pero Remy se limita a encogerse de hombros.

—Eso ya se verá. —Con la cabeza, señala la cama en la que Macy y la tía Rowena siguen revisando las runas, eligiendo las más adecuadas—. Yo también te he traído una cosita.

Con un ademán ostentoso, se saca una caja muy ornamentada de la espalda, parecida a la que hay en la

cama, pero que me resulta mucho más familiar. Se me corta la respiración. Remy no me habría sorprendido más ni aunque se hubiese sacado un avestruz de la manga.

—¿Cómo has...? ¿Cuándo...? —Le tiendo ambas manos, temblorosas; después cojo la caja que me ofrece y me la pego al pecho.

—Sé que querías ir a por ellas al cuarto de tu tío antes de, bueno, ya sabes, antes de que todo se fuera a la mierda. Además, vas a necesitarlas.

—¿Cómo sabías que existían? —pregunto, porque tengo que preguntarlo. Sé que Remy es un brujo la hostia de poderoso, y si es verdad lo que mi tía me acaba de contar de que a la magia no le gusta estar encerrada en una caja, no quiero ni imaginarme lo poderoso que será en cuanto libere la suya. Pero esto..., saber lo del regalo de mi padre y que lo había perdido...

Remy se calla y por un instante creo que de verdad va a contestar mi pregunta. Pero, bueno, no deja de ser Remy, y al final solo me obsequia con una enigmática sonrisa burlona.

—Jaxon me ha pedido que te diga que salimos en una hora. Quiere que nos reunamos en el Gran Salón.

Cuando acaba de dar su mensaje, pone los ojos en blanco; no sé si por el nombre de la sala o por la prepotencia de Jaxon.

—Vale, bien —dice Macy con una sonrisa—. Vamos a petarlo en las Pruebas Imposibles.

—Dilo cinco veces seguidas sin trabarte —bromeo.

—Ya ves. Ya solo con el nombre... —Se estira para darle un golpecito a Remy en el brazo, pero se frena al ver que los

ojos del brujo empiezan a hacer esa cosa rara que hacen justo antes de que vaya a contarnos algo terrible.

Pero esta vez, cuando acaba, Remy no dice nada. Se vuelve para marcharse, sin ni siquiera esbozar su característica sonrisa burlona.

—Oye —lo llamo—. ¿Qué has visto? ¿Vamos a conseguir las Lágrimas? ¿Sobreviviremos todes?

Y entonces contengo la respiración, porque no tengo claro si quiero saber la respuesta a esa pregunta. Ahora, cuando no nos queda otra opción que seguir adelante con el plan, quizá no.

Por un momento no creo que vaya a contestarme. Pero al final suelta una larga exhalación y dice:

—Grace, el futuro cambia constantemente. Solo porque vea que acaba de una forma no significa que ese vaya a ser su final definitivo. —Inspira hondo y, después, admite—: Además, contarte que va a pasar algo malo podría provocar que pasara algo malo.

—¿Cómo puede ser eso? —pregunta Macy.

Remy se encoge de hombros, y procede a explicárselo.

—Igual veo que hoy te atropella un bus, así que te digo que no te pasees por la Calle J a las ocho de la noche. Y me haces caso. En cambio, ese día no vas a trabajar y, sin querer, te dejas el fuego de la cocina encendido e incendias tu casa con tu familia dentro.

Hostia, qué duro. Pero yo no pienso lo mismo, en absoluto.

—Creo que estamos de acuerdo en que es mejor tener un futuro que sufrir una muerte horrorosa en un estadio para divertimento de otras personas, Remy.

Tiene pinta de que está sopesando con mucho mucho cuidado cuáles van a ser sus próximas palabras. Al final inspira hondo y dice:

—Un líder no es un gran líder porque siempre tenga razón. Lo es porque acepta que otros tengan razón. —Mientras, yo lo miro sin dejar de parpadear, atónita—. Puedes ser una gran líder, Grace —dice, y noto algo en la suavidad de su voz que me oprime el pecho.

—Gracias, Remy —susurro un poco abrumada por su confianza en mí.

Me da un rápido achuchón antes de dar un paso atrás y, después, señala la cama con la cabeza.

—Tendremos más posibilidades con esas runas, eso seguro. —Antes de salir por la puerta, se detiene y suelta por encima del hombro—: Por cierto, le he dado a tu novio un regalito que disfrutaréis en parejita. Ya me lo agradecerás.

Y se marcha guiñándome un ojo.

121

Muere en la línea discontinua

El portal de Macy nos deja a unos tres metros de la tienda Caramelos Monstruosos en San Agustín, que tiene un aspecto incluso más ominoso en plena noche que al amanecer. Acordamos que no había tiempo que perder para participar en las Pruebas, pues solo faltan unas horas para el eclipse de la luna de sangre. Esperamos que Tess dijera la verdad cuando nos contó que las Pruebas podían empezar a cualquier hora, «día o noche».

Le echo un vistazo a Hudson, quien está de pie en la acera, y le sonrío. El regalo «que disfrutaremos en parejita» de Remy ha resultado ser un anillo que le permite alimentarse de su compañera y aun así poder caminar bajo la luz del sol. He de admitir que saber que solo le echamos la carrera al eclipse lunar y no al sol es una maravilla. Y soy una gran partidaria de que nadie vuelva a saber los detalles de nuestra vida sexual.

Pero ahora mismo, mientras observamos la parte delantera de Caramelos Monstruosos, comienzo a sentirme

como uno de esos personajes de las pelis de miedo de los que todo el mundo se burla: el que entra en la casa que da un miedo que te cagas sabiendo que está encantada y después invita a tomar el té al primer tipo que pasa con una máscara de hockey y un cuchillo ensangrentado.

O quizá solo se trate de que sé lo que nos espera ahí dentro y que eso sea lo que tanto miedo me da. Una cosa es cierta: preferiría estar en cualquier parte antes que aquí, haciendo cualquier cosa antes que lo que estamos a punto de hacer.

No obstante, como no es una opción, le doy un apretón en la mano a Hudson. No imagino a nadie mejor para que me acompañe en esto. Y no lo digo solo por su poder.

—¿Estás bien? —pregunta, esos absurdos ojos azules que tiene escudriñan mi rostro con atención.

—Si defines «bien» como «convencida de que esta es la peor idea que he tenido en mi vida», pues sí. Estoy bien —contesto.

—Sigo pensando que la peor idea que tuviste en tu vida fue formar un vínculo con Jaxon —bromea—. Pero esta está muy cerca de ser la segunda.

—Ya, porque ser la compañera de Jaxon y entrar en una competición en la que ha muerto sin exagerar cada persona que ha participado están a la par, claro que sí. —Pongo los ojos en blanco.

Hace una mueca con la cara que dice: «Quién sabe».

—La verdad es que ser la compañera de Jaxon y entrar en una competición que mata a todas las personas que participan sí que podrían estar a la par. Quizá tú seas la suertuda que consiga salir con vida de ambas.

—Oye, sabéis que estoy aquí mismo, ¿verdad? —comenta Jaxon de forma inexpresiva, y todo el mundo se ríe, lo cual rompe el hielo, tal como Hudson había planeado.

—Gente, por fin he adivinado lo que Hudson me prometió con mi anillo de compromiso. —Esbozo una enorme sonrisa por encima del hombro para el resto del grupo mientras nos siguen a Hudson y a mí a la puerta delantera de la tienda de caramelos.

Cuando mi compañero levanta una ceja en forma de pregunta, continúo:

—Me prometió venir al karaoke conmigo siempre que se lo pida.

Se ríe entre resoplidos cuando coloco la mano en el picaporte, pero no lo giro todavía. En vez de eso, me doy la vuelta y le chincho un poco más.

—¡Y vamos a hacer un dueto de *Story of my Life*, eso seguro!

Y ahora todes se parten de risa al imaginar a Hudson haciendo de Harry Styles para hacerme feliz.

—Pero ¿y si desafinas? —me pregunta.

—Aun así me querrías —contesto, y su sonrisa le ocupa toda la cara.

—Es cierto —declara—. Aunque eso no significa que vaya a ir al karaoke contigo.

—¡Oye! —Le doy un toquecito mientras me río.

Pero Remy interviene.

—Yo cantaré contigo, *cher*. —Y Hudson le lanza una mirada asesina, cosa que solo hace que nos riamos con más ganas.

Mientras cojo de la mano a mi compañero y miro la cara de todes mis amigues compartiendo este momento feliz y perfecto, me siento bendecida. Flint, Jaxon, Mekhi, Macy, Eden, Byron, Dawud, Remy, Calder y Rafael. Mi familia.

Cruzo los dedos para que no esté cerrado y después tiro de la puerta de la tienda de caramelos. Por suerte, se abre y, cuando atravesamos el umbral, rezo para poder mantener a salvo a todo el mundo.

Hudson se inclina hacia mí y me susurra al oído:

—Todes decidimos por nuestra cuenta.

Y tiene razón. Sé que tiene razón. Las actitudes derrotistas nunca han ayudado a nadie a conseguir nada. Pero, mientras contemplo todos los árboles extraños, funestos y salidos de un cuento de hadas infernal, me cuesta recordarlo, porque lo único que quiero es salir de aquí y pasar más tiempo con mis amigues sin hacer nada en especial.

A ver, sí, no podemos permitirnos perder más tiempo mientras Cyrus está, con toda probabilidad, guiando a un ejército al Katmere mientras hablamos, pero no se puede domar al corazón. Y ahora el mío quiere que nos concedan unas horas más.

Unas horas más para estar con Hudson antes de que nos perdamos el uno al otro para siempre.

Unas horas más para pasar el rato con Macy y bailar *Watermelon Sugar*.

Unas horas más para intercambiar chistes de «toc, toc, ¿quién es?» con Jaxon, volar por ahí con Flint o hacer un millón de cosas distintas con Eden, Mekhi y el resto de mis amigues.

Pero, antes incluso de que pueda hacerme ilusiones, Tess entra en la tienda desde la trastienda y sus ojos se encuentran con los míos en la distancia.

Ella sonríe con un gesto hambriento que revela unos dientes la mar de afilados, y coge un caramelo del cáliz ornamentado que hay en el mostrador de la caja.

—Empezaba a pensar que no ibais a volver —anuncia mientras juguetea con el envoltorio—. Pero aquí estáis en plena noche. Qué monos.

—Estábamos un poco hasta arriba —contesta Jaxon por mí.

Lo observa como si fuera un mosquito revoloteando alrededor de su cabeza durante unos segundos antes de volver a dirigir la mirada hacia mí.

—Entonces ¿os animáis?

Tengo que aclararme la garganta para poder pronunciar las palabras, pero contesto:

—Sí, nos animamos.

—Pues muy bien. —Busca debajo del mostrador y saca un archivador—. Tenéis que firmar unas cuantas exenciones de responsabilidad.

Me resulta tan banal que diga eso que durante un instante ni siquiera lo asimilo. Para cuando lo he hecho, Macy ya está preguntando:

—¿Quieres que firmemos una exención de responsabilidad?

—Varias, de hecho. Incluyen cosas como la muerte, una desmembración accidental o la imposibilidad de revertir hechizos mágicos. —Abre el archivador—. ¿Quién va primero?

Le echo un vistazo a mi grupo, todes parecen inquietes a la par que decidides.

—Supongo que yo seré la primera en firmar —comento y me acerco al mostrador de la caja donde espera Tess.

Pero, en cuanto llego allí, ella se ríe y cierra el archivador de golpe antes de que pueda ver lo que hay dentro.

—Os estoy tomando el pelo, quería ver si esta vez ibais en serio. ¿Quién necesita el papeleo si de todas formas lo más probable es que muráis? —Vuelve a meter el archivador debajo del mostrador y se da la vuelta—. Seguidme —anuncia dirigiéndose a la puerta por la que entramos la última vez.

—Hala. Qué maja, ¿no? —farfulla Byron entre dientes.

—Solo si *maja* y *despiadada* son sinónimos —espeta Dawud. Pero típico de elle, no se molesta en bajar la voz.

Lo cual hace que Tess se dé la vuelta y sonría con dulzura.

—No tenía pensado entrar en modo «despiadada» hasta dentro de un rato, pero si quieres podemos acelerar las cosas.

Dawud casi se atraganta con su propia lengua. Tess abre la puerta del almacén y entramos en el estadio. El suelo está hecho de tierra y hierba, casi como un campo deportivo, con enormes gradas de piedra que rodean la pista con forma de círculo perfecto. Y en el centro, sobre un pedestal de piedra, al igual que antes, se encuentra un cáliz dorado con ornamentos e incrustaciones de diamantes. Cuando vimos de forma fugaz el estadio la primera vez que visitamos la tienda de caramelos, tuve la impresión de que el campo estaba al aire libre, lo cual carecía de sentido pues

se hallaba en la trastienda de un comercio; pero, bueno, hay muchas cosas en este mundo que no tienen sentido alguno. Sin embargo, ahora que puedo ver mejor el cielo, me doy cuenta de que no lo es, ni mucho menos. Hay una especie de cúpula que envuelve el recinto y se ilumina desde el interior, cosa que le concede un aspecto casi brillante. La verdad es que es muy bonito.

—Ya decía yo. —Cuando se da la vuelta, su sonrisa es tan afilada como uno de los puñales de Izzy y su falda revolotea con cada paso que da.

Hoy está vestida de la cabeza a los pies de color carmesí en vez de negro: blusa, falda y botas del mismo color. Excepto por el cinturón arnés, que le da tres vueltas alrededor de la cintura y es el mismo de color negro que llevaba la última vez. Intento no tomarme su conjunto como un presagio de la cantidad de sangre que estamos a punto de derramar sobre el campo, pero cuesta no pensar en ello. Sobre todo ahora que, en lo que llevamos aquí fuera, las gradas han empezado a llenarse con paranormales.

—¿Cómo han sabido tantos que veníamos a hacer el desafío? —pregunto sorprendida de que se presenten en plena noche.

—Magia —dice como si fuera evidente y después me guiña un ojo—. Bueno, ¿cuántos vais a competir? —pregunta cuando la puerta se cierra a nuestras espaldas y el calor de Florida vuelve a azotarnos.

—Doce —contesto—. ¿Te parece bien?

—Claro, esa es la cantidad máxima. ¿Estás segura de que quieres que muera tanta gente? Hace mucho que no tenemos un grupo así de grande, la verdad. —Su rostro

adopta una expresión pensativa—. Lo cual, ahora que lo pienso, tampoco salió bien. —Se encoge de hombros—. En fin. Para mí doce está genial si estáis de acuerdo. —Señala las sillas que hay detrás—. Sentaos mientras preparamos la competición.

—¿Tenemos que esperar? —inquiere Dawud y atisbo los nervios en su voz.

Tampoco es que le culpe. Ahora que estamos aquí, yo también quiero quitármelo ya de encima. Estoy bastante segura de que, cuanto más esperemos, más complicado será entrar en el campo.

—Solo serán unos minutos —le explica ella, y creo que veo un atisbo de empatía en sus ojos. Pero desaparece tan rápido como ha venido, al igual que ella, cuyas botas repican en el cemento cuando baja corriendo unas escaleras increíblemente largas.

122

Seguro que te crees que se pelean por ti

Tengo el corazón en un puño mientras la veo marcharse. Y, cuando por fin llega al suelo del estadio, me vuelvo hacia el resto. Porque ni de coña podría vivir con mi conciencia si les dejo entrar en ese estadio conmigo sin, al menos, haber dicho unas palabras por última vez. Da igual lo que me hayan dicho antes.

Cuando diriges a tus amigues a una muerte segura, nunca está de más darles otra oportunidad de salir por patas.

—No tenéis por qué hacer esto. —Las palabras se escapan de mi boca antes siquiera de saber que voy a pronunciarlas. No es que tuviera planeado empezar así la conversación, la verdad (llevo los últimos cinco minutos devanándome los sesos para decidir cómo empezarla), pero bueno, ni tan mal. Es más, las palabras expresan lo que tienen que expresar.

—Grace... —empieza Macy, pero la corto levantando la mano.

—No —digo—. Necesito decirlo. Yo tengo que hacer esto —les explico mientras paso la mirada de Flint a Byron, de este a Dawud, y después a Rafael. Entonces desvío la mirada a Eden y Mekhi, luego a Remy y Calder—. Yo soy quien tomó la decisión de robarle el anillo a Chastain y dárselo a Cyrus. Yo soy quien convirtió a todo el Ejército Gargólico en piedra. Yo soy la reina gárgola, yo soy la responsable de salvarlas a todas, hasta la última que haya. Pero no es vuestro caso.

No me molesto en mirar a Hudson, Jaxon y Macy, porque ya sé qué me van a decir. Jamás me dejarían aquí tirada, como yo nunca se lo haría a ellos. Pero, si puedo salvar al resto, tengo que intentarlo. No sé cómo va a acabar esta historia, pero sí sé que sería una gran pérdida que hoy muriéramos doce personas.

—Os agradezco tanto que estéis aquí que creo que nunca podré expresarlo con palabras. En serio. Pero esta no es vuestra lucha. No tenéis por qué estar aquí. No pensaré mal de vosotres, ni yo ni nadie, si decidís que no queréis entrar en el estadio. Ya hemos perdido muchísimo, y no creo que sea justo pediros que os arriesguéis a perder todavía más. Y tengo que ser la mar de honesta ahora mismo: no creo que todes vayamos a conseguirlo. ¿Que si creo que vamos a ganar? Sí. No sé por qué lo pienso, pero es la verdad. Seguramente sea porque nos hemos arriesgado más de lo que cualquiera podría imaginar, y seguimos aquí, con vida. Pero por el camino hemos perdido a varios amigos, y no quiero perder a nadie más en lo que me queda de vida. Por eso, por mucho que aprecio que hayáis venido hasta aquí, creo que igual... igual esto es algo que debo hacer sola.

Tengo a Hudson detrás de mí, con una mano en mi cintura y la otra en el hombro, y me hundo en él, disfrutando de la silenciosa fuerza y el apoyo que nunca deja de ofrecerme. Da igual lo que pase a nuestro alrededor, o entre nosotros, o lo que se le pase por la cabeza, Hudson siempre, y digo «siempre», me apoyará.

No sé si alguna vez le he dado las gracias por eso, pero lo haré.

Al principio nadie dice nada, pero espero. Seguro que algune de elles no quiere estar aquí. Seguro que algune comprende lo grave que es la temeridad que estamos a punto de cometer.

Pasa un minuto, igual dos, y entonces Calder me mira directamente a los ojos y dice:

—Sabes que no eres tan especial, ¿no?

La verdad, no es lo que me esperaba que dijera, pero... vale.

—Sí, lo sé, claro que lo sé.

—¿Segura? —pregunta, y me mira entrecerrando sus enormes ojos marrones—. Porque a mí me parece que te responsabilizas de todo.

—Yo no... —empiezo a balbucear, pues mi cerebro va mucho más rápido que mi boca mientras intento comprender qué quiero contestar—. A ver, yo...

—*Cher*, lo que Calder intenta decir —interviene Remy con mucha labia lanzándome una cálida y comprensiva mirada con sus ojos verdes— es que aquí todo el mundo tiene sus razones para estar en este estadio. Y nuestra lealtad para contigo solo es una de ellas.

—Eso no es lo que intentaba decir, señor Machoexplicación —replica Calder, y de pronto le brillan las garras a la luz del sol—. Lo que intento decir es que Grace no es el centro del mundo. Que yo tengo mis propios motivos para estar aquí.

—Y ¿acaso no es eso lo que acabo de decir? —pregunta Remy enarcando una ceja.

—No —responde Calder resoplando. Se vuelve hacia mí y añade—: Lo que intento decir, Grace, es que yo no me voy. Y Remy tampoco. Así que déjate de cursiladas, ¿vale?

—Eso —coincide Mekhi con un brillo travieso en los ojos—. Déjate de cursiladas.

Entiendo lo que dicen, pero aun así todavía siento que necesito hacer otro llamamiento a la razón.

—Oye, en serio...

—Grace, para ya. —Esta vez es Eden quien habla—. Estamos aquí porque sentimos que debemos estar aquí. Ningune de nosotres ha venido porque nos sintamos obligades. Estamos aquí porque es lo correcto. Estamos aquí por ti. Pero, sobre todo, estamos aquí porque nadie quiere que sus seres queridos vivan en un mundo en el que Cyrus es un maldito dios, joder. Así que vamos a buscar a esa tal Tess y vamos a decirle que empiece el juego. Tenemos una batalla que ganar.

123

Por intentarlo,
que no quede

Resulta que «la tal Tess» vuelve antes de que nos pongamos a buscarla.

—¿Todo listo? —pregunta y nos mira a la cara por turnos.

—Esa es una expresión un tanto subjetiva —puntualiza Dawud. Aunque me doy cuenta de que es le primere en ponerse a la fila detrás de ella.

—A por todas —dice Flint; su mirada se encuentra con la de Jaxon (y se rezaga) durante solo un segundo.

—A por todas —repito.

La mano de Hudson se queda en mi zona lumbar hasta el final de las escaleras y nunca he estado más agradecida por su apoyo. Las rodillas me tiemblan tanto que la verdad es que no estoy segura de que pudiera haber llegado a la pista del estadio sin tenerlo a mi lado.

Mientras caminamos, me percato de las enormes pantallas que rodean el lugar. Son el doble de grandes que las pantallas gigantes de los eventos deportivos

profesionales y también hay el doble de ellas, una para cubrir cada lado de la pista.

Los espectadores de toda clase han abarrotado los asientos y no puedo evitar preguntarme por qué están aquí. ¿De veras quieren ver cómo les dan un palizón a unas personas, puede que incluso las maten, y todo para conseguir un elixir que la mayoría del mundo piensa que no es más que un mito? ¿En serio eso es lo que consideran una velada divertida?

A juzgar por los gritos y las voces que nos envuelven, mi actitud es sin duda la minoritaria. Aquí todo el mundo actúa como si estuvieran a punto de presenciar una maldita batalla de gladiadores y no pudieran esperar a ver cómo los leones nos descuartizan miembro por miembro.

Aunque tampoco es que piense que haya algo tan manso como un león detrás de esa pared que tenemos enfrente, pero vaya. La semejanza está ahí, sobre todo cuando Tess nos exhibe delante de todo el estadio. No nos presenta por nombre, pero sí que menciona que las ventanillas de apuestas cerrarán en tres minutos.

Porque parece ser que también se apuesta sobre si sobreviviremos o no a esta monstruosidad. Y si los números de la pantalla gigante indican algo, es que nuestras probabilidades tienen muy mala pinta.

—Las reglas son sencillas —explica Tess al público y a nosotres mientras esperamos a que se cierren las apuestas. El hecho de que lo haga mientras va dando saltitos no se gana nuestra simpatía. Tampoco lo hace que yo esté bastante segura de que si ha desaparecido hace un rato ha sido para apostar contra nosotros—: No muráis.

—Tiene razón —dice Hudson con ironía—. Sencillísimas.

Le doy un codazo en el estómago, pero me lanza una mirada que dice: «¿Acaso me equivoco?».

—Os separan cuatro rondas de las Lágrimas de Eleos. Si las completáis todas, las Lágrimas son vuestras. Si fracasáis...

Se detiene para acercar el micrófono hacia el público y todas las personas allí presentes gritan: «¡La muerte!» con lo que parece todo el aire de sus pulmones. Y sigue dando esa sensación cuando empiezan a corear: «¡Muerte, muerte, muerte! ¡Muerte, muerte, muerte!».

—Pero ¿quiénes narices son estas personas? —pregunta Macy horrorizada.

—Cualquiera diría que enterradores —contesta Hudson, aunque la repugnancia que siente es evidente en su tono de voz.

—Cualquiera lo diría —repite Calder; su hermosa cara muestra la dureza de un diamante cuando analiza a la multitud.

—¿Qué estás buscando? —pregunta Flint con curiosidad.

—No estoy buscando nada —responde mientras se atusa la melena—. Estoy memorizando sus caras para cuando consigamos salir de aquí. Si lo que quieren es muerte, yo se la mostraré con mucho gusto.

El hecho de que haga la amenaza (¿promesa?) en un tono superdulce solo lo hace más desconcertante. Como también el hecho de que Remy no parezca sorprendido siquiera.

—¿Alguna pregunta? —inquiere Tess cuando el reloj de las apuestas se queda sin tiempo e interrumpe el intento de Calder de memorizar cada una de las caras del estadio.

En realidad, nadie del grupo tiene preguntas acerca de las Pruebas, así que esperamos a que deje de complacer al público. Lo que no lleva mucho tiempo ahora que ya han apostado todos.

—Pues muy bien. Cuando vuelva a sonar la sirena, dispondréis de treinta segundos para entrar por aquí. —Señala una abertura de poco más de un metro de ancho en la piedra, a unos cien metros de distancia de donde nos encontramos—. En cuanto todo el equipo esté dentro, el círculo se sellará a sí mismo, y solo volverá a abrirse cuando hayáis completado las cuatro rondas y hayáis ganado las Lágrimas. Si no completáis las cuatro rondas y llegáis lo bastante lejos para reclamarlas, será el estadio el que os reclame a vosotros.

No sé qué quiere decir con eso de que nos «reclamará», pero no suena bien. «Nota mental: que no te reclamen. Y tampoco dejes que reclamen a ningune de tus amigues.»

—Y ¿qué ocurre si tardamos más de treinta segundos en entrar? —pregunta Dawud.

—Pues que el estadio dejará fuera a quien no haya entrado —contesta Tess—. Y las Pruebas transcurrirán sin esa persona.

Esto cada vez se pone más interesante. «Otra nota mental: corre como el viento.»

—Si no hay más preguntas... —Tess da un paso atrás para alejarse del grupo—. Gracias por participar en la edición 2.264 de las Pruebas Imposibles. Que empiece la cuenta atrás.

—¿Cuenta atrás? —pregunta Jaxon justo antes de que la gente de las gradas comience a gritar de nuevo:

—¡Diez! ¡Nueve! ¡Ocho! —Tess se une a los gritos, su voz se superpone a las voces desenfrenadas del público mientras cuenta por el micrófono.

—¿Preparada para la acción? —me pregunta Hudson. Su voz suena grave y tranquila y, aunque no calma los nervios que me revuelven el estómago, sí que hace que parezca más fácil soportarlos.

—¡Siete! —ruge el público.

—No —confieso negando con la cabeza rotundamente—. ¿Y tú?

Se encoge de hombros.

—Es solo una cosa más por la que tenemos que pasar antes de que pueda volverte a llevar a nuestra habitación en el faro.

—¡Seis! —vocifera Tess.

—¿Me lo prometes? —pregunto—. Cuando todo esto pase.

—¡Cinco! —El público cada vez está más enloquecido.

Sonríe.

—Pues claro que lo prometo.

Nuestra conversación me hace pensar en mi anillo y lo acaricio con el pulgar para que me dé buena suerte.

—Quizá deberías contarme qué más me has prometido —anuncio—. No me gustaría nada morir sin saberlo.

—¡Cuatro! —Tess mueve los brazos para animar al público a gritar más alto.

—No vas a morir aquí —me dice—. No te dejaré.

—¡Tres! —Ahora el público está de pie, animando y pateando el suelo.

—Ya, bueno, pues más te vale no morirte tampoco. De hecho, mi objetivo es que no muera nadie.

—¡Dos! —Tess da alaridos y anima con el público.

—Te quiero —me dice, sus refulgentes ojos azules arden al mirar los míos.

—Te quiero —repito mientras todo el estadio grita: «¡Uno!».

Le doy un último apretón en la mano y después se la suelto.

Suena la sirena. Y corro con todas mis fuerzas.

124

Favor con favor (y favor y favor y favor) se paga

Apenas he recorrido un par de metros cuando Hudson me coge en brazos y nos desvanecemos los noventa metros hasta la entrada de la pared de piedra.

Somos los primeros en atravesarla, seguidos por Jaxon y el resto de la Orden.

En mi cabeza llevo la cuenta total del tiempo, y sé que nos quedan unos quince segundos antes de que Dawud y Eden lleguen entre estrépitos, justo delante de Remy y Calder.

Flint y Macy llegarán cuando queden siete segundos, y para cuando pasan por los pelos por la entrada yo ya tengo el corazón en un puño.

Siento un profundo alivio, al menos hasta que la piedra se cierre detrás de ella y la zona del estadio en la que estamos se sume en la más completa oscuridad.

—¿Qué hacemos primero? —pregunta Byron, a quien le resulta indiferente estar a oscuras, seguramente porque puede ver sin problemas.

—Luz —contesto—. Lo primero que necesitamos es luz.

Apenas he acabado de contestar cuando Remy hace algo (no puedo ver qué es exactamente) y un anillo giratorio de luz aparece justo a nuestra izquierda.

—Listo, *cher*.

—Gracias —le digo, y empiezo a dar vueltas, intentando descifrar qué debemos hacer ahora.

Mis amigues hacen lo mismo que yo, y todes registramos el lugar en el que estamos encerrades en busca de una pista que nos indique qué va a pasar ahora.

Pero no pasa nada. Estamos les doce, dando vueltas sin parar, y el desconcierto es cada vez mayor.

—¿Habrá una cámara oculta? —pregunta Macy al final—. A ver si es una pedazo de broma para disfrute del público.

Oigo los cánticos de la muchedumbre que aguarda en el exterior, pero, como la piedra es tan gruesa, no logro discernir qué es lo que dicen. Aunque sí noto cómo tiembla el suelo por las fuertes pisadas que dan.

—Nop —dice Rafael, mientras se recoge el pelo en un moño alto—. La multitud está demasiado animada con el derramamiento de sangre como para que sea una broma.

Tiene razón, y estoy a punto de decirlo cuando el suelo bajo nuestros pies empieza a retumbar.

—¿Un terremoto? —plantea Remy—. ¿Eso es lo primero que va a pasar?

—Espero que no —responde Calder, y suelta un gran suspiro—. El polvo que levante va a joderme la sombra de ojos con purpurina.

Contengo una risa de incredulidad al ver qué es lo que más le preocupa ahora mismo a la mantícora. Pero es

Calder de quien hablamos, así que no sé de qué me sorprendo.

—Aun así seguirás estando preciosa —le dice Dawud, y en la mirada de le lobe vuelvo a ver a le cachorrille que venera a la chica.

—Claro que sí —contesta ella mientras se pasa los dedos por la larga melena—. Pero se me metería purpurina en el ojo y eso molesta. Es evidente.

—Es evidente —repite Dawud, y parece un poco desconcertade. Pero quién soy yo para culparle; a veces Calder todavía me desconcierta hasta a mí, y yo he pasado muchísimo más tiempo con ella que Dawud.

—Deberíamos dispersarnos —propone Jaxon al pasar otro minuto sin novedades.

—Sí —coincide Eden—. Vamos a dar una vuelta por si vemos algo que tengamos que hacer para activar esta cosa, porque estar aquí sin hacer nada como los patos de las casetas de las ferias no me va mucho.

—Buen plan —afirma Macy, y al instante se mueve hacia el otro lado del estadio.

En cuestión de segundos nos hemos desplegado para investigar el suelo, las paredes, cualquier cosa que se nos ocurra. Eden hasta se transforma en dragón para volar y comprobar lo alto de la cúpula, y así asegurarnos de que no pasamos nada por alto.

No encuentro nada en mi zona, y me vuelvo hacia Jaxon (al que tengo a la derecha), para preguntarle si él ha visto algo. Pero de pronto un fuerte crujido resuena por todo el estadio. Y el suelo sobre el que estamos empieza a girar.

125

We’re gonna rock around
the block tonight

Mi corazón estalla cuando los recuerdos del calvario y la cárcel me inundan la mente.

Temiéndome lo peor, me pego a la pared, pero resulta que se mueve muy pero que muy despacio.

No obstante, lo que no se mueve despacio es el muro gigante que sale del suelo y sube hasta quedarse a unos sesenta centímetros del techo, de forma que divide la estancia en dos secciones irregulares y nos separa a les unes de les otres.

Cuando todo termina, Jaxon y yo nos encontramos en una sección diminuta de la pista que tiene una forma muy parecida a una luna en cuarto creciente. Por suerte, el chisme de luces giratorias de Remy acaba en este lado con nosotros, así que por lo menos no estamos completamente a oscuras.

—¿Estás bien? —pregunta Jaxon cuando todo deja de dar vueltas.

—Estoy bien. Tampoco ha ido tan deprisa como para hacerle daño a nadie. —Me dirijo a la esquina de nuestra seccioncita de la pista/luna y empiezo a analizarla para ver si algo ha cambiado. Está todo igual, lo que me deja descolocada—. ¿Qué se supone que tenemos que hacer aquí?

—No lo... —Jaxon se interrumpe cuando un grito fuerte se oye desde el otro lado, seguido de rugidos y siseos.

—¡Macy! —vocifero mientras doy golpes con los puños en la pared al darme cuenta de que ha sido mi prima la que ha gritado.

Otro grito, esta vez de uno de los chicos (Mekhi, creo), seguido de más rugidos y un golpetazo, como si hubieran lanzado a alguien contra el muro de piedra.

—¿Qué hacemos? —le pregunto a Jaxon—. No podemos dejarles...

Me callo cuando de pronto un ladrillo de forma peculiar cae del cielo y choca contra mi hombro. Duele, es más, está incandescente, así que quema de la hostia.

—¡Au! —jadeo mientras me inclino para ver qué es lo que me ha caído encima.

Pero Jaxon ya se ha desvanecido para atravesar nuestra sección del estadio y se estampa contra mí. Me lleva al muro y me protege con su cuerpo mientras una serie de ladrillos caen sobre el suelo, todos de formas distintas.

Uno cae, le da en el brazo y hace que le rechinen los dientes del dolor.

—¿Te quema? —pregunto mientras forcejeo para salir de detrás de él.

—Es como si me electrocutaran —contesta, y esta vez intenta esquivar otro bloque que va directo a él.

Le roza en el hombro, pero le habrá vuelto a electrocutar porque le convulsiona el cuerpo entero a la vez que suelta un siseo de dolor involuntario.

—¡Se acabó! —le advierto y le empujo el pecho—. Esto del escudo humano no está funcionando.

No se mueve ni un milímetro y otro bloque lo golpea. Este suelta una especie de gas que hace que ambos empecemos a toser y a jadear para coger aire.

—¡Aparta! —le pido mientras lo empujo con más insistencia y forcejeo para alejarme del gas nocivo.

Aun así él no se mueve, está demasiado ocupado intentando protegerme para darse cuenta de que en realidad nos está matando a ambos. Al final le doy un empujón con todas mis fuerzas y después me cuelo por debajo de su brazo mientras se recupera del asombro que le causa que lo haya apartado.

En cuanto salgo de detrás de él, me doy cuenta de que estamos en un buen lío, pues los ladrillos no paran de caer y cada vez van más rápido.

—¡Agáchate! —le grito cuando un ladrillo blanco gigante con forma de cubo se precipita contra el suelo.

Jaxon se aparta dando una vuelta justo cuando nos llega un grito del otro lado del estadio, seguido del ruido de una corriente de agua. Mucha corriente.

Aunque apenas dispongo de un segundo para pensar en qué estará ocurriendo por allí, porque el bloque cúbico que acaba de caer empieza a disparar flechas en cuatro

direcciones distintas y una de ellas le acierta a Jaxon en la pantorrilla.

—¿Qué coño...? —gruñe a la par que se inclina para arrancarse la flecha; pero en cuanto lo hace, un montón más de ladrillos caen a ambos lados de nosotros.

—Hay que intentar refugiarse —le digo—. O no vamos a sobrevivir lo suficiente para descifrar qué es lo que tenemos que hacer.

Comienzo a toser en cuanto acabo la frase, trato de respirar a pesar de la nueva ronda de gas que ha soltado uno de los ladrillos. No debe de ser veneno de verdad, porque Jaxon y yo seguimos respirando y moviéndonos, pero eso tampoco quiere decir que sea agradable.

Me arden los pulmones.

Levanto la vista y casi sollozo por la desesperación al darme cuenta de la gran cantidad de piezas que caen como lluvia en nuestra sección del estadio.

Esquivo otro ladrillo con forma de cubo que viene directo hacia nosotros, pero se me olvidan los dardos y acabo con uno clavado en la parte superior del muslo.

—Tenemos que hacer algo —insto a Jaxon y jadeo de dolor cuando me arranco el dardo—. O si no, vamos a morir.

Él alarga un brazo y aparta de un manotazo un ladrillo que estaba a punto de caerme en la cabeza, lo cual respalda mi teoría.

—Espera aquí —me indica—. Voy a desvanecerme al otro lado a ver si puedo...

—No pienso esperar en ninguna parte —rebato mientras aparto dos ladrillos que iban a caerle encima... y acabo con un ladrillo estampado en la frente por lista.

A tomar por culo. En serio, ya está bien.

Busco en mi interior y agarro el hilo platino. Segundos después soy una gárgola y estoy volando por los aires para intentar ver mejor el suelo (y el techo desde el que caen estos trastos).

Casi me da un ataque cuando me doy cuenta de que el suelo está repleto de bloques, tanto que están comenzando a apilarse los unos sobre los otros, como si fuera el Tetris. Y como no ideemos una forma de detenerlos, vamos a acabar asfixiados bajo los bloques... o aplastados entre ellos y el techo o un muro como poco.

Por debajo de mí Jaxon debe de estar reparando en lo mismo, pues usa su telequinesis para mover los ladrillos a un lado de la estancia casi tan rápido como caen. Pero eso solo quiere decir que es más vulnerable a las flechas y al gas cáustico que sale sin parar.

—Tenemos que poner distancia de por medio —le explico cuando aterrizo en el suelo—. O acabaremos enterrados. ¿Y si...?

—Eso intento hacer —me interrumpe—. Los estoy apilando...

Se calla cuando un fuerte grito desgarrador llega del otro lado.

—¿Qué está pasando ahí? —inquiere.

—El muro termina muy cerca del techo —contesto—. No he podido ver nada. Pero, sea lo que sea, está claro que es peor que...

Me detengo cuando otro ladrillo se me estampa contra el hombro con tanta fuerza que hace que vea las estrellas incluso en mi forma de gárgola.

—¡Joder! —ruge Jaxon y esta vez, cuando levanta la vista, usa la telequinesis para suspender los bloques en el aire.

Lo cual parece un plan excelente, pues ya no nos están golpeando, pero también causa un problema muy gordo. Ahora los ladrillos chocan los unos con los otros, además de contra los muros de piedra, y empiezan a apilarse sobre nosotros. Y con cada fila que se apila al azar, el cúmulo de ladrillos empieza a estar cada vez más cerca de nuestras cabezas.

Ya no es que vayamos a morir aplastados contra el techo. Estamos a punto de hacernos papilla entre el suelo y pilas y pilas de pesados ladrillos.

Jaxon también se da cuenta, por lo que levanta un brazo para hacer que dejen de flotar a nuestro alrededor.

—Espera —pido—. Nos quedan unos pocos minutos hasta que las cosas se pongan feas de verdad. Tenemos que descubrir qué se supone que hay que hacer con los bloques.

—Sin ofender, pero creo que ya están muy feas —contesta mientras se agacha justo a tiempo para esquivar un dardo directo a la mejilla.

—Ya —confirmo a la par que retrocedo para evitar el repugnante gas que emite de forma continua uno de los ladrillos largos y anchos que cuelgan cerca de nuestra cabeza—. Pero ha de haber algo que podamos hacer, alguna forma de resolver el puzle.

—Puzle —repite Jaxon con aspecto perplejo—. ¿Es lo que crees que es esto?

—A ver, sí. ¿Qué crees que puede ser si...? ¡Ay! —No me agacho a tiempo para esquivar un dardo en el hombro y, no

voy a mentir, me sorprende un montón que atraviese la piedra maciza.

Mientras tanto, Jaxon debe de rozar uno de los ladrillos eléctricos porque da un salto y después rechina los dientes al tiempo que farfulla una ristra de palabrotas horribles.

—No sé, pero más nos vale descubrirlo. Rápido. O no vamos a sobrevivir.

De repente unos fuertes ruidos vienen del otro lado, seguidos de unos crujidos espeluznantes que me hielan la sangre.

—Y elles tampoco —añade de forma sombría.

126

Si me haces adivinar una vez, la culpa es tuya

Como sé que tiene razón, y como no puedo dejar de pensar que ambos lados están vinculados aunque no sepamos ni cómo ni por qué, alzo el vuelo de nuevo. Y me obligo a no entrar en pánico al atravesar los huequitos que hay entre los bloques y al empezar a darme cuenta de que estamos de mierda hasta el cuello.

Desde el suelo nos da la sensación de que los bloques caen superrápido, pero aquí arriba, una vez pasadas las primeras capas, veo que el cielo se está atestando tan rápido que vamos a palmarla aquí dentro si no averiguamos cómo eliminarlos. Y tenemos que darnos prisa. Hay muchos, demasiados, y el lugar en el que nos encontramos es demasiado pequeño para que quepan todos.

Y si a eso le añades lo que sea que esté pasando al otro lado, pues estamos jodidos, la verdad.

Jaxon se halla de pie en uno de los extremos de nuestra zona del estadio, moviendo una mano primero hacia la izquierda, luego a la derecha, luego izquierda, luego

derecha; y, con cada movimiento los bloques salen despedidos hacia uno de los lados. Eso estaría genial si, además, evitara que los bloques soltaran dardos o gases nocivos. Solo nos da un poquitín de tiempo antes de morir de *blocsfixia*.

Estoy decidida a resolver el problema, así que me elevo un poco más. Ahora me cuesta más esquivar los bloques sin que un dardo se me clave en el ojo o sin que una bocanada de gas cáustico me dé de lleno en la cara, pero al final lo consigo. Al menos hasta que me doy de cabeza contra un bloque doble liso que suelta un gas que me abrasa el rostro.

Quema tantísimo que suelto un grito ahogado, y las lágrimas me desbordan de los ojos como forma de autodefensa para librarse del gas nocivo.

Pero no sirve de nada, como tampoco sirve de nada frotarme la cara con las manos. El ardor solo se intensifica y no sé qué hacer... hasta que recuerdo la botella de agua que Macy me ha metido en la mochila. Me vuelvo en pleno vuelo, evitando tocar otro de los bloques, o al menos intentándolo, porque los tengo cerquísima, y consigo sacar la botella y echarme agua a la cara y a los ojos.

Pasan unos segundos, pero gracias a Dios el ardor cesa. Sigo sin poder ver hasta que pasan un par de segundos más, así que sobrevuelo el suelo mientras espero a que se me despeje la vista lo suficiente para seguir buscando una solución.

Y es justo es en ese momento, mientras vuelo rondando la zona, esperando a que mis ojos vuelvan a funcionar, cuando tengo la perspectiva correcta y descubro el perfil de una copa grabado en el suelo. Tiene la misma forma que el

cáliz que hay en el mostrador de la tienda de caramelos; ese que está justo al lado de la caja registradora y que está hasta arriba de caramelos de colores, de todos los que hay en la tienda.

«Esto debe de ser lo que andábamos buscando», pienso, mientras desciendo hacia Jaxon todo lo rápido que el cielo atiborrado de bloques me permite. Si no, ¿por qué iba a estar tanto aquí como en la tienda? Y más si tenemos en cuenta que se supone que el mito de la Fuente de la Juventud surgió de estas Pruebas, lo más probable es que el elixir que buscamos deba beberse de una copa.

—¡Ya sé qué tenemos que hacer! —le digo a Jaxon incluso antes de aterrizar—. Tenemos que rellenar el contorno de la copa de ahí con los bloques.

—¿Qué copa? —pregunta mirando el suelo que nos rodea con el desconcierto reflejado en el rostro.

—Esa copa —contesto agachándome y repasando con el dedo el perfil de la copa que tan bien veo ahora. Aunque ocupa casi todo el suelo, así que es normal que nos pasara inadvertido hasta que he emprendido el vuelo. Desde aquí, no parece más que un montón de rocas colocadas de forma extraña.

—¿Y cómo lo hacemos? —añade Jaxon cuando por fin ve a qué copa me refiero.

—No lo sé —digo—. Supongo que tendremos que rellenarlo, ¿no? A ver, tendremos que hacer que los bloques encajen dentro de la copa, como si fuera un rompecabezas.

Jaxon me observa con la duda en la mirada, aunque tampoco tiene una propuesta mejor, por tanto nos

arrodillamos y empezamos a coger los bloques para intentar encajarlos dentro de los bordes del rompecabezas.

Pero ¿cuál es el mayor problema? Que la copa tiene un montón de bordes redondeados, y los bloques que han estado cayendo hasta ahora tienen las aristas bien afiladas.

Y, por si eso fuera poco, tenemos que tocar cada uno de los bloques para poder colocarlos donde mejor consideremos y, al hacerlo, los activamos. Ni siquiera podemos evitarlo con la telequinesis de Jaxon, y por esa razón estamos todo el rato soportando descargas eléctricas, dardos, gas nocivo, bloques incandescentes... y todo eso mientras algo les da una paliza de muerte a nuestres amigues al otro lado del muro.

He llegado a oír los gritos de Hudson un par de veces y, cada vez que se repite, se me hiela la sangre.

Aunque, bueno, pensándolo bien, me tomaré los gritos como una señal de que siguen con vida. Y ahora mismo, por desgracia, es lo máximo que podemos pedir.

—Pásame el bloque largo —me pide Jaxon mientras intenta colocar tres bloques juntos en la base de la copa.

—No entrará —digo—. No es tan ancho...

—Que sí —me responde, aunque se ve claramente que el agujero es demasiado grande—. Pero deja que...

—¿Nunca has hecho rompecabezas de pequeño o qué? —pregunto mientras él pasa de mi consejo y trata de hacer encajar el bloque; pero no tarda mucho en ver que no va ahí —. Hay que buscar uno de los más cortitos y lisos. Son el doble de anchos y...

—Pues ¡tráeme uno! —me grita, y juro por lo que más quiero que, si no estuviésemos en este marrón, le daría un

buen puñetazo en la cara.

—¡Joder, consíguetelo solito! —replico cabreada porque, desde que estamos aquí dentro encerrados, solo ha hecho dos cosas: intentar protegerme y gritarme. Vale, sé que me lo estoy tomando tan mal porque los dos estamos estresadísimos, pero aun así tiene que calmarse. Soy tan capaz de hacer esto como él; hasta más, diría yo, visto que ni siquiera puede completar la base cuadrada del cáliz mientras yo intento hacer encajar los bloques en la zona redondeada del rompecabezas.

Jaxon suelta un gruñido gutural, pero me hace caso; coge un bloque antes de que caiga al suelo con tal brusquedad que acaba afectado por el mismo gas nocivo en los ojos que yo.

Justo en ese instante Hudson da un bramido de ira o de miedo (al estar al otro lado del muro, no puedo verlo y no lo tengo claro), y se me hiela la sangre.

Siento la necesidad imperiosa de acabar el maldito rompecabezas, pero aun así hurgo en la mochila para darle mi botella de agua a Jaxon. Cuando voy a lanzársela me doy cuenta de que no puede ver nada por las lágrimas que le caen de los ojos, rojos e irritados, así que corro hacia él y le echo encima de la cara lo poco que queda de agua en la botella. Y con mucha fuerza de voluntad me ahorro el comentario sarcástico de que igual no soy tan inútil visto que, sin mí, Jaxon estaría bien jodido.

En cuanto se recupera, nos lanzamos de nuevo al rompecabezas con frenesí. Yo acabo la parte superior antes de que él acabe el pie del cáliz; resulta que no, que no hizo

ni un solo puzle cuando era pequeño. Por lo tanto me acerco para ayudarlo.

Refunfuña un poco cuando ve que intento cambiar de sitio los bloques que él ya ha colocado, pero esta vez paso de él; los golpes y el estrépito que se oyen al otro lado del muro son cada vez peores.

Hace ya un par de minutos que no oigo ni la voz de Hudson ni la de Macy, y el miedo me aprisiona el pecho. ¿Y si les ha pasado algo? ¿Y si están en manos de lo que sea que haya al otro lado? ¿Y si…?

—¡Concéntrate! —me grita Jaxon justo cuando algo se estrella contra el muro. El golpe es tan fuerte que hace temblar el suelo bajo nuestros pies—. Cuanto antes acabemos, antes podremos ir a por el resto.

—Eso espero —murmuro entre dientes, pero sé que tiene razón. Así que cojo los que en mi mente son los dos últimos bloques que necesito (e intento ignorar el dolor punzante que siento al cogerlos), y los coloco donde toca.

En cuanto las piezas encajan, todo se detiene.

Ya no se oyen más ruidos al otro lado del muro.

Ya no caen más bloques del cielo.

Además, no he notado nada al rozar sin querer uno de los bloques, tampoco Jaxon cuando toca otro sin darse cuenta.

Nos miramos el uno al otro, ojipláticos, y sé que se está haciendo la misma pregunta que yo: ¿y ahora qué?

Pero solo tenemos que esperar un par de segundos para obtener la respuesta a nuestra pregunta, pues los muros de piedra desaparecen tan despacio como se habían alzado.

127

La caída de las murallas

Los diez segundos siguientes son los más angustiosos de mi vida mientras espero a ver si nos vamos a reencontrar con el resto.

Al otro lado de este muro se halla casi cualquier persona que me importa en el mundo (aparte de Jaxon y mis tíos), así que necesito que estén bien.

Todo esto de las Pruebas es horroroso, y no me extraña que sea tan complicado ganar si solo estamos en la primera fase. Porque el dolor que Jaxon y yo hemos tenido que soportar con los bloques hechizados e infernales no es lo único malo. También es lo que teníamos que escuchar, pero no podíamos ver, al otro lado del muro lo que ha hecho que no nos pudiéramos concentrar en la tarea de resolver el rompecabezas.

Cada vez que le pillaba el truco, alguien al otro lado gritaba. Y lo único que tenía en la mente era qué les estaría pasando, lo cual ha hecho que sea mil veces más difícil resolver el rompecabezas.

Ha sido horrible. Además, no era más que la primera ronda. No puedo ni imaginarme qué nos deparan las siguientes.

Junto a mí, Jaxon cambia el peso de los talones a los dedos de los pies una y otra vez. Parece ser que no soy la única que está nerviosa por lo que vayamos a encontrarnos al otro lado.

El estadio vuelve a recolocarse con un clic y volvemos a estar en el círculo grande. Al instante, Jaxon y yo salimos corriendo hacia el resto, quienes se quedan ahí de pie sin más, totalmente conmocionades. Y también cubiertes de barro casi por completo.

Pero siguen siendo diez (les he contado), lo que significa que han sobrevivido a cualquier cosa que haya ocurrido a este lado.

Alcanzo a Hudson el primero o, para ser más exactos, me alcanza él, porque se desvanece hasta llegar a mí en el momento en el que repara en que estoy corriendo hacia él.

Me lanzo a sus brazos y lo envuelvo con mi cuerpo haciendo caso omiso al barro.

—Estás bien —digo mientras presiono mi mejilla contra la suya—. Estás bien, estás bien, estás bien.

No dice nada, pero me sostiene como si fuera su mundo entero, y lo entiendo. Porque yo me siento exactamente igual.

—¿Qué os ha pasado? —me pregunta cuando se aparta por fin—. Te he oído gritar y...

—Era un rompecabezas. Teníamos que completar un rompecabezas con ladrillos hechizados. No ha sido nada. —

Lo examino de la cabeza a los pies para asegurarme de que está bien—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

—Nues —contesta Macy cuando se acerca para darme un abrazo—. Docenas y docenas de nues.

—¿Qué es eso? —pregunto, pues mi conocimiento del mundo paranormal vuelve a fallarme una vez más.

—Son criaturas híbridas —explica Eden—. Como las mantícoras, pero diferentes.

—Perdona, pero no —interviene Calder, quien suena superofendida—. Las mantícoras y los nues son criaturas totalmente diferentes. Bueno, a no ser que también quieras decir que los dragones y los lagartos son lo mismo.

Antes de que Eden pueda replicar, Calder le da la espalda y se dirige hacia Macy.

—¿Podrías echarle una manita a una amiga?

Le pone ojitos a mi prima, lo cual queda ridículo ya que está toda cubierta de barro... hasta las pestañas.

—Te llevo mucha ventaja —contesta Macy cuando da un paso atrás y limpia a todo el grupo.

No les quita todo el barro (todavía se aprecian un par de manchas en los brazos y los rostros de todo el mundo), pero tienen mucho mejor aspecto y seguramente se sentirán igual de bien.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Mekhi cuando transcurre otro minuto sin que ocurra nada.

—Decidamos a quién queremos a cada lado —sugiere Dawud—. A mí se me dan bien los rompecabezas, incluso los peligrosos, así que esta vez procuraré acabar en ese lado del estadio. ¿Alguien más quiere intentar unirse a mi equipo?

Me duele la forma en la que intenta no mirar a Calder, sobre todo porque ella está demasiado ocupada quitándose trozos de barro del pelo.

Como si el estadio esperase a que algune de nosotres elaborara un plan, el muro comienza a deslizarse una vez más.

—Iremos contigo —dice Remy a la par que agarra a Calder del brazo y tira de ella con delicadeza hacia donde se encuentra Dawud. Ella lo sigue sin rechistar.

Hudson no dice nada, pero me pasa un brazo por la cintura con firmeza, el «esta vez te quedas conmigo» más terminante que he sentido en mi vida. Lo que me parece perfecto. Ni de broma quiero que me separen de él o de cualquier persona aquí presente.

Entonces se me ocurre una cosa.

—Si la pista vuelve a dividirse en dos partes, ¿qué ocurre si la segunda sección es incluso más pequeña que aquella en la que hemos estado Jaxon y yo antes? Si no acabamos con al menos una persona en cada una de las secciones, puede que no haya nadie para resolver el rompecabezas y evitar de ese modo que quienes estén al otro lado se enfrenten a cualquier pesadilla que se les presente, ¿verdad?

Todo el mundo me mira fijamente durante un instante, después Remy suspira y dice:

—Tiene razón. Venga, equipo, dispersaos y abarcad el espacio. Manteneos cerca de quienes queráis estar, pero asegurémonos de tener todas las secciones cubiertas.

Disponemos de tres segundos para seguir las instrucciones de Remy, hasta que se oye un fuerte ¡crac! y

otro muro de piedra surge del suelo. Es demasiado rápido como para que saltemos a un lado o al otro, pero al menos esta vez parece dividir la estancia justo por la mitad.

Dawud, Remy, Calder y Rafael desaparecen tras el muro.

—Prepárate —me susurra Hudson.

Quiero decirle que ya lo estoy, pero la verdad es que creo que nadie lo está. Tampoco es que importe, esta cosa viene a por nosotres, estemos preparades o no.

Por supuesto, apenas he abierto la boca para contestarle a mi compañero cuando la única fuente de luz en todo el espacio (el anillo de luz que Remy ha creado para este lado del estadio) se apaga. Y sume a nuestra sección en una oscuridad total.

128

Cuenta, cuenta

Noto que algo se desliza a mi lado en la oscuridad. Siento cómo me roza el pie y casi pego un buen salto.

—¡¿Qué ha sido eso?! —digo chillando.

—¿Qué ha sido qué? —contesta Macy, y parece tan cagada como yo mientras la oigo hurgar en su mochila en busca de, espero, las velas que metió antes de salir de la Corte Bruja.

Un par de segundos después Macy suelta un gritito que me hace pensar que ha notado lo mismo que yo.

—¿Hudson? —pregunto, porque ¿qué sentido tiene tener un compañero vampiro si no te puede decir a qué debes temer en la oscuridad?

—Ni idea —afirma, y parece estar muy serio—. No veo nada.

—Yo tampoco —interviene Jaxon, frase que repite el resto de la Orden.

Estupendo. Estamos encerrades en la oscuridad con algo que se desliza por ahí, algo que ni los vampiros ven. Nada, todo tranqui, en serio.

Sea lo que sea eso, me ha vuelto a rozar, y está frío. Muy frío, helado.

Me da un escalofrío y me acerco más a Hudson. Y sí, sé que es una gilipollez esconderme detrás de mi novio cuando soy una puta semidiosa gárgola que puede enfrentarse a lo que sea, pero me aterra cada vez más pensar que estamos en un agujero lleno de serpientes. En serio, detesto a las serpientes.

—¿Cómo vas con las velas, Macy?

—He encontrado una —me responde—. Estoy buscando... —Entonces chilla, trastabilla y se le cae la mochila en el proceso.

—A la mierda —dice Flint, y oigo que se aleja un par de metros del resto y se transforma en dragón—. No os acerquéis —nos advierte. Y entonces ilumina todo el lugar con una llamarada de fuego que atraviesa el aire.

Todo lo que nos rodea es de piedra, así que con su acto Flint no provoca un incendio, pero las llamas iluminan el lugar el tiempo suficiente para ver que no tengo los pies llenos de serpientes. Menos mal.

Pero cuando expulsa otra llamarada más, me percato de que igual eso no es tan bueno como yo pensaba. Porque no veo nada en el suelo, aunque sigo notándolo.

Quiero tranquilizarme diciéndome que solo es producto de mi imaginación, pero me da que no va a ser eso. No cuando es evidente que Macy también lo ha notado.

—¿Qué está pasando? —pregunta Byron, y parece que esté más que un poquitín nervioso.

—Ni puta idea —responde Mekhi. Entonces pega un buen bote y sofoca un grito—. ¿Qué cojones ha sido eso?

Otro motivo más para dejar de pensar que esto solo está en mi cabeza. Me cago en todo.

—He encontrado las velas —dice Macy. Entonces las enciende todas moviendo la mano y susurrando un hechizo. Nos las pasa, y añade—: He traído un par por cabeza, así que tengo de más por si alguien necesita otra.

—Menos mal —susurro aliviada cuando cierro los dedos alrededor de una de las largas velas que me tiende mi prima. A ver, no es que crea que una vela me vaya a servir para defenderme, pero en cuanto lo vea podré apañármelas sola. Sé defenderme. Y el resto también.

Estoy a punto de pedirle otra vela más, pero necesito tener, al menos, una de las manos libres para poder pelear, por lo que me las arreglo con una sola mientras nos dispersamos por el semicírculo de piedra, buscando... vaya una a saber qué.

—Igual es mejor que pongamos las velas por la zona —sugiere Jaxon—. Así podremos ver todo el estadio.

Es una buena idea; me agacho y dejo caer un poco de cera sobre la piedra hasta que creo que bastará para sujetar la vela cuando se seque. Me apena tener que dejarla en el suelo, pero está guay tener un poco de luz en todo el estadio; sobre todo cuando Macy añade el par de velas de más que tenía.

Sin embargo, cuando me aproximo al centro, veo que el semicírculo ya no está vacío. Justo en mitad del estadio hay una estatua.

—Y ¿eso qué es? —le pregunto a quien sea que tengo al lado, mientras me acerco poco a poco a la estatua para

observarla mejor. Y, joder, noto otra vez que algo se desliza por mis pies.

Pego un salto y suelto un chillido.

—¿Estás bien? —me dice Hudson, pero está un poquito lejos.

—Sí, sí —respondo. Me propongo no volver a gritar aunque una serpiente paranormal me suba por la pierna.

Sé que no lo voy a cumplir, ni de coña; no obstante, me siento mejor, así que intento creérmelo.

Ya casi estoy al lado de la estatua y, al observarla, me doy cuenta de que es una especie de ángel: tiene unas alas enormes, una pluma en la mano y está sentado sobre un gran montón de piedras. Unas piedras en las que hay talladas un huevo de personas en diferentes estados de desnudez. Algunas están apoltronadas en las rocas, otras intentan escalarlas, y hay personas que parecen tener problemas ya solo para no caerse de ellas. Un estanque enorme rodea la estatua, y el agua que mana de él se escurre entre las rocas.

Es una imagen peculiar, llena de un simbolismo que no creo poder pillar incluso así despierta cierta fascinación. Sin ser consciente realmente de lo que estoy haciendo, me acerco un poco más para observarla mejor.

Pero cuanto más me acerco a la estatua, más cerca quiero estar de ella. Noto la Corona de mi mano más caliente que nunca, y percibo en los dedos el deseo de tocar las rocas, de sentir el agua de la cascada por la piel, de rozar al frío ángel de piedra.

Es raro, pero la estatua me tiene hipnotizada, embelesada, y aunque hay algo dentro de mí que me dice

que reprima mis deseos, no puedo evitar ir directa a ella. He de llegar hasta ella. He de...

—¡Quieta, Grace! —me gruñe Hudson desde el otro lado del estadio, y nunca lo había visto emplear un tono tan serio y autoritario como ahora.

Trastabillo un poquito, y empiezo a contestarle. Pero la estatua está cerquísima, la tengo delante. Hermosa. Provocadora. Me acerco más, con el brazo todo lo estirado que puedo. Ya casi estoy, solo un poquitín más.

Me adentro en el agua, y estiro la mano hacia arriba, bien arriba, en un vano intento por tocar el ángel. Y justo en ese momento Hudson se desvanece por el estadio y se estrella contra mí con tanta fuerza que me corta la respiración. Salimos volando y acabamos chocando con el suelo a un par de metros de distancia. Vamos tan rápido que al caer nos deslizamos por la piedra y solo paramos al darnos contra el muro.

En cuanto nos detenemos, Hudson se quita de encima de mi cuerpo y se pone en pie de un salto. Intenta levantarme, pero no puedo respirar. Me ha quitado hasta el último suspiro con ese placaje, y ahora tengo los pulmones congelados.

—Grace, nena, lo siento. Lo siento muchísimo, ya ves que no puedes acercarte a eso. —Empieza a levantarme en brazos, pero le apoyo una mano en el pecho y lo alejo con tanta fuerza que le queda claro que voy en serio. Ahora mismo no tengo ni un soplo de aire en el cuerpo y, hasta que no consiga un poco, no me voy a mover.

Intento respirar otra vez, y otra vez, sin embargo, mis pulmones aplastados se niegan a expandirse. Es como un

ataque de pánico, yo diría incluso peor, porque no podré respirar ni aunque encuentre la forma de racionalizar la situación. No hay manera de tranquilizarme para poder respirar. Ahora mismo solo puedo boquear como un pez fuera del agua y esperar a que mis aturdidos pulmones decidan expandirse.

Hudson empieza a soltar palabrotas en voz baja, con un marcado acento británico, pero no intenta levantarme. En cambio, respira hondo y se agacha a mi lado. Me clava los ojos azules bien abiertos, y algo atormentados. Si no supiese que es imposible, diría que está asustado.

Pero eso es una tontería, porque ni siquiera demuestra que está asustado cuando lo está de verdad. Molesto, sí. Enfadado, desde luego. Resignado, todo el rato. ¿De verdad, asustado? No, creo que nunca lo he visto exteriorizar así el miedo que siente.

Está claro que ahora tiene miedo, y el resto también. O, al menos, eso me parece al ver cómo corren hacia nosotros, moviendo los brazos como si estuviesen en un concierto o algo así.

—Respira para mí, Grace —me pide Hudson, y noto cierta urgencia en su voz que me obliga a esforzarme por conseguir algo de aire para mis todavía oprimidos pulmones. Suelto un sonido lastimero; supongo que es mejor eso que nada.

Hudson debe de opinar igual, porque sonríe y me masajea la espalda.

—Bien, así, sí. Repítelo un par de veces más y nos levant...

Pero se calla y un destello de asco le cruza el rostro, que desaparece tan rápido como ha llegado. Entonces tira de uno de los mechones de mi pelo como si intentase quitarme algo que se me ha enredado en él.

—¿Qué...? —consigo decir.

Hudson no dice nada. En vez de contestar, me levanta hasta ponerme en pie y me zarandea: los hombros, la espalda, el pelo... Al principio no tengo ni idea de qué está pasando, pero entonces bajo la vista y veo que tengo el cuerpo lleno de bichos, unos bichos feos, viscosos, negros y que se parecen mucho a los escarabajos.

Es el aliciente que necesitaban mis pulmones para inspirar bien hondo. Y es justo lo que hago, antes de soltar un grito de espanto. Un bicho vale, no pasa nada; en este caso, son miles, y los tengo por todo el cuerpo. Noto que me suben por los brazos y la espalda; los siento paseándose por mis mejillas; y oigo sus ruiditos, cerca de las orejas. Me encuentro casi sobrepasada por la situación.

Desde que he llegado a este mundo, he vivido muchísimas cosas. Desde enfrentarme a Lia, sobrevivir a la mordedura eterna de Cyrus y llevar en las manos un cometa incandescente, pero no he sufrido tanto como ahora mismo, ni por asomo. ¿Cómo se supone que vamos a superar este nivel si ni siquiera sabemos qué tenemos que hacer?

Del pelo me sale un bicho que me camina por la mejilla, y se me va la pinza. Suelto un grito superlargo y agudo de terror y empiezo a dar vueltas sin parar mientras trato de quitármelos de encima.

—¡Calla! —Hudson me tapa la boca con la mano mientras se coloca para que su cara quede junto a la mía—. Grace,

no puedes gritar —susurra—. Sé que es una mierda. Sé que es la hostia de asqueroso, pero no puedes gritar porque llamarás su atención. ¿Vale?

¿Llamar la atención de quién? Sacudo la cabeza con vehemencia mientras intento olvidarme de los afilados pinchacitos que me provoca un bicho que me recorre el cuello. No, no vale, ni de coña.

—Ya he descubierto de qué va todo esto, y tenemos problemas —murmura sin dejar de pasarme las manos por el cuerpo a toda velocidad mientras sigue quitándome todos los bichos que puede.

Lo miro como diciéndole: «¿En serio? No me había dado cuenta». Porque, joder, juro que jamás he sentido que los problemas fueran tan gordos en mi vida. Y de pronto chillo contra su mano al notar que algo me pica en el hombro.

—¡Para! —exclama con voz áspera—. Voy a cogerte de la mano y vas a venir conmigo a la esquina del estadio, y el resto también. Y no vas a gritar, ¿vale? Da igual cuántos bichos haya, no vas a gritar. ¿Me has entendido?

No, no. De entender nada.

El pánico se adueña de mí, porque debemos de estar en la mierda más profunda si el imperturbable e indómito de mi compañero me está hablando así, con ese aspecto. En condiciones normales, Hudson se lo toma todo con filosofía, pero ahora mismo está afectado (en serio, muy afectado), y eso dispara mi ansiedad en casi todos los sentidos posibles.

Respiro otra vez de forma superficial (respirar hondo no es algo que sea factible ahora mismo para mí), e intento ignorar la sensación de unas patitas que me recorren la nuca y la espalda.

—Haz que pare —le susurro a Hudson—. Por favor, haz que pare.

—Es lo que intento hacer —contesta—. Pero tengo que sacarte de aquí. No desaparecerán mientras estemos tan cerca de...

Pero otro chillido corta el aire e interrumpe a mi compañero. Pero esta vez no es mío. Es de Eden, quien se pone a saltar y a sacudirse todo el cuerpo entre gritos, gritos y más gritos.

Ya no está cerca del agua, pero eso no importa. Porque los bichos también la han encontrado.

129

Sé lo que hicisteis en las sombras

—¿Cómo matamos a estas cosas? —pregunto aterrorizada.

Antes de que Hudson pueda contestar, un gemido espeluznante invade todo el estadio. No se parece a nada que haya oído antes, y el sonido hace que se me hiele la sangre en las venas y que se me erice el vello de la nuca.

Incluso los bichos parecen espantarse por el ruido, porque empiezan a escurrirse para bajarse de mí y volver al suelo, hasta el estanque de agua que se encuentra a los pies de la estatua. Cerca, Eden también se queda callada cuando todos los bichos que atestaban el estadio vuelven al agua.

—¿Qué ha sido eso? —dice Flint con urgencia.

Hudson no contesta, porque de repente algo comienza a tirar de sus piernas (y de las mías).

Doy patadas, apenas puedo evitar ponerme a gritar mientras intento liberarme de lo que sea que me haya atrapado.

—Me cago en la puta —murmura Hudson; me levanta entre sus brazos y acelera en un intento de dejar atrás lo

que quiera que nos haya agarrado.

La cosa se aferra a mí durante un segundo, como unos grilletes de hierro alrededor de mis tobillos. Me trago mis gritos, doy un puntapié y al final me suelta, pero no sin antes arañarme con sus afiladas garras todas las pantorrillas.

Los arañazos escuecen de la hostia, y tengo que volver a hacer acopio de todas mis fuerzas para no ponerme a chillar. Sobre todo cuando un bicho perdido me corre por el pelo y por la mejilla.

—¿Estás bien? —le pregunto a Hudson, cuya respiración suena cada vez más fatigada. Sé que no tiene nada que ver con correr, porque puede desvanecerse cientos de kilómetros sin cansarse, así que tiene que ser lo que quiera que nos haya agarrado—. ¿Te ha hecho algo?

—Estoy bien —escupe, pero tiene la mandíbula tensa y la cara retorcida por el dolor.

No le creo.

—Lánzame hacia arriba —le pido.

Ni siquiera se detiene para preguntar por qué. Lo hace sin más. En el siguiente paso que da, me lanza de forma impresionante por los aires y yo cambio a gárgola de inmediato; las enormes alas cargan con mi peso y me llevan a la zona superior del estadio. Ahora que no siente la necesidad de centrarse en mí, Hudson consigue librarse de los últimos tentáculos de la sombra que le rodean la pierna y aumenta la velocidad, con lo que yo dejo escapar un largo suspiro.

Para asegurarme del todo de que una sombra no salga disparada y me haga descender de un tirón, me obligo a

aletear hasta llegar tan lejos como me es posible y después pego las alas a mi cuerpo tanto como puedo. Cada batida de alas es más estimulante porque voy cogiendo velocidad. Madre mía, me encanta volar. Es solo que me gustaría no tener que hacerlo para sobrevivir. He de admitir que le quita toda la gracia.

Cuando me aproximo al muro del estadio, cierro un ala y viro a la derecha con todas mis fuerzas; después me lanzo en picado para abarcar todo el espacio. Tenemos que concentrarnos en sobrevivir el tiempo suficiente como para que el resto resuelva el rompecabezas; así que hacernos una idea de lo que está atacándonos me parece un buen plan ahora mismo.

Solo que, cuando miro a mi alrededor, me doy cuenta de que va a ser más complicado de como suena. Las extrañas sombras negras han creado un círculo bordeando el estadio y se están moviendo hacia el interior en una tentativa coordinada de acorralarnos; quieren empujarnos cada vez más cerca de la estatua del centro.

Macy es la siguiente en gritar y yo me doy la vuelta justo a tiempo para ver cómo una de las sombras la lanza al suelo.

—¡Hudson! —chillo mientras giro en el aire y me lanzo en picado a por mi prima—. ¡Tenemos que llegar a ella! ¡Hay que ayudarla!

Pero ya no se trata solo de Macy. También están arrastrando a Eden.

Las sombras se abren paso hasta la parte superior de su cuerpo, se le enredan por la cintura, por las costillas y le tapan la boca. Mekhi se desvanece para ayudarla, pero en

cuanto se detiene un segundo las sombras también lo apresan. Cuando me doy cuenta, está en el suelo y estas lo rodean.

—¡Hudson! —vuelvo a gritar mientras Jaxon y Byron caen justo al lado de Mekhi.

Pero Hudson no puede ayudarlos. Está demasiado ocupado dándole patadas a la nueva sombra que se le ha enredado por la parte superior de los muslos. Al menos sigue en pie, así que viro a la derecha con todas mis fuerzas y pego las alas al cuerpo todo lo que puedo para intentar hacerme con él antes de que lo tumben. En el último instante abro las alas de golpe y me coloco a su espalda, y paso los brazos por debajo de sus axilas para levantarlo. Nos alzo a ambos hacia los aires con todas las fuerzas e ímpetu que soy capaz de reunir.

La criatura misteriosa de las sombras grita y trata de aferrarse a su muslo, pero nos movemos demasiado deprisa, volamos con demasiada potencia para que pueda mantener su agarre. No bajo el ritmo hasta que estamos cerca de la parte superior del estadio, momento en el que me empiezan a temblar los brazos del peso que supone cargar con mi novio de metro ochenta como un saco de patatas.

—¡Suéltame ahí! —me grita Hudson a la par que señala una zona un poco más allá de Eden, donde parece haber menos concentración de sombras.

Los brazos me tiemblan muchísimo, y no dudo en girar hacia la derecha y usar las pocas fuerzas que me quedan para lanzarlo justo al centro del área que me ha indicado. Ni siquiera me preocupa que esté a más de treinta metros del

suelo. Mi compañero da una impresionante voltereta en el aire y aterriza con fuerza con una pose agachada que dejaría a la Viuda Negra a la altura del betún. Sonrío. «Será fantasma...»

Vuelvo a cambiar de dirección, aumento la velocidad y paso por encima de la estatua del centro una vez más. Lo que sea que nos esté atacando tiene algo que ver con ella, eso sin duda.

Las sombras han empujado a todos allí excepto a Hudson, quien se está desvaneciendo como si le fuera la vida en ello y hace breves paradas para ayudar a nuestros amigos a alejarse un poco de la escultura. Es una guerra de desgaste porque, aunque consiga apartarlos unos pocos metros, cuando se desvanece hasta otra persona las sombras arrastran a quien acaba de salvar medio metro más cerca del estanque oscuro de agua.

Les echo un vistazo a Eden y a Flint; ambos han cambiado por completo de forma y lanzan enormes bocanadas de hielo a las sombras que se les enredan por las patas. Al menos ya no están de rodillas, ahora planean a unos treinta centímetros por encima del suelo y aletean con furia para evitar que las criaturas vuelvan a tumbarlos. El hielo parece ralentizarlas, pero ni por asomo consigue detenerlas, pues siguen aproximándose a la estatua poco a poco.

Cruzo el estadio una vez más y después decido que quiero examinar más de cerca la escultura. Hay algo en ella que me resulta muy familiar. Pero, para hacerlo, voy a tener que arriesgarme a efectuar un vuelo rasante, lo bastante cerca como para que una sombra me agarre.

Macy grita y echo un vistazo en su dirección con el corazón a punto de salírseme del pecho. Está tumbada boca abajo sobre el suelo de piedra, las sombras la tienen sujeta por la cintura. Tengo que hacer algo. En cuanto tomo la decisión, bato las alas y vuelvo a coger velocidad mientras subo tan alto como puedo. Una vez arriba del todo, doy una vuelta por el aire y pego las alas a mi cuerpo todo lo posible y me lanzo en picado hacia la estatua.

Cuando estoy a nueve metros de distancia y a punto de volver a extender las alas para bajar el ritmo lo bastante para ver bien la estatua, Jaxon grita:

—¡Cuidado!

Miro por encima del hombro… y chillo.

130

Más vale cuervo en mano que muerte segura

Miles de sombras translúcidas en forma de cuervos recorren el estadio y van directas hacia mí. Pero no puedo perder esta oportunidad por centrarme en ellas. Todavía no.

En cambio, cierro las alas hasta que estoy a apenas treinta centímetros de la estatua. En el último momento las abro de golpe y me freno en plena caída, de forma brusca; siento un agudo dolor que me destroza uno de los costados de la espalda por la fuerza, como si me estuviesen arrancando una de las alas. Las lágrimas se me agolpan en los ojos, pero pestañeo para librarme de ellas y no dejo de aletear, planeando justo delante de la estatua. Apenas cuento con un par de segundos antes de que los pájaros fantasma den conmigo, y tengo que observar bien la estatua.

Me elevo y me paso la mano por los ojos. Con la vista ya más despejada, pestañeo y me doy cuenta de que estoy mirando directamente a los ojos de la estatua. Y que esta me está devolviendo la mirada. Me está llamando,

animándome a que entre en la fuente, que vaya hacia allí y que así se acabará mi sufrimiento, que todo desaparecerá. Y tengo tantas ganas de que todo esto acabe que casi sucumbo. Pero, al estar tan cerca de ella, me percato de un detalle. La estatua me mira con una sonrisita de superioridad, como si supiera que soy débil y me dijera, sin palabras, que abandone la lucha. Que abandone sin más.

—¡Grace! —me llama Jaxon gritando, y esa distracción basta para liberarme del dominio que tiene la estatua sobre mí. El ruido del aleteo de los miles de cuervos que vienen directos a mí es casi ensordecedor, y solo tengo tiempo de volverme. Empiezo a darles patadas, pero ya es demasiado tarde. Soy suya.

Se enredan entre mis rizos, me picotean las alas, me arañan los brazos, las piernas y la espalda con las garras, en una versión paranormal de *Los pájaros* de Hitchcock; la bilis me revuelve el estómago y el terror se adueña de mi garganta.

Intento alejarme volando, pero se amontonan sobre mí y me obligan a descender, cada vez más.

—¡Hudson! —grito, y al instante mi compañero levanta una mano, la cierra en un puño, e intenta utilizar su don de la desintegración con la bandada de cuervos. Pero, aunque ahora mismo tienen forma de ave, las sombras son entes nebulosos. No pasa nada, así que no deben de tener forma corpórea y, sin cuerpo, Hudson no tiene nada que desintegrar, nada que hacer desaparecer con un puf.

El terror me desgarra el fondo de la garganta. Si las sombras me empujan hasta el suelo, sé que jamás podré volver a subir.

El cerebro me va a mil por hora. No puedo superar a los cuervos, y Hudson no puede destruirlos; y, visto cómo tiran de Jaxon de forma implacable hasta la fuente que hay en el centro del estadio, su telequinesis tampoco funciona con ellos. No hay nada que podamos hacer, no hay poder que consiga deshacerse de ellos.

Si Dawud, Remy, Calder y Rafael no lo resuelven pronto, serán las únicas personas que sobrevivan hoy.

En mi interior el pánico se desata, y el miedo y la desesperación hacen que me resulte casi imposible pensar, o casi respirar. Aun así, los pájaros no dejan de picotearme las alas y el rostro, y me obligo a pasar por alto el dolor y a concentrarme en la situación que estamos viviendo.

Tengo que salvar a mis amigos. Tengo que salvar a Hudson.

Mi madre me decía que no hay problema que no tenga solución. Solo debes encontrarla. Es un consejo que me ha sido muy útil a lo largo de mi vida (sobre todo durante estos últimos meses), pero estoy empezando a pensar que podríamos estar ante la excepción que confirma la regla. A ver, joder, es que no es un problema habitual tener que sobrevivir como si fuera la protagonista de una peli de miedo.

Pero ya lo he hecho antes. Y pienso volver a hacerlo. Porque, si me rindo ahora, si no encuentro la forma de solucionar este problema, no seré la única que sufra. Hudson también sufrirá. Y Jaxon y Macy y Flint y Mekhi y Dawud y el resto de nuestros amigos. Y no pienso aceptarlo.

«Piensa, Grace, piensa.» Si no somos capaces de vencer a las sombras con nuestros poderes, y tenemos que sobrevivir

hasta que el resto supere la prueba, ¿qué podría retrasar lo inevitable? Seguro que puedo hacer algo que al menos ralentice a las sombras.

¿Agua? No, han atravesado la fuente como si nada.

¿Tierra? Arrastrarnos hasta el suelo parece ser su plan principal, así que no creo que me valga.

¿Aire? Visto lo visto, no parece molestarles en absoluto tener que surcar las rachas de aire, así que no.

¿Fuego? No tienen forma corpórea, así que no serviría de nada.

Mientras oigo los gritos de Macy a mis pies, recuerdo lo que me dijo Remy en la Corte Bruja. ¿Por qué me esfuerzo tantísimo por ser yo quien tenga la respuesta a todo? ¿Por qué no estoy pensando en mi equipo, en lo que me aportan?

¿Flint? Puede escupir fuego... y darnos luz. ¿Y si no tenemos que derrotar a las sombras, sino hacerlas retroceder? Si esa es la solución, quizá la luz nos venga de perlas. Eden solo puede echar hielo por la boca, y jamás me he alegrado tanto de que Flint pueda escupir tanto fuego como hielo.

Exaltada, empiezo a gritarle.

—¡Flint! ¡Escúpeles fuego a las sombras, a ver si la luz las ahuyenta!

Tarda una eternidad en hacer el ademán de escupir una llamarada, pero entonces consigue apoyarse sobre una de las rodillas e impulsarse hacia arriba. Unos segundos después exhala un enorme bramido de fuego y lo apunta directamente a los límites del estadio, de donde parece que surgen las sombras.

Estas se estremecen bajo la luz del fuego, pero en cuanto Flint inspira hondo, las sombras se fortalecen y parecen ir a por mis amigos con más ímpetu incluso.

Hostia puta, no solo no ha ayudado, sino que lo ha empeorado todo.

Me muerdo el labio. ¿Debería rendirme? Ya he encontrado una razón para no hacer nada en esta situación: al menos no podría empeorar las cosas sin querer.

Pero no, nunca me he achantado. Igual cuatro ojos ven más que dos...

Los pájaros siguen picoteándome el cuerpo y las alas, rompiendo piedrecita tras piedrecita con sus fuertes picos, y aunque consigo mantenerme en el aire, cada vez estoy más cerca del agua; el peligro aumenta, y eso me obliga a batir las alas con frenesí, con más y más ganas.

De pronto algo duro se estrella contra mi cuerpo, y siento un fuerte dolor en la cadera que me lanza volando al otro lado del estadio, dando una vuelta sobre mí misma mientras intento, en vano, controlarme con las alas.

En el último instante siento los fuertes brazos de Hudson rodeándome la cintura y tirando de mí hacia él. Después aterriza de pie, con mi cuerpo bien pegado al suyo.

—Perdóname —me dice con la respiración entrecortada—. Ha sido lo único que se me ha ocurrido hacer.

—¿Te refieres a eso de darme una leche que me ha mandado volando por el estadio como si fuese una mosca? —pregunto, pero no hay crítica alguna en mi voz. Lo más seguro es que acabe de salvarme la vida, aunque fijo que me paso un año entero con dolor de cadera.

—Oye —me dice con una breve sonrisa—, te he pillado al vuelo.

—Sí, ya. —Le pongo los ojos en blanco y luego le pregunto entusiasmada—: ¿Has visto lo que ha pasado cuando Flint les ha lanzado una llamarada a las sombras?

—Sí, parecía que se estremecían. —Enarca una ceja y añade—: Después han duplicado su tamaño. Ha sido impresionante.

Varios tentáculos de sombras recorren el estadio a toda velocidad con nosotros como objetivo, y sé que no nos queda mucho tiempo para resolver el problema.

—¿Quién de nosotros podría tener una habilidad que nos valiera frente a las sombras? Mira, yo creo que la luz sería la solución a nuestros males, pero el fuego de Flint no ha bastado.

Hudson entrecierra los ojos un segundo y después levanta muchísimo las cejas.

—¿Viola no nos dijo que a la madre de Macy la magia de las sombras se le daba a las mil maravillas? Creo que dejó entrever que Macy debería poseer el mismo talento que su madre.

Joder, si salimos de aquí, este chico se merece el beso más largo de la historia.

—Te quiero —le digo, y le doy un piquito rápido antes de saltar en el aire, moviendo las alas lo más rápido que puedo. Directa hacia Macy. No me vuelvo para mirar a Hudson, pues sé que ya se estará desvaneciendo hasta otro de nuestros amigos, intentando ayudar en la medida de lo posible. En cuanto estoy cerca de mi prima, grito:

—¡Macy! ¡Viola nos dijo que tu madre y tú domináis la magia de las sombras! ¿Podría ser para eso la poción que tu madre nos dijo que haría lo que más necesitásemos?

Las posibilidades son ínfimas, pero he de confiar en que, si mi madre fuese la leche en una clase especial de magia, entonces pensaría que es importante estar siempre preparada para esa clase de ataque. Y seguro que la tía Rowena también prepararía a Macy.

—¡Igual sí! —nos grita Macy desde abajo, pero la voz de mi prima suena más débil de lo normal; tiene el cuerpo lleno de sudor y suciedad por luchar contra las sombras.

—¡Macy, vamos, tú puedes! ¡Puedes hacerlo! —exclamo.

Macy gruñe, rueda y al final se queda tumbada boca arriba respirando de forma entrecortada. Pasan otros diez segundos antes de que pueda meter la mano en su riñonera y, con los ojos cerrados, hurga en ella hasta que saca una botella. Mira hacia abajo y asiente; después otro gruñido y se impulsa con gran esfuerzo para apoyarse sobre las rodillas.

Las sombras están rodeando a Hudson. Mi compañero cada vez tiene menos espacio para dejar de desvanecerse un momento y recuperar el aliento, pues las sombras ya casi se han hecho con todo el suelo del estadio. El resto todavía no está en el agua, pero se encuentran cerquísima. Flint no deja de escupir fuego, con cuidado de no quemar a nadie, pero intenta evitar que las sombras vuelvan a arrastrarlo hasta el suelo.

Suelto un breve chillido cuando veo cómo una sombra casi se me enrosca en el tobillo.

—¡Date prisa! —grito.

Macy vuelve a hurgar en su riñonera y saca la varita; después tira el contenido de la botella al aire. Apunta el líquido con la varita y dice algo que no llego a oír. Entonces la poción estalla en millones de esquirlas diminutas que brillan con luz propia y bañan toda esta mitad del estadio con su luz.

Y en ese mismo momento se desata el caos.

131

Patinaje sobre vísceras

Apenas dispongo de un instante para celebrar que mi idea ha funcionado y que las sombras están menguando antes de que suelten un chillido impío que hace que me corran escalofríos por la espalda. Y entonces, como si su furia hubiera abierto una compuerta, los bichos vuelven a salir arrastrándose del agua.

Ahora que la luz brillante baña el estadio, veo exactamente lo horripilantes que son las criaturas que tenía en el pelo y me corrían por la piel, y estoy a punto de vomitar. En pleno vuelo. Tienen unas tenazas dentadas escalofriantes y antenas gigantes que se arquean como tallos de flores marchitas, además de las infinitas patas que recuerdo recorriéndome la carne. Todo eso va unido a cuerpos de un negro brillante que se dividen en dos segmentos distintos, cosa que permite a los bichos darse la vuelta y dirigirse hacia cualquier dirección mientras trepan por las rocas y la hierba.

Miles y miles de ellos salen del agua y van directos hacia mis amigos. Ola tras ola, como si la estatua tan solo

estuviera jugando con nosotros antes, pero ahora se hubiera abierto la veda. En un mero instante el suelo se desvanece bajo un manto viviente de insectos que van directos hacia mis amigos, quienes ya están en pie porque las sombras han amainado.

Flint y Eden despegan mientras los vampiros se desvanecen, Hudson con Macy en brazos. El sonido de los pies de los vampiros aplastando miles y miles de los cuerpos de los insectos contra el suelo de piedra resuena de forma espeluznante por el estadio. Al final, en el suelo en vez del negro predomina el color amarillento de las entrañas de los bichos, y yo me estremezco, tremendamente agradecida por que mi especie tenga alas.

Sé que Hudson podría desintegrar los insectos, pero ni siquiera me pregunto por qué no lo ha hecho. No me puedo ni imaginar cómo sería meterse en la mente de miles de bichos. Vuelvo a estremecerme.

Sin embargo, desvanecerse no es la solución. Con el tiempo los vampiros se van a cansar, tal y como les enseñó Hudson a las gárgolas en la Corte congelada. Estoy a punto de sugerir que se monten a espaldas de Flint y Eden, quienes están convertidos en dragones, cuando Mekhi suelta un breve gañido y resbala por el suelo ahora escurridizo debido a las entrañas machacadas de los insectos. Se desliza a través de todo el estadio hasta que al final pierde el impulso, como si estuviera probando el peor tobogán de la historia.

Cuando deja de deslizarse, permanece ahí tumbado durante unos segundos; está claro que se ha quedado sin aire. Mi mirada se precipita al agua, pero los bichos no

parecen darse cuenta de que Mekhi está en el suelo. Siguen saliendo del estanque, pero tampoco es que se dirijan a él en especial.

Entonces gruñe y comienza a levantarse, y los insectos, como uno solo, se apresuran en su dirección. En cuestión de segundos está gritando y haciendo aspavientos con todo su cuerpo mientras intenta quitárselos de encima.

Y después Byron tropieza. Hudson y Macy son los siguientes en caer. Y al final también Jaxon.

Ahora que los vampiros ya no están corriendo, Flint y Eden vuelan en círculos cerca del suelo y lo cubren con hielo. Esto congela a los insectos que no están encima del resto, pero eso solo consigue que salgan más del agua que rodea la estatua.

«Piensa, Grace. ¡Piensa!» No podemos enfrentarnos a ellos, son demasiados. Tampoco podemos dejarlos atrás. Quizá si los hiciéramos retroceder como hemos hecho con la luz para que las sombras se fueran... Niego con la cabeza. No parecen tenerle miedo a nada. No paran de manar, manar y manar, como si la fuente fuera un pozo inagotable de bichos.

Y entonces me viene una idea a la mente. No tenemos que derrotar a los insectos. Tenemos que tapar el pozo.

Viro a la izquierda y vuelo más cerca de Flint y Eden, quienes siguen lanzando hielo al suelo que rodea a nuestros amigos para acabar con tantos insectos como puedan.

Macy grita con histerismo, se saca bicho tras bicho del pelo mientras da saltitos de arriba abajo para quitarse de encima los que le trepan por las piernas. Byron, Jaxon y Hudson aplastan tantos bichos como pueden, pero es una

batalla perdida. Aun así, la persona que peor lo está pasando es Mekhi, quien está sobre una rodilla y casi cubierto por completo por las criaturas. Debe de haberse dado contra el suelo más fuerte de lo que pensaba cuando ha tropezado antes. El aliento helado de Flint es lo único que evita que los bichos sepulten al vampiro por completo, así que no debería cesar. Me doy la vuelta hacia Eden, quien está al otro lado, cerca de Macy.

—¡Eden! ¡La fuente! —grito—. ¡Congela la fuente!

Eden se detiene a media bocanada durante un segundo, puede que dos; después se dirige hacia la fuente. Vuela en círculos bajos alrededor de la base de la estatua y congela el agua al instante de un soplo la mar de potente. Da unas cuantas vueltas más para construir un muro de hielo de casi sesenta centímetros de ancho en la base de la fuente antes de ampliar su rango de vuelo y congelar también a los bichos que quedan en el suelo.

Al final, todos los bichos mueren.

132

A veces hay que exprimirse el cerebro

De pronto se oye un chasquido por todo el estadio. Después de unos segundos el muro gigante que divide el estadio empieza a desaparecer.

Menos mal. Dawud, Calder, Remy y Rafael por fin han logrado resolver el rompecabezas.

Se acercan a nosotros dando tumbos, como si hubiesen visto un fantasma (o varios). Y quizá haya pasado justo eso. En vista de las criaturas a las que nos acabamos de enfrentar nosotros, ya no pienso descartar nada.

—Estáis bien —dice Remy, y me coge de la mano. Nunca lo había visto tan alterado, y no deja de desviar la mirada hacia Macy—. Creía que... —Se calla y niega con la cabeza —. Esa última prueba ha sido una pedazo de movida.

—Mejor dicho, una pedazo de pesadilla —lo corrige Calder, y también parece mucho más desanimada de lo normal—. Me alegro de veros, chicos.

—Nosotros también nos alegramos de veros. —Le doy un abrazo espontáneo, y el hecho de que la mantícora se funda

en él me demuestra lo disgustada que está.

—Dawud lo ha resuelto —comenta Rafael un segundo después—. Con un par de canicas y una llave vieja.

—Bueno, no me sorprende en absoluto, la verdad —le dice Hudson a Dawud—. Bien hecho. Nos has salvado la vida.

Dawud no responde. Tiene demasiada faena repasando a todo el resto del grupo; nos mira fijamente a cada uno de nosotros, como yo misma he hecho después de que Jaxon y yo resolviéramos la primera prueba.

—Nos teníais muy preocupades. Los gritos eran terribles —comenta Dawud mientras observa los restos viscosos que han dejado los bichos, y que nos cubren el cuerpo y el suelo del estadio.

Macy saca la varita, la agita y se encarga en un santiamén de eliminar todo rastro de bichos, vísceras y caparazones vacíos del suelo y de nuestros cuerpos. Pero no creo que pueda sacarme de la cabeza la sensación de los bichos circulando por mi piel ni con la ayuda de la magia, y un escalofrío me recorre de arriba abajo.

—¿Estás bien? —me pregunta Remy rodeándome los hombros con el brazo.

La mirada que le lanzo dice claramente: «La verdad es que no». Pero, en cambio, asiento y digo:

—Por cierto, el consejo de antes me ha venido genial.

Y es verdad. Me ha ayudado a dejar de pensar en cómo podía salvar al resto y, en cambio, pensar en cómo nos podíamos salvar entre todes.

Abre los ojos sorprendido y después lanza un suspiro que parece durar un minuto entero. Cuando se aparta el pelo de

la cara veo que le tiemblan un poco las manos.

Pienso si preguntarle qué ha visto, pero no estoy segura de querer saberlo, la verdad. Me encantaría confirmar que ya hemos evitado el destino que vio en sus visiones, pero tengo cero ganas de oír si algune de mis amigues muere; no hay forma alguna de sobrevivir si no superamos las dos próximas Pruebas. Ser consciente de que entraré en uno de los niveles con alguien que no saldrá de aquí por su propio pie... No quiero ni pensar en cómo me afectaría eso.

De verdad, no creo que pudiera soportar saberlo. Y por eso mismo me pregunto cómo lo hace Remy. Todo el mundo habla y comenta que ser capaz de ver el futuro debe de ser la hostia. Pero ¿cómo será saber todo lo que él sabe, y no poder evitar que ocurran todas las cosas malas?

Yo me volvería loca fijo. Tendría más ataques de pánico de los que ya tengo, eso seguro.

—Venga, hemos de concentrarnos o al final nadie sobrevivirá —dice Eden cuando el muro empieza a emitir varios ruidos. En un instante nos dispersamos por el suelo del estadio para asegurarnos de que al menos una persona acabe en el lado correcto y pueda solucionar el próximo problema.

Inspiro bien hondo, suelto el aire poco a poco y cojo a Hudson de la mano. No sé qué va a pasar ahora, no sé en qué lado de la Prueba estaré. Solo sé que me da igual en qué lado sea, quiero que Hudson esté conmigo.

Él debe de pensar lo mismo porque me rodea con los brazos y me estrecha contra su cuerpo. Apenas puedo respirar. Y cuando por fin el muro se recoloca, cuando por

fin las rocas dejan de chirriar, seguimos juntos. Por ahora no puedo pedir nada más.

Bueno, eso y un poco de luz, pues la poción de Macy vacila y volvemos a estar sumides en la más completa y absoluta oscuridad.

133

Mejor nos ahorramos el brindis

—¿A oscuras? ¿Otra vez? ¿En serio? —La voz lastimera de Macy atraviesa la penumbra que nos envuelve, lo cual nos revela a Hudson y a mí que por lo menos tenemos a una persona más con nosotros—. No puedo ni encontrar las velas.

—No te preocupes —dice Remy desde lo que parece el otro lado del estadio—. Yo me encargo de las luces.

De repente su puño resplandece de color morado en la oscuridad y realiza un gesto circular con el brazo para abarcar toda la zona que nos rodea. Cuando lo hace, el destello fluye por cada sección hasta que aparece un anillo de luz violeta que recorre toda la parte superior del estadio.

O, como aprecio cuando por fin veo bien en el lugar, tres cuartos del estadio. Porque vuelve a estar dividido en forma de una fase lunar, igual que durante la primera Prueba. Solo que esta vez estoy en la parte grande junto con Hudson, Remy, Mekhi, Macy, Calder, Flint y Dawud. Lo cual deja a

Jaxon, Eden y el resto de la Orden para resolver el rompecabezas.

Ahora que el estadio está iluminado, advierto que la fuente ha desaparecido y, en su lugar, justo en el centro del estadio, se encuentra una mesa. Y sobre dicha mesa hay una caja colocada que no medirá más de treinta centímetros.

Solo con verla se me humedecen las manos. Respiro hondo y espiro de forma pausada, intento convencerme a mí misma de que esta ronda irá bien. Que no vamos a perder a nadie.

Pero no estoy segura de creérmelo, y es esa duda lo que convierte el hecho de caminar hasta la mesa en una tarea más complicada de lo que me imaginaba.

—¿Qué creéis que habrá en la caja? —pregunta Macy, y suena tan vacilante como yo me siento.

—Solo hay una forma de averiguarlo —contesta Remy de forma lacónica.

—Ya, pero ¿y si no queremos averiguarlo? —añade Macy.

—Entonces supongo que podemos quedarnos aquí parades hasta que nos hartemos de oír los gritos que sin duda vendrán del otro lado dentro de nada —explica Hudson.

—Buena observación —responde Mekhi. Entonces me mira como si fuera trabajo mío abrir la caja. Uf.

Me adelanto para hacerlo, con cierta aprensión por lo que pueda salir de ahí dentro después de todo lo que hemos pasado, pero Remy se pone delante de mí antes de que pueda llegar. Después de echarnos un vistazo rápido para

asegurarse de que apoyamos la moción, alarga la mano y abre la tapa.

Me preparo para lo que pueda ser («Por favor, por favor, por favor, basta de bichos»), pero no ocurre nada. La estancia no tiembla, no salta nada de dentro de la caja, no manan extrañas criaturas de las paredes.

—Hay otra caja dentro —nos informa Remy a la par que la saca.

También abre esta, y deja al descubierto una gradilla que contiene ocho tubos de ensayo en su interior. Cada tubo está lleno de un líquido de color diferente.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer con eso? —pregunto mientras una sensación de pesadez en el estómago me dice que ya sé la respuesta.

—Hala, me pido el rojo —espeta Calder—. Va a juego con mi pelo.

—No sé yo si eso importa —le contesto—, pero adelante.

Ella pone los ojos en blanco mientras saca el tubo en cuestión de la caja.

—La combinación de colores siempre importa, Grace.

Y tras ese comentario, le quita la tapa y se bebe todo el líquido de un trago.

134

Cierra los ojos y piensa en cosas bonitas (y rosas)

Nos quedamos unos largos segundos observando a Calder, preguntándonos qué va a pasar mientras ella (feliz y con cero preocupaciones en la cabeza) saca una polvera y mira su reflejo al tiempo que se pone una capa más de pintalabios.

—El barro viene de lujo para el cutis —comenta mientras se restriega los labios la mar de contenta—. Grace, tendríamos que organizar otro tratamiento de barro en cuanto podamos.

—Bueno, qué te parece si esperamos a sobrevivir a lo de esta noche antes de empezar a hacer planes para pasar un día en el balneario, ¿eh? —le dice Remy.

—Ay, Remy, te estás volviendo un aguafiestas, en serio. —Calder suspira—. Eres consciente, ¿no?

—Es un problema, sí —coincide este al instante—. Oye, ¿no notas nada raro?

—Y ¿por qué iba a notar nada raro? —pregunta Calder mirándolo poco convencida.

—No sé, ¿igual porque te acabas de meter entre pecho y espalda una poción que no sabemos lo que es? —dice Flint.

—Mi cuerpo lo soportará —contesta Calder encogiéndose de hombros. Después se pone a posar, como si estuviera delante de una cámara de fotos, y añade—: Es una obra de arte.

—Desde luego —afirma Dawud.

—Dawud, deja de babear ya, joder —le dice Remy—. No necesita a nadie que se eche al suelo y le lama los pies.

—Me gusta la gente que se echa al suelo —replica Calder después de cerrar la polvera con un golpe seco y guardársela en el bolsillo—. Así es más fácil. Las entrañas están buenísimas.

Se relame los labios recién pintados para darle más énfasis a la frase mientras Dawud gimotea.

Hudson me lanza una mirada que dice claramente: «¿Y ahora qué narices se supone que tenemos que hacer con esto?» y yo me limito a encogerme de hombros. Porque, bueno, a la vista está que Calder dicta sus propias leyes, que no son pocas, y que a Dawud parece no importarle lo más mínimo vivir siguiéndolas. O hasta morir por ellas, con entrañas y todo.

—Pero ¿te encuentras bien? —pregunto un minuto después, al ver que Calder no se ha puesto a echar la pota ni nada.

—Que estoooy bieeen —responde, y se echa el pelo hacia atrás muy muy despacio. De hecho, el pelo se le mueve tan despacio que parece ser la prota de un anuncio de champús, de esos en los que la modelo aparece en cámara lenta para que todo el mundo pueda ver lo brillante, sana y

hermosa que tiene la melena. Aunque, bueno, Calder tiene la mitad del pelo duro por el barro, así que no está precisamente muy lustroso que digamos. Aun así, cómo no, Calder parece toda una modelo de anuncio de champú.

—Guay. —Remy mira las otras siete pociones que quedan —. ¿A alguien le apetece ser la siguiente cobaya?

—No sabemos si nos las tenemos que beber o no —objeto —. Igual tenemos que tirar el líquido al suelo o algo así. No nos podemos permitir cometer ningún error.

—Bébeeetelaaa —me dice Calder volviéndose hacia mí muy poco a poco—. Eeeestáááá riiiquíííísiiimaaa.

—Como las entrañas, ¿no? —comento, y se me cae el alma a los pies.

—Hostia... —Hudson abre los ojos como platos, y parece que ha descubierto qué demonios es lo que está pasando—. Calder, ¿lo estás haciendo aposta?

—¿Eeel quéééé? —La mantícora tarda cinco segundos en pronunciar esas dos palabras, y el mismo tiempo en enarcar las cejas.

—Bueno, creo que ya sabemos lo que hace la poción roja —dice Macy con un suspiro.

—Al parecer, te ralentiza —señalo negando con la cabeza y riéndome.

—Te ralentiza muuuchooo —coincide Remy; después, se inclina y coge la poción verde—. ¿Alguien quiere esta?

—Yo no quiero ninguna —le digo.

—Ya, bueno, lo lamento de veras, pero no creo que esa sea una opción, *cher* —me contesta y después abre el tubo y se la bebe de un trago como si fuera un chupito.

Mekhi nos mira a Macy y a mí con una sonrisa burlona, y es evidente que ya ha superado lo de estar cubierto de bichos. Suerte para él, porque yo estoy convencidísima de que recordaré esa experiencia durante muchísimo tiempo por los dos.

—Creo que la naranja lleva mi nombre —indica—. Pido perdón por adelantado por si me pone aún más cañón de lo que ya estoy, señoritas.

Y entonces vacía el tubo como si se hubiese criado en una fraternidad.

Macy lo mira, pone los ojos en blanco y coge la poción morada.

—Grace, te dejo la de color rosa eléctrico para ti, que es tu color favorito.

Cómo no. Ahora estoy al ciento treinta por ciento segura de que la poción rosa eléctrico es la peor de las ocho, y es lo que me merezco por pasarme los últimos siete meses de mi vida mintiéndole a mi prima sobre cuál es mi color favorito.

Hudson reprime una risilla y lo fulmino con la mirada mientras Macy levanta la poción y dice: «¡Hasta el fondo!» y se la bebe.

—¿Sabes ya qué hace tu poción? —le pregunta Dawud a Remy, pero el brujo pasa de elle olímpicamente, camina hacia el límite de la pared y hace una reverencia..., nada preocupante, qué va. Un par de segundos después hace un gesto con la mano y echa a correr; si es que se le puede llamar a eso correr, pues va de puntillas con las botas de montaña todavía puestas.

—¡Grace, cuidado! —grita Macy de pronto y empieza a señalar algo encima de mi cabeza, frenética.

Me agacho en cuanto grita mi nombre, pero cuando me vuelvo para enfrentarme a lo que fuera que mi prima haya visto, descubro que ahí no hay nada.

—¡Grace! —vuelve a gritar ella—. ¡Que viene! ¡Corre, apártate! ¡Va directo hacia ti!

—¿El qué? —quiero saber, con la mirada clavada en el suelo, desconcertada y esperando a que una de esas puñeteras serpientes de sombras aparezca de repente. No se me ocurre otra cosa en todo el mundo que pueda asustar tantísimo a mi prima; sobre todo cuando no consigo ver lo que está señalando.

—¡El monstruo! —dice y empieza a llorar—. ¡Grace, por favor, corre! ¡Tienes que correr!

—Serán alucinaciones —afirma Hudson, y ahora le toca a él mirarme con los ojos desorbitados.

Me parece oír unos gritos apagados que provienen de nuestros amigos, los que están al otro lado del muro, pero no puedo centrarme en ellos en este momento. Tenemos que sobrevivir a los problemas con los que puedo lidiar ahora.

—¿Alguien más oye la música de Tchaikovski? —pregunta Dawud de pronto.

Inclino la cabeza hacia un lado y presto atención, y oye, sí, las notas que tan bien conozco de una de las canciones de *El cascanueces* están sonando. La reconozco al instante, pues mi madre me llevaba a ver la obra a Los Ángeles todas las Navidades.

—Me pregunto si la música estará relacionada con las Pruebas... —murmuro rezándole a todo dios que haya para que no tengamos que interpretar el ballet de *El cascanueces*

bajo los efectos de estas desconocidas pociones. En buenas condiciones apenas sé colocarme en quinta posición, o eso decía mi profe de ballet cuando era pequeña.

Y no he de esperar mucho para descubrir la respuesta a mis dudas, pues Remy viene corriendo hacia mí y hace una pirueta bastante decente. Bueno, *decente* sería la palabra adecuada si lo comparásemos con una manada de jirafas.

Pero parece que la música tiene extasiado a todo su ser. Hace una floritura con el brazo y se prepara para realizar un *jeté*, y le doy un par de puntos más por la entrega. Ha dado un muy buen salto de un metro noventa casi. Seguro que le ha dado un tirón cuando ha intentado hacer un *spagat* en pleno salto, pero no ha llegado por un metro y poco.

Hudson lanza un silbido.

—Tendría que haber calentado antes de empezar.

Bueno, a Remy no parece importarle no haber hecho bien el paso, o no haber clavado la caída. Se limita a incorporar un salto mortal a sus movimientos y a recuperarse antes de seguir con su baile; una sonrisa enorme le cruza el rostro y hace que sea patente que se lo está pasando como en la vida.

—No quiero tomarme la poción —le confío a Hudson y entonces, de pronto, se me ocurre que Calder ha sido la más afortunada del grupo. Ella no tenía ni idea de lo que podía ocurrirle cuando se ha bebido esa cosa. Pero ahora que lo sé..., ahora que lo sé la verdad es que tengo menos ganas todavía de meterme eso en la boca que cuando lo he visto, y eso ya es mucho decir.

Hudson me mira como diciendo: «No te jode».

—Ya, yo tampoco. Aunque supongo que no nos queda más remedio. No creo que este nivel vaya a empezar hasta que nos las hayamos bebido todas.

—¿Empezar? ¿Estás queriendo decirme que no basta con bebérnoslas? —pregunto—. ¿Tendremos que hacer más cosas que podrían matarnos?

Hudson se limita a suspirar y me tiende el tubo que contiene el líquido rosa eléctrico. Después se vuelve hacia Dawud y Flint con los tres tubitos que quedan.

—Elegid —les dice.

Flint elige la azul sin pensárselo, y Dawud se queda inmóvil y parece sentir justo lo mismo que siento yo: que lo que menos le apetece en este mundo es beberse una de esas cosas. Pero al final elige la transparente, y a Hudson le queda la amarilla. Mi compañero pone una mueca al verla.

Y no me extraña. Ya bastante mierda es tener que bebernos la poción, ¿hacía falta que pareciera pis?

—En fin, allá vamos —digo sosteniendo el tubo en una versión macabra de un brindis.

Hudson, Flint y Dawud me imitan, y los cuatro nos bebemos el contenido de los tubos de ensayo.

El miedo se adueña de mi estómago cuando Macy vuelve a gritar y empieza a darle manotazos a algo que tiene justo delante, mientras Calder se aleja de la mesa a velocidad hiperlenta. Remy está concentrado en ejecutar una serie de complicados saltos a los que les sigue una serie de volteretas menos complicadas.

Y de pronto Dawud casi se cae al suelo.

Flint le pilla al vuelo y le ayuda a estabilizarse, pero, en cuanto le suelta, Dawud vuelve a caerse.

—No siento el lado derecho del cuerpo —explica Dawud, o farfulla mejor dicho, porque tiene la mitad de la boca paralizada.

—Vale, eso no mola —le digo a nadie en particular, porque todo el mundo está absorto en lo que sea que le está pasando.

A mí todavía no me ha hecho efecto la poción, así que me acerco corriendo para ver si puedo ayudar a Dawud, pero parece estar bien. Quitando el hecho de que tiene la mitad del cuerpo paralizado, y que no puede moverlo.

A ver, ¿qué podría salir mal en ese caso?

—*¿Neib sátse?* —me pregunta Hudson con ojos preocupados.

—¿Qué? —digo.

—*¡Ecarg! ¿Neib sátse?* —Estira el brazo hacia atrás y da un paso también hacia atrás. Y ambos abrimos mucho los ojos.

—¡Joder! —suelto medio gritando medio riéndome—. ¿Ahora caminas y hablas al revés?

Creo que intenta asentir, pero mueve la cabeza de delante atrás, a la inversa.

—La hostia, ¡estás en modo reverso! ¿Qué vamos a hacer? —Me empiezo a descojonar porque, a estas alturas, me río por no llorar.

Bueno, la parte positiva es que sigue sin afectarme la poción. Al final Macy va a tener razón y todo: al parecer, el rosa eléctrico sí que va a ser mi color. O eso, o los creadores de las Pruebas no tuvieron en cuenta que pudiera llegar una participante que fuese inmune a toda clase de magia.

Una pena que el resto de mis amigues no tenga la misma suerte que yo.

Me vuelvo para observar al resto, y casi me descojono viva.

Calder camina contoneándose hacia Remy, pero va tan lento que cualquiera pensaría que va hacia atrás. Que tampoco nos viene mal, porque, si llegara hasta el brujo, no haría más que interferir en el *brisé volé* que nuestro amigo trata de ejecutar. No le sale bien, pero lo intenta. Mientras, Hudson quiere acercarse a mí, pero cada vez que trata de dar un paso hacia delante, en realidad lo que hace es caminar hacia atrás.

Entretanto Macy se está escondiendo debajo de la mesa, llorando y dándole manotazos a vaya a saber qué, y Dawud sigue ahí en el suelo, como si no tuviera ni idea de qué hacer con su cuerpo. Por su parte, Mekhi posee la misma expresión de «mierda» en el rostro que sé que tengo yo. Aunque por motivos muy diferentes. Ahora mismo se está chupando el pulgar y camina dando vueltas en círculos, con la cabeza ladeada tanto como le es posible, como si quisiera verse la espalda; de repente me embarga el horror al pensar que el pequeño Mekhi haya podido hacérselo encima.

Y, bueno, Flint... al parecer va a tope con la idea de que es una gallina.

Cloquea como una gallina.

Camina como una gallina.

Agita los brazos como si fuese una gallina moviendo las alas.

Hasta echa a correr como una gallina en cuanto ve que alguien se acerca demasiado a él, lo que será superentretenido cuando necesitemos luchar contra algo o alguien.

Y ya que sale el tema, me esfuerzo por no cagarme encima cuando el suelo que pisamos empieza a crujir.

Macy y Hudson deben de haberlo oído también, porque ambos se ponen en alerta máxima, como hago yo. Giro haciendo un círculo mientras intento dilucidar de dónde vendrá la amenaza, pero no veo nada.

Al menos, no veo nada hasta que el suelo empieza a temblar.

135

Ee I ee I, oh no

—*¿Ogla sev?* —pregunta Hudson mientras se esfuerza por escudriñar los alrededores conmigo.

Por fin se ha dado cuenta de que, si camina hacia atrás, puede llegar hasta mí porque se moverá hacia delante. Es un proceso lento, pues su cerebro no está acostumbrado, pero al final llega hasta mi lado. Aunque quién sabe qué ocurrirá cuando intente luchar. Cruzo los dedos de las manos y los pies para que toda esta cosa de ir al revés no signifique que le dará una paliza de la leche a sus amigues en vez de al enemigo...

—¡Prepárate, Calder! —le grito.

—Yaaa estoooy —contesta, pero tarda unos diez segundos en darse la vuelta en un semicírculo para estar mirando en la misma dirección que Remy, Hudson y yo. Bueno, en la que Remy miraba. Ahora está al otro lado del estadio y hace girar a una bailarina imaginaria antes de saltar en un *cabriole* con el que acaba cayendo de morros al suelo.

Imaginaba que eso lo pararía durante un rato, pero no. Vuelve a estar en pie en cuestión de segundos, aunque la

nariz le sangra y tiene el labio raspadísimo por culpa de la piedra. He de decir que, a pesar de las circunstancias, me deja impresionada el *battement* que lleva a cabo. Podría ser mucho peor.

Le echo un vistazo a Hudson, quien comienza a decir algo, pero después se limita a poner los ojos en blanco. Del revés. Lo que podría ser una de las cosas más insólitas que he visto en todo el día, y ya es mucho decir.

Mientras tanto Calder ha intentado cambiar a su forma de mantícora, pero se mueve tan despacio que parece que se ha quedado pillada a medias entre ambas partes de sí misma. Luce la mayor parte de una cola de escorpión y unos mechones de su melena de león, si bien el resto es todo humano. Y si se me permite decirlo, no le sienta nada bien este look.

Comienzo a dirigirme hacia ella para ver si puedo hacer algo para ayudarla. Pero antes de que consiga acercarme más de un metro, mi prima grita por lo que parece la centésima vez en los últimos quince minutos.

—¡Macy! —la llamo e intento sonar tan paciente como me es posible—. ¿Puedes salir de debajo de la mesa? No hay nada.

—¡Sí que lo hay! —me dice entre sollozos—. ¡Madre mía, es repugnante, Grace! ¡Repugnante!

—Necesito que te levantes, Mace. Olvídate de lo que sea eso... Te juro que no te va a hacer daño, así que ven conmigo. Te necesito.

—¡Va a hacerte daño! —grita—. ¡No, no le hagas daño a Grace!

Y de repente lanza un hechizo eléctrico hacia Hudson y hacia mí. Lo aparto de un empujón (con la suerte que tengo, intentará apartarse pero acabará saltando directo hacia el rayo) y acabo con unos cuantos centímetros de pelo cortados en el proceso. Por suerte, le da al lado que aún no me habían cortado, por lo que mi melena vuelve a estar casi igualada una vez más. Varios centímetros más corta que antes, pero igualada al fin y al cabo.

Mi prima solloza; por fin la oigo levantarse. O al menos lo intenta, pues cada vez que se acerca demasiado a lo que quiera que está imaginando en sus delirios, empieza a gritar de nuevo.

Sin embargo, tengo problemas más importantes (todes los tenemos), porque de repente ocurre otra cosa. Se oye un repentino sonido sibilante que barre el estadio.

Echo un vistazo a mi alrededor, intento averiguar de dónde viene, pero nadie más le presta atención. Nadie menos Hudson, claro está, quien me contempla con una mirada que dice «manos a la obra». Al menos hasta que Flint se planta ante él de un salto e intenta sacarle los ojos a picotazos.

Y lo único que puedo pensar en este preciso momento, mientras veo a Hudson dar puñetazos y tropezando hacia atrás en un intento de librarse de él, es que si las Pruebas no matan a Flint, puede que entonces sea Hudson quien lo haga..., si es que consigue averiguar cómo volver a usar sus extremidades.

136

Miquiquiriquí Jackson estaría orgulloso

—¿Qué ha sido eso? —pregunto cuando esa especie de silbido se intensifica, aunque sin dirigirme a nadie en especial.

—¡Grace, cuidado! —grita Macy—. ¡Va a por ti!

Ni siquiera me molesto en mirar a mi alrededor.

—*¡Anera ed atnemrot!* —responde Hudson a mi pregunta. Por fin ha conseguido librarse de Flint, y nuestro amigo el dragón-gallina está ahora en una esquina cloqueando de disgusto, mientras Hudson corre hacia mí lo más rápido que puede, teniendo en cuenta que solo puede moverse hacia delante poniendo un pie detrás del otro, en una peculiar versión descoordinada del *moonwalk* de Michael Jackson.

—*¡Anera ed atnemrot!* —repito, mientras intento averiguar qué ha dicho mi compañero—. *Anera*... a-re-n...

—¡Tormenta de arena! —grita Dawud al tiempo que consigue sacar a rastras a Macy de encima de la mesa a la que se había subido, y le lobe lo hace usando solo el brazo izquierdo. Pero, cuando intenta volcar la mesa (todavía

usando solo el brazo izquierdo, claro), lo miro como diciéndole: «¿Qué coño haces?»—. Necesitamos escondernos detrás de algo —me explica.

Y, dado que la persona que tengo delante se ha pasado toda la vida en una manada en el desierto sirio, me da que mejor le hago caso. Así que me pongo manos a la obra y vuelco la mesa sobre uno de los laterales; después doy un paso hacia atrás para dejar que Remy (quien nos estaba escuchando a pesar de estar en medio de una serie de piruetas) utilice un buen chorro de magia para enviar la mesa contra la pared, de tal forma que las patas acaban chocando contra el muro. Así, el tablero nos proporciona protección frente a la arena que acaba de levantarse en el estadio.

—Tenemos que refugiarnos tras ella —me dice Dawud.

—¿Puedes ir tú a por Macy? —pregunto señalando a mi prima, que está en un rincón lanzando hechizos no sé bien a qué—. Yo voy a por el resto.

—¡Tápate la boca con la camiseta! —me grita le lobe mientras salgo corriendo—. Te protegerá de la arena.

Sigo su consejo al tiempo que corro hacia el centro del estadio. Remy ha llegado hasta allí para ayudar a Calder, quien por fin se ha transformado por completo en mantícora, pero que sigue en modo cámara superlenta, cosa que, si no estuviésemos tan hasta el cuello de mierda, sería lo más gracioso que he visto en la vida.

Confío en que Hudson encuentre la forma de caminar hacia atrás hasta la mesa, por muy rara que pueda ser esa imagen, así que solo tengo que salvar al pequeño Mekhi y al Chico Gallina.

—¡Flint, ven aquí! —le chillo mientras el aire se levanta en el estadio, y al mismo tiempo intento convencer al pequeño Mekhi para que deje de chuparse el dedo, me coja de la mano y, así, poder ponerlo a resguardo de la arena.

Esta vez el cacareo de Flint ya no destila enfado, sino puro terror, por tanto ni siquiera se resiste cuando dejo a Mekhi detrás de la mesa y corro para coger a Flint de la mano y salir disparada a la seguridad del tablero de madera. Ahora la arena flota en el aire, me atiza el rostro y las manos, y se me mete en los ojos.

—¡Súbete la camiseta! —le digo, pero es en vano. A la gallina no la llama lo de ponerse una mascarilla.

Acelero mientras intento mantener la cabeza agachada, mirando al suelo, pero tengo una visibilidad de mierda ahora mismo, así que tengo que levantar la mirada cada poco rato para confirmar que no acabo en el lado contrario del estadio. Cosa que es totalmente viable, vista la fuerza con la que sopla el viento en este momento.

Y eso antes de que una racha especialmente fuerte de viento atraviese el estadio y casi nos levante del suelo. Flint se asusta tantísimo que se me sube encima de un salto antes de que pueda llegar a imaginarme lo que iba a hacer; tengo a los casi dos metros de mi amigo encima, cacareándome a pleno pulmón..., justo en la oreja.

Nada preocupante, vaya, qué va..., sobre todo teniendo en cuenta que no me he transformado en gárgola, y que tengo encima a un dragón-gallina que pesa por lo menos el doble que yo.

Doy un par de pasos tambaleándome, pero no consigo avanzar más y acabo deshaciéndome de Flint, quien se cae

de culo (un culo sin plumas) al suelo. Eso no le gusta mucho a mi amigo, y cacarea un par de veces para hacérmelo saber. Después empieza a dar vueltas a mi alrededor agitando los brazos.

Tras un buen rato de persuasión (y de amenazarlo con echarlo al caldero y comérmelo para cenar), por fin consigo llevar a Flint hasta la mesa volcada. Se resguarda tras ella junto a Macy, el pequeño Mekhi, Calder y Dawud, pero cuando les digo a Remy y Hudson que se den prisa y se coloquen también detrás del tablero de madera, ambos se lo toman como si les hubiese proferido el peor insulto del mundo.

—¡No tengo tiempo para estas gilipolleces! —les grito—. Poneos ahí detrás y dejad que me encargue yo.

Hudson me mira como diciendo: «Ya, claro que sí, ahora mismito», mientras Remy se aleja haciendo *fouettés* por todo el estadio. O lo más parecido a un *fouetté* que logra ejecutar, teniendo en cuenta su gran falta de práctica y talento, y lo fuerte que está soplando el viento ahora mismo.

Y joder. En serio, joder. ¿Por qué estos tíos tienen que ser tan cabezotas? Vale, entiendo que quieran ayudar (y, en circunstancias normales, yo aceptaría su ayuda al instante), pero ahora mismo no hay nada de normal en la situación, y con su cabezonería solo van a conseguir matarse entre ellos, que los maten o que nos maten al resto. Y eso no me vale, no.

Pero cuando me vuelvo y veo la tormenta de arena acercarse a mí a toda velocidad en su máximo esplendor, he de reconocer que estoy un poquito intimidada. Ahora esa

cosa ya se ha adueñado de casi todo el estadio, y unas nubes enormes vienen directas hacia nosotres mientras siento la arena en la piel, que me da con tanta fuerza que sé que me va a dejar marcas.

Tengo la vaga idea en la cabeza de que voy a ser capaz de mover la tormenta en sí, así que echo a correr al otro lado del estadio, bien lejos de Remy. La tormenta me pilla desprevenida a mitad de camino.

El cuello de la camiseta con el que me tapo la boca de poco me protege contra las fuertes embestidas de la tormenta de arena, y jadeo en busca de un poco de aire mientras intento atravesar las turbias nubes. Pero es una tarea sumamente complicada. No solo porque el viento me zarandee sin parar y me tire hacia atrás, echando a perder al menos todo el camino que había logrado recorrer, sino también porque lo poco que puedo ver dentro de la tormenta está iluminado por una sobrecogedora luz roja que me desorienta.

Sé hacia dónde me dirigía cuando he echado a correr, pero entre el aire, la arena y las nubes que me rodean solo puedo esperar no haberme desviado de mi camino.

Por fin llego a un muro: no puedo verlo, pero siento la dura roca contra la palma de la mano, y ya solo me queda confiar en que estoy donde debo estar. Me vuelvo, agacho la cabeza, cierro los ojos, que me lloran por la violencia de la arena, e intento acumular todo el poder y la energía que tengo en mi interior para enfrentarme a esta cosa.

Aun así, mientras intento averiguar por dónde debo empezar, el viento se para. Se para, así, sin más, y la arena aterriza sobre el suelo del estadio.

Igual hemos tenido suerte, o igual viene algo horrible, todavía no lo tengo claro, la verdad.

—¿Por qué ha parado? —pregunta Remy mientras ejecuta un *arabesque* bastante logrado.

—Ni idea —susurro mientras miro a todas partes, desesperada por descubrirlo—. Igual el resto lo ha resuelto...

Pero, en cuanto lo digo, se oye un fuerte chillido que proviene del otro lado del muro, como si algo enorme estuviese arañando la piedra.

—No, no lo han resuelto ni de coña —dice Remy agachándose.

Por un instante creo que ya ha acabado con el ballet, que quizá ya se le han pasado los efectos de la poción. Pero veo que no cuando realiza un desgarbado *jeté coupé* con las botas de montaña.

—*¡Anera al arim!* —grita Hudson de pronto. Señala el suelo mientras yo intento desentrañar qué me acaba de decir.

—¿Qué pasa con la arena? —pregunto en cuanto entiendo lo que me dice. Estoy aterrada por si de la arena salen un millón de cangrejos, o algo peor, y vienen a por nosotros.

Pero yo no veo nada raro en la arena. El viento ha cesado por fin, así que ni siquiera se remueve en el aire. Está ahí, sin más, a nuestros pies.

—*¡Ebus!* —dice Hudson. Se agacha y mete un dedo en la arena—. *¡Ecarg, odneibus átse!*

—¿Sube? No, no. No se me están moviendo los pies.

Pero me fijo en su dedo, que sigue metido en la arena, y veo que tiene razón. Porque la arena que hasta hace unos

instantes le llegaba al nudillo, ahora le cubre toda la palma de la mano.

—Mierda —susurro cuando comprendo el problemón en el que estamos. Todo el estadio se está llenando de arena. Y no hay forma de escapar.

137

Una de cal...

—¡Tenemos que llegar hasta el resto! —grito cuando asimilo lo que está pasando.

Hudson sacude la cabeza adelante y atrás en lo que estoy casi segura de que es un asentimiento. Pero, cuando salgo corriendo, todo lo que hace es dar cuatro pasos rápidos hacia atrás. No sé qué esperaba.

Me doy la vuelta para ayudarlo, pero tan solo asiente y dice:

—¡Ev! ¡Ev!

Y eso hago. Hudson ya ha descubierto cómo andar antes, podrá volver a hacerlo. En cambio, no lo tengo tan claro con el bebé y la gallina. No me cabe duda de que acabarán enterrados bajo la arena si no estoy ahí para evitarlo.

En cuanto consigo llegar a la mesa tras la que siguen agazapados, la arena me llega a las pantorrillas, cosa que hace que caminar sea una maravilla. En circunstancias normales podría caminar por encima, pero sube tan deprisa que acaba cubriéndome los pies.

—¡Venga, chicos! —les digo mientras agarro la mesa y la aparto; otra cosa que termina siendo más complicada de lo que debería porque parte de ella está enterrada bajo la arena—. Tenéis que poneros en pie.

Tampoco es que eso vaya a ser suficiente dada la velocidad a la que sube la arena esta. Cada vez nos cubre más y no hay forma de salir de aquí. Si Jaxon y su grupo no terminan el rompecabezas pronto, estaremos jodidísimes. Siempre he considerado ahogarse como una de las peores formas de morir. Me imagino que ahogarme en la arena tiene que ser mil veces peor.

Flint debe de pensar lo mismo, porque cacarea con tanta fuerza que su voz retumba por todo el estadio. Al mismo tiempo el pequeño Mekhi intenta comerse la arena mientras que Dawud no deja de hundirse en ella.

¿Qué hago? Me devano los sesos e intento dar con una respuesta mientras la arena entra a raudales. En estos momentos me llega por las rodillas y sube con más rapidez que antes.

Me inclino para desenterrarme y, durante un instante, como estoy sobre más de treinta centímetros de arena, soy tan alta como Flint, quien abre los ojos como platos cuando nuestras miradas se encuentran a la misma altura. Deja escapar un graznido fortísimo y después intenta salir pitando, pero también está sepultado y no puede cavar con sus alas imaginarias. Acaba cayéndose de morros en la arena, que empieza a apilarse sobre su espalda y sus piernas.

Macy grita, y por primera vez estoy de acuerdo con ella. Esto da un miedo de la hostia. Pero después comienza a

hacer aspavientos alrededor de su cabeza como si un mosquito prehistórico se lanzara en picado a por ella. Lo cual quiere decir...

—¡Macy, no! —Salto en su dirección, desesperada por llegar hasta ella antes de que vuelva a lanzar hechizos a diestro y siniestro; ahora es demasiado tarde. Aun así, Macy no se da cuenta. Está demasiado ocupada enfrentándose a lo que quiera que protagonice sus delirios, y esta vez lanza un hechizo explosivo que alcanza la arena y hace que estalle por los aires en una enorme nube que acaba cayendo encima de nosotres. Y el pequeño Mekhi aplaude emocionado.

Pero esa no es la peor parte. Porque Hudson ha decidido que quiere probar sus poderes para desintegrar la arena. Por fin ha llegado a la mitad del estadio y, cuando me vuelvo para mirarlo, alarga un brazo.

Y..., mierda. Sus poderes van a funcionar al revés.

—¡Hudson, para! —grito, pero es demasiado tarde.

Cierra la mano y todo el estadio tiembla. Entonces, la cantidad de arena se duplica.

Ahora estoy cubierta hasta los muslos y tengo que esforzarme mucho más para desenterrarme.

En cuanto lo consigo, me doy la vuelta hacia el pequeño Mekhi, quien sigue sentado y ahora está cubierto hasta los pectorales, y empiezo a escarbar a su alrededor. Al menos hasta que me agarra del pelo y estira.

—¿Qué estás...? ¡No, para! —le ordeno con firmeza mientras libero mis rizos de sus enormes manos.

Él solo se limita a reírse, aplaudir y agarrarme otra vez de los rizos. Y lo que es aún mejor, intenta metérselos en la

boca.

No tengo tiempo de pelearme con él, así que dejo que me babee todo el pelo mientras me doy la vuelta hacia Dawud y le desentierro también. Sigue en plenas facultades, por lo que cava tan rápido como puede, pero con solo una mano útil es un proceso muy lento.

Flint cacarea a todo pulmón, una y otra vez, mientras intento salvar al resto y trato de no hundirme. Macy le grita a algún monstruo que la suelte. Bueno, por lo menos está en movimiento y eso evita que la arena la sepulte.

Calder vuelve a estar en su forma humana y también intenta desenterrarse, pero se mueve tan despacio que temo que acabe ahogándose antes de que pueda llegar a ella. Mientras tanto, Remy está tumbado sobre la arena y da vueltas con los brazos por encima de la cabeza en la clásica pose de bailarina.

Y cuando creo que la cosa no puede empeorar, otro estruendo inunda la estancia. Entonces el suelo comienza a elevarse. Porque parece que no nos estamos ahogando en la arena lo bastante rápido. Las Pruebas van a ayudarnos.

Por suerte, no subimos muy deprisa, pero la arena continúa acumulándose a nuestro alrededor aunque el suelo se eleve hacia el techo. Y..., joder. Es que..., joder. No puedo salvar a todo el mundo sin ayuda. Es imposible. Como Jaxon y los demás no acaben el rompecabezas pronto, ya nos podemos despedir.

Mekhi por fin se cansa de mordisquearme el pelo y comienza a llorar. No sé si tiene hambre, si tiene miedo o qué. En este momento no dispongo de tiempo para hacer mucho más que acariciarle la cabeza y decirle «no pasa

nada, peque, no pasa nada» antes de tener que volver a ponerme a desenterrar a Flint.

A estas alturas Mekhi está berreando, Flint cacareando y *El cascanueces* suena a todo volumen por el estadio. Apenas puedo escuchar mis propios pensamientos y mucho menos hablar con nadie, pero un vistazo al muro me revela que nos estamos quedando sin tiempo más deprisa de lo que había imaginado. Solo quedan unos cuatro metros y medio de distancia entre nosotres y el techo, mientras que antes de que empezara a subir la arena había unos sesenta metros de diferencia.

No puedo esperar a Jaxon y los demás. Voy a tener que hacer algo, y rapidito. Ojalá tuviera alguna idea de qué es lo que debo hacer.

Inspecciono los alrededores, desesperada por dar con algo. Tiene que haber una forma, tiene que haberla.

Mientras me devano los sesos, se me ocurre una idea. Es arriesgada, muy pero que muy arriesgada porque consiste en cavar hacia abajo a través de a saber cuántos metros de arena sin ahogarme. Pero si el suelo se eleva hacia el techo, eso significa que (en teoría) el espacio que hay debajo está vacío. Si de alguna forma consigo abrir un agujero lo bastante grande en el suelo, la arena se verterá por él y nos concederá (tanto a nosotres como al grupo de Jaxon) un poco de tiempo.

Parece un plan inverosímil, sobre todo porque Hudson no puede ayudarme. Las condiciones son las que son: el suelo es de piedra, y yo soy una gárgola. No podría hacer nada si fueran baldosas, pero tal vez sí sea capaz de mover la

piedra y absorberla como hizo la Bestia Imbatible durante tantos años.

—¡Remy, ven aquí! —grito hacia donde está dando volteretas por encima de la arena—. Necesito que empieces a cavar.

Parece confundido, aunque viene hacia mí entre piruetas, y ya es algo.

—¡Macy! —Chillo el nombre de mi prima e intento captar su atención, que se olvide de cualquier horror que la atormente en estos instantes—. Necesito que caves también. No dejes de cavar sin importar lo que te aceche. Lo mismo te digo, Calder.

La mantícora asiente y comienza a cavar. O al menos eso creo...

Hudson ha llegado hasta nosotres, y debe de haber averiguado lo que quiero hacer, porque grita:

—*¡Ev, etnaleda!* —Y señala la arena. Entonces hace un movimiento extraño, como si fuera una cuchara con las manos que de verdad consigue apartar la arena de Mekhi en vez de enterrarlo en ella.

Necesito que sigan cavando si queremos tener esperanzas de salvar a Mekhi, Flint y Dawud. Puede que la forma en la que cavan mis amigues sea un desastre, pero son mi desastre y voy a tener que confiarles esta tarea.

Entonces, decidida a hacer lo que pueda para mantenernos con vida, respiro hondo y busco mi hilo platino para convertirme en piedra.

La arena no tarda mucho en asentarse y me hundo hacia el suelo. Cuando me he hundido lo suficiente para que me llegue al rostro, tengo que esforzarme al máximo para

tragarme el pánico que quiere salírseme por la garganta. La idea de que podría acabar enterrada viva y sin poder cambiar a mi forma humana, terminar sepultada bajo la arena, hace que el corazón me martillee en el pecho de piedra.

La arena me llega a la nariz y me siento como en una película de miedo cutre. Después me tapa la cabeza y no puedo ver nada. Solo arena, arena y arena.

Parece que me lleva una eternidad llegar a tocar el suelo de piedra con los pies del mismo material, aunque seguramente no haya tardado más de un minuto. No malgasto ni un segundo, hago acopio de toda la magia de la tierra que puedo y la canalizo desde el suelo hasta mi cuerpo.

Al principio no ocurre nada y me pongo de los nervios. Esta es mi única oportunidad (nuestra única oportunidad) y no puedo fallar. No puedo dejar que Hudson, Macy, Flint, el pequeño Mekhi, Dawud, Remy y Calder mueran. No cuando confían en mí.

Así que cavo más hondo, uso hasta la última gota de poder que tengo. Y después canalizo la magia de la tierra en mi cuerpo con todas mis fuerzas. Tiro, tiro y tiro hasta que no me queda más aire en los pulmones. Y después vuelvo a tirar tan fuerte como puedo.

Se oye un extraño estallido y después uno de los adoquines más grandes se desprende.

Voy absorbiendo más rocas con mi cuerpo de piedra, la arena se precipita hacia abajo para llenar los huecos donde antes se encontraban los adoquines. Absorbo una roca más

y, de repente, la arena me sobrepasa para verterse a toda prisa a través del amplio agujero que he creado.

No es la solución idónea (la arena todavía llena la estancia y el suelo sigue subiendo), pero nos concederá algo de tiempo y eso es todo lo que importa. Bueno, eso y asegurarme de que Mekhi no vuelva a mordisquearme ninguna parte del cuerpo nunca más.

138

Una pesadilla para recordar

—¡Por fin! —grita Eden, en cuanto el estadio recupera su forma original.

Después de llegar adonde estaba el resto de mis amigues, la habitación se había empezado a vaciar de arena a un ritmo lo bastante constante como para que nadie corriera peligro de ahogarse. Calder, con unos movimientos muy muy lentos, me había ayudado a volcar la mesa y a colocarla de forma vertical, para así evitar también que el suelo siguiera subiendo.

Todo el grupo y yo nos habíamos desplomado sobre el suelo arenoso y observábamos el espectacular número final de *El cascanueces* de Remy mientras acunaba a Mekhi para que se durmiera.

Por suerte, el efecto de las pociones se ha pasado en cuanto los que estaban al otro lado del muro han resuelto el rompecabezas, y Remy se ha recolocado la nariz rota al instante. Mueve la mano hacia Mekhi, le choca el puño y le dice:

—Yo no sacaré nunca el tema si tú tampoco lo haces.

—¿Crees que todavía estamos a tiempo de volver al Katmere antes de que sea la luna de sangre? —le pregunto a Hudson aterrorizada—. Me ha parecido que hemos tardado como una hora en superar la última Prueba.

—¡Oye, que hemos sido rápidos! —se queja Jaxon, y noto un gran dejo de orgullo en su voz.

—¡¿Vas en serio?! —grito—. ¡¿Rápidos?!

—La verdad es que tiene razón —dice Hudson comprobando la hora en su reloj Vacheron Constantin—. Esa última Prueba no ha durado más de veinte minutos.

—Vale, bien —refunfuño—. Tendré pesadillas toda mi vida, fijo.

—Eh, Grace, relájate, venga. Teníamos que vencer a un caramelo bastante duro de roer para superar la prueba. Casi no la completamos a tiempo y hemos estado a punto de volver a enfrentarnos al caramelo ese, pero al final lo hemos resuelto.

—Perdona, en serio, ¿acabas de decir que teníais que vencer a un caramelo? —Lo miro a él y a todos los demás que estaban al otro lado del estadio—. Eh, escuchad, que tenían que vencer a un caramelo y casi tienen que hacerlo dos veces. —Me burlo.

—Bueno, si sirve de consuelo, eran muchísimos caramelos —me dice Byron con la más encantadora de sus sonrisas.

—Me importa una mierda si habéis vencido tal cantidad de caramelos como para establecer un récord mundial. Al menos no tenéis arena en lugares que nadie menciona en

público y al menos nadie de vuestro grupo se ha comportado como una gallina.

Jaxon enarca una ceja y pasea la mirada de Flint a Remy, después a Calder, a Dawud, a Hudson y a Mekhi.

—¿Voy a tener que adivinar quién de todes se ha asustado?

—No, no se ha asustado. Que era una gallina, de verdad.

Rafael choca el hombro contra el de Byron y le dice:

—¿Ves?, te dije que había oído un cacareo.

—Mira, uno no, más de uno —espeto, y me vuelvo hacia Jaxon—. Y te prometo por lo que más quiero que, si te empiezas a reír, te daré una patada en tus partes nobles.

—No, no, claro, te lo prometo. —Sella los labios para contener la risa, y levanta una mano a modo de renuncia—. No me hace ni pizca de gracia.

—Más te vale —le digo, y le clavo el dedo en la mejilla.

Pero, en cuanto me doy media vuelta, lo oigo preguntarle a Hudson:

—Ha sido Flint, ¿verdad? ¿Flint era la gallina?

—Vete a la mierda, Vega —gruñe Flint.

—*Sip* —confirma Byron, y noto en su voz lo mucho que le está costando no descojonarse aquí mismo—. Era él, seguro.

—Os odio, en serio —digo—. Caramelos. Que os han tocado caramelos, joder.

—Grace... —Hudson me tiende la mano (y lo hace de verdad, hacia delante)—. Ha sido muy intenso. Lo has hecho genial.

Y no sé si es por el reconocimiento de que ha sido supercomplicado superar la movida que acabamos de vivir o si es porque vuelve a hablar como una persona normal, pero

así, con esas dos frases, el enfado se desvanece y lo sustituye una ola de alivio.

Está bien. Todo el grupo está bien. En esta ronda no hemos perdido a nadie, por mucho que temiera que iba a ser así. Por mucho que me aterrorizara que fuese culpa mía por no poder controlar la situación ahí dentro. Mis amigues, mi familia, están bien.

De la nada, unas lágrimas de alivio me inundan los ojos y me avergüenzo tanto que entierro la cabeza en el pecho de Hudson durante un instante. No será por mucho tiempo, necesito un par de segundos para respirar una o dos veces y soltar la increíble cantidad de tensión que se me ha acumulado en el cuerpo durante la última hora.

Aunque esta solo es una de las muchas cosas que hacen de Hudson una persona extraordinaria. No sé cómo, pero siempre sabe qué es precisamente lo que necesito.

Me coloca una mano justo en la zona baja de la espalda y la otra detrás de la cabeza, y nos hace girar con sumo cuidado; ahora no estoy de cara al grupo y él me oculta con su cuerpo, como si fuera un escudo.

—Una más —me dice—. Solo nos queda una prueba más que superar. Y todo esto solo será una pesadilla para el recuerdo.

Asiento, y suelto una risilla tímida.

—Y podremos añadirlo a la colección. Al final no serán tan Imposibles, ¿no?

—Ya ves. —Niega con la cabeza, y se le dibuja una sonrisa triste en su rostro más que precioso—. Estoy seguro de que tendré que pasarme años en terapia para superar el trauma de que Flint intentara arrancarme los ojos.

—Ya somos dos —le aseguro—. Ya somos dos.

—Pero, bueno, al menos ahora pensamos en arena dentro de la ropa, y no en bichos —me dice, y un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Todavía es muy pronto para hacer bromas. Te has pasado —murmuro.

—Perdona —me dice y suelta una risilla; después me abraza bien fuerte durante una o dos respiraciones y nos vuelve a girar.

—En fin, espero que podamos completar la última Prueba rapidito —indico—. Yo creo que nos quedará una media hora antes de que sea la luna de sangre.

—Grace, deja de preocuparte, que lo tenemos controlado —afirma Calder—. Mientras pueda moverme a velocidad normal, no deberíamos tener problemas esta vez.

El resto coincide con la mantícora, y no tengo el valor para decirles que ninguna de las personas que estamos aquí sabemos a qué tendremos que enfrentarnos ahora, o cuánto tardaremos en superarlo. Pero, bueno, en algo tienen razón. Estamos a punto de saberlo, así que, ¿de qué sirve preocuparse?

Como si estuviese esperando el momento justo, las paredes del estadio empiezan a moverse, pero, en vez de surgir un muro que divida el círculo en dos, las paredes del exterior empiezan a girar y a retroceder, lo que hace que el espacio sea mayor. Y entonces vuelve a ocurrir. Y otra vez. Y otra más.

—No sé si debería sentir alivio o terror ahora mismo —comenta Dawud mientras las cosas no dejan de moverse.

—Yo tiro más por el terror —contesta Eden, aunque por su voz diría que parece más optimista que asustada—. Mejor empezar con las expectativas bien bajitas, así nos llevaremos una buena sorpresa si nos equivocamos.

—Ya, pero lo peor siempre se deja para el final —dice Jaxon—. Así que dejaos de gilipolleces y vamos a por todas.

—Claro, sí —contesto con ironía, porque no me gusta ni un pelo cómo le está hablando a Dawud. Vale que es más joven que el resto y que saca a relucir el instinto protector de Jaxon, pero ya está bien—. Igual esta vez tenéis que abriros camino comiendo caramelos y, además, magdalenas.

—No es lo que hicimos la mayoría —suelta Byron riéndose—, aunque eso también me parece un poco aterrador, la verdad.

—Bueno, quizá para un vampiro sí —señala Macy—. A mí me encantan los caramelos.

—Pues te compraremos una bolsa gigante cuando nos marchemos —le promete Remy—. De todos los sabores que quieras.

A mi prima se le ilumina la cara por un instante, pero de pronto frunce el ceño.

—Da igual. Estoy segura de que no voy a querer nada que me recuerde a este sitio.

Nadie añade nada a su comentario, pues los nervios se apoderan de nuestros cuerpos mientras esperamos lo que parece una eternidad.

—Pero ¿van a parar en algún momento o qué? —gruñe Flint al ver que las paredes siguen moviéndose. De hecho, el

estadio ahora es casi el doble de lo que era, y las paredes no dejan de retroceder.

—Estoy seguro de que vamos a estar en la mierda cuando paren —responde Hudson—. Así que, por mí, que sigan moviéndose un poquito más.

—A mí me asusta más pensar en qué nos van a enviar si es necesario tantísimo espacio —intervengo.

Nadie dice nada, y eso lo dice todo. La habitación ya ni siquiera intenta separarnos en dos grupos, como si para lo que fuera que vaya a pasar ahora necesitáramos estar todes juntes para luchar.

Miro a mi alrededor, y me doy cuenta de que todes estamos haciendo lo mismo. Esto va a ser malo. Lo sabemos. Ahora solo queda ver la gravedad del asunto.

El pánico me revuelve el estómago, y la bilis me sube por la garganta. Pero me la trago, e incluso recurro al truco que me enseñó Hudson de hacer sumas hasta que el cerebro se concentra en las mates y no en el miedo que recorre cada parte de mi ser.

Funciona otra vez, y justo a tiempo, la verdad. Porque las paredes dejan de moverse. Y un zumbido extraño resuena en la habitación.

—¿Qué es eso? —pregunta Eden girando sobre sí misma para ver de dónde procede el sonido.

Resulta que proviene de una piedra que hay en el centro del estadio. Se está retrayendo poco a poco y, a medida que lo hace, un pequeño podio de piedra emerge del suelo, el mismo podio que hemos visto antes de que empezaran las Pruebas. Y, encima del podio, está el cáliz de oro con diamantes incrustados.

—Ay, qué bonito —dice Calder.

—Madre mía —susurra Macy—. Y ¿ya está? ¿Lo hemos conseguido?

Nos miramos entre nosotres, con el desconcierto en los ojos, porque Tess nos dijo que había cuatro rondas. Y solo hemos superado tres.

A no ser que...

—¿Creéis que es posible que una de las rondas contara doble? —observo. Para mí, la ronda esa de los bichos sí que debería contar por dos, la verdad. O por seis.

—Diría que no —contesta Remy—. Estas personas no parecen de las que escatiman en situaciones espeluznantes.

—Y lo del caramelo no me parece lo bastante espeluznante como para contar como la cuarta ronda —añade Calder poco convencida.

—Joder, olvidaos ya de lo de los caramelos, gente —dice Rafael y pone los ojos en blanco.

—Nunca nos vamos a olvidar de eso —le responde Macy —. Así que vete acostumbrándote.

Eden se acerca al cáliz a investigar la situación.

—Está vacío —nos dice, y estira la mano para cogerlo—. No tiene nada dentro pero... qué bonito.

—¿Nada? —pregunta Flint, y parece confuso—. ¿Estás segura?

Le da la vuelta al cáliz para demostrárselo y sí, es verdad, no tiene nada dentro.

—Y ¿eso qué significa? —quiere saber Jaxon.

Las luces se apagan antes casi de que pueda acabar de formular la pregunta.

—Creo que eso significa que la cuarta ronda todavía no se ha acabado. —Dawud suspira.

«Sí, coincido.»

—¿Otra vez el tema de las luces? —Macy parece ofendida, y utiliza la varita para proyectar un ligero resplandor de luz que nos rodea mientras Eden deja el cáliz de nuevo sobre el pedestal.

De pronto, poco a poco, el pedestal empieza a hundirse en el suelo, como si estuviese bajando por un ascensor, hasta que desaparece por completo y el suelo se cierra tras él.

—Vaya, qué interesante —dice Remy—. Y el estadio permanece intacto. Esta vez vamos a estar todes juntes.

—¿Creéis que han cometido un error? —pregunta Eden.

—Yo creo que es una oportunidad para matarnos al grupo entero de un tiro —contesta Jaxon.

—Gracias, señor Optimista —le dice Calder.

—Solo digo lo que veo —replica él.

—Ya, bueno, supongo que creen que no nos irá bien si nos dividen —susurro, y nos volvemos todes al mismo tiempo, mientras intentamos descubrir cuál va a ser la amenaza en esta ronda, y de dónde vendrá—. Remy, ¿podrías darnos un poco más de luz?

Remy repite el hechizo y, cuando giro sobre mí misma, me doy cuenta de que el estadio está completamente vacío. Tras la desaparición del pedestal y el cáliz, esta vez no hay nada en la habitación. Ni fuente, ni el perfil de un rompecabezas, ni mesa, nada de nada. Solo estamos mis amigues y yo y este enorme estadio vacío. Hasta el público se ha callado.

Y ser consciente de ello no hace más que aumentar mis nervios.

El resto debe de sentir lo mismo, porque nadie parece tener interés en lanzarse sole a la aventura y ver qué está pasando, como ha ocurrido antes. En cambio, nos acercamos al centro del estadio en tropel.

—¿En serio que no hay nada? —pregunta Byron.

—Algo habrá —contesta Hudson con seguridad—. No nos van a encerrar solo para darnos el elixir.

—Pues sería todo un puntazo por su parte, ¿no? —dice Eden.

—Un puntazo, desde luego —afirmo, y dejo la mano sobre mi hilo platino. Porque pienso igual que Hudson, creo que está a punto de pasar algo y quiero estar preparada para ello, sea lo que sea.

—Tenemos que... —empieza Flint.

—¡Calla! —espeta Jaxon e inclina la cabeza hacia un lado.

Flint parece estar la hostia de ofendido, pero entonces debe de oír algo también, porque entrecierra los ojos y se vuelve en silencio para observar la zona que tenemos a la espalda.

El resto de los vampiros y metamorfos hacen lo mismo, pues su sentido del oído es mejor que el de los demás.

—¿Qué pasa? —susurro todo lo bajito que puedo.

Hudson niega con la cabeza para hacerme saber que no lo sabe.

Y de pronto yo también puedo oírlo. Es el ritmo grave, casi inaudible, de algo mullido que choca contra el suelo de piedra una y otra vez.

Me vuelvo como ha hecho el resto, e intento ver de dónde proviene ese sonido. Pero no hay nada. No hay nadie con nosotres. Al menos nadie al que podamos ver.

—Preparaos —dice Remy entre dientes, y se da la vuelta para darle la espalda al centro de la habitación.

El resto lo imitamos, y pegamos las espaldas formando un círculo para que nadie se quede sin protección y, además, podamos ver toda la sala.

Y entonces esperamos. Y esperamos. Y esperamos.

Porque, cuanto más tiempo pasamos aquí, más evidente resulta que alguien nos está observando.

139

Esto va a llevarme a la runa

El corazón me late de forma incontrolable, y no puedo más que quedarme quieta. Mi cuerpo quiere moverse, todo instinto de supervivencia me dice que permanecer donde estoy es tentar a la muerte.

Pero he aprendido lo suficiente acerca de la supervivencia estos últimos meses para saber que, a no ser que tengas una estrategia infalible en mente, la persona que primero se mueve es la que muere. Actúa, no reacciones.

Así que esperamos, todes. Contenemos la respiración, nos mantenemos alerta, con los cuerpos preparados para pelear o escapar.

Vuelvo a oír las pisadas, esta vez más cerca, y durante un instante juro que vislumbro algo con el rabillo del ojo. Pero cuando giro la cabeza para mirar, no hay nada. Y Jaxon, que está a mi izquierda y ve mejor que yo (sobre todo en la oscuridad), no ha visto nada.

Así que esperamos un poco más.

—Esto es ridículo —sisea Macy después de un rato, pero Dawud y Byron la mandan callar de inmediato.

Ella les hace caso, pero farfulla entre dientes y estoy segura de que es porque no tiene ni idea de lo que está pasando. No entiende que la razón por la que se le eriza el vello de la nuca es porque su subconsciente reconoce aquello que su cerebro consciente no ha sido capaz de descifrar todavía.

Por primera vez en su vida es la presa de verdad.

Les depredadores de nuestro grupo lo saben, puedo verlo en sus caras. Los vampiros, los dragones, la mantícora, le lobe. Todes saben lo que es cazar, con lo cual, por la misma regla de tres, saben lo que es ser cazades. Macy no. Nunca ha tenido que saberlo.

Yo descubrí lo que se sentía cuando Cyrus me miró a los ojos por primera vez. Y desde entonces lo he sentido en cada uno de nuestros encuentros. Por eso sé qué es lo que está ocurriendo aquí.

De repente Dawud empieza a gruñir y necesito toda mi fuerza de voluntad para no darme la vuelta y ver qué es lo que le ha hecho saltar. Porque eso es lo que espera esa criatura. Un segundo de despiste, un desliz momentáneo y se nos echará al cuello.

—¿Qué has visto? —le pregunta Remy con calma, pero me doy cuenta de que no mueve ni un músculo mientras esperamos la respuesta.

—No lo sé. Algo.

Vuelvo a vislumbrar una cosa con el rabillo del ojo de forma fugaz; después desaparece en un abrir y cerrar de ojos, igual que la última vez.

Más pisadas, y suenan más cercanas que antes.

—Tenemos que movernos —le susurro a Hudson.

—No creo que podamos —me contesta también entre murmullos.

—Pero se está acercando.

—Lo sé. —Me roza el hombro con el brazo—. Prepárate.

No creo que pueda prepararme más. De todos modos, no me molesto en decírselo. Ya lo sabe.

Pasan segundos interminables y después vuelvo a ver algo brevemente con el rabillo del ojo. Por la forma en la que Jaxon y Hudson se tensan, sé que ellos también lo han visto. O quizá solo sea porque las pisadas se han vuelto a acercar.

Me parece que lo que quiera que esté ahí fuera está más cerca de lo que esperamos, y me aterra pensar que en cualquier momento se nos vaya a echar encima y ni siquiera lo habremos visto venir.

—Grace. —La voz de Remy suena tan baja como tranquila, pero hay un tono en ella que me advierte que debo escucharla... y obedecer.

—¿Sí?

—Métete en el centro del círculo para que el resto te protejamos. Después abre la mochila y saca las runas de protección.

Jaxon y Hudson se colocan delante de mí (cada uno cierra el círculo a uno de mis lados) y me empujan con cautela al centro, donde el resto podrá protegerme mientras busco las runas.

Las puse en medio de la mochila para que no me costara encontrarlas. En cuanto vuelvo a tener la mochila cerrada y

en los hombros, susurro:

—¿Qué quieres que haga con ellas?

—Entrégamelas. —Baja el brazo izquierdo de forma lenta y sigilosa, y después lo mete dentro del círculo.

Le coloco la caja de runas en las manos y, en cuanto lo hago, no puedo evitar rezar para que estén todas de una pieza cuando todo esto acabe. Al mismo tiempo, si no lo están porque hemos conseguido salvarle la vida a alguien, entonces haber perdido una (o incluso todas) habrá valido la pena por completo.

Puede que tenga que arruinar un regalo de mi padre, pero detestaría morir o perder a une de mis amigues todavía más.

Presiono con la mano derecha el brazo de Hudson y con la izquierda el de Jaxon y ambos regresan a sus posiciones previas para que pueda reclamar mi puesto en el círculo. Dispongo de un segundo, quizá dos, para volver a escudriñar la oscuridad hasta que Remy hace algo que no me esperaba para nada.

Coge la caja de runas y la lanza por los aires con todas sus fuerzas.

140

Una runa propia

—¡Pero ¿qué...?! —chillo antes de poder controlarme. Dejarle que use las runas para salvarnos es una cosa, si bien dejar que las tire así como si fueran una mierda es otra muy distinta.

Remy no me contesta. En cambio, sube los brazos por encima de la cabeza y los abre bien. Entonces empieza a girar el brazo derecho formando un círculo, una y otra vez. Cada vez que completa un giro, aumenta el tamaño del círculo, hasta que no puede abrir más los brazos.

Espero que las runas caigan del cielo justo en mitad del círculo que está creando, pero eso no ocurre. En cambio, se quedan flotando en el poder o la magia que esté creando, y cuando salen volando de la caja se colocan formando un círculo que se mueve al mismo tiempo que la mano de Remy.

Giran y giran y giran, y el círculo de las runas se hace cada vez más grande, hasta que giran sobre nuestra cabeza (cada vez más rápido), y es tal la velocidad que alcanzan que resulta casi imposible verlas. Es justo entonces, cuando

estoy empezando a acostumbrarme a tenerlas flotando encima de mí, que Remy grita y vuelve a abrir los brazos al máximo.

Y así, sin más, las runas salen disparadas en todas las direcciones, y atraviesan el aire como si fuesen flechas que alguien lanza con un arco. Las veinte runas chocan contra la pared tan fuerte que se incrustan en la piedra, y desde allí emiten una mística luz parpadeante.

Todas menos una, que no se ha quedado clavada en la pared. La runa sube y baja y gira y gira, como si estuviese incrustada en... Me trago el grito que me sube por la garganta al comprender que la runa está incrustada en el costado de lo que sea que nos está observando. Y la bestia invisible debe de ser enorme, por lo alto que flota la runa.

Pero no tardo mucho en descubrir el tamaño de la fuerza invisible, la verdad, porque la runa suelta un resplandor espeluznante y entonces cesa aquello que le otorgaba la invisibilidad a la criatura. Ahora podremos ver exactamente qué o quién nos ha estado observando en este estadio.

Cuando la criatura se vuelve sobre sí misma, y se pone en dos patas, no puedo evitar desear con todas mis fuerzas no haberla visto jamás. Porque, si algo tengo claro, es que será la protagonista de mis pesadillas el resto de las noches que me queden de por vida, hasta el día en que me muera.

Y eso antes de que supere la mitad del estadio de un salto y aterrice justo delante de Hudson.

La runa está incrustada en la piel de la criatura, y a esta no parece hacerle mucha gracia precisamente. Vuelve a pararse sobre las dos patas; mide más de dieciocho metros

y se cierne sobre nosotres. Suelta un rugido temible que nos hace estremecer.

Resulta que no soy la única que se ha quedado horrorizada al ver a la bestia.

Macy da un grito ahogado, a Dawud se le escapa un gemido quejumbroso, y Jaxon espeta una sarta de palabrotas en voz baja, una inacabable sucesión viperina de palabrotas. Flint deja escapar un asombrado: «¡Qué cojones...!» y el resto se limita a mirar. Con los ojos como platos, las bocas bien abiertas, y con el miedo en cada milímetro y arruga de la piel.

—Que vuelvan los bichos. Por favor, que vuelvan los bichos —susurra Macy como en una plegaria. Y, la verdad sea dicha, no podría estar más de acuerdo con ella.

Porque ahora ya lo sé, de verdad. Me he permitido creer que, como ya hemos sobrevivido a un par de rondas con nada más que bloques, bichos o pasos de ballet, las Pruebas Imposibles no eran para tanto. Que las íbamos a superar. Que todo iba a salir bien.

Pero mientras observo los ojos de esta bestia, comprendo lo muy equivocada que estaba.

He sido una cría en las rondas anteriores. Me acaban de abrir los ojos, y ha llegado el momento de dejar de lado los pensamientos infantiles.

Vamos a morir.

141

Dejarse la piel

—¿Qué cojones es eso? —pregunta Hudson.

Y no sé cómo responderle.

Para empezar, es enorme. Pero enorme rollo camión. Tiene cuatro patas y un hocico, orejas puntiagudas y una cola larguísima; en un universo alternativo creo que podría clasificarse como una especie de criatura lobuna. Sin embargo, en este universo no tengo ni idea de cómo catalogarlo. Lo que sí sé es que no se parece en nada a Dawud ni a ningún otro lobo que haya visto.

Además de ser gigantesco, también es casi todo... ¿translúcido? Tampoco es que pueda ver a través de su cuerpo ni nada de eso, es que no tiene ningún tipo de pelaje, pero ninguno. En vez de eso, tiene una piel fina que muestra todo aquello que la piel normal y el pelaje esconderían. Y me refiero a todo. Su descomunal corazón, los pulmones, el estómago y los intestinos. Las venas y los huesos y lo que estoy casi segura de que es sangre de color naranja chillón quedan completamente al descubierto y a la vista de todes.

Posee una columna nudosa de color gris y cada nudo individual tiene unos pinchos huesudos que salen en todas las direcciones. Las zarpas muestran cuatro garras afiladas que miden por lo menos cuarenta y cinco centímetros cada una, y la cola está llena de púas lo bastante largas para ensartar a una persona con un golpe certero.

Su cara es incluso más horripilante: ojos de un color blanco hundidos en la piel translúcida, dientes de aspecto fiero tan largos como mi brazo y un morro retorcido de una forma insólita que no sé qué función tiene... Bueno, aparte de hacer que cualquiera que lo mire se cague de miedo.

—¿Acaso importa? —contesto por fin cuando la criatura se vuelve hacia nosotros. Se desploma otra vez sobre sus cuatro patas con un poderoso ¡pum! al ponerlas en el suelo, como si no deseara nada más que merendársenos a todes. El hecho de que sea lo bastante grande como para cogernos con una zarpa (y devorarnos) como un puñado de coloridos M&M’s no se me pasa por alto, ni por asomo.

Como tampoco lo hace el hecho de que es ciertamente la bestia más grande y repugnante que he visto en mi vida. Ni los millones de bichos, ni las sombras serpenteantes del infierno, ni todo aquello con lo que haya tenido que pelear alguna vez... o con lo que tendré que pelear. Esto es lo peor. Lo sé, no me cabe duda, no puede haber nada peor que esto.

Y Remy le ha incrustado una runa en el costado y lo ha cabreado.

Parece ser que no era lo bastante malo que tuviera tendencias homicidas, que fuera lo bastante inteligente como para acecharnos desde donde ni siquiera podemos

verlo venir y que fuera espeluznante de la hostia. Remy también necesitaba que estuviera furioso.

¿Es esto a lo que tenemos que enfrentarnos para conseguir el elixir? Aún peor, ¿es esto lo que tenemos que derrotar?

Una parte de mí quiere rendirse ya mismo. Decir: «No, gracias, mala idea, ya volveré otro día con un lanzacohetes y un sistema de misiles al completo».

Pero, por desgracia, no es una opción por muchísimas razones. Una: aquí todo se trata de ganar o morir, no hay vuelta atrás. Dos: necesito imperiosamente ese elixir para curar al Ejército Gargólico y tener alguna oportunidad de salvar a mi gente. Tres: necesito imperiosamente al Ejército Gargólico para tener alguna oportunidad de evitar que Cyrus se convierta en un dios. Tenemos que ocuparnos de esta mierda, de verdad de la buena.

Lo que significa que ya estoy llegando tarde a la hora de quitarme los pañales, comportarme como una adulta y apañármelas. Qué más dará que sea gigante, asqueroso, terrorífico y malvado de cojones. Es lo que se interpone entre mi persona y salvar a todo el mundo que me importa, lo cual significa que va a palmarla. O moriré yo intentándolo.

Espero con todas mis fuerzas que sea lo primero, pero a estas alturas todo está en el aire.

—¿Preparades? —pregunto mirando a Hudson a mi derecha y a Jaxon a mi izquierda.

—No —contesta Macy. Pero está justo detrás de mí, y sé que me guarda las espaldas.

Lo cual es bueno, porque la criatura parece estar más que lista para despedazarnos miembro a miembro.

142

Por la boca muere la gárgola

—¡Corred hacia los laterales del estadio! —nos grita Remy mientras el resto nos dispersamos por el terreno como si fuésemos unos bolos a los que la bola acaba de derribar.

—¿Por qué? —pregunta Eden mientras echamos a correr.

—Confiad en mí. Y, cuando lleguéis allí, ¡corred en el sentido contrario a las agujas del reloj!

—¿Ese es tu gran plan? —quiere saber Flint—. Y ¿qué vamos a hacer? ¿Correr hasta morir?

—Solo quiero ver si funciona —contesta Remy.

—¿Si funciona? —repite Macy. Corre como si su vida dependiera de ello, pero de pronto parece muchísimo menos segura de que esa sea la opción correcta.

Y no me extraña. Esta cosa tiene unas piernas la hostia de largas, y estoy convencida de que nos va a pillar enseguida. A ver, igual a los vampiros y a los que podemos volar no, pero Macy, Calder, Dawud y Remy tienen todas las de perder.

No me sorprende que mi prima no suene muy convencida.

—¡Ve a los laterales! —le grita Remy a Flint de nuevo.

El dragón se pone las pilas y atraviesa todo el campo; la prótesis no parece entorpecerle el paso ni lo más mínimo, pero la bestia se está acercando a él.

—¿Qué coño te piensas que estoy intentando hacer? —pregunta Flint enfadado—. ¿Por qué no lo transformáis en un conejo o algo así?

—¡¿Te crees que no lo he intentado?! —exclama Macy—. No funciona. Es inmune a la magia, no sé.

—Yo tampoco puedo hacer nada —interviene Hudson.

—A la mierda —susurra Flint y, con un destello de magia, se transforma en dragón.

La bestia no coge a Flint por la cola por los pelos, por apenas un milímetro. Entonces el dragón sale disparado hacia la cúpula del estadio, y la bestia busca a su próximo objetivo.

Al parecer, ese próximo objetivo soy yo, porque viene galopando hacia mí, bufando y babeando mientras las garras óseas arañan el suelo de piedra. Producen un sonido insoportable, y hace que me estremezca al tiempo que intento darme caña y correr más rápido. Por un instante me planteo imitar a Flint y emprender el vuelo, pero estoy tratando de atraer a la bestia hacia el lateral, como Remy nos ha pedido.

Puede que el brujo no sea muy comunicativo en lo que a sus ideas respecta, pero si algo aprendí en la cárcel fue que siempre, y cuando digo «siempre» es siempre, tiene un

plan. Solo espero que sea cual sea el plan de ahora, sea bueno.

Estoy a unos dieciocho metros del extremo del estadio, aunque la bestia me va ganando terreno. Intento correr más rápido, llegar hasta mi destino; no obstante, después de un par de metros más noto el aliento cálido de la bestia contra la nuca. Y no, sé que no.

A estas alturas ni siquiera me daría tiempo a echar a volar, así que, en vez de intentarlo, tiro de mi hilo platino y me transformo en piedra maciza en plena carrera; me quedo congelada con los brazos y las piernas estirados a mitad de zancada.

Esperaba que con eso bastara para disuadir a la criatura, pero es evidente que está más cabreada de lo que me imaginaba, porque me clava los dientes en el estómago y empieza a recorrer el estadio arrastrando mis más de cuatrocientos cincuenta kilos de piedra.

—Qué buen plan, Remy —escucho a Jaxon gruñir de fondo, a pesar de que en este instante solo puedo centrarme en la bestia.

Tengo que escapar antes de que me rompa un brazo o decida comerme de una sentada como si fuera la merienda y me convierta en gravilla para siempre, pero solo voy a disponer de una única oportunidad. Y eso significa que voy a tener que aprovecharla al máximo.

Aunque al hacerlo la ansiedad llega a sus cotas más altas, dejo que me arrastre por el estadio, y espero a que relaje la mandíbula lo más mínimo. Pasados unos minutos se detiene, sin aflojar la mandíbula, y suelto un poquito mi hilo

platino; lo suficiente para poder moverme pero no lo bastante como para dejar de ser de piedra.

Me estiro hacia arriba y cierro la mano alrededor de uno de los enormes colmillos de la criatura. Lo uso para volverme, tirar hacia atrás la otra mano y darle justo en el lateral del morro tan fuerte como puedo.

La bestia ruge sorprendida, y es justo lo que buscaba. Suelto el hilo platino cuando toco el suelo y ruedo todo lo rápido que puedo para alejarme de ella. Entretanto, vuelvo a tirar de mi hilo y me transformo otra vez en gárgola; esta vez en mi forma animada, y salgo volando hacia arriba, dejándome el alma en mover las alas.

Y, a pesar de todo, esa puñetera bestia está a punto de pillarme. Bueno, lo habría conseguido de no ser porque Hudson se acerca corriendo no sé de dónde y se estrella contra el costado del monstruo con todas sus fuerzas.

Los dos salen disparados en el aire: la bestia gruñe y se retuerce para intentar atrapar a Hudson, y mi compañero hace lo mismo, pero para intentar evitar que lo atrape.

Aterrizan con un gran estruendo y todo el estadio se estremece; Hudson está en el suelo y tiene a la bestia encima. Sostiene a la criatura gracias a su fuerza bruta, aunque por su cara sé que está tratando de usar su poder de persuasión con ella y obligarla a retirarse y dejarnos marchar. Pero, como todo lo que hemos intentado antes, es evidente que no está funcionando. Diría que incluso parece que la bestia tiene más ganas si cabe de matar a Hudson después de que este haya usado su don.

Y eso no tiene sentido. Sé que no soy una experta en este mundo, ni por asomo, aunque todo lo que sé me confirma

que solo las gárgolas son inmunes a la magia debido a sus orígenes. Y esta cosa, sea lo que sea, no es una gárgola, seguro; por lo cual no debería ser inmune a los poderes de Remy, Macy o Hudson. Con todo, tenemos claro que sí lo es, así que o bien hay otra criatura suelta que es inmune a la magia, o alguien ha hecho algo para que lo sea.

Pero es que tampoco sé tanto de este mundo para estar segura de que eso sea posible. Y ahora no es que sea el momento oportuno para preguntarlo, teniendo en cuenta que, en este preciso instante, mi compañero está intentando que esa cosa no le arranque la cabeza de un mordisco.

Peor aún, parece que Hudson va perdiendo. Y el resto estamos demasiado lejos para ayudarlo.

143

Las vueltas que da la vida

—¡Hudson!

Me apresuro a llegar a su lado, vuelo lo más deprisa que he volado en mi vida. Y aun así no creo que vaya a importar. Aun así no creo que vaya a ser lo bastante rápida.

Hudson consigue mantener abiertas las fauces de la criatura, utiliza hasta el último ápice de fuerza que le queda para evitar que sus afilados colmillos lo atraviesen. Pero la criatura es más fuerte que un vampiro, más fuerte que uno de los vampiros más poderosos que existen, y no hay tiempo suficiente.

Madre mía. Hudson. Hudson.

—¡Hudson!

Su nombre me sale de las entrañas, el terror por lo que está a punto de ocurrir me pulveriza el estómago.

—¡No! —grito mientras me lanzo en su dirección—. ¡No!

De repente el suelo empieza a temblar, un colosal terremoto recorre el estadio. La bestia grita de terror cuando en el suelo bajo sus pies comienza a abrirse una grieta y da un salto en un intento de salvarse.

Hudson rueda para alejarse, se pone en pie de un salto y se desvanece a la par que le grita a su hermano:

—¡Gracias!

Jaxon pone los ojos en blanco, pero esboza una leve sonrisa en el rostro cuando se desvanece directo hacia la bestia, lo cual comienzo a pensar que es una malísima idea. Después de lo que ha estado a punto de ocurrirle a Hudson, preferiría que nadie volviera acercarse a esa cosa. Pero tampoco es que Jaxon tenga un gran sentido de la supervivencia, y se planta ante la criatura como si nada; se detiene lo justo para que esta capte su aroma antes de desvanecerse a varios metros de distancia.

Y no hace falta más. La bestia echa a correr, lo persigue con todo su empeño y salta por encima de la enorme grieta que Jaxon ha abierto en la piedra con sus poderes. Es más, Jaxon se lo permite. De hecho, estoy bastante segura de que está alentando a la bestia a que lo persiga, utiliza todas las fuerzas que le quedan para mantenerse delante de ella mientras corre en el sentido contrario a las agujas del reloj por la pista, tal y como Remy le ha pedido.

—¡Vale, ha conseguido que corra! —le grita Eden a Remy —. Y ¿ahora qué hacemos?

—Esperar a ver qué pasa —contesta, lo cual hace que todes nos demos la vuelta para contemplarlo.

—¿Esperar a ver qué pasa? —repito—. ¿Ese es tu gran plan? Has visto lo que esa cosa ha estado a punto de hacerle a Hudson. Como pille a Jaxon...

—No va a hacerse con Jaxon —me informa Calder desde la pared contra la que se apoya para observar lo que ocurre,

como si estuviera en un partido de fútbol americano un viernes por la noche.

—Y ¿cómo lo sabes? —pregunto con el corazón en un puño.

—Porque lo sé —contesta mientras hace un gesto con la cabeza a mi espalda—. Ya está funcionando.

—¿Qué está funcionando? —inquiere Mekhi, quien parece confuso.

Pero nos volvemos hacia Jaxon antes de que Remy conteste y es imposible no darse cuenta de lo que le está sucediendo a la bestia. Las runas de las paredes se han iluminado y cada vez que pasa por delante de una, se vuelve un poco más pequeña. Se tranquiliza un poco más. Y parece muchísimo menos rabiosa. Por lo que, para cuando pasa por la sexta runa, sigue siendo gigante, pero ya no es igual de grande que un camión. Además, de repente parece que más bien quiere jugar con nosotres en vez de comernos.

—Pero ¿qué narices está ocurriendo? —pregunto—. ¿Qué le están haciendo las runas de mi padre a esa cosa?

—En realidad, son las runas de mi padre —me corrige Remy—. Se las entregó a tu padre para que él te las diera y así...

—Te las pudiera dar yo a ti cuando las necesitaras. —Termino la frase cuando comprendo la verdad. Así que por eso Remy conocía su existencia: le pertenecen a él y sabe qué hacer con ellas, cosa que yo nunca sabré. No tengo tiempo de procesar el dolor que siento en el pecho al darme cuenta de que en realidad mi padre no me había dejado

algo que me recordara a mi parte de bruja, mi parte que es como él.

Remy asiente.

—Exacto.

—La peña que ve el futuro dais miedo —le dice Mekhi mientras camina hasta nosotros.

Remy sonríe.

—No es la primera vez que me dicen eso, la verdad.

—Puede que no —comenta Flint mientras aterriza y cambia a nuestro lado—. Pero, una preguntita: ¿viste venir eso?

—¿El qué?

Remy y yo nos volvemos para ver lo que está mirando, y casi se me vuelve a parar el corazón. Porque la bestia ha dejado de perseguir a Jaxon de repente y, lo que es más importante, ha dejado de correr en el sentido contrario de las agujas del reloj por completo.

—¿Se ha dado cuenta? —pregunto perpleja ante la idea.

—Debe de ser eso —contesta Hudson—. Porque ha cambiado de dirección y, joder, a mí me da que lo está haciendo a propósito.

—Ya, a mí también —confirmo cuando la bestia se da la vuelta y comienza a correr en la dirección opuesta.

Y a medida que lo hace aumenta cada vez más de tamaño.

Sus dientes, que eran igual de largos que un brazo, pasan a ser igual de largos que una pierna. Los pinchos huesudos de su espalda se hacen más grandes y enrevesados. Las púas de su cola se vuelven más anchas y curvadas, hasta

que tienen un aspecto diez veces más terrorífico y peligroso de lo que tenían cuando hemos llegado.

—Bueno, genio —le dice Flint a Remy—. Esta bestia se ha hecho inmensa y no parece tener buenas intenciones. Y ¿ahora qué hacemos con eso, cómo tenemos que reaccionar?

—Pues no nos queda otro remedio que echarnos a correr —responde Macy cuando carga contra nosotros a toda velocidad—. Correr como loques. Hay que salir de aquí por patas.

144

Ensártame en pedazos

Hacemos lo que nos ha dicho Macy al pie de la letra y echamos a correr como almas que lleva el diablo.

Hudson se desvanece por el estadio directo hacia la bestia, en un intento por conseguir que lo persiga a él por donde ha venido, pero la criatura no parece estar por la labor.

Remy se pone a trabajar en el centro del estadio, construyendo lo que me parece una jaula mágica en la que encerrar a la bestia. No sé si funcionará, no las tengo todas conmigo, visto que la criatura parece inmune a toda clase de magia. Por ahora lo único que ha surtido efecto en ella han sido las runas.

El resto volvemos a dispersarnos como si fuésemos cucarachas, e intentamos que la bestia corra por el estadio hasta que se agote.

Me elevo en el aire para tener una vista aérea del estadio, esperando a que, contra todo pronóstico, se nos haya pasado algo por alto. Esperando a que haya algo aquí que podamos usar como arma, ya que nada de lo que hemos

traído será lo bastante largo o afilado para atravesar la dura piel de la bestia.

A ver, que sí, que la runa se ha incrustado en su piel, pero no ha llegado a seccionar el músculo ni los órganos internos. Más bien se ha quedado clavada en el costado de la criatura.

Miro a mi alrededor, a mis amigues, que están corriendo por todas partes, e intento averiguar a quién debería ayudar antes. La mayoría corre en sentido contrario a las agujas del reloj, pero ahora Hudson y Jaxon están corriendo en la otra dirección mientras tratan de dirigir a la bestia para que vaya en sentido contrario.

De pronto me pregunto por qué los Vega no empiezan a crecer también. Y por qué el resto no empequeñece. ¿Por qué demonios la bestia es la única cuyo tamaño aumenta o disminuye según el sentido en el que corra?

Y eso me da una idea. Sé que lo que tenemos que hacer es obligarla a correr en sentido contrario a las agujas del reloj y conseguir que se haga cada vez más y más pequeña. Pero la cosa es que el monstruo es listo, muy listo, y ni de coña va a volver a hacer eso. Es más que evidente, teniendo en cuenta que todo el mundo está corriendo en esa dirección y que no está persiguiendo a nadie.

En cambio, corre en el otro sentido, y sabe que antes o después va a toparse con ellos; y, cuando lo haga, habrá duplicado su tamaño.

O quizá ya haya duplicado su tamaño. Era tan grande cuando todo ha empezado que es casi imposible saberlo.

Y eso me lleva a pensar que a estas alturas solo nos queda una cosa por hacer. Pero, como es una puta

temeridad, no me siento capaz de pedírselo a nadie. Y sé que a Hudson le dará un ataque con solo sugerirlo, así que... no digo nada.

En cambio, me concentro en acumular en mis alas toda la velocidad que puedo y me abalanzo volando hacia la bestia desde atrás, con la esperanza de que tarde un poquito en percatarse de mi presencia y ganar así algo de margen.

Parece funcionar, pues Dawud y Calder han entrado en acción, y se turnan para recorrer el estadio en zigzag y agotar a nuestro enemigo. Vale, sí, el dúo también se está cansando, pero nosotres somos doce, y solo hay una bestia. Seguro que en esta situación ganaremos la partida de resistencia.

La bestia se acerca tantísimo a Dawud, quien se ha transformado en lobe, que llega a inclinar la cabeza y darle un mordisquito en la cola. Eso provoca que Dawud pegue un salto de metro y medio y se coloque debajo de la bestia para morderle los tobillos en un intento por desestabilizarla.

Pero, ahora que no tiene a Dawud delante, la bestia ni siquiera se da cuenta de dónde está, y centra toda la atención en Calder. Y en Macy, quien corre a su espalda, mientras se esfuerza por dañarla con un hechizo tras otro.

Y aunque nada funciona, mi prima no deja que eso la desanime. Sigue intentándolo con la esperanza de que algo nos ayudará.

Y yo... yo estoy a punto de cometer la tontería más grande del mundo. Si no hacemos nada y si la bestia sigue aumentando su tamaño cuanto más corra por el estadio en sentido a las agujas del reloj, pronto tendremos que enfrentarnos a un monstruo del tamaño del estadio en sí.

Por lo tanto, mientras rezo para que mi plan funcione, vuelo hasta la criatura por detrás, estiro el brazo y trato de coger la runa que tiene clavada en la piel.

La bestia es la única cuyo tamaño aumenta o disminuye según el sentido en el que corre, y, además, es la única que tiene una runa incrustada en el cuerpo. No sé bien cómo está relacionada una cosa con la otra, pero estoy convencida de que lo están. Aprieto los dientes e intento volver a coger la runa.

Clavo bien los dedos y rodeo la piedra por los bordes. Apoyo las rodillas en el costado del animal y, usando las alas para moverlas hacia atrás y hacer efecto palanca, intento con todas mis fuerzas arrancarle la runa de la piel.

La criatura suelta un grito, y se vuelve tan rápido hacia mí que no tengo tiempo para prepararme: salgo volando por los aires. Al principio creo que voy a aterrizar justo en sus fauces (lo cual supondría mi último adiós cuando esos dientes se apoderasen de mí). Por suerte, en el último instante consigo frenar lo suficiente para chocar contra una de las huesudas protuberancias que tiene en el cuello.

Esta me ensarta, me atraviesa la parte superior del muslo, y suelto un grito agónico. Pero, en fin, las buenas noticias son que ya no tengo que forcejear para poder seguirle el ritmo. Estoy bien pegada a la bestia, unida a ella.

Decido aprovechar la oportunidad a pesar del dolor que me recorre entera; me estiro por el lateral de su cuerpo y me esfuerzo al máximo por coger la runa. Desgraciadamente, otra vez, mi puñetera baja estatura juega en mi contra. Además, ahora la bestia es tan grande que, por mucho que extendiera los brazos, no lograría llegar

al costado de la parte posterior de la cadera, ya ni hablemos de subir más, donde está la runa.

Y eso implica que tengo que encontrar la forma de desensartarme de esta puta cosa. No obstante, como está galopando a unos ciento sesenta kilómetros por hora y no tengo nada a lo que aferrarme salvo a otra de las afiladas protuberancias que le salen del cuello, me queda claro que estoy metida en la mierda más absoluta.

Hudson y Remy corren hacia mí, y les grito que no se acerquen. Ahora mismo la criatura está cabreada, no, lo siguiente, y me aterra que vaya a hacerlos pedazos a ambos.

Sin embargo, antes de que puedan llegar hasta nosotros, Flint baja en picado en su forma de dragón y se acerca lo justo a la criatura para distraerla.

La bestia se vuelve loca, empieza a saltar, a gruñir y a retorcerse para intentar atrapar a mi amigo. Pero Flint se mantiene fuera de su alcance, y un par de veces le menea la cola o el pie lo bastante cerca para que el monstruo se crea que va a poder pillarlo.

Y eso solo lo enrabieta más.

Entretanto Hudson se ha lanzado a la espalda de la bestia, y se ha cogido bien fuerte de la protuberancia que está justo detrás de la que me ha atravesado el muslo; la utiliza como soporte y se impulsa hacia arriba, sobre la espalda de la criatura. Un lugar en el que es superpeligroso estar ahora mismo, dado que se le salen los huesos por todas partes y la bestia no para de moverse, saltar y hacer todo lo posible por coger a Flint y librarse de Hudson a la vez.

Yo no pierdo el tiempo diciéndole que se baje ya de aquí antes de que se haga daño; al fin y al cabo, es Hudson, y no se va a ir a ningún lado sin mí. Así que, en cambio, le pregunto:

—¿Cómo te puedo ayudar?

A lo que me responde:

—La próxima vez no hagas una estupidez con la que acabes ensartada en un animal, ¿vale?

—Ya, bueno, esa no era mi idea.

—Y, aun así, mira cómo estamos. —Se pasa un poco con el comentario, pero lo dice con una sonrisa que me ayuda a ver que solo me está tomando el pelo. Y, entonces, sin ninguna clase de preaviso, se estira y rompe el trozo del hueso de la bestia que me atraviesa la pierna.

Hudson se hace un corte en la mano y, además, provoca un enfado en la bestia de dimensiones estratosféricas (no quiero ni imaginarme lo que les habrá dolido a ambos); de pronto paso de estar atrapada en la espalda de un potro desbocado a estar haciendo surf en mitad de un tsunami. Algo que le sienta de maravilla a la pierna que sigue ensartada en la parte inferior de una de las protuberancias de la espalda de la bestia.

—Si no te gusta, entonces quédate quieto de una maldita vez, pedazo de imbécil —le espeta Hudson a la bestia mientras esta no deja de revolverse e intenta por todos los medios morderlo. Ahora está literalmente dando saltitos y gruñendo a pleno pulmón mientras se retuerce de mil formas diferentes, tratando de hincarnos el diente a cualquiera de los dos.

Y da igual cuánto se esfuerce el pobre Flint por distraerla, ahora mismo pasa olímpicamente de él. Está sedienta de sangre, y su sed solo la saciará la mía, o la de Hudson.

Jaxon recorre el estadio a toda velocidad, acompañado de Byron y Rafael, y los tres hacen todo lo que pueden por llamar la atención de la bestia.

Jaxon se coloca delante de ella de un salto y le da un puñetazo en el morro, un movimiento muy similar al que he hecho yo hace nada. La criatura grita enrabietada e intenta arrancarle la pierna, pero Jaxon es rápido.

Byron coge una de las patas delanteras de la bestia, y Rafael se encarga de la otra, y ambos le dan un fuerte tirón desde abajo para que, cuando aterrice tras el salto, se caiga de bruces contra el suelo de piedra.

La bestia vuelve la cabeza, e intenta morder a Byron, pero el vampiro ya se ha desvanecido a unos seis metros de distancia y se está burlando de ella, procurando que vaya tras él.

Mientras, Hudson apenas presta atención a lo que está pasando a nuestro alrededor. En cambio, aprovecha que el monstruo se ha detenido en seco y me dice:

—Esto te va a doler.

145

Muerte y desorden

Tiene razón, duele. Porque, sin más aviso que ese, me agarra de la pierna y la arranca de cuajo del hueso donde estaba ensartada. Aun así, antes de que deje de gritar, le suelta un bramido a Jaxon y me tira por los aires como un saco de patatas.

Y lo entiendo. De verdad que sí. No puedo cambiar a mi forma de piedra, me duele tanto que veo las estrellas. Pero tenía que apartarme de la espalda del monstruo deprisa, antes de que corcoveara y me lanzara en alguna dirección en la que él no pudiera controlar dónde iba a aterrizar.

Cuando Jaxon me agarra por los aires con sus fuertes brazos, se desvanece tan lejos de la bestia como puede antes de soltarme. Cambio de forma parcialmente para detener la pérdida de sangre, pero me mareo. Miro a mi alrededor con la esperanza de que Hudson se desvanezca hasta llegar a mi lado, pero, cuando no lo hace, escudriño el estadio. Y lo encuentro todavía sobre la espalda espinosa del monstruo.

Salta, gira en el aire y le quita la runa del costado a la bestia. A mí se me queda la respiración atascada al fondo de la garganta mientras contemplo a mi compañero colgándole del costado. Después cae con la runa en la mano.

El monstruo ruge a la par que se encoge hasta su tamaño normal de inmediato, y respiro por primera vez en lo que me han parecido diez minutos. A ver, la bestia sigue siendo del tamaño de un camión enorme, pero al menos ya no es del tamaño de un edificio.

Hudson choca contra el suelo y se desvanece hasta mí en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Puedes quedarte aquí un rato? —pregunta cuando se para en seco y respira trabajosamente—. Para intentar descansar. Yo mantendré esa cosa alejada de ti.

Le lanzo una mirada que quiere decir: «¿Estás de coña?».

—Yo la mantendré alejada de mí —le contesto a la par que agarro mi hilo platino y me convierto en piedra maciza el tiempo suficiente para que la herida se cierre de forma superficial.

Después vuelvo a mi forma humana y, aunque no me encuentro para corretear por ahí como hace unos minutos, estoy más que lista para unirme a la refriega.

Veo a la Orden desvaneciéndose por el estadio por encima del hombro de Hudson; intentan que la bestia se centre en ellos para que el resto podamos elaborar un plan y destruir a esa cosa de una vez por todas.

El único problema es que no sé qué hacer... y tampoco lo sabe nadie más.

La magia no funciona.

No tenemos ningún tipo de arma que vaya a afectarle.

Nada parece penetrar su gruesa piel. Hasta la runa se ha quedado incrustada en la superficie, nada más.

No tengo ni idea de cómo se supone que vamos a derrotarla. No me extraña que nadie gane las Pruebas. Incluso si consiguen sobrevivir a todo lo demás, ¿cómo narices sobreviven a esto?

La única razón por la que hemos seguido con vida durante tanto tiempo es porque somos un montón. Pero no podemos seguir huyendo para siempre. Al final, alguna parte tendrá que ceder y me temo que vamos a ser nosotres.

—¿Qué podemos hacer? —le pregunto a Hudson.

—No lo sé —me contesta muy serio—. Si Jaxon y yo derrumbamos el estadio e intentamos aplastarlo, cabe la posibilidad de que también acabemos aplastades.

—Ya lo sé. Pero tenemos que hacer algo.

—Ya.

De repente Macy sale disparada hacia el centro del estadio y se planta en el camino que está siguiendo ahora mismo la bestia.

—¿Qué está haciendo? —añado con el corazón en un puño.

—No lo sé —responde Hudson; después sale corriendo hacia mi prima para colocarse entre ella y la bestia y yo me lanzo a los aires para hacer lo mismo.

Pero Macy no lo piensa tolerar.

—¡Aparta! —le grita y eso hace él, justo cuando me doy cuenta de lo que quiere hacer. Está abriendo un portal.

—¿Va a funcionar? —le pregunto a nadie en especial, aunque debe de oírme porque levanta la mirada y se encoge de hombros.

Y lo entiendo. A estas alturas vale la pena intentar lo que sea. Pero ¿adónde la va a llevar? No creo que nadie pueda abandonar el estadio.

Resulta que Macy no piensa llevarla muy lejos.

Cuando la bestia se abalanza sobre ella, se mete en el portal y esta salta a su estela. Segundos después, mi prima reaparece al otro lado del estadio mientras corre como si su vida dependiera de ello. Aunque, bueno, estoy bastante segura de que es así.

—¡Funciona! —grita, pero el monstruo le pisa prácticamente los talones, así que desciendo y la levanto por los brazos; se la arrebato de las fauces gigantes antes de que las cierre sobre su hombro.

—¿Qué plan tienes con los portales? —le pregunto mientras la llevo volando al otro lado del estadio.

—Quería ver si funcionaba; si la magia que no estaba dirigida a la bestia en concreto podría afectarle. Y puede, el portal ha funcionado.

—Ya, pero ¿cómo vamos a usar eso para nuestro beneficio?

—¿Y si abro uno...?

Se detiene para gritar cuando Flint vuela demasiado cerca de la bestia. Él y Eden han estado turnándose para volar a su alrededor con la intención de cansarla y encontrar una debilidad, mientras la Orden hace lo mismo pero corriendo por el suelo.

Pero ha calculado mal y la bestia ha cerrado la boca sobre su prótesis y no hace ademán de soltarla. En vez de eso, mueve la cabeza con fuerza de atrás adelante, sacudiendo cual látigo a Flint en su forma gigante de dragón, como si no fuera más que un saco de alubias.

Flint intenta darle una patada en la cara, trata de inclinarse hacia abajo y darle un puñetazo en el hocico, e incluso meterle las zarpas en el ojo, pero no consigue que afloje. Lo único que consigue es que se ensañe más con la pierna que ya tiene agarrada y que cierre con fuerza las poderosas fauces. No puedo sino agradecer que no haya logrado hacerse con su pierna de verdad. Porque estoy segura de que si hubiera dado con algo que no fuera su prótesis mágica, lo habría hecho papilla y ya no se podría ni reconocer.

Como no puede hacerle daño, intento calmarlo y pensar en una forma de salir de esta. No es una emergencia, porque no le está haciendo daño en esa pierna, pero no me cabe duda de que estará muerto de miedo pensando en que podría perder la otra. Yo desde luego lo estaría.

Tenemos que liberarlo. ¿Cómo conseguimos que la bestia afloje un poco su agarre? Hay que darle algo a lo que quiera hincarle el diente (algo que se quiera comer) más de lo que quiere devorar a Flint. Pienso ¿qué puede ser?

Desciendo y dejo a Macy en el suelo, después vuelvo a despegar y comienzo a volar cada vez más cerca mientras urdo un plan.

Pero la bestia da una vuelta y estampa a Flint contra el muro más cercano, sin duda con suficiente fuerza como para dejarlo malherido.

Y a Jaxon se le va la puta olla. No hay otra forma de describirlo.

Se desvanece al otro lado del estadio tan deprisa que parece que haya atravesado un portal y salta directamente sobre la espalda de la bestia. Al contrario que yo, tiene la suficiente coordinación para no aterrizar sobre uno de los pinchos huesudos, menos mal, y casi recorre a pie la espalda translúcida del monstruo.

La bestia se pone hecha una furia, sacude a Flint como lo haría un tiburón con su presa y, al mismo tiempo, embiste de espaldas contra la pared para intentar quitarse a Jaxon de encima o, mejor aún, para lanzarlo por los aires.

No obstante, de alguna forma, Jaxon consigue mantenerse en su espalda (pura fuerza de voluntad, creo yo) e incluso llega hasta su cabeza. Una vez allí, agarra a la bestia de las orejas y tira de ellas hacia atrás con toda su fuerza vampírica; intenta que la criatura suelte a Flint.

La bestia grita, el sonido de su agonía retumba por el estadio vacío. Lo siento en mis entrañas: la furia y el dolor de la criatura se abren camino por mi interior, me trasladan a hace varios meses, a la noche en la que murió Xavier en la cueva de la Bestia Imbatible.

Fuimos hasta ella. La atacamos. Intentamos matarla cuando lo único que quería era que la dejaran en paz. Y de repente no puedo evitar preguntarme si ocurrirá lo mismo con esta criatura. Si tan solo está atrapada aquí, sin molestar a nadie hasta que a otra persona se le antoje plantarse aquí y matarla para conseguir el elixir.

De solo pensarlo me pongo mala, de imaginarme a esta cosa como Alistair, encadenada a una cueva sin control

alguno sobre su propia vida. «¿Estamos volviendo a hacerlo? —me pregunto—. ¿Estamos cometiendo los mismos errores que en el pasado?»

Desciendo todavía más, decidida a pedirle a Jaxon que la deje estar. Que le dé a la bestia la oportunidad de soltar a Flint y volver a su rincón sin tener que preocuparse más por atacarnos. Pero antes de que pueda decirle nada a mi amigo, debe de decidir que lo de agarrarla de las orejas no está funcionando, porque las suelta. Entonces, con una mueca, da un salto y aterriza sobre el hocico de la bestia. Mueve los brazos hacia abajo, cierra las manos sobre los bordes de las fosas nasales de la criatura y después tira tan fuerte como puede.

La bestia ruge de forma agónica, abre muchísimo la boca al tiempo que un bramido de dolor inunda el estadio. La sangre naranja le mana de la nariz mientras Flint huye volando; después se tira al suelo en un intento desesperado por conseguir que Jaxon la suelte.

Jaxon intenta hacer eso mismo, pero no se aleja a tiempo y termina atrapado bajo todo el peso del animal, que vocifera lleno de furia.

Hudson se precipita hacia delante para intentar salvar a su hermano y empuja la espalda del animal para que se mueva. Es entonces cuando la Orden entra en escena como uno solo. Lo provocan, le dan empellones, intentan que busque pelear con ellos... Hacen todo lo que está en su mano para que se levante y se quite de encima de Jaxon antes de que lo mate aplastándolo con su peso.

Al final Byron le propina una patada en pleno hocico, todavía sensible y sangrante, y la bestia se pone en pie de

un salto. Entonces, con un grito tan agudo y lleno de ira que es difícil no oírlo, hace oscilar la cola huesuda y afilada como si fuera un bate.

Hudson agarra a Jaxon y salta lo bastante alto para evitar la cola oscilante. Pero la bestia tiene sed de sangre, y da la vuelta intentando darle a alguien, a quien sea.

Y de repente lo hace. Mueve la cola en un arco ascendente y la estampa contra el pecho de Byron, las púas lo atraviesan justo en el corazón. Rafael corre hasta él, pero la bestia se da la vuelta de nuevo y también lo agarra, cierra las poderosas fauces sobre la cabeza del vampiro y sacude su cuerpo.

Se oye un crujido nauseabundo y después lanza a nuestro amigo a varios metros de distancia. Su cráneo está hecho trizas, está muerto incluso antes de aterrizar al suelo.

Grito, Macy grita y Jaxon le pega una paliza brutal a Hudson, quien hace acopio de todas sus fuerzas para sostener a su hermano y evitar que se cruce en el camino del monstruo enfervorizado, que ahora tiene a Mekhi en el punto de mira.

Flint y Eden se lanzan en picado desde el aire para llegar hasta él, mientras que Remy y Calder hacen lo mismo por el suelo. Pero es demasiado tarde.

146

Cuando se cierra una ventana, se abre un portal

—¡No! —Los gritos agónicos de Jaxon se oyen por todo el auditorio—. ¡No! ¡No! ¡No!

Ese último *no* ha sonado más como un sollozo, y justo después le han fallado las piernas. Si no ha acabado desplomado en el suelo ha sido porque Hudson lo ha evitado cogiéndolo a tiempo.

La bestia tiene a Mekhi entre sus potentes fauces, cierra la mandíbula y después sacude la cabeza como si estuviese mordiendo un limón. La ladea con un movimiento de látigo y lanza el cuerpo de Mekhi por los aires, que atraviesa todo el estadio antes de caer rodando al suelo: da una, dos, tres vueltas antes de detenerse como un fardo sin vida a menos de seis metros de nosotres.

Hudson intenta contener a Jaxon, pero la cosa se complica cuando su hermano pequeño empieza a revolverse y querer zafarse para llegar hasta los cadáveres de sus tres mejores amigos. Se mueve sin pensar, por el dolor, y grita,

araña y se pelea con Hudson con las pocas fuerzas que le quedan.

—¡Suéltame! —le ordena con la voz teñida de horror—. ¡Joder, que me sueltes!

Intenta abrirse paso entre arañazos hasta el cuerpo de Mekhi, y hace lo imposible por llegar hasta la Orden.

O, al menos, lo que queda de ella.

Pero Hudson se niega a soltarlo. Es más, lo sujeta con más fuerza, al tiempo que contesta con la voz cargada de pesar:

—Lo siento, no puedo, no pienso volver a perderte.

Cuando comprende que Hudson no lo va a dejar marchar, Jaxon suelta un grito largo y grave. Grita sin cesar hasta que al final sus chillidos se transforman en unos sollozos entrecortados, hasta que le terminan por fallar las piernas del todo, hasta que se desploma en el suelo, con los puños en los ojos, mientras se mece, de atrás hacia delante, lamentándose como si se le hubiese vuelto a romper el alma. Y Hudson está justo a su lado, aguantando, como si nunca más fuese a dejar a su hermano.

Me enjugo mis propias lágrimas, que me caen por las mejillas, y desvío la mirada hacia los cuerpos sin vida de Byron, Rafael y Mekhi. Miro a todas partes menos a Jaxon.

Y, de pronto, no estoy segura de ser capaz de hacerlo. No sé si tendré fuerzas para seguir adelante con la misión. El dolor que siento por la pérdida de mis amigos es casi insoportable, y todavía tengo más seres queridos que podría llegar a perder hoy. ¿Cómo podremos seguir luchando si lo que tenemos delante es una muerte segura? ¿Cómo se supone que vamos a prolongar esta agonía?

Cada minuto que pasa en el que la bestia no me ha matado todavía es un minuto más en mi vida para llorar la muerte de una persona que quiero.

Busco con la mirada el cadáver de Byron, luego el de Rafael y, por último, el de Mekhi. Una y otra vez. No puedo dejar de hacerlo. Ahora apenas puedo verlos, pues las lágrimas me enturbian la visión, pero no dejo de mirar sus cuerpos, sus cadáveres cubiertos de sangre. Eran buenos chicos. Eran increíbles. Los mejores. Y no se merecían una muerte así. Madre mía, esto es demasiado. Byron. Rafael. Mekhi...

Pero, cuando observo otra vez el cuerpo maltrecho de Mekhi, algo me llama la atención. Su brazo. ¿Se le está moviendo el brazo? Me sorbo la nariz una vez más para detener los sollozos y me paso la mano por los ojos con frenesí, en un intento por ver mejor lo que tengo delante. Contengo la respiración y observo. Y... otra vez. Ha movido el brazo.

Echo a correr como si me fuera la vida en ello y, en cuanto me acerco a él, me tiro al suelo; me cuesta un poco darle la vuelta al cuerpo de Mekhi por lo que pesa, pero al final lo consigo. Le tiemblan los párpados, y yo jadeo cuando veo que abre los ojos. En un santiamén tengo a los hermanos Vega a mi lado, y Jaxon tira de su amigo para cargarlo contra su regazo.

—Oye, colega, ve con cuidado. Que me acaba de morder un gilipollas —dice Mekhi gimiendo.

Jaxon se ríe, pero más que una risa parece un sollozo, y no suelta a su amigo.

Estiro una mano hacia Mekhi, intercambio la mirada con la de Jaxon y, tras esperar su gesto de aprobación, apoyo la otra en el pequeño de los Vega. Cierro los ojos, rebusco en el interior de Jaxon y acumulo tanto poder como puedo; después lo canalizo hacia Mekhi. Voy con cuidado para no llevarme demasiada energía, pero mi tatuaje se llena y, entonces, suelto a Jaxon, para seguir canalizando la energía de curación hacia el pobre Mekhi.

Me parece oír a lo lejos, al otro lado del estadio, cómo Remy y Calder se lanzan indicaciones a gritos, trabajando codo con codo con Flint y Eden para mantener a la bestia distraída; entonces se oye un grito y un fuerte estruendo, pero paso de todo. Ahora no puedo centrarme en eso. Mekhi se merece toda mi atención.

Transcurre un minuto, y se le destensan los músculos. Se le endereza una de las piernas, que estaba tendida en un ángulo inverosímil, y las enormes heridas de los brazos se le sellan. Cuando confirmo que ya no puedo hacer nada más por él, al menos de momento, suspiro mientras Jaxon ayuda a su amigo, quien cojea un poquito, a ponerse en pie.

Cojo la parte inferior de la camisa de Mekhi y, con la mirada, le pido permiso para echar un vistazo. El vampiro asiente y levanto la tela lo suficiente para verle el pecho; y suelto un grito ahogado.

No por las heridas en forma de agujero que han dejado los dientes de la criatura. He canalizado la cantidad suficiente de energía de curación para cerrarlas y que así dejaran de sangrar. Aunque todavía tienen mal aspecto, su vida ya no corre peligro. No, lo que ha provocado que me embargue una oleada de pánico es una herida mucho más

pequeña que las de la bestia. Del tamaño de un escarabajo, más o menos. Y de ella se extiende una oscura red de finos tentáculos por debajo de la superficie de la piel.

No me extraña que la bestia lo soltara tras morderlo. Uno de los bichos de antes ha infectado a nuestro amigo.

Estiro la mano para intentar curarlo en este instante, pero por mucha magia que le envíe no parece haber cambios en la herida. Intercambio una mirada con Jaxon, y lo único que dice es:

—Luego. Ya nos encargaremos de eso luego.

Y tiene razón. Todavía tenemos una bestia que solo entiende que estamos en su jaula con ella, y quiere que nos vayamos cuanto antes.

Como si estuviera esperando el momento justo, la criatura levanta la cara llena de sangre y araña el suelo del estadio, superconcentrada en Remy y Calder, quienes están apenas a unos metros de ella. La bestia se abalanza contra ellos, y en sus ojos blancos como la leche puedo percibir el brillo de la sed de sangre.

—¡Joder, joder! —grita Macy mientras las lágrimas le recorren el rostro—. ¡Joder, Grace! ¿Qué hacemos? ¿Qué podemos hacer?

—No lo sé —contesto, porque apenas puedo dejar atrás el horror y la desolación que siento por lo que acaba de pasar. Se me ha quedado la mente en blanco, y lo único en lo que puedo pensar es en el miedo que me invade ante la idea de que Jaxon y Hudson llamen la atención de la bestia mientras intentan llevar a Mekhi a un rincón del estadio.

No puedo permitir que eso pase. No puedo perder a nadie más. No. No, no, no, no puedo perderles.

Observo a la criatura: se pasea de un lado a otro, justo delante de los cuerpos de los otros dos miembros de la Orden; del morro le caen varias gotas de sangre y le arden los ojos por la ira. Sé lo que está haciendo: nos está desafiando a acercarnos a su trofeo, nos desafía a intentar cogerlo, y tengo que hacer acopio de hasta la última gota de autocontrol que poseo para no echar la pota cuando comprendo que no solo quería matarlos. También quiere comérselos.

No me puedo creer que llegara a plantearme que podría ser como Alistair.

No me puedo creer que haya sentido compasión por esta bestia.

Es un monstruo, así de simple. Está diseñado para matar, y se deleita en sus actos. ¿Cómo es posible que me sintiera mal por una criatura así?

Remy, Calder, Dawud, Flint y Eden están rodeando al monstruo. No están tan cerca como para lanzar un ataque que pueda acabar bien, pero tampoco tan lejos de la criatura como me gustaría. Si la bestia decide correr hacia el grupo, los dragones son los únicos que no son una presa fácil.

Me vuelvo hacia Macy. Las dos estamos llorando, pero me esfuerzo por deshacerme de las lágrimas. Ahora no tengo tiempo para esto. Ni yo ni nadie. Tenemos que encontrar la forma de salir de aquí antes de que este monstruo nos mate a todes.

—¿Para qué querías abrir varios portales?

147

En alas de la verdad

Me lo explica utilizando el torneo del Ludares de hace meses como ejemplo. No sé si su idea funcionará o no, pero, a estas alturas, un plan que podría llegar a funcionar es mejor que no tener plan alguno.

Así que le pido a Remy que se acerque, lo dejo charlando con Macy sobre la forma de abrir los portales mientras informo al resto del plan; todo esto mientras esquivamos a la bestia, quien también parece haberse hartado de nosotres.

—Buen plan —dice Dawud cuando le levanto y pasamos volando por encima de las fauces chasqueadoras de la bestia, justo cuando Calder entra en acción desde detrás para distraerla.

La criatura ruge y cambia de dirección, la persigue hasta que Eden se lanza en picado sobre ella y le propina una patada en todo el culo. Se da la vuelta de golpe, arremete contra ella e intenta agarrarle la cola con los dientes, pero Eden es muy rápida cuando quiere. Desaparece tan deprisa como ha llegado y Calder se aprovecha de que la ha

distraído el tiempo suficiente para picarle en el pie con la cola de escorpión y después salir por patas.

La bestia ruge de dolor y furia cuando sale a toda prisa a por ella. Pero ahora cojea de una de las patas traseras y, aunque sé que seguramente solo le lleve unos minutos deshacerse del dolor y del veneno que le han inyectado, tengo pensado aprovecharme de la situación el tiempo que me sea posible.

Flint, que está siguiendo con el plan, aparece y le da una patada en plena nariz hinchada y sangrante para después salir volando mientras la bestia suelta un bramido.

Y ahí es cuando Hudson entra en acción; salta sobre su espalda como si estuviera en una carrera de vallas y se detiene lo justo para agarrar una protuberancia huesuda de allí con cada mano y partírselas. Después huye.

La bestia está a punto de perder la cabeza por la rabia. Se le ponen los ojos en blanco y le salen espumarajos por la boca por las ansias de enganchar a alguien del grupo. Pero eso es lo que necesitamos, que arremeta contra nosotres sin orden ni concierto. Es demasiado astuta, demasiado inteligente y está totalmente decidida a matarnos. Si le damos la oportunidad de pensar, mi plan no funcionará. En menos que canta un gallo todes seremos historia. Y entonces Cyrus matará a todo aquel al que alguna vez hayamos querido.

Macy se apresura a llegar a mi lado y susurra:

—Todo listo.

Asiento. Después despego y planeo dando vueltas y vueltas alrededor de la bestia, acercándome más con cada

círculo, pero aun así me aseguro de mantenerme fuera del alcance de sus poderosas fauces.

Se lanza a por mí, intenta agarrarme y arrastrarme hacia abajo, pero yo continúo rodeándola. Continúo acercándome con la esperanza de...

—¡Estás demasiado cerca! —me ruge Hudson mientras se desvanece desde el otro lado del estadio.

—Mira quién fue a hablar —le contesto al tiempo que me lanzo en picado y le asesto un puñetazo a la bestia tan cerca de los ojos como me es posible.

Gruñe y me ataca, casi me coge el puño con los dientes afilados. Y ahora que he captado toda su furia y su atención, me doy la vuelta y me precipito hacia uno de los portales que ha abierto Macy.

La bestia me sigue, tal y como pretendía, así que me lanzo al interior del portal con la esperanza de que esté lo bastante cabreada como para olvidarse de su instinto de supervivencia y me imite.

No lo hace. En vez de eso, se da la vuelta y se dirige hacia Hudson; sus garras repican contra el suelo cuando coge velocidad para alcanzar a mi compañero, quien también se lanza al interior de un portal.

Contengo el aliento durante todo el tiempo que pasa ahí dentro, pero Remy hace un pequeño arreglo con la mano y Hudson aparece a dieciocho metros de distancia.

Entonces es el turno de Macy, quien grita para captar la atención de la bestia y después empieza a gritar por una razón totalmente distinta cuando esta vira de repente y va a por ella. También se lanza dentro de un portal, pero, una vez más, la bestia no la persigue.

No sé si es porque es lo bastante astuta como para haber descubierto cuál es nuestro plan o porque no le ha agradado la sensación del portal que ha cruzado antes. Sea como fuere es una mierda porque, si no conseguimos que entre en uno de los portales, no habrá manera de hacer que el plan de Macy funcione. Y de verdad necesitamos que funcione.

Porque es prácticamente la última oportunidad que nos queda.

Esta vez es Flint el que entra en escena: le da patadas y golpes al monstruo con el objetivo de hacer que lo siga.

Sea como sea, en vez de perseguirlo, se limita a darle un coletazo que lo alcanza en el brazo con una de las peligrosas púas.

La sangre sale disparada por todas partes, pero Flint no grita; supongo que le cuesta mirar a esa cola y no pensar en lo que le ha ocurrido a Byron. La herida de mi pierna y la de su brazo no son nada comparado con aquello.

Flint se tapa la perforación con una zarpa y se aleja.

Espero que la bestia se dé la vuelta y arremeta contra otra persona, sin embargo, hay algo en el rastro de sangre que deja Flint que la fascina. Lo sigue y lame cada gota, lo cual solo consigue que mi estómago revuelto dé un vuelco más.

Pero está yendo detrás de Flint, que está herido, así que me lanzo delante de la bestia y vuelvo a captar su atención. Aunque me acerco demasiado. Intenta darme con su poderosa cola, y apenas tengo tiempo de quitarme de en medio para que no me atraviese. No obstante, sí que me acierta en la zona del abdomen con la punta de una de sus

púas. El corazón me late con fuerza, cambio a mi forma humana y le echo un vistazo a mi estómago esperando a ver cómo se me salen las tripas. Suspiro de alivio cuando veo solo sangre: ni rastro de entrañas, nada de intestinos. Sobreviviré, creo.

Y como parece que lo que le gusta es la sangre, decido usarla para atraerla hacia donde necesito que vaya. Me coloco una mano sobre el estómago, la aparto cuando está cubierta de sangre para levantarla y dejar que la bestia la huela.

El monstruo emite un rugido gutural y salta, y entonces yo echo a correr.

Debe de funcionar, porque siento su aliento en mi nuca mientras corro a toda prisa hasta el portal más cercano. Macy me grita que vaya más rápido, y un vistazo fugaz al rostro de Hudson me revela que está usando todo su autocontrol para no meterse y limitarse a mirar sin más. Normalmente es partidario de dejarme ir a la mía, pero es comprensible que el que yo tenga un monstruo de casi diez toneladas (con dientes, garras y púas afiladas) pisándome los talones pueda activar sus instintos protectores. Desde luego, ver a la cosa esta persiguiéndolo activó los míos.

Sin embargo, el portal está ya muy cerca y tengo que conseguirlo. Necesito que esta criatura me siga adentro. Así que busco en mi interior para encontrar un poco más de velocidad y me esfuerzo todo lo que puedo.

Y de repente ya estoy ahí. El portal está justo delante de mí y me lanzo, rezo todas las oraciones que sé para que la bestia me siga.

La sangre debe de funcionar, porque lo hace; atraviesa a toda pastilla la entrada del portal detrás de mí.

—Vale, Remy —me susurro a mí misma—. No me decepciones.

Cuento entre dientes: «Uno, dos, tres».

El portal debería ser rápido.

Pero no lo suficiente. La bestia se abalanza sobre mí y me agarra el ala con los dientes; dejo escapar un grito. Mi hombro arde en llamas, como si alguien lo hubiera empapado de queroseno y le hubiera lanzado una cerilla, estoy a punto de desmayarme del dolor. Salgo a trompicones del portal y caigo en picado por los aires.

Porque resulta que la idea de Macy, esa que ha cogido del torneo del Ludares de hace meses, era colocar un portal flotante a treinta metros del suelo, cerca de la parte superior de la cúpula.

Comienzo a volar, abro las alas del todo para captar tanto aire como me sea posible. Mas no funciona. En vez de volar no paro de caer, caer y caer sin importar lo que intente, mientras que la bestia hace lo mismo justo a mi lado.

Y entonces me doy cuenta. No solo me ha mordido el ala dentro del portal. Me la ha arrancado de cuajo.

148

No tenemos tiempo que matar

Tengo unos tres segundos para decidir qué hacer (el suelo se acerca a toda velocidad), pero solo puedo pensar en el terrible dolor que siento en el hombro y en la espalda. Hudson se desvanece hacia mí, con una mirada de terror en el rostro.

Con el rabillo del ojo veo que Eden también acude a mi rescate, volando a toda velocidad en su forma de dragón. Vagamente consciente de la situación, me pregunto si en el caso de que la bestia me cayera encima, ¿por fin dejaría de dolerme el hombro? Porque oye, ni tan mal.

Hudson es el primero en llegar hasta mí (cosa que tampoco me sorprende, la verdad): pega un salto de casi seis metros y me estrecha contra su cuerpo.

Caemos sobre el suelo de piedra con un golpe sordo, controlado, y observo horrorizada cómo la bestia (que todavía tiene mi ala destrozada entre los dientes) aterriza justo a nuestro lado con un golpetazo tremendo.

Mis amigues se acercan corriendo para rodearla. Calder, Remy y Eden llevan uno de los pinchos que le ha arrancado antes Hudson como si fuese un arma, pero la bestia no se levanta.

—¿Está muerta? —pregunto, mientras Hudson me hace rodar para examinarme la espalda.

—Grace... —dice, y creo que nunca lo he oído tan afectado como ahora—. Grace, tu ala...

—Ya lo sé —lo interrumpo, porque no quiero oírlo en voz alta. No sé por qué. Tal vez sea porque, si lo dice, si lo expresa en palabras, será mucho más real de lo que es ahora mismo.

—Madre mía, Grace... —De pronto, tengo a Macy detrás de mí. Mi prima se quita en un segundo la sudadera y la presiona contra mi espalda—. ¿Qué vamos a hacer?

No sé si me lo está preguntando a mí, a Hudson, o al universo, pero no tengo ni puñetera idea de qué decirle. Salvo que no tenemos tiempo para estas cosas, y menos cuando la bestia sigue viva.

Me vuelvo hacia atrás, le aprieto la mano y susurro:

—Estoy bien.

Entonces me impulso para ponerme en pie, y Hudson se coloca junto a mí.

—Grace, quieta. Tienes que reposar el brazo...

—Lo que tengo que hacer es acabar con todo esto —contesto. Pero apenas doy un par de pasos antes de que me fallen las rodillas y me desplomo al suelo.

Joder. Cierro la mano en un puño y pego un fuerte puñetazo al suelo, al tiempo que siento cómo la frustración se apodera de mí. No me puedo creer que esté pasando

justo ahora. No puede ser. Ahora no, cuando todo se ha ido a la mierda.

Por dentro el pánico me sacude, hace que me ardan los pulmones y que se me congele la sangre. Quiero dominarlo (necesito dominarlo), pero es muy difícil. Sobre todo cuando solo puedo pensar en todas las cosas malas que acabamos de vivir.

Sí, estamos a punto de superar las Pruebas Imposibles, estamos a punto de conseguir el elixir y de encontrar la forma de derrotar a Cyrus. Pero hemos perdido muchísimo para llegar hasta aquí. Casi toda la Orden está muerta. Jaxon está desolado. Y el resto hemos tenido que vivir unas pesadillas que nos acompañarán durante toda la vida.

Y, ahora, me falta un ala. ¿Cómo puedo ser la reina gárgola si me falta un ala? ¿Cómo voy a volar? ¿Cómo voy a luchar contra Cyrus? Y, es más, ¿cómo voy a pedirles a mis amigues que se adentren en la batalla (que arriesguen todo lo que les queda) cuando yo no estoy en condiciones de luchar a su lado? Al menos no en las condiciones en las que debo estar.

Y, a pesar de todo, no tengo alternativa. Hemos llegado demasiado lejos, hemos quemado demasiados cartuchos, hemos perdido demasiado.

Tenemos que acabar con esto y, todavía no sé cómo, pero he de encontrar la forma de hacerlo; aunque no sea más que media gárgola.

Ese pensamiento me duele en el alma, e intento empujarlo hasta el fondo de mi mente; lo meto en la puñetera carpeta de «Mierdas con las que no tengo que lidiar hoy» y por el momento me centro en lo que puedo.

No soportaría perder a nadie más en este estadio, así que tenemos que salir de aquí ya, joder. Sin embargo, para conseguirlo, hemos de completar esta ronda. Aquí y ahora.

—Grace. —Hudson se agacha a mi lado—. Descansa, el resto nos encargamos.

Sé que tiene razón, sé que puedo confiar en que mis amigues hagan esto, lo sé. Pero eso es elegir el camino más fácil y, cuando vuelvo la cabeza para observar a la bestia que yace en el suelo, sé que no puedo hacerlo. No después de todo lo que ha pasado, y de lo mucho que hemos sufrido.

—Estoy bien —repito, y esta vez lo digo con más convicción. No es verdad..., ni por asomo estoy bien, vamos, ni por casualidad. Pero puedo hacer esto. Necesito hacer esto.

Me acerco a la bestia, cuyos peculiares ojos blancos no dejan de moverse, mientras esta sigue en el suelo, con el cuerpo destrozado tras la caída, pero viva. Y me pone enferma pensar en lo que va a pasar ahora, en lo que tengo que hacer. Lo cual es una tontería si tenemos en cuenta todo el daño que nos ha hecho hoy; ahora ya da igual, es lo que siento.

Aunque supongo que es bueno que me sienta así. La idea de acabar con una vida, por muy inhumana que sea esta, debería despertar una sensación de repulsa. Debería doler. Por eso mismo Hudson sufre tantísimo, por eso mismo se mortifica cada vez que usa su don. Porque la vida, da igual de quién sea, es un regalo valiosísimo. Y no quiero olvidarlo nunca.

—Y ¿ahora qué hacemos? —pregunta Macy mientras Hudson y ella caminan escoltándome. Noto que las lágrimas

le constriñen la voz y sé que debe de sentir lo mismo que yo.

—Creo que tenemos que acabar con esto —dice Calder—. Si no, no superaremos esta ronda. Y si no la superamos...

A la mantícora se le apaga la voz, pero sé perfectamente cómo acababa esa frase.

Si no superamos esta ronda, lo que hemos hecho habrá sido en vano.

Si no superamos esta ronda, Byron y Rafael habrán muerto en vano.

Si no superamos esta ronda, nunca saldremos de aquí. El estadio se cobrará nuestro fracaso con nuestras vidas.

Entonces la bestia intenta levantarse, impulsándose sobre las temblorosas patas. Pero le supone un esfuerzo demasiado grande y se desploma en el suelo. Se queda ahí tirada, esperando a que le hagamos lo mismo que ella les ha hecho a dos de nuestros seres queridos.

Esperando a que la matemos para salvar nuestra vida.

—Venga, acabemos de una vez —dice Hudson cogiendo uno de los pinchos que se han roto cuando la bestia ha caído al suelo.

Pero veo que a mi compañero también le pesa lo que debemos hacer: la obligación de tener que arrebatarle la vida a otra criatura, aunque esta vez no pueda usar sus poderes.

No puedo dejar que sea él quien lo haga. No, imposible. Ya se ha sacrificado demasiadas veces por nosotres, por mí, y no voy a permitir que se sacrifique una vez más.

Así que me interpongo entre él y la bestia y, poco a poco, con mucho cuidado, le quito el pincho de la mano. El

hombro me duele un montón tras la pérdida del ala, pero tengo fuerzas suficientes para hacer esto.

—Yo me encargo —le digo mientras me observa con una mirada seria y sombría.

—Grace, no...

—Yo me encargo —repito, y aunque siento que se me remueve todo por dentro, me vuelvo hacia la bestia.

Ahora me está observando, y sigue cada uno de mis movimientos con sus ojos blancos como la leche, mientras las lágrimas le caen por las mejillas, en una muestra evidente de sufrimiento. Se me revuelve el estómago, una y otra vez, y siento que está a punto de estallarme el corazón en el pecho.

«Tienes que hacerlo, Grace —pienso mientras me inclino hacia la bestia—. Si no lo haces, ¿cuántas personas más morirán a manos de Cyrus? Si no lo haces, todes tus amigues morirán aquí, en este estadio.»

No tengo alternativa.

Pero, cuando me agacho con el pincho en la mano, presencio que una de las lágrimas le cae a la criatura por el lateral del morro. Y recuerdo por qué hemos llegado hasta aquí. Por las Lágrimas de Eleos.

¿Este es el objetivo? ¿La criatura se llama Eleos? ¿Tenemos que infligirle dolor para conseguir sus lágrimas? Jadeo. ¿De verdad quieren que le provoquemos a esta criatura una agonía tan grande que podamos coger sus lágrimas y así acabar con el dolor de otra persona?

No puede ser. De verdad que no.

Y, si es así, yo no quiero formar parte de esto.

Otra lágrima le cae por la mejilla, y la bestia, aterrorizada, abre mucho los ojos cuando me acerco a ella. Empieza a respirar de forma superficial, entrecortada, en pequeños jadeos, y del fondo de la garganta le sube un débil sollozo, que se une a un gemido que emerge de mi pecho.

¿Qué ha hecho esta criatura para merecerse algo así? Si estuviese atrapada con un lobo en su guarida, ¿no lucharía contra mí con la misma intensidad para proteger su hogar? Y, tras haberlo derrotado y tenerlo en el suelo, a punto de morir, ¿disfrutaría ante la idea de arrebatarle la vida?

Me caigo de rodillas frente a la criatura, y Hudson me advierte:

—Grace, ve con cuidado, que todavía puede morderte.

Pero Hudson no ve lo que he visto yo en los ojos de la bestia. Derrota.

Y, mientras observo al monstruo, lo veo. Veo su verdadero yo: veo a la cruel, fea, horrible, espantosa bestia que es. Y comprendo que no es culpa suya.

No es culpa suya ser así.

No es culpa suya que lo único que sepa hacer sea mutilar y matar.

No es culpa suya que lleve encerrada mil años en este estadio, intentando sobrevivir mientras toda persona que cruza esas puertas quiere matarla. Ella no ha pedido todo esto.

Nada de esto es culpa suya.

Pero si la mato mientras yace aquí en el suelo, delante de mí, desvalida, entonces la culpa será toda mía.

Y es un pecado con el que no podré vivir.

Uno nunca se equivoca al elegir la piedad, y si la gente que dirige estas pruebas no lo entiende, bueno, jamás íbamos a salir de aquí de todas formas.

Suelto el pincho, que cae contra el suelo con un gran estrépito.

—No podemos matarla —musito, y cuando me vuelvo para observar a mis amigues, veo que han llegado a la misma conclusión que yo.

Ni siquiera Calder, a quien le encanta el sabor de las entrañas, puede condenar a esta bestia por hacer lo que le enseñaron a hacer.

Ni siquiera Jaxon, quien tanto ha perdido en este estadio, puede arrebatar una vida que no es necesario arrebatar.

Un instante después Eden y Remy también sueltan sus pinchos.

—Está sufriendo —dice Calder.

—Lo sé. —Y también sé que no podemos dejarla así, sufriendo—. No pasa nada —le susurro mientras le acaricio el cuello con la mano. Desde esta perspectiva es tan fea como desde cualquier otra, pero la belleza no determina nuestro valor. Solo hay que ver a Cyrus y Delilah.

La bestia se estremece bajo mi tacto, pero yo sigo diciéndole palabras tranquilizadoras mientras cierro los ojos y canalizo toda la energía de curación que puedo acumular de la tierra.

No funciona.

No sirve de nada, como tampoco ha servido de nada toda la magia que antes hemos utilizado contra la criatura.

Me quedo desolada. No puedo abandonarla aquí, sufriendo tantísimo. No puedo. No hay ser que se merezca

este sufrimiento.

—Lo siento —le digo, mientras me alejo para observarla mejor.

Y en ese mismo instante una idea se me viene a la mente: el arnés que lleva se parece un montón a esa especie de cinturón-arnés que llevaba Tess las dos veces que la vimos. Bueno, podría ser una mera coincidencia, pero...

Estiro la mano hacia la criatura y, con sumo cuidado, cojo uno de los pinchos que acabamos de soltar.

—Grace... —me llama Macy horrorizada.

—No pasa nada —le digo a la bestia, que empieza a temblar un poco más—. Yo cuidaré de ti.

Y entonces me inclino hacia delante y, con ayuda del pincho, rompo el arnés y libero a la criatura.

Macy suelta un grito de sorpresa, y luego inspira bien hondo.

—No pensaba que fueras a hacer eso.

Nos estamos quedando sin tiempo. Lo sé, así que no digo nada. En cambio, vuelvo a apoyar la mano en el cuello de la bestia y, de nuevo, intento curarla con la magia de la tierra, pero va muy despacio. Demasiado.

Se morirá antes de que pueda sanarla, y me pongo a llorar mientras apoyo una de las manos en la tierra, aferrándome al barro y la hierba, pero no basta. No puedo extraer la magia lo suficientemente rápido...

El tatuaje que tengo en el brazo empieza a llenarse y a brillar. Cada vez tengo más magia en el cuerpo, y giro la cabeza para ver de dónde estoy sacando toda esa energía.

Y, entonces, les veo. A mis amigues.

De une en une, se han desplegado y han apoyado el brazo en la persona que tienen al lado. Mekhi, Dawud, Flint, Jaxon, Eden, Calder, Remy y Macy. Mi prima coge de la mano a Hudson, quien ha posado la mano que le queda libre sobre mi hombro, insensible por el dolor. Me están ofreciendo su magia para salvar a la criatura.

Y nunca me han impresionado tanto todas estas personas, esta gente que he tenido la gran suerte de que haya entrado en mi vida. La familia que me ha encontrado.

Esta vez, cuando me vuelvo hacia la criatura, rebusco en mi interior y le canalizo tanta energía de curación como puedo.

A medida que le inunda la energía, le empieza a temblar todo el cuerpo; la magia le suelda los huesos rotos y le cura los órganos dañados.

Cuando acabo, cuando siento que ya no queda nada roto en su interior, retrocedo un par de pasos. Y el resto me imita.

Y ahora esperamos: a ver si la piedad que hemos mostrado nos salvará o supondrá nuestro fin.

149

Grandes sufrimientos, lágrimas y lamentos

Al principio no ocurre nada.

Las paredes no se mueven.

Las luces no se encienden.

La bestia no se pone en pie.

Nada.

No hemos completado la ronda, por lo que supongo que eso significa que no hemos conseguido el elixir. Aunque al mismo tiempo no nos hemos muerto. Conque ¿qué quiere decir eso?

¿Estamos encerrades aquí para siempre?

¿La bestia volverá a intentar matarnos?

¿Va a intentar matarnos otra cosa?

¿El qué?

La incertidumbre es la peor parte, los nervios me revuelven el estómago mientras esperamos durante largos y silenciosos segundos a lo que viene después.

—¿No debería reaparecer el cáliz? —pregunta Eden.

—No hemos acabado —le contesto.

—Lo sé, pero... —interviene Macy—. ¿Todo esto no ha valido para nada? ¿Rafael y Byron han muerto en vano?

Quiero decirle que no es así, pero no puedo. Por lo menos no hasta que descubramos qué va a pasar después.

Eden también parece afectada (joder, estoy segura de que todes lo estamos), pero aun así se dirige hacia mi prima y la envuelve en un abrazo.

—Y ¿si intentamos salir? —inquiere Flint. Está de pie junto a Jaxon y parece más indeciso que nunca. Como si no supiera qué hacer con el silencioso hombre de ojos hundidos que tiene a su lado.

Y lo comprendo. Ya he visto a Jaxon destrozado antes. Lo he visto callado, dolido y solo. Pero jamás de esta forma. Así de hecho polvo, así de devastado, así de perdido. Me recuerda a cómo me sentía cuando llegué al Katmere por primera vez y nada me apetece más que estrechar a este chico desolado entre los brazos y decirle que todo va a salir bien.

Le echo un vistazo a Hudson y me percato de que él siente lo mismo. Se encuentra al otro lado de Jaxon, rodeándole los hombros con un brazo a su hermanito pequeño, y me doy cuenta de que (al igual que antes) eso es lo único que mantiene a Jaxon en pie en estos momentos.

No es la primera vez que doy las gracias porque, a pesar de todo, poco a poco estén encontrando el camino para reconciliarse.

De repente los muros empiezan a dar vueltas y estoy a punto de caerme de bruces, aunque consigo mantener el equilibrio a duras penas. El pedestal con el cáliz vuelve a alzarse, pero vemos que sigue vacío. Entonces el estadio se

abre y suspiro de alivio. Puede que no hayamos conseguido lo que hemos venido a buscar, pero por lo menos nos dejarán marchar.

El público de las gradas se vuelve loco. Parece ser que no esperaban que saliéramos de esta con vida. Aunque, bueno, a fin de cuentas, yo tampoco estoy segura de que lo esperara.

Durante un instante pienso en Rafael y Byron y en que eso significa que vamos a tener que salir de aquí cargando con sus cuerpos. A mis espaldas Jaxon emite un sonido gutural y sé que tiene la misma sensación de fracaso que yo.

Pero antes de que pueda decirle nada, la puerta al final del pasillo se abre de golpe y Tess entra corriendo por ella.

No se parece nada a la mujer que conocimos en la tienda de caramelos. Esta Tess es un desastre. Tiene el maquillaje corrido, la melena despeinada y las lágrimas le surcan el rostro. Me preparo para alguna clase de ataque (después de todo, hemos fastidiado sus Pruebas), pero ni siquiera se percata de nuestra existencia.

En vez de eso, corre directa hacia la bestia y le rodea el cuello con los brazos.

—¡Mi pequeño! ¡Mi dulce niño!

Ahora llora con todas sus fuerzas, apoya la cara sobre la piel translúcida de la bestia y me siento fatal. Alguien amaba a este animal y yo he estado a punto de matarlo.

Aunque, a medida que Tess la abraza, la bestia empieza a temblar. Todo su cuerpo se sacude tantísimo que el suelo del estadio también empieza a vibrar. Y de repente comienza a encogerse.

Se le retraen las garras al interior de las patas, y después las patas también disminuyen de tamaño. El poderoso hocico se mete hacia dentro, hacia su cara, y sus orejas casi desaparecen. La piel translúcida adopta un brillo saludable a medida que su cuerpo continúa menguando.

Se encoge, se encoge y se encoge hasta que ya no existe una bestia, sino un niño pequeño. No tendrá más de cinco o seis años, con una lustrosa melena negra y unos enormes ojos de color violeta. Y Tess le cubre la cara de besos.

Jadeo, se me revuelve tanto el estómago que creo que voy a vomitar. No hemos estado a punto de matar a una bestia. Hemos estado a punto de matar a un niño.

—Qué fuerte —susurra Macy, pero no lo dice con perplejidad. Su voz desprende culpa. La misma culpa que me recorre el cuerpo en estos momentos.

Ajena a nuestra desazón, Tess coge al niño en brazos y lo abraza con fuerza.

—¡Aquí estás! —le dice mientras da vueltas, vueltas y vueltas—. ¡Madre mía, Alwin! ¡Por fin has vuelto!

—¡Mamá! —grita él como toda respuesta y le devuelve el abrazo con la misma fuerza.

Tess entierra el rostro en el cuello del niño y aspira su aroma mientras el resto los observamos. Y justo cuando decido que ya es hora de que nos vayamos, se da la vuelta y me mira con una enorme sonrisa en la cara. Todavía le corren las lágrimas por las mejillas, pero ahora mismo se aprecia una paz interior en ella que antes no mostraba. Está brillando, pero de verdad.

—Gracias —expresa, y sus ojos se encuentran con los nuestros—. Os agradezco muchísimo que me hayáis

devuelto a mi pequeño. Llevo esperándolo mil quinientos años.

«¿Mil quinientos años?» No sé si llegaré a acostumbrarme alguna vez a las esperanzas de vida paranormales. Me resulta impactante oír hablar a alguien de vivir más de un siglo.

—Gracias, Grace —dice y esta vez viene directa hacia mí con el niño colocado sobre las caderas—. Has salvado a mi hijo y es una deuda que nunca podré saldar.

Ante la felicidad de su voz y la alegría en el rostro de Alwin, la culpa me sobreviene. He estado a punto de matar a este niño y jamás lo habría sabido. Es un pensamiento horrible y un sentimiento incluso más horrible todavía.

—No pasa nada —afirma Tess y me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta—. Jamás podríais haberlo matado. Si le hubieras clavado ese pincho en el cuerpo, habrías desencadenado su inmortalidad y le habrías devuelto la salud al completo. Sin embargo, como has mostrado piedad, tú y tus amigos habéis llegado adonde nadie ha llegado antes. Habéis superado las Pruebas y habéis ganado las Lágrimas de Eleos. —Baja la mirada al niño que sostiene en brazos—. Y habéis liberado a mi hijo de la maldición con la que ha estado viviendo durante más de un milenio, y todo por mi culpa.

—¿Por tu culpa? —susurro.

—Maté al hijo de un dios hace mucho tiempo. Como no mostré piedad alguna con su hijo, al mío lo condenaron a vivir como la bestia más terrible que jamás ha existido, bajo la maldición de pelear, matar y volver a sufrir una y otra vez. Solo podría liberarse si alguien dejaba de pensar

únicamente en sí mismo, cosa que yo nunca hice, y de verdad veía más allá de su brutalidad hasta llegar al dolor y al miedo que escondía.

»Tú lo has conseguido, Grace, y ahora ambos somos libres. Gracias, gracias, un millón de gracias. —Tess señala con la cabeza al cáliz que se encuentra en el pedestal—. Y, como prometí, ahí tenéis vuestro premio. Usadlo con cabeza.

—¿Qué...? —comienza a preguntar Dawud, pero se detiene mientras analiza el cáliz—. Hay un líquido de color lavanda dentro.

—¿Cómo es posible?

Tess sonríe con dulzura.

—Cada lágrima que Grace ha derramado al ofrecerle piedad a mi hijo le ha arrebatado su inmortalidad para verterla dentro del cáliz. Esto ha permitido que mi pequeño por fin se deshaga de la bestia y vuelva a casa conmigo.

—Pero no son más que lágrimas —replico; sigo sin comprender cómo es que mi llanto se ha convertido en un elixir mágico que va a salvar al Ejército.

—Grace —interviene—. Crees que las lágrimas son débiles. Pero la verdadera fuerza reside en albergar tales sentimientos por otra persona, por tu enemigo. —Extiende la mano y me da un apretón en el brazo. Después guiña un ojo—. Por supuesto, eso no quiere decir que no debas darle a Cyrus una muy merecida lección.

Tess vuelve a mirar a su hijo. Se ha dormido en sus brazos, con la cabecita apoyada en su hombro. Están preciosos los dos juntos y no puedo evitar pensar en mi

propia madre. Y en lo que daría por poder envolverla entre mis brazos aunque fuera una vez más.

Como no quiero darle vueltas a ese dolor, me centro de nuevo en Tess y en Alwin.

—¿Qué vas a hacer ahora que sois libres? —pregunto.

Tess sonríe.

—Voy a colgar mis instrumentos de hacer caramelos para llevarme a mi hijo a dar la vuelta al mundo. Lleva encerrado en este estadio durante más tiempo del que nadie debería haberlo estado jamás; quiero que vea que el mundo es un lugar enorme y hermoso.

»Aposté todo lo que tenía a tu favor, Grace, y no me has decepcionado. Así que una vez más, gracias.

La sorpresa me atraviesa al oír sus palabras.

—Espera. ¿Has apostado por mí? Me dijiste que no teníamos posibilidades.

—Y es que cuando viniste por primera vez no las tenías. Sin embargo, la gente cambia, y sin duda tú lo has hecho. Has crecido mucho desde el día en que te conocí y aún te queda mucho por crecer.

»Pero ¿acaso no es ese el propósito de la vida? —Vuelve a bajar la vista a su hijo—. Ese es el regalo que quiero hacerle a Alwin, más que nada en el mundo. —Alarga el brazo que tiene libre y me da la mano—. Adiós, Grace. Tenemos que subirnos a un avión, pero os deseo a ti y a tus amigos fuerza, sabiduría y piedad en la batalla que os espera. Que los dioses estén de vuestra parte. —Le suena el móvil y sonríe—. Vienen a recogerme. Que tengáis una buena vida, y ni os acerquéis a los caramelos. Os pudrirán mucho más que los dientes.

Y con eso, se aparta la larga melena oscura del hombro y se lleva a su hijo fuera del estadio.

—Ya es nuestro —dice Macy emocionada mientras levanta el cáliz y me lo trae—. Es el elixir. Lo hemos conseguido. Ahora puedes salvar al Ejército.

Se me cae el alma a los pies y me doy la vuelta para mirar a Hudson. Sigue manteniendo a Jaxon en pie, pero me está mirando fijamente. Y me dedica ese gesto con la cabeza que quiere decir «tú puedes» y que ya tiene patentado.

No sé si tiene razón. No tengo la sensación de que pueda con esto. Ni por asomo.

Respiro hondo, la ansiedad me devora el estómago. Me aplasta el pecho. Hace que me suden las palmas de las manos y que me tiemble el cuerpo. Porque lo único que no me he permitido pensar ha sido lo que tendría que hacer después de que consiguiéramos hacernos con la victoria.

Pero ahora mismo no tenemos tiempo para que pierda los papeles. Ni de lejos.

Tengo que beberme el elixir por el que tanto hemos luchado, por el que tanto hemos perdido. Y después tengo que agarrar mi puñetero hilo esmeralda para conseguir que funcione. Hay demasiadas cosas que dependen de mí, no puedo fracasar.

Esta vez no.

Intento calmar a mi corazón galopante al recordarme que no tengo que enviar mi poder de semidiosa a través de los hilos de las gárgolas. Solo un elixir. Puedo hacerlo. ¿Verdad?

Parece que Hudson quiere venir a mi lado, pero niego con la cabeza. Tiene que estar con Jaxon. Yo puedo con esto.

Así que levanto el cáliz, miro a las profundidades del líquido lavanda, al fondo del recipiente. Y rezo para que, cuando me lo beba, no me convierta en una bestia de piel translúcida, garras óseas y tendencias homicidas.

Sé que Hudson dice que esto del vínculo de compañeros es para siempre, pero no estoy yo muy segura de si estaría dispuesto a vivir con el peligro constante de que lo atravesara con un pincho siempre que me tocara.

Creo que ya he dudado lo suficiente. Cuanto más tiempo me pase aquí mirando el cáliz, más razones voy a inventar para no tomármelo. Más que cualquier otro, es ese pensamiento el que me impele a alzarlo y beberme el elixir de un largo trago.

En cuanto me lo termino, bajo el cáliz y espero a sentir... algo. Calor, frío, electricidad, dolor, lo que sea.

Por desgracia, no siento nada. Parece como si hubiera bebido agua, solo que un poco más salada. Ha sido tan sencillo como respirar (siempre que no esté sufriendo un ataque de pánico).

Tiene que apreciarse la inquietud en mi rostro, porque de repente Hudson pregunta:

—¿Estás bien?

Y me doy cuenta de que todes me están mirando fijamente. Incluso Jaxon. Supongo que estarán intentando descifrar qué es lo que viene después. O quizá solo quieran asegurarse de que estoy bien.

Les sonrío y asiento, contengo las ganas de hacer un gesto que diga «estoy bien» con la mano, porque me parece que sería pasarse y se darían cuenta de lo nerviosísima que estoy.

Porque me está dando un ataque.

Pero que yo pierda los papeles no va a ayudar en nada y sin duda no va a salvar a nadie. Y en este momento tenemos mucha gente a la que salvar.

Además, soy la reina gárgola y la nieta de la diosa del caos. Ya va siendo hora de que me comporte como tal.

150

El problema de no dar la talla

Cuando Tess y Alwin se marchan, no nos queda nada que hacer salvo imitarlos.

—Tenemos que ir a por Byron y Rafael —le digo a Hudson en voz baja.

Pero mi compañero señala a Jaxon con la cabeza, quien está junto a los cuerpos de sus amigos.

—Dale un minuto —contesta.

Perder a Byron y a Rafael nos ha roto el corazón a todes, aunque ver a Jaxon sufrir por la muerte de sus amigos despierta en mí, y en el resto, un dolor muy diferente. Quiero ir a por él, decirle que al final todo acabará bien. Pero antes de que pueda dar un paso, Flint se acerca al vampiro y apoya una mano sobre el hombro de Jaxon.

Al principio Jaxon se pone tenso, pero entonces parece desmoronarse, como si todo su cuerpo se colapsara. Flint le rodea los hombros con el brazo y lo sujeta mientras Jaxon se rompe en pedazos.

Jaxon se apoya en Flint, quien soporta todo su peso, y si bien no estoy tan cerca de ellos como para escuchar lo que se están diciendo, puedo ver que, sea lo que sea, le sirve a Jaxon de consuelo.

La situación me ayuda muchísimo a olvidarme del comportamiento de mierda que ha mostrado Flint durante los últimos días. Y, cuando se agacha y recoge el cuerpo maltrecho de Byron como si fuera la cosa más valiosa del mundo, más se complica recriminarle nada.

Hudson se une a ellos, y recoge el cuerpo de Rafael para que Jaxon pueda recuperarse de sus heridas. Entonces los tres se dirigen a la salida del estadio, para que Remy pueda abrir un portal que nos sirva para llevar a casa a los miembros caídos de la Orden.

Mientras los veo alejarse, busco en mi interior el elixir, y de pronto siento cómo baña todos los hilos que tengo dentro de mí. Junto los miles y miles de finos hilos platino.

Pensaba que me costaría más, que tendría que usar mi poder para lograr extenderlo por todas las gárgolas del mundo. Pero no es así. El propio líquido lo está haciendo todo sin mi ayuda, y el elixir lavanda cubre todos los hilos y despacio, muy poco a poco, se filtra en ellos, gota a gota.

Yo ayudo un poco a acelerar el proceso, y empujo el líquido en cualquier diminuta abertura microscópica que veo en los hilos, y luego paso la mano por ellos una y otra vez hasta que todo el elixir ha desaparecido, hasta que todos los hilos han absorbido hasta la última gota.

Y entonces rozo suavemente el hilo esmeralda con la yema de los dedos, con la esperanza de que así se acelerará un poco el proceso de curación. Solo espero que,

cuando eso ocurra, pueda sentir el renacer del Ejército Gargólico.

El resto está discutiendo qué vamos a hacer ahora, mientras Flint y Hudson dejan los cuerpos en los montones de flores y ramas que Remy ha hecho aparecer. Se está haciendo tarde, en Alaska ya son las once de la noche pasadas, y el eclipse de la luna de sangre empieza a medianoche, así que no tenemos tiempo que perder. Pero primero debemos confirmar que las familias de Byron y Rafael reciben sus cuerpos para poder organizar un entierro decente en las próximas veinticuatro horas; además, también hemos de decidir cómo vamos a luchar contra Cyrus.

No sé si algune tiene la respuesta infalible a esa pregunta (sin contar con usar al Ejército Gargólico para darle una buena paliza), pero es necesario encontrar la respuesta a la de ya.

Porque, si no hacemos nada, nadie podrá frenar a Cyrus y la destrucción que tiene en mente, tanto para el mundo paranormal como para el humano. Hemos de actuar. Ya he perdido a demasiados seres queridos por culpa de este hombre (y el resto también), y eso se acaba aquí. Tenemos que detenerlo.

Mientras mis amigues barajan nuestras opciones, siento que uno de los finos hilos platino cobra vida en mi interior por primera vez. Me adentro en mis pensamientos, y susurro: «¿Hola? ¿Podéis oírme?».

Sé que Chastain y Alistair pueden hablar con el Ejército cuando les apetece, pero yo nunca he podido hacerlo. Espero que eso cambie ahora que por fin se han librado del

veneno y han dejado de estar congelados tras mil años en ese estado.

Otro de los hilos empieza a brillar, luego otro, y después otro, y otro, y otro. Pronto todo el grupo de hilos resplandece: miles y miles de hilos iluminan mi interior, y me dan esperanzas, esperanzas de verdad, de que vamos a poder con todo esto.

De que vamos a poder derrotar a Cyrus.

«¿Hola? —los llamo otra vez, porque todavía no he oído a nadie—. ¿Estáis ahí? ¿Estáis bien? ¿Podéis oírme?»

«No pueden oírte.» La voz de Chastain resuena alta y clara, y por un instante me siento tan aliviada que no proceso lo que me acaba de decir. Pero cuando entiendo su mensaje, me embarga la confusión, que empaña un poco la alegría del momento.

«¿Por qué no? Pensaba que, al ser la reina, podía comunicarme con todas las gárgolas...»

«Si te aceptan, sí —dice—. Pero no lo harán. Ya me estoy encargando yo de que así sea.»

Sus palabras me atraviesan el cuerpo como si fuesen flechas, y se cargan hasta la última gota de seguridad que había ganado en todo este asunto de ser la reina gárgola.

«No entiendo nada», susurro. Hay una parte de mí que se muere por dar media vuelta y echar a correr, pero estoy intentando evitar ese comportamiento. Me esfuerzo por enfrentarme a las adversidades con honestidad y tranquilidad, para poder decidir cómo solucionarlas.

Por favor, por favor, que haya forma de solucionarlo.

«Sé que no te caigo bien —le digo a Chastain—. Pero ¿de verdad tienes motivos para poner a mi gente en mi contra?»

«¿Tu gente?», contesta Chastain con desprecio, y de pronto ya no es solo una voz. Puedo verle de pie frente a mí.

—¿Te refieres a las personas a las que mentiste en la Corte para robarles y aprovecharte de ellas? ¿Esas personas?

—Eso no es así. Solo intentaba ayudar...

—Robándome el anillo que nos mantenía a salvo. —Levanta una ceja—. ¿O dando por hecho que éramos tan malas personas como para dejar que unos niños muriesen solo para salvarnos la vida? Grace, somos gárgolas, somos protectores. Eso es lo que somos, lo que siempre hemos sido.

»Y te sientes tan ajena a lo que significa ser una gárgola que ni siquiera se te pasó por la cabeza que quisiéramos ayudarte a ti y a esos niños. —Niega con la cabeza, y continúa—: Eres débil. Careces de disciplina. Y siempre tomas el camino fácil. Prefieres mentir y robar a decir la verdad y enfrentarte a las adversidades, como hace un líder. Así que no, no vamos a seguirte. Y no, no voy a permitir que hables con el Ejército. Estabas dispuesta a sacrificarnos a todas las gárgolas, así que ahora vamos a buscar otro camino, uno que esté bien lejos de una reina gárgola de pacotilla como tú.

Sus palabras me caen encima como golpes, y cada una es más dura y dolorosa que la anterior. No tengo ni idea de qué contestarle, ni idea de cómo defenderme o de cómo argumentar por qué debemos enfrentarnos a Cyrus.

Y, antes de que se me ocurra algo, Chastain sigue con su discurso:

—Ojalá te vaya bien madurando, Grace. Vivimos en un mundo complicado, que necesita a todas las gárgolas protectoras que pueda. Quizá, si descubres cómo buscar en tu interior y ves quién eres de verdad, encuentres el camino de vuelta a tu gente.

Y así, sin más, desaparece: su voz, su cuerpo, todo se desvanece en un abrir y cerrar de ojos.

No sé qué hacer. No sé qué decir. No sé cómo solucionar esto. ¿Cómo voy a hacerlo si Chastain acaba de afirmar que el problema soy yo?

He arrastrado a mis amigues hasta aquí con la promesa de que liberaríamos al Ejército y que las gárgolas lucharían de nuestro lado para derrotar a Cyrus para siempre. Xavier ha muerto. Luca ha muerto. Liam ha muerto. Byron ha muerto. Rafael ha muerto. Casi toda la Orden ha muerto, y creo que Mekhi está infectado. Flint ha perdido una pierna. Nuri ha perdido su corazón de dragón. Yo he perdido un ala. Y Hudson, mi fuerte y atormentado Hudson, casi pierde su alma. Y ¿todo eso por qué? ¿Por una reina de pacotilla con delirios de grandeza?

Es humillante. No, peor, es demoledor. Porque sin el Ejército no podemos terminar con esto. Siempre que nos hemos enfrentado a Cyrus hemos acabado perdiendo. No podemos volver a hacerlo. No puedo asumir la responsabilidad de que el resto luche (y muera) en una guerra que sé que no podemos ganar.

Me tiemblan las piernas y me desplomo sobre el suelo. Macy grita y Hudson se precipita a mi lado.

—¡Grace! —me grita con urgencia en la voz—. ¿Qué te pasa?

—La he cagado muchísimo —le digo mientras asimilo el verdadero y terrible significado de lo que acaba de pasar—. El Ejército ya no me seguirá.

—¿Cómo que no te van a seguir? —pregunta Eden—. Tienen que seguirte, no les queda otra. Eres su reina.

—Las cosas no van así. Chastain dice... —Me callo, demasiado avergonzada y acongojada como para contarles a mis amigues lo que me ha explicado, lo que piensa de mí... lo que todas las gárgolas piensan de mí. Aun así, tengo que decirles algo. Se lo debo después de haberles metido en este desastre—. Cree que soy demasiado débil, que no soy una buena líder. Que no tengo la fuerza suficiente para dirigir el Ejército.

—Ese capullo no tiene ni puta idea de nada —gruñe Hudson, y el resto coincide con él.

Pero me cuesta creerles con las palabras de Chastain resonando en mi cabeza.

—Pues a mí me parece que sí que tiene razón —susurro—. Solo hay que ver todos los errores que he cometido. Todas las personas que han muerto o que han sufrido daños irreversibles.

—Venga, ya empiezas otra vez —dice Calder apoyada sobre un poste—. Te crees que eres responsable de todo y de todo el mundo.

—Yo os he hecho venir...

—La verdad es que hemos venido por nuestro propio pie —espeta la mantícora—. ¿Te crees que eres la única que quiere darle una buena patada a Cyrus en sus viejas partes nobles? Además, no te seguimos porque creamos que eres

la mejor luchadora de la historia. —Después chasquea la lengua y añade—: Solo faltaría.

—Si bien no coincido con su forma de expresarse o la actitud que destilan sus palabras —declara Flint poniéndose en cuclillas a mi lado—, sí que es verdad que no te seguimos por tus capacidades combativas. A ver, que todo el mundo sabe que los dragones somos los mejores guerreros del mundo.

Remy suelta una carcajada de incredulidad mientras Eden añade:

—Joder, ya te digo.

—¿Esto se supone que tiene que animarme? —pregunto lamentándome, y las lágrimas que me niego a derramar empiezan a agolparse en mis ojos.

—Dame tiempo —me dice negando con la cabeza—. No te seguimos por tus dotes de guerrera. Te seguimos porque nos convences de que podemos hacer lo que sea. Sacas lo mejor del grupo, y nos haces querer ser mejores personas. Y eso es muchísimo más importante que ser capaz de matar a alguien con una espada.

—Y además así no se nos arruina el modelito —interviene Calder—. Son todo ventajas.

—Oye, pues tiene razón —señala Hudson, y el brillo que veo en sus ojos me indica que le importa una mierda lo que diga Calder. Me quiere, confía en mí y me seguirá adonde sea siempre que haga falta—. Venga, vámonos de aquí y vamos a hacer lo correcto.

La cordialidad de sus palabras y, además, su confianza en mí me llegan al corazón. Pero eso no quiere decir que pueda olvidarme de todo lo anterior.

—Sabes que, si lo hacemos, estaríamos cavando nuestra propia tumba.

No puedo evitar mirar a Byron y Rafael.

—O quizá estamos encontrando nuestra salvación —dice Remy—. Así que, ¿por qué no asegurarnos de que no han muerto en vano?

—No han muerto por tu culpa —me susurra Macy—. Han muerto por culpa de Cyrus. Y se merece pagar por lo que ha hecho... Por Luca, por Liam, por Byron, por Rafael, por Flint, por Nuri, por tus padres, por Xavier, por mi madre, por ti. Por todas esas personas a las que ha hecho daño.

Tiene razón. Sé que tiene razón. Igual que sé que hemos de detenerlo antes de que pueda hacerle daño (o destruir) a alguien más.

—Vale —contesto, y dejo que Hudson me levante del suelo mientras Remy abre dos portales para llevarles los cuerpos de Byron y Rafael a sus padres, donde deben estar —. Confiaré en que tenéis razón y que es lo que debemos hacer.

—Y nosotres confiaremos en ti —dice Macy.

Pero tengo que decir una cosa más.

—Mekhi..., ¿cuándo vas a contarle al resto que uno de esos asquerosos bichos de las Pruebas te ha infectado?

El silencio se adueña de todo el grupo y, de pronto, todo el mundo empieza a hablar a la vez.

—Enséñamelo —gruñe Jaxon, y el resto se calla.

—Que estoy bien, en serio... —contesta Mekhi con media sonrisa, pero Jaxon enarca una ceja hasta que su amigo suspira, se rinde y se levanta la camisa.

Yo suelto un grito ahogado. La infección se ha extendido, y la telaraña negra de tentáculos se ha ido expandiendo por todo el lateral de su abdomen.

—Tienes que irte con los cuerpos de Byron y Rafael —le urge Jaxon, y ya tiene el móvil en la mano—. Voy a enviar a los mejores sanadores a casa de tus padres.

Mekhi apoya la mano en la de Jaxon y le impide enviar el mensaje.

—Me voy a quedar, y voy a luchar junto a mi familia. Estoy bien y, cuando la situación cambie, ya te lo haré saber. —Jaxon quiere replicarle, pero Mekhi lo interrumpe—. Tengo tanto derecho como tú a luchar por mis hermanos caídos.

La angustia se adueña del rostro de Jaxon cuando este dice con voz entrecortada:

—No puedo perderte a ti también.

Mekhi se queda mirando a su mejor amigo y, poco a poco, una sonrisa se dibuja en su rostro.

—Pues entonces, no podemos cagarla. Y para no cagarla vas a necesitar a todos los aliados que puedas.

Tras un par de chistes entre amigos sobre si Mekhi es más de dar besos u hostias, Jaxon y Mekhi escoltan los cuerpos sin vida de Byron y Rafael a través del portal que ha abierto Remy, hasta la finca de los padres de Byron. El resto los esperamos haciendo un lúgubre minuto de silencio, y cuando vuelven ambos traen mucho peor aspecto del que tenían al marcharse.

Entonces Remy abre otro portal, pero este en dirección al Katmere; donde todo empezó..., donde está Cyrus. Yo doy un paso hacia el portal. Normalmente dejo que el resto pase

antes que yo, pero hoy no tengo ni idea de cuál será el comité de bienvenida que nos va a recibir. Sea lo que sea, yo me enfrentaré primero a ello.

—¿Estás lista? —me pregunta Hudson.

—No, pero vamos a por todas igualmente.

—Gran plan —dice Jaxon con la mejor sonrisa que puede esbozar—. Oye, Grace.

—Dime.

—¿Qué pasa cuando te enfrentas a un dinosaurio?

—¿En serio? —le pregunto, aunque no puedo reprimir una sonrisa—. ¿Es lo que quieres decirme ahora mismo?

—Pues sí —contesta.

—Vale, pues no tengo ni idea.

Entonces la sonrisa de Jaxon se extiende un poco más.

—Que te da una paliza jurásica.

—Ya, vale, pues entonces menos mal que vamos a enfrentarnos a un vampiro más viejo que la tos, ¿no?

—Exacto —confirma él.

Y al final resulta que un chiste tonto es justo lo que necesitaba para concentrarme. Así que inspiro hondo y atravieso el portal, consciente de que haya lo que haya al otro lado, mis amigues, mi familia, y yo nos enfrentaremos a ello en equipo.

151

Bajo la sangre de la luna

—Madre mía.

Me echo a temblar en cuanto salimos por el otro lado del portal, pero ¿cómo no iba a hacerlo? Estamos en la cima de una montaña que se alza sobre el Katmere, y bajo mi mirada se encuentran los escombros en los que se ha convertido el instituto que tanto he llegado a querer. Resulta desolador ver el hermoso castillo de ornamentadas almenas y ostentosas torres reducido a poco más que una pila de rocas. Y es más desolador aún darse cuenta de que podríamos perder mucho más antes de que acabe esta pelea.

Hudson me da la mano y señala con la cabeza el valle que se abre al otro lado de la cima.

Joder. No cabe duda de que Cyrus y su ejército han llegado. Miles y miles de paranormales se apelotonan en un claro que jamás había visto antes. Me doy cuenta de que es porque se encuentra al final del camino del árbol nudoso al que la Bestia me advirtió que no me acercara durante mi

primera semana en el Katmere. Pues menuda sorpresa que Cyrus haya ido derechito al lugar más espeluznante del instituto...

—¿Cuántos crees que hay? —susurra Macy mientras se inclina hacia delante para ver mejor.

—Miles —contesta Remy.

Al mismo tiempo que Hudson dice:

—Por lo menos diez mil.

«Demasiados», quiero añadir. No podemos enfrentarnos a tanta gente, no podemos ganar a tanta gente. Pero tenemos que ganar. No nos queda otra opción.

Bajo la mirada a la multitud y no puedo evitar pensar que la cantidad estimada por Hudson (por horrible que sea) puede haberse quedado corta. Hay muchos paranormales en el claro. Muchísimos. Creo que la mayoría son vampiros y lobos, pero también hay bastantes dragones y brujas.

«Firmes creyentes» que piensan que Cyrus los va a conducir a una nueva vida. Fanáticos que creen que los sacará de las sombras hasta la luz, donde afirma que deben estar: gobernando a los humanos.

No podría haber reunido a un ejército más peligroso. No están luchando porque teman la ira de Cyrus: están luchando por aquello en lo que creen.

Y eso los hace mil veces más terroríficos. Sobre todo si tenemos en cuenta que están aquí para ser testigos de cómo Cyrus se convierte en un dios. Para ver cómo los conduce a la victoria.

No puedo evitar preguntarme cuánto tiempo les llevará comprender que son solo medios para conseguir un fin. Que

a Cyrus no le importan lo más mínimo, que no le importa nada más que él mismo.

Lo único que ansía un hombre como él, lo único que anhela un hombre que se ha pasado toda la vida intentando acumular poder, es más poder. Y no le importa a quién tenga que pisotear, herir o matar para conseguirlo.

Sus propios hijos e hija son meros peones para procurarle aquello que tanto desea. Los dañará, torturará e incluso los destruirá si eso significa que obtendrá más poder. Más dinero. Más de todo. Y si está dispuesto a sacrificar a su propia familia en aras de su ambición, ¿qué narices le hace pensar a toda esta gente que no los sacrificará también a ellos? No lo entiendo.

Creo que nunca llegaré a entenderlo.

—No pensé que fuera a haber tantos —susurro mientras continuamos escudriñando la zona que nos rodea. Estamos a punto de meternos de lleno en un puto desastre. Y como no tengamos muchísimo cuidado, acabará en masacre.

—No sé muy bien qué quiere decir que los haya —murmura Mekhi y no puedo estar más de acuerdo con él. Es como si Cyrus esperara pelea. ¿Como si nos esperara?

—Delilah ha dicho que hay un altar si recorremos ese camino. —El miembro de la Orden señala hacia el camino junto al árbol enorme y nudoso—. Así que evitemos a la multitud y vayamos por el bosque que hay por detrás para llegar hasta él.

Todes asentimos y recorremos el bosque a hurtadillas tan rápido como podemos. Nos esforzamos por no hacer ningún ruido que alerte a los paranormales con oído sobrenatural. Nuestro objetivo es sonar como una manada de lobos o de

ciervos para no levantar sospechas, pero me parece que más bien sonamos como una manada de rinocerontes.

Lanzo un profundo suspiro de alivio cuando por fin llegamos al otro lado de la montaña, donde se abre un gran valle con una pradera por la que corre un pequeño arroyo. Y en el centro de dicha pradera hay...

—¿Qué cojones...? ¿Es Stonehenge o qué? —pregunta Eden, y le señalo en el gesto universal de «lo mismo digo».

Hudson estudia la estructura: un anillo de pilares de piedra y piedras angulares colocados de manera deliberada alrededor de otros doce pilares con forma de herradura que encaran un colosal altar de roca arenisca, todo sobre una plataforma de piedra gigante con tres escalones que suben hasta ella. Entonces contesta:

—Es similar, pero no exactamente igual. Además, las piedras de este no parecen estar rotas por ninguna parte.

Y tiene razón. Puede que esta estructura se haya construido hace cinco mil años, o puede que ayer. El puto Stonehenge... ¿Acaso puede ser más egocéntrico este hombre? Si no estuviera tan preocupada por si muere la gente que quiero, me haría gracia lo absurdo que es todo.

Y hablando del rey de Roma: Cyrus está completamente a la vista desde donde nos escondemos en la espesa arboleda y pongo los ojos en blanco. Se está paseando con una armadura en plena Alaska, como si fuera un caballero conquistador con delirios de realeza. Señala varias piedras y grita algo, pero estamos demasiado lejos para oírlo. Sin embargo, con cada una de sus órdenes las tropas se apresuran a mover unas placas enormes de metal y a

atarlas a las columnas de una en una. Sin duda está preparando el lugar para algo.

Delilah está a su lado, pero no lleva una armadura que repela la magia, al igual que Izzy, quien se apoya contra un pilar de piedra mientras se acicala las uñas. Se me encoge el corazón al ver a mi prima metida en medio de todo este desastre, todavía haciendo lo que esté en su mano para agradar a Cyrus.

Por suerte aún no nos ha descubierto nadie, lo cual parece increíble dada la apabullante cantidad de tropas que ha reunido. Abarrotan el campo; aparecen cada vez más por el camino que pasa junto al árbol y no puedo evitar preguntarme cómo vamos a conseguirlo.

Cómo vamos a evitar que Cyrus se convierta en el dios que siempre ha deseado ser, el dios que cree que debería ser, sin el Ejército o sin usar mi Corona. Todes somos fuertes por separado e incluso más si trabajamos en equipo. Pero ¿somos lo bastante fuertes para enfrentarnos a más de diez mil paranormales?

Eso es mucho pedir.

—Sí que deberíamos haber hecho uso de las brujas —susurro. Nos deben su apoyo, y al principio había pensado en pedirles ayuda para abrir portales y que las gárgolas llegaran a la batalla después de haberlas curado. A pesar de todo ello, resulta que el favor ha quedado en nada porque, en fin, las gárgolas no van a venir.

Y esto es así porque Chastain ha decidido que no soy digna de dirigir mi propio ejército.

Durante un instante fugaz me pregunto si está en lo cierto, a pesar de lo que digan mis amigues. Un verdadero

teniente habría analizado cada aspecto del plan de batalla, habría movido a sus tropas a sus posiciones antes de entablar batalla con el enemigo, y se habría asegurado por completo de que hubiera planes alternativos para sus planes alternativos.

Pero esa no es la forma en la que he manejado la situación desde que empezó todo este lío, para nada. Me he lanzado de cabeza a lo que viniera sin importar lo nefasta que fuera la situación; he hecho planes (a menudo malos) sobre la marcha y he rezado con todas mis fuerzas para que funcionaran. Y al final he recibido mi merecido.

No tengo ejército. Me he dejado a los únicos aliados que tengo desperdigados por el mundo sin hacer nada, mientras que mis amigues (amigues que ni siquiera merezco después del infierno que les he hecho pasar) están a punto de seguirme a una guerra sin ni siquiera un plan B.

Sí, vamos a morir.

—Aún podrían venir, Grace —me contesta entre susurros mi prima, como si pudiera leerme el pensamiento.

Niego con la cabeza. No ha escuchado el tremendo desprecio que rezumaba la voz de Chastain al pensar en unirse a mí en una batalla sin planificación alguna.

—No van a venir.

Le echo un vistazo a Hudson, intento adivinar qué está pensando. Pero en su rostro no hay expresión alguna, lo cual es un indicio seguro de que, sea lo que sea, no es bueno. Un vistazo al otro lado (donde se encuentran Remy y Jaxon) me revela más caras de póquer. Y resulta más que evidente que esto es una malísima idea.

Lo único que consigue que siga adelante cuando lo que quiero hacer es coger a mi grupo y salir pitando tan lejos de este lugar como podamos es el dolor de todo lo que hemos perdido, y el pavor que me da pensar en la cantidad de personas a las que acabará haciendo daño Cyrus por todo el mundo.

El único problema es que esta no es una pelea de la que podamos escapar. Si lo hacemos, ya habremos perdido. Al igual que el resto de la humanidad. No obstante, si nos quedamos, Chastain tendrá razón en algo..., vamos a necesitar un plan.

Le digo a mi grupo lo que se me acaba de ocurrir y se miran entre elles. Sin embargo, nadie dice nada.

—Cualquier plan —les urjo. Y esta vez miro a Hudson. Es la persona más inteligente que he conocido en toda mi vida. Seguro que tiene alguna idea de lo que deberíamos hacer, aunque todavía le esté dando vueltas.

Durante un instante no parece que vaya a decir nada. Pero entonces respira hondo, como si se estuviera preparando, y afirma:

—Creo que solo hay un plan que tenga sentido.

Y de repente todes sabemos a qué se refiere, aunque antes de que pueda decirle que ni de puta coña, Flint habla.

—No —anuncia—. Eso no es cosa tuya. —El dragón le sostiene la mirada a Hudson y puedo sentir cómo mi compañero se estremece a mi lado—. Soy un capullo por lo que te dije —continúa Flint—. Nadie debería sufrir lo que tú sufres para salvar a los demás. Cada une toma sus propias decisiones. Y Luca estaría avergonzado por cómo te he

tratado, cómo he menospreciado su decisión de luchar aquel día. Y su sacrificio. Lo siento, tío.

Hudson no responde nada, solo asiente con rapidez, pero yo sé que la disculpa de Flint le ha tocado la fibra sensible. Mira a todas partes excepto al enorme dragón, quien parece más que dispuesto a romper a llorar con él como se digne a hacer el más mínimo movimiento.

Y mira, tengo que decir que es una maravilla que, por una vez, no seamos solo Macy y yo las únicas a quienes les gusta pasar los malos tragos entre abrazos y lágrimas.

—¿Me estoy perdiendo algo? —pregunta Calder mientras juguetea con el pelo entre los dedos—. Me parece que Hudson está ocultándonos sus talentos y la verdad es que es algo que no le recomiendo a nadie.

La mirada que le lanza sugiere que estaría más que dispuesta a ayudarlo a sacar a la luz sus talentos, y cualquier otra cosa con la que se cruce.

Remy suelta una risilla a la par que dice:

—Hudson puede desintegrar a personas con la mente. Puede hacer que desaparezcan.

Calder se queda quieta y su preciosa cara adopta una expresión seria de la hostia.

—No puede hacer eso, Remy. —Deja de lado la tarea de juguetear con el pelo y su voz suena realmente alarmada—. Dile que no puede hacerlo.

Todes nos volvemos hacia Calder a la vez.

—¿Por qué? —pregunto—. A ver, todes tenemos nuestra opinión de por qué es una mala idea, pero ¿por qué piensas tú que no puede?

—Porque nadie debería librar las batallas de otros —explica, como si fuera la cosa más evidente del mundo. Cuando parece que seguimos sin pillarlo, añade—: El alma está hecha para cargar con el peso de una persona y ya. Si intentas cargar con más, se romperá. —Se atusa la melena como si estuviera a punto de hacerse el selfi más importante de su vida y se vuelve hacia Hudson—. Así que déjate de chorradas, ¿me oyes?

De paso, le lanza un guiño a Remy y me doy cuenta de que él no es tan distinto a Hudson en algunos aspectos. Me he devanado los sesos muchas veces acerca de cómo es posible que Remy pueda cargar con los destinos de todo el mundo en su cabeza sin intentar salvar a todas las personas que pueda, pero, con una sola frase, Calder nos ha dado una lección a todes.

Remy se inclina y estrecha a Calder contra su cuerpo con un abrazo de oso.

—Joder, cómo te quiero —dice con brusquedad, y ella acepta su abrazo durante un segundo, puede que dos, y después lo aparta de un empujón mientras se queja de que va a despeinarla. Pero cuando él se vuelve hacia Hudson, mira a Remy como si fuera su sol y yo sonrío. Puede que nuestra Calder esté pillada de su mejor amigo.

—Vale, pues estamos de acuerdo en que no vamos a sacar nuestra arma nuclear a no ser que no nos quede otra, ¿verdad? —pregunto mientras miro a los ojos a cada persona del grupo. Se me llena el corazón cuando une a une asienten y le dan un toquecito a Hudson en la espalda. Como respuesta, los ojos de mi compañero adquieren un

aspecto sospechosamente vidrioso, así que le doy un apretón en la mano—. ¿Alguna otra opción?

—Yo voto por ir directes a por el capullo y quitárnoslo de en medio —sugiere Jaxon—. Podría aplastarle yo mismo el corazón con la telequinesis si me acerco un poco más.

—Por muy emocionante que me parezca esa imagen —Hudson interviene con una risilla—, ¿acaso no te has dado cuenta de la armadura que luce nuestro anciano y querido padre?

Jaxon enarca una ceja ante la pregunta de su hermano.

Hudson pone los ojos en blanco.

—Es del mismo metal que las mazmorras. Así que supongo que habrá hecho que el Herrero le fabrique una armadura que repele la magia.

—Sin ofender, pero vuestro padre es un cobarde de cojones —murmura Flint.

—¿Ofender? —dice Hudson con marcado acento—. Estoy bastante seguro de que es lo más bonito que se puede decir de él.

El resto farfullamos para mostrar que estamos de acuerdo.

—Eso no funcionaría ni aunque no llevara la armadura —cuenta Remy.

—¿Qué quieres decir? —empieza a preguntar Macy, pero él se limita a señalar con un gestito de la barbilla el claro que hay más abajo. Extiende una mano hacia el peculiar altar de roca de Cyrus con la palma hacia arriba. Después la hace girar y su magia nos permite ver algo que antes no podíamos ver.

Hay una especie de campo de fuerza extraño que lo rodea a él y a toda la estructura de piedra. Está hecho de millones de hilos de luz blanca que forman una cúpula sobre la plataforma y los pilares, y no tengo duda alguna de que chamuscará a cualquiera que se acerque a él. Y conectadas a esa cúpula, a unos noventa metros de distancia, se abren otras tres cúpulas mucho más pequeñas. Cientos de los seguidores de Cyrus circunvalan la cúpula grande y los soldados protegen a las masas colocados en un círculo mucho más amplio a su alrededor. Dentro de las cúpulas de menor tamaño hay una bruja colocada en el centro que dirige poder al círculo de piedra donde se encuentra Cyrus, mientras otras cincuenta brujas la rodean con las manos estiradas.

—Es posible —explica Remy— que todas esas brujas estén mandándoles poder a las cúpulas que rodean a la bruja del centro, quien a su vez le está enviando más poder a la cúpula de Cyrus.

—Porque esto no era lo bastante complicado —se queja Eden—. Ahora resulta que el muy capullo tiene su propio campo de fuerza. Me cago en todo.

Normalmente Eden está dispuesta a todo, y la expresión exasperada de su rostro hace que consulte al resto del grupo para intentar adivinar qué opinan.

La respuesta es que nada bueno. Flint aprieta la mandíbula como lo hace solo cuando está muy disgustado. La cicatriz de Jaxon contrasta con su piel, un indicio seguro de que está rechinando los dientes. E incluso Dawud ha dejado de admirar a Calder para mirar fijamente el suelo contra el que arrastra los pies de forma nerviosa.

Mis amigues están comenzando a percatarse de lo desesperada que es la situación y no les culpo. Por millonésima vez me pregunto si estaremos haciendo lo correcto. Pero después vislumbro a Hudson y en sus ojos aprecio una intensidad que reconocería donde fuera. Tiene una idea, como siempre, y no puedo evitar preguntarme por qué no le he hecho más caso. Es la leche, y siempre va como dieciséis pasos por delante. Solo necesito saber cuáles son esos dieciséis pasos.

Intuyo que no es el único a quien debería pedirle consejo. Cuando contemplo a cada une de mis amigues, me doy cuenta de que todes aportamos algo especial y de que necesito apoyarme más en eso. Puede que no tengamos una armadura que repela la magia ni un ejército de diez mil efectivos, pero tampoco estamos indefenses. Si trabajamos en equipo, podemos hacer cosas impresionantes.

Y creo que todo el mundo necesita un recordatorio..., incluso yo.

—Tenemos que aprovechar nuestras virtudes —les digo.

—Pues tú dirás —contesta Calder mientras bate sus pestañas absurdamente largas—. ¿Cuáles son esas virtudes, aparte de estar como un tren?

Nos reímos, pero yo voy en serio.

—Hudson, tú eres el cerebro del equipo, lo cual quiere decir que serás quien urda un plan.

Hudson enarca las cejas, pero su pecho está henchido de orgullo.

—Oye —empieza a reprochar Jaxon, pero no tenemos tiempo para eso, así que continúo con prisas.

—Jaxon y Flint, vosotros sois el músculo.

Lo que hace que se le deshinche el pecho a Hudson, y ahora es él quien empieza a replicar, pero me limito a darle unos golpecitos en el hombro.

—Tú eres el músculo de reserva, cariño, pero necesitamos más tu inteligencia. —Me vuelvo hacia Macy y Remy—. Sois el factor de distracción, vuestros conjuros y pociones pueden desorientar y ralentizar. —Ahora miro a Eden—. Tú eres la divisora. Eres rápida y tu hielo puede crear muros que separen a grupos los unos de los otros, lo cual hará que sea más sencillo derrotarlos.

Me vuelvo hacia la izquierda y continúo.

—Dawud, Calder y Mekhi, sois el equipo de limpieza. Jaxon y Flint se encargan de abrir paso, vosotres os encargáis de los rezagados. —Bajo la mirada hacia mis manos—. Y yo, bueno, yo...

No sé lo que soy. Ya no puedo volar. Y tampoco es que se me dé especialmente bien el combate cuerpo a cuerpo. Mi magia gargólica está más bien pensada para curar que para luchar. No quiero decir que no pueda aportar algo en la lucha, es solo que no sé si es algo especial.

Hudson extiende una mano y me levanta la barbilla con un dedo, hasta que me aguanta la mirada con sus insondables y profundos ojos azules.

—Tú eres nuestro corazón, Grace —dice y se me saltan las lágrimas.

Intento esconderlas entre parpadeos, pero cuando cada une de mis amigues se inclina hacia delante y coloca una mano sobre la mía, cada vez brotan más.

Sollozo.

—Joder, gente, se supone que tendríamos que estar peleando, no llorando.

Todes se ríen, tal y como quería, y me enjugo las lágrimas de los ojos y las mejillas. No sé qué habré hecho en la vida para merecerme a estas personas, si bien todos los días le doy las gracias al universo por tener la familia más maravillosa del mundo.

Busco la mirada de Hudson.

—Bueno, tienes un plan, ¿verdad?

—Pues claro —contesta—. Pero no es una maravilla. Nos superan con creces y... —Le echa una mirada a su reloj—. Casi no nos queda tiempo. —La verdad: es muy probable que vayamos a morir, pero esto al menos nos concederá una oportunidad.

—Vaya tela —farfulla Flint—. Por esto mismo tiene que ser Grace la que dé todos los discursos motivacionales.

—Sí —confirma Calder—. Creo que preferiría ir a hacerme las uñas. ¿Hay algún salón por aquí?

Suelto una risilla.

—Bueno, escuchemos ese plan en el que morimos todes.

152

Plan A, plan B,
plan Cementerio-allá-vamos

—Primero tenemos que derribar el campo de fuerza que rodea el altar ese de piedra —dice Hudson, y con la mano señala el círculo de pilares de piedras que hay en el centro del campo—, o lo que sea eso de ahí.

—Stonehenge —propone Macy—, llamémoslo Stonehenge.

—Vale, pues mini-Stonehenge —contesta Hudson riéndose entre dientes—. Estoy casi completamente seguro de que esos círculos de piedra son una especie de máquina que necesita una piedra divina para poder funcionar durante el eclipse lunar. Sabemos que falta una hora para el eclipse, que empezará a medianoche —Hudson saca el móvil de la mochila, toca dos veces la pantalla y asiente—, y acabará sobre las dos de la madrugada. Eso le proporciona a Cyrus poco más de dos horas para usar la piedra divina antes de que termine el eclipse lunar.

—Dos horas —repite Mekhi, después de soltar un silbido.

—Ya, esa es la parte mala del plan —indica mi compañero asintiendo.

—Entonces ¿hay parte buena? —pregunta Flint con una ceja levantada.

—Podría decirse que sí —responde Hudson—. Como el Ejército Gargólico ya no está congelado, Cyrus ha recuperado su mortalidad.

Flint y Mekhi chocan un puño, pero Hudson les corta el rollo enseguida.

—Pero claro, como el Ejército ya no está congelado, lo más probable es que también haya recuperado su don. Un don que jamás le hemos visto usar, así que es un factor impredecible.

—Pues menuda mierda —refunfuña Flint.

—La Sangradora nos dijo que en principio poseía la habilidad de canalizar energía, ¿no? —quiero saber.

Hudson asiente, y añade:

—Supongo que podrá aprovechar los rayos, cosa que podría resultar más que engorroso para nuestros dragones. —Mira a Eden y Flint, para asegurarse de que entienden lo que está explicando—. Tampoco me sorprendería ver que puede hacer más cosas con ese don, así que estad alerta.

Ambos asienten, e intercambian una mirada nerviosa. Sé en qué están pensando ahora mismo. Si por casualidad un rayo les da en una de las alas, el daño sería irreparable. Se me cae el alma a los pies solo de acordarme del ala que me falta, pero me aguanto y hago a un lado esos pensamientos. Ya tendremos tiempo de lamentar y llorar todas nuestras pérdidas..., espero.

Hudson continúa con sus explicaciones:

—Sus esbirros están acoplando placas de metal a los pilares de piedras, así que... creo que necesita algo más que la piedra divina para activar la máquina. Necesita energía.

—¿Los rayos? —pregunto, y mi compañero asiente.

—Es la opción más lógica, sí.

Me flipa lo de que Cyrus sea mortal otra vez, pero, la verdad, no me parece que el resto puedan considerarse buenas noticias para nuestro bando...

—¿Qué has planeado?

Hudson se vuelve hacia Remy.

—Tú puedes atravesar la magia de cincuenta brujas, ¿no?

—Sí —contesta Remy, y parece un poco avergonzado.

—¿De cincuenta, en serio? —señala Macy, y el resto lo observamos con las cejas casi rozando el nacimiento del pelo.

—Bueno, va a costarme un poco bastante —dice, encogiéndose de hombros. Entonces se vuelve hacia Hudson y añade—: Pero acabaré destrozado si tengo que encargarme de las tres cúpulas.

Hudson se queda un momento pensando, y dice:

—Vale, con la primera de las cúpulas vamos a contar con el factor sorpresa. Los dragones abrirán un camino alrededor de la cúpula y levantarán un muro de hielo para aislarlo. Entonces Remy abrirá un portal hasta allí y atravesará la cúpula. Nos encargaremos de las brujas, cosa que no debería ser muy difícil, teniendo en cuenta que han estado usando sus fuerzas para crear su cúpula y la de Cyrus. Eso es lo bueno.

—No sé si quiero saber lo malo —pregunta Jaxon, y no podría coincidir más con él.

Hudson nos mira a la cara, a todes.

—Solo tendremos el factor sorpresa con la primera cúpula. Pero no con la segunda. No permitirán que los dragones la aíslen. Además, las tropas que protejan la primera cúpula correrán a reforzar las defensas de la segunda.

—¿Tendremos que enfrentarnos al doble de enemigos? —bromea Mekhi, y niega con la cabeza—. Me está empezando a parecer un pelín imposible, la verdad.

—Ya, yo tampoco le veo mucho el sentido a todo esto —dice Jaxon, y parece preocupado.

—Bueno, en realidad no vamos a ir a por la segunda cúpula —explica Hudson, con una media sonrisa—. Los dragones fingirán que es nuestro próximo objetivo. Entonces el ejército de Cyrus se desplazará para asegurar la segunda cúpula y, en cambio, nosotres atacaremos la tercera. Eden levantará un muro para impedir que las tropas reculen, pero aun así... No tendremos mucho tiempo. Debemos atravesar la tercera cúpula y eliminar a las brujas antes de que los soldados de Cyrus puedan rodearnos.

—Ah, o sea que ¿vamos a luchar con todo el puto ejército cuando intentemos tomar la tercera cúpula? —masculla Flint—. Tío, a mí me da que solo estamos retrasando lo de que nos maten y eso.

—Bueno, tendrías razón si, y solo si, de verdad nuestro objetivo fuese la tercera cúpula... —Hudson se cruza de brazos, y apoya todo el peso en los talones—. Vosotros, los dragones, les haréis creer, otra vez, que vamos a atacar la tercera cúpula, pero Remy abrirá un portal y nos transportará al ahora desprotegido costado de la cúpula

más grande, y esa será la que él atravesará. Para entonces ya debería estar más desprotegida que la tercera, dado que las brujas utilizarán una parte de su poder para fortalecer su propia barrera de protección.

—Una duda... ¿las brujas no van a reconstruir la cúpula en cuanto la derribemos? —pregunto. A ver, que no tengo ni idea de cómo funcionan las cúpulas estas de las brujas, hasta ahora ni siquiera sabía que existían, aunque algo en mi cabeza me dice que las brujas deberían poder reconstruirlas sin mayor problema.

Entonces, ante mi pregunta, Hudson esboza una sonrisa que le ocupa todo el rostro.

—Podría preocuparnos, pero no. Porque en cuanto Remy atraviese la cúpula más grande, voy a desintegrar la máquina. Sin máquina, no habrá dios Cyrus.

—Me encantaría poder pasar del dios Cyrus, la verdad —coincido.

—¿Qué te parece, Remy? —pregunta Hudson—. ¿Podrás hacerlo?

Remy se toma un momento para pensar antes de contestarle.

—Si conseguís que me acerque lo suficiente, creo que sí. Aunque tengo que estar tocando la cúpula cuando lo haga.

—La tocarás, no te preocupes por eso —afirma Jaxon, y el resto asentimos.

—¿Eso significa que vamos a cargarnos a Cyrus de verdad? —pregunta Eden.

—Buena pregunta. Por lo que decís no es que este plan vaya a acabar con Cyrus entre rejas —interviene Dawud.

—Bueno, eso depende de si podemos librarnos de su armadura antes de que nos ataquen sus soldados. No creo que tengamos muchas probabilidades de sobrevivir si nos enfrentamos a las diez mil tropas de mi padre, así que más vale prevenir que curar y tal. En mi opinión, que Cyrus use la piedra divina es el peligro más inminente ahora mismo. ¿Tú qué opinas, Grace?

Todo el mundo se vuelve para mirarme, como si yo tuviese la última palabra. Y he de decir que es una sensación terrible tener que plantearte si envías a tus mejores amigues a una batalla de la que no todes, o ningune, volverán. Pero ¿cómo vamos a quedarnos de brazos cruzados? Así que voy con la verdad por delante.

—Es un buen plan, y creo que es nuestra mejor opción. No tenemos las de ganar, pero es mejor esto que tener que enfrentarnos en cualquier momento a la versión divina de Cyrus.

—Mirad, si hemos de luchar contra su ejército, no vamos a ganar —dice Hudson—. Somos diez, y ellos son diez mil, igual hasta más si han pedido refuerzos. En vez de luchar contra una fuerza inconmensurable, evitémoslo y enfrentémonos a un solo vampiro ególatra.

—No os pongáis nervioses. ¡Vamos a morir! —dice Remy entre risas.

—*¿Shrek?* —pregunta Flint, y Remy le choca el puño.

La conversación deriva en una discusión sobre lo infravalorada que está la segunda película de la saga, que es una obra de arte, y yo me alejo un poco hacia un costado para observar mejor el ajetreo que hay debajo.

Aunque creo que el plan de Hudson es la mejor de nuestras opciones..., de poco nos sirve eso si podemos contar las probabilidades de sobrevivir con los dedos de una mano.

153

Si los deseos fueran montañas rusas, las gárgolas se montarían

A nuestros pies la muchedumbre empieza a corear y hay algo en esa adoración ciega que hace que se me revuelva el estómago. Pero tener un ataque de pánico ahora no es una opción, o eso me digo a mí misma mientras respiro hondo varias veces e intento nombrar diez cosas que tenga a la vista. Sin embargo, todo lo que veo da un miedo de la hostia, así que creo que no es el ejercicio de *mindfulness* más indicado para este momento.

—Oye —me llama Hudson y de repente su cara está pegada a la mía. Sé que es porque se ha percatado de mi ansiedad, pero eso solo me hace sentir peor. Un signo más de que soy más débil de lo que me gustaría—. Lo tenemos controlado —asegura.

Asiento, porque ¿qué le voy a decir si no? ¿«Ni de broma»?

Aun así, esto es la guerra y las cosas salen mal.

—¿Y si ocurre algo? ¿Y si yo...?

—No lo harás —contesta y sus ojos refulgen de un azul salvaje—. Pero si algo llegara a ocurrir, yo me encargo. Y me encargaré de ellos.

Se refiere a que usará su poder una vez más. Lo veo en la tensión de su mandíbula, en la forma en que se cuadra de hombros.

—No tienes que hacerlo. No puedes…

—Yo me encargo —repite, y no me cabe duda de que va en serio. Que pase lo que pase, él será mi roca.

Ese pensamiento me desenreda los nudos del estómago, hace que sea un millón de veces más sencillo respirar. Y aceptar lo que sea que venga ahora.

Y de repente todo el mundo se apelotona a mi alrededor, ponen verde a Cyrus y planean cómo celebraremos la victoria. Yo sé tan bien como el resto que es una chorrada, que es muy probable que cuando esto acabe no tengamos ganas de celebraciones (si es que queda algune de nosotres para celebrar), pero planearlo sienta bien. Como si pronunciárselo al universo nos concediera la oportunidad de convertirlo en realidad.

Y necesito esa oportunidad. Todes. Sin ella, jamás podré hacer lo que hay que hacer; sobre todo porque me aterroriza que esta vaya a ser la última vez que me toca Hudson.

—Oye —susurra y busca mi mano.

—Oye, tú —le contesto.

Pasa un dedo por nuestro anillo de compromiso y me pregunta:

—¿Ya sabes qué es?

Pongo los ojos en blanco, aunque dibujo una sonrisa afectuosa en el rostro. Porque sé que está intentando calmarme.

—Pues sí —le cuento totalmente convencida, solo para verlo abrir los ojos como platos por la sorpresa—. Me prometiste subirte a todas las montañas rusas de Disneyland conmigo, incluso las que dan miedo.

—¿Hudson en una montaña rusa? —se burla Jaxon—. Yo que tú me lo pensaría dos veces. Es de los que gritan.

—Lo que yo creo es que Hudson *es* la montaña rusa —anuncia Calder mientras se lame un poco los labios hambrienta.

—Vale, y después de ese comentario —añade Remy mientras mueve de arriba abajo las cejas—, creo que es hora de que empiece el espectáculo.

Y después me mira. Todes me miran, lo que no es en absoluto desconcertante.

—Mmm, ¿necesitáis algo más?

—Estoy bastante segure de que es tu momento —explica Dawud después de aclararse la garganta.

—¿Mi momento? —Ahora estoy todavía más confundida.

—No sé al resto —interviene Flint—, pero a mí me vendría de perlas uno de tus discursos motivacionales ahora mismo.

—Puede que incluso dos —dice Eden entre dientes.

Y..., mierda. Es que..., joder. Si tenemos en cuenta que estoy de parte de Hudson y de su actitud de «todes vamos a morir», no es que tenga un discurso motivacional en la punta de la lengua.

Pero aun así me están mirando todes, incluso Remy y Calder, como si esperaran que las perlas de sabiduría

manaran de mis labios. Suspiro, me devano los sesos para encontrar algo que decir, lo que sea.

Al fin me viene una chispa de idea a la cabeza y pienso: ¿qué es lo peor que podría pasar? ¿Que salgan corriendo en dirección contraria? Pues resulta que no me importaría. Me vendría bien dormir a pierna suelta y hacerme la pedicura, así que...

Le echo un vistazo a Hudson y asiente para darme ánimos, y yo aprovecho para aclararme la garganta. Respiro hondo. Me vuelvo a aclarar la garganta. Y comienzo.

—Sé que ya hemos hecho esto muchas veces, equipo. Sé que ha sido difícil. Sin embargo, nos queda una batalla por delante, así que yo digo que vayamos a por todas. Que nos plantemos ante las narices de Cyrus con todo lo que tenemos y que se lo coma. De esa forma, aunque muramos sabremos que lo hemos dado todo, y que al menos habremos muerto por algo en lo que creemos.

»Cuando las cosas vayan bien —continúo y me doy cuenta de que todes asienten ante mis palabras—. Cuando las cosas vayan bien, podremos volver a usar nuestros poderes para salir a volar a medianoche y ver la aurora boreal, para hacer que los demás muerdan el polvo en el campo del Ludares. Ahora, por el momento, debemos actuar como tigres.

Jaxon enarca una ceja como si quisiera decir «¿En serio, tigres?», e incluso Dawud parece poco impresionade ante la idea de que le compare con un gran felino, así que cambio a algo que dé más miedo. Pero es complicado cuando estoy rodeada por los monstruos más grandes y flipantes del planeta. Aun así, necesito algo, así que lo intento.

—No, como tigres, no. Como velocirraptores.

—Hala, qué pasada —declara Flint y apoya todo su peso en los pulpejos de los pies, metiéndose de lleno en el discurso.

—Y que lo digas —corrobora Mekhi—. Esa peli me dio miedo.

—Ya ves. —Dawud levanta el puño hacia Mekhi para que le choque los nudillos.

—Sí, seremos como el dinosaurio ese, el *Indominus rex*...

—¿Ese cuál es? —susurra Macy.

—El de la peli nueva —contesta Dawud.

—Ah, es que no la he visto —confiesa ella—. Igual podemos verla cuando acabemos con esto. —Levanto la voz para redirigir su atención hacia mí—. Le mostraremos a Cyrus nuestro poder y nuestra furia, nada más. Les daremos a nuestros ojos el brillo de la sed de sangre y nuestro ceño sobresaldrá como los acantilados por encima del océano devastador y bárbaro.

Macy parece un poco traumatizada mientras se lleva las manos a las cejas para asegurarse de que siguen tan lisas como siempre, pero Eden lo está viviendo a tope. Tiene los puños apretados, la mandíbula tensa y parece que esté lista para arrancarle la cabeza a cualquier vampiro que se le acerque.

—Bien, apretad la mandíbula y respirad hondo. Recurrid al desenfreno más salvaje que haya en vuestro interior y dejad que fluya por todas vuestras células para alcanzar vuestro máximo poder.

Calder ruge y se tiene que tomar mis palabras al pie de la letra, porque instantes después se ha convertido en

mantícora y su cola de escorpión se riza de forma peligrosa.

—Lleváis la sangre de la grandeza —continúo para después añadir—: Bueno, excepto Jaxon y Hudson. —Lo que hace que todo el mundo asienta, incluso ellos—. De padres que libraron esta batalla en el pasado, igual que nosotres ahora, y no los deshonraremos, pues tomaremos su testigo. Demostraremos que somos dignes de los poderes que nos han otorgado y las familias de las que descendemos. Aquí no hay nadie por quien no fluya la magia antigua y esta noche, en este campo, en este momento, vamos a desatarla. Y estoy segura de que ganaremos.

—¡Di que sí! —ruge Flint agitando los puños—. ¡Nosotres podemos!

—¡Joder, ya te digo! —grita Jaxon.

Todes están motivadísimes y cuando se dan palmaditas les unes a les otres en la espalda y se dirigen al borde del acantilado, Hudson me mira con una ceja enarcada y susurra:

—*¿Enrique V?*

Me encojo de hombros y sonrío un poco porque mi compañero me ha pillado.

—No se me ocurría nada. Además, ¿quién va a hablar mejor que Shakespeare?

Se limita a negar con la cabeza entre risas.

—¡A por todas! —exclama Eden antes de transformarse en dragona. Se aleja unos cuantos pasos y después mira a Jaxon y a Flint como si quisiera decir: «¿Está listo el apoyo aéreo?».

Flint asiente y a continuación todo el mundo se vuelve hacia Jaxon, quien parece diminuto al lado de Eden en su

forma de dragona.

—¿Crees que podrás seguirles el ritmo volando con tu telequinesis? —le pregunta Hudson—. Los dragones son rápidos.

—Ahí le has dado —afirma Flint, lo cual hace que Jaxon entrecierre los ojos.

—Ah, creo que me las apañaré —contesta.

Y de repente, de la nada, se envuelve en un resplandor de colores brillantes y delante de nuestras narices cambia de vampiro a un dragón de un precioso color dorado ambarino.

154

Imagine Dragons

—¡Me cago en la puta! —Hudson abre los ojos como platos y se vuelve hacia Flint—. ¿Sabías que podía hacer eso?

—¿Me estás preguntando si sabía que ahora es una especie de híbrido de vampiro y dragón? —La mirada que le lanza a Hudson bien podría traducirse como un «¿Estás de coña?»—. Ah, sí, claro, obvio que lo sabía. ¿Tú no?

Jaxon, que todavía posee un aspecto sombrío y melancólico en su forma de dragón, mira fijamente a Flint. Pero, cuando va a soltar su gruñido patentado (o lo más parecido a un gruñido que puede soltar siendo un dragón), lanza una pequeña llamarada que casi le calcina las cejas a Flint.

—¡Joder! —exclama este, y se echa hacia atrás con un bote de casi metro y medio de altura.

Jaxon esboza una sonrisilla y, al verlo, cualquiera podría darse cuenta de que, hasta en su forma dragontina, tiene los incisivos más largos que Flint o Eden.

Es un híbrido de dragón y vampiro muy raro, la verdad es que sí.

—¿No crees que tendrías que habérnoslo comentado? —dice Flint, y se pasa una mano recelosa por las cejas.

Esta vez Jaxon ni siquiera se molesta en gruñir. Lo observa con una mirada en el rostro que podría acompañar a la pregunta: «¿Por qué no me preguntaste?».

Una pregunta a la que evidentemente Flint no puede responder, porque se pone a farfullar mientras Macy sonríe como loca, pasando la mirada de uno a otro.

Hudson me mira como diciendo: «¡La hostia!», pero también está sonriendo. Y está la mar de adorable.

—Te quiero —le digo en voz baja porque, si estoy a punto de morir, deseo que sea lo que recuerde. Que pase lo que pase, por muchos problemas que hayamos tenido que superar, si hay algo que he hecho bien en esta vida es quererlo.

El cielo posee una sorprendente tonalidad azul marina que parece resplandecer un poco más con cada minuto que pasa. Lo que significa que el eclipse lunar está cada vez más cerca y, por la forma en la que Hudson mira el horizonte, sé que es bien consciente de ello.

—Yo también te quiero —me susurra—. Y te querré toda la eternidad. Por eso tenemos que hacerlo, Grace. Faltan cuarenta minutos para que empiece el eclipse, y necesito tener la oportunidad de pasarme la vida queriéndote.

—Yo también —le digo, y doy un paso hacia atrás—. Venga, vamos a darle una paliza a Cyrus y a hacer ese futuro que anhelamos nuestra realidad.

—Estoy a tope con la idea —interviene Remy, y es evidente que se ha tomado la taza de café mágico esta mañana, porque está casi echando chispas. Todo su cuerpo

parece rezumar energía y, por primera vez, estoy empezando a confiar en que el plan podría funcionar.

—Vale, escuchad. —Doy otro paso hacia atrás para hacer una recapitulación del plan—. Ha llegado la hora. El primer miembro del grupo que le haga un agujero a la primera cúpula gana. Vamos a...

—¿Y qué va a ganar? —pregunta Calder tras volver a su forma humana—. Ojalá sea una magdalena, con glaseado y chispitas de colores.

Es justo el comentario que necesitamos para relajar un poco la tensión, y me descojono.

—Si haces que Remy pase por ese agujero, te compraré una docena de magdalenas, y cada una llevará una clase diferente de chispitas, te lo prometo —digo.

—Con eso me vale —contesta Calder sonriendo. Entonces echa a correr y se transforma en plena zancada; con sus fuertes patas de leona recorre enseguida la distancia que separa nuestro grupo del campo de batalla.

Al parecer, es la señal que el resto ha estado esperando, porque apenas unos segundos después Jaxon se eleva en el aire.

Al verlo me pongo nerviosa, y sé que el resto también. Recuerdo lo mucho que me costó sentirme a gusto con mis alas de gárgola, y sé que intentar volar transformado en dragón tiene que ser, por lo menos, igual de complicado. Y no creo que intentarlo delante de diez mil soldados que quieren matarte sea una buena idea, la verdad.

Pero, o bien a Jaxon no le cuesta aprender a volar ni la mitad de lo que me costó a mí (cosa bastante factible), o

está usando la telequinesis para ayudarse. Sea como fuere, parece que le va bien. Más que bien, de hecho.

Flint debe de opinar lo mismo que yo, porque no desvía la mirada del cielo, y parece totalmente alucinado ante la demostración aérea del vampiro.

Bueno, hasta que Jaxon empieza a dar vueltas alrededor del campo. Apenas tengo un instante para plantearme qué está haciendo, porque comienza a escupir fuego hacia el suelo.

—¡Joder! —repite Flint, y un segundo después se transforma en su dragón verde.

Ocurre en un abrir y cerrar de ojos (lo ha hecho mucho más rápido que Jaxon), y también emprende el vuelo para encontrarse con Jaxon. De primeras creo que va a intentar detenerlo, pero entonces sale volando en dirección contraria, hasta que cada uno está a un lado de la primera cúpula, escupiendo fuego a todos los paranormales que rodean el exterior del campo de fuerza.

—Típico de Jaxon —dice Hudson entre dientes, pero con una sonrisa en el rostro—. Al niño le encanta hacer una entrada triunfal.

—Ya, solo a él, ¿no? —Me burlo guiñándole un ojo.

Pero Hudson ya no está a mi lado, se ha desvanecido hasta el campo de batalla con Mekhi.

Eden se une a Jaxon y Flint, y se coloca delante de ellos para empezar a lanzar hielo por la boca, y a construir un enorme muro de hielo justo en la zona que los otros dos dragones habían despejado con el fuego.

Cuando Eden se pone a trabajar en su muro, Jaxon y Flint se alejan un poquito, para no derretir con su fuego la obra

de la chica, quien escupe hielo a una velocidad pasmosa.

Mientras observo el panorama, deseo con todo mi corazón que Hudson se haya equivocado y que la primera cúpula no sea la más fácil, porque allí abajo parece que se han abierto las puertas del infierno. Los dragones han emprendido el vuelo para luchar contra Flint, Jaxon y Eden, mientras más vampiros y lobos se unen a la pelea, intentando sustituir a los que han acabado calcinados por las llamas.

Varios vampiros y lobos han conseguido superar el muro de hielo mientras Eden lo construye, pero Hudson, Mekhi y Calder ya están listos, dando hostias a diestro y siniestro sin molestarse en llevar la cuenta. Corren por dentro del muro, encargándose de cualquier paranormal que consigue colarse en el espacio que hay entre el muro de hielo y el campo de fuerza de las brujas.

De pronto veo que la ráfaga de hielo se desvía un montón, y al mirar hacia arriba veo que Eden está en problemas. Ahora el cielo está lleno de dragones (habrá unos cien), y están más que decididos a acabar con Flint, Jaxon y Eden.

Empiezo a transformarme en gárgola para poder volar y luchar con mis amigos, pero entonces recuerdo que me falta un ala y que no puedo volar ni a la esquina.

Sin saber qué otra cosa hacer, empiezo a mover el culo y bajo la montaña, con Macy y Dawud a mi lado. Pero apenas he avanzado unos cien metros cuando Remy se coloca delante de mí y me pregunta:

—¿Te llevo?

Sin darme tiempo para contestarle, crea un portal, y nos hace pasar por él a Macy, Dawud y a mí. Un par de segundos después estamos detrás del muro, justo delante del primer campo de fuerza.

Además, estamos a pocos metros de Hudson, quien se vuelve con la agresividad reflejada en el rostro, hasta que se da cuenta de que somos nosotres.

—Sí que habéis tardado —nos chincha, pero antes de que pueda contestarle, me pasa por encima de la cabeza con un buen salto y lanza una patada.

Veo cómo estrella el pie contra la cara de otro vampiro. El tío sale despedido por los aires, y entonces Hudson aterriza justo a mi lado. Me da un pico rápido y, después, gira sobre sí mismo para atrapar a un lobo que había conseguido atravesar el muro. Lo coge por el rabo y empieza a dar vueltas sobre sí mismo antes de lanzarlo por encima del muro de hielo.

—¿Qué tengo que hacer? —le pregunto a Remy mientras Dawud y Macy se marchan a ayudar a los demás.

—Cúbreme las espaldas —contesta. Separa las manos, y deja un hueco de treinta centímetros entre ambas.

—Pero ¿qué vas a hac...? —Me callo al ver que el espacio que queda entre las manos empieza a brillar.

Ahora Remy está moviendo las manos, y forma con ellas un círculo tras otro. Con cada círculo la luz es cada vez más grande, y más intensa. Y entonces empieza a despedir destellos.

Me inclino hacia delante, fascinada por lo que estoy presenciando, pero antes de que pueda ver su siguiente

movimiento una loba supera el muro justo delante de Remy, enseñando los dientes.

Me muevo y salto por encima de Remy, cojo a la loba por las orejas y la lanzo hacia atrás.

La loba pega agresiva un fuerte gruñido y arremete contra mí con uñas y dientes, pero me vuelvo de piedra maciza justo cuando me rodea la mano con la boca.

Siento cómo hinca los dientes en mi mano, con fuerza, y entonces la loba empieza a gritar. Se echa hacia atrás, con ojos de loca y sangre manándole de la boca, y me transformo lo suficiente para levantar el pie y asestarle la patada circular que Artelya me enseñó durante los entrenamientos y las prácticas en la Corte congelada.

Al darle a la loba en toda la mandíbula, una sacudida me hace vibrar el pie izquierdo; pero ha valido la pena, porque a mi contrincante se le ponen los ojos vidriosos y se desploma en el suelo, inconsciente.

—Vale, recuérdame que nunca te toque las narices —me dice Remy riéndose.

Cuando lo miro, la bola de luz que ha estado creando ya no está, y tiene los dedos, las manos y los brazos, hasta el codo, cubiertos por esa luz, así que ahora mi amigo brilla con gran intensidad.

Entonces, mientras lo observo fascinada, echa hacia atrás el puño derecho y lo hunde con todas sus fuerzas en la telaraña de luz que conforma el campo de fuerza que protege a las brujas.

155

Hay cosas que no salen a la fuerza

El campo de fuerza cae al instante, la magia de las brujas no le llega ni a la suela de los zapatos al poder de Remy. A medida que este chisporrotea, el campo de fuerza gigante que envuelve el Stonehenge parpadea, pero resiste. Lo cual es una pena, creo que una parte de mí esperaba que cayera si una de las tres cúpulas que lo mantienen en pie caía también.

No obstante, como no es el caso, tenemos que llegar a la segunda y rápido. Aunque, antes, cincuenta poderosas brujas cabreadas se dirigen hacia Remy y hacia mí, y parece que tienen sed de sangre, en un sentido nada vampírico, por supuesto.

—Y ¿ahora qué hacemos? —susurro, pues Hudson y el resto están ahora mismo al otro lado.

Remy me lanza una sonrisa petulante y dice:

—Yo me prepararía para volver a hacer uso de esa patada giratoria tuya. Pero antes ¡agáchate!

Me empuja al suelo justo cuando un hechizo pasa volando donde estaría mi cabeza. Choca contra el muro de hielo a mi espalda y este cruje de forma ominosa.

A este hechizo le siguen unos veinte más que ni siquiera nos tienen a nosotros como objetivo. Ahora que las brujas se han percatado de que el hielo es vulnerable, están usando su magia combinada para intentar derribarlo. Eso quiere decir que el ejército al otro lado de la muralla también tendrá acceso a nosotros en cuanto lo consigan.

Y como no me entusiasma demasiado la idea de enfrentarme a miles de paranormales a la vez, supongo que tenemos que pensar en una solución antes de que caiga el muro.

Remy debe de estar pensando lo mismo, porque lanza la mano hacia delante y levanta tal vendaval que salgo disparada contra la pared de hielo. Me sostiene con la otra mano a medida que hace que el viento que rodea a las brujas se eleve cada vez más alto. Comienzan a rebotar las unas contra las otras, el viento las zarandea desde todas las direcciones, aunque las va juntando cada vez más.

—¿Qué vas a hacer? —pregunto cuando las corrientes de aire cierran el círculo a su alrededor.

—Creo que esta zona será mucho más agradable con unas cincuenta brujas menos, ¿no te parece, *cher*?

—Por supuesto.

Me regala otra sonrisa arrogante y después, con un capirotazo, hace que el vórtice de aire que ha estado creando salga disparado. El último atisbo que cazo de él es cuando pasa volando por encima de la montaña, literalmente. Y como regalito extra, Remy utiliza el túnel de

aire que ha dado lugar para aspirar a un par de docenas de dragones que estaban atacando a Flint, Jaxon y Eden por encima de nuestra cabeza.

Cuando desaparecen por encima de la montaña, se frota las manos la una contra la otra como si hubiera acabado el trabajo e indica:

—Espero que se hayan traído escobas.

Sé que estamos en medio de una batalla, sé que está a punto de ponerse muy fea, pero no puedo evitar reírme. Solo Remy diría una cosa tan ridícula y que diera tanto en el clavo.

—Buen trabajo —me dice Hudson cuando se desvanece detrás de nosotros y, por primera vez, me doy cuenta de la velocidad con la que Remy se ha encargado de nuestra pequeña plaga. Más rápido de lo que Hudson ha podido desvanecerse alrededor del muro para llegar hasta mí. Conozco a brujas y brujos muy poderosos (Macy entre ellos), pero Remy se lleva la palma.

—¿Verdad? —añade Mekhi cuando se detiene de golpe junto a Hudson—. Nunca había visto nada parecido.

—Ya, bueno, solo estaba calentando —dice Calder con un pestañeo rápido—. Esperad a que decida ensuciarse las manos de verdad.

Si tenemos en cuenta que Remy acaba de lanzar por encima de una montaña a unos setenta y cinco seres paranormales, me preocupa un poquito la que se liará cuando «se ensucie las manos». Pero tenemos una noche muy larga por delante y algo me dice que voy a descubrirlo.

Una sombra que nos resulta muy familiar se cierne sobre nosotros y levanto la vista justo a tiempo para ver a dos

dragones que apartan a Eden de Jaxon y Flint, y después le clavan las garras en los hombros y en la espalda. Un tercer dragón vuela por debajo de ella y le hinca los dientes en el desprotegido vientre.

Ella vuelve a gritar y se coloca patas arriba al tiempo que intenta quitárselo de encima. Les grito a Jaxon y a Flint que la ayuden, pero están peleando contra sus propios atacantes y no dejan de lanzar fuego.

—¡Se van a enterar los muy cabrones! —ruge Hudson y de repente salta seis metros hacia arriba y le quita de encima el dragón que intentaba sacarle las tripas. Él sostiene la cola del cabronazo hasta llegar al suelo, donde lo hace girar como un disco y después deja que vuele.

El dragón se estampa contra otros tantos enemigos de su raza y todos caen en picado hacia el suelo.

—Vaya, te he estado menospreciando —le dice Remy.

Hudson pone los ojos en blanco.

—Recuérdame que me sienta ofendido por eso más tarde.

—Mucho más tarde —interviene Dawud—, porque tenemos otro problema.

Empiezo a preguntar, pero en cuanto me doy la vuelta descubro cuál es.

Algunas de las otras brujas del campo han descubierto que los hechizos pueden derrumbar el muro. Está empezando a tambalearse, lo cual significa que estamos a punto de llamar muchísimo la atención, y no en el buen sentido.

—Creo que esa es nuestra señal para salir por patas —dice Remy mientras mueve la mano para abrir otro portal.

—¿Qué hay de los dragones? —pregunta Macy—. No podemos dejarlos tirados.

Tiene razón; han llegado más dragones y Flint, Jaxon y Eden están bajo fuego enemigo, de forma literal y figurada. Si no los libramos de esa situación, y rapidito, no estoy segura de cuánto podrán aguantar.

—¡Jaxon! —grito intentando captar la atención de mi amigo.

No me oye, pero Flint sí. Cuando gira en tirabuzón para apartarse de dos dragones atacantes, lanza una hilera de fuego en mi dirección y estoy casi segura de que quiere decir que lo ha pillado.

Mientras tanto, Macy lanza un hechizo a varios de los dragones. Están centrados en Flint, así que no tienen oportunidad de esquivarlo cuando cae sobre ellos a la vez. Segundos después sus alas están envueltas con firmeza en papel de burbujas y caen en picado hacia el suelo.

Pero otros tantos toman su lugar y Flint parece incluso más sitiado.

—¡Vuélvelo a hacer! —le pido a Macy, pero esta se limita a negar con la cabeza.

—Es un hechizo que no puedo hacer más de una vez.

—¿Qué pasa, que ya no te queda más material de embalaje? —indaga Calder—. Para la próxima a ver si usas papel rosa con flores blancas. Es más bonito y me gustan las flores.

—Lo tendré en cuenta —contesta Macy, y Calder sonríe.

Sin embargo, cuando uno de los dragones que vuelan sobre ella vocifera, Calder es la primera en cambiar en un

instante y salta para arañar con sus zarpas de leona la sensible piel del cuello de dos de las criaturas.

Los dragones braman con furia y se lanzan a por ella, pero ya está aterrizando y cambia a su forma humana mientras grita:

—¡Vamos, vamos, vamos!

Flint la sigue al suelo tan rápido como puede, decidido a evitar la siguiente ola de dragones que va a por él.

Al mismo tiempo, Dawud cambia de forma a media zancada, después salta y le muerde la cola a una de las dragonas que vuelan rasante. Esta grita e intenta deshacerse de elle, pero Dawud se agarra el tiempo suficiente para concederle la oportunidad a Eden de deshacerse de otro dragón antes de dirigirse también hacia el portal.

—¡Vamos! —grita Remy mientras conduce a Mekhi y a Calder hacia el portal.

Mientras tanto, Hudson vuelve a saltar y trata de alcanzar a los dragones que no dejan en paz a Jaxon. Pero su hermano vuela más alto de lo que lo hacían Eden y Flint, por lo que no consigue llegar hasta ellos.

Estoy más frustrada que nunca, desesperada por volar hasta Jaxon. Y volar no es el único poder que tengo, me recuerdo mientras pienso en el tiempo que pasé en la Corte Gargólica.

Me planteo usar el agua que he visto en el arroyo nada más llegar aquí, pero está al otro lado del claro, demasiado lejos para llegar allí en poco tiempo. Sin embargo, hay más cosas que sí sé cómo canalizar, y tanteo el aire justo antes de que Jaxon luche contra un dragón que ha cerrado las

mandíbulas sobre su cuello y le ha hundido los dientes en la yugular.

Hudson vuelve a saltar, pero una vez más no consigue llegar hasta su hermano y entonces sé lo que tengo que hacer.

Extiendo los brazos delante de mí, siento el viento contra las palmas de las manos y el aire cálido del verano deslizándose por mi piel. Después coloco las manos en forma de cuenco, las junto y las lanzo hacia delante con todas mis fuerzas para empujar el aire que se encuentra ante mí.

Lo hago con tanta fuerza que agrava la lesión de mi ala y hace que me duela muchísimo el hombro. Pero el lanzamiento de aire debe de funcionar, porque un segundo después el dragón que mordía a Jaxon grazna con fuerza y le suelta el cuello.

He intentado dirigirlo solo hacia el enemigo, aunque no habré apuntado bien porque Jaxon también sale disparado varios metros hacia atrás. Al mismo tiempo, cae unos cuantos metros hacia abajo y, por suerte, eso es suficiente para que Hudson pueda cogerlo en su segundo intento.

Sin embargo, los otros dragones que lo atacaban también descienden con él. Y empiezo a lanzarles aire a ellos también, pero Mekhi se me adelanta.

Toma carrerilla para saltar y cae sobre uno de sus lomos, después envuelve el cuello de la dragona con los brazos y tira hacia atrás con todas sus fuerzas.

A la dragona se le va la pinza cuando el vampiro le comprime la tráquea, y se lanza a los aires. Mekhi vuelve a aterrizar en el suelo, pero Calder persigue al tercer dragón

con un salto rápido y le clava la cola de escorpión justo en el hocico.

El dragón grita y se marcha, y Jaxon, en su forma dragontina (está un poco demacrado, pero sigue de una pieza), nos lanza una mirada agradecida mientras se apresura a llegar al portal de Remy.

El resto de nosotres entramos en su estela y Remy lo cierra a nuestras espaldas.

156

El retorno de los forúnculos

Atravesamos el portal (lo juro, Remy crea los portales más flipantes del mundo), y acabamos cerca del segundo grupo de brujas. Los dragones aterrizan junto al resto y recuperan su forma humana.

—¿Seguimos adelante con el plan? —pregunta Eden mientras se limpia un poco de sangre del pecho.

—Si te ves con fuerzas, sí —contesto. Sé que no es la respuesta más concreta del mundo, pero, si ya están malherides, no pienso enviar a mis mejores amigues a una lucha en la que es más que probable que muramos, la verdad.

—¿Por este arañazo, dices? —señala chasqueando la lengua—. Por esto no vale la pena ni abrir el botiquín de primeros auxilios.

—Dios no quiera que Eden muestre algo de debilidad, por favor —interviene Flint poniendo los ojos en blanco.

—Ah, entonces ¿tú vas a rendirte ya? —le pregunta ella con malicia.

No es que sea una pregunta fuera de lugar, puesto que Flint tiene la yugular llenita de marcas de garras y un buen montón de escamas chamuscadas, pero todes sabemos que el dragón no se rendirá sin pelear.

Y eso está bien claro incluso antes de que responda:

—Esto es solo el calentamiento.

—Vale, aun así dejad que os haga un apaño —digo, y me inclino hacia delante. Apoyo las manos sobre ambos y canalizo un poco de magia de la tierra para cerrarles las heridas. Necesitan muchísimos más cuidados, pero al menos dejarán de sangrar.

—Disculpad la interrupción, pero tenemos que movernos —dice Remy con su acento de Nueva Orleans.

—En ello estoy —contesta Jaxon, pero antes de que pueda transformarse otra vez en dragón, lo detengo con la mano.

—¿Me permites? —pido. Me sostiene la mirada, asiente, y yo coloco la mano encima de su hombro y le cierro las heridas.

Jaxon me sonríe de lado cuando me separo de él, y recupera su forma de dragón. Flint y Eden lo imitan, y los tres toman los cielos con todo el descaro que pueden.

Todo el campo de batalla se abalanza contra nosotres, corriendo, gritando, y parece que van en busca de sangre. La verdad, vaya.

—¡Buena suerte! —les deseo a los tres dragones, pero estos ya se han lanzado en picado para luchar.

Remy se ha adelantado y ha creado otro portal; esta vez, mucho más pequeño y discreto que el anterior. Y mientras todos centran la atención en los dragones, que están montando un buen espectáculo (gracias, Flint), el resto nos

escabullimos con discreción hacia nuestro principal objetivo, el tercer campo de fuerza.

Con el primero hemos aprovechado el factor sorpresa, y la jugada nos ha salido perfecta. No podemos volver a pillarlos desprevenidos (ya saben que estamos aquí), pero sí intentar equilibrar la balanza. Hoy las cosas se van a poner feas, de eso no me cabe la menor duda. Pero pienso aprovechar toda oportunidad que se me presente para retrasar lo inevitable.

Por eso mismo, cuando salimos del portal y acabamos justo delante del tercer campo de fuerza, la resistencia que nos encontramos es casi inexistente. Durante los últimos minutos todo el mundo se ha trasladado al campo de fuerza más cercano a los dragones, y ha dejado este desprotegido casi por completo.

Esto no durará para siempre, pero Eden y Flint ya atraviesan el cielo para construir un muro de hielo que nos separe y aísle del resto del campo de batalla, y eso nos proporciona el respiro que necesitamos antes de enfrentarnos a un ejército de diez mil seres paranormales.

Apenas unos segundos después de salir del portal, Remy vuelve a hacer la cosa esa de la energía. Crea una bola de luz, deja que se extienda por sus manos y brazos y, de nuevo, asesta un fuerte puñetazo con el que atraviesa el campo de fuerza.

Compruebo que ahora está mucho más agotado que antes; ya nos había advertido que derribar todos estos campos de fuerza iba a consumir hasta sus más que formidables poderes. Aun así, me retuerzo al ver que el campo no cae.

—¿Cómo podemos ayudarte? —pregunto, pero Remy niega con la cabeza. Entonces hunde el otro puño y este también atraviesa el campo de fuerza.

Esta vez el campo cae. Me doy cuenta de que Remy está exhausto, puedo apreciarlo en su rostro y en cómo de pronto se le hunden los hombros. O sea, el resto vamos a tener que encargarnos de las cincuenta brujas que hay dentro de la cúpula, y que se abalanzan contra nosotres con todas sus fuerzas.

Los hechizos vuelan en todas direcciones, y todes, menos yo, se tienen que agachar; al menos durante la primera salva de hechizos. Yo me transformo y los ataques de las brujas no me afectan en absoluto al estar en mi forma de gárgola. Las habilidades de las gárgolas son una puta pasada, aunque eso ya lo sabía.

Mientras las brujas se acercan a nosotres, y nos rodean en un círculo perfecto, nos preparamos para luchar por nuestra supervivencia... o para morir, según cómo vayan las cosas. Confío con todo mi corazón en que sobreviviremos, aunque me temo que quizá se nos haya acabado la suerte.

Y mi temor se agudiza cuando una de las brujas que tenemos delante lanza un hechizo que le da de lleno a Mekhi en el pecho. Por un segundo el vampiro se queda estupefacto; y entonces se desploma en el suelo entre convulsiones, como si una descarga de miles de voltios le atravesara el cuerpo.

Tras Mekhi cae Dawud: empieza a rascarse todo el cuerpo por culpa de un maleficio. Y, como ha adoptado su forma lobuna, tiene un aspecto terrible..., como si tuviera un grave caso de pulgas.

El tercer hechizo le da a Macy: le brotan por todo el cuerpo los forúnculos más feos y dolorosos que me puedo imaginar.

—¡¿Estás de coña?! —grita mi prima—. ¡¿Forúnculos, en serio?!

Entonces Hudson da un paso al frente y empieza a susurrarles a las brujas que tenemos más cerca que quieren ayudarnos. Que quieren detener al resto de las brujas. Pero las demás no tardan en darse cuenta de lo que está intentando hacer mi compañero, y se ve que lanzan una especie de hechizo que bloquea su voz, porque el poder de Hudson no les afecta lo más mínimo.

No obstante, las brujas que sí han oído lo que ha dicho ya se han vuelto contra sus compañeras.

Nuestras nuevas aliadas se cargan a un par de las otras brujas, pero son demasiadas, y no tardan en derrotarlas. Las supervivientes se vuelven con todos sus sentidos fijos en atacarnos.

Resulta que ese no es nuestro único problema. El muro de hielo de Eden frena a gran parte de las tropas; un par de cientos de paranormales han conseguido escalarlo. Otros, en cambio, han llegado hasta los extremos del muro y se están colando por los lados. Solo es cuestión de tiempo que tengamos que enfrentarnos también a ellos.

Pero se nos complica bastante elaborar un plan contra ellos cuando el siguiente maleficio le da a Remy, y el brujo cae de rodillas al suelo, gritando y retorciéndose de dolor.

Y me cago en todo, en serio. Joder. Confío muchísimo en Hudson, Calder y en mí misma, aunque debo reconocer que la situación no pinta bien. No quiero que Hudson empiece a

desintegrar a la peña, pero sé que, si las cosas van a peor, ese será el final que nos espera.

Cuando las brujas empiezan a lanzarnos otra salva más de hechizos, veo en los ojos de mi compañero que él también sabe lo que va a pasar. Y que ha decidido no retrasar lo inevitable. Levanta una mano, y extiende el brazo hacia delante. Y seguidamente, antes de que pueda cerrarla, les siete salimos volando por los aires con brusquedad.

157

Arriba, arriba,
sin parar

—¿Qué cojones...? ¿Esto es cosa tuya? —le pregunta Calder a Hudson.

—Sí, porque os he estado escondiendo mi tercer don a todes. Resulta que si pensáis en algo encantador, podréis volar.

Pone los ojos en blanco.

—Pero ¿qué está pasando? —pregunta Macy—. Remy, ¿eres tú quien...?

—No es Remy —contesto cuando por fin caigo en la verdad. Me doy la vuelta en el aire y me encuentro con la mirada de Jaxon, quien nos contempla en su forma dragontina.

Lo están atacando, los dragones van a por él desde todos lados y aun así ha conseguido sacarnos de ese lío.

Le dirijo una mirada de gratitud y de asombro, después me vuelvo hacia el resto justo a tiempo para que nuestro amigo nos pose con delicadeza a unos quince metros de la plataforma donde se encuentran Cyrus y los pilares. Hay

soldados rodeándola, pero si conseguimos abrirnos paso entre ellos estaremos justo al lado del campo de fuerza y podremos derribarlo.

Echo un vistazo a mi espalda para comprobar si las brujas nos siguen y me doy cuenta de que Jaxon ha matado a dos pájaros de un tiro: no solo ha conseguido sacarnos de ahí, además lo ha hecho de forma tan abrupta que las brujas se han hechizado por accidente las unas a las otras con sus conjuros.

Una vez que estamos en tierra firme, Macy da la vuelta y lanza unos cuantos hechizos de su propia cosecha. En cuestión de un minuto todes hemos vuelto a la normalidad. O casi. Mekhi parece más exhausto de lo que lo he visto nunca.

Pero ese minuto es todo el respiro que se nos concede. Porque una manada enorme de lobos viene corriendo a buscarnos desde el otro lado del claro, con muchos vampiros pisándoles los talones.

—Hay que joderse —masculla Hudson mientras se coloca delante del grupo para darle al resto la oportunidad de recuperarse del hechizo.

Yo me adelanto para colocarme a su lado; sé que quiere protegerme, pero yo también quiero protegerlo a él. Además, los compañeros se enfrentan juntos a cualquier cosa que se les ponga por delante, y eso es lo que somos. Compañeros en todos los sentidos.

—Remy se está debilitando. Tenemos que atravesar ese muro de soldados para que pueda derrumbar la cúpula grande antes de que lo dejen seco —le digo.

—Vale. Me pongo a ello, nena. —Me dedica una sonrisa rápida y después vuelve a centrarse en la jauría que viene hacia nosotres.

Justo antes de que nos alcancen, Hudson usa su poder para escarbar en el suelo que se encuentra ante nuestro grupo. Abre una fisura colosal que medirá unos nueve metros de ancho y nos separa de los lobos.

Estos aúllan para mostrar su descontento, pero eso no los detiene durante mucho tiempo. Al contrario, saltan tan lejos como pueden dentro de la zanja y después corren el resto del camino.

Hudson recibe a los dos primeros que salen de la trinchera. Agarra a uno del cuello y se lo rompe, después lo echa a un lado. Al segundo lo aferra con la otra mano y lo lanza al otro lado de la fisura.

Más lobos se ciernen sobre nosotros, así que cojo la daga que llevo en la cintura y doy una vuelta; se la clavo en el pecho al lobo que venía directo a por mí enseñando los colmillos. El frenesí hace que siga adelante e intenta morderme incluso aunque el cuchillo lo abra en canal hasta el estómago.

La sangre mana de la herida hasta mi mano y yo sofoco un grito cuando saco la daga y aparto al lobo de un empellón. Las lágrimas me nublan la vista, es la primera persona a la que he matado y es una sensación horrorosa. No tan horrorosa como morirme yo, que es lo que pretendía el lobo, pero sin duda dista de ser buena.

No tengo tiempo para darle más vueltas, porque el resto de la manada se nos echa encima y comienza una guerra por la supervivencia… para todos.

El lobo más grande del grupo sigue en forma humana, pero sus manos terminan en garras afiladas con las que intenta arañar a Calder como un salvaje. Ella hace lo que puede para esquivarlas, ya que tiene sus propias zarpas hendidas en un vampiro que ha saltado desde el otro lado de la zanja y estaba intentando desgarrarle la yugular.

El lobo grita de agonía, pero tampoco se rinde. Ha envuelto el bíceps de la mantícora con sus propios dedos, le retuerce y aprieta la parte superior del brazo con todas sus fuerzas lobunas mientras intenta acercarla a sus fauces abiertas.

El rostro de Calder está teñido de dolor, pero no se rinde, no se da por vencida. Mueve la cola de escorpión con frenesí, intenta picarlo mientras se esfuerza por apartarse de él todo lo posible. A pesar de sus esfuerzos, no puede seguir así mucho tiempo, sobre todo porque hay otro lobo a su espalda, esperando a que deje de mover la cola para abalanzarse sobre ella. Como alguien no intervenga y la ayude, no tendrá nada que hacer.

Otro lobo viene a por mí, pero me convierto en piedra y le asesto un puñetazo en el hocico con todas mis fuerzas. El lobo se desploma entre gritos, y yo me doy la vuelta para hundirle el pie en el estómago a un vampiro próximo. Ruge y arremete contra mí, pero Hudson se mete de por medio.

Confío en que mi compañero se ocupe de los vampiros por mí y corro hacia Calder. A medida que lo hago, busco en la tierra y arranco las raíces que se encuentran por debajo de la superficie. Entonces bajo la mano en un golpe rápido que hace que la raíz se estampe contra la nuca del vampiro enemigo.

Se desploma por completo y Calder da la vuelta de inmediato para arremeter contra el lobo con sus garras de leona. El lobo gruñe como respuesta y, esta vez, cuando le lanza un arañazo, da de pleno y sus garras le abren cortes en su precioso rostro.

Ella ahoga un grito, ultrajada, y se lanza contra el lobo con un rugido. Pero este está preparado para ella y le araña el pecho con otra garra a la par que ella hace girar la cola para picarle. El lobo es enorme, así que uso ambas manos para enviar las raíces hacia él.

Sin embargo, Remy se vuelve y se lo quita de encima con sus propias manos. Está sangrando y es evidente que tiene menos poder del que suele tener, pero ha conseguido acabar con dos vampiros. Y cuando el lobo se abalanza sobre él, Remy le lanza un hechizo que lo convierte en un ratón.

Segundos después otro lobo se lo zampa. Remy deja que el lobo disfrute de su aperitivo y después se ocupa de él también transportándolo a lo más alto de un árbol cercano.

Corro hacia Calder, decidida a ver si está muy herida, pero otro lobo se me adelanta. Este se lanza contra sus piernas en el placaje más extraño de la historia. Aunque funciona, porque ella cae al suelo. La golpea en el mentón con un gancho que parece de lo más doloroso, tanto que hace que la mantícora trastabille hacia atrás.

La rabia bulle en mi interior y voy a por él, ahora muy en serio; salto por los aires como aprendí en los entrenamientos y le doy una patada con todas mis fuerzas. Le golpeo en la barbilla y, como no se esperaba el golpe, sale disparado hacia atrás. Llegados a este punto, cambio a

mi forma de piedra maciza y le vuelvo a asestar otra patada en la cara. Esta vez se desploma y no se levanta del suelo.

Calder está tumbada y ha vuelto a su forma humana. Se sostiene la mejilla herida con la mano mientras intenta ponerse en pie, aunque le cuesta. No parece capaz de mantener el equilibrio.

Confío en que Hudson, Remy, Dawud, Mekhi y Macy nos quiten a los lobos de encima durante un rato, así que me dejo caer a su lado y de paso cojo un puñado de tierra. A la antigua Grace ni se le habría ocurrido frotar tierra en una herida, pero la antigua Grace no tenía poderes curativos provenientes de este elemento, así que todo es relativo.

Le bajo la mano, contemplo sus preciosos ojos marrones y presiono el barro en su herida. Después lo cubro con la mano y canalizo un montón de energía de la tierra desde mis pies hasta su cuerpo.

Comparado con intentar (y fracasar) curar la pierna de Flint y el corazón de Jaxon durante nuestra última batalla, esto es pan comido. No me lleva más de un minuto que la piel de Calder vuelva a juntarse y otro minuto antes de que las cicatrices pasen a ser poco más que unas líneas rosadas que desaparecerán por su cuenta en breve.

Pero esa herida no es la única, así que invierto otro par de minutos en arreglarle las costillas rotas y los tendones del hombro que se le han desgarrado. Hay más daños, aunque no son de tanta magnitud, así que, ahora que ya no está tan malherida, ambas estamos preparadas para volver a la batalla.

Lo cual es bueno, sobre todo teniendo en cuenta que, en cuanto me aparto de Calder, Jaxon se desliza velozmente

por la hierba que hay a nuestros pies y aterriza convertido en una pila dragontina inerte de escamas y sangre. Me doy la vuelta; apenas asimilo lo que acaba de ocurrir antes de que el suelo empiece a temblar.

158

Venga, a tu caja (torácica)

—¡Jaxon! —grito, mientras paso sobrevolando, o saltando, sobre un par de vampiros cabreadísimos, esforzándome por llegar hasta él cuanto antes.

El chico está en su forma de dragón, tumbado de lado, y le tiembla todo el cuerpo. No sé si está temblando porque está gravemente herido o si es por la ráfaga de viento que acaba de dejarlo fuera de combate, así que poso una mano sobre su tembloroso hombro, para intentar descubrir qué le ocurre.

—¿Jaxon? —repito mientras me agacho a su lado—. ¿Estás bien? ¿Dónde te duele?

No solo no me contesta, sino que ni siquiera abre un ojo o mueve la cabeza para hacerme saber que me ha oído.

No sé dónde debo buscar para comprobar el pulso en un dragón, pero puedo ver que respira. O al menos me parece que respira. Me cuesta un poco concentrarme con Flint desmembrando a todo paranormal que se cruza en su camino mientras viene directo hacia Jaxon.

Al tiempo que intento pasar de los gritos de Flint y de su desesperada lucha por llegar hasta aquí, le paso una mano a Jaxon por el costado, desde el cuello hasta la cadera, con mucho cuidado. Cuando le toco las costillas se estremece otra vez, así que repito el movimiento y ejerzo un pelín de presión sobre la zona sensible.

Esta vez Jaxon casi empieza a convulsionar: se sacude y se encorva como si quisiera evitar el dolor.

—Tranquilo —le pido, y el alivio me embarga. Creía que tenía heridas graves, tenía muchísimo miedo de que se repitiera lo que ya ocurrió en la isla de la Bestia Imbatible. Pero está bien. Herido, pero bien. Abro la mano y apoyo la palma sobre el costado de Jaxon, justo debajo de la pata delantera derecha del dragón—. Jaxon, voy a cuidar de ti, te lo prometo.

Asiente, aunque apenas le quedan fuerzas; es el primer gesto que hace, sin contar los temblores de dolor, y ahora sé que sabe que estoy aquí.

—Esta costilla te duele —digo mientras paso la mano por dicha zona—. ¿Y el resto? —Bajo un poco la mano mientras hago presión sobre la segunda costilla, y después la paso por todo lo largo que es el enorme hueso del dragón.

Jaxon se pone tenso, y se le escapa un diminuto gemido de dragón cuando presiono la segunda costilla. Cuando toco la tercera y la cuarta no reacciona. Pero no sé cómo tendrá el otro costado, y ahora mismo no quiero moverlo y empeorar su estado.

Levanto la mirada, y veo que Hudson se ha colocado a un lado, interponiéndose entre Jaxon y los enemigos que se acercan a nosotros, y que Remy ha hecho lo mismo al otro

lado. Se enfrentan a cualquier soldado de Cyrus que intente llegar hasta aquí, mientras Eden, Calder, Mekhi, Dawud y Macy distraen a los más rezagados.

Entretanto, Flint se ha encargado él solito de derribar a diez miembros de la Guardia, y ha calcinado a cualquiera que se interpusiera en su cruzada por llegar hasta Jaxon.

Un par de segundos después Flint aterriza a mi lado en su forma humana.

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué le pasa?

Jaxon se pone rígido en cuanto oye la voz de Flint y, después, recupera su forma humana con un resplandor de chispitas multicolor.

—¿Dónde te duele? —pregunto ahora que ya vuelve a ser humano. Porque, aunque examinar a un dragón no es imposible, prefiero mil veces atender a una persona con capacidad de hablar y expresarse.

—En las costillas —logra decir con mucho esfuerzo y, después, hace acopio de las pocas fuerzas que le quedan para sentarse.

—Me cago en todo —gruñe Flint en cuanto echamos un vistazo al otro costado de Jaxon—. ¿Por qué no has…?

—No empieces, joder —espeta Jaxon. Después inspira hondo y se mueve para que pueda observar mejor el feo tajo que tiene entre las costillas. Siempre ha sido un horror cuidar de él.

—Parece una herida punzante —le explico, mientras apoyo la mano en el suelo y canalizo un poco de magia para cerrar la herida, que sangra de forma lenta pero regular, aunque tardo más tiempo que con Calder porque el corte es más profundo. Casi puedo verle hasta el hueso—. Cuando

terminemos con esto vamos a tener que ponerte la madre de todas las vacunas antitetánicas —comento para distraerlo a la vez que profundizo un poco más para cerrar bien el tejido, de dentro hacia fuera.

—Los vampiros no pueden tener el tétanos —me dice, con una sonrisa llena de dolor.

—Visto lo visto, a los vampiros les ha tocado la lotería —lo chincho, mientras intento usar los andrajos que le quedan de camisa para absorber la sangre. Hay muchísima sangre.

No creo que sea una herida mortal, pero nunca antes había visto a Jaxon con ganas de quedarse tumbado, quieto, mientras otra persona cuida de él; la verdad, siendo totalmente sincera, me está poniendo nerviosa verlo así, muy nerviosa. Utilizo un poco más de energía curativa, mientras busco qué más zonas del cuerpo puede tener malheridas, aparte de las costillas.

Flint, quien ha guardado silencio desde que Jaxon le ha pegado esa mala contestación, se quita la camisa con un movimiento brusco y me la tiende.

—Ten, úsala.

—Estoy bi… —empieza Jaxon todo tenso.

—No, no estás bien —lo corto, mientras hago presión con la camiseta sobre la herida con toda la delicadeza que puedo, teniendo en cuenta que le estoy gritando entre susurros—. Ahora basta ya de tonterías y de hacerte el puto machito y déjame hacer mi trabajo.

—Eso —le dice Flint con una sonrisa burlona que resulta tan aborrecible como dulce a la vez—. Deja de hacerte el machito.

Por un instante parece que Jaxon vaya a pegarle la bronca del siglo, pero entonces suelta un suspiro jadeando y vuelve a tumbarse para que pueda seguir con lo mío.

«Gracias», le digo a Flint moviendo los labios, pero este se limita a encogerse de hombros algo incómodo. Aun así, veo cómo por la comisura de la boca le asoma una sonrisilla, y no puedo evitar negar con la cabeza mientras hurgo un poco más en mi interior en busca de la energía que me ayudará a curar las heridas de Jaxon.

Y pensar que antes creía que mi relación con Jaxon era complicada. Comparada con la suya, era más fácil que la tabla del uno.

Cuando empiezo a curar la parte externa de la herida punzante, Jaxon hace un gesto de dolor, pero no suelta ni emite ni un sonido. En cambio, aprieta bien los dientes y desvía la mirada, en un intento vano por fingir que no es para tanto. Sin embargo, el sudor que le cae por la mejilla lo delata, igual que las manos, que ha cerrado y ahora son puños.

—¿Para qué quiere un vampiro un tractor? —pregunto, y Jaxon me lanza una mirada llena de dolor.

Entonces el vampiro inspira de forma entrecortada y responde:

—No sé si quiero saberlo.

—Para sembrar el pánico —contesto, y le regalo una amplia sonrisa.

No es el mejor chiste de mi repertorio, y tanto Flint como Jaxon gruñen (mucho) ante mi gracia, pero tampoco es el peor que he contado en mi vida, así que les saco la lengua y vuelvo a concentrarme en las heridas de Jaxon.

Con mis poderes, intento ahorrarle todo el dolor que puedo canalizándolo hacia fuera, mientras utilizo el resto de mi magia para curarle la herida. Admito que no es una tarea fácil, porque si me enfrasco demasiado en ayudarle a gestionar el dolor, me quedaré sin magia para curarlo como toca. Y es un corte profundo, tanto que también les ha afectado un poco a un par de órganos internos.

Cuando por fin cierro la herida, y tras haberle podido curar un poco por dentro, paso a concentrarme en soldarle las dos costillas del otro lado. Jaxon vuelve a retorcerse de dolor cuando hago presión sobre la zona afectada, y hasta suelta un gruñido.

—Tú puedes —le dice Flint en voz baja, y se inclina hacia delante para apoyar una mano sobre mi hombro. Ya estoy extrayendo energía de la tierra, así que empiezo a sacarle también un poco a Flint casi sin pensarlo, y el tatuaje que tengo en el brazo, y que acumula energía, brilla con intensidad.

Jaxon se tensa otra vez, y primero creo que está a punto de negarse a que Flint me preste un poco de su energía para curarlo. Pero entonces me doy cuenta de que Flint ha apoyado la otra mano sobre el puño apretado de Jaxon y le está dando un ligero apretón.

Una parte de mí espera que Jaxon se aparte, sobre todo teniendo en cuenta el gesto de agresividad que muestra en el rostro cuando mira a su mejor amigo. No obstante, al final deja que la mano de Flint se quede donde está y hasta se relaja un poquito, lo suficiente para que sus brazos se rocen.

No es la mayor concesión de la vida, sobre todo cuando Flint lleva toda esta última semana esmerándose en pasar

de Jaxon, salvo cuando se dirigía a él para contestarle mal. Pero menos es nada y, por la forma en la que Flint relaja los hombros, sé que él también se ha dado cuenta de ello.

Ahora cierro los ojos (confiando en que Hudson, Remy y Eden nos protejan) y hurgo bien hondo en mi interior para averiguar dónde deberían unirse los dos extremos de la costilla.

Cuando las recoloco un poquito, Jaxon chilla (le deben de haber dado una soberana patada para haberle hecho semejante destrozo por dentro), y noto que Flint se remueve junto a mí. Tengo los ojos cerrados, así que no puedo ver qué está pasando; pero, apenas unos segundos después, Jaxon se relaja un poquito más ante el dolor y el tratamiento.

Hago todo lo que puedo en un par de minutos (es lo que tiene el triaje de campo); después me aparto y abro los ojos.

Veo que Jaxon todavía tiene la boca fruncida por el dolor, pero por lo menos la piel ya no posee ese tono grisáceo.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto.

Se retuerce un poco, pone una mueca y esboza una sonrisa, y me parece que ha pasado una eternidad desde la última vez que ha sonreído.

—Digamos que me siento un ochenta y cinco por ciento mejor —me dice—. Gracias.

Casi me desmayo de alivio.

—Trata de evitar las puñaladas, ya sean hechas por garras o por espadas —le digo a Jaxon, mientras acepto la mano de Flint y le dejo que me ayude a ponerme en pie.

—Ya, como si hubiese tenido elección —refunfuña Jaxon, y se guarda muy bien de hacer caso omiso de la mano que

Flint le tiende para ayudarle a levantarse. Al menos hasta que este se estira un poco y lo coge igualmente; tira de él para levantarlo con un suave movimiento.

Empiezo a volverme para darles toda la privacidad que puedo en mitad de un campo atestado de gente, pero, antes de que pueda dar el primer paso, uno de los miembros de la guardia personal de Cyrus se acerca a Hudson por la espalda, quien todavía está ocupadísimo luchando contra varios lobos a la vez.

El guardia levanta la espada y se prepara para hundirla en la espalda de Hudson. Suelto un grito y echo a correr hacia mi compañero, aunque sé que ya es demasiado tarde.

159

La lealtad siempre me ha favorecido

Mekhi se da la vuelta para ver por qué estoy gritando y se desvanece directo hacia Hudson. Rezo para que llegue a tiempo, pero, cuando la espada empieza a descender, no creo que ni siquiera un vampiro sea capaz de recorrer la distancia.

Sin embargo, de repente un cuchillo atraviesa de la nada la espalda del guardia y (a juzgar por donde se encuentra y la forma en la que el hombre se desploma muerto en el suelo) se le clava en el corazón.

Hudson, quien ignora felizmente lo cerca que ha estado de morir, lanza al lobo agresor a varios metros de distancia. En cuanto lo hace, giro sobre mí misma para escudriñar a mi espalda, intento averiguar de dónde narices puede haber salido el cuchillo que lo ha salvado, y entonces mi mirada se encuentra con la de Izzy.

Sigue dentro del campo de fuerza, pero está de pie justo en el borde, mirándonos fijamente. Y me doy cuenta de que, de alguna forma, se le da tan bien manejar los cuchillos que

ha atravesado el minucioso patrón de la telaraña del campo de fuerza para salvar a su hermano, y todo en un pestañeo.

Antes de que pueda plantearme lo que esto quiere decir, un brujo ataviado con prendas ostentosas de color púrpura y una insignia en las solapas se abalanza sobre Remy con el rostro contraído por la furia. Le lanza una bola de energía a Dawud y me percato de inmediato de que sus hechizos son mucho más poderosos que cualquier otro que haya visto en el campo de batalla. El brujo está a punto de arrancarle de cuajo la cabeza a Dawud y algo hace para que le lobe comience a boquear en un intento por coger aire. Remy le tiende una mano para evitar que el hechizo le posea todo el cuerpo, pero le tiembla dicha mano.

El brujo envía otra maldición (o comoquiera que se llame a ese hechizo) a Dawud, y Remy la bloquea con otra que lanza varios metros hacia atrás al hombre. Aunque no sin consecuencias.

Está perdiendo color, tiene los hombros hundidos y casi vuelve a tener encima al brujo. Estoy demasiado lejos para llegar a tiempo, pero aun así echo a correr mientras rezo para que mi amigo pueda aguantar un poco más.

El brujo entrecierra los ojos al mirarlo.

—Estás acabado.

Remy palidece, pero aun así aprieta la mandíbula y se niega a deshacer el hechizo que hace que Dawud siga respirando. Sin embargo, al igual que el resto, el poder del que puede hacer acopio tiene un límite y puedo sentirlo.

Se le acaba el tiempo.

Le echo un vistazo a Macy, pero nos está dando la espalda y no ve que Remy está en peligro. Aumento la

velocidad, decidida a llegar a tiempo.

El brujo echa las manos hacia atrás y después las lanza de golpe hacia delante, lo cual suelta una poderosa onda expansiva directa hacia Remy. Grito su nombre y hundo las manos en la tierra, convocando una magia que sé que no llegará a tiempo.

Hudson abre mucho los ojos. Se desvanece hacia Remy y lo empuja con todas sus fuerzas, pero sé que es demasiado tarde. No vamos a conseguir salvarlo...

Calder hace uso de sus poderosas piernas de leona para dar un salto de más de seis metros, y resguarda a Remy en el último momento; es ella la que se lleva el golpe.

Se queda suspendida en el aire durante un segundo, dos, mientras el hechizo la atraviesa. Después cae al suelo... sin vida.

160

La separación es tan dulce pena...

—¡No! —La negación sale del pecho de Remy en cuanto se desploma en el suelo junto a Calder, aunque no sé cómo consigue hacerlo sin soltar la mano de Dawud.

Pero Macy debe de haber oído mi grito, porque en apenas unos segundos está junto a Remy, y lo releva en la labor de eliminar el hechizo que mantiene a Dawud en el suelo.

—No, no, no, no, no, no, por favor. —Remy le está suplicando al universo, ese que parece decidido a arrebatarnos a todos nuestros seres queridos. Le recorre la melena a Calder con las manos, con frenesí, casi sin tocarla, como si intentara que los aún preciosos mechones, que se han desparramado a su alrededor, se mantuvieran intactos. Todo él está temblando de forma descontrolada.

Remy se limpia las lágrimas de las mejillas, y se inclina para atraer el cuerpo de Calder hacia su regazo.

—Calder, despierta. Tienes que despertarte ya, cielo. Todavía no has nadado con delfines. Sé lo muchísimo que te encantan esos animales. Y lo de París ¿qué, eh? Aún

tenemos que comernos unos *macarons* en la terraza de una cafetería. —Cuando nos mira, vemos la locura reflejada en sus ojos—. Se moría de ganas por enjoyar la prótesis de Flint. Y todavía tiene grabada y pendiente de ver la última temporada de *This is Us*, porque decía que no quería ver solo los episodios tristes.

Macy se ahoga entre sollozos. Junto a ella, Eden y Mekhi se aferran el uno al otro horrorizados. Cuando Jaxon y Flint corren hasta Remy, pierdo las pocas fuerzas que me mantenían en pie.

—Grace, tiene una hermana pequeña —me dice Remy, y me mira con los ojos muy abiertos—. ¿Cómo coño se lo voy a explicar a su hermana?

Las lágrimas se me agolpan en los ojos al instante, y lo que más ansío en este momento es dejarme caer al suelo junto a él, y consolarlo mientras todo su mundo se desmorona, tal y como Heather me consoló cuando me pasó a mí. Pero estamos rodeados de cientos de lobos y vampiros. Son tantos que no sé cómo lo vamos a hacer para no acabar en la hierba, junto a Calder. Nos superan en número y, además, estamos devastades por la pérdida de nuestra amiga.

Entonces Remy suelta un grito tan desgarrador y lleno de angustia que se me parte el alma en dos.

Mientras ríos de lágrimas le recorren la cara, estira los brazos hacia delante con otro grito y lanza una ola tras otra de poder a nuestro alrededor, hacia todas partes, y todo enemigo que estuviese a menos de cien metros de distancia cae al suelo, retorciéndose de dolor. Remy no baja los brazos hasta que los gritos de nuestros enemigos acallan los

suyos propios; y no es hasta entonces que permite que los cuerpos de los soldados se desplomen sobre la hierba. Unos cuerpos sin vida.

Vuelve a rodear a Calder con los brazos, y la mece contra su pecho.

Ahora tenemos algo más de tiempo gracias a Remy, pero hay otros miles de soldados que vienen directos hacia nosotres. Y es más que evidente que, ahora mismo, Remy está demasiado débil para atravesar la última barrera.

Cyrus ha ganado.

161

¡Chas! y aparezco a tu lado

No sé qué hacer. No sé cómo sacarnos de este lío, ya no. Calder ha muerto. Jaxon está herido. Remy está en el suelo, destrozado por el sacrificio de su amiga. Y las masas viles de Cyrus se apelotonan a nuestro alrededor.

Nos colocamos en círculo como ya hemos hecho tantas veces antes; con la espalda en dirección al centro para poder protegernos les unes a les otres a la par que nos enfrentamos a cualquier cosa que se nos venga encima.

Y ahora mismo es demasiado. Sin importar a cuántas personas nos enfrentemos, sin importar a cuántos paranormales matemos, siempre habrá más que ocupen su lugar. Más y más y más.

No tenemos nada que hacer.

Pero, por encima de eso, no queremos rendirnos. No queremos que gane Cyrus. No cuando ha demostrado lo malvado que es una y otra vez. Y no cuando ya hemos perdido a tanta gente. No podemos permitir que sus muertes sean en vano.

Aunque, cuando otro enjambre de vampiros se abalanza sobre nosotros enseñando los colmillos y con los dedos en forma de garras, no sé cómo vamos a derrotarlos. Cómo vamos a salir de este embrollo. No cuando un aquelarre de brujas les pisa los talones.

Me preparo, comienzo a convertirme en piedra, aunque esté aterrada por lo que les pueda pasar a Macy, a Dawud y a los demás. En esta nueva ola hay muchísimos vampiros (unos ciento cincuenta o ciento sesenta), y de ninguna manera vamos a poder acabar con ellos.

Los vampiros atacan como uno solo, se abalanzan sobre nosotros, y yo contengo la respiración, esperando a que me claven los dientes.

Pero sus fauces ni siquiera se acercan. No asestan ni un golpe. Porque Hudson extiende una mano y, en lo que va de un latido a otro, los desintegra.

—No tenías por qué hacerlo —comienzo, aunque ni siquiera me escucha.

Está centrado en el aquelarre brujo que está a punto de atacarnos y en la manada de lobos que lo sigue. Y la enorme bandada de dragones que ahora mismo planea sobre nuestra cabeza.

Una parte de mí espera que lo haga sin más. Que los desintegre a todos sin darles oportunidad, o elección. Pero, en vez de eso, espera hasta que están cerca, hasta que las brujas nos miran a los ojos mientras sus hechizos nos rodean, antes de meterse en sus mentes. Y después, cuando están tan cerca que prácticamente puedo sentir su aliento en el rostro, cierra el puño. Y las destruye a todas mirándolas cara a cara. Por Calder.

Se cae sobre una de sus rodillas, el sudor le moja la frente y respira con dificultad.

—No —susurro—. No puedes.

Vale, sé que no importa lo que le diga. Es el final de la partida y estamos perdiendo. La opción nuclear es la única que nos queda.

Son nuestras vidas o el alma de Hudson. Y él ya ha tomado la decisión imposible por nosotres.

162

Perdiéndolo todo, menos el hilo

Observo la carnicería que nos rodea y no puedo evitar pensar que estamos de mierda hasta el cuello. Pero somos demasiado cabezotas para admitir que tenemos las de perder.

Bueno, podemos seguir luchando un rato más. Y, si aguantamos, pueden pasar dos cosas: O bien morimos de une en une, o bien Hudson acaba matando a todo enemigo que haya ahora mismo en el campo de batalla y, al hacerlo, perderá su alma para siempre.

Y cualquiera de esas dos posibilidades me resulta inaceptable.

Son mis amigues, mi familia. Las personas que me han seguido hasta esta batalla. No pueden fallarme las fuerzas a la hora de defenderlas. No puedo dejar que pierdan la vida por mi cabezonería.

Otra ola de lobos se acerca a nosotres, y me preparo para el ataque... o para que Hudson los desintegre a todos y cada uno de ellos. Pase lo que pase, no podré evitarlo. No desde

aquí, donde estoy espalda con espalda con el resto, mientras esperamos a ver qué sucede ahora.

Estamos cerquísima del campo de fuerza de Cyrus (a unos quince o veinte metros de distancia) y una parte de mí quiere arriesgarse y salir corriendo. Una parte de mí quiere gritar: «¡A tomar por culo!», asaltar esa cúpula y hacerle pagar por todo lo que ha hecho.

Es un gran sueño, pero es solo eso, un sueño. Porque, aunque llegue a recorrer esos veinte metros, no cambiaría nada.

Con Remy exhausto como está, ni de coña vamos a poder atravesar la cúpula de Cyrus. Y, si no superamos esa cúpula, entonces ni de coña podremos detenerlo. Nos quedaremos en este campo matando a gente (o muriendo) para siempre.

Pues eso, de mierda hasta el cuello.

Entonces llega el siguiente ataque de las brujas, cuyos hechizos vuelan por los aires. Hudson las desintegra sin pensárselo dos veces, pero esta vez puedo ver cómo se le estremece todo el cuerpo cuando cae de rodillas al suelo. Y aprecio asimismo cómo carga sobre los hombros con el peso de lo que acaba de hacer. Ese peso lo debilita, lo encoge, y lo hace sufrir como no creo que nadie haya podido, o vaya a poder, hacerlo nunca.

Justo este pensamiento es el que me ayuda a decidirme; el que hace que baje los brazos, que me aleje de mi familia, y que vaya directa hacia Cyrus. De una forma u otra, esto tiene que acabar.

De una forma u otra, voy a ser yo quien le ponga fin.

—¡Grace! —me llama Hudson. Puedo distinguir el desconcierto y la preocupación en su voz. No obstante, no

puedo volverme. No puedo asegurarle que todo va a ir bien. Si lo hago, Cyrus sospechará, y es lo que menos quiero ahora mismo.

Así que sigo caminando, y no pierdo la fe mientras recorro los metros que me separan del círculo de piedra en un par de segundos. Según avanzo, me percato de que el cielo está más claro, y que la superluna de sangre que brilla sobre mi cabeza es cada vez más grande.

Lo siento como una premonición, una promesa, pero decido pasar del nudo que se me forma en el estómago.

Veo que el enorme claro en el que estamos se extiende a ambos lados y está hasta arriba de miles y miles de seres paranormales; y tengo delante de mis narices la cúpula más grande de todas.

A medida que me acerco a Cyrus y al altar que ha montado en mitad de su especie de pequeña utopía de piedra, toda esta situación me devuelve a rastras a mi primera semana en el Katmere: cuando Lia me ató a un altar e intentó convertirme en un sacrificio humano para resucitar a Hudson, el amor de su vida. Sé que no entra en los planes de Cyrus invocar a Hudson esta noche, pero mentiría si dijera que no me da un poco de cosa que decida que un sacrificio humano sea justo lo que necesita para darle algo de vidilla al asunto.

Pero eso seguro, segurísimo, que no va a ocurrir. Eso ya lo he pasado, no necesito una camiseta ni volver a vivirlo.

Estoy en el borde de la cúpula, y en el campo cada vez más gente se ha dado cuenta de que se avecina algo gordo. Me esfuerzo al máximo por pasar de las miradas, si bien cuanto más me acerco a la estructura de piedra, más gente

(y miradas) hay. Y entonces tengo a Cyrus justo delante de mí.

—Vaya, vaya, vaya, mirad quién ha llegado —dice, y proyecta su voz por todo el claro de forma espeluznante, una voz que resuena por el cielo teñido de rojo sangre—. Grace Foster. ¿Has venido a echarme una mano en la celebración de mi gran noche?

—He venido a entregarme. —Las palabras casi se me atragantan en la garganta, pero he de pronunciarlas. Es la mejor decisión.

—¡No! —grita Hudson, y debería habérseme ocurrido que gracias a su sentido del oído vampírico puede oír lo que estoy diciendo incluso estando tan lejos de mí—. Grace, para.

Ni siquiera lo miro, ni a él ni a mis amigues. No puedo, no si quiero mantenerme firme en mi decisión.

He de mantenerme firme.

—Disculpa, Grace. —Cyrus se burla, y su voz retumba por todo el claro—. ¿Podrías repetir lo que has dicho? Me ha parecido oír no sé qué de que has venido a rendirte.

Se me ocurre una idea a la desesperada que quizá, si tenemos suerte, pueda funcionar. No nos dará la victoria que nos merecemos, pero podría salvarles la vida a mis amigues. Solo hará falta que Cyrus sea como es: un ególatra mentiroso y traicionero. Bueno, eso y que a mí no se me note que le estoy mintiendo a la cara. Y es esa segunda condición la que hace que me tiemble un poco la voz.

—Justo eso. Es cierto que, antes de hacerlo, quiero proponerte un trato. —Lo miro directamente a los ojos, y

dejo que vea lo devastada que me siento.

—¿Un trato? —Enarca una ceja—. ¿De verdad te crees que estás en posición de proponerme un trato? Poco ánimo de lucha les queda a tus amigos y, por lo que veo, a ti no te queda ni una pizca. Entonces ¿por qué haría un trato contigo si en un ratito estarás muerta, o volverás a mi mazmorra como prisionera?

Escucharle pronunciar mis peores temores los materializa en mi interior, y se me retuercen en el estómago como serpientes histéricas. Paso de esa sensación, y hasta me trago la bilis que me sube por la garganta, quemándome el esófago. Respondo:

—Tengo cierta información que deseas.

Cyrus retrocede ante mis palabras sorprendido. Lo he desconcertado, y puede que haya sembrado la semilla de la curiosidad en su interior. Cuando ladea la cabeza para analizarme, sé que está intentando decidir qué es lo que sé; y también si de verdad ansía tanto saberlo para aceptar un trato o no.

Al final se impone la curiosidad.

—¿Qué información podrías llegar a tener tú que pudiera interesarme? —pregunta manteniendo el mismo tono de antes. Sin embargo, percibo en sus ojos muchísimo más recelo, al tiempo que su voz resuena por el valle—. Estoy a punto de convertirme en un dios.

Cuando lo anuncia, la multitud de seguidores que rodea la cúpula se vuelve loca. Los vítores de euforia retumban por el claro; los brazos inundan el cielo; y se oyen tantísimos silbidos y gritos que apenas puedo oír mis propios

pensamientos. Y eso no me aterra ni un poquito, en absoluto.

Ha de pasar más o menos un minuto hasta que los gritos de la multitud se acallan lo suficiente para que pueda volver a tomar la palabra. Pero, cuando por fin el murmullo se apaga, miro a Cyrus directamente a los ojos y le miento.

—Acabo de volver de casa de la Anciana, y solo puedo decirte que yo en tu lugar me andaría con mucho cuidado.

Por un instante Cyrus se queda helado ante mis palabras. Entrecierra los ojos, y permanece tan quieto que no sé ni si está respirando. Entonces parece recuperarse y les hace un gesto con la cabeza a dos guardias que están dentro del círculo, cerca de él, y que llevan la misma armadura que Cyrus para protegerse de la magia. Los dos guardias corren hacia mí y me cogen por los codos.

Cuando me tienen bien sujeta, con mi frágil cuello en manos de la Guardia de élite, el resto de mis amigues se rinde también, y los soldados corren a apresarles. Remy crea su propio campo de fuerza alrededor del cuerpo de Calder y, después, se entrega.

En el momento en el que Cyrus se asegura de que ya no somos una amenaza, mira a las brujas que quedan en el último campo de fuerza y les hace un gesto con la cabeza. Unos instantes después la cúpula eléctrica que rodea a Cyrus cae.

Gracias, Dios mío.

Estamos un paso más cerca de acabar con toda esta mierda y, ahora mismo, es lo único que me importa.

Lucho por mantener un gesto de indiferencia, y hasta intento proyectar algo de miedo (cosa que no es muy difícil

ahora mismo, la verdad), y soporto que los guardias de Cyrus me arrastren ante su señor como si fuese una criminal, mientras sus esbirros sueltan gritos de júbilo en el campo de batalla.

Pero, cuando me acerco a Cyrus, veo pura desconfianza en sus ojos, y se me cae el alma a los pies. Que el plan salga bien depende de que el rey vampiro se trague la mentira que le he soltado. Supongo que un hombre que ha traicionado a todo aquel con el que se ha aliado no puede evitar suponer que todo el mundo estará esperando el mejor momento para hacerle lo mismo.

Y tengo que ser precavida en mis actos. Tiene que ser él quien venga a mí, quien me pregunte lo que sé. Si me veo obligada a contárselo sin que él me lo pida... sabrá que le estoy mintiendo.

Estoy más preocupada de lo que estoy dispuesta a admitir, y observo el curioso altar que ha montado en plena naturaleza de Alaska. Izzy se encuentra junto a una de las piedras más grandes.

—¿Has vuelto a ver a mi madre? —pregunta, y es tal el interés que destila su voz que Cyrus se vuelve para observar a su hija estupefacto.

—Sí —le digo, y entonces se me quiebra la voz. Porque, ahora, la mentira es mil veces peor. Decirle a Cyrus que la Anciana está desolada por la pérdida de su hija es una cosa, pero decírselo a la propia chica es otra muy distinta.

Izzy nos juró que pasaba olímpicamente de su madre y que no quería saber nada de ella, pero aun así es difícil utilizar a la madre de alguien como arma arrojadiza..., aunque no vaya a hacerlo contra dicha persona.

—Pero, bueno, querida. —Cuando habla, a Cyrus se le nota muchísimo el acento británico—. ¿Qué te han contado mis vestigios? Al parecer, Isadora también quiere saberlo.

—Creo que tú necesitas saberlo más que ella —contesto —. La Anciana te ha mentido.

—¿Ah, sí? —Nunca ha sonado tan entretenido como ahora, pero algo en sus ojos me dice que me está escuchando. Más que eso, se está replanteando todo lo que la Anciana le ha dicho a lo largo de su vida.

Y no me sorprende, la verdad. Claro que Cyrus se puede plantear que la Anciana lo ha traicionado. Es algo que él haría, o ha hecho, un millón de veces.

—Vale, y ¿qué es eso en lo que afirmas que esa vieja bruja me ha mentido? Porque lo último que sé de ella es que suplicaba por quedarse en la Corte.

La multitud se echa a reír (hasta las mujeres), y se me cae el alma a los pies por la indignación. ¿Cómo es posible que la gente no vea cómo es en realidad? Mejor dicho, ¿cómo es posible que se diviertan con su crueldad? Denigrar a una persona no es gracioso, y menos si esa persona no está delante para defenderse.

La Anciana no es mi persona favorita en el mundo ni de lejos, pero, mientras Cyrus sigue imitando a la mujer y complace a su público, deseo con todas mis fuerzas que la bruja se presente aquí y lo destroce. Nadie debería hablar de la madre de uno de sus hijos de esa forma, y mucho menos delante de la hija que tienen en común.

—Me da que ya sabes todo lo que necesitas saber. Aunque supongo que debo advertirte de que hay mujeres a las que no les sienta bien que les roben a sus hijas. —Le

lanzo la sonrisa más fría y calculadora que puedo crear (cosa que no me cuesta nada, porque he aprendido viéndole a él), y añado—: Así que supongo que es hora de que me vaya.

Me vuelvo para marcharme, y me revuelvo para liberarme de los guardias, pero solo he podido dar un paso o dos antes de que Izzy diga:

—No sé, papá. Grace es una santurrona, no me la imagino mintiendo.

—Vale —conviene Cyrus, e intenta proyectar una actitud tolerante, pero sé que ha mordido el anzuelo. Ahora solo tengo que recoger el sedal. Se dirige hacia mí, y me ordena —: Cuenta lo que has venido a contar.

—Me encantaría, sin embargo, creo que primero tenemos que llegar al acuerdo que te había mencionado.

—¿Dinero? —pregunta él con desprecio. Después observa a la multitud con expresión de resignación—. ¿Por qué siempre quieren dinero?

La multitud me abuchea e insulta, mientras yo me devano los sesos decidiendo qué es lo que debo decir.

—En realidad, lo que quiero es protección para mis amigues y para mí. Prométeme que tú y tus soldados no vais a hacernos daño ni a matarnos, ni ahora ni nunca, y yo te contaré todo lo que la Anciana me ha dicho sobre el altarcito este que te has montado.

—¿De verdad vas a perder esta oportunidad por los inútiles de mis hijos y por un par de parásitos sarnosos?

—Sí —afirmo sin más—. De verdad. —Porque, si añado algo más, verá lo enfadada que estoy por las palabras que

ha empleado para referirse a mis amigues. ¿Quién coño se cree que es para hablar así de elles?

—Como quieras —acepta, y se acerca con paso lento y acompasado—. Tenemos un trato.

Extiende la mano para estrecharla con la mía, y en el momento en el que nuestras palmas se encuentran, un nuevo tatuaje surge entre chispas: esta vez es una luna del color de la sangre.

Al verlo, no puedo evitar pensar en cuántos tatuajes tengo ya; todos y cada uno de ellos, menos el de Remy, representan un trato que he hecho con un tipo diferente de diablo. Deseo con todo mi corazón que esta sea la última vez que tenga que hacerlo.

—¿Y bien? —me exige Cyrus impaciente—. ¿Qué te ha dicho esa vieja zorra sobre la piedra divina?

—Nada —respondo, y disfruto un montón con la mirada de rabia que le brilla en los ojos ahora que sabe que le he ganado—. No me ha contado nada de nada.

—Serás... —Cyrus se abalanza sobre mí, y sé que mi mentira me traerá consecuencias.

163

Rebelaos ante el dios máquina

Cyrus aterriza ante mí a toda velocidad, con una expresión salvaje y una mano con las garras preparadas para abrirme la garganta; tanto es así que ni siquiera tengo tiempo de gritar.

Pero entonces parece controlarse, niega con la cabeza y baja la mano. Seguramente el contrato mágico que acabamos de sellar con tinta esté haciendo efecto. Suspiro de alivio.

Contemplo cómo van arrastrando a mis amigues a la plataforma, une detrás de otre.

Cuando uno de los guardias me agarra y me ata, me doy cuenta de que todos los guardias que acompañan a Cyrus en el círculo (y no solo la Guardia Vampírica) llevan la misma armadura que repele la magia. Aunque tampoco es que Hudson ni Jaxon vayan a atacar ahora que mi vida está en las manos de este hombre, sobre todo desde que ha sacado un cuchillo y lo tiene presionado contra mi yugular.

Me planteo durante un instante convertirme en piedra maciza para así concederle a Hudson algo de tiempo para desintegrar la máquina. Sin embargo, en cuanto les echo un vistazo a los pilares, que también están revestidos de la armadura antimagia, me pregunto si acaso habría funcionado nuestro plan de destruirla. He hecho un trato con Cyrus para que nos perdone la vida. Puede que sea la mejor salida que nos quede a estas alturas.

Vislumbro a Izzy, que está apoyada sobre un pilar cerca de Delilah mientras contempla toda la situación con una expresión de aburrimiento, aunque ha cerrado las manos en puños. Por otra parte, la reina vampiro parece que esté a punto de conseguir todo lo que siempre había deseado y una sospecha hace que se me erice el vello de la nuca.

—No teníamos por qué acabar así, ¿sabes? —digo dándome la vuelta hacia Cyrus—. Le pediste a Delilah que nos contara tus planes, ¿verdad?

—Por supuesto. —Me mira como si fuera tonta—. Estáis aquí porque yo así lo he querido. Todo lo que he hecho ha sido con esto en mente. Solo que eras demasiado ignorante para descubrirlo. Pecas de predecible, Grace, y tengo que darte las gracias. Me has puesto las cosas mucho más fáciles.

Sus palabras me dejan sin aire en los pulmones, pues confirman mis sospechas.

«Hemos caído en otra trampa.»

Lo que es peor, yo misma he hecho que vayamos hasta la trampa. Y todo este tiempo he pensado que por fin iba tres pasos por delante. Que en esta ocasión, por una vez, le

sacábamos ventaja a Cyrus. No puedo evitar preguntarme desde cuándo lleva planeando su venganza.

La Sangradora dijo que él habría sabido quién era yo en realidad al morderme en el campo del Ludares. ¿Lleva conspirando desde entonces? ¿Me caló solo con echarme un vistazo fugaz? Soy imprudente. Me precipito. Reacciono cuando tendría que estar recapacitando.

Y cuando ha estado claro que íbamos a perder, me he rendido de forma impulsiva, y he caído de lleno en la trampa de Cyrus. Pensaba que mientras no matara a mis amigues, todo saldría bien. Pero mientras los guardias les arrastran por el borde del círculo interno, me pregunto si les habré arrebatado la elección de morir peleando.

Le he puesto a mis amigues en bandeja y, lo que es peor, eso quiere decir que se convertirá en dios. En ningún momento se me ocurrió que, si nos limitábamos a mantenernos al margen, Cyrus acabaría cayendo por cuenta propia.

—Has venido, como siempre haces, Grace. Parece que no puedes evitarlo. Todo lo que tuve que hacer fue plantar la semilla con Marise, que os contara que les estaba arrebatando la magia a los alumnos, y no pudiste esperar a hacerte la vengadora y venir a rescatarlos, ¿a que no? Y de esta forma me has entregado justo lo que quería: a ti. Lo cual a su vez me ha concedido la piedra divina. Por supuesto que sabía que estarías tan segura de ti misma que, si te enterabas de cuáles eran mis planes para hoy, intentarías detenerme. Todas y cada una de las veces que has pensado que alguien estaba en peligro, has venido corriendo; ¿me equivoco, Grace?

Tiene razón. Lo he hecho. Sin dudar siquiera. Incluso cuando sabíamos que solo éramos diez contra un ejército de diez mil. Incluso cuando supe que el Ejército Gargólico no nos guardaría las espaldas. Aun así he venido. Y me he traído a mis amigues conmigo.

Mi mirada pasa de Jaxon a Eden, Mekhi y Dawud, de Macy a Flint, Remy y Hudson. Y con cada mirada con la que me encuentro, me crezco un poco. Porque lo que vislumbro brillando en sus ojos no es furia ni traición, ni siquiera remordimientos. Es orgullo. Un orgullo inquebrantable.

Pues sí, he venido y he traído a mis amigues conmigo... porque soy su corazón. Mi corazón de piedra gargólico no conoce otro camino, y elles me quieren y me siguen por eso mismo. Lo que Cyrus ve como mi mayor debilidad es la razón por la que tengo gente que siempre me cubrirá las espaldas. Y eso es algo que el rey vampiro, quien gobierna a base de miedo y metas egoístas, jamás comprenderá.

—Es cierto —corroboro. Ahora se ha colocado frente a mí y mientras lo miro a los ojos (y después de arriba abajo) ni me corto en hacerlo entender que no está a mi altura. Me siento envalentonada por nuestro contrato, así que respiro hondo y le digo qué es exactamente lo que nos hace tan diferentes—. Tienes razón. Siempre acudiré. —Me cuadro de hombros y alzo el mentón—. Pero no me avergüenzo de quién soy. Soy una persona que jamás se acobarda. Que no hará la vista gorda. Cada vez que intentes arrebatarle algo a alguien más débil que tú, yo estaré ahí. Porque soy la reina gárgola y es un honor para mí proteger de tu maldad a aquellos que estén indefensos. Siempre vendré. Porque eso es quien soy y es lo que me corre por las venas.

»Tú eres un monstruo, un rey que no tiene consideración alguna por sus súbditos y se tiene en muy alta estima. Un hombre que quiere todo el poder que pueda conseguir, pero jamás sabrá lo que es ser poderoso de verdad. Y yo soy una gárgola, la defensora de los inocentes, protectora de los indefensos. Por lo que, mientras viva, jamás conocerás la paz.

Pasan varios segundos mientras me mira como si no supiera si ha oído bien o, más bien, como si no pudiera creerse que tenga las agallas de hablarle de esa forma.

Y puede que la antigua Grace, la que se plantó en el instituto Katmere hace no tantos meses, destrozada y sola, jamás se hubiera atrevido a decirle esto. Pero han pasado unos meses muy largos y ya no soy esa chica, jamás volveré a serlo.

Niega con la cabeza, casi parece apenado mientras contempla el campo de batalla.

—Si de verdad eres la reina gárgola... —Abre mucho los brazos—, entonces ¿dónde está tu ejército, eh? ¿O es que ya saben lo mismo que yo? Que eres débil. Que sacrificarías a cada uno de ellos para salvar a tus queridos amigos.

Doy un respingo al recordar el día que le dije a Chastain que escogería a mi compañero por encima del Ejército sin dudarlo. Parece que fue hace siglos.

Mis ojos buscan a Hudson, a quien uno de los guardias ha conseguido empujar hasta uno de los pilares que tengo delante.

Una sonrisa se me dibuja en los labios cuando veo su familiar rostro, cuando atisbo tal amor y aceptación brillándole en los ojos. No hace mucho me dijo que algún día

tendría que elegir entre mi pueblo y él, entonces mi compañero comprendía lo que yo veo por fin.

Le doy un apretón a nuestro vínculo de compañeros y después me vuelvo de nuevo hacia Cyrus.

—Sacrificaría al Ejército por cualquiera de mis amigues, tienes razón, Cyrus. Pero la cuestión es que eso es lo que quiere mi gente que haga. Es lo que somos. Somos protectores. Y es un honor morir protegiendo a los necesitados. De hecho, mis amigues darían su vida por el Ejército si fuera necesario. En eso consiste el honor. En eso consiste el amor. En sacrificarnos por aquellos que más nos necesitan. —Contemplo el campo lleno de paranormales y continúo—: Y el Ejército Gargólico se sacrificaría por cualquiera de los aquí presentes si los necesitaran. Existe otro camino diferente al que os conduce Cyrus. El Ejército también será vuestra voz. Encontraremos la forma de que los humanos y los paranormales vivan codo con codo, os doy mi palabra.

Aunque, cuando vuelvo a mirar a Cyrus, me doy cuenta de que me he pasado de lista.

Antes Cyrus estaba dispuesto a arriesgarse a que viniera el Ejército, porque creo que una parte de él pensaba de verdad que jamás seguirían a una «cría» como yo. Pero ahora percibo en sus ojos que no está dispuesto a arriesgarse más.

—¡Suficiente! —grita, la furia que tanto se había esforzado por no mostrar ante el resto de los paranormales brota de él como una marea—. ¡Atadlos a la máquina!

Abro mucho los ojos y jadeo.

—Pero, pero... —No sé cómo organizar mis pensamientos. Ni siquiera sé qué quiere decir con eso de atarnos a la máquina, pero sé que no puede ser bueno—. Tenemos un trato, no puedes hacernos daño a ningune.

La sonrisa que esboza en su rostro se desliza como una serpiente y hace que me corran escalofríos por la espalda.

—Mi querida Grace, solo necesito tu poder para activar la piedra divina. No te voy a hacer daño. Solo te convertirás en humana cuando drene hasta la última gota de tu poder.

164

Lo que no nos (m)ata nos hace más fuertes

—Grace, no sirve de nada luchar —dice Cyrus—. Las cosas iban a acabar así, hicieras lo que hicieses. Sabía que vendríais y he dejado que lucharais contra mis soldados hasta cansaros. ¿De verdad te pensabas que no podríamos haberos machacado en cuanto habéis puesto un pie en este claro? Pero todo es mucho más fácil cuando tu enemigo pierde las ganas de luchar.

Horrorizada, veo que cada une de mis amigues está atade a una de las columnas de metal. Una correa de cuero les rodea los hombros, otra la cintura, y tienen una tercera alrededor de las piernas. Al ver que Hudson intenta desintegrarlas y no lo consigue, una idea terrible se me viene a la cabeza.

Lo más probable es que el creador del metal al que estamos amarrades, y seguramente también de toda la máquina, sea el Herrero. Y tal como pasó con las cadenas que mantenían encerrada a la Bestia Imbatible (a Alistair),

no pueden romperse con magia. Solo podrán abrirse con una herramienta elaborada por el mismísimo Herrero.

Pero, aun así, mis amigues siguen forcejeando para liberarse. O bien todavía no se han dado cuenta de este hecho, o bien están decidides a superar esa magia, como lo estuvo la Bestia Imbatible (Alistair, mejor dicho).

Macy lanza hechizo tras hechizo, pero ninguno funciona; Jaxon hace temblar todo el suelo que nos rodea, en un intento por hacer caer los pilares, aunque su plan no surte efecto; Flint está tirando de las correas como si pensara que va a poder romperlas con la fuerza bruta; y Remy está quieto como una estatua, y sé que eso significa que está pensando en qué hacer para destruir las columnas.

Mekhi y Dawud también forcejean, pero sin éxito.

Al observarles, empieza a darme vueltas la cabeza mientras intento buscar una forma de ayudar. Trato de usar mi magia de la tierra para coger las raíces subterráneas y tirar de ellas hacia la superficie. Sin embargo, en cuanto la punta de la primera raíz brota del suelo y sube trepando por la plataforma, noto la punta del cuchillo que tengo en el cuello hundirse más en mi carne mientras el guardia que lo sujeta me grita: «¡Para!».

Tengo el cuchillo muy pero que muy cerca de la yugular y por un instante me planteo la posibilidad de, aun así, seguir luchando. A ver, no es que quiera morirme, no quiero, en serio. Pero la máquina tiene otras tres columnas más, y tengo clarísimo que Cyrus planea colocarme en una de ellas. Si no me tiene a mí, si no puede utilizarme para alimentar esa mierda, sea lo que sea la máquina, entonces quizá tengamos otra oportunidad de detenerlo.

En efecto, los guardias empiezan a arrastrarme hasta el pilar, y comienzo a resistirme con todas mis fuerzas. No obstante, mientras forcejeo, Hudson grita mi nombre; cuando lo miro, me observa con una súplica en los ojos que no puedo pasar por alto. «No lo hagas —me dice con la mirada—. Encontraremos otra solución, por mucho que nos cueste.»

No puedo abandonar a Hudson, otra vez no. Así que dejo de forcejear, ni siquiera me revuelvo cuando me atan a la columna. En cambio, concentro todas mis energías en intentar elaborar un plan con el que sacarnos de este puto desastre.

Entretanto, Cyrus hace la que quizá sea la cosa más propia de Cyrus que le hayamos visto hacer en la vida. Se vuelve hacia Delilah e Izzy, y les grita a los guardias que las apresen a ellas también.

Delilah se defiende con uñas y dientes (tanto que para someterla hacen falta tres guardias); pero Izzy observa a su padre fijamente, sin pestañear, mientras se la llevan a rastras.

Y Cyrus se limita a negar con la cabeza.

—Hija, no era mi intención ponerte en esta situación, pero la mantícora ha dejado un puesto vacante. Y quizá habría elegido a otra persona para ocuparlo si no hubieses decidido utilizar tus habilidades con los cuchillos para traicionarme. Tú ya sabes lo que opino de la traición.

Cyrus mira el reloj, tan eufórico que le brillan los ojos, y sé que se nos ha acabado el tiempo. Tiene la luna de cara, y nosotres a las espaldas, pero por la emoción que veo en su rostro sé que el eclipse lunar debe de estar justo encima de

nosotres. El rey vampiro está de pie frente al altar, esparciendo arena negra que ha sacado de un bolsito en un círculo que hay sobre la superficie de piedra; entonces se lleva la mano al bolsillo de la camisa, saca la piedra divina y la deja en el centro del círculo. La piedra se eleva, como si colgara de un hilo, y flota a unos treinta centímetros del altar.

Asombrada a la par que acojonada, observo cómo la tierra por fin se coloca en su sitio y la luna emite un rayo de luz perfecto, rojo como la sangre, que recorre el altar. Como las agujas de un reloj, la luz se mueve poco a poco hasta que llega a la piedra divina.

En cuanto la luz de la luna se encuentra con la piedra, esta cobra vida. La superficie emite un resplandor rojo y anaranjado, y empieza a girar, cada vez más rápido, hasta que su luz baña todo el altar.

Cyrus, como si fuese un déspota que recibe la mayor de las devociones por parte del universo, levanta la cara hacia la luna y deja que los rayos le bañen el rostro. Entonces levanta las manos hacia el cielo y oigo un chisporroteo antes de que el repentino estruendo de un rayo caiga en uno de los pilares de piedra. Flint grita, y me vuelvo para ver que el rayo ha encendido la placa de metal, que ahora emite un brillo incandescente.

«Joder, madre mía. ¿Cómo ha podido hacer eso? ¡Si teníamos un trato!»

Y, mientras veo a Flint retorcerse de dolor, el horror se adueña de mi estómago. El rayo no está haciéndole daño, pero sí le causa dolor. No tiene la piel chamuscada, tampoco moratones ni ninguna marca que confirme que el rayo le

está provocando herida alguna. Pero lo está torturando, quemando la magia que le corre por las venas y llevándola hasta la placa de metal incandescente.

Otro rayo cae de lleno en la placa de metal de Macy, y mi prima suelta un buen chillido.

Cuando los gritos se transforman en sollozos y gemidos entrecortados, me tiembla todo el cuerpo. Tanto por lo que le está pasando a mi prima, y al resto, como por lo que está a punto de pasarme a mí.

Cyrus sigue invocando más rayos, sin un segundo de respiro, y estos caen en un pilar tras otro. Cuando llega mi turno, casi siento alivio al poder dejar de centrarme en el terror de mis amigues. El dolor es casi insoportable, y es como si cada célula de mi cuerpo estuviese en llamas; grito hasta que me quedo afónica. Incluso así, Cyrus sigue lanzándonos un rayo tras otro.

De pronto los pilares del cerco externo del círculo de piedra se elevan en el aire y empiezan a girar a nuestro alrededor. La luz de la piedra divina los sigue hacia los cielos y parece que las piedras están envueltas en llamas: el intenso resplandor rojo cae sobre Cyrus, y lo baña con su mágico brillo rojizo.

Y todo el mundo observa (algunos con júbilo, otros con horror), cómo un monstruo se convierte en un dios.

165

Dioses falsos
y monstruos muy reales

Cuantos más rayos caen sobre el metal a mis espaldas, menos dolor siento. Los sollozos me llegan vagamente a los oídos mientras me dejo caer contra las ataduras que me mantienen en posición vertical. Y cuando las ganas de seguir luchando me abandonan el cuerpo poco a poco... también lo hace mi magia.

Siento que la máquina tira de ella, la atrae hacia los pilares de piedra que circulan sobre nuestra cabeza, y la piedra divina se la entrega a Cyrus. Sé que debería rebelarme contra ello. Que no debería rendirme y dejar que se salga con la suya. Pero ¿acaso no es eso lo que hacen aquellos que quieren robar el poder de otros?

Te desmoralizan hasta que crees en ellos, hasta que las mentiras que te cuentan tienen mucho más sentido que cualquier verdad que conozcas. Hasta que estás tan desolado (tan hecho polvo) que les dejas arrebatarte lo que les venga en gana porque no tienes la energía ni las ganas

de seguir aferrándote a ello. De seguir luchando cuando todo parece no tener sentido.

Cyrus es un experto en eso, he visto lo que les ha hecho a Izzy y a Delilah, lo que trató de hacer con Hudson. Y todo para obtener más.

Cyrus está cada vez más colmado de poder, hasta que empieza a gritar como si le ardiera la piel, cosa que hace que me corran escalofríos por la espalda. Grita y grita y, por mucho que odie a este hombre, empiezo a sentir compasión por él. Por suerte los gritos solo duran un minuto y el fuego que le lame la piel se solidifica hasta convertirse en una cáscara de ceniza negra resquebrajada que lo recubre por completo.

Se hace el silencio por la pradera mientras todos contemplamos el lugar en el que antes estaba el rey vampiro. La luz de la luna pasa a la piedra divina de largo lentamente y, cuando lo hace, los pilares dejan de arder y se deslizan hasta su posición original en el suelo. Al final solo se aprecia la luna normal, redonda, que baña con su luz benigna la plataforma y la ceniza que apresa el cuerpo de Cyrus como si fuera una estatua.

No hay tiempo para celebrar que la piedra divina no haya funcionado como Cyrus esperaba antes de que su figura empiece a temblar, que se abran pequeñas grietas en la ceniza y mane la lava naranja para caer por sus costados.

Y de repente, con un silbido, la cáscara explota y Cyrus vuelve a aparecer. Vivo. Respirando. Un dios, con toda probabilidad.

Al principio nada parece diferente. Nada parece ir mal. Ni siquiera luce un mechón de pelo plateado como el que me

estaba esperando (¡hola!, veo muchas pelis de superhéroes).

Comienzo a relajar los hombros. Quizá no ha ocurrido nada. Quizá todo vaya a salir bien.

Pero entonces empieza a crecer. A crecer. Y a crecer.

A nuestro alrededor la gente vitorea desde los campos de batalla. Celebran que su rey ha ascendido y su errónea creencia de que en cierta forma esto significa que ellos también.

Mientras lo contemplo, no puedo evitar pensar en el día en el que me gané el derecho a sentarme en el Círculo como reina gárgola. Ese día también aumenté mi tamaño, igual que lo está haciendo él ahora. Siempre pensé que era porque había combinado mis poderes con los de Hudson, pero ahora sé que seguramente se tratara de mi parte semidiosa, que se despertó con los poderes de mi compañero.

Me hace gracia pensar en lo ingenua que era por aquel entonces. En que no tenía ni idea de lo que me deparaba este mundo. Creía que perder a Jaxon y entrar en el campo del Ludares yo sola era lo peor que me podía pasar.

Y ahora parece cosa de críos.

Miro a mis amigues y jadeo: Hudson, Jaxon, Macy, Mekhi, Flint, Dawud, Eden, Remy. Todes cuelgan con languidez, las ataduras son lo único que les mantiene en pie. Están ensangrentades, heches polvo, derrotades en todas las formas que puede estarlo una persona.

No puedo contener el sollozo que se escapa de mi garganta. Mis amigues, mi familia, mi todo, y me han seguido hasta el final.

Casi me abruma pensarlo y un pitido en mis oídos ahoga el resto de los sonidos que me rodean. Un zumbido espantoso, como si la sangre del corazón me subiera hirviente a los oídos.

Un latido en mi cabeza que me dice una y otra vez que hemos perdido. Hemos perdido.

A casi todas las personas que quiero les han arrebatado la esencia de su ser para que otra persona pueda salirse con la suya.

Y no puedo hacer nada para detenerlo. Nada para cambiarlo. Me he esforzado mucho, lo he intentado con todas mis fuerzas. He hecho todo lo que sé, y aun así no ha sido suficiente.

Quizá nunca habría sido suficiente. Quizá es la lección que debo aprender de todo esto. A veces se gana, a veces se pierde.

Es solo que nunca pensé que perderíamos tan estrepitosamente.

166

Solo se reina una vez

Cierro los ojos con las pocas fuerzas que me quedan. No soporto ni un instante más ver a Cyrus regodearse mientras se vuelve hacia la multitud de sus seguidores y su ejército, y levanta las gigantescas manos para recibir todas sus alabanzas.

No puedo mirar.

Me lo ha arrebatado todo.

Lo siento en mi interior... El hilo de mi gárgola ha desaparecido. Mi vínculo con Hudson. Apagado, sin vida.

No me queda ni una gota de magia en el cuerpo.

Y por mucho que duela (y, joder, no tenía ni idea de lo mucho que me dolería), al imaginarme que mis amigues, quienes me han seguido hasta esta batalla, sienten lo mismo que yo ahora, una opresión en el pecho me deja sin aliento. Ni siquiera tengo fuerzas para mirarles a la cara. Ahora mismo no puedo asimilar ese dolor. Todavía no. Y quizá nunca pueda.

Así que me quedo aquí colgada, dejando que las correas de cuero hagan su trabajo; y los afilados bordes se me clavan en la piel, y me recuerdan que solo soy una humana.

Daría lo que fuera por encontrar la llave y librarme de estas correas, por poder marcharme arrastrándome con mis amigues e ir a lamernos las heridas.

Aun así, si mi teoría es correcta, si el Herrero ha creado estas correas, entonces daría igual si tuviese la llave o no. Ya lo viví en la Aethereum: de nada sirve luchar. Ese lugar te arrebatará lo que quiera del alma, y nadie puede hacer nada por evitarlo.

Aunque... no me lo arrebató todo.

Jamás tuve que pasar por las terribles pesadillas que sufrieron Hudson, Flint y Calder.

Algo me diferenciaba de ellos.

«Mi hilo de semidiosa.»

Ese pedacito de mí que heredé de mi madre. Y mi madre de la suya. Ese pedacito de mí que ha pasado de generación en generación: un poder arcaico que la magia del Herrero no puede reprimir.

Me remuevo bajo las correas.

Tal vez todavía tenga una oportunidad de salvar el mundo.

Miro en lo más profundo de mi interior, algo asustada por lo que pueda llegar a encontrarme, y allí está. Todavía emite ese brillante resplandor esmeralda. Está esperando a que reúna el valor suficiente para cogerlo y liberarlo.

Así que tengo dos opciones: quedarme aquí y permitir que Cyrus me quite todo lo que tengo, a mí y a las personas

que más quiero en este mundo, o coger mi hilo esmeralda y recuperar todo lo que nos ha robado.

Al final decidirme me resulta más fácil de lo que había pensado. Porque ni de coña pienso dejar que le haga daño a mi familia. Y ni de coña pienso dejar que me haga daño. Ya no.

Ese pensamiento me da el valor que necesito para hundirme en mi interior y coger el hilo esmeralda.

Varias descargas eléctricas me recorren la mano y encienden en llamas las terminaciones nerviosas de mi brazo. Me empieza a temblar la mano, y siento bajo el puño que el poder de mi hilo se remueve salvaje y lleno de vida. Pero no lo suelto. No puedo. Fluye con mi sangre a toda velocidad; enciende el oxígeno de mis venas, y me fallan las piernas.

Recuerdo que la tía Rowena me dijo que esta parte de mí, mi magia arcaica, estaría enfadada por llevar tantísimo tiempo encerrada en una caja, y mientras el hilo se mueve con frenesí en mi mano, diría que *enfadada* es quedarse bastante corta.

Las dos veces que cogí el hilo esmeralda a propósito, en el faro y en la cueva de la Sangradora, tenía un objetivo. Intentaba usar el poder. Para empujar el veneno por los hilos platino. Para controlarlo.

Pero estoy cansada de mantener encerrada esa parte de mí. Estoy harta de tener miedo de quien soy en realidad. Sé quién soy, y da igual lo poderosa que pueda llegar a ser, da igual lo mucho que pueda temer otra persona este poder... Yo no. Es parte de mí, y soy increíble. Toda yo.

Así que me aferro con más fuerza que nunca a mi hilo esmeralda. No para controlarlo, sino para que sepa que estoy aquí, y que estoy lista, que estoy preparada para aceptar esta parte de mí. Y, al apretarlo, juro que lo veo crecer.

Se me empieza a extender algo por el estómago, y siento un ligero mareo, como si estuviese mirando por el borde de un precipicio y el suelo estuviese muy muy lejos. Casi suelto el hilo, pero entonces recuerdo la sonrisilla de superioridad que tenía Cyrus en el rostro al saber que me había vencido.

Y aprieto la mano con más fuerza.

Dejo que me embargue esa sensación de caída, que me lleve adonde quiera llevarme. Y, al darle libertad, mi hilo esmeralda me envuelve la cintura y con cuidado me deja en el suelo. Justo al lado de una semilla verde esmeralda, de cuya dura cáscara mana el elixir lavanda de las Lágrimas de Eleos. Y del centro asoma una diminuta rama morada, y una hojita se abre mientras observo cómo busca la luz de la luna.

Es una imagen preciosa, y sin pensarlo aprieto mi hilo esmeralda de la emoción, y la ramita morada crece un poco más, y del fino tallo brotan otras dos hojas.

Es una sensación muy extraña, pero sé que es a esto a lo que se refería la Sangradora. Esta es mi magia de semidiosa, mi caótica herencia, y es preciosa. E intensa. Y poderosa.

Y, con un profundo y fluido suspiro, me rindo ante la promesa de todo lo que debería haber llegado a ser ese poder, de todo lo que debería haber llegado a ser yo, si no me hubiesen escondido esta parte de mí.

Mientras la electricidad empieza a recorrerme la piel, abro bien los brazos y permito que mi poder se adueñe de mí sin restricciones.

Y en ese momento la hoja se convierte en una ramita.

Y la ramita crece, hasta convertirse en una rama completa.

Y la rama se convierte en… todo.

La vida explota en mi interior, siguiendo las curvas y las líneas (los músculos y las venas) de mi cuerpo.

Las ramitas y las ramas se arrastran por todo el interior de mi piel.

Las hojas y las flores, un montón de flores todas distintas y espectaculares, me hacen cosquillas en los bordes de las arterias cuando todo florece en mi interior.

Cuando todo mi interior se convierte en lo que debía ser.

Bajo mis pies siento latir la energía de la tierra. Con historias. Con vida. Me sumerjo en todo ello, me envuelvo en ello. Y tiro de ese poder hacia mi interior. Lo absorbo por cada poro de mi piel. Lo inhalo con cada bocanada de aire que respiro.

Y le devuelvo poder (un poder inimaginable) a la tierra. Le devuelvo lo que con tanta generosidad ha compartido conmigo mientras sigo floreciendo, prosperando, mejorando.

Lo primero que hago mientras el poder crece dentro de mí es coger el apagado hilo azul y le envío un torrente de electricidad a mi compañero a través de nuestro vínculo. La magia había desaparecido, pero la conexión era tan fuerte que podría resistir cualquier cosa: y exhalo magia sobre nuestro vínculo.

Ahora mismo estoy tan conectada con Hudson, con la tierra, con todo lo que me rodea, que de verdad noto cuándo le llega. Noto cómo su cuerpo se arquea y se estremece. Noto cómo el poder inunda cada parte de su ser.

Espero que Hudson lo absorba, que el poder bañe todas y cada una de sus diminutas y moribundas células. Y le envío más. Lleno su cuerpo. Uso todo lo que tengo para salvarle la vida al hombre que tantas veces me ha salvado antes.

A mi compañero.

A mi Hudson.

Con este pensamiento el amor explota en mi interior, y sale a raudales e inunda todo a mi alrededor.

Mi amor por Hudson, el compañero más fuerte, bueno y, admitámoslo, irónico con el que podría haber soñado.

Y mi amor por mis amigues, quienes incluso ahora luchan por encontrar una forma de escapar de esta pesadilla en la que estamos. Jaxon, Macy, Eden, Remy, Flint, Dawud, Mekhi... Todas estas personas que, en tan poquísimo tiempo, se han convertido en todo mi mundo.

Les envío energía a todes, cogiendo sus hilos y mandando descargas de electricidad por cada uno de ellos.

Pero esto no me agota como antes, no me debilita, ni por asomo. De hecho, cuanta más energía comparto, más poderosa y fuerte me siento.

He ido resbalando por debajo de las correas, pero dejo que esa energía, ese poder, me impulse y me ayude a ponerme en pie. No pienso seguir postrada ante un monstruo (un demente) ni un solo instante más, sea un dios o el rey vampiro. No ahora que por fin quien soy y quien siempre he estado destinada a ser se han unido en una sola.

Soy la semidiosa del caos.

Soy hija de la Madre Tierra.

Soy la reina gárgola.

La portadora de la Corona.

Con un vampiro como compañero.

Y, aparte de todo eso, soy Grace.

Siempre siempre seré Grace.

Así que me levanto, una vez más, para enfrentarme al hombre que me lo quitará todo si se lo permito.

Me levanto por mi madre, quien nunca supo el verdadero poder que albergaba en su interior, y que murió para que yo pudiera conocer el mío.

Me levanto por mi abuela, quien murió sin saber quién era o lo que llevaba dentro.

Me levanto por mi bisabuela. Por mi tatarabuela. Por las diez generaciones de mujeres que me antecedieron, cuyo poder fue silenciado. Quienes escondieron su propio ser para sobrevivir. Quienes tuvieron que delimitar su poder para tranquilizar a quien tenía miedo de lo que albergaban en su interior.

Yo no tengo miedo. Y no pienso seguir escondiéndome.

167

No te enrolles

Abro los ojos preparada para enfrentarme a Cyrus.

A mi alrededor la gente me contempla perpleja: Cyrus. Sus guardias. Mis amigues. Incluso la muchedumbre que antes vitoreaba se ha quedado en silencio cuando vislumbran mi creación. Mi mirada recorre los pilares de piedra y sonrío.

Mire adonde mire, las enredaderas se curvan y trepan por la roca arenisca. Brotan a través de la armadura de metal, la envuelven sin parar hasta que la arrancan y liberan a mis amigues. Y aun así las plantas siguen creciendo, se retuercen por las placas de metal que revisten la piedra hasta que la última prueba de lo que aquí ha ocurrido desaparece. Y al final de los tallos verdes repletos de hojas florecen miles de violetas.

El único que no parece sorprendido es Hudson y, cuando nuestras miradas se encuentran, es como si me dijera: «Ya era hora». Como si él ya supiera que llevaba todo esto por dentro, incluso cuando yo no podía comprenderlo. O cuando no podía aceptarlo.

—Muy... —A Cyrus se le quiebra la voz, así que vuelve a intentarlo después de aclararse la garganta—. Muy bonito, Grace. Puede que esta pequeña demostración de poder hubiera sido más efectiva si no siguieras atada a la máquina.

—¿Qué máquina? —pregunto mientras bajo las manos y me desato las correas como si nada—. ¿Esta?

El suelo rebosa vida, con enredaderas verdes, hierba y musgo, además de muchas otras plantas y árboles que brotan a nuestro alrededor. Las flores de todas las tonalidades de amarillo, rojo, morado e incluso rosa eléctrico, sí, florecen ante mí.

Es una imagen preciosa y puedo sentir la vida, el poder de todas ellas llamándome mientras me abro camino hacia el falso dios vampiro. No me detengo hasta que estoy justo delante de él.

—¿Crees que un montón de flores te hacen poderosa? —Se burla mientras aplasta un bulbo amarillo con el talón—. Eso es pan comido, coser y cantar. No es nada comparado con lo que yo puedo hacer.

Enarco una ceja.

—¿Ah, sí? Y ¿qué es exactamente?

Y así, sin más, ataca, me estampa las manos contra el pecho mientras alcanzo mi hilo platino y me empuja hacia atrás, contra las rocas de arenisca con tanta fuerza que siento como si me hubiera roto una costilla.

Se le tiñe el rostro de rojo y empieza a caminar hacia delante antes de detenerse de golpe. Está claro que esperaba que me apartara para dejarlo pasar, para que dejara libre el espacio que no le pertenece por derecho,

pero que quiere reclamar de todas formas. ¿El único problema? Que no me muevo. Ni un paso. No por él. Nunca más.

Puede que sea un dios, pero yo tampoco me quedo atrás, así que no pienso ceder ni un centímetro. Y menos cuando está intentando hacerse con el mundo como botín de guerra.

Así que, en vez de retroceder, doy un paso hacia delante e invado su espacio. No lo aparto de mi camino: uno, porque no es mi estilo, y dos, porque está esperando un acto agresivo por mi parte para estallar como una olla a presión.

Pero tampoco pienso rendirme, ni pienso marcharme. Tendrá que vérselas conmigo y con lo que sus maquinaciones han creado.

—Soy un dios —anuncia con suficiencia—. Puedo hacer cosas que no te imaginarías.

—Eres un dios falso —espeto como respuesta y vuelvo a buscar mi hilo esmeralda. Pero ya no está, al menos no como ha estado siempre. En vez de eso, se ha unido a mi hilo de gárgola, los dos se han entrelazado con tanta fuerza que jamás podrán separarlos—. Todos tus dones se los has robado al universo. Y te aseguro que no le ha hecho ninguna gracia ese hurto.

Le chispean los ojos y sé que lo estoy quebrando. Pero entonces la pose vil vuelve cuando baja la mirada a mí y dice:

—¿Quién eres tú para hablar del universo? ¿Sobre todo para referirte a mí?

—Yo nací para ser la semidiosa del caos, capullo, y no soy la única semidiosa que hay aquí.

Me vuelvo hacia Izzy, quien sigue de pie en la plataforma con el resto y le pregunto:

—¿Te apetece ayudarme?

Ella levanta una ceja mientras sus ojos se encuentran con los de su padre.

—¿Quiere decir eso que puedo mandarlo a la mierda?

Me río.

—Querida, significa que podemos mandarlo todo a la mierda.

168

A veces, un rayo cae dos veces en el mismo lugar

—Me parece una idea estupenda —dice Izzy, mientras se aleja del pilar y se acerca a mí.

—A mí también —le contesto, y me quedo un poco sorprendida, porque es verdad. Debe de haber muchísimo más caos dentro de mí de lo que imaginaba.

Ahora Cyrus está mirando a su hija con el ceño fruncido, pero ella no desvía la mirada como hacía antes. Y tampoco recula. En cambio, le devuelve la mirada, con el ceño también fruncido, y eso lo cabrea un poco más.

No es solo que nos estemos negando a besar el suelo por donde pisa, aunque tengo claro que eso también le molesta un poco bastante. Es que lo estamos haciendo delante de todo aquel que está en este campo. No le tenemos miedo, ni un poquito. Y no vamos a fingir que lo tenemos. Es más, vamos a demostrarle a esta gente que ellos tampoco deben tenerle miedo a él.

Ante nuestro alarde de insubordinación, algo debe de hacer clic en su interior, porque levanta otra vez los brazos

al aire, como si planeara canalizar otro rayo.

Ya, claro.

—Puede que te hayas convertido en un dios falso —le digo, mientras cojo mi hilo recién trenzado—. Y puede que seas capaz de canalizar un par de rayitos de mierda. Pero ya te he dicho antes que yo (sí, yo) soy la semidiosa del caos, y yo soy el rayo.

Entonces me muevo para cogerle la mano a Izzy y, al mismo tiempo, yo también levanto los brazos al cielo. Con cada pizca de poder que tengo en mi interior, trato de agarrar el rayo.

Y todo el cielo estalla.

Un millón de rayos encienden el apagado cielo rojo, después iluminan la tierra y caen en el campo de batalla, a nuestro alrededor.

La gente sale gritando y huye corriendo en todas direcciones, mientras los rayos caen e impactan en el suelo: cada vez hay más distancia entre Cyrus y sus esbirros y soldados, pero yo solo acabo de empezar. Invoco más rayos y de nuevo se abre el cielo con su electricidad. Pero, ahora, en vez de dispersarlos por todo el claro, los dirijo para que caigan sobre mí.

Me dan de lleno, y parece una réplica del Big Bang: me atraviesan cada una de las células del cuerpo y empiezo a vibrar con el poder del universo. Un poder que Cyrus no podrá llegar a imaginarse en su vida, pero que nos corre a Izzy y a mí por las venas a la velocidad de la luz.

Cuando tengo todo este poder dentro de mí, cuando ya he utilizado todo mi poder para acumular cada gota de la energía del universo, estiro una mano, apuntando a Cyrus. Y

despacio, con cuidado, de forma implacable, empiezo a arrebatarle al rey vampiro el poder que de forma tan ilícita ha conseguido.

Cyrus chilla, la rabia le tuerce la expresión del rostro mientras les grita a sus tropas que nos detengan. Pero, por primera vez, la Guardia no parece mostrar ningún interés en acatar las órdenes de su rey. Están demasiado ocupados mirándome con la boca abierta.

Mejor. En fin, tengo cosas más importantes que hacer ahora mismo.

Suelto la mano de Izzy y me vuelvo para estar de cara a mis amigues. Entonces, sin bajar la mano con la que apunto a Cyrus, estiro la otra mano hacia elles, y les devuelvo cada gota de la energía que el vampiro les ha robado.

Primero organizo los diferentes tipos de energía, y separo cada uno de sus hilos para poder devolverles lo que Cyrus les había quitado.

Son tan diferentes que es muchísimo más fácil de lo que me imaginaba.

Primero encuentro la extraordinaria magia de Hudson, envuelta por su fuerza y su inteligencia.

Después va Jaxon, cuya magia esta forrada en poder y su actitud protectora.

No me cuesta nada diferenciar la magia de Macy: está cubierta de optimismo y valor.

El cuarto es Mekhi, y es imposible no reconocer su amabilidad y la lealtad hacia sus amigues.

Identifico al instante la transparencia y honestidad de Dawud y, cuando canalizo su energía para devolvérsela, veo que tal vez esconde el corazón de un alfa.

Las agallas y la chulería de Eden ocultan unas habilidades impresionantes, y cuando le envío su energía siento un ligero chisporroteo en las yemas de los dedos.

La alegría y determinación de Flint rodean su auspicioso poder y, al entregárselo, siento un pequeño estallido de alegría en mi interior.

El poder de Remy casi carece de límites, y se me complica muchísimo aguantarlo, por muy envuelto que esté por su sabiduría y su sentido del humor.

E Izzy... El poder de Izzy arde en mi interior, y al sentirlo me parece que es casi infinito.

Les devuelvo todo su poder, hasta la última gota que Cyrus les había arrebatado. Y, entonces, a regañadientes, le doy lo que queda a Delilah. Tal vez la mujer sea una persona cruel y desalmada, pero nadie se merece que le roben su magia en contra de su voluntad. Nadie.

Después de restablecer todo y que vuelva a ser lo que era antes del pequeño experimento del científico loco de Cyrus, inspiro hondo y busco en mi interior. Porque el poder de los rayos todavía crepita dentro de mí, y tengo que apaciguarlo un poquito para hacer lo que todavía he de hacer.

Albergo la esperanza de poder absorberlo todo: vuelvo a coger mi hilo platino y esmeralda, y empiezo a canalizar el poder hacia él. En ese momento noto una sensación de calidez por todos los músculos malheridos de la espalda.

Jadeo y meneo los hombros para ver si así descubro qué está pasando. Pero, unos segundos después, esa sensación de calidez se convierte en un calor abrasador tan poderoso que temo que vaya a quemarme antes de disiparse.

—Madre mía, Grace… —dice Izzy con un grito ahogado. Tiene los ojos abiertos como platos y está mirando algo que tengo a la espalda.

Me vuelvo para mirar yo también, y ahora soy yo la que suelta un grito de sorpresa.

—¿Cómo ha podido pasar? —susurro, y siento que me pitan los oídos.

—Tu gárgola y tu semidiosa se han fusionado —me dice Izzy.

Y sé que tiene razón. Puedo verlo en mi hilo, y lo siento en mi interior. Esas dos partes de mí, tan diferentes la una de la otra, por fin se han convertido en una sola.

Pero ni en mis mejores sueños habría pensado que, al unirse, mis hilos (mis preciosos hilos que ahora están entrelazados) encontrarían la forma de devolverme algo que significa tanto para mí. Y sin embargo, ha pasado. Porque unida al hombro izquierdo tengo una preciosa, perfecta y reluciente ala verde esmeralda.

169

A mi manera

Durante un instante no puedo más que contemplar asombrada mi nueva ala. Pero después cambio, me convierto en una gárgola al completo para ver qué pasa. Para ver si el ala es real.

Lo es, o por lo menos no desaparece. Pero no se parece ni tiene la misma sensación que mi otra ala. No, esta no es un ala de repuesto, no es que se haya creado para ocupar el lugar de lo que he perdido. Es algo completamente distinto, y sea lo que sea, lo acepto.

Para cerciorarme de que no estoy soñando en medio de un campo de batalla de pesadilla, me lanzo a los aires. Una parte de mí espera que caiga y me estampe contra el suelo, por lo que contengo la respiración para ver qué pasa. Debe de haber alguna parte de Hudson que siente lo mismo, porque se desvanece hasta colocarse justo debajo de mí y sé que es para cogerme si me caigo.

Pero no lo hago. Vuelo. Y nunca me he sentido mejor.

Hago una voltereta rápida por los aires y no, el ala no transmite la misma sensación que la otra y tampoco

funciona del todo igual. Ahora ya no estoy condenada a seguir en tierra y para mí es más que suficiente.

Me lanzo en picado hacia el suelo, giro en el último segundo y aterrizo junto a Hudson, quien me sonríe con una gran alegría. Y no puedo evitarlo. Le devuelvo la sonrisa.

Sin embargo, Cyrus no parece ni la mitad de emocionado con este nuevo giro de los acontecimientos. Se vuelve loco, empieza a gritar a las tropas para que ataquen. Por supuesto, ahora que ya no dispone de su poder divino se ha encogido hasta adoptar su tamaño normal, pero me recuerdo que ya era un enemigo formidable antes de convertirse en un dios. Y ahora está enfurecido.

No sé cómo quiere que nos ataque su ejército, porque todes mis amigues están ahora conmigo (y justo a su lado). El ejército también parece confuso.

Pero cuando se desvanece hasta Hudson e intenta morderlo, decido que ya está bien. Alargo un brazo y a medida que lo hago empleo un montón de mi energía para volver a invocar al rayo. Y no solo al rayo en esta ocasión. También llamo al caos de la tempestad. Las nubes de tormenta aparecen junto a un muro enorme de viento que se abre paso a toda velocidad entre el rey vampiro y mi compañero.

Cyrus se lanza de cabeza al vendaval y este lo arroja varios pasos hacia atrás. Vuelve a intentarlo haciendo uso de toda su fuerza vampírica, pero no es suficiente para derrotar a una semidiosa cabreada. Ni por asomo.

Para asegurarme de no tener que preocuparme por él durante un tiempo, hago girar mi mano en el aire y el vendaval se convierte en un ciclón que lo rodea lo bastante

deprisa para imposibilitarle el escape. Y entonces, con un chasquido, hago que el viento se cuele debajo de su armadura. Lanzo la mano hacia delante y la armadura se despega de su cuerpo para aterrizar justo al otro lado del vórtice de aire.

En cuanto ya no está protegido contra el don de mi compañero y de todos los poderes indómitos de mis amigues, termino la tormenta de inmediato.

—¡Muévete y te volveré a licuar los huesos! —ruge Hudson—. Fue divertido, ¿a que sí, capullo?

Cyrus se queda helado, pero eso no evita que les grite a sus tropas:

—¡Prendedlos!

Por primera vez desde hace un rato parecen preparados para escucharlo de verdad.

La Guardia Vampírica comienza a avanzar hacia Hudson, Izzy y yo, pero antes de que lleguen a nosotros, el resto de mis amigues se une a la fiesta. De repente es mi grupo de diez contra ellos y, por primera vez en toda la noche, me gustan las probabilidades. Al menos hasta que me acuerdo de que elles también acaban de pasar por un infierno. Y a juzgar por la forma en la que Mekhi se tambalea, no están recuperades del todo.

Busco en mi interior el precioso hilo amarillo de Mekhi y le envío energía curativa. Sé que lo siente porque se vuelve hacia mí para dirigirme una media sonrisa, pero en cuanto dejo de enviársela vuelve a cojear otra vez.

Nada de lo que he hecho hasta ahora parece funcionar para combatir la picadura del bicho y, ahora que he abrazado todo mi poder de semidiosa, en fin, como siga sin

hacer efecto... Tenemos que conseguir a un curandero cuanto antes. Me doy la vuelta para pedirle a Remy que abra un portal para Mekhi, pero este tiene que percatarse de lo que estoy a punto de pedir porque niega con la cabeza con fuerza.

Una sonrisa perezosa levanta una de las comisuras de su boca y dice:

—Creo que todes nos merecemos el derecho a verte darle la paliza de su vida a Cyrus, Grace. No nos decepciones. —Choca puños con todo el mundo y entonces añade—: ¿Qué más dará que tenga que enfrentarme a unos pocos miles de soldados para ver cómo lo humillas por última vez?

Todo el mundo se une a los halagos, como si tuviéramos todo el día y el ejército de Cyrus no se abalanzara sobre nosotros. Le aguanto la mirada a Mekhi mientras asiento con rapidez. Tiene razón. Si él quiere quedarse hasta el final, tiene derecho a elegir. Si pareciese que estuviera a punto de desplomarse, yo intervendría. Pero, mientras siga en pie, debo respetar su voluntad.

Además, si soy sincera, tampoco es que no lo necesitemos. Total, solo tenemos a casi diez mil soldados profesionales a punto de alcanzarnos y, no sé si es que no estoy acostumbrada a la fuerza de la semidiosa o qué, pero me duele muchísimo la cabeza.

Noto un palpitar constante en las sienes que solo sube de volumen. Es casi tan alto que no puedo pensar por encima de él.

Me llena los oídos, me late en el pecho y en la sangre.

Lo que es peor, a medida que el sonido aumenta de velocidad, también lo hace la sensación de mi interior.

Ahora ya no se trata de un mero martilleo, es la vibración apresurada de las alas de un colibrí. Todo mi cuerpo responde a ello: mis alas, mi corazón y mi alma vibran en la misma frecuencia.

Cuando ya no puedo soportarlo más, le grito a Hudson para que pueda oírme por encima del ruido.

—¡¿Oyes eso?!

—¿El qué? —me pregunta mientras mira confuso a su alrededor.

Lo cual solo hace que entre más en pánico..., hasta que las veo.

Alas gigantes que se alzan sobre la montaña que hay tras el claro. Miles y miles de gárgolas, con espadas y escudos enormes bien apretados contra el cuerpo, que vienen directas hacia nosotres. Por todas partes de la pradera se abren portales cada pocos metros, tanto en el cielo como en la tierra. Tantos portales que apenas puedo ver los árboles o el cielo. Uno tras otro, abren en canal el cielo y de ellos brotan miles y miles de los míos.

Me trago un nudo del tamaño del Katmere que me cerraba la garganta y no puedo sentir más presión en el pecho cuando busco la mano de Hudson. Sus cálidos dedos se entrelazan con los míos y me da un apretón antes de soltarme e instarme a que me coloque delante de él.

Entonces se inclina hasta estar muy cerca de mí y me susurra en el oído:

—Su Ejército ha llegado, mi reina.

170

La jefa del lugar

Por un instante no puedo moverme de lo conmocionada que estoy. Tan conmocionada que no puedo sino quedarme ahí parada, con la boca abierta, observando cómo gárgolas de mil tamaños diferentes llegan al campo de batalla a toda velocidad.

«Han venido. Están aquí de verdad.»

Me tiemblan las piernas y las lágrimas me inundan los ojos, pero parpadeo para librarme de ellas. No es el momento de dejarme llevar por el alivio. No es el momento de dejarme llevar por los sentimientos. Es el momento de la acción.

Y ¿cómo no iba a serlo cuando el cielo que cubre el campo de batalla está lleno de gárgolas que lo recorren en formación? Mientras ellas se acercan, me muevo para poder observar mejor a las que ocupan la primera línea de batalla, buscando a... ¡Ahí está! El mismísimo Chastain está liderando al Ejército por el cielo, y viene directo hacia mí.

Vuelan rápido, a una velocidad que nunca las vi alcanzar en los entrenamientos, y se dispersan sobre el claro como

toda una fuerza merecedora de respeto.

Es alucinante, y también aterrador, y nunca he presenciado nada así, ni siquiera en las pelis.

No se detienen hasta que alcanzan el límite del campo, justo antes de llegar adonde estamos nosotres, delante del círculo de piedra. En ese momento, y no antes, Chastain se separa del Ejército y se acerca a mí.

Espero que el resto de las gárgolas aterricen a nuestro alrededor, pero en cambio se quedan suspendidas en el aire justo donde están, sobrevolando el campo de batalla como un avión militar con una misión: localizar y aniquilar. Aunque no hacen ademán alguno de atacar a las tropas de Cyrus, es imposible no ver la amenaza que representan. Y también es imposible no ver que, por excelente que sea la Guardia Vampírica, este Ejército podría comérsela con patatas..., literal y metafóricamente.

Chastain aterriza justo delante de mí, hinca una rodilla y agacha la cabeza en la tradicional pose de muestra de respeto.

Estoy aturdida. Bastante sorprendida estaba ya de ver al Ejército Gargólico aquí, pero ¿ver a Chastain comportarse así conmigo? Estoy empezando a pensar que igual he acabado en un universo alternativo.

—Mi reina —dice al tiempo que busca mi anillo y lo besa.

—Teniente —lo saludo inclinando la cabeza.

Tengo como un millón de preguntas que hacerle, y la primera es por qué está aquí si esta misma mañana me ha dicho que jamás me aceptaría como su reina. Pero ahora mismo no es el momento de hacer preguntas, no con Cyrus

dándoles órdenes a sus tropas a gritos para que ataquen a mi Ejército.

Y, como ejército mío que es, cada uno de mis soldados es mi responsabilidad.

—Necesito órdenes —me dice Chastain.

—Vale, pues la primera orden es que te levantes ya —le contesto. Y entonces miro justo detrás de él, y veo que los dragones de Cyrus han emprendido el vuelo, y que van directos a por las gárgolas.

Al final resulta que tenía razón. Mis amigues y yo acabamos de demostrarles que Cyrus no es más que un farsante y, aun así, lo apoyan. Aun así luchan por él. Es más, aun así están dispuestos a morir por un hombre al que lo único que le importa es su propio poder.

Allá ellos. El reinado de Cyrus tiene que terminar hoy, y de eso nos encargaremos nosotres.

—Debéis capturar a ese ejército. La batalla ha terminado, y su líder está acabado. Ya va siendo hora de que lo acepten.

Pero mis palabras no hacen más que provocar a Cyrus, quien empieza a ordenarles a sus tropas a grito pelado: «¡Matad hasta la última gárgola que haya presente!».

—Dispersaré a las tropas —me dice Chastain, después de haberle lanzado a Cyrus una mirada de gran apatía—. Pero dejaré aquí a un contingente para que te proteja.

—No hace falta —le replico.

—Es nuestra labor proteger a nuestra reina. Siempre lo ha sido.

—Ya, pero vuestra reina puede defenderse solita. Y no quiero que ni uno solo de mis súbditos acabe herido por

protegerme. Jamás os pediré que libréis una batalla que puedo librar yo sola.

—Como quieras, mi señora. —Chastain me hace otra reverencia y después se vuelve hacia el Ejército.

«Hemos recibido órdenes —informa mientras emprende el vuelo—. Esta noche venceremos al enemigo.»

171

Sin agallas no hay gloria

Cuando estaba entrenando con ellos, aprendí que no hay nada que el Ejército Gargólico se tome más en serio que su deber. Hoy, en este campo de batalla, por fin me he dado cuenta de qué significa eso.

Porque este Ejército, mi Ejército, es brutal cuando se desata.

Chastain coge a algunos de sus mejores francotiradores y abre un frente justo en el medio del campo de batalla, el cual divide al enemigo en dos secciones de menor tamaño de inmediato. Entretanto, Rodrigo se lleva a un regimiento de mil soldados a la parte izquierda del campo, mientras que Artelya hace lo mismo pero a la derecha.

En cuanto lo veo, me doy cuenta de qué es exactamente lo que traman. Es un movimiento de pinza básico: Rodrigo ataca desde un lado y Artelya hace lo mismo desde el otro. Chastain y sus francotiradores se ocuparán del centro para que a los esbirros de Cyrus no les quede ninguna vía de escape.

La única salida posible es rendirse.

Y, aun así, Cyrus manda a sus tropas a la batalla. Aun así, les grita: «¡Atacad, atacad, atacad!».

Es repugnante. Aunque, bueno, toda esta batalla ha sido horrible de principio a fin.

Mis amigues y yo nos movemos hacia la parte trasera de la plataforma elevada y obligamos a Cyrus a que nos acompañe para no molestar al Ejército. También hay una parte de mí que espera que, si sus tropas no pueden escuchar sus órdenes, acaben por rendirse. Hudson está justo a mi izquierda y Jaxon a mi derecha mientras observamos al Ejército Gargólico en pleno apogeo.

Es una de las cosas más brutales que he visto en mi vida.

Sabía que la guerra era sanguinaria. He luchado en suficientes batallas, he perdido a bastante gente a la que quiero de forma terrible como para saberlo. Pero esto..., esto es algo completamente distinto. Es una máquina de guerra bien engrasada, perfeccionada por dos mil años de batallas y un entrenamiento infinito.

Es mucho más que dos mil soldados en tierra con mandobles que intentan acabar con todo aquello que se cruza en su camino. Son alas arrancadas, cabezas rodando de verdad, extremidades saliendo disparadas en todas las direcciones.

Se trata de mil soldados en el aire, desde donde disparan flechas que ensartan a cualquiera que capte su atención. Guerreros que arrancan ojos de cráneos, que abren pechos en canal, que salpican el suelo de vísceras.

Tres mil soldados, totalmente concentrados en exterminar a su enemigo por todos los medios que existen. Una

dedicación firme a la destrucción absoluta y a que nada, pero nada, debe sobrevivir.

Como si quisiera enfatizar este hecho, una bruma rojiza nos envuelve y, durante un instante, el eclipse previo parece una profecía. Como si el rojo sangre del cielo y de la luna fuera tan solo un anticipo de lo que se nos venía encima. De este momento en el que los cielos llueven sangre y en el que la masacre corre como un río por el campo de batalla.

Es una carnicería, simple y llanamente, y no puedo seguir mirando.

Sé que el ejército de Cyrus sigue luchando. Sé que seguirán hasta la muerte. Pero esta destrucción obsesiva no tiene piedad alguna y está mal. Es más, no es la clase de líder que quiero ser.

—Tengo que detenerlo —me susurro más a mí misma que a mi compañero.

Pero Hudson me escucha, como no podía ser de otra forma, y contesta:

—Sí, tenemos que detenerlo. —Y suena tan angustiado como yo.

Empiezo a pedirle al Ejército que vuelva, pero eso los deja vulnerables a las heridas. Si retroceden, si intentan marcharse, muchos de ellos sufrirán heridas graves. Y tampoco puedo permitir eso, no cuando están llevando a cabo aquello para lo que tanto han entrenado.

Así que en vez de eso, busco en mi interior. No estoy segura de lo que quiero encontrar, pero tengo muy claro que lo sabré en cuanto lo vea.

Me abro paso con los dedos más allá de los brillantes hilos que tanto llaman mi atención, más allá de mi vínculo de compañeros, más allá de los hilos de mis amigues y de mis padres, incluso de los hilos finos del Ejército Gargólico. Todos son importantes, todos son hermosos, pero sé que hay más en mi interior. Sé que lo que busco está ahí.

Así que sigo en mi empeño, cada vez profundizo más y más hasta que por fin la encuentro: una cortina de delicados hilos de todos los colores. Una bobina infinita de vida. Y sé de inmediato lo que son. Los hilos de cada persona que se encuentra en este campo de batalla.

Porque la guerra te cambia.

Y todos aquellos que se han presentado hoy a la batalla han conectado con los otros. Los hilos de nuestras vidas se han entrelazado y nos hemos cambiado los unos a los otros para siempre. La amistad forjada a fuego. La muerte grabada en nuestros corazones. Envidia. Furia. Apoyo. Dolor. Sufrimiento. Todo está ahí, brillando en los miles de hilos multicolor.

Extiendo la mano y empujo hasta el último hilo contra mi pecho en un pestañeo. Y cuando pienso que los tengo todos, rozo con la mano el hilo esmeralda para congelar a Cyrus y a los demás en un santiamén.

172

¿Y la corona pa’ cuándo?

Estoy presenciando la imagen más extraña del mundo: todo un ejército congelado, mientras asestan un puñetazo, lanzan un hechizo o hacen cualquier otra cosa destructiva. Están inmóviles, quietos como estatuas, como si un volcán hubiese entrado en erupción, los hubiese cubierto de ceniza y nosotres los descubriésemos varios miles de años después.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Macy observando el campo de batalla ojiplática.

Hudson suelta un silbido, largo y grave.

—Cariño, me quito el sombrero. No es la solución que me esperaba, pero es buena.

—Buenísima, la verdad —afirma Eden—. Aunque me pregunto qué pasará cuando los descongeles.

—Nada —le respondo encogiéndome de hombros—. Porque nos habremos ido.

—Una solución buenísima —repite Eden, mientras el Ejército Gargólico sobrevuela el terreno en círculos.

Las gárgolas parecen superconfundidas, como si no tuviesen ni idea de qué ha podido ocurrir, aunque ellas mismas se han pasado mil años congeladas. Y lo más gracioso es que no bajan las armas, sino que se quedan esperando ahí, en el aire, a que sus enemigos cobren vida en cualquier momento.

Voy a acercarme a Chastain, porque tiene derecho a saber lo que acabo de hacer, pero Jikan aparece de la nada antes de que dé dos pasos siquiera.

Y. Está. Cabreado. Tiene un cabreo de la hostia.

—Al menos esta vez no lo hemos pillado de vacaciones —comenta Flint.

—No sé yo si esta vez es mejor —le dice Jaxon.

Y he de darle la razón. Porque estoy convencida de que solo hay una cosa peor que interrumpir a un dios de vacaciones, y es interrumpir a un dios que está durmiendo. Y tengo clarísimo que Jikan estaba durmiendo; al menos eso parece por las pintas que me lleva.

Viste un pijama azul clarito con estampado de patitos de goma, unas zapatillas de estar por casa con forma de patito con un gorro-paraguas, y un antifaz de raso con estampado desteñido que ahora mismo descansa sobre su frente. A todo esto hay que añadirle que tiene el pelo todo revuelto. Sí, estoy segura de que lo acabo de despertar.

Joder...

—¡¿Qué-has-hecho?! —me grita Jikan como forma de saludo mientras se acerca a mí. Y, siendo sincera, con el día que he tenido, me sienta bastante mal.

—Ese tonito —le digo como si estuviera riñendo a un niño.

Levanta las cejas tan rápido que se le salta el antifaz de la frente, y la rabia le tensa el rostro.

—¿Qué me acabas de decir?

—Te he dicho que vigiles ese tono —le contesto poniendo los ojos en blanco—. Hoy no es el día más adecuado para echarme la bronca por cosas que no puedo controlar.

A estas alturas Jikan está apretando tantísimo los molares que es todo un milagro que todavía no se haya roto un diente. Y ya que sale el tema, ¿está feo que desee con toda mi alma que sus dientes aguanten el chaparrón? Si ahora está enfadado, no me quiero ni imaginar cómo se va a poner si le empiezan a doler los dientes, sobre todo si cree que la culpa es mía.

A su favor he de decir que inspira hondo, y después suelta el aire poco a poco. Entonces utiliza un tono mucho más civilizado cuando me pregunta:

—¿Qué tengo que hacer para que dejes de jugar con el tiempo?

Y lo pregunta como si de verdad quisiera saber la respuesta.

Sé que es todo un numerito, pero, bueno, decido contestarle con sinceridad.

—No puedes hacer nada, la verdad.

—¿Perdona? —dice sorprendido sin dejar de parpadear—. ¿Nada? Podría enviarte al Caribe y encerrarte allí veinte años para que aprendieras la lección. A ver qué te parece eso.

—Tío... —interviene Flint—. Ni que eso fuera un castigo.

Jikan le lanza al dragón una mirada glacial.

—¿Te he preguntado? —quiere saber. Flint no responde, pero se esconde detrás de Jaxon, buscando protección. Pedazo de cobarde—. Podría buscar otro lugar —añade Jikan levantando una ceja—. Igual la Antártida...

—No está en mi lista de lugares favoritos —contesto—. Pero estarás en todo tu derecho de enviarme allí cuando rompa alguna ley universal, o cuando haga algo malo. Pero hoy no es el caso, así que...

—Estoy aquí, ¿no? —Niega con la cabeza, con los brazos bien abiertos, en el gesto universal para «¿Qué narices estás diciendo?»—. Eso implica que has hecho algo malo. No tengo por costumbre presentarme en un lugar sin motivo alguno.

—¿Ah, sí? —pregunto, porque yo también puedo jugar a su jueguecito—. Y ¿qué he hecho exactamente?

—Tú... has... —farfulla. Pero no dice nada más... porque no tiene una respuesta para darme.

—Lo que he hecho ha sido congelar a todas las personas que nos estaban atacando en este claro. —Con la mano señalo el campo de batalla, como si necesitara que se lo explicase—. Pero, bueno, controlo la flecha del tiempo, y estoy en todo mi derecho de hacerlo, ¿no? Ahora bien, cuando me ponga a jugar con la línea temporal, no se me olvidará echarle un ojo a esa isla en el Caribe.

Jikan vuelve a farfullar, y casi se le enreda la lengua mientras busca las palabras para contestarme.

Estoy segurísima de que el señor quiere decirme que no sé cuál es mi lugar, o algo así, pero esa es la cuestión. Ahora sé cuál es mi lugar. Y estoy cansada de preocuparme

por lo que puedan pensar los demás de mí, y estoy harta de dejarles que me digan cuáles son mis límites.

Llevo toda la vida siguiendo las normas. Ya ha llegado el momento de imponer mis putas normas. Y voy a empezar aquí mismo, en este mismo instante.

—Jikan, soy la semidiosa del caos. Tengo bien clarito lo que puedo hacer y lo que no y, ahora mismo, he de darle una lección a este pedazo de cabrón. —Señalo el cuerpo congelado de Cyrus—. Una lección que le bajará los humos, y no solo los humos. Ahora, si gustas, estás invitado a quedarte y presenciar qué les hago a las personas que me cabrean. Si no, esta semana he perdido a una persona muy querida para mí (a varias, de hecho), así que ya me he cansado de que la gente me diga cómo debo vivir mi vida. De todos modos, si al final quieres quedarte y ver lo que pasa... —Le indico con el dedo una zona a mi izquierda en la que ahora mismo solo hay una docena de vampiros congelados—. Creo que desde ahí tendrás unas vistas magníficas.

Sin esperar a ver qué me responde, o siquiera si se queda o se va, me vuelvo hacia Cyrus... y hacia mis amigues, quienes me miran con la boca abierta.

—¿Qué pasa? —pregunto, pero se limitan a negar con la cabeza.

Entretanto, Chastain por fin ha entendido qué está pasando, y Artelya y él lideran al Ejército en nuestra dirección. Chastain se sujeta el costado izquierdo del pecho, y me preocupa que haya podido recibir un buen golpe en la última refriega.

—Veo que has heredado los poderes de tu abuela —dice el teniente arrastrando las palabras, pero no sé discernir si está impresionado o si solo está afirmando un hecho—. Bueno, Grace, supongo que tendrás un plan.

—Igual decir que tengo un plan es pasarse —le contesto poniendo los ojos en blanco. Pero estoy de coña, y sé que lo sabe—. Necesito que las gárgolas ocupen sus puestos. —Chastain me sostiene la mirada un par de segundos, como si se estuviera pensando si quiere seguir mis órdenes o no. Y eso me vuelve a cabrear—. Si lo prefieres, lo descongelo y le doy diez segundos para que haga lo que le dé la gana —le digo enarcando una ceja.

—Mi reina, te equivocas completamente al interpretar mi silencio como una crítica —responde Chastain con una gran reverencia—. Solo estaba pensando dónde debía colocarme para poder ver bien la cara que pondrá cuando se dé cuenta de lo que le ha pasado.

—Es una pregunta buenísima. —Le sonrío de lado, y señalo a mi izquierda justo adonde he enviado a Jikan; quien, por cierto, ha aceptado mi sugerencia y se ha sacado una silla de la nada. Lo veo atiborrándose de palomitas y disfrutando del espectáculo como si fuésemos lo más interesante que ha visto en mucho tiempo—. Aunque igual podrías cederle el honor a Artelya y hacer compañía a nuestro invitado.

Mi intención no es dejarlo al margen, pero si tiene una herida fea lo que menos le conviene es participar en lo que se avecina.

Chastain también debe de saber que lo hago por la herida, porque, tras un segundo de sorpresa, asiente.

—Artelya, ¿te sientes preparada para liderar hoy al Ejército? —le pregunta.

La susodicha asiente, y le hace una reverencia antes de volverse hacia el Ejército.

—¡Escuadrón volador, en círculo, ya! —les ordena a gritos, y jamás la he oído hablar con tanta autoridad en la voz; ni a ella ni a nadie.

La élite del escuadrón volador (entre ellas, Artelya y Rodrigo) avanza y forma un círculo que nos rodea a Cyrus, a mis amigues y a mí. Entretanto, el resto de las gárgolas forma un círculo doble más grande a nuestro alrededor, que abarca todo el mini-Stonehenge y sus aledaños.

Se colocan con tal precisión y perfección que solo se tocan las puntas de las alas. Y cuando la última de las gárgolas cierra la formación (y cuando se rozan las últimas puntas), una fuerte descarga de electricidad recorre los círculos.

Puedo sentir cómo la electricidad pasa a toda velocidad por todas y cada una de las gárgolas que hay en el campo de batalla, y la abrumadora energía que desprende es increíble, absorbente. Incluso antes de que entre en forma de arco en el círculo interior y venga directo hacia mí.

En cuanto las alas del Ejército se tocan, la Corona que tengo en la mano, que lleva horas quemándome la piel, de pronto parece prenderse en llamas. Y así, sin más, sé lo que tengo que hacer.

Cuando el Ejército está en posición, reviso a conciencia todos los hilos que estoy abrazando. Hay uno que es mucho más largo que el resto, y está empapado en oro. Cyrus. Suelto su hilo.

Y en ese mismo momento se da cuenta de que se la hemos jugado.

Y está furioso.

173

Jaque mate al rey

Camino hacia Cyrus, quien de repente da vueltas sobre sí mismo, desesperado por encontrar una manera de salir del círculo de gárgolas. Pero la verdad es que no hay forma de escapar. Todo lo que ha pasado, todo lo que ha hecho y todo aquello que he hecho yo (que hemos hecho) nos ha conducido hasta aquí, hasta este momento.

Mi calma contrasta con el pánico de Cyrus, mi estoicidad con su furia.

—¡¿Crees que puedes derrotarme?! —ruge mientras retrocede—. No existe mundo en el que una cría patosa como tú pueda acabar conmigo.

—Ese ha sido siempre tu problema —declaro mientras lo sigo, cierro el espacio que nos separa y lo dejo sin vía de escape posible—. Ves las cosas como crees que deberían ser, no como son en realidad.

Me detengo un momento para recorrer con la mirada ambos círculos, a todas las gárgolas que han respondido a mi llamada y han venido a ayudar. Después contemplo a

mis amigues, magullades y heches polvo, y jamás me he sentido más orgullosa en toda mi vida. De todes nosotres.

—Porque la verdad es que ya hemos ganado. Te hemos derrotado. El hecho de que todavía no lo sepas solo te hace parecer más patético.

Después, extiendo la mano y la coloco sobre la suya.

Intenta apartarla de un tirón, pero en cuanto mi palma lo toca, es incapaz de moverse. De hablar. No puede hacer nada más que quedarse ahí parado mientras lo juzgo.

—Cyrus Vega, buscaste la guerra cuando deberías haber luchado por la paz. Has herido a aquellos a quienes deberías haber protegido. Y has destrozado vidas que podrías haber enriquecido. Por tus numerosos crímenes, deberás renunciar a tu poder.

Mi voz suena firme.

Y después respiro hondo y le arrebato hasta la última gota de poder.

Contemplo (todes lo hacemos) cómo se encoge cada vez más ante nuestros ojos, en complexión más que en altura. En cierto momento a mitad del proceso empiezo a apartarme. Ya le he arrebatado todo lo que le concedió su descenso, además de la mordedura eterna. Podría hacerme a un lado y dejar que fuera el Ejército quien se encargara de él. No duraría ni cinco minutos contra ellos.

Pero una muerte rápida no saldaría sus cuentas y tampoco sería suficiente para nosotres; además, no hay nada que justifique un asesinato. Una muerte rápida no sería justa para Calder, ni para los miles de gárgolas que murieron en la Corte congelada.

No sería justa para los años de tormento a los que ha sometido a Hudson, Jaxon e Izzy.

No sería justa para las numerosísimas muertes que ha causado.

No sería justa para la madre de Macy ni para el tío Finn.

Y nunca, jamás, compensaría todo lo que ha hecho, todo el dolor que ha causado para llevarnos a todes a este punto concreto.

Pero yo sí sé qué sería justo y digno del dolor que Cyrus ha causado.

Así que no levanto la mano hasta que no le queda ni una gota de poder en su interior y no es más que aquello por lo que se ha pasado siglos abocando a un frenesí lleno de odio a sus seguidores.

Es humano, de la cabeza a los pies, por mil años.

Porque le he dejado su inmortalidad.

174

Más grandes y más regios

Se acabó.

Todo ha terminado, de verdad.

No puedo pensar en nada más mientras el alivio se apodera de mi cuerpo y dejo caer los hombros; por un maravilloso instante me saco de encima el peso de todo este mundo y recorro el campo de batalla y superviso el rescate de los heridos y los caídos.

Sé que hay más cosas que hacer, y sé que también hay mil cosas que asimilar, pero lo peor por fin ha pasado, y nunca he estado tan preparada para nada en mi vida.

Inspiro bien hondo, cuento hasta cinco y, después, suelto el aire poco a poco, con el estómago revuelto en un hervidero de sentimientos encontrados. La alegría no se ha sumado a la fiesta; todavía no, y puede que nunca lo haga. Es complicado sentir algo parecido a la alegría cuando estoy en un campo de batalla lleno de cadáveres.

Consuelo, sí. Gratitud, desde luego. Pero alegría..., no. No cuando la tristeza que siento por dentro es casi

abrumadora. Tristeza ante la pérdida, ante todo el daño que no se puede deshacer, por mucho que haya pasado aquí.

Artelya rompe la formación dando un paso al frente y se acerca para colocarse a mi lado.

Es altísima, así que ha de inclinar la cabeza hacia abajo para mirarme antes de hablar.

—Has tomado una decisión acertada —me dice. Su voz destila el respeto que siente por cómo me he ocupado de Cyrus y de la batalla, pero no quiero que se me respete por la carnicería que tengo delante.

Observo el claro, y susurro:

—Artelya, no puedo dejar de pensar que, en cuanto pusimos un pie en este campo de batalla, ya perdimos, da igual si salíamos victoriosos o no.

La gárgola no me responde al instante, pero entonces me mira y hace una gran reverencia.

—Será todo un honor servirte, mi reina.

Como me ha pasado antes con Chastain, no paso por alto el hecho de que me ha llamado «reina» por primera vez desde que nos conocemos.

Una gárgola menos, solo quedan... La triste realidad es que no sé cuántas gárgolas quedan, ni cuántas hemos perdido hoy. Ese pensamiento me duele como si me diesen un puñetazo en el pecho, y mi corazón sufre de nuevo.

—¿A cuántas gárgolas hemos perdido? —pregunto, y tiemblo por dentro mientras espero la respuesta de la mujer, aunque me esfuerzo por mantener un tono de voz firme. No soy una experta en esto de ser reina, pero sé que no puedo huir de las preguntas difíciles... por muy duras que sean.

—A veintisiete, aunque hay más heridas.

Veintisiete. Tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas para no dejar caer los hombros. Son muchas. Muchísimas, demasiadas, teniendo en cuenta que he sido yo quien las ha enviado al frente en la batalla.

He sido yo quien ha puesto en peligro sus vidas... y yo soy la máxima responsable de que esas vidas se hayan acabado. La realidad me pesa en la conciencia.

—¿Las...? —Me callo antes de terminar de preguntarle si conocía a alguna de las gárgolas caídas en combate. Soy su reina. Soy responsable de todas y cada una de las gárgolas, y todas son importantes para mí—. ¿Podrías darme los datos de sus familiares más cercanos? —pregunto tras aclararme la garganta—. Me gustaría darles el pésame a las familias.

—Claro que sí —contesta Artelya.

—Tenemos que despejar el campo de batalla —digo un instante después—. No hemos de levantar solo a los nuestros, sino también a todo aquel que haya luchado con nosotros.

—Desde luego —asiente Artelya con un gesto solemne—. Hemos estado buscando a los heridos, pero empezaremos a llevarnos a los muertos también.

—Gracias. —Observo el claro y me doy cuenta de que, tras la derrota de Cyrus, no hay nadie que pueda levantar a sus muertos. No cuando todos los supervivientes o bien han huido o bien han sido apresados; otro asunto del que me tendré que encargar y para el que no me siento preparada.

Pero, por suerte, Artelya ya va tres pasos por delante de mí.

—Les pediremos a las brujas y a los lobos que se encarguen de sus guerreros caídos... en ambos bandos. Y hablaré con tu compañero sobre el resto.

—Qué gran idea —le digo. No me había parado a pensar que, dado que Cyrus y Delilah ya no son los reyes de la Corte Vampírica, Hudson es el siguiente en la línea de sucesión. Aunque, bueno, técnicamente la primogénita es Izzy, al margen de que sea hija ilegítima de Cyrus. Me anoto mentalmente que debo preguntarle luego a Hudson qué dicta el protocolo en estos casos.

Artelya me dice que ha de ir a supervisar el levantamiento de los caídos y los heridos, así que da media vuelta y se aleja.

Me quedo mirándola un segundo, dos, mientras me preparo para todo lo que todavía tengo que hacer. Después inspiro hondo y observo el tatuaje que me apareció en el brazo cuando hice el trato con Cyrus; y sé que tengo que encargarme de una última cosa.

La Sangradora.

175

El fin del juego

—¿En serio? —espeta Flint en cuanto sale del portal de Remy y se da cuenta de dónde estamos—. Creía que no íbamos a volver a pisar este sitio.

—Y así será. Solo me queda una cosa que hacer. —Me doy la vuelta hacia Jaxon y Hudson—. ¿Podéis deshacer las salvaguardas?

Jaxon se ríe.

—Sí, creo que puedo con eso. Aunque... —Les echa un vistazo a su padre y a Delilah, a quienes Chastain mantiene encadenados y escoltados por tres guardias—. No estoy seguro de por qué has decidido traerlos.

—Porque tengo un plan —revelo—. Así que vas a tener que confiar en mí.

—Confío en ti —me susurra Hudson al oído.

Pongo los ojos en blanco.

—Tú solo intentas pillar cacho.

—Yo siempre intento pillar cacho.

Me envuelve la cintura con un brazo y me acerca hacia su cuerpo. Y durante un segundo le dejo. De hecho, me apoyo

contra él para saborear la sensación de su tacto ahora que ambos hemos salido con vida de la peor batalla que hemos presenciado.

—¿Dónde estamos? —pregunta Chastain cuando empezamos a recorrer el camino de hielo que lleva hasta la cueva de la Sangradora.

—Pensé que te apetecería visitar a un viejo amigo —contesto. Al menos espero que esté aquí. No puedo imaginar un mundo en el que esos dos no hayan vuelto a encontrarse, la verdad.

Nos adentramos cada vez más en la cueva, y me preparo para pasar por mi lugar menos favorito. Pero, cuando llegamos a donde la Sangradora suele colgar sus aperitivos, toda la estancia está vacía. Incluso los ganchos y los cubos de drenaje han desaparecido.

—¿Ya no está colgada o qué? —pregunta Flint y Eden le choca el puño—. Que, vaya, tampoco me quejo.

—Ya verás —respondo. Y tal como esperaba, en cuanto giramos la última esquina, me doy cuenta de que mi intuición no me fallaba.

La Sangradora ya no está sola en su prisión de hielo. De hecho, está muy bien acompañada.

—¡Madre mía, mis ojos! —grita Jaxon mientras trastabilla hacia atrás nada más poner un pie en la sala de estar (que en esta ocasión está de un color verde muy bonito).

Aunque tampoco es que yo (ni nadie) le esté prestando especial atención a su decoración. ¿Cómo íbamos a hacerlo cuando la Sangradora se está alimentando directamente del cuello de Alistair en su precioso sofá floreado?

Ella se aparta de repente y está claro que es la primera vez que no sabía que estábamos aquí antes de que nos presentáramos en su cueva. Aunque, bueno, estaba un tanto ocupadilla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —espeta con un tono horrible. Pero no se dirige a ninguno de nosotros, sino a Cyrus, quien se encoge y se echa hacia atrás tanto como le permite su guardia gargólico. Lo cual no es mucho, la verdad.

—Tengo un regalo para ti —le digo cuando Hudson y yo caminamos hasta ella.

—¿Es él? —pregunta, todavía contemplando a Cyrus con maldad en los ojos—. Porque sería un regalo al que le sacaría mucho partido.

—La verdad es que no —le confieso—, pero me parece que este también te va a gustar mucho. Tu compañero me ha pedido que te la dé.

Y entonces extiendo la mano para tocar la de la Sangradora y le paso la Corona, de mi palma a la suya.

Ella jadea cuando la Corona le adorna la piel; después alterna la mirada entre Alistair y yo mientras las lágrimas le corren por las mejillas.

Para ser sincera, me desconcierta un poco ver a la Sangradora llorar. Es una tía dura, así que no pensé que fuera posible. Pero supongo que a cualquier mujer le pasaría lo mismo al recuperar su libertad y a su compañero después de mil años.

Pienso en cómo sería no poder ver a Hudson durante mil años y hago que ese pensamiento se esfume tan rápido

como ha venido. Es demasiado horrible para planteármelo siquiera.

Debe de sentir lo mismo, porque me da la mano y susurra:

—No me voy a ninguna parte.

—Bien, porque ahora tengo un ejército para seguirte la pista.

—Disculpadme —dice la Sangradora a la par que le da la mano a su compañero—. Creo que tenemos que marcharnos.

—¿Adónde? —pregunta Macy con curiosidad.

—¿A cualquier sitio menos a este? —responde mientras mira con repulsión a lo que está a punto de ser su antigua cueva de hielo.

—Lo que le hacen mil años a una persona... —interviene Flint.

—Mil años pueden hacerle muchísimas cosas a una persona —ladra Hudson—. Y muy pocas de ellas serán buenas.

—Aún podría aniquilarte —asegura la Sangradora, pero no hay maldad detrás de esa amenaza. Parece ser que la libertad la ha ablandado... O puede que sea el haberse reunido con su compañero. Sea como fuere, parece más feliz que nunca y eso solo puede ser bueno para Hudson... y para el resto.

—No es que quiera interrumpir vuestra gira de reencuentro —interviene Delilah mientras menea los dedos de la forma más condescendiente posible—. Pero no estoy muy segura de qué tiene que ver este viaje al pasado con el favor que me debes, Grace.

—¿Ah, no? —pregunto—. Y yo que pensaba que el parecido era evidente.

—Lo es —afirma Jaxon y parece impresionado por lo maquiavélico que es mi plan—. Y es perfecto.

—¿Qué es perfecto? —indaga Flint, todavía con aspecto confuso.

Voy a contestarle, pero, antes de que pueda hacerlo, Jaxon le envuelve la cintura con un brazo y se inclina para susurrarle la respuesta al oído. Lo que hace que el resto intercambiemos miradas de interés, sobre todo cuando el dragón se deja caer contra él en vez de apartarse.

Sin duda ahí hay una historia que les voy a sonsacar, pero eso será cuando haya acabado con esta última y desagradable tarea.

Me vuelvo hacia la Sangradora.

—Sospecho que ya sé por qué Alistair me hizo prometer que te entregaría la Corona. ¿Nos iluminas?

La Sangradora se pasa los dedos por los bordes del tatuaje, como si no pudiera creer que por fin lo tenga en la mano.

—Cuando congelé al Ejército Gargólico y escondí la piedra divina con ellos, supe que si Cyrus se hacía conmigo, podría doblegarme con el tiempo y liberarlos. —Las lágrimas se le acumulan en los ojos cuando se vuelve para sostenerle la mirada a Alistair—. No podía permitir que el Ejército cayese mientras mi compañero siguiera desaparecido. No si quería honrarlo. No sabía dónde lo había escondido Cyrus, así que tuve que tomar una decisión apresurada. Por eso creé esta prisión con mi poder, el límite de su fuerza es mi alma. Por tanto, no puedo abandonarla jamás, a no ser que consiga

algo que le dé más poder a mi alma. Solo existen unos cuantos objetos que pueden conseguir esto. —Vuelve a mirar la Corona—. Y esta es una de ellas.

—¿Te encerraste aquí para proteger al Ejército? —pregunta Flint, que, es evidente, no está seguro de haber oído bien. A ver, todos lo sabíamos más o menos o lo imaginábamos, pero no con tanto detalle.

—Haría cualquier cosa por mi compañero —explica ella con voz dulce, y busco con la mirada a Hudson—. Por supuesto —continúa—, que mi hermana también fuera a permanecer cautiva y a dejar de herir a los nuestros fue una ventaja añadida.

—Bien por ti. —Delilah parece poco impresionada cuando se vuelve hacia mí—. Pero ¿qué tiene que ver eso con nuestra promesa de hacerlo sufrir, si se puede saber?

—Porque tú te vas a quedar encerrada con él, por supuesto —revelo—. Tenéis que pagar por los crímenes que ambos habéis cometido. Y no creo que ninguna de vuestras almas llegue a ser nunca tan poderosa como la de mi *grandmère*. Sin embargo —continúo cuando parece que está a punto de protestar—, hay una ventaja de lo más interesante en quedarte encerrada con él durante mil años.

—Y ¿cuál es? —pregunta con cautela.

—Seguía conectado al Ejército Gargólico cuando me bebí el elixir y los curé de su envenenamiento, lo cual quiere decir que es inmortal. Y no le he arrebatado dicha inmortalidad. Pero ahora no es más que humano. Lo cual quiere decir...

—Sé lo que significa —me interrumpe Delilah con los ojos brillantes por la avaricia.

Cruza la estancia en un segundo y hunde los colmillos con fuerza en el cuello de Cyrus antes de que su guardia pueda deshacerle las ataduras.

—Y ya que estamos —interviene Hudson—, creo que nuestro trabajo aquí ha terminado.

—Y que lo digas —comenta Macy mientras contempla el frenesí con el que Delilah se alimenta de Cyrus con horrorizada fascinación.

La Sangradora chasquea los dedos y segundos después estamos de pie fuera de la cueva, bajo la luz del sol a primera hora de la mañana. Bueno, todos excepto la Sangradora misma, quien ha insistido en salir de la cueva por su propio pie.

Unos segundos después ella, Alistair y Chastain salen de la cueva de hielo juntos.

Alistair me ve y sonríe antes de volverse hacia su viejo mejor amigo.

—Creo que esta es nuestra señal para que nos vayamos a dar un paseo —le anuncia.

—No tenéis por qué… —empiezo a decir.

—No pasa nada, nieta —me contesta Alistair con un guiño —. Me he pasado un milenio añorando la luz del sol. Creo que es hora de recuperar el tiempo perdido.

—Buen trabajo —me dice la Sangradora después de que Alistair se encamine a través de la pradera veraniega que ha florecido donde normalmente solo hay nieve.

—He cometido muchos errores.

—Cierto —corrobora ella ladeando la cabeza con tristeza —. Pero es parte de la vida. Que seas una semidiosa no

significa que seas perfecta. Solo que, cuando cometes un error, suele ser uno bien gordo.

—Vaya, pues no suena nada fabuloso —murmuro.

—Todo es cuestión de equilibrio, Grace. Siempre ha sido así.

—¿El bien y el mal? —pregunto.

Ella sonríe.

—Algo parecido.

—¿Es por eso por lo que has hecho todo esto?

—¿El qué?

—Sé que has sido tú quien planeó toda esta partida de ajedrez. La que la puso en marcha.

—¿Yo? —Niega con la cabeza, pero sus ojos refulgen con una alegría que jamás le había visto—. No soy más que una anciana, Grace. Además, ¿cómo iba a ser yo el cerebro cuando has acabado tú siendo la reina?

Extiende la mano tan rápido como un rayo y me roza la palma con la suya. Segundos después siento cómo la Corona vuelve a marcarse en mi piel. Por suerte, es uno de los tatuajes de los que no tengo ganas de deshacerme.

—Antes de que te vayas... —Suspiro profundamente—. ¿Izzy y yo estamos unidas como tú y la Anciana? Es decir, ¿si se muere una, la otra también morirá?

—No, no de la misma forma. De hecho, con la Corona ya no estáis ligadas en absoluto.

La Sangradora sonríe y no puedo evitar devolverle la sonrisa. Quién sabe. Quizá tener a la diosa del caos como abuela no dé tanto miedo como parece.

Ella me guiña un ojo, da un paso atrás, chasquea los dedos y desaparece.

—Y ¿ahora qué? —pregunta Eden. Empiezo a asimilar que se ha acabado todo. Se ha acabado de verdad.

—Ahora lo que queramos —contesta Macy mientras da vueltas con los brazos extendidos.

Después de todo lo que nos ha llevado hasta este momento, impresiona pensarlo. Aunque se agradece.

—Por si a alguien le interesa —informo con una mirada de arrepentimiento hacia Hudson—, resulta que tenemos un faro justo delante del océano. Parece el lugar perfecto para relajarse y pensar en qué vendrá después.

Hudson me mira como diciendo «¿Estás de coña?», y me encojo de hombros con timidez. Aún no parece que sea el momento indicado para que cada uno se vaya por su lado. No cuando hemos llegado tan lejos juntos.

—A mí me interesa muchísimo —responde Flint mientras mira a Jaxon.

—A mí también —confirma Jaxon.

—Yo me apunto —dice Eden con una sonrisa—. Le mandaré un mensaje a Dawud para invitarles a elle y a Amir.

—¡Yo también! —Macy empieza a abrir un portal—. ¿Qué me dices de Remy? ¿Lo invitamos también? ¿Y a Mekhi?

—Yo les mandaré un mensaje, pero Remy está con la familia de Calder ahora mismo —le cuento en voz baja—. Y Mekhi está en observación con los curanderos de la Corte Vampírica.

—Tú también vienes, ¿no? —le pregunta Hudson a Izzy, y cuesta descifrar cuál de los dos está más incómodo con la invitación.

—No lo creo… —indica ella, y me doy cuenta de que es lo primero que ha dicho desde el campo de batalla. Pero no pienso tolerarlo. Hudson y Jaxon se han pasado la vida entera sin tener a su hermana, o el uno al otro. Y eso se acaba hoy.

—Vas a venir —confirmo—. No tienes por qué quedarte todo el rato, pero vienes, eso desde luego. ¿Si no, quién me va a ayudar a mantener a raya a Hudson y a Jaxon?

Al principio creo que va a reprochármelo, pero al final se mete las manos en los bolsillos y se encoge de hombros. No es un sí rotundo, pero ya es un progreso y me vale.

Parece que a los demás también, porque Flint le lanza una sonrisilla traviesa y dice:

—A ver quién llega antes al océano.

Y justo después salta al portal de Macy.

Izzy grita y le sigue la pista, con Jaxon y Eden a la zaga.

Hudson me mira con una enorme sonrisa y extiende la mano. Yo la tomo, evidentemente, y atravesamos el portal. Juntos.

Epílogo

Un golpe de *Grace* (Hudson)

Tres meses después

Es increíble el poder que tiene sobre mí.

Ahora mismo está sentada debajo de un árbol con una Pop-Tart de cereza en una mano y una botella de agua en la otra, y me siento como un debutante en una puesta de largo. Apenas puedo respirar.

No es que esté haciendo nada en particular, ni que lleve nada especial: unos pantalones cortos blancos y una camiseta de tirantes turquesa, con el libro de biología marina abierto en el regazo. Pero eso da igual, porque, joder, es perfecta. O perfecta para mí, al menos.

Ha pasado un año desde que la conocí.

Cinco meses desde que la coronaron reina.

Tres meses desde que nos mudamos a San Diego para que pudiese sacarse el grado de Política y Relaciones Internacionales para aprender a ser la mejor soberana posible.

Sopla una ligera brisa de aire, que le pone sus preciosos rizos en la cara, y ella suelta una risilla mientras se los aparta. Entonces levanta la cabeza y nuestras miradas se encuentran una a cada lado del campus.

Ella sonríe: una gran sonrisa atrevida y brillante que hace que se me corte la respiración incluso antes de que me salude con la mano.

«Mi compañera», pienso mientras cruzo el césped para reunirme con ella. Grace Foster es mi compañera, y eso implica que va a dejarme sin respiración todos los días de mi vida, para toda la eternidad.

Joder, estoy impaciente.

—¿Cómo ha ido la clase? —quiere saber, y se inclina para darme un piquito mientras tomo asiento en el suelo, a su lado.

—Hemos tenido una acalorada discusión sobre las diferencias entre las teorías lingüísticas de Chomsky, Chalmer y Brandom.

—¿Habéis llegado a las manos? —me pregunta con las cejas levantadas.

—Esta vez no, la verdad —digo riéndome.

—Vamos, en resumen, que ha sido un día tranquilito para la filosofía universitaria. —Esboza una sonrisa traviesa que hace que me incline y le dé otro beso, pero esta vez no es un piquito sin más.

—Un día muy tranquilito —afirmo cuando por fin nos separamos en busca de aire. El corazón me va rapidísimo, y me esfuerzo mucho por pasar de la voz que me anima desde el fondo de mi mente a llevar a Grace a casa (y, más concretamente, al dormitorio) lo antes posible—. ¿Con qué

estás ahora? —pregunto, y le echo un vistazo al libro que sigue en su regazo.

Cierra el libro y lo mete en la mochila rosa eléctrico que solo lleva porque Macy se la regaló por haber entrado en la universidad.

—La semana que viene tengo que entregar un trabajo para la clase de Biología. Estaba pensando sobre qué tema podía hacerlo.

—Anda, ¿Biología? —Me inclino para darle otro beso—. Creo que podría echarte una manita.

—Es Biología Marina, no Anatomía Humana —me contesta poniendo los ojos en blanco, y aun así se acerca y me da otro beso.

Pero un par de segundos después le empieza a vibrar el móvil, y lo saca para ver quién le ha escrito.

—¡Ostras! —grita tras leer los mensajes—. El arquitecto quiere reunirse con nosotros. Ya tiene listos los planos preliminares de la que será nuestra nueva Corte Gargólica. Qué guay, ¿no?

—Superguay —coincido. Pero me molesta un poquito, porque Grace decidió trasladar la Corte a San Diego porque sabía que yo quería estudiar aquí. Lo he ido dejando pasar, esperando el momento más oportuno. Pero si ya han acabado con los planos, creo que el momento ha pasado.

Con eso en mente, me alejo de ella.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

—¿El qué, ser la reina gárgola? —me pregunta confundida —. Me da a mí que ya es muy tarde para cambiar de idea. Además, como has abdicado del trono vampírico para ser mi

rey... —Se calla, y abre los ojos como platos—. ¿Qué pasa? ¿Tienes dudas?

—¿De que seas reina? No. Pero lo de trasladar la Corte a San Diego... Igual sí. Quiero asegurarme de que no lo haces solo por mí.

—¿En serio? Eres la única persona que conozco a la que le preocuparía que alguien quisiera asentarse en San Diego. —Abre los brazos en un intento por abarcar el perfecto día que estamos pasando, con veinticuatro grados—. Sabes que para mucha gente esta ciudad es el paraíso, ¿verdad?

—Sí, lo sé, lo sé —contesto, y ahora me toca a mí poner los ojos en blanco—. Pero aun así quiero asegurarme de que es lo que quieres tú. Al fin y al cabo, tú eres la reina, y tu Corte tiene que estar donde tú quieras que esté.

Grace suspira e inclina la cabeza hacia delante de forma que los preciosos rizos le cubren el rostro. Estiro el brazo, y los aparto para poder mirarla a los ojos. Esto es importante, y necesito saber qué está pensando.

—Bueno, futuro doctor Vega, tengo claro que los dos sabemos que no tienes planeado dejar la uni en un futuro próximo. Y como las universidades que más te interesan son la UCSD y la UCLA, creo que San Diego es el sitio perfecto para nosotros.

Esto es justo lo que me temía: que lo esté haciendo por mí, y no por ella.

—Ya, pero no quiero...

Levanta una mano y me corta.

—Y, por si acaso no te has dado cuenta todavía, me encanta San Diego. Me he criado aquí, al fin y al cabo. Además, después de vivir tantos meses en Alaska, no

pienso volver a subestimar este clima. Y una de las grandes ventajas de tener alas es que las gárgolas podemos irnos volando adonde queramos, así que establecer la Corte aquí no nos limita a ninguno de los dos. Sobre todo desde que Remy te regaló el anillo ese para caminar bajo la luz del sol. —Se ruboriza un poco al añadir eso último a su alegato.

Ante su insinuación, mis colmillos hacen acto de presencia, y mis ojos se desvían hacia los dos agujeritos que tiene en la base del cuello, y que le he hecho esta misma mañana. Porque sí, le estoy dando buen uso al anillo que Remy me regaló hace meses. Muy buen uso.

Grace se da cuenta de dónde la miro: se ruboriza todavía más, y se le nublan un poco los ojos, una señal inconfundible de que está pensando lo mismo que yo. Qué suerte tengo.

—¿Nos vamos a casa? —pregunto con toda la indiferencia que puedo fingir teniendo en cuenta los pensamientos que se me agolpan en la mente. Pensamientos sobre tocar a Grace, besarla, saborearla...

—¿A casa? —Suena confusa, pero el brillo en sus ojos la delata.

—O podríamos sacar el barco e ir a Coronado a pasar la tarde.

En cuanto lo propongo, me gusta la idea. Grace se pasa muchísimo tiempo cuidando de los demás, pero soy yo quien cuida de ella. Y después de la tensa reunión que tuvo anoche con el Círculo, en la que por fin ultimaron la delegación secreta que enviarán a la ONU (Grace está cumpliendo su promesa de sacar a los seres paranormales de las sombras), una tarde de paseo por el puerto con el

barco y luego una vuelta por las tiendecitas que tanto le gustan parece la solución perfecta.

Que nuestro barco tenga un camarote muy acogedor (en el que hay una cama muy cómoda) hace que la idea sea más interesante.

—¿A Coronado? —Grace se anima al oír el nombre de uno de sus lugares favoritos de todo San Diego—. Y ¿podré comprarme una magdalena en...?

—¿En esa pastelería pequeñita que tanto te gusta? —pregunto levantándome y tirando de ella para que se ponga en pie—. Había pensado en comprar una docena, de las que llevan chispitas.

—Por eso te quiero —me dice riéndose.

Y todo mi puto cuerpo se ilumina con sus palabras. Grace me quiere. Me quiere de verdad, a pesar de todo lo que he hecho. A pesar de todo lo que le he hecho pasar. Me parece un milagro, un milagro que jamás dejaré de valorar.

No le respondo porque no puedo. Demasiados sentimientos (todos buenos) se me agolpan en la garganta, y si me cuesta respirar, hablar ya ni te digo. Me siento un gilipollas, aunque me importa una mierda, la verdad, porque estoy con Grace. Además, ella me quiere por muy bobo que sea.

Pero eso no impide que ponga una expresión de burla ante mis bobadas, mientras desliza su fina mano para entrelazarla con la mía.

—Eres un tonto. Lo sabes, ¿no?

—Tú me haces ser tonto —contesto, y acaricio con el pulgar el anillo de compromiso, para tener suerte—. Y así ha sido casi desde el instante en el que te vi.

—Eso dices tú —replica ella—. Pero todavía no me has dicho qué me prometiste al darme el anillo.

—Y ¿eso qué tiene que ver con que esté loco por ti? —pregunto mientras emprendemos la marcha hacia el centro universitario.

Grace ha quedado para comer, y sé que odia llegar tarde.

—Hombre, digo yo que si estuvieses tan loco por mí me habrías contado qué me prometiste. —Bate las pestañas con insolencia, pero me río de ella y me pregunto cómo reaccionará cuando le cuente la verdad.

Sé que le debo una explicación (hace meses que le puse ese anillo en el dedo), pero no puedo evitar darle vueltas a cómo se sentirá. Una parte de mí teme que se le vaya la olla cuando descubra lo que le prometí antes de saber que mis sentimientos eran correspondidos, y es lo último que quiero ahora que las cosas por fin van bien. No solo entre nosotros, sino también en la vida en general.

Jamás he vivido algo así; nunca nadie me ha querido como Grace me quiere y, si se marcha..., si me deja, no sé qué cojones voy a hacer con mi vida.

Pero seguir ocultándoselo tampoco tiene sentido, a no ser que quiera sentirme como un cobarde de mierda.

—Si tantas ganas tienes de saberlo... —digo, pero antes de poder acabar la frase alguien tira de la mochila que Grace lleva a la espalda.

Ambos nos ponemos tensos cuando nos inundan los recuerdos de todo lo que hemos vivido este último año. Me cago en mi vida. Bajo la guardia apenas dos minutos y...

—¡Ya estoy aquí! ¿A que no te lo puedes creer? —dice Heather, la mejor amiga de Grace, mientras se abre hueco

entre nosotros.

Le ordeno a mi desbocado corazón que se calme de una puta vez, y veo que Grace está haciendo lo mismo con el suyo.

—Anonadada me hallo —responde Grace con cara de póquer.

Heather se limita a resoplar y a negar con la cabeza. Entonces me dice:

—Bonitos colmillos. —Después se vuelve de nuevo hacia mi compañera—. Por suerte he podido salir antes de la clase de Cálculo. En serio, ¿cuántos problemas de matemáticas esperan que resuelva una mujer?

—La pregunta del millón —contesto.

—Joder, hoy estoy ante un público difícil. —Primero le da un golpecito suave a Grace en el hombro, y después a mí—. Creo que voy a volver a lo de llegar tarde siempre.

—Bueno, igual Hudson se ofrece a pagarte la comida..., un poco de refuerzo positivo nunca viene mal —comenta Grace mientras les aguanto la puerta para que puedan pasar.

—Voy a buscar una mesa —les digo, y le tiendo mi tarjeta a Grace, quien va a pedir con Heather.

—Era broma —me explica ella, pero niego con la cabeza.

—El refuerzo positivo existe —le digo—. Además, un trato es un trato.

Ni que necesitara hacer un trato para invitar a comer a mi compañera y a su mejor amiga... Me encantaría que Grace me dejara encargarme de esta clase de cosas. Es tan fuerte, está tan segura de sí misma, que casi nunca me permite

ayudarla con nada. Cosa que me parece perfecto. Adoro su fuerza, el poder que sigue gestando en su interior.

Pero esto sí puedo hacerlo, y estoy decidido a continuar haciéndolo.

Grace pone los ojos en blanco; no me discute. En cambio, entrelaza el brazo de Heather con el suyo y tira de ella. Antes de que la cacofonía del centro acalle su voz, escucho que le dice que deberían comprarse el batido más grande que tengan, que pago yo.

Ojalá. Me encanta hacer feliz a Grace, y en cuanto a Heather... Le estaré eternamente agradecido por haber presentado la solicitud por Grace para la UCSD el mes de noviembre pasado, cuando mi compañera todavía estaba de luto y no tenía la cabeza para nada. Si no lo hubiese hecho, no estaríamos aquí, y este lugar es estupendo.

Y cabe mencionar que ha llevado todo el asunto ese de que seamos vampiro y gárgola como una crac. Ya solo por eso tiene puntos extra.

Encuentro una mesa cerca de la ventana y me pongo a mirar el móvil mientras las espero.

Entonces me llega un mensaje de Eden; nuestra amiga quiere saber dónde estamos.

¿Por...? ¿Quieres visitar San Diego?

Igual sí. Pero tengo novedades.

¿Qué dices, estás aquí?

Espabila, vampirito. ¿Por qué iba
a importarme si no dónde estáis?

Cierto. Estamos en el centro universitario.

Perfe.

Solo tengo dos minutos para pensar en qué querrá la dragona (no ha tenido ni un solo día libre desde que empezó su entrenamiento en la academia), antes de que la propia Eden atraviese las puertas del centro con el uniforme de entrenamiento de la Guardia Dragontina.

Llega a la mesa al mismo tiempo que Grace y Heather. Y joder, vaya tela. La mirada que le lanza a Heather justo antes de envolver a Grace en un abrazo de oso es tan abrasadora que podría reducir a cenizas todo el puto edificio.

Y más cuando Heather, al presentarse, le devuelve la mirada con la misma fuerza.

Eden asiente, y le brinda una sonrisilla que denota gran interés. Pero la sonrisa desaparece en cuanto se vuelve para hablar con Grace y conmigo.

—Ya sabemos cómo llegar a la reina de las sombras... y cómo hacer que salve a Mekhi.

—¿Qué? ¿En serio? —Grace la coge por el brazo—. Cuéntanoslo todo.

Y lo hace, y el plan es tan estrambótico que podría llegar a funcionar. Estoy pensando en cómo librarme de las clases que quedan esta semana antes incluso de que Eden nos apremie:

—Así que, venga, a hacer las maletas. Tenemos que pasarnos por Galveston y sacar a Remy e Izzy de esa mierda de instituto. Los vamos a necesitar.

—No creo que a Remy e Izzy les apetezca estar en la misma habitación todavía. La verdad, no sé cómo ese instituto sigue en pie —comenta Grace—. Y ¿el resto, qué?

—Ya están al tanto y os están esperando. —Se vuelve hacia mí—. Ya que hablamos del tema, Jaxon me ha pedido que te diga que ningún vampiro que se precie se asentaría en una de las ciudades más soleadas del país. Y que eres un capullo por no habernos invitado a navegar en ese yate que tienes.

—¿En serio? —pregunto levantando una ceja.

—Bueno, eso último te lo digo yo —confiesa con una sonrisa—. A ver qué os parece mi plan: encontramos el remedio para sacar a Mekhi de esa puta mierda de descenso que evita que el maleficio de las sombras lo mate (todavía no me puedo creer que la Sangradora lo hiciera descender) y lo celebramos con un paseíto en yate hasta México.

—Pero solo si puedo ir yo también —dice Heather, y se retuerce el pelo con el dedo mientras mira a Eden batiendo las pestañas.

—Eso espero —responde Eden.

—Vale, guay. —Grace se pone en pie y coge su mochila—. Hudson y yo nos vamos a casa a hacer el petate. Heather, ¿por qué no invitas a Eden a ese batido que tanto te apetecía?

—Claro, ¿por qué no? —contesta la chica.

Grace y yo no nos quedamos para ver qué pasa entre estas dos. Pero algo me dice que a partir de hoy vamos a ver mucho más a Eden por aquí...

Ahora que sabemos dónde está la reina de las sombras, nos entran las prisas. Así que, en vez de volver a casa caminando, como hacemos casi todos los días, me desvanezco con Grace hasta nuestro hogar. Pero, cuando

empezamos a meter un par de cosas en las mochilas (algo a lo que ya me he acostumbrado demasiado), Grace me mira con una sonrisa que me parte el corazón y, al mismo tiempo, lo recompone.

Y así, sin más, me doy cuenta de que el momento perfecto para contarle lo del anillo nunca llegará. Solo tenemos el ahora y, por una vez, me permito creer que con eso será suficiente. Que yo seré suficiente.

Le tomo la mano, tiro de ella hacia mí y me acerco sus dedos a los labios. Primero le doy un beso en la palma, y después le giro la mano para darle un beso al anillo que le di hace tantísimos meses en medio de un bosque de secuoyas.

Abre mucho los ojos. Le tiembla el labio. Se le corta la respiración. Pero, a pesar de todo, no me pregunta nada. De hecho, no abre la boca para decir nada. Espera y observa mientras la eternidad se extiende entre nosotros.

—Hace años, leí un poema lúgubre de Bayard Taylor titulado *La canción de los beduinos* y, si bien me he olvidado de casi todo el poema, hay un par de versos que se me han quedado clavados en la mente desde hace casi un siglo. Son los versos que se me vinieron a la cabeza en cuanto te vi, y los versos que recuerdo cada vez que me sonríes —le digo—. Porque, incluso entonces, mi corazón parecía saber que, pasara lo que pasase, me quisieras o no, me escogieras o no... —Hago una pausa, inspiro hondo, beso el anillo de compromiso y repito lo que le prometí aquel día tantos meses atrás—: Grace, te amaré hasta que el sol se apague y las estrellas dejen de brillar —susurro contra su piel.

Grace suelta un gritito de sorpresa y me mira con los ojos llenos de lágrimas, mientras la conmoción se adueña de su rostro.

Por un instante se me cae el alma a los pies. Estaba en lo cierto. Ha sido demasiado, y demasiado pronto. Pero entonces me acuna el rostro con las manos temblorosas. Y susurra:

—Lo recuerdo. Madre mía, Hudson. Lo recuerdo todo.

Pero ¡espera! ¡Aún hay más!
Sigue leyendo para disfrutar en exclusiva de dos capítulos desde el punto de vista de Hudson.
El final no es más que el principio...

Para tu descontento
(Hudson)

—Pensaba que estarías durmiendo. —La voz de Jaxon se oye a mi espalda.

—Lo mismo digo.

No es la respuesta más amable, pero es que ahora mismo estoy de muy mal humor. Por eso no me encuentro en mi habitación y la de Grace. Necesita dormir, cosa que no hará si estoy ahí dando vueltas en la cama a su lado.

Y como lo último que quiero es que se preocupe por mí, he acampado en el comedor de la casa. Preferiría estar fuera, pero el sol me ha vetado la idea, vaya. Bueno, el sol y mi incapacidad de alejar los colmillos del cuerpo de Grace.

Tampoco es que pueda decir que sienta lo último. ¿Cómo iba a sentirlo cuando toda su persona parece estar hecha para mí? Incluida su sangre.

—¿Estás bien? —me pregunta Jaxon, y las palabras suenan torpes al salir de su boca. Aunque, joder, ¿cuándo fue la última vez que no nos sentimos incómodos al estar juntos? Ahora nos llevamos mucho mejor que antes, pero, cuando la vida se vuelve estresante, tendemos a regresar a nuestras antiguas costumbres.

O quizá es que ninguno de los dos está acostumbrado a exponer sus debilidades..., ni al otro ni a nadie.

—¿No tendría que preguntártelo yo? —Me doy la vuelta, lo justo para mirar fijamente su pecho.

—No me pasa nada —contesta con una sonrisa de arrogancia en el rostro. Pero hay un destello en sus ojos, algo que me hace pensar que lo que le sucede no es ni por asomo tan insignificante como intenta hacerme creer. O lo que es aún peor, que quizá él no esté bien.

Y aunque tengo un millón de cosas carcomiéndome por dentro, montones de ideas persiguiéndose las unas a las otras en la cabeza mientras intento descubrir cómo ayudar a Grace sin abocarme a la oscuridad, no puedo dejarlo solo con su sufrimiento.

Puede que Jaxon sea un gilipollas (y por *puede* me refiero a que lo es), pero sigue siendo mi hermano pequeño y no puedo ignorar la forma en la que hace como que todo está bien, sobre todo cuando ha perdido tantas cosas en los últimos días, incluida una de las pocas personas en las que ha confiado o a las que les ha confiado su vida.

Por supuesto, el hecho de que yo me sienta culpable y como una mierda porque Grace me haya elegido a mí tampoco ayuda.

Que tampoco cambiaría la forma en la que han acabado las cosas, ni de coña. Grace es mía. Mi compañera, mi corazón, mi alma entera. Y siempre lo será. Jamás podría arrepentirme de ello, jamás me arrepentiré de que me haya escogido a mí.

Pero eso no quiere decir que no me sienta mal por Jaxon. Sé lo que es tener el amor de Grace y después verte obligado a intentar vivir sin él. Si llegara a perderla, nunca

lo superaría, así que entiendo perfectamente que necesite tiempo para lidiar con esos sentimientos.

Por eso me doy la vuelta para encararme a él y le pregunto:

—¿Estás seguro de que no te pasa nada?

Tener una puta charla sentimental es lo que menos me apetece en estos momentos, cuando los rostros (las almas) de todos esos lobos que he exterminado en el Katmere me acechan como si fuera su presa, pero estoy dispuesto a hacerlo por mi hermano. Se lo debo.

—Sí. Estoy bien.

Pero se desploma sobre el sofá mientras juguetea con una botella de agua y le arranca la etiqueta trocito a trocito.

—¿Te duele algo? —indago.

Me lanza una mirada que se encuentra con la mía, y una vez más atisbo un destello de dolor en ella antes de que el niñato lo haga desaparecer.

—Estoy bien del corazón.

No sé si se refiere al hecho de que ha pasado un día desde que mi padre estuvo a punto de arrancarle el corazón del pecho (y le obsequiaron con un corazón de dragón para reemplazarlo) o si habla de su corazón en un sentido más metafórico de la palabra. La parte que se hizo pedazos cuando su vínculo de compañeros con Grace se rompió y estuvo a punto de dejarlo sin alma.

En vez de presionarlo para que me dé una respuesta que no sea una evasiva, me decido a preguntar:

—¿Qué se siente?

—¿Al borde de la muerte?

Enarca una ceja.

No necesito que me lo cuente, nuestro querido y no difunto padre se aseguró de que entendiera esa sensación antes de que cumpliera los cinco años siquiera.

—Al tener un corazón de dragón.

Se oye cómo rasga algo durante un rato y otro trozo de papel muerde el polvo. Así que quizá el muy capullo no esté pasándolo tan bien como dice. Pues menuda puta sorpresa.

—Pues bien. —Hace rodar la botella entre las manos—. Al menos estoy vivo. Eso es lo que importa, ¿no?

—Si me estás pidiendo opinión...

—¡Anda y que te den por culo! —ruge.

Lo ha dicho con un acento tan británico que me echo a reír de la sorpresa.

Lo cual hace que se enfurruñe más.

—¿Te hace gracia que esté vivo? ¿O que estuviera al borde de la muerte?

Me cuesta mucho resistirme a las ganas de poner los ojos en blanco *à la* Grace. Qué dramático es este chico. Siempre.

—¿Qué te parece?

—Pues que estoy hecho una mierda, eso me parece.

Tiene aspecto de querer retirar las palabras que acaba de pronunciar.

Pero no pienso dejarle. No cuando es la primera cosa real que me ha dicho en todo el día.

—Creo que todos estamos hechos mierda ahora mismo. Han sido unos días muy duros.

Me niego con todas mis fuerzas a pensar en el momento en el que los lobos fueron a por Grace en el Katmere y los exterminé en un abrir y cerrar de ojos. Me niego a pensar en

quiénes eran. En si tenían familias, sueños o un compañero esperándolos en casa.

Jaxon resopla.

—Dirás que han sido unos meses muy duros.

—No te lo voy a negar. —Hago una pausa—. Que te asesinen puede pasarte factura, la verdad.

—¿Estás de coña? —Se incorpora, la irritación reemplaza a la melancolía que tan incómodo me ha hecho sentir antes —. ¿Es que no lo vas a dejar estar?

—¿Dejar estar el hecho de que intentaste matarme?

—¿No querrás decir que conseguí matarte? —Enarca una ceja.

—Mmm, no. Eso no es lo que quiero decir, para nada. Te dejé pensar que me habías matado, pero lo único que hiciste en realidad fue volver a meterme en esa puta cripta de los huevos durante un año. Cosa que ya es mala de por sí, tonto del culo.

—¿En serio? —Jaxon me escudriña el rostro—. ¿Eso fue lo que pasó?

—Bueno, matarme no me mataste, eso seguro. —Le sonrío—. Por mucho que lo intentaras.

—Tampoco es que me lo currara mucho —contesta—. Y, para empezar, si no hubieras ido por ahí comportándote como un sociópata, no habría tenido que hacerlo.

Ya sé que esta discusión no es nada nuevo y que la hemos tenido varias veces. Pero hoy me afecta de una forma diferente después de lo de los lobos. Aunque, bueno, todo me afecta de una forma diferente después de lo de los lobos... y la acusación de Flint de que yo dejé morir a Luca.

Intento esconder mis pensamientos, pero parece que no me salgo con la mía porque la sonrisa irónica desaparece del rostro de mi hermano.

—No me refería a eso.

—Ya lo sé. —Esbozo una sonrisa forzada que no siento.

—Yo también habría hecho lo mismo, ¿sabes? Si hubiera podido.

—No, no lo habrías hecho. Cosa que me parece bien...

—¡No digas gilipolleces! —explota Jaxon—. Me estaba preparando para hacer que el edificio cayera sobre nosotros y...

—Es que lo hiciste —le recuerdo sin una pizca de humor.

—Y tú ayudaste —reprocha—. Además, que no es a lo que me refería y lo sabes.

Lo sé, pero chincharle por tonterías es demasiado gracioso como para dejarlo estar. Sobre todo si evita que hable sobre mí y mis sentimientos.

—Va en serio, Hudson. Si pudiera...

—Sé a qué te refieres —lo interrumpo, porque cuando se le mete algo entre ceja y ceja no para. Además, ignorarlo no está funcionando, así que igual si lo reconozco lo dejará estar de una puta vez.

—¿Ah, sí? —pregunta—. Porque si pudiera hacer lo que tú, aniquilaría a cualquiera que fuera a por Grace o a por F... —Se calla de golpe, y en mi interior saltan todas las alarmas. Porque esto ha dado un giro totalmente inesperado y, joder, uno la mar de interesante.

—¿O quién? —indago mientras enarco las cejas—. ¿Flint?

Pero Jaxon se limita a negar con la cabeza mientras se pasa una mano de arriba abajo por el pelo de la nuca.

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —inquiero—. ¿O no lo quieres saber?

—Su madre me dio su puto corazón. Me pidió que lo usara para protegerlo y eso es lo que voy a hacer, pase lo que pase.

Está tan frustrado que me sorprende que aún no haya hecho que se nos derrumbe el faro sobre la cabeza. Por supuesto, es pensarlo y el suelo a nuestros pies empieza a temblar un poco. Aunque lo controla en un santiamén y yo finjo no haberme dado cuenta.

Me aseguro de ir con pies de plomo cuando comento:

—Comprendo lo que es la obligación. Entiendo que hagas algo porque sientas que es tu deber. Pero lo que has dicho antes, cuando hablabas de Grace y de Flint, no me ha sonado a obligación. Sonaba a algo más.

Jaxon emite un sonido gutural que indica que está molesto, y después apoya la cabeza en el sofá de forma que se queda contemplando el techo.

—Su novio acaba de morir. Y resulta que ese novio era uno de los mejores amigos que he tenido en toda mi puta vida.

Hay mucho que desmigar en esa frase. Joder, muchísimo. Pero como soy más insistente que nadie, le digo:

—Eso no me dice en absoluto cómo te sientes...

—Era mi mejor amigo, ¿vale? Mi puto mejor amigo. Y le he destrozado la vida. Mi hermano mató al suyo. A pesar de todo mi poder, no he podido salvar a su novio, ni tampoco salvarle la pierna. Y después le arrebaté el corazón a su madre y...

—Ella te entregó su corazón —le recuerdo.

Se encoge de hombros.

—Es lo mismo.

—No —aseguro—. Para nada.

—Ya, pues es así como me siento. Siento que todo lo que ha pasado es por culpa mía. —Cierra los ojos y traga saliva.

Sé lo que quiere decir. Porque también me parece que todo este desastre es culpa mía. No maté a las tropas de Cyrus en la isla y desde entonces han pasado toda clase de cosas terribles. Sí que maté a los lobos del Katmere, y pasaron cosas incluso más terribles. ¿Cómo es posible que no sea culpa mía? Sobre todo cuando siento pedacitos de ellos arañarme por dentro, escarbar en mis defensas para llegar directos a mi alma.

—¿Sabes? Todo el mundo cree que sería una pasada ser tan poderoso como nosotros —añade Jaxon, y ahora que ha bajado sus defensas suena tan destrozado como yo me siento—. Pero a veces es una puta mierda, tío.

Para mí no existe el *a veces*. Siempre es una puta mierda tener estos poderes, por eso mismo no dejo de darle más y más vueltas a la forma de deshacerme de ellos.

De repente un golpe en la puerta hace que ambos nos incorporemos al instante.

—¿Quién es? —pregunta Jaxon y se pone de pie de un salto. Siento su espíritu combativo, siento cómo se prepara para hacer lo que haga falta.

Pero echo un vistazo rápido por la ventana y vislumbro a un repartidor regresando hacia su coche, así que le indico a Jaxon que se vuelva a sentar con un gesto.

—Solo es el desayuno para Grace y el resto. Les he pedido que lo dejen en el porche para que pueda recogerlo.

Jaxon me lanza una mirada cómplice y se dirige hacia la puerta para coger el café y la bollería que he pedido del porche acristalado. Cuando lo tiene, pone una taza de café y una bolsa de comida en la mesa que hay a mi lado antes de dejar lo demás en la encimera de la cocina.

—Les mandaré un mensaje al resto para que vengan a desayunar.

—Vale, muchas gracias.

Asiente al tiempo que yo agarro la comida de Grace y me dirijo a las escaleras. Sin embargo, antes de que pueda subir más de dos escalones me pregunta:

—¿Alguna vez piensas en renunciar a todo?

No tiene que decir más para que sepa que está hablando de nuestros poderes.

—Todos los putos días —contesto antes de seguir subiendo las escaleras—. Todos los putos días.

Lanzarse al peligro de cabeza (Hudson)

—¿Son esqueletos? —musita Macy horrorizada.

No parecen esqueletos. Parecen algo muchísimo peor, joder. Y todavía no sé qué son.

Grace debe de pensar lo mismo que yo, porque empieza a temblar. La rodeo con un brazo y la acerco a mí todo lo que puedo mientras esas cosas, sean lo que sean, empiezan a subir por la muralla del castillo.

Jamás había visto nada parecido: unos seres retorcidos, huesos desiguales, calaveras astilladas, cuerpos destrozados. Y, si por mí fuera, no volvería a presenciar algo así en mi vida.

Por su aspecto podríamos llegar a pensar que antaño fueron humanos, pero solo si nos fijamos bien y pasamos por alto los ángulos extraños en los que están los huesos y las partes del cuerpo que les faltan. Eso sin contar que carecen por completo de raciocinio, centrados únicamente en asaltar el castillo y destruir a cualquiera que se interponga en su camino.

Ahora están trepando por los laterales de la muralla, y sus huesos producen un sonido que no había oído antes. Es un repiqueteo extraño que se te mete dentro, que provoca

escalofríos, como cuando alguien pasa las uñas por una pizarra, aunque mil veces peor.

Se están acercando, y miro a mi alrededor para ver qué están haciendo las gárgolas. No creo que a Chastain le dé igual que estas cosas (sean lo que sean) estén atacando en masa la Corte Gargólica. Entonces ¿por qué cojones nadie se enfrenta a ellas? Vale, sí, hay arqueros disparándoles flechas en llamas, pero ¿qué sentido tiene pasarse la vida entrenando con la espada si no van a usarla para defenderse? No entiendo nada.

Y todavía entiendo menos cuando ni una sola de las flechas en llamas que pasan a nuestro lado parece impactar en una de esas atrocidades. ¿Tan difícil es? Hay miles de monstruos y están todos apiñados en una ola gigante mientras trepan por el lateral del puto castillo. Deberían haberles dado a algunas de esas cosas ya solo por suerte.

Pero parece que pasan horas hasta que por fin una flecha cae donde toca y una de esas criaturas huesudas suelta el grito más aterrador que he oído en mi vida.

Los gritos resuenan durante tanto tiempo que acabo pensando que jamás saldrán de mi cabeza, así que, cuando por fin termina la tortura, mi mente tarda un poco en recomponerse. Aunque el silencio no dura mucho rato... Apenas unos segundos después una flecha impacta en otro de los monstruos y este profiere otro grito igual de escalofriante.

A los gritos les sigue el sonido del crujido de los huesos, y a continuación más gritos. Es un círculo vicioso que no deja de repetirse mientras siguen trepando y escalando la muralla del castillo.

Ahora veo más gárgolas en el cielo y creo que su presencia podría marcar la diferencia, pero entonces noto que Grace se pone tensa a mi lado, y suelta un grito desgarrador.

Sigo su mirada y veo a una de las mujeres gárgolas, Moira creo que se llama, en garras de uno de los monstruos. Está acojonada, y está gritando mientras pide ayuda para que alguien se la quite de encima. Pero nadie hace ademán de acercarse a ayudarla.

Me dispongo a hacerlo yo mismo; si las gárgolas han decidido no proteger a los suyos, ya me encargaré yo de hacerlo. Es entonces cuando veo algo que me hiela la sangre, y que me ayuda a comprender las reservas que muestran el resto de los presentes.

La criatura de huesos le ha clavado los dientes en la muñeca, y a Moira se le está disolviendo el brazo. La carne se torna cenizas frente a mis ojos, y se mezclan con el viento, como si nada. Y, cuanto más tiempo la retiene entre sus dientes, más carne pierde la mujer.

Es lo más perturbador que he visto en la vida: una gárgola sana y fuerte, pudriéndose poco a poco. Dedos, antebrazo, bíceps, hombro... Esas criaturas llevan la monstruosidad a otro nivel.

—¡Tenemos que ayudarla! —grita Grace apartándome de su lado. Entonces echa a correr hacia Moira, y siento que me tiembla lo que me queda de corazón en el pecho.

—¡No! —espeto, la atrapo por el brazo y tiro de ella hacia mí, para alejarla de esas putas criaturas.

—¡Tenemos que ayudarla! —sigue gritando Grace. No deja de arañarme los brazos, forcejeando para librarse de

mi agarre, pero no puedo soltarla.

—No podemos —susurro, y me mira como si fuese un cobarde. Me duele en lo más profundo de mi ser, como lo hace su falta de fe en mí, pero aun así la sujeto con fuerza.

—¡Aún tenemos tiempo! —suplica con voz aguda, desesperada—. ¡Podemos salvarla!

—No, no podemos. —Me inclino sobre una de las almenas y tiro de ella para que sus ojos humanos puedan ver lo que yo ya he visto.

—Madre mía —susurra Grace—. La está matando. ¡La está matando!

Sus palabras, precisas, desesperadas y más que dolorosas (en todos los sentidos), resuenan en el aire. Y sé lo que quiere que haga, antes incluso de que se vuelva hacia mí, con los hombros hundidos, el rostro empapado en lágrimas y los ojos desesperados por que ocurra un milagro.

Mejor dicho, sé lo que necesita que haga.

No puedo negarme, no cuando está sufriendo, presa del pánico y de la desesperación.

Es mi compañera. Es mi obligación cuidar de ella. Y eso significa que, si sé que necesita algo, no debería ni tener que pedírmelo.

Su mirada se encuentra con la mía, y le doy la respuesta antes de que pueda formular la pregunta.

Está hecha un mar de lágrimas, y verla sufrir de esta manera me está matando. Doy media vuelta, listo para hacer lo que tengo que hacer. Pero entonces me susurra:

—Lo siento.

Y noto que se me vuelve a romper el corazón. Le acuno el rostro con las manos, y le limpio las lágrimas de las mejillas

con los pulgares.

—Ya te lo he dicho, Grace. Jamás me pidas perdón por querer salvar a tu gente.

Exhala un sonido salvaje, de terror, mientras niega con la cabeza e intenta alcanzarme.

Pero esto ya ha ido demasiado lejos. Tengo que ponerle fin antes de que estas personas, antes de que mi compañera, salgan peor paradas.

Me tomo un instante para observar a los monstruos que tenemos bajo nuestros pies, a sus retorcidos y rotos huesos, y a la lunática devoción que tienen hacia toda clase de destrucción que puedan crear. «Monstruos —me repito—. Solo son monstruos.»

Pues resulta que hasta los monstruos tienen corazón; nadie mejor que yo lo sabe.

Así que cierro los ojos y estiro una mano hacia delante. Entonces despejo la mente y desato todo mi poder. Y poco a poco, con cuidado, separo la energía de cada uno de esos esqueletos que tengo delante de la del resto de las personas que hay a mi alrededor.

Hay miles de criaturas, y todas y cada una de ellas están vivas de una forma retorcida y demencial. Al darme cuenta de ello, siento un dolor en el estómago, como un puñetazo, aunque en realidad una parte de mí ya se lo esperaba.

Cada uno de los monstruos tiene mente. Cada uno tiene alma. Y me adentro en todas ellas.

Siento el dolor de los huesos astillados, la confusión que provoca la sed de sangre, el tormento, el constante dolor de volver a ser real. De volver a ser uno.

Me duele más de lo que podría haber llegado a pensar; más de lo que me dolerían treinta mil garras huesudas clavándoseme por el cuerpo, destrozando hasta la última partícula de mi ser. Intento bloquear el dolor, intento concentrarme solo en lo que tengo que hacer, pero es imposible. Son demasiados, y todos quieren una parte de mí. Un trocito de mi alma que jamás recuperaré.

Pero lo hago por Grace. Por su gente.

Cuando estoy dentro de los 3.127 monstruos, cuando puedo sentir sus corazones y sus cuerpos, sus mentes y sus almas, casi me mata saber lo que está a punto de ocurrir.

Pero Grace lo necesita, y eso es lo único que importa. Así que hago lo que hay que hacer.

Cierro la mano.

Y muero 3.127 veces.

Agradecimientos

Se necesita el esfuerzo de muchas personas para escribir una saga con tantas partes tan conmovedoras como esta, así que tengo que empezar por darles las gracias a las dos mujeres que han hecho que esto sea posible: Liz Pelletier y Emily Sylvan Kim.

Liz, sé que todo esto ha sido duro, pero te agradezco todo lo que has hecho por mí y por la serie *Crave*. Eres una editora y una amiga increíble, y soy muy muy afortunada de contar con tu apoyo. Gracias por haber removido cielo y tierra para asegurarte de que este libro sea una realidad.

Emily, me ha tocado la lotería del mundo editorial contigo. De verdad. Llevamos sesenta y ocho libros, y no podría estar más agradecida de tenerte a mi lado, animándome. Tu apoyo incondicional, tus ánimos, tu amistad, determinación, y el cariño que le tienes a esta serie han sido lo que me ha mantenido a flote en mis momentos de duda. Gracias por todo lo que has hecho por mí. Tengo muchísima suerte de que me dieras una oportunidad tantos años atrás.

Stacy Cantor Abrams, no sé cómo voy a poder agradecerte todo lo que has hecho por mí, por este libro y por esta saga. Que todavía trabajemos juntas después de

tantos años es todo un orgullo y una alegría para mí. Me siento muy afortunada de poder contar contigo en mi vida.

Al resto del equipo de Entangled que ha puesto su granito de arena para el éxito de la serie *Crave*, gracias, gracias, os doy las gracias desde lo más profundo de mi corazón. A Heather Howland, por haber sacado tantísimo tiempo de tu ajetreada agenda para resolver los problemas en la trama y ayudarme a que este gigante tuviese sentido. A Jessica Turner, por tu apoyo incondicional. A Bree Archer, por diseñar para mí todas las preciosas portadas y las artes. A Meredith Johnson, por la gran ayuda que me has brindado con esta serie de tantas formas diferentes. Me has hecho el trabajo mucho más fácil. Al fantástico equipo de revisión: Jessica, Greta, Debbie, Myshala, Lydia y Richard, ¡gracias por pulir mis palabras! A Toni Kerr, por el impresionante cuidado que has tenido con mi bebé. ¡Es una pasada! A Curtis Svehlak, por hacer los milagros realidad en la parte de producción, una y otra vez: ¡eres increíble! A Katie Clapsadl, por corregir mis errores y siempre cubrirme las espaldas. A Riki Cleveland, por ser siempre tan encantador. A Heather Riccio, por su atención al detalle y por ayudarme a coordinar los millones de cosas que ocurren en la parte empresarial de la industria editorial. Y debo agradecer en especial a Jaime Bode y al increíble equipo de ventas de Macmillan por todo el apoyo que le han brindado a esta serie durante todos estos años, y a Beth Metrick y Grainne Daly por trabajar tan duro para que estos libros llegasen a las manos de los lectores.

A Eden Kim, por ser la mejor lectora y autora que podría desear. Y por aguantar que tu madre y yo nos pasemos la

vida dándote la lata.

A In Koo, a Avery y a Phoebe Kim, gracias por prestarme a vuestra esposa y madre durante tantas noches, tantas madrugadas, y las conversaciones a la hora de desayunar/comer/cenar y a medianoche que mantuvimos mientras fraguábamos este libro.

A Stephanie Marquez, gracias por todo el amor, el apoyo y el entusiasmo que me has dado mientras surcábamos las divertidas, aunque turbulentas, aguas de esta saga (y de nuestra vida). Eres la leche.

A mis tres niños, a los que quiero con toda mi alma y mi corazón. Gracias por comprender que me pasara tantas noches escondida en el despacho trabajando en vez de estar con vosotros; por echar una mano cuando más os necesitaba; por estar a mi lado durante estos duros años; y por ser los mejores hijos que podría pedir.

Y, por último, a los fans de Grace, Hudson, Jaxon, Flint, Macy y el resto del grupo. Gracias, gracias, muchas gracias por vuestro apoyo inagotable y vuestro entusiasmo por la serie *Crave*. Me es imposible deciros cuánto significan para mí vuestros correos, mensajes directos y publicaciones. Os agradezco que nos hayáis dejado entrar en vuestros corazones y hayáis elegido acompañarme en este viaje. Espero que hayáis disfrutado de *Fulgor* tanto como yo disfruté escribiéndolo. Os quiero y os estaré eternamente agradecida a cada uno de vosotros. Besos y abrazos.



Fulgor (Serie Crave 4)
Tracy Wolff

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Court*

Diseño de la portada: Bree Archer y Liz Pelletier
Adaptación de la portada: Planeta Arte & Diseño
Imagen de la portada: © koya79 / GettyImages, Renphoto / GettyImages, y EnvantoElements

© Tracy Wolff, 2022
Primera edición en Estados Unidos bajo el título *Court: Crave series #4*.
Traducción publicada por acuerdo con Entangled Publishing, LLC a través de RightsMix LLC. Todos los derechos reservados

© de la traducción, Pura Lisart e Isabella Monello (Traducciones Imposibles, S. L.), 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2022

ISBN: 978-84-08-25639-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!


CAMILLA
LÄCKBERG
HENRIK
FEXEUS
EL
MENTALISTA
ATRÉVETE A DESCUBRIR LA VERDAD
Planeta

El mentalista

Läckberg, Camilla

9788408256625

700 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En un parque de atracciones a las afueras de Estocolmo aparece el cuerpo de una joven asesinada de forma macabra: atravesada por múltiples espadas dentro de una caja. La agente de policía Mina Dabiri, reservada y metódica, forma parte del equipo especial de investigación que se hace cargo del caso. Cuando Mina agota todas las posibles pistas, recurre al conocido mentalista Vincent Walder para que los ayude a detectar los indicios que podrían conectar el asesinato con el mundo del ilusionismo. Con la aparición de un nuevo cuerpo, Mina y Vincent entienden que se enfrentan a un despiadado asesino en serie y comienzan una trepidante carrera contrarreloj para descifrar los códigos numéricos y las trampas visuales de una mente brillante y perversa. Un apasionante viaje a la parte más oscura del alma humana que no dejará indiferente a ningún lector. Atrévete a descubrir la verdad.

Cómpralo y empieza a leer


Una novela sobre el timo de la mujer trabajadora
Sonsoles Ónega
Nosotras que lo quisimos todo
Planeta

Nosotras que lo quisimos todo

Ónega, Sonsoles

9788408136989

288 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Beatriz, directora de Compras en una multinacional de lencería, recibe una irresistible y prometedora oferta profesional. Si no estuviera casada y con dos hijos, habría contestado de inmediato, pero el ascenso implica instalarse en Hong Kong. Beatriz vive agotada, debatiéndose entre trabajar en lo que le gusta y disfrutar de la vida familiar que desea. Dado que su marido, responsable de la cadena de clínicas dentales que heredó de su padre, no estará dispuesto a seguirla a Hong Kong, Beatriz comienza una investigación sobre la conciliación de la vida personal y laboral como medio para ser capaz de tomar una decisión. ¿Por qué elegir A o B? ¡Existe un plan C!
Sonsoles Ónega ha escrito una novela con compromisos, atrevida, tierna y reivindicativa que plantea una profunda reflexión: ¿nos han timado?

Cómpralo y empieza a leer